

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS

Departamento de Psicología Social



**PROCESOS DE EXCLUSIÓN E INCLUSIÓN SOCIAL DE
JÓVENES EN EL CONTEXTO URBANO BRASILEÑO: UN
ANÁLISIS DE TRAYECTORIAS DE VIOLENCIA Y
ESTRATEGIAS DE RESISTENCIA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Raquel Willadino Braga

Bajo la dirección del Doctor:

Joelle Bergere Dezaphi

Madrid, 2003

ISBN: 84-669-2308-X

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

**Procesos de Exclusión e Inclusión Social de Jóvenes en el
Contexto Urbano Brasileño: Un Análisis de Trayectorias de
Violencia y Estrategias de Resistencia.**

Autora: Raquel Willadino Braga

Directora: Joelle Bergere Dezaphi

TESIS DOCTORAL

Presentada en el Departamento de Psicología Social.

Madrid, 2003.

*“Voy a relatarles la historia de un viaje
realizado por un explorador
y dos explotados.
Observen con atención su comportamiento
Deben extrañarlo aunque no sea raro,
considerarlo inexplicable,
aunque sea usual,
incomprensible, aunque sea la regla.
Deben desconfiar de todo,
incluso del más pequeño pormenor,
aunque aparentemente sea sencillo.
Busquen a ver si está correcto,
sobre todo, ¡si es como de costumbre!
¡Pedimos expresamente que no consideren
natural lo que siempre ocurre!
Que nada sea tomado como natural,
en estos tiempos de confusión sangrienta,
de desorden ordenado,
de arbitrariedad sistematizada,
de humanidad deshumanizada,
para que nada de esto se mantenga”.*

(BERTOLT BRECHT, en *Los Actores*,
traducción de la autora).



Foto de una protesta delante del Congreso Nacional brasileño.

Esta tesis está dedicada a Bira, Luizinho, Artur, Geraldo, y a todos los demás jóvenes que han sido brutalmente asesinados durante la investigación.

Sus vidas han arrojado una inmensa luz a este estudio, y sus muertes me han dado fuerzas para concluir tan arduo trabajo.

*“No, no es posible conformarse,
es una vida más perdida,
una madre más desesperada.
Es difícil soportar el dolor de la pérdida
Por la noche, mi pensamiento vuela,
me vienen los recuerdos de sus juegos cuando niño,
el que siente el sufrimiento casi no piensa en sonreír,
cómo puedo decir que existe alegría sin aquel chaval por aquí...”*

(Fragmento de música compuesta por dos jóvenes que han participado en este estudio tras el asesinato, por 15 disparos, de uno de sus compañeros).

AGRADECIMIENTOS

A Richard Bucher, que plantó en mí la semilla de la preocupación por lo social, y cuya muerte me llevó a asumir la lucha contra la exclusión como un proyecto de vida.

A los múltiples equipos que han conformado el Núcleo de Estudios y Atención a la Exclusión Social (NATEX) desde su fundación, esenciales para que yo llegara hasta aquí; en especial, a cada una de las personas que han colaborado en la investigación: Stelinha, Carlota, Eveline, Deise, Kátia, Bob, Karlinha, Melissa, Juliana, Zildo, Iara, Nelcy, Lucila y Rossele, por el apoyo material, logístico, técnico y, sobre todo, afectivo. Muy especialmente, a mis dos “compañeras de viaje y sueños”, Maristela Muniz Gusmão y Carlota Novaes, sin las cuales esta tesis no hubiera sido posible; por compartir conmigo no sólo principios, proyectos y compromisos (intelectuales, sociales, políticos y éticos), sino también impotencias, lágrimas, alegrías y esperanzas.

A Joelle Ana Bergere Dezaphi, por el inmenso apoyo que me ha prestado y la apuesta que ha hecho por mi trabajo en todo momento; por haber luchado por mi estancia en España cuando ésta se vio amenazada y haber logrado invisibilizar las fronteras en las ocasiones en que nos encontrábamos en continentes distintos; sobre todo, por la sutileza con la que supo conciliar rigor y libertad en la dirección de esta tesis.

Al Departamento de Psicología Social de la UCM, por el calor con que me ha recibido desde mi llegada a Madrid; en particular, a los profesores que han aportado contribuciones diversas a este trabajo: Concepción Fernández Villanueva, Sagrario Ramírez, José Luis Álvaro, Eduardo Crespo, Juan Revilla y José Ramón Torregrosa.

A los compañeros de doctorado con quienes he tenido la suerte de intercambiar ideas, dudas, temores y entusiasmos. Agradezco muy especialmente a Cássio Braz de Aquino, Esteban Sánchez, Juan Sandoval y Pepe, por su amistad y las ricas discusiones que, incontables veces, me animaron a seguir adelante.

A Jesús, Eduardo y Concha, por la sensibilidad con la que acogieron mis inquietudes en los momentos de mayor angustia que viví en suelo extranjero.

A la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), por haberme concedido una beca de doctorado durante tres años.

Al *Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico* (CNPq), cuyo apoyo a un proyecto paralelo a esta tesis hizo viable mi último año en España y la ampliación de mis estudios sobre intervención social y prevención de la violencia.

Al Dr. José Carlos Souza Ávila, juez de la *Vara da Infância e Juventud do DF*, por haber autorizado la realización del trabajo empírico en el ámbito jurídico-institucional.

A todo el equipo de ejecución de las medidas socioeducativas de semi-libertad y libertad asistida de la ciudad de Gama, por el cariño y la colaboración ilimitada.

A Juan Lejárraga, por prestarme sus ojos cuando había llegado a mi “último suspiro” y, sobre todo, por la paciencia y el cuidado con que ha leído este texto.

A Aura Silva, Zarahy Trejo, Renata Weber y Simone Lima, cuya amistad incommensurable y apoyo permanente han sido imprescindibles para afrontar todo tipo de adversidades.

A Renée, por la interlocución constante y el valioso archivo que me ha regalado.

A toda mi familia, por el apoyo incondicional.

A mis padres, Lúcia y Pedro, por haberme conferido un lugar en el mundo, una referencia ética fundamental, y, principalmente, por hacer lo posible y lo imposible para que mi existencia sea feliz.

A mi marido, Marcos Simas, por haber soportado toda la locura que supuso esta tesis con una paciencia y un compañerismo indescriptibles. El amor que me ha ofrecido en estos años fue, sin duda, la fuente de energía que impidió que yo abandonara el barco en las grandes tormentas.

A todos los niños y jóvenes del mundo que padecen diferentes manifestaciones de la violencia y de la exclusión social.

Por último, mi mayor agradecimiento se dirige a los jóvenes que han colaborado en este estudio regalándome su tiempo, su confianza, sus historias de alegría y dolor....Sus palabras y prácticas han sido, más que cualquier libro, la fuente de mi aprendizaje sobre la capacidad de resistir creativamente a situaciones de extrema vulnerabilidad manteniendo la esperanza y el sentido del humor. Espero traducir lo que he aprendido con vosotros en acciones que contribuyan a concretar vuestros proyectos de inclusión.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. EL CONCEPTO DE EXCLUSIÓN SOCIAL	
1. Bases para la interpretación del vínculo social en la sociología clásica	8
1.1. Émile Durkheim y la solidaridad social	9
1.2. George Simmel y la figura del extranjero	12
1.3. Weber y el vínculo social vertical	13
1.4. La perspectiva marxista como fundamento para la crítica al concepto de integración social y el análisis de modos de inclusión marginal	15
2. Algunas precisiones conceptuales: desigualdad, pobreza y exclusión	18
3. Origen y evolución del concepto de exclusión social	22
3.1. "La metamorfosis de la cuestión social" en el contexto europeo	24
3.2. La expansión del uso del concepto moderno de exclusión social	33
4. Paradigmas contemporáneos para el análisis de la exclusión social	37
a) Paradigma de la solidaridad	
b) Paradigma de la especialización	
c) Paradigma del monopolio	
5. La exclusión como proceso y como estado	44
6. La multidimensionalidad del fenómeno	50
CAPÍTULO 2. CONTEXTUALIZACIÓN DEL CONCEPTO DE EXCLUSIÓN	
2. Consideraciones previas	68
2.1. El concepto de marginalidad en América Latina	69
2.2. La exclusión social en Brasil	75
CAPÍTULO 3. JUVENTUD Y EXCLUSIÓN SOCIAL EN BRASIL	91
3.1. Panorama de la exclusión juvenil brasileña	92
3.2. Juventud, violencia y exclusión social en Brasil	108
CAPÍTULO 4. VIOLENCIA, EXCLUSIÓN E INCLUSIÓN SOCIAL	
4.1. Consideraciones generales sobre la violencia	112
4.2. Matrices clásicas de los estudios sobre la violencia en las ciencias sociales	
4.2.1. Violencia y poder	118
4.2.2. Violencia, marginalidad y desviación	122
4.3. La violencia contemporánea y la cuestión de la diferencia	131

CAPÍTULO 5. UNA PROPUESTA TEÓRICO METODOLÓGICA PARA ANALIZAR LOS PROCESOS DE EXCLUSIÓN E INCLUSIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD BRASILEÑA	145
5.1. Diseño y desarrollo de la investigación empírica	164
5.1.1. El trabajo de campo	166
5.1.1.2. El escenario: el Distrito Federal	166
5.1.1.3. La “entrada en el campo”: planteamientos metodológicos y técnicos	175
5.1.2. Elección de la muestra para el trabajo de intervención	175
5.1.3. Características del trabajo de intervención socioeducativa	178
5.1.4. El papel de las técnicas etnográficas en la investigación	180
5.1.5. Elección de la muestra para las entrevistas	181
5.1.6. Las entrevistas en profundidad	183
5.2. Consideraciones sobre el uso de biografías en las ciencias sociales	189
5.3. El análisis de los datos	201
CAPÍTULO 6. EL ÁMBITO FAMILIAR	204
1. Consideraciones previas	205
2. Estructura familiar de los jóvenes	206
3. Densidad del vínculo con la familia	208
4. Vulnerabilidades en el ámbito familiar	208
4.1. El ámbito familiar como un espacio de precariedad material	209
5. Estrategias familiares para hacer frente a la precariedad	211
5.1. Las divisiones del grupo familiar	213
5.2. La movilidad de los jóvenes en la red familiar	215
5.3. La salida a la calle	216
5.4. Implicación en prácticas ilícitas	217
5.5. La flexibilidad de la configuración de la unidad familiar	220
5.6. La matrifocalidad	222
5.7. La familia extensa y los domicilios plurifamiliares	224
6. Violencia y vínculos familiares.	228
6.1. La desintegración del grupo familiar por muerte	228
6.2. El abandono	229
6.3. La violencia doméstica	237
6.3.1. La violencia de género	238
6.3.2. La victimización de los jóvenes en el ámbito doméstico	241
6.3.3. La violencia sexual en el ámbito doméstico	248

7. La familia como unidad de pertenencia	250
7.1. La familia y las esferas de lo público y lo privado en los procesos de exclusión e inclusión social	250
7.2. La configuración de las redes de apoyo familiar	256
8. El desarraigo	262
CAPÍTULO 7. EL ÁMBITO COMUNITARIO	267
1. Consideraciones previas	268
2. Densidad del vínculo con la comunidad	271
3. Procesos de desvinculación y vulnerabilidades en el ámbito comunitario	
3.1. La ausencia de sentido	271
3.2. La movilidad como factor de fragilización del vínculo comunitario	273
3.3. Vulnerabilidades asociadas a la ubicación territorial en un espacio urbano dual	276
4. Violencia en el ámbito comunitario y el vínculo social	281
4.1. La criminalidad	282
4.2. La violencia policial	290
4.3. La comunidad como un espacio de estigmatización	295
4.3.1. La estigmatización derivada de la implicación en prácticas ilícitas y de la trayectoria jurídico-institucional	295
4.3.2. La estigmatización derivada de conflictos en el ámbito doméstico y los canales de comunicación en el vecindario	298
4.3.3. La estigmatización ligada a la concepción dual del espacio urbano	299
4.4. La juventud como agente de las prácticas violentas en la comunidad: el vínculo social y el escenario hobbesiano de “la lucha de todos contra todos”	302
4.4.1. Las “guerras”, el <i>ethos</i> viril y la lógica de “matar o morir”	302
4.4.2. Identidades colectivas y vinculación con el ámbito comunitario: la grupalidad y la territorialización de la violencia en la dinámica de las “guerras”	306
4.4.3. El lugar del ocio en la dinámica de las “guerras”	312
4.4.4. Factores asociados a la reproducción de las “guerras”	314
4.4.5. Posibilidades de salida y estrategias de prevención	315
4.4.6. Las múltiples facetas de la banalización de la muerte y las repercusiones de las guerras sobre las relaciones sociales en la comunidad	317

5. El contrapunto: la comunidad como espacio de pertenencia y participación social

5.1. El arraigo físico: tener un lugar	319
5.2. El arraigo social	320
5.2.1. El grupo de pares:	
a) La comunidad como un espacio de ocio	321
b) Prácticas ilícitas, violencia, dimensión identitaria y vínculo social: la positivización de la violencia y la reversión del estigma territorial entre los pares	323
c) Caracterización de los vínculos con los pares	325
5.2.2. Los vecinos:	
a) La comunidad como un espacio de solidaridad	327
b) La comunidad como un espacio de apoyo	328
5.3. Dimensión institucional, sentido de pertenencia y participación social en el ámbito comunitario	329

CAPÍTULO 8. EL ÁMBITO DE LA CALLE

1. Consideraciones previas	334
2. Densidad del vínculo con la calle	336
3. Factores asociados a la vinculación con la calle	
3.1. La familia	339
3.2. El trabajo	344
3.3. La calle como un espacio de socialización	345
4. El grupo de la comunidad y la calle como espacio de aprendizaje	346
5. El grupo de la semi-libertad y la primacía del principio del placer	346
6. El grupo de la calle y la pluralidad de sentidos	
6.1. La calle como un espacio de acceso a recursos materiales y sociales	351
6.2. La calle como un espacio de aprendizaje de la supervivencia	352
6.3. La movilidad como marca de la vida en la calle	353
6.4. La grupalidad	354
6.5. La calle como “modo de vida”	360

7. Vulnerabilidades asociadas al ámbito de la calle y a los procesos de fragilización del vínculo con este territorio	
7.1. La calle como espacio de exclusión de la sociedad	361
7.2. Diferencia, violencia y vínculo social en el ámbito de la calle	364
a) La violencia en los campos simbólico y social	365
b) La superposición de manifestaciones de violencia en la relación con el “otro” mediada por procesos de radicalización de las diferencias	369
c) La matización de la violencia en las relaciones con la alteridad mediadas por la identificación de similitudes	370
d) Los asesinatos en el ámbito de la calle y la percepción de este territorio como un lugar de riesgo y sufrimiento	373
8. Repercusiones de la radicalización de las diferencias sobre el lazo social y la vinculación con la calle	375
9. La violencia policial	378
10. Vulnerabilidades asociadas al género	382
11. Vulnerabilidades asociadas a la vivienda	386
12. Consideraciones finales sobre los procesos de fragilización del vínculo con la calle y proyectos de futuro de los jóvenes	387
CAPÍTULO 9. ÁMBITO EDUCATIVO	395
1. Consideraciones previas	396
2. Nivel educativo de los jóvenes	397
3. Situación educativa en el momento de las entrevistas	397
4. Densidad del vínculo con el ámbito escolar	398
5. Agentes asociados a la vinculación con el ámbito escolar	
5.1. La familia	403
5.2. La intervención institucional y comunitaria	404
6. Aspectos asociados a una valoración positiva de la escuela	
6.1. La atribución de un sentido protector al ámbito educativo	405
6.2. La dimensión relacional	407
6.3. El sentido instrumental de la escuela	409

6.4. El significado de la escuela como un espacio de aprendizaje	412
6.5. La escuela como un espacio que propicia la adquisición de capital cultural y la ampliación de la participación social	417
7. Procesos de desvinculación del ámbito escolar	420
7.1. El sentido penoso de la escuela	421
7.2. El absentismo escolar	423
7.3. Las relaciones conflictivas en el ámbito educativo	426
7.4. Las repercusiones de procesos de desvinculación con otros ámbitos	430
8. La escuela y los “ciudadanos frágiles”	431
CAPÍTULO 10. ÁMBITO LABORAL	436
1. Consideraciones previas	437
2. Densidad del vínculo con el trabajo	438
3. Consideraciones generales sobre los elementos definitorios del trabajo	441
4. Agentes y factores asociados a la vinculación con el ámbito laboral	
4.1. La familia	444
4.2. El vínculo institucional	448
4.3. La dimensión relacional	449
4.4. El sentido instrumental del trabajo	451
a) El grupo de la calle y el sentido del trabajo como vía para la inserción social	453
b) Los jóvenes institucionalizados y el sentido del trabajo como vía para la movilidad social	458
c) El trabajo como vía para obtener reconocimiento social y los procesos de construcción identitaria de los jóvenes institucionalizados	462
d) Los jóvenes de la comunidad y los sentidos emancipatorio y expresivo del trabajo	466
4.5. La inversión en la calificación profesional	469
5. Vulnerabilidades asociadas al ámbito laboral	
5.1. El “nomadismo” ocupacional	471
5.2. La aleatoriedad de ingresos	472
5.3. El bajo nivel de rendimientos	473
5.4. La carencia de mecanismos de protección	474
5.5. El carácter conflictivo y opresor de las relaciones de trabajo	474
5.6. El sentido penoso del trabajo	475
5.7. La escasa atracción del trabajo frente a modos de inclusión marginal	477

6. Juventud, trabajo, exclusión social y sentido de la ¿ciudadanía? en Brasil	480
6.1. Capital cultural y acceso al trabajo	481
6.2. Requisitos de experiencia y los riesgos de instalación en el paro	482
6.3. Evaluación de las políticas en el ámbito laboral y sentido de la ciudadanía	484
7. El lugar del trabajo como vía para la inclusión social de los jóvenes: un horizonte complejo y paradójico	491
CAPÍTULO 11. ÁMBITO JURÍDICO-INSTITUCIONAL	496
1. Consideraciones previas	497
2. Síntesis de las trayectorias jurídico-institucionales de los jóvenes	506
3. Factores asociados al ingreso en los centros de acogida	509
4. Factores asociados a la determinación de las medidas socioeducativas	510
5. Implicación en prácticas ilícitas, intervención institucional y construcción de carreras “desviadas”	510
6. El primer impacto de la institucionalización	523
a) Los centros de acogida	523
b) La libertad asistida	524
c) La semi-libertad	524
d) La privación de libertad	525
7. El proceso de institucionalización como una experiencia de sufrimiento	526
7.1. La pérdida de soportes materiales, simbólicos y sociales	526
7.2. La fragilización de los vínculos sociales y el aislamiento	527
7.3. Las experiencias de violencia	528
7.4. La incertidumbre	528
7.5. La monotonía de la experiencia institucional	530
7.6. El espacio físico	531
8. Estrategias de adaptación a la vida institucional	531
9. Aspectos privilegiados en la valoración de los centros	
9.1. El acceso a recursos	533
9.2. La dimensión relacional	533
a) Los pares	533
b) Los técnicos	536

10. Violencia Institucional	540
10.1. El “precio de los derechos” y la percepción de la justicia como un dispositivo de formalización de un régimen de exclusión de la pobreza	543
11. La tensión entre libertad, control y dimensión pedagógica en el ámbito institucional	
a) Los centros de acogida	548
b) La libertad asistida	550
c) La semi-libertad	553
d) La privación de libertad	556
12. Procesos de desvinculación del ámbito jurídico- institucional	
a) La desvinculación de los centros de acogida	560
b) La medida socioeducativa de libertad asistida	561
c) La medida de semi-libertad	562
d) La privación de libertad	564
13. Apuntes finales sobre las ambigüedades de la intervención social	565
CONCLUSIONES	568
IMPLICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN	583
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	595
ANEXO 1 Glosario	618
ANEXO 2 Datos socio-demográficos de los sujetos de las entrevistas	622
ANEXO 3 Ejes temáticos de las entrevistas	630

INTRODUCCIÓN

Este estudio tiene como objeto una reflexión sobre los procesos de exclusión e inclusión social de jóvenes brasileños inmersos en contextos marcados por la pobreza y la violencia. El punto de partida para formular las preguntas de esta tesis fue mi experiencia de intervención social con niños y jóvenes que viven en condiciones de pobreza en la ciudad de Brasilia, en el marco del Núcleo de Estudios y Atención a la Exclusión Social (NATEX), ONG en la que trabajo como psicóloga. En Brasil, la proliferación de fenómenos como el de los niños y jóvenes “de la calle”, la ruptura de los lazos comunitarios en los barrios pobres y el aumento de la participación juvenil en la violencia urbana se han señalado como manifestaciones de la “nueva cuestión social” – es decir, de las configuraciones específicamente contemporáneas de la exclusión social - a partir de la década de los 90 (Escorel, 1998a; Zaluar, 1996b; Nascimento, 1998; Araújo, 1998a) .

El seguimiento intensivo de diferentes grupos de jóvenes clasificados como “excluidos” me permitió observar, a lo largo de algunos años, la construcción de trayectorias vitales significativamente diferenciadas a partir de situaciones socio-económicas muy parecidas. Ello me condujo a indagar sobre los factores que entran en juego para que, ante condiciones materiales de existencia tan similares, se desarrollasen estrategias tan diversas, como, por ejemplo: 1- La adopción de prácticas ilícitas y/o violentas como modalidad privilegiada para solucionar problemas; 2- La salida hacia la calle y la conversión de este territorio en espacio de residencia; 3- La búsqueda de un empleo formal y el esfuerzo por construir lazos sociales en la comunidad.

En Brasil, los adolescentes “infractores”, los niños y adolescentes “de la calle” y los jóvenes de la periferia han despertado un interés creciente en los estudios e intervenciones sobre la “exclusión social”. Sin embargo, la intervención social destinada a estos colectivos suele basarse en la identificación de “factores de riesgo” definidos por criterios normativos externos, que, muchas veces, no tienen en cuenta el universo psicosocial (valores, prácticas, etc.) de grupos concretos, situados social, cultural e históricamente.

En consecuencia, se ignoran la heterogeneidad de los perfiles existentes dentro de tipificaciones amplias como “excluidos” o “en situación de riesgo social”, así como la posible permeabilidad de las categorías clasificatorias utilizadas (por ejemplo, un mismo joven puede pertenecer simultánea o sucesivamente a diferentes categorías, tales

como las “de la calle”, “trabajador” y “jurídicamente institucionalizado”). Consideramos que la homogenización de grupos diversos mediante una clasificación apriorística limita la comprensión de las dinámicas en las que están insertados, minimizando las posibilidades de acción capaces de atender a sus necesidades específicas.

En el contexto que hemos investigado, partimos de la “hipótesis” de que ante la exclusión de diversas esferas de la vida social y la exposición a múltiples vectores de vulnerabilidad, muchos jóvenes siguen buscando salidas. En este proceso, desarrollan estrategias que, eventualmente, posibilitan la construcción de modos alternativos de participación social.

Entendemos que frente a situaciones de vulnerabilidad social el ser humano dispone de una autonomía relativa de elección y capacidad de acción limitadas por los sistemas normativos y por su situación social concreta. Desde esta óptica, la capacidad de agencia (y resistencia) del sujeto depende ampliamente de las mediaciones simbólicas y estructurales en juego. Por tanto, suponemos que las posibilidades de éxito o fracaso de las estrategias desarrolladas por los jóvenes dependen en gran medida de cómo se produce su interacción con diversos “otros sociales”.

A partir de una propuesta de articulación entre investigación e intervención, planteamos como objetivo general de nuestro estudio conocer los elementos que estructuran la materialización de los procesos de exclusión e inclusión social en tres grupos de jóvenes que viven en situación de pobreza en el contexto urbano de Brasilia, Distrito Federal:

1. Jóvenes “de” o “en” la calle.
2. Jóvenes que residen en la periferia del Distrito Federal.
3. Jóvenes institucionalizados por haber cometido delitos violentos.

El análisis de estos procesos busca elementos para una intervención social que favorezca la promoción de estrategias preventivas ante dinámicas de violencia y exclusión y fomente la construcción de la ciudadanía.

Para comprender mejor la heterogeneidad de los perfiles, construcciones simbólicas y prácticas de estos jóvenes, decidimos analizar los factores que condicionaron su paso de una zona a otra del “*continuum*” que va desde la integración hasta la exclusión social (Castel, 1991; 1995) privilegiando dos centros de interés: los vectores de vulnerabilidad a los que se enfrentan y la dimensión potencialmente creativa de la “situación de riesgo” (factores de protección ligados a estrategias de resistencia).

En el campo metodológico, optamos por una perspectiva cualitativa, idiográfica e intensiva, centrada en dos procedimientos: la intervención socioeducativa y las entrevistas en profundidad de corte biográfico, que dieron lugar a quince estudios de caso. El trabajo de campo realizado se define como un estudio de índole empírica y dialógica, basado en la construcción colectiva y participativa del conocimiento. Los datos obtenidos fueron analizados mediante un enfoque socio-hermenéutico de análisis del discurso (Alonso,1998), en que se relacionó el contenido del discurso de los sujetos con sus prácticas cotidianas y los contextos en los que ambos surgieron.

El estudio de las trayectorias vitales de miembros de los tres colectivos mencionados no pretende establecer tipologías, ni emprender un análisis comparativo en sentido estricto. Ello nos da libertad de movimiento entre tres dimensiones: las características de los “grupos”, las singularidades de casos específicos y los ejes temáticos que guían la investigación. Nuestro interés permanente fue buscar los factores explicativos de las diferencias y pautas comunes en cada dimensión (individual, colectiva, temática) teniendo en cuenta la posible permeabilidad de las categorías (poblaciones) estudiadas.

La posibilidad de tránsito de los sujetos por diferentes posiciones – es decir, la permeabilidad de las categorías - nos lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Hasta qué punto son específicas las vulnerabilidades de cada grupo y en qué dimensiones las trayectorias analizadas se cruzan y divergen?

Los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes se analizan a partir de sus trayectorias de vinculación y desvinculación respecto a dos grandes ejes: el eje de las redes de sociabilidad primarias y el eje institucional. A partir de este análisis y de los significados que dichos ejes asumen en el discurso de los colectivos estudiados defendemos la necesidad de contextualizar el concepto de “exclusión social” para potenciar su valor en el análisis de problemas concretos de grupos sociales específicos.

La investigación teórica sobre la exclusión social empieza por las bases para el estudio del vínculo social en la sociología clásica. Nos centramos concretamente en algunas ideas desarrolladas por Émile Durkheim, Max Weber, Karl Marx y George Simmel. A continuación, analizamos el origen y la evolución del concepto moderno de exclusión social en el contexto europeo. En el **capítulo 1** abordamos las distintas acepciones del concepto haciendo especial hincapié en las “metamorfosis de la cuestión social” y en los paradigmas contemporáneos para analizar el fenómeno. Situamos la exclusión social como un fenómeno estructural y multidimensional. No obstante,

privilegiamos una concepción procesual de la categoría. Eso nos conduce a comprender la exclusión social como un proceso que implica vectores de vulnerabilidad múltiples, suscitando trayectorias de fragilización, precarización y ruptura de los vínculos sociales, tanto desde el punto de vista material como simbólico.

En el **capítulo 2** llevamos a cabo la contextualización del concepto en América Latina y, luego, específicamente, en Brasil. Los contornos de la “nueva cuestión social” en el contexto brasileño son más borrosos que en el contexto europeo. La inscripción de la investigación empírica en Brasil supone la necesidad de indagar sobre el valor analítico de la categoría “exclusión social” para el estudio de la “cuestión social” en contextos en los que no se produjo la generalización del Estado de Bienestar.

Ello exige una reflexión más profunda sobre la supuesta centralidad del trabajo en los procesos de inserción e integración social, acompañada por una mayor atención al papel ejercido por los lazos sociocomunitarios como núcleos esenciales para constituir el vínculo social en Brasil. En este sentido, los procesos de desvinculación en la dimensión relacional – o sea, la ruptura de la cohesión en el ámbito de la solidaridad social – son objeto de reflexión tan relevante como lo son los determinantes económicos y las razones estructurales de la problemática.

Este ejercicio de contextualización supone considerar también las modalidades de “*inclusión marginal*” (Martins, 1997) desarrolladas por los jóvenes para hacer viable su participación en las esferas de la producción y del consumo. Finalmente, nos lleva a entender la violencia como un elemento central de los procesos de exclusión social de la juventud brasileña.

En el **capítulo 3** realizamos un análisis de datos secundarios sobre juventud, violencia y exclusión social en el contexto urbano brasileño. Este análisis nos permite dibujar un panorama sobre la evolución reciente de las principales variables que, en la actualidad, articulan las tres categorías citadas en Brasil y, específicamente en el Distrito Federal, escenario en el que hemos realizado nuestro trabajo de campo.

El **capítulo 4** está dedicado a la reflexión teórico-conceptual sobre la violencia. Esta reflexión empieza por el análisis de las matrices clásicas del estudio de la violencia en las ciencias sociales. Partimos de fuentes de la filosofía política y de modelos teóricos desarrollados en la Sociología y Antropología. A partir de estas lecturas, proponemos la noción de diferencia - insertada en el contexto de la relación con la alteridad - como la principal clave para analizar el nexo entre violencia y exclusión

social. La definición de dicho eje da lugar a un recorte analítico en torno a dos grandes campos: 1. Violencia y poder; 2. Violencia, marginalidad y desviación.

Por último, nos dedicamos a analizar los principales elementos que la bibliografía reciente aporta para el estudio de la violencia contemporánea. Aquí señalamos los límites de los esquemas interpretativos clásicos planteando la necesidad de redimensionar el concepto de violencia, al cuestionar dicotomías basadas en las nociones de desorden, crisis, desequilibrio y disfuncionalidad social. A partir de una perspectiva anclada en la noción de complejidad y sensible a la emergencia de nuevas categorías ligadas a la crisis de la modernidad (como fragmentación, indeterminación etc.), buscamos elementos novedosos en el trabajo de autores contemporáneos para desarrollar una teorización revitalizada sobre la violencia e introducir nuevos parámetros para pensar la relación entre violencia y exclusión social.

El capítulo 5 es una propuesta teórico-metodológica para el análisis de los procesos de exclusión e inclusión social de la juventud brasileña. Tomando como referencia central los trabajos de Robert Castel, Pierre Bourdieu, Berger y Luckmann, Martine Xiberras y Sarah Escorel proponemos una metodología para conocer qué elementos intervienen en los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes a través del estudio de sus trayectorias de vinculación y desvinculación con relación a **seis ámbitos: la familia, la comunidad, la calle, la escuela, el trabajo y el ámbito jurídico-institucional** (instituciones de “re”integración social ligadas a medidas socioeducativas y de protección para adolescentes infractores y en situación de desamparo).

Este enfoque pretendió articular los condicionantes macro-estructurales con las condiciones materiales de existencia de los sujetos y los significados implicados en la interpretación que realizan de sus trayectorias vitales y perspectivas de futuro. Desde esta óptica, el concepto de estrategia es una herramienta fundamental para comprender los procesos que se producen en el cruce entre las dimensiones simbólica y estructural en “situaciones de riesgo”.

En lo relativo a la violencia, enfocamos el análisis en cómo este fenómeno influye en los procesos de desvinculación y vinculación social de los jóvenes. Además, nos preguntamos en qué medida la heterogeneidad de las trayectorias de exclusión e inclusión implica diferentes experiencias con la violencia (en cada territorio y grupo) y la atribución de sentidos diversos a dichas experiencias.

El estudio de los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes supuso un esfuerzo de tránsito entre los aspectos ligados al debilitamiento y al establecimiento del vínculo social en tres niveles: vínculos societarios, comunitarios e individuales (Xiberras,1993). Paralelamente, buscamos abarcar otros tres niveles de análisis estrechamente relacionados: el nivel estructural, el nivel institucional, político e ideológico y el nivel de las respuestas individuales y colectivas (Laparra, 2001). La adopción de una perspectiva psicosociológica pretendió evitar el riesgo de fetichización del concepto de exclusión y el reduccionismo interpretativo que ignora las mediaciones que tienen lugar entre la esfera económica-ocupacional y otras dimensiones de la vida social (Martins,1997).

Tras explicitar los fundamentos teórico-conceptuales que orientaron la construcción del esquema analítico utilizado, pasamos a una descripción del diseño y desarrollo de la investigación empírica. Esta descripción incluye una contextualización del escenario donde hemos realizado el trabajo de campo y una justificación de los planteamientos metodológicos y técnicos adoptados, respaldada por una reflexión epistemológica.

La segunda parte de la tesis – del capítulo 6 al capítulo 11- está dedicada a presentar los resultados del trabajo empírico, que se organizan en los seis ámbitos ya mencionados. El análisis de los procesos de significación que subyacen a las trayectorias estudiadas nos permitió conocer el lugar atribuido a cada uno de los ámbitos analizados como núcleos capaces de propiciar y fortalecer el vínculo social; y, por otro lado, la percepción subjetiva de los procesos de exclusión de estos espacios.

En cada ámbito, analizamos los principales efectos del reparto diferenciado de distintos tipos de capital, destacando la forma en que se confieren signos de distinción a los sujetos y se condicionan sus posibles tomas de posición en el espacio social. Nos preocupamos por cómo estos procesos participan en la configuración de la ciudadanía en Brasil y por los modos en que afectan a las relaciones con la alteridad.

Como contrapartida al acento en los vectores de vulnerabilidad encontrados, analizamos los movimientos de resistencia de los jóvenes en el espacio social y la construcción de modos alternativos de participación social. El énfasis en la complejidad de la red de relaciones entre diferentes territorios, instituciones, actores sociales, prácticas y procesos de significación nos permitió identificar diferentes factores que actúan como motores de procesos de “(des) ciudadanía” de los sujetos y, por otra

parte, elementos que ayudan a configurar nuevos espacios de producción ciudadana para la juventud.

Al final de la tesis se expone una síntesis de los principales resultados obtenidos que conduce a las conclusiones generales. Por último, discutimos algunas implicaciones del ejercicio analítico realizado para la intervención social. En este punto, hacemos una revisión crítica de los principales criterios y categorías que orientan la construcción de tipologías de los grupos investigados. Nuestra meta es indicar elementos relevantes para elaborar líneas de acción que atiendan a sus necesidades específicas evitando enfoques monolíticos, estáticos y estigmatizadores de la exclusión social.

CAPÍTULO 1. EL CONCEPTO DE EXCLUSIÓN SOCIAL

1. Bases para la interpretación del vínculo social en la sociología clásica

Los variados usos del concepto “exclusión social” lo han convertido en una expresión polisémica, cargada de abundantes facetas - económicas, sociales, políticas y culturales - que imposibilitan la adopción de un criterio único y simple para definirlo. Sin embargo, tomamos como punto de partida la premisa de que el **núcleo fundamental del fenómeno consiste en la ruptura de los vínculos sociales, tanto desde el punto de vista material como simbólico** (Xiberras, 1993).

Desde esta óptica, la idea nuclear subyacente al concepto moderno de exclusión social puede ser rastreada a lo largo de la historia de la sociología. Buena parte de las construcciones teóricas de grandes pensadores de esta disciplina se han basado en una preocupación por la integración social. La lógica analítica relacionada con procesos excluyentes está implicada en conceptos como “marginación social”, “segregación”, “desviación”, “alineación social”, aislamiento, así como en la construcción de polaridades conceptuales que pretenden expresar diferentes modelos de inclusión social como, por ejemplo, la oposición entre “comunidad” y “sociedad” de Tönnies (Tezanos, 1999).

Ello nos conduce a una breve revisión de las principales bases para el análisis de los vínculos sociales planteadas por algunos de los pensadores que ocupan un lugar central en la fundación de la disciplina sociológica: Émile Durkheim, George Simmel, Max Weber y Karl Marx. El objetivo del presente apartado no consiste en un tratamiento extenso de los planteamientos de los autores en cuestión, sino más bien lo contrario. Se trata solamente de señalar de forma muy puntual algunos de los conceptos fundamentales que sus respectivas obras ofrecen para el estudio de los lazos sociales.

Los focos de interés de estos autores nos remiten a distintas dimensiones de la estructura social ofreciendo aportaciones específicas sobre la cuestión de la cohesión social. Durkheim pone el acento en la influencia de las representaciones colectivas sobre la naturaleza del vínculo social. Weber pone el énfasis en las relaciones sociales verticales vinculadas a la cuestión del poder. A su vez, las aportaciones de Simmel nos desplazan hacia la dimensión microsociológica, privilegiando la relación con el “otro” en las interacciones sociales cara a cara. Sin embargo, Xiberras (1993) señala un punto de partida común a estos tres autores que consiste en la premisa de que la cohesión

social depende de dos grandes vectores: la naturaleza del lazo social (cohesión de las relaciones sociales) y la naturaleza del lazo moral (coherencia de las representaciones colectivas). Finalmente, Marx nos ofrece las bases para la comprensión de los vínculos sociales desde la perspectiva de las relaciones dialécticas, que sirve de contrapunto a la concepción de integración social funcionalista.

1.1. Émile Durkheim y la solidaridad social

Las aportaciones de Durkheim para la comprensión de los procesos de establecimiento y ruptura del lazo social implican una gran diversidad de conceptos, ya que este tema fue central a lo largo de toda su obra. De hecho, es casi imposible hablar de integración social sin hacer referencia a este autor. La relevancia de la obra de Émile Durkheim para el estudio de los procesos de exclusión social se deja notar en su fuerte influencia sobre los desarrollos teóricos contemporáneos. Este autor se interesó por los procesos implicados en la génesis, la disolución y la recomposición del vínculo social.

El concepto nuclear en la obra durkheimiana para el estudio del lazo que une al individuo con la sociedad es la solidaridad social. Para este autor, la forma asumida por el lazo social permite explicar el ordenamiento social global. Los aspectos que vinculan los individuos entre sí posibilitan, a la vez, el establecimiento de un vínculo de cada individuo con la colectividad. En este proceso también es fundamental la relación entre conciencia individual y conciencia colectiva (entendida como el conjunto de sentimientos, valores y creencias comunes compartidos por los miembros de una sociedad o colectividad dada). Para Durkheim, la fuerza y la intensidad del lazo que vincula los individuos con la conciencia colectiva varía de acuerdo con la fuerza y la intensidad de los lazos que unen a los individuos entre sí. Este aspecto implica una articulación entre vínculos sociales verticales y horizontales en el estudio de la cohesión social (Xiberras, 1993).

En *La división del trabajo social* (1893) Durkheim distingue dos tipos de solidaridad social: la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica. La solidaridad mecánica es típica de las sociedades primitivas (o tradicionales) y se construye sobre el reconocimiento mutuo de similitudes entre los individuos (tanto desde el punto de vista de sus funciones sociales como en el campo de las representaciones). En este caso, la integración social implica una relación de total subordinación de la conciencia individual en relación con la conciencia colectiva. Ante la hegemonía de valores,

creencias y sentimientos comunes, la solidaridad social emerge de forma espontánea como una consecuencia mecánica, percibida casi como natural.

A su vez, la solidaridad orgánica deriva de la división social del trabajo y, por tanto, es específica de las sociedades modernas. Esta forma de solidaridad, al contrario de la anterior, se basa en la diferenciación social. La diversificación de funciones sociales engendra una fuerte relación de interdependencia entre los individuos y entre cada individuo y la sociedad en su conjunto (de ahí la analogía de fondo biológico basada en el funcionamiento de los organismos vivos). La integración social ya no se basa en el principio de las similitudes ni implica la hegemonía de la conciencia colectiva sobre la conciencia individual, sino que se fundamenta en la conciencia de las diferencias - y, en particular, de las relaciones de interdependencia entre cada componente del sistema para un buen funcionamiento del cuerpo social. Así, la solidaridad social pierde su connotación natural, mecánica y pasa a ser condicional:

“ Es preciso, pues, que la conciencia colectiva deje descubierta una parte de la conciencia individual para que en ella se establezcan esas funciones especiales que no puede reglamentar; y cuanto más extensa es esta región, más fuerte es la cohesión que resulta de esta solidaridad” (Durkheim, 1893, p.153)

La transición a la modernidad supuso la exacerbación de las individualidades y el paso de la primacía del altruismo hacia la prevalencia del egoísmo. Según Durkheim, las características de la sociedad moderna favorecen procesos de ruptura de los lazos de solidaridad orgánica. Los procesos de desvinculación de la sociedad ligados a la individualización excesiva pueden conducir incluso a la muerte, como el autor pone de manifiesto al analizar el suicidio egoísta (Durkheim, 1897).

Para Durkheim, el orden social es externo y normativo. Por consiguiente, las prescripciones y pautas de conducta exteriores son imprescindibles para la integración social. Los fundamentos del orden social radican en las representaciones colectivas. Si estas representaciones son densas, el lazo social es sólido. La relajación del lazo social es, por tanto, directamente relacionada con la relajación de la coherencia de las normas y de la adhesión a los valores colectivos. Aquí asume relevancia el concepto de densidad moral. La densidad moral propicia la cohesión social mediante la adhesión a los valores de la colectividad y la existencia de un consenso respecto a las prohibiciones e imperativos sagrados, de modo que la disolución de ésta implica la erosión del tejido social.

En la modernidad, el incremento de la densidad material y social vinculado a un proceso de individualismo creciente favorece una reducción de la densidad moral en la sociedad. La expresión más grave de este proceso sería la anomia, fenómeno típico de la sociedad moderna. En el ámbito de las representaciones colectivas la anomia supone la pérdida de los valores compartidos, la ausencia de normas y de referencias. Hay un vacío de reglamentación. Los “marcos sociales integradores” - la religión, la familia, la política, el trabajo, etc.- que imponen límites al proceso de individualización propiciando la densidad moral - se fragilizan; se produce una disolución de las normas sociales y la consecuencia es la relajación del lazo social. En determinadas circunstancias ello puede llevar a la pérdida de conciencia y a la alineación.

En este escenario, el Estado es percibido como la única instancia capaz de conferir algún orden al cuerpo social y hacer frente a los efectos disgregadores de la progresiva individualización. Durkheim reconoce que ya no es posible restablecer una unidad absoluta de la conciencia colectiva tal como en las sociedades primitivas, pero pone el énfasis en el papel que en la sociedad orgánica puede desempeñar la mediación institucional entre la conciencia colectiva y la conciencia individual.

La regulación institucional, jurídica y normativa de la producción y reproducción de las representaciones colectivas aparece como un elemento fundamental para la recomposición del lazo social. Para restablecer la solidaridad social Durkheim señala la necesidad de elaboración y sostenimiento de seis tipos de moral: la moral individual (ligada a la relación del individuo consigo mismo), la moral doméstica (reguladora de la relación con la familia, el vecindario y la comunidad de intereses), la moral profesional, la moral pública (reguladora de las relaciones sociales en general), la moral cívica (mediadora de la relación del individuo con el Estado) y la moral universal (vinculada a las relaciones con la humanidad en su conjunto).

Por tanto, en los procesos de recomposición del vínculo social, el énfasis recae sobre las instancias y mecanismos asociados al aprendizaje de las normas y valores colectivos capaces de restablecer alguna densidad moral (por ejemplo, la educación y las leyes). Por último, es necesario poner de relieve que para Durkheim dicho proceso no implica una imposición de valores y normas de carácter puramente coercitivo. Se trata sobre todo de lograr la adhesión a los mismos haciendo que sean percibidos como necesarios y deseables, pues solamente así las representaciones colectivas serán efectivamente densas.

1.2. George Simmel y la figura del extranjero

La importancia de los trabajos de George Simmel para nuestra investigación reside en su gran aportación a la comprensión de las relaciones con la alteridad. Para este autor, la cohesión social se construye y se consolida en el campo de la relación con el otro. Y, más precisamente, mediante las formas de pensar y relacionarse con la alteridad (Xiberras, 1993). Este planteamiento sitúa la cuestión de la diferencia como el núcleo del análisis de los vínculos sociales.

Aquí asume centralidad la figura del “extranjero”. La relación con el otro percibido como “extranjero” es solo una de las modalidades posibles de la relación con la alteridad. No obstante, es sin duda la más expresiva, pues constituye la representación paradigmática de la figura del Otro como símbolo de la diferencia. Por ello, es la principal clave de la discusión realizada por Simmel (1908) sobre el papel de la diferencia en la constitución del vínculo social a lo largo de la historia de la humanidad.

La relación con el extranjero puede asumir diferentes configuraciones, cuyo análisis se desarrolla a partir de diferentes ejes. Nos interesa particularmente el eje de la distancia/ proximidad. Según Simmel (1908), el “extranjero” es fundamental para generar cohesión en el grupo frente al cual representa la alteridad, sea desde una ubicación interna o externa al territorio de pertenencia de este último. Ello se debe a que, en cualquier caso, ejerce una presión constante sobre las representaciones colectivas del “otro”.

Tomando como referencia la Grecia antigua, el autor identifica la figura del esclavo como el extranjero en el interior de la sociedad y la figura del bárbaro como el extranjero asociado al exterior. La relación con el bárbaro es el modelo de la distancia máxima frente a la alteridad; su relación con él es una “no relación”, puesto que no se encuentra ninguna similitud. Ante la imposibilidad de establecer cualquier tipo de reconocimiento, el bárbaro es expulsado de la propia idea de humanidad.

En el interior de una sociedad determinada, la relación establecida con el extranjero puede ir desde una relación positiva en la cual el extranjero es acogido en el grupo y pasa a ser percibido como partícipe del mismo, hasta una relación negativa en la cual se comparte un territorio, pero no hay ningún movimiento de acogida, o lo hay de modo muy parcial. En este último caso, la relación con el “otro” se halla marcada por la

oposición, la exterioridad y la distancia, pudiendo dar lugar a manifestaciones de hostilidad, rechazo y, en casos más extremos, de exclusión total.

El principal elemento regulador de la tensión entre distancia y proximidad en la relación con la alteridad es el acento en las diferencias o en las similitudes. Cuanto mayor es el énfasis en las diferencias mayor es el nivel de hostilidad y oposición hacia el extranjero y más amplias las posibilidades de que permanezca en una posición de alejamiento y/o exclusión. En cambio, el reconocimiento de similitudes posibilita el establecimiento de relaciones de reciprocidad. Dichas relaciones pueden propiciar diferentes niveles de inclusión del extranjero en el grupo, yendo desde una aceptación parcial hasta una integración vinculada a un sentido de pertenencia.

Simmel (1908) establece tres tipos de similitudes que serían posibilitadoras de relaciones de reciprocidad y, en consecuencia, del establecimiento de vínculos sociales: similitudes singulares (percibidas como propias de un grupo en particular), similitudes específicas (percibidas como características de un tipo de hombre) y similitudes universales (atribuidas a la humanidad en su conjunto). Las primeras son asociadas al establecimiento de vínculos comunitarios, las segundas al lazo societario y las últimas posibilitarían la construcción de un lazo moral universal.

Sin embargo, para Simmel (1903), el advenimiento de la modernidad provocó la acentuación del carácter excluyente del vínculo social y la pérdida de la densidad moral. La sociedad moderna es percibida como excluyente por su propia naturaleza. El análisis que este autor realiza sobre el debilitamiento del lazo social en la modernidad pone en primer plano el cambio en las interacciones sociales que se producen en la ciudad. En el trasfondo de este proceso encontramos el protagonismo asumido por la individualidad (que debilita el interés por la búsqueda de cualquier tipo de similitudes con el otro), por el dinero y por el cambio de ritmo de la vida moderna. El desarrollo de los centros urbanos y el incremento de la densidad material y social en las ciudades están relacionados con la exacerbación de las diferencias y la intensificación de las relaciones sociales marcadas por el cálculo racional, la desconfianza, la hostilidad, el conflicto, la extrañeza generalizada, o bien por la indiferencia.

1.3. Weber y el vínculo social vertical

Los intereses teóricos de Max Weber estuvieron centrados en los factores constitutivos de la sociedad (política, economía, derecho, religión, etc.), en detrimento de las relaciones sociales que se producen entre individuos y grupos. Desde esta

perspectiva, la aportación fundamental de Weber a la comprensión del problema que nos ocupa radica en que **sienta las bases para el análisis del vínculo social vertical** (Xiberras,1993). Dichas bases se desarrollan especialmente en el campo de lo político y en el estudio de las relaciones de dominación. En este campo, nos interesan los planteamientos weberianos relativos a la cuestión del poder, que remiten a las relaciones de autoridad y sumisión.

Para Weber (1956), las relaciones de dominio están en la base del vínculo social. Su concepto de poder como imposición de voluntades basada en relaciones de fuerza es de especial interés para la comprensión de la conexión entre violencia y exclusión social. Los conceptos de dominación, autoridad y poder aparecen íntimamente conectados. Aunque la sumisión a la autoridad implique imposición externa, el autor pone de manifiesto mecanismos que posibilitan la atribución de legitimidad a las relaciones de dominación. Es precisamente la creencia en la legitimidad de dichas relaciones lo que convierte la sumisión en adhesión, posibilitando, en alguna medida, la cohesión social.

La atribución de legitimidad a las relaciones de dominación se basa en creencias y sentimientos compartidos respecto a la morfología social y su funcionamiento, lo que establece un nexo entre los lazos sociales verticales y horizontales, pese al fuerte énfasis conferido por Weber a los primeros. Desde esta óptica, el autor plantea tres tipos de dominación legítima: la dominación legal (que se fundamenta en la racionalidad ligada al campo de las leyes y normas), la dominación tradicional (que se apoya en la fe, en la piedad y en las tradiciones y costumbres) y la dominación carismática (basada en la dimensión emotiva y en la confianza apoyadas en una sobrevaloración de la figura que ejerce la autoridad).

Por otra parte, la sociología comprensiva de Weber nos interesa desde el punto de vista epistemológico, ya que implica un esfuerzo inicial de articulación entre lo simbólico y lo estructural en el análisis de la vida social. Si bien este autor reconoce el peso de la dimensión estructural en la configuración de los fenómenos sociales, privilegia las formas en que los actores sociales vivifican las estructuras soslayando la esfera de los valores y de los sentimientos. Así, pone en primer plano la dimensión subjetiva de la construcción de la realidad social. Es decir, para Weber, la comprensión de la acción social pasa por la producción de sentido, la cual, a su vez, está condicionada por factores objetivos ligados a las constricciones estructurales.

1.4. La perspectiva marxista como fundamento para la crítica al concepto de integración social y el análisis de modos de inclusión marginal

La relevancia de la tradición marxista para nuestra investigación también se da en múltiples niveles. En primer lugar, la centralidad de dicha perspectiva en las reflexiones sobre la marginalidad desarrolladas en Latinoamérica exige la definición de algunos conceptos que serán fundamentales para contextualizar la evolución de la categoría “exclusión social” en América Latina. En segundo lugar, porque es en la tradición marxista donde encontramos las bases para el debate, aún muy actual, sobre la funcionalidad o la disfuncionalidad de los llamados “excluidos” del sistema económico y productivo. Este aspecto se vincula a la comprensión de los procesos excluyentes como dinámicas funcionales para el sistema que consistirían más bien en modalidades de “inclusión marginal”. Y, finalmente, porque la reflexión sobre la mercantilización de la vida y de las relaciones humanas aún nos parece muy potente para el análisis de la disolución creciente del lazo social.

Los conceptos formulados por Marx que vamos a tratar en este apartado son los de superpoblación relativa, ejército industrial de reserva, pauperismo y lumpen proletariado. Además de las razones que acabamos de señalar, la mención de estos conceptos se debe a la importancia que tienen para el análisis de las relaciones entre pobreza, exclusión social, ámbito laboral, esfera política y violencia.

En “*El capital*” Marx define la superpoblación relativa como el contingente de trabajadores que sobrepasa las necesidades de expansión del capital, convirtiéndose en un excedente. La creación de este excedente es entendida como un fenómeno indisociable del modo de producción capitalista en la sociedad industrial y su extensión sería directamente proporcional a la riqueza social y a la magnitud y energía de la acumulación de capital.

Esta población excedente es definida como *relativamente superflua* en la medida en que es innecesaria para el crecimiento del ciclo del capital en términos inmediatos. Sin embargo, dicha población es mantenida en una posición de disponibilidad constante con relación al sistema productivo, lo que le confiere la denominación de *ejército industrial de reserva*. De este modo, este segmento de la clase obrera seguiría siendo funcional para el sistema capitalista al menos en dos sentidos: por un lado, le serviría directamente en los momentos de expansión del capital y, por otro lado, desde la

posición de “reserva” ejercería presión sobre la mano de obra activa reduciendo los sueldos y aumentando la productividad y la sumisión de la misma a las exigencias del capital.

Una característica general que define al ejército industrial de reserva es la disociación de los medios de subsistencia. No obstante, Marx (1867) distingue la población que compone esta categoría en tres subcategorías: la mano de obra flotante, la mano de obra latente y la mano de obra estancada. La primera es la que resulta de los movimientos de expansión y retracción del sistema económico, y se caracteriza por la inestabilidad ocupacional. Este grupo flotante incluye tanto los obreros relativamente superfluos en función del ciclo del capital, como fuerzas de trabajo suplementarias que pueden ser utilizadas en algún momento (por ejemplo, los niños). La mano de obra latente resulta de la penetración del sistema capitalista en la zona rural, que libera parte de los trabajadores del campo para la eventual incorporación al trabajo industrial urbano. Finalmente, la última categoría se refiere a los trabajadores activos cuyas condiciones ocupacionales son absolutamente irregulares.

Una cuarta modalidad de existencia, producto de la lógica de acumulación capitalista y de sus contradicciones, es el pauperismo. La categoría del pauperismo se refiere a la porción del proletariado que ha perdido la posibilidad de vender su fuerza de trabajo y pasa a depender de la caridad pública o a vivir en la indigencia, constituyendo, según Marx (1867), “*el peso muerto del ejército industrial de reserva*”. Sus componentes son las personas incapacitadas para el trabajo (por ejemplo, enfermos, minusválidos y ancianos), los huérfanos e hijos de indigentes y, por último, los aptos para el trabajo. Cuanta más pobreza hay en la clase obrera y más extenso es el ejército industrial de reserva, mayor es el pauperismo oficial.

Por tanto, la categoría del pauperismo es más amplia que la de superpoblación relativa, incluyendo desde obreros asociados a la condición de asalariado hasta miembros del lumpen proletariado caracterizados como “la basura humana” y percibidos como la escoria de la sociedad (por ejemplo, vagabundos, criminales y prostitutas). Mientras que el ejército industrial de reserva es definido según la posición ocupada por los trabajadores en relación con el sistema productivo y el grado de explotación al que están sometidos, el lumpen - proletariado es definido en términos esencialmente morales y conductuales. En el “*Manifiesto comunista*”, el lumpen llega a ser descrito como “*producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad*” (Marx y Engels, 1975, p.32).

Así, como señala Escorel (1998a), el rasgo esencial del pauperismo no es la posición del trabajador en el proceso de producción, sino su modo de existencia y, en particular, el carácter de dependencia de aquellos que se convierten en “superfluos” de modo continuo, característica que se contrapone a la autonomía obtenida mediante el trabajo. La necesidad ligada a las condiciones de pauperismo e indigencia replantearía a los trabajadores libres la relación de dependencia característica de la esclavitud, bajo la forma de una “*esclavitud de la necesidad*” vinculada al mantenimiento de la vida misma. En la esfera de la reproducción los límites son muy tenues, principalmente entre la condición de indigencia y el lumpen. La frontera entre la clase obrera y un sector social que ya no forma más parte de esa clase viene dada fundamentalmente por el carácter moral del trabajador, por su “valor y pureza”; los cuales supuestamente pueden ser mantenidos incluso en condiciones materiales de existencia miserables.

Desde nuestro punto de vista, este matiz es muy relevante. Se supone que la clase obrera, aunque viva en condiciones de miseria, preserva su moralidad y su funcionalidad para el sistema debido a la relación establecida con el ámbito de la producción. Además, se le atribuye un potencial revolucionario. En cambio, el lumpen es percibido como “el peor aliado político” que la clase obrera puede tener, ya que carece de moralidad y de adhesión a cualquier proyecto colectivo. Ello le haría vulnerable a venderse y someterse a maniobras contrarrevolucionarias. Marx (citado por Tezanos, 2001, p.203) llega a definirlo en los siguientes términos: “*Esta capa es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, gente sin patria ni hogar*”.

Ello posibilita que este colectivo sea percibido como “desechable”, y que se justifique incluso que se le quite la vida, como manifiesta Engels:

“el lumpen proletariado, esa escoria integrada por los elementos desclasados de todas las capas sociales y concentrada en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles. Ese desecho es absolutamente banal y de lo más molesto. Cuando los obreros franceses escribían en los muros de las casas durante cada una de las revoluciones: ¡Mort aux voleurs!, ¡Fusilad a los ladrones!, y, en efecto fusilaban a más de uno, no lo hacían en un arrebatado de entusiasmo por la propiedad, sino plenamente conscientes de que ante todo era preciso desembarazarse de esa banda. Todo líder obrero que utiliza a elementos del lumpen- proletariado para su guardia personal y que se apoya en ellos, demuestra con este solo hecho que es un traidor al movimiento” (Ibíd.).

Así, el lumpen proletariado aparece como un grupo que está fuera de la dinámica económica, puesto que no tiene valor de cambio como fuerza de trabajo, lo que le convierte en **superfluo e innecesario**, aunque indisociable de cualquier dinámica

social. Pero, además, es percibido como **inmoral y asocial**, lo que le convierte en un colectivo **incómodo y amenazador** y, sobre todo, **le deshumaniza**.

2. Algunas precisiones conceptuales : Desigualdad, Pobreza y Exclusión

A pesar de que la pobreza, la desigualdad y la exclusión social suelen estar estrechamente asociadas, asumimos como presupuesto que son conceptos distintos. Coincidimos con Nascimento (2000a) en que dichos conceptos poseen un relativo nivel de autonomía, que se reduce o se amplía según el caso que se pretenda estudiar. En el presente estudio nos dedicaremos a analizar procesos de exclusión social entre jóvenes que viven en situación de pobreza, en un escenario marcado por una profunda desigualdad donde la ciudadanía aparece claramente jerarquizada. Por consiguiente, los conceptos de desigualdad social, pobreza y exclusión aparecen íntimamente articulados, hasta tal punto que eventualmente se funden y, aparentemente, se confunden. De ahí la necesidad de tener en cuenta algunas precisiones conceptuales. A ello vamos a dedicar este pequeño apartado.

El concepto de desigualdad social se refiere a un reparto diferenciado de las riquezas materiales y simbólicas en una sociedad dada, lo que incluye las posibilidades de acceso a bienes, recursos, roles y privilegios en el espacio social (Nascimento, 2000a; Tezanos, 2001). Las modalidades de diferenciación social y los mecanismos que producen el referido reparto estructuran la sociedad atribuyendo posiciones distintas y relativas a los individuos y a los grupos sociales. Las tres dimensiones fundamentales en el proceso de estratificación social son la riqueza, el prestigio y el poder (Escorel, 1998a).

Como señala Tezanos (2001), todas las sociedades conocidas hasta la actualidad han implicado algún nivel de desigualdad en su organización, ligado a formas más o menos complejas de dependencia social y política y grados más o menos acusados de reparto diferencial de los recursos y las riquezas. En el modo de producción capitalista, el vector fundamental que ha orientado la estratificación social ha sido la propiedad de los medios de producción y la división social del trabajo, los cuales han dado lugar a un sistema de clases sociales.

El sistema de clases occidental ha sido el modelo de desigualdad social sobre el que más se ha trabajado en la bibliografía sociológica y política. El impacto social, político e intelectual de dicho modelo situó el concepto de clases sociales en el centro de los análisis sobre la evolución de las sociedades occidentales entre finales del siglo

XIX y la casi totalidad del siglo XX (Ibíd.). Por tanto, aunque no sea una condición necesaria, el concepto de desigualdad social aparece fuertemente asociado a este paradigma que ha servido de referencia general para pensar los problemas sociales desde distintas perspectivas teóricas en el período citado.

Sin embargo, *la metamorfosis de la cuestión social* (Castel, 1995) ha suscitado dudas sobre la pertinencia o la suficiencia de dicho modelo para dar cuenta de las nuevas configuraciones asumidas por los problemas asociados a la diferenciación social. Dicho cuestionamiento se ha centrado sobre todo en el concepto de clases sociales, ya que resulta muy complicado poner en duda la existencia de las desigualdades. No obstante, debido a los cambios recientes de la cuestión social se ha planteado un debate sobre la conveniencia de mantener como herramienta de análisis el concepto de desigualdad social. Ello ha dado lugar a planteamientos que se refieren a una “nueva desigualdad” asociados a una crítica del concepto de exclusión (Martins,1997), como a la defensa -que compartimos- de la necesidad de articular el concepto de desigualdad con otras nociones percibidas como más amplias y complejas, donde asume protagonismo la categoría “exclusión social”.

Paugam (1996a) argumenta que el debate actual ya no reside en la cuestión de la desigualdad social porque ésta ya no es suficiente, de por sí, para explicar los fenómenos de ruptura y crisis identitarias que caracterizan los procesos de exclusión contemporáneos. **El éxito de la noción de exclusión consiste en el desplazamiento del acento hacia la crisis del lazo social.** Desde esta óptica, el autor plantea que el concepto de exclusión no sólo ha sobrepasado al de desigualdad, sino que le ha atribuido un nuevo sentido. Dicho sentido ha supuesto un giro del énfasis en la oposición de intereses de grupos sociales distintos y la lucha por reconocimiento social, hacia la discusión sobre la debilidad o ausencia de reivindicaciones colectivas organizadas capaces de construir identidades colectivas y reforzar la cohesión de los grupos desfavorecidos.

Diversos autores coinciden en que la *crisis del lazo social* tiene como implicación la ausencia de una representación colectiva en el espacio público basada en una categoría identitaria y/o en reivindicaciones capaces de unificar los colectivos marginados, atribuir un contorno más preciso a “los excluidos”, darles visibilidad y sostener una lucha por el reconocimiento social (Dubet y Martuccelli, 1998; Paugam, 1996a; Rosanvallon, 1995). Tal perspectiva tiende a evitar el uso de la terminología de las clases sociales, lo que refleja un posible agotamiento del modelo explicativo de la

“cuestión social” centrado en la confrontación de las desigualdades (Demo, 1998). Esta tendencia sustituye las relaciones de tipo vertical ligadas a la dicotomía arriba /abajo por análisis de relaciones sociales apoyadas en dualidades como centro/ periferia y dentro/ fuera.

Este proceso de cuestionamiento ha ocurrido de modo semejante con el concepto tradicional de pobreza. La pobreza ha sido tradicionalmente definida por la carencia de acceso a recursos suficientes para asegurar la satisfacción de necesidades básicas o “una vida digna” (Tezanos, 1999; Nascimento, 2000a). La definición de “necesidades básicas” es siempre relativa, ya que exige una contextualización social e histórica. Este carácter relativo vincula los conceptos de pobreza y desigualdad social.

Ello puede ser claramente apreciado si nos remitimos a la distinción entre pobreza absoluta y pobreza relativa. La pobreza absoluta implica la ausencia de acceso a los bienes y recursos considerados imprescindibles para la supervivencia. La pobreza relativa es definida como la falta de recursos o de consumo con relación a los parámetros definidos por una sociedad sobre lo que es esencial para una vida digna. Por tanto, el concepto de pobreza relativa nos conduce directamente al campo de las desigualdades sociales (Escorel, 1998a).

Sin embargo, a efectos de la distinción analítica que pretendemos realizar, lo que nos interesa poner de relieve es que, cualquier que sea el contexto de referencia, el concepto de pobreza lleva aparejada la idea de destitución material. Desde esta perspectiva, como señala Nascimento (2000a), teóricamente es posible la desigualdad sin que haya pobreza e, inversamente, un país puede tener una pequeña escala de diferencias en el reparto de sus riquezas aunque la mayoría de sus miembros vivan en situación de pobreza.

Los esfuerzos por delimitar conceptualmente la pobreza han dado lugar al desarrollo de índices e indicadores bastante precisos como, por ejemplo, los empleados en los informes sobre el desarrollo humano realizados por la ONU. Sin embargo, estos indicadores han generado críticas por sus limitaciones para explicar procesos sociales complejos; se argumenta que la noción de pobreza, en última instancia, alude a factores materiales cuantificables y, por tanto, tiende a situar a los pobres como una realidad estática. Este punto de vista supone que el concepto de pobreza se agota en el acotamiento de una situación objetiva y objetivable (Tezanos, 1999; Abramovay et. al, 2002).

Las definiciones de la pobreza basadas en criterios exclusivamente económicos, y en especial en la carencia de renta, también han sido objeto de otro tipo de críticas. Algunos analistas subrayan, por ejemplo, las limitaciones del concepto de pobreza para dar cuenta de los procesos de destitución simbólica en los estudios de este fenómeno (Wacquant, 2001, Nascimento, 2000a). Este tipo de crítica, al igual que el anterior, suele vincularse a propuestas de adopción de nuevas categorías analíticas.

Otros autores centran sus críticas en el contenido de determinadas definiciones de la pobreza, señalando alternativas de ampliación y/o redefinición conceptual. Los planteamientos de Demo (1998) ilustran esta posición. Este autor considera como el núcleo de la pobreza la exclusión de la esfera política, entendida como déficit de ciudadanía: *“el mayor problema de las poblaciones pobres no es propiamente el hambre, sino la falta de ciudadanía que les impide convertirse en sujetos de su propia historia e incluso ver que el hambre es impuesta”* (p.5, traducción de la autora). En este enfoque, la propuesta no consiste en abandonar el concepto de pobreza en favor de otros, sino en prestar atención a otras dimensiones. Yendo más allá de la carencia material, Demo alude a la definición del concepto de desarrollo en términos de “oportunidad” como una nueva tendencia en el análisis de la pobreza en la actualidad.

Este tipo de planteamiento se acerca mucho a determinadas definiciones del concepto de exclusión social cuyo contrapunto es la noción de ciudadanía. Coincidimos plenamente con la idea de que llevar la concepción de pobreza más allá de la esfera económica es de gran interés teórico y productividad analítica. Sin embargo, para evitar confusiones conceptuales, utilizaremos el término pobreza para hacer referencia a las carencias y vulnerabilidades directamente ligadas a la dimensión económica.

Si bien es frecuente que la pobreza y la desigualdad estén presentes en procesos de exclusión social, el rasgo distintivo de las situaciones de exclusión es el debilitamiento o ruptura del vínculo social, así como la pérdida del sentido de pertenencia. A ello se suma la multidimensionalidad del concepto moderno de exclusión social, que analizaremos con detenimiento a continuación.

En este sentido, una de las virtudes del concepto de exclusión frente a los conceptos de pobreza y desigualdad es que posibilita la confluencia de diferentes perspectivas analíticas – puesto que abarca simultáneamente las esferas económica, política, social, cultural y subjetiva - confiriéndole mayores posibilidades de densidad teórica y riqueza analítica (Tezanos, 1999). Este último argumento fue decisivo para privilegiar el concepto de exclusión social como la categoría central del presente

estudio, aunque las nociones de pobreza y desigualdad sean herramientas conceptuales fundamentales en el análisis que hemos llevado a cabo.

Por último, queremos poner de manifiesto que este breve ejercicio de establecer distinciones conceptuales no implica que no estemos de acuerdo con la idea de que el concepto de exclusión social remite, ante todo, a las facetas específicamente contemporáneas de la pobreza y de la desigualdad social (Escorel,1998a;1998b, Nascimento, 2000a; Martins, 1997).

3. Origen y evolución del concepto de exclusión social

La multiplicidad de acepciones que el concepto de exclusión social ha asumido en los últimos años y su frecuente ambigüedad ha contribuido al oscurecimiento de los fenómenos a los cuales se refiere y a un relativo vaciamiento conceptual.

Ello se debe en gran medida a que desde su génesis el término “exclusión social” ha sido utilizado para designar fenómenos sociales muy diversos. No pretendemos considerar aquí todos los sentidos implicados en la expansión del uso del término, sino solo poner de relieve algunos de los principales núcleos semánticos relacionados con su origen y evolución como concepto. Este punto de partida es necesario para la discusión posterior sobre los supuestos subyacentes a los mismos y la definición de nuestra postura dentro de esta red de significados.

La cuestión de la exclusión social adquirió relevancia teórica y política inicialmente en Francia a partir de la década de los 70. La creación del concepto suele atribuirse a René Lenoir (1974), que utilizó la expresión cuando era Secretario de Estado de Acción Social para hacer referencia a distintos colectivos asociados a la idea de “inadaptación social”: minusválidos, enfermos mentales, toxicómanos, delincuentes, personas con tendencias suicidas, ancianos inválidos, familias monoparentales, etc. (Silver, 1994; Escorel, 1998).

No obstante, la noción de exclusión ya había sido utilizada en suelo francés en la década anterior en un ensayo realizado por Pierre Massé, titulado “*Los dividendos del progreso*”, así como en una obra publicada por el movimiento ATD- Cuarto Mundo. En ambos casos, remitía a la supervivencia al margen del progreso económico y del reparto de beneficios. El limitado éxito de la noción en este momento se explica por el carácter residual que el fenómeno tenía en Francia. La pobreza parecía un problema superable que no representaba ningún tipo de amenaza para el conjunto del cuerpo social (Paugam,1996a).

Los trabajos de Foucault – véanse, concretamente, *“Historia de la Locura”* y *“Vigilar y Castigar”* – también han contribuido a la emergencia y consolidación del concepto de exclusión social. En la obra de Foucault la idea de exclusión se inserta en una perspectiva analítica cuyo eje es la cuestión del poder, en detrimento de la esfera económica. El término exclusión emerge junto a nociones como expulsión, exilio, reclusión y confinamiento, que ponen el énfasis en los efectos segregadores de diferentes dispositivos de control social.

Durante los años 70, empieza a plantearse una distinción entre exclusión objetiva y subjetiva, vinculando el problema con la alienación y la pérdida de autonomía personal bajo el capitalismo avanzado. Al destacar la exclusión subjetiva, ser excluido significaba fundamentalmente ser tratado como un objeto, situación que, en principio, podría aplicarse a cualquier persona o grupo social. El discurso sobre la exclusión entra entonces en el campo de los movimientos sociales. A finales de los 70, el énfasis se desplaza hacia la esfera económica y los excluidos pasan a ser definidos como “los olvidados del crecimiento económico” (Silver,1994).

A principios de los 80, gana relieve el debate sobre la “nueva pobreza”. La expresión “nuevos pobres” fue introducida para dar cuenta de un cambio en el perfil de la pobreza derivado de transformaciones en el ámbito de la economía y de la producción. A diferencia de la pobreza tradicional, entendida como consecuencia de etapas depresivas del ciclo económico, la “nueva pobreza” es atribuida a una dinámica de índole estructural que pasa a exponer a todas las clases sociales a vulnerabilidades asociadas a la inseguridad en el campo laboral. En este contexto, ser vulnerable equivale a la posibilidad de sufrir un descenso en la escala social a raíz de cambios en la organización del trabajo y en el sistema de acumulación capitalista, lo que crea una pobreza relativa en términos de privación (Ibíd.).

El núcleo de la cuestión radica en que la pobreza deja de ser un riesgo limitado a aquellas personas que se encontraban en los márgenes de la sociedad, para pasar a afectar el centro mismo de la organización social. A partir de la mitad de la década de los 80, nuevos grupos sociales, hasta entonces supuestamente “integrados”, empiezan a demandar el auxilio del Estado para sobrevivir engendrando una nueva geografía de lo social y una crisis de las políticas sociales vigentes en Europa.

La noción de “nueva pobreza” ha tenido especial repercusión en la bibliografía anglosajona y, en particular, en el Reino Unido. En Francia, tanto en el ámbito académico como en la esfera política, dicha noción ha sido relegada a un segundo plano

en favor del concepto de exclusión social. En todo caso, la expresión “nueva pobreza” suele ser aplicada por los anglosajones para hacer referencia a muchas de las mismas cuestiones empíricas que los franceses han asociado a la “exclusión”.

Posteriormente, las crisis políticas provocadas por determinados conflictos sociales como, por ejemplo, episodios de violencia ligados a la xenofobia y a jóvenes residentes en los suburbios, contribuyeron a ampliar los significados del término “exclusión”. En este contexto, la retórica de la exclusión/inserción/ integración pasó a incluir a los inmigrantes, a la cuestión de la “*banlieu*” (periferia), a la discusión sobre los problemas de la juventud - y, en especial, de las organizaciones juveniles definidas como “*galère*” (Dubet ,1987) - y a la articulación entre exclusión económica y espacial (segregación en el contexto urbano).

Sin embargo, a partir de los años 80 el concepto de “exclusión social” pasa a designar principalmente los problemas derivados de los cambios en la esfera de la producción. El núcleo del debate privilegia la desintegración del vínculo con la esfera laboral y la creciente inestabilidad de los vínculos sociales. Desde esta perspectiva, la discusión sobre la fragilización del lazo social implica desde los vínculos familiares y las relaciones comunitarias de vecindad, hasta el desvanecimiento de la llamada “solidaridad de clase” basada en los sindicatos (Ídem ibidem). En este escenario, el uso del término exclusión alude a lo que Castel (1991; 1995) y Rosanvallon (1995), entre otros autores, han definido como “la nueva cuestión social”.

3.1. “La metamorfosis de la cuestión social” en el contexto europeo

Según Castel (1995), la “cuestión social” puede ser definida por la inquietud acerca de la capacidad de preservar la cohesión de una sociedad. En este sentido, coincidimos con Escorel (1998b) en que a pesar de que la “cuestión social” no pueda ser reducida a las condiciones de privación derivadas de la pobreza, o incluso de la miseria, la exclusión social acaba por remitirnos a este tradicional campo. Desde este enfoque, la noción de exclusión social es una categoría que emerge con objeto de dar cuenta de la configuración y los significados de las nuevas facetas de la pobreza, es decir, de sus singularidades contemporáneas.

La expresión “cuestión social” fue formulada inicialmente para referirse a las profundas transformaciones en las condiciones de vida del proletariado que se produjeron a finales del siglo XIX en el marco del proceso de nacimiento de la sociedad industrial (Rosanvallon, 1995). El análisis llevado a cabo por Castel (1995) nos permite

visualizar con nitidez los cambios sufridos por la “cuestión social” en las sociedades preindustrial, industrial y postindustrial. La perspectiva histórica que adopta este autor posibilita comprender por qué hoy día algunos analistas defienden la existencia de una “nueva” cuestión social.

Robert Castel (1995) centra la discusión en “*la metamorfosis de la cuestión social*” mediante un esquema analítico que define dos ejes fundamentales de la integración social: el ámbito del trabajo y la esfera de las relaciones socio-familiares. Tomando como referencia central las relaciones establecidas con estos dos ejes, identifica los representantes paradigmáticos de la cuestión social en diferentes momentos históricos: desde la figura del vagabundo en la edad media, pasando por la cuestión del pauperismo al principio de la sociedad industrial hasta llegar a los “*sujetos frágiles*” “*inútiles para el mundo*” de la actualidad.

Paralelamente, hace hincapié en los principales núcleos de integración social en cada momento - las redes de sociabilidad primarias, el trabajo libre, el trabajo protegido – y en cómo los procesos de vinculación y desvinculación con los dos ejes de referencias mencionados han configurado nuevas prácticas para afrontar las vulnerabilidades producidas por la desafiliación social (por ejemplo, la creación de dispositivos institucionales de asistencia).

Castel prefiere el término “desafiliación” al de “exclusión social”. Justifica esta elección subrayando que el análisis de los procesos de desvinculación social no supone necesariamente hablar de rupturas, sino, sobre todo, trazar recorridos que pueden implicar la coexistencia de la inserción sólida en un determinado eje y la desvinculación de otro. Privilegiando una perspectiva procesual establece cuatro zonas para el análisis del vínculo social: la zona de integración, la zona de vulnerabilidad, la zona de asistencia y la zona de exclusión. Nos detendremos en este punto más adelante.

De momento, solamente nos interesa destacar el énfasis atribuido por Castel a la zona de vulnerabilidad. La vulnerabilidad social es una zona intermedia e inestable que conjuga la precariedad del trabajo con la fragilidad de los soportes relacionales. El particular interés de esta zona radica en que los diferentes agentes y mecanismos que entran en juego para hacer frente a los riesgos de la situación de vulnerabilidad son determinantes para comprender cómo evoluciona la cuestión social.

Antes de la revolución industrial, la protección social se desarrollaba sin la necesidad de mediaciones a través de las redes de sociabilidad primarias: la familia, el vecindario, la parroquia, los gremios etc. La seguridad era conferida por la inscripción

territorial, familiar y socio-comunitaria, así como por la participación en el sistema de solidaridades y obligaciones del linaje y de la comunidad local. Por tanto, en la sociedad preindustrial las vulnerabilidades asociadas a la precariedad material no implicaban la fragilización y/o ruptura con la pertenencia sociocomunitaria, sino más bien lo contrario. Incluso cuando la pobreza era muy acentuada, ello no le confería necesariamente el estatuto de “cuestión social”, debido a la solidez de los mecanismos de protección primarios.

Con la revolución industrial el trabajo se convierte en el principal elemento dinamizador de la estructura social y el asalariado asume el lugar de principal difusor de los valores de la modernidad y del progreso. La inserción laboral se convierte en la puerta de entrada para la integración social y el trabajo se consolida como el núcleo central de la cohesión social. La participación en el mundo del trabajo permite acceder a una renta económica, pero, además, pasa a constituir la principal fuente de seguridad (protección social), identidad social e, incluso, de prestigio.

La relación entre condición salarial y consumo también cobra especial relevancia, pues la capacidad de consumo se instala como un elemento fundamental de inclusión social. Las mercancías se convierten en símbolos que sirven para marcar posiciones sociales (García Roca,1998). Dicho de otro modo, en el proceso de mercantilización de las relaciones sociales la capacidad de consumo se convierte en el indicador del valor intrínseco de un individuo, el cual, en última instancia, estaba determinado por el lugar ocupado en la división del trabajo. Por tanto, en la sociedad industrial el trabajo asume, a la vez, una fuerte significación económica, social y simbólica.

En este contexto, el protagonismo del empleo asalariado reduce la importancia del patrimonio, de la pertenencia familiar y de la inscripción en una comunidad concreta tanto para la inclusión económica como para la inclusión más específicamente social de un individuo. Por otra parte, la creación del Estado de Bienestar fue el factor decisivo para propiciar la inclusión política. A pesar de la relevancia del crecimiento económico como uno de los pilares fundamentales de la sociedad salarial, el Estado social fue en amplia medida su gran mecanismo de regulación, pues puso en marcha “ *un modo de gestión política que ha asociado la propiedad privada y la propiedad social, el desarrollo económico y la adquisición de derechos sociales, el mercado y el Estado*” (Ibíd., p.123).

Por consiguiente, la importancia del trabajo para caracterizar la exclusión social nos conduce especialmente a los cambios en el escenario económico, político y social

que tuvieron lugar en los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial. Más precisamente, a los resultados del fortalecimiento de las políticas keynesianas que fundamentaron la creación del Estado de Bienestar Social. La construcción del Estado de Bienestar se basó en el principio de que los gobiernos deben asumir la responsabilidad de garantizar un nivel de vida mínimamente aceptable para todos los ciudadanos, lo que suponía tres grandes frentes de acción: a) la regulación de la economía de mercado con objeto de mantener un nivel de empleo alto y estable; b) la provisión pública de servicios sociales de carácter universal; c) el desarrollo de una red de protección para atenuar el impacto de la pobreza y garantizar servicios asistenciales a aquellas personas cuya renta, medios de vida o circunstancias particulares implicasen una situación de grave riesgo social (Ídem Ibidem).

Así, en la sociedad industrial, la pobreza y la marginación se convierten en cuestión social, pero no ponen en tela de juicio las bases de la organización social, sino que suscitan el desarrollo de mecanismos de protección secundaria. La pobreza y la marginación eran percibidas como algo provisional que la propia dinámica de la sociedad trataría de superar, es decir, como situaciones residuales que el crecimiento económico asociado a estrategias políticas de gestión de los riesgos se encargarían de solucionar. Para hacer frente a las situaciones que implicaban riesgo social fue creado el espacio institucional de la asistencia (en los términos de Castel la *zona de asistencia*) que debería actuar desde una perspectiva inclusiva y de orientación universalista. Ello permitió que apareciese la generalización de los mecanismos secundarios de protección social y se consolidara en determinados países como un intermediario fundamental en la gestión de los riesgos y conflictos sociales.

Esta dinámica situó el trabajo como el elemento clave de la cuestión social en las economías que adoptaron las políticas keynesianas y crearon el Estado de Bienestar. A partir de este momento, el trabajo y las garantías asociadas a él (es decir, la red de protección social secundaria) se convierten en el soporte central para la calificación de distintos niveles de permanencia y participación en el tejido social, anclados, sobre todo, en la noción de contrato. Esta última sustituye la idea de tutela que caracterizaba la sociedad preindustrial. El Estado Social se establece como marco de un conjunto de garantías constituido a partir de la participación en la producción colectiva, que tenía en la construcción de la llamada “Sociedad Salarial” su símbolo casi perfecto (Willadino y Aquino, 2001) .

Sin embargo, a mediados de la década de los 70 surge la crisis del modelo fordista de regulación, que a lo largo de los años de posguerra estuvo asociado a las prácticas keynesianas. Se genera un desempleo masivo que da margen a una crítica al exceso de protecciones propiciadas por el Estado de Bienestar. El Estado Social pasa a ser acusado de paternalista y hasta pietista. A raíz de este proceso se pone en marcha una alteración de los modos de producción que resulta en cambios significativos de los procesos de trabajo y de la forma de funcionamiento de las empresas. Empieza un proceso de remercantilización del Estado, en oposición al carácter desmercantilizador y social que había caracterizado la actuación estatal en las tres décadas anteriores.

Esa transición ha conllevado una volatilización del trabajo, la pérdida de la seguridad jurídica constitutiva de su norma y el debilitamiento de su sentido social (Alonso,2000). La pulverización de la condición salarial aparece vinculada a la pérdida de la centralidad del trabajo tanto como núcleo dinamizador de la estructura social, como desde el punto de vista subjetivo, es decir, como valor (Offe, 1992). Mientras algunos autores hablan del fin de la “sociedad del trabajo” (Offe, 1992; Gorz,1997; Bauman,1998), desde posiciones más extremas encontramos incluso teóricos que han llegado a decretar el fin del trabajo (Rifkin, 1996; Méda, 1995).

Al margen de este debate, los cambios ocurridos en el mundo laboral – y, en particular, los procesos de innovación tecnológica, flexibilización de la relación laboral y desempleo masivo y estructural - han posibilitado una acentuación de su importancia en la definición de los procesos de exclusión. La (no) participación en el mercado de trabajo se consolida como el factor central para calificar como “excluido” a alguien en la sociedad postindustrial.

Esta reestructuración de las relaciones de producción hizo con que empezaran a tambalearse todos los principios de integración social establecidos por la sociedad industrial. Si bien hay intensos debates sobre los determinantes y consecuencias de dicho proceso, hay un fuerte consenso acerca de la crisis de los grandes pilares de la cohesión social de la sociedad salarial. Pese a las profundas transformaciones en el eje relacional, son los cambios en la esfera del trabajo y en los modos de gestión estatal de lo social lo que lleva a la mayoría de los autores contemporáneos a identificar el surgimiento de una “nueva cuestión social”.

Para algunos autores, la base de la “nueva cuestión social” es la emergencia de una “*vulnerabilidad de masa*” (Castel, 1995) específicamente contemporánea generada por un contexto de alta inestabilidad, caracterizado por el aumento creciente de la

precarización y del desempleo estructural, que reduce las perspectivas de integración (cuando no las anula directamente). Se pone el énfasis en el crecimiento de modalidades de inclusión laboral precarias y vulnerables marcadas por una amenaza de ruptura permanente que provoca un sentimiento de inseguridad constante; en la conversión del desempleo temporal en una situación crónica; y en las dificultades crecientes de inserción de la juventud en el mercado de trabajo.

La extensión del proceso de globalización, la hegemonía de la ideología neoliberal, la relevancia adquirida por la competitividad y el desarrollo tecnológico han posibilitado que el sistema productivo prescindiera cada vez más de la fuerza de trabajo humana. Los trabajadores han dejado de ser indispensables para la obtención de beneficio, pues la lógica de la fase actual del capitalismo introdujo la “*plusvalía del no-trabajo*” (Forrester, 1997). En la medida en que el crecimiento del sistema productivo y el proceso de acumulación de riquezas no implican creación de empleo, un contingente cada vez más amplio de personas se está convirtiendo en un excedente percibido como superfluo.

En este contexto, la pobreza y la inseguridad ya no son fenómenos residuales o selectivos. La expulsión del mundo del trabajo puede afectar a cualquiera y la ruptura con éste puede fácilmente convertirse en desempleo de larga duración o, incluso, en “inempleabilidad”¹. Así, la novedad radica en que los procesos de desvinculación del ámbito laboral ya no se asocian a la creación de un “ejército de reserva” como en la sociedad industrial, sino a la generación de un contingente de “*trabajadores sin trabajo*” que se han convertido en “*superfluos*” e “*innecesarios*” para el sistema productivo y, por tanto, “*inútiles para el mundo*” (Castel, 1995).

A menudo, la propia existencia de estos sujetos pasa a ser percibida como disfuncional a la sociedad. Se supone que dejan de ejercer cualquier papel en la esfera de la producción y en la vida económica. Y, en consecuencia, se convierten sencillamente en fuente de gastos (pues amplían la zona de asistencia), incomodidad social y amenaza (aspecto frecuentemente asociado a la criminalización de la pobreza).

La “inutilidad social” fruto de la pérdida del vínculo con el ámbito del trabajo se conecta con la descalificación en el plano cívico y político; esto puede conducir a la pérdida de identidad social y, de modo más radical, de un lugar en la sociedad. La exclusión es el resultado de un proceso de desafiliación social marcado por una serie de

¹ Aunque dicho término sea polémico por la carga ideológica que eventualmente conlleva, optamos por utilizarlo en ocasiones debido a su centralidad en la teorización sobre la exclusión social.

rupturas con las redes de pertenencia sociocomunitarias que acaban por relegar al individuo a una “*tierra de nadie*” social (Castel, 1991; 1995).

“La marginalidad- debería decirse antes marginación- es así una producción social que encuentra su origen en las estructuras de base de la sociedad, en la organización del trabajo y en el sistema de valores dominantes a partir de los cuales se reparten los lugares y se fundan las jerarquías , atribuyendo a cada uno su dignidad o su indignidad social” (Castel, 1996, p.38, traducción de la autora).

Así, la emergencia de una “nueva pobreza” basada fundamentalmente en la vulnerabilidad ocupacional en un contexto que creía acercarse al pleno empleo, y el surgimiento de sujetos percibidos como superfluos para el mundo de la producción (y, por tanto, carentes de perspectivas de (re)inserción laboral) son los principales fenómenos que confieren cierta unidad al concepto de exclusión social en la bibliografía europea contemporánea.

Pero la exclusión social no se agota en las vulnerabilidades económico-ocupacionales, y ni siquiera en la expulsión del mercado de trabajo. La manifestación más drástica de la exclusión implica la erosión de los valores colectivos que tradicionalmente han sostenido la cohesión social, dando lugar a movimientos de aislamiento y a sentimientos de no pertenencia, impotencia y soledad.

La creciente inestabilidad de los vínculos sociales va bastante más allá de los aspectos materiales, atravesando los campos político, cultural, simbólico e, incluso, ético. Nos remite a la relación con la alteridad y, en especial, a la dificultad de establecer la solidaridad entre individuos y grupos, y de éstos con la sociedad en su conjunto. Aquí la exacerbación del individualismo también aparece como un factor fundamental que acentúa la vulnerabilidad social.

Si lo miramos desde el punto de vista histórico, podemos visualizar una vez más la evolución de la cuestión social. Mientras que la vulnerabilidad en las sociedades preindustriales nace del exceso de obligaciones ligadas a la inscripción territorial, de linaje, a la dependencia familiar y a los lazos comunitarios, la vulnerabilidad postindustrial se genera por la falta de vinculaciones, por el exceso de movilidad, por el debilitamiento de las pertenencias familiares, territoriales y sociocomunitarias, acentuadas por dinámicas culturales que intensifican el individualismo (Castel, 1995; García Roca, 1998).

En este sentido, se cuestiona la posibilidad de conciliar una tradición de solidaridad con el surgimiento de una cultura individualista. Esta disyuntiva se vincula al uso del concepto de exclusión social como *“metáfora para designar la polifonía social de la sociedad posmoderna”*, como categoría que señala la falta de comunicación entre individuos y grupos, o bien su incompreensión mutua (Silver, 1994, p.610). Lo que está en cuestión en el trasfondo de este planteamiento es la dificultad de establecer procesos de negociación basados en el reconocimiento recíproco y en un sentido de pertenencia a la colectividad (Ibíd.; Xiberras, 1993).

Es en este punto donde, como hemos señalado antes, los conceptos de pobreza y desigualdad son percibidos como insuficientes para dar cuenta de la *“nueva cuestión social”*. García Roca (1998) advierte que captar las metamorfosis de la cuestión social debe ser uno de los principales retos de cualquier proyecto emancipador, pues *“de lo contrario, se responde a preguntas que nadie ha formulado, o se sigue con las mismas respuestas cuando se cambian las preguntas”* (p.119). En este sentido, encontramos planteamientos vehementes que llegan a asociar la metamorfosis de la cuestión social al surgimiento de un *“nuevo modelo de sociedad”* fundamentado en una lógica dualizadora novedosa cuyo motor central es una profunda crisis del trabajo:

“...lo que está ocurriendo no es algo epifenoménico y casual, no es un repunte más de la problemática de la pobreza y la desigualdad social sino que estamos ante una manifestación central de los procesos de cambio que están conduciendo a la emergencia de un nuevo modelo de sociedad, en el que afloran nuevos mecanismos de dualización y estratificación social” (Tezanos, 1999, p.34)

Hay perspectivas menos radicales que analizan este fenómeno conciliando la noción de exclusión social con categorías tradicionales en el análisis de la *“cuestión social”*. Paugam (1991; 1996b), por ejemplo, mantiene el uso del concepto de pobreza como una categoría central en el análisis de los procesos de exclusión. Este autor define tres niveles de pobreza: la pobreza integrada (que implica la coexistencia de condiciones materiales de existencia precarias con una fuerte integración en diferentes espacios sociales como la familia, el barrio o la ciudad), la pobreza marginal (que se sitúa en la intersección entre la pobreza tradicional y la exclusión) y la pobreza descalificadora (que conduce a la situación de exclusión e implica el alejamiento de la esfera productiva, la dependencia de las instituciones de asistencia y el sentimiento de inutilidad social).

En este enfoque, el concepto de “pobreza integrada” pone de manifiesto que la privación material de por sí no llega a representar necesariamente una cuestión social. La “nueva cuestión social” se manifiesta en la pobreza que implica procesos de desvinculación y riesgos de ruptura de los lazos sociales. La exclusión sería la última etapa de un proceso de descalificación social. Pese a la importancia atribuida al trabajo, Paugam (1991;1996b) pone el acento sobre la cohesión social. Las incertidumbres con relación al futuro relacionadas con la situación de exclusión son tanto más intensas porque suponen una nueva condición al combinar privación material, degradación moral y carencia/ ausencia de socialización.

Esta pérdida del sentido de pertenencia a cualquier grupo o espacio social es lo que cuestiona la validez de la noción de desigualdad para aprehender la nueva cuestión social. Para autores como Touraine y De Foucauld (en Silver, 1994; Castillo, 1994), la exclusión y la desigualdad son fenómenos que obedecen a lógicas distintas, pues mientras la desigualdad tiene lugar en una sociedad industrial de producción, en que las clases opuestas se enfrentaban directamente, la exclusión se produce en el marco de una sociedad de mercado que está impulsando la disociación de determinados grupos sociales del sistema económico y político.

La exclusión está relacionada con el auge del individualismo y con una sociedad de mercado en proceso de cambio que está divorciando a sus actores del sistema y separando las exigencias de la producción de las demandas sociales (Dubet y Martuccelli, 1998). De ahí se desprende la idea de que el problema social en la sociedad postindustrial ya no consiste en la desigualdad, sino sobre todo en la justicia y en las reglas del juego de la competitividad internacional que impiden un ejercicio pleno de la ciudadanía por parte de algunos sectores sociales (Silver, 1994; Castillo, 1994).

El hecho es que, como señala Silver (1994), independientemente de cómo se las interprete, las manifestaciones empíricas de una creciente privación y la proliferación de nuevos tipos de desventaja social en los países avanzados están cuestionando la idoneidad de los actuales modos de gestión de los riesgos sociales. Al verse socavados los factores de cohesión, las políticas de integración que fueron válidas hasta la década de los 70, han dejado paso a las llamadas políticas de prevención (García Roca, 1998). Sin embargo, dichas estrategias muchas veces se han limitado a acciones dirigidas a la “inserción”. Castel (1992; 1995) advierte que el paso de políticas de integración hacia políticas de inserción a menudo sirve para disimular una discriminación positiva que está instalando a los *sujetos frágiles* en lo provisional como régimen de existencia.

Estas consideraciones nos conducen al último rasgo que caracteriza la “nueva cuestión social”. Para Rosanvallon (1995), la nueva cuestión social se traduce sobre todo en la crisis del Estado benefactor y, más específicamente, en la ineficacia de los antiguos métodos de gestión de lo social. Según este autor, la crisis diagnosticada a finales de los años 70 ha supuesto una nueva etapa a partir de la década de los 90. Más allá de las cuestiones financieras e ideológicas que cuestionaron la legitimidad del Estado de Bienestar, ahora son los propios principios organizadores de la solidaridad y de la noción de derechos sociales los que están en el centro del debate. Se trata, por tanto, de un problema de orden filosófico.

Rosanvallon (1995) subraya el fracaso de la concepción tradicional de los derechos sociales para suscitar la formulación de respuestas a las facetas específicamente contemporáneas de la cuestión social. Argumenta que las políticas sociales compensatorias son operativas para vulnerabilidades coyunturales (enfermedades, desempleo de corta duración, etc.), pero son absolutamente inoperantes para dar cuenta de la dimensión estructural de los procesos de exclusión social.

Plantea que al margen de las diferencias entre países, la crisis filosófica del Estado Benefactor constituye un punto de inflexión decisivo en la percepción de lo social. Desde esta óptica, la nueva cuestión social exige reflexionar profundamente sobre las nociones de derecho, ciudadanía y democracia, y reconsiderar las expresiones usuales del contrato social. El nuevo paisaje social que se configura a raíz del aumento de los procesos de exclusión impone la necesidad de reformular las definiciones de lo justo y de lo equitativo y (re)inventar reglas de convivencia colectiva que generen y sostengan la solidaridad social. En última instancia, implica una mejor articulación entre la práctica de la democracia y la deliberación sobre la justicia y la gestión de lo social.

Por tanto, ya no se trata solo de buscar una vía de relegitimar el Estado, sino de volver a fundamentar sus bases intelectuales y morales, atendiendo a las enseñanzas de Durkheim sobre cómo reconstruir el lazo social. Según Rosanvallon (1995) estaríamos entrando no sólo en una nueva etapa de lo social, como también en una nueva etapa de lo político (Ibíd.). Consideramos que este proceso exige recuperar una noción integral de ciudadanía plena que no disocia lo político, lo social y lo económico.

3.2. La expansión del uso del concepto moderno de exclusión social

El debate sobre la exclusión social se difundió rápidamente desde Francia al resto de Europa y el uso político y académico de la expresión empezó a ser usado en

otros países. Este movimiento enfatiza la responsabilidad del Estado de promover la cohesión social. Tras una reunión de la Comisión Europea para debatirlo en el año 1990, la exclusión social se ha convertido en una preocupación científica prioritaria y se ha consolidado el uso del término en documentos oficiales de la Unión Europea (Bruto da Costa,1998).

Pese a los múltiples significados, referencias empíricas y perspectivas analíticas relacionadas con la exclusión social, el debate en Europa tiene como base tres corrientes principales: la tradición republicana francesa, la perspectiva liberal anglosajona y la corriente socialdemócrata. Al margen de las especificidades de cada enfoque, en el contexto europeo la discusión se centra en la crisis del Estado de Bienestar, la precarización de los mecanismos básicos de inserción e integración social y el debilitamiento de los vínculos sociales. El acento recae sobre la desintegración del vínculo con la esfera del trabajo y la erosión del tejido social en sociedades que son concebidas y se conciben como “sociedades de trabajo” (Castel, 1995; Alonso, 1995;1999; Tezanos,1999, Paugam, 1996a; Silver, 1994).

Todo el proceso de establecimiento, consolidación y crisis del Estado de Bienestar experimentado por los países europeos ha tenido repercusión en países de otros continentes. Sin embargo, la diversidad de contextos culturales, tradiciones históricas y niveles de industrialización alcanzados por diferentes países impiden generalizar los términos del debate producido en Europa para comprender los procesos de exclusión social que acontecen en otras realidades sociales. Las distinciones existentes exigen contextualizar el análisis sobre la emergencia de una “nueva cuestión social”, así como reflexionar críticamente sobre las posibilidades de adopción del concepto de exclusión social en otros contextos.

Algunos autores brasileños como Demo (1998) rechazan ver la exclusión como una “nueva cuestión social”. Para este autor se está considerando como una situación totalmente nueva lo que, en la práctica, no es más que la ampliación de la pobreza en el mundo. En esta línea argumentativa, plantea que el malestar histórico de las sociedades avanzadas es más fuerte que la novedad teórica de sus planteamientos. Finalmente, sugiere que, tal vez, la novedad consista solamente en un hecho: que los países desarrollados tengan que admitir que no han sabido solucionar la cuestión social que analizaban como un problema exclusivo del llamado “tercer mundo”.

“Lo que existe de nuevo en este contexto es que la expectativa de pleno empleo se esfumó definitivamente, poniendo de

manifiesto todavía más las contradicciones del capitalismo. En el mundo llamado desarrollado, la inserción salarial parecía una conquista definitiva, se olvidaban que en el Tercer mundo nunca han cabido todos en el mercado de trabajo. Lo nuevo en esta discusión es que se ha convertido en una tarea difícil/imposible “periferizar” la pobreza para reservar los privilegios al centro.”(p.36, traducción de la autora).

El cuestionamiento planteado por Demo es muy relevante, ya que la emergencia de una “nueva cuestión social” en el contexto latino-americano no es tan nítida como en el continente europeo (Fassin,1996a; Castillo,1994; Escorel,1998a). Pero desarrollaremos esta discusión en los apartados dedicados a contextualizar la categoría “exclusión social” en América Latina y en Brasil.

Unas consideraciones finales. La primacía de análisis que en la actualidad identifican la exclusión con la “nueva cuestión social” no supone que el uso del concepto se haya limitado a este sentido; la expresión “exclusión social” sigue siendo de uso elástico, polifacético y controvertido. La plasticidad expresiva del concepto ha posibilitado que el término “exclusión social” se haya convertido en una moneda común para designar cualquier forma de marginación, discriminación, descalificación, estigmatización o, incluso, pobreza (Nascimento, 2000a). De ahí que a menudo el concepto aparezca “*saturado de sentido, de no sentido y de contrasentido*” (Freund, en Xiberras, 1993).

También han proliferado los términos que se adoptan como sinónimos del concepto de exclusión como, por ejemplo, “desafiliación”, “desvinculación”, “descalificación” o “invalidación social”. Los excluidos se presentan como “población residual”, “infraclases”, “inútiles para el mundo”, “desechables”, etc., y su situación es definida en términos de “inadaptación”, “precariedad”, “inempleabilidad” o “desinstitucionalización”, sólo por citar algunos ejemplos. Por consiguiente, otro problema en la conceptualización es que los referentes empíricos de la idea de exclusión no siempre se presentan en estos términos. Además de encontrarse agrupados con los de “nueva pobreza”, “desigualdad”, “marginalidad” o “discriminación”, también suelen ser expresados en términos de “superfluidad”, “irrelevancia”, “prescindibilidad”, “desposesión”, “privación”, “indigencia” e, incluso, “alteridad”.

Pese a las dificultades teórico-metodológicas que esta pluralidad de acepciones entraña, coincidimos con Silver (1994) en que mediante la identificación de los muchos sinónimos de la expresión “exclusión social” es posible llegar a delimitar el término en

su forma tanto conceptual como empírica. Nos atenderemos a la propuesta de Nascimento (2000a), que agrupa en tres grandes acepciones los distintos usos del término exclusión social y sus sinónimos en el campo sociológico.

La primera acepción deriva del concepto de anomia. Se trata de la concepción más amplia y genérica del término. En este enfoque, el concepto de exclusión social se acerca al de **discriminación** y puede tener diferentes bases: étnica, sexual, religiosa, territorial, etc.. Aquí toda forma de discriminación o rechazo social consiste en una manifestación de la exclusión. Aunque los sujetos que son objetos de la exclusión no estén formalmente excluidos de los derechos, sus diferencias no son aceptadas y/ o toleradas. Así, los “excluidos” se confunden con los grupos que son objeto de **estigmatización** (Goffman, 1963) o asociados a la noción de **desviación**. Esta acepción implica una íntima asociación entre violencia y exclusión, motivo por el cual abordaremos el desarrollo de la misma y de las teorías que la fundamentan en el capítulo en que vamos a analizar dicha conexión.

La segunda acepción es la que se relaciona con el **discurso de la “nueva cuestión social”** que acabamos de analizar, englobando conceptos como el de desafiliación social de Robert Castel o el de “nueva pobreza”. **En esta acepción, la cuestión del no reconocimiento se traduce fundamentalmente en una exclusión de derechos, unida por lo general a la exclusión del ámbito laboral.** Aquí también puede haber discriminación y estigmatización, pero hay sobre todo exclusión de los derechos formales, que puede ser parcial o total.

La tercera acepción es la que Nascimento (2000a) denomina la “nueva exclusión”. En este caso, **el no reconocimiento va más allá de la negación de derechos formales y se bloquea el “derecho a tener derechos”** (Arendt, 1989). En la base de dicho proceso está la **expulsión de los sujetos de la idea de humanidad, que convierte los excluidos en grupos susceptibles de sufrir el exterminio, es decir, la eliminación física.** Hay colectivos particularmente vulnerables a esta amenaza (por ejemplo, los indígenas o las personas que viven en la calle). No obstante, este tipo de exclusión puede afectar a las personas vinculadas a las dos acepciones anteriores, siempre que su proceso de exclusión social se radicalice.

Hechas estas aclaraciones, pasamos al análisis de los principales modelos teóricos y perspectivas de estudio de la exclusión social en la actualidad. Empezaremos por una presentación genérica que, en función de su origen, privilegia el contexto

europeo. A continuación analizaremos los matices y especificidades de teorías sobre la exclusión social en América Latina y, en particular, en Brasil.

4. Paradigmas contemporáneos para el análisis de la exclusión social

Silver (1994) analiza cómo evoluciona el concepto de exclusión social e indica sus connotaciones múltiples y los supuestos subyacentes. Plantea que los discursos sobre la exclusión pueden hacer las veces de una ventana a través de la cual se observan culturas e ideologías políticas, así como paradigmas sociológicos divergentes que, a su vez, coinciden con distintos discursos nacionales.

Desde este enfoque, la autora identifica tres paradigmas² que considera la base de los distintos desarrollos teóricos contemporáneos sobre la exclusión, y los designa como: “*solidaridad*”, “*especialización*” y “*monopolio*”. Las filosofías políticas que los fundamentan son, respectivamente, la ideología republicana francesa, el liberalismo y la socialdemocracia. Estos tres modelos analíticos mantienen diferentes concepciones del orden social y, en consecuencia, de lo que implica no sólo la exclusión, sino también la inclusión social. Como observa Silver (1994),

“La pregunta ¿exclusión de qué? encierra otra más básica, la atinente al problema del orden social... la noción de exclusión obliga a definir en qué consiste la “inclusión” social. En este caso, las teorías de “inserción”, integración, ciudadanía o solidaridad brindan puntos de referencia que permiten determinar tres criterios paradigmáticos para abordar el tema de la exclusión: solidaridad, especialización y monopolio” (p.619).

Cada uno de los paradigmas analizados presenta la exclusión como una forma específica de relación social entre “incluidos” y “excluidos”. Así, ofrecen explicaciones diversas sobre las causas de los procesos excluyentes e identifican distintos agentes como los principales responsables. Coincidimos con Silver (1994) en que explicitar los “matices” en juego es crucial para entender las bases de distintas perspectivas teóricas, así como para la comprensión de los valores y objetivos implícitos en las propuestas

² Silver (1994) utiliza el término paradigma en el sentido definido por Thomas Kuhn, es decir, como “una constelación de creencias, valores, técnicas y otros elementos compartidos por determinada comunidad”. Desde esta óptica, subraya que los paradigmas especifican no sólo qué clase de entidades contiene el universo, sino también, por deducción, cuáles no contiene. Finalmente, plantea que hay ontologías que hacen comprensible la realidad mezclando elementos de lo que “es” y de lo que se supone que “debería ser”. Cuando los paradigmas entran en conflicto unos con otros entra en juego la inconmensurabilidad, la cual implica que los expertos pueden utilizar el mismo lenguaje para significar cosas distintas (p.613).

políticas de combate contra la exclusión social. Veamos, pues, las principales características de estos tres modelos analíticos.

Teniendo en cuenta que los paradigmas de la “solidaridad” y del “monopolio” serán desarrollados a lo largo de toda la tesis, pues son las bases teóricas de nuestro estudio, su presentación en este apartado será muy puntual. En contrapartida, dedicaremos un poco más de espacio al “paradigma de la especialización”, ya que apenas lo retomaremos después.

El paradigma de la solidaridad es la base de las teorías sobre la exclusión social en Francia y se nutre del pensamiento republicano. Este modelo de pensamiento se define como una tercera vía entre el liberalismo y el socialismo que articula las preocupaciones económicas y sociales a través de la noción de solidaridad. Sus principales precursores en el campo sociológico son Rousseau y Durkheim. Por consiguiente, este paradigma parte de una concepción del orden social entendido como externo, moral y normativo. Se presupone la existencia de una conciencia colectiva, una voluntad general, que establece un lazo entre el individuo y la sociedad en su conjunto. Este vínculo es mediado por instituciones verticalmente relacionadas entre sí. Sin embargo, el fundamento básico del vínculo entre el individuo y la sociedad es la solidaridad social.

La exclusión se define como una falla en el tejido social que no se puede explicar como un fenómeno político o económico sin más. Se trata ante todo de un problema en el ámbito de la solidaridad, que implica el quebrantamiento de los vínculos sociales y simbólicos que aseguran la cohesión social. La erosión del tejido social supone la pérdida de los valores colectivos, del reconocimiento recíproco y del sentido de pertenencia a la colectividad. Es decir, los procesos de exclusión social conllevan el riesgo de privación del intercambio material y simbólico con la sociedad en su conjunto.

La muestra más radical de la exclusión es el aislamiento social y el sentimiento de no pertenencia derivados de la corrosión de los valores tradicionales que propiciaban la integración social. Sin embargo, a pesar del énfasis en la dimensión relacional, el vínculo con la esfera laboral suele percibirse como el gran pilar de sostenimiento de la cohesión social. En todo caso, aunque tenga significación económica, política, institucional e individual, la exclusión es entendida como una ruptura del vínculo social de orientación fundamentalmente cultural y moral.

Por ello, ni la dinámica económica y ni siquiera la representación política (los derechos del ciudadano) son percibidas como bases suficientes para sostener o

reconfigurar la cohesión social. **En este paradigma, el reverso de la noción de exclusión es el concepto de “integración social” y el proceso que permite alcanzarla es la “inserción”**³. La noción de integración remite directamente a la cuestión de la solidaridad social. Así, la inclusión social implica restablecer el reconocimiento mutuo por parte de los miembros de la sociedad.

En sentido durkheimiano la integración implica la asimilación a las normas y pautas culturales dominantes (Nasse, 1992). Sin embargo, según Silver (1994), la mayoría de los usos recientes del término “integración” incorporan nociones multiculturales acerca del modo en que se reconfiguran las bases de la solidaridad social. La autora subraya que este argumento se aplica tanto si la cultura dominante se adapta a la cultura de una minoría como si este proceso se produce a la inversa, lo que le lleva a definir estos planteamientos como postmodernos.

Xiberras (1993) destaca que diversas teorías de base postmoderna coinciden en que la formación de vínculos sociales de tipo orgánico en la actualidad exige tener en cuenta la complejidad y la pluralidad de las morfologías sociales. Ello supone admitir la posibilidad de coexistencia entre valores y sistemas de representación distintos que hacen viable la construcción de una solidaridad de base que incluya el policulturalismo y lazos sociales de duración efímera. Desde este punto de vista, la construcción de un reconocimiento global implica un eje transversal (marcado por las diferencias) que enfatice las similitudes favorecedoras del reconocimiento mutuo y de relaciones de reciprocidad.

Un buen ejemplo de esta perspectiva es la noción de “*socialidad*” desarrollada por Maffesoli (1988). Dicha noción se refiere a la formación de lazos de solidaridad mecánica creados alrededor de un destino común para sustituir los vínculos orgánicos en proceso de fragmentación. Estos lazos se construyen con valores simbólicos, principios comunitarios o, incluso, “*éticas del instante*” que pretenden llenar el vacío producido por la ruptura de la cohesión social.

El paradigma de la especialización tiene como fundamento el liberalismo económico angloamericano. En este marco, el orden social es entendido según la misma lógica que la economía y la política: como redes de intercambios voluntarios entre

³ Como señala Xiberras (1993), inserción e integración se refieren a distintas etapas de la inclusión social. La noción de inserción remite a las condiciones de acogida; se trata de hacerse un hueco entre los demás, tener la posibilidad de acceso a los derechos, oportunidades y estatutos similares a los miembros de la comunidad nacional, aunque se mantengan diferencias significativas en relación con ellos. La noción de integración implica participar socialmente no sólo al lado de, o entre los demás miembros de la sociedad, sino en coherencia con ellos.

individuos autónomos. Se supone que la diferenciación entre los individuos da lugar a una especialización en el mercado y en los grupos sociales. Las estructuras sociales especializadas están compuestas de esferas separadas que compiten entre sí. No obstante, no hay una relación necesariamente desigual entre ellas. Por el contrario, el énfasis se pone en los intercambios y la relación de interdependencia que establecen, es decir, sobre relaciones supuestamente horizontales (Silver, 1994).

Los modelos liberales de ciudadanía asocian la separación de esferas en la vida social al intercambio contractual de derechos y obligaciones. Según este paradigma, la exclusión es una consecuencia de la *especialización*, esto es, de la diferenciación social, la división económica del trabajo y la segmentación de la vida social en distintos ámbitos. Resultaría, por tanto, de una separación inadecuada de las esferas sociales, de la aplicación de reglas impropias para un ámbito dado, o de barreras que se oponen a la libre circulación y al intercambio entre los diversos campos sociales.

Cuando los límites intergrupales no permiten la circulación de los individuos entre los diferentes ámbitos, la exclusión implica discriminación. Sin embargo, el supuesto fundamental de esta perspectiva teórica es que los grupos sociales son constituidos voluntariamente por sus miembros, de manera que las alianzas establecidas entre ellos responden a sus intereses y aspiraciones (Ibíd.). Las relaciones sociales son entendidas como económicamente motivadas, comerciales y competitivas.

La producción anglosajona sobre la exclusión social se inscribe principalmente en este modelo analítico. Se ocupa sobre todo de los aspectos distributivos relacionados con la “nueva pobreza” privilegiando concepciones liberales, individualistas y utilitarias del contrato social. En consecuencia, esta vertiente quita relevancia a las dimensiones simbólicas, morales y propiamente sociales de los procesos de exclusión.

La visión liberal parece restar importancia a la ciudadanía al plantear que las medidas sociales deben ser pensadas como respuestas, a ser posible provisionales, a las consecuencias socialmente indeseables de las interacciones de mercado, y no como principio organizador de la sociedad. Predomina la idea de que el Estado debe reducirse al mínimo, dejando el protagonismo al libre intercambio interesado unido al pluralismo político y cultural (Ídem, Ibidem).

Mientras que los estudios llevados a cabo en la mayoría de los países europeos privilegian la noción de Estado de Bienestar y defienden la necesidad de que el derecho prevalezca sobre el mercado, la vertiente anglosajona pone el acento sobre la noción de “*workfare*” y, a menudo, sostiene que el mercado es una instancia capaz de regular la

justicia social (Morel, 1996; Room, 1990). En esta perspectiva, diversos analistas defienden que sólo puede haber inclusión social efectiva a través del mercado.

Sin embargo, entre los discursos neoliberales también pueden encontrarse autores como Jordan (1996) que se oponen al planteamiento según el cual el libre mercado es capaz de regular la desigualdad social. Para este autor, la polarización social remite a la formación de redes asociativas contrastables que siguen caminos muy distintos para lograr el acceso a sus bienes (mercado formal, informal, asistencia, etc.). Aún así, la teorización permanece en el dominio de las teorías de los juegos y de la elección racional.

En el campo de las ciencias sociales el individualismo liberal se refleja en el individualismo metodológico, el cual considera las características y dinámicas grupales (sociales) como si fueran atributos individuales. Por tanto, en todos los ámbitos mencionados identificamos **argumentos que responsabilizan a los excluidos de la situación en la que se encuentran**. Este es el principal motivo por el cual nos oponemos radicalmente a dicho paradigma. Lo mantendremos como referencia en nuestro análisis empírico sobre todo porque nos interesa evaluar sus repercusiones en los discursos de los jóvenes.

Sea en el dominio académico, sea en la esfera política, los discursos que se valen del paradigma de la especialización con frecuencia justifican **los mecanismos que producen y reproducen las desigualdades sociales a partir de argumentos basados en las nociones de libertad y eficacia**. Como señala Demo (1998), en Estados Unidos expresiones típicas como “*self-made-man*” o “*american way of life*” traducen tal concepción, que estigmatiza a los excluidos culpabilizándoles.

En el contexto de una “ética del mercado”, se supone que es pobre el que no trabaja o no quiere trabajar. Se maneja un concepto duro de emancipación relacionado con la capacidad de imponerse agresivamente. La universalización de los sistemas educativos de base tiene un papel central en este proyecto. Pese al reconocimiento de la “crisis del trabajo”, la inserción laboral sigue siendo la referencia central para pensar cualquier tipo de inclusión en las sociedades anglosajonas (Ibíd). La asistencia tiene una connotación peyorativa, cuya aceptación se limita a concebirla como una estrategia puntual que recomponga las condiciones necesarias para la (re) inserción en el trabajo.

Los estudios basados en el paradigma de la especialización muchas veces no adoptan el concepto de exclusión social. En su lugar, utilizan o bien el concepto de discriminación, o bien la noción de “*underclass*” (subclase). La noción de *underclass*

se usa sobre todo en Norteamérica y, al igual que el concepto de exclusión, tampoco tiene contornos muy definidos. Surgió en los años 60 para hacer referencia a poblaciones marcadas por vulnerabilidades económico-ocupacionales y carentes de perspectivas de movilidad social. En su origen ponía el acento en desigualdades de fondo estructural que afectaban a los guetos negros y se asociaba a las ideas de pobreza y superfluidad (Wacquant, 1996).

A finales de la década de los 70 asumió una connotación predominantemente cultural y conductual ligada a discursos conservadores estigmatizantes que asociaban la pobreza con la desviación. La población privilegiada seguían siendo los negros con el gueto como escenario. Estos discursos fueron muy difundidos por los media y se consolidó en el imaginario popular y académico americano la asociación entre desigualdades económicas, discriminación, cuestión racial, segregación espacial, conductas desviadas y criminalidad urbana (Wacquant, 1996; 2001).

Esta perspectiva ha recuperado la figura del lumpen proletariado como el “desecho de las clases sociales”, caracterizado por valores y conductas amorales. Pero en ningún momento la noción de *underclass* se desarrolló en la teoría marxista de las clases sociales (Escorel, 1998a).

A principios de los 80, el periodista Ken Auletta estableció cuatro categorías de “fracasados sociales” que se convirtieron en los principales referentes de la *underclass*: los “pobres pasivos” (grupos dependientes de la asistencia); “los criminales de la calle que aterrorizan la mayoría de las ciudades”; “los que ganan la vida con la economía informal” y “los traumatizados, vagabundos, sin hogar y enfermos mentales” (Fassin, 1996b; Wacquant, 1996).

A finales de esta misma década, Wilson (1987) propone una concepción ecológica de la *underclass* que recupera la idea de “zonas incubadoras de la marginalidad” presentes en los estudios clásicos de la Escuela de Chicago. Se vuelve a estudiar el gueto y específicamente las dinámicas de segregación espacial de base étnica. Además, relaciona las conductas asociadas a la “cultura del gueto” con el concepto de “estructura de oportunidades”.

A pesar de los esfuerzos por rearticular dicha noción con la dimensión estructural no fue posible reducir la carga de prejuicio que le ha sido conferida a lo largo de su trayectoria. Mas allá de la producción académica estadounidense suele haber consenso acerca del carácter estigmatizante de la noción de *underclass*. Descrita en términos como “subcultura feroz” o “concentración de desviación” (Wacquant, 1996)

casi siempre trata a los pobres como si fueran desviados (Fassin,1996b; Silver 1994; Escorel 1998a). En este sentido, se trata de una actualización de la idea de “clases peligrosas” .

Por otro lado, se señala el carácter difuso y ambiguo de la noción de *underclass*. Wacquant (1996) subraya que la *underclass* no equivale ni al subproletariado de la teoría marxista, ni al “cuarto mundo” de la sociología inspirada en el catolicismo social, ni a los “nuevos pobres” u otras categorías de “excluidos” presentes en el debate actual sobre las desigualdades urbanas. Se trata de un “agregado bizarro” de categorías heterogéneas cuyo nexo viene dado únicamente por el hecho de que son percibidas “*como imponiendo una amenaza, indisociablemente física, moral y fiscal, a la integridad de la sociedad urbana*” (p.249, traducción de la autora).

Estamos de acuerdo con Escorel (1998a) en que la aportación de los planteamientos basados en la noción de *underclass* para el estudio de la exclusión social se debe básicamente a que subrayan la dimensión étnica de las desigualdades sociales – y en particular señalan el hecho de que la pobreza es negra (hecho fundamental en el caso brasileño). De este modo, como destaca la autora, se puede hablar sobre raza en un lenguaje de clase.

El paradigma del monopolio es el fundamento de las teorías denominadas socialdemócratas o conflictivas. Este paradigma no se identifica con un discurso nacional en particular. No obstante, aparece en los planteamientos de la izquierda en el contexto europeo y, como veremos a continuación, influye mucho en los desarrollos teóricos latinoamericanos. Sus precursores en el campo sociológico son Max Weber, Karl Marx y Marshall. Plantea como premisa básica que el **orden social es de índole coercitiva y se impone mediante un conjunto de relaciones jerárquicas de poder**. Para este enfoque, la exclusión es una consecuencia de la formación del *monopolio*, es decir, del control de recursos que son escasos por parte de grupos y sectores sociales.

Se atribuye la exclusión a la interacción de las clases, de la condición social y del poder político, que redundan en favor de los intereses de los “incluidos”. Se supone que la integración de determinados grupos sociales siempre propicia la exclusión de otros mediante un mayor control social o poder estatal. Aunque no haya una relación de igualdad entre los “incluidos”, el monopolio crea un vínculo de interés común entre “los de dentro”, que alimenta los mecanismos de reproducción del orden social (Bourdieu, 1993; Demo, 1998). **La exclusión implica relaciones de dominación y remite (de**

forma explícita o implícita) al concepto de alienación, pues los excluidos son percibidos como personas dominadas y, a la vez, ajenas (Martins, 1997; Tezanos, 1999).

En este paradigma se suele **superponer la idea de diferenciación social y el concepto de desigualdad social**, cuestión que constituye una de las preocupaciones centrales de los teóricos. Cuando, además de establecer límites que dejan fuera a otros sectores sociales en contra de su voluntad, las instituciones y las distinciones culturales se utilizan para perpetuar las desigualdades se llega a la clausura social. Las concepciones neomarxistas del orden social capitalista niegan de entrada la posibilidad misma de la integración social. Según el modelo del monopolio, **la exclusión social debe combatirse mediante la ciudadanía**. El antídoto en contra de la producción y reproducción de las desigualdades consiste no sólo en la inclusión de “los de fuera” en la composición igualitaria de la sociedad, sino en una participación plena en la vida social (Silver, 1994).

Desde este modelo teórico se cuestiona a menudo la idea de la “disfuncionalidad” de los excluidos para el sistema capitalista. En su lugar, se pone el énfasis en modalidades precarias y marginales de inclusión (Martins, 1997; Demo, 1998). La crítica a la dicotomía analítica derivada de la lógica dual dentro/fuera eventualmente también cuestiona la falta de capacidad de reacción de los excluidos:

“rigurosamente hablando no existe exclusión, existe contradicción, existen víctimas de procesos sociales, políticos y económicos excluyentes; existe el conflicto mediante el cual la víctima de los procesos excluyentes proclama su disconformidad, su malestar, su indignación, su esperanza, su fuerza reivindicativa.... Esas reacciones....no se producen fuera de los sistemas económicos y de los sistemas de poder. Constituyen lo imponderable de tales sistemas, son parte de ellos aunque negándolos” (Martins, 1997, p.14, traducción de la autora).

5. La exclusión como proceso y como estado

Al margen de la diversidad de perspectivas analíticas existentes, las teorías sobre la exclusión social suelen desarrollarse sobre una lógica que privilegia procesos de dualización social. Las dinámicas de debilitamiento de los vínculos sociales y la precarización de los mecanismos fundamentales de inserción social conducen, en última instancia, a la idea de una fractura en el tejido social. En este planteamiento subyacen concepciones del orden social que permiten pensar el “estar en sociedad” en términos de “dentro” y “fuera” o, más precisamente, de “incluidos” y “excluidos”.

Desde esta óptica, el término exclusión es utilizado para expresar una **condición** en la que uno está fuera de determinados espacios sociales, donde no sólo no pertenece sino que, además, se supone que no tiene lugar (Escorel, 1998b). En su expresión más tajante remite a la experiencia de no pertenecer al mundo, lo que, según Arendt (1989), es una de las experiencias más radicales que el hombre puede tener.

La concepción de la exclusión social como una condición (estado) suele ser objeto de dos tipos de críticas. Por un lado, destaca el argumento de que, aunque casi toda afiliación social deja fuera a alguien, en una sociedad democrática un individuo nunca está totalmente excluido (Laparra, 2001). Por otro lado, se señala que la dualidad implícita en el concepto de exclusión engendra una serie de dicotomías analíticas de escasa productividad para la comprensión de un fenómeno que se presenta o bien como una intensa fragmentación social (Escorel 1998b), o bien como la expresión de contradicciones sociales insertadas en relaciones dialécticas (Martins, 1997). En ambos casos, se subraya que la limitación del concepto a un estado no permite captar ni los procesos sociales en curso, ni las modalidades de “integración perversa” o “inclusión marginal “ que entran en juego en dichos procesos.

Sin embargo, en la actualidad parece haber un relativo consenso sobre la **necesidad de adoptar el concepto de exclusión social no sólo para expresar una condición, sino especialmente para dar cuenta de procesos relacionados con la fragilización y ruptura de los vínculos sociales** (Castel, 1991;1995; Rosanvallon, 1995; Paugam, 1991; 1996; Castillo,1994; Silver,1994; Tezanos, 1999;2001; Escorel 1998a; 1998b; Dubet y Martuccelli,1998; Serrano y Malo, 1996; Moreno, 2001).

Desde esta perspectiva procesual, el debilitamiento de los vínculos sociales ha sido analizado sobre todo según dos puntos de vista: por un lado, como un proceso de mutación global que está dando lugar a una nueva caracterización de la “cuestión social” ; por otro lado, como trayectorias personales por las cuales un individuo puede oscilar de una posición de fuerte integración en diferentes ámbitos de la vida social hacia una situación de ruptura del lazo social (es decir, a una condición de exclusión).

Por tanto, la exclusión puede ser analizada con criterios macrosociológicos o microsociológicos. En general, los estudios se pueden dividir en dos grandes bloques: los análisis descriptivos y los análisis estructurales. Los primeros suelen limitarse a contestar preguntas relativas al perfil, ubicación, prácticas predominantes y fuentes de vulnerabilidades situacionales de los excluidos. Las investigaciones descriptivas suelen

ofrecer elementos para formular medidas reparadoras o paliativas de carácter inmediato (Tezanos, 1999).

Los análisis estructurales buscan comprender las estructuras sociales contemporáneas que están alimentando la “cuestión social” emergente. Implican, pues, indagaciones sobre las causas de la exclusión. Desde esta óptica, hay un esfuerzo por estudiar realidades sociales en el marco de procesos globales, que pretende prever tendencias y formular rectificaciones de fondo (Ibíd). Sin embargo, aun cuando la exclusión social es definida en términos globales, las investigaciones tienden a ser sectoriales, concentrándose en poblaciones específicas identificadas como especialmente vulnerables y dadas a sufrir exclusión (Silver, 1994).

Dichas perspectivas suelen ser reconocidas como complementarias, de modo que la elección por un nivel de análisis u otro es, muchas veces, solamente una cuestión de énfasis. En todos los casos se pone el acento sobre la noción de “vulnerabilidad social”, la cual siempre remite a factores, situaciones y zonas que suponen graves riesgos de desvinculación social. Ante situaciones de vulnerabilidad similares, la influencia recíproca de diferentes vectores de integración y de exclusión puede dar lugar a itinerarios personales que varían en función de las condiciones particulares de los individuos (por ejemplo, motivación, etc.), así como a circunstancias del contexto económico, social, político o cultural (por ejemplo, precarización del empleo). Por tanto, además de la complejidad contextual de las dinámicas globales en las que se enmarcan, los procesos de exclusión también poseen una gran complejidad interna.

Así, a pesar de la imagen dual implicada en la propia raíz de la expresión “exclusión social”, las tendencias de dualización contemporáneas no se limitan a un dentro/ fuera, sino que posibilitan modalidades variadas y heterogéneas de “estar en la sociedad”. Tezanos (1999; 2001) relaciona dichas tendencias con la emergencia de formas más complejas de estructuración social. Señala dinámicas dualizadoras que implican densas tramas de diferenciación con planos de asimetría, dependencia y desigualdad que operan en distintos niveles de manera cruzada y a veces recurrente. En esta perspectiva estructural compleja y articulada con una comprensión procesual del fenómeno, el concepto de exclusión cobra su mayor alcance.

La comprensión de la exclusión como un proceso complejo que puede contemplar múltiples gradaciones de inserción en los diversos ámbitos de la vida social está conduciendo a una cierta convergencia en torno al esquema analítico propuesto por Castel (1991; 1992; 1995). El modelo de análisis desarrollado por este autor parte de una

concepción de la **exclusión social** (en sus términos desafiliación) **como un proceso que implica trayectorias de vulnerabilidad, fragilización y ruptura de vínculos.**

Como hemos señalado antes, Robert Castel define dos grandes núcleos de integración social: el eje del trabajo y el eje relacional (relaciones familiares y sociocomunitarias). A partir de las relaciones que pueden ser establecidas con estos dos ejes, nos ofrece una imagen espacial de distintas zonas relativas a la cohesión social, y dibuja un *continuum* de posiciones que van desde la integración social hasta la exclusión. Este modelo analítico se basa en un esquema que diferencia cuatro zonas en dicho *continuum*: integración, vulnerabilidad, asistencia y exclusión. La posibilidad de tránsito por estas zonas supone que los procesos de desafiliación social implican diferentes modos de pertenencia a la sociedad y participación en el entramado social.

En la **zona de integración** social los vínculos con los diferentes ejes son sólidos y estables. En esta zona se encuentran los individuos que tienen un trabajo estable y una inscripción relacional sólida. **La zona de vulnerabilidad** se caracteriza por la inestabilidad en ambos ejes. En el eje del trabajo se incluyen situaciones de precariedad laboral, desempleo, intermitencia ocupacional, implicación en pequeñas chapuzas etc.. En el eje relacional se encuentra la fragilidad de las relaciones y de los soportes familiares y sociocomunitarios.

Desde la zona de vulnerabilidad los “sujetos frágiles” pueden desplazarse tanto hacia la zona de integración, como hacia la zona de exclusión social. Otra posibilidad es la permanencia en una situación de flotación entre zonas fronterizas que favorece la instalación en lo precario. El tipo de inserción del sujeto en redes sociales capaces de propiciarle apoyo y protección es fundamental para condicionar la dirección de estos movimientos. Igualmente relevantes son las intervenciones públicas destinadas a favorecer su inserción/ integración o, sencillamente, a amortiguar los riesgos que implica la zona de vulnerabilidad social. Es precisamente en este proceso que entra en escena la **zona de asistencia.**

Finalmente, **la zona de marginalidad o exclusión** se define por la desvinculación del ámbito laboral y por el aislamiento social. Para Castel, la constitución de dicha zona es el resultado de un proceso de sucesivas fragilizaciones y rupturas de los vínculos sociales. En este enfoque, la exclusión social se convierte en una condición “*cuando la precariedad económica se convierte en privación y la fragilidad relacional en aislamiento*” (Castel, 1991).

Tomando como referencia este modelo analítico, han proliferado diversas propuestas de desarrollo y ampliación del esquema propuesto por Castel. Serrano y Malo (1996), por ejemplo, han desarrollado un esquema de análisis que define tres grandes zonas (integración, vulnerabilidad y marginación) subdivididas en diferentes espacios a partir de la relación establecida con tres variables: el trabajo, la familia y la vivienda. En dicho modelo, la exclusión puede estar presente tanto en la zona de vulnerabilidad como en la zona de marginación, pero en cada zona asume diferentes intensidades y configuraciones. La subdivisión propuesta resulta en siete espacios, definidos en los siguientes términos.

La **zona de integración** se caracteriza en sentido genérico por el trabajo estable y la existencia de redes familiares y comunitarias. Pero puede asumir tres configuraciones: a) integración total, b) erosión de redes sociales; c) pobreza integrada (ingresos regulares bajos y redes sociales sólidas). La **zona de vulnerabilidad y exclusión** es definida por la inestabilidad laboral y la fragilidad de las relaciones sociales y familiares. Esta zona se subdivide en dos espacios: a) la pobreza económica asociada a vulnerabilidades en el campo de la vivienda y a la desvinculación de redes sociales no familiares; b) la situación de exclusión social ligada al desarrollo de estrategias de supervivencia en el ámbito de la economía sumergida, a vulnerabilidades en el campo de la vivienda y a la erosión de las redes familiares.

Finalmente, la **zona de exclusión y marginación** se caracteriza por el desempleo y el aislamiento social. Aquí también hay dos subdivisiones: a) la “exclusión severa”, asociada a la participación en la economía sumergida irregular o delictiva, a la mendicidad, a la irregularidad y escasez de ingresos y a problemas de residencia; b) la marginación definida como muerte social del individuo, que sería la situación de desvinculación total, es decir, el desarraigo absoluto.

Laparra (2001) distingue entre espacios de precariedad, exclusión y marginación social. La precariedad se define por una situación de carencia en relación con los estándares medios de la sociedad; es la situación de vulnerabilidad caracterizada por el acceso precario a espacios sociales determinados. La exclusión viene definida por el “no acceso” sumado a una relativa incapacidad de las personas afectadas para salir de esta situación por sus propios medios. En el espacio de la marginación el bloqueo del acceso a ámbitos sociales determinados viene acompañado de una reacción social repulsiva que implica conductas de estigmatización, segregación, criminalización, etc. Además,

supone la creación por parte de los afectados de un universo simbólico diferenciado con pautas propias de comportamiento.

La gran aportación de estos enfoques es que ofrecen bases para análisis sistemáticos de la exclusión social desde una concepción procesual y, a la vez, multidimensional del vínculo social. Por otra parte, conviene recordar la advertencia de Silver (1994) para quien insistir en que la exclusión es sólo un proceso dinámico (y no una condición) implica el riesgo de perder de vista su resultado estructural.

Según esta autora, la dimensión estructural de la exclusión es fruto de la repetición continua de determinadas prácticas y relaciones sociales excluyentes al margen de los individuos concretos que son objeto de la acción de exclusión en cada momento. Esta confirmación continuada lleva a una institucionalización de la exclusión capaz de crear y consolidar fronteras sociales, es decir, divisiones permanentes entre “los de dentro” y “los de fuera”. La dimensión estructural de la exclusión puede apreciarse cuando los desplazamientos a través de estos límites provocan reacciones como el alejamiento, el temor o la introducción de nuevas barreras jurídicas. Esta institucionalización de la exclusión social de fondo estructural favorece la pérdida de consistencia del tejido social al cristalizar zonas de diferente densidad en las relaciones colectivas.

Con estas consideraciones queremos indicar que una de las grandes virtudes del concepto de exclusión social es que se trata de una noción dinámica que permite designar tanto los procesos que están debilitando los vínculos sociales en la sociedad contemporánea, como las situaciones (condiciones) resultantes de dichos procesos. Es decir, **asumimos como presupuesto que la noción de exclusión designa simultáneamente un proceso y un estado.**

La dimensión procesual de la exclusión se traduce en un movimiento a lo largo de un eje que va de la inscripción sólida en diferentes ámbitos de la vida social al desarraigo absoluto, orientado por vectores que regulan diferentes fuentes de vulnerabilidad social. La exclusión se convierte en un estado (condición) cuando este movimiento da lugar a la ruptura completa de los lazos sociales (Escorel,1998a). Sin embargo, entendemos que estos lazos se pueden reconstruir a partir de la creación de nuevos vínculos más o menos densos o efímeros, mediante la intervención de diferentes agentes (Ibíd.;Maffesoli,1988).

6. La multidimensionalidad del fenómeno

La noción de exclusión social implica siempre la necesidad de un contexto de referencia, es decir, para realizar cualquier análisis del fenómeno hay que contestar a la pregunta: ¿Exclusión de qué? Hoy en día hay un amplio reconocimiento de la multideterminación y multidimensionalidad del fenómeno. Dicho reconocimiento supone admitir la complejidad de la categoría “exclusión social” y la imposibilidad de contar con un único criterio para definirla. A la vez, exige la realización de esfuerzos destinados a dotar al concepto de una mayor precisión.

Esta es una tarea ardua, pues, como hemos destacado anteriormente, sus referentes empíricos son múltiples y muy diversos. La noción de multideterminación indica la existencia de causas inmediatas, intermedias y estructurales de la exclusión. Además, los nuevos tipos de desventaja social han aumentado y, con frecuencia, los estudios identifican la superposición de vulnerabilidades en diferentes ámbitos de la vida social como una característica típica de las poblaciones excluidas.

Se trata, por tanto, de un problema que permite diferentes niveles de análisis y exige distintos niveles de intervención (desde el individual hasta el supranacional). Consideramos que el esfuerzo destinado a establecer criterios claros sobre los diversos niveles de análisis es imprescindible para identificar los mecanismos de exclusión que están operando en sociedades concretas y los ámbitos de intervención prioritarios en cada momento y contexto.

Por otro lado, cualquier que sea el contexto en cuestión, la exclusión social (en su doble dimensión de proceso y condición) es un concepto esencialmente relativo (Xiberras, 1993). En este sentido, es muy frecuente el argumento de que su delimitación precisa sólo es posible en función de su referente alternativo, es decir, de la polaridad conceptual a la que se contrapone. Hemos visto antes que con el concepto de exclusión social nos referimos a una forma de estar en la sociedad y a una visión del orden social vinculada a una interpretación específica del devenir social deseable (Silver, 1994; Xiberras, 1993; Tezanos, 1999).

La consecuencia es que suele definirse el concepto de exclusión social predominantemente en sentido negativo, poniendo el acento sobre algo de lo que se carece. Este “algo” se refiere a la polaridad conceptual positiva, la cual remite a las nociones de inclusión, inserción, integración social o ciudadanía. Estos conceptos aportan elementos muy relevantes para formular criterios para abordar el problema en los campos teórico, empírico y de intervención.

Concebir la exclusión como un proceso impone especificar su comienzo y su final. En la mayoría de sus acepciones, la noción de exclusión implica un retroceso o pérdida. La acción de excluir supone quitarle al “excluido” algo que había alcanzado. Pero algunos autores introducen el interrogante de si la exclusión sólo se refiere a un cambio en la situación de quienes han estado integrados antes o también puede referirse a la condición en que se encuentran las personas que ni siquiera han llegado a lograr una inclusión social en el sentido más estricto del término (Fassin, 1996a; Silver, 1994, Castillo, 1994). Cuando tal posibilidad es admitida, la acción de excluir implica la negación de algo a lo que supuestamente el sujeto “excluido” tendría derecho, pero a lo que no necesariamente tuvo acceso.

En un esfuerzo por dotar el concepto de una mayor precisión podemos apuntar algunas fuentes de convergencia en la bibliografía actual. Si bien algunos autores privilegian la dimensión procesual y otros el sentido de la exclusión como un estado, los estudios tienden a coincidir en que el núcleo de la cuestión contemporánea es la erosión de los mecanismos que tradicionalmente aseguraban la cohesión social o, en otros términos, una crisis de los lazos sociales.

Las otras dos grandes fuentes de consenso consisten en la comprensión de la exclusión como un **fenómeno estructural** (y no casual o singular) **y, a la vez, multidimensional**. En este apartado intentaremos sistematizar los principales parámetros en los que se basa esta última afirmación. Dedicaremos especial atención a las dimensiones y ámbitos privilegiados en los análisis recientes sobre la exclusión social. Empezaremos por la definición de los niveles en que se están produciendo las principales rupturas asociadas a la exclusión.

Laparra (2001) plantea que el estudio de la exclusión social debe incluir tres niveles de análisis fuertemente interrelacionados: el nivel estructural, el nivel institucional, político e ideológico y el nivel de la respuesta individual y colectiva. Según este autor, las transformaciones en el nivel estructural (por ejemplo, procesos de cambio en el sistema productivo, en la correlación de fuerzas en el ámbito político, en la estructura demográfica, en el modelo familiar, etc.) condicionan las tensiones exclusógenas y las potencialidades integradoras de una sociedad. A su vez, los procesos de toma de decisiones en el nivel institucional, político e ideológico determinan, de acuerdo con los valores dominantes, sobre qué colectivos se canalizan las dinámicas excluyentes, cómo se redistribuyen en el conjunto de la sociedad y qué tipo de medidas se pondrán en marcha para hacerles frente.

Finalmente, las percepciones y estrategias de acción individuales y colectivas que se producen a raíz de la confrontación directa o indirecta con la exclusión social son fundamentales para comprender las relaciones que se establecen entre los sectores excluidos y el resto de la sociedad, para valorar las posibilidades de superación de la exclusión por cada colectivo y /o individuo y para entender los éxitos y fracasos de los dispositivos orientados a favorecer la inclusión social (Ibíd.).

Xiberras (1993) aporta una perspectiva analítica complementaria a la anterior, ya que pone el acento en el campo simbólico en los procesos de ruptura de los vínculos sociales. Esta autora señala tres niveles de ruptura: con las representaciones y valores colectivos propios de una sociedad determinada (vínculos societarios), con los lazos cercanos y relaciones de afecto y parentesco (vínculos comunitarios) y con la capacidad de comunicación con el exterior (vínculos individuales).

En cuanto a las lógicas estructurales que alimentan los procesos de exclusión social contemporáneos, hemos visto que los desarrollos teóricos sobre la “nueva cuestión social” ponen el énfasis en la crisis del Estado de Bienestar y los efectos negativos de los nuevos modelos productivos emergentes. En consecuencia, gran parte de los estudios sitúan la exclusión del ámbito laboral como el principal desencadenante de las vulnerabilidades en otros ámbitos de la vida social.

Sin embargo, en la medida en que el trabajo no puede dissociarse de un conjunto más amplio de vivencias sociales, también se reconoce la necesidad de expandir el abanico de variables que pueden configurar vectores de vulnerabilidad para una mayor comprensión del fenómeno. Así, encontramos análisis que tienen en cuenta la relación entre factores ligados a diversas esferas de la vida social (familia, educación, vivienda, salud, política, justicia, etc.), lo que da lugar a combinaciones múltiples bastante heterogéneas. Dubar (1996), por ejemplo, destaca la pluralidad de instituciones que juegan un papel central en la configuración de la exclusión social:

“La exclusión es inicialmente una ausencia duradera de empleo, pero es igualmente una pérdida de relaciones sociales. Para explicarla es necesario interrogar las evoluciones de las políticas de empleo, de los funcionamientos del mercado de trabajo, pero también las transformaciones en la familia, de las políticas urbanas, de los barrios periféricos. No podemos comprender nada de la exclusión sin un análisis de la manera en que las instituciones la producen: la empresa, la escuela, la ciudad” (p.111, traducción de la autora).

Dubet y Martuccelli (1998) plantean que la exclusión se estructura por un doble principio de organización de las relaciones sociales. Por un lado, proviene de la desaparición de las relaciones de clase tradicionales. La fragmentación de las relaciones de producción ha dado lugar a una pobreza que ya no es proletaria, sino inútil. Por otro lado, existen dinámicas de reproducción que definen las relaciones entre los que están “adentro” y los amenazados de exclusión. A ello se suma la exclusión que proviene de los mecanismos institucionales como la escuela, las políticas de vivienda, las políticas sociales *“que sostienen en la misma medida que crean estigmas”*. Desde esta última perspectiva, *“los excluidos no se oponen a los dirigentes económicos sino a los aparatos de control social y a los mecanismos simbólicos de la exclusión”* (p.190).

Bruto da Costa (1998) propone un esquema de análisis basado en el acceso a un conjunto de “sistemas sociales básicos”, que agrupa en 5 ámbitos:

- **Social:** incluye los grupos, comunidades y redes sociales a los que el individuo se encuentra vinculado (el mercado de trabajo entraría aquí no como fuente de renta sino como factor de socialización e integración social)
- **Económico:** incluye todos los mecanismos que generan recursos
- **Institucional:** se refiere a los sistemas prestadores de servicios (educación, salud etc.) y las instituciones más específicamente relacionadas con los derechos civiles y políticos
- **Territorial:** dinámicas de exclusión espacial, formación de guetos, migraciones etc.
- **Simbólico:** ámbito relacionado con la dimensión subjetiva de la exclusión y con un conjunto de pérdidas en el campo de las referencias: pérdida de la identidad social (y en casos extremos de la identidad personal), autoestima, autoconfianza, perspectivas de futuro, capacidad de iniciativa, motivaciones, sentido de pertenencia a la sociedad, etc.).

Algunos autores definen los tipos de exclusión (económica, institucional, territorial, etc.) según las relaciones establecidas con cada una de estas esferas (Gaviria, Laparra y Aguilar,1995). Sin embargo, muchos estudios ponen de relieve las dinámicas de interdependencia entre estos sistemas. Estas relaciones posibilitan superposiciones y diferentes grados de exclusión en el sentido que hemos analizado en el apartado anterior. Aunque los ámbitos privilegiados por distintos estudios varíen, encontramos una cierta confluencia en torno a los cinco dominios mencionados (que eventualmente implican desdoblamientos como, por ejemplo, separaciones entre lo político y lo institucional o lo cultural y lo simbólico).

Así, el recorrido teórico que hemos desarrollado nos condujo a tomar como premisa que la exclusión social es un fenómeno multidimensional. Especificar las

principales dimensiones que componen los procesos de exclusión social es fundamental para orientar luego el análisis de cómo este fenómeno se concreta en distintos ámbitos de la vida social de los jóvenes que han participado en este estudio. Entendemos que la exclusión implica las dimensiones histórica, geográfica, económica, política, institucional, cultural, ética, social, psicológica y física (el propio cuerpo).

La **dimensión histórica** de la exclusión ha quedado reflejada en el apartado sobre la evolución del concepto. La distinción entre miembros de pleno derecho de la sociedad y sujetos que tenían una posición social diferenciada y marginal puede encontrarse en numerosas sociedades antiguas. Algunos ejemplos citados con frecuencia son el exilio y el ostracismo ateniense, las prácticas de proscripción en Roma, los parias de la India y los guetos constituidos en el medievo.

Sin embargo, como señala Freund (en Xiberras, 1993), dichas manifestaciones de la exclusión eran percibidas como parte constituyente de la sociedad que no planteaba ningún tipo de cuestionamiento social, político o moral. Por tanto, la definición de la exclusión como problema social no puede situarse en el campo ontológico, sino que debe ser entendida como una construcción social e histórica. Por otro lado, las propias configuraciones asumidas por el fenómeno se construyen históricamente, adquiriendo contornos distintos con el paso del tiempo.

La dimensión económica de la exclusión cobra especial relevancia en la acepción del concepto relacionada con la emergencia de una “nueva cuestión social”. Hemos visto que este proceso está provocando el aumento de la desigualdad social y la extensión de la pobreza en el mundo. Una de las facetas específicamente contemporáneas de la exclusión social es el aumento de grupos percibidos como económicamente innecesarios.

Se trata de sujetos que o bien pierden cualquier función productiva, o bien se insertan de forma marginal en el proceso productivo. En cualquier caso, los discursos dominantes ponen el acento en su superfluidad y/o en su disfuncionalidad desde el punto de vista económico. Estos fenómenos han situado en el centro del debate la capacidad de la sociedad de generar empleo para sus miembros y atribuirles una renta mínima que asegure su subsistencia. Hay, por tanto, una íntima conexión entre las dimensiones económica y ocupacional en los procesos de exclusión ligados a la “nueva” cuestión social.

En el ámbito específicamente laboral los procesos excluyentes están poniendo en tela de juicio el papel del trabajo como mecanismo central de inclusión social en

distintos niveles. La exclusión se asocia directamente con la precarización del trabajo y el desempleo estructural. Pero al debate sobre las malas condiciones laborales, se añade la preocupación por las malas condiciones sociales en que se encuentran los individuos que tienen un trabajo precario; por los que están en paro y cuyas perspectivas de (re) inserción laboral son escasas y poco atractivas; y, principalmente, por los que se supone que han quedado fuera de las oportunidades del sistema (Tezanos, 1999).

La manifestación más radical de la exclusión en la esfera del trabajo remite a la cuestión de la inempleabilidad, traducida en el aumento de individuos “superfluos” e “innecesarios” para el sistema productivo. Son sujetos que no sólo no tienen trabajo o capacidad de generar renta, sino que tampoco tienen las cualidades exigidas para ingresar en este campo y, por tanto, carecen de perspectivas de (re) inserción ocupacional. En consecuencia, dejan de ser “ejército de reserva” y se convierten en “basura industrial”, sujetos “prescindibles” y “desechables” porque son percibidos como “inútiles para el mundo” (Castel, 1995). Una vez que no se vislumbran espacios en la vida económica para estos sujetos, su existencia tiende a percibirse como disfuncional tanto en el campo de los cambios técnico-estructurales, como en las propuestas de ajuste y reformas del Estado (Escorel, 1998a).

Como veremos a continuación, desde el “paradigma del monopolio” hay autores que se oponen al discurso de la prescindibilidad y la disfuncionalidad de estos sujetos para la lógica capitalista (Demo, 1998). La dimensión económica de las dinámicas incluyentes también implica modalidades de “*inclusión marginal*” (Martins, 1997), así como la inclusión vía consumo en detrimento de la inclusión vía producción. Pero, en todo caso, las vulnerabilidades económico-ocupacionales son un elemento nuclear de los procesos de desafiliación social, cualquiera que sea la ubicación de los sujetos en el *continuum* que conduce a la zona de exclusión.

Si bien es cierto que la pobreza no implica necesariamente exclusión, a menudo la privación material viene acompañada de privaciones en otros campos (cultural, político etc.). La centralidad de las vulnerabilidades económico-ocupacionales en los procesos de exclusión social contemporáneos se intensifica en la medida en que el crecimiento del desempleo, de la desigualdad social y de la pobreza se asocia al aumento de la hegemonía de la lógica del consumo y al fin de la utopía de una sociedad protegida de los principales riesgos de la existencia.

Cuando no intervienen agentes protectores o no se desarrollan estrategias eficaces para hacer frente a dichos riesgos, las vulnerabilidades económicas pueden

llegar a suponer graves límites para las potencialidades de la propia condición humana. Cuando la privación material confronta el sujeto con los límites de la supervivencia, entramos en el campo de la deshumanizadora “esclavitud de las necesidades básicas”, donde las actividades del individuo se atan al simple mantenimiento de la vida (Arendt, 1993; Escorel 1998a; García Roca, 1998).

La dimensión geográfica de la exclusión tiene dos sentidos espaciales. Por un lado, se relaciona con la segregación espacial (Grafmeyer, 1996; Wacquant, 2001) y, por otro lado, con la idea de desarraigo (Burstzyn, 2000; Burstzyn y Araújo, 1997). En el primer sentido, indica que hay lugares en los cuales la exclusión se produce con mayor nitidez, por ejemplo, en África, en los guetos negros americanos o en las *favelas* brasileñas. Se tratan de lugares estigmatizados en los cuales uno nace y muere excluido (en algún grado) sencillamente por su inscripción territorial (Nascimento, 2000a).

Aunque éste no sea un fenómeno novedoso, Wacquant (2001) identifica un cambio en la dimensión espacial de la exclusión social ligado a las nuevas facetas de la misma. Argumenta que durante la expansión industrial la pobreza solía afectar a una sección transversal de trabajadores manuales y no cualificados que se repartían en los centros urbanos en distintos distritos obreros. Entonces había una menor concentración espacial de vulnerabilidades en determinadas zonas de las metrópolis y, a la vez, una mayor solidaridad social basada en un sentido comunitario fundamentado en la inscripción territorial.

En la actualidad este escenario se ha desdibujado. La “nueva marginalidad” tiende a conglomerarse en áreas específicas, que son rápidamente investidas de un fuerte estigma territorial. Este autor señala que el atrincheramiento de la miseria en determinadas zonas de la ciudad se relaciona inevitablemente con la proliferación de discursos que las satanizan al vincularlas con exclusión, pobreza, violencia e inmoralidad. Al margen del tipo de relación que estos discursos tengan con la realidad de las áreas proscritas, sus residentes pasan a ser víctimas de procesos de estigmatización que refuerzan prejuicios y criminalizan la pobreza.

Según Wacquant (2001), estos procesos son tan potentes que engendran nuevas dinámicas excluyentes incluso entre los propios vecinos. Los efectos de los discursos de demonización de las zonas proscritas en el campo de las representaciones colectivas posibilitan que estas áreas de “exilio socioeconómico” pasen a ser identificadas no sólo por las personas ajenas a ellas, sino también por sus propios residentes “*como pozos urbanos infernales repletos de privación, inmoralidad y violencia donde sólo los parias de la*

sociedad tolerarían vivircomo depósitos de todos los males urbanos de la época, lugares que hay que evitar, temer y desaprobado” (pp.178,179).

Loïc Wacquant considera la posibilidad de que dicha concentración sea un fenómeno transicional o cíclico que pueda dar lugar a la difusión espacial de la marginalidad urbana. Además, pone de relieve que la configuración de estos espacios destinados a relegar y acumular relegados son, ante todo, “criaturas” del Estado, frutos de las políticas de vivienda, urbanismo y planificación regional. Finalmente, subraya la relación entre estas políticas de exclusión espacial y la producción de estigmas que favorecen la criminalización de la pobreza y la disolución de los lazos comunitarios fundamentados en la inscripción territorial:

“ En la actualidad el barrio ya no representa un escudo contra las inseguridades y las presiones del mundo exterior, un paisaje familiar y reafirmante imbuido de significados y formas de mutualidad colectivos. Se convierte en un espacio vacío de competencia y conflicto, un campo de batalla lleno de peligros para la lid diaria de la supervivencia y la huida. Este debilitamiento de los lazos comunitarios con base territorial alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento (“no soy uno de ellos”) que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas del barrio” (Ibíd., p.179).

Dubet y Lapeyronnie (1992) señalan estos mismos aspectos en un análisis sobre la juventud de los suburbios franceses.

En la segunda acepción geográfica de la exclusión, la idea central es que el excluido no tiene un lugar en el mundo, en el sentido de un arraigo físico. Es la idea del destierro – que, según Bursztyn (2000), es una de las últimas etapas del proceso de exclusión social - o el fenómeno que Buarque (en Bursztyn y Araújo,1997) ha definido como “*modernómadas*”, es decir, los nómadas de la modernidad. Se trata de individuos proscritos que se mueven por los intersticios de los centros urbanos o entre distintas ciudades y que migran sabiendo que seguirán siendo nómadas incluso al llegar a sus destinos. Aquí podemos incluir a los “sin techo”, los “sin tierra”, los sujetos que hacen de las calles su lugar de residencia e, incluso, los trabajadores emigrantes que se desplazan de un lado a otro buscando una brecha para insertarse y lograr alguna mejora de sus condiciones de existencia.

Otro aspecto fundamental de los procesos de exclusión contemporáneos es la **dimensión política**. Numerosos autores consideran que la noción de exclusión social cobra su significado más preciso como reverso del concepto de *ciudadanía* social

(Tezanos,1999, 2001; Castillo,1994; Demo,1998; Bruto da Costa,1998). En ocasiones este planteamiento se ciñe a una definición esencialmente jurídica e institucional del concepto de exclusión, que lo identifica con la privación de los derechos sociales asegurados por ley (Castillo,1994). Desde esta óptica, la exclusión social se entiende principalmente como producto de los cambios en la organización del trabajo.

Por otra parte, están los autores que, como hemos visto, argumentan que la “metamorfosis de la cuestión social” pone en cuestión la aplicabilidad del concepto de ciudadanía social. La desvinculación laboral aparece asociada no sólo a un sentimiento de inutilidad social, sino a la descalificación de los sujetos frágiles en el campo cívico y político. Los procesos en curso promueven una desvinculación social más profunda que empieza a romper con la idea de una sociedad de semejantes e impugnar la concepción moderna de ciudadanía, en los términos originalmente formulados por Marshall (1950)⁴.

En esta dimensión el acento recae sobre el antagonismo entre la teórica igualdad jurídico- política y el incremento fáctico de la desigualdad en el acceso a los bienes materiales y simbólicos en las sociedades democráticas. Esta contradicción, percibida como un elemento constituyente de la sociedad contemporánea, ubica la exclusión social como un problema que está poniendo en jaque el ideario que sirvió de cimiento a la construcción de la sociedad moderna. La creciente expulsión de sujetos y grupos sociales del espacio de la igualdad está reavivando no sólo el debate sobre las garantías constitutivas de la ciudadanía social sino, como hemos visto, una nueva reflexión sobre el propio concepto de derechos sociales (Rosanvallon, 1995).

Los análisis sobre los procesos que imposibilitan que determinados individuos y colectivos sean considerados (y se consideren) como miembros de pleno derecho de la sociedad privilegian dos ideas: la exclusión como negación de derechos sociales y la exclusión como negación de “oportunidades vitales fundamentales”. La discusión sobre las desigualdades y dificultades de acceso a diferentes derechos en contextos supuestamente democráticos apuntan al establecimiento y consolidación de procesos de estratificación de la ciudadanía vinculados a la exclusión social. Se habla de ciudadanía “jerarquizada”, “fragmentada”, “doble condición ciudadana”, territorios de “infraciudadanía” e, incluso, de la constitución de un espacio de no ciudadanía marcado por la privación del “derecho a tener derechos” (Araújo 1998a; Buarque, 1993; Telles, 1992; Escorel,1998a ; Nascimento, 1998, 2000a; Tezanos, 1999; Da Matta, 1985).

⁴ Según Marshall (1950), la cualidad de ciudadano implica el reconocimiento de derechos universales en los campos civil, político y social que posibilitan la participación del individuo en la vida pública.

Estos conceptos se refieren a las distorsiones en el reparto de riquezas y bienestar, a la desigualdad en el acceso a derechos y oportunidades vitales en diferentes ámbitos (salud, educación, trabajo, vivienda, etc.) e, incluso, a la institución de estatutos jurídicos diferenciados. Apuntan carencias que no pueden ser atendidas ni solucionadas mediante la lógica del mercado y, a la vez, la dificultad de instituir reglas igualitarias y relaciones de reciprocidad en determinados contextos.

Los trabajos de varios autores brasileños ponen de manifiesto que la articulación de la pobreza con la ciudadanía es una clave fundamental para caracterizar la exclusión social en Brasil. Según Escorel (1998a), el territorio de infraciudadanía muestra que la experiencia de la igualdad en el contexto brasileño guarda una relativa autonomía con respecto al ámbito jurídico formal. Este planteamiento es apoyado por diversos trabajos que indican que tanto el reconocimiento de la igualdad (o al menos de similitudes) como la jerarquización del acceso a diferentes derechos en Brasil se rigen fundamentalmente por la posición que ocupa el individuo en el espacio social y, más precisamente, por su condición socio-económica (Nascimento, 1998; 2000a; Zaluar, 1994; Pinheiro, 1997; Da Matta, 1984; Rinaldi, 1999; Adorno, 1998a).

Otra cuestión relacionada con la dimensión política de la exclusión social concierne a la ausencia de acción y representación en la esfera pública. Dicho de otro modo, se refiere a la incapacidad de los “excluidos” para ejercer su papel de actores sociales - característica que, en ocasiones, les ha conferido calificativos como “no fuerzas sociales” o “fuerzas sociales no movilizables” (Rosanvallon, 1995).

Entre los factores relacionados con este aspecto destacan: la ausencia de una identidad colectiva y de reivindicaciones comunes capaces de dar alguna unidad a la categoría (relacionada con la diversidad de colectivos que reciben la denominación de “excluidos” y, sobre todo, con la fragilidad de sus lazos sociales⁵); la expulsión radical de los circuitos socioeconómicos ordinarios o la permanencia en un estado de no inserción; la asociación entre pérdida de derechos y privación del poder de acción y, finalmente, las repercusiones subjetivas que acompañan a sentimientos de indefensión, a la pérdida del sentido de pertenencia social, de la autoestima, de la creencia en la capacidad de agencia, en las posibilidades de cambio y perspectivas de futuro (Paugam,

⁵ En este sentido, cabe enfatizar que los fenómenos ligados a la exclusión están siempre asociados a manifestaciones de la diferencia y la fragmentación social, en detrimento de cualquier movimiento de agregación.

1996; Rosanvallon, 1995; Demo,1998; Escorel, 1998a; Telles, 1992; Tezanos, 1999; Dubet y Martuccelli, 1998).

La dimensión relacional de la exclusión social supone, como hemos visto, la precarización de las relaciones familiares, de vecindad y socio-comunitarias. La erosión de dichas relaciones puede llevar a la carencia de redes sociales, relaciones de apoyo y protección. En casos más extremos implica la ausencia de reconocimiento social. El debilitamiento y/o ruptura de los vínculos en el eje relacional conducen al individuo al aislamiento y a la soledad. Por otro lado, ante el vacío de protección estatal e institucional para hacer frente a las vulnerabilidades asociadas a procesos de exclusión social, el eje relacional es un ámbito privilegiado para el desarrollo de estrategias de supervivencia alternativas.

Si bien la familia suele ser la principal fuente de apoyo, protección e integración en el eje relacional (Escorel,1998a; Da Matta,1984;1985; Carvalho,1998), también hay otros agentes que amortiguan los riesgos de la existencia de los *sujetos frágiles*. Incluso ante la imposibilidad de recuperar vínculos rotos, siempre queda la alternativa de desarrollar formas singulares y sustitutivas de socialización. La ruptura del vínculo societario no impide, por tanto, el establecimiento de vínculos particulares (sean lazos comunitarios, sean vínculos restringidos a pequeños grupos o sujetos específicos) como forma de supervivencia social.

Aunque estos vínculos sean muy efímeros, caracterizados por “*éticas del instante*” creadas en el marco de procesos de *tribalización* (Maffesolli,1988) o de una “*sociabilidad flotante*” (Castel, 1995), funcionan como estrategias que sirven para llenar al menos provisionalmente los vacíos producidos por la ausencia del lazo societario. A la vez, aparecen como síntomas de una cohesión social extremadamente fragmentada (Nascimento, 2000a).

En la dimensión relacional también asumen especial relevancia las representaciones sociales. Ello nos conduce a un **espacio de intersección entre las dimensiones cultural, simbólica y relacional de la exclusión social**. Coincidimos con Escorel (1998a) en que “*éste es el ámbito del fenómeno que posibilita entender la exclusión social más allá de los elementos de su producción (vínculos económicos) y de su consolidación (vínculos sociales y políticos) en los elementos que la convierten en natural (vínculos culturales y éticos)*”(p.67, traducción de la autora). Esta autora plantea que es en las interacciones sociales y, más específicamente, en el intercambio de valores simbólicos que la

exclusión se manifiesta de modo más radical al configurar dos mundos claramente separados.

La dimensión cultural de la exclusión incluye una serie de fenómenos, acciones y reacciones relacionados con otros conceptos (psico)sociológicos como: diferenciación, estereotipos, discriminación, segregación, estigma, marginación, desviación, aislamiento, etc. En **las dimensiones simbólica y psicosocial entran en juego los procesos de categorización social, construcción de identidades y subjetivación** (Jodelet,1996; Xiberras,1993; Casas, 1998). Estos procesos implican una dialéctica constante entre la heteropercepción y la autopercepción del “excluido”, que se configuran y se transforman en el marco de las interacciones sociales. De ahí que en el campo de la relación con la alteridad se encuentren las principales claves para el análisis del nexo entre violencia y exclusión social (Velho,1996).

Según Nascimento (2000a), el concepto sociológico de exclusión, pese a sus diferentes acepciones, siempre remite a procesos sociales que implican el rechazo o el no reconocimiento del “otro”. En la base de estos procesos están dinámicas de exacerbación de las diferencias, que, como señalaba Simmel, pueden impedir el reconocimiento de similitudes en la alteridad. Una consecuencia fundamental de estas relaciones marcadas por la extrañeza y la distancia es la dificultad de reconocer que el “otro” tiene derechos.

La articulación de lo cultural y lo psicosocial posibilita la acción de mecanismos que naturalizan la pobreza, la desigualdad social, la exclusión y sus consecuencias (sin olvidar el trasfondo estructural de estos procesos). Percibidos como componentes naturales del paisaje social, la pobreza, la miseria y la exclusión son objeto de la indiferencia social. Su visión ya no suscita reacciones de disconformidad, sino que es banalizada o explicada como fruto de la fatalidad, del deseo divino o del destino, incluso por aquellos que las sufren en su propia piel (Escorel 1998a).

Cuando estas reacciones son expresadas por los propios “sujetos frágiles”, la exclusión se asocia al escepticismo en cuanto a las posibilidades de cambio, a la pérdida de creencia en la propia capacidad de acción, a manifestaciones de pesimismo, conformismo o indefensión (Tezanos,1999). Estos mecanismos favorecen la desmovilización y el estancamiento en posiciones de vulnerabilidad, propiciando la realización de “*profecías autocumplidoras*” (Becker, 1963).

En las interacciones sociales estos procesos pueden suscitar desde reacciones de indiferencia hacia el “extranjero”, pasando por hostilidad, hasta llegar a la expulsión de

la idea de humanidad. La indiferencia ante la miseria vivida por el “otro” en la bibliografía sobre la exclusión se explica, sobre todo, como fruto de su deshumanización. Se tratan de *“hombres y mujeres que ya no son vistos como tales por sus semejantes. Y tal vez tampoco se sientan como tales. Es como un juego de espejos invertido; no hay reflejo, no hay retorno, sino fuga, alejamiento. Exclusión.”* (Nascimento, 2000a, p.56, traducción de la autora).

La deshumanización del “otro” es el resultado de procesos de radicalización de la diferencia. Estas dinámicas engendran una mutación en la forma en que la sociedad concibe a los excluidos, que les desplaza desde una representación de diferencia ligada a la desigualdad hacia una connotación de desemejanza, como si fueran miembros de otra especie (Buarque,1993, Nascimento,1998; 2000a; Velho,1996).

“Sobre las figuras estigmatizadas se construye una representación social de no integración, de no reconocimiento y también una especie de duda en cuanto a su semejanza. Como si fueran de otra naturaleza. Así ha pasado con los herejes, las brujas y los judíos en determinadas circunstancias históricas. Como, también, en la mentalidad europea del siglo XVI, con relación a los indígenas y a los negros: ¿Tendrían alma? Se preguntaban los más cultos. ¿Se los puede convertir? Se discutía en la Iglesia Católica. (Nascimento,1998, p.38, traducción de la autora).

Desde esta óptica, la existencia de desigualdad social y de pobreza jerarquiza la sociedad y crea un problema social, pero no produce necesariamente la exclusión. El hecho de no tener acceso a la mayor parte de los bienes materiales y simbólicos es condición indispensable, pero no suficiente para calificar una situación de exclusión social. La exclusión se impone cuando determinados individuos no son reconocidos como semejantes y, por tanto, portadores de los mismos derechos (Ibíd.).

El surgimiento de una nueva pobreza traducida en exclusión ha propiciado el surgimiento de nuevas representaciones sociales sobre el pobre que tienen como base procesos de criminalización. La asociación entre pobreza y violencia en el imaginario colectivo ha sido registrada en diferentes momentos históricos y en distintos contextos. Pero la conexión entre las fracturas de la cohesión social, la pérdida de movilidad ascendente y el incremento de la violencia urbana en diversos países occidentales está confiriendo nuevos matices al imaginario sobre la pobreza. Si antes los pobres eran predominantemente objeto de pena y de conductas discriminatorias, hoy en día los excluidos suscitan principalmente reacciones de indiferencia y, sobre todo, de temor.

Además de ser percibidos como económicamente innecesarios y políticamente incómodos, los excluidos son vistos como socialmente peligrosos (Araújo,1998a; Nascimento, 1998). Ante la ausencia de espacios de inclusión socialmente definidos como “legítimos”, son percibidos como bandidos potenciales y, por tanto, como individuos y grupos amenazadores. En este escenario, la demanda social ya no pide una intervención institucional domesticadora y disciplinaria en el sentido foucaultiano, sino que reclama la represión y el exterminio de los descalificados (Nascimento, 2000a). Wacquant (1999) relaciona esto con un movimiento de transición del Estado Social hacia un Estado Penal, como el que se ha configurado en Estados Unidos.

Estos factores sumados a la radicalización de las diferencias están fortaleciendo dos tipos de exclusión: la exclusión por indiferencia y la exclusión por exterminio, cuyo representante paradigmático sería el holocausto. (Fontes,1997, en Escorel,1998a). Para Nascimento (1994;1998;2000a) y Araújo (1998a), la formación de grupos sociales vulnerables a la eliminación física es lo que mejor caracteriza la nueva faceta de los procesos de exclusión social.

Así, la radicalización de los procesos de exclusión social sobrepasa el movimiento de desvinculación de los diversos ámbitos que hemos señalado, y constituye al final una amenaza para la propia vida. Escorel (1998a), tomando como referencia principal los trabajos de Hannah Arendt y Robert Castel, analiza los procesos de exclusión social a partir de cinco dimensiones de la vida social: el trabajo, la esfera socio-familiar, la dimensión política, la dimensión cultural y “el mundo de la vida”. Nos centraremos en este último ámbito por su novedad y por la relevancia de los elementos que aporta para comprender las relaciones entre violencia y exclusión social.

Según Escorel, en el “mundo de la vida” la exclusión puede alcanzar los límites de la propia condición humana. En este ámbito, la autora analiza la reducción de la humanidad a la condición de *animal laborans*, en el sentido desarrollado por Arendt (1993). Mediante dicho proceso, la existencia del sujeto se ve atada al mantenimiento de la vida. Pese a la centralidad de la supervivencia física, la exclusión en el mundo de la vida va bastante más allá de la privación material, pues descalifica al individuo en múltiples niveles. Le quita no sólo su calidad de ciudadano, sino de sujeto y ser humano, portador de deseos e intereses legítimos.

La exclusión significa la ausencia de un lugar social aunada a una existencia limitada a la supervivencia singular y diaria. El individuo no pertenece a ningún espacio más allá de su propio cuerpo, del cual permanece prisionero, “esclavo de sus

necesidades”. En un contexto de vacío social, la supervivencia se convierte en una preocupación exclusivamente individual que “*circunscribe la precariedad del presente y la ausencia de futuro; la vida es un eterno presente, una condición en la cual “el proceso de morir se convierte en algo permanente”* (p.70, traducción de la autora).

La ausencia de un lugar en la sociedad supone una anulación social y la atribución de una diferencia deshumanizadora que suscita reacciones sociales marcadas o bien por la indiferencia, o bien por la hostilidad y la violencia. Por tanto, el individuo tiene que desarrollar estrategias para cubrir sus necesidades vitales (físicas, psíquicas, afectivas, etc.) en ausencia de soportes materiales, simbólicos y sociales estables. Según Escorel, los procesos de exclusión en el mundo de la vida implican **condiciones de supervivencia en situaciones extremas**, que se traducen en

“una existencia de extrema privación material, situada entre el límite entre la vida y la muerte, el alejamiento de los medios familiar y sociales habituales, caracterizada por la marginación, el aislamiento y la soledad, (una existencia) de “gestión de la incertidumbre permanente” en la cual los individuos viven en un eterno presente, y aun de desensibilización frente a la convivencia cotidiana con la miseria“ (Ibíd., p.55, traducción de la autora).

Como expresión paradigmática de estas condiciones, la autora menciona los estudios sobre los campos de concentración. En este contexto, subraya que aún en situaciones en las que se lleva el sujeto a límites físicos y morales extremos, es posible encontrar el desarrollo de estrategias y procesos adaptativos que impiden un desvanecimiento físico y psíquico.

Por otro lado, la radicalidad de la situación de exclusión de determinados “sujetos frágiles” les sitúa en una posición de gran vulnerabilidad ante el exterminio. Son individuos expulsados de la idea de humanidad y que ya no interesan a nadie. **Percibidos como superfluos e innecesarios para la vida social, se convierten en desechables:** “*pueden ser eliminados de las más distintas formas, ostensivas o opacas, que nadie les reclamará... su eliminación (matando, mandando matar o dejando que mueran) no interpela responsabilidades públicas ni sociales”*(p.70, traducción de la autora).

Por último, como contrapartida a este tipo de exclusión tan extremo y visible, es importante mencionar algunos matices subyacentes a la dimensión simbólica de la exclusión que no son fácilmente perceptibles. El análisis llevado a cabo por Xiberras (1993) es muy rico en este sentido. Esta autora admite que la categoría “exclusión social” puede abarcar una gran diversidad de poblaciones y fenómenos que van desde la

pobreza y el desempleo, pasando por la xenofobia hasta llegar al integrismo y al terrorismo. Entiende que lo que les confiere unidad es que en todos los casos hay un movimiento de ruptura de los vínculos sociales, materiales y simbólicos.

En el campo simbólico sitúa el conflicto como un elemento central para comprender el debilitamiento de los vínculos sociales. Según Xiberras (1993), el rechazo y la exclusión de sujetos que no se conforman a las normas y a los modelos sociales dominantes empieza muchas veces por un conflicto de valores y/o de perspectivas. También aquí la clave es la cuestión de la diferencia, sea una diferencia reivindicada (como en el integrismo o en el terrorismo), una diferencia sufrida (como en una minusvalía), o impuesta (como en el confinamiento o en el gueto).

En cualquier caso, la idea central es que los excluidos no son rechazados sólo físicamente (racismo), geográficamente (gueto) o materialmente (pobreza), sino que la exclusión también se produce en el plano de las “riquezas espirituales”. La exclusión simbólica asume distintas configuraciones y grados. El problema puede ser que los valores de los sujetos que sufren la exclusión carezcan de reconocimiento social. En este caso, cuando aparecen suelen verse de forma negativa en las representaciones colectivas. Este proceso es similar a la producción de un estigma físico, pues implica atribuir características y una identidad negativa a los excluidos (Goffman, 1963).

Pero también puede ocurrir que determinados valores sencillamente estén ausentes del universo simbólico de aquellos que excluyen. Entonces la exclusión se produce mediante la invisibilidad:

“ ... existen formas de exclusión visibles y otras que casi no son perceptibles porque no excluyen ni materialmente, ni simbólicamente: los excluidos son sencillamente ausentes o invisibles..... algunas formas de representación colectiva no posen, por tanto, en el seno de su propia sociedad, ningún status, ningún reconocimiento, es como si no existieran”
(Xiberras, 1993, pp.18,19, traducción de la autora)

Por tanto, los procesos de exclusión social no se dan necesariamente de modo visible o materializable. A veces no es posible captar la fragilización o ruptura del lazo social mediante conflictos abiertos que se traducen en actitudes y conductas de evitación, desconfianza, hostilidad, rechazo o violencia física. Una de las grandes aportaciones de Xiberras (1993) es poner de manifiesto que las dinámicas excluyentes también actúan de modo silencioso bajo la forma de una ruptura de sentido.

Lo que pretendíamos subrayar en este apartado es que **la configuración del fenómeno de la exclusión social se revela de forma más precisa mediante el análisis de ámbitos o dimensiones de la vida en sociedad**. En las investigaciones empíricas, esta perspectiva supone estudiar los factores relacionados con la existencia de desventajas o con la falta de acceso a distintos componentes de cada una de las dimensiones analizadas.

Algunos de los referentes empíricos privilegiados por las publicaciones sobre exclusión son: empleo (paro, subempleo, temporalidad, precariedad laboral, ausencia de mecanismos de protección, carencia de experiencia laboral previa, etc.); ingresos (insuficientes, irregulares, ausentes, deudas, etc.), vivienda (infravivienda, hacinamiento, ausencia de vivienda), un nivel mínimo de consumo, educación o en sentido más amplio capital cultural (analfabetismo, bajo nivel educativo, fracaso escolar, cualificaciones profesionales, etc.), propiedad, tierra, beneficios provistos por el Estado, igualdad ante la ley, participación en el proceso democrático y procesos de institucionalización. A ello se añaden factores sociales (familias matrifocales, monoparentales, vínculos familiares debilitados, carencia de redes de apoyo, aislamiento social, etc.), culturales (pertenencia a minorías étnicas, extranjería, etc.) y personales (minusvalías, enfermedades, antecedentes penales, alcoholismo, toxicomanía, etc.).

Algunos autores señalan una tendencia a la asociación de vulnerabilidades en distintos ámbitos - que resulta en la acumulación de desventajas - como una característica típica de los procesos de exclusión social. Xiberras (1993), por ejemplo, plantea que ser portador de una desventaja no conduce al individuo necesariamente a la exclusión, pero opera como un vector de vulnerabilidad al multiplicar las posibilidades de que aparezcan nuevas barreras (o fracasos) en el acceso a otras esferas. Paugam (1991; 1996), a su vez, define la exclusión precisamente como la acumulación de desventajas, como la última etapa de un proceso de descalificación. Finalmente, Escorel (1998a) señala que en los casos en que hay una gran concentración de vectores de vulnerabilidad, la exclusión social puede llegar a caracterizar al contexto de sociabilidad.

Los esfuerzos de sistematización de los factores exclusógenos han resultado en la construcción de mapas de riesgos con indicadores generales como el siguiente:

Riesgos	Trabajo	Ingresos	Vivienda	Relaciones/apoyos sociales
Bajos	Empleo estable	Riqueza o ingresos suficientes	Vivienda propia	Familia e integración satisfactoria en redes sociales

Medios	Trabajo precario y/o poco remunerado	Ingresos mínimos garantizados	Vivienda en alquiler, situaciones de hacinamiento	Crisis familiares, redes sociales débiles. Apoyos institucionales compensatorios
Altos	Exclusión del mercado de trabajo	Situación de pobreza	Infravivienda, “sin techo”	Aislamiento, rupturas sociales. Carencia de apoyos institucionales

Fuente: Tezanos (1999: 45).

Tezanos (1999) presenta una propuesta metodológica para el estudio de procesos de exclusión social a partir de las cuatro zonas definidas por Robert Castel. Plantea que el análisis de cada una de estas zonas debe atender a un conjunto de variables laborales, económicas, culturales, sociales e individuales, pues entiende que son las relaciones establecidas entre dichas variables las que condicionan la eventual transición de una zona a otra del continuum que va de la integración a la exclusión social. Reproducimos a continuación el cuadro que resume el modelo de análisis propuesto por este autor tanto a título de ilustración como por el hecho de que vamos a utilizarlo como referencia en algunos momentos de nuestro análisis empírico.

- Las cuatro zonas básicas identificables en el proceso de exclusión social

	Zona de integración	Zona de vulnerabilidad	Zona de asistencia	Zona de exclusión
Situación laboral	Empleo estable o fijo	Empleo precario o inestable	Desempleo	Inempleabilidad
Ámbito económico	Empresas y actividades estables y con futuro	Empresas y actividades económicas inestables o en crisis, Economía desregulada o sumergida.	Aportaciones públicas reglamentadas o beneficencia	Aleatoriedad de ingresos
Situación relacional	Fuertes redes familiares y sociales	Fragilidad relacional. Individualismo.	Carencias relacionales compensadas por iniciativas asistidas de inserción	Aislamiento social
Sentimientos	Seguridad, confianza en el futuro	Miedos, incertidumbres.	Fatalismo, falta de perspectivas	Desesperación anomia
Actitudes básicas	Conformismo, emulación	Desconfianza, inseguridad.	Protesta, resignación.	Desviación, pasividad, violencia, rebeldía
Factores de riesgo	Inestabilidad económica, enfermedades, incertidumbres ante la vida etc.	Crisis familiares, ruptura de solidaridad de grupo, fracaso escolar, inadaptación cultural, minusvalías etc.	Alcoholismo, drogadicción, depresión, aislamiento, clausura social	Enfermedades, accidentes, delitos, suicidios, etc.

Fuente: Tezanos (1999: 51).

CAPÍTULO 2. CONTEXTUALIZACIÓN DEL CONCEPTO DE EXCLUSIÓN

2. Consideraciones previas

El entronque cultural del concepto de exclusión social dificulta la elaboración de indicadores válidos para diferentes países. El Instituto Internacional de Estudios de Desarrollo de la OIT ha llevado a cabo análisis empíricos y teóricos relativos a la situación actual de 10 países, que tenían como objetivo comprobar en qué medida el concepto de exclusión social adoptado en Europa podía tener utilidad para estudiar la realidad social de países en vía de desarrollo y/o con “economías en transición”. De momento, no hay consenso sobre esta cuestión (Bruto da Costa, 1998).

Hemos visto que en Europa la categoría “exclusión social” aparece íntimamente vinculada a los cambios en la esfera de la producción y al proceso de acumulación capitalista, que cada vez más prescinde de la fuerza de trabajo humana. En este contexto, lo que da relativa unidad a la categoría es fundamentalmente la emergencia de una “nueva pobreza”, fruto de dicho proceso (Escorel, 1998a).

No obstante, si tomamos como referencia el contexto latinoamericano, comprobamos que la precariedad (material y laboral) ha sido históricamente la regla. En América Latina, el código del trabajo es diversamente respetado y la seguridad social suele ser poco operativa, de manera que nos encontramos ante un conflicto crónico de no-inserción, que ha sido reforzado por el proceso de globalización (Fassin, 1996a).

En este sentido, las poblaciones descritas como marginales suelen ser, a menudo, la mayoría en los grandes centros urbanos latinoamericanos, lo que remite a una inversión de los términos entre los países del “tercer mundo” y los del “primer mundo”. Algunos autores cuestionan si hay un problema efectivamente nuevo, es decir, una “nueva cuestión social”, o si estaríamos solamente ante una nueva fase del sistema capitalista. Demo (1998), por ejemplo, argumenta que “*con ojos de Tercer Mundo resulta más fácil mirar la problemática de la exclusión social como la “vieja cuestión social”*”(p.25, traducción de la autora).

De ahí se impone la necesidad de contextualizar social e históricamente la categoría en cuestión para evaluar su potencia analítica para la investigación y su capacidad de afrontar problemas de grupos sociales concretos en contextos diferentes del europeo. En este estudio dicho ejercicio es imprescindible para hacer viable una elaboración conceptual compatible con la realidad brasileña que contribuya a una reflexión crítica sobre algunas definiciones más globales de la exclusión social.

2.1. El concepto de marginalidad en América Latina

En América Latina, las bases para el análisis de los fenómenos que hoy se incluyen en la categoría “exclusión social” están subsumidas en una amplia producción teórica sobre la “marginalidad social”.

El concepto de marginalidad empezó a dominar el debate intelectual y político en el contexto latinoamericano a partir de los años 50. Con la intensificación del éxodo rural y el aumento de la visibilidad de la pobreza urbana, la marginalidad se convirtió en objeto de estudio privilegiado en las ciencias sociales. Lo fundamental era comprender y explicar – con frecuencia en un tono de denuncia- los procesos y mecanismos mediante los cuales parte creciente de la población era relegada a los márgenes del sistema capitalista. Así, el estudio de la marginalidad en América Latina hizo hincapié en la idea de “poblaciones marginales” en detrimento de la noción de individuo marginal (Schneider, 1987). Se trataba principalmente de una representación de la cuestión de la pobreza.

Fassin (1996a; 1996b) pone de manifiesto el entronque cultural del concepto de exclusión social señalando que el desarrollo reciente de la pobreza urbana ha dado lugar a tres conceptos: la “exclusión social” en Francia, la “*underclass*” en Estados Unidos y la “marginalidad” en América Latina. Dichos conceptos remiten a distintas “*topologías simbólicas*” del espacio social, a saber, respectivamente, dentro/fuera, arriba/ abajo y centro/ periferia. Estas concepciones del mundo social reflejan no sólo realidades sociológicas diferentes y distintas representaciones sociales de la pobreza, sino tradiciones intelectuales y políticas singulares.

La representación de la pobreza como “marginalidad” en el contexto latinoamericano se consolidó en las décadas de los 60 y 70 con la proliferación de las teorías de la dependencia, que establecieron la polaridad centro/ periferia como la referencia primordial para dar cuenta del orden internacional. Entonces, la situación de los habitantes pobres de los centros urbanos del llamado “tercer mundo” se percibía como una reproducción, a escala microsociológica, de la posición de los países pobres en la división internacional del trabajo y de las riquezas (Fassin, 1996a).

Desde entonces, diferentes escuelas de pensamiento han desarrollado la noción de marginalidad y la han utilizado en una pluralidad de acepciones para hacer referencia a situaciones y grupos sociales muy diversos. Por ejemplo, en estudios sobre

experiencias de migración, procesos de aislamiento, segregación urbana o conductas no conformistas. El uso del concepto también fue ampliamente extendido para referirse a la carencia de participación social y pasó a ser utilizado como sinónimo de “pobreza cultural” y poblaciones de baja renta (Kowarick, 1975).

En todo caso, las definiciones de la marginalidad siempre han tenido como contraste dos posiciones relacionadas con el orden social, que implican o bien la noción de normalidad (en el sentido de adecuación a las normas dominantes), o bien la noción de centro. En el discurso de sentido común, el término “marginal” ha sido históricamente utilizado (hasta ahora) para designar de modo peyorativo aquellas personas que no están insertadas e integradas en el orden moral y social dominante (Zaluar, 1994). Tal concepción se relaciona directamente con discursos de criminalización de la pobreza: *“Vagabundo, indolente y peligroso son, en esa acepción, sinónimos de marginal y vinculados al submundo del crimen, la violencia, las drogas y la prostitución; son formas de caracterizar los pobres como sospechosos o como “clases peligrosas”* (Escorel 1998a, p.20).

Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales, el concepto se desarrolló desde diferentes ángulos según los focos de interés de cada disciplina. Ello supuso una diversificación de los criterios para delimitar el concepto de marginalidad. De acuerdo con Fassin (1996a), la **dimensión económico-ocupacional** es el núcleo duro de la definición del concepto. Aquí la marginalidad tiene como base la ausencia de inserción en el mercado de trabajo formal y sus implicaciones en términos de regularidad de ingresos y protección social. Esta perspectiva suscita críticas sobre la falta de correspondencia entre los elementos definatorios de los grupos marginales (centrados en una inserción laboral formal, estable y protegida) y las condiciones económicas y sociales concretas que predominan en el contexto latinoamericano.

El segundo ámbito de referencia es la **dimensión espacial**. Los criterios relacionados con dicha dimensión se han consolidado con el incremento del proceso de urbanización, asociado al aumento del éxodo rural y de la emigración a los centros urbanos. En este ámbito, la marginalidad viene dada por la ubicación en zonas periféricas, y se asocia tanto a la distancia de los centros urbanos como a la carencia de infraestructura y a la precariedad de las condiciones de habitación. **Este planteamiento geográfico ha propiciado una representación visual del fenómeno ligada a una lógica dual.**

El tercer campo de referencia es el **conjunto de conductas y rasgos** atribuidos a grupos marginales, que abarca aspectos culturales, psicológicos y morales. En ocasiones dichos aspectos aparecen vinculados a las constricciones estructurales que se supone les determinan. Finalmente, las definiciones de la marginalidad remiten a la **esfera política**. En este ámbito se privilegian la participación en la vida política, las percepciones y las modalidades de ocupación del espacio público.

Los análisis centrados en el campo político han oscilado entre la apatía y las posibilidades de movilización de los grupos marginales. Inicialmente, hubo una tendencia a la homogeneización del comportamiento político de los grupos populares, que luego fue contrarrestada por investigaciones que revelaban una diversidad de prácticas. En cualquier caso, se ha señalado con frecuencia que la precariedad de las condiciones materiales de existencia es una traba para implicarse en acciones colectivas. Este aspecto está relacionado con una tendencia al clientelismo y con la primacía de estrategias individuales de promoción social, ambas justificadas por la falta de perspectivas de movilidad ascendente en la sociedad.

Cabe señalar que, cualesquiera que sean los criterios de definición conceptual, ámbitos de análisis y marcos teóricos, prevalecen las conceptualizaciones negativas. Es decir, al igual que la exclusión social, la marginalidad es definida sobre todo por la carencia. Además, es igualmente entendida como signo del fracaso del proyecto modernista.

En el campo teórico, la marginalidad ha sido estudiada en el continente latinoamericano principalmente a partir de tres orientaciones: una corriente de inspiración culturalista, otra de inspiración marxista y una vertiente funcionalista. Dichas orientaciones fundamentan investigaciones sobre el tema en campos del saber muy diversos. Puesto que no pretendemos analizar los desarrollos teóricos referentes a la marginalidad llevados a cabo en una disciplina específica (por ejemplo, la psicología social), nos limitamos a dibujar un cuadro muy genérico (corriendo el riesgo de la simplificación excesiva) de los ejes que, a grandes rasgos, definen las perspectivas en cuestión.

La perspectiva culturalista privilegia el estudio de las conductas marginales y los aspectos psicosociales en la comprensión del fenómeno. La tradición materialista entiende la marginalidad como una realidad estructural derivada de las contradicciones del modo de producción capitalista y pretende explicar sus mecanismos de producción. Los análisis basados en la vertiente funcionalista tienen como idea central la “falta de

integración”. También hay numerosos estudios que conjugan diferentes perspectivas, realizando esfuerzos por superar dicotomías teóricas.

Las teorías culturalistas de la marginalidad encuentran sus principales fundamentos en los trabajos desarrollados por la Escuela de Chicago (en particular en el enfoque de la ecología urbana) y en los planteamientos de Simmel. El concepto de “marginal” lo utilizó Robert Park por primera vez en sus estudios sobre los inmigrantes que vivían en Chicago. A partir de la concepción del “extranjero” de Simmel, Park desarrolla el concepto de “hombre marginal”, definido como un “híbrido cultural”, un individuo que comparte dos culturas y dos sociedades, pero no está plenamente integrado en ninguna de ellas. Dicha posición híbrida engendra conductas disonantes con relación a los valores y normas dominantes. Sin embargo, esta posición de alejamiento de la norma no tenía una connotación negativa asociada a reacciones sociales excluyentes. Por el contrario, la disconformidad del “hombre marginal” era percibida como un motor potencial de cambio social (Perlman, 1977).

En esta perspectiva analítica son centrales, entre otros aspectos, la noción de “cultura de la pobreza” (originalmente planteada por Oscar Lewis) y los fenómenos asociados a la idea de desviación: delincuencia, toxicomanía, etc. Los estudios privilegian los procesos en detrimento de las causas, y la dimensión cultural frente a la estructural. Predominan análisis descriptivos que ponen de relieve características psicosociológicas de determinados grupos sociales caracterizados como “marginados”. No obstante, en general no se trata de explicar la pobreza o la desviación exclusivamente por la cultura. Suele entenderse que la dimensión cultural es solo uno de los factores implicados en la lógica de la reproducción social (Fassin, 1996a).

El enfoque funcionalista de la marginalidad asume como premisa una dualidad estructural que conduce a agrupar a los individuos o grupos sociales en dos grandes bloques: los “integrados”, definidos como aquellos que participan plenamente en las instituciones sociales (o pueden hacerlo) y “los marginados”, aquellos que no están integrados en las estructuras sociales, y, en consecuencia, se encuentran excluidos de los beneficios materiales y simbólicos de la sociedad en que viven, así como de la participación en los procesos de decisión ligados a las instituciones sociales.

El pilar de la teoría funcionalista es la concepción de equilibrio del sistema social. Los distintos componentes que integran la sociedad son analizados desde una perspectiva sistémica según la cual el cambio en un elemento o subsistema provoca una secuencia de ajustes recíprocos que resultan en una nueva integración estable de la

estructura social. Cada elemento del sistema posee una función, cuya armonía con los demás es imprescindible para el equilibrio de la sociedad. Desde esta óptica, los elementos que no están integrados - en este caso, los individuos o grupos marginales - son considerados disfuncionales para el sistema.

Por otra parte, se supone que la estructura social posibilita la integración de los sujetos marginales mediante un proceso adaptativo. Es decir, la noción de cambio capaz de posibilitar la integración implica que los individuos “marginales” se adapten a las normas dominantes y a la estructura y dinámica social vigentes. El cambio social se limita a pequeños ajustes en determinados sectores que faciliten la integración sin alterar la estructura profunda del ordenamiento social. Así, la cuestión de la marginación a menudo acaba por reducirse a un problema de adaptación/inadaptación de sujetos y colectivos específicos.

La teoría materialista de la marginalidad recupera los conceptos de “ejército industrial de reserva” y de “superpoblación relativa” desarrollados por Marx para discutir su validez en el marco de la economía de los países del “tercer mundo”. En la década de los 70, algunos autores consideraban que pese a los cambios producidos en el ámbito económico-ocupacional ligados al proceso de modernización, la población no insertada en el sistema productivo seguía siendo funcional para la economía como fuerza de trabajo potencial y mecanismo de presión (Quijano, 1978 en Schneider, 1987).

En cambio, otros analistas argumentaban que la posición de dependencia de los países latinoamericanos ya no permitía hablar de funcionalidad dentro del sistema. El excedente se percibe como una “masa marginal” prescindible para el funcionamiento del sistema y, por ello, carente de perspectivas de inserción (Nun, 1969, en Schneider, 1987), planteamiento cercano a la concepción dominante de la exclusión en la actualidad.

Al margen de estas divergencias interpretativas, el elemento común es un marco de análisis estructural. Cualesquiera que sean los ámbitos de la vida social atendidos en el estudio de la marginalidad, se parte del supuesto de que una consideración adecuada de los procesos de marginación social implica analizar los modelos de desarrollo subyacentes.

La dualización social y la funcionalidad para el proceso de acumulación capitalista fueron dos aspectos centrales en los debates sobre el uso del concepto de marginalidad y su significado. Como señala Escorel (1998a), mientras que dicha noción dominó el debate sobre la pobreza urbana en el contexto latinoamericano, las

polarizaciones teóricas que suscitó fueron influidas tanto por especificidades sociológicas como por particularidades de cuño ideológico, tales como el lugar central del marxismo y la influencia de las teorías de la dependencia del continente (en particular en los años 60 y 70).

La polémica sobre si la marginación era una posición de exclusión con solución en perspectiva o no fue matizada en la década de los 80 por la concepción de la inserción informal en el sistema productivo como una vía para la posterior incorporación en el mercado de trabajo formal. La informalidad pasa a ser entendida como un momento, una etapa necesaria en un proceso de transición. Entonces, florecen planteamientos que ponen de relieve la creatividad popular en el desarrollo de estrategias alternativas al capitalismo de mercado.

Una década más tarde los resultados de la evolución de los modelos de desarrollo del “tercer” mundo condujeron a un replanteamiento de dicha perspectiva. La informalidad deja de ser percibida como una etapa para ser asumida como un estado. Tal constatación obliga a reflexionar sobre sus implicaciones y desplaza las discusiones hacia las estrategias políticas de integración del trabajo informal.

Esta revalorización de la economía informal supuso una disminución de los debates teóricos sobre la marginalidad. El término sigue siendo utilizado para hacer referencia a los pobres, pero ya no suscita polémicas y pasó a ser considerado de escaso valor analítico. A principios de la década de 90, la cuestión de la pobreza urbana en el contexto latinoamericano pasó a ser discutida o bien mediante el concepto de informalidad, o bien mediante el concepto de exclusión social, aunque no se tome estos términos como equivalentes.

Este desplazamiento conceptual ha propiciado comparaciones entre los procesos vinculados a la pobreza en el contexto latinoamericano y aquellos vinculados a las denominadas “nueva pobreza” o “nueva cuestión social” en el contexto europeo. Sin embargo, las similitudes encontradas subrayan más las especificidades de cada contexto (y, por tanto, las diferencias) que los esfuerzos de homogeneización. Por otra parte, los límites impuestos por las singularidades contextuales no se suelen interpretar como impedimentos al uso del concepto de exclusión para estudiar diferentes realidades sociales, sino solamente como una exigencia de contextualización de la categoría (Castillo,1994; Fassin,1996 a; Wacquant, 1996; 2001; Escorel, 1998a; 1998b; Bursztyn,2000; Bruto da Costa, 1998). Desde esta perspectiva, vamos a presentar algunas implicaciones del uso del concepto de “exclusión social” en Brasil.

2.2 La exclusión social en Brasil

Un primer aspecto que tener en cuenta al contextualizar el concepto de exclusión social es que las formas de expresión del fenómeno cambian según el grado de desarrollo económico y la evolución de las políticas sociales de cada país (Bursztyn, 2000). Los países latinoamericanos de manera general, y Brasil en particular, se han caracterizado históricamente por la coexistencia en un mismo espacio y tiempo de mecanismos de inserción social de índoles muy distintas.

La historia de Brasil es una historia de contrastes y las formas de vinculación social han acompañado la diversidad de la estructura social. Bajo un mismo territorio (amplio y diverso), y en un mismo periodo, es posible detectar rasgos en la estructura de protección típicos de la sociedad preindustrial (basados en las redes de sociabilidad primarias), así como mecanismos de protección social basados en el modelo de Bienestar típico de las sociedades industrializadas (Willadino y Aquino, 2001).

El establecimiento generalizado de las políticas keynesianas en los países europeos coincidió con el principio de la industrialización y urbanización del país. Sin embargo, pese a los cambios producidos por estos procesos, la sociedad brasileña ha mantenido rasgos de una fuerte política agraria de características feudales. Veloso (1998, citada por Pietricovsky, 2001, p.34), destaca que

“el complejo patriarcal y rural de nuestras primeras formaciones sociales reforzó las relaciones de carácter familiar y privado y un modelo de individualismo personalista que rechazan la neutralidad de las leyes generales y dificultan la construcción de un espacio impersonal a partir del cual se pueda organizar la vida pública y una comunidad propiamente política” (traducción de la autora).

Por otro lado, la construcción del sistema de protección secundario⁶ en Brasil tuvo como referencia tanto el modelo americano como las fórmulas vigentes en Europa (Bursztyn, 2000). En este escenario, se han ido construyendo mecanismos y modalidades de inserción y protección social muy heterogéneas. Hoy en día, con la crisis de la sociedad salarial, los efectos de la adhesión a la ideología neoliberal y de la mundialización, la lectura de los procesos de exclusión social se convierte en una tarea todavía más compleja en una estructura social tan diversificada.

⁶ Entendemos por Protección Primaria (o cercana), aquella propiciada por las redes de sociabilidad primarias. En cambio, la Protección Secundaria implica la mediación de mecanismos institucionalizados.

En todo caso, la contextualización social e histórica de la categoría “exclusión social” en la sociedad brasileña sugiere que las manifestaciones del fenómeno no pueden explicarse exclusivamente a través del impacto de la internacionalización de la economía sobre las estructuras sociopolíticas, ni por una crisis del modelo de protección social.

En Brasil, no se ha asistido al establecimiento de un Estado de Bienestar con la consecuente generalización del asalariado formal y la universalización de las protecciones sociales secundarias. El vínculo con la esfera del trabajo se ha caracterizado históricamente por la inestabilidad y la precariedad; en particular, entre las poblaciones que viven en condiciones de pobreza. El mercado informal rivaliza con el mercado formal, pues ambos tienen pesos muy similares en cuanto a la absorción de la población activa del país. Además, la incorporación al mercado informal suele estar asociada a bajos niveles de escolaridad, lo que reduce las expectativas todavía más. Todos estos aspectos han contribuido a que las redes de sociabilidad primarias (familiares, vecinales y comunitarias) no se sustituyan por mecanismos de protección secundaria como soporte material y simbólico para la construcción de las identidades y lazos sociales en el país (Escorel, 1998a; 1998b; Da Matta, 1984;1985).

Los análisis de la exclusión social en el contexto brasileño tienden a señalar que las raíces de este fenómeno se pueden identificar en la historia del país. A pesar de que son conceptos distintos, hay un relativo consenso de que en Brasil la exclusión social siempre estuvo íntimamente relacionada con la desigualdad social y la pobreza. Sucede igual con el reconocimiento de que las desigualdades sociales, la extensión de la pobreza y los procesos de marginación tienen una amplia trayectoria en la sociedad brasileña, pues la formación política, sociocultural y económica del país ha implicado desde sus orígenes lo que Araújo (1998a) define como *la "exclusión de oportunidades históricas"*.

Esta noción se refiere al hecho de que una gran cantidad de personas ni siquiera ha tenido la oportunidad de acceder a los beneficios del crecimiento y del desarrollo del país. Este tipo de exclusión caracterizó la esclavitud, la estructura de las relaciones sociales en el período colonial en el siglo XIX, la etapa de la dictadura y ha marcado la biografía de un amplio contingente de negros, indígenas, campesinos y otros grupos tradicionalmente marginados en Brasil.

Paralelamente, dicha dinámica excluyente sirvió de base histórica a la construcción y consolidación del autoritarismo, la concentración de poderes, la rigidez

jerárquica, el patrimonialismo, el personalismo y el clientelismo. Diversos autores señalan que estos aspectos aún atraviesan las representaciones colectivas y relaciones sociales en el país (Nascimento, 1988; Pietricovsky, 2001), y tienen un papel fundamental en la producción, mantenimiento y reproducción de las desigualdades.

Si bien las desigualdades sociales siempre estuvieron presentes de modo muy contundente en la sociedad brasileña, las transformaciones políticas, económicas y sociales ocurridas en la segunda mitad del siglo XX las acentuaron todavía más. El avance de la industrialización del país en los años 50 marcó el inicio de un período de desarrollo caracterizado por el crecimiento económico ampliando las expectativas de movilidad social de la población.

Al mismo tiempo, se iniciaba el proceso de urbanización. La atracción ejercida por el eje urbano industrial incipiente puso en marcha fuertes flujos migratorios e intensificó el éxodo rural. Rápidamente se produjo un déficit entre oferta y demanda de trabajo en las ciudades. Así, pese a las posibilidades de movilidad social ascendente, el principio de la etapa industrial coincidió con el inicio de la urbanización de la pobreza.

Las décadas de los 60, 70 y 80 estuvieron marcadas por el impacto de la internacionalización de la economía en las estructuras sociopolíticas. Este proceso favoreció la concentración de la renta en el país. Una pequeña parte de la población acumuló riquezas, mientras se excluía a la gran mayoría de los beneficios del crecimiento económico. A partir de los años 60, la desigualdad social ha crecido continuamente en Brasil, al tiempo que la pobreza ha acompañado los ciclos económicos de corto plazo (Escorel, 1998a).

Mientras se completaba la industrialización a través de la sustitución de importaciones, el crecimiento económico acompañó la reducción de los cinturones de pobreza y, a la vez, un aumento de la desigualdad en la estructura social. La paradoja del aumento del crecimiento económico, asociado a la reducción de la pobreza y al incremento de las desigualdades, fue la tónica dominante en el país hasta finales de la década de los 70 (Nascimento, 2000a).

En los años 80, esta tendencia cambia produciéndose un descenso del ritmo de crecimiento unido al mantenimiento del número de pobres. Empieza la *“fossilización de la estructura social”*, debido a la pérdida creciente del movimiento de movilidad social ascendente. Paralelamente, hay un intenso desplazamiento de la pobreza de las pequeñas ciudades hacia las metrópolis, así como del mercado de trabajo informal al

formal. Se inicia un período de estancamiento económico, ampliación de las desigualdades sociales y mayor visibilidad de la pobreza urbana (Ibíd.).

La emigración masiva a los centros urbanos en el período de crecimiento produjo una urbanización desorganizada que acentuó la degradación de las condiciones de vida, marcada por múltiples carencias en la estructuración social básica⁷. Siguiendo una lógica perversa, los procesos de exclusión social se han ido consolidando como consecuencia de la interacción desajustada de factores económicos, políticos, sociales, tecnológicos y ecológicos, aumentando el foso de las desigualdades sociales (Buarque, 1993).

Este cuadro se agrava entre los años 80 y 90, con la intensificación de la crisis económica en diversas regiones de Latinoamérica. Al acentuarse la crisis ya no es posible pagar la deuda ni sus intereses, momento en que comienzan los acuerdos, la dependencia del ajuste estructural y la aplicación progresiva de políticas económicas neoliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Las economías nacionales han tenido que adaptarse a las exigencias de la economía mundial caracterizada, entre otros aspectos, por la disminución del papel del Estado, la apertura a transformaciones tecnológicas ligada a una mayor flexibilización laboral, la descentralización de la producción, la apertura de mercados y el incentivo a la competitividad.

En Brasil, fue un período de gran inestabilidad económica, que se tradujo en sucesivas crisis, recesión y estancamiento. El cambio de la lógica económica vigente y la aplicación de las políticas de ajuste neoliberal agudizaron la situación de pobreza ya instalada en el país y contribuyeron a reducir los derechos sociales debido a la privatización de los servicios públicos.

Estos procesos ocurrieron al tiempo que la lucha por la redemocratización del país. En 1988, la promulgación de una nueva Constitución Federal introdujo un cambio en muchos de los principales marcos normativos de la sociedad brasileña. Ello supuso la conquista de derechos políticos universales, la ampliación constitucional de derechos sociales y el fortalecimiento de la sociedad civil. Sin embargo, las esperanzas relativas a la consolidación de la democracia y a la asunción de una ciudadanía más plena fueron

⁷ La urbanización pasó del 30% en el año 1950 al 78% a finales de los años 90 (Pietricovsky, 2001). No obstante, en la década de los 70, el 70% de la población económicamente activa del país ya estaba en las ciudades (Escorel, 1998 a).

mergadas por la permanencia de una serie de contradicciones que siguieron (y siguen) ahondando la desigualdad económica y social entre los ciudadanos⁸ (Ferreira, 1998).

Desde el punto de vista de la ciudadanía, tanto las luchas por el reconocimiento de derechos llevadas a cabo por distintos movimientos sociales, como la universalización de los derechos políticos en 1988, han tenido resultados muy parciales. En el campo de los movimientos sociales, algunos colectivos han alcanzado logros significativos en su posición en la estructura ocupacional, educativa, etc. (por ejemplo, las mujeres), mientras que otros siguieron en una situación de gran desventaja (por ejemplo, los negros) (Nascimento, 2000a).

En cuanto a los derechos sociales, se produjo una ciudadanía selectiva y excluyente en la medida en que el acceso a los derechos se mantuvo muy subordinado a la participación en el mercado de trabajo formal y, en términos prácticos, a la posición socioeconómica de cada individuo. Pero, como señala Nascimento, el resultado de este proceso no fue la creación de un espacio dual de ciudadanía en el que unos tienen derechos y otros no, sino más bien de una **ciudadanía plural, fragmentada y jerárquica** en la cual: *” unos tienen más derechos que otros, mientras que hay otros (grupos que) empiezan a habitar el espacio del no derecho. La ciudadanía excluyente es sustituida por la ciudadanía fragmentada, o mejor dicho, jerarquizada”* (Ibíd., pp.74, 75, traducción de la autora).

En este escenario, Escorel (1998a) argumenta que la categoría exclusión social tiene pertinencia en Brasil cuando es pensada como un proceso que opera una interacción excluyente sobre un esqueleto jerarquizante que, sin embargo, también implica una lógica inclusiva (aunque a menudo perversa). Tal dinámica se expresa en una fragmentación social en la cual la condición económica es el elemento central en la definición de jerarquías, y la pobreza la marca de la diferencia negativizada:

“La fragmentación social (pluralidad, transversalidad, policulturalismo) característica de las sociedades posmodernas está contemporáneamente presente en la sociedad brasileña, pero se asienta en una base estructural de desigualdades en que la “diferencia” que provoca interacciones de hostilidad y rechazo es la pobreza”(p.61, traducción de la autora).

⁸ En el año 1989, el rendimiento medio del 1% más rico de la población era 230 veces mayor que el de los 10% más pobres. Entre 1960 y 1980 la pobreza en Brasil pasó del 41,4% al 24,4%. Sin embargo, en el año 1988 el porcentaje de pobres en el país volvió a alcanzar el 39,3%. En el año 1990, se consideraba el 30% de la población brasileña pobre (cerca de 42 millones de personas) y el 12% indigente (16,6 millones de personas) (Escorel,1998a).

A principios de la década de los 90 se inicia la apertura comercial y la transición de una economía relativamente cerrada - centrada en el modelo de la sustitución de importaciones - hacia una economía abierta y competitiva. Este movimiento de cambio supuso la entrada en un modelo económico de aguda dependencia, que acentuó las restricciones del papel del Estado y el fortalecimiento de las empresas multinacionales. Además, la actuación del gobierno federal en los años 90 se caracterizó por una aplicación creciente de la política de las privatizaciones en general, y de la infraestructura de los servicios públicos en particular, así como por la institución de programas de generación de renta que limitaron el acceso a los derechos sociales. Así, pese a la ampliación formal de los derechos mediante la Constitución de 1988, lo cierto es que *“las leyes siguen siendo letra muerta”* ante los imperativos económicos neoliberales (Ferreira, 1998).

La primacía de tales imperativos económicos ha tenido impacto sobre todas las políticas sociales con serios costes para la ciudadanía. Muchos de estos costes fueron sentidos especialmente en el ámbito laboral, que también fue afectado por el programa de estabilización de la economía que se implantó en 1994. Las repercusiones de la internacionalización de la economía y las medidas adoptadas para eliminar el proceso inflacionario crónico sufrido desde hacía décadas por Brasil provocaron despidos masivos y limitaron las fuentes generadoras de empleo en el sector formal de la economía.

Según Jatobá (1998), entre diciembre de 1990 y diciembre de 1995, se eliminaron aproximadamente 2,1 millones de empleos en el mercado de trabajo formal brasileño. Las nuevas tendencias globales asociadas a la “crisis del trabajo” empezaron a consolidarse en el país como, por ejemplo: el fin de la estabilidad laboral, la precarización del empleo y la flexibilización de los procesos de producción, de los tipos de contratos y de la organización del trabajo; la búsqueda de trabajadores más cualificados y la valoración de una formación diversificada; la introducción de una fuerte diferenciación de los sueldos según la función desempeñada y la cualificación del trabajador; la tendencia en el ámbito empresarial a solucionar los ajustes necesarios a través de la eliminación de puestos de trabajo; el aumento de las tasas de paro y del componente estructural del desempleo urbano etc.

Ello dio lugar a un gran incremento de la economía informal (que promovió una preocupación por el desarrollo de mecanismos regulatorios de estas actividades para

incorporarlas a las políticas fiscales y tributarias), así como a un aumento del problema de la “inempleabilidad” y del grupo desprotegido por la legislación laboral (Madeira y Rodrigues, 1998; Jatobá, 1998). Evidentemente, la población más pobre y menos cualificada ha sido la más afectada por estas nuevas tendencias, ya que, por un lado, gran parte de los obreros carecen de los niveles de cualificación exigidos por un mercado abierto y competitivo y que, por otro lado, la apertura de la economía ha reducido en gran medida la protección de los trabajadores por el Estado.

Por consiguiente, una amplia parte de la población fue excluida tanto del sistema productivo como del acceso a los derechos sociales. Las consecuencias de la desvinculación del mundo del trabajo son todavía más graves porque el crecimiento industrial ya no es capaz de crear empleo y los mecanismos de protección existentes están muy debilitados. A ello se suma la ausencia de mecanismos distributivos capaces de producir cambios sustantivos aunque se recupere un mayor ritmo de crecimiento (Nascimento, 2000a).

Por otra parte, el control del proceso inflacionario a través del plan de estabilización de la economía a partir de 1994 no fue suficiente para mejorar las condiciones de vida de la población, pues al reducir la inflación no se tomaron las reformas necesarias y el gasto público sigue siendo superior a la recaudación. En este escenario, el déficit público se convirtió en el gran problema nacional e instaló el fantasma del regreso de la inflación al país⁹.

El desequilibrio de las cuentas públicas ha llevado consigo un aumento de los intereses, la reducción de las inversiones en producción y de la entrada de capital extranjero, la disminución de la actividad económica (pasando de porcentajes de crecimiento anual del 7,5% al 2%), el aumento del número de despidos y, consecuentemente, un incremento de la fragilidad financiera del país. Los altos intereses de la deuda externa sumados a la ausencia de reservas internas y de capacidad de inversión por parte del sector público han supuesto sucesivos cortes en las políticas sociales (Ibíd.).

A ello se añade que el desajuste de las cuentas públicas se produce en un ambiente caracterizado por la inexistencia de una política fiscal eficiente, la evasión de

⁹ En el año 1999 el déficit público representaba aproximadamente el 50% del PIB y el problema parecía ser creciente: en 1996, la deuda pública era de 270 billones de Reais; en 1997 alcanzó los 308 billones, a finales de 1998 llegó a 390 billones y, debido a la “crisis de confianza” enfrentada a principios de 1999, alcanzó los 495 billones de Reais en julio de este mismo año (Revista Veja, octubre de 1999).

impuestos, la corrupción de los organismos estatales, el uso patrimonialista de recursos públicos para beneficios privados y el desvío de fondos a los llamados “paraísos fiscales”. Todo ello en un contexto de gran impunidad - en particular de los delitos de cuello blanco- que contribuye a la falta de confianza en las instituciones y de legitimidad pública de las políticas. Este clima de inestabilidad política y crisis de legitimidad también contribuyó a una retracción de los movimientos sociales y a la instalación de un escepticismo sobre las posibilidades de cambio.

Una de las consecuencias más visibles de la confluencia de todos estos procesos ha sido el aumento de mecanismos de fragmentación social y ampliación de las injusticias sociales, que pone en evidencia los límites del proceso de democratización del país. El escenario nacional aparece claramente dividido entre los pocos privilegiados que acumulan la renta, la amplia población que vive en condiciones de pobreza y/o miseria y una clase media que desaparece progresivamente con los nuevos “ajustes”¹⁰. Este proceso de fragmentación ha provocado la marginación económica y social de una parte significativa de la población. Se estima que aproximadamente un tercio de la población brasileña lucha para sobrevivir en una vida cotidiana de pobreza absoluta (Bercovich, Dellasopa y Arriaga, 1998).

Las señales del aumento de la marginación social en Brasil a partir de los años 80 empezaron a manifestarse mediante una creciente visibilidad de la pobreza urbana (pese a su segregación en las zonas proscritas de las ciudades) y, sobre todo, a través de la proliferación de nuevos fenómenos sociales en el panorama de las grandes metrópolis, tales como: la ocupación progresiva de los espacios públicos por las llamadas “poblaciones de la calle”, el trabajo infantil, la emergencia del movimiento social de los “sin tierra” y el incremento de los crímenes con violencia (Bucher, 1996; Zaluar, 1996b).

La aparición de estos fenómenos ha configurado un nuevo paisaje social que ha desplazado progresivamente las discusiones sobre la pobreza, la desigualdad y la marginalidad hacia el tema de la exclusión social. En la década de los 90, el uso del concepto de exclusión social empezó a extenderse y ganar fuerza en el ámbito

¹⁰ En el Informe sobre el Desarrollo Humano de 1999 (PNUD), Brasil aparece como el país que presenta el mayor índice de desigualdad en el mundo. Según estadísticas presentadas por la UNICEF en el año 2000, el 10% más rico de la población brasileña poseía el 48% de la renta total del país, mientras que el 40% más pobre repartía entre sí el 7% de la renta, lo que implica que la renta media de los más ricos es 20 veces mayor que la de los más pobres. Datos del Instituto de Investigación Aplicada – organismo gubernamental – señalan que el 33% de la población brasileña vive actualmente en condiciones de pobreza, lo que sumaba en el año 2001 50,1 millones de personas. A ello se añade que, según la ONU, en octubre del 2000 16 millones de brasileños aún vivían en estado de hambre crónica (Pietricovsky, 2001).

académico brasileño, en especial en el marco de los análisis relacionados con el aumento de la violencia urbana y la ocupación de los espacios públicos por los “niños de la calle” - fenómenos que empezaron a ser designados por algunos autores como “las nuevas cuestiones sociales” (Araújo, 1998a; Nascimento, 1998; Escorel, 1998b).

A partir de este momento dos corrientes principales contextualizan la categoría “exclusión social” en Brasil: una más cercana al “paradigma de la solidaridad” y otra basada en el “paradigma del monopolio”. Centraremos nuestro análisis de dichos planteamientos en dos aspectos: las características de la “nueva cuestión social” y los principales mecanismos de inclusión e exclusión social en la sociedad brasileña.

Para los autores que analizan la aparición de una “nueva cuestión social” en Brasil según el “paradigma de la solidaridad”, el principal elemento que permite distinguir entre la “antigua exclusión” y la “nueva exclusión”, al igual que en Europa, es la prescindibilidad de los nuevos grupos de excluidos. Desde una perspectiva histórica, los indígenas, los negros y los trabajadores rurales se suelen identificar como los tres “personajes clásicos” de la exclusión social en Brasil.

Los defensores de la existencia de una “nueva cuestión social” en la sociedad brasileña argumentan que los tres colectivos considerados como los “excluidos clásicos” fueron imprescindibles para el desarrollo económico que resultó en la industrialización del país (los indígenas para la producción de mercancías y para dar las claves de la ocupación territorial llevada a cabo por los portugueses; la esclavitud de los negros fue el gran pilar de la economía colonial; y los trabajadores rurales fueron la base de la acumulación que posibilitó la etapa industrial ofreciendo alimentos, materia prima y bienes diversos mediante su producción y mano de obra a través de los flujos migratorios). En cambio, **los “excluidos modernos” serían grupos percibidos como económicamente innecesarios, políticamente incómodos y socialmente amenazadores y, por ello, susceptibles de sufrir incluso la eliminación física** (Nascimento, 1998; 2000a; Araújo, 1998a; Bursztyn, 2000).

Según estos teóricos, los procesos de exclusión social contemporáneos en Brasil obedecen el siguiente esquema: inicialmente se produce la expulsión del mundo económico (tanto en términos de renta como de consumo) merced a la expulsión del mundo del trabajo; luego, viene la desvinculación del mundo político, cultural y social (marcada por la negación de derechos, la ausencia de reconocimiento y de reciprocidad en las relaciones y la ruptura de los vínculos sociocomunitarios); para, por fin, ingresar

en la esfera de la vida con la posibilidad de exterminio, aspecto relacionado con la radicalización de la diferencia y la deshumanización del excluido (Ibíd.).

Desde este enfoque, la asociación entre los procesos de desvinculación del mundo del trabajo y la debilidad de los mecanismos de protección social secundarios es un elemento central en la configuración de la “nueva cuestión social”. Si bien “la crisis del trabajo” es percibida como un fenómeno global y las tendencias que impulsan la expulsión del ámbito laboral son similares a las que hemos analizado en el contexto europeo, se pone el énfasis en que las consecuencias de este proceso son muy distintas en diferentes ubicaciones del globo. Mientras que los parados de larga duración de los países ricos disponen de subsidios que les protegen de la miseria (aunque se instalen en una situación de dependencia de la asistencia), los desempleados crónicos de los países pobres que carecen de mecanismos de protección social secundarios universalizados son empujados de la pobreza a la miseria¹¹ y acaban estigmatizados como prescindibles (Bursztyn, 2000; Escorel 1998a).

En Brasil, la capacidad de afrontar la crisis de la sociedad salarial es más limitada debido a las débiles políticas de protección social. Hay una demanda creciente de mecanismos que minimicen los efectos de la exclusión laboral, pero eso contrasta con la capacidad cada vez más reducida del poder público para ofrecer protección a los “sujetos frágiles”, debido al avance de las prácticas neoliberales. En este contexto, la pobreza asume nuevas facetas, en particular, en el contexto urbano¹².

Ante la ausencia de mecanismos de protección social amplios y universales, la exclusión tiende a manifestarse no sólo en la dimensión más específicamente social, sino que también afecta el “mundo de la vida” poniendo en riesgo la propia supervivencia de los excluidos. “*En los contextos históricamente pobres, la exclusión radicaliza la pobreza*” (Bursztyn, 2000, p.39). El “nuevo pobre” ya no es el marginal funcional para el sistema de la década de los 70, capaz de formar parte del “ejército de

¹¹ El concepto de pobreza se refiere a un nivel medio de vida que se sitúa en los niveles inferiores de los parámetros de subsistencia de una sociedad dada, pero que estipula unos mínimos necesarios para la supervivencia, mientras que en la miseria las condiciones materiales de existencia están por debajo de estos mínimos (Bursztyn,2000).

¹² Según Escorel (1998a) la “metropolización” de la pobreza y su entrada en el sector formal del mercado de trabajo asociada a la sedimentación de una capa de pobres estructurales, el aumento de la desigualdad entre las regiones del país y la concentración de la renta en los estratos superiores nos da el perfil contemporáneo de la pobreza y de la desigualdad social en Brasil que se contraponen al que prevaleció hasta la década de los 60 (cuando la concentración de la renta era menor, las tasas de pobreza e indigencia eran más altas y estaban ubicadas en las zonas rurales, en el sector informal urbano y en la región “*nordeste*” del país).

reserva”, sino un individuo que está fuera del sistema económico y, muchas veces, no tiene acceso ni siquiera al mercado informal.

También se recalca la constitución de una nueva representación social sobre los pobres que estaría reforzando su estigmatización e instituyendo una especie de duda sobre su semejanza, “*como si fueran de otra naturaleza*”. De ahí derivaría el riesgo de formalización del no reconocimiento de algunos colectivos y la institución de un “*régimen de exclusión*”, basado en un imaginario que se alimenta de las secuelas de una cultura autoritaria y en la existencia concreta de una ciudadanía fragmentada y jerarquizada (Nascimento, 1998). Desde este enfoque, la radicalización de la diferencia y de la fractura social en Brasil está relacionada con un incremento de la violencia y con la posibilidad concreta de exterminio de determinados grupos sociales.

La reflexión sobre esta radicalización también ha llevado a formular el concepto de “*apartação social*” (Buarque,1993)- fruto de la noción de *apartheid*- para designar una forma extrema de exclusión que deriva de la lógica del modelo económico vigente en la sociedad brasileña. La “*apartação*” es una fractura social drástica que separa radicalmente a incluidos de excluidos, y sustituye la noción de la desigualdad por la de diferencia. Mientras que el concepto de desigualdad supone articular los diferentes polos de la dualidad social, la noción de diferencia resalta la escisión entre éstos (favoreciendo así la deshumanización del “otro”). Esta perspectiva apunta hacia un cambio profundo de las relaciones entre “ricos” y “pobres”:

“Pobreza y segregación son elementos constantes en la historia, pero siempre hubo un cierto nexo orgánico entre los mundos de la riqueza y de la pobreza... Pero los tiempos actuales están mostrando una nueva realidad: la separación, por la crisis del mundo del trabajo, entre los mundos de la riqueza y de la pobreza que se va convirtiendo en excluida. Aunque no todos los excluidos sean necesariamente miserables, ellos son, en general, pobres y se van constituyendo en un mundo al margen, compartiendo un mismo universo espacial y temporal, pero no interactuando con los otros, los incluidos.”
(Bursztyn, 2000, p.36, traducción de la autora).

Por otra parte, encontramos posiciones basadas en la tradición marxista y en el paradigma del monopolio que defienden que los efectos de las políticas económicas neoliberales actuales en el país no responden propiamente al fortalecimiento de políticas de exclusión (aunque eso también sea cierto), sino, sobre todo, a la consolidación de políticas que favorecen procesos de inclusión precarios, inestables y marginales (Martins,1997; Demo, 1998). Se trata de modalidades de “*inclusión marginal*” que

incluyen a las personas en los procesos económicos de producción y circulación de bienes y servicios para favorecer el orden político y atenuar la conflictividad social. Pero suponen una degradación, simultáneamente, desde el punto de vista moral, ético, social y político.

Este enfoque tiene como premisa la idea de que la dinámica del desarrollo capitalista impulsa el desarraigo, pero excluye para luego incluir de otro modo, según sus propias reglas y su propia lógica. En esta lógica impera la (re) mercantilización de la vida social y la circulación de bienes. Desde este punto de vista, el problema más grave son los procesos de (re) inclusión asociados a las dinámicas excluyentes (Martins, 1997).

Esta perspectiva niega el supuesto de que los procesos de exclusión en la sociedad brasileña empiezan por la expulsión de la esfera económica y de que los excluidos no tienen ninguna funcionalidad para el sistema capitalista. Se afirma más bien lo contrario. Aquí también se plantea que los procesos de exclusión social contemporáneos no conducen a la pobreza tradicional. Sin embargo, su resultado no es la producción de una nueva pobreza definida por la prescindibilidad, sino la creación de una sociedad paralela, incluyente desde el punto de vista económico y excluyente desde el punto de vista social, político y moral.

La (re) inclusión se da en el plano económico porque permite la participación en los circuitos de consumo y de circulación de bienes, aunque por vías que a menudo no se hallan socialmente legitimadas. Por eso no se hace efectiva en el plano social, ya que la inclusión marginal tiende a producirse en una sociabilidad que supone degradaciones morales y perjuicios de la propia condición humana (por ejemplo, la prostitución infantil). Tal degradación ocurre incluso cuando el sujeto llega a tener acceso a mucho dinero como, por ejemplo, con el tráfico de drogas (Ibíd). Por otra parte, aun en los casos de desvinculación radical, los excluidos sirven al sistema como mínimo para no disputar los recursos ligados a las oportunidades de integración por las vías formales. En todo caso, como destaca Demo (1998), la exclusión latinoamericana muestra de modo más claro su funcionalidad para el sistema, ya que integra los pobres mediante formas precarias de pertenencia.

Esta posibilidad, según Martins (1997), se funda en la primacía de la lógica del consumo, la cual, además de propiciar la (re) inclusión en relaciones sociales marginales también promueve una inclusión ideológica en el imaginario de la sociedad de consumo y en las fantasías “*pasteurizadas*” alimentadas por el mercado. Así, la “*nueva desigualdad*” implica una separación material, una ciudadanía profundamente desigual,

pero, a la vez, procesos de “unificación” ideológica. La cuestión de fondo es que el conjunto de la sociedad ya no se da por la producción, sino por el consumo: el eje de su funcionamiento se desplaza de la fábrica hacia el mercado.

La “nueva desigualdad” se define por la existencia de una sociedad doble, dos mundos recíprocamente excluyentes, que ofrecen oportunidades muy desiguales. Hay, por tanto, una clara fractura social. Por un lado, están los “integrados” (ricos y pobres) que mal o bien se encuentran insertados en el circuito (re) productivo. Por otro lado, están los “*ciudadanos de segunda categoría*” que conforman una “sub-humanidad”. En un contexto dominado por el cierre de las posibilidades de movilidad social, la alternativa de participación en la sociedad que queda para algunos sujetos es la inclusión en lugares residuales deshumanizadores.

Sin embargo, estos “dos mundos” pueden llegar a ser parecidos en la forma, pues hay una mimesis que se basa en el imaginario unificado por la lógica del consumo. Desde esta óptica, muchos de los sujetos que son categóricamente excluidos pueden considerarse a sí mismos incluidos al privilegiar la inserción en el consumo – que puede ser mediada por la inclusión vía prácticas ilícitas - en detrimento de formas estables de insertarse en la producción (Martins, 1997). Pensamos que estas consideraciones imponen una reflexión más profunda y matizada sobre los mecanismos implicados en los procesos de inserción e integración social en Brasil y, especialmente, sobre la supuesta centralidad del trabajo en dichas dinámicas.

La mayoría de los enfoques teóricos y empíricos sobre la exclusión social en Brasil consideran el ámbito laboral y el eje relacional como los núcleos fundamentales que constituyen el vínculo social. Pero, y en esto se hermana Europa, el desmantelamiento de la estructura de la sociedad salarial parece acentuar la relevancia del trabajo en la caracterización de los procesos de exclusión producidos en la sociedad brasileña (cualquiera que sea el paradigma analítico privilegiado).

En el debate sobre los cambios en el valor y el sentido del trabajo, los detractores de la posición que aboga por una pérdida de centralidad del trabajo argumentan que se ha puesto en jaque la “sociedad del trabajo” de modo precoz. Pese a la tradicional precariedad del vínculo de gran parte de los brasileños con el mundo del trabajo, la inserción en el mercado laboral todavía se percibe como el principal mecanismo para la inclusión en las sociedades capitalistas, aunque se reconozca que no hay lugar para todos en el mercado y que en América Latina nunca lo hubo. Desde esta óptica, se critica la superficialidad de las concepciones que pretenden dar cuenta de los

procesos de exclusión social con argumentos centrados en el eje relacional y basados en la perspectiva de la solidaridad social.

Demo (1998) admite que tal vez sea posible argumentar en favor de la “nueva cuestión social” por la vía de la desvinculación de los lazos familiares o, en términos más amplios y generales, de los lazos comunitarios y sociales. Pero añade que, para que esta perspectiva teórica se haga más consistente, habría que mostrar que el problema de la cohesión social es tan grave como el de la precariedad del vínculo con la esfera laboral, lo que considera que aún no se ha hecho de modo adecuado. En esta línea argumentativa, enfatiza la incapacidad de las teorías contemporáneas sobre la exclusión social para explicar de modo consistente la exclusión no motivada por la (no) inserción productiva, ya que las diferentes perspectivas analíticas acaban privilegiando, en última instancia, los determinantes económicos y las razones estructurales como el origen de la problemática.

Este autor también señala la debilidad de las concepciones que pretenden dar cuenta del fenómeno minimizando la importancia de las desigualdades, pues entiende que en el origen de los procesos de exclusión hay un intenso conflicto social. Plantea que los argumentos centrados en la cohesión social y basados en la perspectiva durkheimiana de la solidaridad olvidan que la convivencia social representa una totalidad dinámica de carácter dialéctico en la que la exclusión de determinados grupos sociales permite la concentración de privilegios por parte de otros:

“El que no puede entender que la exclusión es una forma de inclusión, o sea, una manera de ejercer una función dialéctica en el sistema, no ha percibido qué es lo que significa la dialéctica en la historia. Lo que la exclusión social pone de manifiesto es sobre todo la lucha desigual, la concentración de privilegios, la distribución injusta de los productos de una sociedad fallida. Así, un concepto como el de “desafiliación” de Castel indica como causa, en el fondo, a una consecuencia y tiende a superponer los excluidos, teniendo como consecuencia principal la ausencia de compromiso de los privilegiados” (Ibíd., p. 105, traducción de la autora).

Así, concluye que el paradigma de la solidaridad incumple la promesa de innovación explicativa ligada a los procesos de desvinculación en el eje relacional. Por tanto, no logra superar y/o ampliar los esquemas explicativos clásicos netamente parciales para dar cuenta de las dinámicas contemporáneas derivadas del desarrollo del capitalismo. Sin embargo, considera que sería un avance no remitir todo a la determinación de lo económico y sugiere que el análisis de la mercantilización de la

vida y de las relaciones humanas podría iluminar la comprensión de la de disolución creciente del lazo social. Pero, al final, reitera la defensa de la centralidad del trabajo como mecanismo fundamental para la inserción y la integración social en Brasil:

“Es casi tautológico afirmar que en una sociedad capitalista la marginación decisiva es siempre la que pasa por la lógica del capital, o sea, por la incorporación en el mercado de trabajo. La falta de esta incorporación contribuye a otros problemas sin fin, incluso a la desagregación familiar. En el capitalismo, no sólo se halla desafiliado el que ha perdido su familia, pero principalmente el que no tiene trabajo y renta. En otra configuración social, esta condición será diferente pero en el capitalismo sigue siendo la cuestión preponderante ”(Ídem, Ibídem, p.117, traducción de la autora).

Por otra parte, hay que destacar la existencia de esfuerzos por fundamentar de manera consistente - tanto desde el punto de vista teórico-conceptual como empírico- modelos explicativos que den cuenta de los procesos de exclusión e inclusión social, cuyo eje es la dimensión relacional.

Un buen ejemplo es el estudio llevado a cabo por Escorel (1998a) con adultos que viven en las calles de Río de Janeiro. El minucioso análisis realizado por esta autora pone de manifiesto que la desvinculación del ámbito familiar tuvo consecuencias más graves para la desafiliación social de los sujetos de su investigación que los procesos de desvinculación del ámbito laboral. Dicho estudio también destaca que las situaciones de desvinculación en el ámbito del trabajo y de la ciudadanía pueden combinarse con vínculos sociofamiliares sólidos, que atenúan de modo muy eficaz los riesgos presentes en situaciones de vulnerabilidad social.

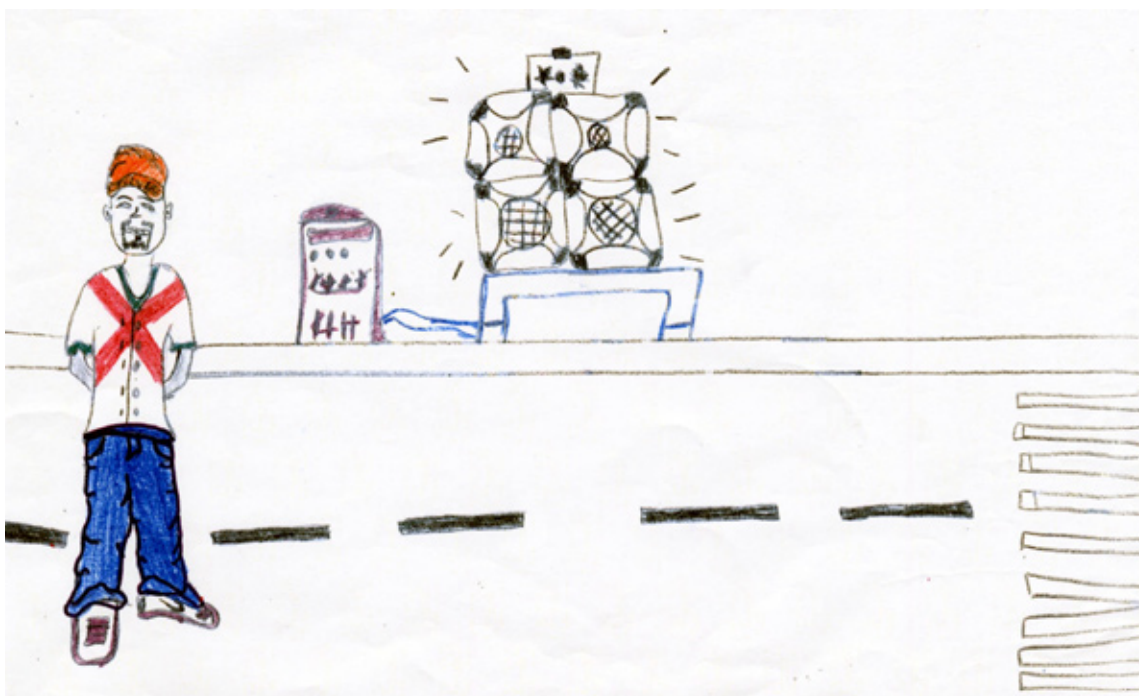
De hecho, numerosos estudios brasileños señalan que las redes de sociabilidad primaria son fuentes primordiales de identidad y protección social en Brasil. Ante la precariedad histórica del vínculo con la esfera del trabajo y la ausencia de generalización de una red de protecciones sociales secundarias, las relaciones sociales cercanas y primarias son a menudo el principal soporte material y simbólico para constituir el vínculo social en el contexto brasileño. El alejamiento de la esfera pública está relacionado con una tendencia a la privatización y a la despolitización de la vida social, como muy bien reflejan los análisis realizados por Da Matta (1984;1985) sobre la primacía de la Casa (como metáfora de lo privado) sobre la Calle (como metáfora del espacio público) en la sociedad brasileña. A ello se añade que el debilitamiento de los vínculos en el campo de la ciudadanía no sólo intensifica la *“privatización de la vida*

social”, sino que puede reforzar la densidad de los vínculos sociales primarios (Telles, 1992; Escorel 1998a).

Así, en el contexto brasileño tanto los contornos de la “nueva cuestión social” como los agentes y mecanismos implicados en los procesos de inclusión y exclusión social están más desdibujados que en el contexto europeo. En este escenario, consideramos fundamental investigar con mayor detenimiento el lugar del trabajo y de los lazos sociocomunitarios como medios de inserción e integración social en Brasil, así como las modalidades de “inclusión marginal” que operan en este contexto.

Desde esta perspectiva, un estudio contextualizado del fenómeno tiene que considerar las múltiples fuentes de vulnerabilidades que inciden sobre la pobreza urbana en Brasil, la experiencia de una sociabilidad excluida como integrante del cuadro de referencias materiales y simbólicas de los “sujetos frágiles”, así como los diferentes agentes, mecanismos y estrategias que pueden entrar en juego para hacer frente a los riesgos de verse arrojado de las fronteras de la vulnerabilidad social hacia la zona de exclusión.

CAPÍTULO 3. JUVENTUD Y EXCLUSIÓN SOCIAL EN BRASIL



3.1. Panorama de la exclusión juvenil brasileña

Los jóvenes son uno de los grupos sociales más vulnerables a las nuevas formas de exclusión social tanto en Europa (Dubet, 1987; Dubet y Lapeyronnie, 1992; Castel, 1995; Galland, 1996; Morán y Benedicto, 2000; Tezanos, 1999), como en Latinoamérica (Nascimento, 2000b; Araújo, 1998a; 1998b; Escorel, 1998a; Abramovay et al., 2002). Antes de entrar en la discusión sobre la exclusión juvenil brasileña es necesario hacer algunas consideraciones sobre el concepto de juventud.

Dicho concepto también se caracteriza por la polisemia y la ambigüedad. La definición de juventud es compleja y problemática, puesto que cambia según el área de conocimiento, los aspectos que se pretenden investigar y el contexto socio-histórico en el que se realizan las distintas definiciones del fenómeno. Así, puede ser entendido desde múltiples perspectivas, por ejemplo, como un valor, una etapa vital, una condición social, una construcción social y cultural e, incluso, un mito (Zárraga, 1985; Ariés, 1973; Feixa, 1998; Revilla, 1996).

Sin embargo, como señala Serrano (1995), en las definiciones del grupo social designado como juventud subyace con frecuencia una concepción implícita que le atribuye una misión: la de convertirse en “adulto”; categoría fundamental, junto a la de infancia, para trazar los límites de las definiciones existentes. Desde esta óptica, la mayoría de los estudios privilegian un enfoque socializador que investiga la juventud como un momento de tránsito que es, a la vez, objeto de la reproducción social. Ello se debe a que el concepto de adulto está intrínsecamente ligado a la idea de inserción social. La juventud emerge, pues, como un proceso de transición íntimamente relacionado con la idea de incorporación a la sociedad.

Coincidimos con Levy y Schimit (1996) en que la juventud es una categoría que no puede encerrarse en una definición concreta y estable. Además, suele estar cargada de significados simbólicos, promesas, temores, esperanzas y expectativas. Como no podemos detenernos en este punto, ya que nos alejaríamos de los objetivos del presente estudio, nos limitaremos a explicitar el uso que haremos de la categoría. Asumimos que la juventud es una construcción social susceptible de cambiar ampliamente según el marco social, histórico y cultural en la que se inscribe, de manera que su significado concreto sólo puede ser establecido de modo temporal, geográfica y culturalmente contingente (Morán y Benedicto, 2000). Es más, resulta pertinente abordar el análisis de la juventud desde una perspectiva procesual y relacional.

Finalmente, entendemos que el concepto de juventud no guarda mucha relación con la edad, de modo que los criterios cronológicos que ocasionalmente acompañan las definiciones del concepto suelen ser claramente arbitrarios. Sin embargo, por una necesidad operativa, utilizaremos la noción de juventud para hacer referencia a sujetos con edad comprendida entre los 15 y los 24 años. La opción por este grupo de edad se debe a que la mayoría de los estudios producidos en Brasil adoptan dicho criterio cronológico, aceptando los límites de edad definidos por la Organización Internacional de la Juventud (Waiselfiz, 1998a).

Hechas estas aclaraciones, pasamos al análisis del tema que nos ocupa. El objetivo de este apartado es ante todo descriptivo. Pretendemos solamente dibujar un panorama general del contexto que vamos a investigar presentando algunos datos sobre cómo la exclusión social afecta a los jóvenes brasileños en diferentes campos de la vida social. Nos limitaremos a plantear algunos problemas, puesto que su análisis se realizará con detenimiento en capítulos posteriores.

Entre los grupos sociales caracterizados como “excluidos” o “marginados” en Brasil, los niños y jóvenes son uno de los más vulnerables cuando la exclusión social se relaciona con la pobreza. Pese a la extensión de la pobreza en el país, ésta afecta muy especialmente a algunos colectivos: las mujeres, los negros, los indígenas y sus respectivos descendientes, los habitantes de las zonas rurales, la infancia y la población juvenil (Pietricovsky, 2001). En América Latina hay una relación inversa entre la edad y el nivel de pobreza, de modo que cuanto menor es la edad, mayor es la incidencia de la pobreza. Los datos sobre la concentración de la pobreza en la población juvenil son todavía más alarmantes por su envergadura demográfica en el continente (Abramovay et al., 2002).

En la actualidad, Brasil tiene aproximadamente 170 millones de habitantes. Según datos del censo demográfico del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) del año 2000, la población de jóvenes con edad entre los 15 y los 24 años está compuesta por más de 34 millones de personas (Nascimento, 2000b). A su vez, se estima que la población de niños y jóvenes con edades inferiores a los 18 años está en torno a los 60 millones (IBGE, 1999a). Para el año 1998, las estimaciones indicaban que aproximadamente el 50% de la población infantil y juvenil brasileña vivía en familias cuya renta per cápita era inferior a medio salario mínimo (Cannon y Botini, 1998).

La concentración de los jóvenes en el contexto urbano es muy significativa. En el año 1996, el 77,3% de los jóvenes con edades entre los 15 y los 24 años vivían en

centros urbanos (IBGE,1999a). En un escenario marcado por la desigualdad social y la concentración de demandas en las ciudades, la población juvenil que vive en condición de pobreza en los centros urbanos brasileños ha tenido que enfrentarse a problemas de diferentes índoles que han obstaculizado su participación social. Los estudios recientes realizados con jóvenes en Brasil destacan las siguientes problemáticas: la desigualdad en las oportunidades de acceso al sistema educativo y a las ofertas de cualificación profesional; las crecientes dificultades para lograr la inserción laboral y la participación en la esfera pública y política; la precariedad de los espacios de ocio, la carencia de ofertas de actividades deportivas y culturales y el incremento de la violencia urbana (Barreira et al.,1999; Abramovay et al.,1999; Sallas et al., 1999; Minayo et al., 1999; Nascimento, 2000b; Abramovay et al., 2002; Castro et al., 2001).

La conjunción de estos factores implica una serie de vectores de vulnerabilidad social que a menudo conducen a la falta de perspectivas de futuro y la carencia de proyectos (Ibíd.). A ello se suman los riesgos relacionados con el aumento de la criminalidad en las ciudades, la expansión del tráfico de drogas, el mayor acceso a las armas de fuego entre los jóvenes y la tendencia a la criminalización y a la institucionalización de la pobreza (Zaluar,1994; 1996b; Adorno, 1998a; Faleiros, 1987).

Por estas razones, hay una cierta convergencia entre los autores brasileños al analizar los retos que la exclusión social plantea actualmente a los jóvenes del país. Estos retos atañen principalmente a las siguientes dimensiones: la relación con el ámbito educativo, con el mundo del trabajo y el campo de la ciudadanía (derechos, participación social y política, relación con la esfera pública y con las instituciones); la dimensión territorial; las transformaciones en las relaciones familiares; los cambios en la esfera de la sociabilidad y los riesgos asociados a la violencia (Waiselfiz, 1998a; Barreira et al., 1999; Abramovay et al, 1999; Sallas et al., 1999; Minayo et al., 1999; Nascimento, 2000b).

En consecuencia, hemos privilegiado estos ejes para seleccionar los datos que posibilitan dibujar un cuadro general de la relación entre juventud y exclusión social en el Brasil contemporáneo. A ello dedicaremos las próximas páginas, empezando por un análisis del ámbito educativo.

En los últimos años se han producido avances muy importantes en el campo de la educación en Brasil. En la década de los 90, hubo un incremento de las tasas de escolarización en todos los niveles educativos. Este movimiento ha tenido una incidencia particularmente significativa en la enseñanza fundamental (de los 7 a los 14

años). Sin embargo, la escolarización de los jóvenes con edades entre los 15 y los 17 años ya es superior al 70% en todas las regiones del país y está aumentando a una velocidad sorprendente. Entre los años 1990 y 1997 la tasa de escolarización de este grupo saltó del 56,8% al 73,3%, aunque en el contexto urbano ya se acerca al 80% (IBGE, 1999a). Dicho aumento se explica por las exigencias del mercado de trabajo y por una mayor permanencia de los jóvenes en el sistema de enseñanza.

No obstante, entre los jóvenes que tienen entre 20 y 24 años dicho porcentaje desciende al 20% (Nascimento, 2000b). Además, el aumento del número de matrículas no implica que el vínculo con la escuela se sostenga. Las vulnerabilidades en el ámbito educativo se relacionan, principalmente, con la segmentación socioeconómica de las escuelas, la baja calidad de la enseñanza pública y problemas derivados de la masificación de la enseñanza - como, por ejemplo, el aumento en la oferta de plazas disociado de la ampliación de recursos y mecanismos de control de calidad. La suma de estos factores acaba por incrementar los niveles de absentismo, repetición y fracaso escolar. Ello da lugar a conductas de abandono y evaluaciones negativas de los conocimientos adquiridos y de las instituciones de enseñanza, provocando una menor demanda por parte de los jóvenes (Volpi, 2001; Abramovay et.al, 2002; Madeira y Rodriguez, 1998).

En este escenario, a pesar de los recientes logros alcanzados por las políticas educativas, los indicadores aún son insuficientes. Pese a la reducción del analfabetismo¹³ y al aumento de la tasa de escolarización, la media de años de estudios en Brasil sigue siendo muy baja. Todavía hay aproximadamente dos millones de jóvenes analfabetos en el país, problema que afecta en especial a los varones (Nascimento, 2000b). En el año 1997, el 35% de los jóvenes con edad entre los 15 y los 24 años tenían entre 0 y 5 años de estudios (CEPAL,1998), sin dejar de mencionar que el 21,6% eran considerados analfabetos funcionales, es decir, personas sin instrucción o con menos de tres años de estudios (IBGE,1999b). Otro dato relevante es el gran desfase entre edad y curso. El atraso escolar afecta al 22,8% de los estudiantes del país (IBGE,1999a) e incide muy particularmente sobre los pobres (Sabóia, 1998). El alumno medio permanece en la escuela fundamental ocho años y medio, pero sólo avanza hasta el cuarto curso del ciclo primario (Madeira y Rodríguez, 1998).

¹³ Según la “*Pesquisa Nacional por Amostra de Domicilios*” (PNAD), en el año 1997 las estimaciones de analfabetismo de los jóvenes con edades entre los 15 y los 24 años eran las siguientes: de 15 a 17 años - 8,7%; de 18 a 19 años - 6,2% y de 20 a 24 años - 7,1% (IBGE, 1999a).

Los indicadores relacionados con la inserción educativa de los jóvenes ponen de manifiesto que el gran problema en el ámbito de la educación en Brasil sigue siendo la desigualdad de oportunidades. En el informe realizado en 1997 por el Banco Interamericano de Desarrollo, Brasil aparece como un país que posee no sólo una de las peores distribuciones de renta del mundo, sino también uno de los repartos más desiguales de capital educativo (Ibíd.). Las desigualdades de oportunidad en el ámbito educativo siguen siendo señaladas como el principal obstáculo para el crecimiento económico y social de Brasil, argumento que se basa en las elevadas correlaciones establecidas entre el nivel de desarrollo de un país y el nivel educativo de su población (Abramovay, Andrade y Waiselfiz, 1998).

La desigualdad en el acceso a las oportunidades educativas aparece íntimamente relacionada con las siguientes variables: ubicación territorial, condición étnica, nivel de renta y género (IBGE,1999a;1999b; Sabóia,1998, Madeira y Rodríguez,1998). Las desigualdades regionales son significativas. Sin embargo, el aspecto más llamativo ligado a la ubicación territorial es la diferenciación en el reparto de recursos y servicios entre las zonas urbanas y rurales. Los jóvenes que viven en los centros urbanos tienen un 50% más de escolaridad que aquellos que residen en las zonas rurales (IBGE,1999a).

En lo que se refiere a la cuestión étnica, el color de la piel es un factor muy relevante en la diferenciación de los indicadores. La proporción de jóvenes blancos que llegan al ciclo de estudios superiores es cinco veces mayor que la de negros o mulatos (Sabóia,1998). Cabe señalar que el 15% de los jóvenes brasileños cuya renta familiar es superior a cinco salarios mínimos son hijos de progenitores blancos, mientras que solamente el 4% de hijos de progenitores negros o mulatos tienen una renta familiar similar (Nascimento, 2000b). En cambio, entre los estudiantes pobres, cuya renta familiar per capita es igual o inferior a medio salario mínimo, el 69% son negros o mulatos (Sabóia, 1998). Por tanto, las vulnerabilidades asociadas a la renta y a la etnia se entrecruzan intensificando las barreras de acceso a las oportunidades educativas de los jóvenes.

La renta es el otro determinante crucial para la adquisición de la escolaridad. El nivel educativo de los más ricos - cuya renta familiar mensual es superior a dos salarios mínimos - es prácticamente el doble que el de los más pobres (cuya renta mensual per cápita corresponde a la cuarta parte del salario mínimo o menos). Las desigualdades concierne al acceso a la escuela, así como la asistencia escolar, están fuertemente asociadas a la condición socioeconómica de las familias. La diferencia en las tasas de

escolarización entre el primer y el quinto tramo de renta es del 13,4%, lo que refleja condiciones muy favorables a los más ricos (IBGE, 1999a). La asociación entre renta baja y desvinculación de la escuela se acentúa a medida que aumenta la edad de los jóvenes. En la actualidad, entre los jóvenes brasileños de 20 a 24 años cuya renta familiar se sitúa por debajo de la línea de la pobreza, sólo estudia el 6% de ellos (Abramovay et.al, 2002).

Las diferencias de género dibujan un cuadro invertido en la inserción educativa y laboral de los jóvenes. Entre las mujeres hay una mayor vinculación con el ámbito educativo. Las chicas presentan tasas de escolarización más elevadas, permanecen en la escuela por más tiempo y logran alcanzar niveles educativos más altos que los varones. En cambio, la inserción laboral de los hombres es muy superior a la de las mujeres (IBGE,1999b). En el año 2000, el 60% de las chicas con edad entre los 15 y los 17 años estaban estudiando pero no trabajaban, mientras que esta situación entre los varones no llegaba al 30%. En contrapartida, el 25% de los varones estaba fuera de la escuela, porcentaje que entre las mujeres no alcanzaba el 10% (Nascimento, 2000b).

También cabe destacar que, a pesar de tener un nivel de escolaridad medio superior al de los varones, las mujeres que trabajan suelen cobrar por media un 60% menos que estos últimos (Pietricovsky, 2001). Ello explica en gran medida el hecho de que la mayoría de las familias matrifocales vivan en condiciones de pobreza. El 36,6% de las familias cuyos proveedores son mujeres tiene una renta mensual inferior a dos salarios mínimos (IBGE,1999b).

En el ámbito laboral, la exclusión social de la juventud pobre se expresa de modo contundente mediante dos fenómenos: las dificultades de acceso al trabajo en el mercado formal - cuyas repercusiones van desde modalidades de inserción precarias hasta la cuestión de la “inempleabilidad” - y el trabajo infantil y juvenil en la economía sumergida. Aunque la legislación brasileña prohíba el trabajo a menores de 14 años, datos de la “*Pesquisa Nacional por Amostras de Domicílios*” (PNAD/IBGE) indicaban que en 1996 y 1997 aproximadamente 2.914.090 niños y adolescentes de 10 a 14 años eran económicamente activos (Goiás,1999). Según otro estudio realizado por la UNICEF, en 1996 el número de trabajadores con edad entre los 0 y los 17 años en Brasil era de 9,3 millones¹⁴. En la actualidad, se estima que el 36% de los jóvenes

¹⁴ “*A erradicação do trabalho infantil e a proteção do trabalho adolescente. Fórum Estadual de Santa Catarina*”.1997. Ministério da Justiça/SNDH.

brasileños que tienen entre 13 y 17 años ejercen alguna actividad laboral, la cual se desarrolla en el 61% de los casos en las zonas rurales (Abramovay et al., 2002).

Por otra parte, diversos estudios señalan que en las familias que viven en condiciones de pobreza en los centros urbanos brasileños se ha intensificado el ingreso de niños y adolescentes en trabajos informales, aspecto frecuentemente asociado a su salida a la calle (Araújo,1998b; Bucher,1996; Almeida et al.,1998; Graciani,1999, Cervini y Burger, 1991) y al incremento de la feminización y de la infantilización de la pobreza (Escorel, 1998a; Zaluar, 1996b) debido al aumento de familias matrifocales al cargo de mujeres (IBGE,1999b). Esta tendencia se halla vinculada a la inadecuación del sistema educativo a las particularidades de estos niños y jóvenes, a las vulnerabilidades económicas en el ámbito doméstico y a la ausencia de perspectivas de futuro de sus familias debido a las dificultades de acceso al mercado de trabajo y a la *fossilización de la estructura social* (Nascimento, 2000a).

La participación de los jóvenes en el mercado de trabajo se acentúa a medida que aumenta la edad. En 1997, la tasa de actividad de los niños a los 10 años era del 8,3%; a los 14 años llegaba a los 27,8%; y a los 19 años el 47,6% de los varones y el 25% de las mujeres trabajaban (IBGE,1999a). En todos los grupos de edad, la inserción laboral masculina es significativamente superior a la femenina, pese a la intensificación del trabajo de la mujer fuera del ambiente doméstico (IBGE,1999b).

La edad también aparece como un factor relevante en el tipo de vínculo laboral que los jóvenes logran obtener, así como en los cambios producidos en la asociación entre trabajo y estudios. La mitad de los jóvenes con edades entre los 15 y los 17 años estudia, pero no trabaja. En cambio, entre los jóvenes que tienen entre 20 y 24 años, la mitad solamente trabaja y está totalmente desvinculada del ámbito educativo. Entre los jóvenes del primer grupo que trabajan, más de un tercio no tiene ningún tipo de contrato o mecanismo de protección. Además, el mismo porcentaje no recibe ninguna remuneración. En contrapartida, el 40% de los jóvenes trabajadores con edades entre los 20 y los 24 años tiene un registro laboral formal y solamente el 8% no tiene ningún tipo de remuneración (Nascimento, 2000b).

El nivel educativo y el de cualificación profesional obtenidos son aspectos fundamentales para facilitar el acceso al trabajo. Además, los estudios indican una correlación positiva entre nivel educativo y sueldo, y eso explica más que cualquier otra variable la diferencia salarial existente en el país (IBGE,1999a). En consecuencia, los aspectos asociados a las desigualdades educativas (renta, etnia etc.) favorecen la

disparidad de oportunidades laborales. La baja escolaridad reduce las posibilidades de obtener autonomía social mediante el trabajo, refuerza la exclusión de los jóvenes pobres y reduce las perspectivas de futuro, la autoestima y la autoconfianza. En el año 1998, aproximadamente el 12% de los jóvenes de 15 a 19 años se encontraban desvinculados del sistema educativo y, al mismo tiempo, fuera del mercado de trabajo (Madeira y Rodriguez, 1998).

Las posibilidades de inserción laboral de la juventud brasileña han sufrido un deterioro progresivo en todos los sectores sociales debido a los cambios recientes en la esfera de la producción. En los últimos treinta años el crecimiento de la tasa de desempleo ha sido permanente y los jóvenes han sido los principales afectados. Como era previsible, los efectos de dicha tendencia han incidido especialmente sobre los jóvenes más pobres y cuya escolaridad es más baja. A diferencia de lo que ocurre con los indicadores relacionados con la educación, las tasas de paro son particularmente preocupantes entre la juventud urbana. El grupo más vulnerable está compuesto por jóvenes que tienen entre 15 y 19 años y, dentro de este grupo, por mujeres cuyas familias se sitúan en los estratos inferiores de renta (Arias, 1998).

En 1997, la tasa nacional de desocupación alcanzaba el 7,8%. No obstante, entre los jóvenes con edad entre los 18 y los 24 años esta misma tasa era del 13,3% (Nascimento, 2000b). Según datos de la OIT, la tasa anual de desempleo juvenil (de los 15 a los 24 años) en Brasil pasó del 9,1% en 1991 al 15% en 1999 (Abramovay et.al, 2002). La pérdida de la capacidad de absorción de los jóvenes por el mundo del trabajo dificulta (cuando no bloquea) el acceso a las vías de inserción e integración socialmente reconocidas como legítimas, favoreciendo el desarrollo de modalidades de “inclusión marginal” diversas como, por ejemplo, la mendicidad, la delincuencia o la “economía de la basura”¹⁵.

Ante la ausencia de perspectivas de inserción laboral, el desarrollo de estrategias de supervivencia en la calle, que pueden ir desde cometer un atraco, pasando por recoger papel o chatarra hasta el extremo de vivir de la basura se convierte en la forma “posible” de inserción en el proceso de producción y consumo. Mediante dichas prácticas, los jóvenes percibidos como “*superfluos e innecesarios*” para el mercado de trabajo acaban por ocupar al menos alguna de las dos posiciones del binomio

¹⁵ En el año 2000 fueron identificados 570 niños y adolescentes que se ganaban la vida trabajando en vertederos sólo dentro del ámbito del Distrito Federal (Fuente: “*Crianças e adolescentes que trabalham com lixo no Distrito Federal*” .Versión preliminar de informe no publicada. Gobierno del Distrito Federal. Secretaria del Estado de Acción Social. Gerencia de Asistencia Social. Mayo de 2000).

producción/consumo. Así, aunque de modo precario, desempeñan funciones sociales específicas, a través de las cuales permanecen *“excluidos, pero no exteriores a la sociedad moderna”* (Nascimento, 2000b, p.123).

La discusión sobre la “empleabilidad” de los jóvenes excluidos pone el énfasis en el papel de las políticas educativas como el principal dispositivo capaz de aportar alternativas para el desarrollo de capacidades que correspondan a las nuevas demandas del mercado de trabajo. En Brasil, las políticas sociales han asumido tradicionalmente un papel secundario, subordinado y subsidiario con relación a las políticas económicas (Rua, 1998). Sin embargo, no podemos esperar que el mercado genere respuestas para los problemas sociales que estamos abordando pues, como ironiza Campolina (1998), *“su solución para el problema de la habitación es la chabola, para la educación el analfabetismo, para la salud, la muerte sin atención médica”* (p.28).

La intensificación de dinámicas sociales excluyentes en el país ha reclamado una intervención del Estado brasileño e invitado a una reflexión sobre las políticas públicas dirigidas a la juventud y, en particular, a los jóvenes en procesos de desafiliación social. En esta perspectiva, empiezan a ganar fuerza ideas relacionadas con la teoría del “Estado Regulador” en oposición a las tesis que defienden un modelo de “Estado Mínimo” (Madeira y Rodriguez, 1998). Se aboga por la puesta en marcha de políticas y programas de acción intersectoriales e integrados, ejecutados de modo descentralizado y con la participación activa de organismos públicos, empresas privadas, organizaciones no gubernamentales y miembros de la sociedad civil.

En este escenario, la apuesta por el ámbito educativo aparece como una de las principales claves para revertir los mecanismos que producen y reproducen las desigualdades sociales en Brasil. En este sentido, hay un consenso entre los analistas sobre la importancia de invertir en la universalización de la enseñanza secundaria, en programas de cualificación profesional eficaces y en el desarrollo de estrategias que propicien la inserción de la juventud en el mundo del trabajo (Nascimento, 2000b; Arias, 1998; Madeira y Rodrigues, 1998).

Sin embargo, las dificultades para acceder a un primer empleo van más allá de la situación educativa y del nivel de cualificación profesional de los jóvenes, incluyendo requisitos como apariencia física (“cuerpo esbelto”, “piel clara”) y “lugar de residencia no violento”. El incremento de este tipo de exigencias ha acentuado la exclusión de los jóvenes pobres y, en especial, de aquéllos que viven en las zonas proscritas del espacio urbano (Abramovay et al., 2002; Castro et al., 2001). Así, este grupo cobra cada vez

más protagonismo entre la amplia parcela de la población que ha sido progresivamente excluida del sistema productivo y del acceso a los derechos sociales.

Las perspectivas de futuro para la juventud que vive en situación de pobreza en los centros urbanos brasileños parecen aún más sombrías cuando analizamos algunas tendencias demográficas. En los últimos 25 años se ha triplicado la población joven en Brasil. Esta tendencia provocó el surgimiento del fenómeno conocido como la “*onda joven*”, que ocurre cuando los grupos con edades entre los 15 y los 24 años experimentan un crecimiento excepcional. En las últimas décadas dicho fenómeno se produjo dos veces: entre 1965 y 1980 y entre 1990 y 1995. En el año 1995, el 21,3% de la población brasileña tenía entre 10 y 19 años y el 19,6% tenía entre 15 y 24 años. A finales de la década de los 90, se estimaba que entre 1990 y el año 2000 se produciría un aumento de 2,8 millones de jóvenes en la población (Madeira y Rodriguez, 1998).

Evidentemente, los efectos de la “*onda joven*” han supuesto un aumento significativo de la presión sobre el ámbito educativo, el mercado de trabajo, la oferta de vivienda, los servicios de salud, etc., dificultando el acceso a bienes, recursos y derechos diversos. Dicha presión es particularmente fuerte en el contexto urbano, ya que, como hemos visto, más del 70% de los jóvenes brasileños viven en las ciudades. En consecuencia, la juventud urbana actual tiene que luchar para ocupar un lugar en la sociedad en un momento en que la competitividad es mayor y las oportunidades de lograr la integración en el Estado de Derecho son más escasas.

En un país en el que las posibilidades de movilidad social son bastante limitadas (Pastore y Valle Silva, 2000; Nascimento, 2000a), las precarias condiciones de vida de los jóvenes pobres conllevan a menudo la violación de sus derechos más elementales como son la salud o el acceso a una vivienda con un mínimo de infraestructura y servicios de saneamiento básico que aseguren al menos la integridad física de sus habitantes (Canon y Botini, 1998; Sabóia y Simões, 1998). Los efectos de la acumulación de vectores de vulnerabilidad ligados a la pobreza se dejan notar en los indicadores sociales de los más diversos campos, favoreciendo la cristalización de la dimensión estructural de la exclusión.

Según la CEPAL, un ejemplo tajante presente en toda América Latina es la estrecha asociación entre embarazo en la adolescencia y pobreza. En el tramo inferior de renta, el 35% de las mujeres latinoamericanas suelen tener su primer hijo antes de cumplir los 20 años. En contrapartida, en el tramo superior este valor porcentual no llega al 10%. En Brasil, dicho porcentaje alcanza el 37% en las familias indigentes

(IBGE, 1999a). Es evidente que estos datos tienen que interpretarse teniendo en cuenta los cambios habidos en la sociedad contemporánea respecto a los valores morales y las conductas sexuales. Sin embargo, por detrás de la relación entre baja renta y maternidad/ paternidad en la juventud suele haber una larga cadena de fuentes de vulnerabilidad que se entrecruzan (nivel educativo, condición étnica, etc.) propiciando la reproducción de las desigualdades sociales en Brasil.

A ello se suma que, debido a la falta de consolidación de la democracia, los sujetos que suelen quedarse al margen de los derechos son precisamente los que carecen de recursos para accionar mecanismos de defensa (Pinheiro, 1997; Zaluar 1996b; 1999; Adorno, 1998a; Nascimento, 2000b). Así, encontramos una gran cantidad de jóvenes *“viviendo la negación de sus derechos más elementales como una negación de su propia existencia”* (Bucher, 1996, p.121, traducción de la autora). Ello se vincula a la pérdida de confianza en las instituciones públicas, en la efectividad del sistema jurídico y al escaso interés por participar en la esfera pública y en la vida política (Cardia, 1999; Pinheiro, 1997; Nascimento, 2000b; Zaluar, 1999).

Diversos estudios actuales ponen de relieve que los procesos macroestructurales asociados a la erosión de las formas tradicionales de solidaridad y al debilitamiento de los vínculos sociales han suscitado importantes cambios en la estructura de las relaciones sociales, en las relaciones con las instituciones y en los modos de sociabilidad dominantes (Castel, 1995; Gaviria, Laparra y Aguilar, 1995; Adorno, 1998a; Bercovich, Dellasopa y Arriaga, 1998). Según Tezanos (1999), uno de los principales vértices de referencia para el análisis de la exclusión social es una tendencia de desvertebración social que debe situarse

“en el marco de un aumento de dualizaciones y un clima de violencia y malestar social, con cambios – y crisis – importantes en las instituciones sociales, los valores, las pautas culturales y las funciones de integración de las redes sociales (familia, grupo de pares etc.) con un aumento de procesos de anomia y los efectos de “fronteras interiores” “(p.34).

En Brasil, los cambios en la esfera de la sociabilidad se manifiestan en ámbitos muy diversos. Asistimos, por ejemplo, a constantes reformulaciones de la estructura familiar y de las relaciones de pareja. No obstante, ningún aspecto ha llamado tanto la atención de los analistas en los últimos años como el aumento de relaciones pautadas por la violencia, lo que ha impulsado numerosos estudios sobre la relación entre

juventud, violencia y ciudadanía (Waiselfiz,1998a; Sallas et al.; 1999; Barreira et al.,1999; Minayo et al.,1999; Abramovay et al.,1999).

Velho(1996) destaca que la modernización del país y, particularmente, los procesos ligados al crecimiento de los centros urbanos y al incremento de las ideologías individualistas han afectado profundamente el universo de valores y las expectativas de reciprocidad en las relaciones sociales. Una de las implicaciones de dichos cambios consistió en la sustitución de las interacciones cercanas por la impersonalidad relacional. Otra de sus principales consecuencias fue la intensificación de la tensión social. En este contexto, la violencia, y en particular la violencia física, se ha ido rutinizando hasta que ha dejado de ser excepcional para convertirse en cotidiana.

Este proceso afecta a todos los sectores sociales, pero ha asumido una tonalidad especialmente dramática entre los grupos populares. Además de carecer del acceso a los derechos supuestamente vinculados a la noción de ciudadanía en una sociedad democrática, los grupos desfavorecidos se encuentran ante la ausencia de un sistema de intercambios materiales y simbólicos que permita sostener mínimamente las nociones de equidad y justicia. Esto se agrava por el carácter público y reiterado de la impunidad de los miembros de las élites del país implicados en prácticas ilícitas y/o violentas. Así, los colectivos pobres se enfrentan no sólo a un clima de inseguridad constante, sino también a un sentimiento generalizado de injusticia (Ibíd.; Pinheiro, 1997).

El uso de la transgresión y de la violencia como modos privilegiados para la resolución de conflictos ha adquirido cada vez más visibilidad en Brasil y, hoy en día, es una práctica que atraviesa el ámbito cotidiano de sectores sociales muy plurales. La creciente incidencia de la transgresión y de la violencia como ingredientes constantes de la vida social y de la cultura apuntan a la configuración de nuevos modos de sociabilidad marcados por una clara disociación entre lo “legítimo” y lo “legal”. Esta disyunción está provocando un desplazamiento de la noción de transgresión de la ley hacia la consolidación de una especie de “ley de la transgresión” (Figueiredo,1998).

Las interpretaciones de este fenómeno en el contexto brasileño contemporáneo suelen destacar los siguientes aspectos: la ausencia o la debilidad de mecanismos alternativos institucionalizados para disolver conflictos en un contexto de desigualdad creciente (Bercovich, Dellasopa y Arriaga, 1998; Adorno, 1998a), un fuerte escepticismo con relación a las instituciones asociado a la fragilidad del sistema de justicia criminal, a los sistemáticos episodios de corrupción e impunidad (Velho, 1996; Pinheiro, 1997; Zaluar, 1996b; Adorno, 1998a; Abramovay et al., 2002) y la privación

y/o las dificultades de acceso a los derechos sociales básicos (Minayo et al.,1999; Bucher, 1996; Adorno, Lima y Bordini, 1999).

En este contexto, se consolida la idea de que para tener oportunidades en una sociedad marcada por la injusticia social, por instituciones carentes de credibilidad y por el escepticismo con relación a las posibilidades de cambio, los que no se incluyen en la categoría de propietarios de la riqueza deben tener, como mínimo, un buen “enchufe”. Si éste no es el caso, para sobrevivir es preciso ser “listo” y, si es necesario, peligroso. Dentro de esta óptica, cumplir las leyes es sinónimo de “torpeza” y el crimen se percibe como una ocupación poco arriesgada y, a veces, incluso legítima. Frente a una reducida operabilidad institucional, a una carencia de interlocutores y a una ausencia de procesos de negociación en las situaciones conflictivas, las prácticas violentas parecen ganar terreno no sólo como modalidad de “inclusión marginal”, sino como alternativa relacional, reivindicación muda en que la palabra cede lugar al acto.

La extensión de la violencia en las ciudades se ha visto acompañada por la conversión de los grandes centros urbanos en ciudades defensivas, donde los que pueden se protegen a través de rejas, cadenas, cerrojos y modernos “sistemas de alarma”. Este movimiento ha impulsado una privatización de la vida social, caracterizada por la concentración en el ámbito doméstico, el regreso a la familia y una idealización de la comunidad de semejantes, limitando los horizontes sociales y el mundo significativo de confianza a las personas más cercanas (Zaluar,1999).

El contacto cotidiano con la violencia y la “cultura de la transgresión” no es un privilegio de los pobres. Está presente en las prácticas de miembros de “tribus urbanas” muy variadas, atraviesa la rutina de diversas instituciones, de personas que ocupan altos puestos en la jerarquía de poder e, incluso, la actuación de representantes de la “justicia” (Bercovich, Dellasopa y Arriaga,1998; Zaluar,1999). En este escenario, entendemos que la expansión de relaciones pautadas por la violencia está afectando significativamente las nuevas prácticas de la juventud brasileña, cuyos procesos de socialización tienen lugar en una atmósfera social de progresiva banalización, normalización e institucionalización de la violencia y de la transgresión.

Pensamos que esta atmósfera social está relacionada con el alarmante aumento de la participación de jóvenes en episodios violentos, así como con la intensificación de la problemática de los adolescentes “en conflicto con la ley” (en términos jurídicos, infractores). En el primer semestre de 1999, había 22.866 adolescentes con edad entre los 12 y los 20 años cumpliendo medidas socioeducativas por autoría de delitos en el

país. En el mismo período del año 2000, este número se elevó a 31.285¹⁶. En Brasil, hoy en día, los jóvenes constituyen el grupo social que más mata, el que más muere (Waiselfiz, 1998b; 2000) y el que representa el mayor contingente en las prisiones¹⁷.

En múltiples discursos (mediáticos, políticos, académicos y de sentido común) los jóvenes tienden a ocupar el lugar de productores de la violencia (Diógenes, 1998, Nascimento, 2000b). Se hace especial hincapié en su implicación en la delincuencia común, en la criminalidad organizada, en el tráfico de drogas y en los enfrentamientos entre bandas de las periferias de los centros urbanos.

Sin embargo, el problema de la victimización de los jóvenes tiene una magnitud muy superior a su participación como “agresores” en episodios de violencia (Adorno, Lima y Bordini, 1999, Nascimento, 2000b). Las infracciones cometidas por jóvenes con edad inferior a los 18 años constituyen solamente 10% de los crímenes cometidos en el país (CEDI/CODEP, 2001).

En cambio, una investigación llevada a cabo en 10 capitales brasileñas con 1600 sujetos con edad superior a los 15 años constató que los jóvenes tienden a ser los principales blancos tanto de la victimización directa como indirecta en Brasil (Cardia, 1999). En el año 1990, un estudio realizado por el Núcleo de Estudio de la Violencia de la Universidad de São Paulo (NEV/USP) estimaba que el número de niños y adolescentes asesinados por día sólo en el Estado de São Paulo era de 2,72. (Adorno, Lima y Bordini, 1999). En este mismo año, el 19,48% de las personas que afirmaron haber sufrido alguna agresión física en la *Pesquisa Nacional por Amostra de Domicilios* (PNAD) tenía menos de 17 años de edad (Ibíd.).

La victimización de los jóvenes se produce en múltiples contextos. Atraviesa la escuela (Abramovay, Rua et al., 2002; Cardia, 1999), la calle (Araújo, 1998b; Graciani, 1999, Bucher, 1996), el trabajo, el vecindario (Cardia, 1999), el ámbito doméstico¹⁸ (Azevedo, Guerra et al., 2001; Passetti et al., 1999) y el ámbito jurídico institucional (CEDI/CODEP, 2001; Passetti et al., 1999; Castro et al., 2001). Según estudios recientes, los varones son más vulnerables a la victimización en los espacios públicos, mientras que las mujeres son las principales víctimas de la violencia que se

¹⁶ Datos facilitados por la Secretaría de Estado de los Derechos Humanos. Departamento del niño y del adolescente del Ministerio de Justicia.

¹⁷ Según datos de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal del año 2000 (facilitados por el Servicio de Planificación e Informaciones de la Policía Civil), el mayor contingente en las prisiones de esta región tiene entre 18 y 35 años. El punto crítico corresponde a la edad de 24 años.

¹⁸ Cada año aproximadamente 500.000 niños son víctimas de la violencia doméstica en Brasil (Rodríguez y Carvalho, 1998).

produce en el ámbito privado. Por otra parte, los chicos parecen ser más vulnerables a las agresiones físicas y las mujeres a la violencia sexual (Araújo, 1998b, Cardia, 1999). Los casos de violencia más graves suelen ocurrir en el vecindario de la víctimas (Cardia,1999) y, sobre todo, en localidades pobres (Pinheiro,1997; Zaluar,1996b; 1999).

Los perfiles de victimización de los jóvenes en Brasil son similares a los encontrados en diferentes países de América Latina, así como en algunas ciudades de los Estados Unidos (aunque en este país los índices sean más bajos) (Abramovay et al., 2002; Cardia, 1999). Lo mismo ocurre con las tendencias de la delincuencia juvenil, que se asemejan a las observadas no sólo en otros países latinoamericanos, sino en países como Estados Unidos, Canadá, Francia e Inglaterra, salvando las diferencias de intensidad. La distinción fundamental consiste en que en América Latina hay agravantes estructurales (Adorno, Lima y Bordini, 1999).

En el continente latinoamericano se ha constatado un sentimiento de inseguridad creciente acompañado por un cambio en las causas y en la naturaleza de la violencia. Destacan en particular el aumento de la implicación de la población juvenil con edades entre los 15 y los 24 años y un desplazamiento de cuestiones ideológicas hacia conflictos relacionados con la delincuencia y la criminalidad (Abramovay et al., 2002).

Si bien el crecimiento de la criminalidad violenta parece ser una tendencia global, en algunos países este movimiento se debe fundamentalmente a un aumento de crímenes contra el patrimonio (por ejemplo, Francia e Inglaterra), mientras que en otros contextos lo que aumenta son los crímenes contra las personas (y, especialmente, los asesinatos), tal y como ocurre en los EEUU y Brasil¹⁹ (Adorno, 1998a). Una comparación entre las tasas de muerte por violencia de 37 países, basada en datos del World Health Statistics Annual de 1996, sitúa Brasil en el tercer puesto, por detrás solamente de Colombia y Venezuela. Por cada joven que se muere en España o en Irlanda, mueren 48 jóvenes brasileños (Waiselfiz, 1998b).

En el año 1997, el 72,2% de las muertes de los jóvenes con edades entre los 15 y los 19 años en Brasil fueron fruto de la violencia (IBGE,1999a), factor que constituye la mayor fuente del indicador de años potenciales de vida perdidos en el país (Mello Jorge, 1998). En 1998, dicho porcentaje alcanzó el 77% (Nascimento, 2000b). Un estudio realizado por la UNESCO sobre la mortalidad juvenil en Brasil (referente a jóvenes con

¹⁹ Sin embargo, en lo que se refiere a la delincuencia juvenil, un estudio llevado a cabo en la ciudad de São Paulo constató que los asesinatos correspondían solamente a un 1,3% de todas las infracciones cometidas por los jóvenes con edad entre los 12 y los 18 años (Adorno, Lima y Bordini, 1999).

edades entre los 15 y los 24 años) presenta datos alarmantes: entre los años 1979 y 1996 la mortalidad de los jóvenes aumentó un 135%; en las capitales del país dicho incremento fue todavía mayor, alcanzando el 166% (Waiselfiz, 1998b).

En dicho período, la mortalidad juvenil no sólo ha aumentado sino que también ha cambiado su configuración, lo que está íntimamente relacionado con el incremento de la criminalidad violenta en el país (Zaluar,1999; Adorno,1998a) y, en particular, de la violencia urbana con resultado letal (Cardia, 1999; Adorno, Lima y Bordini, 1999). A su vez, estas cifras suelen estar asociadas al crecimiento y la banalización del uso de armas de fuego, a la expansión del narcotráfico en el país y a la afirmación de un “*ethos*” viril en la juventud (Adorno, Lima y Bordini, 1999; Cardia, 1999; Abramovay et al., 2002; Zaluar, 1994; 1996b).

Entre 1989 y 1998 el total de asesinatos²⁰ registrados por el Sistema Nacional de Informaciones sobre la Mortalidad (SIM) pasó de 28.757 a 41.836, lo que supone un aumento del 45,5%. Cabe señalar que el crecimiento de la población en el mismo período fue solamente del 13,7% (Waiselfiz,2000). En el año 1996, el 35,1% de las muertes entre los jóvenes fueron provocadas por asesinatos y otras violencias²¹ (mientras que para el conjunto de la población dicha tasa fue de 6,4%). En las capitales del país esta tasa se eleva al 41,8% y en las regiones metropolitanas alcanza el 47,7% (Waiselfiz,1998b). En este mismo año, la tasa de defunciones por asesinato y otras violencias fue de 31 por cada 100.000 habitantes en la población total, mientras que entre los jóvenes alcanzó los 49 por 100.000 (Ibíd.). En 1998, la incidencia de muertes por causas violentas entre la juventud alcanzó el 73,4 por cada 100.000 jóvenes,²² siendo la tasa por asesinatos el 47,4 (Waiselfiz, 2000).

En el Distrito Federal, contexto en el que hemos desarrollado nuestro trabajo de campo, encontramos una tasa superior a la media nacional, llegando a 38,5 defunciones por asesinato cada 100.000 habitantes (Abramovay et al., 1999). Si tomamos como referencia solamente la población juvenil, dicha tasa se eleva a 69,5 muertes por cada

²⁰ En el código penal brasileño se utiliza el término “homicidio” para hacer referencia a la acción de matar a alguien, incluso cuando hay intencionalidad (art. 121). Considerando que en España dicha acción es tipificada como asesinato, optamos por traducir el término.

²¹ En la investigación en cuestión la categoría “otras violencias” incluye lesiones provocadas por terceros, muertes por armas de fuego, por explosivos o por “medios ignorados”. Se excluyen solamente los suicidios y las muertes por accidente de tráfico que se analizan como categorías independientes (Waiselfiz,1998b).

²² El 52,3% de estas muertes se debió a asesinatos, suicidios y accidentes de tráfico frente al 8,7% de la población general (Waiselfiz, 2000).

100.000 jóvenes, la quinta más alta del país (Waiselfiz,1998b). En 1998, la tasa de muertes por causas violentas en el DF (junto a otros 6 estados del país) era superior a 100 por cada 100.000 jóvenes (Waiselfiz, 2000). La relación entre la tasa de asesinatos de la población total y la referente a los jóvenes nos permite visualizar el grado de victimización de la juventud. En el Distrito Federal (así como en Acre, Amazonas y Rio de Janeiro) dicho diferencial sobrepasa el 100% (Waiselfiz, 2000).

La edad es señalada como un factor relevante en las defunciones por asesinato. Hasta los 13 años, menos del 10% de las muertes registradas se atribuye a esta causa. A partir de los 14 años, el número de asesinatos crece rápidamente. Las tasas más elevadas se concentran entre los 15 y los 24 años, alcanzando su punto crítico a los 20 años cuando llegan al 37,1%. Según estos datos, más de la tercera parte de los jóvenes que mueren a los 20 años en el país, mueren asesinados. En todos los grupos de edad los asesinatos afectan muy particularmente a los varones. En el año 1998, el 88,5% de las víctimas jóvenes registradas eran varones (Ibíd.).

3.2. Juventud, violencia y exclusión social en Brasil

Pese a la incidencia de la violencia en todos los grupos sociales, la cuestión parece asumir una configuración particular entre los jóvenes atrapados por las dinámicas de exclusión social, los cuales aún son los grandes protagonistas de las estadísticas que relacionan violencia y juventud en Brasil, dato que, además, se observa en toda América Latina (Kliksberg, 2000; Abramovay et al., 2002). La mayoría de los jóvenes implicados en asesinatos en Brasil (sea como víctimas o sea como “agresores”) son varones, negros, mulatos y pobres, con edades entre los 15 y los 17 años. En general, suelen residir en las periferias y/ o *favelas* de los centros urbanos y estar desvinculados del sistema escolar (Zaluar, 1994;1996b;Cardia, 1999; Adorno, 1998a; Nascimento, 2000b).

La magnitud de la desprotección de la población infantil y juvenil que vive en condiciones de pobreza en Brasil se refleja de manera radical en los datos relativos a la violación de su derecho más fundamental, el derecho a la vida. Si, por un lado, el país empieza a controlar el problema de la mortalidad infantil (que aunque lentamente disminuye), por otro lado, las muertes por violencia, y, en particular, las provocadas por arma de fuego, llaman cada vez más la atención por su carácter devastador entre los

jóvenes pobres²³ (Zaluar, 1994; Szwarcwald y Leal,1998). Como destacan Szwarcwald y Leal (1998), es lamentable constatar que muchos de los niños que sobrevivieron a los años de mayor riesgo en la infancia, hoy en día mueren quince o veinte años después porque no han logrado ocupar un espacio en la sociedad.

Minayo et al. (1999) subrayan que la conversión de determinados segmentos de la población en “superfluos”, debido a procesos de exclusión social intensos, ha impulsado el fenómeno de un exterminio selectivo que afecta especialmente a los grupos más pobres. Según Pedroso (2000), entre 1986 y 1996 se registraron 6033 asesinatos de niños y adolescentes “de la calle” sólo en la ciudad de Río de Janeiro. Pero, como hemos señalado anteriormente, son sobre todo los jóvenes pobres con edades superiores a los 14 años quienes están siendo sistemáticamente asesinados en Brasil. Se estima que el 70% de los asesinatos atribuidos a grupos de exterminio (los cuales o bien permanecen desconocidos o bien están vinculados a la policía, a la seguridad privada y a grupos relacionados con el tráfico de drogas) afectan a jóvenes con edades entre los 15 y los 17 años (Zaluar ,1996b).

Pese al carácter dramático de estos datos, es necesario señalar que la vulnerabilidad de los jóvenes pobres a la violencia no se restringe a los sucesos que implican la muerte. Diversos autores observan que los niños y jóvenes involucrados en procesos de exclusión social están expuestos a numerosos tipos de riesgos y amenazas como, por ejemplo, el abandono, la explotación laboral y sexual, o la vida en las calles (Mynayo et al., 1999; Bucher, 1996; Araújo, 1998b; Campanatti y Carvalho,1998).

Por otra parte, muchas de las estrategias desarrolladas por estos niños y jóvenes para afrontar las vulnerabilidades ligadas a dinámicas excluyentes implican la participación en esquemas ilícitos de generación de renta (por ejemplo, hurtos, tráfico de drogas, mendicidad, prostitución, etc.), que, en ocasiones, se vinculan a prácticas violentas y, con frecuencia, conducen a su institucionalización. El incremento de la participación de jóvenes en la criminalidad, así como el aumento de niños en la calle y en la economía informal, también aparece relacionado, entre otros aspectos, con la feminización e infantilización de la pobreza (Zaluar, 1996b; Escorel,1998a).

²³ Las armas de fuego son responsables del 25,5% del total de muertes por causas externas y del 61,2% del total de asesinatos. En el conjunto de la población brasileña, la tasa de muertes por arma de fuego es de 18,6 por 100.000 habitantes. Entre la juventud dicha tasa se eleva a 36 defunciones por cada 100.000 jóvenes(tasa que supera en un 68% la de las muertes por accidentes de tráfico). Según una investigación realizada en la ciudad de São Paulo en el año 1997, se estima que hay más de 568.000 armas de fuego en las manos de la población de dicha ciudad con edad superior a los 16 años (Waiselfiz, 2000).

En el caso del Distrito Federal, en el año 1996, 892 niños y jóvenes estaban en las calles de Brasilia, número que bajó a 574 casos en 1997 (Araújo, 1998b). Sólo entre los meses de enero y agosto de 1998, se denunciaron 445 casos de trabajo infantil, 78 de explotación sexual, 1854 de negligencia, 1509 de malos tratos domésticos y 8776 casos de violencia contra niños y adolescentes en el DF (Pinheiro y Mesquita Neto, 1999). Por otra parte, en el primer semestre de 1999 había 1648 jóvenes con edades entre los 12 y los 20 años cumpliendo medidas socioeducativas por autoría de delitos, número que se elevó a 1786 en el mismo período del año 2000²⁴. La evolución del número total de registros de atención prestada a niños y adolescentes en la calle ha pasado de 5047 en el año 1997 a 1768 en el año 1999. En cambio, en el mismo período, la incidencia de atención al adolescente infractor en el DF se ha elevado de 2926 a 4781²⁵.

En otro estudio realizado con jóvenes que se encontraban en la única institución de privación de libertad para adolescentes infractores de Brasilia (CAJE)²⁶ entre mayo de 1999 y junio de 2000, se puso de manifiesto el siguiente perfil: el 93,3% de los internos eran varones, el 81% tenían entre 16 y 18 años, el 47% eran mulatos (seguidos de los blancos (36%) y negros (8%)); el 47% vivían en familias matrifocales; el 69% provenía de familias cuya renta mensual era 3 veces inferior al salario mínimo, el 92% sólo había estudiado durante la enseñanza primaria (con índices de repetición y abandono escolar del 79%), habiendo llegado solamente el 28,3% de ellos al quinto curso del ciclo primario; el 62% relataba haber tenido algún tipo de experiencia laboral, aunque predominaban actividades precarias en la economía formal (mensajero y dependiente) e informal (por ejemplo, limpieza de coches).

Respecto al motivo del internamiento, el 70,6% se debía a infracciones que implicaban violencias graves: el 32,1% correspondía a robos, 26,2% a asesinatos y 14,4% a robos seguidos de muerte. El 96,8% de los entrevistados afirmaron utilizar armas de fuego; el 78,3% dijeron que solían andar armados cuando estaban en libertad y el 12,1% ya habían sido heridos por armas (de los cuales el 82,6% por armas de fuego y el 17,4% por arma blanca).

²⁴ Datos facilitados por la Secretaría de Estado de los Derechos Humanos. Departamento del niño y del Adolescente del Ministerio de Justicia.

²⁵ Datos facilitados por la Fundación del Servicio Social del Distrito Federal.

²⁶ Los datos que presentamos sobre este estudio corresponden a la versión preliminar del informe "*Perfil do adolescente autor de ato infracional. Relatório Síntese*" (DAS/GESIF-CAJE; Brasilia, septiembre de 2000), que nos fue facilitada antes de su publicación, motivo por el cual agradecemos la colaboración de la Secretaría de Acción Social del DF. Por otro lado, debido al carácter preliminar de dicha versión, advertimos que estos datos pueden haber sufrido alguna pequeña alteración hasta el momento de su divulgación oficial, que desconocemos si ya se ha producido.

Según otro informe sobre la situación de los derechos humanos en el país, las principales violaciones de derechos en el Distrito Federal se refieren a la garantía del acceso a la justicia para la población de baja renta y a la garantía de los derechos de los niños, adolescentes y personas presas (Pinheiro y Mesquita Neto, 1999). De ahí se puede inferir el nivel de vulnerabilidad de los jóvenes pobres que tienen problemas con la justicia, definidos en Brasil como “infractores” o “en conflicto con la ley”.

La desigualdad social existente en Brasil se refleja en una discriminación en el sistema policial y jurídico que identifica (y condena) más fácilmente como criminal al “delincuente” proveniente de la clase popular (Zaluar, 1996b). Y entre los miembros de esta clase, a los más pobres y los más negros (Adorno, 1998a). A juicio de Adorno, Lima y Bordini (1999), según la bibliografía especializada es posible sostener que no hay datos indicativos de que atributos como el género, la etnia, la edad o el lugar de nacimiento, al igual que características socialmente adquiridas tales como la escolaridad y la actividad ocupacional, conviertan a algunos jóvenes en sujetos más propensos a la delincuencia que otros.

Sin embargo, la combinación de dichos atributos estimula en el imaginario colectivo la construcción de tipos humanos considerados peligrosos para la “paz social”, la “seguridad ciudadana” y el “orden público”, lo que repercute sobre las acciones de los agentes y mecanismos de control social. Así, en un estudio llevado a cabo por estos mismos autores, basado en el análisis de los procesos jurídicos de jóvenes con edades entre los 12 y los 18 años registrados en la ciudad de São Paulo entre los años 1993 y 1996, se pudo constatar que los jóvenes negros, mulatos, emigrantes y pobres son más susceptibles de ser objeto de medidas punitivas que los demás sectores de la juventud brasileña. Además, variables como el nivel educativo y la actividad ocupacional ejercen influencia sobre los resultados de los procesos (Ibíd.). Los datos relativos al Distrito Federal a los que hemos tenido acceso apuntan en esta misma dirección, pese a las singularidades de cada contexto.

Por tanto, es necesario tener en cuenta los múltiples sesgos que atraviesan la producción de determinados datos que asocian pobreza y violencia, contribuyendo a estigmatizar a la población desfavorecida. Diferentes estudios ofrecen indicios que cuestionan esta asociación. Un buen ejemplo de ello es el incremento de la participación de jóvenes de clase media y alta como protagonistas de prácticas violentas en Brasil (Waiselfiz, 1998a, Magagnin, 1999) y, por otro lado, el bajo porcentaje de personas

entre la población que vive en situación de pobreza que opta por hacer carrera criminal (Zaluar, 1996b, 1997).

Otro dato llamativo son los altos índices de muertes violentas precisamente en los estados más ricos, productivos y con los mayores índices de desarrollo humano del país (por ejemplo, el Distrito Federal) y los bajos índices de asesinatos en las regiones más pobres donde tradicionalmente los conflictos se solucionaban a través de la fuerza (por ejemplo, la región “*nordeste*” del país) (Zaluar, 1996b).

Por tanto, la supuesta “obviedad” de la relación entre pobreza, exclusión social y violencia se cuestiona por una serie de datos que subrayan más bien la complejidad del fenómeno. No obstante, tampoco se puede negar la relevancia de los problemas involucrados en la asociación entre pobreza, exclusión social y violencia. En consecuencia, consideramos necesario profundizar en el análisis de esta relación indagando sobre las formas en que la misma está afectando a la juventud pobre que vive en el contexto urbano en Brasil. Por ello, situamos las experiencias de violencia como una dimensión fundamental de los procesos de exclusión e inclusión social que vamos a analizar a continuación. Dada la centralidad del tema, se impone la exigencia de hacer algunas consideraciones teóricas sobre la cuestión de la violencia. A ello dedicamos el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 4. VIOLENCIA, EXCLUSIÓN E INCLUSIÓN SOCIAL

4.1. Consideraciones generales sobre la Violencia

Inicialmente, conviene señalar con Martin Baró (1990) que el punto de partida para analizar el fenómeno de la violencia debe situarse en el reconocimiento de su complejidad. En este sentido, cualquier perspectiva, como tal, debe reconocer que es una mirada parcial y limitada. El campo de las ciencias sociales ha sido el terreno por excelencia de la reflexión sobre la violencia. Sin embargo, los estudios sobre este tema tienen un carácter difuso y, por ello, de difícil ordenamiento (Diógenes, 1998).

Las explicaciones etiológicas del fenómeno abarcan desde factores biológicos y psicológicos hasta variables sociales, económicas, culturales y políticas. En consecuencia, los modelos teóricos y perspectivas analíticas existentes son muy diversos. En la psicología social encontramos estudios basados en teorías del aprendizaje, modelos centrados en el desarrollo moral, enfoques psicodinámicos, interaccionistas, ecológicos, perspectivas funcionalistas, estructurales, construccionistas, sólo por citar algunos ejemplos. Teniendo en cuenta que nuestro interés radica en las

formas en que la violencia interviene en los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes, optamos por realizar un recorte muy puntual en torno a algunos ejes que están directamente relacionados con la reflexión que vamos desarrollar en esta tesis: violencia y orden social, violencia y poder, violencia y diferencia.

Tomando como referencia estos ejes, coincidimos con Diógenes (1998) en que los estudios clásicos que analizan la violencia de modo directo o indirecto pueden agruparse en dos perspectivas generales: los que estudian la violencia como un epifenómeno de las relaciones de poder y las teorizaciones que se basan en los conceptos de marginalidad y desviación, las cuales privilegian las nociones de disfuncionalidad, desequilibrio y desintegración social. Pero antes de discutir ambas perspectivas es necesario hacer algunas consideraciones sobre el concepto de violencia, explicitando nuestros puntos de partida y opciones conceptuales.

La noción de violencia es, por principio, ambigua, puesto que no existe una violencia, sino una multiplicidad de manifestaciones de actos violentos cuyas significaciones exigen una contextualización (Waiselfiz, 1998a). Sin embargo, pese a la diversidad de criterios utilizados para delimitar el concepto, la mayoría de las definiciones giran alrededor de la noción de daño (Fernández Villanueva, Domínguez, Revilla y Gimeno, 1998; Jiménez Burillo, 1981; Abramovay, Rua et al., 2002).

Tras analizar múltiples manifestaciones de violencia de carácter privado y colectivo en diferentes sociedades y momentos históricos, Chesnais (1981) propone que los diversos tipos de violencia existentes se organicen según su coste social. En "*Histoire de la violence*", estudia desde la violencia sexual hasta las luchas por el poder estatal. Dicho análisis le conduce a plantear que el referente empírico que debe constituir el núcleo duro del concepto de violencia es la agresión física, ya que puede provocar daños irreparables a la propia vida. La cuestión central sería la vulneración de la integridad de la persona.

La restricción del concepto de violencia a agresiones físicas es ampliamente criticada. Pero el uso indiscriminado del término para hacer referencia a cualquier tipo de acción cuya intención sea causar daño, dolor y sufrimiento también suscita numerosas críticas. El establecimiento de límites conceptuales más precisos es imprescindible para formular propuestas capaces de afrontar el problema. El reconocimiento de la complejidad de la violencia debe ir acompañado de esfuerzos para diferenciar las diversas formas de violencia que pueden ser imputadas a las personas, los

factores que las propician y los significados que asumen con objeto de orientar la búsqueda de soluciones para combatirlas (Abramovay et al.,2002).

En este punto, la distinción entre los conceptos de violencia y agresión cobra especial relevancia. En el campo de la psicología social hay una fuerte prevalencia de estudios basados en la categoría “agresión”, justificada por su facilidad de operacionalización. Ello se debe a que el concepto de agresión remite directamente a la acción y, más específicamente, a conductas que provocan daño susceptibles de ser observadas directamente. En cambio, la categoría “violencia” no se refiere necesariamente a la facticidad del acto agresivo, pudiendo, por ejemplo, utilizarse para definir un contexto o una política. Dicha categoría predomina en los estudios sociológicos, antropológicos y políticos, y es hegemónica en los análisis de corte macrosociológico.

Aunque vayamos a utilizar el concepto de agresión para analizar los tipos de violencia en que los sujetos de nuestro estudio se han visto implicados, entendemos que la categoría “violencia” es más adecuada para reflexionar sobre procesos de exclusión e inclusión social, precisamente debido a su mayor alcance. Hemos señalado antes que violencia y exclusión se entrecruzan en acciones que van desde la indiferencia, pasando por reacciones de hostilidad, intolerancia, estigmatización, hasta llegar a procesos de radicalización de las diferencias que suponen la deshumanización del otro, atacan “el mundo de la vida” y se traducen en prácticas de exterminio.

A ello se añaden numerosos aspectos relacionados con prácticas violentas ligadas a la dimensión más estructural como, por ejemplo, el hambre, la infraciudadanía o, de modo más radical, *“la pérdida del derecho a tener derechos”* (Nascimento, 2000a). En este contexto, consideramos que el concepto de agresión es relevante. Sin embargo, se queda corto como herramienta analítica exclusiva. Por ello, privilegiaremos el concepto de violencia como categoría central y, eventualmente, utilizaremos el concepto de agresión para referirnos a acciones de violencia concretas. Explicitada nuestra opción conceptual, queda por explicitar nuestra definición de violencia.

Adoptamos la definición conceptual propuesta por Michaud (1989), según la cual **hay violencia cuando en una situación de interacción uno o varios actores actúan de modo directo o indirecto, contundente o sutil, provocando daños a una o más personas en grados variables, sea en su integridad física, en su integridad moral, en sus posesiones materiales o en sus participaciones simbólicas y**

culturales. Además, entendemos que **la violencia implica el uso ilegítimo de la fuerza suponiendo coerción y/o opresión sea de modo explícito o velado.**

La asociación de la violencia con el uso ilegítimo de la fuerza rompe con las definiciones jurídicas para entrar en el campo moral y pone de manifiesto la relevancia de la subjetividad en la definición de lo que es violencia (Abramovay et al., 2000). Ello complejiza la cuestión, pues indica la importancia de tener en cuenta el punto de vista de los actores implicados en situaciones caracterizadas como violentas y, a la vez, una perspectiva ética general según la cual dichos fenómenos pueden cobrar el sentido de violación de derechos o no. Para afrontar esta cuestión tomamos de Martín Baró (1990) los siguientes presupuestos:

-Existe una apertura humana a la violencia. El que esta posibilidad se materialice en actos dependerá de las circunstancias sociales en las que se encuentren los individuos y de las exigencias particulares a las que cada persona tenga que hacer frente en su vida o, dicho de otro modo, de la intersección entre historia social e historia individual.

-La violencia tiene un carácter histórico de modo que es imposible entenderla fuera del contexto social en el que se produce.

-Para que se realice un acto de violencia debe darse una situación en la que éste tenga cabida, es decir, un contexto propicio, sea en un nivel más amplio (contexto social) o inmediato (contexto situacional). Esto remite a un marco de valores y normas, formales o informales, que acepte la violencia como una forma de comportamiento posible o, incluso, la requiera. Si este marco se encuentra institucionalizado, es decir, convertido en normas, rutinas y medios materiales, la violencia puede alcanzar niveles mayores.

- Toda práctica violenta suscita un proceso de justificación y algún tipo de evaluación. La evaluación de la violencia tiene sus raíces en los intereses que promueven su justificación o condena según la conveniencia de cada grupo social y, en última instancia, se rige por las relaciones de poder.

-La violencia puede manifestarse de múltiples formas (física, simbólica, estructural, etc.), que implican diferencias cualitativas importantes y los mismos hechos pueden tener diferentes niveles de significación y efectos históricos diversos.

Este último aspecto tiene consecuencias importantes en la actualidad, puesto que en las sociedades complejas la violencia se manifiesta como una práctica cada vez más plural, difusa y anónima. Esta pluralidad incluye expresiones múltiples y sutiles de la violencia que demandan un análisis multidimensional y un mayor esfuerzo empírico

dirigido a la búsqueda de sus significados sobre la base de la polisemia del léxico común (Bercovich, Dellasopa y Arriaga, 1998; Diógenes, 1996).

Por otra parte, hay algunas grandes categorías que han orientado los esfuerzos de establecer taxonomías relativas a la violencia como, por ejemplo, los conceptos de violencia directa e indirecta, instrumental y expresiva. Bourdon y Bourricaud (1982) identifican dos concepciones de violencia predominantes en el campo sociológico: una anómica y otra estratégica (que eventualmente se combinan).

La violencia anómica se refiere a situaciones en que se supone que el sistema normativo perdió todo o parte de su rigor y eficacia. Es la violencia que resulta de la ausencia o fragilidad de las normas. Los derechos y las obligaciones dejan de ser efectivos o bien porque las personas ya no saben a qué están obligadas, o bien porque no saben a quién recurrir para hacer valer sus derechos cuando éstos son violados (Abramovay et al., 2002). Tal concepción aparece asociada predominantemente a las ideas de crisis, disfunción o, incluso, patología del sistema social.

El principal marco de referencia de este enfoque es el funcionalismo. La violencia se percibe como una manifestación (y, a la vez, fuente) de desequilibrios del sistema social y de una insuficiente integración de determinados sujetos en él. Desde esta óptica, se entiende como la traducción de disfunciones y carencias del sistema social y de sus efectos sobre determinadas personas, por ejemplo, en términos de frustración (Merton, 1964).

Este tipo de violencia está relacionado con la idea de disolución del lazo social y de las representaciones colectivas que fundan la solidaridad orgánica y, a la vez, con la formación de pequeños grupos basados en otros tipos de solidaridad (bandas, pandillas, etc.). Para algunos investigadores, dichas carencias y disfunciones son un elemento necesario para la propia dinámica social e integración en la sociedad. En este sentido, el conflicto también es importante para la cohesión social (Wieviorka, 1997). Las críticas a este modelo cuestionan principalmente la legitimidad de las normas que sirven como referencia de lo deseable. En el marco de dicha crítica, el totalitarismo es un ejemplo paradigmático de la violencia ejercida por los representantes de la norma contra los miembros de la sociedad (Abramovay et al., 2002).

La **violencia estratégica** es una noción clave en las teorizaciones centradas en la **idea de conflicto**. Este tipo de violencia tiene un carácter esencialmente **instrumental**. La violencia se percibe como un recurso susceptible de utilización (calculada, racional, táctica) por sujetos o grupos implicados en situaciones conflictivas, tanto para el

mantenimiento como para el cambio de determinadas relaciones o sistemas sociales (Wieviorka,1997). Ejemplos de este enfoque pueden encontrarse en el marco de la teoría de la elección racional, así como en la tradición marxista .

El concepto de violencia instrumental parece estar más ligado a la idea de conflicto, mientras que la violencia expresiva suele estar asociada a la idea de crisis. No obstante, la mayoría de los estudios admiten que la violencia tiene tanto una dimensión instrumental (ligada a la racionalidad), como una dimensión expresiva (que tiende a ser asociada a las nociones de irracionalidad y espontaneidad). Por otra parte, encontramos el argumento de que dichos conceptos expresan dos ideas que son más opuestas que complementarias:

“la primera es que la violencia puede inscribirse en las relaciones bajo una forma sobre todo instrumental y dispensar la comunicación y la relación entre actores; la segunda es que puede traducir, por el contrario, un déficit o dificultades en las relaciones, en la comunicación y en el funcionamiento entre actores, lo que la lleva a funcionar entonces sobre todo de manera expresiva” (Ibíd.: p.12, traducción de la autora).

En lo que concierne a la tensión entre las teorías que privilegian la dimensión estructural y las teorías que ponen el acento sobre la dimensión simbólica, actualmente parece haber un intento de síntesis que fundamente la formulación de nuevos esquemas interpretativos y la construcción de una nueva teorización sobre la violencia (Diógenes,1996;1998; Wieviorka,1997). Esta es precisamente la perspectiva que consideramos capaz de realizar los análisis más productivos sobre la violencia en el campo de la psicología social.

Una última consideración general se refiere a la necesidad de romper con la frecuente dualidad establecida entre víctimas (no violentas) y agresores (sujetos protagonistas de la violencia) derivada de la disociación entre la violencia y la dinámica de la vida social. Dicha disociación conduce a planteamientos que confieren el calificativo de “violentos“ a determinados sujetos y acciones de manera que

”de una parte se define como problema el uso de la violencia, aislando el fenómeno, tomándolo como algo excepcional, y por el otro (lado) se supone que el no violento es víctima y sólo víctima, su relación con el hecho violento no es otra que la de sufrirlo” (Jesús Izquierdo, 1998, p. 61).

Además, se supone que las “acciones violentas” pueden controlarse mediante la contención (o eliminación) de los sujetos clasificados como “violentos” (Diógenes, 1998). Consideramos que la adopción de una perspectiva relacional que tenga como

núcleo la idea de conflicto en la investigación sobre violencia es imprescindible para romper con la cristalización del binomio agresor/víctima evitando dichos efectos reificadores y excluyentes (Suárez y Bandeira, 1999).

Desde esta perspectiva, planteamos que la noción de diferencia, entendida como alteridad, es la clave fundamental para comprender la relación entre la violencia y los procesos de fragilización del vínculo social. Entramos, por tanto, en el campo de la relación con el “otro”. Coincidimos con Velho (1996) en que la diferencia es un elemento constituyente de la vida social, que es simultáneamente base de la misma y fuente permanente de tensión y conflicto. Asumimos, por tanto, una concepción de la vida social en la que los procesos de negociación de la realidad se dan a partir de las diferencias y son consecuencia de un espacio social y de un sistema de interacciones siempre heterogéneos y que entrañan conflictos potenciales.

Hechas estas aclaraciones generales pasamos al análisis de algunas de las matrices clásicas de los estudios sobre la violencia en el campo de las ciencias sociales, que hemos organizado en torno a dos grandes ejes: 1- violencia y poder; 2- violencia, marginalidad y desviación. Después de presentar las aportaciones más relevantes para nuestro estudio en estos dos puntos, dibujaremos un breve panorama de las principales claves de los análisis recientes sobre la violencia contemporánea. La cuestión de la diferencia es central en todos los casos. En todo momento haremos especial hincapié en la articulación entre violencia y exclusión social.

4.2. Matrices clásicas de los estudios sobre la violencia en las ciencias sociales

4.2.1. Violencia y Poder

En las ciencias sociales la violencia se ha estudiado, predominantemente, como un fenómeno secundario, es decir, como un aspecto auxiliar y/o complementario en los análisis sobre poder, dominación y política. Esta tendencia ha marcado tanto las teorizaciones más estructuralistas como las teorías de la acción (Diógenes, 1996).

Tal tendencia ha fomentado el predominio de conceptualizaciones de la violencia que ponen el énfasis sobre su carácter instrumental. Como destaca Adela Cortina (1998), el término “violencia” como sustantivo, considerado como sujeto de la acción, tiene un uso muy escaso con relación a la frecuente utilización de los adjetivos violento/violenta para acompañar a otros sustantivos. En esta perspectiva, la violencia se significa como “medio” o “procedimiento”. El proceder violento, a su vez, se define

principalmente por dos elementos: el uso de la fuerza y el intento de cambiar la tendencia natural de algo o alguien en contra de su voluntad para obtener un fin. La idea de la imposición de voluntades a través de la fuerza pese a la resistencia del otro, remite frecuentemente a la superposición de los conceptos de poder y violencia.

En la tradición marxista, la **violencia** se ha analizado desde una doble perspectiva. Por un lado, **como mecanismo de dominación del proletariado por la clase dominante que tiene en el Estado su principal instrumento**. La violencia es una consecuencia inevitable del monopolio de los medios de producción. Este planteamiento es la **base del concepto de violencia estructural**. Por otro lado, la **violencia** se ve **como estrategia revolucionaria** mediante la cual el proletariado cambiará el rumbo de la historia desplazando a la burguesía del poder (Sorel, 1990). Esta segunda acepción **dio lugar al desarrollo de los conceptos de contra violencia o violencia reactiva**.

La subordinación del concepto de violencia a las nociones de poder y dominación también aparece en las teorías de la acción. Weber (1956), por ejemplo, planteaba el poder precisamente como la posibilidad de imponer la propia voluntad a otra persona a través de la coerción. Para Max Weber, así como para Hobbes y Simmel, la violencia y las tendencias destructivas son elementos constitutivos de la sociedad y de la propia condición humana. Como hemos visto anteriormente, desde la perspectiva weberiana la atribución de legitimidad a las relaciones de dominación es un aspecto central para comprender el vínculo social. En este enfoque, el Estado se basa en el dominio de la violencia legítima que posibilita la dominación del hombre por el hombre a través de medios supuestamente legítimos.

Pese a la relevancia del poder para el estudio de la violencia, la relación entre ambos fenómenos ha sido analizada desde distintos enfoques por los analistas sociales. Eventualmente la violencia aparece como la categoría central y, en algunos casos, es susceptible de un análisis dissociado del poder. En la filosofía política encontramos la fuente de las tendencias que fundamentan el análisis de la relación entre poder y violencia en las ciencias sociales contemporáneas (Diógenes, 1996; 1998). Destacamos dos matrices: por un lado, las formulaciones de Hobbes y, por otro lado, los planteamientos de Hannah Arendt.

Para Hobbes, poder y violencia son inseparables y están en la base de la propia naturaleza humana. Según este autor, los hombres son movidos por deseos de poder despóticos. La escasez de recursos capaces de satisfacer estos deseos engendra una

competitividad permanente entre los hombres, en la que la violencia es un elemento central (Kuyumjian, 1998). El escenario social hobbesiano es el escenario de *“la lucha de todos contra todos”*. En este enfoque, la violencia es imprescindible para ejercer el poder, pues se supone que *“sin la espada los pactos no son sino palabras”*.

En oposición a esta perspectiva, Arendt (en Mardones, 1994) plantea que poder y violencia, además de distintos, constituyen polos opuestos y mutuamente exclusivos, argumentando que donde uno de ellos domina totalmente el otro no puede estar presente. La violencia se entiende como un fenómeno pre-político, mientras que el poder emerge donde las personas se unen y actúan de común acuerdo sin ningún tipo de coerción: *“poder corresponde a la capacidad humana no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente”* (Arendt, 1973, citada por Mardones, 1994, p. 46).

Desde este enfoque, el uso de la violencia es la antítesis de la acción política. En el campo político, los conflictos y crisis deben solucionarse mediante el diálogo, a través de procesos de negociación en la esfera comunicativa orientados a la búsqueda de consensos que articulen intereses diversos. Es precisamente la capacidad de tolerar y negociar diferencias lo que caracteriza a la democracia. En cambio, el uso de la fuerza, el autoritarismo, la imposición de voluntades mediante la coerción y la producción del miedo son característicos de contextos totalitarios. El uso de la violencia es la pérdida de la legitimidad del poder.

Cuando no hablamos de poder participativo y compartido (consensuado), entendemos que el poder suele estar asociado a la imposición de voluntades implicando coerción y, consecuentemente, violencia. Sin embargo, hacemos especial hincapié en el planteamiento de Foucault (1984) del poder como algo que circula, que no está situado en un lugar exclusivo, sino que se disemina por toda la estructura social. Este carácter relacional del poder posibilita el surgimiento de **micropoderes**.

Ello implica que las propias luchas contra el ejercicio del poder no puedan emprenderse desde fuera, pues nada está completamente exento de poder. Cualquier lucha supone siempre resistencia dentro de la red de poder, la cual se arrastra por toda la sociedad y se ejerce como una multiplicidad de relaciones de fuerza. Por tanto, donde hay poder, hay resistencia. Además, no existe propiamente un lugar de resistencia, sino puntos móviles y transitorios que también se distribuyen por toda la estructura social (Machado, en Foucault, 1984). Desde nuestro punto de vista, esta proposición es fundamental para entender los movimientos de resistencia de los jóvenes implicados en dinámicas de violencia y exclusión en la sociedad brasileña.

En todo caso, **asumimos que la violencia tiene la función social de mantener un tipo de poder legitimado por la dominación en cualquier ámbito que se produzca**, desde la esfera política hasta, por ejemplo, su banalización en el ámbito doméstico. En este sentido, los trabajos de Bourdieu (1994;1998) aportan una importante contribución al análisis de las relaciones entre poder y violencia. El concepto de **violencia simbólica** desarrollado por este autor pone de manifiesto que la violencia puede producirse sin que sea percibida por las personas victimizadas, puesto que se inserta en tramas de relaciones de poder naturalizadas.

Este tipo de violencia se encuentra especialmente en prácticas educativas y dispositivos institucionales. La violencia simbólica implica mecanismos de ejercicio del poder velados mediante los cuales la cultura y los sistemas simbólicos ejercen una función de legitimación del orden social vigente a través de la reproducción de valores y prácticas que fijan los agentes en posiciones desiguales en el espacio social. Se trata de estrategias coercitivas muy sutiles para que los individuos se adecuen a pautas de conducta que respondan a los intereses de los grupos que monopolizan diferentes tipos de capital (social, económico, político, cultural y simbólico).

Por un lado, el poder simbólico *“no puede ejercerse sin la contribución de los que lo soportan porque lo construyen como tal”* (Bourdieu,1998,p.56). Por otro lado, esta construcción no consiste en un acto consciente, libre y deliberado de sujetos aislados. Es una construcción práctica que deriva del ejercicio social e histórico de un poder que se inscribe en el cuerpo de los “dominados” bajo la forma de *habitus*, esquemas de percepción y disposiciones. Por tanto, si queremos comprender los procesos que contribuyen al ejercicio de un determinado tipo de poder simbólico, posibilitando el mantenimiento de estructuras de dominación e impulsando dinámicas excluyentes, es fundamental analizar la construcción social de estas estructuras cognitivas.

La obra de Foucault es otro marco primordial para comprender la relación entre poder, violencia y exclusión ligada a las dimensiones estructural e institucional. Los estudios llevados a cabo por este autor ponen de manifiesto que vivimos en una sociedad disciplinaria en la cual la violencia (en sus diversas manifestaciones) sigue siendo entendida (y utilizada) como un mecanismo fundamental para el control y el ordenamiento social. A cada tipo de problema capaz de configurar una “cuestión social” corresponden determinados mecanismos de protección y, a la vez, una determinada institución de confinamiento (reclusión): los centros psiquiátricos para los “locos”, las cárceles para los “delincuentes”, los orfanatos para los niños abandonados, los albergues

para los mendigos, los hospitales para los minusválidos y así sucesivamente (Volpi, 2001). La construcción de dichos dispositivos de control social se fundamenta en la producción y reproducción de argumentos (discursos de “saber” que no son más que mecanismos de poder) que los legitiman confiriéndoles una connotación protectora.

Al analizar los procesos de construcción social e histórica de estos dispositivos, Foucault (1972;1975) pone el acento en la relación entre violencia y exclusión que se produce mediante prácticas de expulsión, segregación y confinamiento de la “diferencia”. En los espacios de exilio y reclusión la disciplina, estricta de los cuerpos es minuciosamente pensada para posibilitar el reparto desigual de poderes y el mantenimiento del “orden”. Entran en juego prácticas disciplinarias que utilizan la violencia física y simbólica (la sumisión de los cuerpos al dolor, al sufrimiento, a la humillación, al desprecio, al escarnio, etc.) como “recurso didáctico” para explicitar que la transgresión del orden no será objeto de condescendencia y asegurarse así el cumplimiento de las normas sociales.

Tal perspectiva aporta un elemento nuevo para comprender la cohesión social ligada a la convergencia en torno a los valores y normas colectivos dominantes. El análisis desarrollado por Foucault en *Vigilar y Castigar* sugiere que las normas no son obedecidas solamente por una cuestión de convivencia colectiva (o solidaridad), sino principalmente por las consecuencias dolorosas que su incumplimiento puede generar. Aquí, violencia y poder se mezclan produciendo exclusión, temor y alineación.

4.2.2. Violencia, marginalidad y desviación

Los conceptos de marginalidad y desviación remiten a modos de sociabilidad percibidos como no integrados a la dinámica social más amplia. En el campo de las ciencias sociales, los márgenes de la sociedad aparecen como el espacio privilegiado de manifestación de las diferencias, las cuales suelen proyectarse como amenaza y oposición: “ *cuando las diferencias se convierten en incómodas, la idea de desviación se establece como campo de registro y de marca de todos aquellos que insisten en los procesos de singularización*” (Diógenes, 1998,p.84, traducción de la autora).

Al analizar el imaginario sobre la violencia en las ciencias sociales, Diógenes (1998) señala el papel de este campo del saber como propulsor del ideal del orden, del equilibrio y de la unidad. Este aspecto se asocia a la propia emergencia del área, cuyo origen fue impulsado por la necesidad de comprender/explicar el carácter novedoso y caótico de las ciudades urbanas/industriales. Para posibilitar un tratamiento

interpretativo organizador, las explicaciones relativas al orden social han privilegiado categorías de carácter dual –centro/margen, normalidad/ desviación, orden/desorden, funcional/disfuncional, estructurado/desestructurado -, cuyo contraste pretendía establecer regularidades. El análisis realizado por Diógenes pone de relieve que el sentimiento de desamparo y perplejidad ante los fantasmas del desorden social y de la anomia ha generado diversas teorizaciones sobre la violencia de carácter dual, compartimentado y estigmatizante.

La sociología de la desviación es uno de los campos en los que más estudios sobre la violencia se han desarrollado. La noción de desviación surge asociada a la idea de patología social. Ambas nociones han estado históricamente en la base de los discursos y prácticas que han argumentado a favor de la patologización de las diferencias y la criminalización de los pobres mediante asociaciones entre diferencia y desviación, condición de pobreza y peligrosidad social.

Las teorías de la peligrosidad social nacen en el contexto europeo en el siglo XIX en conexión con la sociología y la economía social. Como destacan Varela y Álvarez-Úria (1989), la escuela positiva italiana aunó conocimientos jurídicos y psiquiátricos “*en una ciencia de los degenerados que extrajo del examen de locos y criminales principios clasificatorios considerados incontrovertibles*”(p.38). Prácticas como la medición de cráneos y el estudio de degeneraciones orgánicas sentaron las bases para patologizar la desviación y reforzar el correccionalismo y la criminalización de la pobreza.

La conexión entre “clases trabajadoras” y “clases peligrosas” se ha ido construyendo como identificación a lo largo de la historia. Ello instauró la idea de que los “procesos de pacificación de las costumbres” estudiados por Norbert Elias en el marco del “proceso civilizatorio” no se habrían producido con la misma intensidad en las diferentes clases sociales. Donde el Estado es débil y los lazos familiares y locales fuertes (característica asociada a los barrios populares) habría un menor control y sentimiento de culpabilidad por el ejercicio de prácticas violentas (Zaluar, 1997).

La primera teoría que relaciona juventud, violencia y exclusión social desde esta perspectiva aparece en los estudios de la Escuela de Chicago basados en la idea de *desorganización social*. Esta “desorganización” era atribuida principalmente a la llegada de inmigrantes a la ciudad y a flujos migratorios hacia zonas de la ciudad caracterizadas por la pobreza que supuestamente estarían impulsando su decadencia. La idea central era que los valores y las costumbres tradicionales que antes aseguraban densidad moral y cohesión social empezaban a debilitarse poniendo en marcha una crisis de la

moralidad, de los lazos familiares y de vecindad. Dicho debilitamiento favorecería la disminución de la regulación de las conductas (y, en consecuencia, de las inhibiciones) fomentando el aumento de actividades criminales.

La asociación entre estos procesos y determinadas áreas de la ciudad dio lugar a la percepción de estas zonas como “incubadoras de la marginalidad”. Los estudios de bandas juveniles ligadas a diferentes zonas de la ciudad y etnias establecieron las bases para asociar inmigración, condición étnica, desorganización social, territorios de la ciudad, violencia urbana, juventud y participación en la delincuencia (Zaluar, 1997).

Robert Park y sus alumnos se dedicaron a investigar la “ecología social de la ciudad” a partir de una concepción orgánica de la vida social. La ciudad era estudiada como reflejo de la desorganización social, que aparece como el caldo de cultivo de conductas desviadas. Surge la idea de ecosistemas patógenos relacionados con las dificultades de adaptación al proceso de urbanización. Se suponía que las personas que vivían en zonas del mismo tipo y que estaban sometidas a las mismas condiciones tendrían las mismas características. Por otra parte, los conceptos de “zonas intersticiales” y “zonas de transición” introducidos por Thrasher (1927) en el análisis de cinturones de pobreza consideraban que los jóvenes marginados podían ascender socialmente. Las teorías sobre la desorganización social suponían que las pautas normativas ligadas a la idea de normalidad no llegaban a todos los niveles del cuerpo social y que había una única forma de organización social (la convencional) – de modo que todo lo demás se interpretaba como desorden.

Las nociones de crisis y desorganización social fueron objeto de numerosas críticas debido a su fuerte base funcionalista ligada a una concepción de orden social homogénea y consensual. Dichas críticas dieron lugar al reconocimiento de la existencia de un pluralismo cultural. A partir de este momento, los análisis sobre la desviación empiezan a sustituir la idea de patología por la noción de diversidad y el concepto de desorganización social por la noción de organización social diferencial, que cuestiona la idea de una sociedad fundada sobre un sistema único de valores consensuados.

La teoría de la asociación diferencial (Sutherland y Cressey, 1924) plantea que el comportamiento desviado se aprende siempre en la interacción social. Las ideas de aprendizaje y transmisión cultural del comportamiento se imponen sobre las explicaciones apoyadas en aspectos biológicos, ecológicos y en la noción de patología. El comportamiento “conforme” y el comportamiento “desviado” pasan a ubicarse en un

contexto normativo que contempla la diversidad y manifiestan el predominio de un sistema de valores sobre otro.

En los años 50, la Escuela de Chicago introduce la discusión sobre las “subculturas de la delincuencia”²⁷. Cohen (1955) explica las prácticas violentas de jóvenes delincuentes mediante la idea de una frustración de status producto de un desfase entre las subculturas delincuentes y los valores de la cultura dominante.

A partir de la emergencia de los conceptos de subcultura y asociación diferencial se produce un desplazamiento de los estudios centrados en la sociología urbana y del territorio hacia los procesos de socialización y los modos de adquisición de pautas culturales. El centro de interés se desplaza de la estructura urbana hacia la estructura social y cultural (Varela y Álvarez-Úria, 1989).

En la década de los 60, se consolida la **teoría de la frustración**, que pone en primer plano la desigualdad en el acceso a las oportunidades de ascensión social en un escenario marcado por valores y metas ligados a la noción de éxito igualmente compartidos. Los funcionalistas – cuyos principales exponentes son Merton (1964) y Parsons (1959) -, apoyados en planteamientos durkheimianos relacionados con el concepto de anomia y en formulaciones americanas sobre pautas culturales, plantean que la disfuncionalidad entre los valores normativos que orientan la conducta y la organización estructural de la sociedad es la principal causa de la desviación.

La frustración se considera un producto del hiato entre las aspiraciones (pautas culturales) ligadas al éxito y las posibilidades concretas (medios institucionalizados disponibles) de alcanzarlas debido a la desigualdad en las estructuras de oportunidad. Los conflictos derivados de la tensión entre los deseos de acceso a bienes materiales y simbólicos y las oportunidades reales ofrecidas a los jóvenes pobres se desarrollan en un contexto en el que los valores asociados al individualismo emergente (la ambición, el dinero, el interés personal, etc.) adquirirían cada vez más relevancia (Zaluar, 1997). Ante la conciencia de una posición de desventaja, la creación de una subcultura con valores propios que permitieran obtener el éxito aparece como uno de los medios para solucionar esta disyuntiva. Así, los obstáculos encontrados por los jóvenes pobres para

²⁷Las definiciones del concepto de subcultura en los estudios sobre la desviación son bastante plurales. Cohen (1955) en su clásico trabajo “*Delinquent Boys. The culture of Gang*” define la subcultura delictiva como “un sistema de valores y creencias que fomenta la comisión de actos delictivos, confiere rango social sobre la base de tales actos y especifica la clase de reacciones que se han de mantener con las personas que están fuera del mundo social de los delincuentes”.

acceder a los bienes y aspiraciones deseados llevarían a algunos a utilizar medios ilícitos para obtener sus fines.

A partir de los años 60, emerge una corriente más crítica cuyo interés se desplaza de las causas y condiciones que propician la desviación hacia los procesos y efectos asociados a la criminalización e institucionalización de determinados colectivos. El énfasis recae sobre la definición social del sujeto como desviado (Goffman, 1963; Becker, 1963; Matza, 1969), la invención de la delincuencia al servicio de la ideología burguesa como consecuencia de la lógica del proceso de acumulación de capital (Platt, 1982) y sobre los efectos paradójicos de la institucionalización y la ideología correccional (Foucault, 1975, Goffman, 1961; Basaglia, 1977). En la década de los 70, la teoría crítica lleva estos planteamientos a las últimas consecuencias proponiendo un cambio radical de los sistemas penales que defendía la eliminación de la propia idea de prisión, asociada al castigo y la venganza. Dicha teoría aún tiene una fuerte influencia en América Latina (Zaluar, 1997).

Las categorías de “desviación” y “estigma” son centrales para estudiar el nexo entre violencia y exclusión social. Para el análisis que vamos a desarrollar a continuación nos interesan particularmente las teorías centradas en la reacción social (etiquetamiento) ligadas al interaccionismo simbólico y la teoría crítica. Destacaremos algunos planteamientos teóricos vinculados a la llamada “Nueva Escuela de Chicago” y al “Labelling Approach”.

Entre los años 50 y 70, autores como Lemert, Goffman, Becker y Matza, entre otros, ponen de manifiesto la importancia de la definición social, es decir, de procesos de categorización y atribución de roles e identidades para la construcción de “carreras desviantes”. Sin negar las diferencias entre estos autores, resaltaremos sus rasgos comunes. Nos centraremos en las aportaciones sobre las reacciones sociales a las que está expuesto el sujeto que es definido como desviado y las formas en que esta etiqueta - y los consecuentes procesos de estigmatización - puede llegar a alterar su trayectoria vital.

Estas aportaciones distinguen entre la comisión de un acto desviado y la definición de una persona como desviada. Tal separación presupone que los procesos vinculados a la reacción social (etiquetamiento, estigmatización, punición, etc.) tienen más relevancia para la construcción de la desviación que la realización del acto en sí. Como señala Becker (1963),

“los grupos sociales crean la desviación al hacer las reglas cuya infracción constituye la desviación, y al aplicar dichas reglas a ciertas personas en particular y calificarlas de marginales. Desde este punto de vista, la desviación no es una calidad del acto cometido por la persona, sino una consecuencia de la aplicación que los otros hacen de las reglas y sanciones para un “ofensor” (p.19).

Se supone, pues, que hay una profunda diferencia entre un sujeto que infringe una norma y otro que ha sido socialmente definido como desviado. La distinción se refiere tanto al tipo de relación que los demás establecen con el transgresor como al modo en que él se percibe a sí mismo. Becker enfatiza que el hecho de cometer una infracción no implica que los demás reaccionen como si esto hubiera ocurrido. E, inversamente, el hecho de que una persona no haya violado una regla no significa que no pueda ser tratada como si lo hubiera hecho (Ibíd.). Por ello, propone que el uso del término “desviado” sea reservado para quienes han sido definidos como tales por algún sector de la sociedad, estableciendo una distinción con el comportamiento transgresor en general.

El concepto de carrera, apropiado de los estudios sobre ocupaciones laborales, pone en primer plano el paso de una posición de desviación primaria – en la que la comisión de un acto delictivo puede ser casual y está desvinculada de la asunción de identidades y formas de vida centradas en la “desviación” - a una posición en la que las conductas socialmente definidas como desviadas se convierten en el eje de las prácticas y de la autopercepción del sujeto. Las contingencias que impulsan este movimiento incluyen tanto determinantes estructurales como los cambios en las perspectivas, motivaciones y deseos del individuo.

Tanto Lemert (1951) como Becker (1963) plantean que la desviación primaria puede producirse sin que haya consecuencias relacionadas con la consolidación de una “carrera desviante”. Según Lemert (1951), el proceso que lleva a una persona a convertirse en “desviada” contempla las siguientes etapas: una desviación primaria que puede ser casual; la entrada en escena de punitivos sociales; nuevas secuencias de desviación acompañadas por la intensificación de respuestas sociales e institucionales punitivas y estigmatizadoras.

La desviación secundaria se produce tras la intervención institucional y suele venir acompañada de hostilidades y resentimientos hacia los agentes de la punición. El fortalecimiento de la conducta desviada es una reacción a la estigmatización y a las

puniciones sociales. Sólo en la desviación secundaria el sujeto acaba por aceptar el rol y asumir la identidad de “desviado” que le son atribuidos, de manera que la intervención de las instituciones de control social juega un papel fundamental en este proceso (Ibíd.).

Becker (1963), a su vez, señala la importancia del aprendizaje social de los motivos que impulsan la consolidación del ejercicio de prácticas ilícitas. Argumenta que la interacción con sujetos “desviados” más experimentados posibilita al sujeto conocer nuevos tipos de experiencia y considerarlas placenteras. Pero, al igual que Lemert (1951), sitúa el descubrimiento y la calificación pública de una conducta como desviada como el aspecto crucial para el desarrollo de una “carrera desviada”. La consecuencia más relevante es un cambio drástico en la identidad pública del individuo, que afecta fuertemente su imagen de sí y puede engendrar el efecto de una “*profecía autoconfirmatoria*”. Los planteamientos de este autor confirman la importancia de analizar los contextos normativos y las sociedades concretas que han llegado a crear las normas para definir un comportamiento como desviado, destacando que este proceso también es político y supone relaciones de poder.

Según Becker (1963), la definición social de una persona como desviada pone en marcha una serie de mecanismos que conspiran para conformar la persona a la imagen que se tiene de ella, empezando por su exclusión de los espacios y grupos sociales más convencionales. La principal implicación de este aislamiento es la negación de los medios necesarios para las rutinas de la vida cotidiana que se consideran socialmente legítimos. Como consecuencia de este procedimiento excluyente, el “desviado” acaba por desarrollar rutinas ilegítimas, o, en otros términos, modos de “*inclusión marginal*” (Martins, 1997).

Finalmente, Becker argumenta que el paso definitivo para la consolidación de una carrera desviada es la entrada en un grupo desviado organizado. La afiliación a este grupo propicia el desarrollo de un sentimiento de destino común, así como “*un conjunto de perspectivas y modos de entender cómo es el mundo y cómo enfrentarse a él, y un conjunto de actividades rutinarias basadas en estas perspectivas*” (Ibíd.: p.44). Además, recalca que estos grupos poseen un sistema de racionalización autojustificativo consistente y una reserva de conocimientos que posibilitan reducir los riesgos y problemas asociados al ejercicio de prácticas ilícitas.

Por último, subraya que los sistemas de racionalización de dichos grupos tienden a incluir un repudio generalizado de las reglas morales e instituciones

convencionales (Ibíd.). Aquí adquieren relevancia los conceptos de “*afinidad*”, “*afiliación*” y “*significación*” desarrollados por Matza (1969)²⁸, así como el de “*asociación diferencial*” (Sutherland y Cressey, 1924)²⁹ y “*subcultura*” (Cohen, 1955), puesto que remiten a los procesos de aprendizaje y modos de adquisición de pautas culturales mediante procesos de socialización en grupos específicos.

Al profundizar en el análisis de los procesos de etiquetamiento, reacción social y sus efectos, estos planteamientos ofrecen importantes contribuciones para comprender la construcción social de la desviación de los jóvenes pobres portadores de diferentes fuentes de vulnerabilidad (etnia, género, residencia en zonas proscritas del espacio urbano, etc.) y la repercusión de dichos procesos sobre su vínculo social. Por otra parte, el énfasis en el papel de la intervención institucional en la criminalización de la pobreza ofrece claves para estudiar la trama de interacciones tejidas entre los jóvenes y los representantes de la ley y del “orden” (Zaluar, 1997). Finalmente, estos planteamientos son fundamentales para entender las consecuencias de los procesos de institucionalización en la trayectoria de los jóvenes.

Las aportaciones vinculadas al interaccionismo simbólico destacan la complejidad del proceso interactivo y la importancia del punto de vista subjetivo de los actores. El eje analítico central es el proceso de interacción en el cual la autopercepción del individuo y el modo en que es percibido por los demás engendran un intercambio de significados que no pueden establecerse “*a priori*” y que originan la desviación. Por tanto, el enfoque interaccionista nos sumerge en la relación dinámica implicada en la elaboración de lo “normal” y de lo “desviado”. Pone al descubierto que una pregunta crucial es por quién y por qué un comportamiento se considera desviado. Sin embargo, confiere poca atención a las condiciones estructurales.

Por otro lado, al analizar el papel activo de los sujetos “desviados” en la construcción de sus trayectorias pone de manifiesto que, además de desorganización social, desagregación moral y anomia, entran en juego procesos de recomposición del

²⁸ La afinidad se refiere a la atracción que un comportamiento dado puede ejercer sobre el sujeto, teniendo en cuenta las contingencias contextuales así como su voluntad. La “afiliación” es el proceso mediante el cual el individuo se “convierte” a una conducta que es nueva para él, aunque esté consolidada en el grupo al que se afilia. Y la “significación” remite a su etiquetamiento público como desviado por las agencias de control social. En todo momento el sujeto mantiene un rol activo en el proceso de desviación.

²⁹ La relevancia del concepto de “asociación diferencial” radica en destacar la centralidad no sólo de la interacción social, sino también de los procesos comunicativos y, específicamente, de las construcciones lingüísticas como organizadoras de la acción en los procesos de aprendizaje de la conducta delictiva. En este sentido, no es tanto la asociación con “delincuentes” lo que propicia tal aprendizaje, sino sobre todo el reiterado contacto con definiciones favorables a la transgresión de la ley.

tejido social. Ello se produce mediante el establecimiento de vínculos comunitarios y sistemas de solidaridad mecánica en pequeños grupos (presentes, por ejemplo, en la noción de “mundos alternativos” de Becker (1963)). En este sentido, ofrece elementos para la comprensión de las posibles relaciones entre prácticas ilícitas y/o violentas y la inclusión social.

Tanto los estudios ligados al interaccionismo simbólico como a la Escuela de Chicago demuestran que los grupos de “excluidos” tienden a desarrollar prácticas de solidaridad internas para protegerse de las representaciones negativas de las que son objeto en la sociedad. Al margen de los matices asociados a cada planteamiento, dichos estudios señalan que las dinámicas excluyentes también impulsan la creación de vínculos y modos de participación social alternativos. Aunque estos vínculos carezcan de reconocimiento social o sean fruto de estigmas, se rechaza la idea de un vacío anómico entre los grupos excluidos (Escorel, 1998a).

No obstante, este tipo de lazo social restringido muchas veces impide establecer vínculos societarios y sistemas de solidaridad orgánicos no sólo con la sociedad en su conjunto, sino con otros agrupamientos externos específicos desde los cuales se construyen imágenes negativas y estigmatizadoras sobre los *sujetos frágiles* (Diógenes, 1998; Nascimento, 2000a). Para usar las categorías de Simmel, son relaciones marcada por la hostilidad o incluso “no relaciones”.

En este sentido, coincidimos con Xiberras (1993) en que una de las grandes aportaciones de las teorías relacionadas con la noción de desviación es haber demostrado que la estigmatización de la diferencia también acarrea la exclusión simbólica. Las representaciones colectivas construidas sobre los “desviados” se basan en las nociones de patología o de carencia, lo que conduce a la atribución de identidades sociales negativas (Goffman, 1963) o a la negación de identidad.

Diógenes (1998) subraya que la reflexión sobre las prácticas violentas apoyada en referentes negativos proyectados sobre la alteridad ha sido la tónica dominante desde hace décadas en las ciencias sociales. Según esta autora, las ideas de desviación y marginalidad se han basado en la lógica de identidades de contraste, en la cual el “otro” es el diferente y las prácticas violentas constituyen las fuentes de contraste más radicales construidas por los analistas sociales. Figuras como el “hombre marginal” de Park o el “outsider” de Becker apuntan siempre a dinámicas de dualización social ligadas a universos simbólicos y pautas de conducta que se oponen a las normas

dominantes. Al margen de sus singularidades, son formulaciones construidas sobre oposiciones y basadas en análisis que sitúan en primer plano el rechazo a la diferencia.

De acuerdo con Diógenes (1998), en Brasil la noción de desviación estuvo tradicionalmente asociada a (y a menudo fusionada con) la de marginalidad. Esta autora plantea que los análisis sobre la violencia urbana brasileña en los últimos 30 años se han fundamentado en teorías centradas en polaridades (como marginalidad/centralidad, desviación/normalidad, orden/desorden) en las que la diferencia funcionaba simultáneamente como campo propulsor de contrastes (económicos, territoriales, étnicos, de género, etc.) y como una herramienta para operativizar clasificaciones sociales. Desde esta óptica, la lógica de contrastes que rige la dualización centro/periferia - normalidad/desviación representaba una vía capaz de dar visibilidad a la imagen de una sociedad ideal, aislando una referencia en contraposición a los espacios y personajes percibidos como no integrados en la dinámica social.

Sin embargo, la difusión de la violencia y su diseminación por el cuerpo social asociada a la ruptura de las fronteras que antes delimitaban de modo más rígido las zonas destinadas a la “marginalidad” (sea en el escenario internacional mediante fenómenos como el aumento de los flujos migratorios, sea en el espacio urbano por fenómenos como la ocupación de los espacios públicos por las poblaciones de la calle) están poniendo en jaque y empezando a “desacralizar” las dualidades tradicionales que hasta entonces parecían haber logrado aislar al incómodo “otro” (Ibíd. p.87).

En este escenario, los análisis contemporáneos empiezan a identificar nuevas territorialidades relacionadas con la violencia, que desplazan el foco de los conceptos de integración, adaptación, equilibrio o estabilidad social hacia la noción de diferencia (Ídem Ibidem; Velho, 1996). En este movimiento han disminuido los estudios basados en los conceptos de marginalidad y desviación en favor de análisis centrados en la exclusión que ponen el énfasis en el tema del orden y de la “inseguridad ciudadana”.

4.3. La violencia contemporánea y la cuestión de la diferencia

En la actualidad, diversos autores empiezan a señalar los límites de los esquemas interpretativos clásicos para una comprensión más amplia y compleja de la violencia (Zaluar, 1999; Diógenes, 1998; Wiewiorka, 1997). Las categorías relacionadas con la instrumentalidad y la expresividad de la violencia todavía encuentran su lugar, pero no remiten necesariamente a las ideas de conflicto, crisis, desequilibrio o disfuncionalidad social. La emergencia de nociones como las de fragmentación, descomposición, caos,

indeterminación e incertidumbre ha suscitado una revitalización del interés por lo local, la dimensión simbólica y el punto de vista de los actores, asociado a esfuerzos de comprensión de las antiguas polaridades en términos más dialécticos (Diógenes, 1998).

Wieviorka (1997) subraya la necesidad de reformular el concepto de violencia debido a los cambios producidos a partir de la década de los 60 relacionados con la “metamorfosis de la cuestión social”. Ello supone introducir nuevas claves analíticas para pensar el fenómeno que tengan en cuenta la renovación de sus significados y manifestaciones. Este autor plantea que la pérdida de la centralidad de las relaciones de producción industriales y el desvanecimiento del movimiento obrero ya no permiten una discusión de las violencias sociales en términos de un conflicto estructural de clases en el sentido habitual de la expresión.

“Ya no se trata de la lucha contra la explotación, de la sublevación en contra de un adversario que mantiene con los actores una relación de dominación, sino la no relación social, la ausencia de relación conflictiva, la exclusión social, eventualmente cargada de desprecio cultural o racial (p.7, traducción de la autora)

Este proceso se relaciona con el surgimiento de prácticas violentas más amotinadoras y espectacularizadas y, por otro lado, con una violencia social difusa, llena de frustración y rabia provenientes del desprecio y la ausencia de reconocimiento social (Dubet, 1987; Dubet y Lapeyronnie, 1992; Wieviorka, 1997; Dubet y Martuccelli, 1998). Por otro lado, la relación entre violencia, irracionalidad, proveniencia externa de carácter imprevisible y difuso se asocia a sentimientos de inseguridad simbólica y desamparo (Diógenes, 1998) o lo que se caracteriza como la “cultura del miedo” (Novaes, 1997).

También aumenta el énfasis en las percepciones y representaciones colectivas sobre el fenómeno. En esta esfera, la violencia tiende a aparecer como un calificativo atribuido de modo naturalizado y amplificado a determinados colectivos, donde los “excluidos” ocupan un lugar central (Wacquant, 2001; Nascimento, 1998; 2000a; 2000b; Adorno, Lima y Bordini, 1999; Zaluar, 1994; 1996b; 1997). Aquí es donde se consolida el vínculo entre pobreza y peligrosidad social. En el campo del imaginario y de las representaciones colectivas, la violencia se convierte en objeto de representaciones que funcionan o bien por carencia, o bien por exceso (Wieviorka, 1997).

En las representaciones que funcionan por exceso la alteridad es objeto de miedos contruados, ante todo, sobre fantasmas. Se le imputa una violencia casi esencial

que constituye la base de procesos de estigmatización y satanización de determinados grupos y territorios. Cuando entran en juego procesos de radicalización de las diferencias, el “otro” excluido deja de ser percibido solamente como “peligroso” y “amenazador” para ser caracterizado como “superfluo” y “desechable” (Nascimento, 1998; 2000a; 2000b; Escorel,1998a).

Las representaciones que actúan por carencia son similares a los procesos de invisibilización analizados por Xiberras (1993). Sin embargo, en los análisis sobre la violencia el acento no recae sobre la ausencia de representación, sino en procesos de negación, normalización y banalización de la violencia. Estas dinámicas se encuentran particularmente relacionadas con algunas circunstancias: la inscripción de la violencia en la prolongación de problemas sociales clásicos; la ausencia de cuestionamiento a determinadas modalidades de dominación (por ejemplo, la violencia simbólica y los procesos de alienación); la implicación de actores sociales vinculados a identidades sociales positivas en el imaginario colectivo (por ejemplo, la figura del trabajador); la minimización de la relevancia de determinadas prácticas violentas mediante la comparación con prácticas llevadas a cabo por sujetos o grupos estigmatizados (por ejemplo, jóvenes infractores provenientes de las periferias o poblaciones “de la calle”) y la victimización de sujetos percibidos como “desechables” (Wieviorka, 1997; Bourdieu, 1998; Zaluar,1994; Cardia,1999; Castro et al., 2001; Escorel,1998a; Nascimento, 1998;2000 a; 2000b; Waiselfiz,1998a).

El consenso sobre la importancia de la exclusión social para comprender las manifestaciones contemporáneas de la violencia no supone una coincidencia de esquemas interpretativos. Algunos autores siguen privilegiando la noción de conflicto (Velho, 1996; Minayo et al., 1999; Barreira et al. 1999), mientras que otros destacan la disociación entre el sistema social y los actores subrayando la ausencia de mediaciones conflictivas entre ambos (Wieviorka, 1997; Dubet y Martuccelli, 1998).

Wieviorka (1997) argumenta que para que haya conflicto es necesario que haya actores vinculados al sistema, problemas reconocidos como comunes y posibilidades de oposición que no necesariamente implique destrucción (hetero o auto); es decir, mecanismos políticos e institucionales capaces de mediar los conflictos. Y para que se pueda hablar de crisis es imprescindible la existencia de un sistema en dificultad reconocido como tal. Según este autor, el carácter tan amenazador y dramático asumido por la violencia hoy en día se debe a la multiplicación de “anti-actores”, a una violencia exclusivamente ligada a la lógica de la fuerza y del poder, a la ausencia de mecanismos

y procedimientos capaces de entrar en juego no sólo en la mediación, sino en la propia lógica de funcionamiento de los conflictos. En última instancia, se debe a la disolución del tejido social.

Una de las implicaciones de dicho proceso es que determinadas personas y grupos sociales se sienten negados como sujetos por el desprecio de actores mejor situados en el espacio social que se resisten a otorgarles cualquier tipo de reconocimiento. En este caso, el problema ya no reside solamente en la ausencia de procesos de negociación de las diferencias, sino en la falta de un mínimo de reconocimiento mutuo que imposibilita hasta la manifestación de la propia subjetividad de los excluidos. En este vacío de reconocimiento la violencia “ *es tanto más terrible en la medida en que no se acomoda a ningún tipo de negociación, ningún compromiso y que implica significaciones que son del orden del todo o nada*” (Ibíd. p.34, traducción de la autora).

Desde este enfoque, la violencia surge precisamente para llenar el vacío producido por actores y relaciones sociales y políticas debilitados en el marco de procesos globales cuyo símbolo paradigmático es la noción de mundialización. Se impone, por tanto, la tarea de identificar las mediaciones ausentes, los sistemas de relaciones cuya falta o debilitamiento favorecen la aparición de la violencia. Estas transformaciones relacionadas con la violencia contemporánea reclaman un nuevo paradigma analítico, capaz de integrar no sólo el conflicto y la crisis sino también el sujeto negado (Ídem Ibidem).

Hay un fuerte consenso acerca de que renovar la teorización sobre la violencia exige un modelo interpretativo basado en la noción de complejidad y en una perspectiva multidimensional (Diógenes,1998; Waiselfisz,1998a; Bercovich, Dellasoppa y Arriaga, 1998; Adorno, Lima y Bordini, 1999). Para constituir este “nuevo paradigma” Wieviorka (1997) propone cuatro niveles de análisis: el sistema internacional, los Estados, las sociedades y el nivel individual. Este esquema analítico exige dar cuenta no sólo de las relaciones que se están produciendo en cada uno de estos niveles, sino también de las relaciones entre ellos (sea en términos de asociación o de disociación). Asumiremos los planteamientos de este autor como guía de la discusión sobre las claves que vamos a privilegiar para comprender la violencia como una dimensión de los procesos de exclusión social de los jóvenes brasileños.

En el nivel de las relaciones internacionales destacan los vínculos establecidos entre la mundialización y el neoliberalismo como fundamento ideológico de la violencia contemporánea (Wacquant, 1999; Zaluar, 1996a; Wieviorka,1997). La mundialización

de la economía, los mecanismos de comunicación global y los procesos de homogeneización relacionados con la globalización de una cultura de masas centrada en la hegemonía del consumo son asociados a movimientos de expansión y desterritorialización (deslocalización) de la violencia, acompañados por la proliferación de expresiones fragmentarias de ésta (Diógenes, 1998). A raíz de estos procesos, la violencia – y, en especial, las prácticas de violencia que se apoyan en una identidad colectiva – puede manifestarse de dos modos: como una expresión de resistencia a la economía mundializada o como una vía para participar mejor en ella (Wieviorka, 1997).

En lo que concierne al nivel estatal, la fórmula weberiana del monopolio legítimo de la violencia por el Estado es señalada como una proposición cada vez menos adaptada a las realidades contemporáneas. Se observa un debilitamiento de los Estados que eran antiguos y fuertes (por ejemplo, los de Europa). En cambio, donde el Estado es reciente y la democratización jamás ha llegado a consolidarse de modo consistente (África, Asia, América Latina), el Estado se califica frecuentemente como corrupto, ineficaz y deslegitimado. Estas características, sumadas a otras carencias, hacen que a menudo la intervención estatal se perciba como una fuente de inseguridad para la población, oscureciendo su supuesta función protectora (Ibíd.).

Estos aspectos se encuentran asociados a la privatización de los recursos que el Estado debería, por un lado, ofrecer y, por otro, controlar. En Brasil, dicho proceso se expresa claramente en la creciente privatización de la violencia y de los dispositivos de seguridad. Es decir, en la tendencia a delegar el uso de la fuerza en actores privados (Adorno, 1998a; Pinheiro, 1997). En este escenario, se observa la explosión de litigios en las relaciones intersubjetivas donde los conflictos son tratados como problemas de orden personal solucionados mediante el uso de la fuerza – por ejemplo, asesinatos entre vecinos, compañeros o clientes de un bar debido a discusiones por una cerveza, un partido de fútbol o una mujer (Adorno, 1998a) o las prácticas de linchamiento (Pinheiro, 1997; Martins, 1997). Además, el monopolio de la violencia pasa a ser disputado por la delincuencia territorializada (grupos de traficantes, bandas organizadas en determinadas zonas, etc.) y la seguridad privada (Abramovay et al., 1999).

Por otra parte, la intervención de los agentes estatales puede servir como vía de ejercicio o encubrimiento de una violencia ilegítima contraria a los discursos oficiales. Ello ocurre en países supuestamente democráticos como Brasil, donde las denuncias de violaciones de los derechos humanos como la tortura, los abusos policiales y las

prácticas de exterminio son significativas (Pinheiro,1997; Pinheiro y Mesquita Neto, 1999; Pedroso, 2000).

Los relatos de brutalidad de la actuación estatal - relacionados con el enfoque militar atribuido a la seguridad pública (Pinheiro,1997) y con la conversión del Estado Social en Estado Penal (Wacquant, 1999)- siguen siendo numerosos. Sin embargo, la tendencia dominante en los estudios recientes es el énfasis en la violencia que surge a raíz de las carencias o ante la ausencia del Estado (Macé, 1999; Wiewiorka, 1997). Como señala Bucher (1996, traducción de la autora),

“la violencia de la calle, la delincuencia urbana, y su contrapartida representada por la inseguridad generalizada representan en sí una contraviolencia ante la violencia implementada por los tentáculos del viejo orden autoritario, por los antagonismos sociales exacerbados, por la corrupción y la impunidad, por el descuido de los deberes asistenciales del Estado con sus prolongamientos marginadores” (p.122).

Este cuadro es todavía más grave debido a la frecuente participación de la policía en actos de violencia contra la juventud marginada (Zaluar,1996b; Pedroso, 2000; Diógenes,1998; Pinheiro, 1997; Castro et al., 2001; Macé, 1999). Por consiguiente, aquellos que son pagados por el Estado para garantizar “la seguridad ciudadana” se confunden, muchas veces, con la persecución y el exterminio en el imaginario y en la vida cotidiana de jóvenes “en situación de riesgo” (Bucher,1996).

La violencia asociada a la carencia de recursos que supuestamente deberían ser proporcionados por el Estado- así como sus mecanismos de negación y encubrimiento - es la que vamos a denominar estructural, mientras que el ejercicio de la violencia ilegítima mediante la intervención de los representantes estatales será caracterizada como violencia institucional.

Por otra parte, parece haber un consenso en que los procesos sociales y cambios estructurales vinculados a la emergencia de una “nueva cuestión social” no han repercutido en manifestaciones violentas de modo inmediato. El desempleo, la movilidad social descendiente y la pobreza no se traducen directamente en violencias sociales (Wiewiorka, 1997, Zaluar, 1994,1996a,1999). Interpretaciones simplificadoras como éstas, que a menudo pretenden asumir un tono de denuncia, contribuyen más bien a cristalizar la criminalización de la pobreza. Como destaca Zaluar (1996a), *“seguir afirmando que la pobreza explica el crimen significa también reforzar la elección preferencial*

por los pobres que la policía y la justicia brasileñas ya hicieron desde hace siglos” (p.57, traducción de la autora).

También coincidimos con esta autora en que la idea de que todos los índices de crímenes violentos son una forma disfrazada de la lucha de clases en la que los pobres piden cuentas a los ricos no tiene fundamento, ya que dichos crímenes aumentan sobre todo en localidades marcadas por la pobreza, victimizando principalmente a los jóvenes pobres, que con frecuencia son asesinados por otros jóvenes de su misma edad y condición social (Zaluar, 1999). Pinheiro (1997) añade a estas consideraciones el dato de que las principales víctimas de la violencia en las metrópolis latinoamericanas son personas que viven por debajo de la línea de la pobreza.

Por tanto, el nexo entre la *metamorfosis de la cuestión social* (Castel,1995) y los cambios en las expresiones de la violencia debe comprenderse mediante una serie de mediaciones. Los procesos sociales, políticos y culturales en curso han supuesto la disociación de los pares cuya tensión define la modernidad. A pesar de que la violencia sigue instalada en el nivel político, las nuevas geografías de lo social exigen cada vez más sensibilidad a otros niveles en los que se manifiesta y reclaman una ampliación de los antiguos esquemas explicativos limitados a la esfera ideológico-política.

Según Wieviorka (1997), la violencia contemporánea se sitúa en el cruce entre lo social, lo político y lo cultural, reflejando las transformaciones y eventuales desestructuraciones que se están produciendo en dichos campos. Ella puede circular de un registro a otro. Pero, en todo caso, actualmente la violencia sería antes la expresión de la crisis del Estado y del debilitamiento de lo político que la expresión de uno o de otro. Esta tendencia es relacionada con el crecimiento de prácticas de violencia instrumental en los niveles que el autor denomina “infrapolítico” y “metapolítico”:

“...cuando el orden se deshace, la violencia funciona bajo una forma hobbesiana, ella es el principal recurso en la lucha de todos contra todos. La instrumentalidad proviene entonces no tanto del juego de actores estratégicos implicados en conflictos, como de la desestructuración del sistema de orden y, por tanto, de lógicas de crisis llevadas al extremo” (p.37, traducción de la autora)

En este contexto, temáticas como las disputas por el control de dominios territoriales, recursos económicos y simbólicos (por ejemplo, la expansión del narcotráfico, el incremento de la criminalidad organizada y la construcción de identidades viriles) ganan más relieve que las cuestiones políticas de fondo (Zaluar,1996a;1997; Adorno,1998a; Abramovay et al., 2002; Procópio,1999). Ello no

significa que lo político haya desaparecido, pero indica que dicha dimensión ha adoptado otras formas.

La articulación entre territorio, consumo y estética global surge como un nuevo espacio de producción de la ciudadanía. En este entramado, el consumo aparece simultáneamente como *“un nuevo referente de una posible “ciudadanía global” y un divisor de aguas en la construcción de una ciudadanía inter-territorial”* (Diógenes, 1998, p.38, traducción de la autora). Desde esta óptica, como señala Diógenes, el criterio del consumo es capaz de establecer consensos y acercar a “los diferentes”, pero, a la vez, engendra sentimientos de extrañeza profundos en un mismo territorio cuando se produce la confrontación entre productores/ consumidores y la creciente masa de excluidos de esta misma trama global (Ibíd..).

La idea de frustración es recuperada en los análisis que relacionan violencia y exclusión social para discutir las formas de participación y expulsión de la modernidad. En este contexto, la frustración sigue entendiéndose como fruto de la tensión entre las expectativas de los sujetos y aquello a lo que pueden acceder o no según la estructura de oportunidades de cada espacio social. La distinción fundamental es que en un escenario marcado por la exacerbación del individualismo y la espectacularización de un mundo globalizado plagado de llamadas al consumo, dicha tensión se intensifica y puede llegar a ser insoportable cuando no encuentra vías de realización (Wieviorka,1997).

En el contexto europeo, Dubet (1987) sitúa la exclusión social como un elemento central para comprender la violencia contemporánea y, en particular, la violencia juvenil de los suburbios franceses. Su análisis se centra en la fragilización de la cohesión social y de la solidaridad de clase en los barrios obreros. La explicación de la violencia perpetrada por los jóvenes pobres no reside en la pobreza o en una “cultura de la pobreza”, sino en el debilitamiento de los movimientos sociales, en la disolución de los lazos sociocomunitarios, en la exclusión de los núcleos de integración social tradicionales (escuela, trabajo, organizaciones vecinales, etc.) y en la propia ausencia de conflicto social, que es sustituido por el vacío, la frustración y la rabia.

Para este autor, la violencia de los jóvenes de los suburbios franceses es una reacción de rabia que se manifiesta mediante conductas por exceso. Además, suele tratarse de una violencia sin objeto, pues no hay un enemigo nítidamente definido. Las prácticas de dichos jóvenes son fruto de una sociabilidad flotante, marcada por la deriva, el nihilismo e, incluso, la autodestrucción. Sus prácticas delictivas no suelen

tener un carácter instrumental. Se tratan más bien de pequeñas “incivildades”. La deriva se asocia a una marginalidad difusa, que se define por acciones imprevisibles.

Pero, al mismo tiempo, Dubet (1987) sugiere que las prácticas llevadas a cabo por los agrupamientos juveniles estudiados tienen un potencial gregario, ofrecen elementos para construir identidades positivas y pueden incluir embriones de conductas emancipatorias y convicciones éticas. La elección de compañeros, estilos y prácticas serviría a procesos de identificación, oposición y ubicación en el espacio social.

El autor considera el riesgo de fijación de los jóvenes de la *galère* (agrupamientos juveniles de las barriadas suburbanas) en la delincuencia debido a la participación eventual en el tráfico de drogas, pequeños hurtos, etc. Pero ésta es una cuestión secundaria. Ello se debe a que la frustración de estos jóvenes no deriva de la falta de acceso a bienes materiales y simbólicos promocionados por la cultura de masas y presentes en los grupos favorecidos. Para Dubet, el vacío experimentado por los jóvenes es fruto de la privación de una conciencia de clase.

Sin embargo, la exacerbación del individualismo y las llamadas al consumo ligadas a la cultura de masas globalizada son señaladas por diversos autores como el motor de diferentes tipos de violencia que implican la dimensión instrumental (Zaluar, 1994; 1997; Adorno, Lima y Bordini, 1999; Diógenes, 1998; Pinheiro, 1997). Las motivaciones vinculadas a una inserción económica y social ligada al consumo ganan cada vez más relevancia en los estudios actuales dejando a un lado los argumentos relacionados con el concepto de clase. En este caso, la violencia puede tener un sentido instrumental que permite acceder a beneficios materiales y simbólicos muy diversos. Abarca desde la implicación en actividades ilícitas como estrategia de supervivencia o movilidad social, fuente de recursos para la construcción de identidades colectivas, vía de delimitación territorial, afirmación de poder, de virilidad, honor, etc..

Se trata de prácticas cuya dimensión estratégica consiste, en última instancia, en posibilitar modalidades de “inclusión marginal”. Como contrapartida, cabe señalar que, al contrario de lo que suele pensarse, la implicación en la criminalidad violenta a medio y largo plazo no tiende a aumentar, sino a disminuir la renta familiar, puesto que en el crimen organizado también hay una alta concentración de la renta (Zaluar, 1996b). Por tanto, en realidad muchos trabajan como obreros, poniendo en riesgo su libertad y sus vidas (frecuentemente perdidas) para el enriquecimiento de pocos.

Por otra parte, como subrayan Wiewiorka (1997), Waiselfiz (1998a), Dubet (1987) y Castoriadis (1996), la violencia también puede llegar a asumir una expresión

extrema sin que ello implique usarla instrumentalmente para fines determinados. En este caso, puede consistir, por ejemplo, en conductas informadas por una crisis de significación, por la frustración, el agotamiento de perspectivas de cambio, o bien acciones reactivas movidas por la rabia ante prácticas discriminatorias, excesos policiales, sentimientos de injusticia, actitudes de descalificación o la ausencia de reconocimiento social.

Estos procesos se hallan asociados a manifestaciones de violencia muy diversas, tales como motines explosivos (frecuentes en Europa y EEUU) o prácticas violentas de carácter fundamentalmente lúdico motivadas por el placer, el deseo de aventura o las “pasiones del riesgo”. *“En los casos extremos (la violencia) parece autonomizarse, convertirse en un fin en sí (misma), lúdica, puramente destructiva o autodestructiva, por ejemplo. Lo que la transforma en ciertos casos en un fenómeno de pura afirmación del sujeto”* (Wiewiorka, 1997, p.12, traducción de la autora).

La violencia ligada al gusto por el riesgo o a un deseo de aventura suele denominarse lúdica o gratuita. Dicha violencia se relaciona eventualmente con esfuerzos de producción de sentido. Pero, en otros casos, se interpreta como un movimiento opuesto a la búsqueda de sentido que implica más bien *“la abolición de cualquier tipo de sentido en el puro placer de una violencia desenfrenada”* (Ibíd., p.32). Los resultados de dichas prácticas pueden ser gregarios o autodestructivos, llegando a implicar, según el caso, una mezcla de ambas dimensiones. Las conductas autodestructivas vinculadas a procesos de exclusión social son entendidas como reflejos expresivos del impacto de las imposibilidades creadas por el sistema social no sólo para acceder a determinados beneficios, sino para situarse como actor (sujeto) de su propia existencia (historia).

“La violencia en este caso es, o busca, la producción de sentido, esfuerzo para producir por medios propios aquello que antes le era dado por la cultura o por las instituciones, proyección de sí mismo hasta la muerte eventual; o entonces apelación a la subjetividad imposible o infeliz, expresión de rechazo por la persona en dar continuidad a una existencia en la cual se siente negada” (Ídem ibidem, p.23)

Otro aspecto muy señalado en los estudios contemporáneos es la creciente espectacularización de la violencia (Diógenes,1998; Macé,1999; Minayo et al., 1999; Cecchetto,1997;1999). La inserción de la violencia en la lógica del espectáculo puede promocionarse tanto por los medios de comunicación, como por los propios protagonistas de las prácticas violentas. Dicha espectacularización puede tener una

función instrumental, expresiva o conciliar ambas funciones. Además, puede generar efectos paradójicos, sobre todo cuando aparece de forma mediática.

La mediatización de los sucesos da visibilidad a determinadas prácticas, colectivos y territorios movilizándolo la opinión pública. Tal movilización puede impulsar tanto respuestas estigmatizantes y/o represivas como respuestas compensatorias ante las demandas explícitas o implícitas de los diversos actores en juego (Wiewiorka, 1997). Estas respuestas repercuten en las representaciones colectivas de la exclusión social, así como en la resolución o intensificación de problemas concretos de distinta índole.

Ninguno de estos procesos es completamente nuevo. Sin embargo, las mutaciones sociales en curso ligadas a la lógica global confieren mayor intensidad a las fragilidades personales asociadas al individualismo moderno, debido a las dificultades de conciliar las posiciones de consumidor y productor de la propia existencia - especialmente cuando se pretende alcanzar una subjetividad autónoma (Ibíd.). En estas circunstancias, la dimensión identitaria es un elemento central del proceso de renovación de los significados y expresiones de la violencia.

La violencia como recurso cultural vinculado a la reivindicación de identidades colectivas (étnica, religiosa, territorial etc.) cobra protagonismo en detrimento del sentido clásico de estrategia política que combinaba la reacción en contra de un orden estatal percibido como opresor con la llamada revolucionaria al cambio (aunque a veces se admite la hipótesis de que tal vez este movimiento cultural sea el principio de una recomposición de sistemas políticos debilitados). Por tanto, la violencia parece más cargada de significaciones culturales y ligada a actores que intentan definirse ante todo por una identidad. En esta dimensión, la violencia se interpreta como una manifestación de resistencia de una identidad amenazada o en camino de destrucción (Wiewiorka, 1997; Dubet y Martuccelli, 1998).

Las manifestaciones de violencia asociadas a la dimensión identitaria se entienden fundamentalmente como fruto de la crisis o del fracaso de la modernidad, sea como expresión de resistencia a la misma o como manifestación de su agonía. Aquí la violencia asumiría dos orientaciones básicas: una marcada por una subjetividad imposible o infeliz y otra por su ausencia o pérdida. La segunda es considerada la expresión más dramática de las dinámicas sociales excluyentes. En este caso, entran en juego formas y significados de la violencia que no son estrictamente instrumentales, ni remiten a modalidades de inclusión marginal. Volvemos a dinámicas de no relación o

de oposición radical similares a las relaciones con la alteridad ligadas a la figura del bárbaro analizadas por Simmel.

“La violencia significa entonces la pérdida, el déficit, la ausencia de conflicto, la imposibilidad para el actor de estructurar su práctica en una relación de intercambio más o menos conflictiva; expresa el desfase o el foso entre las demandas subjetivas de las personas o grupos, y la oferta política, económica, institucional o simbólica. Trae entonces la marca de una subjetividad negada, destrozada, infeliz, frustrada, lo que es expresado por el actor que no puede existir como tal, ella es la voz del sujeto no reconocido, rechazado y prisionero de la masa dibujada por la exclusión social Por otro lado, la violencia, en lugar de expresar en vano aquello que la persona o el grupo aspiran afirmar, se convierte en pura y simple negación de la alteridad, al mismo tiempo que de la subjetividad de aquél que la ejerce. Es la expresión deshumanizada del odio, destrucción del Otro, tiende a la barbarie de los purificadores étnicos o de los erradicadores ” (Wiewiorka, 1997, p.37, traducción de la autora)

Por otra parte, la confrontación con tramas de significados, valores y códigos de conducta vinculados a redes de sociabilidad paralelas a los sistemas normativos que posibilitan alguna recomposición de los lazos sociales exige la ruptura con el presupuesto de que la violencia es un fenómeno estrictamente destructivo. Estudios recientes indican que determinadas prácticas de violencia pueden llegar a constituir núcleos movilizados de experiencias y relaciones de reconocimiento que confieren a la violencia una **positividad** (Diógenes,1998; Novaes, 1997).

Diógenes (1998) subraya que las formulaciones que sitúan el carácter destructivo de la violencia como el punto inicial y final de los análisis no permiten profundizar la comprensión de la funcionalidad de la violencia en la dinamización de la vida social, así como la extensa trama de significados a la cual se vincula. La autora relaciona el énfasis de la dimensión destructiva de la violencia con una concepción de ésta como algo externo a la propia dinámica de los acontecimientos, que ha sido la base de las múltiples dualidades sobre el tema en las ciencias sociales. En esta óptica, la violencia es *“un hecho imprevisible, que ataca por sorpresa y cambia el (que se pretende estable) orden de los acontecimientos”* (p.77, traducción de la autora). Como hemos visto, dicha visión se basa en un imaginario anclado en la creencia de que el orden y el equilibrio pueden ser plenamente alcanzados.

Análisis más recientes sobre la violencia empiezan a romper con tal perspectiva situando la violencia en la lógica interna de procesos sociales que también tienen una dimensión de positividad (Diógenes, 1998; Novaes, 1997 Girard, 1983; Rifiotis,1997 en Diógenes, 1998). La idea de la positividad de la violencia se conecta con la noción de la positividad del poder planteada por Foucault. Desde este enfoque, se supone que la violencia, al igual que el poder, pone de manifiesto demandas sociales de

reconocimiento de diferencias, la formación de redes de sociabilidad paralelas a los sistemas normativos dominantes que implican modos de participación social alternativos, micropoderes y prácticas de solidaridad cerradas (Diógenes, 1998).

El análisis realizado por Girard (1983) sobre la relación entre la violencia y lo sagrado pone de manifiesto la importancia de la violencia para mantener el orden social. Según Maffesoli (1987), mientras la violencia destructiva es una manifestación de la afirmación individual, la violencia constructiva se entiende como fundamento social, de manera que tiene una función estructural. Así, si bien la violencia es el campo por excelencia de la negación de las diferencias - y de prácticas que explicitan la no aceptación del “otro”, de determinadas reglas sociales y la violación directa de la idea de ley - en algunas circunstancias la violencia puede actuar inversamente como fuerza de propulsión y afirmación de diferencias (Diógenes, 1998).

Desde esta perspectiva, la violencia se percibe como contraste a la homogeneización que la centralidad de poderes pretende instaurar (Rifiotis, 1997 en Diógenes, 1998). La violencia en este sentido sería una manifestación de movimientos defensivos y contraofensivos de grupos que pretenden afirmar identidades singulares (Wieviorka, 1997). Es importante destacar que el énfasis en la positividad de la violencia no supone negar su dimensión destructiva, sino que solamente amplía la comprensión de sus modalidades de eficacia material y simbólica dentro de las redes de sociabilidad de aquéllos que la practican. Por ello consideramos este aspecto fundamental para un análisis más complejo de las estrategias y modalidades de participación social desarrolladas por los jóvenes brasileños ante los riesgos de verse impelidos hacia los bordes críticos de la zona de vulnerabilidad social.

Para concluir este capítulo plantearemos algunas hipótesis sobre la relación entre procesos de exclusión social y el uso de la transgresión y de la violencia en la juventud brasileña. Pensamos que la heterogeneidad de los procesos de exclusión social puede poner en juego el desarrollo de estrategias de acción diferenciadas para hacer frente a los conflictos, riesgos y adversidades de esta situación. El recurso a la violencia y/o a prácticas ilícitas sería una posibilidad entre otras y estaría relacionado con modos de sociabilidad y agrupamientos asociativos específicos.

Estos, a su vez, permitirían que la violencia y la transgresión sean significadas de modos diversos de acuerdo con diferentes trayectorias individuales y con la inserción (o no) en distintas redes de apoyo social formales y/o informales. Es decir, esta relación sería mediada por la configuración de nuevos modos de sociabilidad que posibilitarían a

los jóvenes otorgar un sentido positivo a actos violentos y/o infracciones y estarían actuando como formas de "integración perversa" (Castells,1997) o "inclusión marginal" (Martins, 1997) para algunos de los jóvenes implicados en procesos de exclusión social.

Por otra parte, entendemos que las principales claves de las relaciones entre violencia y exclusión social en Brasil se sitúan en el campo de la relación con el "otro", donde la noción de diferencia es central. Compartimos con Velho (1996) la idea de que una de las diferencias directa e íntimamente asociada a la producción de tensión y conflicto en la sociedad brasileña es la desigualdad social. Pero, como señala este autor, las condiciones materiales de existencia de diferentes grupos sociales ya no son suficientes, si se toman aisladamente, para dar cuenta de la relación entre exclusión, diferencia y violencia que observamos en la sociedad brasileña. Es necesario prestar atención a las dinámicas que están afectando el universo de valores y las expectativas de reciprocidad en las relaciones sociales.

La estrecha relación entre diferencia, debilitamiento del vínculo social y violencia en la sociedad brasileña se hace evidente en la tendencia - presente tanto entre los que se sitúan en las categorías asociadas a los "incluidos" como entre aquéllos que se perciben o son percibidos como miembros de las categorías vinculadas a los "excluidos"- a percibir al "otro" como un agresor potencial. Por consiguiente, entendemos que los procesos de radicalización de la diferencia y de la fractura social en Brasil implican un aumento de la violencia que no puede pensarse de forma unilateral. El problema consiste en que la vulnerabilidad a la violencia de los miembros de colectivos que ocupan diferentes posiciones en el espacio social parece ser muy desigual. Y, según los datos que hemos analizado en el apartado anterior, los jóvenes pobres parecen constituir un grupo en clara desventaja.

Todo ello nos obliga, por un lado, a complejizar el análisis del nexo entre violencia, diferencia y exclusión social mediante la introducción de una mirada más atenta a los efectos de las representaciones colectivas de la pobreza sobre la consolidación de determinadas prácticas violentas y excluyentes. Tal complejización exige una mayor atención a los contenidos culturales y éticos que atraviesan las relaciones sociales. Y, por otro lado, supone indagar acerca de las dinámicas estructurales y simbólicas que parecen situar a los jóvenes pobres en una posición particularmente vulnerable a la victimización en las ciudades.

CAPÍTULO 5. UNA PROPUESTA TEÓRICO-METODOLÓGICA PARA ANALIZAR LOS PROCESOS DE EXCLUSIÓN E INCLUSIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD BRASILEÑA

Como hemos señalado anteriormente, entre los diversos segmentos de la juventud brasileña considerados socialmente “excluidos”, hay un interés creciente por los grupos que desarrollan sus vidas cotidianas en el espacio de la calle, los adolescentes “en conflicto con la ley” (aquéllos a quienes se atribuye la autoría de delitos) y, aunque en menor medida, los jóvenes habitantes de las zonas marginadas del espacio urbano. Suele describirse a estos jóvenes como grupos privados de reconocimiento e inserción social, inmersos en un entorno repleto de privaciones y amenazas, que les ubican en una situación de “riesgo social” en la que es necesario intervenir.

La intervención social dirigida a estos colectivos a menudo se basa en la identificación de “factores de riesgo” definidos a través de criterios normativos que no tienen en cuenta el universo psicosocial (prácticas, valores, construcciones simbólicas, etc.) de cada grupo y su contexto social e histórico. En consecuencia, se ignora la heterogeneidad de perfiles existentes, así como la permeabilidad de las categorías utilizadas. Se ha apuntado estos aspectos como una de las principales razones por las que muchas políticas públicas y programas de acción acaban condenados al fracaso (Lucchini,1993; Valverde,1988; Schibotto,1990; Yoldi,1992).

Como hemos visto antes, los conceptos de marginalidad y exclusión social, en sus diversas acepciones y desde diferentes perspectivas teóricas, suelen definirse en términos negativos privilegiando los límites de la participación de los *sujetos frágiles* en diversas esferas de la vida social. El énfasis recae sobre los procesos que producen un alejamiento - en general no deseado - de las vías de inserción y espacios de socialización convencionales (es decir, tradicionalmente privilegiados por la sociedad), frente a los cuales casi desaparece la capacidad de acción de los sujetos.

No cuestionamos el hecho de que los jóvenes “en situación de riesgo social” suelen compartir una historia de desvinculación (y/o exclusión) de los espacios de socialización y núcleos de integración social tradicionales. Sin embargo, **partimos de la hipótesis de que ante la exclusión de diversas esferas de la vida social, y pese a la exposición a múltiples vectores de vulnerabilidad, muchos de estos jóvenes siguen buscando salidas y desarrollando estrategias de acción que posibilitan la construcción de modos alternativos de “inclusión” o, al menos, de participación social.**

La extensa bibliografía sobre niños, adolescentes y jóvenes en situación de riesgo social aborda esta cuestión – cuando lo hace - en términos de “estrategias de supervivencia”. Desde esta óptica, predomina una tendencia a reducir el campo de la acción a la esfera que Arendt (1993) denomina *labor*, la cual se reduce al mantenimiento del proceso de la vida, es decir, a los límites de la pura supervivencia.

Algunos autores amplían esta perspectiva situando los grupos en cuestión como actores sociales y resaltando que se organizan en colectividad de manera creativa para asegurar espacios de acogida, vida en grupo, actividades de ocio y de trabajo (Lucchini, 1993, Bucher, 1996; Graciani, 1999; Almeida et al.,1998). En este contexto, desarrollan estrategias de supervivencia en las que se mezclan cooperación y desconfianza, afecto y violencia, la dimensión lúdica y la transgresión con la búsqueda de la satisfacción de sus necesidades básicas tanto desde el punto de vista material, como social, simbólico y afectivo. Pensamos que los diversos modos en que esta organización se produce y la pluralidad de estrategias que se ponen en juego son fundamentales en la determinación de la heterogeneidad de los perfiles y prácticas de los jóvenes en procesos de exclusión social en Brasil.

En este sentido, este trabajo se ha centrado en **la dimensión potencialmente creativa de la “situación de riesgo”. La noción de riesgo se toma aquí como un concepto de orientación práctica, íntimamente vinculado a la posibilidad de acción y transformación.** Asumimos que:

“lo propio de una situación de riesgo es que se abre a la definición de una línea de acción que niega que el daño a que nos exponemos sea una maldición contra la que nada se puede, certificando así la impotencia humana. El riesgo es siempre una llamada a la acción y, por ello, es muestra de la confianza en la capacidad humana de actuar con eficacia en el mundo” (Ramos Torre, 1998, pp.13,14).

Basándonos en proposiciones desarrolladas por el enfoque histórico-cultural del desarrollo humano (Vygotsky,1983; 1984; Luria, 1975; Leontiev, 1972; Werscht, 1981) partimos del supuesto de que los límites que el sujeto encuentra en las relaciones sociales promueven el desarrollo de estrategias alternativas (individuales y colectivas) de enfrentamiento y superación de dificultades. Las posibilidades de éxito o fracaso de dichas estrategias están determinadas en gran medida por el modo en que se produce la interacción con diversos “otros sociales”, que posibilitan la apropiación cultural y la construcción de nuevos recursos mediacionales. Desde esta perspectiva, la plasticidad

humana y la capacidad de agencia del sujeto dependen ampliamente de las mediaciones en juego. Asumimos la idea de que el ser humano dispone de alternativas y posee una autonomía relativa de elección y capacidad de acción limitadas por los sistemas normativos y por su situación social concreta (Heller, 1970).

Hemos destacado que la exclusión social no se padece de modo súbito, sino que es fruto de procesos en los que intervienen vectores de vulnerabilidad muy diversos, de manera que en el camino que conduce de la integración a la exclusión social” *las combinaciones sociales son muy numerosas y pueden dar lugar a trayectorias finales distintas en individuos que parten de similares condiciones iniciales*” (Tezanos, 1999, p.42).

La experiencia de intervención con jóvenes que viven en situación de pobreza en el Distrito Federal nos condujo a indagar por qué ante condiciones materiales de existencia aparentemente muy similares se desarrollaban estrategias tan diversas como, por ejemplo: la adopción de prácticas ilícitas y/o violentas como modalidad de “inclusión marginal” privilegiada; la salida hacia la calle y la conversión de este territorio en espacio de residencia o la búsqueda de un empleo formal y un esfuerzo orientado a construir lazos sociales en la comunidad.

Consideramos que el análisis de los factores que influyen en la “elección” de caminos tan distintos puede ofrecer importantes elementos para formular políticas y programas de acción dirigidos a prevenir “riesgos sociales” (vectores de vulnerabilidad) y a promover la inclusión social de jóvenes en procesos de desafiliación. Coincidimos con Castel (1992) en que sería un error limitar las intervenciones sociales a operaciones de inserción (o “re” inserción) destinadas a quienes ya están muy desvinculados, aunque ésta sea una labor fundamental. Es necesario intervenir remontando el proceso en la zona de vulnerabilidad, puesto que es precisamente en este espacio donde se alimentan las dinámicas que conducen a la exclusión social entendida como condición. La intervención en esta zona supone sustituir una perspectiva reparadora o paliativa por un enfoque preventivo.

Por eso, reiteramos las palabras de Tezanos (1999),

“ La exclusión social, pues, debe ser entendida como la etapa final de procesos subyacentes bastante complejos, de los que nadie puede quedar totalmente prevenido en una sociedad de riesgo. Por ello, un estudio riguroso sobre este tema no debe abordarse fijando la atención simplemente en aquellos que han llegado a las estaciones finales del itinerario, sino que debe atender a toda la trayectoria social, profundizando en el estudio de la verdadera naturaleza de los procesos de exclusión social, en las circunstancias que los alientan, en los factores que los pueden compensar, en los riesgos de entrar en el túnel y, sobre todo, en el contexto de actitudes y opiniones que rodean el fenómeno. Hay que atender, por tanto, a la manera en que se vive la exclusión y, al mismo tiempo, a los riesgos de llegar a ella, a las percepciones y temores de

todos los que pueden encontrarse en el camino, a la manera en la que evoluciona la lógica “ellos-nosotros”, a la difusión de sentimientos de vulnerabilidad, a la capacidad efectiva que tendrán en el futuro los lazos familiares para atribuir posiciones y rangos sociales, a las demandas de seguridad social, a la evolución de las predisposiciones hacia la solidaridad recíproca” (p.43)

De acuerdo con esta perspectiva, hemos planteado como **objetivo general de nuestra investigación conocer los principales elementos que configuran los procesos de exclusión e inclusión social en tres grupos de jóvenes que viven en situación de pobreza en el contexto urbano de Brasilia, Distrito Federal: jóvenes que viven en las calles del centro de la ciudad (popularmente conocidos como población “de” o “en” la calle), jóvenes que residen en la periferia del Distrito Federal y jóvenes institucionalizados por haber cometido delitos violentos. Para ello, pondremos el énfasis, por un lado, en los vectores de vulnerabilidad a los que se enfrentan y, por el otro, en la dimensión potencialmente creativa de la situación de riesgo.** Dicho objetivo implica **identificar los grandes ejes estructurantes de las trayectorias de vinculación y desvinculación social de los jóvenes, así como los procesos de significación subyacentes.**

El análisis y la especificación de estos procesos pretende **comprender mejor la heterogeneidad de los perfiles, de las prácticas y de las construcciones simbólicas de jóvenes brasileños en procesos de exclusión social que frecuentemente son homogeneizados por la categoría “en situación de riesgo”.** No pretendemos establecer ningún tipo de tipología. Tampoco nos dedicaremos a hacer un estudio comparativo en el sentido más estricto del término. Apoyándonos en el esquema analítico propuesto por Castel (1991;1995), nos propusimos **identificar los principales factores que han condicionado la eventual transición de los jóvenes de una zona a otra del continuum que va de la integración a la exclusión social, contemplando las modalidades de “inclusión marginal” privilegiadas por los sujetos.**

A partir de un estudio idiográfico e intensivo de trayectorias de exclusión e inclusión social que condujeron a posiciones heterogéneas desde puntos de partida similares – y, en particular, de los procesos de producción de sentido – pretendemos identificar las vulnerabilidades de los colectivos investigados teniendo en cuenta las posibilidades de tránsito de los grupos en cuestión entre las distintas posiciones (categorías) que les diferencian. Ello supone indagar hasta qué punto dichas vulnerabilidades son específicas y en qué dimensiones dichas trayectorias se entrecruzan y se apartan (¿En los riesgos a los que están expuestos? ¿En los recursos a

los que tienen acceso? ¿En el desarrollo de estrategias para hacer frente al riesgo? ¿En los procesos de producción de sentido?).

Entendemos que comprender los aspectos relacionados con la incidencia de pautas comunes, así como de diferencias en las trayectorias de exclusión e inclusión social es imprescindible para promover acciones **de resiliencia**³⁰ entre jóvenes en procesos de desafiliación social. Esta reflexión pretende favorecer la delimitación de distinciones más finas entre algunos de los grupos que componen la gran categoría “exclusión social”. Con ello aspiramos contribuir a la formulación de estrategias de intervención que eviten enfoques monolíticos, estáticos y estigmatizadores.

Por tanto, a través de este ejercicio analítico esperamos revisar críticamente algunas de las categorías y criterios que suelen fundamentar las intervenciones dirigidas a los colectivos estudiados, ofreciendo elementos para elaborar líneas de acción que atiendan sus necesidades. Al poner el acento sobre diferentes procesos que se producen a partir de la zona de vulnerabilidad social defendemos la necesidad de complementar las denominadas políticas de inserción – tentativas de reparación de los vínculos sociales cuando éstos se han roto o deteriorado – con las políticas denominadas de integración, dirigidas a mantener o reforzar la solidaridad social (Castel, 1992).

Tomando como referencia central aportaciones de Robert Castel, Pierre Bourdieu y Berger y Luckman, hemos construido una aproximación analítica que pretendía conocer los elementos que configuran la exclusión social en la biografía de estos jóvenes a través del estudio de sus trayectorias de vinculación y desvinculación con relación a los siguientes ámbitos: **la familia, la comunidad, la calle, la escuela, el trabajo y el ámbito jurídico-institucional** (instituciones de “(re)” integración social destinadas a jóvenes “en situación de riesgo social”).

La elección de estos ámbitos se justifica por diversos motivos. La familia, la comunidad, la escuela y el trabajo han sido considerados tradicionalmente “marcos sociales integradores” fundamentales para propiciar “densidad moral” y cohesión social, como ya manifestaba Durkheim. Hemos visto que el trabajo y el eje relacional (vínculos familiares y sociocomunitarios) han sido los dos ámbitos de la vida social sobre los que se han centrado las principales teorías contemporáneas sobre la exclusión social. Este argumento, de por sí, justifica la consideración de ambos ejes.

³⁰ El concepto de resiliencia se refiere a la capacidad de resistencia de un individuo frente a la vivencia de acontecimientos adversos en su trayectoria vital, cuya intervención minimiza las consecuencias negativas que dichos eventos podrían tener para su proceso de desarrollo (Rutter,1990; Casas,1998; Assis,1999; Vicente, 1998).

Teniendo en cuenta que nuestro estudio se dirige a la juventud, analizar la relación de los jóvenes con el ámbito educativo era una tarea ineludible. En primer lugar, por el papel atribuido a la educación como vía para asumir la ciudadanía. En íntima relación con lo anterior, porque el acceso al trabajo suele estar fuertemente condicionado por el capital cultural obtenido (o no) a lo largo de la trayectoria educativa de aquél que demanda trabajo. A ello se suma la necesidad de estudiar cómo la institución escolar contribuye a la producción y reproducción de las desigualdades sociales impulsando dinámicas excluyentes y favoreciendo la cristalización de fronteras en el espacio social (Bourdieu, 1994).

La consideración de la calle y del ámbito jurídico-institucional se debe a la centralidad de dichos espacios en la trayectoria vital de algunos de los sujetos de nuestro estudio. Y, evidentemente, al hecho de que en estos ámbitos se inscriben territorialmente dos de los grupos de jóvenes que vamos a estudiar. Coincidimos con Berger y Luckmann (1968) en que el marco de la vida cotidiana es la base para construir un mundo intersubjetivo común que permite establecer una correspondencia entre los significados propios y los de los demás. De ahí se desprende la necesidad de investigar los principales escenarios en los cuales transcurre la vida cotidiana de los jóvenes.

Además, la calle suele ser el espacio por excelencia de relación con el grupo de pares, aspecto fundamental para cualquier estudio relacionado con la juventud. A su vez, el ámbito jurídico-institucional tiene un interés particular debido a su paradójica función de ejercer control social (ligada a dispositivos y prácticas excluyentes como, por ejemplo, el confinamiento) y, a la vez, “re” insertar socialmente a aquéllos que las propias instituciones a menudo ayudan a excluir, como pone de manifiesto, entre muchos otros estudios, el magistral análisis realizado por Foucault en “*Vigilar y Castigar*”.

Optamos por centrarnos especialmente en dos cuestiones: los procesos que tienen lugar en la esfera de la sociabilidad y la forma en que diferentes instituciones intervienen (y/o supuestamente pueden intervenir) en las trayectorias de vinculación y desvinculación social de los jóvenes. En este sentido, los ámbitos mencionados pueden agruparse en dos grandes ejes según el tipo de relación predominante que los jóvenes han establecido con cada una de estas dimensiones: el eje de las redes de sociabilidad primarias (familia, comunidad y calle) y el eje institucional (escuela, trabajo e instituciones de (re) integración social), aunque evidentemente la dimensión relacional también está presente en el eje institucional.

Hemos planteado que los procesos de toma de decisiones que tienen lugar en el nivel institucional, político e ideológico son fundamentales para determinar sobre qué colectivos se canalizan las dinámicas excluyentes, así como el tipo de medidas que se van a poner en marcha para hacerles frente. Por consiguiente, comprender el papel que juegan las instituciones en la configuración de las trayectorias de exclusión e inclusión social de los jóvenes se impone como una tarea fundamental. Es imprescindible considerar la dimensión institucional para entender los complejos mecanismos a través de los cuales las instituciones contribuyen a la creación de estigmas, a la producción y reproducción de la estructura del espacio social y de sus fronteras. Y, por otro lado, para posibilitar una valoración de su potencial a fin de ampliar la participación social de los jóvenes y la asunción de una ciudadanía más plena.

El eje de la sociabilidad es igualmente relevante para comprender los procesos de construcción de la ciudadanía y/o de (des)ciudadanización de los jóvenes. El análisis de las relaciones que se establecen entre los sujetos implicados en procesos de desafiliación social y el resto de la sociedad es crucial para entender las dinámicas que están impulsando la fragilización y/o la ruptura de los vínculos sociales.

Por otra parte, ante el vacío de protección estatal e institucional para hacer frente a las vulnerabilidades de la exclusión, el eje relacional (y en particular las redes de sociabilidad primarias) suele ser la base privilegiada para el desarrollo de estrategias alternativas que amortiguen los riesgos de la existencia de los *sujetos frágiles* y hagan viable su participación social en diferentes ámbitos. Además, el debilitamiento del vínculo societario hace que sea en los espacios en que se enmarca la vida cotidiana de los jóvenes donde se desarrollen formas sustitutivas de socialización y se establezcan vínculos particulares (aunque restringidos a pequeños grupos o sujetos específicos) como forma de supervivencia social.

Por todo ello, pensamos que el estudio de las dinámicas que tienen lugar en lo que hemos denominado el “eje institucional” y el “eje de la sociabilidad” es un paso obligatorio para comprender los éxitos y fracasos de estrategias de acción individuales y colectivas en su confrontación con la exclusión social, así como de los dispositivos institucionales supuestamente orientados a favorecer la inclusión social.

Analizaremos la exclusión social no sólo como una condición, sino especialmente **como un proceso que implica vectores de vulnerabilidad múltiples suscitando trayectorias de fragilización, precarización y ruptura de vínculos** (Castel, 1991; 1995; Escorel, 1998a). El énfasis en la dimensión procesual pretende

evitar dicotomías estáticas que consideramos de escaso valor analítico -como dentro/fuera, incluido/excluido- y subraya la posibilidad de coexistencia de múltiples gradaciones de inserción en diversas esferas de la vida social susceptibles de cambiar a lo largo del tiempo. Pretendemos poner el acento sobre la multiplicidad de formas en que dicho proceso se expresa.

Analizar los procesos de significación subyacentes en los movimientos de una zona a otra del “*continuum*” que va desde la integración hasta la exclusión social – incluyendo las modalidades de “inclusión marginal” privilegiadas por los jóvenes - posibilita la comprensión del lugar atribuido a cada uno de los ámbitos estudiados como núcleos capaces de propiciar y fortalecer el vínculo social. Asimismo, permite entender la percepción subjetiva de los procesos de exclusión de dichos espacios. Ello nos supuso un esfuerzo de tránsito entre los aspectos que han propiciado el debilitamiento o el establecimiento del vínculo social – tanto desde el punto de vista material como simbólico - en los tres niveles señalados por Xiberras (1993): vínculos societarios, comunitarios e individuales.

La adopción de una perspectiva psicosociológica pretendió evitar el riesgo de la fetichización de la idea de exclusión y del reduccionismo interpretativo que elude las mediaciones que se producen entre la esfera económico-ocupacional y otras dimensiones de la vida social e impide, por ejemplo, reconocer que algunas de las personas que podrían ser categóricamente caracterizadas como excluidas, pueden considerarse a sí mismas subjetivamente incluidas (Martins, 1997). Así, el análisis realizado privilegia el punto de vista de los actores sociales involucrados en dichos procesos y la interpretación que hacen de éstos.

Desde esta óptica, será el análisis de los discursos producidos por los jóvenes - con especial hincapié en las categorías verbales que utilizan - lo que nos permitirá dibujar un cuadro del modo en que conciben y explican los procesos de exclusión e inclusión social, las esferas de la vida social privilegiadas en la tematización del fenómeno y los significados que asumen para los colectivos en cuestión.

El acercamiento a dichos discursos pretende observar, en la medida de lo posible, la relación entre los condicionantes macroestructurales de los procesos estudiados, las condiciones materiales de existencia de los jóvenes y los significados implicados en la interpretación que hacen de sus trayectorias vitales y perspectivas de futuro.

El análisis de las trayectorias vitales aspira subrayar **la complejidad de la red de relaciones entre diferentes territorios, instituciones, prácticas, actores sociales y procesos de significación**. Suponemos que es precisamente la articulación de dichos elementos lo que **puede actuar como motor de procesos de (des)ciudadanización, así como contribuir a la configuración de nuevos espacios de producción ciudadana para la juventud**. De ahí el interés por un estudio intensivo de historias de vida que parten de una situación de vulnerabilidad social similar y desarrollan (o vislumbran) formas diferenciadas de participación social.

Cualquier análisis que pretenda contribuir a la formulación de estrategias efectivas a fin de afrontar los procesos de exclusión social exige la comprensión del contexto en que este fenómeno se produce. En consecuencia, para comprender la génesis, los significados, las funciones y las consecuencias de tales procesos - y de la propia definición de lo que es exclusión social - tenemos que analizar el fenómeno en el marco de los valores y normas que definen a una sociedad y/ o un grupo social, histórica y culturalmente situados.

Desde esta perspectiva, en lo que concierne a cada uno de los ámbitos contemplados por nuestro estudio, nos dispusimos a analizar:

- 1. Los significados atribuidos a cada ámbito, la relación de éstos con las prácticas privilegiadas por los jóvenes y cómo ello se articula con la exclusión y la inclusión social**
- 2. La densidad del vínculo que los jóvenes han establecido con cada ámbito**
- 3. Los principales vectores de vulnerabilidad asociados a cada ámbito**
- 4. Las estrategias de acción (individuales y/o colectivas) desarrolladas ante la percepción de riesgo personal y social**
- 5. Los factores materiales, simbólicos y sociales asociados al establecimiento, la preservación y el fortalecimiento del vínculo con cada ámbito**
- 6. Los factores materiales, simbólicos y sociales asociados a procesos de fragilización y/ o ruptura del vínculo con cada ámbito**
- 7. Las experiencias de violencia asociadas a cada ámbito**
- 8. Las consecuencias de los procesos de vinculación y desvinculación con los distintos ámbitos en la sociabilidad y solidaridad social**

El análisis de los elementos que han estructurado las trayectorias de los jóvenes en cada ámbito supuso recorridos teóricos específicos más allá de la bibliografía explícitamente relacionada con la exclusión social. Por ello, en la presentación de

nuestros resultados desarrollaremos algunos planteamientos teórico-conceptuales que no aparecen en los capítulos dedicados a la teoría. Cuando no sea imprescindible para comprender la discusión de los datos, estas lecturas más específicas quedarán en el trasfondo del análisis realizado. En todo caso, puesto que las bases teóricas de nuestra investigación han sido presentadas de modo extenso en la primera parte de esta tesis, privilegiaremos estudios de carácter más empírico (y, en especial, investigaciones llevadas a cabo en Brasil) al discutir los resultados obtenidos.

El análisis de las trayectorias de vinculación y desvinculación de los jóvenes con los ámbitos especificados busca una mayor comprensión de los siguientes aspectos:

- 1. Los elementos definitorios de la exclusión/inclusión social desde el punto de vista de los jóvenes, las topologías simbólicas del espacio social presentes en sus discursos y su sentido de ubicación en el tejido social**
- 2. Los factores estructurales y simbólicos que favorecen la fragilización de los vínculos sociales de los jóvenes o imposibilitan su consolidación**
- 3. Los espacios y agentes sociales que les han ofrecido soporte material y sociosimbólico a lo largo de sus procesos de socialización funcionando como fuentes de apoyo y protección, unidades de pertenencia y núcleos de “integración” social (así como los que potencialmente pueden hacerlo)**
- 4. Los principales aspectos implicados en la construcción de modos de participación social alternativos y redes de sociabilidad paralelas a la experiencia normativa e institucional**
- 5. Cómo la violencia afecta los procesos de vinculación y desvinculación de los jóvenes en relación con diferentes ámbitos de la vida social**

Las diversas dimensiones que hemos definido como componentes de los procesos de exclusión social (económica, política, cultural, territorial, vida, etc.) orientan el análisis de cómo este fenómeno se concreta en los distintos ámbitos de la vida social de los jóvenes. Siempre que sea posible, pondremos de relieve las articulaciones entre dichas dimensiones. Para ello, nos apoyaremos especialmente en algunas aportaciones de Bourdieu. De este autor, asumimos la concepción de las posiciones sociales y del propio espacio social como conceptos relacionales.

Según Bourdieu (1994), los agentes sociales (sean individuos o grupos) “*existen y subsisten en y por la **diferencia**, es decir en tanto que ocupan **posiciones relativas en un espacio de relaciones**” (p.47). A su vez, el espacio social se entiende como una estructura de posiciones diferenciadas, definidas por el lugar que cada agente ocupa en*

la distribución de especies específicas de capital (simbólico, cultural, económico, político, social), así como del volumen de su capital global. Desde este enfoque, todas las sociedades deben analizarse como estructuras de diferencias, cuyo principio generador “*no es más que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital eficientes en el universo social considerado*”, las cuales cambian en cada contexto social específico y en diferentes momentos históricos (p.49).

Toda vez que esta estructura puede modificarse, el dibujo de topologías que describen diferentes estados de las posiciones sociales permite fundamentar un análisis dinámico de los mecanismos ligados a la reproducción y al cambio del espacio social. Una de las claves fundamentales de esta perspectiva dinámica es la concepción del espacio social como un campo de fuerzas. En este campo se producen luchas en las que los agentes se enfrentan con medios y fines distintos según la posición que ocupan en el espacio social, contribuyendo así a conservar o a transformar su estructura. Este enfoque supone que los desplazamientos en el espacio social - es decir, las tomas de posición posibles - se tienen que considerar dentro de un campo de poder. El campo de poder es definido como

“el espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital o, con mayor precisión, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente y cuyas luchas se intensifican todas las veces que se pone en tela de juicio el valor relativo de los diferentes tipos de capital (por ejemplo la tasa de cambio entre el capital cultural y el capital económico); es decir, en particular cuando están amenazados los equilibrios establecidos en el seno del campo de las instancias específicamente encargadas de la reproducción del campo del poder” (Ibíd.: pp.50,51).

La posición ocupada en la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital condiciona y ordena las representaciones del espacio social y las tomas de posición en las luchas dirigidas a su reproducción o transformación. Se supone que la proximidad de las posiciones sociales y también de las disposiciones y de los intereses asociados a estas posiciones, favorece el reconocimiento mutuo, el acercamiento y la cohesión grupal. En cambio, la diferenciación propicia antagonismos y enfrentamientos. Cuando los sujetos (en los términos de Bourdieu, agentes) incorporan la estructura de las diferencias objetivas que configuran el espacio social entra en juego un “*principio*

de visión y división” que pasa a estructurar sus percepciones. En estas circunstancias, la diferencia se convierte en signo de distinción³¹.

“...una vez que los sistemas simbólicos derivan sus estructuras de la aplicación sistemática de un simple principium divisionis y pueden así organizar la representación del mundo natural y social dividiéndole en términos de clases antagónicas, una vez que aportan tanto el significado como un consenso en relación con el significado.... se encuentran predispuestos por su propia estructura a llenar funciones simultáneas de inclusión y exclusión, asociación y disociación, integración y distinción. (Bourdieu, 1971, citado por Volpi, 2001, p.47, traducción de la autora).

Aquí entra en juego la relación entre la estructura del espacio social, las disposiciones (o *habitus*) de los agentes sociales y las tomas de posición posibles en los diversos ámbitos de la práctica. El *habitus* consiste en un sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes constituido socialmente que es adquirido por la práctica y orientado para las funciones prácticas (Bourdieu, 1980a). Se trata de un sistema de estructuras cognitivas y motivacionales (esquemas de percepción, pensamiento y acción) que se incorporan en cada organismo como disposiciones duraderas estructurando las prácticas individuales y colectivas y delimitando (de modo condicionado pero no determinado) lo “posible” y lo “imposible” mediante el asentamiento de un sentido práctico que actúa como base de los procesos semióticos (García Selgas, 1995).

Desde esta óptica, la exclusión y la dominación no se pueden entender simplemente como efectos directos del monopolio de capital o de la acción ejercida por un conjunto de agentes investidos de poderes de coacción. Para comprender dichos procesos también es necesario observar los efectos indirectos de un conjunto de mecanismos y acciones que se producen en una compleja red de coacciones cruzadas que articulan lo simbólico y lo estructural, como hemos visto al analizar el concepto de violencia simbólica.

Este enfoque posibilita la superación de lecturas que tienden a determinismos sociológicos o psicológicos, al sobrevalorar las estructuras o los procesos de producción de sentido. Esta superación se debe a la relación que establece entre la organización interna del campo simbólico con su función ideológico-política de legitimación de un orden arbitrario:

³¹ Aquí el término distinción tiene un sentido similar al que hemos utilizado hasta ahora para la noción de diferencia al distinguirla de la idea de desigualdad.

“.....como una estructura estructurada, ella (la cultura dominante) reproduce bajo una forma transfigurada y, por tanto, irreconocible, la estructura de las relaciones socio-económicas prevalecientes que, como estructura estructuranteproduce una representación del mundo social inmediatamente ajustada a la estructura de las relaciones socioeconómicas que, a partir de entonces, pasan a ser percibidas como naturales y, por tanto, a contribuir a la conservación simbólica de las relaciones de fuerza vigentes” (Bourdieu, 1971, citado por Volpi, 2001, p.47, traducción de la autora).

Los planteamientos de Bourdieu indican, pues, la importancia del análisis de los dispositivos que sostienen la creación y el cambio de los aparatos de producción y reproducción simbólica y social. En este sentido, nos interesa investigar cómo dicha función ideológico-política de legitimación de un orden arbitrario opera en el discurso de los jóvenes sobre la exclusión social. Por tanto, el análisis de sus representaciones simbólicas exige prestar atención a los procesos de reproducción ideológica impuestos implícitamente por los aparatos de conservación cultural (Volpi, 2001).

Ello nos obliga a insertar las prácticas estudiadas en un campo de poder. Por consiguiente, el análisis realizado incluirá una consideración de los juegos de fuerza y de los mecanismos implicados en la distribución de distintos tipos de capital entre los agentes sociales, confiriéndoles signos de distinción y condicionando sus espacios de posibilidad, es decir, las tomas de posición posibles en el espacio social.

Coincidimos con Bourdieu (1994) en que las diferencias en las posibilidades de consumo y estilos de vida, apropiaciones de bienes y servicios escasos, y, en última instancia, de acceso a diferentes tipos de derechos están directamente relacionadas con el monopolio de las diversas especies de capital. Pero, como advierte el propio autor, la ciencia social *“en cada caso ha de **construir y descubrir** (más allá de la oposición entre el construccionismo y el realismo) el principio de diferenciación que permite re-engendrar teóricamente el espacio social teóricamente observado”* (p.48).

Bourdieu atribuye un peso particularmente importante al capital cultural y al capital económico como principios de diferenciación fundamentales que orientan la distribución de los agentes en el espacio social. En nuestro caso, en lugar de asumir cualquier presupuesto apriorístico, hemos preferido guiar nuestro acercamiento a los datos recogidos por las siguientes preguntas: ¿Qué tipos de capital intervienen de modo más significativo en las trayectorias de exclusión e inclusión social de los jóvenes? ¿Cómo influye eso en la consolidación de una ciudadanía fragmentada y jerarquizada en

Brasil? ¿Qué tipos de capital funcionan como elementos de distinción primordiales entre la juventud brasileña urbana? ¿Cómo eso se traduce en las relaciones con la alteridad?

No obstante, debido a su relevancia para el análisis de la solidaridad y de la cohesión social, desde un primer momento definimos el concepto de *capital social* (Bourdieu, 1980b) como una herramienta muy importante para analizar las trayectorias relacionadas por los jóvenes. El desarrollo del concepto de capital social y su actual influencia en el campo de las ciencias sociales está muy vinculado a los trabajos de Robert Putnam, James Coleman y Pierre Bourdieu. Sin embargo, en la actualidad parece que prevalecen los planteamientos realizados en el marco de la teoría de la elección racional. Por no coincidir con esta perspectiva, restringimos nuestro uso de dicho concepto a la definición propuesta por Bourdieu (1980b), según la cual el capital social:

*“es el conjunto de los recursos actuales o potenciales vinculados a la posesión de una **red duradera de relaciones** más o menos institucionalizadas de interconocimiento e interreconocimiento; o dicho de otro modo, a la **pertenencia a un grupo**, en tanto en cuanto que conjunto de agentes que poseen no sólo propiedades comunes ...sino que están también unidos por vínculos permanentes y útiles”* (pp. 83,84).

Bourdieu insiste en que estos vínculos no pueden reducirse a las relaciones objetivas de proximidad en el espacio físico-geográfico, ni siquiera en el espacio económico y social, pues se basan en intercambios que no pueden separarse desde un punto de vista material o simbólico. Por otro lado, la instauración y perpetuación de dichos vínculos supone el reconocimiento de tal proximidad. El volumen de capital social que una persona posee depende de la extensión de la red de vínculos que puede movilizar efectivamente, así como del volumen del capital global que cada uno de aquéllos a los que está vinculada dispone (Ibíd.).

Desde esta óptica, los beneficios materiales o simbólicos proporcionados por la pertenencia a un grupo están en la base de la solidaridad que los posibilita. La red de vínculos es el producto de estrategias de inversión social consciente o inconsciente que transforman relaciones contingentes (como, por ejemplo, las de vecindad) en relaciones necesarias y, a la vez, electivas. Estas relaciones implican obligaciones duraderas sentidas de modo subjetivo (asociadas a los sentimientos de gratitud, respeto, amistad, etc.), o bien garantizadas de modo institucional (como pueden ser los derechos) (Ídem, ibidem). Estos planteamientos indican la relevancia de analizar con mayor detenimiento

la calidad de los vínculos establecidos por los jóvenes en cada ámbito, (efímeros, duraderos, afectivos, instrumentales, de confianza, etc.) y la naturaleza de los recursos y soportes (materiales, sociales, afectivos, etc.) que estos confieren o niegan a los sujetos.

En el eje de la sociabilidad también haremos especial hincapié en la intersección entre las dimensiones relacional, cultural y simbólica de los procesos de exclusión social. Tal intersección nos conduce directamente al campo más propiamente psicosocial. En este campo adquieren importancia las representaciones colectivas y los procesos de categorización social, construcción de identidades y subjetivación (Jodelet, 1996; Xiberras, 1993; Casas, 1998). La cuestión central que nos hemos planteado en este punto remite a la dialéctica entre la heteropercepción y la autopercepción de “excluidos” e “incluidos”, es decir, el modo en que se configuran, se transforman y se traducen en acción en las interacciones sociales.

Investigaremos las formas en que la exclusión se manifiesta y es naturalizada en el marco de las interacciones sociales - y, más específicamente, en el intercambio de valores simbólicos- mediante la entrada en escena de estereotipos y prácticas como la discriminación, la segregación y la estigmatización. Este análisis pretende abarcar las distintas expresiones de debilitamiento o ruptura del vínculo social, incluyendo desde manifestaciones de hostilidad y agresiones abiertas, hasta los silenciosos procesos de ruptura de sentido analizados por Xiberras (1993).

Para dar cuenta de los procesos psicosociológicos de naturalización de tipificaciones excluyentes, nos apoyaremos especialmente en los planteamientos de Berger y Luckman (1968). Estos autores proponen un modelo de análisis fenomenológico de la vida cotidiana a partir de una perspectiva dialéctica de la vida social. Al analizar los procesos de construcción social de la realidad hacen una distinción analítica entre la sociedad como realidad objetiva (deudora de la idea de facticidad durkheimiana) y la sociedad como significado subjetivo (deudora de la tradición weberiana).

Plantean que el mundo de la vida cotidiana que se origina en los pensamientos y acciones humanas es construido y sustentado como real por los hombres. Los fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana consisten en las objetivaciones de los procesos (y significados) subjetivos con los que se construye el mundo intersubjetivo del sentido común. Argumentan que la interacción social y, en particular, la interacción cara a cara pone en marcha esquemas tipificadores recíprocos que orientan las percepciones del “otro” y, en consecuencia, las acciones y reacciones de

los sujetos en escena: “...’lo que soy yo’ no está tan a mi alcance.... esta reflexión sobre mí mismo es ocasionada típicamente por la actitud hacia mí que demuestre el otro. Es típicamente una respuesta de “espejo” a las actitudes del otro” (Ibíd., pp. 47,48).

La base de estas tipificaciones es el lenguaje, entendido como un sistema de signos objetivado que marca las coordenadas de la vida en sociedad. El lenguaje proporciona las objetivaciones indispensables para llenar la vida social de objetos significativos y dispone el orden en el cual éstas adquieren sentido. Este sistema de signos objetivado posibilita un conocimiento social compartido, así como la negociación de los esquemas tipificadores recíprocos en la interacción.

La sociedad entendida como realidad objetiva se basa en el proceso que estos autores denominan institucionalización. La institucionalización se define como la reproducción de tipificaciones recíprocas de acciones habituales repetidas por cierto tipo de actores. Una vez institucionalizados, los universos simbólicos se sostienen por procesos de legitimación. Desde esta óptica, la estructura social es la suma total de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción que establecen.

A su vez, la sociedad como realidad subjetiva - cuya existencia depende de la conciencia de los sujetos - es fruto de los procesos de socialización en los que tiene lugar la internalización de las construcciones sociales de la realidad. En la socialización primaria la identificación con los “*otros significativos*” posibilita la emergencia del “*otro generalizado*” mediante un proceso de abstracción de los roles y actitudes aprehendidos en la interacción con los otros significativos. En la socialización secundaria se produce la internalización de los “submundos institucionales”.

Basándonos en este enfoque, asumimos que el hombre crea instituciones, puesto que las interpreta, desconstruye y reconstruye. Pero simultáneamente es condicionado por ellas. Además, las reproduce y legitima a lo largo de sus procesos de socialización. Estos planteamientos nos ayudan a comprender la producción y reproducción social e histórica de valores colectivos y convenciones que acaban por convertirse en exigencias para la vida en sociedad, sirviendo de fundamento para prácticas excluyentes.

Retomando nuestra propuesta analítica desde una perspectiva global, intentaremos contemplar la pluralidad de significados atribuidos a cada esfera de la vida social indagando sobre una posible relación entre inscripción territorial privilegiada por los jóvenes, tipo de vinculación establecida con cada ámbito y percepción de éstos como espacios capaces de potenciar sus posibilidades de participación social. Suponemos que la polisemia ligada a los ámbitos estudiados se vincula a los múltiples

usos que los sujetos hacen de estos espacios y, en especial, a las principales prácticas que han desarrollado en ellos en cada momento de sus trayectorias vitales. Cuando nos referimos a la inscripción territorial privilegiada por los jóvenes, adoptamos la concepción de territorio planteada por Guattari y Rolni (1986), según la cual:

“El territorio puede ser relativo tanto a un espacio vivido como a un sistema percibido en el seno del cual un sujeto se siente “en su casa”. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación cerrada sobre sí misma. Es el conjunto de los proyectos y de las representaciones hacia los cuales van a derivar pragmáticamente toda una serie de comportamientos, de inversiones en los tiempos y espacios sociales, culturales, estéticos y cognitivos”(p.323, traducción de la autora).

Consideramos que la atribución de significados diferenciados a los ámbitos analizados puede ser muy reveladora de las singularidades de los procesos de exclusión e inclusión social de los sujetos de los tres colectivos estudiados. En lo que concierne específicamente a la cuestión de la violencia, nos preguntamos en qué medida la heterogeneidad de las trayectorias de exclusión implica diferentes experiencias de violencia (en cada territorio y grupo) y la atribución de sentidos diversos a dichas experiencias.

Pero el interés por la polisemia presente en el discurso de los jóvenes va más allá de la posibilidad de dibujar trayectorias individuales o colectivas heterogéneas. Radica especialmente en las pistas que ofrece sobre la percepción de los ámbitos en cuestión como espacios de acceso a recursos de diferente índole para hacer frente a situaciones de riesgo y vulnerabilidad.

En cuanto a las posibilidades de acción de los sujetos ante situaciones de vulnerabilidad, el concepto de estrategia cobra especial relevancia en este estudio. Este concepto es objeto de distintos usos en las ciencias sociales. Partimos de una definición amplia del término que, sin embargo, ubicaremos en una concepción de la acción diferenciada de la del autor que la propone. En principio, tomamos de Gil Calvo (1993) la siguiente definición: *“en términos generales, por estrategia puede entenderse toda selección de cursos alternativos de acción (recursos tácticos) por su virtualidad para producir resultados futuros (objetivos estratégicos) en situaciones de incertidumbre”* (p. 14).

Según esta definición, para que podamos hablar de estrategia es necesario que haya la presencia de tres aspectos: una situación de incertidumbre, la existencia de un margen de elección, es decir, de un abanico de posibilidades en tanto que oportunidades abiertas a la acción y unos objetivos definidos -o sea, intencionalidad - sea cual fuere el

criterio y la coherencia de su definición. En cualquier caso, el desarrollo de estrategias suele implicar un mecanismo de evaluación tanto de las posibilidades como de las consecuencias resultantes de la utilización de los recursos disponibles en el contexto de las relaciones intersectoriales (Bercovich, Dellasoppa y Arriaga, 1998).

El interés de este concepto reside en que nos permite tender puentes entre perspectivas frecuentemente contrapuestas, contribuyendo a superar algunas dicotomías como, por ejemplo, las explicaciones de los fenómenos sociales como un producto de las mentalidades o como un efecto de las estructuras. En la medida en que relaciona la búsqueda de objetivos ligados a la “*intencionalidad de las mentalidades*” con los recursos de que se dispone en el plano estructural, el concepto de estrategia permite articular ambas perspectivas (Gil Calvo, 1993). Planteamos que la disyuntiva entre aspiraciones y posibilidades concretas permitidas por el sistema social es lo que dinamiza la acción. Desde esta óptica, la noción de factibilidad de la acción aparece como el elemento que posibilita combinar la dimensión procesual con la dimensión estructural, la capacidad de agencia del sujeto con los límites y constricciones impuestos por la estructura social.

Por otra parte, entendemos que la implicación psicosocial de los jóvenes en la construcción del significado de sus prácticas adquiere sentido a partir de la relación establecida entre los recursos materiales, simbólicos y sociales a los que ellos tienen acceso (o no) en diferentes contextos, su actuación en estos contextos y las significaciones subjetivas (e intersubjetivas) que derivan de esta relación. Por tanto, pretendemos vincular los aspectos subjetivos de la interacción social a constelaciones más amplias de la experiencia social (factores políticos, económicos, organización social y de la cultura) que inciden sobre sus procesos de socialización y en la configuración de sus trayectorias de exclusión e inclusión social.

Como premisas fundamentales situamos la socialidad y la historicidad como constitutivas de la humanidad misma: “*El homo sapiens es siempre, y en la misma medida, homo socius.*” (Berger y Luckmann, 1968, p. 72). Esta perspectiva exige imbricar al sujeto dialécticamente, desde el inicio de su ontogénesis, en el contexto histórico, socio-simbólico y estructural en el cual se constituye. Partimos del supuesto de que este contexto ofrece las reglas para su subjetivación a través de los procesos de socialización que permiten la apropiación de diferentes tipos de capital (cultural, simbólico, social etc.) y ponen en juego los significantes y los significados que permiten al sujeto otorgar sentido al mundo, a sí mismo y a sus acciones.

Este enfoque supone que el sentido de la acción (discursiva o no) se construye a través de un proceso de interpretación basado en significados socialmente compartidos e históricamente configurados, así como mediante las versiones que los actores realizan sobre su propia acción (Crespo, 1991). En este sentido, *“las claves de interpretación no son las vivencias personales sino los procedimientos sociales de adscripción de sentido. Estos procedimientos, y las reglas que los regulan, están abiertos al cambio y a la negociación, en virtud de las pretensiones y poderes de los interactuantes”* (Ibíd., pp, 98,99).

En esta dirección, la noción de acción mediada desarrollada por Werscht (1993) fue una herramienta conceptual particularmente útil para el desarrollo de nuestro enfoque analítico. Dicha noción implica una referencia obligada a las prácticas de sujetos concretos y, a la vez, a los instrumentos y procesos mediacionales que se ponen en juego en la definición y realización de la acción. Desde este punto de vista, hablar de acción mediada supone contemplar las dimensiones social, histórica, cultural e institucional que inciden sobre la constitución, consolidación o transformación de prácticas sociales a través del análisis de los procesos mediacionales que intervienen en la interpretación simbólica de la realidad y en la definición de líneas de acción (Ibíd).

Por tanto, asumimos un enfoque que pretende comprender simultáneamente la producción social de significados y la dimensión activa de los sujetos (actores sociales) en la construcción de sus acciones y, en última instancia, de la realidad social. Dicho enfoque se construye sobre algunos presupuestos clave: la interacción dialéctica entre individuo y sociedad; el papel central de la acción, del lenguaje y de los procesos mediacionales en la construcción social de la realidad y del propio sujeto. Estos presupuestos ponen en primer plano la importancia de los procesos de socialización y de las condiciones materiales de existencia en los procesos de interpretación simbólica (producción de sentido) y en la definición de líneas de acción y subjetivación.

Así, la propuesta analítica desarrollada implica un intento de conciliar la dimensión procesual y la estructural para comprender la realidad social y los procesos de subjetivación (asumiendo una perspectiva que se opone a cualquier tipo de reificación de éstos). Pensamos que este esfuerzo es necesario para avanzar en el conocimiento de la tensión entre la dimensión normativa de la acción y las posibilidades de cambio.

En este sentido, esperamos que los resultados de nuestra investigación aporten elementos a la discusión de temáticas controvertidas como la capacidad de agencia, la reflexividad y la autonomía del sujeto (cuestiones que aún nos parecen mal articuladas

en el ámbito de la psicología social oscureciendo lo que se suele llamar “la dimensión social” del sujeto), aunque no vayamos a ocuparnos de dicho debate.

Por todo ello, a pesar de privilegiar la producción de sentido, en todo momento intentaremos no perder de vista un esfuerzo de articulación entre lo simbólico y lo estructural al analizar los factores de exclusión e inclusión social de los jóvenes. En consecuencia, la discusión de nuestros resultados implicará un tránsito constante entre el campo de los significados y las posibles condiciones de producción de las prácticas y de la posición relativa de los sujetos en el espacio social desde un punto de vista socioestructural.

5.1.DISEÑO Y DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA³²

Al buscar un enfoque que permitiera acercarnos a la complejidad y heterogeneidad de los procesos de exclusión e inclusión social, así como de las prácticas, construcciones simbólicas y perfiles de los jóvenes involucrados en estos procesos, hemos optado por trabajar con Estudios de Casos de miembros de los tres colectivos mencionados anteriormente. Una vez definida la población que íbamos a investigar, fue necesario tomar una serie de decisiones metodológicas relacionadas con múltiples niveles (epistemológico, técnico y operativo).

La primera decisión fue articular el proyecto de investigación con un proyecto de intervención denominado “*Companheiro do Menino*”, desarrollado por el Núcleo de Estudios y Atención a la Exclusión Social (NATEX), ONG en la que trabajo como psicóloga en Brasilia. Uno de los objetivos centrales del NATEX es que el espacio de intervención también sea una fuente de investigación, reflexión crítica y producción de conocimiento. Por tanto, dicha decisión era, en el fondo, una cuestión de coherencia y compromiso (social, político y afectivo) con un proyecto institucional más amplio. Además, tal decisión se basó en dos preocupaciones:

- Hacer viable la continuidad del trabajo tras mi regreso a España (evitando así cualquier posible relación “instrumental” con los sujetos en la que la intervención destinada a la recogida de datos no se ve acompañada por ningún tipo de seguimiento o devolución).

³² En el presente apartado me tomo la libertad de hablar en primera persona en diversos momentos, puesto que hago consideraciones que se refieren a una relación muy personal con ciertos contextos, sujetos y procedimientos.

- El interés en que los resultados de la investigación pudieran ofrecer elementos para elaborar nuevos proyectos de intervención y, a la vez, permitieran una evaluación crítica, sistemática y rigurosa del trabajo que ya estábamos realizando con los grupos estudiados.

De ahí ha derivado la **opción metodológica de realizar un estudio basado en una perspectiva cualitativa, idiográfica e intensiva centrado en dos grandes ejes: la intervención socioeducativa** realizada en tres ámbitos (calle, comunidad vinculada a alguna de las ciudades de la periferia de Brasilia e institución de “re” integración social para adolescentes “infractores”) **y las historias de vida** de miembros de los referidos colectivos. A partir de este momento, definimos que el proyecto sería un estudio de base empírica y de naturaleza dialógica centrado en la construcción colectiva, participativa y cooperativa del conocimiento. Este planteamiento estaba orientado, en última instancia, hacia el cambio subjetivo y social de los sujetos y contextos implicados en la investigación.

El interés por este enfoque residía principalmente en permitir que los jóvenes salieran de la posición de “objetos de estudio” para asumir un lugar de sujetos activos y reflexivos durante todo el proceso. De este modo, la idea era introducir en la investigación una apertura para la (re)significación de la propia historia de vida de los jóvenes, favoreciendo la reformulación de posiciones y la construcción de nuevos proyectos de vida.

El siguiente paso fue construir una guía con los ejes temáticos que pretendíamos abarcar en la investigación (véanse anexos). Esta guía tenía un carácter orientativo y flexible, ya que, desde un primer momento, teníamos clara la necesidad de estar permanentemente abiertos a los ajustes que el desarrollo de la investigación demandara (tanto en términos de métodos y técnicas como de la propia definición del objeto de estudio). Además, hemos optado por plantear un esquema lo más amplio posible, incluyendo todos los temas que podrían ser interesantes para la investigación. La idea era ir haciendo los cortes en la medida en que avanzáramos en la investigación empírica y en el trabajo de reflexión teórico-conceptual.

Los ejes temáticos se delimitaron para que hubiese una íntima conexión entre los dos núcleos del trabajo de campo: las actividades de intervención socioeducativas y la realización de entrevistas en profundidad de corte biográfico. Por eso, intentamos, hasta donde nos fue posible, que la propuesta de intervención abarcara los mismos temas que

íbamos a abordar en las entrevistas. Sin embargo, establecimos que cada procedimiento de recogida de datos tendría objetivos específicos.

La intervención socioeducativa tenía como objeto una investigación de carácter sincrónico con énfasis en la dimensión colectiva. Es decir, mediante las actividades realizadas en este espacio pretendíamos captar representaciones colectivas, prácticas y valores implicados en los discursos grupales. En cambio, **las entrevistas en profundidad de corte biográfico** debían posibilitar una investigación más diacrónica privilegiando la historia de los sujetos y, más específicamente, sus trayectorias de vinculación y desvinculación con relación a cada uno de los ámbitos definidos en el apartado anterior (familia, comunidad, calle, escuela, trabajo e instituciones de (re) integración social). El acercamiento a las biografías recogidas pretendía priorizar un análisis pormenorizado de los factores que intervienen en los procesos de exclusión e inclusión social de cada joven y de los cambios producidos a lo largo del tiempo.

Nuestra idea inicial era que el material del trabajo de intervención permitiera contrastar la producción discursiva individual obtenida en las entrevistas con discursos colectivos. Además, la intervención serviría para establecer un vínculo con los jóvenes, aspecto que desde nuestro punto de vista era imprescindible para la posterior realización de las entrevistas. Finalmente, la relación entre ambos procedimientos posibilita la importante articulación entre teoría y praxis.

5.1.1. EL TRABAJO DE CAMPO

5.1.1.2. El escenario: el Distrito Federal

El trabajo de campo se realizó en el Distrito Federal entre los meses de septiembre y diciembre del año 2000. Debido a las peculiaridades históricas de Brasilia, hemos juzgado pertinente realizar algunas consideraciones sobre la evolución del área metropolitana y la historia social de la ciudad antes de describir el contexto en que hemos llevado a cabo nuestra investigación empírica. Este breve recorrido histórico se justifica por sus repercusiones en la configuración de los procesos de exclusión social contemporáneos en el Distrito Federal.

La concepción de Brasilia fue parte del proyecto de modernización de las estructuras políticas y económicas del país llevado a cabo durante el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1960). Este proyecto tenía como objetivos, entre otros, aumentar la industrialización y los sectores de infraestructura básica, así como incentivar al desarrollo del interior de Brasil. Para impulsarlo se decidió trasladar la

capital federal de Río de Janeiro al centro del país. Con este objetivo, se creó el Distrito Federal, con 5814Km², en una región prácticamente deshabitada, cuya débil economía se basaba en la cría extensiva de ganado. Allí se iba a construir la nueva capital, una ciudad que se transformaría en el símbolo de la modernidad del país y representaría la materialización de una utopía urbana y social.

Tras la realización de un concurso nacional abierto en 1956, Lúcio Costa fue encargado de la planificación de Brasilia. Este urbanista y el arquitecto Oscar Niemeyer fueron los principales creadores de la ciudad. Brasilia fue planeada para ser un ejemplo de organización urbana y un monumento arquitectónico. La ciudad fue idealizada como un centro urbano organizado, funcional e igualitario, alejado de las contradicciones sociales y económicas características de Brasil. Concebida para ser una ciudad esencialmente administrativa, Brasilia sería la capital de los funcionarios públicos volcada en la administración estatal.

El proyecto original se denominó Plano Piloto. La propuesta fijaba de modo muy preciso la utilización del espacio urbano asignando zonas a sectores exclusivos y homogéneos de actividad (por ejemplo, sector bancario, sector de hospitales, de hoteles, residencias etc.). La circulación se planificó para mantener a los peatones alejados del tráfico.

La construcción de Brasilia se inició en 1956 y su inauguración se produjo en 1960. Durante algún tiempo, la ciudad subsistió esencialmente del sector público y de la construcción, y tuvo un crecimiento acelerado tanto desde el punto de vista económico como demográfico. A lo largo de su construcción y tras su inauguración, Brasilia ofreció trabajo para todos y sueldos superiores a la media nacional.

La ciudad se convirtió entonces en un gran polo de atracción y la “*Capital de la Esperanza*” (denominación difundida por todo Brasil para poner de relieve la realización del sueño de desarrollo) pasa a representar en el imaginario popular la oportunidad de acceder a mejores condiciones de vida. Ello dio lugar a un intenso flujo migratorio proveniente de todas las regiones del país y a un ritmo de crecimiento demográfico muy veloz. En ese sentido, la historia de Brasilia se confunde con historias migratorias (Almeida et al., 1998), pues, aún hoy en día, los emigrantes constituyen la mayoría de la población del DF.

El proyecto original de la ciudad estimaba que la población máxima ideal para Brasilia era de 500.000 habitantes, estimación proyectada para el año 2000. Sin embargo, este número fue superado antes de 1970. En la primera década de existencia

de la ciudad, su población creció un 285%, con una media de crecimiento anual del 14,4 % (Araújo, 1998b). Originalmente, Brasilia debía limitarse al “*Plano Piloto*”. No obstante, ya durante la construcción se puso de manifiesto la necesidad de satisfacer la demanda de viviendas para los trabajadores que se habían trasladado para construir la ciudad (puesto que declararon su intención de quedarse en la nueva capital) así como para las personas que emigraban a la “ciudad de la esperanza” buscando mejores condiciones de vida.

Para hacer frente al problema de los trabajadores de la construcción y al creciente número de ocupaciones irregulares del espacio urbano derivadas de la llegada masiva de emigrantes se crearon las primeras ciudades en la periferia, denominadas “ciudades satélite”. A medida que surgían nuevas ocupaciones irregulares, se construían nuevas ciudades satélites en el marco de proyectos para erradicar las chabolas. Y, en algunos casos, antiguas ocupaciones fueron regularizadas.

A finales de la década de los 70, la construcción de Brasilia asumió un ritmo más lento. En este mismo período también se restringieron los contratos de nuevos funcionarios públicos. Pero estos factores no fueron suficientes para frenar los flujos migratorios hacia el Distrito Federal, pues el crecimiento económico de la región seguía siendo un fuerte elemento de atracción para los pobres de todo el país.

En consecuencia, durante la década de los 80, el ritmo de crecimiento demográfico del Distrito Federal sigue siendo acelerado y emergen nuevas chabolas y ocupaciones irregulares del espacio urbano, ahora constituidas esencialmente por poblaciones pobres provenientes, en especial, de las regiones Centro-Oeste, “*Nordeste*” y Norte de Brasil, así como del estado de Minas Gerais. Progresivamente, el Distrito Federal va adquiriendo un nuevo perfil, puesto que “*paralelamente al crecimiento económico, durante las dos primeras décadas de su existencia, ya se ponía de manifiesto el tipo de desarrollo emergente en Brasilia: excluyente, tanto espacial como económicamente*” (Araújo, 1998b, p. 24, traducción de la autora).

Con la evolución de la ocupación territorial, a finales de los 80 ya no se construyen nuevas ciudades satélites, sino que éstas son sustituidas por la creación de los llamados “asentamientos”: precarios conjuntos habitacionales cuya infraestructura básica es muy escasa o ausente. Como destaca Araújo, “*verdaderas chabolas promovidas por el poder público*” (Ibíd.,p.26). A través de una política de concesión de parcelas, emigrantes internos y poblaciones marginadas que vivían en distintas chabolas irregulares fueron trasladadas hacia zonas vacías o de baja densidad demográfica entre

los años 1988 y 1994. Tal traslado no fue acompañado de ningún proyecto serio de urbanismo. Este proceso fue sencillo, barato y generó resultados políticos inmediatos, motivo por el cual algunos autores lo han definido como “política del coronelismo urbano” (Bursztyn y Araújo,1997). En otros términos, estábamos ante un nuevo disfraz para la antigua práctica de la compra de votos.

A corto plazo, una amplia parte de la población parecía satisfecha con la creación de los “asentamientos” por razones diversas: el sentimiento de propiedad de una tierra (lo que no es totalmente cierto, pues los beneficiarios son propietarios de sus casas, pero los terrenos en los que fueron construidas no les pertenecen, ya que el reparto de parcelas se basó en una “concesión de uso”); a su vez, los emigrantes recientes veían realizado su deseo de fijar residencia en el Distrito Federal; y, por otro lado, parte de la población de clase media y alta se sentía aliviada por el alejamiento de los moradores de las chabolas, pues éstos representaban para muchos una “vergüenza” para la imagen de la ciudad y una “amenaza” para su seguridad.

Sin embargo, somos muchos los que coincidimos en que la creación de los asentamientos fue una estrategia política que, en lugar de ofrecer soluciones reales para las dificultades afrontadas por sus beneficiarios, ha atenuado algunos problemas sociales del Distrito Federal creando otros todavía más graves a medio y largo plazo.

Poco tiempo después de construcción de los “asentamientos” ocurrió lo que era obvio: la ausencia de actividades económicas, centros de salud, escuelas, agentes de seguridad, sistemas de transporte adecuados y demás servicios básicos dio lugar a una explosión de demandas que el sistema político, económico y social no fue capaz de atender.

Además, la inadecuación de los servicios locales y la distancia entre las casas y el trabajo de sus moradores (implicando en muchos casos entre dos y cuatro horas diarias de transporte hasta los centros de ocupación) convirtieron los asentamientos en típicas ciudades dormitorio. Estos factores, sumados a la ausencia de instituciones que promoviesen la integración social de los habitantes (asociaciones comunitarias, áreas de ocio, iglesias, centros deportivos, etc.), limitaron mucho la interacción entre las familias y las relaciones de vecindario (Soares,1998). Además, dejaron a los niños y jóvenes de estos núcleos urbanos sin cualquier apoyo institucional, socializados en la calle y expuestos a altos índices de violencia y criminalidad.

Por otra parte, el reparto de parcelas se transformó en un nuevo agente de atracción que puso en marcha nuevos flujos migratorios de poblaciones excluidas de

todo el país. En estos momentos, ya no llegaban a Brasilia trabajadores que aspiraban a un empleo en la construcción, ni funcionarios públicos, sino personas que huían de sus ciudades de origen debido al paro, a la ausencia de viviendas y al hambre. Por tanto, aumentó significativamente la presión sobre los campos habitacional, educativo, laboral, sanitario y sobre las políticas sociales de una forma general. Y, evidentemente, creció en la misma medida la reivindicación por más reparto de parcelas, engendrando “*un espiral de demandas imposibles de satisfacer, que está conduciendo a la chabolización del Distrito Federal.*” (Ibíd, p. 111, traducción de la autora).

Este reciente flujo migratorio ha suscitado un nuevo fenómeno, la intensa ocupación del llamado “*Entorno*”, constituido por municipios de los estados de Goiás y de Minas Gerais. Dichos municipios no tienen ninguna autonomía de desarrollo, de modo que dependen forzosamente de la economía y de los servicios públicos del Distrito Federal. Esta ocupación ha ocurrido de modo desordenado y con una rapidez impresionante.

Según Araújo (1998b), tal tendencia se inserta en el proceso de exclusión espacial de la pobreza en el Distrito Federal que refleja, por un lado, “*un proceso espontáneo de fuga de los límites del planeamiento urbano de la Capital y el elevado coste de la tierra*” (p.29) y, por otro, el poder de atracción de la infraestructura de los servicios públicos de la región. El hecho es que el crecimiento demográfico del “*Entorno*” se convirtió en otro poderoso elemento de presión sobre el sistema público de servicios básicos del Distrito Federal.

Entre la inauguración de Brasilia en 1960 y los años 90, hubo un crecimiento cercano al 1158% de la población del Distrito Federal, que en la actualidad posee unos dos millones de habitantes. Este crecimiento intenso y acelerado supuso un gran reordenamiento del espacio urbano del DF con una evidente tendencia a la expansión de la periferia. Tal proceso se manifiesta en los sucesivos cambios en la división político-administrativa del Distrito Federal desde su creación.

En 1964, para dinamizar la administración, el territorio del DF fue dividido en ocho Regiones Administrativas. Debido a la evolución de la ocupación territorial, en 1989 se estableció una nueva división que oficializó la existencia de doce Regiones Administrativas. Cuatro años después se crearon cuatro regiones más - las cuales surgieron originalmente como asentamientos. Finalmente, en 1994 se definió la configuración actual del Distrito Federal con la incorporación de tres nuevas regiones,

sumando 19 Regiones Administrativas³³: Brasilia, Gama, Taguatinga, Brazlândia, Sobradinho, Planaltina, Paranoá, Núcleo Bandeirante, Ceilândia, Guará, Cruzeiro, Samambaia, Santa Maria, São Sebastião, Recanto das Emas, Lago Sul, Riacho Fundo, Lago Norte y Candangolândia.

Aparentemente, el movimiento de expansión de Brasilia del centro a la periferia sigue la misma trayectoria de las grandes metrópolis brasileñas y latinoamericanas. Sin embargo, algunos autores señalan una diferencia fundamental: en el DF hubo un proyecto implícito de exclusión socio-espacial de la población pobre, promocionado y orientado por el poder local (Paviani, 1997; Araújo, 1998b).

En efecto, los contrastes sociales y económicos de la capital no son tan visibles como en los demás centros urbanos del país: señal de que los mecanismos de exclusión espacial de la pobreza han sido eficientes. La segmentación de la ciudad y la rígida separación entre los espacios de residencia, desplazamiento y ocio de los distintos sectores sociales permiten, por ejemplo, que los habitantes del “Plano Piloto” puedan llevar años en la ciudad sin conocer ninguna localidad pobre. Así, su contacto eventual con la miseria es mediado por los cristales de sus coches³⁴, que les apartan (“protegen”) de los sujetos “superfluos” que progresivamente han ocupado las calles del centro de la ciudad.

No obstante, la constitución metropolitana de Brasilia ha convertido el sueño urbanístico y social plasmado en los dibujos de Lúcio Costa y Oscar Niemeyer en la materialización de una metrópoli que no escapa a las contradicciones estructurales, económicas y sociales características del tipo de desarrollo dominante en la historia brasileña. Tales contradicciones aparecen en las desigualdades de renta y nivel educativo existentes entre las Regiones Administrativas del DF. En el año 1996, el 41,8% de la población del DF con edad superior a los 10 años vivía sin ningún tipo de renta, mientras que el 6,7% tenía una renta mensual inferior a un salario mínimo³⁵.

Igualmente alarmantes son las cifras presentadas por la “Investigación sobre el perfil socioeconómico de las familias del Distrito Federal” (PISEF-DF), realizada en 1997, con relación al nivel educativo de la población del DF. Esta investigación indica que, a pesar de que en el año 1996 el Distrito Federal era la unidad de la federación que

³³ Cada Región Administrativa tiene un “administrador regional” (nombrado por el alcalde) responsable de la promoción y coordinación de los servicios públicos de la región.

³⁴ En Brasilia no existe el hábito de caminar por la ciudad, pues la circulación de peatones no fue favorecida en su planeamiento urbanístico.

³⁵ Fuente: “*Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios*” (PNAD/1996).

tenía la mayor renta per capita y el mejor índice de escolaridad de Brasil³⁶, en el año 1997, el 40,90 % de la población total del DF no había concluido los estudios primarios; la conclusión de la enseñanza secundaria sólo había sido lograda por el 13,97% de los habitantes y solamente el 6,87% tenía algún curso superior concluido.

La explicación de esta aparente contradicción se logra cuando se analizan los mismos factores en cada Región Administrativa del DF. Tal análisis pone de manifiesto que tanto la renta como el capital educativo tienen una distribución muy irregular entre las distintas regiones administrativas. Los datos relativos a la renta familiar divulgados por la “Investigación sobre el perfil socioeconómico de las familias del Distrito Federal” (PISEF-DF/1997) permiten dibujar un panorama sobre dichas desigualdades regionales³⁷.

Según esa investigación, cerca del 14% de los habitantes del Distrito Federal tienen una renta familiar inferior a dos salarios mínimos; el 43% de las familias reciben entre 2 y 10 SM³⁸; el 24% entre 10 y 25 SM, el 9 % entre 25 y 40 SM, y el 10% viven con una renta superior a 40 salarios mínimos. Ahora bien, si tomamos la renta media familiar mensual como parámetro es posible agrupar las Regiones Administrativas según sus características económicas en cinco grupos que reflejan con más claridad la distribución de la renta en el espacio territorial del DF:

1-Brasilia (“Plano Piloto”), Lago Norte y Lago Sul³⁹ : la renta media familiar mensual en estas regiones varía entre 32,5 y 65,8 salarios mínimos. Cabe señalar que los habitantes de dichas regiones representan solamente el 13,9% de la población del DF;

2- Cruzeiro, Guará, Núcleo Bandeirante y Taguatinga: entre 16,1 y 29,05 salarios mínimos, teniendo el 36,2% de la población de este grupo una renta media mensual entre 10 y 25 SM y 33,5% entre 2 y 10 SM;

3- Gama, Sobradinho, Riacho Fundo y Candangolândia: entre 9 y 11,4 salarios mínimos; teniendo el 49,8% una renta media mensual de 2 a 10 SM;

4- Brazlândia, Planaltina, Ceilândia y Samambaia: entre 6,1 y 7,6 SM. El 60,3% de las familias de este grupo – que abarca el 33,7% de la población total del Distrito Federal - tiene una renta mensual que oscila entre 2 y 10 salarios mínimos

³⁶ Fuente: Informe sobre el Desarrollo Humano en Brasil realizado por la ONU y el Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA) en 1996.

³⁷ Es importante señalar que dicha investigación excluye la población rural (que representa cerca del 4% de los habitantes del DF) y la población que vive en las calles del Distrito Federal.

³⁸ Sigla utilizada para referirse al salario mínimo.

³⁹ Regiones en las que suelen residir gran parte de los funcionarios públicos que perciben sueldos más elevados, la mayoría de los políticos, así como sus respectivos familiares y asesores particulares, los representantes del cuerpo diplomático de diferentes países, militares, etc.

5- Paranoá, Santa Maria, São Sebastião y Recanto das Emas: entre 4,6 y 5,3 SM, teniendo el 65,7% una renta mensual de entre 2 y 10 SM y el 29,4% una renta inferior a 2 salarios mínimos.

Estos números indican la existencia de una estratificación espacial de las familias según sus rentas, así como una clara jerarquización de las localidades urbanas (PISEF-DF,1997). La concentración de la renta en algunas regiones es una característica observada desde la fundación de Brasilia. Este rasgo simplemente se ha acentuado a lo largo del tiempo con el proceso de periferización de la ciudad. Hoy en día, se estima que aproximadamente 45.000 familias residentes en las regiones administrativas más pobres sobreviven con una renta per capita inferior a medio salario mínimo, conformando los llamados “cinturones de miseria” dentro de las diversas regiones administrativas⁴⁰. En lo que concierne a la desigualdad en la distribución de la renta en el Distrito Federal en términos globales, en el año 1997 el 10% más rico tenía una renta 41 veces superior al 10% más pobre.

Con relación a la fuente de renta de las familias del Distrito Federal- siempre de acuerdo con la misma investigación - la administración pública (federal y local) y el comercio son los campos de ocupación más significativos, seguidos por otras actividades también del sector servicios. Los sectores primario y secundario tienen poco peso en la estructura de renta de los habitantes del Distrito Federal, con una participación de un 0,52% y un 7,13%, respectivamente. Pese a la representatividad del sector público como empleador en el DF, la situación actual del mercado de trabajo en la región apunta al cambio.

Según Araújo (1998b), se puede dividir el desarrollo del mercado de trabajo en Brasilia en tres grandes momentos. En las dos primeras décadas de existencia de la ciudad hubo una gran oferta de empleo, sobre todo en el ámbito de la construcción. Durante los años 80, el sector público asumió el mayor peso en la absorción de trabajadores debido a la consolidación de la ciudad como sede del gobierno federal. El tercer momento, correspondiente a la década de los 90, se define por la saturación del modelo de desarrollo sostenido por los sectores público y de la construcción, y el crecimiento de la tasa de paro.

Entre 1992 y 1997, la tasa de paro en el DF se elevó del 15% al 18%. En este mismo período, la población económicamente activa aumentó de 748.300 a 861.400

⁴⁰ La mayor incidencia de familias con renta inferior a un salario mínimo corresponde a las ciudades de Ceilândia (16,97%) y Samambaia (15,50%) (PISEF-DF, 1997).

personas; el número de trabajadores empleados pasó de 632.000 a 704.800 y el número de parados de 116.300 a 156.600. Estos datos indican que la creación de nuevos puestos de trabajo no ha sido suficiente para absorber el crecimiento de la población económicamente activa en los últimos años, lo que ha sido agravado por la presión de los flujos migratorios recientes y de los habitantes del “Entorno” sobre el mercado de trabajo local.

Es importante añadir que la mayoría de los parados del Distrito Federal son jóvenes con edades entre los 18 y los 24 años que están buscando su primer empleo. Por otra parte, la “*Pesquisa Nacional por Amostra de Domicilios*” llevada a cabo en 1996 indica que el 23,5% de la población del DF con edades comprendidas entre los 20 y los 59 años se ubicaba entre los no económicamente activos – lo que es alarmante, pues éste es precisamente el rango de edad en que se concentran las personas que, teóricamente, son responsables de la subsistencia de los niños y adolescentes.

En el ámbito laboral también encontramos diferencias significativas en las tasas de paro entre las distintas regiones administrativas. En el año 1997, la tasa mensual de paro en las regiones administrativas de renta superior varió entre el 7% y el 9% de la población económicamente activa, mientras que en las regiones administrativas de bajo poder adquisitivo esta misma tasa varió entre el 20% y el 25%. Consecuentemente, hay una mayor participación de los habitantes de las regiones administrativas más pobres en la economía informal, así como una presencia más significativa de empleos secundarios.

En muchas familias los adultos han perdido el lugar de proveedores exclusivos, pues la participación de niños y adolescentes en el mundo laboral es a menudo imprescindible para la supervivencia del grupo familiar. Por consiguiente, numerosos niños y adolescentes han ocupado las calles del Distrito Federal - en especial las del centro - incorporándose a la economía sumergida, donde desarrollan un amplio abanico de estrategias de supervivencia.

En este contexto de organización contradictoria en el ámbito de la distribución de la renta y de pérdidas sucesivas (del trabajo, de la estructuración familiar, de la identidad social, de la tierra y de las perspectivas de futuro), parte de la población del Distrito Federal está convirtiendo las calles de Brasilia en espacio de residencia. Un estudio realizado en el año 1998, señalaba la presencia de más de 500 familias viviendo en las calles del Plano Piloto. En este escenario, fenómenos como el trabajo infantil, los niños y adolescentes “de” y “en” la calle y la criminalidad juvenil han adquirido

progresivamente mayor visibilidad en el espacio público del contexto urbano y se han convertido en “problemas de relevancia social” en los últimos años.

5.1.1.3. La “entrada en el campo”: planteamientos metodológicos y técnicos

La “entrada en el campo” fue inmensamente facilitada por mis compañeras de trabajo en Brasil. Por una parte, los contactos institucionales necesarios fueron mediados por la dirección del NATEX. Así, con la inestimable ayuda de mi equipo y de la “realidad virtual”, cuando llegué a Brasilia mi proyecto ya tenía el visto bueno de todas las instancias que debían autorizar la realización de parte de la investigación en el ámbito jurídico-institucional⁴¹, así como el uso de determinados instrumentos y formas de registro, dimensión de la propuesta más complicada desde el punto de vista legal.

Además, la articulación de mi investigación con el proyecto de intervención “*Companheiro do Menino*” permitió que cuando yo llegara a Brasil dos de los grupos de jóvenes con los cuales he trabajado ya estuviesen constituidos (el grupo de la calle y el grupo de la comunidad). Por otra parte, mi entrada en el ámbito jurídico- institucional se dio en el marco de un taller de reflexión y debates sobre las temáticas de la droga, sexualidad y ciudadanía que en este momento llevaban a cabo dos psicólogas y una educadora del NATEX con un grupo de 25 jóvenes que se encontraban en las cuatro unidades de semi-libertad de la ciudad de Gama, ubicada en la periferia de Brasilia⁴².

5.1.2. Elección de la muestra para el trabajo de intervención

Dado que la investigación se insertaba en un proyecto de intervención en curso, tuvimos la posibilidad de elegir entre diversos grupos de jóvenes que ya estaban en marcha, así como la alternativa de optar por la formación de nuevos grupos. Los criterios utilizados para elegir la muestra que compondría cada grupo de trabajo del presente estudio fueron distintos para los tres colectivos.

En un primer momento definimos que los sujetos de nuestra investigación serían jóvenes de ambos sexos, con edad comprendida entre los 14 y los 20 años, divididos en tres grupos según la situación de “riesgo social” en la que se encontraban en el momento de la realización del trabajo de campo:

⁴¹ Institución equivalente al Tribunal de menores en España y técnicos responsables de la coordinación y ejecución de las medidas socio-educativas de semi-libertad y libertad asistida en la ciudad de Gama.

⁴² Desde aquí quiero dar las gracias a Lucila, Nelcy y Rossele por haberme acogido en el equipo técnico de este taller pese a mi llegada tardía al grupo y por haberme concedido todo el material producido por los jóvenes mientras yo todavía me encontraba en España.

1- Jóvenes que estaban cumpliendo la medida socioeducativa de semi-libertad, por autoría de prácticas delictivas en las cuatro unidades de semi-libertad de la ciudad de Gama (periferia de Brasilia).

2- Jóvenes que vivían o desarrollaban sus actividades cotidianas fundamentalmente en las calles del Plano Piloto (centro de la ciudad de Brasilia).

3- Jóvenes de la ciudad de Ceilândia (periferia de Brasilia) atendidos en programas de intervención del NATEX dirigidos a adolescentes “en situación de riesgo social” que no tenían ni historia de institucionalización por autoría de delitos, ni antecedentes de períodos viviendo en la calle.

A partir de este momento nos referiremos al primer colectivo mencionado como “grupo de la semi-libertad” o “de jóvenes institucionalizados”, al segundo como “grupo de la calle” y al tercer como “grupo de la comunidad”. Estas denominaciones se deben exclusivamente a una estrategia distintiva apoyada en el principal territorio en el cual se desarrollaba la vida cotidiana de los sujetos en el momento de la investigación.

La definición de los límites de edad mencionados se ha basado esencialmente en criterios jurídicos. A la edad de 14 años finaliza la escolarización obligatoria y empieza el derecho al trabajo en Brasil⁴³. Por otra parte, los 20 años son la edad límite en la que los jóvenes pueden permanecer en el sistema jurídico-institucional destinado a niños y adolescentes. Además, teníamos un interés especial en investigar los posibles cambios relacionados con la transición a la mayoría de edad penal.⁴⁴ En este sentido, pretendíamos constituir grupos de los cuales pudiéramos seleccionar posteriormente seis sujetos de cada colectivo (tres chicos y tres chicas) divididos en tres grupos de edad (de 14 a 16; de 16 a 18 y de 18 a 20 años) para realizar los estudios de caso. Sin embargo,

⁴³ En el ámbito laboral, la Constitución Federal de 1988 y el Estatuto del Niño y del Adolescente (ECA – Ley 8069/ 90) prohíben la realización de cualquier trabajo a menores de 14 años, salvo en la condición de aprendices (tal como recomienda la propia OIT en la convención 138). En principio, según las referidas leyes, el adolescente tiene derecho a realizar un trabajo productivo - mientras no sean actividades insalubres, peligrosas y penosas – a partir de los 14 años. Sin embargo, entre las diversas medidas recientes destinadas a erradicar el trabajo infantil y a proteger el trabajo adolescente en Brasil se ha presentado en el Congreso Nacional una propuesta de ampliación de la edad mínima a 15 años para ingresar en el mercado de trabajo, basada en la convención 138/73 de la OIT, que fue aprobada por la cámara de los diputados en 1999(Goiás, 1999).

⁴⁴ En el ámbito jurídico la mayoría de edad en Brasil suele identificarse con el cumplimiento de los 18 años, aunque haya algunas excepciones que la fijan en los 21. En el caso de la comisión de delito, si la infracción se produce cuando el joven ya ha cumplido los 18 años, todos los procedimientos son realizados en el sistema jurídico e institucional destinado a adultos. En cambio, si el joven comete un delito antes de cumplir los 18 años, según la sentencia que reciba puede permanecer en el sistema destinado a adolescentes (concepto limitado por el ECA al rango de 12 a 18 años) hasta cumplir los 21. Sin embargo, según el ámbito en el que nos situemos, la edad mínima para acceder a determinados derechos dista de estos parámetros. Por ejemplo, el derecho al voto se obtiene a partir de los 16 años.

una vez en el campo, hemos tenido que replantearnos los criterios de la muestra que iba a integrar los grupos de intervención.

En el grupo de la calle, debido a las propias especificidades de la intervención en este espacio (caracterizado por la apertura y la constante movilidad de la población que lo ocupa) no era posible tener un grupo rigurosamente cerrado y estable – puesto que parte de nuestra propuesta de acción en este territorio es captar a nuevos niños y jóvenes e identificar las necesidades y acoger las demandas que se presentan en cada momento de acuerdo con la movilidad de los grupos. Además, como hay muchas familias y adultos solos en la calle, el trabajo con jóvenes implica muchas veces una intervención paralela o simultánea con los adultos. Lo mismo ocurre con niños muy pequeños.

Por otra parte, cualquiera que fuera nuestra selección, tanto el grupo de la comunidad como el grupo de la semi-libertad estarían compuestos por jóvenes que viven en situación de pobreza en ciudades de la periferia de Brasilia. Como teníamos interés en privilegiar la heterogeneidad de trayectorias e indagar sobre los efectos de diferentes intervenciones institucionales, hemos optado por adoptar criterios distintos para la selección de ambos grupos.

Entre los grupos de la comunidad de Ceilândia con los cuales ya estábamos trabajando en el marco del proyecto “*Companheiro do Menino*”, decidimos seleccionar aquél que tenía más tiempo de intervención continuada. Basándonos en dicho criterio, elegimos un grupo que funcionaba como un taller de teatro desde hacía un año y cuyos miembros ya habían desarrollado algún nivel de reflexión sobre cuestiones vinculadas a la ciudadanía.

En cambio, entre los jóvenes de la semi-libertad, hemos optado por formar un nuevo grupo que jamás hubiera participado en ninguna intervención propuesta por el NATEX (de manera que el grupo mediante el cual entré en contacto con los jóvenes en el ámbito jurídico-institucional no fue el mismo con el cual he recogido los datos utilizados en la tesis). Por otro lado, la elección de la semi-libertad entre todas las medidas socioeducativas existentes se debió a que eso nos permitía acceder a jóvenes que habían pasado por la privación de libertad (y, eventualmente, por otras medidas) eliminando muchos de los condicionantes ligados a la realización de entrevistas dentro de las instituciones de internamiento. Además, la situación de semi-libertad establecía un puente necesario con los ámbitos familiar, escolar y laboral por las propias características de la medida socioeducativa.

El establecimiento de dichos criterios dio lugar a la definición de tres grupos compuestos por aproximadamente 20 jóvenes que tenían la siguiente configuración :

- 1-Calle:** 20 jóvenes (chicos y chicas) con edad comprendida entre los 10 y los 20 años. El trabajo con este grupo supuso el conocimiento previo de la mayoría de los jóvenes, la eventual presencia de adultos, familiares y niños muy pequeños (de entre 0 y 5 años) y la movilidad constante de los jóvenes (lo que dio lugar a una participación inestable).
- 2- Comunidad:** 15 jóvenes (chicos y chicas) con edad entre los 13 y los 19 años. Conocimiento previo de todos los jóvenes (cuya participación en el trabajo ha sido muy estable) y contacto con algunos familiares fuera del marco de la intervención.
- 3- Semi-libertad:** 25 jóvenes con edad entre los 16 y los 20 años (exclusivamente varones, puesto que en este momento todavía no existían unidades de semi-libertad para chicas en Brasilia ni unidades mixtas). Conocimiento previo de algunos de los jóvenes y contacto con algunos familiares fuera del marco de la intervención. La participación de los jóvenes de este grupo también fue bastante estable.

5.1.3. Características del trabajo de intervención socioeducativa

Duración: El trabajo de intervención duró 200 horas, distribuidas en dos encuentros semanales de aproximadamente tres horas con cada grupo (sumando cerca de 20 encuentros con cada colectivo).

Lugar: La intervención con cada uno de los grupos tuvo lugar en espacios diferenciados y, concretamente, en los principales territorios de inscripción de los sujetos. El trabajo con el **grupo de la comunidad** fue realizado en la sede de nuestra ONG, ubicada en la ciudad de Ceilândia. El trabajo con el **grupo de la calle** fue llevado a cabo en el propio espacio de la calle, en un punto específico del “Plano Piloto” acordado con los jóvenes para realizar las actividades. Finalmente, la intervención con el **grupo de jóvenes que estaban cumpliendo la medida socioeducativa de semi-libertad** fue realizada en el Centro de Desarrollo Social y en las cuatro unidades (“casas”) de semi-libertad de la ciudad de Gama.

Metodología: De los 20 encuentros que he tenido con cada grupo en el marco del trabajo de intervención sistematizada, 15 fueron estructurados por temática y los demás fueron destinados a: establecimiento de vínculo, evaluación del trabajo, profundización de temas particularmente relevantes y eventualidades. En los talleres

socioeducativos hemos⁴⁵ trabajado con una metodología caracterizada por el énfasis en la dimensión lúdica unida a la flexibilidad y la variabilidad de recursos: **actividades basadas en el teatro, la música, la producción plástica, gráfica y “grupos de discusión”**. El uso de recursos diversos tenía como objetivo aportar mayor riqueza y profundidad al material discursivo que luego se obtendría a través de las entrevistas.

Los **“grupos de discusión”** se utilizaron para profundizar la investigación de temáticas relevantes para el estudio como: violencia, vínculos sociales, estrategias de acción frente a la percepción de riesgos, etc. Sin embargo, es necesario aclarar que estas sesiones no han consistido en grupos de discusión en el sentido estricto del término (debido al número de participantes, al hecho de que sus componentes son un grupo que existía con anterioridad y siguió existiendo tras la realización de las sesiones, y al tipo de intervención del investigador), sino más bien en debates y reflexiones conjuntas.

Por otra parte, cabe destacar la primacía de recursos artísticos. En el NATEX consideramos el teatro, la música, la producción plástica y gráfica (poesías, cuentos, crónicas, etc.) como medios fructíferos para suscitar la simbolización, favoreciendo la reproducción, la elaboración y el cuestionamiento de la “realidad”, así como la emergencia de fantasías. A través de la inmersión en el campo del “como si”, los jóvenes hablan con menos resistencias de su universo material, social, cultural e imaginario. Nuestra experiencia interventiva a lo largo de los seis años de existencia de la ONG ha demostrado que mediante la expresión artística los sujetos (niños, jóvenes y adultos) son capaces de (re)significar experiencias que difícilmente emergen en interacciones individualizadas que exigen una implicación personal más consciente. Además, el “como si” posibilita el ponerse en el lugar del otro y experimentar nuevas posibilidades de actuación en el mundo.

En este sentido, se utilizó la intervención como un espacio de aprendizaje, reflexión ética y construcción de la ciudadanía. En los talleres los jóvenes crean en conjunto las reglas del grupo. Al legislar sobre lo que pueden hacer o no (y el porqué), acaban reconociendo el respeto propio y el respeto a los demás no sólo como un

⁴⁵ En cada uno de los grupos de intervención he contado con el apoyo de diversos miembros del equipo con distintas formaciones: dos actores, una música, varios psicólogos y educadores, además de los alumnos de la Universidad Católica de Brasilia que estaban realizando prácticas con nosotros. Durante mi estancia en Brasilia para realizar el trabajo de campo las diversas actividades de la ONG (desde la intervención directa hasta las reuniones de supervisión) fueron replanteadas para tratar los temas de interés de este estudio y pude contar con la colaboración incondicional de mis compañeros de trabajo (y sueños), algo que nunca podré agradecer suficientemente.

derecho, sino como un instrumento imprescindible para la creación y el proceso de aprendizaje. Finalmente, pensamos que la condición de productores culturales les abre un importante espacio de comunicación con la comunidad, a través del cual pueden expresar su visión del mundo y abrir una brecha para negociar significados y nuevas formas de integración social.

Registro - Las formas de registro de las actividades de intervención fueron: audio (grabadora), diario de campo, material producido por los jóvenes y, en la medida de lo posible, video y fotos.

Dificultades – Teniendo en cuenta la complejidad del trabajo de campo realizado, considero relevante señalar los principales problemas a los que he tenido que hacer frente en la intervención. Como las edades, los intereses y los problemas inmediatos relacionados con la vida cotidiana de los jóvenes eran significativamente distintos en los tres grupos, el trabajo de intervención con cada colectivo tuvo que ser necesariamente diferenciado. Ello supuso importantes consecuencias, entre las cuales destacamos: la imposibilidad de homogeneizar las actividades de intervención con cada colectivo y la necesidad de trabajar una misma temática a través del uso de recursos distintos según las posibilidades concretas que se presentaban en cada momento en función de las singularidades, necesidades y demandas de cada grupo.

La heterogeneidad de la dinámica de cada grupo introdujo una serie de problemas que imposibilitarían un análisis comparativo riguroso del material, motivo por el que hemos abandonado dicha propuesta. No obstante, todo el trabajo realizado nutre el trasfondo de la reflexión realizada en esta tesis. Por esta razón, aunque no vayamos a utilizar de forma explícita el material obtenido en la intervención (a no ser como recurso ilustrativo puntual), hemos considerado pertinente describir el contexto en el que se insertó (y que permitió) la producción de los datos que finalmente hemos seleccionado para analizar.

5.1.4. El papel de las técnicas etnográficas en la investigación:

El trabajo de intervención sistemática fue acompañado por actividades paralelas de **observación participante y elaboración de fichas de campo**. Cuando nos referimos a la observación participante, adoptamos la definición propuesta por Denzin (1970), según la cual, dicha técnica consiste en “... *una estrategia de campo que combina simultáneamente el análisis de documentos, la entrevista a sujetos e informantes, la participación y observación directa y la introspección*” (p. 186).

La observación participante de las actividades cotidianas de los jóvenes en momentos distintos de las sesiones de intervención sistemática tuvo el objetivo de propiciar el establecimiento de un vínculo de confianza con la población, una mayor familiarización con sus prácticas y la observación de sus dinámicas de interacción social en diferentes contextos (calle, institución⁴⁶, familia, comunidad, etc.).

Además, consideramos que dichas técnicas podrían ser muy útiles para analizar los recursos disponibles y necesarios para promover la resiliencia en cada colectivo, orientando así el establecimiento de prioridades y las tomas de decisión que todo proceso interventivo y de investigación requieren continuamente. Por último, la asociación entre la observación participante y la elaboración de fichas de campo en las que se relata minuciosamente lo observado permitió reconstruir la dinámica implicada en el relato y los condicionantes sociales que atraviesan la producción discursiva recogida en las entrevistas.

5.1.5. Elección de la muestra para las entrevistas

El contacto con los jóvenes en la intervención y la observación participante me permitió obtener un conocimiento más profundo sobre cómo se segmentan y polarizan los grupos, lo que facilitó el establecimiento de criterios para seleccionar a los sujetos de las entrevistas. A partir de estos datos traté de establecer un compromiso entre la variación y la tipicidad. Debido a las características de los grupos con los que he trabajado, y teniendo en cuenta algunas de las sugerencias planteadas por Ruiz Olabuenaga y Ispizua (1989), decidí priorizar los siguientes **criterios para la selección de los sujetos** :

- a) *Sujetos que prometían más riqueza de contenido por la intensidad de su experiencia personal y por su disponibilidad a compartirla*
- b) *Sujetos que se caracterizaban por su singularidad o por su tipicidad*
- c) *Sujetos que facilitasen el acceso a las acciones sociales que pretendíamos investigar por estar más directamente implicados en los temas centrales de la investigación (por*

⁴⁶ Me gustaría agradecer muy especialmente a **todos** los técnicos implicados en la ejecución de la medida de semi-libertad de la ciudad de Gama (desde la coordinación, pasando por la psicóloga, los educadores, asistentes y agentes sociales, hasta los funcionarios de la cocina y motoristas de la furgoneta), que me han posibilitado entradas y estancias sin ningún tipo de restricción en las cuatro unidades de semi-libertad. Eso me ha permitido estar numerosas mañanas, tardes, fines de semana y festivos en compañía de los jóvenes y de los profesionales que se hacían cargo de ellos, así como compartir distendidas comidas, charlas y cafés.

ejemplo, la opción de elegir entre los jóvenes infractores a aquéllos que habían sido detenidos por prácticas violentas).

No obstante, **el vínculo establecido con cada uno de los jóvenes fue la variable más importante para elegir a los sujetos de las entrevistas.**

A partir de estos criterios, hemos seleccionado a 15 jóvenes para realizar Estudios de Casos, divididos de la siguiente forma:

Grupo de la semi-libertad: 6 jóvenes, todos varones, con edad entre 16 y 18 años, para los cuales vamos a utilizar los siguientes códigos: S1, S2, S3, S4, S5 y S6.

Grupo de la calle: 5 jóvenes, cuatro varones y una chica, con edad entre los 15 y los 20 años, cuyos códigos son: R1, R2, R3, R4 y R5.

Grupo de la comunidad: 4 jóvenes, dos varones y dos chicas, con edad entre los 15 y los 19 años, cuyos códigos son: A1, A2, A3 y A4.

Para una descripción más detallada de cada sujeto remitimos al lector a las fichas de datos socio-demográficos que hemos incorporado en los anexos para no cargar demasiado el texto, dada su extensión.

La disparidad en cuanto al número de sujetos, género y edades se debió a los límites impuestos por la configuración de los grupos de intervención y su dinámica de funcionamiento. En la semi-libertad, en función de las propias características de la medida socioeducativa fue imposible acceder a chicas. Además, en el grupo de intervención con este colectivo no había ningún joven con edad inferior a los 16 años. Por otra parte, el mayor número de sujetos de este grupo en relación con los demás fue fruto de la gran disponibilidad (y demanda) de los jóvenes para participar de la investigación, debido al fuerte vínculo que he logrado establecer con ellos.

En el grupo de la calle, pese a la presencia de diversas chicas en el trabajo de intervención, solamente una tenía edad superior a los 13 años. Esta chica se encontraba muy enferma y hacía uso intensivo de inhalantes, lo que finalmente ha imposibilitado concluir las diversas entrevistas iniciadas. La solución que encontramos fue entrevistar a otra joven con la que habíamos trabajado en la calle antes de que yo viniera a España, pero que ya no se encontraba en este espacio.

La elección de esta chica en particular se debió a las siguientes razones: cuando se encontraba en la calle era parte del mismo grupo con el que hemos realizado la intervención en la investigación empírica; en el momento del trabajo de campo ella era miembro de un grupo de teatro que llevábamos a cabo en el NATEX con jóvenes de diferentes ciudades de la periferia de Brasilia y, por otro lado, estaba involucrada en un

proceso por haber disparado a una vecina, lo que le conectaba tanto con el grupo de la comunidad como con el de la semi-libertad; por último, consideramos que el análisis de un caso en que ya se había producido la desvinculación del contexto de la calle podía ofrecer pistas interesantes sobre los factores que favorecen el abandono de dicho contexto.

Esta última consideración nos llevó a elegir entre los jóvenes de la semi-libertad un sujeto que iba a desvincularse de la medida durante el trabajo de campo (que fue S2), de manera que pudiéramos acompañar su proceso de transición de una posición a otra. Finalmente, en el grupo de la comunidad, la restricción del número de sujetos fue fruto de la constatación de que con los datos de la intervención y de las entrevistas realizadas ya teníamos material suficiente para llevar a cabo el análisis, por lo que consideramos que 18 casos serían excesivos.

5.1.6. Las entrevistas en profundidad

Entre todos los recursos utilizados para recoger datos en nuestro estudio, las entrevistas en profundidad resultaron ser la técnica más importante, ya que las producciones discursivas así obtenidas fueron el material privilegiado en el análisis. En este punto, cabe establecer una distinción entre métodos y técnicas. Como observa Bergere Dezaphi (1989b), *“mientras el método supone ordenar un conjunto de ideas y de explicaciones orientadas hacia un objetivo, caracterizándose por su dimensión analítica, la técnica se define esencialmente como un instrumento de orden práctico y aplicado”* (p.205).

Diversos autores coinciden en que la entrevista posibilita un tipo de acercamiento a lo social que no es posible obtener mediante otras vías (Alonso, 1998; Pinheiro, 1999; Ruiz Olabuenaga y Ispizua, 1989; Ortí, 1995). Ahora bien, las posibilidades de uso de la entrevista son múltiples. Fages (1990), por ejemplo, distingue siete tipos de entrevista: la entrevista clínica; la entrevista estructurada con preguntas cerradas; la entrevista centrada en temas específicos previamente establecidos; la entrevista no directiva; la entrevista con respuestas provocadas, pero libres; la entrevista basada en preguntas abiertas, pero que siguen un orden preciso y la entrevista que sigue una lista de preguntas.

Las principales distinciones entre los tipos de entrevista suelen apoyarse en los siguientes criterios: el grado de directividad y apertura que el investigador introduce en el uso de dicha técnica (es decir, el tipo de estructuración), el número de entrevistados y el

nivel de implicación del entrevistador. La primera distinción general que debe establecerse hace referencia a las entrevistas estandarizadas y a las entrevistas no estandarizadas. La entrevista estándar puede basarse en preguntas cerradas o abiertas, sin embargo, su estructura siempre se halla fijada por cuestiones predeterminadas, lo que le confiere un carácter más rígido.

A diferencia de las entrevistas cerradas y directivas, las entrevistas abiertas (incluyendo las semi-estructuradas) suelen ser técnicas flexibles y dinámicas. La entrevista no dirigida – cuya elaboración suele atribuirse a Carl Rogers – se utilizó inicialmente como una técnica psicoterapéutica. No obstante, en poco tiempo pasó a ser empleada con fines diversos, para los que se crearon variantes (Bergere Dezaphi, 1989b).

Aquí asume relevancia la distinción entre las entrevistas de investigación social y las entrevistas terapéuticas y clínicas. La entrevista clínica favorece un saber privado, capaz de estructurar y estabilizar una determinada acción personal (Alonso, 1998). En cambio, la entrevista de investigación social pretende lograr el conocimiento de sentidos y procesos sociales. Entre las diversas variantes de la entrevista no directiva utilizadas en la investigación social, hemos optado por la entrevista en profundidad.

Definimos la entrevista en profundidad como un proceso comunicativo mediante el cual no sólo se obtiene información de una persona sino que, a la vez, se pone en marcha la construcción del sentido social de la conducta del sujeto (Ibíd). Ello se debe a que el relato producido en el marco de la entrevista en profundidad es una expresión personal estructurada tanto por hábitos lingüísticos como por estilos de vida (Idem. Ibídem).

Por ello, entendemos que la entrevista abierta en profundidad es un instrumento muy útil para el análisis de prácticas discursivas y procesos de producción de sentido que tienen lugar en el marco de la vida cotidiana (Spink, 1999). Como señala Bergere Dezaphi (1989b), si el investigador pretende ocuparse de las relaciones sociosimbólicas, la actitud no directiva en la entrevista parece ser el procedimiento más adecuado.

Las ventajas del uso de las entrevistas en profundidad en la investigación de problemas sociales son numerosas. Destacamos, con Vallés (1999), las siguientes: riqueza informativa intensiva, holística, contextualizada y personalizada; flexibilidad, posibilidad de indagación por derroteros imprevistos, intimidad y acceso a información cualitativa de difícil observación. Sin embargo, la principal aportación de la entrevista personal para el presente estudio probablemente sea la posibilidad de reconstruir el

sentido que el sujeto otorga a sus prácticas sociales, así como el lugar que ocupa en cada uno de los ámbitos en los que participa (Revilla, 1996).

Si bien hemos definido la entrevista en profundidad como una técnica, es evidente que sus definiciones y usos cambian según las perspectivas epistemológicas, teóricas y metodológicas adoptadas en estudios concretos. En esta tesis, asumimos una perspectiva no representacionista para pensar la producción del conocimiento⁴⁷, basada en la idea de que la “realidad” es, fundamentalmente, una construcción social. Situamos el lenguaje como la clave central (aunque no exclusiva) de estos procesos de producción de sentido y entendemos el concepto de lenguaje como una práctica social insertada en una concepción dialógica del propio pensamiento (Shotter, 1997; Bakhtin, 1994; Billig, 1987; Crespo, 2001).

Desde esta óptica, la entrevista es, en sí, una práctica discursiva y, en consecuencia, social. Así, afirmamos con Alonso (1998) que:

*“La entrevista abierta no es, por tanto, un simple registro en el que el investigador hace de fedatario de los hechos; es “el arte del vínculo” – del vínculo biocognitivo que une experiencia y narración, y del vínculo comunicativo que une a entrevistador e entrevistado - y, por tanto, es un juego de estrategias comunicativas, una invención dialógica, es un **género discursivo**, que antes que someternos a las reglas del lenguaje debe dirigirnos a los usos y a los contextos, a los usuarios y los enunciadorees, esto es, a los sujetos como actores sociales” (pp. 71,72).*

Ello supone romper con la verticalidad relacional, característica de la epistemología lógico-formal (Ferrarotti, 1981; Bergere Dezaphi, 1989b). Desde este enfoque, el conocimiento de lo social se desarrolla **entre** sujetos, en una *dialéctica relacional*, en la que cada uno participa con sus respectivos “cuadros de referencia” (Ferrarotti, 1981). Tal dinámica requiere la comprensión del investigador no sólo respecto al objeto, sino también la que concierne a sí mismo, ya que la interacción dialéctica que se produce en la investigación transforma tanto al “objeto” investigado como al sujeto que investiga (Bergere Dezaphi, 1989b).

Hechas estas aclaraciones, pasamos a describir los procedimientos empleados al realizar las entrevistas en nuestro estudio.

Características de las entrevistas: Las entrevistas realizadas consistieron en **entrevistas en profundidad de corte biográfico y semi-estructurado**. El carácter

⁴⁷ Sobre la relación entre dicha concepción y aspectos metodológicos de la psicología social aplicada, véase Ibáñez e Iñiguez (1996).

semi-estructurado se debe a la existencia de un guión orientativo sobre los temas que tratar definidos previamente según los objetivos de la investigación. Sin embargo, en ningún momento hemos establecido ni preguntas fijas, ni la forma u orden en que los temas de interés deberían ser abordados. Las entrevistas se caracterizan por la apertura y la no directividad.

Guié mis intervenciones por una escucha ajustada al objeto de estudio y, a la vez, a las especificidades de cada sujeto y colectivo (por ejemplo, en el grupo de la calle y con algunos sujetos de los otros grupos fue necesaria una conducción marcada por intervenciones más constantes, así como por el uso de estrategias que facilitasen la elaboración discursiva a partir de referencias a experiencias y personajes muy concretos de la vida cotidiana de cada joven). En este punto, me he orientado fundamentalmente por lo que Jesús Ibañez (1986) define como un criterio abierto de pertinencia.

Finalmente, cabe señalar que, a diferencia del trabajo de intervención donde he contado con el apoyo de mis compañeros del NATEX, todas las entrevistas han sido realizadas y transcritas exclusivamente por mí. Por otra parte, es fundamental tener en cuenta que las entrevistas han sido realizadas paralelamente al trabajo de intervención (las he iniciado aproximadamente en la mitad del mismo), de modo que deben comprenderse como un procedimiento insertado en un proceso más amplio (motivo por el cual en ocasiones hacen referencia a conversaciones que tuvieron lugar antes y, muchas veces, fueron seguidas de conversaciones informales (o intervenciones sistemáticas) destinadas a elaborar los contenidos que surgieron en las entrevistas; estos momentos delimitaron el cierre de la relación de investigación y, por ello, no formaron parte del análisis realizado en la tesis.

Lugar: Las entrevistas con los jóvenes del grupo de la calle se realizaron en la calle, salvo la de R4 (la chica que ya no ocupaba este territorio) que se hizo en la sede del NATEX. Las entrevistas con el grupo de la comunidad se realizaron casi todas en la ONG. La excepción fue el caso de A1, que solicitó que los encuentros tuviesen lugar en las cercanías de su casa. Las entrevistas con el grupo de la semi-libertad fueron realizadas en su mayoría al aire libre, en un lugar reservado al lado de la unidad central. En el caso de S4, la realización de las tres entrevistas se produjo en el interior de la unidad de semi-libertad en la que se encontraba. Sin embargo, hemos contado con una privacidad absoluta, pues los técnicos me facilitaron una sala para tal procedimiento. Por fin, las entrevistas con S2 (el joven que se desligó de la medida de semi-libertad a lo largo de la investigación) fueron realizadas en espacios diferenciados: la primera tuvo

lugar en una plaza cercana a su casa y la segunda en el aparcamiento del edificio en que trabaja.

Número de entrevistas por sujeto: El número varía entre una y tres. La cantidad de entrevistas realizadas con cada sujeto estuvo condicionada, o bien por el criterio de saturación (Bertaux, 1980), o bien por la inestabilidad/ movilidad de los jóvenes (problema particularmente relevante en el espacio de la calle). **Duración:** La duración aproximada de cada entrevista fue de 90 minutos, aunque en algunos casos la entrevista final fue más corta (entre 30 y 45 minutos), ya que tenía un carácter básicamente complementario.

Horas de entrevistas registradas y transcritas: El conjunto de entrevistas totalizó 50 horas de grabación, que fueron transcritas y analizadas íntegramente.

Forma de registro: todas las entrevistas se registraron en audio por completo (salvo escasos fragmentos muy breves que algunos sujetos solicitaran relatar “en *off*”). Además, tras cada entrevista, yo realizaba inmediatamente una descripción minuciosa de la sesión en el diario de campo. Este procedimiento tenía como objetivo registrar los elementos de contexto, las manifestaciones no verbales que habían acompañado el discurso de los jóvenes y el mío (gestos, expresiones de alegría, angustia, silencios prolongados, etc.), eventuales intervenciones externas y mis primeras reacciones/ impresiones/interpretaciones.

Transcripción del material: En un primer momento, empecé realizando transcripciones absolutamente literales del discurso de los sujetos. Luego me di cuenta de que dicho procedimiento podría dificultar la evaluación de las entrevistas por lectores externos, teniendo en cuenta la peculiaridad y pobreza del repertorio lingüístico de los sujetos, marcado por muchas jergas, errores de concordancia y “vicios” de lenguaje. Por este motivo, optamos por mantener la literalidad del contenido e introducimos pequeños cambios de forma como la supresión de palabras incompletas y marcadores del tono de cada palabra.

En cuanto a los problemas relacionados con el idioma y las singularidades del repertorio lingüístico de los sujetos hemos tomado las siguientes decisiones: hacer las transcripciones en portugués, traducir todos los fragmentos de las entrevistas que fuesen utilizados en el cuerpo de la tesis y elaborar un glosario con los términos cuya traducción distorsionase su sentido y con las palabras clave que se alejasen mucho del español (tanto en términos sintácticos como semánticos). Aparte de estos procedimientos, a lo largo de las transcripciones hemos registrado los elementos

discursivos y extradiscursivos que consideramos significativos como entonación, pausas prolongadas, intervenciones externas, etc. La transcripción de las 50 horas de entrevistas ha supuesto aproximadamente cinco meses de trabajo intensivo.

Dificultades encontradas al realizar las entrevistas: Amén de los elementos de contexto (por ejemplo, la realización de entrevistas en el espacio de la calle, con todo (y todos) lo que ello supone), no he tenido ningún tipo de problema en términos de conducción - probablemente, debido a mi experiencia previa tanto con la técnica como con las poblaciones que he entrevistado. La única preocupación que me ha acompañado constantemente fue la *tensión entre amplitud, focalización y profundidad*.

Debido a las singularidades de los colectivos que he estudiado – y especialmente de los jóvenes de la calle e institucionalizados - era muy consciente del riesgo de no poder realizar una secuencia de entrevistas (por motivos que iban desde los desplazamientos geográficos y las desapariciones temporales típicas del grupo de la calle, pasando por el riesgo de producirse la prisión, la fuga, la regresión de medida socioeducativa e, incluso, la muerte de algunos de los jóvenes - hechos que efectivamente he tenido que afrontar con inmenso pesar a lo largo de la investigación).

Por estas razones, en todas las ocasiones me he planteado cada entrevista como si fuera la única. Ello supuso un esfuerzo por dar cuenta de los principales ejes temáticos en el primer encuentro, lo que, sin embargo, en ningún caso constituyó un problema; aspecto que atribuyo al vínculo de confianza que he logrado establecer con los jóvenes.

La complementación de los datos: Además de las diferentes técnicas mencionadas anteriormente, los datos obtenidos en las entrevistas se complementaron con la elaboración sistemática de una **ficha de datos socio-demográficos** (véanse anexos) - que también fue aplicada a todos los sujetos de la intervención – y por **documentos personales** como procesos jurídicos, cartas, fotos, etc., que fueron imprescindibles para una comprensión/descripción más fina de los sujetos, contextos y poblaciones en cuestión.

Teniendo en cuenta que las entrevistas tuvieron un corte fuertemente biográfico es necesario hacer algunos comentarios sobre las aportaciones de dicho enfoque para el análisis de procesos de exclusión e inclusión social. Ello nos conduce a una reflexión sobre aspectos metodológicos y epistemológicos ligados al uso de biografías en las ciencias sociales.

5.2. Consideraciones sobre el uso de biografías en las ciencias sociales

En este apartado discutiremos algunas de las contribuciones y límites del uso de biografías para analizar procesos de exclusión e inclusión social. Como nuestro objeto de estudio se sitúa en la intersección entre procesos de subjetivación particulares (las trayectorias individuales de desvinculación/ vinculación social de cada individuo) que se constituyen en el marco de procesos sociales más amplios (condiciones políticas, económicas, sociales y culturales específicas), se imponía la búsqueda de una perspectiva metodológica capaz de dar cuenta de la interacción dialéctica entre historia individual e historia social en la configuración de las prácticas de los jóvenes.

Entendemos que el objeto de estudio propuesto reclama un planteamiento metodológico cualitativo en consonancia con las orientaciones teórico-conceptuales explicitadas anteriormente. Con este propósito, consideramos que la adopción de una **perspectiva procesual, idiográfica e intensiva** era la más productiva para delimitar las transformaciones sociales en curso vinculadas a los fenómenos que pretendíamos analizar, así como el modo en que los actores sociales experimentan y hacen frente a estos procesos.

El análisis de procesos de exclusión e inclusión social nos ubica ante un fenómeno doblemente diacrónico: la propia historia de los jóvenes, que transcurre en múltiples contextos y se sitúa en lugares concretos de la estructura social, y la historia paralela de la sociedad en la cual están inmersos. Al enfocar los procesos de mediación entre historia individual e historia social, la perspectiva biográfica es señalada por diversos autores como la alternativa metodológica más adecuada para investigar las redes de mediación que operan entre la acción y la estructura social (Ferrarotti, 1983a; Bergere Dezaphi, 1989b; Bertaux, 1974; Balán y Jelín, 1980).

Según Ferrarotti (1983a), las bases epistemológicas del “método” biográfico son una forma de razón dialéctica capaz de comprender la praxis sintética que rige la interacción entre individuo y sistema social. Coincidimos con este autor en que

“toda praxis humana individual es una actividad sintética, totalización activa de un contexto social. Una vida es una praxis que se apropia de las relaciones sociales, las interioriza y las retraduce en estructuras psicológicas por su actividad desestructurante –reestructurante” (Ferrarotti, 1983b, p.128).

Desde esta óptica, los relatos de vida nos sitúan precisamente en la tensión entre la dimensión normativa de la acción y las posibilidades de cambio. La amplia tradición

del uso de historias de vida en estudios sobre desviación social y procesos migratorios sugiere que es una técnica especialmente interesante para investigar procesos de marginalización, crisis, cambio y movilidad social. La adecuación de la perspectiva biográfica a los ejes temáticos y a los objetivos de nuestra investigación se refleja en la siguiente afirmación de Morin (1980)

*“si se pregunta a alguien sobre los fenómenos de ruptura, de anomia, de crisis que estas mutaciones rápidas engendran en los que participan en estas nuevas formas de vida, la historia de vida puede permitir dilucidar las selecciones de un determinado número de **estrategias** para paliar los desequilibrios y convulsiones de estos cambios demasiado bruscos. El proceso biográfico, en ese caso, está ligado a una **dinámica de cambio**, ... y se convierte en revelador de **interacciones, de conflictos y de retos sociales y políticos.**” (p.100).*

Sin embargo, plantear la biografía como técnica exige reflexionar sobre las implicaciones y las dificultades epistemológicas y metodológicas a las que tendremos que hacer frente, algunas provocadas por el método mismo (como, por ejemplo, lo que Bourdieu (1994) denomina la "ilusión biográfica"). Pese a la diversidad de perspectivas que pueden ser insertadas en el campo del "enfoque biográfico", es posible identificar problemas comunes que, desde mi punto de vista, ningún enfoque debería eludir. Sin ninguna pretensión de incluir todas las implicaciones epistemológicas y metodológicas de esta elección, destaco:

- Las cuestiones relativas a la dimensión temporal o, más precisamente, a la reconstrucción del pasado desde el presente, resaltando las sobredeterminaciones de la memoria y los condicionantes subjetivos y objetivos que intervienen en la estructuración de los recuerdos y olvidos.
- La necesidad de establecer una clara diferencia entre lo vivido y lo narrado, entre la producción discursiva de una biografía y la vida misma.
- La consideración de la dinámica entre lo individual y lo colectivo y, consecuentemente, de las implicaciones de tomar al individuo como vía de acceso al conocimiento de procesos grupales (lo que no plantea el problema de la representatividad en el contexto de la investigación – ya que éste se aleja de nuestros planteamientos epistemológicos y metodológicos - sino la cuestión del valor explicativo de los datos).
- El reconocimiento de la “ilusión biográfica” - la unidad de sentido – como un efecto provocado por la propia técnica, y la necesidad de reconocer la situación de

entrevista como una práctica social cuyas condiciones objetivas y subjetivas afectan a la producción discursiva del informante.

- Los condicionantes sociales y culturales de la producción, escritura y lectura de relatos biográficos.
- El reconocimiento de que la labor del investigador supone una reconstrucción de la reconstrucción desde una posición de asimetría con relación a los informantes y de una labor de distanciamiento y reflexividad, pese a la importancia de la horizontalidad relacional para las entrevistas biográficas.

Entendemos que todos estos puntos merecen una reflexión profunda en esta investigación. Al plantear el concepto de exclusión social como proceso, privilegiando el estudio de trayectorias de vida, evidentemente tenemos un interés por restituir la historia individual y social de los jóvenes cuyas trayectorias estudiamos.

Sin embargo, la única posibilidad que los relatos de vida ofrecen es la de restituir la historia a partir de reconstrucciones discursivas presentes, atravesadas por los condicionantes de la memoria, de los recuerdos y olvidos. Recordar es, en gran medida, reconstruir el pasado con la mediación de datos tomados del presente y atravesados por otras reconstrucciones hechas en épocas anteriores, por lo que la imagen de antaño resulta muy alterada (Halbwachs, 1995; Bartlett, 1932).

De este modo, el discurso recogido a través de relatos de vida es una producción netamente marcada por la dinámica entre temporalidades distintas que influyen en la estructuración de los recuerdos. Como destaca Devillard (1995), el conocimiento del pasado obtenido mediante la producción verbal autobiográfica parece informar fundamentalmente de la subjetividad de los agentes, puesto que deriva de las interpretaciones de quienes lo reconstruyen en (y para) la actualidad. En este sentido, cualquier proyecto que tenga interés por la objetivación de procesos sociales debe realizar un esfuerzo de de-sustancialización de esta construcción subjetiva. Para ello, es necesario reflexionar sobre la relación entre la producción discursiva y lo vivido.

Lejeune (1975) indica que la producción de un relato biográfico en una situación de entrevista implica un “pacto referencial” entre el investigador y el informante, pero también exige que el investigador se pregunte en qué medida un texto puede parecerse a una vida. Tal reflexión nos parece fundamental porque pone de manifiesto la distinción entre el discurso sobre una vida y la vida misma.

Pensamos que el relato de vida no se debe tomar en ningún momento como expresión directa de lo vivido. Esta consideración adquiere una importancia especial en

estudios que analizan trayectorias individuales, ya que la producción discursiva que recogemos en los relatos de vida tiende a objetivar y reificar un yo continuo y totalizador. La producción de este yo objetivante tiene eficacia simbólica en los niveles personal y social, pues se vincula a la posibilidad de reconocerse y ser reconocido.

Por consiguiente, si el investigador no asume que la unidad de sentido es producto de la propia situación de entrevista, corre el riesgo de sustantivar la identidad de los sujetos y, cautivado por la “ilusión biográfica”, creer que los relatos que recoge son síntesis de una vida como totalidad concreta, cuya significación puede descifrarse a través de un análisis interno. Consideramos que interpretaciones testimonialistas y sustancialistas como ésta – que suponen que la biografía es una fuente suficiente para leer lo social- corren el riesgo de olvidar la distinción fundamental entre el relato de vida y la vida misma y eludir las relaciones sociales con las cuales debemos relacionar la producción simbólica subjetiva obtenida en las entrevistas.

Los supuestos desde los que partimos en esta investigación no nos permiten estar de acuerdo con este tipo de planteamiento. En primer lugar, no nos interesa la vida como totalidad concreta, sino el sentido que los jóvenes le otorgan posteriormente. Respecto a la producción de este sentido, por una parte, nos interesa el punto de vista subjetivo de los jóvenes. Pero, como entendemos que la construcción de sus prácticas y de su propia subjetividad está marcada desde el inicio por el contexto sociosimbólico, institucional y estructural en el que se encuentran, nos parece imprescindible extender el análisis a los condicionantes de la producción de este sentido.

De ahí la importancia de reconstruir la dinámica subyacente al relato y restituir los juegos sociales que atraviesan la producción subjetiva de un yo y de una trayectoria objetivantes. Como observa Bertaux (1980),

“lejos de fetichizar la biografía entera como historia única de un individuo único portador de la inefable condición humana, la perspectiva biográfica debe criticar la “ideología biográfica” y reconocer, por el contrario, que cada vez más, en las sociedades que anima el movimiento incesante del capital, los hombres y mujeres tienden a ser desplazados como peones, trasladados de una región a otra de las relaciones de producción, del territorio, del medio sociocultural “ (p. 162).

Desde esta óptica, situamos el relato de vida como adscripción de sentido “*a posteriori*”, que implica intentos de síntesis y, simultáneamente, contradicciones, selección de informaciones y olvidos sobredeterminados por las condiciones de producción del discurso y sus relaciones con la estructura social. Sobredeterminaciones

que se actualizan en la situación de entrevista interviniendo sobre la estructuración del recuerdo y la producción de la historia de los sujetos en el contexto de la investigación. En esta línea, los planteamientos de Foucault en “ *El orden del discurso*” son iluminadores. Al poner el acento sobre las condiciones de producción del discurso, nos ofrecen herramientas para entender por qué los informantes hablan sobre determinadas cosas, por qué callan o repiten.

A esta consideración es importante añadir que el investigador debe tener una sensibilidad crítica con relación a los condicionantes sociales y culturales de la producción del relato, de la escritura y de la lectura de biografías. Pensamos que el tipo de historias que se cuenta y la propia disposición de los sujetos para “contarse” están determinados, en gran medida, por el contexto social y cultural en el cual los sujetos están inmersos.

Además, es crucial mantener una vigilancia rigurosa sobre los efectos que la labor de movilización de un discurso y de posterior reconstrucción puede producir, puesto que el uso de biografías implica una doble reconstrucción: primero la que hace el informante al “relatar su vida” y, luego, la que hace el investigador al analizar y producir su discurso sobre los discursos que ha recogido. Por ejemplo, en el caso de los jóvenes que he entrevistado sería falaz intentar introducir – sea en las entrevistas o después– “*los elementos estructurantes obvios de la trama de los relatos autobiográficos de la clase media*” (Gagnier, 1994), ya que sus procesos de socialización se hallan marcados por pautas distintas en las que, muchas veces, no hay familia, nunca hubo escuela y la concepción de infancia tradicional no tiene ningún lugar.

Pese a la relevancia de todos los aspectos tratados hasta ahora, ninguna consideración nos parece tan importante y, a la vez, tan problemática como la dinámica entre lo individual y lo colectivo en el análisis de historias de vida. La elección de trabajar con relatos de vida en nuestro estudio implica el uso de lo particular como vía de acceso a procesos grupales. Al delimitar los colectivos que pretendemos investigar, suponemos que estos jóvenes comparten pautas comunes que condicionan la construcción de sus discursos y prácticas, a pesar de la inevitable diversidad de sus trayectorias individuales. Si por un lado nos interesa la heterogeneidad de los procesos de exclusión y del desarrollo de estrategias por sujetos y grupos particulares, evidentemente, nuestro interés primordial se dirige a lo que hay de común en estas trayectorias o, mejor dicho, en el sentido que los jóvenes le otorgan “*a posteriori*”.

Toda vez que las trayectorias vitales de cada uno de los sujetos implican condicionantes sociales, culturales, políticos y económicos más amplios, se nos impone la tarea de dar cuenta de las relaciones entre las singularidades de cada trayectoria, procesos grupales relacionados con cada colectivo y condiciones históricas, políticas, sociales y culturales generales. De ahí sigue la necesidad de reflexionar sobre la dialéctica entre el individuo y los grupos, con objeto de justificar el paso de lo individual a lo grupal y el alcance de la perspectiva biográfica para dar cuenta de esta relación.

La primera consecuencia metodológica que deriva de esta consideración es la necesidad de plantear la cuestión de la validez y de la “representatividad” de los relatos de vida – que, como hemos señalado antes, dentro de nuestra perspectiva se traduce en la cuestión del valor explicativo de los datos. Sobre este tema, el concepto de “punto de saturación” definido como *“el fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas (biográficas o no), el investigador o el equipo tienen la impresión de no aprender ya nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación”* (Bertaux,1980, pp.156,157), nos fue bastante útil. Este concepto asume la existencia de una representatividad más amplia, que no se refiere al nivel morfológico, sino al sociológico, es decir, al dominio de las relaciones socioestructurales (Bertaux,1983).

De hecho, el trabajo de Bertaux y Bertaux Wiame (1983) sobre el oficio de panadero en Francia evidencia que la recopilación acumulativa de relatos subjetivos - atendiendo al criterio de máxima diversificación de los informantes - puede proporcionar una saturación de informaciones que permite analizar las relaciones socioestructurales que enmarcan las trayectorias de los miembros de un colectivo, yendo más allá de las particularidades de cada caso. Tal procedimiento, según los autores, permite el paso de una mirada autobiográfica a una mirada etnográfica que pone al descubierto el valor sociológico de la experiencia humana.

En este punto, es necesario plantear el debate epistemológico sobre el uso de biografías en las ciencias sociales. El centro de este debate es la idea de que el enfoque biográfico supone una ruptura epistemológica con la ciencia positivista al recuperar el sujeto como protagonista en la producción del conocimiento o, más precisamente, porque atribuye valor de conocimiento al punto de vista subjetivo.

Los defensores de esta ruptura la consideran imprescindible para construir una nueva práctica científica, en los términos de Thompson (1981), *“teóricamente viva y*

sustancialmente enraizada en la realidad social”, en oposición a las teorizaciones supuestamente vacías y deshumanizadas que derivan del positivismo. Sus detractores, a su vez, resaltan el problema de la validez de los datos procedentes de narraciones biográficas para profundizar en el conocimiento de la realidad social. La crítica hace especial hincapié en el carácter esencialmente subjetivo y testimonial de las historias de vida, destacando el riesgo de la disolución de características objetivas del contexto social en una serie de configuraciones psicológicas y la incapacidad de este método para verificar / falsear hipótesis.

Entre estas dos corrientes encontramos una serie de posiciones intermedias. Lo cierto es que un análisis de los trabajos que utilizan biografías en las ciencias sociales evidencia, sobre todo, la versatilidad de esta técnica y su capacidad para adaptarse a concepciones epistemológicas y a diseños de investigación muy distintos. Se pueden encontrar desde textos basados en un testimonialismo radical, que plantean la recopilación de historias de vida como finalidad en sí misma y renuncian a cualquier tipo de análisis (reduciendo la labor del investigador a “ceder la palabra a los actores”), hasta la aceptación del uso de biografías exclusivamente como recurso ilustrativo de resultados alcanzados por otros métodos.

En este estudio, planteamos el uso de biografías como un instrumento capaz de contribuir a la reflexión teórica y a la búsqueda de respuestas concretas a un problema social relevante (los procesos de exclusión e inclusión social). No obstante, a pesar de considerar muy valioso reintroducir la subjetividad en el proceso de producción del conocimiento, defendemos la necesidad de un distanciamiento y una ruptura con el sentido común (o la “psicología popular”) a la hora de teorizar. En este sentido, a lo largo del desarrollo de la tesis he tenido muchas dudas sobre la compatibilidad entre este planteamiento y una investigación basada en el estudio de pocos casos analizados en profundidad.

Al delimitar la estructura subyacente de lo que denomina “el campo de la perspectiva biográfica”, Bertaux (1980) plantea que una de sus dimensiones estructurantes es el tipo de objeto sociológico estudiado. Indica entonces dos tendencias: una que pone el énfasis la dimensión socioestructural y los procesos “objetivos” - asociada al manejo de muchos relatos breves - y otra que privilegia la dimensión sociosimbólica y las estructuras y procesos “subjetivos”, relacionada con el estudio de pocos relatos en profundidad.

Pero, al reconocer que estos dos “niveles” son constitutivos de una misma realidad social, sugiere que todo estudio en profundidad de un conjunto de relaciones sociales ha de considerarlos simultáneamente. Este autor plantea que “lo social” estructura el campo de la praxis y, a su vez, es objeto de ésta, funcionando bajo la presión de fuerzas contrarias y cambiantes. Finalmente, propone que:

“una sociología que no se limitara a analizar el orden instituido, sino que tratase de captar las contradicciones que engendra y las transformaciones estructurales que de él resultan, debería, pues, esforzarse en reunificar el pensamiento de lo estructural y de lo simbólico, y superarlos para llegar a un pensamiento de la praxis “ (Ibíd, p.156).

Esta proposición nos parece sumamente interesante y pertinente para nuestro trabajo. Pero la cuestión que surge es ¿hasta qué punto la “perspectiva biográfica” puede dar cuenta de esta superación? o, en otros términos, ¿hasta qué punto podemos conocer la práctica a través de discursos (más allá de las prácticas discursivas)?

Pensamos que la productividad del análisis de los discursos biográficos que hemos recogido depende de su encaje en una teoría de la acción que explique la producción social de significado y permita dar cuenta de la relación entre estructuras y prácticas (discursivas y no discursivas) en el mantenimiento y cambio de las condiciones de existencia de los jóvenes (Crespo, 1991). Este enfoque exige vincular los aspectos subjetivos de la construcción de sus discursos y prácticas a las dimensiones sociosimbólicas y estructurales en las que están inmersos, así como restituir la dinámica del espacio social en el que se encuentran.

En esta línea, algunos planteamientos de Bourdieu son muy productivos. La teoría del campo de Bourdieu plantea una perspectiva relacional que da cuenta de la dialéctica entre individuo, grupos y estructura desmitificando lecturas sustancializadoras y superando la dicotomía establecida entre determinantes internos y externos. El concepto de campo obliga a considerar los juegos de fuerzas entre las instituciones y los agentes sociales en cualquier esfuerzo orientado a comprender la génesis del cambio.

El campo consiste en un espacio de relaciones objetivas entre posiciones y, para comprender su dinámica, es necesario situar cada agente y cada institución en sus relaciones objetivas con los demás. Este enfoque permite dar cuenta de la relación entre lo individual y lo colectivo a través de un análisis de las relaciones entre esas tomas de posición. La historia, la estructura y la dinámica del campo definen el espacio de las tomas de posición posibles.

Desde esta perspectiva, cuando trabajamos con relatos de vida, si admitimos distintas posiciones en el discurso también tenemos que admitir distintas posiciones en la estructura, desplazamientos en el espacio social. Las relaciones entre agentes singulares y las fuerzas del campo se objetivan en una trayectoria, pero ésta no debe ser entendida como sustancia, sino como un producto relacional. Bourdieu propone el entendimiento de la noción de trayectoria como “*la serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones*” (1994, p. 82).

Según este autor, los desplazamientos de los agentes dependen de la posición que ocupen en la estructura del campo, es decir, en la distribución, institucionalizada o no, de los diferentes tipos de capital. El mantenimiento o el cambio de la estructura de esta distribución sería mediado por las disposiciones constitutivas de los *habitus* de los agentes sociales. Así pues, sólo podemos entender las trayectorias vitales en relación con los campos en los que se desarrollan, lo que exige analizar la tensión entre fuerzas sociales, la dialéctica entre posiciones y disposiciones, y la reconstrucción de la dinámica y la estructura de estos campos. En las palabras de Bourdieu (1994),

“sólo cabe comprender una trayectoria a condición de haber elaborado previamente los estados sucesivos del campo en el que ésta se ha desarrollado, por lo tanto el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado – por lo menos en un determinado número de estados pertinentes del campo- al conjunto de los demás agentes comprometidos en el mismo campo y enfrentados al mismo espacio de posibilidades” (p. 82).

Tomando como referencia planteamientos como éste, estamos de acuerdo con Pujadas (1992, p.12) en que a medio camino de las versiones más extremas del debate epistemológico sobre el uso de biografías en las ciencias sociales existe un fértil espacio en el que es posible desarrollar una aproximación crítica a lo social. La fecundidad de tal perspectiva radica en la elaboración de modelos de análisis que combinen el subjetivismo de los relatos biográficos con la contextualización de las trayectorias vitales dentro de la matriz de las relaciones objetivas en las que cada sujeto está insertado.

No obstante, si pretendemos reunificar lo simbólico y lo estructural a través del desarrollo de un pensamiento de la praxis queda una cuestión pendiente, a saber, el denominado por Sartre (en Ferrarotti, 1983b) “problema de las mediaciones”. Al principio de este capítulo, planteábamos el enfoque biográfico como la alternativa

metodológica más adecuada para investigar las redes de mediación que actúan entre la historia individual y la historia social, así como entre la acción y la estructura social. Nos apoyamos en los planteamientos de Ferrarotti (1983a) para definir las bases epistemológicas del “método” biográfico como una forma de razón dialéctica capaz de comprender la praxis sintética que rige la interacción entre un individuo y un sistema social. En este contexto, asumimos que toda praxis individual es una totalización activa de un contexto social.

Si tomamos estas premisas como justificación de nuestra elección metodológica, es necesario explicar cómo funcionan estos mecanismos (totalización, praxis sintética, razón dialéctica). Es aquí donde el concepto de mediación resulta central. En primer lugar, se supone que un individuo no totaliza directamente la sociedad en la que está inmerso, sino que lo hace a través de la mediación de su contexto social inmediato, y más precisamente, de los grupos en los cuales participa. En esta perspectiva, **el campo de las mediaciones constituye el ámbito más específicamente psicosociológico y aporta una posible clave para trascender la hermenéutica subjetivista que define el enfoque biográfico.**

Desde esta óptica, los sistemas social y cultural pueden analizarse como la materialización en el individuo de un mundo de significaciones y éste, a su vez, como la convergencia de la práctica sociosimbólica de una pluralidad de sujetos (Gagnon, 1983). A través de la razón dialéctica, entendida como razón histórica, podemos llegar a una comprensión de la realidad social que incluya tanto los sistemas normativos y los límites estructurales impuestos a la acción individual, como la dimensión creativa y el papel del individuo en el cambio social. Ahora bien, ¿cómo se traduce eso en términos prácticos cuando trabajamos con el análisis de biografías en una investigación?

Las respuestas que los científicos sociales han ofrecido a este interrogante parecen converger hacia la siguiente propuesta: el análisis debe desplazar la atención del individuo hacia los grupos primarios, planteamiento apoyado en el argumento de que éste es el espacio de mediación por excelencia entre el individuo y la sociedad. De ahí derivan estudios que toman la familia u otros grupos de referencia o pertenencia como unidades de análisis. El propio Ferrarotti (1983a;1983b) propone la sustitución del individuo y de las referencias continuas a la praxis individual por un análisis del grupo primario como protagonista del “método” biográfico.

Este autor plantea que dicho procedimiento evitaría una concepción nominalista y atomística de lo social como una serie de interacciones desagregadas. Para hacer frente al problema de las mediaciones, argumenta que la razón dialéctica nos permitiría interpretar la objetividad de un fragmento de la historia social por medio de la subjetividad que hay en una historia individual o en una biografía del grupo. Así, el investigador podría captar el movimiento de la biografía al sistema social y del sistema social a la biografía. Sin embargo, los mecanismos concretos que median la relación entre el individuo y la sociedad, así como la actividad desestructurante y reestructurante característica de la praxis no me parecen suficientemente claros en los textos de Ferrarotti.

Por otra parte, pensamos que la sustitución del individuo por el grupo no elimina ni reduce las dificultades relacionadas con las mediaciones y el paso de lo individual a lo colectivo. Para empezar, creemos que tomar el grupo como unidad de análisis no garantiza un enfoque menos subjetivo ni más sociológico. Tanto en la sociología como en la psicología podemos encontrar ejemplos de concepciones sociológicas del individuo, así como de análisis estrictamente psicológicos de grupos. El interés por el grupo tampoco garantiza que los problemas derivados de la dualidad individuo/sociedad se superen. Por tanto, entendemos que el cambio de la unidad de análisis no reduce la importancia de relacionar la producción biográfica subjetiva (sea individual o grupal) con los marcos objetivos de la estructura social. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de reducir la organización social y de la cultura a dinámicas familiares o grupales (como, por ejemplo, lo hace Bruner, 1990) y el concepto de mediación a la noción de grupo primario.

Desde este punto de vista, volviendo a los planteamientos de Ferrarotti, suscribimos el siguiente aspecto de la crítica realizada por Devillard (1995):

“si de la influencia de la sociedad sobre los individuos, y de la labor de producción y reproducción individual de las estructuras sociales (que son procesos relacionados pero distintos) se da cuenta con un mismo concepto (“totalización”) y una única función, no hacemos sino suplir el esfuerzo conceptual de clarificar y distinguir mecanismos concretos por vagas nociones con las que, a la postre, se puede significar cualquier cosa” (p.145).

Si no se aclaran y especifican estos mecanismos los conceptos en cuestión, evidentemente, pierden su potencial analítico. Por consiguiente, al asumir una concepción dialéctica de la relación entre individuo y sociedad, pensamos que lo primero que hay que precisar es el propio concepto de mediación, así como los modos y niveles en que opera. Hacemos mayor hincapié en este concepto por considerarlo especialmente productivo para el campo de la psicología social. Por tanto, en el desarrollo de la investigación hemos recuperado algunos de los interrogantes planteados en el debate sobre el enfoque biográfico ligados a esta noción, con objeto de buscar una mayor clarificación de los conceptos y procesos en juego. Las principales preguntas que han orientado esta reflexión fueron: ¿Cómo está estructurado el movimiento entre los polos individual y colectivo en un campo social? ¿Cuáles son las instancias que median recíprocamente estos dos polos?

Dichas preguntas nos condujeron a delimitar los procesos mediacionales que vamos a analizar tomando como referencia el concepto de mediación semiótica desarrollado por Vygotski (1984; 1987). Este autor toma de Engels la noción de mediación por el uso de instrumentos (es decir, el uso de instrumentos como medio a través del cual el hombre transforma la naturaleza y al hacerlo se transforma a sí mismo) y la aplica al campo psicológico. En la esfera psicológica, la mediación tiene lugar a través del uso de signos. La centralidad de los sistemas simbólicos - y, en particular, del lenguaje - en la formación del pensamiento y en el proceso de humanización cobra relevancia tanto ontogénica como filogenéticamente.

En este sentido, a través del concepto de mediación semiótica, Vygostki (1987) plantea que la línea de evolución cultural (en oposición a la biológica) tiene como soporte el uso de signos. El origen genético de la internalización de signos y su consecuente uso como instrumento para el pensamiento está en la función comunicativa, es decir, cuando se utiliza un signo para actuar sobre una persona en el contexto de las relaciones sociales.

En este enfoque, el significado mediatiza el pensamiento, evoluciona y se transforma a medida que el sujeto se desarrolla y se apropia de la cultura. En consecuencia, este proceso está relacionado con la evolución histórica de la conciencia. Para este autor, una palabra con significado “es el microcosmos de la conciencia humana”. De Vygotski, asumimos que el significado es la unidad de análisis privilegiada para estudiar la actividad mediada.

5.3. El análisis de los datos

La primera consideración respecto a nuestro procedimiento analítico remite al proceso de selección de los datos. Debido a limitaciones temporales y a los problemas derivados de la heterogeneidad del material (en función de las características de los grupos y de la diversidad de recursos utilizados), hemos tenido que restringir el uso de los datos producidos en el trabajo de intervención socioeducativa a una función ilustrativa y de soporte. El contraste entre los discursos individuales recogidos en las entrevistas y los discursos colectivos obtenidos mediante otras técnicas se realizó en diversos momentos del proceso; sin embargo, no de la forma sistemática que nos habíamos planteado al principio. Por esta razón, apenas haremos mención explícita de dicho material en los capítulos relativos a la parte empírica de la tesis.

Por tanto, los resultados que presentamos a continuación están basados fundamentalmente en el análisis de las entrevistas en profundidad, que han sido analizadas y utilizadas en su totalidad. Por otra parte, es importante señalar que los datos obtenidos mediante las técnicas etnográficas (observación participante, diario de campo, documentos personales, registros visuales y gráficos) jugaron un papel fundamental en la reconstrucción de las dinámicas que rigen la estructuración de los relatos. Dicho material fue imprescindible para restituir los condicionantes sociales y subjetivos que atraviesan la producción discursiva fruto de las entrevistas.

Los datos obtenidos se analizaron relacionando el contenido del discurso de los sujetos con sus prácticas cotidianas y los contextos en los que ambos se originan. Con este fin, nos hemos apoyado principalmente en el **enfoque sociohermenéutico de análisis del discurso** propuesto por Alonso (1998), que privilegia la situación y la contextualización social e histórica de la enunciación.

Desde esta perspectiva, el análisis de discursos no es un análisis interno de textos: ni lingüístico, ni psicoanalítico, ni semiológico. No se trata de buscar ningún tipo de estructura subyacente de enunciación, ni sintaxis combinatorias que organicen unidades significantes elementales en cualquier tipo de clave interpretativa (Ibíd., p.188). Como destaca Alonso, lo que se trata es de emprender “ *la reconstrucción del sentido de los discursos en su situación – micro y macrosocial - de enunciación*” (Ídem,

ibidem). Por tanto, la tarea consiste en analizar “*cómo la realidad social construye los discursos y cómo los discursos construyen la realidad social*” (p.201).

Tal enfoque implica un desplazamiento del interés por la dimensión estructural del discurso hacia sus funciones sociales, cognitivas e históricas. Ello supone contemplar los contextos sociales e institucionales que enmarcan la producción discursiva analizada (Ibíd). Alonso subraya que la interpretación como comprensión social del texto nos remite a una pluralidad de órdenes comunitarios complementarios:

“una comunidad lingüística que enmarca la polisemia de los enunciados; una comunidad cultural en la que se atribuyen los sentidos a las acciones simbólicas; una comunidad histórica que recorta temporalmente los signos; y una comunidad sociopolítica que determina los poderes y los grupos desde los que se enuncian y se leen los mensajes” (Ídem, ibidem, p. 213).

Según este autor, estos son los órdenes en los que se producen la codificación de los enunciados y la decodificación de los sentidos de los discursos, así como el encuentro entre el “horizonte del texto” y el “horizonte del investigador” que lo va a interpretar. En nuestro caso, el acercamiento a los discursos analizados estuvo marcado por una perspectiva de base interpretativa (y, en este sentido, hermenéutica) y dialógica (en la medida en que ha intentando contemplar las diversas voces que participan en la construcción de los textos recogidos).

En lo que concierne a los procedimientos técnicos, el primer paso consistió en numerosas lecturas del material que condujeron a la construcción de un esquema analítico inicial basado en ejes temáticos muy amplios. A continuación, realizamos una división temática del material que fue sometida a un análisis categorial y semántico pormenorizado mediante la técnica de análisis de contenido (Bardin,1977; Navarro y Díaz, 1995).

Dicho análisis dio lugar a sucesivas reformulaciones del primer esquema analítico. Estas reformulaciones fueron producto del análisis de los discursos extremadamente (y, a menudo, excesivamente) minuciosos, que contempló aspectos semánticos, contextuales y pragmáticos de los textos, buscando identificar “repertorios interpretativos” (Potter y Wetherll,1988) comunes y disonantes. La dimensión pragmática de los discursos analizados acabó por ser casi totalmente suprimida de la tesis, básicamente por una necesidad de recorte. La sucesión de estos procedimientos nos condujo, por fin, a los temas explicitados en el capítulo 4.

Por último, es importante destacar que como no pretendíamos establecer tipologías, ni realizar un estudio comparativo en sentido estricto, nos hemos tomado la libertad de oscilar entre análisis que privilegian una reflexión sobre características de los grupos investigados, discusiones que enfocan casos particulares y análisis que ponen el acento sobre ejes temáticos específicos. Sin embargo, en todo momento, nos hemos guiado por la búsqueda de factores explicativos de las diferencias y pautas comunes – es decir, de la tensión entre homogeneidades y heterogeneidades- encontradas en cada una de estas dimensiones (individual, colectiva y temática) teniendo en cuenta la posible permeabilidad de las categorías (poblaciones) estudiadas.

Explicitados los planteamientos metodológicos y técnicos utilizados en la recogida y análisis del material, pasamos a presentar los resultados obtenidos. Dichos resultados serán discutidos dentro de los seis ámbitos que han estructurado nuestro esquema analítico: familia, comunidad, calle, escuela, trabajo y ámbito jurídico-institucional.

CAPÍTULO 6. ÁMBITO FAMILIAR

Para MIM é importante viver, e valorizar minha família. Porque é a coisa mais importante que eu tenho neste momento.

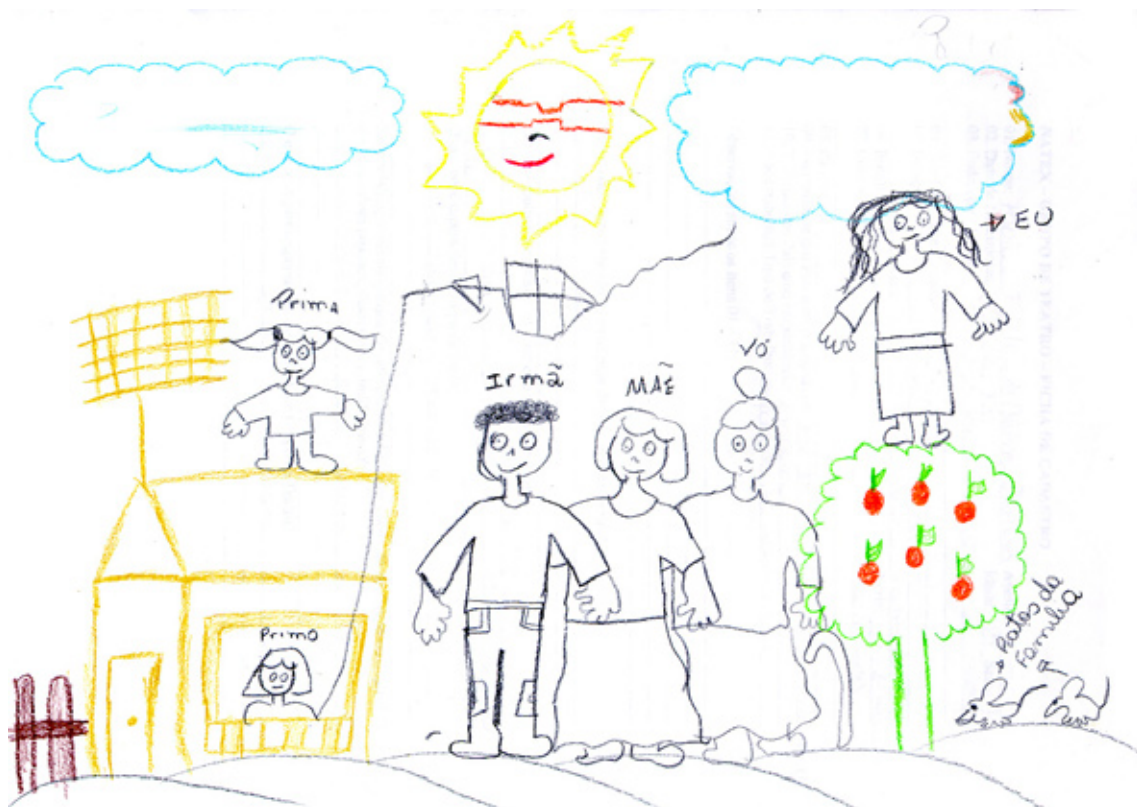
Porque quando eu preciso, eles são os únicos a me ajudar.

Por isso eu não troco eles por nada neste mundo.

“Para mí es importante vivir y valorar mi familia, porque es la cosa más importante que tengo en este momento.

Porque cuando yo necesito ellos son las únicas personas que me ayudan

Por ello yo no les cambio por nada en este mundo”



1. Consideraciones previas

Como señala Castel (1995), la desafiliación es, en un primer sentido, un proceso de fragilización o ruptura de vínculos con las redes de sociabilidad primarias⁴⁸,

“... un primer corte con las regulaciones dadas a partir de la inserción en la familia, el linaje, el sistema de interdependencias fundadas en la pertenencia comunitaria. Hay riesgo de desafiliación cuando el conjunto de las relaciones de proximidad que mantiene un individuo sobre la base de su inscripción territorial, que es también su inscripción familiar y social, tiene una falla que le impide reproducir su existencia y asegurar su protección” (p.36)

La densidad de la inscripción relacional de un individuo en las redes socio-familiares puede ir desde una inscripción sólida en los ámbitos familiar y comunitario hasta el aislamiento total (Castel, 1991). Hemos optado por discutir separadamente los vínculos familiares y socio-comunitarios de los jóvenes, puesto que ambas instancias cobran un valor significativamente diferenciado como unidades de pertenencia y fuentes de apoyo y protección.

Definir el concepto de familia es una tarea compleja. La determinación de sus características, contornos y funciones exige prudencia, pues la multiplicidad de formas de organización familiar en la sociedad contemporánea cuestiona la adecuación de un concepto unívoco para diferentes contextos y segmentos de la población. Cuando entramos en el campo de la intervención y nos situamos ante problemáticas como la exclusión social tal cautela se convierte en condición *sine qua non*, ya que los matices pueden ser fundamentales para la formulación de políticas de atención específicas adecuadas a las necesidades de diferentes colectivos.

Desde esta perspectiva, la desnaturalización del concepto de familia es el primer paso obligatorio. A ello se añade la necesidad de romper con toda visión homogeneizadora que plantee un modelo determinado de familia como el modelo de “familia estructurada”, entendiendo todo lo demás como síntoma de desorganización (cuando no de patología). Estudios llevados a cabo en el campo de la antropología, la sociología y la historia han sido fundamentales en este sentido. Los trabajos ya clásicos de autores como Lévy Strauss, Malinowsky o Ariés mostraron procesos de construcción social de la familia y la mutabilidad de sus configuraciones, sentidos y funciones.

⁴⁸ Por redes de sociabilidad primarias entendemos los lazos familiares y comunitarios que se definen por sistemas de reglas y relaciones de interdependencia que prescinden de mediaciones institucionales (Castel, 1995).

La familia ha sido estudiada principalmente desde tres perspectivas: como institución, como valor y como unidad de renta, producción y consumo (Fukui, 1998). Mientras algunos autores privilegian las funciones (económica, socializadora, ideológica, etc.) ejercidas por la unidad familiar (Bourdieu, 1994), otros abogan por la existencia de algunas propiedades invariantes como elementos definitorios de la misma (Lévy Strauss, 1976). El modelo de invariantes es fuente de controversias. Por otra parte, hay un relativo consenso respecto a que la lógica del parentesco se rige por tres tipos de relaciones: la consanguinidad, la afinidad y la descendencia.

Consideramos que todos estos parámetros son relevantes para analizar la familia, de manera que, *a priori*, no descartaremos ninguno de ellos. Sin embargo, la comprensión de la familia como una construcción humana y, por tanto, social, cultural y histórica, nos conduce a adoptar un enfoque centrado su la pluralidad y heterogeneidad. Nos unimos, pues, a los numerosos autores que han señalado la necesidad del paso del singular al plural, es decir del estudio de “la familia” al análisis de “las familias”. Así, para reflexionar sobre los papeles ejercidos por la unidad familiar en los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes adoptaremos una mirada flexible que nos permita observarla sin perder de vista sus movimientos de cambio y sus posibles facetas no convencionales.

Asumimos como punto de partida una concepción de familia como una institución cuyas funciones, configuraciones y sentidos orientan y, a la vez, reflejan y reproducen prácticas sociales, modelos económicos, culturales, éticos, políticos y relaciones de poder. Tal presupuesto nos conduce finalmente a indagar sobre las relaciones entre la familia y las esferas de lo público y lo privado .

2. Estructura familiar de los jóvenes

En el proceso de evolución de la institución familiar vinculado a las transformaciones sociales contemporáneas, la hegemonía de la familia nuclear empieza a perder terreno para modelos innovadores de convivencia doméstica. Algunos autores señalan que este proceso ha supuesto un cierto desvanecimiento de las estructuras de parentesco reflejado por el tránsito de una “*sociedad de familias*” a una “*sociedad de individuos*” (Requena y Revenga, 1993). Desde esta perspectiva, la configuración de las “*familias posnucleares*” (Ibíd.) supone una fragilización de los lazos familiares y, en particular, de las relaciones de parentesco más extendidas. En definitiva, este argumento no se aplica al contexto que es objeto de nuestra investigación.

La composición de la estructura familiar de los sujetos de este estudio es bastante inestable. Si hay algo que la caracteriza son las constantes reconfiguraciones. Sin embargo, **hay un predominio de familias monoparentales, matrifocales, numerosas, extensas y polinucleares en los 3 colectivos.** Si bien es cierto que este perfil implica modelos no convencionales de convivencia doméstica, **nuestros datos apuntan antes a una tendencia a la preservación y a la extensión de los lazos de parentesco que a su desvanecimiento.**

El número de hijos en las familias nucleares de los jóvenes varía entre dos y once, con una media de aproximadamente cinco hijos en los tres grupos. Siete jóvenes tienen hermanos no consanguíneos (A1, A4, R2, R3, R4, S1, S6). La adopción está presente en dos familias del grupo de la comunidad, la de A1 y la de A4. En el caso de A1, este joven y cuatro hermanos suyos han sido adoptados y en el de A4 uno de sus hermanos.

En cuanto a la situación conyugal de los padres de los jóvenes, la mayoría están separados (A1, A2, R2, R3, R4, S4, S5, S6). En dos casos (A3, S1) los progenitores jamás han convivido. Solamente los padres de A4 y S2 permanecen casados. Por otra parte, hay una escasa incidencia de nuevos matrimonios (o relaciones de pareja estables) tras las separaciones. Solamente tres jóvenes afirman tener o haber tenido padrastros (R2, S6 y R4), y la presencia de madrastras aparece en un único caso (S1).

Igualmente escasos son los casos de desintegración de matrimonios por muerte de uno de los cónyuges. Las madres de A1, S3 y R3 son viudas, y en dos casos del grupo de la calle (R1 y R4) ambos genitores han fallecido. No obstante, sólo los padres de S3 y R1 permanecían casados en el momento en que se produjo la muerte de sus cónyuges.

En la actualidad, muchos de los jóvenes viven en domicilios compartidos por miembros de sus familias nucleares (en general la madre y algunos de los hermanos y, en ocasiones, esposas e hijos), miembros de la familia extensa (abuelos, tíos, primos, sobrinos y, a veces, sus respectivas parejas e hijos) y/o amigos cercanos a la familia. Ésta es la situación actual de A1, A2, R3, S3, S4 y S6.

Solamente cuatro jóvenes - dos del grupo de la comunidad (A3, A4) y dos del grupo de la semi-libertad (S2, S5) - viven exclusivamente con miembros de sus respectivas familias nucleares. La unidad familiar de convivencia de S2 y A4 se corresponde con el modelo de familia nuclear conyugal, mientras que la de A3 y S5 está compuesta únicamente por la madre y los hermanos. Otros dos jóvenes del grupo de la calle (R4 y R5) viven con sus hermanos mayores y sobrinos.

Por último, están los casos de dos varones de la calle (R1 y R2) que viven solos y el de un joven de la semi-libertad (S1) cuya situación es indefinida⁴⁹.

Es necesario tener en cuenta que esta caracterización de la situación familiar actual de los sujetos es un retrato estrictamente puntual. La mayoría de los jóvenes han tenido diversas experiencias de convivencia, de modo que muchas de las trayectorias analizadas implican el paso por las diferentes situaciones mencionadas.

3.Densidad del vínculo con la familia

En **cuatro casos**, dos del colectivo de la calle (**R1 y R2**), uno de la comunidad (**A1**) y uno de la semi-libertad (**S1**), el **vínculo** de los jóvenes con la familia es **muy frágil**. A pesar de la existencia de contactos esporádicos con determinados miembros del grupo familiar, la vinculación de estos jóvenes con sus respectivas familias parece estar **al borde de una ruptura total**, lo que se refleja en la situación de profundo desarraigo en la que se encuentran.

En **tres casos (R4,S2, S6) el vínculo familiar es frágil y, sobre todo, inestable**. La inestabilidad de dicho vínculo se asocia a la existencia de relaciones conflictivas en el ámbito doméstico. Otro caso de inestabilidad en las relaciones familiares relacionada con la existencia de conflictos recurrentes es el de A4. Sin embargo, la familia ocupa un lugar muy central y sobrevalorado en el discurso de este joven. Así, lo que le diferencia de los demás jóvenes es que la **vinculación familiar de A4 es inestable, pero fuerte**.

Entre los demás sujetos de los tres colectivos (A2, A3, R3, R5, S3, S4, S5) el vínculo familiar se ha mantenido fuerte y estable a lo largo de sus trayectorias vitales. La solidez de dicho vínculo destaca en tres casos: las dos chicas del grupo de la comunidad (A2 y A3) y uno de los varones del grupo de la calle (R3).

4.Vulnerabilidades en el ámbito familiar

La heterogeneidad de la vinculación familiar de los jóvenes contrasta con la similitud de los elementos ligados a la fragilización de los vínculos con el ámbito doméstico en los tres colectivos estudiados. Lo mismo ocurre con los factores que sostienen y fortalecen dichos vínculos.

⁴⁹ Durante el trabajo de campo, los técnicos responsables de la ejecución de la medida socioeducativa de semi-libertad estaban intentando mediar un proceso de negociación familiar para decidir quién se haría cargo de él.

Empezaremos por analizar las pautas comunes relativas a las vulnerabilidades en el ámbito familiar. Este aspecto se impone como punto de partida, ya que los mismos elementos asociados a las vulnerabilidades en el contexto doméstico pueden servir tanto a la fragilización como al fortalecimiento de las relaciones en la familia.

Las vulnerabilidades en el ámbito doméstico de los jóvenes se configuran en torno a dos ejes: por un lado, la privación material y, por el otro, las experiencias de violencia. Ambos factores tienen una fuerte repercusión sobre la esfera relacional en la familia y, frecuentemente, aparecen conectados. No obstante, hemos optado por discutirlos separadamente con objeto de propiciar una mayor claridad analítica y expositiva. A lo largo de la exposición intentaremos poner de manifiesto cómo los factores en juego repercuten sobre los procesos de precarización y consolidación de los vínculos familiares en los colectivos estudiados, relacionándolo, en la medida de lo posible, con la noción de vínculo social en sentido más amplio.

4.1.El ámbito familiar como un espacio de precariedad material

El ámbito doméstico es, para todos los jóvenes, un espacio de privación material. Las dificultades económicas a menudo se perciben como el principal origen de los problemas familiares. La precariedad material está relacionada con la dificultad o imposibilidad de acceder a una amplia gama de recursos que van desde el capital cultural, pasando por objetos de consumo ligados a la estética juvenil dominante, hasta bienes tan básicos como la ropa o la comida.

A2: ...Porque antes nosotros teníamos muchas dificultades en casa, ¡realmente muchas! No es que faltara algo... pero, no sé, si queríamos algo diferente no era posible, no había dinero.... Yo recuerdo que yo compraba una ropa a finales del año y... yo usaba esa ropa para salir en todas las ocasiones, hiciera frío, hiciera calor....y mi hermano también. Se quedaba colgada en la pared... Hasta hoy lo recuerdo, era muy gracioso ... desde que yo tenía 5 años mi madre adoptó esa costumbre, hasta cumplir más o menos 10 años yo sólo tenía una ropa. Entonces la usaba en navidad, noche vieja, fiestas de cumpleaños, bodas, ¡en todas las fechas! Y el zapato también.... para ir a la escuela yo sólo iba en chancas, no me gustaba mucho arreglarme porque cuando yo salía yo sólo tenía una ropa ¿sabes?... (pp.5,6)

A su vez, la vulnerabilidad económica en el ámbito doméstico está íntimamente ligada a la precariedad laboral de los miembros de la familia (incluidos los propios jóvenes), a la dificultad de acceso a derechos sociales básicos y a la falta de apoyo de mecanismos de protección secundaria. Son frecuentes los casos de desvinculación del mundo del trabajo por parte de familiares de los jóvenes en los cuales el paro se convierte en desempleo de larga duración. Este cuadro se agrava porque dichas vulnerabilidades económico-ocupacionales suelen ser muy parcamente compensadas

por el Estado mediante políticas de protección social. La inscripción de las familias en la *zona de asistencia* (Castel,1991;1995) suele ser escasa, puntual e intermitente.

Adicionalmente, los jóvenes no vislumbran la posibilidad de que sus genitores tengan acceso a un trabajo capaz de propiciar alguna mejora significativa de las condiciones materiales de existencia de la familia. Y, por otra parte, sus hermanos tienen dificultades para lograr la inserción laboral.

S5: Ah, en casa las cosas eran difíciles, mi madre era la única que trabajaba, era difícil...aún es difícil ... Porque mi hermano aún no está trabajando, no tiene un empleo fijo, sólo mi madre que está trabajando ...Entonces está difícil, yo llego a casa así, me quedo mirando ... y hasta me da cosa.... La vida del pobre es difícil....¿es algo realmente muy difícil!..... la salud para que la tengas basta que la conserves, que no uses nada que la haga daño, pero la comida... la ropa, las cosas de la casa .. el pago de las facturas..... siempre ha sido muy difícil, mi vida allá con mi madre siempre ha sido difícil (pp.6, 7)

Así, las descripciones del ambiente doméstico tienden a dibujar un escenario marcado por la precariedad, donde predomina la incertidumbre y la vida cotidiana se percibe como una “lucha” diaria plagada de sacrificios. En el campo relacional ello se traduce en “sufrimiento” y “tensión”. Estos sentimientos aparecen como caldo de cultivo de muchos de los conflictos que se desarrollan en la familia y, a la vez, como su justificación.

S6: ¿En mi casa? (silencio) ... yo creo que no he aprendido muchas cosas no.... mi madre siempre se ha esforzado para, para educarnos... pero creo que las condiciones no lo permitían... las condiciones (eran) realmente precarias... .. mucho sufrimiento, mucha lucha... yo no la culpo, entiendes, porque creo que cuando una persona tiene mucha presión en la cabeza así, ella no sabe qué hacer, no sabe ni por donde empezar.... ella es una mujer que tiene 5 hijos para cuidar, una casa para cuidar.... trabaja en un empleo que no llega, no tiene condiciones de lograr un empleo mejor, ¿entiendes? Creo que todo eso es una presión sobre ella ... todos los días cuando ella va a dormir estoy seguro de que ella piensa: ¿ Qué es lo que mi hijo va a comer mañana? ¿ En que se convertirán mis hijos mañana? ... Y si yo no voy (a trabajar) hoy, ¿ qué será de ellos? ... Y eso, yo creo que todo eso es una presión...(pp.11,12)

Ocasionalmente, las vulnerabilidades familiares ligadas a las esferas económica y ocupacional también están relacionadas con **problemas de salud mental** (A2 y S5) y **drogodependencia** de miembros de la familia (R4, S3). El consumo de drogas ilícitas y las incidencias ligadas a la salud mental tienen un carácter ocasional. En cambio, los casos de **alcoholismo** entre los progenitores son numerosos. La adicción al alcohol afecta predominantemente a los padres de los jóvenes (A2, A4, R2, S6, S4). Pero, en ocasiones, también afecta a sus madres (A1, R2, R4), pudiendo darse la circunstancia de que ambos progenitores sean alcohólicos (R2).

La presencia de estos factores intensifica las vulnerabilidades en el ámbito doméstico, tanto por los conflictos relacionales que generan, como por su interferencia en la renta familiar. Este dato ha sido observado en estudios realizados con jóvenes y

adultos en procesos de exclusión social en Brasil (Assis, 1999; Escorel, 1998a), así como por investigaciones desarrolladas en España y en otros contextos (Casas, 1998).

S4: Solamente mi padre trabajaba. Mi madre empezó a trabajar después, cuando empezó a sentir una cierta dificultad en casa... para cuidar de nosotros... ¡3 hijos para cuidar! Entonces mi madre empezó a trabajar porque mi padre, el dinero que él cobraba era dinero para gastar en bebida..... Él es camarero, hasta hoy... ¡Y lo gasta todo en bebida! Él sigue bebiendo. (p.3)

Llama la atención la fuerte coincidencia entre el discurso de los jóvenes de la comunidad y de la semi-libertad con respecto a las vulnerabilidades que ocasiona la privación material en el ámbito familiar. Nuestros datos sugieren que ambos grupos no sólo comparten condiciones materiales de existencia muy similares, sino que también coinciden en la relevancia que le atribuyen.

En cambio, las familias de los sujetos del grupo de la calle, salvo R5, parecen vivir en condiciones algo más precarias (inferencia que se basa en los datos obtenidos sobre la renta, consumo, nivel educativo, situación laboral y vivienda)⁵⁰. No obstante, las referencias a las vulnerabilidades familiares asociadas a la privación material en las entrevistas de este colectivo son más escasas y la importancia que se les atribuyen parece ser menor. Dos aspectos son fundamentales para explicar este dato: la mayor fragilidad de los vínculos familiares en este grupo y la mayor incidencia de procesos de normalización y banalización de la precariedad relacionados con el desarrollo de la vida cotidiana en el espacio de la calle (y muy particularmente con la primacía de la lógica del “vivir al día”).

En todo caso, las distinciones detectadas entre los grupos estudiados radican básicamente en una cuestión de grado. En este sentido, la semejanza de las vulnerabilidades asociadas a la familia por los jóvenes de los tres colectivos parece ser más significativa que las diferencias encontradas.

5. Estrategias familiares para hacer frente a la precariedad

Mirar a la familia a través del prisma de los procesos de exclusión social nos obliga a plantear la cuestión de la solidaridad familiar. Tal cuestión ha sido fuente de una relevante polémica en los últimos años acerca de los papeles que la familia puede jugar en la lucha contra la exclusión social como complemento de las intervenciones del Estado. Este debate, marcado por una fuerte carga ideológica, aún parece estar lejos de alcanzar un consenso. Sin embargo, la discusión que se plantea pone al descubierto las numerosas insuficiencias de los sistemas de protección social vigentes.

⁵⁰ Véanse las fichas de datos socio-demográficos de los sujetos en los anexos.

En el continente europeo se habla de un súbito redescubrimiento del parentesco fruto de la toma de conciencia de la vulnerabilidad del cuerpo social. Este proceso se vincula a una fuerte reorientación de las preocupaciones en torno a la familia. Ahora el énfasis ya no recae sobre el paso del singular al plural, es decir, de la familia arquetípica de la sociedad moderna a diferentes modelos de familias y sus implicaciones, sino sobre el papel de la familia en las acciones ligadas a la solidaridad, a la protección y a la integración social. En las sociedades en las que el sistema de protección social secundaria sustituyó de modo contundente - y supuestamente sólido y eficaz - a las redes de sociabilidad primaria en los procesos de *gestión de los riesgos* sociales, la necesidad de recurrir a protecciones cercanas aparece como un problema nuevo que surge en el seno de la crisis del Estado de Bienestar (Castel, 1995; Déchaux, 1996; Díaz y Salvador, 1999; Tezanos, 1999). En este escenario, para algunos “*el regreso de la familia tribu*” es parte de la solución y, para otros, es parte del problema de la exclusión social (Déchaux, 1996).

En Brasil, la cuestión de la solidaridad familiar en la lucha contra la exclusión social también es objeto de debate. Sin embargo, éste no es un fenómeno novedoso. Como destaca Carvalho (1998), en el contexto brasileño ha predominado la conjugación entre un frágil Estado Providencia y una fuerte Sociedad Providencia, en la que las redes de sociabilidad primaria han ejercido un papel primordial en la resistencia y supervivencia de los *sujetos frágiles*. En la medida en que no hubo una generalización de las redes de sociabilidad y mecanismos de protección social secundarios vinculados a la inserción ocupacional y a la construcción de una ciudadanía igualitaria, la familia permaneció como la referencia e instancia de apoyo fundamental para el desarrollo de estrategias de protección, inclusión e integración social.

Diferentes estudios han demostrado que ni siquiera las relaciones cercanas en el ámbito comunitario - muy relevantes en los procesos de activación de redes de solidaridad para afrontar las vulnerabilidades de la desafiliación social - han quitado el protagonismo de la familia como soporte básico de las relaciones sociales en el contexto brasileño. La importancia de la familia es inigualable tanto en lo que concierne a la función socializadora, como en lo que atañe al desarrollo de mecanismos de protección y procesos de construcción de identidades sociales (Escorel, 1998a; Da Matta, 1984; 1985; Carvalho, 1998). Además, según estos mismos estudios, si la familia constituye la unidad de pertenencia material y simbólica por excelencia para todos los sectores

sociales en Brasil, su relevancia en los contextos de pobreza es especialmente significativa. Nuestros datos apoyan totalmente estos planteamientos.

Las situaciones de vulnerabilidad suelen activar un sistema de solidaridad que pone en marcha el desarrollo de diferentes estrategias familiares para hacer frente a las dificultades que se presentan y los riesgos que se vislumbran. El desarrollo de dichas estrategias aparece como un factor de mantenimiento y fortalecimiento de los vínculos familiares en los tres grupos estudiados.

A2: Mira, yo no peleo mucho con mi hermano ... nosotros estamos muy unidos porque... es así, mi madre dice: "... ¡A2 hoy (el pago de las facturas) está atrasado!", Porque mi madre comparte todos sus problemas conmigo..... Así que ella me lo cuenta o, a veces, se lo cuenta a él. Entonces nosotros dos nos unimos así: "W, yo puedo ir a la Feria ¿y tú? ¿Puedes ir allá (hablar con) aquel tío? Vamos allá, tú trabajas aquel día y yo aquel día".... luego reunimos el dinero y se lo damos a mi madre.... (p.8)

Pero, como hemos señalado al principio de este capítulo, algunas de las estrategias de afrontamiento de las vulnerabilidades ligadas a la familia pueden impulsar simultáneamente procesos de desvinculación del ámbito familiar. Tales procesos pueden ser temporales o definitivos. Además, pueden suponer tanto la precarización de las relaciones familiares en un sentido amplio, como el debilitamiento de los vínculos con familiares específicos. A continuación, analizaremos las estrategias familiares privilegiadas en el discurso de los jóvenes y los principales aspectos de esta doble faceta.

5.1. Las divisiones del grupo familiar

Un buen ejemplo de las prácticas que son simultáneamente protectoras y disgregadoras es la **división del grupo familiar** como estrategia de supervivencia. Esta práctica - íntimamente asociada a las esferas económica y ocupacional - es muy frecuente en poblaciones que viven en situación de extrema pobreza y, en especial, entre colectivos que viven en la calle (Lucchini,1993; Bursztyn y Araújo, 1997).

La división de la familia **puede producirse en un mismo territorio geográfico o implicar procesos migratorios**. Muchas de las migraciones relatadas por los jóvenes de los tres grupos entran en esta lógica. Aunque la intención inicial en ambos casos suele ser la de un posterior reagrupamiento familiar, no siempre esto se produce. Otras veces hay reencuentros, pero los períodos de separación engendran la fragilización o, al menos, una relajación de los vínculos (R2, S1, A3). Las separaciones derivadas de la división familiar en un mismo territorio no suelen ser muy largas. Pero cuando implican

migraciones, la dispersión familiar puede prolongarse por muchos años y suponer la ruptura de vínculos, sea de modo definitivo o provisional.

A3: así, cuando el padre de mi madre murió ella era muy jovencita y mi abuela volvió a casarse y se marchó dejando a mi madre y a todas mis tías solas ... el año pasado yo no sé que le pasó a mi madre que ella salió buscando a mis tías y aunque parezca increíble las ha encontrado

E: Hum hum...Pero entonces nunca habías tenido contacto con esa familia ¿ no?

A3: No (p.5)

Los **procesos migratorios aparecen como una estrategia familiar asociada a la búsqueda de mejores condiciones de vida** en nueve casos (S1, S2, A2, A3, A4, R3, R5). Sin embargo, solamente cuatro jóvenes (R1, S2, A3 y A4) han participado directamente en ellos. El caso de R1 presenta la particularidad de implicar tanto la emigración como estrategia familiar como un segundo proceso migratorio insertado en un movimiento de desvinculación de la familia tras la muerte de sus padres. Este segundo proceso surge como una estrategia individual vinculada a su salida a la calle y a la conversión de este ámbito en lugar de residencia.

A su vez, las divisiones del grupo familiar en un mismo territorio geográfico han afectado a la mayoría de los jóvenes de los tres colectivos en diferentes momentos de sus trayectorias. En cualquier caso, los relatos de dichos movimientos suelen evidenciar una compleja trama que casi siempre implica la coexistencia de procesos de fragilización y ruptura de vínculos familiares (en general con parientes específicos) y prácticas asociadas a la solidaridad y a la cohesión en la familia.

A2: Al principio vivían mi abuela, mi abuelo, mi padre, mi tío, mi otro tío, mi otra tía, mi otra tía, mi madre, la amiga de mi madre que vino de Piauí con ella y la prima de mi padre. Eran muchas personas, ¡todas en una sola casa!..... (mi madre) vino a Brasilia para conseguir un empleo mejor. Porque allá en “Nordeste”, el padre de mi madre había abandonado a mi abuela con siete hijos.... mi abuela tuvo 14 hijos. Siete murieron debido a la sequía, al hambre, a la enfermedad, a la falta de dinero ... entonces mi madre vino hacia acá... para intentar ayudar a su madre ... ella consiguió un empleo, se enamoró de mi padre, se quedó embarazada ... dio a luz a mi hermano. .. entonces ellos fueron a vivir juntos en la propia casa de mi abuela, hicieron una pequeña casita al fondo (del terreno) y fueron a vivir juntos... Ya había pasado un buen tiempo, ellos vivieron bien, mi padre era legal...Entonces mi madre decidió alquilar una casa, porque mi abuela ... ya habían muerto dos hijos más a causa de toda esa dificultad... Así que mi madre alquiló una casa y él se puso feliz, porque pensó que irían a vivir él, mi madre, mi hermano y yo que iba a nacer. Entonces mi madre le dijo que iba a traer la familia, que ya no iría a dejar a ningún pariente suyo morir de hambre y él (mi padre) simplemente le dijo : “O yo, o ellos”, y mi madre le dijo: “ En primer lugar ellos”. Así que mi madre les trajo y entonces él se quedó con rabia. Aún se quedó viviendo con mi madre un mes... ella estaba embarazada de mí, con 8 meses pero él no lo aceptó y se marchó, volvió a la casa de mi abuela.....Mi madre trajo a.... ocho personas... Ellos son hermanos de mi madre e hijos de mi abuela... Y a mi abuela también. (p. 4)

Por otra parte, las divisiones del grupo familiar que no tienen como objetivo un incremento del bienestar de la familia en su conjunto, suelen tener un sentido disgregador. Estas divisiones se producen por motivos variados como, por ejemplo, el trabajo, relaciones amorosas, la implicación en prácticas ilícitas, la salida a la calle, etc.

La pauta común es que las acciones que impulsan este tipo de división familiar suelen estar motivadas por intereses personales de sus protagonistas.

5.2. La movilidad de los jóvenes en la red familiar

Una de las principales estrategias familiares que producen la separación de los jóvenes de determinados miembros de la familia consiste en la movilidad en la red familiar. Las salidas de sus casas y las separaciones de los miembros de la familia nuclear se relacionan principalmente con conflictos en el ámbito doméstico (S1, S6, R4, A1, A4). En función de estos conflictos, las trayectorias de muchos de los jóvenes implican idas y venidas al espacio de la casa:

A1: Estoy aquí desde el año pasado, no, desde este año... Antes yo estaba en Planaltina con mi madre (biológica)... Me quede allá... iba a cumplir un año. Antes de esto también ya estuve con ella (otras veces). Y también ya estuve aquí. Porque yo salía y volvía, salía y volvía (p.13)

Hay relatos de abandonos del hogar entre los sujetos de los tres grupos (A1, A4, S1, S2, S6, R1, R2, R4). En la mayoría de los casos, el alejamiento de la casa tiene un carácter provisional. No tenemos indicios que sugieran una mayor tendencia de ninguno de los colectivos estudiados a dejar las casas de sus familias de origen. Pero, una vez que esta salida se produce, el regreso parece ser favorecido por determinados factores. **El principal elemento asociado al mantenimiento de los vínculos familiares en estas circunstancias es la permanencia de los jóvenes en la red familiar.**

Los relatos de salidas de la casa conducen fundamentalmente a tres destinos: la calle, las instituciones de reintegración social y la casa de parientes. Estos procesos pueden suponer un movimiento entre las residencias de diferentes miembros de la familia (R2, R3, R4, S1, S4, S6, A1); entre distintas familias (A1); entre la casa, la calle y/o instituciones de (re)integración social (todos, salvo A2, A3 y A4) y entre ciudades diversas (A4, S4, R1).

No obstante, siempre que es posible, las familias parecen preferir **la movilidad en la red familiar** como primera estrategia de afrontamiento de las situaciones de vulnerabilidad directamente ligadas a los sujetos de nuestro estudio (A1, S1, S4, S6, R4). Aquí, los tíos y las abuelas juegan un papel fundamental, puesto que son quienes acogen a los jóvenes en la mayoría de los casos. Las relaciones que establecen con ellos suelen ser bastante ambivalentes, pero estos familiares acaban por convertirse en importantes referencias para los jóvenes.

S6:... después de que regresé (a casa) mi madre vino a pegarme, entonces desistí y me fui a casa de mi tía, allá en la M-Norte. ... Entonces viví 2 años con mi tía ...al principio estaba a gusto porque, ya sabes,

es la casa de tus familiares ¿no?... estudiaba y todo, muy bien. Pero de repente ella empezó a quejarse y echarme en cara que yo le generaba gastos y cosas así. Entonces yo dije, ¿sabes qué?, voy a marcharme de aquí también...(p.8)

La movilidad en la red familiar siempre se asocia a la precarización de los lazos con determinados miembros de la familia. En este sentido, podríamos decir que propicia procesos de desvinculación en el ámbito familiar. Sin embargo, tal estrategia familiar tiene, a la vez, un fuerte carácter protector, ya que ofrece puntos de referencia y pertenencia a los jóvenes que frenan los procesos de desafiliación.

Además, la permanencia en la red familiar parece propiciar no sólo procesos de restablecimiento de vínculos temporalmente fragilizados, sino también el regreso de los jóvenes a las casas de sus respectivas familias de origen. Un dato que apoya dichos planteamientos es la constatación de que los únicos sujetos que no han regresado a sus casas son los dos jóvenes del grupo de la calle cuyos procesos de desvinculación de la familia nuclear no fueron mediados por el apoyo de la red familiar (R1 y R2).

Por otra parte, tal movilidad a veces es tan intensa que acaba por remitir a la ausencia de puntos de referencia, ocasionando así un proceso de desarraigo, como en los casos de R1, A1 y S1:

S1: Ahora (en mi casa) ya no está viviendo nadie

E: ¿Nadie? Y cuando sales (de la semi-libertad) en el fin de semana vas...

S1: A la casa de la suegra de mi hermana; es como si fuera mi hermana, ¿sabes? (ella) es hija de mi tía. Voy para allápero sólo a veces. A veces yo me quedo allá, a veces me marcho ... voy a casa de mi tío. Pero ahora tampoco voy para allá, voy a ir a casa de mi padre... (p.12)

5.3. La salida a la calle

La salida a la calle y la conversión de este territorio en espacio de trabajo o residencia aparece como estrategia para afrontar dificultades en el ámbito doméstico en todos los casos del grupo de la calle y en algunos casos de los demás colectivos (A1, A4, S4 S5). Sin embargo, entre los sujetos de la comunidad y de la semi-libertad, dichas incursiones tienen un carácter puntual y se restringen a los jóvenes y a sus hermanos u otros familiares de su generación (por ejemplo, primos).

En cambio, en el grupo de la calle dicha estrategia acaba muchas veces por convertirse en un “modo de vida” que da lugar a una fijación en este territorio. Además, en este grupo también hay relatos de las salidas a la calle de progenitores y otros parientes adultos de los jóvenes (R2,R3,R4). En este caso, se produce una asociación entre estrategias de supervivencia y división del grupo familiar.

La fragmentación del grupo familiar y la vinculación con el ámbito de la calle pueden conducir a un gran debilitamiento de los lazos en la familia (R1, R2).

E: Hum...¿Y cómo te llevas con tu hermana?

R2: (se ríe) (es) Ella hacia allá y yo hacia acá ...A ver, la vi en navidad. En esta (navidad) ahora...

E: ¿Qué pasó? ¿Fuiste allá a verla?

R2: No, ella ha venido aquí a verme ...Yo ni siquiera sabía dónde ella estaba(p.10)

Pero en la mayoría de los casos eso no ocurre. Las dos claves centrales para comprender este aspecto son la prevalencia de una valoración positiva de la familia - que en diversos casos conduce a la primacía de la casa frente a la calle (R4, R5, S4, S5) - y la inserción de dichas prácticas en un sistema de solidaridad que, mal o bien, mantiene a la familia relativamente unida. Los factores implicados en la relación entre grupo familiar y vinculación con la calle serán objeto de análisis en el capítulo relativo al ámbito de la calle, motivo por el cual no los discutiremos aquí.

5.4. Implicación en prácticas ilícitas

Otra estrategia para hacer frente a la precariedad material en el ámbito doméstico es el ejercicio de actividades ilícitas. Tal estrategia tiene mayor incidencia entre los propios jóvenes. No obstante, entre los sujetos de la calle y de la comunidad la asunción de dichas prácticas es o bien inexistente (R4, R5, A3, A4), o bien muy eventual (A1, A2, R3). Solamente los dos jóvenes que viven en la calle en una situación de fuerte desvinculación familiar y social (R1 y R2) recurren a actividades ilícitas más a menudo, respectivamente a la venta de drogas y a los pequeños hurtos. Pero, en estos casos, dichas prácticas consisten en estrategias de supervivencia individuales.

Por otra parte, hay relatos de la participación de familiares de los jóvenes en actividades ilícitas en los tres grupos. Los principales miembros de la familia relacionados con prácticas ilícitas son los hermanos de los sujetos (R2, R4, R5, A1, S3, S4, S5). Pero también encontramos alusiones a la implicación de primos (S1, S5) y progenitores (R4, S6, S3), aunque de escasa incidencia.

La privación material en el ámbito familiar es una de las principales motivaciones para el ejercicio de actividades ilícitas cualesquiera que sean sus protagonistas. Sin embargo, cuando los actores de estas prácticas son los jóvenes (incluyendo los hermanos y primos de los sujetos), los beneficios obtenidos suelen tener una orientación predominantemente individual y/o dirigida hacia el grupo de pares. En

contrapartida, la implicación de los progenitores en el campo de lo ilícito se explica invariablemente como una estrategia de mejora de la renta familiar:

R4: ... mi madre era una embustera (risas), ¡ella hacía mucha trampa!...ella cogía un montón de piedras aquellas piedras bonitas y salía vendiendo por la calle diciendo a la gente que tenían poder de eso ... poder de aquello (sonríe) ...Y así ella iba buscando nuestro sustento, ¿no? (p.6)

S3: (mi madre) ya no trabaja. Ella...tiene la pensión de mi padre....tiene la suya y tiene unos negocios ahí, unas trampas (se ríe) (p.14)

En todo caso, la participación en prácticas ilícitas se plantea claramente como una modalidad de *inclusión marginal* (Martins, 1997). La implicación en actividades ilegales se relaciona con procesos de fragilización de los vínculos familiares que se caracterizan por la ambivalencia. La ambigüedad es producto de una tendencia presente en los tres grupos a establecer una fuerte disociación entre el ámbito familiar y el campo de lo ilícito. Esta escisión se vincula directamente a la oposición establecida entre el territorio de la casa y el espacio de la calle.

La producción discursiva obtenida en las entrevistas obedece a una lógica netamente dicotómica en la cual la familia se define como el ámbito en el que se aprende “*el camino correcto*”, “*el amor*” y “*el bien*”, mientras que la calle es el espacio “*del mal*”, “*de la violencia*”, pero también “*de las tentaciones*”. En esta lógica, la familia, a través de la metáfora de la casa (para los que todavía tienen una), es el espacio prácticamente exclusivo en el cual los jóvenes suponen que es posible encontrar protección frente a “*todo lo que hay de malo en la calle*”:

E: Cuando estás aquí (en la Casa de Semi-libertad), ¿ piensas en el fin de semana ?

S1: Sí....Ah, pienso cómo va a ser. Yo pienso así, en irme a casa y quedarme solamente dentro de casa para que no pase nada malo... (sí, la casa) Protege (p.12)

Por tanto, el ámbito de la casa es un espacio profundamente totalizado por una fuerte moral. Cabe señalar que esta es una característica frecuentemente atribuida a la sociedad brasileña en su conjunto. Al analizar la identidad social en Brasil, Da Matta (1984) constata que en este contexto todo lo que está en el espacio de la casa tiende a ser percibido como bueno, bello, pero, sobre todo, decente.

Así, es curioso observar que pese a la frecuente presencia de prácticas ilícitas en el grupo familiar, los discursos de los jóvenes están marcados por un esfuerzo constante en establecer una rígida oposición entre los valores atribuidos a la socialización en la familia y aquéllos relacionados con la socialización entre los pares (identificada con la socialización en la calle y asociada a la implicación en actividades ilícitas). Aunque algunos jóvenes reconozcan que el ámbito familiar también consistió para ellos en un

espacio de aprendizaje de la transgresión (S1, S3, S6, R4, A1), el reconocimiento de la convivencia y la complicidad con lo ilícito en la familia siempre coexiste con el énfasis en el aprendizaje de lo lícito.

S3:Porque todos mis hermanos ya no *aprontan**⁵¹. Se concienciaron.... (antes) iba cada semana la policía allá a mi casa buscándoles, (ellos) intercambiando tiros con la policía... A mí no me importaba... ¡aquello me parecía normal!... Todos los días (ellos) me daban dinero, me daban ropa... zapatillas de deporte robadas..... ahora..... soy más maduro... estoy más enterado sobre las cosas.... a veces me pongo a pensar.... ¡aquello era un error! (p.8)

Además, la justificación de las actividades ilícitas llevadas a cabo por familiares por razones de carácter moral - que en última instancia se vinculan al bienestar familiar- impide la asociación entre éstas y el debilitamiento de los lazos familiares. Tal debilitamiento solo se produce eventualmente cuando ocurre la detención de miembros de la familia. El encarcelamiento de familiares aparece en cuatros casos: dos del grupo de la calle (R4 y R5) y dos de la semi-libertad (S3 y S4).

Los familiares detenidos suelen ser los hermanos de los jóvenes. La única excepción es el caso de R4, que incluye tanto la detención de algunos de sus hermanos como la de su madre. En ningún caso encontramos relatos de abandono de los familiares detenidos. Por el contrario, lo más frecuente es que dichas detenciones promuevan la cohesión familiar:

R5: De vez en cuando yo voy allá a verle... Toda la familia le ve ¿no?, porque nosotros vivimos allí cerquita ¿cómo que no vamos a ir a verle?..... Incluso, yo a veces hasta cenó allá, como allá...(p.14)

En cambio, cuando los protagonistas de las actividades ilícitas son los jóvenes es muy frecuente la asociación entre implicación en prácticas ilícitas y fragilización de los vínculos familiares, sobre todo entre los sujetos institucionalizados. Aquí hay que tener en cuenta que la entrada en el campo de lo ilícito es una estrategia que, como hemos señalado antes, tiene una orientación más individual que familiar. La precarización del lazo con el ámbito familiar se debe, principalmente, a la atracción ejercida por la calle y por el grupo de pares en función de los beneficios materiales y simbólicos que llevan asociados.

La primacía de la calle y de la socialización con los pares vinculada al ejercicio de prácticas ilícitas provoca conflictos en el ámbito doméstico que pueden conducir a abandonos temporales del hogar. Sin embargo, si los conflictos en el contexto familiar

⁵¹ Siempre que aparezca este símbolo (*) ver glosario en los anexos, pues son jergas muy significativas y recurrentes de un argot utilizado por los jóvenes que perderían su sentido específico mediante una traducción. El término *aprontar* es la expresión más utilizada por los jóvenes para hacer referencia a prácticas transgresoras.

son apuntados por los jóvenes como uno de los factores que les impulsa “a la calle”, por otro lado, es precisamente la familia lo que les hace replantearse sus deseos y sus prácticas.

Entre los jóvenes de la semi-libertad, la institucionalización es un factor asociado simultáneamente a la fragilización y al fortalecimiento de los vínculos con la familia. Incluso en los casos en que los familiares se oponen claramente a la participación de los jóvenes en prácticas delictivas, los lazos afectivos que les unen suelen ser más fuertes que los conflictos producidos. Así, el “amor familiar” aparece como el elemento que relativiza las posiciones (tanto de los jóvenes como de sus familiares) frente a lo ilícito, posibilitando la superación de conflictos y el restablecimiento de los vínculos.

Por último, es necesario mencionar la importancia del sufrimiento familiar en estos procesos. Los jóvenes de la semi-libertad establecen invariablemente una relación directa entre su vinculación con prácticas ilícitas y el sufrimiento de su familia. Tal sufrimiento se multiplica cuando entra en juego la institucionalización de los jóvenes. Desde esta óptica, las expectativas de reparación ante la familia y, muy especialmente, el deseo de compensar el sufrimiento materno son los principales motores de la elaboración de proyectos de cambio asociados al alejamiento de las prácticas delictivas, aspecto que también ha sido observado en otros estudios desarrollados con jóvenes infractores en Brasil (Zaluar, 1994; Assis, 1999).

S4: Después de mi encarcelamiento.....Yo pensaba en mi madre, en mi familia, sufriendo por lo que ellos estaban pasando allá en casa, conmigo preso.... Porque mi madre ya sufrió mucho ... ¡mi madre realmente ha sufrido! ¡Realmente ha sufrido!... Así que yo me paré a pensar, me acostaba así por la noche y no dormía: “ jo, mi madre ya sufrió mucho.... ahora voy a darle alegría ... voy a salir de esa vida... voy a dar alegría a mis familiares, voy a dejar de dar tristeza a mi madre..... no voy a dejar que mi madre pase por esa humillación de nuevo, ¡yo no quiero eso para mi madre! (p.12)

5.5. La flexibilidad de la configuración de la unidad familiar

Como hemos señalado al principio de este capítulo, la configuración de la unidad familiar de convivencia de los jóvenes suele ser muy flexible y cambiante. Las **reestructuraciones del grupo familiar relacionadas con problemas económicos y relacionales** son una constante en los tres colectivos estudiados. Las estrategias de afrontamiento de dichos problemas producen un fuerte movimiento de idas y venidas de diferentes familiares y de los propios jóvenes al espacio de la casa.

Ocasionalmente, la **reconfiguración de la unidad familiar también se debe a la formación de nuevos núcleos** motivada por matrimonios, separaciones, nacimiento

de hijos, etc. En este caso, puede suponer el abandono de la casa del grupo familiar de convivencia. Pero muy a menudo tal abandono no es viable y/o deseable. Ello se debe principalmente a los bajos niveles de ingreso percibidos y a las dificultades de acceso a una vivienda. En estas circunstancias, la autonomía equivale a un fuerte desequilibrio en el presupuesto familiar, que supone una precarización de las condiciones materiales de existencia tanto de los familiares que se marchan, como de aquéllos que se quedan. En este contexto, la permanencia en el hogar de los parientes a veces se percibe como la única opción posible,

E: Así que seguiste viviendo con tu familia y más tu mujer, ¿es así?

S6: Sí, es la única opción ¿no? yo ya había hecho (la hija), tenía que traerla (a mi mujer) conmigo, yo quería llevarla conmigo (p.22)

y, otras veces, se impone como solución tras intentos de independizarse fracasados:

A2: ... El J, que era un hermano de ella (mi madre) se casó con una chica de nuestra calle y se fue a vivir al fondo del patio de mi abuela y de mi madre... después él se trasladó. Pero ahora ha vuelto, por eso que hay ese montón de gente nuevamente en mi casa. (p.5)

En consecuencia, **es muy frecuente la asociación entre reestructuraciones de la unidad familiar y cohabitación temporal en domicilios polinucleares o plurifamiliares** (A1, A2, A4, S3, S6, R2, R3, R4, R5), situación que, con frecuencia, supone compartir una misma vivienda⁵². Sin embargo, también es bastante común la construcción o el uso de habitaciones independientes – a menudo alquiladas a terceros como estrategia de ampliación de la renta familiar - que permiten algún nivel de privacidad, ya que lo que se comparte obligatoriamente es solamente el terreno.

S6: ... fuimos a vivir en la “Expansão do Setor O”... éramos nosotros tres, más mi padrastro y mi madre en la parte del fondo. En la parte delantera vivían mi abuela, nosotros la llamamos abuela porque es su apodo (es la madre de mi padrastro). Mi abuela, mi abuelo y un montón de tíos, primos, primas... ¡la casa estaba llena! Llena, llena, llena..... (p.2)

Las vulnerabilidades en el ámbito doméstico asociadas a la precariedad material se hallan especialmente intensificadas por algunas tendencias relacionadas con la composición de la estructura familiar de los jóvenes. Aquí tres factores cobran especial relevancia en los tres grupos: la prevalencia de la matrifocalidad, la familia extensa y los domicilios plurifamiliares.

⁵² Un estudio sobre el perfil de las familias del Distrito Federal realizado en el año 1997 por organismos gubernamentales constató que para cada grupo de 100 familias definidas como núcleo principal de un domicilio había otros tres núcleos familiares que cohabitaban con ellas y, en la mayoría de los casos, los diferentes núcleos familiares poseían algún lazo de parentesco entre sí (CODEPLAN, 1997). Una investigación reciente llevada a cabo con una muestra de 810 jóvenes con edades entre los 15 y los 24 años residentes en la periferia del Distrito Federal ha permitido constatar que la mayoría de los sujetos casados y/ o que tenían hijos seguían viviendo en el domicilio de sus padres (Abramovay et al., 1999).

5.6. La matrifocalidad

La preponderancia de familias matrifocales en los colectivos estudiados refleja la tendencia a la “feminización de la pobreza” señalada por diferentes investigaciones en las últimas décadas⁵³. La proporción de familias cuya persona de referencia es una mujer ha sufrido un incremento general en todos los estratos sociales en Brasil, pasando de 16,9% en el año 1981 a 22,9% en el año 1995 (IBGE, 1999b). Pero la matrifocalidad se concentra particularmente en las familias pobres. En el año 1989, estaba presente en el 30% de los domicilios indigentes y en el 23% de los domicilios pobres, frente a solamente el 19% de los domicilios no clasificados dentro del campo de la pobreza (Lopes, 1992, en Escorel, 1998a).

La asunción del papel de “cabeza de familia” por mujeres amplía las vulnerabilidades económicas del grupo familiar. La principal razón de ello es que, en Brasil, las mujeres aún encuentran mayores dificultades de inserción en el mercado de trabajo y tienden a percibir sueldos más bajos que los varones, situación que se reproduce en el Distrito Federal (CODEPLAN, 1998)⁵⁴.

Por otro lado, algunos autores señalan que las mujeres cuentan con una red más amplia de recursos capaces de accionar mecanismos de protección para afrontar dichas vulnerabilidades. Entre los recursos asociados al enfrentamiento femenino de la pobreza, destacan el empleo doméstico, estrategias de apadrinamiento y estrategias de supervivencia vinculadas a la zona de asistencia (incluyendo la filantropía e, incluso, la mendicidad). Pero el énfasis recae sobre todo en la posibilidad de recurrir a la protección de la red de parentesco sin ningún tipo de reparo. El argumento central es que mientras el afrontamiento de las vulnerabilidades en el ámbito doméstico se percibe como una obligación del varón (y su incumplimiento supone fracaso, deslegitimación social y destitución simbólica en la familia), la demanda de amparo por parte de la mujer está culturalmente legitimada (Agier, 1990; Escorel, 1998a).

En lo que se refiere a nuestros casos, las historias familiares relatadas están protagonizadas por mujeres. La figura de la madre es el elemento central del grupo

⁵³ Sin embargo, diferentes estudios han señalado que la tendencia a la feminización de la pobreza en Brasil se aplica a las poblaciones que viven bajo un techo, puesto que el perfil de las poblaciones que viven en la calle sigue siendo predominantemente masculino (Escorel, 1998a; Bursztyn, 2000).

⁵⁴ Al analizar la división sexual del trabajo, algunos investigadores han señalado la existencia de “guetos ocupacionales” de la mano de obra femenina, pues en la segmentación del mercado de trabajo las mujeres se encuentran preponderantemente incluidas en los grupos de mano de obra secundaria, caracterizados por inestabilidad, bajos sueldos y descalificación (Lobo, 1992).

familiar de la mayoría de los jóvenes. Incluso cuando hay alusiones a referencias masculinas en el ámbito familiar, la presencia de los varones en el contexto doméstico suele ser inestable y efímera. Salvo en los casos en los que el padre es la referencia afectiva privilegiada entre los progenitores (R4, R1, S1 y S3) o que otros varones (padrastros, abuelos, tíos) juegan un papel relevante en la subsistencia familiar (S6), los jóvenes no atribuyen mayor importancia a las figuras masculinas, ni como referencia en la vida cotidiana, ni como soporte material.

Encontramos un fuerte contraste entre una tendencia a la positivación de las figuras femeninas (sobre todo madres y abuelas) en oposición a la ausencia o negativización de las figuras masculinas en los discursos sobre el ámbito familiar. Además, detectamos una asociación entre matrifocalidad y convivencia con la familia extensa o en domicilios plurifamiliares. Estos datos coinciden con el perfil familiar predominante en investigaciones recientes realizadas con colectivos en situación de pobreza en Brasil (Lucchini, 1993; Sawaia, 1990 en Escorel, 1998a).

Los discursos analizados nos permiten identificar la presencia de la mayoría de las estrategias de afrontamiento de la pobreza consideradas típicamente femeninas.

E: ¿ Y cómo os habéis organizado? Porque él se marchó y tu madre se quedó sola con 5 hijos, ¿no?

A3: Sí... no era tan difícil porque mi hermano empezó a trabajar a los 12 años... Entonces él ayudaba en casa mi madre trabaja ...pero ella trabaja (en casa) como pastelera ... Hubo una época que ella trabajó como empleada del hogar....Al menos así nunca pasamos hambre gracias a Dios(pp.4,5)

E:¿Y con la muerte de tu padre... me dijiste que él os ayudaba.. cómo os habéis organizado para vivir ?

R4: Mi hermana hacía manicura y mi madre... rellenó unas solicitudes para trabajar allá, en la "Frente de Trabajo"⁵⁵.....Y mi padrino también siempre nos ha ayudado..... él siempre me mandaba 200, 250, 300 Reales ... Entonces así íbamos ayudando en casa...(p.13)

Sin embargo, los jóvenes ponen el acento sobre la protección ofrecida por sus madres a familiares, amigos y conocidos, en detrimento de la protección recibida. Bajo este planteamiento subyace una marcada tendencia a sobrevalorar la figura materna asociada a la matrifocalidad. Esta asociación también ha sido observada en estudios llevados a cabo con jóvenes de diferentes regiones de Brasil (Sallas et al., 1999; Barreira et al.,1999). La monoparentalidad y la matrifocalidad se vinculan a una percepción de la madre como una gran luchadora capaz de hacer todo tipo de sacrificios para sacar la familia adelante. La figura materna aparece como la proveedora afectiva y material no sólo de sus hijos, sino de la unidad de convivencia (con frecuencia incluidos los amigos).

E: Y todos los demás están sobreviviendo con ese trabajo...

⁵⁵ Programa gubernamental de inserción laboral.

A2: *Están trabajando así como si fuera una comunidad ¿sabes?, porque todo se hace en familia y todo se queda para la familia. Y también porque ... el dinero está pagando una deuda que mi tío adquirió... Él empezó a deber el alquiler, fue solicitando préstamos... el dinero que tenía no alcanzaba para sustentarse y entonces fue aumentando la deuda Incluso por eso que él volvió a vivir en mi casa.... Así que ese tío hasta está ganando un buen dinero en el chiringuito, pero mi madre se dispuso a ayudarlo así que hasta hoy mi madre está trabajando en el chiringuito....porque ella quiere ayudarles..... Porque ya había problemas, la mujer quería dejar al marido, esos tipos de conflictos..... Y mi madre sabe que eso no es bueno..... (así que) ¡ mi madre está haciendo de todo! ¿sabes? (pp.7,8)*

Tal percepción implica que las fuentes de apoyo de la madre pierden relevancia en los discursos analizados. Eso la convierte en una verdadera heroína para la mayoría de los jóvenes y, en particular, para los sujetos del grupo de la comunidad y de la semi-libertad: A2: *Entonces mi madre... así, para mí mi madre , ¡mi madre lo es todo! (p.2)*. Por otro lado, les genera sentimientos de malestar y culpabilidad asociados a la idea de deuda y la tendencia a exagerar el sufrimiento materno:

A3: *....yo quiero guardar mi dinero en el banco para comprar una casa para mi madre... yo no estoy pensando mucho en mí, yo pienso más en mi madre, ¿entiendes? ... Ah, no sé, porque... ella fue mi madre y mi padre a lo largo de mucho tiempo y ella lo merece, yo creo que ella lo merece... (pp.7, 8)*

Ahora bien, estos sentimientos no se manifiestan en los discursos del colectivo de la calle. Pensamos que dicha ausencia probablemente está condicionada por la pérdida o fragilidad de los vínculos con la madre (R1,R2, R4), así como por un mayor reparto de responsabilidades (R3, R4, R5) en la familia en comparación con los otros dos grupos.

5.7. La familia extensa y los domicilios plurifamiliares

Como se ha podido apreciar en los apartados anteriores, la convivencia de la familia extensa en el mismo hogar y/ o la acogida ocasional de parientes, amigos y conocidos configurando domicilios plurifamiliares es muy frecuente entre los colectivos de nuestro estudio⁵⁶. Se trata de una práctica tan recurrente y consolidada que, a veces, encontramos incluso una cierta reproducción de esta dinámica en la organización de los grupos que conviven en el territorio de la calle.

E: *¿Quién está aquí ahora? (antes)... había mucho más gente aquí ¿no?*

R3: *Había la P, la A el W, la T, el N...ahora sólo estamos yo, el D., el R2 que está viviendo justo allí, la P, mi madre y... el G... El V se marchó detrás de la mujer (que le gusta)... Y la T y el N porque eran hijos de ella, entonces se fueron también La T está allá en el Cerrado con su madre Y la A está allá con mi hermano también y con la L.....*

E: *¿Y el G vive ahí con vosotros?*

⁵⁶ La consolidación de esta práctica como estrategia para hacer frente al impacto de las vulnerabilidades asociadas a la exclusión social ha sido observada por estudios recientes realizados con jóvenes y familias en situación de pobreza en Brasil. Ello condujo a algunos autores a proponer la sustitución de la noción de unidad familiar de convivencia por la de “grupo doméstico”, que abarca la familia elemental o extensa y sus “agregados” (Sallas et al., 1999).

R3: Él se queda siempre en la calle. A veces duerme ahí debajo del tablón, a veces duerme allá hacia abajo, desaparece, es detenido y aparece al día siguiente (se ríe) (pp.18,19)

Esta práctica suele tener un doble sentido (tanto en domicilios convencionales en el ámbito comunitario como en el territorio de la calle). Por un lado, activa relaciones solidarias entre las redes de sociabilidad primaria que actúan como elementos amortiguadores de los riesgos de la exclusión social. Es, por tanto, una estrategia de protección que, si no es capaz de solventar las vulnerabilidades económicas, ocupacionales y relacionales que afectan a determinados miembros de la familia y amigos, al menos las atenúa.

Aunque en principio la acogida de amigos y conocidos extrapole el grupo familiar, hay una tendencia a la “familiarización” de las redes de sociabilidad primaria-y, en particular, de las personas que en algún momento han sido acogidas por la familia, o que han acogido a cualquiera de sus miembros. Ello se refleja en la práctica recurrente de nombrarlas utilizando términos que definen roles familiares. Y, a veces, se concreta en el establecimiento de vínculos que acaban por convertir relaciones de amistad en lazos familiares jurídicamente formalizados.

E: Hum hum... me dijiste una vez que tú y el M habéis vivido mucho tiempo juntos...

A4: Sí... mi madre conoció la madre del M y ella estaba pasando por dificultades, entonces ella se fue a vivir allá en mi casa(ella) es una persona estupenda ... y yo considero al M como a un hermano... Porque nosotros hemos pasado por bastantes cosas...(hoy día) Ellos viven allá cerca de nosotros...ella es la mujer de uno de mis hermanos (p.8)

Según Déchaux (1996), la solidaridad familiar implica un sistema de intercambios en la red de parentesco que moviliza principalmente tres tipos de recursos: materiales, sociales y económicos. La movilización de recursos económicos supone redistribuir los ingresos mediante préstamos, donaciones, negociaciones vinculadas al patrimonio y reparto de la renta percibida. Los recursos sociales propician la inclusión e integración social al facilitar el acceso a redes de relaciones sociales. Así se amplían las posibilidades de inserción en circuitos de intercambios y las oportunidades de acceso a diferentes tipos de recursos materiales y simbólicos (información, conocimiento, trabajo, vivienda, etc.). El soporte material se relaciona sobre todo con el sostenimiento del ámbito doméstico, mediante el reparto de tareas y bienes en este espacio.

Al cumplir estas tres funciones, la solidaridad en el sistema de parentesco no se restringe a la protección de sus miembros contra los riesgos de la existencia, sino que también favorece su inserción en la sociedad. Ésta puede favorecerse de modo directo mediante la construcción de lazos sociales, o indirectamente a través de la liberación de

determinadas tareas y necesidades que permite dedicarse a otras actividades sociales. El equilibrio entre protección e inserción cambia de acuerdo con las necesidades familiares y sus posibilidades de movilización de recursos. Pero, en todo caso, se observa un predominio de la función protectora en los grupos populares y la prevalencia de prácticas que amplían el vínculo social entre los grupos más favorecidos desde el punto de vista socio-económico (Ibíd.).

Los relatos de la convivencia con la familia extensa y/ o en domicilios plurifamiliares que hemos analizado indican la activación de las tres funciones mencionadas. No obstante, hay un fuerte predominio de la función protectora por el aporte de recursos económicos y materiales.

E: Dijiste que vivía un montón de gente junta allá en la Expansão.... ¿Eran todos de la familia?

S6: Sí... ¡Hombre! Era un jaleo... ¡un jaleo! Estaban mujer, hombre, niño, perro, gato, todos juntos (risas)... Era bueno por una razón, había mi padraastro que... él era un tío nervioso, bravo, pero era un tío consciente porque nunca dejó que nos faltara nada.... Y mi abuelo también trabajaba, había unos ... tíos que trabajaban también, mi madre, entonces sumaba una buena renta para todos.... Todo el mundo aportaba una ayuda. (p.3)

Por otro lado, las estrategias de solidaridad familiar pueden tener efectos paradójicos relacionados con la acumulación de vulnerabilidades. En este sentido, los jóvenes hacen especial hincapié en cuestiones como la vivienda, la limitación del acceso a bienes de consumo elementales y la ampliación de las preocupaciones y privaciones en el ámbito doméstico. Compartir la casa con un gran número de personas supone problemas de hacinamiento y la carencia de espacio es, a la vez, falta de privacidad.

Además, la acogida familiar de *sujetos frágiles* puede producir relaciones de dependencia. Cuando estos sujetos se encuentran en situaciones de gran vulnerabilidad, en general, acaban por ocupar el rol de “dependientes” en la familia. Desde el punto de vista de los jóvenes, cuanto mayor es el número de dependientes, mayores son las preocupaciones, las limitaciones, en suma, “los sacrificios”. Aquí, la solidaridad familiar liga seguridad y tutela, restando autonomía individual y reforzando relaciones de poder, lo que recuerda modelos de protección premodernos (Castel, 1995).

A2: quieres hacer algo y no puedes porque, no sé, tienes que quedarte en casa cuidando de los sobrinos...ese tipo de cosas, ¿sabes? Es muy difícil... pero estoy intentando vivir (segunda entrevista p.4)

Así, los parientes pueden llegar a convertirse en una “carga” y la resolución o atenuación de problemas económicos y ocupacionales puede dar lugar a nuevos tipos de conflictos que afectan las relaciones familiares. Entra en juego una difícil conciliación

entre solidaridades y obligaciones, donde la mezcla entre apoyo, prescripciones y dependencias genera, sobre todo, sentimientos ambiguos.

E: ... En la época en que vivía toda esa gente en tu casa .. ¿cómo eran las relaciones?

A2: ... Nosotros nunca hemos peleado mucho. Sólo había un problema, porque mi abuela ella es muy nerviosa y muy dura¿ sabes?. (entonces) si faltaba algo en casa, mi abuela quería pegar a mi madre. ¡Ella estaba muy estresada! ... Pero todos vivían bien. Mi tío, en esa época, él empezó a trabajar, a dar una pequeña ayuda..... No (los demás no ayudaban) , los demás se arrimaban (a mi madre).... (p.7)

En estas circunstancias, los vínculos que inicialmente tienen una connotación predominantemente afectiva pasan a percibirse como esencialmente instrumentales. Cuando la responsabilidad por la subsistencia de la unidad de convivencia recae exclusivamente sobre uno o algunos pocos miembros, los sujetos protegidos pueden llegar a ser vistos como oportunistas y “parásitos“. Esta tendencia ha sido observada en estudios realizados en diferentes contextos. En Suiza, se constató que cuanto más se multiplicaban las ayudas familiares en situaciones de vulnerabilidad asociadas a procesos de exclusión social, los sentimientos ambivalentes en el ámbito doméstico eran mayores (Coenen Hunter et al, 1994 en Déchaux, 1996).

Hay que tener en cuenta que a menudo la red familiar no dispone de los recursos necesarios para ayudar a sus miembros sin que ello implique un deterioro significativo de las condiciones de vida de los sujetos que asumen la función protectora. En este caso, la protección que proporciona la familia es precaria, y tal precariedad aumenta en la medida en que aumenta la vulnerabilidad de los beneficiarios. A largo plazo, tal situación puede ser insostenible. Una encuesta realizada por el INSEE en Francia puso de manifiesto que el desempleo de larga duración solía acompañarse de una reducción sensible de la sociabilidad familiar (Déchaux, 1996).

En nuestro estudio, observamos que cuando las estrategias solidarias ligadas a la convivencia en familia extensa y/o en domicilios plurifamiliares llevan a acumular vulnerabilidades, con el paso del tiempo suele desearse la separación y reducción de la unidad familiar. Una vez que se produce, la separación asume el sentido de “alivio” y posibilita no sólo la mejora de las condiciones materiales de existencia, sino también de las relaciones en la familia nuclear.

A2: Así que cuando toda esa gente se casó, supuso hasta un alivio para mi madre..... (porque) allá en mi casa prácticamente no había nada, sólo había lo básico: cocina, cama y una televisión pequeña de 1970 que aún era en blanco y negro La vida allá en mi casa era muy difícil, no había ... esos electrodomésticos básicos... sólo para que te hagas una idea de lo apretado que era, ¿eran dos habitaciones para ese montón de gente que yo te dije! Era un salón y una habitación... una habitación del tamaño de un cuarto de baño. No había cocina..... A la hora de dormir, se ponían colchones por el suelo en todos los lugares de la casa. Hasta cerca del baño ... yo dormía en una cama de soltero con mi madre y mi hermano, y yo ya no era pequeña.... Mi abuela dormía con mi tía ya adulta y con un hijo.....

¿sabes aquel desorden?... Entonces ellos se casaron y todos se marcharon Entonces pudimos comprar una licuadora ... ollas nuevas...mi madre hasta logró organizar la casa.....¡Fue estupendo! Mi madre siempre preparando buenas comidas...El dinerito era poco pero había poca gente, entonces cundía. Yo empecé a comprar más ropitas para mí... ¡mejoró mucho nuestra vida ! (p.6)

Estas consideraciones evidencian diversas fallas relacionadas con la solidaridad familiar. Es innegable que ésta responde a importantes necesidades y permite afrontar a numerosas vulnerabilidades asociadas a los procesos de desafiliación social. Pero si la unidad familiar que ejerce la función protectora carece de recursos, los efectos compensatorios de las estrategias desarrolladas se ven desbordados por la acumulación e intensificación de las vulnerabilidades en el ámbito doméstico.

Por ello, queremos señalar los riesgos de la “*tentación familista*” en el reparto de responsabilidades en la lucha contra la exclusión social. Entendemos que la solidaridad familiar no puede sustituir el papel de las solidaridades colectivas, puesto que la protección que la familia proporciona no sólo no es capaz de corregir las desigualdades sociales, sino que puede servir para reproducirlas (Ibíd.).

6. Violencia y vínculos familiares

6.1. La desintegración del grupo familiar por muerte

Un aspecto muy recurrente en las trayectorias de fragilización de los vínculos familiares de los jóvenes de los tres grupos es la **desintegración del grupo familiar por muerte** (R1, R2, R4, A1, A2, S1, S3). Entre las causas de las muertes relatadas destacan enfermedades diversas que, a veces, se asocian a otros tipos de vulnerabilidad (por ejemplo, la miseria, la sequía, el hambre, drogodependencias, etc.).

Pero la muerte de los familiares de los jóvenes aparece sobre todo como resultado de prácticas violentas. Es especialmente llamativa la frecuencia de los relatos de **asesinatos de miembros de la familia**, experiencia sufrida por seis de los quince sujetos de nuestro estudio, afectando indistintamente a los tres grupos (A1, R1, R4, S3, S4, S5). Un importante indicador de la vulnerabilidad a la muerte por causas violentas es el gran número de familiares de los jóvenes fallecidos por este motivo. Un ejemplo claro de ello son A1 y S3, que han perdido, respectivamente, a dos y tres hermanos, y de modo más radical R4, que ha perdido a ambos progenitores, a un hermano, a un primo y a un cuñado, a todos asesinados.

La mayoría de estos sucesos se produjeron en el contexto urbano debido a relaciones conflictivas en el seno de las comunidades en las cuales residían las víctimas. Sin embargo, los relatos que asocian la violencia y la muerte de familiares también nos

trasladan ocasionalmente al campo, debido al origen rural de las familias de diversos jóvenes. Ello nos remite a problemas relacionados con la cuestión agraria que motivan experiencias de emigración y asesinatos atribuidos a disputas por tierra⁵⁷ (padre de R1 y tío de S5).

Cuando la desintegración familiar se relaciona con muertes por enfermedades u otras causas percibidas como naturales, prevalece una actitud de resignación entre los jóvenes. En cambio, cuando se trata de muertes violentas predominan reacciones de disconformidad, indignación y deseo de venganza. No obstante, también encontramos una asociación entre desarraigo familiar y resignación frente a las muertes violentas, donde destacan procesos de justificación basados en el sentimiento de impotencia:

R1: .. nosotros fuimos a Mato Grosso, llegando allá mi padre murió fuimos hacia allá y después volvimos de nuevo... nos quedamos viviendo en São José do Rio Preto, entonces mi padre ... volvió para allá para trabajar en la finca ... dos meses después, nos enteramos que él había muerto (silencio prolongado) ¿Qué pasó? ¡Lo que pasó fue que ellos mataron a mi padre! (Silencio) Así que ahora estoy aquí, solo... tranquilo.... es la vida ¿no? Le llegó el día de irse, ¿qué se puede hacer? Ni siquiera hay forma de hacer nada ¿no?, ahora me he quedado solo... (pp.3,4)

6.2. El abandono

Las **experiencias de abandono**, sufridas por ocho de los quince jóvenes (A1, A2, A3, S1, S5, S6, R2, R4), son marcos muy relevantes en las biografías de los sujetos de nuestro estudio. El abandono asume formas variadas y atañe a diferentes actores en las entrevistas analizadas. Sus repercusiones sobre los vínculos en la unidad familiar son igualmente diversas. Sin embargo, cualquiera que sea su forma o motivación, es una acción invariablemente percibida como violenta.

El **abandono paterno** es relatado por seis jóvenes (A2, A3, S5, S6, S1 y R2). También aquí hay casos en los tres grupos, pero, al contrario de lo que suele plantearse, es precisamente entre los jóvenes de la calle donde hay menor incidencia de abandonos⁵⁸. Tras la experiencia de abandono, S5 y S6 han perdido totalmente el contacto con sus padres y A2 ha tenido un único encuentro con el suyo. A3, S1 y R2 mantienen contactos eventuales con sus respectivos progenitores. Sin embargo, A3 jamás ha convivido con su padre, mientras que S1 y R2 lo han hecho. En todos los casos

⁵⁷ Sobre la violencia en el campo en Brasil, véase Chiavenato (1996). Para una discusión sobre la relación entre los conflictos asociados a la cuestión de la tierra y la exclusión social, véase Martins (1997).

⁵⁸ Cabe señalar que una de las principales aportaciones de los estudios desarrollados a partir de la década de los 90 con niños y adolescentes que viven y trabajan en las calles de diferentes regiones de Brasil ha sido precisamente desmitificar la vinculación entre vida en la calle y abandono familiar. Sin embargo, dicha vinculación todavía sigue estando presente en el imaginario colectivo del país.

encontramos un vacío relacionado con la figura paterna. Pero la experiencia de abandono suscita reacciones variables.

Como hemos señalado, en los casos de S5 y S6 el abandono paterno supuso una ruptura total del vínculo con el progenitor. S5 ni siquiera ha llegado a conocer a su padre, mientras que S6 convivió con el suyo hasta el momento de la separación de sus padres. Ambos jóvenes coinciden en la falta de expectativas relacionadas con (re)encuentros o (re)establecimiento de vínculo con sus respectivos genitores. Sin embargo, divergen en el sentido atribuido a la ausencia del padre. S6 explica la ruptura del vínculo como desprecio y falta de interés por parte del padre, frente a la cual reacciona exactamente en los mismos términos:

E: ¿Y tu padre? ¿Has llegado a tener algún contacto con él después que él se separó de tu madre?

S6: ¡Jamás le he vuelto a ver!... Ni siquiera sé si está muerto... yo mismo no sé nada... Tampoco tengo curiosidad de saber... Porque yo creo así, que si él, si él se separó y nunca volvió a buscarnos, es posible que él no quiera saber de nosotros ¿no? Yo pienso así, entonces me da igual... (pp.3,4)

S5, a su vez, presenta una explicación de la ausencia paterna teñida por idealizaciones. Atenúa así el sentido de desprecio relacionado con el abandono al sustituir la hipótesis de la falta de interés por el argumento del desencuentro.

S5: Mi padre... él nunca me dio nada y yo tampoco le he visto nunca mi madre sabe (quién es), yo no lo sé... Él, él desapareció porque... mi madre me estaba contando... porque él trajo su hermano allá de Minas y el hermano empezó a traerle problemas, entonces él se fue a Minas para (llevar al hermano) y dejarle allá ... Y mientras tanto nosotros nos trasladamos del lugar dónde vivíamos en Taguatinga... así que él ya no sabe donde estamos viviendo.... creo que es por eso que él nunca fue a buscarnos (p.2)

La idealización llega al extremo en el discurso de S1, que niega el abandono paterno. El caso de este joven tiene la particularidad de que el abandono paterno y el materno se produjeron simultáneamente en el momento de su nacimiento. En estas circunstancias, la abuela paterna asumió su tutela y se ha hecho cargo de él hasta el día de su muerte. La mediación de esta abuela impidió la ruptura de la vinculación con el padre, que, sin embargo, siempre ha sido muy frágil.

Tras la muerte de la abuela, S1 ha sufrido un segundo abandono, pues su padre se marchó a otra ciudad con su madrastra y la hija de ambos, dejándole solo en Brasilia. No obstante, el discurso de S1 pone de manifiesto una fuerte demanda de afecto hacia el padre y una gran inversión en preservar el vínculo con él en todo momento. Ello conecta con una autoresponsabilización por la ausencia paterna, asociada a un constante temor a defraudar al padre.

S1: Porque así, cuando yo nací, mi padre iba a cumplir quince años... él era muy joven y mi madre era muy joven, entonces mi abuela se quedó conmigo.... mi abuela me cogió para cuidarme... yo me quedé con ella hasta mis 14 (años) no, hasta los 13.... porque hace tres años que ella murió....

E: ¿Y fue en esa época que tu padre se marchó a Santa Catarina?

S1: Fue, él aún se quedó aquí un ratito después que ella murió... más o menos unos seis meses...

E: ¿Y sabes por qué él se fue?

S1: Lo sé... Porque predicador no se queda en una única iglesia... va siempre cambiando, cambiando y cambiando.... ¡entonces le han cambiado y él se fue!... ahora él habló con el obispo allá y el obispo le mandó venir hacia acá para quedarse aquí cuidándome.... ¡me pareció bueno! Sólo quiero que mi padre “no pierda el viaje”⁵⁹ así, yo quiero salir de esa vida..... Esa vida de **bandidagem*** (pp.3,4)

Entre los varones, el caso más particular es el de R2, cuya experiencia de abandono se produjo recientemente durante un viaje. Desde la separación de sus padres y de la salida de R2 a la calle, la vinculación de este joven con su padre es muy frágil. Su relación se restringe a encuentros ocasionales en el ámbito de la calle, espacio de residencia de ambos. En uno de estos encuentros, el padre le invita a irse de viaje con él y R2 lo acepta. Una noche, después de una pelea en un punto del trayecto, el padre de R2 decidió seguir su ruta mientras el joven dormía y se marchó dejándolo solo en una ciudad ubicada a más de 800 Km de Brasilia. R2 y su padre han vuelto a encontrarse meses después en el Distrito Federal e, incluso, han estado conviviendo algunos días en la calle. No obstante, esta experiencia de abandono ha intensificado el conflicto en la relación con su padre, suscitando manifestaciones de rencor y rechazo.

R2: ... ya me fui 3 veces con él (mi padre)... para el “**trecho**”⁶⁰ ¡Pero yo no voy volver a ir jamás!... Él me dejó allá en Valadares, ¡aquel cabrón!... Al día siguiente ya íbamos a coger el tren para Vitória pero nos peleamos allá entonces yo me acosté así, y a la hora que me desperté: “¿Dónde está mi padre?”.... él estaba diciendo que fuéramos a una gasolinera....¿Sabes cuantos kilómetros él querría andar por la noche?... 35 Km... yo le dije: “¡Que va! ¡Yo no voy!” (risas) Yo ya estaba muerto de cansancio... Entonces cuando me desperté, unos policías me despertaron allá...y yo dije:¿Dónde está mi padre? “... luego me quedé allá...me quedé allá en el mercadillo, entonces cuando yo miro pasa una furgoneta y me lleva ...a una comisaría para niños... (p.12)

La reacción de las chicas (A2 y A3) frente al abandono paterno es distinta a la de los varones e implica una mezcla entre rabia, incompreensión y deseo de reparación. El rencor por la ausencia paterna se asocia principalmente a la ausencia de reconocimiento (jurídico, social y, sobre todo, afectivo) y a la absoluta falta de apoyo financiero a la familia. Este último aspecto se relaciona con una tendencia a culpabilizar al padre por los problemas familiares, íntimamente ligada a la sobrecarga atribuida a la madre. La

⁵⁹ La expresión “perder el viaje” o “viaje perdido” es utilizada cuando una persona llega a la conclusión de que no mereció la pena realizar determinada acción porque los objetivos que tenía no se han cumplido. En este caso, S1 teme no ser capaz de responder a las expectativas del padre debido a su implicación en la criminalidad, a la cual se refiere como “esa vida de bandidagem”.

⁶⁰ La traducción textual del término “trecho” sería trayecto. Sin embargo, entre la población que vive en la calle tiene una connotación específica, pues se asocia a un cierto nomadismo. Remite específicamente a la práctica de viajar sin tener un destino determinado y, a veces, ni siquiera una motivación más allá del propio movimiento. Algunos de los habitantes de la calle adoptan esta práctica como una especie de modo de vida. Éste es precisamente el caso del padre de R2.

delegación de la responsabilidad por la subsistencia de la familia en la madre es percibida como injusta y como una consecuencia directa del abandono paterno.

A2:..... (yo y mi hermano) nosotros vivimos así con un poco de dificultad de relación con nuestro padre, porque yo sólo le vi una vez en mi vida y la única vez que le vi él estaba alcoholizado.... y eso me dejó muy triste, ¿sabes? Y hasta hoy yo sueño así con verle bien... Yo tengo muchas ganas de verle, ¿sabes? ... al mismo tiempo siento un poco de rabia, porque él podría haber ayudado a mi madre, porque yo le echaba la culpa por la mayoría de los problemas que nosotros hemos pasado (p.1)

En ambos casos hay una fuerte ambivalencia ante la figura paterna. Sin embargo, en el discurso de A3 predomina la expresión de sentimientos de rabia y manifestaciones de evitación y rechazo,

A3: ...unas dos, tres veces al año ... se le invita para dar conferencias aquí en Brasilia, entonces él viene aquí, con una gran cara de cínico pero viene....Así, no es que él no me guste....yo, digamos, le tengo rabia ...¿yo qué sé!, por haber abandonado a mi madre, y haber tenido más hijos después Y otra cosa, él no registró a ninguno de nosotros.....Así, cuando él viene yo casi no le veo ... El año pasado cuando él vino por la mañana yo tuve que ir a la escuela, así que me fui a la escuela... ese mes él vino por la noche pero entonces yo me fui al CIU... entonces es así, yo siempre tengo que salir.(p.4)

mientras que en el discurso de A2 el énfasis recae sobre el deseo de reparación y la necesidad de comprender las motivaciones del abandono paterno:

A2:.....Y mi padre, él está por ahí en el mundo ...Él nunca se casó.... aún es alcohólico, vive solo, tirado..... quisiera, sinceramente, sentarme (con él) y conversar. Soy un tipo de persona que cree que conversar soluciona. Quisiera decirle que ya no tengo rabia de él. Pero yo quería saber, entender, por qué él hizo todo aquello, ¿entiendes? No es que quisiera que él nos hubiese dado ayuda financiera. Porque, no sé, a pesar de que siempre diga a las personas que no me gusta, que nunca querría tener a un padre, de vez en cuando empiezo a pensar así:¿y si yo tuviera un padre, cómo sería mi vida? ... Yo quisiera saber cómo es tener un padre ¿entiendes? Pero ya no exijo eso porque ya soy mayor ¿no? (p.2)

En el caso de A2 el abandono paterno refleja las repercusiones de la vulnerabilidad económica en la unidad familiar según el rol desempeñado en la familia y las expectativas sociales que conlleva. Diversos autores señalan que la imposibilidad de ejercer el papel de proveedor en la familia tiene para el varón el significado de fracaso. Desde el punto de vista social, la falta en el ejercicio del rol de progenitor y proveedor - atribuido al varón como un deber - se percibe como signo de incapacidad y puede conducir a la pérdida de legitimidad en el contexto social y de autoridad en el ámbito doméstico (Escorel, 1998a; Zaluar, 1994; Arruda, 1983, en Lucchinni, 1993).

Este proceso da lugar a la construcción de una autoimagen negativa y puede resultar en la conducta que Agier (1990) ha denominado “*deserción masculina*”. Esta práctica se traduce en comportamientos masculinos de desistimiento, pánico y fuga, relacionados, directa o indirectamente, con la imposibilidad de responder a expectativas sociales. Desde esta óptica, el peso de la simbología asociada a la figura del progenitor proveedor sería un factor significativo para explicar la inestabilidad matrimonial de los

varones que viven en condiciones económicas precarias y la “deserción masculina” de la unidad familiar (Scorel, 1998a, p.100). Nuestros datos sugieren que la acumulación de vulnerabilidades vinculada a estrategias familiares que mezclan convivencia afectiva y supervivencia económica, solidaridad y cohabitación con la familia extensa favorecen estos procesos de deserción, como podemos apreciar en el discurso de A2:

A2: Fue así, mi madre vivía en la casa de la tía de mi padre, entonces ella se quedó embarazada de mi hermano. Ellos vivieron juntos en la época en que (sólo) había mi hermano, luego cuando ella se quedó embarazada de mí ellos ya no vivieron juntos... A causa que mi madre.... tenía familia en “nordeste”.. y ellos estaban pasando dificultades.... Ella había logrado un empleo razonable aquí en Brasilia, así que, ¿qué hizo ella? Llamó a toda su familia para venir a Brasilia y mi padre no lo aceptó, porque él dijo que tendría que mantener a vagabundo, ese tipo de cosas, ¿sabes? Así, no tuvo valor para ayudar. Es rara esa historia, hasta hoy yo no logro entenderla muy bien. Lo único que sé es que con el traslado de mi familia hacia acá él ya no quiso más vivir con mi madre (p.1)

Los relatos de las historias familiares de las chicas de nuestro estudio (A2, A3 y R4) también ponen de manifiesto la **repetición generacional del abandono**, incluyendo abuelos, abuelas, tíos y tías de los jóvenes. Las prácticas más comunes son el abandono de mujeres e hijos por parte de los maridos y el abandono de los hijos por parte de las madres. En todo caso, se ligan siempre a procesos de dispersión de la familia y desvinculación entre sus miembros. En el discurso de las chicas, las historias de abandono se asocian a un rechazo a la idea del matrimonio. Por otra parte, el matrimonio también aparece como un vía de escape de las vulnerabilidades en el ámbito familiar percibidas como consecuencias de la matrifocalidad y del abandono paterno.

R4: ... (mi madre) ella se casó a los 15, 14 años ... se marchó de casa muy pronto....ella vivía ... en São Paulo.... arregló un matrimonio y se casó. Después ellos vinieron a Brasilia..... a ella no le gustaba mi abuela ¿sabes? ...Porque por el hecho de que ella era la hija mayor, ella tenía la obligación de cuidar a los hermanos y todas esas cosas a las que la gente de antes obligaba ¿no? ... Entonces mi madre acabó por salir de casa porque ella estaba indignada por la situación que ellos vivían... porque su padre la abandonó cuando ella tenía 7 años, con sus hermanos, sola...y con la madre, pero su madre no tenía muchas condiciones para cuidarles, entonces ella tenía que trabajar...así que se marchó de casa... mi abuela se quedó allá sola.... mi madre volvió allá cuando tenía 25 años, después jamás ha vuelto (p.5)

El abandono materno aparece en cuatro casos (A1, S1, S6 y R4), con diferentes modalidades y sentidos. Pero, a diferencia de los relatos de abandono paterno, el énfasis no recae sobre la ausencia de la figura del progenitor, sino sobre reacciones de rencor y rechazo recíproco. El abandono por parte de la madre es algo que los jóvenes no acaban de comprender - aunque señalen razones que lo justifican - puesto que es una conducta incompatible con la representación dominante de la figura de la madre, que tiene como base una concepción naturalizada del amor materno.

S1: ¡A veces voy a su casa y ni siquiera la saludo!... No, no tengo rabia, así, rabia no, pero... yo qué sé, ¡yo creo que la madre que es madre, no deja a su hijo con la abuela y desaparece en el mundo sin dar ninguna justificación!.... (silencio)...(con la voz débil) No, no sé (el por qué) ... (p.4)

En todos los casos los jóvenes han mantenido contactos ocasionales (A1, S1) o frecuentes (S6 y R4) con sus madres tras las experiencias vividas como abandono. No obstante, dichas experiencias han tenido fuertes repercusiones sobre las relaciones madre/hijos, traducidas en la imposibilidad del establecimiento de vínculos (A1 y S1), o en la existencia de vínculos conflictivos (S6 y R4).

Para S1 y R4, el abandono materno supuso, respectivamente, la ruptura y el debilitamiento del vínculo con la madre, pero no conllevó desvincularse del ámbito doméstico. Ello se debe a la **acogida de estos jóvenes por parte de otros familiares** (la abuela de S1 y el padre de R4), que se han convertido en fuertes referencias afectivas para ellos. En el caso de R4, tal procedimiento posibilitó que la “deserción materna” fuera percibida antes como un reparto de los hijos entre sus progenitores que como un abandono propiamente dicho:

R4: ... fue así ... cuando yo era muy pequeña, yo tenía 4 meses, mi madre me entregó a mi padre, porque ella dijo que ya no quería estar con él y sólo deseaba quedarse con mi otro hermano ... así que ella se quedó con mi hermano y me entregó a mi padre. Entonces yo me quedé con mi padre (p.7)

Entre los demás jóvenes el abandono materno se liga a una mediación institucional, pues se concreta a través de la **entrega voluntaria de los hijos a la tutela de centros de acogida**. La institucionalización de los hijos por parte de los progenitores es relatada por un joven de cada grupo: R4, A1 y S6. En los casos de A1 y S6, esta práctica les ha afectado directamente; A1 fue institucionalizado junto a sus cuatro hermanos consanguíneos, mientras que S6 lo fue solo. En el caso de R4, los miembros de la familia institucionalizados fueron sus cinco hermanos mayores.

En las entrevistas de R4 y A1, la entrega de los hijos a los centros de acogida se justifica por **las vulnerabilidades económicas** en el ámbito familiar. Sin embargo, la evaluación de esta práctica por parte de ambos jóvenes es rigurosamente opuesta. R4 considera que tal procedimiento tuvo como base relaciones afectivas y ha propiciado un futuro mejor a algunos de sus hermanos.

R4: mi madre vendió todo lo que ella tenía para poder cuidarles...después de eso les ingresó a todos en un centro de acogida...a los 5 ... se quedó sin ningún hijo.... Porque ella creía que iban a tener un futuro mejor ¿no?.. les cogía cada dos meses y a finales de año iban a pasar las vacaciones con ella....ella creía que eso iba a ser mejor para ellos... en realidad fue realmente mejor para ellos...Porque mi hermana es casi graduada, mi hermano es algo, él trabaja con ordenadores..(p.4)

A1 pone el acento sobre las implicaciones negativas de su proceso de institucionalización, entre las cuales destacan experiencias relacionadas con el estigma, la victimización y el desarraigo.

A1: nosotros nos quedábamos en ese cabaré después de que mi padre murió... porque mi madre... trabajaba lavando aquellas ropas de aquellas mujeres ... entonces las cosas fueron pesando ... lo que ella dice ... es que ... después de que él murió ella no tuvo condiciones para cuidarnos. Entonces ella nos ingresó en el CRT⁶¹.... en el 83... yo tenía ...2 años..... nos quedamos allá dos años ... (Luego) una asistente social del CRT llegó y nos dijo que íbamos a (casa de) una madre sustitutayo y mis hermanos..... ... nosotros fuimos a casa de esa mujer... cuando llegamos allá ella no nos daba comida y cuando llegaba la noche íbamos a la cocina y cogíamos todo y ella llegaba y nos pegaba porque cogíamos las cosas allá ella fue a darme un baño ... yo no sé lo que ella hizo que golpeó mi cabeza contra la pared... (me enseña la cicatriz)... Entonces se enteraron y nos volvieron a llevar a todos al CRT en el 84.... Luego, en el 85 venimos a (vivir con) esa madre de aquí... ella cobraba una pensión por cada uno de nosotros.... también recibía una cesta (de alimentos) por cada uno. Entonces vino el tiempo en que entró el Fernando Collor (en el gobierno) y le quitó todo.. .. aún así ella se quedó con nosotros. (pero)aquí también estaba mi padre, no le gustábamos a mi padre adoptivo. Nunca le hemos gustado (imita al padre adoptivo dirigiéndose a su mujer) “Estás loca de coger a estos niños.....”... el padre peleaba con nosotros... después, con el paso del tiempo, él fue bebiendo y gastando el dinero..... y él decía que no nos quería (en casa)... entonces mi madre (adoptiva) nos echó a todos, nos entregó a nuestra madre(biológica) entonces fuimos a (casa de) R, la verdadera...., nos quedamos allá entre 2 y 3 años y volvimos todos hacia acá de nuevo.... A ella nosotros nunca nos hemos acostumbrado ... ni vamos a acostumbrarnos... yo mismo nunca me acostumbré a ella. (pp.1,2,3)

Como se puede observar en la cita anterior, el proceso de institucionalización de A1 supuso diversos intentos frustrados de (re)inserción familiar. Dichos intentos le han supuesto la convivencia con tres madres distintas, pero, en ningún caso, este joven ha llegado a sentirse efectivamente acogido. De hecho, el relato de su trayectoria en el ámbito familiar es más bien el relato de sucesivas experiencias de violencia y abandono. De la convivencia con la primera madre sustituta, A1 sólo recuerda los malos tratos, cuyas secuelas físicas y psicológicas aún están muy presentes en él. Una vez roto este vínculo, se produce un segundo intento de inserción familiar. A pesar de que en esta ocasión la adopción es formalizada, el vínculo establecido con la familia de acogida es fuertemente conflictivo. Ello da lugar a una constante movilidad entre la casa de dicha familia y la casa de la madre biológica, marcada por sucesivos abandonos maternos.

La relación con la familia adoptiva se define esencialmente por vínculos instrumentales. A1 atribuye su adopción y la de sus hermanos a la retribución económica percibida por la unidad familiar de acogida. Al hablar de sus relaciones en este ámbito, casi no hace alusiones al afecto, salvo algunas expresiones de sentimientos ambivalentes hacia a la madre adoptiva. El énfasis recae sobre la primacía de la dimensión económica ligada a una constante presión familiar para que él trajera dinero a casa. Además, niega la existencia de un sistema de solidaridad familiar vinculado al reparto de recursos, señalando la prevalencia del individualismo en el ámbito doméstico: *A1: No, aquí nadie comparte el dinero...Aquí el que trabaja, trabaja para sí mismo Aquí...es una familia en la que nadie está unido... Nadie está unido (silencio muy extendido) (p.18)*

⁶¹ Sigla de uno de los centros de acogida para niños y adolescentes de Brasilia.

A ello se suma la percepción de un tratamiento diferenciado en comparación con el recibido por sus hermanos, que tendría como base la distinción entre hijos “legítimos” e “ilegítimos”. Tal distinción se relaciona con procesos de estigmatización en el ámbito comunitario y con la vivencia de una condición de fragilidad e inferioridad en el contexto familiar. La confluencia de todos estos aspectos, desde el punto de vista de A1, hace que cualquier falta cometida por él (relacional o económica) suponga el riesgo de la repetición del abandono materno, ahora bajo la forma de expulsión del grupo familiar de acogida (la cual se produjo en diversas ocasiones). *A1:....y porque él buscaba pelea conmigo mi madre casi me echó... para quedarse con él ¿no? (p.8)*

Las expulsiones de la casa de la familia adoptiva (vividas como abandono materno) han supuesto regresos intermitentes de A1 a casa de su madre biológica. Pero la relación con ésta es aún más conflictiva. Aquí el rechazo se mezcla con agresiones físicas y verbales, cuyo nivel de violencia es intensificado por el alcoholismo de su progenitora. Según A1, las manifestaciones de desprecio por parte de su madre biológica son una constante, de modo que la convivencia con ella adquiere el sentido de una sucesiva repetición del abandono.

A1: ... mi madre ella bebe demasiado ... Mira, yo no me acostumbro a ella por la convivencia, porque yo no he convivido con ella ¿no? Y también por el alcohol, porque ella bebe demasiado. Entonces cuando ella bebía, ella siempre me insultaba, porque ya sabes que en la familia siempre hay uno que es el más despreciado ¿no?..... Así que me insultaba, me mandaba desaparecer de cerca de ella... además... cogía el cuchillo para pincharnos. Pero eso era (a causa de la) bebida Llegó un tiempo que dijo que yo no le gustaba ... ella decía “¿por qué la desgracia que llevó a tu hermano no te llevó a ti en lugar de llevarle a tu hermano?”... Entonces fue hablando, hablando y yo fui sintiendo cada vez más rabia.... Entonces ella se arrodillaba en el suelo y entregaba mi alma al diablo ... (p.4)

La sucesión de estas experiencias de violencia ha generado un proceso de desvinculación marcado por la intensificación de la rabia y de la imposibilidad recíproca de convivir e intercambiar afecto, que también se ha extendido a sus hermanos.

A1: como te estaba diciendo, yo fui sintiendo rabia hacia mi madre, sintiendo rabia, sintiendo rabia. Hoy en día que yo hablo con ella más o menos, voy para allá paso un día... dos días... media hora y no aguanto quedarme más... porque allí no funciona. Cuando yo me acerco a ella me siento prisionero... No sé por qué, (pero) yo no consigo quedarme cerca de ella.....ni de mi hermana, ni de mi hermano (p.5).

El caso de S6 tiene tres particularidades. En primer lugar, su período de tutela institucional se produjo más tarde y fue más corto que el de los demás jóvenes. Además, desde un primer momento se planteó como provisional. Por último, la institucionalización de S6 no se debió a vulnerabilidades económicas, sino a conflictos

relacionales en el ámbito doméstico por su implicación en prácticas ilícitas. Este joven percibe la decisión materna de internarle en un centro como una estrategia de alejamiento y castigo:

E: El otro día me estabas contando que has pasado un periodo fuera de tu casa.....

S6: Ah, eso fue el peor periodo que ya pasé en mi vida... ni la cárcel fue tan mala como aquella cosa allá.. ... por quedarme mucho en la calle, mi madre (dijo)...:“Ya sé lo que ese chico está buscando”. Entonces me puso muy lejos de ella ¿no?, me ingresó allá en Goiás... Y me dejó allá.. por un tiempo (p. 4)

El problema reside en que este joven no ha logrado identificar ninguna acción suya que justificara tal castigo. Es precisamente este hiato explicativo lo que lleva a S6 a percibir la acción de su madre como una conducta de abandono y, sobre todo, de desprecio. La suma de estos ingredientes conduce a la imposibilidad de comprender y aceptar el comportamiento materno y a una posterior intensificación de los conflictos en el ámbito doméstico.

E: Has dicho que fue el peor periodo de tu vida ¿no?, peor que la cárcel. ¿Por qué?

S6: no sé, te sientes demasiado despreciado... Porque en la cárcel sabes que has hecho algo y que tienes que pagar por aquello... (en cambio para el centro) ah, yo fui, joder, ¿sólo porque mi madre quiso mandarme para allá ? Yo no lo he aceptado ... Pero tampoco dije nada . Ella dijo: “¿Te vas a quedar ahí?”, y yo dije: “Sí”, al primer día me fugué... Me fui a casa. Entonces ella me llevó de nuevo: “¿Si ahora vuelves te vas a enterar!”, entonces me quedé (risas)...Un año y pico, Raquel, salí porque me puse enfermo a causa de los productos, de un producto químico que había allá (p. 6)

A pesar de la diversidad de motivaciones y sentidos relacionados con los relatos de abandono, la entrega de los jóvenes a la tutela institucional ha dado lugar a un gran debilitamiento de los vínculos con la familia de origen en todos los casos⁶². La precarización de dichos vínculos se halla acompañada frecuentemente por la intensificación de los conflictos en el ámbito familiar.

6.3. La violencia doméstica

Prácticamente todos los sujetos hacen referencia a episodios de violencia doméstica (A1, A2, A3, A4, S2, S4, S5, S6, R2, R3, R4, R5). Sin embargo, la percepción del ámbito doméstico como un espacio de violencia se restringe a unos pocos casos (R2, R4, A1, A4, S4). La violencia doméstica afecta a diferentes miembros de la familia y se manifiesta de formas variadas. No obstante, predominan las agresiones físicas y verbales, cualesquiera que sean los sujetos implicados.

⁶² Para un análisis de la trayectoria del fenómeno del abandono de niños en Brasil véase Marcílio (1998). Este trabajo se inserta en un amplio proyecto sobre la familia y el niño en la historia social brasileña y presenta una discusión sobre la problemática del abandono desde la antigüedad (centrada en el contexto europeo) hasta el Brasil contemporáneo.

6.3.1. La violencia de género

Una de las principales manifestaciones de violencia doméstica señaladas por los jóvenes de los tres grupos es la **violencia de género** (A1, A2, A4, R2, R4, R5, S4, S6). Las agresiones relatadas se producen mayoritariamente entre sus padres biológicos (A4, R2, R5, S4, S6). Pero también ocurren en relaciones que implican a uno de sus progenitores y sus respectivos compañeros sentimentales (R4), sus padres adoptivos (A1) u otros familiares como, por ejemplo, tíos (A2).

Una de las características fundamentales de este tipo de violencia es su carácter recurrente, aspecto ampliamente señalado en la bibliografía sobre este tema. Solamente en el caso de R5 la violencia de género es un suceso puntual. Otra fuente de unanimidad en los relatos es la identificación de los varones como los agresores y el énfasis en la posición de sumisión e indefensión asumida por las mujeres e hijos: R2: *....cuando yo era más pequeño él pegaba mucho a mi madre.. ... y mi madre bajaba la cabeza y recibía los golpes! (y yo) Pequeñito, no podía hacer nada.... (p.16)* Aquí prevalecen los mecanismos asociados a la reproducción de los valores y prácticas que sostienen las estructuras de dominación masculina. Estos mecanismos ponen de manifiesto las múltiples formas en que la violencia (física y simbólica) se combina con el poder en los conflictos que se producen en el campo de las relaciones de género para asegurar la subordinación femenina y naturalizarla (Bourdieu, 1998; Suárez y Bandeira, 1999; Fisas, 1998).

Las relaciones entre los padres de los jóvenes de los tres grupos son predominantemente conflictivas, incluso cuando no dan lugar a episodios de violencia. Como hemos visto antes, dichos conflictos resultaron en la separación de los progenitores de la mayoría de los sujetos, sea de modo temporal (S2), o definitivo (A1, A2, R2, R3, R4, R5 S2, S4, S6)⁶³. La existencia de conflictos entre los progenitores y su separación no impulsan necesariamente procesos de fragilización de los vínculos de los jóvenes con la familia. Como destaca Alberdi (1993), en las familias polinucleares modernas frecuentemente coexisten la estabilidad de la filiación - que se mantiene constante como vinculación familiar - y la inestabilidad del matrimonio. Éste es precisamente el caso predominante en este estudio.

En diversas ocasiones, la separación es valorada positivamente por los jóvenes, pues se percibe como una vía de resolución de los conflictos en el ámbito doméstico:

E: *¿Y sabes por qué él se separó de tu madre?*

R5: *¡Demasiadas peleas!... Pero fue lo correcto, fue lo mejor.... ahora yo crecí y sé cómo es la vida. (p.4)*

⁶³ A veces también se da la circunstancia de que la separación se produce pero los progenitores siguen compartiendo el mismo domicilio, pues la precariedad de sus ganancias no les permite independizarse.

Desde esta óptica, algunos jóvenes plantean que la separación puede fortalecer los vínculos familiares al mejorar las relaciones.

A4: No, (ellos) nunca (se separaron)...Todos estos años siempre juntos... No (no creo que eso haya sido bueno)..... ... como te dije me ha traumatizado mucho... me afectó mucho creo que si ellos hubiesen tomado un tiempo en la relación para ver si se estabilizaba más... habría sido bastante mejor(p.3)

Pero cuando las relaciones están marcadas por la violencia, siempre ocurre algún tipo de precarización de los lazos familiares. Cuando los conflictos dentro de las parejas acarrear agresiones, encontramos una **frecuente triangulación entre alcoholismo paterno, violencia de género y separación de los padres de los jóvenes:**

S6: Mi madre dice que (la separación) fue principalmente a causa de la agresión física... .a causa de, de la bebida... Porque él bebía mucho..... (p.1)

Sin embargo, la violencia de género en el ámbito doméstico puede prolongarse durante años hasta que se produzca la separación. Los jóvenes que han convivido con este tipo de violencia a lo largo de la infancia y/o adolescencia (R2 y, en especial, A4 y S4) apuntan diferentes secuelas de tal vivencia, entre las cuales destacan: **el sufrimiento por la sensación de impotencia frente a la victimización de la madre,**

S4: Las cosas en casa no eran muy buenas ...Allá en mi casa sólo había pelea, pelea, todos los días pelea... Mi madre y mi padre peleándose ¡siempre! Mi padre llegaba borracho allá y ya empezaba a querer pegar a mi madre... ¡Y nosotros no podíamos decir nada!... Había momentos que yo les escuchaba peleando así en pleno día y no podía hacer nada... (p.2)

las nociones de “trauma” y “revolta”⁶⁴* (cuyas repercusiones van más allá del ámbito doméstico, sirviendo para justificar eventos tan diversos como la implicación en actividades ilícitas (S4), el desarrollo de enfermedades (A4), la manifestación de reacciones violentas ante diferentes actores sociales (S4, A4, R2) o procesos de estigmatización y aislamiento social),

A4: (en casa) Era complicado....porque mi padre bebía, él bebía mucho ¿no? entonces él era muy agresivo ... siempre quería pegar a mi madre. Yo creo que estoy más traumatizado a causa de eso también.... no me gusta ni pensarlo... ni recordarlo ... me viene una cosa mala dentro de mí.. (p.3)

la dicotomización de los vínculos familiares,

A4: yo soy el que tiene más problemas con mi padre ¿no?, porque mi hermano, el W... él siempre se quedaba de parte de mi padre y yo siempre de parte de mi madre ... a causa de que para mí, un hombre que pega a una mujer no es hombre ... mi padre, yo creo que le gusto, pero no tanto como le

⁶⁴ El término “revolta” puede traducirse como indignación. Sin embargo, a menudo los jóvenes le atribuyen un peso especialmente intenso y lo utilizan para justificar una serie de conductas. En estos casos, la idea central es la de una acumulación de sentimientos de rabia e indignación que finalmente explotan bajo la forma de una acción reactiva. Para facilitar la lectura de los fragmentos de entrevistas citados hemos optado por traducir la palabra “revolta” por “indignación” a partir de este punto del texto. No obstante, conviene que el lector tenga en cuenta estas consideraciones.

gusta el W... (porque) aunque mi padre estuviera equivocado, el W siempre estaba a su lado y yo no, siempre (estuve) al lado de mi madre y siempre voy a estarlo pase lo que pase ... (p.3)

la percepción de la madre como un mártir, ligada a su capacidad de aguante,

A4: Para mí mi madre es una santa, una heroína porque para pasar por todo eso... para mí es una mujer que tiene valor, porque es muy difícil que una mujer aguante lo que ella ha aguantado así sin abrir la boca, sin decirlo a la policía... sin separarse...entonces ...para mí es la mejor madre del mundo...(p. 8)

y las reacciones de violencia contra los padres atribuidas a la indignación provocada por el carácter recurrente de las agresiones sufridas por sus madres.

S4: Pero hubo un día.. que yo realmente no aguanté.. yo era pequeñito ... ni recuerdo muy bien esa historia, es mi madre quién me la cuenta... él le estaba pegando allá, entonces yo cogí un cepillo y lo rompí en su cabeza , entonces él se quedó quieto.... yo fui indignándome (pp. 2,3)

En general, la violencia perpetrada por los varones a su pareja también afecta a los hijos de manera directa o indirecta. La **asociación entre violencia de género y victimización de los hijos** suele dar lugar a dos tipos de reacción. Por un lado, puede ser el motivo para que las mujeres decidan abandonar a la pareja que las agrede:

R4: después del (nacimiento del) D. mi madre se separó de ese marido.... porque él hizo muchas barbaridades con mi madre, ¿no? mi madre estaba embarazada de otro niño y él la atropelló, la llevó al hospital y sacó el hijo de dentro de su barriga a la fuerzaentonces vendió al niño.....Él atropelló a mi madre... a causa de ese niño.... intentó matar a mi madre para sacar al niño de dentro de ella. Pero no lo logró.... después ellos tuvieron un hijo más... mi madre le abandonó.....así, después de que mi madre tuvo ese último hijo con él, él casi mató a mi hermano ¿sabes?...el que está en Rio de Janeiro... casi le mató, pero entonces ella se separó de él.....mi madre decía que él pegaba mucho al niño y que le daba unos medicamentos...Parece que él le dio droga cuando era muy pequeño...(pp. 3,4)

Por otro lado, cuando las mujeres no son capaces de reaccionar, lo más frecuente es que, con el paso del tiempo, lo hagan los hijos. La reacción de los jóvenes cobra entonces el sentido de una imposición de límites que, según relatan, suele frenar las manifestaciones de agresividad de sus progenitores.

A4: (él también) me pegaba porque yo defendía mucho a mi madre ¿no?..... cuando él quería pegar a mi madre yo sujetaba su mano... él me empujaba yo me daba un golpe en la cabeza.....Pero hubo un tiempo ... yo creo que tenía como 15 años, él bebió bastante e intentó pegarle... entonces yo fui a defender a mi madre y él dijo así: “Vete para allá que tú no eres un hombre, eres un marica”, entonces cuando dijo aquello no vi nada, cogí una olla de presión y le di tres golpes con la olla en la cabeza que él se desmayó y tuvo que ir al hospital. Entonces creo que después de eso nunca tuvo valor de volver a tocar un dedo a mi madre ni de hablar así conmigo.... yo también le dije bastantes cosas... que me respetara como hijo como yo le respeto como padre, que debe respetar a mi madre como ella le respeta como marido...(p.12)

S4: ¡Pero hoy en día no! Hoy en día él no pelea con mi madre porque nosotros ya estamos crecidos, porque sabe que si pelea con mi madre nosotros vamos a hacerle algo (p.5)

Estas experiencias de violencia fragilizan la vinculación de los jóvenes con sus padres. Sin embargo, no conducen a una ruptura de este vínculo. Dichas vivencias dan lugar a relaciones muy conflictivas, pero, a la vez, profundamente ambivalentes. Son

relaciones marcadas por el intercambio de distintas manifestaciones de violencia (amenazas, agresiones físicas y verbales), acompañadas por una mezcla de rencor y deseo de reparación, expresiones de rechazo y demandas de afecto recíprocas. Ello se asocia a una disyuntiva entre la idealización que los jóvenes hacen de las relaciones familiares y de género y sus experiencias concretas en el ámbito doméstico:

A4:Porque yo creo que un marido no debe, un padre no debe decir eso a un hijo, tiene que darle consejos y tampoco (debe) hacer eso con su mujer porque la mujer está siempre a su lado (p.13)

S4: ... sólo va a (mi) casa borracho..... entonces nadie le escucha ... ni yo, ni mis hermanas.... Porque él tiene experiencia de la vida... sabe cómo es ese mundo ahí, pero no llega a casa así y se sienta para conversar ... cuando llega normal allá, en casa, no habla con nadie.... Pero cuando llega borracho quiere hablar ... ¡se pone a amenazar a los demás! Ya me dijo 3 cosas que duelen mucho dentro de mí... “mira, tú vas a morir antes que yo”.... él nunca debe decir a un hijo que (el hijo) va a morir... nunca debe hablar así con un hijo! Él tiene que darme consejos para que yo no siga en esa vida.... la segunda vez ... yo ya fui por él ... yo le dije: “hombre, tú eres mi padre pero la próxima vez que me digas eso ¡yo no te perdono!”..... Ah, ¡yo qué sé! Porque él piensa así que nosotros le despreciamos mucho... pero no es que yo le desprecie.... Cuando va a casa normal ... todos saben considerarle como un padre, todos hablan con él Pero cuando va borracho, nosotros ya no le consideramos como un padre! Porque va sólo para hacer jaleo en la casa, insultar, discutir con mi madre (pp. 3,4)

En los casos en que la violencia de los progenitores se asocia al alcoholismo, los sentimientos negativos de los jóvenes hacia sus padres son atenuados por dos argumentos: la concepción del alcoholismo como enfermedad,

A4: Está, ahora (él está más tranquilo). Dejó de beber, gracias a Dios, está pasando por algunos tratamientos... hasta está yendo a un psicólogo también...porque del alcohol la gente no se cura así, tú lo sabes ¿no?, entonces yo no sé si puede volver a beber ¿no?, pero nosotros le estamos ayudando allá en casa... dando consejos... haciendo las cosas correctas..... para equilibrar un poco (p.12)

y la naturalización del amor filial basada en la noción de lazos de sangre,

A4:no voy a decir que mi padre no es mi amigo porque yo estaría mintiendo porque ... él puede haber hecho muchas cosas pero yo aún le considero como un amigo...Yo creo que, no sé, debe ser porque soy hijo ¿no?, está en la sangre...yo creo que mi sangre no me deja decir “no, él no te gusta, no es tu amigo”, entonces me gusta como amigo, yo le amo como a un amigo también (pp.30, 31)

S4: es mi padre y yo sé que no tengo el derecho de hacer eso con él...(p.4)

6.3.2. La victimización de los jóvenes en el ámbito doméstico⁶⁵

⁶⁵ Las estadísticas nacionales sobre la violencia doméstica contra niños y adolescentes en Brasil son escasas y objeto de grandes controversias. La dificultad de cuantificar la magnitud del problema es aún mayor debido a una fuerte tendencia a silenciarlo y mantenerlo en el ámbito privado. En el año 1994, la Sociedad Internacional de Prevención del Abuso y Negligencia en la infancia denunciaba que solamente un 40% de las incidencias de victimización de niños y adolescentes en el contexto familiar se notificaban. Según el Centro de Defensa de los Derechos del Niño y de los Adolescentes, hasta el año 1996, por cada denuncia de victimización realizada, 20 situaciones similares quedaban en el anonimato. A ello se añade que la mayoría de los datos disponibles son locales, pues provienen de instituciones de atención específicas. En cualquier caso, estos datos posibilitan un acercamiento aproximado al fenómeno. En lo que se refiere al Distrito Federal, en el año 1995 el 29% de las 7566 denuncias recibidas por el “SOS Criança”- organismo gubernamental de Servicios Sociales que centraliza la atención inicial de niños y

- Las relaciones conflictivas con la figura paterna

El padre (o padrastro) suele ser, en los tres grupos, el familiar con el cual las relaciones de los sujetos son más conflictivas, independientemente de la existencia o no de episodios de violencia de género en el contexto doméstico (A1, A2, A3, A4, R2, R5, S1, S2, S4). Además de los motivos ya analizados, los jóvenes destacan la falta de flexibilidad de sus padres y la dificultad o ausencia de comunicación con ellos como las principales razones de los conflictos.⁶⁶ El aumento de la tensión relacional puede conducir a una ruptura total de la comunicación entre padres e hijos (S2, A4),

S2: Antes (la familia) era más unida, ahora es un poco desunida.....yo mismo no hablo con mi padre... nosotros peleábamos mucho.....pelea, discusión dentro de casa. (él)No acepta... No solemos conversar mucho...Pero ahora ni siquiera nos hablamos... nos peleamos, así que ya no nos hablamos más (pp.2,3)

y a abandonos del hogar por parte de los jóvenes (A1, A4, S2).

A4: No, ¿sabes qué pasa?, es porque mi padre es, tiene muchos prejuicios... mi madre ya no ...y me gusta tener novias mayores que yo, ahora ... estoy con una que tiene 26 años, empecé (a estar) con ella cuando yo tenía 16 años... entonces mi padre no lo acepta ... hubo bastantes discusiones allá en casa, entonces tuve que salir de casa a causa de eso, así que nosotros estábamos viviendo en Asa Norte(p.6)

Sin embargo, estas reacciones suelen tener un carácter provisional y, en general, son seguidas por una amenización de los conflictos. Por otra parte, **la tendencia mayoritaria a definir la relación con la figura paterna como conflictiva contrasta con los escasos casos de victimización de los jóvenes en los cuales el progenitor aparece como el agresor⁶⁷**. De hecho, solamente cuatro jóvenes (A1, A4, S4, R2)

adolescentes en situación de riesgo personal y social- correspondía a sucesos de victimización en el ámbito doméstico (Rodríguez y Carvalho,1998). En el período de enero a septiembre del año 2000, más del 50% de los episodios de violencia notificados en la Comisaría Especial de Protección al Niño y al Adolescente correspondían a casos de violencia doméstica (Fuente: Coordinación de la Policía Especializada del DF). Aunque no sea posible establecer ningún tipo de comparación entre estos datos, los mismos indican la relevancia del fenómeno de la victimización de niños y adolescentes en el Distrito Federal en los últimos años.

⁶⁶ Un estudio reciente llevado a cabo con jóvenes de la ciudad de Fortaleza ha constatado exactamente lo mismo (Barreira et al., 1999). Investigaciones con jóvenes de las ciudades de Río de Janeiro y Curitiba también presentan datos que apuntan en esta dirección (Minayo et al., 1999; Sallas et al., 1999).

⁶⁷ Diferentes investigaciones han señalado que los progenitores (padre y madre) suelen ser los principales agresores en los casos de victimización de niños y adolescentes en el ámbito doméstico, tanto en el contexto nacional (Azevedo y Guerra, 2001), como en el Distrito Federal (Rodríguez y Carvalho, 1998). Un estudio basado en el análisis de 2078 procesos judiciales referentes a violencias perpetradas contra niños y adolescentes en el estado de São Paulo entre los años 1988 y 1992, constató que en el 68% de los casos los agresores eran ambos progenitores (Passetti et al., 1999). En el Distrito Federal, las estadísticas mensuales del Servicio de Atención a los Malos Tratos en la Infancia relativa al año 1998 indicaban que el 78% de los casos notificados señalaba a los progenitores como agresores (Rodríguez y Carvalho, 1998). Investigaciones recientes realizadas con jóvenes en diferentes estados del país señalan que la relación con la figura paterna suele ser definida como más conflictiva que la relación con la madre (Assis, 1999; Barreira et al., 1999; Minayo et al., 1999; Salas et al., 1999). Por otra parte, algunas de las investigaciones mencionadas anteriormente – todas realizadas con grandes muestras- señalan que si bien los tipos de agresiones atribuidas al padre y a la madre son distintos, la figura de la madre es la

afirman haber sido agredidos por sus padres o padrastros. Otros dos sujetos del grupo de la calle (R3 y R4) relatan agresiones sufridas por sus hermanos. Pero aquí cabe recordar que el padre suele ser una figura muy ausente en la trayectoria de los sujetos de nuestro estudio, lo que hay que tener en cuenta en la interpretación de estos datos.

Los episodios de victimización de A4 y S4 por parte de sus respectivos progenitores aparecen **íntimamente asociados al alcoholismo paterno y a la cuestión de la violencia de género**; los de A1 **a las vulnerabilidades económicas en el ámbito doméstico y a su condición de hijo adoptado** y los de R2 **a la violencia como modo privilegiado de resolución de conflictos entre sus familiares**. La adicción del padre al alcohol también es un factor interviniente en los casos de R2 y A1, pero estos jóvenes no le atribuyen tanta importancia como A4 y S4. Por otro lado, la violencia es el modo privilegiado para la resolución de conflictos por los padres de todos estos jóvenes, pero en el caso de R2 también parece cumplir otra función. El discurso de R2 sugiere que la violencia consiste en una forma de relacionarse con su progenitor que llena la ausencia de otros tipos de intercambios, lo que se vincula a una banalización de las agresiones.

R2: ¿Cuándo yo estaba yendo (de viaje con mi padre)? ... ¡Fue bueno! Nosotros discutíamos mucho, yo le pegaba y él me pegaba Yo no podía ganar un plato de comida que él se ponía a tirar mi plato, yo conseguía dinero y ni se lo daba, él se quedaba con rabia (se ríe).... (p.13)

La prevalencia de relaciones conflictivas con la figura del padre aparece ligada a la **ausencia de vínculos de los jóvenes con la familia paterna** (la mayoría de los casos), **o bien a la existencia de conflictos con la misma** (R4, A2, A4)⁶⁸. El debilitamiento de los vínculos de los sujetos con la familia paterna se relaciona con sentimientos de desprecio e implica reacciones de rechazo mutuo. En todos los casos se conecta directa o indirectamente con las historias de abandono y las experiencias de violencia paterna.

A2: a la familia de mi padre le gusta mucho más mi hermano que yo.... Porque.....él nunca dijo nada en contra de mi padre..... cuando voy para allá, ellos no preguntan cómo estoy, preguntan así: “¿Dónde está el W?”..... Afortunadamente ya soy adulta para entender que también les gusto, pero da la sensación así que ellos no quieren ni saber de mí...preguntan por mí lo último, para que veas cómo son las relaciones.....Entonces, toda la familia es un poco así conmigo, ¿sabes? (p.9)

protagonista de las agresiones perpetradas contra los hijos en el contexto familiar (Azevedo y Guerra, 2001; Passetti et al, 1999; Assis, 1999).

⁶⁸ Esta tendencia también fue observada por Assis (1999) en una investigación realizada con jóvenes brasileños implicados en prácticas delictivas y sus hermanos y primos no infractores. Sin embargo, en dicho estudio se constató que los sujetos que no tenían implicación en prácticas ilícitas solían establecer una relación más cercana con la familia paterna en comparación con los jóvenes infractores, diferencia que no hemos encontrado en nuestra investigación.

- La naturalización del amor materno y la resignificación de la violencia

La centralidad de la figura materna en el ámbito familiar también se refleja en los discursos asociados a la violencia doméstica. **Las madres son las protagonistas de los relatos de las agresiones sufridas por los jóvenes en la familia.** Pero, en la mayoría de los casos, ello no parece tener repercusiones significativas sobre la tendencia a valorar muy positivamente la figura materna.

La clave para comprender este dato consiste en la **atribución de un sentido “educativo” a las agresiones perpetradas por las madres**, sean de orden verbal o físico. Así, dichas agresiones no son interpretadas como violencia, sino como expresiones de preocupación y cuidado insertadas en el proceso educativo asociado a la socialización familiar⁶⁹. Como mucho, son percibidas como manifestaciones de control que tienen como base un vínculo afectivo naturalizado.

R5: También no nos gustaba quedarnos en la calle porque llegábamos a casa y nos llevábamos una paliza porque habíamos dormido fuera (Risas)...ella se quedaba preocupada... Mi madre.... sabes cómo son las madres, ¿no? (p.3)

En cualquier caso, son conductas que los jóvenes justifican por sus comportamientos transgresores y por el deseo materno de que ellos logren tener un buen futuro. Por ello, **a menudo las represalias maternas no sólo son justificadas, sino también valoradas positivamente por los sujetos:** *A3: ... yo suelo decir que mi madre me fastidia, pero me gusta que ella me fastidie, porque es para mí, por mí que ella me está fastidiando, ¿entiendes?...Entonces así mi madre siempre me ha ayudado (p.22)*

Solamente en los casos en que las relaciones con las madres son especialmente conflictivas (A1, R2, R4, S6), las agresiones perpetradas por las progenitoras se perciben como experiencias de victimización y se asocian a procesos de fragilización de los vínculos familiares. Tal asociación se traduce en movimientos de abandono del hogar que, como veremos en los capítulos posteriores, muchas veces se relacionan con

⁶⁹ Mediante un análisis basado en la comparación entre ejemplares de la literatura brasileña, testimonios históricos y datos obtenidos en investigación empírica reciente, Azevedo y Guerra (2001) ponen de manifiesto que la violencia doméstica asociada a un sentido pedagógico, a la vez punitivo y disciplinador, ha caracterizado las relaciones familiares a lo largo de los 500 años de historia de Brasil. Una de las importantes implicaciones de la sedimentación de esta práctica es el mantenimiento de una cultura según la cual pegar a los hijos es percibido como un derecho de los padres (tanto por padres como por hijos). La investigación mencionada, así como los estudios realizados con la juventud brasileña citados hasta ahora, indican que tal concepción todavía sigue estando muy arraigada en el imaginario popular (pese a los grandes avances jurídicos en el campo de la protección de los derechos de los niños y adolescentes conquistados en las últimas décadas). Este aspecto aparece asociado a la normalización y a la banalización de diversas manifestaciones de violencia doméstica en diferentes estratos sociales del país. No obstante, uno de estos estudios realizados específicamente con jóvenes señala una mayor tendencia a la aceptación y normalización de este tipo de violencia entre los grupos más desfavorecidos (Barreira et al., 1999).

procesos de desvinculación de otros ámbitos: S6: ... Ah, iba y volvía y peleaba ... También, sólo me quedaba en la calle ... abandoné la escuela... (p.9)

Estos movimientos tienen dos destinos: la calle (R2, R4, S6) u otros hogares de la red familiar (A1, R4, S6). En este último caso, se insertan en la dinámica de movilidad en la red familiar que hemos analizado anteriormente. Los abandonos del hogar ligados a conflictos y experiencias de violencia con las madres suelen producirse de modo brusco. Sin embargo, sólo en el caso de R2 la ruptura con el ámbito doméstico había sido irreversible hasta el momento de la realización de las entrevistas.

E: Y en esa época veías a tu madre...

R2: Yo me quedaba 3 años, 4 años en la calle y entonces veía su cara ... jo, hace mucho tiempo que yo no voy allá, a casa ...(p.10)

A1 y R2 son los jóvenes que relatan haber sufrido las agresiones físicas más graves asociadas a la figura materna. El caso más extremo de victimización es el de A1 que, como hemos visto, ha sufrido malos tratos maternos físicos y psicológicos en las tres familias con las que ha vivido. Pero es importante señalar que, en todos los casos, las agresiones verbales y otras manifestaciones de violencia psicológica perpetradas por las madres (entendidas como rechazo, desprecio y abandono) parecen producir tanto o más dolor que las agresiones físicas relatadas.⁷⁰

Otro aspecto llamativo es que **la violencia atribuida a la madre**, así como la violencia de los padres, **aparece íntimamente ligada al alcoholismo materno** (A1, R2 y R4). Cuando la adicción al alcohol se asocia a otras drogodependencias (R4), la violencia materna también se relaciona con conductas de “deserción”⁷¹.

⁷⁰ Al analizar el impacto de la violencia física y psicológica en niños, Perry (1995, citado por Assis, 1999, p.61) concluye que “*la violencia más destructiva no quiebra huesos, quiebra mentes*”. El concepto de violencia o malos tratos psicológicos es objeto de polémicas. Diversos autores defienden una distinción entre subcategorías como abuso emocional, abuso psicológico y negligencia psicológica, mientras otros se oponen a la misma (Casas, 1998). En este estudio asumimos la categorización propuesta por Garbarino, Guttman & Seeley (1986), según la cual podemos decir que ocurre malos tratos psicológicos cuando las prácticas violentas implican las acciones de rechazar, aislar, amedrentar, ignorar y corromper. Los datos disponibles sobre la victimización de niños y adolescentes en el ámbito doméstico en Brasil apuntan a una fuerte preponderancia de la violencia física sobre la violencia psicológica, cualquiera que sea el agresor en cuestión (aunque sea muy frecuente la coexistencia de agresiones físicas con diferentes tipos de violencia). Sin embargo, ello se debe en gran medida a que los casos de malos tratos psicológicos tienden a ser notificados únicamente en situaciones extremas debido a la falta de huellas visibles de daño. Esta misma razón a menudo enmascara la relevancia del fenómeno incluso en estudios cualitativos. En consecuencia, la realización de investigaciones cualitativas e intensivas nos parece imprescindible para posibilitar una mayor comprensión de los sentidos atribuidos a los diferentes tipos de agresión implicados en la violencia doméstica.

⁷¹ El alcoholismo y la toxicomanía de los progenitores han sido señalados como factores que aumentan el riesgo de que se produzca violencia doméstica y, en particular, la victimización de los hijos, favoreciendo desde la agresión física hasta conductas de abandono y negligencia en diferentes contextos (Casas, 1998). La vinculación entre alcoholismo de los progenitores y violencia sufrida también ha sido constatada en

R4: .. así, porque ella, mi madre estaba enganchada con el alcohol y la droga ¿no?... Entonces no sé lo que pasó con su cabeza, porque todo en su vida empezó a cambiar ... ella era violenta, discutía siempre conmigo y con la R., no nos daba una palabra de cariño, no conversaba conmigo ni con la R., no tenía aquel lado madre, ¿entiendes? que antes ella tenía con nosotros ... se alejó... Tanto que se fue a vivir en aquella chabola de enfrente y yo y la R nos quedamos allá (en la casa que hay) al fondo... nos quedábamos separadas... y ella siempre discutía por todo, por cualquier cosa..... cuando empezaron esas discusiones todas en casa ella decidió irse a la calle...se fue a vivir a una **favela***... Luego mi hermana fue a buscarla allá y logró llevarla a casa..... ella estuvo dos meses en la calle y volvió a casa de nuevo..... un tiempo después... se fue a la calle de nuevo... cuando murió ella se había ido a la calle ... volvió a casa de nuevo ... pasó una semana en casa, después se fue... a casa de una amiga ... entonces volvió a casa y fue cuando ocurrió todo..(p.21)

Como se puede apreciar en la cita anterior, R4, al igual que A1, pone el acento en la ausencia de expresiones de afecto por parte de la madre. A pesar de que sea posible detectar manifestaciones de afectividad hacia sus madres (en el caso de A1 hacia la madre adoptiva), la concepción de un amor materno y filial naturalizados está ausente en el discurso de estos jóvenes. En su lugar, ambos enfatizan la falta de diálogo y de confianza en la relación con sus respectivas madres. Por otra parte, ni la violencia sufrida, ni las ausencias mencionadas han sido suficientes para eliminar la ambivalencia frente a la figura materna.

Tal ambivalencia es aún más intensa en los casos de los otros dos jóvenes. R2 todavía mantiene una fuerte idealización de la figura materna, pese a su ruptura radical con el ámbito doméstico y a la extrema fragilidad de su vinculación con la madre. Esta idealización resta relevancia a las experiencias de victimización y sostiene un vínculo afectivo que engendra añoranza e impulsa movimientos de regreso a casa para ver a su madre. Aunque en estos encuentros sus expectativas se ven frustradas – pues la respuesta materna a sus carencias afectivas es predominantemente la repetición de manifestaciones de violencia - para R2, el simple hecho de que se trate de su madre es suficiente, de por sí, para preservar un lazo frágil pero cargado de afectividad.

E: Y... estábamos hablando de tu madre... ¿entonces tú no has vuelto a ir a casa?

R2: (niega con la cabeza) ...Una vez fui a pasar la noche vieja... Y otra vez fui a pasar el día de la madre...(sonríe) La nochevieja fue legal ¿no?, pero el día de la madre... mi madre ya estaba borracha ...

E: ¿Tu madre bebe mucho?

R2: (se pone serio) Hum hum... Es un poco (difícil), ¿no?

E: Hum...¿Y vosotros soléis charlar?

R2: ¡Claro que yo converso con mi madre! (p.10)

Cuando las experiencias de violencia doméstica con la madre no suponen un debilitamiento tan intenso de los vínculos entre los jóvenes y sus progenitoras, la madre permanece como la referencia central en el ámbito familiar. La caracterización de la

estudios realizados con jóvenes brasileños. Sin embargo, estos jóvenes la asocian fundamentalmente a la figura paterna (Assis, 1999).

relación con la madre como conflictiva no impide, por tanto, que sea la principal fuente de apoyo y, a menudo, la única persona de confianza para los jóvenes.

E: *¿Tienes confianza en alguien?*

S6: *Yo confío en Dios...*

E: *¿Y en algún ser humano?*

S6: *Yo sólo me fío de mí mismo, no sé... y de mi madre, porque la madre es madre ¿no?... (si yo estuviera en una situación difícil pediría ayuda) a mi madre.. porque estoy seguro de que si estuviera a su alcance ella me ayudaría, y si no estuviera estoy seguro de que ella me ayudaría a lograrlo...(p.24)*

- Las “peleas de hermanos”

La mayoría de los jóvenes relatan la existencia de peleas con los hermanos en el ámbito doméstico que, frecuentemente, implican el intercambio de agresiones físicas y verbales. Sin embargo, hay una **tendencia a banalizarlas que les resta relevancia y, muchas veces, las disocia del campo de significación vinculado a la violencia. Las denominadas “peleas de hermanos” se perciben como algo natural, como una parte constitutiva de la relación fraternal:**

A3: *¿Con los hermanos? Ah, siempre fue lo mismo, peleas, así, de hermanos ¿no? es lógico porque en casa....Era bueno porque éramos un montón de mujeres(p.3)*

Incluso cuando el uso de la fuerza física aparece como la forma de resolución de conflictos, las agresiones se ven como manifestaciones de una relación afectiva y, en diversas ocasiones, llegan a tener una dimensión lúdica. De este modo, no suponen ningún tipo de fragilización de los vínculos entre los hermanos.

E: *... ¿Y vosotros siempre habéis sido amigos?*

R5: *Siempre...De vez en cuando aún ocurren unas “palicitas” pero... ¿Tranquilo?... ¿Casi nos matamos! Nosotros tardamos en pelear, pero también cuando peleamos ¿Son golpes para todos los lados!....j Yo qué sé!.... j Te cabreas en el momento! ¿no?... jY tienes que solucionarlo con el brazo! (p.5)*

Solamente en cuatro casos (A1, A4, S2, R4) las relaciones de los jóvenes con algunos de sus hermanos se definen como fundamentalmente conflictivas y se asocian al debilitamiento y/ o ruptura del vínculo fraternal. Las principales razones atribuidas a estos procesos son la incompatibilidad de prácticas justificada por las diferencias de valores (S2, A1), la lejanía derivada de estrategias que dividen al grupo familiar (R4, A1, A4), la percepción de los hermanos mayores como autoritarios (R4 y A1) y las agresiones sufridas (A1, R4, A4).

R4: *...Porque yo y el S nunca hemos hablado mucho... sólo empecé a conversar más con él cuando se quedó en el hospital... porque sufrió un disparo... en esa época que nosotros empezamos a conversar... a ser más hermanos... siempre fuimos distantes, porque él siempre fue aquel hermano así autoritario que quería pegarme y yo no lo aceptaba¿ no?... (también)siempre estábamos alejados ... Porque, así, en lugar de quedarse con mi padre, yo me quedaba con mi padre y en lugar de yo quedarme con mi madre, él se quedaba con mi madre ...Siempre estuvimos separados a causa de eso...(p.16)*

En estos casos, la relación fraternal se inserta en el campo de significación asociado a la violencia doméstica. Las manifestaciones de violencia relatadas se refieren a amenazas, agresiones verbales, agresiones físicas y, en el caso más extremo, una violación.

6.3.3. La violencia sexual en el ámbito doméstico

El último tipo de manifestación de la violencia doméstica señalado por los sujetos son las agresiones sexuales. La **violencia sexual** en el ámbito familiar es relatada en las entrevistas por un varón (A4) y dos chicas (A2 y R4). No obstante, solamente A4 ha sido víctima directa. En el caso de A2, la víctima ha sido una de sus primas y en el de R4, su madre. Los agresores han sido, respectivamente, el hermano mayor de A4, el padre de la prima de A2 y un compañero sentimental de la madre de R4. Otros tres jóvenes, un varón de cada grupo (A1, S4 y R2) también aluden a la ruptura de vínculos en el ámbito doméstico debido a episodios o sospechas de violencia sexual. Sin embargo, solamente S4 lo hace en el contexto de la entrevista, mientras que R2 y A1 lo mencionan en conversaciones informales registradas en el diario de campo.

Los sucesos relatados – a los cuales se suman numerosas alusiones a episodios de violencia sexual en el ámbito familiar que no afectan directamente a las familias de los jóvenes –, junto a los datos presentados por diferentes estudios recientes realizados en Brasil, sugieren que se trata de un tipo de violencia muy recurrente entre los colectivos que hemos investigado. Sin embargo, análisis basados en datos estadísticos oficiales relativos tanto al nivel nacional (Linhares, 1998), como específicamente al Distrito Federal (Bandeira, 1999) ponen en cuestión el mito de que la violencia sexual sea un fenómeno que se produce especialmente en el campo de la pobreza. La misma afirmación también se aplica a la violencia de género en el ámbito doméstico.

Si bien es cierto que entre las denuncias registradas en comisarías suele haber algún predominio de incidencias relacionadas con colectivos desfavorecidos (desde el punto de vista socioeconómico, educativo y ocupacional), los análisis mencionados subrayan que estos tipos de violencia afectan a todos los segmentos sociales. Además, sugieren que la menor presencia de los grupos favorecidos en las estadísticas se debe antes a la posibilidad de recurrir a otros recursos de protección – muchas veces ligada a un esfuerzo por restar visibilidad al problema- que a la menor incidencia de agresiones. Un argumento muy similar aparece en estudios sobre la violencia doméstica perpetrada específicamente contra niños y adolescentes (Rodríguez y Carvalho, 1998).

Por otro lado, la descripción de los episodios de violencia sexual realizada por los jóvenes indica cierta normalización relacionada con su inserción en el ámbito doméstico. Tal tendencia se hace más evidente cuando contrastamos la caracterización unánime de los sucesos de violencia sexual ocurridos en otros ámbitos como un “crimen bárbaro”, con el tono relativamente desdramatizado de la mayoría de los relatos de las agresiones sexuales producidas en el contexto familiar⁷², aunque la violencia sexual suscite sobre todo reacciones de condena entre los sujetos.

R4:... entonces mi madre incluso durante ese matrimonio, fue violada... Entonces, se quedó embarazada y tuvo otra hija ... mi otra hermana que vive allá en Samambaia..... (p.3)

Pero si hay algo que caracteriza las descripciones de los episodios de violencia sexual en el ámbito doméstico son tres palabras claves: vergüenza, silencio y trauma, aspecto que coincide con los hallazgos de numerosas investigaciones sobre violencia intrafamiliar (Faleiros, 1998). El silencio sobre el tema se relaciona íntimamente con la vergüenza. Sin embargo, a las razones morales también se suman a veces razones instrumentales. Aquí entra en juego el peso de las vulnerabilidades económicas y ocupacionales en el ámbito familiar que pueden dar lugar a dinámicas familiares muy perversas, como pone de manifiesto A2:

A2: Incluso fue mi abuela, por tener la mente cerrada, que dijo que no era para denunciar (a mi tío), porque a él le encarcelarían ¿y quién iría sustentar a la familia? Porque ella no trabajaba. Ella creía que no tenía capacidad para trabajar... Así que mi abuela también insistió en que nadie dijera nadaY no se hablara ni con un psicólogo.¿Porque la chica (mi prima) realmente se quedó traumatizada! Ella lloraba de odio(p.3)

Los episodios de violencia sexual en el ámbito familiar generan conflictos motivados por diferentes opiniones ante estos sucesos. Estas divergencias acentúan la conflictividad de relaciones que ya eran complicadas e impulsan la fragilización de los vínculos entre los familiares que asumen posiciones enfrentadas.

A4:... mi padre es muy prejuicioso...Y después de una cosa que él supo ... yo creo que estoy más traumatizado a causa de eso ¿no?, hasta tengo vergüenza de hablar... pero cuando yo era pequeño, ese hijo de mi padre, ese monstruo..... Cuando yo era pequeño fui violado por él, entonces me quedé muy traumatizado a causa de eso... cuando cumplí 15 años fue cuando tuve valor... porque yo tenía vergüenza de contarlo. Entonces tuve valor de contarlo a mis padres, mi padre tuvo una pelea con él y le echó de casa él (mi padre) aún habla con él, pero yo no le considero como mi hermano, porque un hermano no hace eso con el otro, ¿no?..... a mi madre no le gusta ni oír hablar de su nombre me quedé muy afectado por eso. Hasta hoy lo estoy él vive allá en el Recanto perode la familia de mi padre yo no estimo a nadie... mejor dicho, estimo a mi tía L y la J... pero los demás, todo son gente que no, no me gusta....ellos tampoco hablan mucho conmigo... a causa que ellos también son muy prejuiciosos... sólo saben juzgar... me juzgan mucho.... entonces no quiero ni saber de ellos... (p.7).

⁷² La minimización de la gravedad de manifestaciones de violencia producidas en el ámbito doméstico también parece impregnar las acciones en el campo jurídico institucional, en particular cuando se trata de la violencia de género y de agresiones sexuales (Linhares, 1998; Bandeira, 1999).

Las repercusiones de las agresiones sexuales en el ámbito familiar van más allá del contexto doméstico. Se relacionan con procesos de aislamiento social que afectan las relaciones de los jóvenes en diferentes ámbitos (escuela, comunidad, etc.). Además, se asocian a una valoración negativa de las relaciones de pareja - sobre todo por parte de las mujeres de la familia - vinculada al temor de que las agresiones sexuales vuelvan a repetirse. Subyacentes a ambos procesos, encontramos dos nociones centrales: la falta de confianza y el “trauma” suscitados por la violencia sufrida.

E: ¿Y tu madre nunca tuvo un compañero?

A2:... otros tíos ya se acercaron a mi madre, pero en nuestra familia pasó lo siguiente: el padre de mi prima la violó ... Y la chica hasta hoy está indignada ¿entiendes? ... Y él abusó varias veces de ella ¡y la madre no hacía nada!... Mi madre se quedó traumatizada ¿sabes?..... entonces mi madre dijo así: “¡Yo jamás voy volver a tener a nadie en mi vida! Imagina si hacen eso con mi hija....” Ella lo hizo por precaución .. después de esa historia ... mi madre nunca volvió a tener así a nadie (pp. 2,3)

Hemos señalado al principio de este apartado que a pesar de la existencia de numerosos conflictos y experiencias de violencia en el ámbito familiar, la mayoría de los jóvenes no percibe el contexto doméstico como un espacio caracterizado por la violencia. Incluso en algunos de los casos en los que las relaciones familiares son particularmente conflictivas hay una tendencia a la normalización de los conflictos: *S6:..... casi siempre había peleas, pero era normal...(p.3)*. A continuación nos dedicaremos a analizar los principales núcleos de sentido que explican esta tendencia.

7. La Familia como unidad de pertenencia

7.1. La familia y las esferas de lo público y lo privado en los procesos de exclusión e inclusión social

La centralidad de la familia como unidad de pertenencia privilegiada se expresa de modo muy contundente en el discurso de los jóvenes de los tres colectivos. **El ámbito familiar es el principal núcleo de integración y vínculo social de los sujetos de nuestro estudio.** Cuando hemos preguntado qué espacios definirían como “su lugar” (en el sentido de sentirse efectivamente partícipe y estar a gusto)⁷³, los jóvenes que todavía creen tener un lugar en el mundo aludieron, invariablemente, a la familia y al espacio de la casa: *S4: Como mi lugar realmente ... hombre, yo me siento realmente así en mi lugar es al lado de mi familia, de toda mi familia (segunda entrevista, p.11)*

⁷³ Asumimos el concepto de lugar propuesto por Augé (1993) que se vincula al sentimiento de pertenencia mediante las nociones de identidad y relación, y se contrapone a la noción de no-lugar, como espacio de no identidad y de no-relación asociado a la idea de anonimato.

S2: ¿Mi lugar?... Mi habitación. Si estoy en mi habitación estoy alejado de todo...Sí, yo me quedo tranquilo en mi habitación ...en casa... Si estoy en casa, hermano, estoy tranquilo. Jo, yo hago lo que me da la gana allá en casa... ¿no?; Estoy dentro de casa! (segunda entrevista, p.7)

Incluso en los casos en que hay un profundo desarraigo ligado a procesos de desvinculación familiar, el espacio físico de la casa permanece como metáfora del deseo de preservar los vínculos familiares (salvo para A1). Los sujetos manifiestan que pese a su la soledad, todavía les queda una casa como unidad de pertenencia posible, aunque sea una casa vacía (S1), una casa lejana y desconocida (R1), o una casa muy conflictiva (R2), de las cuales sólo pueden describir imágenes borrosas.

S1: Mi lugar?; Sólo mi casa!

E: ¿Sólo tu casa?... ¿Esa que tienes y que está alquilada u otra?, ¿cuál es tu casa?

S1: Sí esa, es esa (p.18)

La referencia enfática a la familia como unidad de pertenencia no es nada sorprendente y, probablemente, se repetiría en otros contextos y en colectivos diversos. Lo que es llamativo es su carácter exclusivo, es decir, el hecho de que **a menudo el ámbito familiar aparece como el único espacio de pertenencia que tiene un sentido acogedor, consistente y estable para los jóvenes.**

Este aspecto nos remite a las relaciones entre la familia y las esferas de lo público y lo privado en Brasil y, en especial, a las particularidades de dichas relaciones entre los grupos que son objeto de esta investigación. El análisis realizado por Ariés (1973) sobre la evolución de la familia entre el período medieval y la Edad Moderna pone de manifiesto la articulación entre la estructuración de la familia occidental contemporánea y la relación entre las esferas pública y privada. Solamente a partir del siglo XVIII empieza un movimiento de separación clara entre lo público y lo privado, marcado por una presencia más fuerte del Estado en la sociedad y por un movimiento de privatización de la institución familiar.

La creciente disociación entre ámbito familiar y esfera pública promueve la emergencia de nuevas categorías sociales – como las de “infancia” y “adolescencia” - y desplaza la función socializadora, hasta entonces diluida en el espacio público, al interior del hogar. Además, engendra nuevas funciones atribuidas a la unidad familiar que sirven para construir una concepción de familia como el espacio por excelencia de la protección y de los vínculos afectivos. Este proceso lanza las bases para la naturalización de los sentimientos asociados al ámbito familiar (amor materno,

conyugal, paterno, filial, fraternal, etc.) y para la conversión de la familia en un ámbito definido por una cultura interior privada.

En Brasil, los valores y significados atribuidos a la familia son una clave central para comprender la relación entre las esferas de lo público y de lo privado y su vinculación con procesos de inclusión y exclusión social. Da Matta (1984; 1985) propone un modelo de análisis en el que “la casa”, “la calle” y “el otro mundo”, cobran el estatuto de categorías sociológicas (en el sentido planteado por Durkheim y Mauss) fundamentales para analizar la vida social en el contexto brasileño. Asume como premisa que el “mundo de la casa” (como metáfora del espacio privado), “el mundo de la calle” (como metáfora del espacio público) y “el otro mundo” (espacio ligado a la religión) implican una compleja red de símbolos, significantes y significados muy reveladores del ordenamiento de la sociedad brasileña y de su cosmología.

Según este autor, la casa y la calle son los espacios básicos en los que se desarrollan las redes de sociabilidad de los brasileños. Pero estos territorios son más que meros espacios geográficos, son modos de leer y explicar la realidad social que suponen visiones de mundo, éticas y códigos sociales particulares, que orientan las acciones de las personas en distintas esferas. En principio, “casa”, “calle” y “otro mundo” se complementan y se afirman en una dinámica de segmentaciones y exclusiones. Estos espacios propician diferentes fuentes para la clasificación y filiación de las personas posibilitando una serie de compensaciones sociales en un contexto en que la ciudadanía es frágil, desigual y jerarquizada. Sin embargo, a veces una de estas dimensiones puede ejercer un efecto totalizador, haciendo que las demás desaparezcan o queden sometidas a su ética y lógica social.

El “código de la casa” se fundamenta en la familia y en relaciones de amistad, lealtad y compadres. Su eje son las relaciones personalizadas y la dimensión afectiva. Da Matta (1985) define la sociedad brasileña como una “sociedad relacional”. Argumenta que hay sociedades en las que los individuos y las leyes universales son fundamentales y sociedades donde lo que se valora especialmente son las relaciones. Desde esta óptica, plantea que la unidad básica de la comunidad en Brasil no son los individuos (noción ligada a un vínculo social basado en garantías jurídico-normativas universales que supuestamente aseguran la igualdad entre los ciudadanos), sino las personas y sus relaciones, aspecto que repercute en las diversas esferas de acción social:

“... la estrategia social y política más visible en Brasil es la búsqueda de la relación. Quiénes tú conoces versus quiénes yo

conozco es el dato fundamental en el cálculo social brasileño, siendo mucho más importante que saber qué es lo que haces o dónde has nacido.” (p.88, traducción de la autora)

En esta lógica, los amigos y, sobre todo, la familia son el recurso fundamental para definirse en el contexto brasileño:

“...En Brasil hay millones de personas que viven sin cuenta bancaria, número de la seguridad social o tarjeta de crédito. Pero nadie existe de modo social pleno sin tener una familia y una red de lazos personales imperativos e instrumentales.” (Ibíd.: p.92)

El discurso de los sujetos de los tres colectivos estudiados apoya integralmente estos planteamientos. Los jóvenes tienden a plantear que procesos de desvinculación con diferentes ámbitos, así como pérdidas y rupturas diversas pueden y deben ser afrontados, pues, como argumenta S3, *“uno debe estar preparado para soportar todos los tipos de absurdos”*. Pero cuando se trata del ámbito familiar hay un giro radical en el discurso. **La pérdida de los vínculos familiares supone la gran pérdida de referencias, soportes y fuentes de reconocimiento.** Entonces, uno siente que ya no es nadie ante los ojos de los demás y, a veces, incluso ante sus propios ojos:

R4: ..Cuando mi madre estaba viva ellos aún creían que mi hermano era algo, hoy mi hermano ya no es nada.....¿no?... cuando tienes madre, tienes padre, todo es más fácil, todo es más fácil para ti, pero cuando no les tienes todo es más difícil (silencio) (p.42)

El peso atribuido a la ruptura de los vínculos familiares puede captarse en dos ideas muy recurrentes en las entrevistas. Por un lado, la concepción de que las personas que no tienen familia *“ya no tienen nada que perder”*.

S2:... a cada hora que pasa se va haciendo mayor la indignación de una persona... los que piensan más son los que tienen algo que perder, ¿y los que no tienen nada que perder?

E: ¿Quiénes son los que no tienen nada que perder?

S2: Hombre, los que no tienen familia, nada más, los que no tienen familia.....y amor por sí mismos (p.8)

Por otro lado, la manifestación de un verdadero pánico a la muerte de los familiares,

A4: ¿Si tengo miedo de algo? Ah, tengo bastante miedo de algunas cosas Tengo miedo de perder a mi madre por ejemplo, me muero de miedo de eso. Ave María, cuando pienso en ello, no me gusta ni pensarlo, yo lloro, tengo mucho miedo de perder a mi madre.... tengo miedo de perder a mi padre también, yo sé que pasé por muchas cosas con él pero tengo miedo de perderle porque es mi padre, ¿no?... Sí, es siempre un miedo a perder... (p.25)

y, en particular, de la madre:

A3:.... algo que puede perjudicarme un día, a ver, creo que sólo perder a mi madre, yo iba a enloquecer, me pongo loca, creo que no consigo estudiar, ni consigo hacer nada...(p.23)

En esta trama de significados, la familia aparece como *“la mejor cosa del mundo”*, *“lo más importante”*, *“mi tesoro”*, convirtiéndose en una instancia intocable,

como si fuera del orden de lo sagrado. A menudo los jóvenes argumentan que las agresiones externas que afectan al ámbito familiar justifican cualquier tipo de violencia por parte de los parientes de la víctima, sobre todo, si se trata de sus propias familias.

S4: lo que no pueden es meterse con mi familia... Porque ... mi familia es mi, es mi tesoro... si se meten con mi familia entonces yo me convierto en el diablo de nuevo... (segunda entrevista p.7)

Así, el discurso de los jóvenes coincide con el planteamiento de Da Matta (1984;1985) de que el “mundo de la casa” es el espacio inclusivo, mientras que el “mundo de la calle” es el espacio del anonimato, de la violencia y de la lucha individual por la supervivencia. El ámbito familiar es el único territorio en que prevalecen discursos sobre afecto, confianza, ayuda, solidaridad, unión, lealtad y protección en los tres grupos. La casa se percibe como un espacio de acogida, apoyo, reconocimiento, libertad y amor incondicional.

A2: yo llego y a veces estoy triste, cansada, pero, ¡yo qué sé!, es mi familia.....¿Sabes lo que es bueno en la familia? ... Que yo ayudo y puedo ser ayudada ... el amor es diferente ¿sabes?...es tan bueno tener personas a tu lado que hacen una fiesta sorpresa de cumpleaños para ti... preparan aquella comida sólo porque te gusta, a nadie de la familia le gusta... pero hacen aquello sólo porque tú, tú eres especial... ah, te pones muy feliz ¿no?, es muy, muy, ¡muy bueno!....compañerismo... en mi familia no consigo quedarme peleada. Yo peleo y enseguida: “Ô mamacita, perdón!”...Es el amor, la unión (segunda entrevista p.10)

Tal y como sugiere el modelo analítico que asumimos como base en este apartado, el “mundo de la casa” ofrece efectivamente importantes posibilidades de “compensación” ante la infraciudadanía vivenciada en el espacio público. Los jóvenes hacen especial hincapié en que el ámbito familiar es el espacio en el cual se sienten únicos e insustituibles, donde tienen un lugar singular - a menudo percibido como perpetuo - en una trama de relaciones en la que es posible encontrar reconocimiento incluso para sus más íntimos deseos. A veces, es como si en el espacio de la casa fuera posible tenerlo todo, “como si allí el espacio fuera marcado por un supremo reconocimiento personal: una especie de superciudadanía que contrasta terriblemente con la ausencia total de reconocimiento que hay en la calle” (Da Matta, 1984, p.28, traducción de la autora).

S2: tú sabiendo que tienes un lugar para quedarte tu casa, donde vas a tener libertad, donde conoces a todo el mundo, nadie va a estar mirándote con mala cara, no habrá gente que jamás has visto en tu vida queriendo darte ordenes (p.13)

Aun en los casos en que se explicita la ausencia de unión en la familia (por ejemplo, S2, S4, A4, R4), o que predominan experiencias de violencia y/o procesos de debilitamiento de los vínculos familiares (R1, R2, S1, S4, A4), la familia tiende a permanecer como un espacio de afecto imaginario e idealizado.

S4:Yo quería que mi familia fuera, no sé, más unida ... Porque si mi padre no tuviera eso del alcoholismo... la familia no se habría separado, estaría bien hasta hoy... No sé... yo pienso así sí, si yo no hubiera visto lo que vi en el pasado ... yo no habría entrado en esa vida... porque, así, nuestra familia es una familia maravillosa.... la familia, la familia, madre mía, es la mejor cosa, ¡ la familia es la mejor cosa del mundo! Es nuestra fuente de amor... (segunda entrevista p.11)

El principal pilar de dicha idealización es la naturalización del amor familiar basada en la noción de lazos de sangre (o equivalentes). Es como si la existencia de estos lazos actuasen como una garantía de preservación de la unidad familiar, al menos como posibilidad permanente, de manera a impedir su disolución total cualesquiera que sean las circunstancias. Ello evidencia la eficacia de lo que Bourdieu ha denominado “*la labor de institución*” en la producción y reproducción de la institución familiar:

*“La familia es en efecto fruto de una autentica **labor de institución**, a la vez ritual y técnica, orientada a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida unos sentimientos adecuados para garantizar la **integración** que es la condición de la existencia y de la persistencia de esta unidad. Los ritos de institución ...están encaminados a constituir la familia como entidad unida, integrada, unitaria, por lo tanto estable, constante, indiferente a las fluctuaciones de los sentimientos individuales.....tendientes a producir, a través de una especie de creación continuada, los afectos obligados y las obligaciones afectivas del sentimiento familiar” (Bourdieu, 1994, p.131).*

Así, aún cuando los vínculos familiares de los jóvenes son muy frágiles o conflictivos (R2, S1, A1, S4, A4) y los contactos ya prácticamente inexistentes (R1), la familia se mantiene desde el punto de vista simbólico “*como un punto fijo en torno del cual hombres y mujeres pueden contar una historia y montar una biografía, atribuir sentido a sus existencias y construir proyectos de futuro*”(Telles,1990, citado por Escorel, 1998a).

Como señala Da Matta (1984; 1985), las interpretaciones de la vida social desde el ángulo de la casa ponen el acento sobre las personas. Son discursos de alta intensidad emocional en los que los sentimientos son totalizadores y se confunden con el espacio social a que se refieren. Por ello, los relatos asociados al territorio de la casa remiten a situaciones en que las relaciones tienden a definirse como armoniosas. Aunque haya altercados, los oponentes en las situaciones conflictivas raramente son percibidos como “enemigos” o caracterizados como violentos. Las contradicciones suelen suprimirse del espacio de la casa, pues conllevan el riesgo de causar un malestar intolerable. Eso explica en gran medida la normalización y la banalización de muchas de las experiencias de violencia de los jóvenes en el ámbito familiar.

En contrapartida, hay una tendencia a la negativización del espacio público. El “mundo de la calle” es un territorio asociado a la violencia, al autoritarismo, a la imposición y a la subordinación, o bien el lugar de la despersonalización, el anonimato, la indiferencia, la exclusión simbólica (Xiberras,1993) y el desamparo.

E:.... he visto ayer tu preocupación por el G... estabas diciendo: “Su madre murió y creo que ahora su movimiento será el de volver a la calle

R4:yo estaba charlando con él ayer y le dije así: “G mira, si tú quieres volver a la calle encuentra una manera de aguantar estas ganas y no te vayas.¿Sabes por qué? Porque para que veas, yo no tengo ni padre ni madre igual que tú y estoy aquí...¿no?...Mira, quién no tiene ni padre ni madre hoy en día, nosotros somos tratados como un perro¿no?, entonces, si no cuidas de lo tuyo nadie va a hacerlo por ti, si no vas por lo que quieres, nadie va a hacerlo por ti! Entonces tienes que quedarte en tu casa... cuidar de lo que tu madre te dejó y darte cuenta de que tu vida aquí es mejor que la vida allá en la calle”(p.39)

La familia moderna se constituye, por tanto, en contraposición a la esfera pública como espacio de protección de las adversidades externas, reserva de afectividad y reconocimiento. Desde esta óptica, la familia se ha ido consolidando en la sociedad brasileña como “la realizadora de la dimensión afectiva, el espacio restringido de las prácticas de solidaridad, el núcleo de supervivencia ética en las relaciones humanas” (Diógenes, 1994, p.135, traducción de la autora).

Ello insta una lógica simultáneamente inclusiva y excluyente. Como señala Sennet (1988, citado por Diógenes,1994, p.135) “ *el espacio público muerto es una de las razones, y la más concreta de ellas, por las cuales las personas buscan un terreno íntimo que en territorio ajeno les es negado*”. Es precisamente la dificultad de acceso e inserción en los espacios vinculados a la esfera de lo público - a lo que se añaden experiencias de violencia diversas en “el mundo de la calle” - lo que conduce los jóvenes a un movimiento de retracción en el ámbito doméstico y de privatización de la vida social.

S5:porque por un lado yo me siento despreciado y, por otro lado, no me desprecian, entonces, por el lado que no me desprecian yo me siento dentro de la sociedad y por el lado que soy despreciado no me siento dentro de la sociedad...¿(cuál es el lado) por el que yo no me siento despreciado? Como tú aquí, sabes, llamándome para conversar....pero hay otro lado en que me siento despreciado porque llamas a alguien para conversar entonces la persona te mira así y dice: “Jo, tú ya no tienes arreglo, para ti es sólo el ataúd y la cárcel”...¿No es así no! Como junto a mi madre, contigo ... con las personas que yo sé que no me siento despreciado ¿no? ...Al lado de mi familia...Allí sí es mi lugar.....(pp.28,29)

7.2. La configuración de las redes de apoyo familiar

Hasta ahora hemos reiterado la relevancia de la familia para afrontar los riesgos de la zona de vulnerabilidad social privilegiando el papel de la unidad familiar como fuente de apoyo y protección para los jóvenes en términos genéricos. La vivencia de un vacío de apoyo social e institucional, instituye la familia como el espacio privilegiado (y con frecuencia exclusivo) en que los jóvenes entienden que poseen “amigos de verdad”.

S6: Amigo realmente sólo, como todos dicen, sólo nuestra madre realmente. Amigo de verdad realmente es mi hermano, mi hermana...mi mujer, mi madre... yo creo que es así, esos son mis amigos... (p.24)

E: ¿Tienes amigos?

S5: ¿Amigos de verdad? Sólo vosotros y mi madre y mi hermano...(p.24)

Sin embargo, cada familiar interviene de modo diferenciado en la preservación de los vínculos de nuestros sujetos con el ámbito doméstico. E interviniendo de forma distinta les propician diferentes tipo de apoyo. En este apartado nos dedicaremos a especificar brevemente cómo se materializa este apoyo.

Los agentes fundamentales para el mantenimiento de los vínculos familiares de los jóvenes son sus madres, hermanos, abuelas, tíos, parejas e hijos. Como hemos visto, la **figura paterna** suele estar **ausente** o implicar **relaciones fuertemente ambivalentes y conflictivas**, asociándose principalmente a procesos de desvinculación en el ámbito familiar. En los pocos casos en que hay (o hubo) alguna vinculación con el padre (o figura sustituta), este **vínculo se define sobre todo en términos instrumentales** y se relaciona específicamente con acciones de apoyo material.

R3: No, mi padre ya murió... (hace) unos 3 años... ¡yo le veía siempre!...Pero nunca fui a su casa

E: ¿Pero os llevabais bien, os llevabais mal?

R3: Él iba allá para mi casa... Entonces cuando yo estaba allá en casa él me daba dinero (sonríe) (p.25)

Solamente en tres casos (R1, R4, S3) el padre aparece como una referencia esencialmente afectiva y positiva. Aquí la figura paterna se asocia a la noción de cuidado y a procesos de mantenimiento y fortalecimiento de los vínculos familiares.

R4: No sé, yo creo que mi padre me gustaba más que mi madre...Porque desde pequeña yo me quedaba junto a él....Y él, yo creo que él se acostumbró a cuidarme desde pequeña... (p.7)

Las abuelas y los tíos juegan un importante papel en los casos de debilitamiento de los vínculos con la familia nuclear, movilidad familiar y cohabitación con la familia extensa. Sin embargo, las referencias a los **tíos** sugieren **vínculos de carácter más instrumental**, mientras que las **abuelas** aparecen predominantemente como **importantes soportes y referencias afectivas**. En el caso de S1 por ejemplo, la abuela era el único vínculo estable que aseguraba el lazo de este joven con la familia, de manera que su muerte supuso la pérdida del arraigo familiar.

E: ¿Qué crees que pasó para que las cosas empezasen a desencaminarse? ...

S1: Ah... lo que más hizo que yo me quedara en esa vida aquí fue cuando mi abuela falleció. Entonces yo me fui a vivir con mi tía, sabes, y yo tengo unos primos que, así, están metidos en cosas erradas... entonces me fui involucrando, sólo involucrándome y hoy en día estoy ahí...(silencio) (p.4)

Los jóvenes que tienen una **relación de pareja estable** (S6, S3, A4) e/o **hijos** (S6, S3, S4, R5) también los sitúan como importantes agentes para fortalecer los vínculos familiares. La única excepción es A4, cuya relación de pareja supuso conflictos con su progenitor que le impulsaron a abandonar temporalmente el ámbito doméstico. Pero, en cualquier caso, la **pareja** resulta ser una **fuerza de apoyo fundamental** para estos jóvenes, en especial **desde el punto de vista afectivo**. Entre los sujetos de la semi-libertad, las parejas también son **figuras centrales para impulsar y sostener proyectos de cambio ligados al abandono de prácticas ilícitas**.

La **paternidad** es otra importante **fuerza de motivación para el cambio y la elaboración de proyectos de futuro**. Los proyectos relacionados con los hijos siempre remiten al deseo de actuar como proveedor de la familia e incrementar sus condiciones materiales de existencia propiciándoles un futuro mejor. Los hijos significan responsabilidad y preocupación. Aunque en ningún caso la paternidad haya sido planeada y, eventualmente, la relación sentimental que la ha originado se haya roto (R5, S4), todos los jóvenes se han hecho cargo de los hijos y mantienen una fuerte **relación afectiva** con ellos.

S3 : Entonces cambió todo para mí, Raquel. Todo en mi vida. El pasado es realmente pasado... ¿(qué ha provocado) esos cambios?...Mi familia, mi fuerza de voluntad, mi mujer, mi bebé.....(me paso) el sábado y el domingo, viernes, sábado y domingo pegado a la barriga de ella (mi mujer) (pp.10,11)

La **importancia de los hermanos** sobresale en casi todos los casos. Pero cabe subrayar la importancia de la intervención de los hermanos para preservar los lazos familiares de los jóvenes cuyas trayectorias han implicado diferentes procesos de desvinculación del ámbito familiar (A1, S1, R1, R2, R4).

E: ¿Y tu padre? ¿Sueles verle, hablar con él?

S1: (Mantiene el tono de voz bajo y triste y mira hacia el suelo) Sí...(cuando él estaba lejos) me mandaba dinero.....Pero así, ¡yo sólo les busco mucho realmente a causa de mi hermana!.....Así, de estar.....llamando a mi padre a todo momento... realmente es sólo a causa de mi hermana... (p.5)

Excepto en los casos en que hay una fuerte ambivalencia (S3) o predominan los conflictos y la distancia emocional (S2, A1, A4), las relaciones fraternales se definen por **vínculos afectivos**. Son **relaciones caracterizadas por la amistad (frecuentemente asociadas al ocio), el compañerismo y la solidaridad**. Los hermanos suelen estar entre los únicos amigos que los jóvenes de los tres colectivos afirman tener. Pero, curiosamente, la afirmación de esta amistad suele venir acompañada de la observación de que dicha relación **no implica confianza**.

S4: *¿Si yo confío en alguien? ... que yo pueda tener confianza realmente sólo en mi madre... Porque mi madre no va a ocultarme las cosas y lo que yo le cuente ella no va a contarle a los demás.....la madre no va a traicionar al hijo.. ni siquiera me fío de mis hermanas(segunda entrevista p.13)*

Como se puede apreciar en la cita anterior, **la madre** suele ser la **única persona en la cual los jóvenes efectivamente confían** (sea en el ámbito familiar o en cualquier otro contexto). Mientras el apoyo que dan los demás miembros de la familia se define como limitado y ambiguo, **el apoyo ofrecido por la madre se percibe como ilimitado:**

A2: *Ella siempre nos ve en primer plano...tanto es así que mi madre protege demasiado (p.3).*

Salvo en un caso de cada grupo (A1, S1, R4), la figura de la madre es el gran protagonista de las tramas asociadas al mantenimiento y a la consolidación de los vínculos familiares. La madre - percibida como una verdadera mártir, dotada de una disposición al sacrificio y una capacidad de aguante ilimitadas - es la **figura totalizadora de los significados conferidos a la familia y a la casa**. Es ella quien condensa todo el amor y la protección atribuidos al ámbito familiar. Eso se traduce en diferentes modalidades de apoyo a los jóvenes.

Por una parte, la madre es definida por la mayoría de los sujetos como su principal **proveedora material**. Este aspecto se refleja, por ejemplo, en la coexistencia de alusiones a dificultades financieras en el contexto familiar y la negación de necesidades materiales debido a la “*extrema bondad*” y a los “*sacrificios*” maternos:

S3: *..Todo lo que yo quería, me lo daba mi madre ...todo...Nunca tuve ninguna necesidad (p.26)*

Por otra parte, la figura materna es la gran **proveedora afectiva y la principal responsable del proceso educativo de los jóvenes en el ámbito familiar**. Aquí entra en escena una noción central en los discursos relativos al apoyo materno: “los consejos de la madre”. El discurso sobre el aprendizaje propiciado por la figura materna está fuertemente cargado de sentido moral. Es la madre quien, según los jóvenes, les enseña lo “bueno”, “lo correcto” y, sobre todo, lo “lícito” - aunque a menudo reconozcan que no le hacen (o no le han hecho) caso. La formación recibida va desde prácticas básicas para la supervivencia,

E: *...¿Y qué has aprendido en casa por ejemplo?*

S5: *Educación. A estudiar, no robar, nunca faltar el respeto a nadie, hacer las cosas dentro de casa, nunca tener pereza....¡yo aprendí muchas cosas en casa! Nunca me estimulé para eso, pero mi madre siempre me lo ha enseñado... una cosa que no me gusta hacer es la limpieza Pero preparar la comida me gusta, ¡es guay!... ¡y mi comida sale muy rica! (segunda entrevista, p.4)*

hasta consejos sobre cómo “ser alguien en la vida”:

S5: *Y mi madre siempre dándome consejos: “Trabaja, trabaja, que sin el trabajo y sin el estudio no eres nada. Vete a hacer un curso o algo así ”...(p.22)*

Además, las enseñanzas maternas también se dirigen a la creación y el fortalecimiento de los sentimientos que preservan los lazos familiares: S3: *¿En casa? Hombre, en casa, aprendes todo... Aprendes a amar más a la familia...(p.17)*

Cualquiera que sea el contenido en cuestión, desde el punto de vista de los jóvenes, la función protectora está siempre presente. El matiz reside en que **los sujetos de los grupos de la calle y de la semi-libertad ponen el acento en la asociación entre protección, cuidado materno y control**. El control ejercido por la madre es un mecanismo fundamental para regular los movimientos de los jóvenes hacia la calle y su implicación en prácticas ilícitas. Aunque no sea suficiente para impedir ninguno de los dos movimientos - y a veces incluso los refuercen - quedan como importantes referencias de límite que a menudo tienen efectos *a posteriori*.

S2: *Hombre, en casa tú aprendes con tu madre dándote consejos ¿no?: (imitando a la madre) “ pero hijo no hagas eso, no sé qué, eso no puede ser ...” (risas) (p.5)*

En cambio, **los jóvenes del grupo de la comunidad ponen el énfasis en la dimensión comunicativa**: A2:.. *porque mi madre, conversa mucho conmigo sobre todo(p.26)*

La relación con la madre es una relación de diálogo, caracterizada por la apertura, la confianza y el entendimiento mutuo. Desde esta óptica, la madre suele ser definida como una persona comprensiva, flexible y tolerante.

A4: *Mi madre siempre me daba consejos y yo siempre le escuchaba porque yo ... yo amo a mi madre, realmente la amo porque ella no dice: “Tú no vas a hacer aquello, no puedes hacer aquello!”, ella se acerca a mí y me da consejos, dice: “¿Crees que eso es bueno para ti?... Entonces piénsatelo bien”. Ella me da consejos así que puedo entender, no como mi padre... él pone reglas, él impone reglas.. (p.14)*

En estos casos, el diálogo es señalado como la forma privilegiada de resolución de conflictos en el ámbito doméstico. A la vez, los **consejos maternos son una forma de apoyo eficaz desde el punto de vista preventivo, pues a ellos se debe en gran medida, según los jóvenes, su alejamiento de prácticas ilícitas, violentas y ligadas a distintos tipos de daño**: A3: ... *En mi familia.....(aprendí) a no meterme en líos, mi madre... siempre me incentiva a no beber, no fumar, no usar drogas...tener cuidado cuando vaya a mantener alguna relación sexual, usar condón(p.16)*

La centralidad de la madre en la red de apoyo de los jóvenes de los tres colectivos (más allá del ámbito familiar) se expresa de modo tajante en la afirmación mayoritaria de que ella es la única persona a quién recurrirían ante una situación difícil.

Además de la madre, la única referencia unánime con la que los jóvenes están seguros de que pueden contar es Dios. La relevancia atribuida a Dios como fuente de apoyo y confianza se encuentra en casi todos los casos y, en diversas ocasiones, es mayor que la que se atribuye a la familia.

S3: Amigo, amigo realmente, yo sólo tengo uno, sólo uno..... (no me fío de) Nadie...Ni de mi mujer, ni de nadie...¡Sólo confío en Dios! Mi amigo es sólo Dios, para todo...(p.22)

Cuando el apoyo familiar falla, o no existe relación de afecto o confianza con ningún miembro de la familia, el campo de la religión y, muy particularmente, la figura de Dios queda como la única referencia estable y permanente para los jóvenes (lo que se puede apreciar en los casos de A1, R1 y S1). Aquí se manifiesta de modo vehemente la relevancia del “otro mundo” para llenar los huecos que quedan descubiertos en las relaciones establecidas entre el “mundo de la casa” y “el mundo de la calle” en la sociedad brasileña (Da Matta,1984; 1985).

R1:... solo no, porque nosotros no andamos solos ¿no? ... (apunta hacia arriba) Andamos siempre con el otro padre que tenemos ¿no? Porque nosotros tenemos dos padres... Entonces estamos solos pero el de arriba nos está guiando (p.5)

Así, los sujetos de los tres grupos estudiados tienen una red de apoyo social muy restringida. La magnitud de dicha restricción se deja entrever, en primer lugar, por la primacía de las redes de sociabilidad primarias. Luego, por la preponderancia de la familia dentro de estas redes primarias, intensificada por el movimiento de privatización de la vida social que hemos analizado. Y, por fin, por la prevalencia de la condensación del apoyo familiar en la figura de la madre. En este escenario, la falta de apoyo familiar aparece incluso como un elemento explicativo presente en los relatos de suicidios. El rechazo familiar es siempre algo incomprensible:

S5: ... como aquel chico que lleva una blusa roja allí, él dice que su familia le ha despreciado, no le quiere en casa..Para que veas como son las cosas, está siendo despreciado por la familia. Eso, joder, no ...no me entra (p.29)

La clave para comprender por qué desde el punto de vista de los jóvenes, “no hay nada peor en el mundo que el desprecio de la familia” radica en que **la pérdida de los vínculos familiares supone la vivencia existencial de no tener un lugar en el mundo.** Eso explica el hecho de que la gran mayoría de los relatos de procesos de desvinculación del ámbito familiar realizados por los jóvenes vengán acompañados por la expresión de expectativas de reparación y restablecimiento de vínculos.

En el contexto específico que es objeto de nuestro análisis, la familia es la gran retaguardia afectiva y material no sólo para afrontar el *fantasma de la miseria*, sino de

las más variadas *experiencias limítrofes* asociadas a los procesos de exclusión social (Escorel,1998a). Como concluye Escorel en su tesis sobre las trayectorias de exclusión social de adultos que residen en las calles brasileñas:

“ En un modelo de sociabilidad que se desarrolla sobre una privatización de la experiencia social, la exclusión social, el no tener un lugar, esa experiencia de no pertenecer al mundo, que es una de las experiencias más radicales que el hombre puede tener se manifiesta a través de los procesos de desvinculación socio-familiar” (Ibíd., p. 273).

8. El desarraigo

Entre los quince sujetos de nuestro estudio, las trayectorias de cuatro jóvenes han dado lugar a procesos de desarraigo (A1, R1, R2 y S1). Son trayectorias de desafiliación heterogéneas, pues presentan motivaciones, configuraciones e intensidades diversas, implicando distintos niveles de vinculación y desvinculación con relación a diferentes ámbitos. Pero, en todos los casos, el punto de partida y el eje central de dichos procesos son experiencias de fragilización de los vínculos familiares. Como tendremos la oportunidad de profundizar en el análisis de estas trayectorias en los capítulos subsiguientes, en este apartado nos centraremos exclusivamente en los principales significados y consecuencias directamente asociados a las desvinculaciones y rupturas con el ámbito familiar.

La primera implicación de la ausencia de apoyo y referencias familiares concretas en la vida cotidiana son procesos de aislamiento y la vivencia subjetiva de la soledad. La soledad atraviesa el discurso de los jóvenes sobre las más diversas esferas de la vida social.

E: ... ¿Cómo te gusta divertirse, por ejemplo?

S1: No me gustan las fiestas.... Para divertirme lo que más me gusta es tener un equipo de sonido y quedarme solamente escuchando (música) todo el día

E: ¿Solamente eso? ¿Y sueles escuchar música con quiénes ?

S1: ¡Solo! Allá en casa yo sólo me quedaba solo... (p.12)

En este punto nuestros datos también coinciden con los de Escorel (1998a) respecto a los adultos cuyas trayectorias de exclusión les condujeron a vivir en las calles. Tanto en la investigación realizada por esta autora como en la nuestra, el aislamiento y la soledad no surgen en contraposición a las relaciones sociales de los sujetos implicados en procesos de desafiliación, pues se manifiestan incluso cuando hay algún tipo de vinculación con grupos. Ello se debe a que las relaciones establecidas con

éstos no llegan a propiciar la inserción e integración social, sino solamente lazos esencialmente instrumentales, efímeros y fugaces.

Tras el debilitamiento, pérdida o ruptura de los vínculos familiares, los jóvenes difícilmente establecen otros vínculos sólidos, densos y estables. En su lugar, predominan relaciones que, si bien ocasionalmente les confieren fuentes de identidad y unidades de pertenencia alternativas (por ejemplo, cuando se asocian a dinámicas caracterizadas por Maffesolli (1988) como procesos de tribalización), están marcadas por ambivalencias (a menudo asociadas a procesos de estigmatización) y, sobre todo, por la inestabilidad. El movimiento entre campos de *sociabilidades flotantes* no es suficiente para suprimir la soledad, pues la comunicación con los demás no se sostiene en estructuras capaces de dar un sentido consistente a las interacciones (Castel, 1995).

Todo ello genera una especie de **instalación en la incertidumbre**, presente en todos los casos. Sin embargo, tal incertidumbre impulsa el desarrollo de diferentes estrategias de afrontamiento entre los jóvenes. En el caso de R2 predomina la resignación ante la soledad, la pasividad y la falta de creencia en su capacidad de agencia para impulsar procesos de cambio, actitudes frecuentemente consideradas típicas de sujetos que se encuentran en la zona de exclusión (Tezanos,1999). Estos aspectos aparecen ligados a la carencia de proyectos y perspectivas de futuro:

R2: ...yo no sé lo que voy, no sé lo que voy a encontrar, sólo Dios sabe lo que voy a ser...¿Qué tengo ganas de hacer? Ah, no lo sé, sólo quien sabe (que va a pasar) el día de mañana es Dios (pp.25, 26)

En los casos de R1 y S1 destacan la prevalencia de estrategias psicológicas de idealización de las relaciones familiares y socio-comunitarias y la inversión en la creación y el mantenimiento de vínculos sociales. R1 disocia sus expectativas de inclusión social de la esfera familiar, concentrando sus esfuerzos en el establecimiento de vínculos con diferentes ámbitos (grupo de pares, escuela, trabajo,etc.). La perspectiva de volver a encontrar a sus hermanos permanece como un deseo, pero este joven no se plantea ninguna acción dirigida al rescate de los vínculos familiares ya casi perdidos. Por otra parte, constituir una familia (mujer e hijos) es parte de sus proyectos:

R1... voy a buscar una compañía para mí...

E: ¿Una compañía? ... ¿Tienes ganas de tener una familia?

R1: ¡Sí! Es lo que todos nosotros pensamos ¿no? ¿Si yo pienso en tener hijos? Yo lo pienso... antes de morir tenemos que dejar un fruto en la tierra ¿no? (pp.12, 13)

R1 vislumbra como horizonte lograr su integración social mediante la inserción en diferentes espacios que le permitan establecer un vínculo social más amplio. Este

proyecto se asocia a una gran confianza en su capacidad de agencia en los procesos de cambio, tal y como lo manifiesta al relatar su abandono de las drogas:

R1: ... Pero entonces lo dejé ... (lo hice) Todo solo. Es la fuerza ¿no? Si el tío tiene fuerza para dejarlo lo deja, si el tío no tiene ganas de dejarlo no lo deja ... yo tuve fuerza y ganas de dejarlo y lo dejé. Tuve fuerza ... y lo dejé, gracias a Dios estoy ahí... pero el tío tiene que luchar también... ¿no? (p.12)

S1, a su vez, centra sus inversiones en el contexto familiar. Sus proyectos se vinculan antes a expectativas de establecimiento y reparación de vínculos familiares que a cualquier perspectiva de inclusión social de sentido más extendido. Aunque sus perspectivas de futuro sigan estando marcadas por la soledad, el espacio de la casa aparece como una metáfora de la preservación de sus vínculos familiares y, a la vez, como una vía para el mantenimiento de estos lazos.

S1: ... yo pienso en trabajartener mi dinero, comprar lo que yo quiera... Y ayudar a mi casa, ¿no?...Porque, así, yo tengo una casa ¿sabes?...Entonces yo pienso así, en trabajar, y el dinero que vaya ganando, voy a ir ingresando en el banco y después voy a construir todo de nuevo allá.....

E: ¿ Y es allá que vosotros vais a vivir?

S1: ¡Yo (enfatisa el yo) voy a vivir allá!....sí (mi padre ya regresó) pero mi padre no va a vivir conmigo mi padre va a ayudarme a conseguir los muebles y yo voy a vivir allá.....(p.13)

Por fin, está el caso de A1. La sucesión de experiencias de violencia sufridas por este joven en el ámbito familiar supuso un proceso de desvinculación que, como hemos visto, condujo a la imposibilidad de convivir e intercambiar afecto con los diferentes miembros de sus familias biológica y adoptiva. La fragilización de sus vínculos familiares está relacionada con un progresivo aislamiento y endurecimiento emocional. Dicho proceso ha culminado en un deseo de ruptura con la familia ligado a una “opción” por la soledad, explicada como destino:

A1: Yo prefiero quedarme solo (silencio)

E: Eso de ir de un lado a otro, de un lado a otro, ¿ no te cansa?

A1: Cansa pero es el destino.....(silencio prolongado) (p.20)

Mientras tal ruptura no se produjo, la respuesta predominante de A1 frente a la violencia familiar sufrida fue la asunción de conductas autodestructivas. La violencia hacia sí mismo (en general destruyendo sus pertenencias) fue durante mucho tiempo la estrategia privilegiada para tranquilizar sus ánimos y reducir su malestar. Este joven justifica dichos comportamientos por la imposibilidad de dirigir sus acciones de violencia reactiva - fruto de la rabia acumulada - hacia cualquier otra persona. La magnitud de la violencia sufrida por A1 se deja entrever en la afirmación de que de tanto destruir sus cosas acabó por quedarse sin nada.

A1: Voy a alquilar una habitación por aquí.....¡Y quiero vivir sólo! Yo ya tuve de todo, ya compré cocina, ya compré todo ¿no? pero... antiguamente, cuando tenía mis cosas, si me ponía nervioso lo

rompía todo, no dejaba nada, porque... yo soy un tipo de persona que no puedo ir por ti y hacerte daño, hacerte daño, no puedo. Entonces, para poder calmar mi rabia tengo que romper algo ,así que siempre rompí mis cosas.... y no ha quedado nada....(p.14)

Posteriormente, la filiación religiosa ocupó el lugar de las respuestas autodestructivas confiriéndole una unidad de pertenencia que le trajo cierta tranquilidad: *AI:....entonces ahora ya no rompo mis cosas después que ingresé en mi religión, aprendí a tranquilizarme, ¿no? (p.14)*. A la vez, la entrada en escena del campo religioso como un espacio de acogida aparece asociada a una radicalización del rechazo a la familia no sólo como unidad de pertenencia, sino también como concepto y valor.

AI: en realidad, yo soy un tipo de persona que creo que estoy solo. Para mí no existe familia, mi familia son Dios y mis orixás⁷⁴..... Yo converso con ella, converso con mi hermano, pero decir que tengo amor así por ellos como hermana y hermano no lo tengo (p.11)

La idea de tener una familia se convirtió en algo tan insoportable para él que pasó a cobrar un significado equivalente a la muerte:

AI: ... yo no sé si es una ilusión mía, pero el día que yo tenga ... mi familia realmente ... que compre una casa y ponga a mi familia dentro yo voy a morir, eso (esa certeza) yo traigo conmigo.... No sé, cargo con eso desde pequeño..... tengo eso en mi cabeza. Sí, tengo eso en mi cabeza. (p.10)

El proceso de desarraigo de A1 va más allá del ámbito familiar. La radicalidad de su desafiliación se refleja en la falta de expectativas de vinculación en el campo de lo humano. En el discurso de este joven, no hay ninguna manifestación del deseo de atenuar la soledad estableciendo vínculos sociales. Son las plantas, los animales y, sobre todo, las entidades del “otro mundo” los elegidos para hacerle compañía.

Lo curioso es que la soledad no aparece relacionada con la tristeza como en los demás casos, sino con la alegría. En este sentido, el discurso de A1 apoya el planteamiento de Da Matta (1984; 1985) sobre el carácter más relativizador e inclusivo de las lecturas desde el prisma del “otro mundo” frente a las exclusiones producidas en los mundos de la casa y de la calle. La base para esta relativización radica en el supuesto de que hay otro lugar y otra lógica que nos condena a todos a una igualdad determinada por fuerzas mayores que nosotros. Desde esta perspectiva, las compensaciones producidas mediante “el código del otro mundo” se asocian a procesos de conciliación que posibilitan crear zonas y valores ligados a la alegría, la esperanza y el futuro (Ibíd.).

Al mismo tiempo, la producción discursiva de A1 sobre su relación con las entidades religiosas reproduce imágenes y roles asociados al ámbito familiar. Así, la relevancia de la familia y, en concreto, de la pertenencia familiar se impone una vez

⁷⁴ Nombre genérico utilizado para hacer referencia a las entidades de la religión “Espírita”.

más, pues la lógica del “mundo de la casa” sigue orientando el discurso y las relaciones de este joven con las demás esferas de la vida.

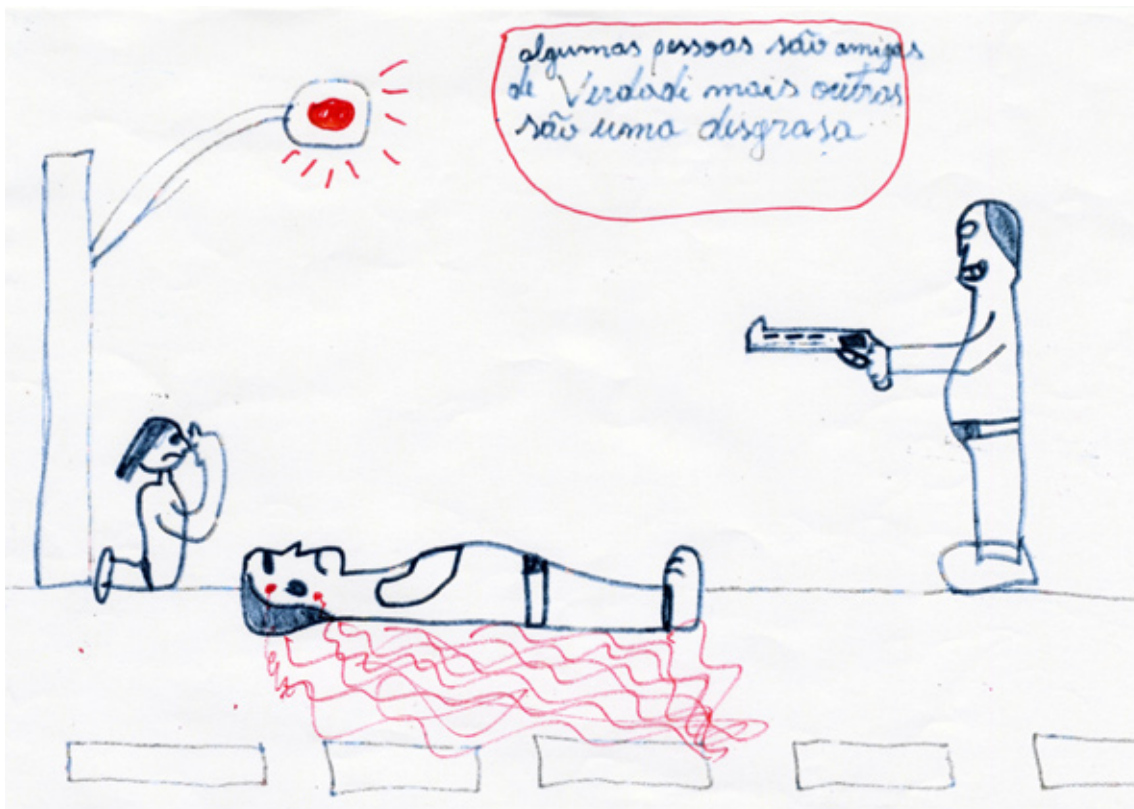
*A1: Hombre, a mí eso (la soledad) no me importa.....Mis amistades son los pájaros, son los animales... mi alegría es ver un árbol verde, lleno de frutas, ver una rosa..... mi padre, él es el dueño de las matas, que es **Oxóssi** ¿no?, mi madre es la diosa del viento, que es **Iançã**, y mi maestro es **Seu Zé Filinto**, mi padre también **Oxalá**, mi otro padre **Xangô**⁷⁵ dueño de las pedreras...Lo importante para mí en la vida es estar vivo, viviendo la vida.....(silencio) (p.20)*

Sin embargo, en el caso de A1 ni siquiera la inclusión de la filiación religiosa en la lógica del “mundo de la casa” ha sido suficiente para eludir la vivencia subjetiva de no tener un lugar en el mundo, asociada a la desvinculación socio- familiar.

A1: Algún lugar que yo sé que es mío es el cementerio, porque es el trozo de tierra que todo el mundo tiene... El único lugar que yo sé que yo tengo es allí (p.15)

⁷⁵ Todos los términos en negrita son nombres de entidades de la religión “Espírita”.

CAPÍTULO 7. ÁMBITO COMUNITARIO



1. Consideraciones previas

Antes de realizar cualquier consideración respecto a este ámbito hay que poner de relieve que el término “comunidad” apenas es utilizado por los sujetos y, a menudo, carece de sentido para ellos. Sin embargo, a diferencia del gran debate actual sobre los límites del concepto de “comunidad”, en nuestro caso no resulta nada complicado identificar las fronteras que delimitarían dicho campo en la cartografía simbólica dibujada por los jóvenes de nuestro estudio.

Desde el punto de vista de los jóvenes, el territorio⁷⁶ de la comunidad implica marcos físicos, sociales, simbólicos y afectivos. Sin embargo, todos estos marcos se construyen sobre un mismo cimiento: su **ubicación territorial en el espacio urbano**. En consecuencia, los límites del ámbito comunitario coinciden con límites geográficos, cuya amplitud es relativamente flexible, puesto que varía entre la calle en la que se encuentran sus viviendas, el barrio al que pertenecen (o algunas de sus áreas) y la ciudad en la que viven (o han vivido)⁷⁷; espacios unificados y condensados por un significativo señalado de forma unánime por todos los sujetos: “**la periferia**”.

Este significativo tiene una importancia crucial en las trayectorias de los jóvenes, pues constituye uno de los principales ejes en torno al cual se articula la tematización de la exclusión social en distintas esferas. A la vez, también emerge como una de las grandes fuentes de reconocimiento e identidad social para ellos, en suma, como un espacio que les posibilita algún nivel de participación e inclusión social. En este sentido, propicia un sentimiento de pertenencia, cuyo sentido más pleno se expresa en el uso del término “*quebrada*”*. Cuando se refieren a sus “*quebradas*”, **el espacio físico implicado en la noción de territorio se llena de un sentido afectivo que remite a la función de soporte identitario**.

Desde esta óptica, coincidimos con Alguacil (2001) en que la construcción de identidades y los sentimientos de pertenencia de los individuos no son posibles sin una base territorial física, donde la ciudad asume un lugar privilegiado. Esta base actúa como anclaje de una organización social en la que se desarrollan procesos de sociabilidad, canales de comunicación y relaciones de proximidad imprescindibles para el establecimiento de vínculos sociales y procesos participativos capaces de propiciar la

⁷⁶ Aunque privilegiamos en esta tesis el sentido de territorio planteado por Guattari y Rolni (1986) y definido en el apartado teórico-metodológico, en este capítulo utilizaremos en ocasiones la noción de territorio para hacer referencia específicamente a un espacio físico y geográfico.

⁷⁷ En los casos de S6 y S1 el vínculo de estos jóvenes no es con el lugar en el que viven actualmente sino con una de las ciudades en que han vivido anteriormente, pero que todavía son significadas por ellos como su territorio de pertenencia.

construcción y el ejercicio de la ciudadanía. Así, asumimos que “*el término participación remite, por un lado, a ser parte (de un entorno físico y social), estar en (un lugar) y sentirse parte (de una comunidad)*” (p.4).

El ámbito comunitario es, además de la familia, el espacio que permite a algunos de los jóvenes sentir que tienen un lugar en el mundo, aunque la ocupación de tal lugar muchas veces signifique precisamente no tener un lugar en “*la sociedad*”. Esta consideración conduce a otra cuestión fundamental que tiene que ver con la distinción entre “comunidad” y “sociedad”.

Los jóvenes parecen coincidir con los planteamientos pioneros de Tönnies y Simmel de que la estructuración social moderna vinculada a la noción de sociedad es excluyente por su propia naturaleza. La “sociedad” es percibida como una entidad abstracta y lejana, con la cual frecuentemente no se sienten ligados ni afectiva ni formalmente. No hay ni siquiera la perspectiva de un vínculo institucionalmente garantizado, puesto que la noción de ciudadano suele estar ausente. La relación de los jóvenes con “la sociedad” y aquéllos percibidos como sus miembros nos remite a la figura del *extranjero* de Simmel. “Los de la sociedad” son “el otro” y la relación con la alteridad se caracteriza por la distancia. No hay reconocimiento de similitudes y, a menudo, ni siquiera cualquier tipo de conocimiento o reconocimiento. La relación con los sujetos identificados como miembros de la sociedad es o bien de hostilidad, o bien una no-relación.

Por otro lado, la concepción de comunidad que subyace en el discurso de los jóvenes se basa en la idea de proximidad. Se refiere a personas concretas con las cuales reconocen que comparten algo en común (sea desde el punto de vista constitutivo, asociativo o, muchas veces, estrictamente territorial). En cualquier caso, se trata de un lazo vivido, existencial. Este lazo no está institucionalmente garantizado, sino que descansa sobre un compromiso afectivo - aunque para muchos sujetos tenga como base primordial la pertenencia común a un determinado espacio físico- geográfico.

La distinción entre “comunidad” y “sociedad” se construye sobre una **percepción de la ciudad como un espacio urbano dual**. Tal dualidad **combina la dimensión socio-económica con lo socio-simbólico y lo territorial** y se expresa en procesos de segregación o, más precisamente, de **exclusión espacial**⁷⁸ – que, como

⁷⁸ Sobre la relación entre segregación espacial y exclusión social véanse, por ejemplo, Grafmeyer (1996) y Wacquant (2001). A pesar de no utilizar el concepto de exclusión social, los estudios clásicos desarrollados por la Escuela de Chicago, y en particular por la perspectiva de la ecología humana, también ofrecen numerosos e interesantes ejemplos sobre este tema.

hemos visto en la descripción de los escenarios, constituye una característica central de la configuración histórica del espacio urbano del Distrito Federal. El resultado de dichos procesos es que las distintas posiciones en el espacio social de sus habitantes se reproducen en la ocupación de territorios radicalmente separados por las fronteras físicas y sociosimbólicas que delimitan la oposición centro-periferia, contribuyendo a reforzar y cristalizar las múltiples facetas involucradas en las nociones de diferencia y desigualdad⁷⁹.

La conexión entre el ámbito comunitario y la periferia se produce, en todos los casos, independientemente del tipo de vinculación que cada sujeto tiene con este ámbito. Por otro lado, resulta curioso observar cómo la tematización del referido contexto se construye sobre núcleos de significación netamente contrapuestos, entre los cuales destacan los siguientes: la comunidad como un espacio de pertenencia y soporte identitario (“*la quebrada*”) versus la comunidad como un ámbito carente de sentido; la comunidad como un espacio de violencia versus la comunidad como un espacio de solidaridad; y, por fin, el ámbito comunitario como un espacio de relaciones, participación y reconocimiento social versus la comunidad como un espacio de aislamiento y privatización de la experiencia social.

Hemos optado por abordar dichas significaciones en apartados separados por un criterio formal de ordenamiento de los resultados. No obstante, es imprescindible tener en cuenta que aunque tales núcleos de sentido aparentemente configuren polos de oposición, no necesariamente son mutuamente excluyentes para los jóvenes. Más bien lo contrario; nos encontramos mayoritariamente ante la coexistencia dialéctica de distintas polaridades de significación en las producciones discursivas analizadas.

⁷⁹ Caber destacar que la segregación espacial de la población del Distrito Federal no sólo ha estado históricamente ligada a una rígida separación de estratos de renta (Bursztyn y Araújo, 1997) - lo que ha generado ciudades de ricos y ciudades de pobres asociadas a un reparto de las diferencias culturales y étnicas marcado por la concentración de los emigrantes y mestizos en la periferia - sino que la morfología espacial de esta región también tiene como característica peculiar una mayor separación física entre el Plano Piloto y las ciudades satélites en comparación con las distancias relativas a la polaridad centro-periferia en otras capitales brasileñas. La distancia espacial entre los núcleos urbanos dificulta el acceso y el tránsito entre ellos engendrando una segmentación de las relaciones sociales a partir de los lugares de residencia, una vez que tampoco hay espacios de encuentro que propicien la mezcla de diferentes grupos sociales (que en otras ciudades se produce, por ejemplo, en espacios públicos como la playa) o, al menos, algún contacto entre ellos. Como señalan Abramovay et al. (1999) es importante no perder de vista que la segregación social es un fenómeno característico de todos los grandes centros urbanos, pero en el Distrito Federal dicha disociación física contribuye a que las diferencias sociales y las contradicciones existentes sean artificialmente ocultas, lo que tiene una grave y peculiar implicación: “*la segregación se expresa en la imposibilidad de ver y conocer al otro... generando una especie de “redoma” y una “ciudad protegida” en la cual los individuos no se cruzan*” (p.37, traducción libre). Estos autores han constatado en una investigación realizada con jóvenes del Plano Piloto que éstos no sólo no frecuentan, sino que ni siquiera conocen las ciudades de la periferia de Brasilia.

Por otro lado, también es importante señalar que cuanto mayor es el énfasis en el nivel local más sobresalen los aspectos funcionales y el carácter inclusivo de los elementos destacados por los sujetos, mientras que cuanto mayor es el desplazamiento hacia el nivel global, mayor es la relevancia atribuida a la dimensión disfuncional y excluyente.

2. Densidad del vínculo con la comunidad

La vinculación de los jóvenes con el ámbito comunitario es bastante diversificada. En dos casos del grupo de la calle (**R1 y R2**) el **vínculo con este ámbito es absolutamente ausente**; de hecho, ni siquiera hay ninguna idea de comunidad en sus discursos. En otros cuatro casos, dos de la calle (**R3 y R4**), uno del grupo de la comunidad (**A1**) y uno de la semi-libertad (**S1**), hay algún tipo de relación con el espacio comunitario que, sin embargo, es difícilmente caracterizable como “vínculo”. Pero para posibilitar la diferenciación de la situación de R1 y R2 optamos por caracterizar tal relación como un **vínculo muy frágil**. En tres casos (**R5, A4 y S3**), respectivamente del grupo de la calle, la comunidad y la semi-libertad, el **vínculo** con el ámbito comunitario es definido por los propios sujetos como **frágil**. No obstante, es importante recalcar que en los casos de A4 y S3 tal fragilidad parece ser fruto de conflictos circunstanciales muy recientes y, sobre todo, que en los tres casos hay algún nivel de sentimiento de pertenencia a la comunidad. Por fin, las dos chicas del grupo de la comunidad (**A2 y A3**) y los demás chicos de la semi-libertad (**S2, S4, S5, S6**) tienen una **vinculación muy fuerte** con el ámbito comunitario, aunque, a veces, la permanencia de los varones en este territorio sea inestable.

3. Procesos de desvinculación y vulnerabilidades en el ámbito comunitario

3.1. La ausencia de sentido

Como destacamos al principio, para algunos jóvenes el ámbito comunitario es un espacio que prácticamente carece de sentido. Este vacío semántico se refleja de distintas formas en sus discursos, que pueden ser más o menos contundentes. En casos extremos, encontramos la afirmación de la absoluta carencia de significado del término comunidad:

E: Y la comunidad, ¿qué es la comunidad para ti?

S1: Eso, no lo sé...(se ríe); No tengo ni idea!

E: ¿No se te ocurre nada a partir de esta palabra ?...

S1:(asiente con la cabeza) (Silencio) (p.18)

La interpretación de este dato exige tener en cuenta dos aspectos señalados por Bourdieu en diferentes escritos⁸⁰, a saber, los diversos elementos que separan al investigador del “informante” (vinculados a la idea de ruptura epistemológica con el sentido común implicada en el proceso de interpretación, reconstrucción de los datos y teorización que se produce a lo largo de una investigación) y la *distinción* resultante de la posesión (o no posesión) de determinado tipo de capital cultural y lingüístico. Así pues, es necesario reconocer que la radicalidad del vacío semántico relacionado con el término “comunidad“ se atenúa mediante la identificación que los jóvenes establecen entre el ámbito comunitario y la ubicación territorial de sus casas en el espacio urbano.

Ahora bien, esta significación a veces se restringe a las dimensiones geográfica y espacial, de modo que permanecemos ante un lugar carente de sentido social. De esta forma, nos encontramos ante un proceso de *desterritorialización* (Guattari y Rolni,1986) asociado a la noción de “*no lugar*” (Augé, 1993). Este proceso conduce a la tematización de una *ciudad alienada*, donde el sujeto es extraño al territorio, lo que se refleja en la incapacidad de dar significado a sus experiencias en él, de anclarlas o referenciarlas en un espacio reconocido como propio, perdiendo así la capacidad de realizarse como ciudadano (Alguacil, 2001). Tal aspecto puede ser claramente apreciado en un planteamiento recurrente en el discurso de los sujetos cuya vinculación con el ámbito comunitario se halla ausente o es muy frágil. Cuando preguntamos qué es lo que hay en sus ciudades, contestan que lo único que hay es polvo, lo que constituye una excelente metáfora de su relación con este espacio:

E: ...¿Y cómo es *Brasilinha*?

R3: Ah, ¡allá hay mucho polvo! (se ríe)

E: Hum...¿Y que hay allá además del polvo?

R3: ...Nada ...¡ De bueno no hay nada!...¡ Nada! (pp.3,4)

En estas circunstancias, llama la atención cómo los pequeños indicios de la existencia de algún sentido de pertenencia a este espacio – aunque muy precario – ocasionalmente no se asocian a ningún grupo o espacio de participación social concreto, sino que son justificados por la noción de **costumbre**:

E: Entre todas estas ciudades en las que has vivido,¿ hay alguna que consideres que es tu lugar?

S1: Sí.. el *Recanto das Emas*... (¿por qué?) Ah, porque, yo qué sé, ya me he acostumbrado ... Cuando la persona se acostumbra a un lugar, entonces no hay otro lugar mejor ...

E: ¿Qué es lo que hay de bueno allá?

S1: ¡No hay nada! ¡Polvo! (risas) ¡No sé que es lo que he visto en aquel lugar!

E: ¿Y qué cosas más? Debe de tener algo, además del polvo, ¿no?

S1: ¡No lo hay ! (risas) ¡Te lo juro ! ... No lo hay ... Sólo eso, nada más (pp.11,12)

⁸⁰ Véanse, por ejemplo, “*Razones Prácticas*”, “*La distinción*” y “*Miserias del Mundo*”.

Como es bastante lógico, es entre algunos de los jóvenes del grupo de la calle que constatamos el mayor nivel de desvinculación con el ámbito comunitario y de vaciamiento de sentido del mismo. La fragilización de este vínculo es indisociable del proceso de salida hacia la calle, que puede materializarse tanto mediante una ruptura brusca (R1), como a través de una dinámica que preserva un movimiento entre el territorio de la calle y la ciudad en la que vivían (R2, R3). Este tránsito puede ser muy esporádico (R2), o muy frecuente (R3). En todo caso, suele estar mediado por la casa como metáfora del vínculo familiar. No obstante, también encontramos una asociación entre fragilidad de los vínculos y carencia de sentido de la noción de comunidad entre sujetos de otros grupos, como A1 y, en especial, S1.

Para R2, R3 y S1, el ámbito comunitario es fundamentalmente el **espacio donde se ubica su casa**. Es decir, si hay algo en este ámbito que puede constituir una unidad de pertenencia para estos jóvenes es exclusivamente el espacio de la casa, que, a su vez, tiene diferentes matices. En el caso de S1, el único elemento que sostiene una vinculación muy frágil con la comunidad en la que ha tenido algún tipo de arraigo en el pasado es una casa vacía; un **espacio físico** en el que no vive nadie, pero que constituye el único lugar que todavía considera como “suyo”. **Para los chicos del grupo de la calle**, el ámbito comunitario es el lugar en el que se sitúa no sólo un espacio físico que todavía denominan como su casa sino, principalmente, miembros de la familia con los cuales tienen un vínculo afectivo. En consecuencia, es el **vínculo afectivo con familiares, y en particular la añoranza de éstos, lo que actúa como mediador del movimiento de estos jóvenes entre el espacio de la calle y el ámbito comunitario**, especialmente en el caso de R3:

E: En esa época te quedabas como 3 meses en la calle y después ibas a casa

R3: Hum hum... (y ahora) No ha cambiado nada. Ahora me quedo con mi madre (en la calle) ,y (a veces) voy a casa Ah, (antes cuando estaba en la calle iba a Brasilinha) cuando me apetecía. Cuando echaba de menos a mi hermana y a mis hermanos. Entonces iba hacia allá y me quedaba... (p.10)

3.2. La movilidad como factor de fragilización del vínculo comunitario

La movilidad aparece como un potente factor de fragilización del vínculo con la comunidad en diferentes tipos de dinámicas. **Entre algunos de los chicos del grupo de la calle** (R2, R3 y R5), como acabamos de señalar, **el movimiento se produce entre diferentes ciudades de la periferia del Distrito Federal** en las cuales están sus casas **y las calles del centro del Plano Piloto**, donde desarrollan sus vidas cotidianas. En las

trayectorias de R2 y R3 tal movilidad remite siempre a la primacía de la calle. Ello se debe básicamente a una evaluación negativa del ámbito comunitario asociada a la carencia de recursos materiales, simbólicos y sociales y a la violencia como marca de este espacio, frente a los diferentes atractivos y a la relativa seguridad de las calles del centro de Brasilia. Así, la ciudad satélite en la que se sitúan sus casas asume dos significados centrales: espacio de aburrimiento y riesgo.

E: entonces ibas a casa porque extrañabas (a tu familia)...

R3: Anham. Cuando yo me aburría de quedarme allá, me marchaba.... Ah, (me enojaba porque) todo el día sólo en aquel polvo viejo, ¡ en aquel lugar chungo! Entonces yo venía hacia acá, al "Plano" (p.12)

E: ¿Cuáles son las diferencias entre el "Plano (Piloto)" y "Brasília"?

R3: Aquí no hay tanto polvo como allá !... Y hay muchos comercios, hay más movimiento....hay más coches... Allá en Brasília no hay nada bueno... que yo pueda decir, no lo hay... (risas) (p.5)

El caso de R5 presenta una interesante particularidad. A lo largo de la entrevista este joven niega la primacía de la calle y pone el énfasis en su vinculación con el ámbito comunitario. Tal vinculación suele aparecer mediada por el vínculo familiar, pero también incluye otros actores sociales. Sin embargo, su discurso deja entrever la fragilidad de su sentido de pertenencia a la comunidad – relacionada con los mismos motivos destacados por los otros chicos de la calle - y, principalmente, la ausencia de cualquier implicación de orientación colectiva ligada esta noción:

R5: ... Ah, las personas de allá, los vecinos...ellos creen que allá faltan cosas ¿no? Pero para mí está bien, como no vivo mucho allí... sólo voy (hacia allá) por la noche... no me quedo las 24 horas del día... Tampoco salgo mucho por allá... no me gusta ... Salgo mucho para el Valparaíso, Occidental... Luziânia, que están cerca de allí.. Taguatinga... Es mejor... hay más marcha.. más lugares para divertirte, es más tranquilo... no hay tanto jaleo, no ves muchas peleas, muchos disparos... porque estás pasándolo bien en un lugar y empieza un tiroteo... te pilla una bala perdida, te quedas un poco asustado (p.18)

Por otro lado, en los tres colectivos encontramos **una gran movilidad entre diferentes ciudades de la periferia** que impide una permanencia duradera y/o estable de los jóvenes en el ámbito comunitario identificado con las fronteras geográficas que delimitan el territorio con el que tienen (o han tenido) algún sentimiento de pertenencia:

S1: Soy de aquí del Distrito Federal... ¡Siempre (he vivido aquí)!.....(¿de qué ciudad soy?) del Recanto das Emas... (pero no he estado viviendo siempre allá) ... ya viví en el Paranoá, en la M-norte, en la QNL... Luego me fui para el Parque da Barragem ... Y ahora estoy viviendo aquí en el Gama (p.1)

Uno de los factores que ponen en marcha esta movilidad en la periferia es el de los **problemas asociados al mantenimiento de la vivienda**⁸¹ derivados de dificultades

⁸¹ El problema de la vivienda es uno de los principales indicadores asociados a procesos de exclusión social - véanse, por ejemplo, las compilaciones sobre exclusión social organizadas por Tezanos (1999) y Paugan (1996). Algunos autores señalan, además, que la radicalización de este problema conduce a una de las formas más graves de desafiliación, que caracterizan como una de las etapas finales de los procesos

económicas en el ámbito familiar (A2,A4, R2, R4, S5, S6). La fuerte incidencia de este tipo de movilidad también se debe a la política de creación de asentamientos y de concesión de parcelas llevada a cabo por el gobierno local entre los años 1988 y 1994. Tal política significó para muchos pobres – entre ellos las familias de algunos de nuestros sujetos- la posibilidad de acceso a una vivienda propia, aunque en lugares inicialmente carentes de infraestructura y de proyectos de urbanización⁸².

A4: (nos mudamos de la QNL) Porque como te dije nosotros vivíamos pagando alquiler... Entonces mi padre y mi madre lucharon, lucharon, lucharon y lograron una parcela en el Recanto das Emas... La han ganado...Fue en el comienzo del Recanto...Entonces nos fuimos hacia allá, ellos construyeron nuestra casa y seguimos allá hasta hoy...(¿cómo ganamos la parcela?)... fue el gobierno.... Dejé muchas cosas buenas en la QNL, me gustaba mucho...he llorado, cuando me marché de allá lloré.... (p.4)

A4: Ah, yo veía muchas (diferencias entre el Recanto y la QNL) porque al principio el Recanto era demasiado horrible, sólo había aquel polvo... no había asfalto, no había nada.(p.5)

Pese a la extrema precariedad de los lugares a los que algunos de los jóvenes se han desplazado en función de esa política, el hecho de tener una casa en propiedad parece ser mucho más importante para ellos que la carencia de recursos de los asentamientos. Además de suponer un alivio desde el punto de vista de los gastos familiares, tener una vivienda posibilita liberarse de una condición de vulnerabilidad vivida como humillación y sometimiento:

A4: lo que había de malo (en la QNL) ... las dificultades relacionadas con el alquiler, nosotros éramos muy humillados.... Porque cuando vives en un lugar alquilado... hay varias reglas ¿no?, no puedes eso, no puedes aquello, no puedes eso, no puedes aquello Entonces era horrible...doy gracias a Dios porque hemos comprado nuestra parcela, nuestra casa y ahora.. allí podemos imponer nuestras reglas (p.4)

Otro motor muy frecuente del “nomadismo” de los jóvenes de los tres colectivos es la **movilidad en la red familiar**, que hemos analizado en el capítulo anterior. Debido a dicha movilidad, las trayectorias de muchos de los jóvenes implican idas y venidas al ámbito comunitario. Tal movimiento a veces es tan intenso que acaba provocando la ausencia de puntos de referencia, lo que propicia el vaciamiento de sentido del ámbito comunitario.

Un último propulsor del movimiento que impide la permanencia estable en una comunidad determinada aparece en el discurso de los jóvenes de la semi-libertad y de algunos de los sujetos del grupo de la calle (R1, R2, R4, R5): **la movilidad como estrategia de protección frente a los riesgos y amenazas a los que están sometidos a consecuencia de su implicación en actividades ilícitas y/o dinámicas violentas.**

de exclusión, a saber, la exclusión geográfica ligada a la idea de destierro (Nascimento, 1994, en Burstzyn, 2000).

⁸² Véase el apartado sobre Brasília en la descripción del escenario, capítulo 5.

S4: (me quedé 1 año fuera del Distrito Federal), a causa de la “guerra” y a causa de la policía, que me estaba buscando... (segunda entrevista p.8)

Este tipo de movimiento supone muchas veces una combinación entre la movilidad en la red familiar, la movilidad entre diferentes ciudades de la periferia de Brasilia e, incluso, la movilidad entre el Distrito Federal y diferentes estados del país. Por otra parte, no aparece necesariamente relacionado con una fragilización del vínculo con el ámbito comunitario, sino más bien lo contrario. Los jóvenes de la semi-libertad que han tenido que abandonar sus respectivas ciudades por este motivo – sea de modo provisional (S4) o definitivo (S6) - manifiestan que este alejamiento les ha generado sobre todo añoranza del ámbito comunitario que sitúan como “sus territorios”.

En todo caso, el análisis de la movilidad de los jóvenes conduce a una interesante constatación: **el alejamiento del ámbito comunitario siempre está mediado por la relación con otros territorios.**

3.3. Vulnerabilidades asociadas a la ubicación territorial en un espacio urbano dual

La articulación entre posición en el espacio social y ubicación en el espacio urbano - cuya clave principal es la condición socio-económica de los sujetos- es uno de los ejes centrales de la relación de los jóvenes con el ámbito comunitario, así como de la tematización de sus procesos de exclusión e inclusión social en un sentido más amplio. Al dibujar una cartografía del espacio urbano caracterizada por la dualidad, sugieren la vivencia de un proceso de exclusión espacial, enfatizando que los espacios geográficos que ellos ocupan se asocian a la pobreza, a la carencia de recursos, a la suciedad y a la violencia, lo que reproduce la imagen dominante sobre la periferia:

S6:.... Fue justo al principio de la Santa María, mi madre ganó la parcela y construyeron nuestra casa allá... Ah, cuando llegamos allá era sólo polvo y.... miseria.... (p.12)

R2:El baño (de la escuela), jo, ni siquiera aguantabas entrar allí... por lo pobre que era Brasilinha ...Ahora está cambiando... Antiguamente Brasilinha era pobre ,; Ave María! (p.22)

A4: .. yo extrañaba mucho la QNL, porque allá todo era asfaltado, podíamos jugar y en el Recanto no. Y también era muy peligroso allá en el Recanto al principio .. Había muchos, muchos bandidos (p.5)

Es interesante observar que las posibles diferencias derivadas del hecho de que provienen de diferentes ciudades satélites se diluyen mediante la identificación de características comunes entre éstas que se condensan en las nociones de “periferia” y

“*favela*”⁸³. Este mecanismo de condensación posibilita una reestructuración de los límites territoriales que definen el ámbito comunitario de cada sujeto y, a menudo, actúan como soportes identitarios para los jóvenes. Las distinciones entre las ciudades satélites, o entre diferentes territorios dentro de sus respectivas ciudades ceden lugar a una única oposición: la periferia versus el centro. Tal oposición pone de manifiesto la influencia de las teorías centradas en el concepto de marginalidad sobre las representaciones colectivas ligadas a la pobreza urbana.

La noción de centro aparece íntimamente relacionada con la noción de poder económico y político, lo que probablemente es reforzado por el hecho de que Brasilia es la capital del país. En cambio, la periferia es el espacio olvidado, negado y relegado a la violencia y a “los violentos”, al igual que los guetos descritos por Wacquant (2001). Por tanto, la oposición establecida entre centro y periferia va bastante más allá de la representación de un conflicto espacial. El acento recae sobre las relaciones y vínculos sociales ligados a la configuración de la estructura social.

S4: ... Esas “quebradas” así, Ceilândia, Samambaia, Expansão, Santa Maria, Riacho Fundo, para mí son todas ... podemos decir que es una “favela” ¿no? Porque aquí, esas quebradas así alrededor del Plano Piloto, es la periferia de Brasilia... es todo periferia... Porque hay mucha gente que “apronta”, en estos lugares... porque no hay un ideal como en el Plano Piloto, que es todo muy limpio... buscas una suciedad en el suelo y no la ves, es todo muy verde, los céspedes... Porque allá es la casa del presidente, entonces lo cuidan más, sólo se acuerdan de allá, ¿no?..Las otras ciudades están todas necesitando una reforma, asfalto, cosas así y ellos no lo ven... (segunda entrevista p.10)

Los jóvenes destacan la carencia de recursos infraestructurales y de servicios sociales no sólo en las ciudades en las que viven, sino en la periferia de manera general, enfatizando la contraposición con el Plano Piloto (y, ocasionalmente, con la ciudad de

⁸³ El término “*favela*” ha sido oficialmente identificado como área de viviendas construidas de modo irregular caracterizadas por la carencia de infraestructura (agua, luz, alcantarillas, etc.) y planeamiento urbano. Diversos autores han criticado la dualidad que históricamente ha predominado en el discurso sobre la *favela* y su utilización como *un espejo invertido para la construcción de una imagen urbana civilizada* que ha situado a sus habitantes como *chivos expiatorios de los problemas de la ciudad, el “otro” al que se opone el morador civilizado* (Alvito y Zaluar, 1999). Este discurso ha servido a la producción y reproducción de un imaginario social que sitúa *la favela* como el *locus* privilegiado de la pobreza, el desorden, los *malandros* y ociosos, en suma, de la marginalidad y la violencia. La otra vertiente del discurso dual es la versión romántica, muy presente en la literatura y la música popular brasileña (véase Oliveira y Marcier, 1999), que sitúa *la favela* como el lugar por excelencia de la fiesta, de la samba, de la solidaridad y de la cohesión social. En ambos casos, coincidimos con la crítica sobre el artificialismo de las miradas duales sobre el espacio urbano, puesto que ocultan todo tipo de heterogeneidad existente en las zonas proscritas y parecen ser antes el resultado de las ideologías de aquéllos que las han estudiado y mirado desde fuera que una realidad en la vida de sus habitantes (Alvito y Zaluar, *ibídem*). Pero, a la vez, nos interesa analizar la forma en que la construcción de esta manera de pensar la ciudad repercute sobre los discursos y las experiencias cotidianas de nuestros sujetos. Finalmente, hay que señalar que la noción de “*favela*” tiene como representante paradigmático la ciudad de Rio de Janeiro, mientras que en otros centros urbanos prevalece la noción de periferia, como en el caso de Brasilia. Sin embargo, las características que se les atribuyen en la lógica del discurso dual son casi equivalentes.

Taguatinga⁸⁴). El olvido de la periferia por parte del gobierno es señalado frecuentemente mediante la metáfora de una ceguera que los jóvenes afirman no comprender. Por otro lado, esta incomprensible ceguera acaba por ser naturalizada, ya que se repite en cada uno de los territorios en los que han vivido en el lado proscrito del espacio urbano dual:

A4: ... la Chapahaus, no sé si la conoces ...Tal vez ahora esté mejor, pero antes; porque yo ya viví en la Chapahaus... y antes aquello era un estado crítico, parecía que el gobierno no miraba por ella...

E: ...Y allá en el Recanto, ¿crees que falta algo?

A4: Ah, ¡faltan muchas cosas!...centros de salud, escuela, más escuelas, asfalto...Jo, faltan bastantes cosas Raquel, si yo me pongo a decírtelas, nosotros vamos a perder toda nuestra charla sólo en eso... (p.27)

Las quejas relativas a la “falta de recursos” implican desde cuestiones relacionadas con la infraestructura básica, pasando por una demanda de implantación y/o mejoría de espacios y mecanismos destinados a ofrecer servicios públicos y posibilitar el acceso a diferentes derechos sociales (como escuelas, hospitales, alternativas de transporte público, etc.). Con frecuencia, el discurso de los jóvenes sobre estos temas (exceptuando al grupo de la calle) conduce a formular expectativas relacionadas con la puesta en marcha de instituciones, políticas y programas de acción dirigidos específicamente a la juventud en el ámbito comunitario.

Sin embargo, entre los sujetos de los tres colectivos ninguna carencia se señala de forma tan unánime, tajante y problemática como la **escasez (o ausencia) de espacios de ocio y la falta de seguridad**. Desde el punto de vista de los jóvenes, éstos son indudablemente los dos grandes problemas de sus ciudades, dato que también fue encontrado por Abramovay et al. (1999) en un estudio reciente realizado con una muestra de 810 jóvenes residentes en diferentes ciudades de la periferia de Brasilia.

Además, tanto en nuestro estudio como en la investigación mencionada, ambos temas suelen aparecer íntimamente asociados. La carencia de alternativas de ocio es atribuida predominantemente al exceso de riesgos a que los moradores de la periferia están sometidos, a lo que se añade la ausencia o la ineficacia de los agentes y mecanismos supuestamente destinados a garantizar la seguridad de la población:

A3: Falta ocio... Seguridad... Porque cuando éramos niños, nosotros inventábamos un montón de juegos si no teníamos nada que hacer ...Hoy en día, mucha gente, por ejemplo, mis 2 sobrinas se quedan encerradas dentro de casa ...porque (mi tía) C. no deja que salgan a la calle de ninguna manera...porque

⁸⁴ Entre las Regiones Administrativas del Distrito Federal, la ciudad de Taguatinga (junto a Cruzeiro, Guará y Núcleo Bandeirante) se sitúa en el grupo que sigue a Brasilia (región que abarca el Plano Piloto y los Lagos Norte y Sur) en la concentración de la renta en términos del perfil socioeconómico de las familias (CODEPLAN, 1997). Sin embargo, en el imaginario popular en general las demás localidades mencionadas no aparecen, sino que se establece una aproximación entre Plano Piloto y Taguatinga como las ciudades en las que se concentran los “ricos”, a las que se oponen las demás ciudades satélite o del Entorno, percibidas como ciudades de pobres.

en todo momento pasan coches, hay tiroteos, balas perdidas... No hay policía. El gobierno dice: "He puesto policías en la calle", pero un día de estos estábamos en el perrito caliente ... y había un montón de policías por allí ... en el trailer ¡mirando la televisión! O sea, se quedaban todos allí y no hacían nada de seguridad... hay pocos y encima no trabajan, ¿entiendes? (p.18)

De este modo, el nexo entre las referidas temáticas (o, mejor dicho, problemáticas) es la violencia (en este caso, particularmente la criminalidad violenta)-fenómeno que analizaremos con mayor profundidad a continuación. La omnipresencia del clima de "guerra" en algunas ciudades lleva a la conclusión de que mientras las manifestaciones de violencia sigan penetrando indiscriminadamente en los espacios comunitarios no merece la pena invertir en actividades y alternativas de ocio:

S4: Hombre, allá (en Ceilândia) hacía falta cosas de ocio, pero allá no vale de nada hacer espacios de ocio a causa de las "guerras"... Allá ya no hacen cosas de ocio...(dicen): "No, voy a promocionar ocio para que la gente este ahí asesinándose los unos a los otros", ya no lo hacen (segunda entrevista p.10).

En general, la crítica sobre la carencia de recursos en la comunidad permanece en un nivel muy elemental que se restringe a la queja sobre el olvido gubernamental de la periferia. Pero, eventualmente los jóvenes apuntan algunas causas como, por ejemplo, la mala gestión de los recursos públicos y la falta de continuidad de las políticas:

S5: .. (falta) terminar de entregar las parcelas, hacer las Plazas...limpiar, quitar las plantas que hay en los espacios vacíos ... en lugar de terminarlo de una vez, poner unos banquitos, unos árboles, cimentar ...en lugar de gastar el dinero con eso, no, lo gastan con otras cosas... en lugar de terminar allí de una vez, no, quieren hacer un poquito allí, un poquito aquí, un poquito allí.¡ Luego paran de hacer y se estropea todo! Luego empiezan: un poquito allí, un poquito aquí, un poquito allí. En lugar de terminar aquí, esperar un rato y terminar allí... e ir terminando poquito a poquito. No, ellos quieren un poquito aquí, un poquito aquí... y de ese modo no sirve de nada, ¡no hay manera!(segunda entrevista p.9).

En efecto, el carácter fragmentado y la superposición de acciones ha sido identificado como uno de los principales problemas de las políticas públicas llevadas a cabo en Brasil en la década de los 90 vinculados a la pérdida de credibilidad del gobierno, ya que ambos generan un gran desperdicio de recursos. Dicha fragmentación se relaciona con la dispersión organizacional (en ocasiones, acompañada por la competición interburocrática), con una fuerte escisión entre la formulación y la implementación de las acciones, con una tendencia a la toma de decisiones privilegiando las ofertas en detrimento de las demandas y con la escasez de mecanismos de control social (Rua, 1998).

El desarrollo de la argumentación sobre el olvido de las zonas proscritas de la ciudad conduce finalmente a la cuestión de la violencia estructural que, a su vez, se conecta con un fuerte escepticismo con respecto a la política. Los políticos aparecen ligados a la mentira, el engaño, la manipulación del pueblo y el individualismo, aspectos que son entendidos como violencia estructural y, a la vez, como propulsores de

la intensificación de las prácticas violentas asociadas a la criminalidad urbana. La principal consecuencia de dicha percepción es la consolidación de una absoluta falta de confianza en las instituciones, presente en el discurso de la mayoría de los jóvenes.

Este cinismo político ha sido reiteradamente constatado en estudios realizados con la juventud brasileña y, muchas veces, se traduce en una verdadera aversión por la política. Es llamativo cómo, independientemente de la región del país⁸⁵, el discurso de los jóvenes sobre lo político se produce casi en los mismos términos. Aquí, hay tres aspectos que consideramos particularmente destacables: la tendencia a efectuar generalizaciones que les conducen a igualar la política, los políticos y todos los políticos; la asociación de éstos con la transgresión y la violencia; y el uso de referencias a lo podrido como metáfora recurrente para hablar del campo de la política.

S4: No sé (creo que hay más violencia en la periferia), porque la periferia es olvidada... .. Es olvidada por los políticos... Porque cuando ellos quieren, vienen y hacen mil promesas... entonces la persona piensa “ voy a votar a ese tío porque es bueno”, pero cuando el tío gana ¡se olvida de la gente! Olvida las promesas que ha hecho allí, ¡ se olvida de todo! Entonces va sólo a por lo suyo ... es como dice una música de un grupo allá de la Expansão: “... esa es la pura verdad, la verdadera Brasilia, tal vez el lado podrido de la política ... político que capta a la hora de votar, has visto al tío, va de aquí a allá, de “favela” a “favela” babeando a tu vieja ... tu hijo llora con hambre, con sed, ¿y dónde está... dónde está el presidente? ”... ¡es realmente así que funciona! Pasa, hace mil promesas y después que gana desaparece; luego, cuando se acercan las elecciones, después de 4 años, aparece: “¡Vóteme!...creo que voy a presentarme para político...creo que la gente va a votarme, porque voy a decir : “Voy a robarles ...”, y la persona va a pensar así: “Voy a votar a ese tío porque él es honesto!”... Ah, ¡ para mí la peor violencia que existe en el mundo es esa! Es mentir al pueblo... (que) los políticos mientan al pueblo... ¡Dios me libre! (Tercera entrevista pp.3,4)

En el desarrollo de algunos puntos temáticos hay jóvenes que expresan posiciones más optimistas. Por ejemplo, cuando hablan del incremento de recursos y de las perspectivas de desarrollo de sus ciudades. No obstante, las marcas de la *distinción* que la ubicación territorial en la periferia les imprime, sobresalen en las entrevistas en todo momento y atraviesan múltiples esferas. Van desde la posesión de diferentes tipos de capital (económico, político, social, simbólico y cultural), pasando por los campos éticos y estéticos, hasta inscribirse en sus propios cuerpos. Las referencias a los diversos signos de dicha distinción implican numerosas ambivalencias y, muchas veces, les sirven de soporte para la construcción y afirmación de una identidad social positiva. Al mismo tiempo, también es muy frecuente que estos signos sean nombrados para una autoubicación en una posición de inferioridad frente a los habitantes del Plano Piloto

⁸⁵ Estudios muy similares llevados a cabo recientemente con el apoyo de la UNESCO en un amplio programa de investigación en el nivel nacional permiten una comparación entre las siguientes regiones del país : Sureste, Sur, *Nordeste* y *Centro este*, representadas, respectivamente, por las ciudades de Rio de Janeiro (Minayo et al., 1999); Curitiba (Sallas et al., 1999); Fortaleza (Barreira et al., 1999) y Brasília (Waiselfisz, 1998a; Abramovay et al., 1999).

(identificados como “*los de la sociedad*”), indicando una fuerte asimilación de las representaciones colectivas dominantes asociadas a la dualización del espacio urbano⁸⁶.

E: ¿Y ves diferencias (entre el Plano Piloto) en relación con las otras ciudades?

A4: .Yo creo que sí. Hay más personas cultas allá, más educadas. Porque yo ya viví en Asa Norte⁸⁷ ¿no? ... Y conocí mucha gente allá que les doy (una nota) 10 por su educación.... Ah, hay varias cosas Raquel, la educación... ¿cómo se dice? Cuando te vistes bonita... La manera de vestir... Muchas cosas... (p.27)

Aún cuando las diferencias son negadas o, al menos, atenuadas y no conducen a una autovaloración negativa, permanece la cuestión de la relación entre el acceso al capital económico y la ubicación territorial en el espacio urbano. Tal relación mantiene la idea de la existencia de una jeraquización de las posiciones en el espacio social ligada a la posesión o no de diferentes tipos de capital.

R4: No sé, yo creo que no hay muchas diferencias no ... Así, en el Plano vive gente que tiene¿ no? (hace un gesto con la mano que significa tener dinero) y allá en Samambaia la gente es toda así, un poco endeudada!... Esas son las diferencias, son diferencias de clases sociales (p.41)

4. Violencia en el ámbito comunitario y el vínculo social

Como hemos ido señalando hasta ahora de forma más o menos explícita, una de las características fundamentales atribuidas por los jóvenes de los tres colectivos al ámbito comunitario al que pertenecen o han pertenecido es la identificación de este territorio como un **espacio de violencia**. Los relatos sobre este asunto contienen manifestaciones de violencia muy variadas. Entre las que se relacionan de modo más directo con procesos de fragilización y construcción de vínculos sociales destacan: la violencia policial; la criminalidad urbana; dinámicas de enfrentamientos ligadas específicamente a la juventud; prácticas de discriminación, estigmatización e, incluso, prácticas de exterminio.

Algunas de estas manifestaciones asumen más relevancia que otras en el discurso de los jóvenes de los tres grupos. Otras son especialmente enfatizadas por un colectivo en particular. Pero, en todo caso, la violencia es señalada de forma unánime como uno de los problemas centrales del ámbito comunitario.

Aunque no sea una consecuencia necesaria, la violencia es uno de los principales factores (y frecuentemente el principal) que contribuye a la fragilización del vínculo comunitario. Por otra parte, también es posible identificar circunstancias en las

⁸⁶ Abramovay et al. (1999) también han constatado que el discurso de los jóvenes de la periferia del DF sobre el Plano Piloto tenía como eje el sentimiento de ser el “otro”, lo cual equivalía a estar en una posición secundaria en la sociedad asociada a la discriminación, al estigma y a desventajas en cuanto a las posibilidades de consumo y de acceso a diferentes tipos de capital y derechos sociales.

⁸⁷ Zona del Plano Piloto

que las connotaciones destructivas de este fenómeno ceden lugar a un énfasis en su dimensión de positividad y/o enunciación, relacionada con la construcción de modos alternativos de participación social. En este apartado, nos dedicaremos a analizar las manifestaciones de violencia que cobran especial relevancia desde el punto de vista de los jóvenes, así como las diferentes formas en las que inciden sobre el vínculo social.

4.1 La criminalidad

Uno de los principales fenómenos que articula la violencia y la fragilización del vínculo social es la omnipresencia de la criminalidad violenta en el ámbito comunitario. En el grupo de la calle este factor es un elemento central en los procesos de justificación del alejamiento de este ámbito. Los jóvenes ponen el acento en la conjunción entre una gran concentración de “bandidos”, el uso de la violencia física como el modo privilegiado de resolución de conflictos y la “ausencia de ley” e ineficacia de la policía en este espacio.

R2: Antiguamente (Brasilinha) era bueno, pero ahora... ¡La violencia allá está muy grande!... No puedes salir así por la noche que hay gente disparando hacia arriba... La policía de allá es muy floja ... Los bandidos de allá (siempre están disparando)... (p.3)

La articulación entre estos aspectos también es apuntada de modo enfático por los jóvenes de los otros dos colectivos, incluyendo los que a pesar de ello mantienen una fuerte vinculación con el ámbito comunitario. En todos los casos, los discursos analizados indican la fragilidad de un Estado de Derecho en el que las garantías jurídico-normativas son sustituidas, en determinadas zonas, por “la ley del más fuerte”.

Las prácticas incluidas en la categoría “criminalidad”⁸⁸ son muy variadas. Los sujetos de los tres grupos hacen especial hincapié en las prácticas que resultan en muertes y, en particular, las que implican el uso de armas de fuego. No obstante, es muy frecuente que las definiciones asociadas a la criminalidad incluyan agresiones físicas que no suponen el uso de armas, así como el consumo y el tráfico de drogas:

*A1: la **bandidagem*** de hoy... es llegar a cualquier esquina y ver sobre las 8h de la noche un montón de jóvenes allí en aquella esquina fumando, otros atracando, otros sufriendo disparos, otros con la cabeza partida y de ahí en adelante ... hoy día hay muchos tipos de violencia.. (p.21)*

Las explicaciones acerca de la imponente presencia de la criminalidad violenta en el ámbito comunitario son igualmente diversificadas. Pero hay colectivos reiteradamente identificados como “violentos”. En este sentido, observamos una

⁸⁸ El uso del término criminalidad no es muy frecuente en el discurso de los jóvenes. Las principales expresiones utilizadas para hacer referencia a este tema son: “la bandidagem”, “la malandragem”, “la vida del crimen” y “esa vida”.

tendencia a naturalizar la relación entre la violencia y las personas que tienen una fuerte implicación con la droga, el alcohol y la prostitución, que conlleva su criminalización incluso por parte de los jóvenes que han tenido alguna vinculación con estas prácticas. Tal perspectiva remite a las ideas de “*regiones morales*” y “*zonas incubadoras de la marginalidad*” de la Escuela de Chicago, a la visión estigmatizante frecuentemente implicada en la noción de *underclass* e, incluso, a la noción de escoria humana y “desecho de las clases sociales” ligada al concepto de lumpen proletariado.

S3: ...en Ceilândia, tienes que andar mirando hacia los lados, mirando hacia atrás ... Mucho...bandido, mucha droga, mucho enganchado, mucho borracho, mucha prostituta....yo mismo, a mí no me gusta (el lugar) Me gustaba, cuando yo era pequeño ,pero ahora no... (p.10)

Entre los colectivos más frecuentemente asociados a la criminalidad en el ámbito comunitario están los jóvenes y, en especial, los adolescentes que aún no han alcanzado la mayoría de edad penal. Sin embargo, no se trata de la juventud como categoría genérica, sino de aquellos grupos vinculados a la “*malandragem*”*. Estos grupos reciben diversas denominaciones, entre las cuales destacan: “*malandros*”, “*bandidos*”, “*marginales*”, “*malas*” y “*maloqueiros*”. Ocasionalmente, los jóvenes establecen matices entre estos términos, pero, en general, los utilizan como sinónimos.

A4: ... yo incluso ya he sufrido una paliza de un grupo de chavales, de maloqueiros allá en el Recanto... Ah, para mí (maloqueiros) son aquéllos que no tienen vergüenza en la cara, que hacen cosas que no deben... (usar) drogas, robar, meterse con las personas, robar coches.. (p.19)

Por otra parte, la posibilidad de identificación de los supuestos agresores potenciales se disemina totalmente cuando los jóvenes empiezan a profundizar en la tematización de la comunidad como un contexto violento. Aunque la implicación en prácticas asociadas a la criminalidad preserve su relevancia, lo que realmente convierte el ámbito comunitario en un espacio de riesgo es la impersonalidad de los agresores. La imposibilidad de nombrarlos se vincula a la banalización y a la extensión de la violencia en la comunidad. Una vez que la violencia se impuso como el modo más frecuente para resolver los más diversos tipos de conflicto, el potencial agresor pasó a ser cualquiera:

R5: Allá (en mi ciudad) no es muy bueno, no, ¡es muy violento!....Ocurren muchas cosas, peleas, disparos por todos lados ...Un chico no puede decir “Hola” a la mujer del otro, que el otro ya quiere matarle ... hace un tiempo han cortado la cabeza de un tío...¿Sabes lo que han hecho? Cortaron la cabeza del tío y la llevaron a la puerta de su casa, para que su mujer la viera... y la dejaron allállamaron a la puerta, la mujer vino y allá estaba la cabeza envuelta en la propia camisa del tío ... (p.17)

En este escenario, los relatos de episodios ligados a la criminalidad violenta están desprovistos de cualquier carácter de excepcionalidad o eventualidad. La violencia está absolutamente instalada en el cotidiano de nuestros sujetos - tengan o no

implicación directa en actividades ilícitas o violentas como “agresores” – y es algo que se experimenta de una manera o de otra prácticamente a diario en la comunidad. Y en la mayoría de los casos es un fenómeno que ha acompañado los procesos de desarrollo y de socialización de los jóvenes desde la infancia.

E: .. ¿Y te gustaba Ceilândia en esa época (cuando eras pequeña)?

A3: Sí...aunque en esa época para mí era más violento... (yo tenía) como 5, 6 (años) Porque cerca de mi casa había un bar y siempre había peleas y tiroteos... Yo me despertaba muerta de miedo... me despertaba pocas horas después (de dormir) con los tiroteos y peleas que la gente tenía en la calle Ah, ¡ yo iba corriendo hacia mi madre! (se ríe).. ella nos mandaba agacharnos así, a causa del tiroteo ¿no?, entonces nos tumbábamos todos en la alfombra y nos quedábamos allá hasta que terminara.... (esto ha durado) hasta unos años atrás cuando se murió un amigo nuestro y entonces el bar cerró.....ahora volvió a abrir hace menos de 1 año... (pp.2,3)

Ahora bien, los procesos de atribución de sentido y la forma en la que los jóvenes reaccionan ante las manifestaciones de violencia asociadas a la criminalidad implican muchos matices, que suponen diferencias significativas en sus repercusiones sobre el vínculo social en la comunidad. Por un lado, hay una valoración negativa unánime de dichas manifestaciones relacionada con un **sentimiento de inseguridad constante**. Este sentimiento de inseguridad **contribuye a la fragilización de los lazos comunitarios, suscitando o bien el abandono del ámbito comunitario, o bien un movimiento de reclusión en el ámbito doméstico y privatización de la vida social:**

R5: ... es un problema ...Porque hoy nadie se fía mucho para estar saliendo por ahí... es raro,¿ no? No sé, tú sales y no sabes si vas a llegar vivo a casa, muchas cosas pueden pasar, ¿no?, tú lo sabes(p.28)

Por otro lado, están las prácticas violentas consideradas legítimas, dónde hay un consenso sobre la legitimidad de la criminalidad motivada por la necesidad. En este caso, no hay ningún indicio de repercusión sobre la fragilización del vínculo social. En cambio, las necesidades que motivan la asunción de una práctica violenta a veces son atribuidas precisamente a la fragilidad de los lazos comunitarios y, más específicamente, a la falta de solidaridad en las relaciones sociales:

A2: ... a veces incluso (se comete violencia) por necesidad. Porque ... muchas veces el padre de familia ya no tiene dinero, no tiene a quienes recurrir, no pide ayuda a los vecinos e intenta solucionar las cosas solo.... Como el caso de la maderera, ¿no? Que el tío había sido despedido (de su trabajo), y él era muy orgulloso, no sabía pedir ayuda, entonces fue a intentar robar la maderera y murió... (porque) Había un policía dentro de la maderera... Incluso fue justo aquí en el P Norte... Y nosotros nos quedamos un poco tristes porque era una causa justa, ¡en serio! Yo no puedo juzgar, es obvio que yo no quisiera que robasen mi casa aunque fuera una persona que estuviese pasando hambre, pero es justo (p.18)

Entre los crímenes que generan un **repudio unánime**, destacan **la violación y el atraco a los trabajadores pobres**. El repudio a los atracos a los trabajadores de la comunidad aparece como un fuerte valor subcultural, que reposa sobre un profundo respeto por la figura del obrero, sobre todo, cuando éste se identifica con el “*padre de*

familia". Tal valor constituye uno de los principales pilares del "código de ética" que rige las prácticas delictivas de los jóvenes. En este código hay una clara jerarquización del valor de la vida relacionada con la condición social de la víctima que, como se indica en otros estudios, apunta a la existencia de un sentido de justicia y de equilibrio basado en la percepción de similitud o igualdad (Zaluar, 1994). De ahí deriva un fuerte rechazo a la violencia dirigida al pobre de manera general y, en particular, al trabajador pobre, principalmente, si éste es un "padre de familia", hasta tal punto que encontramos la afirmación de que robar a éste último es más grave que cometer un asesinato:

S4: ... el tío trabaja todo el mes para dar comida a sus hijos para que alguien llegue y le quite sus cosas ...para mí, esa es la peor violencia del mundo; ni los casos de muerte para mí no son mucha violencia, no, pero robar el dinero del pan del trabajador es aún más violento ... (tercera entrevista, p.1)

Por otra parte, el proceso de exclusión espacial de los jóvenes y la consecuente restricción de sus movimientos a los límites de la periferia y, por tanto, a los territorios donde predominan la pobreza y aquéllos percibidos como "iguales" generan conflictos internos en los sujetos implicados en actividades ilícitas. Estos conflictos se producen debido a la contradicción entre los valores exaltados en sus discursos y en las reglas del grupo de pares y algunas de las prácticas que llevan a cabo en el ámbito comunitario. El problema es que la puesta en práctica de la creencia de que hay que robar a los que tienen dinero es dificultada por la ausencia de tránsito en los espacios ocupados por los detenedores de la riqueza. En consecuencia, acaban por atracar en las comunidades en las que viven. Pero, aún en estas circunstancias, establecen criterios y desarrollan estrategias que posibilitan el respeto a algunas normas básicas frente a "los de la comunidad" que favorecen el mantenimiento de su vinculación social en este espacio.

S6: ...O los padres de familia ... hasta me entra odio cuando hablo de ello ... (porque hay) unos cabrones, que el tío trabaja el mes entero para ganar 130 Reais y el cabrón va allá y le roba..... yo tengo rabia incluso de mí mismo cuando robaba, ¿entiendes? Porque, joder, ¡hay que robar a los que tienen (dinero)! Porque robar al pobre, ¡robar al pobre! Es cobardía, ¿no?

E: ¿Y tú robabas al pobre?

*S6: Robaba... Porque allí en Santa Maria no había nadie que tuviera dinero... (y yo) Robaba (allá mismo)... (a veces) hasta iba...a Goiás⁸⁹, atracaba en los mercados ...Pero al peatón, así, persona trabajadora yo nunca he robado ... ¡Sí (hay reglas)! En mi **quebrada**, si yo veo, yo y mis compañeros, si veíamos a alguien robando a un padre de familia era la hostia, íbamos a por ellos, disparábamos..(p.17)*

Entre todas las prácticas violentas que relacionan criminalidad y fragilización del vínculo social en el ámbito comunitario, ninguna tiene tanta relevancia en el discurso de los jóvenes como los asesinatos. La muerte es un tema constante en todas las entrevistas; se anuncia y afirma su presencia en los varios espacios y tiempos

⁸⁹ Estado brasileño fronterizo con el Distrito Federal.

contemplados en las biografías relatadas y, a menudo, constituye el gran protagonista de las historias que hemos recogido.

Pese a la heterogeneidad de las trayectorias de los sujetos en relación con los distintos ámbitos analizados y de sus experiencias de implicación con la violencia, no hay ninguno que no relate diversos episodios de asesinatos de personas cercanas. Se refieren a la muerte de familiares, amigos, vecinos y “conocidos”, además de los numerosos casos de tentativas de asesinato relatados. También aquí la tónica de los discursos, los procesos de atribución de sentido y justificación de estos eventos, así como sus repercusiones sobre el vínculo social cambian según las circunstancias y las personas implicadas. Tal variabilidad abarca desde manifestaciones de dolor y sufrimiento hasta expresiones de disfrute, pasando por la indiferencia, la banalización de la muerte y el temor a ella.

En este momento nos limitaremos a analizar la articulación entre la extensión de los asesinatos y la fragilización del vínculo social centrándonos en los relatos de asesinatos de familiares de los jóvenes llevados a cabo en el ámbito comunitario. Cuatro sujetos han tenido uno o más miembros de la familia asesinados en la comunidad, y el mismo número de jóvenes relata intentos de asesinatos frustrados. A1 perdió a dos hermanos y S4 a uno; S3 relata el asesinato de uno de sus hermanos y el intento de asesinato de otro; A2 describe el intento de asesinato de su madre, su abuela y su hermano por parte de un vecino; R2 alude a disparos perpetrados contra una de sus hermanas y, por fin, está el caso de R4 que perdió a su madre, a su padre, un hermano, un primo y un cuñado, y cuenta que también estuvo a punto de perder a su hermana y su sobrino en una ocasión en que les han disparado.

Todos los asesinatos mencionados son explicados fundamentalmente por la implicación directa de los familiares muertos en prácticas ilícitas (tráfico de drogas, atracos, etc.), o bien en dinámicas relacionadas con éstas (ajustes de cuentas asociados a rivalidades entre vecinos, bandas juveniles, grupos de traficantes, prostitución, etc.). Sin embargo, los jóvenes asumen diferentes posiciones frente a estas muertes que nos permiten apreciar sus principales repercusiones sobre las relaciones sociales que establecen (o no) en la comunidad.

A1, R2 y S3 relatan los disparos sufridos por sus hermanos y los asesinatos de éstos con una extrema naturalidad. Los plantean como una consecuencia prácticamente necesaria e inevitable de modalidades de inclusión marginal ligadas a la participación en el campo de lo ilícito:

A1: dos (de mis hermanos) han muerto....Los dos asesinados. Uno murió allá con no sé cuantos disparos y una cuchillada en el cuello, y en el 97 murió uno aquí en Ceilândia por un disparo en la espalda .Yo creo que fue por rivalidad.... porque él también había entrado en la **bandidagem*** ¿no? Y darle consejo no servía de nada (p.5)

A pesar de expresar afecto a los hermanos que han sido víctimas de disparos o asesinatos, A1, R2 y S3 acaban por justificar dichas prácticas. Desde esta óptica, la relación entre estos eventos y el vínculo social en sus discursos no está centrada en las consecuencias de los disparos y muertes sobre los lazos comunitarios. Al contrario, los jóvenes sitúan estos hechos como la respuesta al tipo de relación conflictiva que sus hermanos habían establecido anteriormente con la comunidad:

S3: Ah... (**aprontar***) es una persona que siempre está generando problemas en la comunidad..... si hay un punto de droga allí, él va allá, lo invade y se lleva la droga. ¡ Mi hermano hacía eso! Quería hacer las veces de policía....A mí me daba igual... le salió mal ... el tío cogió una “máquina”⁹⁰ y le disparó en la espalda.... aún tiene las vísceras como las de una oveja. Porque aquellas balas de “dum dum”⁹¹, explotan por dentro, entonces, han explotado todas sus vísceras. Luego, el día que fuimos a buscarle al hospital...la policía llegó antes y lo llevó (preso). Se quedó cuatro años (en la cárcel) (p.8)

S4 también relaciona el asesinato de su hermano con la implicación de éste en actividades ilícitas. Cuenta que fue asesinado justo cuando salió de la prisión tras cumplir una condena de siete años. Pero plantea que fue una muerte injusta, ya que se produjo precisamente cuando su hermano había decidido “cambiar de vida”, y, principalmente, porque los asesinos no habían venido a por él, sino que le habrían confundido con otro joven con el que tenían una rivalidad. Por otra parte, lo inserta en una dinámica que considera uno de los principales elementos constituyentes de la vida cotidiana de su comunidad - las “guerras” entre grupos de jóvenes que ocupan diferentes territorios de la ciudad - lo que en alguna medida normaliza dicho asesinato:

S4: Hombre, (mi hermano) entró ... en ese tipo de vida también como yo, también se rebeló y ya no quiso salir... fue preso. Pero cuando fue preso ... cambió de vida... decidió:“ ... ahora voy a trabajar ...voy a sustentar a mi hija”...entonces los tíos le han matado. (Fue luego después que salió) de la cárcel...(le asesinaron porque) le confundieron con otra persona, sólo porque él se parecía a otra persona..... (que era) de la (zona) 5 del P. Norte ...es porque... la Expansão está en guerra con la 5 del P Norte⁹². (p.7)

Pese a las diferentes valoraciones respecto a los asesinatos analizados, en todos los casos la normalización o banalización de la muerte tiene como contrapunto la manifestación de un deseo de venganza. Esta venganza no se concreta necesariamente, pero la expresión de tal deseo indica que las experiencias de pérdida de familiares por muertes violentas generan tensión en las relaciones sociales de los jóvenes en el

⁹⁰ Referencia a arma de fuego

⁹¹ Nombre de un tipo de munición que explota una vez que ya está en el cuerpo de la víctima.

⁹² La “Expansão” y el “P Norte” son dos zonas de la ciudad de Ceilândia, que constituyen territorios de bandas juveniles rivales. En el caso del P norte, la referencia a la zona número 5 remite específicamente a la delimitación territorial de este conflicto.

ámbito comunitario. S3 nos lo explica al comparar estas experiencias con la pérdida de su padre y de uno de sus hermanos debido a enfermedades:

S3: ...Mi padre murió y tres meses después se murió (mi hermano)... de...HIV...Por inyectarse droga en el cuerpo... Estaba bonito en el ataúd.... Yo me conformé también, porque no fue por disparo ni nada de eso...Es la vida...Es diferente...en las muertes así por enfermedad... te conformas. Pero una muerte por disparo, cuchillada, vas a querer...ser una persona vengativa.... ir por ellos (los agresores) (p.9)

El sufrimiento, el deseo de venganza y la tensión en las relaciones sociales en la comunidad derivados del asesinato de familiares asumen su máxima expresión en el caso de R4. Esta chica relata una secuencia de eventos que nos permite apreciar cómo estos sentimientos van intensificándose a medida que aumenta la violencia sufrida en el ámbito comunitario hasta culminar en una reacción violenta y en la absoluta ruptura de los vínculos en este espacio.

La secuencia empieza por una situación que resultó en el asesinato de uno de sus hermanos, de su cuñado y de varios vecinos e implicó el intento de asesinato de su hermana y su sobrino, hechos todos ellos entendidos como una violencia gratuita e injustificada. Estas agresiones fueron seguidas de amenazas vinculadas a la imposición de “la ley del silencio” mediante la promesa de más violencia.

*R4: Mi hermano murió por nada, mi hermano y mi cuñado, y mi hermana sufrió dos disparos....Mi hermana vivía en la **invasión**⁹³ ... y allá había una pelea.... guerra entre traficantes ¿sabes? .. ellos llegaron donde vivía mi hermana ... y dieron dos disparos a mi hermano, tres disparos a mi cuñado y dos disparos a mi hermana..(mi hermano)murió... (mi cuñado) también ... (y mi hermana) casi ha muerto también.. porque ella sufrió un disparo en el pecho ... porque el tío disparó para pillar la cabeza de mi sobrino... y ella se tiró delante.... No, (ellos no estaban implicados en el tráfico)...cuando pasó eso ... hubo más personas que han sufrido disparos ...porque ellos estaban invadiendo las chabolas y matando a las personas.....han matado a casi todo el mundo... Después el tío prometió que iba a volver, prometió a mi hermana que volvería si ella fuera al juzgado, pero al final él también murió....(pp.2, 3)*

A continuación, relata el asesinato de su padre, explicado como consecuencia de sus esfuerzos por defender la familia frente a las amenazas de muerte a la que estaba sometida. Aquí encontramos la primera referencia a la emergencia de un deseo de venganza que, sin embargo, es controlado. Más precisamente, canalizado en otra dirección, provocando relaciones conflictivas con los vecinos y un movimiento de aislamiento social.

R4:.. sobre la una de la mañana ellos empezaron a apedrear mi casa... dijeron que si mi hermano no salía, iban a entrar y matarnos a todos.... Entonces mi padre pidió a mi madre que sujetara a mi hermano dentro de casa y me despertara. ... mientras, salió por (el techo), saltó por la casa de la vecina y fue allá a ver como se encontraba mi hermana (en la otra casa)... porque temía que ellos hiciesen algo con mi hermana, porque ella estaba sola allá con mis dos sobrinosy no había teléfono en casa Cuando él entró en el portal...los tíos le pillaron y le pegaron, pegaron, pegaron, pegaron yjle

⁹³ Término utilizado para hacer referencia a ocupaciones irregulares del espacio urbano que en general consisten en la construcción de un conjunto de chabolas en terrenos públicos.

apuñalaron por todo el cuerpo! Cuando llegué allá mi padre se estaba muriendo... cuando llegó la policía fueron a por los tíos pero no lograron pillarles....Yo sentí, sentí ganas de matar al tío en aquel momento... después pensé, lo pensé bien y dije: no... Entonces me quedé un año de mi vida encerrada dentro de casa... Me quede un año encerrada dentro de casa, sólo salía para ir a la escuela... (pp. 9, 10)

R4: ... yo me quedaba siempre en casa. Si había fiesta en mi calle, venían a invitarme y yo no iba ... les decía: “no voy a ir a ninguna fiesta en vuestras casas”...De ahí, la gente empezó a tenerme rabia (p.15)

Finalmente, se produce el asesinato de la madre de R4; una vez más delante de su casa y llevado a cabo por vecinos a los que conocía. Entonces, R4 se siente invadida por una rabia que ahora ya no es capaz de controlar. El deseo de venganza por las diversas violencias sufridas se transforma en acción bajo la forma de amenazas y de agresiones a los vecinos identificados como los responsables de las muertes de sus familiares. Estas amenazas y agresiones también se extienden al vecindario de modo más amplio, lo que R4 justifica argumentando que los vecinos no sólo han sido cómplices de los asesinatos de sus familiares, sino que han manifestado una absoluta falta de respeto al período de duelo por el asesinato de su madre.

R4: ... el jueves hicimos el funeral de mi madre... por la noche yo fui a casa del tío que le había matado ... cogí una pistola de un amigo ... y dije al hermano del tío... “Si no me dices donde está tu hermano ahora voy a matarte.....y yo ya había advertido a esa mujer (dueña del bar): “espera al menos que pase el luto por mi madre, porque mi madre murió dentro de tu bar ... ni tú ni nadie de esa calle tendrá valor para poner música delante de mí”, y ella dijo: “Tú no mandas en mi casa”..... cuando fue el sábado ella puso la música, empezó a beber dentro del bar y a decir un montón de cosas....de mi madre... a la gente de la calle...¡tanto que la calle se llenó de gente!....Con eso yo me fui indignando, indignando..Intenté contenerme pero no he podido... Entonces di el primer disparo dentro de casa.... pensé: .esa mujer va a seguir con eso ... entonces fui para allá y descargué toda la munición de la pistola ...volví, llené la pistola de nuevo y la descargué allá otra vez.... primero disparé hacia arriba,¿no? Disparé sólo para asustarla, pero la mujer no se sintió amenazada... ella seguía bebiendo, bailando y diciendo lo mismo a la gente de la calle..... además, en medio de este jaleo... también estaba allá uno de los menores que mató a mi padre... entonces yo dije.... “ya que estoy con esta pistola en la mano voy a hacer un sólo trabajo”, y disparé en la dirección de ese tío... Volví a entrar en mi casa, cargué la pistola otra vez, llené las manos de bala y salí.....descargué todas las 20 balas en la casa de ella.. descargué todo eso..(pp.23,24)

En este punto, la asunción de prácticas violentas surge como una respuesta destinada a frenar la sucesión de amenazas y violencias sufridas en un contexto marcado por la tensión social y la impunidad. La violencia reactiva se percibe como la única forma de poner límites a una cadena de vivencias experimentadas como un verdadero proceso de exterminio de su familia perpetrado por los vecinos. R4 concluye que disparar y amenazar son las únicas vías capaces de propiciar la imposición de respeto en una comunidad en la que las relaciones ya son, o bien ausentes, o bien hostiles.

R4: Yo nunca había disparado, nunca había disparado, pero sentía tanta rabia que ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.....Porque... ellos se han cargado a mi familia¿ no? Porque pensaron así: matamos a uno, matamos a dos, ahora podemos matar al tercero ...Pero después de que di esos disparos impuse respeto a ellos, no han vuelto a meterse conmigo ni con mi familia jamás... ya no hacen bromas como lo hacían antes ... incluso el tío que mató a mi padre solía bromear, diciendo que iba a matarme a mí , a mi madre, a toda la gente de mi casa... Después de eso se ha callado. Yo le dije: “Mira, te quedas en tu casa pero no te metas conmigo, porque si lo haces vas a morir”..(p.24)

El resultado final de esta cadena de sucesos fue la radicalización del proceso de aislamiento y privatización de la vida social de R4. Ello condujo a una ruptura total del vínculo con el ámbito comunitario y a su vaciamiento de sentido.

R4: Ah, (Samambaia) para mí no es nada, yo vivo allá por vivir, no me gusta el lugar ... Ya no me gustaba antes de que mi padre y mi madre muriesen allá, ¡ahora ya no me gusta en absoluto!... No sé, creo que el lugar me disgustó.... Así, han pasado muchas cosas que yo creía que no deberían estar pasando allí...¿no?... aquello ha complicado mi cabeza en aquel lugar....Entonces es así, ¡Samambaia no es nada para mí! Yo me voy a casa, y me quedo en casa todo el día, me quedo, me quedo, me quedo... y cuando llega la noche duermo, si hay que salir salgo, pero cuando no tengo que salir me quedo en casa...(p.40)

R4: ... no converso con nadie. Ellos intentan hablar conmigo pero giro la cara y digo que no voy a conversar y no lo hago... (p. 43)

El gran contrapunto a las posiciones analizadas está en el discurso de A2. Al relatar los intentos de asesinato de su madre, su hermano y su abuela por parte de un vecino, esta joven lo justifica atribuyendo problemas psicológicos al chico agresor. En este caso, la reacción frente a las prácticas violentas en cuestión no es de condena, deseo de venganza o normalización, sino que conduce a la noción de “ayuda”. Tal ayuda se plantea en dos niveles: por un lado, la ayuda profesional (tratamiento) vinculada a la patologización de la asunción de prácticas violentas (y más específicamente a su psicologización) y, por otro lado, el apoyo social conectado a prácticas solidarias llevadas a cabo por miembros del vecindario. Así, en lugar de contribuir a la fragilización del vínculo social, las experiencias de violencia relatadas parecen haber contribuido a su fortalecimiento mediante la activación de estrategias que propician no sólo apoyo social como cohesión en la comunidad.

A2:.. en mi casa, había una pequeña chabola al fondo que fue alquilada por una mujer. Y ella pegaba mucho a sus hijos, porque no tenía paciencia de educarles con calma... todo para ella era a través de paliza.....Y el segundo año que vivió allá, su hijo, él tenía problemas psicológicos, él intentó matar a mi madre, le dio una cuchillada en el brazo de mi madre, e intentó matar a mi hermano y a mi abuela. Él necesita mucho un tratamiento... hasta hoy él tiene ese tipo de problema de nervios....su madre... se enteró de que era portadora del virus ... fue para el hospital y todavía no ha salido de allá....Y sus hijos están ahí... la gente de mi calle, de vez en cuando nosotros reunimos cosas y los llevamos para los hijos de ella, sabes, ese tipo de cosas..... (pp.11,12)

4.2. La violencia policial

La policía es indudablemente uno de los grandes protagonistas de los relatos de situaciones violentas en el ámbito comunitario realizados por los jóvenes de los tres colectivos. Aunque parezca paradójico, los agentes que deberían asegurar algún nivel

de seguridad a la comunidad son precisamente una de las principales fuentes de temor de la población; y, con frecuencia, aparecen como el enemigo por excelencia⁹⁴.

La violencia atribuida a la policía es de diferentes ordenes (física, simbólica, social e institucional) y, con frecuencia, remite a graves violaciones de los derechos humanos. Destacan, muy especialmente, episodios relacionados con agresiones físicas, la estigmatización de determinados grupos sociales y prácticas de exterminio. En ocasiones encontramos relatos de un tipo exclusivo de manifestación violenta por parte de la policía. Pero, en general, lo que los jóvenes describen son situaciones en las que podemos identificar diversos tipos de prácticas violentas yuxtapuestas:

S2: ...Hombre...en la madrugada,(he sufrido) muchas palizas.... (la policía) no me dejaba en paz sólo esperaba que yo saliera de casa.... una vez salí con él⁹⁵ y ellos estaban en la esquina esperando con el coche, cuando llegamos ... él dijo que era mi hermano y ya le dieron un puñetazo... Lo peor es que ellos conversan así: puf, un golpe en tu costilla y una pregunta; puf, un golpe en la otra costilla, una pregunta. Si te pillan en la madrugada es mal asunto... Ya he tenido suerte varias veces, en el día en que fui preso, pensé que iban matarme (silencio).... para mí es un abuso, estás allá, esos tíos no tienen nada que ver contigo.... aquí en Sobradinho hay cantidad de agentes de la Policía Militar que fuman marihuana, son drogadictos y encima quieren darte lecciones de moral. (p.19)

Hay una absoluta falta de credibilidad y confianza en la policía, relacionada con la extensión de prácticas transgresoras entre los “agentes del orden”. Los jóvenes hacen especial hincapié en la corrupción, la extorsión y la participación de policías en el consumo y tráfico de drogas, así como en la criminalidad (organizada o no) en el ámbito comunitario. Estas prácticas a menudo se atribuyen a la hegemonía de la transgresión en el nivel institucional y asociadas a la ineficacia de los mecanismos orientados a garantizar la seguridad ciudadana.

S1: También falta más seguridad¿ no? Porque esos policías de hoy en día son todos corruptos (p.17)

S4: Ah, es muy fácil conseguir un arma, allí en la “Feria do Rolo”⁹⁶, si vas allí tú misma encuentras un arma .. Hasta en la mano de la policía compras (un arma). ... (porque) Si ellos te pillan en la esquina y estás armado... estás andando así con un arma nueva, si ellos te pillan, te meten dentro del coche y te sueltan en la calle siguiente, sólo te dan un puñetazo y dicen: “anda, ¡que te pires!, sal rápido, corre y no mires hacia atrás”.... o sea, no han llevado el tío a la comisaría pero se quedaron con su arma.... ¿Qué crees que van a hacer con ella?¿Van a venderla! O quedársela para ellos (segunda entrevista, p.2)

Una de las consecuencias de dichas prácticas es su contribución al vaciamiento de sentido del concepto de “ley” o, en otros términos, a los procesos de normalización

⁹⁴ La cuestión de la violencia policial y la imagen de la policía como fuente de temor, asociada a la arbitrariedad y al abuso de poder, es una constante no sólo en los estudios realizados con jóvenes, sino con diversos colectivos en situación de pobreza. En consecuencia hay una amplia bibliografía sobre el tema. Para una visión de diferentes perspectivas sobre la cuestión de la intervención policial ver monográfico: “Estratégias de intervenção policial no Estado Contemporâneo”. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, 9, (1), mayo de 1997.

⁹⁵ Se refiere al amigo que le acompaña en la entrevista.

⁹⁶ Nombre del mayor mercado informal al aire libre de la ciudad de Ceilândia.

y banalización de la transgresión por parte de los jóvenes. En estos procesos la conducta de la policía pasa a considerarse como peor que la de los bandidos, lo que, muchas veces, sirve de justificación para el ejercicio de diferentes actividades ilícitas llevadas a cabo sea por los propios jóvenes o por terceros.

*S6: ...Yo creo que es muy fácil.. entrar la droga en las **quebradas***.... La ley, la ley es corrupta, ¿no? Basta con una propina para que consigas lo que quieras. En el lugar donde yo vivo es así.... Porque los policías de allá ... ¡son más bandidos que los **malandros***! ¡Todos sobornados! Los tíos les pagan, si venden una droga allí y les pagan una comisión, ellos no pasan allá (en el punto de venta de droga), sólo se acercan el día (convenido para) cobrar su dinero... (p.11)*

La extensión del abordaje violento como regla básica de la conducta policial es destacada por todos los sujetos de nuestro estudio. Los relatos de los chicos y chicas de los tres colectivos dibujan un retrato casi idéntico de la figura del policía: un personaje invariablemente asociado a la arbitrariedad y al abuso de poder. La reiteración con respecto a la gravedad y gratuidad de las agresiones físicas perpetradas por los “agentes de seguridad” está frecuentemente asociada a prácticas de humillación y actitudes de deshumanización del otro.

A su vez, dichas prácticas suelen explicarse por la estigmatización de determinados colectivos derivada de signos asociados a la figura del “marginal” (aquí, sinónimo de bandido). Signos que contemplan, entre otros, el atuendo, la manera de caminar, la forma de hablar, las inscripciones en el cuerpo (tatuajes, cicatrices) y el color de la piel. La confluencia de estos ingredientes conduce a una criminalización generalizada de la pobreza, que sitúa a cualquier habitante de las zonas proscritas del espacio urbano como una víctima potencial de la violencia policial, y los jóvenes pobres tienden a ser el blanco más frecuente.

De ahí resultan actitudes de sumisión y temor en los encuentros con los agentes, encuentros tras los que seguir vivo se entiende muchas veces como una cuestión de suerte. Pero más que con cualquier tipo de miedo o sometimiento, nos encontramos, sobre todo, con manifestaciones de indignación y de aversión ante la figura del policía. Los jóvenes subrayan que la violencia policial actúa como uno de los principales elementos de intensificación de la violencia en la sociedad, ya que engendra enfrentamientos y reacciones violentas diversos motivados por el deseo de venganza.

A2: .. así, hay mucho, yo digo que es racismo realmente. Los chicos se quedan indignados Es el caso de mi hermano... hubo un tiempo en que él estaba indignado... incluso ya habló de matar... Porque los policías vienen y faltan al respeto a la hora de hacer un control... Y por el hecho de que mi hermano sea negro, use gorra y (ropa de la marca) Cyclone, ellos se creen con el derecho a pegarle y darle una paliza... la persona está con la barriga llena y ellos le golpean en el estómago, la persona se pone a vomitar, a veces tiene que ir al hospital.... Mira, la violencia a veces empieza por nosotros mismos, pero la mayoría es por rabia, ellos quieren vengarse, sabes, porque la policía no tiene respeto, ¡no lo tiene!

... sólo para que veas cómo los policías quieren ser superiores y lo están logrando, (cuando) un policía se acerca a mí lo único que hago es bajar la cabeza. Sinceramente, yo no quiero ser amigo de un policía, aunque esa persona tenga un buen carácter, entiendes. Porque....basta que ellos lleguen y todo el mundo se pone como perritos... para cuidar de una sociedad violenta yo sé que hay que imponer respeto.... ¡pero tampoco hace falta tanta violencia así! Van a reconocerte y te arrestan, dan palizas a los chicos en la mata y luego les tiran en las carreteras ... ese tipo de cosas ¿sabes?... (p.18)

La alusión a prácticas de exterminio perpetradas por la policía en el ámbito comunitario suele estar asociada a la concepción de espacio urbano dual y, principalmente, a la idea del excluido como “desechable”. En este sentido, los discursos de los chicos del grupo de la calle son particularmente interesantes, pues como ellos transitan frecuentemente entre el centro y la periferia, sus relatos ofrecen contrapuntos que ponen de manifiesto diferencias muy significativas en lo que concierne a la conducta policial en estos dos territorios:

R5: ...Aquí (en el Plano), creo que aquí es más seguro, porque hay más seguridad, hay mucha policía... la policía de aquí... reacciona muy rápido. Aquí es rápido, si ocurre un atraco aquí y tú les llamas, en cinco minutos ya están todos ahí. Mientras allá en Goiás, tú les llamas y llegan después de tres, dos horas. Entonces ya llegan haciendo presión (imita a los policías con un tono de voz agresivo): “¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Quién es?” ¡Es una mierda! Te quedas mirando así... (p.18)

Aunque planteen que los espacios destinados a “los de la sociedad” no están exentos de la violencia policial, ponen de manifiesto que las diversas formas de violación de los derechos humanos atribuidas al colectivo en cuestión se producen con una casi absoluta ausencia de trabas cuando se trata de la periferia y de la pobreza. Es decir, cuando están en juego las vidas de “los de la comunidad”, la exclusión entra en el “mundo de la vida” y supone el riesgo de la eliminación física .

R3: ...Mira, allá en Brasilinha, ¡ la policía de allá no tiene ley! ¡Allá es muy malo!... Ah, porque si pillan a los demás en la calle y alguien corre, puede ser un menor, un adulto, ellos meten bala, matan, ¡les da igual! Como la historia del M. que estábamos contando, has escuchado aquella música ¿no? Sí (la que nosotros hemos compuesto)!.. fue él que sufrió un disparo en la cabeza... fue arrestado y se fugó... Luego, se entregó a la policía... y la policía le disparó en la cabeza ... se entregó a ellos y le dieron un disparo en la cabeza Él está allá en mi calle hasta hoy... No, no ha muerto ... Está parálítico de un lado, ¿sabes?... Ah, yo creo que la ley podría ser igual aquí en el Plano. Aquí en el Plano si la policía persigue a alguien no puede disparar a un menor, sólo si es un fugitivo y muy peligroso... y aún así no disparan en plena zona residencial. Allá no, si tienen al hijo de alguna persona y la madre va a decirles algo ellos pegan a la madre, les da igual;Allá ellos no tienen ley! (p.4)

En esta lógica, nos encontramos ante una rígida jerarquización del *derecho a tener derechos* (Arendt, 1989) fundada en la situación socioeconómica y en la ubicación territorial de los sujetos. Desde esta perspectiva, la simple condición de pobreza es suficiente para justificar la pérdida del valor de la vida de aquéllos que se encuentran en esta situación. Y cuando a ello se añade una trayectoria de implicación en prácticas ilícitas conocida por la policía, la vulnerabilidad y la victimización potencial de los sujetos identificados como pobres y, además, bandidos se convierten prácticamente en

una promesa de encuentro con la muerte. Las agresiones relatadas parecen ser facilitadas por la escasez de dispositivos sociales e institucionales de control de las prácticas policiales.

R5: Ah, falta mucha seguridad.... y vigilancia policial que aún no existe... Policía allá ...¡Hombre, allá ocurren tiroteos delante de la policía y nadie hace nada !... (y la policía es) ¡Muy dura! Son ellos mismos los que matan, ¡ellos matan! Pillan a aquellos tíos que ya son un poco peligrosos, se los llevan y les matan de una vez... Si les dan trabajo así tres, cuatro veces, lo que hacen es matarles de una vez, a esos que intercambian disparos con ellos, que ellos ya conocen... Si les pillan, ¡hombre! (p.17)

La percepción de la policía como un colectivo esencialmente violento y arbitrario inspira desconfianza y reacciones de repudio que, muchas veces, excluyen cualquier participación de ésta en las alternativas percibidas como interesantes y plausibles para propiciar la reducción de la violencia.

S4: Si fueran a intentar disminuir el problema poniendo más policías en la calle, ¿no iban a disminuir la violencia, no!... Porque la policía de hoy en día, así, hay personas que no les deben nada, que son trabajadoras y la policía llega y les agrede. Como pasó allá en Ceilândia, dispararon al pie del tío... le han dado en la pierna ...¡Fue gratuito! ...¡y delante de su casa!.....Hoy día la policía también genera mucha violencia y mucha indignación porque tú no les debes nada y ellos ya llegan golpeándote en la cara(silencio) pregunta sobre la policía, ¿quién es la persona que es agradecida a la policía? ¡Nadie! Hoy día a nadie le gusta la policía, a nadie, realmente a nadie, no hay una sola persona a la que le guste la policía... ¡La policía no soluciona nada!... (tercera entrevista p.3)

Por otro lado, esta aversión a la policía engendra una interesante dinámica que refleja las diferentes repercusiones que la violencia puede tener sobre los lazos sociales en el ámbito comunitario. La mezcla de temor y rechazo a los agentes suscita prácticas solidarias entre los vecinos dirigidas a la defensa de miembros del vecindario susceptibles de convertirse en víctimas de la violencia policial. Lo destacable es que, en general, estas estrategias de protección suponen algún nivel de complicidad con prácticas ilícitas, muy a menudo violentas, perpetradas por los vecinos protegidos (aunque no necesariamente los vecinos estén de acuerdo con ellas). En este caso, las prácticas violentas llevadas a cabo por los vecinos refuerzan los lazos comunitarios. Esto se da a través de la mediación de dinámicas de solidaridad articuladas en torno a la complicidad con la violencia frente al enemigo institucional.

S5: ..ese chico que asesinó al trabajador del autobús apedreándole ya ha muerto, él vivía al lado de mi casa..... Un día yo estaba allá en mi casa y él ... estaba en la escuela, entonces el Policía Militar fue a buscarle allá y él corrió por encima de mi casa para saltar el muro para ir a su casa; entonces el PM⁹⁷ entró (en mi casa) y dijo que iba a matarle, puso la pistola en su cabeza y yo me quedé sólo mirando; luego el PM dijo: “Voy a matarte, voy a matarte”, y él empezó a llorar; entonces el PM engatilló (el arma) en su cabeza y dijo: “Te voy a matar, porque nos estás dando demasiado trabajo”; y él empezó a llorar ...entonces mi hermana dijo: “Mira, si vas a hacer eso con él, no vas a hacerlo aquí dentro de la parcela ... porque si lo haces aquí... vas a perjudicarnos” Entonces el PM dijo: “¡La próxima vez tú no escapas!” ... entonces le pasó al lado de su casa y su madre vino a darle las gracias a mi hermana por haber dicho esto, porque si no el PM habría matado a su hijo (pp. 4,5).

⁹⁷ Abreviación utilizada en Brasil para hacer referencia a la policía militar.

Lo que pretendemos poner de relieve es **el sentido de esta lógica de reciprocidad y de solidaridad como un elemento ordenador que todavía impone límites a la presencia de la violencia en el ámbito comunitario**. Además, matiza el planteamiento dominante sobre la violencia como un fenómeno exclusivamente disgregador de la vida social, derivado de miradas excesivamente externas y apresuradas.

4.3. La comunidad como un espacio de estigmatización

En el discurso de los jóvenes, el tema de la estigmatización se asocia predominantemente a la noción de “*sociedad*” y, en concreto, a los procesos de criminalización y/o discriminación de los habitantes de la periferia. Pero los relatos de vivencias relacionadas con el estigma en el ámbito comunitario de los sujetos también son bastante frecuentes. Pese a los diferentes tipos de estigmatización y las diferentes fuentes de estigma apuntados por los tres grupos, los vecinos (junto a la policía y en oposición a los pares) son identificados como los principales agentes de dichas prácticas en el territorio de la comunidad. También cabe señalar un predominio de alusiones a prácticas denominadas por los jóvenes de discriminación.

4.3.1. La estigmatización derivada de la implicación en prácticas ilícitas y de la trayectoria jurídico- institucional

Todos los jóvenes del grupo de la semi-libertad indican que su implicación en actividades ilícitas les ha supuesto la atribución de un estigma que les somete a un juicio social constante. Las señales que suscitan actitudes estigmatizadoras en el vecindario son variadas, pero los sujetos destacan dos aspectos: los signos identitarios ligados a la figura del “*marginal*” y su trayectoria de institucionalización a consecuencia de prácticas delictivas. También resaltan el papel de los medios de comunicación en la construcción y consolidación de las representaciones que generan prácticas discriminatorias, lo que puede producirse tanto de modo velado como de forma muy explícita, llegando al punto de incitar una animalización de los agresores:

S2: El S. Linhares... del (programa) “Barra pesada” ... de una radio....¿cómo dice? Es un justiciero, un justiciero en contra de la criminalidad. Para él todo el que es malo es un monstruo y un animal.(p.18)
S2: No sé, (la discriminación viene de) la televisión... Viene de la televisión y de la radio... (p.22)

Los jóvenes relacionan la estigmatización sufrida con la intolerancia de los vecinos frente a la diferencia. Pero la atribuyen principalmente a una tendencia del vecindario a fijarse en la vida de los demás en detrimento de la propia, asociada a una carencia de autocrítica. Según los sujetos, tal estigmatización no sólo dificulta en gran medida sus posibilidades futuras de inclusión social, sino que provoca malestar e indignación en su vida cotidiana en el seno de la comunidad.

Para algunos jóvenes, y en especial para S2, la mirada social discriminatoria y estigmatizadora acompaña todos sus movimientos y les resulta extremadamente violenta e injusta. La sensación de injusticia se debe a la percepción de que ya han pagado por los delitos cometidos mediante el cumplimiento de las sentencias dictadas por un juez. Así, los juicios sociales sobre sus prácticas en el vecindario se entienden como una intrusión abusiva. Las reacciones relatadas mezclan sufrimiento, confusión, incompreensión e indignación.

S2:... hay momentos en que nos indignamos, te quedas confuso... estás andando por la calle y sólo porque el tío lleva una gorra, una ropa (de la marca) Cyclone, la gente ya se pone a mirarte así... Una mirada fría... Otra vez ... el chico estaba pasando todo arreglado... no estaba haciendo nada sólo estaba andando ... y la gente se queda mirando. Él puede ... haber tenido un pasado malo, o puede hacer algo (malo), pero lo hace lejos, no lo hace contra ellos, ni donde ellos viven... nadie es capaz de entenderle... te quedas confundido... ¡porque la persona tiene un hijo y una hija y está preocupada por... el vecino! (imitando la vecina) "Mira, el vecino ya está saliendo... no hables con él" " mis hijos son así, estudian y no sé qué... mi hija es virgen.." Pero cuando vas a ver su hija es la más lanzada y conocida de la ciudad.....y ella no lo sabe, pero sabe de la vida del otro ... (es) discriminación.. (pp.5,6).

Pero la forma en que este proceso es interpretado e influye sobre los lazos sociales en la comunidad es variable. Podemos ilustrar dicha variabilidad mediante una comparación entre los casos de S2 y S3. En el discurso de S2 hay una nítida dicotomía entre el grupo de pares, como el espacio que le propicia algún tipo de inclusión y reconocimiento social, y el de "los vecinos", símbolos de una confrontación basada en la noción de diferencia. Aquí, el conflicto con los vecinos se vincula a una percepción de la estigmatización como una práctica excluyente y violenta. La consecuencia es la fragilización y reducción de los lazos comunitarios.

S2:.... hay muchos playboys por ahí que piensan que son de la alta (sociedad) y no son nada, no son nada ...Allá en Sobradinho tú lo ves... hay gente que vive de la apariencia, ¿entiendes? Vive de la apariencia y quiere juzgar a la otra persona...Donde yo vivo, hay muchos cotillas, que se quedan sólo mirando y hablando de la vida de los demás. Ahora hasta están tranquilos conmigo, pero es porque no les hago caso... hablo con quien habla conmigo... no hablo con cualquiera y tampoco me importa ... Allá en mi sector es imposible, nadie habla con el vecino... todos... quieren ser superiores a los demás.... demasiada ambición, ¿no? ... (segunda entrevista p.5)

S3 comparte con su compañero la indignación provocada por el excesivo intrusismo del vecindario en su vida, que se nutre del estigma que le han atribuido tras

su encarcelamiento y, a la vez, lo retroalimenta. Sin embargo, acaba por justificar la estigmatización que sufre, expresando arrepentimiento y culpabilidad por haber decepcionado a los vecinos que le tenían afecto en el pasado. Ello se debe a la existencia de un vínculo social anterior que le confería reconocimiento, apoyo y elementos para una autopercepción positiva.

S3:Los vecinos que son pesados. ¡Hablan demasiado! Ni siquiera saben lo que..... está pasando en la vida de la persona y se ponen a hablar de ella...(a mí me dicen) “ el chico tenía todo para tener éxito, no sé qué, estudiaba! ...¡mira la decepción que nos dio!”...Y yo digo: “Hija, no tienes nada que ver con mi vida! Me equivoqué y ya he pagado por lo que hice. No os debo nada....el único a quién debo algo es a Dios... Pero vosotros...no tenéis nada que ver con mi vida. ¿He robado algo vuestro? ¿He matado a...algún familiar vuestro? No, entonces, ¡ya está! Que cuidéis de vuestras vidas que yo me ocupo de la mía, ¡pesados!”... todo el mundo siempre me ha apreciado en mi calle.... yo me arrepiento muchísimo, Raquel. Porque mis hermanos estaban todos en el camino equivocado y la gente hablaba ... hablaban de mí incluso con orgullo: “Al menos ese va a ser correcto en la familia” Y de repente les doy... una decepción ...meto la pata.. (p.18)

En cualquier caso, hay un significado que se reitera en el discurso de todos los sujetos de la semi-libertad. Se trata de la connotación del estigma como una carga de la cual difícilmente podrán librarse, ya que el paso del tiempo no sólo no contribuye a que se disemine, sino que, por el contrario, favorece el aumento de su peso:

S1: Ah, ¡para que tengas fama es muy rápido! Pero para que salgas de ella ...A partir de aquel momentosólo va aumentando, aumentando... ¿Qué es lo que eso cambia? ... eso cambia muchas cosas ...¡Es pésimo! Ah, ¡porque el peor nombre que puedes llevar es el de ladrón y marginal! (p.16)

Estos jóvenes entienden que su “*pasado criminal*” les imprime una marca que tendrán que llevar toda la vida, cuya irreversibilidad se expresa a través de metáforas relativas a la inscripción corporal. El estigma es comparado a una cicatriz que se fija en sus cuerpos porque el “otro social” no les da la oportunidad de curar sus heridas:

S2:.... yo pienso que había que dar más respeto y oportunidad al otro, si la persona se equivocó, deja el pasado atrás ¿no? el futuro es ahora... independientemente de que la vida pasada pueda haber dejado unas secuelas ¿no?, es una cicatriz, es una herida... pero si nadie juzga una herida ¿ por qué tienen que juzgar algo que sucedió en el pasado? (segunda entrevista, p.5)

Cerradas las posibilidades de recuperación de la herida, la cicatriz gana la connotación de signo de una diferencia negativizada, que se asocia incluso a la suciedad. Este proceso incide sobre el vínculo social impulsando un movimiento de restricción de los lazos comunitarios y de reclusión en el ámbito doméstico.

S2:...hombre, hay veces que me despierto por la mañana y voy a salir por la calle hay gente que se queda mirándote ... parece...(imitándose a sí mismo dirigiéndose a estas personas): “ ¿Qué pasó? ¿ Es que estoy sucio? ¿ Tengo algo?” entonces me callo, vuelvo y me quedo dentro de casa (p.6)

4.3.2. La estigmatización derivada de conflictos en el ámbito doméstico y los canales de comunicación en el vecindario

En dos casos del grupo de la comunidad, específicamente los que corresponden a los varones (A1 y A4), encontramos alusiones a la fragilización de los vínculos comunitarios debido a una estigmatización en este ámbito que asume características muy distintas al proceso que acabamos de analizar.

Las fuentes del estigma señaladas por estos chicos también son diferentes entre sí. A4 la atribuye al episodio de violación en el que ha sido víctima de uno de sus hermanos, mientras A1 la relaciona con su condición de hijo “ilegítimo” (por ser adoptado) y con su proveniencia institucional. El elemento común entre estos dos casos es que ambos jóvenes sitúan el origen de sus procesos de estigmatización en la familia.

El papel del contexto doméstico en tal proceso es doble: por un lado, los eventos identificados como fuente del estigma se han producido en la unidad familiar, y, por otro lado, es la actuación de familiares en los canales de comunicación comunitarios que publicita dichos eventos, dando lugar a reacciones sociales en la comunidad que los jóvenes interpretan como prácticas estigmatizadoras.

A1: La (ciudad de) Ceilândia es buena, pero el lugar donde yo convivo y conviví mucho tiempo hizo que yo me rebelara contra la ciudad.... La casa, la cuestión de las personas ¿no? porque.... mi madre también decía a mucha gente que nosotros éramos del CRT⁹⁸ y eso nunca me gustó, porque yo ya había vivido allá y nunca me gustó que ella lo dijera, pero lo decía..... ella decía que no era nuestra madre.... que nosotros habíamos sido recogidos en el CRT...(p.11)

A diferencia de los jóvenes en régimen de semi-libertad, A1 y A4 no ponen el énfasis en manifestaciones de indignación o ambivalencia frente a la reacción social, sino en el conflicto dentro del ámbito familiar. Éste es el contexto hacia el cual canalizan sus sentimientos de disconformidad (“rabia”, “odio” e “indignación”), que crean nuevos conflictos e intensifican los antiguos. Ambos chicos reaccionan de modo muy similar ante la percepción de que se han convertido en objetos de estigmatización en el vecindario. La principal reacción de estos jóvenes consiste en un movimiento de retracción en el que destaca el temor y, sobre todo, la vergüenza ante la mirada social.

El sufrimiento ligado a la noción de estigma se traduce en referencias a la pérdida de la dignidad y de la autoconfianza (A4), o bien en la expresión de una profunda dureza emocional asociada a la imposibilidad de querer a los demás y al deseo y/o la necesidad de la soledad (A1). En todo caso, nos encontramos ante procesos que

⁹⁸ Sigla de una institución de acogida del Distrito Federal, a la cual A1 y sus hermanos fueron entregados por su madre biológica cuando ésta decidió que no quería hacerse cargo de ellos.

impulsan un movimiento de aislamiento social que, en última instancia, conduce a un deseo de cambio y a proyectos de abandono del ámbito comunitario.

A4: voy a explicarte por qué odio a la familia de mi padre... Porque como te dije fui violado cuando era pequeño ¿no? Y después de eso la familia de mi padre lo supo y lo contó a mucha gente, entonces me da vergüenza andar por la calle..... (creo que) ellos deberían tener más pudor, porque eso es cosa mía; también es por ello que le tengo rabia a mi padre, porque fue mi padre quien se lo dijo a ellos.....yo perdí mi auto-confianza.... perdí mi auto-confianza, porque antes pasaba (delante de la gente) con la cabeza erguida y ahora tengo miedo a los demás, siento vergüenza... Ahora está muy difícil, por ello que tal vez vayamos a marcharnos del Recanto... Sí, mi madre y mi padre se están planteando vender la parcela y comprar una casa en otro lugar...por eso y por otros problemas (p. 26)

4.3.3 La estigmatización ligada a la concepción dual del espacio urbano

La asociación entre periferia y violencia, y la consecuente criminalización indiscriminada de la pobreza, es un aspecto muy presente en el discurso de los tres colectivos. Los jóvenes se quejan de que tal asociación les convierte en portadores de un estigma que les sitúa en la posición de víctimas de prácticas discriminatorias por parte de los habitantes del centro y de los media. Tal discriminación es considerada injusta y arbitraria porque estaría basada fundamentalmente en prejuicios ligados a la apariencia y al lugar de origen de los habitantes de las ciudades periféricas; es decir, en símbolos, significantes y significados asociados a su ubicación territorial en el espacio urbano y delatores de su condición de pobreza.

En el trasfondo de este proceso encontramos la combinación de dos tipos de violencia menos evidentes: la violencia estructural y la violencia simbólica. Estos ingredientes propician la construcción social de un imaginario en el que violencia y periferia se convierten en un binomio casi indisociable, que sirve para ahondar el abismo que separa las representaciones colectivas sobre los habitantes de los dos polos de la cartografía socio-simbólica del espacio urbano.

Pero sus efectos van más allá de lo simbólico, ya que la acentuación de las diferencias en este campo acaba por reforzar el alejamiento físico de los moradores del Plano Piloto de las ciudades satélites y, por tanto, su exclusión espacial y su desconocimiento del “otro”. Así se produce y reproduce un escenario muy desfavorable a la ampliación del vínculo social de los jóvenes de la periferia, quienes a pesar de mantener ocasionalmente un discurso que enfatiza la igualdad, ponen en evidencia que lo que vivencian en su cotidianeidad son los efectos de las múltiples facetas de la radicalización de las diferencias:

A3: ... Ah, en el Plano, si llega una persona de Ceilândia allá ya se la discrimina porque es de aquí... una de mis tías vive allí y yo siempre voy allá... es el prejuicio de las personas... yo sé que lo hay por conversaciones con la gente..... un amigo nuestro dijo que no venía hacia acá, a la casa de su tía a causa de la violencia ... Hay violencia pero, no sé, allá también la hay ¿entiendes? No es sólo aquí....No

sé, yo creo que no hay diferencias... (la gente de allá cree que sí) porque es así, allá ellos no enseñan sólo la violencia, enseñan lo que hay de bueno allá, y de aquí no, sólo enseñan la violencia... (p.19)

Una de las facetas más preocupantes, y a la vez más recurrentes, de este proceso de radicalización de las diferencias relacionado con la exclusión espacial es la intensificación de la tensión social, que, a veces, se convierte en odio apriorístico. Como consecuencia la relación con la alteridad pasa a definirse por, y mediante, la violencia. Aquí se produce una articulación entre lo socio-económico, lo identitario y lo territorial a través de la cual el encuentro con el “otro” equivale a la promesa de un enfrentamiento, cuyo objetivo es reaccionar ante la desigualdad eliminando al que presume de la distinción.

Se trata de un juego de fuerzas y delimitación de poder en el que cada grupo hace uso de las armas que posee. En esta lógica, la respuesta de “*los de la quebrada*” a la prepotencia de “*los de la sociedad*” (fundada en su poder socioeconómico y en este caso representada por los “**bodinhos**”*) consiste en la desmoralización del “otro” a través de la demostración de la fragilidad de su vida:

R5:Bodinho... (es) muy folgado, muy presumido, sólo quieren ser los mejores ... es una cosa rara... Hay unos bodinhos* que son buena gente ... hablan contigo tranquilamente, intercambian unas ideas ... ¡Pero hay otros que son muy folgados*!...Basta con verles la cara y dices: ¡ese es folgado! Entonces nosotros decimos: “Déjales caer en nuestra quebrada...” Si un bodinho de éstos cae allá en Jardim Ingá, no vuelve con vida ... Si ellos llegan a una quebrada que no conocen, allá por ejemplo, ellos ya no van porque saben que allá...la cosa se pone fea para ellos.... (porque) si llegan allá con esa presunción... en el mismo momento les preguntan: “¿Tenéis pecho de acero, amigos?”, Yendo como ellos van aquí, seguro que se van a llevar un disparo muy bien dado en la cara, porque allá es jodido (p.21)*

Este proceso ya ha sido analizado por diferentes autores. Godinot (1999) señala la vinculación entre la construcción de una ceguera institucionalizada ante la degradación de las condiciones de vida de determinados colectivos que ocupan espacios periféricos, la intensificación de la violencia social y las prácticas de genocidio. Burstzryn (2000), siguiendo a este autor, plantea que el proceso de ocultación simultánea de la violencia social y de las poblaciones víctimas de ésta se instala en tres etapas sucesivas:

*“La primera es la elaboración de un discurso ideológico de **descalificación**, en el que se construye una imagen satanizada del “otro”, asociada a problemas de desorden, inseguridad, epidemias y criminalidad, que sirve a la legitimación de la ruptura del contrato social. La segunda es la **desvinculación**, que expresa el rechazo por la sociedad de los individuos descalificados o apartados de los procesos productivos reconocidos. La desvinculación se refleja en la baja autoestima y tiende a implicar aislamiento social y psíquico. La tercera, que radicaliza las precedentes, es la **eliminación** y puede darse tanto por el exterminio como por la esterilización...” (p.39, traducción de la autora)*

Podemos identificar cada una de estas etapas en el discurso de los jóvenes. Por otra parte, es interesante notar cómo la propia crítica que ellos realizan acerca de las asimetrías asociadas a la dualidad del espacio urbano también aparece impregnada por diversos elementos del imaginario social que pretenden cuestionar:

S4: En todo lugar hay violencia, ¿no hay ningún lugar donde no haya violencia!... ¿En el DF? La menos violenta es la ciudad del presidente, donde está su casa, allá es menos violento! Allá, difícilmente escuchas: “han asesinado a uno allí”... Allá (en el Plano)... ocurre (un acto violento) a cada mes, o tarda mesesPero en las periferias, aquí en la periferia de Brasilia hay mucha, mucha violencia ... Tanto es así que la mayoría, cuando aparecen cosas de Brasilia en el informativo de la tele o en el periódico, puedes ver que las casas, las tiendas, ¡todo está cercado por rejas! ... El tío abre un mercado allí y tiene miedo de la gente que está fuera....¿por qué? Porque aquí en las periferias es muy violento.... porque la periferia es olvidada... es olvidada por los políticos. (Tercera entrevista pp.3,4)

La dinámica propulsora de prácticas estigmatizadoras ligadas a la oposición centro/ periferia y la relación de estos territorios con la violencia se reproduce en gran medida tanto en la valoración que realizan de diferentes ciudades satélites,

*S5: ... En casi todos los lugares ... hay violencia...en Samambaia... Taguatinga, Plano Piloto, aquí en el Gama, Ceilândia, Setor “O”, “P” Sul, “P” Norte.....siempre ocurre... en algunos lugares más y en otros menos...En Ceilândia...Allí hay mucha violencia, ¿realmente mucha!...Taguatinga ya es uno de los lugares donde no hay mucha violencia, hay más niños de la calle... En el Plano Piloto hay más ladrones... gente que sale de aquí y de Taguatinga y va para robar allá... (en Ceilândia y) Samambaia también (hay más violencia)... porque son los lugares de los **malandros*** ...viene gente de Ceilândia para Samambaia, gente que mata a personas allá puede trasladarse a Samambaia, gente que mata en Samambaia puede ir a Ceilândia... del P Sul a Samambaia y de Samambaia al P Sul ...¿ Es la mayor sociedad! (risas) Allí es como una gran sociedad entre ellos(segunda entrevista pp. 18, 19)*

como en el interior de las fronteras que delimitan las respectivas comunidades de pertenencia de cada uno de los jóvenes:

*A3: ¿Aquí en Ceilândia? En Ceilândia, yo creo que la Expansão es más violenta que el P Norte... porque, así, aquí viven muchos **malas*** pero allá viven más (malas) que aquí... Y hay esa cosa de bandas ¿entiendes?, allá hay un montón de bandas, entonces siempre están luchando unas contra las otras....aquí en la (zona) 5 aquí del P Norte yo creo que también hay una.. (p. 13)*

En ambos casos la intensidad de la violencia atribuida a cada territorio se relaciona con la mayor o menor concentración de sujetos identificados como “violentos”. En este sentido, las relaciones entre diferentes grupos (definidos por la identificación con identidades colectivas distintas) que se producen dentro de los límites de cada comunidad es una réplica detallada de la estigmatización que los jóvenes de la periferia afirman sufrir por parte de los habitantes del centro.

Se produce, por tanto, una especie de juego de espejos entre las posiciones de “desacreditado” y “desacreditable” (Goffman,1963), así como la de aquél que “desacredita”. La comparación entre los discursos de los sujetos que no están implicados en prácticas ilícitas (por ejemplo, A3) con el de los que lo están (por

ejemplo, S2) pone en evidencia que los principales elementos de distinción, es decir, *símbolos de estigma* (Ibíd.), que definen si una persona ocupa la posición de agente o de víctima de prácticas estigmatizadoras en el ámbito comunitario, son exactamente los mismos signos externos asociados a la figura del bandido en otros contextos.

A3: .. Ah, ¿(como es) un *mala**? vas a conversar con la persona y ella dice un montón de jergas, lleva un montón de collares así gruesos... corrientes; sólo quiere llevar ropa de marca.... pero no todas (las personas) que usan eso son *malas**... Pero (aún así) la persona va acercándose a ti y el otro ya dice: "... me marcho porque ese es un *mala**" y ni siquiera sabe quién es la persona (eso) Ocorre... porque .. su forma de vestirse es de *mala**, y si una persona que no es *mala**... se viste igual entonces le confunden... A ellos (los malos) les gusta mucho la ropa larga...Pendientes, piercing... aquí hay mucho de querer andar con un arma en la cintura...entonces un (accesorio) más es el arma (pp.13,14)

S2: ... Mira, yo ya he visto a mucha gente que anda por ahí con ropa (de la marca) Cyclone y no es *malandro** ni nada de eso, sólo es gente a la que le gusta andar así ¿no?...pero las personas ya le miran así: "mira el marginal, el drogado"...Es (a causa de la ropa)... Cyclone, pantalones cortos largos, gorra, chanclas, corrientes..... ya dicen que el Rap es un incentivo a la *malandragem** ...(p.17)

4.4. La juventud como agente de las prácticas violentas en la comunidad: el vínculo social y el escenario hobbesiano de la "lucha de todos contra todos"

4.4.1.Las "guerras", el *ethos* viril y la lógica de matar o morir

El término "guerra" es utilizado para hacer referencia a dinámicas de enfrentamiento entre jóvenes en las cuales la adopción de la violencia física se entiende como la respuesta obligada a cualquier acto interpretado como provocación dentro de un "*ethos viril*" (Zaluar, 1994). Los componentes fundamentales de dicho *ethos* consisten en la imagen de un sujeto autodeterminado, dueño de sus elecciones; la posesión de armas de fuego y la disposición para matar (Ibíd.).

El principal elemento definitorio de estas dinámicas belicosas es la prevalencia de los asesinatos como la vía privilegiada para la resolución de conflictos. Ello conduce a la instauración de un círculo vicioso de enfrentamientos basado en la lógica de que se trata de **matar o morir**. En esta lógica, no hay espacio para el diálogo y el asesinato es, a la vez, demostración de fuerza y estrategia de supervivencia. Nos encontramos ante una *ética de la autopreservación* que se impone en un escenario hobbesiano en el que, pese a las referencias a la relevancia de la grupalidad en algunas acciones, prevalece la lucha de todos contra todos (ídem ibidem).

S5: Ah, si él tiene guerra con un tío, y este tío está con una pistola, el otro tiene que coger otra pistola para defenderse... Porque si llega para conversar, el tío va a matarle... Entonces es así: mejor ver a su madre llorando que ver a la mía. Es así como funciona. No hay conversación... ¡es muy difícil (que la haya)!.. Es para matar o para morir, uno de los dos...

E: ¿Y por qué crees que todos están tan dispuestos a eso?

S5: ¿A qué? ¿A matar?

E: Y a morir

S5: *Porque los tíos están en guerra..... supongamos que yo paso allí ahora, ¡Dios me libre!... y estoy armado.... imagínate que soy un gran chulo...Entonces paso allí y un tío se queda mirándome, yo soy muy folgado*, saco la pistola y directamente le disparo en la cara, así empieza la guerra...a partir de ahí él va a querer matarte, tú vas a querer matarle y así lo vais llevando ...luego tú matas a uno y él va allá y mata a otro, entonces tú matas a otro y él va allá y mata a otro más...mientras él no te pille para que te mate o que tú le mates....será así, seguirá sólo muriendo gente... No tiene fin ...una guerra...a menos que se muera todo el mundo... (p.15)*

El uso de la violencia se entiende como una forma de imposición de respeto, delimitación territorial, afirmación de fuerza, suspicacia, malicia y virilidad, que, en última instancia, se vivencian como diferentes facetas del ejercicio de poder (como sustantivo y como verbo). Y, en general, se vinculan a la idea de defensa de un código de honor. Estos sentidos conducen a un enfrentamiento constante con la muerte y a su banalización. Pero también pueden estar fuertemente asociados a lo lúdico, como pone de manifiesto Cecchetto (1997;1999) en sus análisis sobre la constitución de un “*ethos guerrero*” ligada a las dinámicas de los “*bailes funk*”.

La ausencia del diálogo como alternativa de negociación en la dinámica de las “guerras” es prácticamente un consenso entre los jóvenes, lo que pone de manifiesto la ruptura de los lazos sociales. Sin embargo, la resolución del conflicto no tiene que implicar necesariamente un asesinato. Cuando no se trata de algo muy grave, las agresiones físicas y algunos disparos pueden ser considerados respuestas suficientes. La primacía de los asesinatos se debe a una estrategia de defensa, porque, según los jóvenes, si el enemigo no muere es absolutamente seguro que volverá para vengarse:

S3: *.... Cuando es... algo muy grave acaba en muerte, pero cuando no lo es, con sólo una paliza y unos disparos se soluciona... (pero) hoy en día, la gente no quiere saber sólo de peleas y disparos. En las guerras la gente quiere sujetar al otro por los cabellos y apretar el gatillo....Porque si el tío sufre un montón de disparos y no muere, se recuperará y va a querer vengarse... Entonces, ya se mata directamente. Como el chaval ayer en mi quebrada*. Sufrió cuatro disparos y seguía vivo, estaba herido (pero) andando normal por la calle .Entonces fueron a la casa del tío que le dio los disparos y le advirtieron: “Mira, el tío está justo allí; Él no ha muerto!” El otro volvió allá y le mató. Ya lo he visto muchas veces (p.20)*

En cuanto a los motivos que generan dichas dinámicas, los sujetos destacan: los conflictos derivados de disputas por mujeres, ajustes de cuenta relacionados con la droga, la facilidad de acceso a las armas de fuego y los efectos simbólicos asociados a su posesión, el dinero, la implicación en actividades ilícitas, las traiciones, peleas motivadas por los efectos del alcohol y de otros tipos de drogas, disputas ligadas a la delimitación de territorios y, por fin, valores, normas y sistemas de solidaridad relacionados con el grupo de pares y la familia.

En principio, los jóvenes tienden a argumentar que la implicación en una “guerra” se relaciona necesariamente con alguno de estos factores. Sin embargo, a

medida que desarrollan el tema revelan que el motivo puede ser cualquiera, incluso una simple mirada. La cuestión fundamental es la interpretación de la acción del otro como una provocación y, particularmente, como el cuestionamiento de su virilidad⁹⁹, entendida tanto en sentido estricto,

S4: ... hoy en día, si el tío está con un arma en la cintura y una persona le mira él ya (hace el sonido de disparos): pá, pá, pá, le pega cuatro disparos en la cabeza de la persona y se marcha ... ¡¿Sólo porque le han mirado?! así, yo me enfado en el momento ... si es una mujer ... te quedas todo presumido... Pero un tío se queda mirándote.... ¡hombre mirando a un hombre! Tú vas a extrañarlo, vas a pensar que el tío es gay o ... que él está creyendo que tú eres gay o mujer... No, hombre, ¡déjate de eso! A mí no me gusta, realmente no me gusta... (risas) ... me quedo cabreado.. ¡Te cabrea! (tercera entrevista pp.7, 8)

como, y sobre todo, en sentido amplio (como cuestionamiento de su fuerza, poder, etc.):

*S5: Es como yo te dije, un tío pasa con la “máquina” delante de otro y el otro ya dice: “¿Por qué me estás mirando?”, y él (contesta): “¡Te estoy mirando porque tengo ojos!”; “¿Verdad? Eres muy **folgado***!”, y ya coge la pistola y te da un golpe con ella; entonces tú dices: “¡Vale!... Espera que lo tuyo ya está de camino”, entonces tú vas por una pistola, vuelves y le das unos disparos ... (p.15)*

Es en esta lógica donde se inscriben los asesinatos por motivos considerados banales incluso por los propios jóvenes, como pueden ser una gorra o un cigarrillo:

S3: Hay motivos serios y motivos tontos, ¡realmente tonterías! A causa de una gorra, una cometa.... en el CAJE¹⁰⁰, hay tíos que están allá por una gorra, un cigarrillo.... que han asesinado sólo por eso (p.22)

Las explicaciones a este tipo de muerte van desde la intervención del diablo,

S1: Ya he visto a muchos tíos que salían conmigo matar, matar a gente a causa de una cerveza ... Ya vi tíos por ahí que han asesinado a causa de un cigarrillo ... Es el “cosa mala” que está actuando en su vida ¿no? ... Ah, la fuerza del mal... (p.15)

hasta el argumento de que lo que está en juego no es propiamente el objeto de disputa, sino la ruptura de normas vinculadas a un código de honor que conduce a la afirmación de poder y acciona redes de solidaridad entre grupos de pares rivales:

*E: ... yo estoy escuchando mucho que hay gente que está matando por una gorra... por un cigarrillo...
R5: Yo también ya lo vi y ya me enteré de unas historias de esas... lo que sé, lo que me dijo uno (que lo ha hecho) fue así: “yo no maté al tío a causa de la gorra, sino a causa de su **safadeza***, porque él quiso hacerse el listo”... ¿Para qué tomar la gorra del otro? A causa de una gorra, de 5, 7, 10 Reais, el tío va a robar la gorra del otro y va a perder la vida... Si le hubiera pedido prestado, o dicho algo ... ocurren muchos tiroteos allá en Santa Maria a causa de eso. Uno fue y robó la gorra del otro, a la semana siguiente, uno coincidió con el otro y ya está. Luego, se reúne el grupo y empieza el tiroteo.... Allá donde yo vivo eso también pasa mucho, a causa de gorras también. Ellos tienen rivalidad contra la **galera***, primero viene uno sólo, luego, viene el grupo, le toman la gorra y le pegan al tío, a la semana siguiente el otro viene armado y empieza a morir gente... se convierte en una gran guerra...(p.28)*

⁹⁹ Sobre la cuestión de la virilidad y la cultura de la violencia, así como para un debate más amplio sobre la relación entre género y violencia véanse Fisas (ed.), 1998; Suárez y Bandeira (orgs.), 1999 y Bourdieu, 1998.

¹⁰⁰ Sigla del Centro de privación de libertad de Brasilia destinado a adolescentes.

En esta óptica, la regla fundamental es no subestimar jamás al otro, porque la respuesta de afirmación de su capacidad de acción (es decir, de su poder tanto como sustantivo cuanto como verbo) es la muerte del que cuestiona su virilidad:

S6:(otra regla) Es jamás subestimar al otro...Nunca subestimes... no sabes de lo que el tío es capaz...Pero hay unos pringados que van subestimando a las personas, y cuando van a darse cuenta ya” están con la boca llena de hormigas”¹⁰¹... ¿no?(porque) a veces el tío actúa por... para demostrar al otro así: “¿Lo ves? ... has dicho que yo era un gilipollas, el gilipollas eres tú, que has perdido la vida” (pp.17,18)

La dimensión identitaria juega un papel central en la dinámica de las “guerras”. Para los jóvenes implicados en ellas, el ejercicio de la violencia también consiste en una vía para la construcción y el fortalecimiento de una imagen asociada al *ethos viril*, la cual suponen que les permite obtener “fama” y “respeto” en la comunidad. Respeto que se conecta, por un lado, con la noción de reconocimiento entre los pares y, por el otro, con la producción de temor entre los vecinos:

S4: Y también mata, quiere matar para hacerse famoso, como yo te dije, ¡para conseguir fama!... porque la persona mata a uno allí, y los tíos (dicen) : “ jo, este tío ha matado a un tío allí y no sé qué!”. Entonces él piensa que matando a una persona, mucha gente va a temerle ...(p.11)

Pero la producción de “fama” en el ámbito comunitario también genera efectos paradójicos - como, por ejemplo, la acentuación de los procesos de estigmatización sufridos - que les conducen a preguntarse si merece la pena el reconocimiento obtenido:

*S4:.....¿pero de qué vale conseguir la fama? Él está haciéndose famoso y desde su punto de vista está siendo el mejor: “ah, yo soy el **malandro***...” , pero para las personas él no es nada... para las personas ése es un enfermo en la vida , un enfermo mentalTú misma puedes mirar a una persona en la calle, que va vestida así y con mala cara y ya pasas lejos, ¿verdad?... La persona ya pasa lejos, ya dice: “mira el estilo de ese tío, que mala pinta ” ... para él, él es grande: “ la gente me tiene miedo”pero para los demás él no es nada, no es nadie, es un Don Nadie en la vida (segunda entrevista, p.3).*

Otro aspecto destacable es la conciencia de lo efímero de la carrera asociada a la “fama”, ya que tanto los jóvenes inmersos en “guerras”, como los que no lo están directamente, tienen muy claro que la disposición para matar supone la disposición para morir. Y, más precisamente, la promesa de la muerte como algo muy cercano:

*S2: ... hay unos que ya están mal de la cabeza, ya piensan en matar, por cualquier cosa quieren matar. Y cuando compra un arma, ¡hombre!... entonces va para el **frevo***, bebe, se emborracha y ya se siente el loco de la **quebrada***... poderoso ¿no?....así que llega y ya quiere hacerse el valiente ante todo el mundo....Hay unos que realmente matan para hacerse el loco, para ser respetado...tener fama..., también ya lo he visto mucho, (gente) que mata para convertirse en famoso, pero¿ y qué ?... mató a dos, tres, pasó un mes, dos meses presumiendo de ello y luego murió.... ¿le valió de algo? Se fue junto con ellos (p.8)*

En este sentido, hay un consenso absoluto respecto al planteamiento de la cárcel y de la muerte como los destinos inevitables para los que están implicados en el universo de las actividades ilícitas y, en especial, en la dinámica de las “guerras” :

¹⁰¹ Expresión utilizada para hacer referencia a la muerte

E:... ¿ *Qué es lo que se gana con eso, con esa fama?*

S2: *Nada. Nada...o ganas la muerte, o ganas la cárcel, sólo eso. Si no caes en mano de la malandragem*, caes en mano de la policía....(p.8)*

S4: *..... No hay (otra salida)! Quien sigue en esa vida de matar y robar es la cárcel o la muerte, una de las dos cosas, no hay "pehaps" (tal vez)! ¡ La persona tiene que salir mientras esté a tiempo! (p.11)*

Sin embargo, los beneficios materiales y simbólicos asociados a la posibilidad de obtener algún tipo de inscripción y reconocimiento social mediante el uso de la violencia, con frecuencia parecen ser más potentes que los riesgos implicados. En este proceso, la posesión de armas de fuego ejerce un protagonismo indiscutible, cuyo significado y valor simbólico es reconocido tanto por los jóvenes que las usan,

S4: *.... Si está con una pistola en la cintura también se siente el rey del mundo...La sensación que da un arma es así que vas a aparecer y nadie va a folgar* contigo, sabiendo que estás armado, nadie va a meterse contigo ... ¡te sientes el rey del mundo!... así: "Ah, que nadie me mire, si alguien me mira voy a meterle una bala"...cuando la persona está con un arma en la cintura (piensa): "... yo soy el mejor"... incluso anda con los brazos así (me enseña la postura) ...va con los brazos abiertos así... (p.7)*

como por aquéllos que supuestamente jamás las han utilizado(A2, A3, A4, R1, R2, R3):

A3: *... aquí hay mucho de querer andar con un arma en la cintura... no sé, es como decir: "No te metas conmigo porque estoy armado"....(p.13)*

El carácter fálico atribuido a las armas de fuego y su percepción como componente imprescindible para la constitución del *ethos viril* surge de forma absolutamente explícita en el discurso de los sujetos :

S5: *... es como dice el Bezerra da Silva : " Con una pistola en la mano eres un animal feroz, sin ella andas removiéndote y hasta cambias de voz" (sonríe) (p.22)*

La extensión del uso de las armas de fuego y la facilidad con que se accede a ellas es tal que algunos jóvenes caracterizan las relaciones juveniles en este escenario bélico hobbesiano como una "lucha armada" por la disputa de poder:

A2: *Ellos realmente quieren ir a la lucha armada, quieren disputar el poder persona a persona... Compran un arma fácilmente allá en la "Feira do Rolo", ¡es muy fácil! ¡Armas es lo que más hay! ellos compran armas y andan armados, ¡es tan sencillo! (p.16)*

4.4.2. Identidades colectivas y vinculación con el ámbito comunitario: la grupalidad y la territorialización de la violencia en la dinámica de las "guerras"

En este punto es necesario situar el tipo de implicación que nuestros sujetos tienen con las "guerras", así como la forma en que tal vinculación se articula con las modalidades de relación que establecen con los pares y los territorios con los que se identifican. Solamente tres de los jóvenes de la semi-libertad afirman tener una implicación directa en "guerras" (S3, S4, S6), lo que significa estar concreta y

explícitamente amenazados de muerte. En los casos de S3 y S6, dicha implicación está íntimamente ligada a su participación en el tráfico de drogas y en asesinatos relacionados con ello. Pero para S6 la vinculación con el grupo de pares y la dimensión territorial tienen mucho más peso que para S3, quien habla de su “guerra” como una cuestión estrictamente personal. Por otro lado, la descripción de la relación de S6 con los pares de su “quebrada” no nos permite caracterizar su grupo de pertenencia como una banda juvenil en el sentido más estricto del término.

La teorización sobre las bandas juveniles como elemento característico de la división del espacio urbano surge y empieza a ganar relevancia en Estados Unidos a partir de los años 20. Es sobre todo en este país donde el tema es ampliamente desarrollado, teniendo como referencia primera los estudios de la Escuela de Chicago. Los criterios tradicionalmente definitorios de una banda en las investigaciones americanas consisten en la existencia de: estructura formal de organización, jerarquía, liderazgo, reglas y rituales de iniciación muy definidos, fuerte identificación con un territorio y, a menudo, implicación en actividades ilícitas y conductas violentas con “características empresariales” que sirven como vías de ascensión social. En el trasfondo de estas organizaciones juveniles son centrales las ideas de gueto y los conflictos y “crisis de valores” relacionados con procesos de segregación espacial, social y cultural (en general ligados a la cuestión étnica y a la inmigración).

Estos planteamientos han sido apropiados y reformulados para el análisis de agrupaciones juveniles en diversos contextos. En Francia, Dubet (1987) introduce la noción de “galère” para hacer referencia a organizaciones juveniles que no poseen ni la organización, ni la racionalidad instrumental de las bandas americanas. La *galère* es, ante todo, una forma de sociabilidad basada en la idea de deriva, que se caracteriza por el nihilismo, la autodestructividad y la rabia. Puede implicar actividades delictivas intermitentes, o bien una marginalidad difusa. La exclusión social es el gran eje explicativo de dicha organización juvenil. No obstante, también aquí los conflictos asociados a la inmigración y la cuestión étnica son sus motores fundamentales, junto al debilitamiento del movimiento obrero, de sus barrios y de la conciencia de clase.

Estas características no permiten cualquier transposición directa de dichas nociones al contexto brasileño. En Brasil, la bibliografía sobre bandas juveniles es relativamente incipiente y está marcada por controversias (véase, por ejemplo, Zaluar, 1997). En todo caso, predomina una distinción entre “*gangues*” y “*galeras*”. El primer término suele ser utilizado para hacer referencia a grupos juveniles cuyas prácticas

prioritarias son actividades delictivas y violentas. El segundo para grupos que se organizan principalmente para realizar actividades lúdicas, culturales, etc. La pauta común es que ambos suelen implicar relaciones solidarias y un vínculo territorial. Hay autores que niegan la existencia de diferencias sustantivas entre estas dos modalidades, argumentando que la definición de las *gangues* como la vertiente violenta de las *galeras* es producto de una construcción social y, en especial, mediática (Diógenes, 1998).

Coincidimos con Abramovay et al. (1999) en que las características que distinguen a estos grupos juveniles son muy difusas y que la complejidad de su dinámica y conformación impide cualquier intento estricto de tipificación. Sin embargo, optamos por establecer una diferenciación entre las dos categorías mencionadas, sobre todo, porque los jóvenes de nuestro estudio y de otros realizados en el DF (Waiselfisz, 1998a) lo hacen. Así, situaremos las “*gangues*” como grupos más o menos estructurados que comparten un proceso de socialización en el que la transgresión y la violencia son percibidas como alternativas expresivas e instrumentales legítimas y constituyen un eje central (aunque no exclusivo) de sus prácticas.

Entendemos que el elemento definitorio básico de las “*gangues*” es la construcción de cohesión, complicidad y prácticas solidarias en torno a una identidad compartida que tiene como soportes primordiales la identificación con un territorio, la exacerbación y la positivación de la violencia. Además, suelen reconocerse en el espacio público como una amenaza o, al menos, como elementos desestabilizadores (Adorno, Lima y Bordini, 1999; Abramovay et al., 1999).

Las “*galeras*” son organizaciones informales (grupos de amigos) que también suelen caracterizarse por la identificación con una territorialidad. Pero la unión, solidaridad y dinámica de estos grupos tienen como eje y objetivo primordial la diversión. Pueden dedicarse a actividades muy variadas (música, deporte, graffiti, etc.) e, incluso, implicarse en prácticas ilícitas y/o violentas y conflictos derivados de rivalidades con otros grupos. La distinción fundamental en relación con las *gangues* es que dicha implicación es más bien esporádica (más próxima a la de la *galère* francesa) y, sobre todo, que sus miembros no se (auto)definen por estas prácticas.

La cuestión de las “*gangues*” es abordada por la mayoría de los jóvenes. No obstante, solamente un chico de la semi-libertad (S4) y una chica de la calle (R4) tienen una fuerte vinculación con este tipo de formación grupal. La relación de R4 con estos grupos está mediada por dos factores: el hecho de que reside en una zona de “guerra de *gangues*” y, principalmente, el hecho de que su novio es miembro de una de ellas. S4 es

el único sujeto que se presenta como miembro de una *gangue*. Su discurso revela una fuerte vínculo con este grupo asociado a su comunidad de pertenencia, que implica un nexo muy estrecho entre lo grupal, lo identitario y lo territorial.

Una situación peculiar es la de S5 y S2. Estos jóvenes tienen una gran implicación en actividades ilícitas y un vínculo muy sólido con grupos de pares cohesionados y solidarios, cuya identidad colectiva tiene como soporte central la dimensión territorial. Sin embargo, los grupos de pertenencia de estos chicos se distinguen de los anteriores por alejarse tanto de la noción de *gangues*, como de la dinámica de las “guerras” al realizar su autodefinición. Precisamente por ello se aproximan más a la noción de *galeras*. Aunque S5 y S2 se encuentren muy inmersos en escenarios y prácticas relacionadas con las “guerras”, ninguno de los dos se percibe como directamente implicado en ellas.

Finalmente están los jóvenes cuya relación con la dinámica de las “guerras” es algo más lejana o, al menos, indirecta. La implicación de S1, A2, A1 y R5 en dicha dinámica se debe a que residen en ciudades que son escenarios privilegiados de los conflictos y tienen “amigos” (aunque pongan tal caracterización de los pares en entredicho) que participan muy activamente en estos enfrentamientos. A3 y A4 también residen en zonas de “guerras” y *gangues*, pero son los sujetos que asumen más distancia frente a éstas, asociándolas más bien a identidades colectivas de oposición. Los únicos jóvenes que no se refieren a las “guerras” en el ámbito comunitario son los tres chicos que viven fundamentalmente en las calles del centro de Brasilia (R1, R2 y R3).

A pesar de las distintas implicaciones de nuestros sujetos en la dinámica de las “guerras”, lo cierto es que todos los que las mencionan se sienten afectados por ellas de un modo u otro y, curiosamente, las explican básicamente en los mismos términos. Precisamente por ello, optamos en este apartado por privilegiar una discusión temática en detrimento de la perspectiva de casos, señalando las peculiaridades de posiciones individuales específicas siempre que éstas tengan alguna relevancia.

La articulación entre el *ethos* viril, la dimensión identitaria y la cuestión territorial en las “guerras” asume su expresión más potente en las rivalidades entre grupos juveniles cuyas identidades colectivas se vinculan a límites territoriales muy definidos. Como destaca Diógenes (1998) en su estudio sobre las tramas de significados relacionadas con la violencia entre miembros de bandas juveniles brasileñas, en estos casos las zonas de la ciudad que están bajo el dominio de cada grupo cobran el sentido

de *microterritorios de poder*¹⁰² que delimitan las áreas de flujo de “amigos” y “enemigos”. Además, funcionan como escenario para una espectacularización de la violencia, en la que las marcas asociadas al estigma territorial no sólo asumen visibilidad, sino que son exacerbadas y ostentadas.

Las confrontaciones “bélicas” que se insertan en esta lógica son descritas como un juego de fuerzas, un partido de acción y reacción en el que se contabilizan las victorias por el número de asesinatos y disparos del que cada grupo puede presumir. Estas dinámicas de enfrentamiento abarcan todos los factores analizados anteriormente; la distinción radica en el protagonismo de demarcaciones territoriales rígidas como seña identitaria y motor central de los conflictos. Este aspecto se refleja en la denominación de las bandas y de sus “guerras” mediante referentes ligados a los espacios geográficos que ocupan. En esta perspectiva, el territorio aparece como *extensión del narcisismo masculino* (Zaluar, 1997). Además, los sujetos concretos implicados en los conflictos no tienen mayor importancia; la guerra se perpetúa independientemente de los actores que la protagonizan en cada momento, puesto que se trata, ante todo, de una disputa territorial, lo que carece de sentido para algunos jóvenes:

R4: ... esas “guerras” son infantiles, ¿no?... Es una cosa así que no tiene cabida... por ejemplo, había otro chico que vivía allá, ya ha muerto... hace 3 años... y (la guerra) siguió ... ¡ no había lógica para seguir! Yo creo que si murió aquél que ... estaba en guerra con el otro tío, la gente que se quedó no tenía nada que ver... ¿no?... Tanto es así que ellos han dejado de meterse con esa gente ... Ellos estaban todos quietos, no iban allá a la zona de los otros, ya para no crear conflicto ... Pero ese tío se creyó dueño del área, con derecho de llegar allá y matar a todos.... ellos se sienten así... entonces siempre van allá.... Es así, un tío mató a uno de allá, entonces uno de aquí tiene que morir... si uno de la (zona) 327 mató a uno de la (zona) 500, también tiene que morir uno de la 327, para ellos es así... Entonces van muriendo, muriendo, muriendo... sin cabida, ¿no? No tiene cabida, no hay hacia dónde correr... (p.29)

El discurso de los protagonistas de las “guerras” entre gangues revela el papel que la delimitación y la conquista territorial juegan en la afirmación del poder frente a los grupos rivales, así como sus repercusiones sobre la cohesión interna entre el grupo de pares y la vinculación con el ámbito comunitario. Como observa Diógenes (1998),

“ la territorialidad de las gangues, sus áreas de actuación sus límites de dominio se traducen en el discurso de sus integrantes como proyecciones de campos de guerra y de refugio. En el imaginario de las gangues, los espacios de la ciudad se configuran como locus de disputas, confrontaciones y delimitación de posesiones” (pp. 142,143).

¹⁰² Sentido vinculado a la idea de positividad y a la dimensión constructiva de la violencia, así como a la noción de micropoderes de Foucault (1984).

La confrontación entre este imaginario y los proyectos de futuro asociados al cambio generan una serie de ambigüedades entre los jóvenes que están fuertemente ligados a la lógica de las “guerras”.

E: ¿Cómo es eso de las zonas ? Me estabas contando que, por ejemplo, ellos no pueden entrar ¿no?

S4: Sí, porque ellos... si entran allá (en nuestra zona) los tíos van a querer matarles ... sólo por pasar por la (zona)16 ya van a querer matarles. Pero... nosotros, nosotros vamos allá (a la zona de ellos), entramos allá con maña y no nos preocupamos, porque si ellos cogen a cualquiera de nosotros allá, nosotros les matamos.... pero yo mismo ya he abandonado esa guerra hace mucho tiempo, hasta el año pasado yo entraba en esa guerra , pero hoy no lo hago

E: ¿ Y es posible entrar y salir de una guerra así?

S4: (Respira profundamente) ¡Hombre!.Es posible entrar y salir, siempre que no pongas el pie en la zona de ellos porque en esa guerra sabes que allá en la zona de ellos van a querer matarte... (p.9)

En este fragmento del discurso de S4, podemos apreciar una ostentación del poder y de la suspicacia de su grupo mediante el relato de la transgresión de los límites territoriales de los “enemigos” y la exacerbación de las prácticas violentas perpetradas por sus pares y por él mismo. Al mismo tiempo, es posible detectar el temor y el respeto a los límites establecidos por el grupo rival.

Por otro lado, hay un esfuerzo de diferenciación de los pares vinculado al deseo de “cambiar de vida”- muy condicionado por su situación jurídico-institucional - cuyo desarrollo evidencia la dificultad de romper con la dinámica bélica. El problema es que independientemente del nivel de participación que uno pueda tener en la “guerra” en cada momento, los miembros del territorio rival representarán siempre una amenaza, ya que el simple hecho de ser identificado como miembro del territorio enemigo le sitúa en una posición de riesgo constante.

En este caso, encontramos una íntima conexión entre grupo, subcultura, territorio y comunidad:

“La territorialidad es simplemente el proceso a través del cual las fronteras ambientales son usadas para significar fronteras de grupo y pasan a ser investidas por un valor subcultural....la territorialidad por tanto no es sólo una manera mediante la cual los muchachos viven la subcultura como un comportamiento colectivo, sino la manera en que la subcultura se enraíza en la situación de la comunidad” (Cohen, 1972, citado por Feixa, 1998, p.95)

La consecuencia que se desprende de esta lógica es el planteamiento de que la única forma de alejarse de la dinámica en cuestión y lograr un proceso de cambio con alguna posibilidad de éxito (que no se garantiza en absoluto) es a través de la salida del ámbito comunitario hacia un destino lo más lejano y secreto posible:

S4: ... (el tío) que quiere cambiar de vida y ya ha matado, robado, esas cosas así y hay mucha gente que quiere matarle, si él quiere cambiar de vida, cambia de barrio... pero tampoco es muy apropiado

cambiar de barrio, porque van a saber que está allá y van a ir por él ... hay que marcharse del Distrito Federal... Como el B.¹⁰³, aunque él estaba viviendo aquí ... los tíos vinieron desde Ceilândia a buscarle... Cambiar de barrio no es la solución, porque si se trata de una guerra así, de una guerra realmente fea, es mejor marcharse del DF, sólo así no van a enterarse ... y sin decírselo a nadie que te estás marchando porque hay muchas personas que también van a buscarte fuera del DF (segunda entrevista p.8)

No obstante, la vinculación con el ámbito comunitario puede ser más fuerte que los riesgos implicados en la permanencia en este espacio. Éste es el caso de S4, cuyo vínculo territorial le conduce a desestimar radicalmente la posibilidad de abandonar su territorio. Esta negativa se apoya en el imaginario sobre la inviolabilidad de su “quebrada”, percibida como una zona de refugio y protección:

S4: Yo estoy metido (en guerra)... Hay mucha gente que quiere mi cabeza, no son pocos los que quieren mi cabeza, no, hay un montón de zonas: Setor O, P Norte, Ceilândia Norte, un montón de zonas... Bueno, lo que yo puedo decir es que... déjales pensar en eso, porque yo mismo de momento estoy tranquilo, ya no voy a ir por elloslo mejor que puedo hacer es seguir así del modo que estoy aquí....porque si vuelvo a ingresar en aquella vida ... voy a generar más guerra, más guerra, más guerra...

E: ...me estabas diciendo ahora que crees que mucha gente tiene que salir.... del lugar donde vive

S4: Sí, cambiar de barrio. Pero yo, a mi manera, yo no cambio porque... no pienso mudarme, ya he pasado un año fuera del Distrito Federal, allá en Goiás.... Mi madre quería mandarme ahora para allá, pero.... hoy en día yo no me marchó, quiero cambiar de vida pero no voy a marcharme de la Expansão.... pero... la gente no va a la Expansão por mí... porque determinados tíos ... si ellos entran allá en nuestro territorio, con verles pasando por la zona ya van a matarles, por eso no entran allá.... (segunda entrevista p.8)

4.4.3. El lugar del ocio en la dinámica de las “guerras”

Otro aspecto relevante - y que ha sido objeto de grandes polémicas en Brasil - es la relación entre las prácticas violentas analizadas y determinados espacios y actividades de ocio asociados a los jóvenes residentes en las periferias, entre los cuales destacan las fiestas y, en particular, los *bailes funk*¹⁰⁴. En las entrevistas, estos espacios aparecen muchas veces como el escenario de la espectacularización de las “guerras”, en especial, cuando la dimensión territorial es una marca fundamental de las identidades colectivas.

S4: ... la Expansão está en guerra con la (zona)5 del P Norte.... para que veas, una guerra así empezó a causa de un baile Funk. Sólo por un encontronazo empezó la pelea... el fallecido S, allá del P norte .. estaba con un arma en la cintura, entonces los tíos cogieron su arma .. los tíos de la Expansão....(luego) en el 97, en un baile que fuimos allá en el Pandiá, no sé si has escuchado algo porque salió en el informativo y todo....estaban el S y el G, allá del P. Norte... entonces ellos llegaron por detrás del tío y dispararon en la cabeza del F. Él se murió allí, en el baile ...Después el D C, que está preso justo aquí...

¹⁰³ Se refiere al joven que fue asesinado a causa de una “guerra” mientras cumplía la medida de semi-libertad durante la realización de este estudio. Supuestamente nadie debería poder localizarle pues cumplía la medida en una ciudad distinta de su lugar de residencia y “guerra”. Pero, sus “enemigos” fueron a por él en la ciudad de Gama, le prepararon una emboscada y le asesinaron delante de la escuela con 15 disparos a plena luz del día. Poco tiempo después, S6 se fugó de la casa de semi-libertad en la que estaba porque supuestamente los jóvenes con los cuales estaba en “guerra” en su antigua ciudad también habrían venido por él. En esta ocasión, tuve la oportunidad de hablar con sus familiares, quienes me explicaron que S6 había tenido que marcharse a una ciudad distinta y alejada del lugar donde cumplía la medida socioeducativa, así como de la ciudad en la que vivía con su familia porque ambos territorios entrañaban riesgos. Un año y medio después recibí la noticia de que S6 había sido brutalmente asesinado por sus antiguos enemigos. Éstos eventos apoyan todos los argumentos presentados por los sujetos.

¹⁰⁴ Sobre este tema, véanse: Vianna (1996); Cecchetto (1997;1999) y Diógenes (1998).

mató a uno allá....Luego, el año pasado... murió otro chico de la Expansão, que los tíos de la 5 fueron allá y mataronel N... Y ese día yo estaba con el N.... él estaba con nosotros en el baile y entonces murió... Después fue el hermano del fallecido F, que habían asesinado en el Pandiá. Su hermano y el M., cogieron el S, allá en el P. Norte y le han matado con 13 disparos. Así que estaba 2 a 2. Entonces el año pasado, allá en el P. Norte, mataron a uno más en Navidad ... Ahora la policía dice que...esa guerra está 3 a 2 para la Expansão, ellos lo dicen de esa forma, la policía de la 19ª (comisaría) (p.8)

En estos casos, el protagonismo de la violencia en detrimento del ocio puede conducir a un alejamiento de determinados espacios, supuestamente destinados a la diversión en la comunidad:

S4: Sí, (antes) yo disfrutaba mucho, iba a bailes funk... cada semana había uno y nosotros íbamos ... Luego el salón del (club) Primavera cerró, así que sólo había baile en el Quarentão, allá en Ceilândia Centro... ¿Sabes dónde está el Quarentão?... pero yo ya no voy al Quarentão porque allá ya han muerto tantas personas que no me gusta ir allá... (segunda entrevista p.4)

Pero la articulación entre violencia y la dimensión lúdica en el ámbito comunitario es más compleja. A veces, la violencia se plantea como parte de la fiesta, un elemento entre otros (como las drogas, el alcohol, las mujeres y las armas) relacionados con la diversión.

Por otra parte, están los relatos en los cuales las prácticas violentas de por sí son los protagonistas absolutos. Aquí, la “adrenalina” ejerce un papel crucial que, en algunos casos, posibilita que los enfrentamientos insertados en la dinámica de las “guerras” se vivencien como un juego. Se trata de un juego de riesgo y placer cargado de emoción que, como manifiesta S6, mezcla temor y diversión.

En el relato de este juego, cuya regla consiste en “matar o morir”, para algunos sujetos el valor de la vida del otro y de la propia se banaliza y lo que gana relevancia es la “aventura”. El carácter placentero del “*juego de la vida*” aparece íntimamente asociado a la sensación de poder y omnipotencia propiciada por el uso de armas de fuego, que, sin embargo, acaba por tener “efectos colaterales” como la victimización de personas percibidas como inocentes :

S6: .. también cuando el tío coge una pistola, ¿se siente el rey del mundo!...¿No? Se siente el rey del mundo. Entonces dices: “¡Ahora aguanta!” y te pones a disparar también... Había veces que yo estaba intercambiando disparos en la calle así...y me ponía a reír,¿lo estás comprendiendo, Raquel?, tenía sed de ver al otro cayendo así, me daba igual, él: pá de allá, y yo: pá de acá, pá, pá... toda aquella cosa ¿entiendes? El tío hasta lo pasa bien también...

E: ¿De qué te reías? ¿Era bueno?

S6: Riéndome, no sé ... Lo veía bonito, ¿no hay otra explicación! ... así, cuando ellos me daban un disparo que pasaba así vuum (simula el sonido de la bala pasando), joder, entonces me entraba aquel miedo de morir, entiendes, me entraba aquel miedo de morir... pero cuando yo disparaba también, me ponía loco:“¿Será que va a caerse?¿ Será que va a caerse? Va a caerse ahora ” y pá, pá, y saltas muros, y caes dentro de un terreno, y te muerde un perro, y saltas para allá y saltas hacia acá, es como una aventura, ¿entiendes? Pero cuando te das cuenta, no estás ganando nada con ello, nada....

E: Cuando lo cuentas, da la sensación de un juego

S6: Sí, es un juego... Es el juego de la vida...

E: ¿Hum?... ¿La vida se juega, es así ?

S6: Para quién está en el medio de la *malandragem**, sí...A veces entran personas que están fuera del juego y entran en él sin saberlo, que son los *laranjas**, ¿no? O entonces los padres de familia (pp.16,17)

4.4.4. Factores asociados a la reproducción de las “guerras”

La dimensión placentera que acabamos de señalar es un importante factor que favorece el mantenimiento y la reproducción de las “guerras”, así como los procesos relacionados con la banalización de la muerte. Varios jóvenes (directamente implicados en “guerras” o no) argumentan que, una vez que se ha matado a alguien, resulta muy fácil seguir matando, porque la propia muerte es una promesa segura, lo que intensifica el sentimiento de que no se tiene nada que perder.

S6: ... te quedas con aquel pensamiento, Raquel: si ya mandé a *uno para el saco**¹⁰⁵, no me cuesta nada mandar a ese otro cabrón . Si te quedas con ese pensamiento, entonces ¡matas sin más! Para morir basta que el tío esté vivo.....Para matar también (silencio) (pp.16,17)

Otros dos argumentos frecuentes en la justificación de la disposición para matar son la pérdida de respeto por los demás debido a la violencia sufrida y la ausencia de reflexión sobre las consecuencias de sus actos hasta que se produce el encarcelamiento:

S4: Sí, él ya va para matar... no sé como explicártelo... sólo pensamos en hacerlo en el momento. La persona piensa: “¡Va a ser así y tiene que ser así!”... no piensa en la consecuencia, en lo que va a pasar después...Sólo vas a darte cuenta cuando te arrestan, es entonces cuando dices: “¡jo, ¿por qué lo he hecho?”, vas a arrepentirte. (pp.5,6)

Sin embargo, entre los mecanismos de reproducción y perpetuación de las “guerras”, el gran protagonista es la noción de venganza. Aquí entran en juego redes de solidaridad muy cerradas, sea en el grupo de pares (frecuentemente vinculadas a una articulación entre lo identitario y lo territorial), sea en la unidad familiar. En ambos casos, la cohesión interna vinculada a los afectos y/o a las normas de estos grupos conducen a un deseo de venganza que les lleva a tomar como propias las peleas ajenas. Cuando se trata de la familia, encontramos, sobre todo, la idea de afectos heridos ligada a un sistema de solidaridad sólido basado en lazos afectivos y “de sangre”.

S4: ... la guerra no se acaba nunca porque hay la familia, la propia familia del tío, porque van naciendo los primos, los hermanos, van creciendo y van rebelándose: “ Ah, esa persona mató a mi hermano/ mató a mi primo, voy a matarle también!”, por ello que nunca acaba, ¡la guerra no acaba nunca! Va pasando de familia en familia y nunca se acabaEs así (pp.11,12)

En cambio, en el grupo de pares predomina la noción de ofensa a un código de honor, que acciona prácticas solidarias puntuales no necesariamente asociadas a vínculos afectivos. A veces, dichas prácticas aparecen como una respuesta casi

¹⁰⁵ La expresión “mandar para el saco” es utilizada como sinónimo de asesinar.

automatizada, fruto de la internalización de las normas que rigen determinadas dinámicas grupales:

S5: tú no le matas , él va al hospital y se mejora luego, coge otra pistola, te encuentra y te mata... Entonces un camarada tuyo va allá, coge otra pistola y va allá y le mata ... y así se va sucediendo, uno matando al otro y nunca tiene fin....Es muy extraño.... (p.15)

En cualquier caso, estos aspectos constituyen criterios fundamentales para que un asesinato sea percibido como legítimo o no por los jóvenes y, en particular, por los sujetos del grupo de la semi-libertad:

S5: Ah, yo mismo que no “tengo guerra”.....¿Voy a morirme gratuitamente? No es justo, ¿verdad?

E: ¿Y cuando ves a los demás muriendo?

S5: Ah, entonces depende ¿no? ... porque si el tío está en guerra, si el tío tiene deudas, si mató a un hermano o a algún familiar del otro, no hay nada que yo pueda decir, ¿no? ¡Entonces la guerra es de ellos!..(segunda entrevista, p. 6)

En lo que concierne a las posibilidades de acabar una “guerra”, hay un fuerte consenso con respecto al argumento de que una guerra no tiene fin a menos que se mueran todos los implicados. Pero algunos jóvenes señalan la existencia de ciclos de mayor y menor tranquilidad, que se refieren básicamente a cambios cuantitativos en las prácticas violentas asociadas a las “guerras”. Entre los factores que atenúan los enfrentamientos y reducen el número de asesinatos, enfatizan la muerte de personajes claves y la prisión simultánea de muchos miembros de los grupos rivales.

4.4.5. Posibilidades de salida y estrategias de prevención

Como señalábamos al analizar el caso de S4, los jóvenes directamente involucrados en “guerras”, sugieren que, una vez inmersos en ellas, resulta muy difícil salir. Las opciones que se plantean son, fundamentalmente, la desaparición sin dejar rastro o la muerte. Como el abandono de los territorios de pertenencia suele ser rechazado por la fuerte vinculación que tienen con ellos, hay una tendencia a plantear la existencia de refugios para hacer frente a las amenazas externas, así como a sus temores a la “recaída”. Estos refugios remiten siempre a las redes de sociabilidad primarias en las que creen poder encontrar algún apoyo y protección: la casa y el territorio del grupo de pares.

E: ¿Cómo se sale de una guerra?

S6: Ah, sales y no se lo dices a nadie (silencio)... sales y te esfumas... desapareces... cambias de vida, empiezas otra vida ...porque no hay otra manera ... Ah, evitas ... evitas estar en ese tipo de cosas... sabes donde lo hay, así que pasas lejos ...si ves que no vas a aguantar la tentación, te quedas dentro de casa, ¡no sales! Si vas a salir para estar haciendo tonterías es mejor quedarte en casa... (pp.23,24)

Por otra parte, estos recursos de protección no son suficientes para eliminar el temor a la muerte, la certeza de que las amenazas a que están sometidos pueden concretarse en cualquier momento y de que cuando llegue este momento no habrá ser humano o espacio físico capaz de asegurarles seguridad:

S3: .. Tengo miedo de morir ... así, de estar en la calle, sin ninguna seguridad, y que llegue algún tío con quien estoy en guerra, llegue y me mate sin que yo pueda hacer nada. Tengo mucho miedo.... (pero) Seguridad de verdad, sólo (puedo pedir) a Dios. Porque cuando un tío viene para matarte...no sé, cuando es la hora, puedes estar ...en el infierno, que él va a buscarte. (pp.22,23)

Afortunadamente, los jóvenes que no están directamente amenazados de muerte suelen tener una visión algo más optimista. A pesar de compartir con sus compañeros la sensación de inseguridad constante, todavía creen en la posibilidad de desarrollar estrategias preventivas capaces de mantenerles relativamente alejados de las “guerras”. Estas estrategias suponen estar constantemente pendientes de las acciones que tienden a ser interpretadas como provocativas dentro del *ethos viril*. También se hace especial hincapié en la evitación de la cercanía (afectiva y física) con personas implicadas en relaciones conflictivas.

*S5: .. (para prevenir) es no hacer cosas erradas ... No burlarte de los demás , no quedarte mirando fijamente a los demás ...Si hay un grupo allí y yo voy a pasar, no voy a bajar la cabeza, yo paso con la cabeza erguida, pero no paso mirando a los demás, paso recto... ya para que no digan que estoy mirando y que soy **folgado*** ... para evitar conflictos, entonces yo pongo de mi parte...No andar con personas que tienen y quieren tener conflicto con los demás...Porque si vas a andar con una persona que tiene conflictos o quiere tener conflictos, puede que te salpique aunque no tengas nada que ver ... Entonces es mejor evitar ...es mejor evitar que remediar, ¿no? (segunda entrevista p.15)*

Entre los jóvenes para los que el ejercicio de prácticas ilícitas y violentas es parte de su vida cotidiana, la cuestión fundamental es hasta qué punto están dispuestos a asumir sus consecuencias, lo que conocen muy bien, al menos, en lo que se refiere a los códigos de conducta ampliamente compartidos:

S5:.... la gente bromea conmigo y yo también bromeo, pero si se pasan yo también me paso...si quieren golpearme yo también golpeo, pero quitar la vida yo no la quito...Porque estoy seguro de que si yo quito la (vida) de uno aquí, llega otro allí y quita la mía, entonces, yo dejo su vida aquí y el otro deja mi vida tranquila.... ¿Verdad? (p.16)

El manejo de las relaciones en este contexto “bélico” entre los jóvenes que no tienen ninguna implicación directa como agentes de prácticas violentas, tampoco es fácil. En general, sus discursos están repletos de ambivalencias, marcadas por la tensión entre la lejanía y la cercanía de las “guerras” y de los “guerreros”. La coexistencia de manifestaciones de temor, condenas y justificaciones de las prácticas violentas de las que son espectadores y víctimas, se debe muchas veces a que los protagonistas de las guerras con frecuencia son vecinos o, incluso, amigos de la infancia.

El discurso de A2 nos revela muchas de las estrategias preventivas adoptadas ante el escenario que hemos analizado. Las palabras clave para llevarse bien con los “guerreros” y no llegar a convertirse en su blanco son “neutralidad” y “complicidad”. Hay que mantener relaciones cordiales pero superficiales, ser amigable sin llegar a ser amigo. Según los jóvenes, la intimidad conduce al exceso de informaciones, lo que supone riesgo de perder la vida vinculado a la práctica de “quemar de archivo”. En esta lógica, las dos grandes “reglas de convivencia”, es decir, estrategias de defensa, son: la ley del silencio y la falsa ceguera.

A2: Estar en medio de eso ... yo vivo en una situación que no lo denuncio ... tampoco lo apoyo, yo digo lo que es correcto. Pero soy un tipo de persona así neutra... no soy ni enemiga, ni amiga.... (Porque si eres) demasiado amiga ya sabes que tienes que participar en ello ... Yo digo así: “Hola ¿qué tal?... No suelo andar (con ellos)....Pero cuando tengo la oportunidad de estar (con ellos)... intento hablar con todos ... para que nadie guarde rencor contra mí, porque también hay eso de querer vengarse ...Entonces intento no cotillear, no hacer nada que hiera a nadie y soy amigable... Si alguien me roba o me pasa algo de ese tipo también intento no decírselo, porque ellos van a querer ir allá, pelear, matar... soy neutra. Porque si participo mucho voy a saber demasiado, y si sé demasiado voy a quedarme en medio de la disputa de ellos.... y van a querer matarme para hacer quemar de archivo.....¡Todas las personas que han participado demasiado están bajo tierra!....sabes que en todo lugar existe tráfico, drogas, violenciacuando yo era niña y ellos eran pequeños en el inicio de la Expansão había mucha droga, pero era todo muy camuflado, nadie llegaba a saber mucho... Hoy en día es todo muy abierto, todos los habitantes de una favela saben quiénes son los cabezas y esas cosas... Pero es obvio que no vamos a decírselo a nadie y vamos a fingir, lo mejor es ni siquiera saberlo,¿entiendes?..... (p.17)

4.4.6. Las múltiples facetas de la banalización de la muerte y las repercusiones de las guerras sobre las relaciones sociales en la comunidad

Como hemos señalado en diversas ocasiones, una de las principales consecuencias de la extensión de las prácticas violentas en el ámbito comunitario es la tendencia a una fuerte banalización de la muerte entre los jóvenes.

S4: antiguamente la gente tenía miedo de quien mataba a una persona.... Hoy en día, no, el tío ya puede haber matado a 20 personas que el otro se acerca y no le importaHoy en día ya nadie teme a nadie... Hoy en día, cualquiera mata ¡cualquiera !! Hoy un niño, un niño de 7 años ¡ya está matando!.. eso ha dominado el país.... Violencia y más violencia.. (p. 12)

Pero encontramos manifestaciones de sentimientos muy diversos respecto a la extensión y a la cercanía de la muerte, cuya coexistencia llena el discurso de los sujetos de ambigüedades. Al lado de una tajante banalización de la muerte como la que podemos apreciar en la cita anterior, suelen estar declaraciones igualmente contundentes sobre el temor a ella, que ponen en marcha el desarrollo de una serie de estrategias de defensa como las que acabamos de analizar.

A la vez es posible identificar diferentes posiciones frente a un proceso caracterizado como un verdadero exterminio de la juventud que comparte este escenario “bélico” con los jóvenes del presente estudio. Por un lado, encontramos la expresión de

una gran dureza emocional relacionada con el *ethos viril*, con el sentido de responsabilidad personal y con el escepticismo frente a las posibilidades de agencia y de cambio en el contexto en el que se encuentran inmersos:

S3: ... *mis antiguos amigos .. están todos muertos o presos. Porque de los amigos que yo tenía antes de ser preso ya no me queda ninguno. Ninguno, ninguno, ninguno. Están todos presos y muertos. Todos, todos, todos. Los chicos que veo hoy son todos de la nueva generación, 98,99, los “bandiditos”...*
E: *¿Y qué sientes cuando miras y dices: “. los amigos que yo tenía están todos presos o muertos?”*
S3: *Ah, ¡ yo qué sé ! No hay nada que yo pueda hacer, ¿no? Porque yo también fui al mismo agujero que ellos (silencio)... No hay nada que se pueda hacer ... Ellos no han pagado por lo que hicieron, pues ahora tienen que pagarlo... (es así) ¡Para todo! Lo que tú has hecho tienes que asumirlo. No me refiero sólo ... a delitos en la calle. Es todo. Para todo en la vida, tienes que ser hombre... Para soportarlo todo. Para afrontar todos los absurdos...(p. 25)*

Por otro lado, están las expresiones del sufrimiento provocado por la pérdida de amigos, conocidos e, incluso, desconocidos, debido a este proceso percibido como un exterminio (y en gran medida un auto-exterminio¹⁰⁶) de los jóvenes de sus comunidades de pertenencia:

A2: *(la violencia) Causa dolor. Causa mucho dolor.... Lo sé porque una generación casi entera de mi ciudad ha muerto ... Porque los jóvenes de aquí, (aquí) o las personas tienen menos de 19 años o tienen más de 25,(porque) los que deberían tener entre 19 y 24 años más o menos, hubo una época en que se murieron casi todos a causa de la violencia... (pp.13,14)*

Finalmente, la banalización de la violencia y de la muerte también aparece como una estrategia de defensa. A2 nos revela que, para algunos sujetos, entre los cuales se incluye, las reacciones que aparentemente podrían ser interpretadas como una normalización y banalización de la violencia consisten en realidad en una escenificación necesaria para una convivencia pacífica en la comunidad, una regla más que se vincula al pacto de silencio y a la falsa ceguera:

A2: *... así, reglas de convivencia... como yo una vez, tonta, vi un tío pegándole un tiro a otro allá y salí corriendo como una desesperada, pero no salí gritando, fingí y salí discretamente ... Después él vino a buscarme (lo que vi) fue un hermano golpeando y disparando al otro... el que había sufrido el disparo fue el que vino a hablar conmigo: “Yo te he visto un poco espantada saliendo. ¡Pero no se lo digas a nadie! Ya he ajustado mis cuentas con mi hermano y nos pusimos de acuerdo... no entres en ello” así, ves las cosas y no puedes asustarte, pero tampoco puedes salir comentándolo, tienes que actuar con naturalidad Ves las cosas... con naturalidad... (luego) Fingir que no las has visto, lo ves en el momento, pero después (dramatiza la situación ilustrando lo que relata): “¿Has visto el tiroteo de ayer?”, “¿Qué tiroteo? Ni lo escuché, estaba durmiendo con un sueño pesado, sabes”... (p.24)*

Hemos visto que la percepción de la comunidad como un espacio de riesgo puede implicar una evaluación negativa por parte de los jóvenes que impulsa

¹⁰⁶ Hecho que, por cierto, pone en cuestión de por sí la lógica de la necesidad económica que subyace en la vinculación entre pobreza y criminalidad, sin hablar de las cuestiones de la espectacularización de la violencia, del placer que implica y tantos otros aspectos que hemos señalado en este apartado y que exigen una mirada más amplia y una complejización de las herramientas teórico-conceptuales para analizar la génesis, las manifestaciones y repercusiones de la violencia en contextos de pobreza.

movimientos de alejamiento y/o el deseo de abandonar las ciudades en las que viven o han vivido. Sin embargo, ésta no es la tendencia predominante. Nuestros datos indican que las principales repercusiones desde el punto de vista relacional de la extensión de las prácticas violentas en el ámbito comunitario son: una actitud de **desconfianza generalizada** - ligada a la percepción de la comunidad como un escenario de lucha de todos contra todos - que dificulta el establecimiento de relaciones de amistad, dando lugar a interacciones hostiles, superficiales o efímeras,

S3:..... *Mi único amigo es Dios... No da (para fiarse). Hoy es amigo matando a amigo, no me fío no. No me fío de nadie. Es un ojo delante y otro atrás...* (p.22)

la **restricción de los espacios de movimiento** de los jóvenes,

A3: *...aquí no hay lugares para ir, yo voy de mi casa al CEMIM, del CEMIM a la escuela, es así.* (p.18)

procesos de aislamiento y privatización de la vida social,

A2: *...Incluso, yo te dije que hay esas cosas muy buenas, samba y esas cosas pero yo no participo, suelo quedarme en casa mirando la tele y escuchando música. ...* (p.17)

o bien en **la asunción de prácticas violentas como estrategia de supervivencia :**

S2: *..... hoy día hay mucha gente matando por miedo a morir.... a veces eres tranquilo, un tío tranquilo... Ya he visto mucha gente matar por miedo a morir.... gente que yo pensaba, no, ese no hace nada, ¡qué va! ... fue en el momento que por miedo a morir mataron, así, puñaladas, tiros....*(p.8)

En todo caso, son reacciones que contribuyen a la fragilización de los lazos sociales en el ámbito comunitario y a la creación de ciudades defensivas.

5. El contrapunto: la comunidad como espacio de pertenencia y participación social

En este apartado nos dedicaremos a analizar con mayor detenimiento los factores que han contribuido a que el ámbito comunitario se perciba como una unidad de pertenencia por algunos de los jóvenes. Estos factores hacen viable una resignificación de muchos de los aspectos evaluados negativamente en la comunidad que se asocian a la fragilización del vínculo social en este contexto.

5.1. El arraigo físico: tener un lugar

Como contrapunto a las diversas modalidades de movilidad ligadas a la fragilización de los lazos comunitarios, **la permanencia estable y duradera** en una comunidad determinada es un aspecto que favorece el fortalecimiento de la vinculación con este ámbito en ocho casos (S2, S3, S4, S5, A2, A3, A4, R5). La consolidación de un arraigo físico propicia intercambios sociales y simbólicos, procesos de identificación y

reconocimiento; en suma: la construcción de relaciones con espacios y actores sociales que posibilitan a los jóvenes la percepción subjetiva de que tienen un lugar en el mundo.

El factor fundamental – aunque no lo garantice - **para la estabilidad de la permanencia en el ámbito comunitario** es la vivienda; más específicamente, la **posibilidad del grupo familiar de acceder a una vivienda en propiedad**, lo que entre nuestros sujetos se produjo tanto por la política de concesión de parcelas (A2, A4, S6, S5), como por otros medios (S2, S3, A3, R5).

5.2. El arraigo social

A pesar de la tendencia a la privatización de la vida social que hemos señalado anteriormente, todos los jóvenes que tienen alguna vinculación con el ámbito comunitario ponen el acento en el sentido de la **comunidad como un espacio de relaciones sociales**. Éste es un **elemento central en los procesos de construcción de identidades sociales positivas asociados a la concepción del espacio urbano dual**.

Desde esta óptica, la periferia se percibe como un espacio de cohesión y solidaridad en el que predominan la comunicación, las relaciones cercanas, la alegría y el calor humano. La primacía de la amistad y de la solidaridad sobre lo económico se plantean como ingredientes suficientes para “hacer la fiesta”. Y, principalmente, como los factores que compensan la carencia de recursos y la violencia generalizada que sufren en el ámbito comunitario. En contraposición, los jóvenes asocian el Plano Piloto y sus habitantes a la frialdad, el egoísmo, el individualismo, la falsa moral, el aburrimiento y a la incapacidad para divertirse “verdaderamente”, pues suponen que éstos, como mucho, tienen un espejismo de felicidad mediado por el dinero.

La tendencia a elaborar un discurso autocompensatorio e invertido en el campo de los valores y criterios morales ha sido constatada por otros estudios realizados con jóvenes en situación de pobreza (Caldeira, 1984; Abramovay et al., 1999). En este discurso, se supone que en el campo moral la riqueza es posesión de los pobres. En contrapartida, los ricos se ven como “pobres de espíritu”, visión que conecta con la versión romántica del discurso sobre la “*favela*” y la periferia que señalábamos al principio de este capítulo (Alvito y Zaluar, 1999).

A2: ... La primera vez que fui...al Plano... andando por las manzanas me quedé triste ... fui a casa de una colega.... me senté en la acera y me quedé allá esperando que alguien viniera a hablar conmigo Porque en mi calle hay un montón de gente en la calle por la noche, en los chiringuitos, ¡ hay mucho movimiento!, ¡entra gente en mi casa en todo momento! Entonces me quedé allá mirando, observando, una gente desanimada ¡¿Y un apartamento?! ¡Dios me libre! (risas) Esa gente tan fría, un vecino entrando, el otro limpiando ... y uno ni saludó al otro...me parece muy raro... ¡Ceilândia me encanta!

Mira, ya he visto a muchos vecinos muriendo, gente muriendo a tiros... Pero.. creo que nada de eso consigue entristecerme porque... sólo la felicidad que hay en Navidad... los ricos allá, para divertirse tienen que ir a clubes, gastar dinero... Nosotros, no, para ser feliz basta la amistad y un poquito así de dinero, porque sin dinero tampoco es posible hacer nada (risas)... ¡es estupendo, estupendo! (p.12)

En las entrevistas de A2, la comunidad y los vecinos emergen como parte de la familia, como “la gran familia”. La cita anterior nos permite apreciar que su casa prácticamente se mezcla con su calle; la casa, la calle y la comunidad no son espacios coincidentes, pero sin ninguna duda son ámbitos muy permeables; tanto es así que la idea de vivir en un apartamento y la delimitación de límites tan definidos entre los referidos territorios le chocan.

Ahora bien, más que la regla, el caso de A2 constituye una excepción entre nuestros sujetos. A pesar del énfasis sobre el significado de la comunidad como un espacio de relaciones sociales en el discurso de los jóvenes que tienen alguna vinculación con este ámbito, los actores sociales involucrados en las relaciones comunitarias son variables. Encontramos desde una verdadera red de relaciones que incluye los pares, los vecinos y diferentes instituciones (por ejemplo, A2 y A3), hasta un circuito relacional muy circunscrito, que predomina entre los jóvenes de la semi-libertad.

En todo caso, en los relatos relacionados con los procesos de construcción de un “arraigo social” en el ámbito comunitario, destacan dos agentes de socialización frecuentemente diferenciados: los vecinos y los pares. Precisamente porque los jóvenes suelen diferenciarlos hemos optado por abordarlos separadamente. A continuación presentaremos los núcleos de sentido más relevantes asociados a los pares y a los vecinos, que se conectan con las nociones de comunidad y vínculo social.

5.2.1 El grupo de pares

a) La comunidad como un espacio de ocio

El primer aspecto que sobresale en las entrevistas asociado a una consideración positiva del ámbito comunitario relacionada con los pares son las **actividades de ocio**. Pese a la carencia de espacios de ocio en la comunidad, los jóvenes acaban por desarrollar estrategias que les permiten compensar en alguna medida este vacío.

Entre las actividades realizadas con los pares predominan: las charlas, el consumo de alcohol y de diferentes tipos de drogas ilícitas, los juegos y actividades deportivas, las fiestas, los bailes funk, dar una vuelta para pasar el tiempo, y las variadas

prácticas asociadas al concepto de “**aprontar**”*. A veces se menciona la utilización de recursos naturales (ríos, matas) e institucionales (polideportivo de una escuela, ONGs) para la realización de actividades de ocio. Sin embargo, los espacios privilegiados de dichas actividades son los bares, los lugares destinados a las fiestas, conciertos o bailes *funk*, las casas de amigos y, muy especialmente, la calle.

Los jóvenes del grupo de la comunidad, así como R5, ponen el acento en la función comunicativa asociada a las actividades realizadas con los pares: *A3:..ah, no sé, ya me divertí mucho en la calle... Ah, jugando a la pelota, charlando... en mi calle tenemos el hábito de hacer una rueda en medio de la calle y nos quedamos todos conversando, es así (p.16)*

R5, además, junto a uno de los varones de la semi-libertad (S2), hace hincapié en las posibilidades de conocer a chicas y “ligar”, aunque ésta no sea una condición para la diversión con los amigos: *R5: La **curtição*** es así, se reúne un grupo, vamos a un bar y empezamos a beber y a charlar... se llena de mujeres la mesa y; entonces la cosa se pone buena!..... (p. 17)*

En el discurso de los jóvenes de la semi-libertad, las referencias a las actividades de ocio conducen directamente al campo de las actividades ilícitas. En ocasiones, las prácticas violentas se plantean como un medio para obtener recursos que permiten diferentes tipos de diversión asociados al consumo. Otras veces, constituyen un fin en sí mismas. En este caso, la diversión consiste en “**aprontar**”* y los beneficios materiales y simbólicos que de ahí se derivan se ven como un placer añadido. Estos dos sentidos coinciden claramente con la distinción realizada por Dubet (1987) y por Wieviorka (1997) entre violencia instrumental y violencia gratuita. Pero en ambos casos aparecen como modos alternativos de participación social.

La estrecha vinculación entre ocio y ejercicio de actividades ilícitas en el ámbito comunitario se relaciona íntimamente con la cuestión del tiempo libre. Aunque nos alejamos de todo tipo explicación reduccionista que pretende explicar el ejercicio de prácticas delictivas y violentas en función de una asociación entre pobreza y ociosidad, el tiempo libre ocupa un lugar central en las trayectorias analizadas. Antes que como tiempo de ocio, el tiempo libre se vive como tiempo de ociosidad; es un tiempo que hay que llenar inventando estrategias que permitan compensar la falta de recursos y espacios de participación social a la que los jóvenes se enfrentan cada día.

En muchos casos, nos encontramos ante la vivencia de un verdadero exceso de tiempo libre; el “no tener nada que hacer” se intensifica por el vacío producido por la desvinculación con los espacios de socialización e integración social tradicionalmente asociados a la juventud (como, por ejemplo, la escuela y el trabajo), a lo que se suma la

segregación espacial a la que están sometidos (que supone un confinamiento en el ámbito comunitario o limita sus espacios de movimiento a la periferia) y la carencia de alternativas de ocio y de ofertas de actividades en la comunidad.

En este escenario, el consumo de drogas y el ejercicio de prácticas ilícitas son un antídoto asequible y eficaz para hacer frente a esta desfavorable conjunción de factores, ya que posibilitan la obtención de muchos beneficios valorados por los jóvenes: generan ganancias materiales que posibilitan el consumo; propician emoción y “*adrenalina*” y, además, se asocian a beneficios simbólicos en el grupo de pares. Como mínimo, ayudan a que pase más rápido este tiempo que de otra manera sería experimentado como un tiempo muerto:

*S5: Yo me quedaba **aprontando***. Robando, fumando droga, haciendo un montón de cosas, la droga que yo digo es la marihuana... Ah, es un pasatiempo, ¿no? Era un pasatiempo, porque yo fumaba allí e iba a dar una vuelta, a **curtir***...Porque cuando fumas marihuana te quedas así volando ... en las nubes....tomaba una cerveza, o entonces cuando estaba sin dinero fumaba marihuana, cogía una pistola allí e iba a hacer un robo, ganar un dinero, ¡yo qué sé!.. (p.22)*

b) Prácticas ilícitas, violencia, dimensión identitaria y vinculo social: la positivización de la violencia y la reversión del estigma territorial entre los pares

Por otro lado, están los intercambios simbólicos ligados al reconocimiento social y a la dimensión identitaria que hemos señalado en este capítulo. **Para los jóvenes de la semi-libertad, la asunción de prácticas ilícitas y/o violentas, así como los diversos signos identitarios asociados a éstas (ropas, marcas, modos de andar, hablar, etc.) acaban por constituir la marca de su distinción.** Como hemos visto, tal distinción tiene implicaciones negativas, pues se asocia a prácticas de discriminación y estigmatización en la comunidad y supone dificultades de inserción en distintos espacios. No obstante, también está cargada de positividad, ya que les propicia inserción, reconocimiento social y “fama” en el grupo de pares.

En este sentido, nos encontramos con datos muy similares a los hallazgos de estudios recientes que articulan juventud, violencia y exclusión social en Brasil¹⁰⁷ y, muy particularmente, con la interpretación de esta dinámica realizada por Diógenes (1998). Tal dinámica consiste en la **construcción de modos de participación social alternativos y redes de sociabilidad paralelas a los campos de experiencia normativa e institucional (ligados a la familia, la comunidad, la escuela, el trabajo y las instituciones de reintegración social), en los cuales las prácticas vinculadas a**

¹⁰⁷ Conjunto de investigaciones, oportunamente citadas, realizadas en Brasilia, Río de Janeiro, Curitiba y Fortaleza en el marco de proyecto apoyado por la UNESCO.

la violencia constituyen un modo de enunciación que les permite convertir el rechazo que sufren y la negación de un lugar social, en una posición de visibilidad desde la que ritualizan su existencia, afirman y reivindican su diferencia en el espacio social. Aquí encontramos una interesante materialización de la noción de *micropoderes* de Foucault (1984).

Así, el malestar derivado de la condición de pobreza y de la dificultad de acceso a diferentes vías de inclusión y participación social moviliza la formación de grupos de pares cuyas prácticas operan la positivación de los referentes socialmente negativizados. Este movimiento engendra “*un modo de “inclusión social” al revés*¹⁰⁸, cuyo pasaporte es la violencia y la marca cultural, el territorio” (Diógenes, 1998, p.32, traducción de la autora). **Se produce, por tanto, una reversión de los estigmas territoriales mediante formas de afirmación de las diferencias que posibilitan a los jóvenes un registro en el cuerpo social y atenúan sus procesos de exclusión mediante la creación de *campos de comunidades posibles*** (Ibíd).

Sin embargo, como también hemos visto, este proceso puede implicar una limitación a grupos de solidaridad local muy restringidos, que, aunque en nuestros casos no llegan a constituir guetos¹⁰⁹, dificultan el establecimiento de un vínculo social más amplio.

S3: ... (risas) (en el grupo eran) ¡Todos cabulosos, todos extraños!.. (no quería) saber de la vida no... Sólo quería vender droga, matar a los demás, curtir frevo*! Esa es la vida de la malandragem*:: Matar a los demás, tener muchas mujeres, ser bien visto por los otros bandidos: “ Aquel tío es cabuloso*, es sanguinario, no sé qué ”. (p.28)*

De ahí derivan ambivalencias frente a los tipos de reconocimiento público obtenidos, fruto de la coexistencia entre sus dimensiones de positividad y negatividad.

En el discurso de los jóvenes de la semi-libertad sobre la relación con los pares, la temporalidad es una variable central en la calificación de los vínculos. Su principal característica es una lógica dicotómica que relativiza la categorización de los “*buenos*” y de los “*malos amigos*” (o “*influencias*”, lo que para ellos a menudo suele ser lo mismo) según el marco temporal que toman como punto de referencia en diferentes momentos de la entrevista.

E: ¿ Echas de menos a los amigos?

S3: (No), me parece mejor. Porque las amistades que yo tenía eran todas amistades equivocadas...Malas compañías ...Ah, ¡ aquella persona equivocada! Sólo te invita a usar droga, matar a los demás, atracar, robar...Aquella persona en la cual no puedes fiarte para nada (p.27)

¹⁰⁸ El término utilizado por la autora en portugués es “às avessas”, cuya idea central es la de inversión.

¹⁰⁹ Sobre este concepto véase, Wacquant (2001), así como los estudios sobre desviación social realizados por la vertiente ecológica de la Escuela de Chicago.

S5: Eran amigos de la *malandragem**...Hoy en día no es amigo, es amigo así...con un ojo cerrado y el otro abierto... en la época que era de la *malandragem** era amigo ¿no?, me fiaba, ponía una pistola en la mano llena de balas...fumábamos un porro juntos, salíamos, no había eso de desconfianza ... pero hoy en día. Hoy en día no tienes amigos...Porque hay tíos cabritos*, entiendes, dice que es tu amigo te invita para dar una vuelta allí y ya hay otro allá esperándote para matarte ... eso no es un amigo (pp. 24,25)

En esta lógica, la autopercepción y la heteropercepción cambian radicalmente con el paso del tiempo y tienen como punto de inflexión la experiencia de privación de libertad. Tras la institucionalización, es frecuente la fragilización, o incluso una ruptura brusca de los vínculos con los “*antiguos amigos*” (aunque su antigüedad pueda ser provisional). Además, la participación en la comunidad tiende a quedarse restringida a sus casas, impulsando un proceso de agudización de su aislamiento.

S3: ...*Mi vida ya no es como antes ... muchas cosas han cambiado...No sé, la convivencia entre las personas ha cambiado mucho....las relaciones entre, las amistades que yo tenía en el pasado...(antes) Me detenía para conversar...hablaba de todo... Hoy en día no, es sólo: “Hola, ¿qué tal?... y sigo adelante. Nada más... Hombre, es malo, para mí es malo ... (p.23)*

c) Caracterización de los vínculos con los pares

Los matices relativos a los tipos de vínculos que los jóvenes establecen con sus pares parecen tener una incidencia significativa sobre el vínculo social que llegan a establecer con la comunidad en sentido más amplio.

En el grupo de la semi-libertad, independientemente del marco temporal y espacial de referencia, **el vínculo con los pares se define predominantemente por la instrumentalidad**. Los sujetos enfatizan que la solidaridad entre sus pares suele restringirse a los momentos de placer, de fiesta y de abundancia de recursos, así como en los enfrentamientos con otros grupos de jóvenes. Hay un predominio de *éticas del instante* vinculadas a *procesos de tribalización* (Maffesoli,1988). Los jóvenes destacan que **aun cuando hay indicios de lazos afectivos, jamás puede haber confianza** en la relación con sus supuestos amigos. **Estas constataciones provocan sufrimiento, procesos de aislamiento y una profunda soledad subjetiva.**

S6: ... *También hay muchas personas falsas...existe mucha falsedad, ¿entiendes? Ese mundo es muy, yo qué sé, no sabes qué es lo que pasa por la cabeza del otro...Maldito es el hombre que se fía de los demás ...Cuantos tíos, tíos así que ya te han abrazado te traicionaron delante de ti ... es una cobardía tan grande que te sientes tan mal, entiendes, piensas: “Joder, ¿cómo es que el tío ha hecho una cosa así? El tío era un camarada e hizo eso conmigo” ...existe mucha cobardía en ese mundo (silencio)(p.13)*

Las excepciones en este sentido, son S2 y S5, los cuales enfatizan que las relaciones entre su grupo de pares de la comunidad se caracterizan por la unión, la solidaridad y la amistad. Curiosamente, esta caracterización aparece conectada a una

distinción entre su ciudad como un espacio de violencia y su “*quebrada*” como un territorio pacífico. La paz viene dada por la primacía del diálogo como modo privilegiado de resolución de conflictos entre su grupo de amigos, regla que, no obstante, se rompe en la relación con otros grupos de pares.

S2: ... allá donde yo vivo nadie se mete con nadie así no... en los frevo la gente no se riñe los unos con los otros... por más borracho que esté... en la malandragem* hay unos que ya se quedan riñéndose... de ahí puede salir hasta muerte, disparos.....allá en nuestra quebrada no, si es para matar, se mata a desconocidos, cabritos*... pero entre nosotros mismos nunca ha pasado gracias (a Dios), hasta hoy nunca pasó que uno llegara a disparar al otro ... siempre hay discusión porque eso es normal, pero cuando la hay en la misma hora ya se está conversando... (p.7)*

La diferencia fundamental en las relaciones comunitarias de estos chicos es que, en el caso de S5, la cohesión en el grupo de pares coexiste con una buena relación con los vecinos, mientras que, para S2, supone una relación con el vecindario marcada por la hostilidad que se define por una oposición radical.

Los jóvenes del grupo de la calle, salvo R5, no hacen apenas referencia a relaciones con los pares en el ámbito comunitario, lo que apoya la hipótesis de que efectivamente este es un territorio que carece de sentido social para ellos. R5, a su vez, no alude a sujetos concretos, pero sitúa las amistades con los pares como uno de los principales (y escasos) factores que le vinculan a la comunidad.

Los jóvenes del grupo de la comunidad señalan la interacción social con sujetos y grupos diversos. Sin embargo, **los pares definidos como amigos son muy escasos. Por otra parte, aquéllos que merecen este calificativo son asociados a relaciones basadas en vínculos afectivos, duraderos, solidarios y estables.**

*A3...yo tengo una amiga que es mi amiga desde cuando nos mudamos para acá ...nosotras ya **aprontamos***, ya peleamos(p.2)*

A4: Y está el M. y el A. también... yo creo que casi todo lo que pienso, el M. y el A. lo piensan ... Creo que todo. El prejuicio, por ejemplo, no les gusta... El M., por ejemplo él es homosexual... yo le comprendo mucho ...ese fue el amigo con el cual yo he crecido (p.31)

Las referencias a las amistades entre pares son especialmente relevantes en el discurso de A3 y A4. A2 privilegia el vecindario en un sentido más amplio, situando a los vecinos como protagonistas. A su vez, A1 niega tener cualquier amistad.

Pese a su escasez en términos cuantitativos, **las relaciones afectivamente significativas entre los pares son un elemento muy potente para el mantenimiento y la consolidación del vínculo con el ámbito comunitario en los tres colectivos estudiados.** Destacan, en particular, las referencias a relaciones de amistad duraderas y estables (A3, A4, S2, S5), las relaciones de apoyo y solidaridad, aunque en ocasiones

estén marcadas por la inestabilidad y la instrumentalidad (S2, S3, S4, S5, S6, A2) y las relaciones amorosas (A4, A3 S5, S3, S6, R5).

Finalmente, hay que poner de relieve la **importancia de la inscripción territorial como marca de la filiación social**. A veces, el simple hecho de pasar a residir en la “*quebrada*” posibilita procesos de identificación y una mayor apertura al establecimiento de relaciones amistosas:

S2: Allá es una peña grande...(somos amigos) desde hace mucho tiempohay unos ahora, de hace poco tiempo, otros que desde pequeños.... Pero, allá en el Setor siempre ha sido así, los que se trasladaban para allá eran nuevos pero les vas cogiendo amistad ... porque son de allá mismo del Setor (p.31)

Este dato exige una matización de los planteamientos que asocian la exclusión social con el desvanecimiento (o el fin) de la solidaridad basada en la inscripción territorial (Wacquant, 2001, Dubet, 1987; Dubet y Lapeyronnie, 1992)

5.2.2. Los vecinos

a) La comunidad como un espacio de solidaridad

Los jóvenes que tienen un fuerte vínculo con el ámbito comunitario (A2, A3, S2, S4, S5 y S6) describen la comunidad como un **espacio que se caracteriza por las relaciones solidarias**. La relación entre este núcleo de sentido y los vecinos es particularmente relevante en el discurso de las dos chicas del grupo de la comunidad (A2 y A3) y de un varón del grupo de la semi-libertad (S5). Estos jóvenes hacen especial hincapié en el significado de la comunidad como un espacio de aprendizaje de la convivencia, de la solidaridad y de la vida en colectividad:

*A3: En la calle donde yo vivo...Mira, yo aprendí a convivir con las personas, a dividir las cosas, a ver... allí también aprendí a no **aprontar*** (p.17)*

Las prácticas solidarias atribuidas a los vecinos van desde las estrategias de protección frente a diferentes amenazas de victimización como hemos visto en el apartado anterior, hasta la función de proveedores de recursos materiales muy básicos:

S4:... cuando yo era pequeñito así, yo no tenía ropa. Quienes nos regalaban la ropa eran nuestros vecinos porque mi padre gastaba el dinero con alcohol y yo no tenía ropa. (p.7)

A2: Incluso mi calle está bastante unida: “¿No queda colorante? Vete a casa de Maria, de Joaquina...”, la gente intercambia ¿sabes?; ¿Se acabó el butano de la vecina y su marido está de viaje? Vamos a darle butano.”... (p.10)

En el caso de la comunidad a que pertenece A2, dichas prácticas están muy consolidadas, llegando a tener a veces un alto nivel de organización. Su relato sobre las relaciones en el vecindario indica la existencia de una fuerte cohesión social, que

funciona como un potente elemento amortiguador de las vulnerabilidades asociadas a procesos de exclusión social enfrentados por los vecinos:

A2: ... En el vecindario que va más o menos del principio al final de mi calle, que es la principal, es así: en Navidad, Noche Vieja, tú das el pollo, yo doy el arroz, hacemos la cena en la casa de alguien... a veces hay gente que ni puede entrar porque toda la calle en una casa es imposible, ¿no? o la mujer dio a luz y no tiene dinero para comprar ropa (para el niño), entonces, quien tiene niños en la calle va donando las ropitas para los más nuevos. ¿Has entendido como es? ... Incluso, por eso que yo te digo que mi madre no compraba ropa para mí, porque la gente sabía que mi madre estaba separada, no tenía marido y necesitaba ayuda, esas cosas ¿sabes? y también hacen programas de recogida. (p.11)

Entre las prácticas más directamente relacionadas con la inclusión social de los jóvenes, algunos sujetos (S6, S5, A1, A2) señalan la **intervención del vecindario en el sentido de facilitar su inserción en actividades laborales en el ámbito comunitario**, como veremos con detenimiento en el capítulo sobre el trabajo. Otro aspecto relevante son los **canales de comunicación que favorecen la circulación de informaciones** relacionadas con oportunidades de inserción en diferentes espacios:

A2: ¿Qué hay de bueno en Ceilândia?... Hay comunicación, ¡demasiada comunicación! Están dando un curso allí: “Mira, dile a tu hija que hay un curso de eso ... que hay eso y es gratuito ...”, entonces, ¡toda la calle se apunta! Chica, es una cosa muy rápida... la comunicación no es ni siquiera por teléfono, es boca a boca..... (p.12)

b) La comunidad como un espacio de apoyo

La existencia de las prácticas solidarias mencionadas y el establecimiento de relaciones de amistad conduce a algunos de los jóvenes (A2, A3, A4, S4, S5, S6) a percibir la comunidad como un espacio donde es posible obtener **apoyo social**. Para A2 y A3, y en menor medida para A4 y S4, este apoyo se produce en los términos analizados en el apartado anterior, y también bajo la forma de un apoyo institucional que veremos a continuación.

A su vez, los jóvenes de la semi-libertad ponen de relieve una forma de apoyo asociada a sus proyectos de cambio y la idea de (re)integración social. Se trata de los **“consejos”** ofrecidos por algunos vecinos (S3, S4, S5) y la **comprensión**, por parte de algunos de sus pares, de su deseo de *“cambiar de vida”*. Pero también encontramos alusiones al apoyo social que no implican una renuncia al ejercicio de prácticas ilícitas. S6, por ejemplo, pone el acento sobre el reconocimiento social y la aceptación obtenidos en *“la comunidad”* a pesar de su implicación en actividades ilícitas, en oposición a la estigmatización sufrida en *“la sociedad”*.

S6: El lugar que realmente más me ha gustado fue Santa María.... (porque) allá yo hice muchas cosas incorrectas pero también descubrí muchas cosas buenas... Mi mujer(risas) Además, yo tenía unas amistades buenas allá también...muchas personas allá me conocían. Había personas allá que me ayudaban, me apoyaban....entendían por qué yo era así, ¿entiendes?... porque... para la sociedad el tío que pasó por la cárcel es ex-recluso hasta la muerte....porque la sociedad sólo le ve así

¿no?... (Silencio) Yo me siento (mirado de esta forma) No por todos, entiendes, hay personas que lo entienden, pero hay personas que no miran a su propio culo para hablar de los demás... (p.12)

5.3. Dimensión institucional, sentido de pertenencia y participación social en el ámbito comunitario

Una peculiaridad del discurso de los jóvenes de la comunidad, así como de dos varones del grupo de la semi-libertad (S5 y S4), es la percepción de diferentes espacios institucionales como recursos comunitarios, situados como ámbitos de participación social y unidades de pertenencia en este territorio.

A3: (aquí en Ceilândia) ...de vez en cuando hay talleres temáticos también...porque me encanta venir aquí al CEMIM¹¹⁰..... Ah, no quiero hacerlos la pelota pero vosotros de aquí del NATEX me gustan mucho, el teatro también ... hay el voleibol , que he tenido que dejar pero que también me gusta.... porque he empezado el curso.....Aquí también hay una escuela, casi no ves a ninguna persona analfabeta, salvo los padres de las personas, porque incluso mi madre es semi-analfabeta.....Hay conciertos evangélicos a los que me encantan ir.. en la iglesia siempre hay fiesta.....eso es todo (p.12)

Los actores sociales institucionales privilegiados son la escuela (A2,A3,A4,S5), las instituciones religiosas (A1, A2, A3, S5) y las organizaciones no gubernamentales y programas de intervención social (gubernamentales o no) orientados a la juventud (A1,A2, A3, A4, S4 y S5). Las referencias a las asociaciones de vecinos y movimientos organizativos locales son escasas (A2 y S5). No obstante, consideramos que también merecen destacarse, ya que su presencia parece incidir muy positivamente en el fortalecimiento y ampliación del vínculo social en la comunidad.

Nuestros datos sugieren que las actividades llevadas a cabo por dichas instituciones propician el establecimiento de canales de comunicación, la ampliación de las relaciones y espacios de participación social de los jóvenes y sentimientos asociados a la pertenencia y a la cohesión comunitaria. Hay una **relación significativa entre el acceso que los sujetos tienen a diferentes recursos institucionales percibidos como espacios de participación social y la vinculación que establecen con la comunidad. Tal relación también incide sobre la amplitud de las definiciones de “comunidad” presentes en sus discursos** de modo explícito o implícito.

Esta relación apunta hacia la relevancia del *capital social* (Bourdieu, 1980b) en los procesos de exclusión e inclusión social de los jóvenes. En este sentido, entre los jóvenes que todavía viven en el ámbito comunitario tenemos dos casos contrapuestos muy ilustrativos. Por un lado está A1, para quien la comunidad es un territorio

¹¹⁰ Sigla de institución salesiana que ofrece diversas actividades socioeducativas para niños y jóvenes en la ciudad de Ceilândia y en cuyo edificio funcionaba el NATEX, la ONG a la que pertenezco.

vaciado de sentido social. En este caso, la vinculación con una entidad religiosa es el único lazo que rompe con su aislamiento. La pertenencia a la religión “espírita” atenúa su desarraigo, pero no ha logrado romper con su profunda soledad y dureza emocional:

A1: .. Pero también yo soy un tipo de persona que no tengo amor por nada (silencio) ... no tengo amor por nada.... no tengo amor por ti, ni por la Carlota, no tengo amor por mis amigos allá, vosotros me gustan, yo converso con vosotros, pero decir así que tengo amor, decir así: a aquella persona, la considero un amigo de verdad.... ya no consigo sentir amor por nadie.... Mis únicos amigos son Dios y mis orixás¹¹¹.... para mí yo no tengo amigos....eso lo traigo conmigo....desde pequeño.... (pp.18,19)

Este caso apoya la hipótesis señalada por Gorz (1997) de que cuanto más frágiles y escasos son los lazos sociales de un individuo, o cuanto más problemático es su lugar en la sociedad, suponiendo que tenga uno, mayor es la tendencia a que se remita a una identidad (religiosa, territorial, etc.) que le sitúe **fuera del campo social**. Así, en una situación de desarraigo, “*esta identidad no social será la encargada de definir al individuo en su integridad y será reivindicada contra la sociedad ambiente como identidad integral que no sufre sobredeterminaciones: como todo lo que el individuo es, como todo lo que tiene que ser*” (p.130).

En el extremo opuesto está A2, que entre todos los sujetos de nuestro estudio es quién tiene los mayores niveles de inclusión y de participación activa en diferentes espacios. Su discurso pone de manifiesto una fuerte vinculación con el ámbito comunitario que posibilita la atribución de un sentido amplio al término comunidad. Para esta chica, la comunidad implica orientación hacia la colectividad, solidaridad y cohesión social, aspectos que posibilitan la construcción y el fortalecimiento de redes sociales que actúan como fuentes de apoyo y elementos amortiguadores frente a las adversidades asociadas a procesos de exclusión social.

Desde esta óptica, las instituciones favorecen el fortalecimiento del vínculo social, pero son un recurso más del ámbito comunitario. El énfasis recae sobre la capacidad colectiva para (auto) gestionar los riesgos, donde la propia comunidad es, a la vez, sujeto y recurso de las acciones.

A2: ... nosotros pintamos la acera, limpiamos la calle, desatascamos las alcantarillas ... Porque si tuviéramos que esperar desbordaría.... Nos reunimos....Hay campeonatos, la mitad de la (calle)16 contra la otra mitad, los solteros contra los casados...Los domingos se hacen partidos, las chicas son la afición, hacemos aquella feijoada, viene el grupo de pagode¹¹², la gente se reúne en el campo y todos empiezan a bailar, ¡qué felicidad! Hasta te olvidas un poco de los problemas, ¿sabes? ... Y también hay muchas iglesias... Las iglesias también promocionan muchas excursiones, organizaciones (p.12)

Los trabajos comunitarios ligados a las organizaciones vecinales parecen contribuir a una mayor sensibilización de los jóvenes hacia la dimensión colectiva.

¹¹¹ “Orixás” es el nombre genérico de las entidades religiosas de la religión Espírita.

¹¹² La “feijoada” es una comida típica de Brasil y el “pagode” una variación de la samba.

Aunque no les implique necesariamente en procesos de participación política, posibilita una ampliación del sentido de la noción de comunidad, asociada a la idea de “ciudadanía”. Las acciones organizadas de los vecinos destinadas al cuidado de la zona, el incremento de recursos y del bienestar del vecindario potencian una valoración positiva del lugar en el que se vive y de sus habitantes. Además, son apuntados como un elemento de distinción positiva frente a otros territorios que también configuran el espacio urbano de las respectivas ciudades de pertenencia de los sujetos.

S5: (sonríe) Ah, ¡Samambaia es guay! Sabes dónde vivo yo ¿no, Raquel? ... Quebrada tranquila... no hay tiroteos ni guerra, sólo hay paz....paz y amor... la quebradinha allá es buena, me parece mejor que varias de las que hay allá... Las zonas son (diferentes entre sí)... cada zona tiene un olor diferente, una huele a carne podrida ...o pasas y ves aquel montón de basura tirado en la mata. No, ¡qué asco! En mi zona, no es por querer hablar bien de mi zona, pero no hay estas cosas... porque la comunidad la limpia, ¿sabes? No deja que se acumulen escombros, basura... está todo limpio.. ¡Mi calle misma es la calle que tiene más árboles!... Está toda llena de árboles...Es guay, me gusta... Ah, (me gustan) las personas, las amistades, las mujeres...muchas cosas... (segunda entrevista p.9,10)*

Sin embargo, aun cuando hay trabajos comunitarios relativamente consolidados y con un buen nivel de organización, parece haber dificultades para llevarlos adelante. En este sentido, encontramos un aspecto llamativo en el discurso de A2. Al analizar el estancamiento del trabajo de la asociación de vecinos de su comunidad, esta chica argumenta que las dificultades relacionadas con la gestión de las acciones se deben no tanto a la falta de recursos materiales sino, sobre todo, a la falta de confianza en la capacidad de los miembros del vecindario para llevar a cabo procesos de cambio. Esta falta de confianza se basa en la creencia de que el liderazgo comunitario debería ser sustituido por expertos, supuestamente poseedores del saber necesario para gestionar los recursos comunitarios de modo más eficiente que los vecinos:

A2:...la comunidad de la zona 16 es así: hay la Asociación Global, que son los empresarios aquí de Ceilândia Centro que la ayudan.... llaman a la gente de allá ... consiguen donaciones ... y van ayudando así... Pero últimamente esa Asociación... está parada... por falta de coordinación, y también de personas que... yo sé que ellos trabajan mucho, pero es necesario(tener a) personas que ya tengan ... como vosotros, así, psicólogos, personas de ese tipo... Porque por más que nosotros tengamos buena voluntad, la persona tiene que tener capacitación, ¿no? Tiene que ser un profesional realmente especializado en aquella área... yo creo ellos no se han preocupado por eso ... por lo que veo para montar una asociación es fácil, el problema es que hacen falta personas que realmente la hagan salir adelante...(pp.11,12)

En cualquier caso, todo tipo de iniciativa, sea institucional, sea de los vecinos o bien de la articulación entre los miembros del vecindario y los dispositivos institucionales, no sólo son bienvenidos, sino que suelen ser reivindicados tanto por los sujetos de la comunidad como por los de la semi-libertad.

A2: Yo echo en falta a una institución ¿sabes? Creo que el NATEX aún está muy flojo en relación con eso, (porque) no abarca la mayoría de la gente...en la Asociación de los Moradores de Ceilândia estaban intentando montar un polideportivo porque allá los jóvenes quieren jugar los domingos y no pueden; ese tipo de cosa... incentivo al deporte, a los estudios ¿sabes?, yo qué sé, una biblioteca grande con muchos

libros... podría haber así como 4 tipos de cosas: deporte, teatro, biblioteca, para atender así la mayoría de la gente, el grueso...no hacía falta ser una cosa muy rica, sabes, muy bien hecha... la que hubiese estaría bien... creo que debería haber más ese tipo de cosa, institución. ... (segunda entrevista pp.5, 6)

En el trasfondo de estas reivindicaciones suele haber argumentos relacionados con la prevención (o atenuación) de la violencia y la asunción de una ciudadanía más plena. Sin embargo, en términos más inmediatos, la cuestión fundamental es llenar los vacíos producidos por el exceso de tiempo libre y la carencia de ofertas de actividades y espacios de participación social en el ámbito comunitario:

A2: ...yo creo que la persona con la mente desocupada ... ella es influenciada ¿no? creo que la persona tiene que estar con la mente muy llena con sus propias ideas y que para ello tiene que estar feliz y para estar feliz tiene que estar haciendo lo que le gusta....Faltan (muchas cosas en la ciudad). ¡Muchísimo, muchísimo! Aquí es muy grande ... Yo veo en mi calle,¿cuantos jóvenes hay? Más o menos unos 35.... (pero) unos 11, 12 trabajan...y unos 20 se quedan sin hacer nada en la calle y los demás...unos hacen un cursito, otros salen por ahí, pero siempre, siempre queda mucho tiempo libre ¿sabes?. Eso es muy malo, ¡muy malo! Yo creo que ellos no pueden quedarse así. Muchos lo hacen por decisión propia, pero estoy segura de que si hubiera un trabajo realmente bueno que los atrajera, no estarían así. (segunda pp.5,6)

Queremos concluir este capítulo afirmando nuestra convicción de que pese a la extensión de la violencia en el ámbito comunitario y de sus graves consecuencias para la vida social, no debemos dejar que nuestra mirada y nuestros discursos se cierren sobre lo que se ha dado en llamar “la cultura de la violencia” y su complementaria la “cultura del miedo”, al punto de que no seamos capaces de ver más que eso.

“Homogeneizar, uniformizar y generalizar son las palabras claves de la cultura del miedo” (Soares, 1996, citado por Novaes, 1997, p. 153). Por ello, hacemos nuestra la advertencia de Novaes (1997) de que para oponerse a ella - y a la larga cadena de violencias por parte del Estado y de la sociedad civil que genera - es necesario volcarnos en la comprensión de las diferencias. Ello supone refinar el estudio de las particularidades de dinámicas distintas que se desarrollan paralelamente a la producción de la violencia y del miedo, analizándolas como virtualidades de un mismo proceso social. Implica, pues, desviar la mirada y observar con detenimiento

“...una variedad de pequeñas acciones cotidianas por las cuales se vencen los sentimientos de lo inexorable, de la desesperanza y de la impotencia...enfocando solamente los procesos de fragmentación social, o restringiéndonos a denunciar arbitrariedades, podemos pasar de largo – por juicios a priori, inoperantes y hasta ingenuos- de vivencias solidarias, de deseos o búsquedas de lazos sociales que tienen lugar en aquellos mismos espacios sociales” (Ibíd., p.154, traducción de la autora).

CAPÍTULO 8. ÁMBITO DE LA CALLE



1. Consideraciones previas

El análisis de la relación de los jóvenes con el espacio de la calle resulta una tarea muy compleja debido a la gran polisemia implicada en las referencias a este ámbito. Los numerosos significados atribuidos a la calle se vinculan, a su vez, a los múltiples usos que los sujetos hacen de este territorio y a las principales prácticas que desarrollan en él en cada momento de sus trayectorias vitales.

La evolución de los estudios relacionados con niños y adolescentes que hacen de las calles su lugar de trabajo o residencia ha suscitado una amplia discusión conceptual que tuvo como resultado diferentes propuestas de categorización de los vínculos establecidos con la calle. Este proceso también supuso un refinamiento de términos que pretenden evitar la homogeneización de este colectivo bajo cajones de sastre como la expresión “niños de la calle”, que, de hecho, no sirven más que para ocultar la gran diversidad de situaciones personales y sociales que podemos encontrar entre los colectivos que desarrollan sus vidas cotidianas en el espacio de la calle.

Hasta finales de los años 70, década en la que la presencia de niños y adolescentes en las calles de los centros urbanos empieza a ganar visibilidad y convertirse en problema social en Brasil, predominaba la categorización de “*menores abandonados*”. Sin embargo, en esta misma década, surgen numerosas investigaciones en el país que ponen al descubierto que aquéllos que hasta el momento eran designados como “*menores abandonados*”, en realidad no habían sido abandonados. Se trataba mayoritariamente de niños pobres que mantenían sus vínculos familiares y cuya presencia en las calles consistía, sobre todo, en una estrategia de supervivencia para contribuir a la subsistencia del grupo familiar.

Así, a principios de los años 80, se produce la sustitución del término “*menores abandonados*” por la expresión “*niños de la calle*”, introducida en Brasil por dos investigaciones publicadas a finales de la década de los 70 (Gonçalves, 1979; Ferreira, 1979). La consolidación del término “*niños de la calle*”, asociada a la formación de un fuerte estereotipo, se debió a la conjunción entre la imagen de este colectivo difundida por los medios (y la proyección internacional rápidamente adquirida) y estudios que, en principio, no se preocupaban por diferenciar los grupos de niños y jóvenes que se encontraban en la calle.

A finales de la década de los 80, surge la distinción entre “**niños de la calle**”, cuyo uso pasó a restringirse a aquéllos que habían convertido la calle en espacio de

residencia y cuyos vínculos familiares habían sufrido una ruptura total o una fuerte fragilización y “**niños en la calle**”, expresión utilizada para hacer referencia a los niños que ejercían diferentes actividades en el espacio de la calle, pero que mantenían los vínculos familiares y residían predominantemente en el ámbito doméstico. Entonces, empieza a constatarse que, en la mayoría de los casos, dichos niños regresaban a sus casas prácticamente a diario (Rizzini y Rizzini, 1991).

A dicha distinción, basada fundamentalmente en la naturaleza de los vínculos familiares y en el tiempo de permanencia en la calle, se suma la categoría “**niños trabajadores**”, que surge para dar cuenta del amplio grupo de niños y adolescentes cuya relación con la calle tiene como eje el trabajo. Tal categoría muchas veces se trata como una subcategoría de los “niños en la calle” y, en la actualidad, constituye la mayoría de los niños y jóvenes que están en las calles de los centros urbanos brasileños.

A partir de este momento, ha predominado una tendencia a delimitar distinciones cada vez más finas que tienen como objeto propiciar una mayor diferenciación de los grupos existentes dentro de estas grandes categorías. Para ello, se utilizan criterios variados: tiempo de permanencia en la calle, actividades privilegiadas en este territorio, vínculos familiares, frecuencia de los regresos a casa, vínculos con la escuela, implicación en actividades ilícitas, movimiento entre casa, calle e instituciones de (re)integración social, presencia de familiares en la calle, etc. (véanse, por ejemplo, Lusk (1993) y, en especial, Lucchini (1993)).

De ahí empieza a surgir una crítica – aún incipiente- a la fragilidad de conceptos como “niño de la calle” o “niño en la calle”, ya que tienden a abordar tanto los grupos de niños y adolescentes incluidos en dichas categorías, como el propio ámbito de la calle de modo estático. El problema central de este enfoque es la infravaloración de la multiplicidad de usos y sentidos atribuidos a la calle y la posibilidad de tránsito de los colectivos a que se refieren entre las distintas categorías. De este modo, como han demostrado diferentes estudios, la heterogeneidad psicosocial de los sujetos que están en la calle y la permeabilidad de las categorías utilizadas para estudiarlos escapan a las investigaciones que se apoyan en esos conceptos (Lucchini, 1993; Glauser, 1996).

Desde esta perspectiva dirigida a evitar abordajes banalizadores, monolíticos y estigmatizadores de la cuestión, Rosemberg (1993, en Almeida et al., 1998) introduce el término, hoy predominante en Brasil, “*crianças em situação de rua*”, cuya traducción textual sería “en situación de calle”. Tal expresión pretende contemplar el carácter

plural del universo psicosocial de los niños y adolescentes que desarrollan sus vidas cotidianas en el ámbito de la calle.

En este estudio hemos mantenido la expresión “de la calle”, puesto que la expresión “*em situação de rua*” carece de sentido en español. Sin embargo, es necesario enfatizar que nos unimos a la crítica sobre la fragilidad de los conceptos en cuestión. Por tanto, a pesar de vernos atados al uso de dichos términos por un problema idiomático, el análisis que vamos a desarrollar en este capítulo pretende desconstruir la artificial homogeneidad atribuida a los colectivos que ocupan las calles de los centros urbanos brasileños. Así, esperamos contribuir a una mayor comprensión de la multiplicidad de usos y sentidos relacionados con el espacio social de la calle.

En este sentido, la primera dificultad a la que hemos tenido que hacer frente fue el establecimiento de criterios que permitiesen caracterizar el tipo de vínculo que los jóvenes han establecido con la calle. La dificultad residía en la necesaria parcialidad de cualquier opción que viniéramos a hacer, ya que los múltiples significados atribuidos al término calle por los sujetos permitirían diferentes caracterizaciones de su vinculación con este ámbito según el núcleo semántico que tuviéramos en cuenta.

Al final, hemos optado por definir el tipo de vínculo establecido con la calle de acuerdo con el sentido priorizado por cada uno de los jóvenes al hablar de este territorio en la actualidad. La parcialidad de dicho procedimiento será compensada mediante la posterior interpretación de los diversos núcleos de significación relacionados con la calle que aparecen en los discursos analizados.

2. Densidad del vínculo con la calle

Entre los jóvenes del grupo de la comunidad, la calle se percibe, primordialmente, o bien como un espacio de tránsito (es decir, de circulación), o bien como un espacio que se confunde con en el ámbito comunitario, puesto que remite directamente a la calle en la que se ubican sus casas (“su calle”). Los varones, A1 y A4, priorizan el primer sentido, mientras que las chicas, A2 y A3, el segundo. Desde esta óptica, **para A1 y A4, la calle es fundamentalmente un lugar de paso que no supone la idea de vinculación.** En el caso de **A2 y A3,** la calle es un espacio de socialización importante con el que tienen una fuerte vinculación. Sin embargo, este **vínculo no implica una percepción de la calle como un espacio diferenciado de la comunidad,** como veremos que ocurre en los demás colectivos.

Para los jóvenes de la semi-libertad, la calle consiste, invariablemente, en su espacio de socialización privilegiado y aparece íntimamente vinculada a determinadas prácticas que desarrollan con sus pares. Aunque estos jóvenes eventualmente también identifiquen la calle con el ámbito comunitario, es posible establecer una nítida distinción entre calle y comunidad en el discurso de este colectivo. Tal distinción viene dada por los actores y las prácticas que priorizan al hablar de cada uno de estos contextos.

Además, para dichos jóvenes, la calle va más allá de las fronteras geográficas de sus comunidades de pertenencia. **La vinculación actual de estos jóvenes con la calle está fragilizada, en alguna medida, por su situación jurídico-institucional.** En los casos de **S3 y S4** el proceso de institucionalización al que están sometidos parece haber suscitado una **fuerte resignificación del espacio de la calle.** Ello dio lugar a una evaluación negativa y a una efectiva **fragilización del vínculo** que tenían con este ámbito. En cambio, **para S1, S2, S5 y S6 esta vinculación sigue siendo muy fuerte, aunque ambigua.**

Entre los jóvenes del grupo de la calle encontramos un cuadro diversificado. Salvo la única chica (R4), todos los demás sujetos de este grupo tienen una fuerte vinculación con la calle, ya que éste es el ámbito privilegiado en el que desarrollan sus vidas cotidianas. Sin embargo, **para R5** la calle, en la actualidad, no es más que su **lugar de trabajo**, mientras que **R1, R2 y R3 viven en este territorio.**

Para **R1 y R2**, la calle es su espacio de residencia exclusivo desde hace varios años. En ambos casos, **la salida hacia la calle se produjo de un modo brusco, implicando una gran fragilización de los lazos familiares.** R1 lleva nueve años viviendo en dicho territorio. Este joven no hizo ningún movimiento de regreso a casa en todo este período. El fortalecimiento de su vínculo con la calle supuso un proceso de emigración que le condujo de São Paulo a Brasilia (incluyendo estancias por diversas ciudades del país), lo que ha impulsado un alejamiento progresivo de la familia. R1 todavía mantiene contacto telefónico con una de sus hermanas, sin embargo, le oculta su ubicación actual porque teme que ella venga a recogerle.

R2 lleva aproximadamente siete años viviendo en la calle. Este joven aún mantiene algún contacto con sus familiares y, a veces, vuelve a casa para visitar a su madre. Pero este movimiento es muy escaso y tampoco implica expectativas de regreso al ámbito doméstico.

En el caso de **R3** también encontramos una **primacía de la calle frente a la casa**. No obstante, a pesar de que la calle sea el lugar de residencia más frecuente de este chico desde hace tres años, su trayectoria **preserva un movimiento constante entre este espacio y la ciudad en la que está ubicada la casa de sus familiares**. Además, **la vinculación de R3 con el ámbito de la calle no ha supuesto una fragilización de sus lazos familiares**, sino todo lo contrario. Ello se debe a que uno de los principales motores de la salida de R3 hacia la calle y de su permanencia en ella consiste precisamente en el mantenimiento del vínculo con familiares que viven y/o trabajan en las calles del Plano Piloto.

La trayectoria de **R5**, al igual que la de R3, implica un **movimiento constante entre la calle y su casa en la periferia**. Pero en el caso de R5 este movimiento es diario. Al contrario de los demás varones del grupo de la calle, **R5 siempre ha privilegiado el ámbito doméstico**. Este joven lleva siete años trabajando en la calle y posee una fuerte vinculación con dicho territorio. Sin embargo, nunca lo ha convertido en espacio de residencia ni siquiera de modo provisional. R5 llegó a la calle identificado con la categoría de “niño trabajador” y permaneció en la posición de trabajador (que regresa a casa diariamente tras su jornada laboral) hasta hoy. Por otra parte, su relación con la calle ha sido ampliamente resignificada a lo largo de estos años.

Por último, es necesario aclarar la posición de **R4**. La peculiaridad de la situación de esta chica consiste en que **sus salidas hacia la calle** (entendida como espacio de residencia, socialización o trabajo) **se han caracterizado siempre por estancias cortas, habiéndose producido ahora su abandono de este territorio**. Desde entonces, su **vinculación con la calle es bastante frágil**. El único factor que todavía le vincula a este ámbito, es el hecho de que tiene familiares y amigos que siguen viviendo en él. Además, a pesar de haber estado viviendo en la calle en más de una ocasión, R4 jamás se ha percibido como una chica “de la calle”, lo que se debe a su fuerte identificación con el territorio de la casa.

En este sentido, por lo que concierne a los demás casos, si nos ceñimos a la distinción entre “población **de** la calle” y “población **en** la calle”, R1 y R2 podrían ser definidos como jóvenes **de** la calle, mientras que R3 y R5 como jóvenes **en** la calle. Finalmente, es importante destacar que R2 y R3 no manifiestan ninguna expectativa o deseo de salir de la calle a corto plazo. En contrapartida, para R1 y R5 el abandono de la calle es su objetivo primordial.

3. Factores asociados a la vinculación con la calle

3.1. La familia

La **familia** es uno de los grandes protagonistas de los relatos sobre las motivaciones que han impulsado los jóvenes a establecer un fuerte vínculo con la calle, tanto en el grupo de la semi-libertad, como en el grupo de la calle. En ambos colectivos, los **conflictos en el ámbito familiar** fortalecen la vinculación con la calle, movimiento que es acompañado por una fragilización del vínculo con la familia (S1, S2, S6, R1, R2, R4). Estos conflictos pueden dar lugar a salidas provisionales (S1, S2, S6, R4) o definitivas (R1,R2) del hogar. Otras veces, resultan sencillamente en una desvinculación subjetiva de este contexto que no supone el abandono de las casas de sus familiares.

Aunque dichos conflictos puedan conllevar algún tipo de violencia en el ámbito doméstico (S6, R1, R2) - donde destacan las agresiones físicas - E: *¿ Recuerdas ... por qué has decidido marcharte a la calle ?* R2: *.(sonríe)Mi madre quería pincharme con un cuchillo... (p.4)*, al contrario de lo que plantean los discursos dominantes (expertos y de sentido común), **la victimización en el contexto familiar no aparece como un motor especialmente relevante de la vinculación de nuestros sujetos con el espacio de la calle**. Entre todos los jóvenes, solamente S6, R4 y R2 atribuyen sus movimientos de salida hacia la calle a tal motivo, mientras que para S6 y R4 ésta es una razón entre otras.

En este sentido, es interesante señalar que dos investigaciones llevadas a cabo por organismos gubernamentales en los años 1996 y 1997 destinadas a establecer el perfil y la distribución de los niños y adolescentes que se encontraban en las calles de Brasilia constataron que, entre los 892 sujetos entrevistados en el año 96 y los 574 entrevistados en el año 97, respectivamente, 80,4% y 82,4% afirmaron no tener problemas relacionales con ningún miembro de la familia (Araújo, 1998b).

También hay que mencionar el caso de R1. Este joven no hace ninguna mención de la violencia doméstica en la entrevista, contexto en el cual atribuye su salida a la calle a su voluntad personal (*“me fui porque quise”*). Pero, durante el trabajo de intervención, R1 contó *“en off”* (fuera de registro) que su abandono de la casa de sus familiares y del estado de São Paulo tras la muerte de sus progenitores se debió a las agresiones físicas que le perpetraba su tío. Esta experiencia de victimización es lo que nos permite comprender la fuerte resistencia de este joven frente a la perspectiva de regreso a su región de origen, aunque manifieste añorar a sus hermanos y saber que tienen una vida relativamente bien estructurada en São Paulo.

R1: mi padre murió cuando yo tenía siete años...A los nueve (años) me fui a la calle, ya no quise quedarme en la casa de mi familia... ahora estoy aquí, sacando la vida adelante, porque es poco a poco que lo conseguimos ¿no?... mis hermanos están todos bien allá, tienen casa y todo... sólo no voy hacia allá porque realmente creo que allá no hay futuro para mí no es por nada..... si yo tuviera que ir allí, sólo iría si fuera para visitar a mis hermanos...(p.4)

Por otro lado, si es cierto que la victimización en el ámbito doméstico no se plantea como un factor que influyese de modo relevante en la relación de nuestros sujetos con el espacio de la calle, es igualmente cierto que muchos lo plantean como un aspecto crucial en las trayectorias de salida hacia la calle de otros jóvenes:

R4: .Como el J... su padre asesinó a su madre y entonces fue detenido. Su hermana se dedicaba a humillarle en casa y él tuvo que irse a la calle. Eso es un sufrimiento grande para una persona que quiere quedarse en casa, el no poder hacerlo.... Porque hay gente que no aguanta, no aguanta muchas de las cosas que ocurren, entonces salen y se van a la calle...Así, hay unos que se van por picardía, como mi hermano ¿no? ...Pero hay otros que no... que se van por necesidad...(p.36)

Un aspecto que parece tener mayor importancia para el fortalecimiento del vínculo de los sujetos de nuestro estudio con la calle - principalmente para los jóvenes de la semi-libertad - es la **soledad** experimentada en el ámbito doméstico debido a la ausencia de la familia. Esta ausencia suele atribuirse a la excesiva dedicación de los familiares (y, en especial, de la madre) al trabajo. En general, no hay una consideración negativa de esta práctica, ya que a menudo se entiende que es la única alternativa existente para “sacar la familia adelante”. No obstante, encontramos ocasionalmente alusiones a una sensación de abandono en el contexto familiar:

S6: Mi madre no tenía tiempo para quedarse con nosotros en casa ¿ no? A los demás les daba igual, ellos sólo se preocupaban por sí mismos, porque incluso sus propio hijos también estaban tirados

E: Los demás a que te refieres(son) tus tíos

S6: Sí. A ellos tampoco les importaba. (silencio)Así que fui creciendo....solo en la calle. Solamente me quedaba en la calle. Yo parecía una pata de perro,¡solamente andaba en la calle !... Solamente en la calle, solamente en la calle (p.3)

La implicación a largo plazo de “la casa vacía” es la sustitución de la casa por la calle como espacio de aprendizaje y de socialización privilegiado. En este proceso, la relación con los pares suele suponer un esfuerzo para llenar algunas de las lagunas vinculadas al ámbito doméstico.

S5: ... (en la calle) aprendes cosas malas, aprendes cosas buenas, aprendes a vivir, ¿no? ¿Quienes no aprenden a vivir en casa, aprenden a vivir en la calle!...(segunda entrevista pp.3,4)

En tres casos, R1, S1 y R4, el establecimiento y el fortalecimiento del vínculo con la calle también aparecen asociados a la **muerte de familiares**. R1 considera la muerte de su madre y el posterior asesinato de su padre como los factores determinantes de una situación de vulnerabilidad que culminó en la ruptura de sus lazos con la familia

y en la adopción de la calle como su lugar de residencia. En el discurso de este joven podemos apreciar la íntima relación entre la ruptura de los lazos familiares y el sentimiento de soledad. Y, por otro lado, la preservación de la relevancia de la familia como valor social ligada a la percepción de la unidad familiar como núcleo fundamental para la inclusión social.

Para R1, tener una familia significa tener un lugar en el mundo, lo que le lleva a plantear la incompatibilidad (idealizada) entre tener una familia y vivir en la calle.

R1: ... porque (él) tiene padre, madre ... también tiene a sus hermanos... en lugar de estar allá tranquilo... si quiere venir a la calle que venga, pero para pasarlo bien ¿no? Pero venir a la calle para quedarse...teniendo en cuenta que tiene una casa.....padres para cuidarle...es chungo ¿no?...si yo tuviera a mi familia no estaría en la calle, no estaría en la calle ... si yo tuviera a mi familia, les echaría una mano....(lo que pasa) es que estoy solo...(p.20)

S1, como hemos visto anteriormente, sitúa la muerte de su abuela como un punto de inflexión a partir del cual se inicia su proceso de desarraigo. Este proceso fue marcado por una gran movilidad en la red familiar que está asociada a su vinculación con la calle (entendida como espacio de socialización privilegiado) y a su implicación en prácticas ilícitas. R4 relaciona el asesinato de su padre (junto a la detención de su madre) con el regreso de uno de sus hermanos a la calle (como espacio de trabajo y residencia), motivado, inicialmente, por necesidades económicas.

En la trayectoria de los jóvenes del grupo de la calle, en todos los casos la familia ha sido central en el movimiento que les condujo a hacer de las calles su lugar de trabajo o residencia. Pero la intervención familiar en esta dinámica asume diferentes matices en cada una de las biografías relatadas. R3 y R4, por ejemplo, han conocido las calles del Plano Piloto porque empezaron a acompañar a sus padres en el trabajo que realizaban en este espacio.

La **presencia de los padres (y de otros familiares adultos) de los jóvenes en las calles del Plano Piloto** puede restringirse a incursiones puntuales que tienen como objetivo el desarrollo de estrategias de supervivencia¹¹³ variadas (por ejemplo, la madre de R4 o algunos de los hermanos de R3). Otras veces, se consolida mediante el ejercicio regular de actividades laborales como la venta ambulante (padre de R4), la vigilancia de coches (madre de R3), la recogida de papeles y chatarra (hermano de R3) o, incluso, la mendicidad (padre de R2).

¹¹³ Sobre este concepto, véase el capítulo sobre el ámbito laboral. Para un desarrollo del mismo específicamente asociado a niños y jóvenes vinculados al ámbito de la calle, véase Lucchini (1993).

La consolidación de dicha presencia implica, ocasionalmente, el abandono de sus hogares en la periferia y la fijación de residencia en las calles del centro. Este abandono puede ser temporal o definitivo. En el primer caso, lo más frecuente es que se produzca una división entre los miembros de la familia, de modo que algunos familiares se quedan en la periferia “cuidando” de la casa y los demás se dirigen a las calles del centro, donde a veces permanecen juntos y, otras veces, se reparten por diferentes puntos de la ciudad.

En general, lo que ocurre es la preservación de un movimiento entre las calles del centro y la casa en la periferia (que puede suponer un cambio de los sujetos que ocupan cada uno de estos espacios en cada momento), así como una movilidad entre distintos puntos de la ciudad. El elemento determinante de dicho movimiento es la tensión entre las necesidades que se presentan y las posibilidades de obtener los recursos que necesitan.

Aunque las condiciones materiales de existencia en el ámbito de la calle parezcan a menudo más precarias que la vida que llevan bajo un techo en la periferia, la elección de las calles del centro se debe a la mayor posibilidad de acceder a diferentes tipos de recursos y bienes de consumo. Reflejo de ello es que muchas veces se produce un **movimiento masivo de los vecinos de la periferia hacia el centro**, motivado por los canales de comunicación y las redes de solidaridad existentes en el ámbito comunitario correspondiente a las ciudades de las que provienen los jóvenes.

R3: ... nosotros nos quedábamos allá en el (mercado) Planaltão.... mi madre vigilaba coches allá..... ella y mi padre (se fueron hacia allá) ... Pero hubo más gente adulta que se fue con ellos... Después empezó a llegar más gente, siguió llegando, llegando, hasta que se llenó... ¡Jo, llegó mucha gente! Ni siquiera es posible contarlos... No (eran todos de Brasilinha) ...sólo unas quince personas más o menos... todavía hay unos allá, siempre que me paso por allá hay una pandilla de diez, veinte... tomando aguardiente

E: ¿Y por qué crees que todos se fueron hacia allá?

R3: Ah, porque allá era bueno... era bueno (porque) cuando vigilabas coches las personas te pagaban normalmente(pp.5,6)

Lo mismo ocurre en términos de procesos migratorios, dinámica muy importante en la configuración e incremento del fenómeno de conversión de las calles en espacio de supervivencia y residencia en el Distrito Federal¹¹⁴ (Burstzyn y Araújo, 1997; Araújo, 2000). Entre los sujetos del grupo de la calle, la cuestión de la emigración sólo ha sido

¹¹⁴ La relevancia de los flujos migratorios en la configuración de la población que vive en las calles del Distrito Federal está ligada fuertemente a los efectos del imaginario colectivo producido durante la construcción de Brasilia que la definió como la “capital de la esperanza”. Para un análisis sobre la relación entre exclusión social, migración, dinámicas de movilidad en el interior de la ciudad asociadas al desarrollo de estrategias de supervivencia y configuración del perfil de los colectivos que viven en las calles de Brasilia, véase Burstzyn y Araújo (1997).

relevante en la trayectoria de R1 (que ha emigrado solo a Brasilia) y de R3 (cuya familia proviene de una ciudad que es una de las mayores fuentes de los flujos migratorios actuales hacia el DF).

Sin embargo, la emigración a los centros urbanos, basada en la fantasía de que el éxodo rural incrementa las posibilidades de movilidad social ascendente, aparece en el discurso de los tres grupos como uno de los motivos centrales de la presencia de adultos en las calles de Brasilia. A ellos se suman la enfermedad mental, el alcoholismo, el consumo de drogas ilícitas, la abundancia de recursos en el Plano Piloto, “la costumbre” y la negación del acceso a otros espacios de inclusión social como los principales factores señalados por los jóvenes como justificaciones para la conversión de la calle en espacio de residencia por parte de adultos.

En lo que atañe a sus propias trayectorias, además de la eventual presencia de sus progenitores y vecinos en la calle, los jóvenes enfatizan **la relevancia del papel que ejercen sus hermanos** en los procesos de vinculación con este territorio. La importancia de los hermanos en dichos procesos se señala con más frecuencia y contundencia que la intervención de los demás actores citados hasta ahora. Los hermanos intervienen en la relación de los jóvenes con la calle básicamente de dos maneras: por un lado, hay una tendencia a la salida conjunta hacia la calle (R2, R5, S5, A1), R2: *Entonces yo y mi hermana nos fuimos y ella me trajo hacia acá, a la calle ... (p.4)*

A1:.. *Entonces vigilábamos coches todos... los sábados y domingos en la Feria de Ceilândia....Sí, fue mi primer trabajo. Yo debería tener 12 años y mi hermano creo que 14... fuimos yo, él y el otro (p.6)*

por otro lado, el mantenimiento de un vínculo afectivo con hermanos que han convertido la calle en su lugar de residencia propicia incursiones recurrentes y procesos de socialización de algunos de los sujetos (R3 y R4) en este espacio:

R4: *Yo siempre iba a verle (se refiere a uno de sus hermanos) en la calle, tenía esa costumbre de irme allá a la calle para verle... salía de casa temprano, iba allá y le veía..(p. 13)*

Por otra parte, es importante poner de relieve que la opción de determinados jóvenes por el ámbito de la calle como lugar de residencia se asocia frecuentemente a un esfuerzo por preservar la identidad de sus hermanos (u otros familiares) como personas vinculadas predominantemente al territorio “*de la casa*” (y que por ello se diferencian de “*los de la calle*”). Así que, aun cuando su presencia en la calle favorece algún tipo de vinculación de los hermanos con este espacio, no necesariamente se produce un movimiento de “seducción” en este sentido, sino más bien lo contrario.

Entre todos los jóvenes de nuestro estudio, solamente tres miembros del grupo de la calle (R2, R3 y R4) afirman tener familiares viviendo en este espacio. R2 tiene a su padre, a una de sus hermanas, a un cuñado y sobrinos. En ocasiones se reúnen, pero no suelen vivir juntos. A pesar de los encuentros puntuales y de los períodos en los que han convivido en la calle, la trayectoria de R2 en este ámbito se produjo de un modo bastante ajeno a la familia.

R4 tiene un hermano que lleva muchos años viviendo en la calle y otro que lo hace de modo esporádico, manteniendo un movimiento entre la casa, la calle e instituciones de (re)integración social (actualmente se encuentra preso). Además, su madre también solía pasar algunas temporadas en la calle antes de ser asesinada. Las estancias de R4 en la calle han sido siempre en compañía del hermano que ha fijado residencia en este espacio. A veces, R4 y este hermano pasan largos períodos sin verse, pero mantienen un fuerte vínculo entre sí y siempre están en contacto.

R3 es el joven que tiene a más familiares en la calle. Con él viven su madre y, a veces, algunos de sus hermanos, cuñados y sobrinos (que cambian según el período debido a un constante movimiento del grupo familiar entre la calle y la casa en la periferia). Luego hay otros hermanos, cuñados y sobrinos que están en la calle, pero en otras zonas de la ciudad. Todos los familiares de R3 mantienen un fuerte vínculo entre sí y están constantemente en contacto.

La presencia de familiares de estos jóvenes en las calles del Plano Piloto posibilita que R2, R3 y R4 perciban **la calle como un espacio de encuentro con la familia**, rompiendo con la tendencia dominante entre los sujetos de establecer una fuerte oposición entre el ámbito de la calle y el ámbito familiar.

R4: ... después de la muerte de mi padre, hacía un año que no veía a mi hermano ...entonces mi madre decidió ir a la Fiesta de los Estados para vigilar coches ... y dijo que yo fuera a ayudarlo..... cuando llegué allá encontré a mi hermano.... después que se acabó la Fiesta de los Estados volví a casa, pero entonces ya sabía donde (él estaba) entonces yo siempre iba allá... después él se fue a vivir en Asa Norte y yo iba allá algunas veces....(pp. 13, 14)

R2: En mi casa sólo viven tres personas... Mis hermanas están todas casadas, con parejas.... ¡todas!

E: ¿Y ves a esta gente?

R2: ¡Yo conozco a todos mis cuñados!

E: Hum hum...Entonces de vez en cuando vas a verles, ¿no?

R2: (no) Yo me encuentro con ellos por la calle... (p.11)

3.2. El trabajo

Otro aspecto que ha impulsado la vinculación con la calle de algunos de los sujetos pertenecientes a los tres grupos estudiados fue el **ingreso en el mundo laboral**.

La primera incursión de A1, S5 y R5 en el territorio de la calle fue motivada por el desarrollo de estrategias de supervivencia dirigidas a satisfacer necesidades individuales y/o familiares. Es interesante señalar que en los tres casos este movimiento se produjo en compañía de sus hermanos (además de otros familiares o amigos del ámbito comunitario) y contó con el apoyo de sus progenitores.

También hay que destacar que ninguno de estos tres chicos ha convertido la calle en espacio de residencia ni siquiera temporalmente. Aunque R5 y S5 relaten haber pasado días o noches consecutivas en este territorio, ambos se han mantenido en la posición de “niños trabajadores en la calle”, lo que no supuso ninguna fragilización del vínculo con el ámbito familiar. En el caso de A1, dicha experiencia de trabajo se restringía a los fines de semana y se desarrollaba en las calles de su ciudad de residencia en la periferia. S4 y A4 también hacen referencia al significado de la calle como un **lugar de trabajo**, pero las actividades laborales que han llevado a cabo en este ámbito (que también se produjo en las calles de sus comunidades de pertenencia) no aparecen relacionadas con el fortalecimiento de su vinculación.

3.3. La calle como un espacio de socialización

Si bien la familia y el trabajo son elementos relevantes en los movimientos de salida hacia la calle, el fortalecimiento y la consolidación de dicha vinculación nos remiten a otros personajes, prácticas y núcleos de significación. Aquí hay un protagonismo indiscutible de los procesos de socialización y, en particular, de la socialización con el grupo de pares.

Los discursos de los tres grupos ponen de manifiesto que la calle es el espacio de socialización privilegiado por los jóvenes. Incluso cuando la calle se percibe fundamentalmente como un lugar de paso, sobresale el énfasis en la dimensión relacional. **El significado de la calle como un lugar de socialización se construye principalmente sobre tres nociones: aprendizaje, ocio y transgresión.**

Estas nociones son muy relevantes en el discurso de los tres colectivos. Sin embargo, debido a las diferentes percepciones del espacio de la calle y a los distintos tipos de uso que los sujetos hacen del mismo, hemos optado por analizar los sentidos y prácticas asociados a la socialización en la calle separando los grupos estudiados. Mediante tal procedimiento pretendemos poner de manifiesto los matices relativos a los procesos de fortalecimiento del vínculo con este territorio presentes en cada colectivo.

4. El grupo de la comunidad y la calle como espacio de aprendizaje

Entre los jóvenes del grupo de la comunidad, la calle se percibe o bien como un espacio de socialización y ocio con los pares, o bien como un lugar de contacto con todo tipo de personas y situaciones. Las relaciones sociales que se establecen en este ámbito se asocian principalmente a la idea de aprendizaje.

Todos los jóvenes hacen especial hincapié en que la calle es el territorio que posibilita el aprendizaje de “lo bueno” y de “lo malo”, donde “el mal” suele remitir a prácticas transgresoras. Por otro lado, señalan de forma unánime que ante el contacto con “lo bueno” y con “lo malo”, cada cual es responsable del tipo de aprendizaje que va a privilegiar, entendiendo, por tanto, que siempre se trata de una elección personal.

A2: La calle ... la calle es un lugar donde encuentro a personas de varios tipos e ideales... y aprendo de todo, tanto el lado bueno como el malo...soy yo la que selecciono lo que quiero aprender... Allí aprendes realmente de todo...;todo, todo, todo!..... yo aprendo a limpiar un arma, también aprendo a hacer algo en el ordenador,; todo tipo de información! ...la calle es un lugar, puedo decirte que es un encuentro de comunicación, es un punto de comunicación....en la calle aprendes todo tipo de cosas, pero te corresponde a ti seleccionar lo que quieres y lo que no quieres (pp.22, 23)

Los jóvenes destacan la función comunicativa de las interacciones y relaciones sociales que han establecido en el ámbito de la calle, resaltando su importancia para el establecimiento de relaciones cercanas o, sencillamente, para la circulación de informaciones. A veces, también aluden a la cuestión del contacto con la diferencia. En cuanto al tipo de aprendizaje que se produjo a raíz de dichas relaciones, cuando se refieren a los pares destacan el campo de la transgresión. No obstante, enfatizan las nociones de convivencia, solidaridad y, sobre todo, respeto. En el discurso de A2 y A3 estas nociones remiten predominantemente al vecindario, mientras que en las entrevistas de A1 y A4 conducen principalmente al contacto con desconocidos en la calle.

A1: En la calle conoces a muchas amistades.... aprendes lo que es bueno y lo que es malopuedes conocer a muchas personas y a través de esas personas puedes encontrar a una persona en la que confíes, con la que puedas desahogarte charlar y de malo, puedes aprender algo, pero sólo si quieres.... Para mí la calle... yo que ya estuve andando hacia arriba y hacia abajo ni siquiera digo la calle, yo digo el mundo ... el mundo es un profesor..... te enseña hacia donde ir ... te enseña a caer ... a levantarte, te enseña a respetar, a dar respeto a las personas y ser respetado (p.17)

5. El grupo de la semi-libertad y la primacía del principio del placer

En el discurso de los jóvenes institucionalizados, la primacía de la relación con los pares en el ámbito de la calle se impone en todo momento. **La socialización con el grupo de pares y las actividades que realizan juntos aparecen como el factor primordial para el fortalecimiento del vínculo con este territorio.**

En ocasiones, este vínculo se fortalece hasta tal punto que la calle se convierte en un territorio totalizador. En estas circunstancias, este ámbito y las prácticas llevadas a cabo ahí con los pares canalizan los intereses de los jóvenes de modo casi hegemónico. Sin embargo, esta hegemonía suele situarse en el pasado. Aquí, una vez más, el proceso de institucionalización que les condujo a la situación jurídico-institucional actual es el punto de inflexión que marca una resignificación del ámbito de la calle.

S4: Ah, ¡antes la calle lo era todo para mí!... Yo no me quedaba en casa, estaba todo el día (en la calle), me levantaba, desayunaba y salía a la calle, sólo volvía para comer. Y calle, calle, calle, ¡siempre! (p.23)

El predominio de la calle y de la relación con los pares en el colectivo de la semi-libertad está directamente ligado a la dimensión lúdica y al ocio. Además, implica una íntima asociación entre ocio y transgresión. La calle es el espacio por excelencia del aprendizaje de prácticas ilícitas, *S5: Ah, en la calle aprendes a robar, aprendes a matar... a fumar droga... a oler pegamento ... (p.4)*. Desde esta perspectiva, encontramos una asociación directa entre calle, “malandragem” y criminalidad: *S1: ¿La calle? ...Ah, ahora, hoy en día, cuando pienso en calle sólo pienso en criminalidad (p.18)*.

Desde el punto de vista de los jóvenes institucionalizados, ello supone una oposición necesaria entre lo que aprenden en el territorio de la calle y el aprendizaje que se produce en otros ámbitos como la escuela, el trabajo y, en particular, la familia.

S1: .. Lo que no aprendes en la escuela: a usar armas y a usar drogas... (eso se aprende) en la calle. (p.3)

S4: Sí, eso es lo que se aprende en la calle, ¡ porque dentro de casa no vas a aprender a hacer estas cosas! Dentro de tu casa no aprendes a robar, matar y usar drogas... (p.24)

En este enfoque, la calle se percibe como el lugar en el que se sitúa la “tentación”, la cual se hace prácticamente irresistible cuando se vincula a la presencia del grupo de pares: *S1: ... yo salí del CAJE¹¹⁵ y dije: “¡Ya no vuelvo a fumar!”. Me quedé dos meses sin fumar... Pero sólo (me quedaba) dentro de casa, bastó que yo saliera a la calle, entonces aparecieron los amigos... (p.10,11)*

Los chicos de la semi-libertad también ponen el acento sobre la responsabilidad personal en la decisión de participar o no en actividades ilícitas, elección que suelen definir como el “mal camino”, indicando una fuerte reproducción del discurso institucional : *S1:... La calle, yo creo ... que es un lugar en el que si nosotros queremos, andamos por ella en el camino correcto, pero si no lo queremos (p.18)*

¹¹⁵ Sigla del centro de privación de libertad para adolescentes de Brasilia.

Pero **la implicación en prácticas ilícitas es el elemento central en el fortalecimiento del vínculo con la calle de todos los jóvenes institucionalizados.** El proceso de consolidación de este vínculo se traduce en el uso recurrente de la idea de “enganche”, asociada a los diversos beneficios materiales y simbólicos de la transgresión y a la relación establecida con la droga (sea de consumo, de venta o de conciliación de ambas prácticas).

Por otro lado, es importante subrayar que si bien es cierto que el binomio ocio/transgresión en el ámbito de la calle supone con frecuencia el ejercicio de prácticas violentas, ésta no es una relación necesariamente relevante para la vinculación con dicho territorio. **A menudo lo ilícito y lo violento aparecen claramente disociados en la descripción de las prácticas ilícitas ligadas al fortalecimiento del vínculo con la calle.** Ello se debe a que, muchas veces, el objetivo central de los jóvenes es la diversión y la fiesta:

E : ¿Qué era la calle para ti?

S3 : ¡Todo!.. yo salía a las siete de la mañana, iba al colegio, volvía ... me duchaba, y volvía de nuevo(a la calle), salía, y (luego) a las seis me iba a la calle y sólo (volvía a casa) al día siguiente...

E : ¿ Qué hacías en la calle ?

*S3: Vendía droga, consumía...era fiesta entre semana.. Era.. demasiado cachondeo a lo largo de la semana...en el fin de semana, me iba a la presa, al club,... vendía droga sólo para **curtir frevo**, sólo **curtição**, sólo **curtição**, sólo **curtição**¹¹⁶, todo ilusión.... Iba a las fiestas.... llegaba allá yo y tres (chicos) más, nos quedábamos, cuando acababa el aguardiente, la cerveza, nosotros mandábamos comprar más para seguir con la fiesta . ¡Y era sólo cachondeo! Día y noche..(p.17)*

En la cita anterior podemos observar el énfasis en el carácter incesante de “la fiesta”. En esta línea, nuestros datos sugieren que la fuerte vinculación de los jóvenes de la semi-libertad con el ámbito de la calle parece construirse sobre una relación regida por el **principio del placer**. Aquí entra en juego la percepción de **la calle como un espacio de gran libertad, libertad que, a veces, se llega a plantear como ausencia de límites**. De ahí se desprenden la percepción de la calle como el lugar propicio para la transgresión y una vivencia dionisiaca de las actividades desarrolladas en este territorio.

*S2: En la calle, hombre... en la calle lo único que quieres... sólo piensas en ligar, tener mujeres, dinero...tener tu libertad, **curtir todos los frevos***, ¿entiendes? No deber explicaciones a nadie, ¿ entiendes? Hacer lo que te da la gana y lo que te gusta... (p.5)*

Es precisamente la dimensión del placer y, más concretamente, la vivencia de un placer desmesurado, lo que parece poder explicar en gran medida la intensa atracción que la calle ejerce sobre algunos de los sujetos. En diversos casos, tal atracción se plantea como una llamada continua, una especie de “efecto imán”.

¹¹⁶ En este caso tanto la expresión “curtir frevo”, como el término “curtição” tienen el sentido de fiesta, diversión, siendo la idea central en ambos casos la de “pasarla bien”.

S6: Hombre, la calle para mí era fiesta.... Cuando no salía a la calle... yo montaba un jaleo, lloraba... a veces, incluso cuando mi madre me encerraba, yo me fugaba, corría y me iba a la calle... era una cosa así que realmente me llamaba, ¿sabes?.... (p.3)

Por otra parte, en ningún caso el consenso relativo a la atracción ejercida por la calle entre los jóvenes de la semi-libertad supuso el cambio de sus hogares por la calle como espacio de residencia. Para comprender este aspecto lo primero que hay que tener en cuenta es la relevancia atribuida a la familia (como núcleo de integración concreto y como valor) que hemos visto anteriormente y la solidez de los vínculos familiares pese a los conflictos existentes. Pero la relación establecida con el ámbito de la calle también está fuertemente influida por el tipo de uso que los jóvenes hacen de este espacio, aspecto que parece condicionar no sólo los significados atribuidos a la calle, sino los movimientos de idas y venidas de los jóvenes a este territorio.

De los seis jóvenes del grupo en cuestión, tres (S2, S5 y S6) relatan haber pasado estancias cortas en la calle. Sin embargo, estas estancias, con excepción del caso de S5, se diferencian mucho de las relatadas por los sujetos del grupo de la calle. En los casos de S2 y S6, las salidas del ámbito doméstico hacia la calle se relacionan con el ocio, el ejercicio de prácticas ilícitas y con conflictos en la familia (factores que a veces aparecen asociados entre sí y, otras veces, no).

Hasta este punto podríamos argumentar que aparentemente no hay diferencias sustanciales con relación a las motivaciones de jóvenes de otros colectivos. No obstante, existen. La primera distinción reside en el tipo de ocio y de transgresión que está en juego en cada caso y en el peso que se les atribuye. El movimiento de los jóvenes de la semi-libertad hacia la calle se liga mayoritariamente al ejercicio de prácticas ilícitas como el consumo, el tráfico de drogas y los atracos a mano armada. Y, sobre todo, a la posibilidad de disfrutar de sus beneficios sin ningún tipo de control.

*E: ¿Has llegado a quedarte en la calle en algún momento de tu vida? ... Dormir, pasar unos días...
S6: No.... Siempre que me quedaba me quedaba en la casa de alguien un día, dos, salía e iba a otra(casa), salía... Ah, (en la casa) de los tíos que yo conocía en la calle.....Me quedaba incluso en puntos de venta de droga también... dormía..... robaba dinero, 400, 500 Reias, (y lo gastaba);sólo en una noche! Entonces, iba al centro comercial, compraba ropas ...bebía, fumaba,¡ lo gastaba todo! Luego, al día siguiente vendía hasta la ropa que había comprado... Ah, enganchado, con ganas de fumar, no tenía más dinero,¡ lo entregaba todo!...(p.9)*

Las salidas hacia la calle se vinculan, por tanto, a la cuestión del principio del placer que señalábamos antes. El discurso de S2 pone de manifiesto el absoluto dominio de esta lógica sobre cualquier otro tipo de criterio y un movimiento entre la casa y la calle basado en una autonomía imaginaria que roza la omnipotencia. En esta perspectiva, las estancias de estos jóvenes en la calle a veces se explican sencillamente

por la prevalencia de prácticas caracterizadas por una ausencia imaginaria de límites, en las que la única consigna es “pasarle bien”.

Así, nuestros datos apoyan el planteamiento de autores como Lasch (1983) relativo a la primacía del hedonismo y del particularismo como las principales características de la moral contemporánea. Estas características se asocian a la desublimación de la vida pulsional, a la valoración de la espontaneidad y a una inversión de la relación pasión-razón, mediante la cual el impulso y el placer se convierten en los principales elementos de afirmación de la existencia (Adorno, 1998b).

S2: ...en esa semana yo salté el lunes y desaparecí... ¿Sabes lo que es desaparecer?... Y mi madre desesperada, fue a la comisaría, al hospital ... Llegué a casa el viernes... (imitando a la madre): “Mira, él está aquí” ... me di una ducha, comí, y cuando ella puso la televisión... dijo “ ¿Dónde está él?”.. (Me fui por) una semana más quien sufre es tu madre, a ti te da igual, por eso yo digo que quien tiene familia tiene algo que perder... pero cuando estás tú solo, haces lo que te da la gana.....había ocasiones que yo pasaba toda la noche en los frevos ... en el fin de semana yo ni me preocupaba...iba a un montón de lugares.... a veces lo hacía sólo para pasarlo bien. Me encantaba, me daba igual, para mí todo era juerga (sabes) cuando estás en una fase de tu vida que parece que todo para ti es juerga, ¿no? Lo que te gusta es pasarlo bien... (pp.28,29)*

En esta lógica, la salida a la calle se dirige a la búsqueda de un placer intenso vinculado a un consumo orgiástico pero muy efímero, aspecto señalado por diversos estudios como uno de los temas más reiterados por los jóvenes que ejercen actividades delictivas (Zaluar,1994,1996a; Diógenes,1998; Assis,1999). La principal implicación de dicha lógica es que, a diferencia de los jóvenes del grupo de la calle, para los chicos de la semi-libertad la estancia en la calle suele terminar precisamente en el momento en que se acaban los recursos y, en consecuencia, el placer. Esta dinámica nos permite comprender por qué sus estancias en la calle siempre se reducen a períodos cortos.

S2: .Ah... eso duraba poco tiempo.... yo disfrutaba de todos los frevos y volvía a la hora que acababa... después que el frevo acababa, yo volvía (risas)... Una vez me quedé una semana y poco.... después me quedé dos semanas, luego, una semana, hubo veces que me quedé tres días....(p.28)*

S2: Ah, después yo miraba así: “¿Qué es lo que estoy haciendo aquí? Tengo mi habitación allá, tengo mi cama, tengo mi comida allá, tengo casa, ¿ voy a quedarme aquí en la calle?” Llegaba con la cara dura, entraba, mi madre (decía):“ ¿Quién te ha dicho que volvieras?” y yo: “ hombre, tranquila” (p.29)

Una última peculiaridad de la dinámica de salidas a la calle de estos jóvenes es que nunca se quedan propiamente en la calle. En general recurren a redes de amigos y conocidos relacionados con el ámbito de la calle, o bien ocupan casas provisionalmente vacías o construcciones abandonadas. En cualquier caso, siempre buscan espacios cerrados relativamente privados y protegidos.

S2: Ya fui expulsado de casa ocho veces.... Había veces que yo cogía mis cosas así y salía a la calle ... Me quedaba durmiendo en casa del amigo de uno, en casa de un conocido de otro, a veces había una casa abandonada, entrábamos y nos quedábamos allá ...comíamos, robábamos, si teníamos marihuana vendíamos, intercambiábamos cosas, íbamos a la panadería, al restaurante a comer (p.29)

6. El grupo de la calle y la pluralidad de sentidos

6.1. La calle como un espacio de acceso a recursos materiales y sociales

En contrapartida, las estancias de S5 en la calle se acercan a las dinámicas relatadas por algunos de los jóvenes del grupo de la calle y, en particular, al caso de R5. El nexo fundamental entre ambos consiste en la mediación de su relación con la calle por el trabajo. Como hemos visto, el movimiento de estos jóvenes hacia la calle tuvo como motivación central el desarrollo de estrategias de supervivencia. Desde esta perspectiva, la valoración del ámbito de la calle y el fortalecimiento del vínculo con este territorio se asocian a la posibilidad de obtener recursos variados y, en especial, recursos económicos. A ello se añade la dimensión lúdica vinculada a las actividades de ocio llevadas a cabo en compañía de los pares,

R5: Creo que (nos quedamos allá) cuatro años... nos marchábamos (a casa) casi todos los días... (pero) una vez a la semana nos quedábamos allá porque el cachondeo era bueno, ¿no?... (dormíamos) en el suelo de un edificio... en la acera, a veces... en el césped. ¡Pero era legal!... Mira, nosotros teníamos manta, teníamos de todo, que la gente nos lo daba... Era guay... Ah, para comer trabajábamos, teníamos dinero. Ganábamos mucho dinero, en cuanto a eso no puedo mentir... Éramos todos pequeñitos, entonces... abrillantábamos un zapato allí y el tío nos pagaba el doble, así que teníamos dinero para lo nuestro y encima llevábamos un montón a casa... Gastábamos mucho jugando con video-juegos... Íbamos a (la tienda de) video juegos temprano por la mañana y nos quedábamos allá toda la tarde... Luego llegaba la hora (y decíamos): “ahora voy a trabajar y luego me marchó” (se ríe) (p.9)

y el establecimiento de relaciones de amistad basada en vínculos afectivos y solidarios con personas y comerciantes de la zona en la que solían quedarse.

S5: Ah, ¡allá está bien hasta hoy!

E: ¿Qué es lo que hay de bueno?

S5: Ah, ¡todo! Las personas son realmente amigas... las del A., del B. bar,... del restaurante... ¡allá para comer nosotros no pagábamos!... Estábamos allá y decían: “... ¡hora de comer!” (risas) Nos llamaban y nos daban un plato o ponían la comida en la mesa y comíamos allá mismo, nos daban refresco... nos quedábamos allá... y conviviendo con estas personas allá nosotros les hemos cogido cariño ... y la amistad sigue así... ¡hasta hoy! (son) Las amistades correctas... (segunda entrevista p.2)

Por otra parte, pese a la evaluación positiva de la calle, tanto en el caso de R5, como en el de S5 siempre prevaleció la vinculación con el ámbito doméstico, aspecto que ha propiciado el mantenimiento de un movimiento constante entre ambos espacios caracterizado por la prevalencia del regreso diario a casa. Así, el “estar en la calle” de estos chicos se restringía a un determinado número de horas del día o de la noche que, como mucho, y excepcionalmente, se ampliaba a algunos días.

La valoración de la calle relacionada con la dimensión económica y, particularmente, con el consumo (sea mediante el trabajo, el robo o la mendicidad) también es un importante factor de vinculación con este territorio en el discurso de los demás sujetos del grupo de la calle.

R3: Ah, la calle no es muy mala no... No es nada mala, sólo es buena...Ah, porque cuando vigilamos coches ganamos un dinero...así que si queremos comprar algo lo compramos.....(p.12)

Este aspecto nos conduce a un núcleo de significación muy relevante en la producción discursiva de este colectivo: el significado de la calle como un **espacio de aprendizaje de la supervivencia**. *R4:.... Tú tienes que buscarte tu propia vida en la calle, tu propio techo, tu propia comida... allí en la calle tienes que ir a por todo lo que quieras(p.38)*

R4: ...¿ porque cada cual tiene que buscarse lo suyo! Yo creo que allí cada uno es cada uno. Nadie va, no vas a esperar (que las cosas) caigan del cielo ¡porque realmente no van a caer! ¿No?(p.39)

6.2. La calle como un espacio de aprendizaje de la supervivencia

En el grupo de la calle, hay un consenso en lo que respecta a la consideración de la calle como un espacio positivo bajo la condición de que uno sepa cómo sobrevivir en ella. Desde esta óptica, se supone que aquéllos que no desarrollan buenas estrategias de supervivencia se mueren, sea por la carencia de recursos (por ejemplo, el hambre),

R2: (la calle) Es buena¿ no?, si tú sabes vivir en ella es buena...

E: Has dicho que es buena para el que sepa vivir (en la calle) ...¿Y qué pasa con el que no lo sabe?

R2: ¡ Se muere de hambre! (p.17)

sea por los riesgos de victimización implicados en vivir en este ámbito,

R1: ...En la calle uno aprende muchas cosas,¿ no? ... uno aprende sobreviviendo... cómo es la vida de la calle... la calle es muy siniestra... porque ya he visto a mucha gente muriéndose en la calle...(gente) que no sabe llevarse con las personas en la calle, ¿entiendes lo que te digo? (p.9)

El significado de la calle como un espacio de aprendizaje de la supervivencia también aparece en las entrevistas de los jóvenes de la semi-libertad. Pero en este grupo la idea de desarrollo de estrategias de supervivencia se vincula muy especialmente a su participación en dinámicas violentas.

En el colectivo de la calle encontramos diferentes posiciones sobre las dificultades implicadas en el desarrollo de estrategias que aseguren la supervivencia diaria en este ámbito. Hay sujetos que lo plantean como una tarea relativamente sencilla en la medida en que hay empeño personal (R1, R5). Otros ni siquiera lo problematizan (R3), aspecto que parece estar influido por la presencia del grupo familiar en la calle:

R3: La vida ahí es buena...para mí lo es ¿no?... Es tranquila... No, no hay nada que sea difícil.....porque el agua, si queremos, la cogemos en la gasolinera ... La comida la hace mi madre.... (p.20)

Sin embargo, la idea dominante a este respecto es que la dificultad o la facilidad para sobrevivir en el espacio de la calle son imprevisibles, pues dependen de las circunstancias en las que la persona se encuentra en cada momento. Este planteamiento remite a la **inmediatez y a la perspectiva de “vivir al día” como marcas de la vida en**

la calle, factores cuya relevancia se hace patente en el relato de las más diversas situaciones experimentadas en el ámbito de la calle.

R4:....No hay nada fácil allí, es difícil para todos y es fácil para todos, allí son las dos cosas al mismo tiempo para todo el mundo.. Tú vives, allí vas viviendo lo que va pasando, en la calle es así(p.39)

6.3. La movilidad como marca de la vida en la calle

La necesidad de “vivir al día” no sólo dificulta la elaboración de proyectos a medio y largo plazo, sino que suele impedir la fijación duradera en un espacio determinado. Ello convierte la **movilidad constante** - frecuentemente definida en la bibliografía sobre los colectivos que viven en la calle como “**nomadismo**” - como una **característica típica** de éstos, que, a veces, llega a asumir la connotación de una *forma de vida* caracterizada por la *eternidad de lo transitorio* (Scorel, 1998a). Incluso en los casos en que no encontramos la idea de modo de vida, los jóvenes ponen de manifiesto que “*la vida en la calle es movimiento por excelencia y está estructurada en lo transitorio, en los límites invisibles y en lo ambiguo*” (Acioli, 1995, p.112, traducción de la autora).

En el discurso del grupo de la calle, dicha movilidad asume sentidos diversos. Por un lado, emerge como **expresión del desarraigo asociado a la idea de un modo de vida**, cuya expresión paradigmática es la figura que ellos denominan “*trecheiro*”, el cual se define por la práctica de “andar por el mundo”. Según los jóvenes, moverse por la ciudad o por diferentes ciudades consiste en la actividad estructurante de la vida cotidiana de los “*trecheiros*”. Esta actividad no está relacionada con ningún objetivo específico más allá del propio movimiento y, por tanto, se entiende como una práctica de carácter totalizador.

E: ¿ Y qué es lo que hace en la calle? ... Tu padre...

R2: Él es trecheiro ...(trecheiro es) Quien anda por el mundo... Cualquier lugar por el que le preguntes él lo conoce... (p.16,17)

Por otro lado, la **movilidad** de los sujetos de nuestro estudio parece estar **condicionada** en gran medida **por la búsqueda de recursos para la resolución de problemas inmediatos y por el desarrollo de estrategias de defensa frente a situaciones de riesgo relacionadas con la violencia**. En ambos casos, se inserta en una dinámica en la que los jóvenes siempre se mueven hacia donde suponen que pueden obtener más recursos - materiales, simbólicos, sociales, institucionales, etc.- mayor protección y, con frecuencia, nuevos conocimientos. El contacto con lo nuevo significa, simultáneamente, ruptura con la rutina y apertura a nuevas oportunidades.

E:¿ Y entonces, por qué habéis decidido salir de allá?

R5: ... ah, nos cansamos y dijimos: "Ah, vamos a salir de ese lugar porque aquí ya no hay nada"... Así que estamos aquí... ¡(antes) andábamos por aquella Asa Norte entera!... yo empezaba a abrillantar zapatos temprano ... salía de la 315 (norte), venía hasta el principio de la entrada(sur) y volvía (p.10)

Es importante recalcar que la movilidad y la dirección del movimiento asociadas a la noción de estrategias de supervivencia no suelen percibirse como una elección, sino, ante todo, como una cuestión de **necesidad** o de **oportunidad**.

R1: yo salí de la casa de mi hermana, no me quedé ni siquiera en la ciudad donde ella vive me fui a Vinhedos y me quedé allá .. solo.... allá trabajé ...pero para mí allá no es bueno... aquí me está pareciendo mejor que allá..... (antes de llegar aquí) Pasé por varios lugares...allí en Goiás conozco Rio Verde... en Minas también conozco Patos, Paracatu, Frutal... viniendo de Frutal hacia acá yo conozco todas las **quebradas*** allí... (p.5)

R1: En Brasilia, llegué aquí, lo que sé es que llevo cuatro años aquí ... si no son más.....¿Qué es lo que me hizo venir hacia acá? Andar por el mundo ¿no? ... ¿Si yo elegí venir hacia acá? No, mi elección no fue venir hacia acá. Vine hacia acá porque fue la oportunidad que he tenido.... (p.6)

Finalmente, **hay otro sentido de la movilidad relacionado con la sensación de libertad y la noción de aprendizaje**. Desde este punto de vista, el movimiento en la calle - que a veces se extiende contemplando un movimiento por diferentes ciudades - aparece íntimamente **asociado a la idea de autonomía, a la ampliación de las relaciones sociales y, en especial, a la perspectiva de ampliación de conocimientos**.

R1:...El tío tiene que salir para conocer lo que pasa fuera ... si él sólo conoce un lugar, tiene que tratar de conocer más lugares ¿entiendes? Como yo, yo conozco muchos lugares... y aún tengo ganas de pasar por ellos.....De ciudad en ciudad ...cuando yo consiga un dinero... que sea suficiente para hacer el trayecto tranquilo... voy y vuelvo.... Pero voy a buscarme una compañía... sólo para dar una vuelta ... llevar a la tía para conocer las **quebradas*** por las que ya pasé ...y para conocer también (pp.12,13)

6.4. La grupalidad

Entre los factores que intervienen en la consolidación del vínculo de los jóvenes del grupo de la calle con este ámbito, consideramos necesario profundizar en los procesos de socialización con los pares, poniendo de relieve la **importancia de la dimensión de la grupalidad** para este colectivo. Ello se justifica no sólo por la relevancia que cobra este factor en la calle, sino también por sus particularidades en relación con los demás grupos estudiados.

Los relatos de los jóvenes de la calle revelan que, cuando llegan a este territorio, empieza invariablemente un proceso que suele acaparar todo su interés por un determinado período, que radica en el **encuentro con una pandilla**. En la mayoría de los casos, este encuentro es el evento crucial para convertir la calle en un espacio más atractivo que el ámbito doméstico. Lo mismo ocurre con otros núcleos tradicionales de socialización e integración social para la juventud - como la comunidad, la escuela y el

trabajo - aunque la fragilización o ruptura del vínculo con dichas instancias, en general, no reduce su importancia como valor social.

Tal encuentro puede suponer un proceso de incorporación en grupos ya constituidos, o bien la formación de nuevos grupos. Los procesos de socialización y afiliación a un grupo son factores determinantes de la intensificación de los movimientos de los jóvenes hacia la calle.

R4: ... (mi hermano) iba a empaquetar (las compras) allá (en el mercado) Planaltão cuando mi madre estaba presa...(luego)Él se fue a la calle porque se enturmou¹¹⁷ con la gente de la calle que inhalaba pegamento, hacía todas esas cosas, entonces él empezó a inhalar pegamento y eso empezó a gustarle, luego empezó a robar en el supermercado, y eso también empezó a gustarle él empezó a coger gusto a todo aquello que estaba haciendo, entonces mi hermana le dijo así: “Si sigues en esa vida ya no vuelves más a casa”, así que ... ya no quiso volver a casa... y se quedó un largo tiempo allá (pp.15,16)

Además, son elementos fundamentales para que la vida en este territorio sea viable y placentera. La afiliación a un grupo facilita el desarrollo de estrategias de supervivencia y amplía el repertorio de conocimientos y habilidades necesarios para hacer viable la vida cotidiana en este espacio. El carácter placentero se vincula a la fuerte presencia de la dimensión lúdica y de las actividades de ocio en las relaciones grupales que se producen en la calle, aspectos que constituyen importantes vías de expresión y resistencia para los niños y jóvenes “de” y “en” la calle (Graciani, 1999).

En el ámbito de la calle, encontramos grupos de pares relativamente estables o muy efímeros, basados en vínculos instrumentales o afectivos, pero predomina la conjunción entre afectividad e instrumentalidad. En cualquier caso, la organización de las pandillas suele ser muy flexible, pues está fundada en la movilidad constante, en una gran rotación de los miembros que las componen en cada momento (con frecuentes idas y venidas) y en un continuo juego de intercambio de roles.

R3: ... por ejemplo... como el D... o el G, si alguno de ellos está con un chico nuevo, que empieza a ser su amigo y anda en la calle, yo no llego ya hablando con este chico ...ni converso con él, ni él conversa conmigo... después se va abriendo una amistad, vas conversando, él ya te hace compañía... Entonces ya está, de ahí él ya se convierte en amigo. Como yo, yo no conocía ni a R2, ni a F, ni a D, (no conocía) la mayoría de los chicos.. ...sólo la T. (pregunto si llevan mucho tiempo juntos y él asiente con la cabeza)... No, no ha sido siempre (el mismo grupo) no. Porque... yo no andaba con ellos, andaban sólo el D, el W el N y de vez en cuando, el R, el R2, el Ga, yo me quedaba más en casa... después me fui enturmando ¿no?... Me fui enturmando* y entonces me quedé en la calle.... Antes de conocerles ya me quedaba en la calle...nos quedábamos yo, el W... el F, el G... pero nosotros aún no conocíamos al D... el primero en andar con el D fue el W... y el F... yo empecé a andar con ellos allá en la (zona)Sul... (p.21)*

¹¹⁷ La expresión “enturmar-se” es utilizada para hacer referencia al proceso de socialización con los pares y remite específicamente a la idea de afiliación a un grupo. En la mayoría de los casos podría traducirse por “hacerse amigo de” o “ingresar en la pandilla”.

Por otra parte, como destaca Acioli (1995), la simple condición de grupo - aunque cambiante - ejerce un papel ordenador que, mediante la definición de rutinas y la fijación en un espacio en movimiento, posibilita la creación de un sentido relativamente estable y agregador para los niños y adolescentes que viven en el universo aparentemente disperso de las calles de un centro urbano. Desde esta óptica, si afinamos nuestra mirada podemos percibir que “*lo que es aparentemente caótico está sometido a una normativización implícita*”, la cual sostiene rutinas y el ejercicio de roles sociales en torno a núcleos de interés compartidos que, aún cuando son efímeros y suponen constantes transformaciones, confieren algún sentido de estabilidad a los jóvenes (p.112).

Ello repercute directamente en la relevancia atribuida a la grupalidad entre los jóvenes que viven y/o trabajan en el ámbito de la calle. Tal relevancia, incluso cuando negada en el campo discursivo, parece imponerse en la práctica engendrando una interesante dialéctica entre la autopercepción de los jóvenes como sujetos autónomos, autosuficientes y la fuerte vinculación con uno o varios grupos asociada a los beneficios obtenidos mediante la vivencia grupal. De este modo, “*seguros de sus autonomías, cargan la convicción de que son auto-suficientes en sus individualidades pero no renuncian en ningún momento a la convivencia colectiva*” (Ibíd: p. 112, traducción de la autora).

R5: *....a mi no me gustaba andar con pandillas, como yo te dije, andar así siempre no es bueno no...
E: ¿Y con tu hermano? ¿Os quedábais juntos o separados? ¿Tenías tus amigos y él los suyos?
R5: No...nos quedábamos todos juntos!...Aquí mismo,(hemos venido a esta zona) todo el mundo...Todos no... Yo, él y otro colega nuestro...del Jardim Ingá¹¹⁸... Sólo hemos venido (hacia acá) a causa de ellos... Sí, no fue por nosotros, fue a causa de ellos, porque nosotros no conocíamos nada, después que hemos empezado a conocer todo... Fue él el que nos invitó, entonces yo dije “¡vamos allá!” (p.10)*

Salvo R1, que pone el acento sobre la soledad de su trayectoria en la calle argumentando que Dios ha sido su único compañero constante, todos los demás jóvenes del grupo en cuestión señalan la vivencia de relaciones grupales duraderas. Dichas relaciones se basan en vínculos que indudablemente son instrumentales, pero que se definen, sobre todo, por la afectividad y la solidaridad. Aunque estos grupos sean constantemente reconfigurados, R2, R3 y R4 comparten el mismo círculo de amistades, compuesto por niños y jóvenes que entre sucesivos encuentros, separaciones y reencuentros llevan muchos años juntos. A su vez, la trayectoria de R5 en la calle siempre ha contado con la compañía de uno de sus hermanos y de un amigo de su ciudad de residencia, que le han acompañado por diferentes zonas de la ciudad, en las cuales ha establecido relación con diferentes grupos.

¹¹⁸ Ciudad en la que vive R5

En todo caso, el aspecto más relevante es que, **a diferencia de la tendencia dominante en el discurso de los sujetos de la comunidad y, en particular, de la semi-libertad, los jóvenes de la calle suelen definir sus relaciones con los pares como relaciones de amistad y apoyo**, lo que aparece como justificación de su eventual durabilidad.

E: E.....¿Qué crees que ha mantenido ese grupo junto por tanto tiempo?

R4: No sé, creo que ellos se gustaban, creo que sentían un poco de amistad... Creo que hay(amistad)...No, ¡ellos realmente se ayudaban!...¡Ellos se ayudaban mucho realmente!...(p.38)

Además, dichas amistades también conllevan en ocasiones una relación de confianza: *R3: Yo creo que (la amistad) dura, porque nosotros ya nos conocemos, ya sabemos como nos llevamos unos con los otros... Yo me fío (de ellos); no?, no sé si ellos se fían de mí (se ríe)... (p.21)*

Así que, pese a la funcionalidad y al valor utilitario de los grupos de pares en el desarrollo de estrategias de supervivencia variadas, aspectos especialmente enfatizados por algunos autores (Lucchini,1993; Graciani, 1999), desde el punto de vista de nuestros sujetos, ésta no parece ser la principal aportación de la vivencia grupal en la calle. Al hablar de los grupos de amigos, los jóvenes ponen el acento en dos aspectos: **por un lado, el grupo les posibilita la experiencia de relaciones fraternales y de lealtad que les confieren afecto y seguridad física y psíquica, y, por otro, las actividades desarrolladas con los pares** (y en este caso no necesariamente con aquéllos definidos como amigos) **suelen tener un carácter gratificante y placentero.**

En este sentido, **la atracción ejercida por la calle**, al igual que en el grupo de la semi-libertad, **se asocia a la dimensión lúdica y a la noción de libertad.** No obstante, también aquí utilizamos los mismos significantes para hacer referencia a dinámicas sustancialmente distintas. Si bien es cierto que para los sujetos del grupo de la calle, la sensación de libertad asociada a este territorio se relaciona con prácticas transgresoras y con el placer de consumos excesivos y efímeros, el eje central de sus actividades placenteras parece ir más allá de estos aspectos. Este eje reposa sobre una experiencia de libertad que articula espacio, tiempo y el propio cuerpo de los jóvenes.

Desde este enfoque, como señalan Vogel y Mello (1991), **estar en la calle se vincula a la posibilidad de tener la ciudad a su disposición y a la creencia de que para disfrutar de las sendas urbanas basta con que uno esté dispuesto a conquistarlas. Ello implica renunciar a la ética del trabajo en favor de una ética de la aventura**, planteamiento que es apoyado por los discursos y prácticas de los sujetos.

Esta es la lógica que nos permite comprender una de las facetas del movimiento constante como marca de la vida en la calle, que se traduce en la actividad denominada “*perambular*”. Esta práctica no es nada más que andar de un lado a otro, es decir, pasear (y, más precisamente, deambular) por las calles de la ciudad. Dicha actividad tiene una relevancia crucial en los relatos del grupo de la calle y diversos estudios la señalan como uno de los pasatiempos favoritos de niños y adolescentes que viven en este territorio. En la práctica de “*perambular*”, el movimiento se conecta con la idea de ampliación de conocimientos y de relaciones sociales que señalábamos antes. Pero se sostiene, sobre todo, en la percepción de que “*poder ir y venir, hacer lo que se quiere, (supone) la posibilidad inagotable de construir cada día de un forma diferente, a partir de las condiciones que la calle ofrece*” (Fenelon, Martins et al. ,1986, en Vogel y Mello, 1991).

E: ...¿Tienes ganas de salir de aquí, tienes ganas de quedarte, qué piensas sobre eso?

R3: Ah..j.yo qué sé!... No sé si me quedo aquí, si voy hacia allí....(antes) era diferente. Yo no conocía casi nada, sólo andaba por aquí, ¿no?... Ahora no, ahora yo ando por el Sudoeste, el Cruzeiro, la Sul,... por la zona de Samambaia, Taguatinga, aquellos lados todos allí... pero no voy para dormir y quedarme allí porque no conozco a casi nadie allá... sólo voy allá, paso el día allá y vuelvo...nos quedamos andando por allá.. cuando vamos, va un montón de gente...Vamos para conocer allá, andar, dar una vuelta(p.20)

Una de las principales implicaciones de esta dinámica es el **desarrollo de un modo particular de apropiación del tiempo y del espacio que elimina (o, al menos, minimiza) muchas de las restricciones que pesan sobre la vida cotidiana de los jóvenes sometidos a la tutela doméstica** (cuando el grupo familiar no comparte con ellos la vida en la calle) **y a otros vínculos que suponen relaciones disciplinadoras** (escuela, trabajo, etc.). Por tanto, nos encontramos ante una subversión del orden que da soporte al estatuto del ciudadano, así como de los medios formalmente utilizados para alcanzar las metas de consumo y de inclusión social que supuestamente caracterizan la existencia urbana “integrada” (Vogel y Mello, 1991).

Para los jóvenes de la calle, la participación social no está necesariamente mediatizada por el encuadre familiar, escolar, laboral y legal, sino que a menudo suele resultar más bien de una negación de estos medios (Ibíd.). Por todo ello, no es de extrañar la **prevalencia de relatos que describen una vida cotidiana cuya estructuración del tiempo, y de las eventuales fijaciones en un espacio en movimiento, tiene como eje central la diversión:**

*R3:... (la primera vez) yo vine con mi madre...(¿Para trabajar?) No, ¡vine sólo para quedarme aquí!... ella vigilaba coches....(yo) me quedaba sólo andando por la calle con los chicos....No hacía nada...Nosotros vivíamos andando, sólo... **vagabundeando** en la calle, andando por las manzanas....nada más...(se ríe) haciendo fechorías.... (risas) Nos metíamos con los demás, la gente corría detrás de nosotros...porque andábamos **aprontando*** en la calle...(pp.6,7)*

R4: *Yo prácticamente no hacía nada (en la calle), de vez en cuando salíamos para unas fiestas, entonces íbamos y después volvíamos, dormíamos, hacíamos fechorías... (p.19)*

R2: *(nos hemos trasladado de zona) A causa de una fiesta que había allá... La Fiesta de los Estados. Ah ¡(nos fuimos para) ir a la fiesta!... Entonces encontramos una construcción y empezamos a vivir allá... Todo los días íbamos para la piscina de olas... Los tíos no nos dejaban entrar, entonces saltábamos la reja y nos quedábamos allá bañándonos (risas) (pp.7,8)*

También es a partir de esta lógica de negación de las vías formales de inclusión social – que, cabe recordarlo, suele ser una respuesta (consciente o no) a la negación estructural a su acceso - que entran en juego estrategias de supervivencia como la mendicidad y prácticas vinculadas a la transgresión.

R2: *Ah, vas a una panadería de esas y te pones a pedir: “Tía, tía, tía, tía cómprame un pan, tía, tía, cómprame un pan”, entonces, si ves que ella va allá y no te lo compra, esperas que se descuide y entonces vas allá y (hace el gesto de robar) ¡ le robas!... (p.17)*

En este punto también hay una asociación entre la vinculación con la calle y la noción de libertad muy similar a uno de los sentidos que prevalece en las entrevistas del colectivo de la semi-libertad, a saber, la concepción de libertad como ausencia de límites, relacionada con una oposición entre el ámbito de la calle y el ámbito familiar.

E: *...¿ Qué es lo que hay de bueno?, ¿ Qué crees que mantiene a las personas en la calle?*

R4: *... hay gente que lo hace porque a sus madres y a sus padres no les gusta que ellos inhalen pegamento, fumen cigarrillos, hagan esas cosas todas ¿no?, entonces se van a la calle ...van a hacerlo en la calle, porque allí, allí no hay una persona para darte un bofetón, para corregirte, ponerte en el camino más correcto... Si la persona cree que la droga es el camino correcto, va hacia donde ella (la droga) está, ¿no? ... creo que ése es el lado de la calle que les parece bueno a las personas (p.36)*

Por tanto, los jóvenes del grupo de la calle también consideran este territorio como un espacio de aprendizaje y de ejercicio de prácticas transgresoras. Sin embargo, enfatizan o bien el sentido de estas prácticas como estrategias de supervivencia que no suelen percibirse como delito (y que no son entendidas como violencia en ningún caso), o bien la transgresión que privilegia un nexo entre lo lúdico y el acercamiento a lo prohibido y/o desconocido.

R5: *Era muy guay!...Había una discoteca “Queens” allá, ¡jo! ... Pues sí (había mucha prostitución allí), ¡por eso nos gustaba! (risas) Sí, por eso nos quedábamos allá todas las noches de viernes y sábado... ¡Nos gustaban aquellas zorras de allá! (risas) ... ¡Y nosotros veíamos cada cosa! ¡Jo! ¡Ni siquiera quiero contártelo!...¡Hombre! ¡Cada movimiento en los coches! ¡Niño no es fácil!... Se queda mirando las cosas que no debe ver, ¿no?... Aprendiendo cosas que.... (pp.2, 3)*

También es importante subrayar que a pesar de que los pequeños hurtos y robos sean prácticas muy frecuentes entre los niños y adolescentes que viven en la calle, estas actividades no se plantean como elementos especialmente importantes para el fortalecimiento del vínculo de este colectivo con la calle. En cambio, los jóvenes hacen especial hincapié en el consumo de drogas como un factor íntimamente asociado a la

vinculación con la calle, sea relacionado con sus propias trayectorias en este espacio (R1 y R2), o con la trayectoria de terceros¹¹⁹. No obstante, curiosamente, tres de los cinco sujetos de este grupo (R3, R4 y R5) no hacen uso de ningún tipo de droga y ven su consumo muy negativamente.

6.5. La calle como “modo de vida”

Finalmente, **la consolidación del vínculo con la calle, y en especial su conversión en espacio de residencia, aparece fuertemente asociada a la idea de modo de vida.** Los principales elementos que definen este modo de vida según los jóvenes son: la primacía de una supuesta libertad para estructurar la vida cotidiana, el predominio de la violencia como modo de resolución de conflictos, el desarrollo de estrategias de supervivencia y modos de participación social alternativos ligados a la idea de exclusión o de inclusión marginal y una fuerte oposición a las vías formales de integración social (y, muy particularmente, a la escuela y al trabajo).

En el discurso de R1 y de R4 encontramos una variación de este planteamiento en la que **el “modo de vida de la calle” se define en oposición al “modo de vida de la casa”.** Ambos jóvenes se identifican primordialmente con el “modo de vida” asociado al ámbito doméstico, lo que introduce un constante esfuerzo de diferenciación con respecto a sus pares “de la calle”.

E: Estás diciendo que ellos eran diferentes ¿no?

R4: Lo eran... Era así, porque ellos tenían su modo y yo tenía el mío, ¿no?... Mi modo era un modo de niña de casa y el de ellos era (un modo) de la calle ¿no?... (p.18)

R1: ...Yo mismo ando por ahí... y la gente hasta cree que vivo en un apartamento...pero no es así... es porque la gente que vive en la calle... no sabe vivir en la calle, ellos creen que tiene que ser de la forma que les gusta vivir¿sabes?... Y para mí no es de la forma de vivir que les gusta a esa gente (p.10)

Aunque las características atribuidas a la noción de “modo de vida de la calle” sean variables (sobre todo en términos de énfasis en los aspectos mencionados anteriormente), hay un consenso sobre la incompatibilidad entre este modo de vida y la perspectiva de “ser alguien en la vida”, que se relaciona con la inscripción en los ámbitos doméstico, educativo y laboral. **También predomina una tendencia a considerar dicho modo de vida como una elección, frecuentemente disociada de la idea de necesidad.** Este enfoque reposa sobre un discurso de responsabilización individual por la situación de exclusión de las personas que viven en la calle.

¹¹⁹ Sobre las especificidades del consumo de drogas entre los niños y adolescentes que viven en la calle véanse, por ejemplo, Bucher (1996) y Lucchini (1993).

Ocasionalmente, ello supone una asociación entre el “modo de vida de la calle” y la figura del vagabundo.

Desde esta perspectiva, la principal explicación para el establecimiento del vínculo con la calle consiste en **la voluntad** de los sujetos que han optado por este territorio. A su vez, el mantenimiento y la consolidación de esta vinculación se explican fundamentalmente por **la noción de costumbre**, que se asocia a una evaluación positiva de los aspectos relacionados con el “modo de vida de la calle”.

R4: Y el A., no sé, él se fue a la calle realmente porque quiso, fue una elección propia que él ha hecho.. creo que le gusta quedarse allá, ¿no? Y él también ya se acostumbró con la vida de allá y entonces se quedó ... Lo bueno (de la calle para él) es porque, si él está en casa, mi hermana va a ponerle a estudiar y a trabajar para ser alguien en la vida y creo que no quiere eso, quiere estar allá vagabundeando, quedándose allá a su manera, ¿no? .. por eso yo creo que eligió la calle para él...(p.28)

R1:..... Sobre ese grupo que se queda por aquí...lo que creo es que ellos, ellos se han acostumbrado, se han acostumbrado.... y viviendo en la calle así, si te acostumbras, ya está.... ya no sales de la calle(p.20)

La otra línea argumental pone de relieve la faceta inclusiva de la calle. La idea central es que la organización de grupos que comparten su vida cotidiana en la calle propicia **modos de inclusión social alternativos. El énfasis recae sobre la idea de inclusión afectiva.** Encontramos una comparación entre los grupos de convivencia que se constituyen en la calle y la unidad familiar. Esta analogía se fundamenta en el sentido de pertenencia basado en vínculos afectivos y se relaciona con un escepticismo sobre la eficacia de ofertas institucionales como alternativas a la vida en la calle.

A2: ... creo que el peor caso que hay es el de las personas que viven en la calle, es muy difícil sacarlas de ahí... lo sé porque conozco a una persona que vive en la calle. Él vuelve a casa, luego vuelve a la calle... es difícil para él....(porque) en la institución, como me dijo cuando me contó sobre una mujer... que no quería irse a una casa de acogida... él dijo así: “Allá yo no voy a vivir con una familia ¿entiendes?”. Mi madre trabaja en el Quarentão... y allá hay un montón de mendigos.. entonces ella sabe la historia de toda aquella gente de allí. Ella siempre me cuenta que allá es una sociedad, una sociedad no.... es una familia....¿ yo voy a salir de una familia de la calle para vivir así tirado en una institución?... Imagínate, el mendigo va a salir de su familia para irse a una institución, quedarse solo allá, no hay aquella convivencia ¿entiendes?, ¡es muy malo! (pp.9,10)

7. Vulnerabilidades asociadas al ámbito de la calle y a los procesos de fragilización del vínculo con este territorio

7.1. La calle como espacio de exclusión de la sociedad

Como contrapartida a los diversos aspectos ligados a una valoración positiva de la calle, este ámbito también se plantea en las entrevistas de los tres colectivos como el espacio por excelencia de visibilidad de los problemas sociales. Desde esta perspectiva, **la mayoría de los jóvenes percibe la vida en la calle como una de las principales manifestaciones de la exclusión de la sociedad.**

Los elementos que definen la exclusión relacionada con la calle desde el punto de vista de los sujetos coinciden con los indicadores destacados por la bibliografía sobre este tema. Consisten en la negación del acceso a la vivienda, al trabajo (o a un trabajo que asegure niveles de ingreso que posibiliten la subsistencia familiar), a la educación, al consumo y la ausencia de políticas sociales destinadas a la protección de los excluidos de dichas oportunidades vitales. En esta óptica, el paro, la miseria y el hambre se perciben como elementos negativos constituyentes del contexto de la calle.

S4: ... Eso es la miseria que existe aquí en el DF... La gente viviendo bajo el puente porque no tiene dinero para pagar el alquiler en una casa, el dinero que gana... no llega ni para sustentar a la familia... Porque un salario de esos es una miseria.... no da para nada...Es así, los impuestos ellos te van a cobrar, ¡porque para cobrar ellos son muy buenos! Pero para aumentar el salario y bajar (el precio) de las cosas no son buenos....¡Dios me libre! Tú miras así... allí en la W3 sur, aquellas chabolas unas sobre las otras.... una madre vieja con un hijo delgado en brazos, que sólo... se alimenta de la leche materna y nada más...¿qué comida ella va a dar a su hijo? No tiene nada.... los padres de los niños que están allá, recogiendo cartón en la calle, chatarra para vender...¡ganan como 10 reales al día! No es nada, nada, ¡realmente nada ! (tercera entrevista pp.4,5)

Frente a esta situación de exclusión, encontramos dos posiciones predominantes con respecto a las posibilidades de inclusión social de las personas que viven en la calle. Algunos jóvenes plantean que ante la carencia de vivienda, de escuela, de trabajo, de apoyo social e institucional, la conversión de la calle en lugar de residencia es la única alternativa que les queda a aquellos que ya no tienen nada en el presente y tampoco poseen ninguna perspectiva positiva de futuro. En este escenario, el consumo de drogas aparece como una forma de anestesia, una vía para el olvido; el delito como la estrategia de supervivencia posible y la muerte como el único destino asegurado para los habitantes de la calle que se han convertido en superfluos e “*inútiles para el mundo*” (Castel, 1995).

S2:...Pero si no tienes nada, ¿qué vas a hacer? Vas a vivir en la calle. Y para sobrevivir en la calle, ¿ qué vas a tener que hacer? No tienes dinero, no tienes estudios, no tienes empleo, ¿ qué tendrás que hacer? Estarse drogando, robando, hasta el día que se acabe su vida... que mueras, que llegue uno y te mate, o que te mueras por la droga... de sobredosis o atropellado... (p.27)

Por otra parte, encontramos planteamientos que afirman la creencia en la posibilidad de cambio de las condiciones de existencia de las personas que en algún momento de su vida tienen que irse a vivir a la calle y hacen hincapié en perspectivas de futuro relacionadas con su inclusión social. Un ejemplo de tal posición es la percepción de la vida en la calle como una “*etapa vital*” cuyas limitaciones serán atenuadas posteriormente por la ocupación de otros espacios de participación social.

A4: La calle para mí, Raquel, la calle para mí... es una etapa de tu vida.... esos chicos que están en la calle ahora por ejemplo, yo creo que ... ellos están en la calle, pero ... van a alcanzar otras cosas, van a

tener la calle, van a tener escuela, van a tener otras cosas que vendrán más adelante, y no sólo la calle... Entonces, creo que es una etapa que siempre pasa en la vida...(p.21)

Un aspecto interesante en las entrevistas es que la pobreza como categoría genérica suele considerarse de por sí como un factor de exclusión social. Sin embargo, los jóvenes de la semi-libertad y de la comunidad suelen establecer una especie de escala de niveles de pobreza, que abarca “la pobreza”, “la verdadera pobreza” y “la miseria”. Dentro de esta escala, estos jóvenes se ven en una posición de nítida ventaja frente a otros tipos de pobres y, en particular, frente a las personas que viven en la calle, a las que tienden a ubicar en el extremo de mayor pauperización.

S5: Como los pobres, ellos no están dentro de la sociedad... No lo están... Porque no, porque si estuviesen dentro de la sociedad ellos tendrían un empleo. Como esas personas que se quedan bajo el puente...No participan (en la sociedad), si participasen no estarían así tirados en la calle.. Pasando hambre, pidiendo limosna... no lo estarían...Pero pobre que es realmente pobre,¿lo entiendes?...Como allá en Somalia, aquella gente pasando hambre, sed, muriéndose ... no está en la sociedad (p.26)

El discurso de los jóvenes está repleto de expresiones e imágenes dualizadoras que reflejan su percepción sobre la exclusión y la inclusión social como, por ejemplo, “los de dentro” y “los de fuera”, “los de arriba” y “los de abajo”, “los de la alta sociedad” (o sencillamente “los de la sociedad”) y “los pobres”, “los de Brasilia” (o del Plano Piloto) y “los de la periferia”, etc. Al hablar del ámbito de la calle, los sujetos añaden a las polaridades mencionadas la oposición “los de la casa” versus “los de la calle”. Tal oposición muchas veces condensa las anteriores, e, invariablemente, la primera categoría se asocia a las polaridades que se refieren a “los incluidos” y la segunda remite a aquéllas vinculadas a “los excluidos”. También asume protagonismo un nuevo personaje, la figura del “*bodinho*”, que suele definirse en términos genéricos (y siempre en tono despectivo) como “*el que lo tiene todo*” y, a veces, aparece como sinónimo de “*filinho de papai*” (hijito de papá) o “*playboy*”.

En todo caso, dichas polaridades se configuran en la producción discursiva analizada en una lógica que sitúa la dimensión económica como el eje central de la dualización o fractura social. **El capital económico aparece como el elemento determinante de la existencia de relaciones sociales jerárquicas que articulan las esferas económica, simbólica, identitaria y territorial (y que eventualmente entran en los campos ético, cultural y político).**

Desde este enfoque, **los jóvenes de los tres colectivos suponen que el reconocimiento social que una persona puede llegar a obtener está directamente relacionado con, o, más precisamente, es directamente proporcional a, lo que posee**

y a su capacidad de consumo. Esta lógica es el gran hilo conductor de los numerosos relatos de situaciones y prácticas asociadas al ámbito de la calle que ponen de manifiesto procesos de incremento de la tensión social, fragilización y ruptura de los lazos societarios. En dichos relatos, el núcleo duro a partir del cual se producen variados síntomas de fractura social consiste en una íntima (y lamentable) conexión entre las nociones de diferencia, violencia y exclusión.

7.2. Diferencia, violencia y vínculo social en el ámbito de la calle

En este apartado, limitaremos el uso de la noción de diferencia a la cuestión de la alteridad, ya que las principales claves de las relaciones entre violencia, diferencia y exclusión social se sitúan en el campo de la relación con el “otro”. La argumentación sobre la ausencia de relaciones de reciprocidad entre “incluidos” y “excluidos” indica una sustitución de éstas por relaciones jerárquicas basada en criterios económicos amparados en la lógica de que ser equivale a tener. Estas relaciones están directamente ligadas al aumento de la tensión social y se perciben como el caldo de cultivo de una larga cadena de manifestaciones de la violencia. Desde esta óptica, la violencia derivada de la radicalización de las diferencias se asocia a la idea de fractura social. Y, frecuentemente, se aproxima al concepto de “*apartação social*” de Buarque (1993)¹²⁰.

Los jóvenes de los tres colectivos dibujan un escenario en el que supuestamente ya se produjo una fuerte ruptura del vínculo social. En este escenario, ponen el énfasis sobre una clara escisión entre “ricos” y “pobres”, subrayando que las relaciones entre ambas categorías son o bien inexistentes, o bien violentas. Dichas relaciones están marcadas no sólo por una absoluta ausencia de solidaridad, sino también por una tendencia a percibir al “otro” como un agresor potencial. La inexistencia de relaciones solidarias o, incluso, de cualquier tipo de reconocimiento entre “incluidos” y “excluidos” suele atribuirse al egoísmo y al individualismo de “los ricos”, características que junto a la “frialidad” son los principales elementos definitorios de “*los de la sociedad*”, como hemos visto en el capítulo anterior.

La condición de pobreza se entiende como fuente de desprecio y rechazo por parte de “los ricos”, un rechazo que se manifiesta mediante variados tipos de violencia cuyo escenario más común es la calle. A ello se suma que las agresiones sufridas por los pobres parecen ser más graves en la medida en que aumenta la pobreza de la víctima. Así, las personas que viven en la calle - y, en especial, los mendigos - son percibidos

¹²⁰ Véase apartado teórico sobre la exclusión social en Brasil.

como las víctimas prioritarias no sólo de la violencia estructural, sino de las múltiples formas de violencia perpetradas por “*los de la sociedad*” que tienen como base las desigualdades sociales y los procesos de radicalización de la diferencia.

S5: ...¿Cómo son(las personas que están dentro de la sociedad)? Ah, son muy egoístas... Sólo miran su propio interés, no miran hacia las otras personas que necesitan...Porque ellos están allá, tranquilos, comiendo de lo bueno y de lo mejor... tienen su dinerito. Entonces pasan por la calle y al ver aquellos mendigos allí lo que hacen es reírse o escupirles, u otras cosas peores... ¡porque yo ya lo he visto!... Gente allí en el centro de Taguatinga que pasa en un gran coche Mitsubishi, si alguien se acerca a la ventana del coche para pedirles algo lo que ellos hacen es cerrar el cristal, girar la cara y marcharse, dejan al mendigo allá hablando solo...eso ya lo he visto muchísimas veces (p.30)

Estos procesos también suscitan un movimiento de restricción de las inversiones de los jóvenes en el establecimiento de lazos sociales a determinados colectivos percibidos como semejantes, basado en el supuesto de que es entre los pobres donde predominan las relaciones de solidaridad y reciprocidad. En consecuencia, las posibilidades de construcción y ampliación del vínculo social aparecen limitadas por criterios económicos asociados a criterios morales.

*A4: ...Por ejemplo... no me gusta tener amistad, con esas personas así **snoobs** que siempre quieren hacerse pasar por lo que no son... yo sólo tengo amigos pobres. Me gustan las personas pobres porque me gusta ayudar y me gusta que me ayuden...(p.16)*

En esta dinámica entra en juego un proceso ampliamente estudiado por la psicología social en el campo de la categorización social, a través del cual se produce la acentuación de las similitudes en el interior de una categoría y la exacerbación de las diferencias frente a otra categoría. En la esfera de las relaciones intergrupales ello se traduce en una tendencia a maximizar la diferencia entre endogrupo y exogrupo, demostrada experimentalmente por el “paradigma del grupo mínimo” (Jodelet, 1996).

7.2.1. Tipos de violencia que asocian diferencia y exclusión social

a) La violencia en los campos simbólico y social

En los discursos sobre la calle también encontramos un énfasis en los **procesos de estigmatización vinculados a juicios apriorísticos y a prácticas discriminatorias asociados a la criminalización de la pobreza**. Estos procesos se describen prácticamente en los mismos términos que hemos analizado en el ámbito comunitario (la distinción fundamental es que los agentes de dichas prácticas no son “*los de la comunidad*” sino “*los de la sociedad*”), motivo por el cual no ahondaremos en ello. Sin embargo, cabe señalar que las experiencias asociadas al estigma en el ámbito de la calle son relatadas por los jóvenes de la semi-libertad y del colectivo de la calle en primera persona, mientras que los sujetos de la comunidad las cuentan vinculándolas, sobre

todo, a terceros. Otro aspecto llamativo es que los jóvenes de la comunidad aluden al racismo entre las prácticas consideradas discriminatorias, factor que curiosamente no surge en el discurso de los otros dos colectivos, aunque tengamos sujetos negros y mulatos en los tres grupos.

La relación entre diferencia y violencia también se expresa en los numerosos relatos de experiencias de **humillación** perpetradas por aquéllos que se sienten superiores por encontrarse en una posición socio-económica privilegiada. Además, los jóvenes subrayan la **indiferencia de “los de la sociedad”** frente a estos eventos y a las precarias condiciones materiales de existencia de determinados colectivos percibidos como excluidos, entre los cuales las poblaciones que viven en la calle aparecen una vez más como el ejemplo paradigmático. Desde esta óptica, **la vida en calle se percibe como una vivencia que puede implicar experiencias de deshumanización.**

La asociación entre vida en la calle y deshumanización no se explica tanto por la precariedad de las condiciones materiales de existencia en este territorio, sino, ante todo, por la reacción social de los grupos económicamente favorecidos. Tal reacción se caracteriza por una **radicalización de las diferencias que, en casos más extremos, conduce a una animalización y/o cosificación de la pobreza.** Es decir, aquí el proceso de exclusión social de determinados colectivos culmina en su **expulsión de la idea de humanidad.** Este proceso suma a la distancia social ya existente, la imposición de una distancia simbólica y física entre “ricos” y “pobres”.

No obstante, algunos sujetos llaman la atención sobre el hecho de que estas conductas ocasionalmente también se reproducen en las relaciones entre miembros de la categoría genérica “pobres”. En este caso entra en juego la escala de gradación de la pobreza que hemos mencionado antes y una actitud similar a lo que se conoce como “el síndrome del pequeño poder”, indicando que la fragmentación social y la fragilización de los vínculos se están produciendo en múltiples niveles.

*.R4: ... yo misma he visto muchas veces a muchas personas siendo humilladas. He visto a mucha gente ser humillada por la policía, por personas... que creen que son de la alta sociedad. Yo veía aquello y me parecía triste realmente es triste, ¿no? Porque es una cosa mala, muy mala...vivir como un perro, como una cosa....ser golpeado por nada... Es ese lado de humillación, porque hay gente que se siente superior a las personas que están en la calle ¿no?, entonces ellas llegan y dicen así: “¡Tú no vales para nada”...”Aléjate de mí, **cheira cola**¹²¹!”, “Aléjate de mí sucio, porque se me va a pegar tu suciedad”...*

¹²¹ “Cheira cola” es una expresión utilizada para hacer referencia a los niños que inhalan pegamento u otros tipos de drogas inhalantes. El uso de tal expresión está muy extendido entre la población en general, pero también es muy recurrente entre los propios niños y jóvenes que viven en la calle. En el ámbito de la calle, “cheira cola” es una categoría que distingue identidades colectivas. La identidad colectiva de mayor oposición a ella en el espacio de la calle es la de “niño o adolescente trabajador” (aunque sea frecuente que los que trabajan también consuman inhalantes).

¡allá en el Plano mismo hay mucha gente que lo hace! Les parece bonito....Y la gente pasa, mira y finge que no ha visto nada... Así, yo creo que las personas que viven en una casa se sienten superiores a una persona que vive en la calle. Creo que ellas se sienten así: "Ah, tú eres pobre y tienes que quedarte lejos de mí" ¿No?.."Yo soy pobre pero soy más o menos pobre, así que..¡Lejos de mí!"..¡Es así! (p.37)

En este sentido, nuestros datos apoyan la hipótesis formulada por Nascimento (1998), sobre la existencia de una representación social sobre los pobres en Brasil (y en particular sobre los niños de la calle y los habitantes de las *favelas* de Río) que no sólo refuerza su estigmatización, sino que instituye una especie de duda sobre su semejanza, "como si fueran de otra naturaleza". Como hemos visto, este autor recalca que el fortalecimiento y la consolidación de dicha representación puede llevar a la formalización del no reconocimiento de algunos colectivos y a la institución de un "régimen de exclusión". En la sociedad brasileña dicho proceso sería favorecido por la preservación de un imaginario colectivo que todavía se alimenta de las secuelas de una cultura autoritaria y por la existencia de una ciudadanía fragmentada y jerarquizada, según la cual algunos grupos sociales tienen más derechos que otros y, en las situaciones más extremas, encontramos a sujetos que empiezan a ser desprovistos de su condición humana y desplazados hacia un espacio de "no-derecho".

La cuestión del reconocimiento es otro de los núcleos centrales de la producción discursiva sobre los procesos de exclusión e inclusión social de los tres grupos, ya que **ser reconocido socialmente se percibe como condición sine qua non para la participación social**. Para los jóvenes, la obtención de reconocimiento social parece ser incluso más importante que el acceso al trabajo, al capital cultural o a una vivienda, además de ser un requisito previo para acceder a cualquier tipo de derecho.

S6: (Silencio) Yo quería ocupar un espacio en la sociedad también, un espacio bien visto...que al menos (las personas) reconocieran ¿ no?... Yo me siento (fuera)... Sí, (por) ser discriminado... (p.25)

S5: ¿ Qué es lo que una persona necesita (para participar en la sociedad)?... Ser conocida ¿no? , así.....no ser despreciada.....Esos ricazos ahí, en lugar de sacar a esas personas de la calle, darles trabajo ... darles escuela.. darles un techo... Ellos no miran esas cosas, sólo les importa su propio interés , porque ellos están bien allá con su dinerito, entonces que se joda el mundo.... (p.26)

La ausencia de reconocimiento social se vincula a una serie de reacciones sociales entendidas como violencia en el campo simbólico; por ejemplo, el desprecio, la indiferencia o la discriminación, tal como podemos apreciar en las citas anteriores. Sin embargo, también se asocia a otros tipos de vulnerabilidades. Estas vulnerabilidades van desde la **no existencia jurídica** - muy frecuente entre los moradores de la calle que a menudo no tienen ningún tipo de documentación - lo que dificulta el acceso a derechos

básicos como la atención sanitaria o la educación, así como la comprobación de la propia identidad o de vínculos familiares ante problemas jurídicos, situaciones de defunción o amenazas de pérdida de custodia,

R3:.....La A y la P no tenían registro (de nacimiento), entonces mi madre fue a registrarlas, (porque) un tío dijo que si ella no lo hacía..... y las pillaban en la calle iban a llevarlas para el centro de acogida... porque la madre de ellas desapareció y no registró a ninguno de los hijos ¿sabes?(p.31)

llegando a quejas sobre la **ausencia de voz y de espacios de escucha en el campo político**. En la esfera política con frecuencia no se vislumbra ninguna perspectiva de participación de los grupos percibidos como excluidos (en los que los jóvenes suelen incluirse), sino más bien lo contrario. Además de plantear que no son reconocidos, los jóvenes entienden que aquellos que ocupan posiciones de poder desean su desaparición y, más concretamente, su muerte, estableciendo una asociación entre el individualismo de los “incluidos” y la idea del excluido como “desechable”.

S5: Ah, muchas cosas tienen que ser solucionadas, pero no sirve de nada que yo lo esté diciendo aquí porque quien tiene que pensar en eso y concienciarse es el presidente allá, el que dice que es presidente, ¿no? ...Y los partidos... los que son de alto nivel, deberían ... tener una reunión entre ellos allá y conversar sobre eso... nuestro Brasil se está hundiendo más a causa de eso. En lugar de estar en la calle, los niños y esas personas estar deberían estar en un curso, en una escuela... pero están ahí en la calle, inhalando pegamento, robando, matando....

E:¿ Entonces crees que quienes tienen que hacerse cargo de eso son los políticos?

S5: Son los políticos... ¡sólo ellos!... Así, son sólo ellos, porque ellos son los que tienen un alto nivel ¿no?, Porque si nosotros llegásemos e hiciésemos un discurso allá, ellos mandarían el ejército ir allá para sacarnos de delante de ellos...(ellos) no llaman a uno de nosotros para charlar y saber lo que queremos decirles, ¿entiendes?...¡Eso ellos no lo hacen!.. sólo se preocupan por lo suyo,¡ y para nosotros, lo que quieren es nuestra muerte!... (segunda pp. 8,9)

Las alusiones a la indiferencia y a la ausencia de reconocimiento indican la existencia de procesos de invisibilización de los grupos investigados, que les desplazan al campo de una infraciudadanía. Tales procesos pueden llegar al extremo de destituirles de cualquier lugar en las representaciones sociales dominantes (Xiberras, 1993), dificultando o imposibilitando procesos de acción y representación colectiva.

Por otro lado, pueden restringir la visibilidad de determinados colectivos a través de mecanismos vinculados a la atribución de una identidad negativa o a la lógica de acentuación de las diferencias y distancias frente al “otro”. Estos mecanismos convierten la figura del “extranjero” de Simmel en el personaje del “*inextranjero*” desarrollado por Buarque (1994, en Scorel, 1998a). El *inextranjero* es aquel individuo percibido como un extraño en el interior de un escenario nacional marcado por una ciudadanía partida, donde la exacerbación de su extrañeza o negatividad puede llegar a convertir su diferencia en una amenaza que debe ser eliminada físicamente (Ibíd.).

b) La superposición de manifestaciones de violencia en la relación con el “otro” mediada por procesos de radicalización de las diferencias

En los relatos de las experiencias de violencia sufridas por los jóvenes en el ámbito de la calle ligados a procesos de radicalización de las diferencias y fractura social, los protagonistas indiscutibles son los “*bodinhos*”, “*playboys*” y “*filinhos de papai*”. Los sujetos manifiestan que la violencia perpetrada por éstos hacia ellos va desde el campo simbólico (imposición de valores, amenazas, agresiones verbales, gestos etc.), pasando por agresiones físicas de intensidad variada, hasta llegar al extremo de las prácticas de exterminio (las cuales afectan particularmente a los jóvenes que viven en la calle y sólo aparecen relacionadas con este colectivo).

En cualquier caso, **la descripción y los procesos de atribución de sentido a dichos eventos siempre siguen el mismo guión: el énfasis en relaciones jerárquicas basadas en la lógica de que ser equivale a tener, en las que los “*bodinhos*” invariablemente pretenden afirmar su superioridad, y la presencia de una fuerte articulación entre las dimensiones económica, identitaria y territorial, que parece ser muy relevante para ambas partes implicadas en los conflictos relatados.** También es frecuente en el discurso de los jóvenes la coexistencia de una afirmación de la creencia en su igualdad frente a otros grupos sociales con la expresión de la vivencia de la diferencia en la relación con el “otro”. En esta disyuntiva, la imposibilidad de establecer procesos de negociación y relaciones de reconocimiento y reciprocidad suele dar lugar a relaciones hostiles o, incluso, cerrar cualquier posibilidad de relación.

R1: ... bodinho es aquel hijito de papá, que tiene de todo ¿no?... yo conozco un montón ... allí en la UnB¹²² ... Todas las veces que llego allá y los tíos me ven lo que hacen es cambiar de rumbo.. Porque ellos saben que son hijitos de papá y que yo no lo soy ... ellos me evitan porque ya me ensañé con unos tíos alláPorque los hijitos de papá son muy dados a burlarse de los demás... de los otros que viven en la calle.... porque tienen dinero y todo ... ellos quieren ser los dueños de la calle... Y si el tío es tonto, ellos se aprovechan... reúnen un montón y hasta llegan a matar... como hicieron con el tío allá en la Asa Sul....¡Los tíos le prendieron fuego! Cogieron el pegamento de un chico que yo conocía, lo echaron en la cabeza del tío y le han prendido fuego (pausa)¿Por qué creo que eso ocurre? Porque esa gente ... quiere ser más grande que los demás, pero no son nada , no son nada, jellos no son nada! Para mí... yo soy igual que todo el mundo, no soy más que nadie ni nadie es más que yo...Pero si el tío llega aquí diciendo que es más que yo, lo tendrá complicado... porque todo el mundo es igual.. nosotros nacemos ...estamos aquí en el mundo para sobrevivir ...conocer...aprender a vivir(pp.17,18)*

Otro aspecto reiteradamente destacado por los jóvenes es el **carácter gratuito** de las manifestaciones de violencia asociadas a la diferencia y, en particular, **de las agresiones perpetradas por los “*bodinhos*”**, lo que, a menudo, **suscita un deseo de venganza**. Cuando se trata de conflictos entre diferentes grupos de jóvenes

¹²² Sigla de la Universidad de Brasilia, en cuyo campus R1 vive actualmente.

pertenecientes a identidades colectivas contrapuestas, a ello se suma la activación de **dinámicas de solidaridad y cohesión entre los pares** de cada grupo.

E: ¿Tú ya has tenido miedo en la calle?

R5: A veces. Una vez una **galera*** me dio una paliza, una **galera* de bodinho**, aquellos **playboys** ¡Si yo pillara a uno de ellos hoy le mataría!... ¡Porque ellos casi me han matado!... ya llegaron golpeándome... ¡y yo sin saber por qué estaba siendo golpeado!... Yo no tenía nada que ver, ¡nada! Hombre, ¡recibí golpes como un condenado!.. Ese día... llegué aquí con la frente así de grande, con el cuerpo todo herido... después me fui a casa con un dolor de cabeza tremendo, malestar, dolor en el estómago ... unos días después... vinieron dos de ellos. Pero yo dije: no, paso ... entonces, (cuando) pasamos por ellos, el hijo de puta me dio una patada, y yo le dije: “Ah, ¿quieres pelea amigo? Espérate ...”... entonces salimos yo y mi hermano ... reunimos al grupo que estaba allá y volvimos. Cuando volvimos ellos ya no estaban allá. Entonces dije: dejémoslo ... Por eso que salí de allá, también fue a causa de eso. Pero hoy día, me muero de ganas de encontrar a uno de ellos.... ¡Si les pilló! Ni siquiera sé lo que hago... (p.20)

c) La matización de la violencia en las relaciones con la alteridad mediadas por la identificación de similitudes

Para profundizar en la relación entre violencia, diferencia y vínculo social en el espacio de la calle es interesante establecer una comparación entre las reacciones vinculadas a los episodios de violencia perpetrados por personas diferenciadas de este territorio (como los “*bodinhos*” o el “otro social” en un sentido más amplio) que hemos analizado hasta ahora y los conflictos que se producen entre diferentes grupos que viven y/o conviven en el ámbito de la calle.

Los relatos de los **conflictos entre grupos de oposición constituidos por jóvenes que viven en la calle** son los que más se acercan a las dinámicas de violencia relacionadas con actores percibidos como externos a este territorio, con los cuales no hay ningún tipo de lazo social. En estos conflictos predominan dos tipos de manifestaciones violentas: las amenazas y las agresiones físicas.

Los motivos son relativamente diversos, pero los procesos de atribución de sentido a dichos conflictos indican dos tendencias dominantes: el sentido de la **violencia como estrategia de defensa, delimitación territorial, definición de límites y afirmación de fuerza frente a una provocación del “otro”** y los **enfrentamientos entre grupos rivales** en los que los motivos pierden relevancia frente a la importancia atribuida a las dinámicas **que activan la solidaridad entre los pares. Aquí la violencia cobra, sobre todo, el sentido de refuerzo de la cohesión grupal, a lo que, con frecuencia, se suma una connotación lúdica.**

R5: ... ¡había una **galera!**... Ah, de vez en cuando nosotros también dábamos unas palizas a unos chicos allá ... Era **galera** contra **galera** ... De **ganguinha**¹²³ ¿no?... Uno se metía con el otro allí y éste ya llamaba a todo el mundo: “vamos allá” ... Entonces empezaba la pelea... nosotros no solíamos andar muy juntos... Era así, si le pasaba algo a uno entonces entraban todos... uno llamaba la **galera** y salía llamando, salía reuniendo (a todos): “Sí, ¡ vamos allá, vamos allá!” Llamaba otro, llamaba a otro e íbamos a pelear (p.6)

¹²³ Sobre las nociones de “galera” y “ganguinha”, véase capítulo relativo al ámbito comunitario.

En ambos casos, la dimensión identitaria es un elemento central de los enfrentamientos. Por tanto, nos encontramos una vez más ante la cuestión de la alteridad. Sin embargo, si aquí la relación con “el otro” también está mediada por la violencia, en ninguna circunstancia los relatos analizados sugieren la existencia de procesos de radicalización de la diferencia ligados a los grupos e identidades colectivas de oposición vinculados al ámbito de la calle. Así, pese a las diferencias que los distintos grupos de jóvenes que viven en la calle se empeñan en afirmar, el hecho de compartir algo (la vida en la calle) parece propiciar el mantenimiento de algún tipo de relación de reciprocidad entre ellos.

Este “matiz” tiene implicaciones muy importantes en las dinámicas conflictivas que se producen entre las alteridades “de la calle”. En estas condiciones, los enfrentamientos con “el otro” se perciben como enfrentamientos muy igualitarios. La desigualdad en el juego de fuerzas establecido se restringe básicamente al tamaño y a la fuerza física de los rivales. Además, el **reconocimiento del “otro” como distinto pero, a la vez, semejante, parece contribuir a poner algún tipo de límite a la intensidad de las agresiones perpetradas**. Ello se refleja en una **tendencia a quitar relevancia a la gravedad de los episodios de violencia vivenciados entre pares de la calle**, que conduce, muchas veces, incluso a la negación de su carácter violento.

Esta tendencia llega al paroxismo cuando entramos en el campo de los **episodios de violencia ligados a los pares, familiares y adultos con los que los jóvenes conviven en la calle**. Aquí también predominan las agresiones verbales y, en especial, las **agresiones físicas como modo habitual de resolución de conflictos**¹²⁴. Aunque determinadas situaciones de violencia entre compañeros o familiares conduzcan a la disolución de grupos de convivencia en la calle y a la movilidad de los sujetos implicados, **el relato del intercambio de agresiones entre estos actores se define primordialmente por una fuerte normalización de la violencia**.

R2: Yo no sé cómo él (se refiere a su padre) llegó aquí ... yo estaba durmiendo, cuando me desperté ¡ ya estaba allá sentado!... Entonces la Doña L. dijo así: “él puede quedarse ahí”.. luego, el Gl. le dio unos golpes y él se marchó ...¿Te acuerdas de aquel día que yo le estaba tirando cosas aquí? ... (él se marchó) al día siguiente ...

E: ¿ Qué pasó? Hubo un jaleo aquí ¿verdad?

¹²⁴ La violencia también surge frecuentemente asociada a la dimensión lúdica o, sencillamente, como una actividad más del grupo como podemos apreciar en el siguiente fragmento:

E: En esa época te quedabas tú, el T

R2: El Ga, el G, el R, el T, a ver, el otro R., el W, muchos chicos....(todos juntos).. siempre...

E: ¿Y qué hacíais juntos?

R2: (sonríe) Pegábamos a los demás, (lo demás) nos pegaban.... (pp. 5,6)

R2: (confirma en silencio)... Todo el mundo pegándole, lo cogimos aquí en el comercio y le arrastramos hasta allá El Gl, un montón de gente (le pegó)...incluso yo mismo le peguéel T¹²⁵... ¡porque a nadie le gustó que ...él se metiera con la Doña L!..... dijo que va a matar al Gl... ¡Porque le golpeó!...Y yo le dije: “¡Tú no matas a nadie hombre! ¡No estás matando ni siquiera tu hambre!”(pp.15, 16)

La normalización de la violencia que se produce entre los grupos de pertenencia en la calle es tan acentuada que la tendencia mayoritaria es que estos episodios no se perciban como violentos. Ocasionalmente, el reconocimiento de la violencia se limita a las agresiones que resultan en muerte, dato observado en otros estudios desarrollados con niños y jóvenes que viven en la calle en Brasil (Magagnin,1999). No obstante, en la producción discursiva de los sujetos del grupo de la calle destaca, ante todo, la coexistencia entre reconocimiento y negación de la violencia.

En todo caso, **todos los discursos analizados apuntan hacia una misma dirección respecto a la relación entre violencia, diferencia y vínculo social en la calle, a saber: cuanto más cercanas son las relaciones y cuanto mayor es el reconocimiento de la similitud del “otro”, más fuerte es la tendencia a restar relevancia a los conflictos y a disociarlos de significados relacionados con la violencia. La inversión de esta fórmula es igualmente válida.** De hecho, cuando surgen temas relacionados con la violencia en el ámbito de la calle en las entrevistas, lo más frecuente es que los jóvenes introduzcan inmediatamente a los actores percibidos como externos a este territorio, y, en particular, los “*bodinhos*”.

E: ¿Hay mucha pelea en la calle?

R3: Así, ¿entre nosotros? ... entre nosotros, nosotros prácticamente no peleamos, pero hay muchas personas en la calle que pelean, hay gente que discute con los demás por cualquier cosa...¡Estos *bodinhos* por ejemplo son **folgados***! (p.23)

¹²⁵ La Doña L, el Gl y el T son los adultos que viven en la calle en la zona en la que R2, R3 y, eventualmente, R1 suelen quedarse. La Doña L es la madre de R3; Gl no tiene ninguna relación de parentesco con ningún miembro del grupo y el T, que a veces aparece como D, es el hermano de R4 que lleva muchos años viviendo en la calle. El liderazgo del grupo y las principales decisiones con respecto a lo que pasa en la zona se reparten entre Doña L y T. A pesar de que Gl estuvo viviendo por un determinado período como compañero sentimental de Doña L, suele ser bastante menospreciado por los niños y jóvenes del grupo, los cuales suelen definirle como “borracho”, “loco” o “vagabundo”. La situación de T es particularmente interesante porque se encuentra precisamente en un espacio intermedio entre los niños y adolescentes y los adultos. Antes de cumplir los 18 años, solía andar con el grupo de niños y adolescentes del que son parte R2 y R3. A lo largo de varios años ejerció un importante liderazgo en este grupo y fue central para su cohesión. Sin embargo, tras la mayoría de edad se ha ido desvinculando poco a poco de las actividades de dicho grupo, aunque permanece en la calle y sigue viviendo con parte de él. Ello ha generado una interesante dinámica, puesto que tanto desde el punto de vista de sus compañeros como del suyo propio predomina el discurso de que él ya no “está en la calle”. Ello se debe a un fuerte cambio de rol por parte de T. En la actualidad, además de trabajar por las noches vigilando coches con Doña L., ha asumido las tareas domésticas, ocupándose predominantemente del cuidado del “*barraco*”, es decir, de la “casa” que tienen en la calle. Por otra parte, aún ejerce una fuerte influencia sobre el grupo de jóvenes y, curiosamente, tras dejar de “andar” con ellos ha pasado a ejercer un control todavía más intenso sobre sus prácticas.

Por otro lado, incluso los discursos con una fuerte tendencia a negar la violencia en la calle nos ofrecen excelentes metáforas sobre la vulnerabilidad de las personas que viven en este territorio ante posibles situaciones de victimización. Un ejemplo de ello es el siguiente fragmento de la entrevista de R3, que evidencia la desigualdad de las fuerzas en juego, la indiferencia social y la destitución del valor de la vida de aquel que es percibido como inferior y “desechable”.

E: Hum...¿Qué has visto ocurrir en la calle que te pareció violento?

R3: Un perro que mató a un gato (se ríe) Eso fue violento. Y el dueño (del perro) no dijo nada....el perro destrozó al gato... Y él me miró y dijo: “¿Qué puedo hacer? Déjale que mate”... Eso es una violencia en la calle .. porque ni siquiera sabían de quién era el gato ¿no? Podría ser de una persona a la que el gato le gustaba mucho...Pero en un momento en que su dueño no estaba mirando, el gato vino a la calle. Entonces el perro le mata y él (el dueño) encuentra el gato muerto y ni siquiera sabe quién lo ha hecho ... Pero violencia así, no hay mucho en la calle....que yo haya visto no... (pp. 33,34)

d) Los asesinatos en el ámbito de la calle y la percepción de este territorio como un lugar de riesgo y sufrimiento

Al hablar de la calle como un espacio de riesgo, los jóvenes de la comunidad y los jóvenes institucionalizados hacen especial hincapié en la criminalidad violenta y, en especial, en los asesinatos y “guerras”. El relato de estas manifestaciones de violencia en el territorio de la calle no aporta elementos novedosos al análisis presentado en el capítulo precedente. El único aspecto que merece alusión es que mientras que en la comunidad la violencia aparecía atenuada y “compensada” por estrategias y agentes asociados a un vínculo social basado en lazos comunitarios, en el espacio de la calle casi no hay matices porque se supone que en este ámbito impera la “ley de la selva”:

S4:..En la calle tú sales de casa y no sabes si vas a volver...sabes que sales, pero no sabes si vuelves...Por eso que hay mucho más (violencia)en la calle (que en otros lugares)(tercera entrevista p.5)

Es necesario señalar que la idea de “ley de la selva” no supone que la calle sea un espacio anómico. La fuerza de las normas subculturales en este territorio (que afectan a todos los jóvenes) apunta antes a la idea de construcción de reglas alternativas que a la ausencia de normas. En este marco, se considera que la desconfianza constante es una estrategia imprescindible para la supervivencia en la calle.

Entre los jóvenes del grupo de la calle también son muy frecuentes las alusiones a **asesinatos de sus pares** en este ámbito. A veces, dichas prácticas son planteadas como prácticas de exterminio¹²⁶ y, otras veces, explicadas como consecuencia de la asunción

¹²⁶ Los asesinatos de niños y jóvenes de la calle empiezan a ganar visibilidad en Brasil a partir de la década de los 80, tras un esfuerzo realizado por el “Movimiento Nacional de Niños y Niñas de la Calle”, asesorado por otros organismos, para dar cuenta de la magnitud del problema mediante un estudio

de la violencia como modo privilegiado para la resolución de conflictos en el ámbito de la calle. En la mayoría de los casos no se mencionan los autores de los asesinatos.

Este tipo de violencia es un evento muy recurrente. En general, suele percibirse como violencia gratuita y, por ello, carente de sentido. Pese a su recurrencia, **en ningún caso estos asesinatos son banalizados ni normalizados por los jóvenes, sino que repercuten fuertemente sobre la percepción que tienen de la calle convirtiéndola en un lugar de riesgo y sufrimiento:**

RI: ... Ya he visto muchas cosas malas en la calleya vi gente muriéndose así a mi lado, gente sufriendo disparos así a mi lado, sólo cosas realmente malas, ¿es chungo! (Silencio) La vida de la calle es una vida triste, ¿sabes lo que te digo? Si el tío no sabe, no saber vivir ... ¿es duro!

E: No sé, algo bueno, ¿tienes buenos recuerdos?

RI: Recuerdos buenos... (silencio) recuerdos buenos... Es difícil ...(Silencio) (p.10)

R4:... hay unos que muerenmueren por nada...No sé, son muchas cosas así...¿ni siquiera tiene sentido la calle!... Ver a una persona siendo asesinada no debe ser fácil ¿no?... yo ya conocí a mucha gente que lo ha visto... que tuvo que verlo eso no debe ser bueno ¿no?(p. 37)

La vida cotidiana en la calle se ve como una lucha por la supervivencia en sentido amplio, en la que se supone que el mantenimiento de la propia vida depende del desarrollo de buenas estrategias de defensa y de la protección divina: *RI: ... hasta hoy la*

dedicado a sistematizar el número de muertes violentas de niños y adolescentes en las calles de 16 estados del país en el período de 1984 a 1989. Tal estudio detectó, en un primer momento, 1397 casos registrados en el Instituto Médico Legal de 9 estados y 891 casos divulgados por la prensa local de 16 estados. A raíz de la repercusión de dichos datos y del incremento del número de asesinatos a partir de la década de los 90, se han realizado nuevas investigaciones y la existencia de una verdadera política de exterminio ha empezado a salir a la luz, especialmente tras algunos casos de asesinatos masivos de niños y jóvenes por grupos organizados y policías que han tenido amplia repercusión mediática en el escenario nacional e internacional. Sin embargo, el tema todavía se aborda de modo muy tímido e incompleto, debido al temor a represalias, a la indiferencia social ante el problema y a la dificultad de acceso a los datos, puesto que dichas incidencias a menudo no son registradas, o lo son como casos de desaparición. En todo caso, algunas características de estos asesinatos han sido señaladas por diferentes estudios. Los crímenes suelen cometerse mediante ejecuciones realizadas con armas de fuego. Las víctimas suelen ser varones, de etnia mulata o negra, provenientes de familias muy pobres, con nivel educativo muy bajo o inexistente, con edad entre los 15 y los 17 años (aunque los niños no escapan a estas prácticas: de 457 casos de asesinatos de niños y jóvenes con edad entre los 0 y los 18 años ocurridos en tres grandes centros urbanos del país en el año 1989, 10 víctimas tenían menos de 1 año de edad, 32 tenían menos de 10 años y 66 tenían entre 11 y 14 años); algunas veces tienen implicación en actividades ilícitas pero, en general, no tienen expediente policial y tampoco hay indicios de su relación con las redes organizadas de tráfico de drogas o de policías. En cuanto a los agresores, la mayoría son varones y desconocidos por las víctimas. Aunque no sea posible asegurar su identidad (pues son crímenes que no sólo suelen quedar impunes, sino que ni siquiera son sometidos a juicio) hay fuertes sospechas de que la mayoría de los agresores está conectada con los siguientes colectivos: policía militar, grupos vinculados al crimen organizado y al tráfico de drogas y grupos que ofrecen servicios de “seguridad privada” (oficialmente o no). Las principales motivaciones relacionadas con estos crímenes son el dinero, la venganza y la idea de “hacer justicia con las propias manos”, además, evidentemente, de la eliminación de determinados colectivos percibidos como incómodos y amenazadores (MNMMR/IBASE/ NEV- Usp, 1991, Rizzini, 1994). También es importante señalar un incremento en la década de los 90 de prácticas violentas perpetradas por jóvenes de la clase media y alta que han provocado la muerte de “excluidos”. En Brasilia, se produjo un caso que generó una verdadera conmoción nacional cuando un grupo de jóvenes prendió fuego a un indígena que dormía en una parada de autobús y, tras su muerte, justificaron el hecho argumentando que no sabían que se trataba de un indígena, sino que creían que era un mendigo y que sólo pretendían “gastarle una broma”. Respecto a este tema véanse Wailsselfiz, (1998a) y Magagnin (1999).

gente no me puso la mano encima porque yo no he metido la pata con nadie ahí en la calle. Estoy vivo hasta hoy gracias a Dios... Pero la calle es dura .. vivir en la calle .(p.9)

8. Repercusiones de la radicalización de las diferencias sobre el lazo social y la vinculación con la calle

Los procesos de radicalización de la diferencia asociados a la deshumanización de la pobreza tienen fuertes repercusiones sobre los tres colectivos que hemos estudiado. Sin embargo, las prácticas violentas que producen parecen incidir sobre todo en la vida cotidiana de las personas que han hecho de la calle su lugar de residencia. Un ejemplo tajante de ello es el caso de R2, en cuyo discurso dichos procesos aparecen relacionados con experiencias de victimización generalizada.

A pesar de percibir a los “*bodinhos*” como sus principales verdugos, este chico pone de manifiesto que sus relaciones sociales con la alteridad se han caracterizado predominantemente por la violencia. La figura del “otro” no tiene un rostro definido. Aunque remita a diferentes actores sociales, la categorización de éstos no tiene mayor relevancia, pues lo que ha quedado como recuerdo significativo para R2 de los encuentros con la alteridad son las agresiones físicas sufridas, que son explicadas sencillamente por su condición de pobreza.

*R2: ¡Yo también ya sufrí muchas palizas en esa vida !... (lo confirma en silencio) (sonríe) ¡ (de) Tanta gente que ni me acuerdo !... (golpes)De gente adulta, de policía, de niños... de los chicos de la calle no mucho, pero de eso **bodinhos*** **folgados***¡hombre!... Ya me han golpeado bastante... No sé(por qué) (silencio)(se ríe) Ellos piensan que la gente pobre pertenece a otro mundo.....¿no? (p.20)*

La posibilidad de sufrir agresiones por parte de cualquiera y la conciencia de que estas agresiones pueden llegar a desembocar en asesinatos se relacionan fuertemente con la fragilización del vínculo con la calle (véanse, por ejemplo, R1, R4 y R5).

R5: Ah, (en la calle he visto) un montón de cosas (malas) también...es peligroso dormir en la calle (porque puede) que llegue otro tío sin que tú lo veas....ya sabes como es, hay aquellos tíos que ponen colillas (de cigarro) en tu pie ...¡El tío te quema! Como pasó con un colega nuestro cuando llegamos aquí. Él estaba durmiendo allí, un tío le echó alcohol y le prendió fuego... El tío no murió por suerte, porque la gente lo vio y le prestó socorro.... Eso es lo que hace que salgas de la calle, que dejes de dormir en la calle... ves cosas que ¡Dios me libre!, entonces piensas:¿voy a dormir en la calle para que pase eso conmigo? Claro que no....nadie sabe hasta hoy (quien lo ha hecho). El pobre estaba durmiendo, es una putada (p.12)

En este escenario, las agresiones que los jóvenes sufren por parte de “*los de la sociedad*” generan indignación e intensifican el odio social. Finalmente, se plantean como la justificación de respuestas violentas ejercidas por “los pobres” contra “los ricos” sin ningún tipo de culpabilidad, sea porque “los ricos” son percibidos como

incapaces de tener un gesto de solidaridad hacia los pobres (aunque a menudo los jóvenes confundan solidaridad y caridad),

R2:No, porque te entra rabia, (porque) nosotros pedimos, pedimos y nadie nos da (nada), entonces tú dices: "Si es así, ¿lo que tenemos que hacer es robar en esa mierda.!"... (p.17)

o porque entienden que no reciben de éstos nada más que desprecio, indiferencia y agresiones disociadas de cualquier sentimiento de misericordia.

S5: ... como en la lluvia, yo estaba andando todo arregladito yendo para el curso y el tío pasó dentro de un charco y me tiró un montón de barro, sólo por mala leche, yo dije: "Jo, ese tío no tiene amor en su corazón, si fuera él quien estuviera caminando y yo (estuviese) dentro del coche ... yo pasaría por el lugar más seco para no salpicarle de agua" ... Pero esas personas ahí sólo porque tienen un coche o tienen algo así sienten que son el rey del mundo... Es así que ellos se joden... Por eso las personas pobres ... del mundo se rebelan más contra esas personas... porque ellos se sienten dueños del mundo. ... por eso la gente se indigna, (si) está con una pistola y ve a una persona de esas, llega y mete el arma en su cara, y es así: ¡sin pena y sin dolor! Porque ellos no tienen pena de nosotros, así que tampoco podemos tener pena de ellos, de los ricos, ¿correcto? ... así esEn lugar de que todo el mundo se reúna e intente progresar, no, lo que hace la gente es dispersarse, los pobres hacia allá, los ricos hacia acá, en lugar de que los ricos se reúnan ... y ayuden a los pobres para que los pobres crezcan en la sociedad también, para hacer una sociedad de todos, no, ellos desprecian a los pobres (pp.26,27)

Frente a este panorama, coincidimos con Velho (1996) en que

“una de las variables fundamentales para la comprensión de la creciente violencia de la sociedad brasileña es no sólo la desigualdad social, sino el hecho de que ésta viene acompañada de un vaciamiento de contenidos culturales, y particularmente éticos, en el sistema de relaciones sociales” (p.16, traducción de la autora)

Por otra parte, algunos jóvenes expresan una posición más optimista acerca de las relaciones entre “excluidos” e “incluidos” (por ejemplo, R1, R3, A1 y A4). A pesar de compartir la idea de que el hecho de vivir en la calle o vivir en una casa define si una persona está dentro o fuera de la sociedad, plantean que existe la posibilidad de tránsito entre los territorios de “los de la casa” y de “los de la calle”. La posibilidad de tránsito entre dichos espacios, así como de construcción de una relación cordial entre sus ocupantes estaría determinada por una regla básica: el respeto mutuo.

Desde esta óptica, entienden que si hay respeto puede haber convivencia; si no lo hay, las puertas de “la sociedad” se cierran a “los de la calle” y la relación entre ambos pasa a ser mediada principalmente por la violencia. Sin embargo, aun entre estos jóvenes, hay una tendencia a percibir al “excluido” como el personaje potencialmente conflictivo. Ello supone responsabilizarle de modo casi exclusivo por la evitación de conflictos con los “incluidos”. De ahí se desprende la percepción de que las posibilidades de inclusión social de estos últimos exigen antes un proceso de adaptación

funcional a las normas de “*los de la sociedad*” que el establecimiento de relaciones de reciprocidad propiamente dichas.

R1: Sí, (en la calle) existen reglas. La misma regla que la gente tiene viviendo en una casa ¿no? ... si la gente que tiene casa no respeta al que está en la calle tendrá problemas, y si el que está en la calle no respeta al que está en casa igual....¿Qué hay que hacer para sobrevivir en la calle?..... no es ningún monstruo de siete cabezas ... es una cosa sencilla... basta que el tío respete a la gente, respete a la sociedad ¿entiendes?... saber llegar, saber entrar y salir sin tener líos ... Pero si el tío llega a un lugar y tiene problemas, entonces siempre lo tendrá difícil... en el lugar al que llegue la gente va a decir: “este tío ha metido la pata en tal lugar, aquí ya no hay forma de que entre”, entonces ya es malo para el tío ¿no?... Yo ya he visto muchas situaciones así ... desde que vivo en la calle (p.9)

Por fin, encontramos una última paradoja. Si bien es cierto que los jóvenes suelen plantear la necesidad de adaptarse a las normas establecidas por “*los de la sociedad*” para lograr algún tipo de inclusión e integración social, por otro lado, muchas veces ponen de manifiesto el desconocimiento de los actores y de la dinámica de funcionamiento que componen esta distante entidad que denominan “la sociedad”. Es decir, además de la ausencia de reconocimiento entre los colectivos que ocupan las diferentes polaridades de un espacio social que perciben como dividido, parece ser que a menudo no hay ni siquiera ningún tipo de conocimiento entre ellos.

Este desconocimiento - justificado por algunos de los jóvenes por el argumento de que jamás han estado entre “ellos” (“*los de la sociedad*”) - sugiere la vivencia de un proceso de exclusión tan extremo que se acerca más bien al concepto de “*apartação social*” (Buarque,1993). Indica, pues, la existencia de una fractura social que impone una distancia tan profunda entre “incluidos” y “excluidos” que sobrepasa el campo de las desigualdades para poner el acento sobre la diferencia. Así, la única certeza que los jóvenes logran tener sobre el “otro social” desde el abismo que les separa, es la certeza de que son diferentes y, lo que es más grave, de que lo único que esta diferencia les asegura es el desprecio por parte de “*los de la sociedad*”.

S5:Entonces yo tengo que cambiar muchas cosas en mi vida para entrar en la sociedad, porque si no me transformo no habrá manera de que entre en la sociedad.....

E: Me estabas hablando ...de tu forma de andar, de tu forma de hablar, de tu forma de vestir y diciendo que todo eso no sirve (para estar en la sociedad) porque es diferente ¿no?

S5: Sí...

E: ¿Y cómo es la forma de esas personas?

S5: ... ¿Las de alto nivel?..... (silencio) Ah, es difícil explicártelo ¿no? porque yo aún no he convivido entre ellas para saber cuál es su forma de ser....

E: pero cuando dices: “Ah, yo soy diferente”...

S5: Ah, ¡ lo soy!...¿En qué soy diferente de ellas? Porque ellas se sienten el rey del mundo... y nosotros aquí como somos de un nivel bajo, ellas nos desprecian demasiado, a los pobres,¿entiendes? (pp.30,31)

Además de las manifestaciones de violencia íntimamente relacionadas con los procesos de radicalización de las diferencias, los jóvenes también destacan otros tipos

de violencia y vulnerabilidades que se producen en este territorio. Aunque dichos factores no hayan impulsado necesariamente la desvinculación de la calle, cobran relevancia como indicadores de riesgos asociados a este ámbito. Así, pueden convertirse en propulsores de procesos de fragilización del vínculo con la calle que todavía no se han producido. A ello dedicaremos los próximos apartados.

9. La violencia policial

Otro de los actores centrales en los relatos de la violencia sufrida en el ámbito de la calle asociada a las marcas de la distinción de los sujetos de nuestro estudio es la policía. La **violencia policial** en el espacio de la calle es destacada tanto por los jóvenes de la semi-libertad como por los jóvenes del grupo de la calle.

En general, las descripciones de la violencia perpetrada por la policía en la calle son muy similares a los aspectos que hemos analizado en el capítulo relativo al ámbito comunitario. Sin embargo, encontramos algunos pequeños matices sobre los que centraremos nuestra atención. Estos matices se relacionan con la frecuencia de referencias a la violencia policial que se produce en la calle y el énfasis conferido a este tema, el tipo de agresiones sufridas, el sentido atribuido a ellas y las reacciones que provocan en cada uno de los colectivos estudiados.

Encontramos diferencias con respecto a estos factores entre los discursos de los jóvenes institucionalizados y los discursos del grupo de la calle que parecen estar condicionadas por el tipo de uso que cada colectivo hace del ámbito de la calle y por las principales actividades que desarrollan en este espacio. No obstante, estos matices parecen ser producto, sobre todo, de la identidad colectiva a la cual la policía asocia a cada uno de los jóvenes.

Una primera distinción reside en la relevancia que cada uno de los colectivos atribuye a la violencia policial en la calle. Las referencias a estas acciones violentas son bastante más frecuentes y contundentes en el discurso de los jóvenes en régimen de semi-libertad que entre los sujetos del grupo de la calle. Este dato probablemente está influido por el hecho de que los primeros suelen asumir una posición de enfrentamiento constante con los “agentes del orden”, mientras que los segundos tienden a intentar pasar desapercibidos ante los dispositivos de control policial.

La segunda distinción consiste en el tipo de agresiones relatadas y los factores que las generan desde el punto de vista de los jóvenes. **Los jóvenes de la semi-libertad hacen especial hincapié en la gravedad de las agresiones físicas sufridas**, vinculadas

muy a menudo a la idea del riesgo de perder la vida. Pero, a la vez, tienden a considerarlas como una consecuencia lógica de su implicación en prácticas ilícitas.

S5: ...Porque yo... ya me he llevado demasiados golpes de la mano de la policía ...Ya estuve muy cerca de morir...No he muerto a causa de Dios... Ah, (a causa de)eso de estar robando, un día...yo había robado una cosa y estaba saliendo de la tienda armado, entonces el tío sacó una pistola y salió disparando detrás de mí así y yo salí corriendo...te aseguro que fue Dios quien me ha librado, ¡porque si no, hubiese muerto! Porque un tiro pilló... en mi bicicleta.....era para haber pillado mis piernas y que yo me cayera... entonces corrí, y aún sufrí disparos ligeros aquí, aquí y aquí (me enseña las cicatrices de los disparos).....Después tiré la pistola al suelo, la cogí con esa mano aquí y salí corriendo con la mano bañada de sangre (pp.3,4)

En contrapartida, **los sujetos del grupo de la calle ponen el acento sobre la frecuencia de controles policiales a que son sometidos**. Los cacheos suelen entenderse como humillación y explicarse por el simple hecho de ser reconocidos por la policía como miembros de la categoría jóvenes “de la calle”. A su vez, este **reconocimiento parece ser muy favorecido por la tendencia a la grupalidad y la consecuente visibilidad de los grupos** (Minayo,1993; Escorel, 1998a). La repetición de estos controles, el malestar provocado por ellos y el conocimiento de las condiciones que les favorecen generan el **desarrollo de interesantes estrategias preventivas** entre los colectivos que viven en la calle, como por ejemplo, la **tendencia a evitar la situación de grupo**,

R5: Pero nosotros no andábamos en pandilla no... sólo a veces....Siempre andábamos yo y otro, ¿no?.... Siempre así... De tres en adelante no nos gustaba. Porque la policía nos abordaba.... entonces evito eso que la policía me esté parando y dándome bofetones en la oreja ,¡lo odio! (p.6)

o la práctica de dispersarse en pocos segundos siempre que se intuye la presencia policial.

R2:Un día ellos me golpearon... Un día yo estaba justo aquí y llegó un autobús muy grande lleno de policías...entonces yo y el R huimos por aquí ... Luego el (coche) Santana de la (policía) civil nos pilló más adelante(sonríe)...la A y otro chico entraron en un autobús y desaparecieron(p.18)

Por otro lado, mientras los jóvenes de la semi-libertad siempre se sitúan como víctimas de la violencia policial y realizan descripciones detalladas de situaciones que suelen implicar diferentes tipos de manifestaciones de violencia yuxtapuestas, los jóvenes de la calle suelen atenerse a breves menciones de agresiones físicas, verbales y amenazas, que tienden, muchas veces, a normalizar o a minimizar su relevancia:

E: ¿ Ya has sido golpeado por la policía?

R5: ¡Nunca! Así... de recibir golpes de verdad no, sólo aquel “bacuzinho”¹²⁷, unos bofetoncitos así...(p.6)

¹²⁷ “Bacu” o “baculejo” es el término utilizado por los jóvenes para hacer referencia a los controles a los que son sometidos por la policía y, en particular, al acto de cachear. En este caso el uso del diminutivo tanto para nombrarlo como para referirse a las agresiones físicas que lo acompañan son un fuerte

Sin embargo, las entrevistas de este grupo a veces incluyen relatos de prácticas de estigmatización, humillación y deshumanización de la población de la calle por parte de la policía, que deslegitiman sus posibilidades de ocupar los espacios supuestamente destinados a “*los de la sociedad*”.

*R4... una vez yo estaba allá en la calle... sentada así cerca de mi hermano... y llegó la policía porque una mujer la había llamado¹²⁸...Entonces el agente me dijo: “Tú no eres de aquí ¿verdad?”, y yo le dije: “no”.... “He venido a ver a mi hermano”, entonces me dijo así: “Mira, saca a tu hermano de la calle porque si no van a ocurrir muchas cosas malas con él”...Entonces llegó otro policía, que era autoritario, y golpeó a un chico que yo no conocía ...El chico (estaba) sentado así conversando, y él(el policía) le golpeó y le dijo así: “¡Si yo te pillo por aquí **cheira cola***, vas a enterarte ! Aquí no es tu lugar, no es tu ambiente, lugar de perro es allá, no es aquí”, entonces el chico se marchó así muy triste (p.37)*

Finalmente, también constatamos distinciones y pautas comunes en las reacciones que la violencia policial provoca en los dos colectivos en cuestión. Los jóvenes de ambos grupos destacan la necesidad de estar siempre pendientes de los movimientos que se producen en la calle, ya que consideran que la vigilancia policial es un elemento constituyente de este escenario. En ambos casos entienden que no es necesario que haya un motivo que justifique la violencia policial, de modo que el agresor puede estar en cualquier esquina. En consecuencia, suponen que, hagan lo que hagan, corren el riesgo de convertirse en víctimas de la policía en cualquier momento.

S2: Ah... la calle es una selva.... llena de serpientes... aquellas que quieren pillarte...tú pasas y te están mirando, vigilando..... también tienes que estar pendiente de la policía ...puedes no haber hecho nada en tu vida pero si ellos te pillan.....como este fin de semana... hubo unos (agentes) que estaban fuera de servicio... estaban bebiendo, se pasaron y pegaron a una chica embarazada de cuatro meses... Los PM, Policía Militar, después fueron a por otro tío y le dieron dos golpes en la cabeza con la pistola. ...encima discutieron con la mujer, y la mujer casi ha muerto....(ella tuvo) un principio de parada cardiaca.....(por)Nada, no pasó nada, estaban bebiendo y se pasaron...eso resultó hasta en (denuncia) en la comisaría .. después... aún amenazaron a otro chico, llamando a su casa y amenazando que si no retiraba la denuncia iban a matarle (pp.7, 8)

No obstante, la inquietud y el eventual temor por el posible abordaje policial eminente suelen ser bastante más acentuados entre los jóvenes de la semi-libertad que entre los sujetos del grupo de la calle. Para estos últimos dicha preocupación tiene un carácter más circunstancial, mientras que los chicos institucionalizados lo sitúan como una preocupación constante: *S1: Es de una forma que tú no puedes andar por la calle tranquilo, siempre estás mirando al lado para ver si no viene la policía.....(p.14)*

indicativo de la tendencia a restar importancia a la violencia policial (o a silenciarla) entre los sujetos del grupo de la calle entrevistados en este estudio.

¹²⁸ Es bastante frecuente que ante la concentración de niños y jóvenes “de la calle”, los vecinos o comerciantes de las zonas en las que se producen dichos encuentros llamen a la policía sencillamente porque entienden que su presencia es incómoda y amenazadora.

Otro elemento común son las conductas de violencia reactiva por parte de los jóvenes. Pero también aquí hay matices. En ambos casos estas conductas se asocian a la indignación provocada por la arbitrariedad y el abuso de poder de la violencia policial.

Sin embargo, entre los jóvenes institucionalizados, dicha indignación suele conducir a dinámicas de enfrentamiento abierto, en las que el intercambio de agresiones con la policía asume un carácter recurrente y, en general, se traduce en tiroteos. La frecuencia y las características de estos enfrentamientos se asocian predominantemente a la participación de los jóvenes en actividades ilícitas como el tráfico de drogas y los atracos a mano armada. A ello se suman el “*ethos viril*” y el carácter placentero atribuido a la confrontación con la ley.

S3:.....(yo) No respetaba a nadie, me daba igual.... (si yo) Estaba en las esquinas y quería ser el rey, intercambiaba tiros con la policía, no me importaba...si iba a morir o nome daba igual, (yo) sólo quería ser el más loco (silencio) (p.23)

En cambio, las acciones de violencia reactiva perpetradas por los jóvenes de la calle jamás implican el uso de armas de fuego y siempre tienen un carácter puntual. En este grupo, en lugar de producirse una intensificación o repetición de los enfrentamientos, los eventos vinculados al intercambio de agresiones con la policía constituyen uno de los condicionantes de la movilidad de los sujetos por diferentes puntos de la ciudad,

E: ¿Por qué habéis salido allá del Sudoeste?

R2: Porque la R...y el L apedrearon a un PM allá....después venimos a la Asa Norte de nuevo (p.8)

o, incluso, por diferentes ciudades:

R1: ... (yo) estaba allí en Goiânia ...entonces hubo un PM que quería ensañarse conmigo en la estación de autobuses... y yo lancé un ladrillo a su cabeza ... entonces los tíos han pagado mi billete para que yo me marchara de allá.....me pusieron dentro de un autobús y me mandaron hacia acá. ¡Guay! Así que me vine hacia acá y estoy aquí. (p.6)

Por tanto, en el colectivo de la calle prevalece una tendencia autodefensiva a la evitación del conflicto o, al menos, de su acentuación. Nuestros datos sugieren que la prevalencia de estrategias preventivas por parte de los jóvenes de la calle probablemente se debe a que se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad que los jóvenes de la semi-libertad, en la medida en que disponen de menos recursos de defensa y mecanismos de protección (materiales, sociales e institucionales) que puedan accionar en una situación de victimización.

Por otra parte, esta **condición de vulnerabilidad** conduce a otros puntos de coincidencia entre los planteamientos de los dos grupos en cuestión sobre la violencia

policial. Estos planteamientos - que también aparecen en el discurso de los jóvenes de la comunidad, aunque de modo menos enfático- se construyen en torno a dos argumentos centrales: **el escaso valor atribuido a la vida del pobre y la cuestión del “precio de los derechos” en el campo de la justicia** (aspecto que desarrollaremos con mayor detenimiento en el capítulo sobre el ámbito institucional).

En este sentido, los sujetos señalan la indiferencia **de la policía ante la muerte de jóvenes pobres**. Además, añaden que cuando se trata de jóvenes ligados a colectivos estigmatizados (por ejemplo, infractores o “de la calle”) esta indiferencia a menudo se convierte más bien en alivio, pues para los “agentes del orden” estas muertes significan “un problema menos”.

*S4: La policía... voy a decirteuna verdad(si) un bandido ... que ya tiene expediente en una comisaría o que es buscado por la policía se muere.....para ellos es igual, lo aplauden(imitando a la policía): ” ¡Está muriendo un **malandro***! ¡Me da igual!.... Como la muerte del B, la policía ...cogió su archivo... ¿Crees que están preocupados? Yo creo que incluso han abandonado esa pesquisa La persona que mató al B ... yo creo que no tienen interés en detenerla... porque... nosotros estamos aquí cumpliendo una medida de semi-libertadpara ellos, aquí todos somos bandidos ... Para ellos que se muera un **malandro*** ... les da igual. ... no les importamos Ellos tenían que pensar en la madre del chico... en la familia del chico que murió, ellos no piensan en lo que pasó, nunca van a pensar en lo que pasó, a ellos les da igual: “¡ Ah **malandro***!”.... (p.9)*

10. Vulnerabilidades asociadas al género

Las **vulnerabilidades asociadas a la cuestión del género** y los episodios de **violencia sexual** son particularmente relevantes en el colectivo de la calle. Respecto a este tema, nuestros datos sugieren que el tipo de agresiones sufridas cambia según el género. En los relatos de victimización de los varones, los agresores no suelen vivir en el ámbito de la calle. En cambio, tenemos indicios de que la victimización de las chicas también se produce dentro del propio grupo de pares, aspecto que ya ha sido señalado por un estudio sobre la explotación sexual de niños y adolescentes realizado con chicas que viven en las calles del Distrito Federal (Campanatti y Carvalho, 1998)¹²⁹.

No obstante, no podemos profundizar en esta hipótesis debido a la escasez de material que la fundamente, la cual se debe, por un lado, al hecho de que sólo tenemos a una chica entre los sujetos que han vivido en la calle y, por otro lado, a la fuerte resistencia de los jóvenes a abordar esta temática. Tal resistencia se manifiesta principalmente ante la cuestión de la violencia sufrida por las chicas en la calle. Al mismo tiempo que encontramos insinuaciones sobre la existencia de violencia de género

¹²⁹ Sobre violencia y explotación sexual de niños y adolescentes en Brasil, véase, por ejemplo, monográfico “Violência e exploração sexual contra crianças e adolescentes”. *Ser Social 2. Revista do Programa de Pós Graduação em Política Social do Departamento de Serviço Social da Universidade de Brasília*, 2, enero a junio de 1998.

en el discurso de todos los varones del grupo de la calle (con la particularidad de que R1 y R3 mencionaron este tema solamente en conversaciones informales registradas en el diario de campo), dichas sugerencias son invariablemente seguidas por silencios,

E: ¿Había chicas (viviendo con vosotros)?

R2: Solamente la A. (se ríe) ¡ pobrecita!

E: ¿Por qué pobrecita?

(se ríe, me mira a mí y mira a P, que es hermana de A, como sugiriendo que no puede hablar debido a su presencia, luego permanece en silencio hasta que yo cambio de tema) (p.7)

o por la negación explícita de ahondar en el tema.

E: ¿ Y también había chicas ?

R5: Había, había unas chicas allá...

E: Hum...¿Crees que hay alguna diferencia para el chico y para la chica en la calle?

R5: Ah, ¡la hay!... Yo creo que la chica ella sufre en la calle. Tú sabes como son esos chicos de la calle, ¿no?... No hace falta que yo te lo explique... No, no voy a explicártelo... Yo qué sé, ni siquiera sé como explicártelo, vamos a dejar este tema a un lado (p.9)

En contrapartida, es importante señalar que la chica del grupo de la calle (R4) no hace ninguna alusión a este asunto. Las consideraciones de R4 sobre la cuestión del género introducen interesantes matices sobre la vivencia femenina del espacio de la calle. Por un lado, esta chica relata la experiencia del desconcierto al llegar a un territorio que, además de suponer un modo de vida distinto del que estaba acostumbrada en el ámbito doméstico, es percibido como un territorio esencialmente masculino y absolutamente dominado por varones (concepción consensual entre los jóvenes y compartida por el imaginario colectivo dominante):

E: ¿Y cómo es ser una chica en la calle ?

R4: Es extraño ¿no? (sonríe), te ves allí entre un montón de chicos, pocas chicas y tú allí , mujer, además, no estás acostumbrada a aquella vida...Así, es un poco raro ver aquello... Tanto que la gente se acercaba a mí y decía así: “...vivir en ese lugar no es para ti!” (p. 38)

Frente a este desconcierto, la primera estrategia desarrollada por R4 ha sido asumir el papel de cuidadora del grupo:

R4:....Así que yo hacía esa parte que la madre no podía hacer o no quería hacer,¿no?...yo les cuidaba, de vez en cuando les cortaba las uñas, decía así: “Encuentra una forma de cortar el pelo”.... (p.18)

Esta práctica es muy frecuente entre las chicas que viven en la calle. A menudo la organización de grupos y el establecimiento de relaciones que reproducen los lazos familiares perdidos o fragilizados (mediante la asunción de roles de “madres”, “padres” y “hermanos” de la calle) también atribuyen a los varones algunas tareas relacionadas con el “cuidado” de sus compañeros. No obstante, en el espacio de la calle predomina una reproducción de prácticas y roles vinculados al ámbito doméstico que indican no

sólo el mantenimiento, sino la exacerbación de los valores tradicionales asociados a la construcción social de las diferencias de género (Acioli, 1995):

E: ¿Crees que la vida de la chica en la calle es diferente de la vida del chico?

R3: ¡Sí! Porque todo el mundo siempre está hablando de las chicas. Las personas piensan cosas malas de todas las chicas que andan en la calle: "... una mujer en la calle, tú deberías estar en tu casa"... Pero el chico, no, el chico ya es diferente, (se ríe)... ¡por eso que yo nací hombre! (se ríe) ... Porque un hombre no tiene que estar lavando ropa, lavando la vajilla, limpiando la casa...de vez en cuando lava la casa. ...cuando está solo, de vez en cuando lava la vajilla...pero cuando está la mujer, son las mujeres que hacen esas cosas... Ah, (de las mujeres) ellos sólo piensan cosas malas... están siempre diciendo así: "¿ y si un día te quedas embarazada? y no sé qué"... un montón de cosas ¿no?, porque es mujer...pero el varón no, él no tiene como quedarse embarazado! (se ríe) ..Pero de vez en cuando hay unos que nos dicen cosas... " Tú, un tío así de joven, un joven tiene que trabajar"... eso es lo que yo les veo decir (p.31)

Pero, desde el punto de vista de R4, la asunción del rol de cuidadora no tiene que ver con su condición femenina, sino con su fuerte vinculación con el ámbito doméstico y, más precisamente, con lo que denomina "el modo de vida de la casa". Desde esta óptica, R4 pone el acento en los aspectos que le diferencian de las otras chicas con las cuales ha convivido en la calle, a las que define como iguales a los varones que viven en este contexto. Este planteamiento supone que las diferencias de género se diluyen en el proceso de aprendizaje vinculado al "modo de vida de la calle", dilución que se traduce más bien en una "masculinización" de las chicas, cuyas particularidades son mermadas por la condición totalizadora de ser "de la calle"¹³⁰.

E: Has dicho que .. cuando estabas allá (en la calle) como que has asumido el papel de estar cuidando....¿Eso tiene algo que ver con ser chica? ...

R4: No... Porque las otras chicas que estaban allá ellas no se preocupaban mucho por eso....a la A y la P misma no les importa... otras (chicas) ya han crecido en la calle, entonces aquello de la calle para ellas ya no es novedad... Entonces para ellas no había eso... para ellas, ellas eran iguales a los chicos que estaban en la calle... Yo creo que es así...

E: Entonces, es decir, la vida en la calle no es más fácil ni más difícil porque eres chico o chica

R4: No.... No, (el hecho de ser una chica) no cambia nada. Tú eres una chica pero si estás en la calle eres tratada como un chico de la calle... (pp.38, 39)

Pensamos que muy probablemente sea esta visión lo que conduce R4 a pensar que las chicas no sufren una mayor victimización que los chicos en el ámbito de calle, lo que justificaría la ausencia de referencias a episodios de violencia o a otros tipos de vulnerabilidades asociadas a la cuestión del género en su discurso sobre este territorio.

Por otra parte, un estudio realizado con el conjunto de niños y niñas que se encontraban en las calles de Brasilia en los años 1996 y 1997 ha constatado una mayor susceptibilidad de los chicos a la victimización en el territorio de la calle - 34,5% de los varones relataban haber sufrido algún tipo de violencia en la calle, índice que bajaba a

¹³⁰ De hecho, es frecuente que algunas chicas se vistan como los chicos y se hagan pasar por varones, lo que parece ser sobre todo una estrategia de defensa ante los diferentes tipos de victimización a los que las chicas parecen ser más expuestas en el territorio de la calle.

22,1% en el caso de las chicas- mientras que el cuadro se invierte en el ámbito doméstico: 37, 1% de las chicas habían sufrido algún tipo de violencia en casa, mientras que sólo 15,2% de los varones afirmaban lo mismo (Araújo, 1998b).

En lo que concierne a los varones, tenemos relatos contundentes de episodios de violencia sexual en la calle que incluyen desde acosos hasta violaciones. Los agresores son jóvenes, adultos y ancianos, que en la mayoría de los casos provienen de contextos externos a la calle. La principal peculiaridad de las vulnerabilidades asociadas al género relatadas por los varones, y específicamente de los episodios de violencia sexual, es que los agresores siempre son caracterizados como homosexuales. Este tipo de violencia es uno de los principales riesgos asociados a la vida en la calle según R2 y R3. Ambos jóvenes reconocen haber sufrido diversos tipos de acoso sexual, aunque R3 hable abiertamente de ello en la entrevista y R2 no. En cuanto a las violaciones, solamente R2 reconoce haberla sufrido, y sólo lo hace en una conversación que hemos tenido junto a R3 el día que habíamos dedicado a rellenar las fichas de datos socio-demográficos.

Los demás varones del grupo de la calle no hacen ninguna alusión a este tipo de violencia. En este punto, es necesario hacer dos consideraciones. Por un lado, R1 y R5 expresan y reiteran en la entrevista su deseo de no recordar y no hablar de acontecimientos que les han generado sufrimiento, de modo que la ausencia de referencias sobre el tipo de victimización en cuestión podría ser resultado de una resistencia. Pero también tenemos la hipótesis de que la vulnerabilidad asociada a este tipo de violencia esté en alguna medida relacionada con la edad y el porte físico de las víctimas¹³¹, lo que convertiría a R2 y R3 (más jóvenes, más pequeños y de menor complejión corporal) en víctimas más vulnerables que R1 y R5 (grandes, fuertes y casi adultos). En cualquier caso, aunque los jóvenes suelen abordar estos temas entre resistencias y risas, en ninguna circunstancia estas estrategias son capaces de ocultar la importancia del significado de la violencia sexual como un riesgo importante y una amenaza recurrente ligada a la vida en la calle.

R3: Y hay muchos gays que se meten con los demás en la calle... Te invitan a ir a su casa y cuando llegas allá ellos... se ponen a decir cosas erradas...Una vez allá en la Sul, estábamos en la parada de autobús ... y llegó un tío.. llegó allá y empezó a conversar, conversar y conversar con nosotros. Yo enseguida desconfié que este tío era gay.. Entonces él empezó a decir un montón de cosas erradas.....Y no quería dejarnos coger el Eixo (autobús), cuando el autobús iba a parar él ordenó que siguiera y yo dije: “¡ F., dile a ese gay que se marche!”.... y él me dijo:.... “Si te metes conmigo, te quito el cuello!”... y el F ... dijo: “Si le quitas el suyo yo te quito el tuyo!”... (como él) era delgadito pensamos que no aguantaría..... entonces él dio una patada y su pie pilló mi cara ... y yo vap, me levanté y tal

¹³¹ Es importante resaltar que el tamaño y la fuerza física son dos aspectos considerados muy relevantes por los jóvenes para el desarrollo de estrategias de supervivencia en el ámbito de la calle, dato que también ha sido observado en otros estudios (Lucchini,1993).

como me levanté, corrí.. y ese tío corriendo detrás de nosotros (se ríe). Y luchaba, parece que era jiu-jitsu.... así que hacía Vap, Vap, lanzaba las piernas, ... metía el pie en la pared y giraba hacia atrás.... Entonces yo dije: “Yo no voy a pelearme con ese tío, no, ¡yo voy a correr!”(risas) ... Y él corría detrás de nosotros y nosotros corriendo... entonces dijo: “No, sólo estoy jugando contigo”, y yo dije: “¿Jugando?! ¡Lo que quieres es matarme!”... “¿Quieres matarme! ¡Yo no voy, ni hablar!””, y él: “¡Ven, ven!”. Entonces pasó un autobús y abrió la puerta y nosotros entramos corriendo y él se quedó allá ... Y dijo para llevar al R2 allá...para tomar un Whisky con él. Dijo que conocía al R2...Entonces yo dije: “El gay quiere matarme. .. ¿y yo voy a ir a su casa ? ¡Qué va!”(risas) (p.23)

11. Vulnerabilidades asociadas a la vivienda

La cuestión de la vivienda es otra fuente de vulnerabilidades importante para los sujetos que viven en la calle. Pese a su frecuente movilidad, suelen fijar residencia provisionales. La configuración de estos espacios de residencia subvierte las fronteras entre lo público y lo privado. Además, cambia según los recursos que disponen en cada momento, yendo desde la delimitación de territorios simbólicos definidos por paredes invisibles, pasando por la ocupación de construcciones abandonadas, la fijación de pequeñas tiendas de campaña hechas de plástico, hasta la construcción de chabolas que suelen mezclar madera, cartón y plástico. En general, los jóvenes pasan por diferentes tipos de habitación en distintos momentos de su trayectoria, aunque en la actualidad predominan las dos últimas estructuras mencionadas. En todo caso, dichas **habitaciones** son siempre **excesivamente precarias**, lo que de por sí ya constituye una fuente de vulnerabilidad:

E: Entonces te quedaste aquí hasta ahora, hasta que has decidido ahora poner tu **barraco*** allá...
R2: **Barraco** no, ¡ **biongo**¹³² !...Porque es una cueva de ratón (se ríe).. Pequeñito, sólo quepo yo (p.15)

Otro problema es la **inseguridad** que estas estructuras suponen tanto para sus pertenencias como para ellos mismos, puesto que puede entrar cualquiera en todo momento. En consecuencia, es muy frecuente que se produzcan hurtos entre los propios moradores de la calle e, incluso, entre compañeros.

Sin embargo, la gran vulnerabilidad asociada a la cuestión de las “viviendas” construidas en la calle es el **riesgo constante de demolición por los organismos gubernamentales de fiscalización**, hecho muy recurrente. A pesar de lamentar este tipo de acción, ya que siempre supone la pérdida de recursos y pertenencias, los jóvenes tienden a normalizar y justificar dichas demoliciones. Las justificaciones se basan en el reconocimiento de la ilegalidad de sus “viviendas”, ya que se construyen en terreno público y, eventualmente, en medio de zonas residenciales.

¹³² “Biongo” es uno de los términos utilizados por los jóvenes para hacer referencia a los lugares que cumplen la función de vivienda para ellos en la calle. Su uso siempre implica que no están al descubierto, pero su distinción del “barraco” significa que las condiciones del “biongo” son aún más precarias.

R3: Dicen que llegará un tiempo en el que nadie se quedará en la calle... (es) El GDF (Gobierno del Distrito Federal) que lo dice cuando vienen a demoler los **barracos***...los propios policías...

E: ¿Ya han demolido vuestro **barraco***?

R3:(asiente con la cabeza)... Ah, aquí lo demolieron mientras mi madre estaba en Brasilinha... estábamos yo, el D y los chicos (aquí), entonces demolieron ... el barraco que teníamos allí abajo... entonces hicimos (otro) barraco....llevamos dos días para hacerlo, para conseguir la madera y hacerlo... lo montamos, y al día siguiente lo estábamos fijando, entonces, cuando acabamos de fijarlo... cuando entramos en él... vino el GDF (se ríe)...y lo derrumbó (de nuevo). Vino creo que el lunes.... luego el jueves vinieron y lo demolieron (otra vez)...Porque aquí estamos en medio de la manzana ¿no?... (p.30)

Así, la construcción y destrucción de “casas” en la calle forma parte de la vida cotidiana de los sujetos que viven en este territorio. Hacerlas, perderlas y volver a hacerlas se convierte en una rutina, al igual que el cambio constante de lugar de residencia, y no suele plantearse como un gran problema. No obstante, **este tipo de vulnerabilidad también impulsa el desarrollo de estrategias preventivas como la elección de lugares poco visibles**, como el caso de R1 que ha construido su tienda en lo alto de un árbol, **o dónde haya la concentración de grupos cuya cohesión intimide el acercamiento de los inspectores y de la propia policía por temor a las reacciones.**

R3: Allí abajo en el Cerrado es muy difícil que ellos destruyan... allá es una mata muy grande... de vez en cuando ellos van a demoler...Pero cuando van, va mucha policía porque tienen miedo de que alguien reaccione contra ellos...porque allá en el Cerrado hay mucha gente **folgada***... Ah, **folgado** es el sujeto que no respeta a nadie... que no respeta a la autoridad ...(p.30)

Por otra parte, pese a la normalización de dicha vulnerabilidad, la desprotección que implica parece generar un cierto cansancio a largo plazo. Por consiguiente, una vez que se produce una fragilización del vínculo con la calle asociada a una evaluación negativa de la vida en este ámbito, el tema de la vulnerabilidad de la vivienda aparece ligado no sólo a un deseo de abandono de este territorio, sino a un proyecto de traslado a una casa convencional, como manifiesta R1:

R1:Tú sabes que yo tengo mi **barraco*** allí abajo ¿no?...estos días.. fueron allá, lo demolieron y se llevaron mis cosas.. Pero volví a montarlo y estoy allá de nuevo... Hasta que salga (de la calle), hasta que yo alquile mi casa (p. 2)

R1: ...estoy a punto de salir de la calle...estoy buscando una casa para alquilar... allá en Sobradinho...Ya viví allá... ahora voy a volver, voy a alquilar una casa para vivir...salir de la calle ¿no?(p.1)

12. Consideraciones finales sobre los procesos de fragilización del vínculo con la calle y proyectos de futuro de los jóvenes

Para concluir este capítulo, presentaremos los factores que asocian la desvinculación de la calle con las perspectivas de futuro de los jóvenes. Nuevamente, debido a la primacía de pautas comunes en el interior de cada grupo, realizaremos un análisis por colectivo, destacando las relaciones entre miembros de diferentes grupos y las especificidades de casos particulares siempre que sean relevantes.

En el discurso de los jóvenes de la semi-libertad, la fragilización del vínculo con la calle aparece directamente asociada a las consecuencias de su implicación en actividades ilícitas y, en especial, al proceso de institucionalización al que están sometidos. Este proceso engendra una resignificación de la calle que conduce a considerarla de modo negativo y a expresar un **deseo de cambio**. Dicho deseo se relaciona fuertemente con la **fragilización del vínculo con los pares asociados al ámbito de la calle** y el **fortalecimiento del vínculo con la familia**, que impulsan un **movimiento de aislamiento y de privatización de la vida social** - ocasionalmente acompañado de expectativas de establecimiento de nuevas relaciones de amistad basadas en vínculos afectivos y de confianza y alejadas del campo de las prácticas ilícitas.

La tendencia a la reclusión en el ámbito doméstico se asocia predominantemente a un **deseo de reparación ante el grupo familiar** y a la **percepción de la calle como un espacio de riesgo**. Aquí, la noción de riesgo asume dos sentidos: **riesgo de perder la vida** (debido a la historia de participación en dinámicas violentas) y **riesgo de recaída** (debido a la atracción ejercida por la calle), frente a los cuales la casa se percibe como un lugar de protección.

S4: Para mí, ya me desacostumbré de todo, después que fui preso me desacostumbré... ya no me gusta estar mucho en la calle, antiguamente pasaba las 24 horas en la calle... ya no me quedo más.....ahora voy a casa y me quedo todo el fin de semana en casa... siempre estoy allá...

E: ¿ Qué crees que ha pasado?

*S4: ¡Hombre, yo qué sé! ¡Cambiar de vida, cambiar de vida! Yo mismo, estoy metido en muchas "guerras" pero quiero cambiar de vida ...¿Voy a quedarme en la calle? No ...porque no quiero volver a **aprontar***, pero la gente con la cual estoy en guerra no quiere cambiar de vida, quiere matarme, quiere verme en un ataúd ... Si yo me pongo a andar mucho por la calle los tíos me matan.... Por eso que, ya me quedo aquí (en la Casa de Semi- libertad) toda la semana, ya me quedo lejos de mi madre, de mi hija, de mi novia, de mis cuñados y de mis hermanas... el fin de semana me voy a casa y paso todo el día en casa...Para mí incluso está mejor así...ya me quedé demasiado tiempo... fuera de casa, Raquel (segunda entrevista p.5)*

El discurso de todos los jóvenes institucionalizados implica, en alguna medida, una evaluación negativa de la calle ligada al presente. Pero en algunos casos (S1 y S5) esta consideración negativa suena como pura reproducción del discurso institucional.

S1: (en la calle aprendes) A matar, robar, disparar a los demás, fumar, sólo cosas que, ¡sólo cosas malas!

E: ¡¿Sólo cosas malas?! ¿En la calle no hay nada bueno?

S1: Para mí, no...(p.3)

Aún más frecuente es la expresión de un deseo de alejamiento del ámbito de la calle marcado por la ambivalencia (S1,S2, S5, S6). Por un lado, destaca un fuerte énfasis en el proyecto de "cambiar de vida", bajo el cual subyacen una serie de temores - a la reincidencia, a la prisión y a la muerte - que se traducen en testimonios cargados

de angustia. Además, a los riesgos relacionados directamente con la calle se suma el miedo a verse atado a este territorio y a las prácticas de inclusión marginal asociadas a él debido a la dificultad de inserción en otros espacios:

E: Aquel día me has dicho que tienes miedo de volver ¿no?

S6: Sí, porque es muy fácil volver...basta que tengas una recaída de nuevo, así, (basta) sentir que no lo estás consiguiendo entonces realmente vuelves... No sé, cuando ves que las cosas no están saliendo bien, que no están funcionando, el tío que ya vivió en aquella vida realmente vuelve (a ella) (silencio)...(p.23)

Por otra parte, la posibilidad de restablecer una fuerte vinculación con la calle también tiene una connotación positiva para los jóvenes, asociada al sentido placentero atribuido a este territorio. Los atractivos de la calle sobresalen en todo momento en el discurso de los sujetos y parecen seguir actuando en la sombra de las perspectivas de futuro que se plantean a corto y largo plazo como una especie de contraproyecto permanente. La institucionalización también suscita una resignificación de la calle que conduce a una sobrevaloración ligada a la noción de libertad.

S5: ... antiguamente yo no pensaba en cómo la calle era buena de la forma que es...Ah, (hoy día) yo pienso, en mi libertad, ¿no? Jo, andar libre es demasiado bueno, sin deber nada a nadie. Andar solo, andar con alguien, pero estando libre, sin estar esposado, sin tener a una escolta detrás de ti, ¿no? (risas) Es fatal después de haber estado preso y salir, entonces aprendes a valorar la libertad, (ves) cómo es buena , como es tan buena para ti (silencio) (segunda entrevista p.3)

Desde esta óptica, la calle acaba por asumir el significado de lugar de pertenencia privilegiado para algunos de los jóvenes: *S5: Porque tu lugar de verdad, el lugar del ser humano es estar suelto, en la calle ...(p.13)*

Por fin, la maduración vinculada al paso de los años y, en particular, el **ingreso en la vida adulta** también engendran una resignificación del ámbito de la calle relacionada con la fragilización del vínculo con este territorio: *S4: ... cuando eres un niño haces un montón de cosas (en la calle), pero después, cuando ya eres adulto, no te interesas así ... Entonces , no piensas más en eso..... (p.23)*

En el grupo de la calle, encontramos un cuadro más diversificado. Por un lado, están **R2 y R3**, quienes no plantean la perspectiva de salir de la calle como objetivo y en cuya trayectoria todavía no se produjo un proceso de fragilización del vínculo con este territorio. Sin embargo, mientras que R2 ni siquiera considera el abandono de la calle como una posibilidad a largo plazo, R3 está seguro de que ello va a pasar.

Esta certeza de R3 se relaciona con la **incompatibilidad entre el ingreso en la vida adulta y la vida en la calle** y, ante todo, con los **proyectos de intervención del gobierno dirigidos a acabar con el uso de la calle como espacio de residencia**. Para este joven, dichos proyectos son una fuente de temor y rechazo, puesto que, desde su

punto de vista, la perspectiva de tener que salir de la calle no supone ningún beneficio, sino que significa la pérdida de su libertad y la obligación de volver a un ámbito comunitario que ve muy negativamente. De ahí que su principal reacción al vislumbrar un proceso de desvinculación de la calle en el futuro es la de reafirmar su deseo de quedarse en este territorio.

R3: (cuando sea mayor)...Muchas cosas van a cambiar. No voy a tener una vida igual a la que tengo ahora, ¿no? ¡Porque eso va a cambiar, un día eso cambia!... voy a tener libertad...porque llegará un tiempo en el que los menores no van a poder quedarse en la calle... Porque eso fue el(alcalde) Roriz que decidió...Dijo que ... nadie va a quedarse en la calle... que los menores van a ir a un centro de acogida que están haciendo...

.E:.....¿Y qué te parece esa idea... de que no haya nadie más en la calle?....

R3: Ah, va a ser malo... Porque sólo voy (a poder) venir a la calle cuando sea mayor ... Pero vendré de todos modos... ellos no van a pillarme (se ríe)

E: ¿Qué es lo que hay de tan bueno en la calle para que quieras venir de cualquier manera?

R3: A ver...ah, yo creo que aquí es mejor, ¿no? que allá..... (p.30)

Por otro lado, están R1, R4 y R5, cuyos procesos de fragilización del vínculo con la calle y perspectivas de abandono tienen puntos de convergencia y divergencia. Estos tres jóvenes expresan una especie de saturación (cansancio) de la vida en la calle. Entre las pautas comunes en sus discursos destacan: la percepción de la calle como un **espacio de violencia, precariedad, incertidumbre, ausencia de reconocimiento social y sufrimiento,**

E: Has dicho que la calle también es sufrimiento...

R4: Raquel, ver aquellas personas en aquella situación allí, viviendo aquello ... Un día se ducha, luego pasa 100 sin ducharse ...¿no? .. otro día pide dinero a los demás , la policía les pillan y les pega hay unos que mueren, se mueren por nada. No sé, son muchas cosas ... (p.37)

la evaluación negativa de la calle en oposición a la casa,

R4: ¡Para mí no hay nada bueno en la calle!... no hay nada de bueno allá ...al menos para mí ... yo prefiero mi casa a la calle (sonríe) (p.28)

y la vinculación entre permanencia en la calle y carencia de perspectivas de futuro:

E:¿ Qué crees que te condujo a esta elección (de salir de la calle)?

R4: Fue esa definición de que la casa es mejor que la calle... yo estaba segura de que estando en mi casa tendría un futuro diferente...en la calle no, sólo iba a caminar hacia un agujero ... en mi casa yo iba a caminar hacia arriba, hacia adelante, iba a vivir algún cambio, iba a tener algo diferente... hay gente a la que no le gusta estudiar, no le gusta hacer cosas... y por ello se va a la calle¿ no? (p.40)

Las trayectorias de **R4 y R5 tienen en común la primacía del ámbito doméstico como unidad de pertenencia y la restricción del tiempo de permanencia en la calle en función del vínculo con otros ámbitos** (casa, comunidad, escuela, trabajo, programas de intervención social). Sin embargo, la permanencia de R4 ha sido más corta e intermitente, mientras que R5 lleva muchos años consecutivos trabajando en este contexto. Desde su infancia este joven no ha abandonado la calle en ningún

momento, lo que parece haber contribuido a que su vínculo con este ámbito se haya consolidado bastante más que el de R4.

Por otro lado, cabe destacar que la vinculación de R5 con el trabajo ha sido muy importante no sólo para su permanencia en la calle, sino para la no asunción de este territorio como espacio de residencia, aspecto asociado a la prevalencia de la identidad de “trabajador”. En el caso de R4 el principal factor que ha actuado como “protección” frente a la atracción de la calle fue la solidez y centralidad de su vinculación con la escuela, que se ha mantenido incluso durante sus estancias en la calle.

R1 y R4, a su vez, comparten la identificación con colectivos y ámbitos que constituyen importantes elementos de oposición a la calle desde el punto de vista de los jóvenes. Estos elementos han afectado de modo muy significativo los procesos de fragilización de su vínculo con la calle.

En el caso de R1 destaca la inversión en relaciones de amistad con “*los de la casa*” y, en particular, los procesos de identificación con jóvenes percibidos por los compañeros de la calle como “*bodinhos*”. Estos procesos en ocasiones parecen constituir síntomas inconscientes de un deseo de inclusión social y, otras veces, surgen como una estrategia muy consciente para hacer viable dicha inclusión.

En el discurso de R4 prevalece el énfasis en su identificación con lo que denomina “el modo de vida de la casa”, que aparece íntimamente asociado a su relación con el ámbito educativo. Según esta chica, este aspecto ha influido no sólo en su trayectoria de desvinculación con la calle, sino también en la de algunos de sus pares de este territorio, lo que atribuye a los esfuerzos que ha hecho de transponer el “modo de vida de la casa” al ámbito de la calle.

R4: .. así, para la gente que nos veía viviendo allá... yo era diferente, para ellos yo ni siquiera estaba viviendo realmente en la calle, porque sólo me quedaba allá a veces en el fin de semana, cuando no había clase y por la noche.... una vez una mujer vino a preguntarme si yo vivía en la calle o si sólo iba allá para ayudar a la gente (sonríe).. y yo le dije: "Más o menos, más o menos"... las dos cosas...

E: ¿ Y cómo era para ti?...

R4: ..para mí era una cosa que yo estaba haciendo en aquel momento, para mí yo iba a volver a casa..

E: ... ¿Cómo era la vida en la calle?

R4: Ah, era un poco desorganizado, así, siempre fue muy difícil... Pero entonces empecé a animar a todo el mundo a ducharse, porque allá había agua, luz, entonces ... cuando yo llegaba... y estaba todo el mundo apestando... ponía a todos en la ducha ...Porque hay mucha gente allí a la que la madre llevó (a la calle) cuando era pequeño, así, (gente que) se fue a la calle y ... se desacostumbró de la vida de casa...entonces ellos estaban empezando a acostumbrarse a la vida de casa

E: ¿ Tú estabas llevando la vida de casa a la calle?

R4: Sí .. Ah, porque ellos eran un poco diferentes de mí, así, tenían menos educación que yo y yo siempre intentaba corregirles, poner una cosa seria, hubo incluso unos chicos a los que les he enseñado a leer un poquito.....porque había unos que estudiaron, pero salieron de casa y también abandonaron el colegio, entonces había unos que tenían interés... porque tenían aquel sueño de estudiar, de tener una casa, de...un montón de cosas... así que yo les reñía y ellos siempre hacían las cosas correctas cuando yo

estaba alláentonces empecé a acostumbrarles... a vivir en casa... hubo incluso mucha gente que volvió a casa después de eso... Después que salí de allá hubo 2 chicos que volvieron a casa.(pp. 17, 18).

Por otra parte, **para R1 y R5 el evento crucial vinculado a la emergencia del deseo de abandonar la calle fue la transición a la mayoría de edad.** El proceso de maduración asociado **al ingreso en la vida adulta** puso en marcha una fuerte resignificación del ámbito de la calle que restringió en gran medida los significados atribuidos a él en la actualidad, quitándole casi cualquier connotación de atracción. **Hoy en día, para R5 la calle es fundamentalmente su lugar de trabajo:**

E: ¿ Qué es la calle para ti?

R5: ¡Nada! Es común, normal (silencio)...Ni es buena, ni es mala...Para mí, es un lugar de trabajo.¿Lo has entendido? Es como si yo tuviera un trabajo fijo. Para mí es eso... cuando era pequeño, para mí era diversión... No, ahora (ya no) ... Ah, ¡el tío crece ! El tío no se queda sólo allí,¿no? Ahora (para mí es ir) del trabajo a casa, de la casa al trabajo ... (p.11)

En cambio, para R1 significa carencia de recursos y, sobre todo, ausencia de perspectivas de futuro más allá de una movilidad sin rumbo,

R1:Porque la calle para mí no está dando futuroLa calle hoy en día es muy difícil.... porque no hay empleo, no hay nada, el tío sólo se queda parado, andando para allá y para acá, sólo hacia arriba y hacia abajo, no da ningún futuro, tú lo sabes ¿ no? ... me estoy marchando ¿no? (p.1)

Este proceso de resignificación les condujo finalmente a la percepción de una verdadera incompatibilidad entre la vida en la calle y la vida adulta o, más precisamente, entre la vida en la calle y sus proyectos de futuro. En consecuencia, el abandono de este territorio es el objetivo primordial de R1 y R5. En lo que se refiere a los mecanismos y agentes capaces de hacer viable dicho proyecto, ambos subrayan la importancia del empeño personal y de la inclusión laboral en una actividad menos precaria que las que realizan en la calle¹³³. **Para R5, el logro de un vínculo de trabajo (entendido como empleo) es prácticamente la única vía percibida como capaz de propiciar su salida de la calle.**

R1 contempla un abanico más amplio de alternativas. Además del trabajo, considera que los amigos, los programas de intervención social (y, en particular, su vinculación con el NATEX), la escuela y la participación en actividades deportivas también son capaces de favorecer su abandono de la calle. Últimamente ha transitado por todos estos espacios haciendo esfuerzos para sumar elementos que potencien su movimiento de cambio, que percibe como un movimiento de inclusión social.

Entre todos los factores mencionados, R1 hace especial hincapié en el papel que sus amigos y otras personas con las que ha contactado pueden jugar en su proceso de

¹³³ Para un análisis pormenorizado de estos aspectos, véase el capítulo sobre el ámbito laboral.

inclusión social. En este sentido, es interesante contrastar la reiterada afirmación de su soledad en la calle, con la inversión en la ampliación de sus redes de relaciones sociales, reflejada en el énfasis de que es muy conocido tanto en el grupo de “*los de la calle*”,

R1: yo vivo ahí en la calle, soy apreciado ahí por todas partes.... yo conozco a toda la gente de aquí aquí, allá en el Cerrado, en la calle, en cualquier lugar yo conozco a gente aquí en Brasilia..... (p.9)

como entre “*los de la casa*”, entre los cuales el énfasis se desplaza de la idea de conocimiento hacia la de reconocimiento,

E: ... ¿Y quiénes son tus amigos?

*R1: Son los **brother** de ahí abajo .. unos tíos que yo conozco ahí. La gente dice que son **bodinhos** ... ¡pero no lo son ! ... bodinho es aquel hijito de papá, que tiene de todo ¿no ? Y los tíos allí no tienen nada, yo voy, a menudo como en sus casas, los padres me aprecian, las madres me aprecian ... voy allá siempre....Ellos viven aquí, viven todos aquí. Yo conozco a un montón de gente aquí. ...por todas esas áreas de la (zona) Asa Norte aquí, ¡ jo!, soy muy conocido aquí(p.17)*

Desde esta óptica, **R1 expresa fuertes expectativas de que la confluencia de su fuerza de voluntad con el apoyo social** (en particular de “*los de la casa*”, es decir, “*los de la sociedad*”) **posibiliten su salida de la calle muy pronto,**

R1: Yo mismo... yo no creo que sea difícil si el tío no es parásito, si el tío sabe buscarse la vida... no es para él quedarse en esa ola de vivir en la calle... Creas amistad con las personas... allí vas cogiendo mucha fuerza... mucha gente te va echando una mano...vas haciendo amistades y mucha gente te va echando una mano. Así, cuando menos lo esperas, enseguida ya estás fuera de la calle. (p.19)

Por fin, en cuanto a la trayectoria de desvinculación de la calle de **R4**, hay que añadir a los aspectos ya mencionados la **relevancia atribuida** a la intervención del NATEX, y más específicamente, **a su vinculación con el grupo de teatro**, que llega a plantear como el motivo de su regreso a casa tras su última estancia en la calle,

E: ¿Y por qué has decidido volver a casa de nuevo?

R4: A causa del teatro... volví a casa a causa del teatro. Porque yo también estaba intentando convencer a mi hermano a volver, pero él no quiso , entonces volví sola (p.28)

y al argumento de que tiene una mentalidad distinta de la de sus hermanos que han optado por la vida en la calle o por el ejercicio de actividades ilícitas, lo que conduce a la justificación de sus respectivas elecciones como una cuestión de “*cabeza*”:

E: ... ¿qué te ha llevado a hacer esa elección de, aun estando en la calle, seguir yendo a la escuela qué (crees) que te ha permitido hacer otras elecciones?

R4: No sé, no lo sé, yo creo que siempre he tenido la cabeza diferente a la de mis dos hermanos(p.28)

No podemos finalizar este capítulo sin hacer referencia a los **jóvenes del grupo de la comunidad**. El análisis de las trayectorias de este colectivo no nos permite hablar de procesos de desvinculación del ámbito de la calle, ya que, como hemos visto, los sujetos de este grupo no han llegado a establecer una relación con este territorio que

pudiéramos caracterizar como vínculo. Sin embargo, nos parece pertinente poner de manifiesto los principales factores que precisamente han dificultado la constitución de dicho vínculo, puesto que nos pueden dar pistas sobre posibles elementos protectores relevantes para la elaboración de estrategias de intervención destinadas a la promoción de resiliencia entre jóvenes en situación de riesgo social.

En los casos de A2 y A3, la vinculación con la calle parece haber sido dificultada principalmente por la centralidad de la escuela, de la familia, de la filiación religiosa y de los lazos establecidos con los vecinos de sus comunidades de pertenencia a lo largo de sus trayectorias vitales, así como por la participación en diversos programas de intervención social dirigidos a la juventud. Es decir, la ausencia de un proceso de vinculación con la calle no parece ser tanto un producto de sus experiencias en este espacio, sino que apunta, ante todo, hacia un desplazamiento del interés de estas chicas a otros contextos, que se tradujo en la inversión en el establecimiento, preservación y fortalecimiento del vínculo con ámbitos y actores sociales variados. Como el análisis de estos procesos será profundizado en el desarrollo de la tesis, nos limitamos a esta breve mención.

En el caso de A4, encontramos un proceso similar al de A2 y A3, aunque más limitado por la vinculación con menos espacios de participación social (o bien por la presencia de vínculos más frágiles y/o conflictivos), y por una marcada tendencia al aislamiento. En todo caso, consideramos que los siguientes aspectos han jugado un papel relevante en la configuración de su relación con la calle: una valoración muy fuerte del trabajo, la permanencia duradera en el ámbito educativo y, en especial, la extrema importancia atribuida a las tramas asociadas al contexto familiar y la solidez de la relación con un grupo de amigos muy restringido, que disocia de la calle.

Finalmente, está el caso de A1 que se distingue fuertemente de los anteriores, pese a la existencia de algunos puntos en común. La peculiaridad de este caso radica en que la ausencia de vinculación con el ámbito de la calle no se inserta en un movimiento de inversión en la inclusión en otros espacios de participación social, sino en un proceso de desvinculación múltiple y aislamiento social progresivo.

Por otro lado, al igual que en el caso de A4, la no vinculación de A1 con la calle también se asocia a una extrema implicación en los relacionados con el ámbito familiar y, por otra parte, se conecta con la relevancia atribuida al trabajo y, muy particularmente, a la religión, el único vínculo consistente que le queda en la actualidad.

CAPÍTULO 9. ÁMBITO EDUCATIVO



1. Consideraciones previas

Antes de presentar algunos datos sobre el perfil de los jóvenes en relación con la esfera educativa y las características del vínculo que han establecido (o no) con este ámbito, es necesario situar - en términos muy breves y genéricos - la estructura del modelo que rige el sistema de enseñanza formal en Brasil.

La enseñanza primaria, actualmente llamada Fundamental, consta de ocho cursos académicos. Los cuatro primeros años componen lo que se ha dado a conocer popularmente como el curso “básico”, durante el cual una gran parte de población se desconecta del sistema educativo, aunque según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística¹³⁴ tal tendencia, afortunadamente, está cambiando en los últimos años. En rigor, no hay una demarcación formal entre esta etapa y los cuatro años siguientes. Sin embargo, el tránsito entre el cuarto y el quinto años todavía parece tener un valor simbólico en el país, representando el cruce de una frontera que aún significa una gran conquista para muchos. La enseñanza secundaria está compuesta por tres años, que permiten optar entre una formación técnica o la preparación para los exámenes de ingreso en la universidad. La “elección” entre una alternativa o la otra en la práctica suele estar condicionada, ante todo, por la situación económica de los jóvenes.

En lo que se refiere a la relación entre edad y nivel educativo, se asume como ideal el siguiente planteamiento: el ingreso en la enseñanza primaria se daría a los 7 años y su conclusión a los 15. Así que “si todo saliera bien”, idealmente los jóvenes llevarían a cabo la enseñanza secundaria entre los 15 y los 17 años, y a partir de los 18 se produciría el ingreso en la universidad. Por tanto, se supone que “si todo hubiera salido bien” los sujetos de este estudio - cuyas edades se sitúan entre los 15 y los 20 años - deberían estar realizando el ciclo secundario o empezando un ciclo superior. En cualquier caso, como mínimo, deberían tener la enseñanza primaria completa.

Teniendo en cuenta estas aclaraciones, abandonemos el campo de lo ideal y veamos cómo se han materializado estos supuestos en las trayectorias vitales de los jóvenes, empezando por algunas consideraciones sobre su nivel educativo en el momento de la realización de la investigación empírica.

¹³⁴ Crianças e adolescentes. Indicadores Sociais de 1997, Vol 6. IBGE/UNICEF, 1999.

2. Nivel educativo de los jóvenes

Aunque todos los sujetos hayan tenido alguna experiencia pedagógica en el sistema educativo formal, el predominio del bajo nivel de escolaridad es contundente. Destaca la prevalencia de la enseñanza primaria incompleta (10 de los 15 casos), asociada a un gran desfase entre edad y curso académico. Estos datos coinciden con el perfil encontrado en estudios recientes sobre jóvenes residentes en la periferia (Abramovay et al.,1999), adolescentes infractores (Volpi, 2001) y población infanto-juvenil que está en las calles del Distrito Federal (Araújo, 1998b). Sin embargo, cabe señalar que en la calle el nivel educativo suele ser muy inferior y el abandono escolar se produce con más rapidez con relación a los otros dos grupos.

En uno de los extremos, hay dos casos de analfabetismo referentes al grupo de la calle (R2 y R3, ambos con 15 años). En el otro, están los tres únicos jóvenes que hasta el momento de las entrevistas habían llegado a la enseñanza secundaria: una chica y un varón del grupo de la comunidad (respectivamente A2, con 16 años y A4, con 19 años) y un joven del grupo de la semi-libertad (S3, con 18 años), todos situados en el 2º año. Entre los diez casos ubicados en la enseñanza primaria, cuatro estaban entre el 1º y el 4º año (A1, con 19 años; R1, con 18 años ; S1 y S5 con 16 años). Curiosamente, los cuatro afirman haber abandonado la escuela en el 4º año, aunque luego algunos añaden que han retrocedido cursos académicos al regresar al sistema educativo, lo que apoya nuestra hipótesis sobre el valor simbólico de este marco. Por fin, seis jóvenes se situaban entre el 5º y el 7º año del curso primario: S6 en el 5º año; R5, R4, S2 y S4 en el 6º y A3 en el 7º, respectivamente, con 18, 20, 15, 19 y 16 años).

3. Situación educativa en el momento de las entrevistas

En el momento de la realización del trabajo de campo, ocho jóvenes estaban fuera de la escuela: todos los sujetos del grupo de la calle, los dos varones del grupo de la comunidad (A1 y A4) y el único joven del grupo de la semi-libertad que ya estaba desligado de la institución jurídica por haber concluido el cumplimiento de esta medida socioeducativa (S2). Por tanto, los siete sujetos que estaban estudiando eran las dos chicas del grupo de la comunidad (A2 y A3) y los jóvenes vinculados a la institución de semi-libertad (S1, S3, S4, S5, S6).

Hay que poner de relieve que el vínculo de estos últimos con el sistema educativo está condicionado por su situación jurídica, puesto que la escolarización es un

requisito obligatorio del cumplimiento de la medida socioeducativa. Esta característica se refleja en la constatación de que, salvo S3, todos tenían historia de abandono escolar y la mayoría se encontraba fuera de la escuela en el momento de su detención.

La relevancia de esta observación reside en que para algunos de estos jóvenes, el vínculo con la escuela no implica más que el sentido de una mera obligación provisional, lo que supone el riesgo de que se produzca la repetición del abandono escolar tras el término del cumplimiento de la medida socioeducativa. Esto fue precisamente lo que sucedió con S2, cuyo desligamiento de la institución de semi-libertad fue acompañado de la inmediata reincidencia del abandono escolar. Tememos que éste también haya sido el caso de S1 y S6, que se han fugado de la unidad de semi-libertad durante esta investigación, lo que aumentaría a diez los casos de alejamiento del ámbito escolar.

4. Densidad del vínculo con el ámbito escolar

El vínculo de los jóvenes con la escuela se caracteriza predominantemente por la fragilidad y la inestabilidad. Sin embargo, si éstas son características compartidas por la mayoría de los sujetos, la heterogeneidad de sus trayectorias en el ámbito educativo introduce matices importantes tanto en los procesos de atribución de sentido a la escuela, como en la propia caracterización de este vínculo y, en consecuencia, de sus expectativas de permanencia y/o regreso a este contexto.

Entre los ocho jóvenes que se encontraban fuera de la escuela, pensamos que solamente en cuatro casos podríamos caracterizar el vínculo con este ámbito como ausente, o bien afirmar que hubo una ruptura total con él. La posibilidad de hablar de **ausencia de vínculo** nos parece pertinente en los casos de **R2 y R3**, cuya “inserción” en la enseñanza formal estuvo restringida a una única experiencia de pocos meses, que no ha tenido más significación para ellos que evidenciar el carácter excluyente de la escuela y reforzar las marcas estigmatizadoras del analfabetismo como forma de silenciar la voz de los niños que viven en las calles de Brasil (Craidy, 1996).

No obstante, aun en estas circunstancias, hay una diferencia significativa entre la relación de estos dos chicos con el contexto escolar. Mientras R2 no manifiesta ningún tipo de expectativa en relación con este ámbito, R3 presenta una fuerte motivación para el aprendizaje que contempla la posibilidad de regreso y el deseo de inserción e integración en el sistema educativo formal - aunque lo relacione más bien con una escuela idealizada – cuya meta es la alfabetización.

En la situación de **ruptura del vínculo**, situamos a un joven de cada grupo: **R5, A1 y S2**. El criterio utilizado para tal caracterización es la presencia en sus discursos de una afirmación explícita y contundente del carácter definitivo de la ruptura con el ámbito escolar. Pero aquí también encontramos variabilidad en las trayectorias relatadas. R5 mantuvo un vínculo continuo con la escuela, aunque siempre frágil, durante varios años, de modo que nunca había interrumpido los estudios hasta tomar la decisión de abandonarlos definitivamente. El paso de S2 por el ámbito educativo estuvo marcado por la inestabilidad, bajo la forma de entradas y salidas recurrentes. Este movimiento ha culminado en seis años de alejamiento total, interrumpido por el regreso impuesto debido a la intervención jurídico-institucional. El cierre de este proceso se dio de la forma y por las razones descritas anteriormente. En su producción discursiva permanecen secuelas de la reproducción del discurso institucional que, en un nivel superficial, hacen referencia a la importancia de los estudios y vislumbran alguna posibilidad de regreso a la escuela. Pero al profundizar en el tema revela que no tiene ningún tipo de expectativa frente al sistema educativo.

El caso de A1 se sitúa en la frontera entre las nociones de ausencia y de ruptura de vínculo. Este joven relata un profundo rechazo a la escuela desde el primer momento en que ingresó en esta institución. Su experiencia educativa estuvo marcada por el absentismo, las transferencias de centro, las suspensiones, las expulsiones, la violencia y, sobre todo, por un sentimiento de extrañeza y no pertenencia. La interrupción de su paso por la enseñanza formal se dio mediante una expulsión. Desde entonces lleva nueve años alejado de la escuela y no contempla ninguna posibilidad de regreso. Aunque haya estado allí cerca de cuatro años, lo que nos llevaría a pensar que estableció algún tipo de vinculación, su relato de esta experiencia refleja ante todo ausencia (fáctica y subjetiva), y sugiere que nunca ha llegado a establecer propiamente un vínculo con este contexto:

A1: ... el 1^{er} día que ingresé en la escuela, cuando me senté al lado de aquella cantidad de gente, empecé a llorar y decir que quería marcharme. Pero no he podido hacerlo y entonces me quedé. Luego mi madre vino a recogerme y aprendí el camino. Así, al 3^{er} día, cuando ella llegó a casa del colegio, yo ya había vuelto a casa... Al día siguiente volvió a llevarme pero salté el muro y cuando ella llegó a casa yo ya estaba ahí de nuevo. Porque nunca me ha gustado estudiar..... Así fue hasta que hicieron mi transferencia a otro colegio porque me han expulsado Me quedé un año pero sin estudiar ...yo iba pero no estudiaba, sólo iba .. hasta que me han expulsado, entonces me quedé un tiempo sin estudiar. Me expulsaron porque me quedaba allá pero no hacía nada nunca me ha gustado, no me sentía a gusto..... no había manera de que me gustara, ni que me sintiera mejor dentro (de la escuela)..... Hice el 1^{er} curso, el 2^o y el 3^{er}... En el 4^o había una profesora mala que no me gustaba entonces me rebeléy desistí de la escuela. Yo dije “madre, a partir de hoy ya no vuelvo a estudiar”. Eso se acabó en el 93 y nunca regresé a la escuela..... (pp. 15, 16)

Aun en el campo de una **vinculación muy frágil** con el ámbito educativo, pero que ya no nos permite hablar de ruptura total o de ausencia de vínculo, está **R1**. Su salida del ámbito educativo se produjo por una expulsión del sistema cuando aún vivía en São Paulo con su familia. Pero la precarización de este vínculo se consolidó en el marco de su proceso de salida a la calle y fue particularmente favorecida por las experiencias de emigración ligadas a la desvinculación familiar. Este proceso culminó en un absoluto alejamiento de la escuela durante los nueve años que lleva viviendo solo en la calle. Lo curioso es que en todo este tiempo R1 ha mantenido una fuerte motivación para el aprendizaje y fue capaz de cultivar un deseo de volver a estudiar. Este deseo, apoyado por la intervención institucional del NATEX, le hizo tomar la iniciativa de buscar una escuela pública y someterse a la realización de un examen en el año 2000. Hechos los trámites, regresó a la escuela durante la realización de la parte empírica de esta investigación. Sin embargo, al cabo de dos meses se produjo un nuevo abandono escolar.

La mención de este caso nos parece relevante porque pone de manifiesto la equivocación de tomar el número de matrículas como índice de “inclusión” en el sistema educativo. Es cierto que es un logro importante y necesario, pero un logro muy parcial. La matrícula es el primer paso y, tal vez, el más sencillo. Quedarse ahí sólo garantiza el riesgo de que este movimiento resulte en la producción de más frustración para los jóvenes. El gran reto consiste en identificar y potenciar las condiciones capaces de propiciar el sostenimiento y el fortalecimiento del vínculo con la escuela, lo que exige, entre otras cosas, una reflexión sobre la propia estructura y dinámica de funcionamiento de esta institución. Pero antes de pasar a este tema, vamos a concluir esta breve caracterización de la vinculación de los jóvenes con el ámbito escolar.

Entre los jóvenes que se encontraban fuera de la escuela, quedan dos casos por mencionar: el de **R4** y el de **A4**. Los abordamos separadamente porque revelan que el **alejamiento del ámbito escolar**, no tiene por qué suponer la ausencia de una **fuerte vinculación subjetiva**¹³⁵ con él. Este es el caso de R4, cuya relación con la escuela, aunque algo inestable, ha sido una dimensión prioritaria en su trayectoria vital desde la infancia. Tal centralidad ha motivado una inversión constante en el mantenimiento de

¹³⁵ Aunque nos alejemos de cualquier perspectiva que pretenda establecer una visión dicotómica entre objetividad y subjetividad, utilizaremos una distinción entre “vínculo objetivo” y “vínculo subjetivo”, como un recurso para destacar que el alejamiento concreto (fáctico) de un determinado ámbito no implica necesariamente la desvinculación desde el punto de vista subjetivo, así como la permanencia duradera en determinado espacio no supone obligatoriamente que haya una vinculación en términos de sentido de pertenencia.

un vínculo cuya fuerza se preservó incluso en los períodos en que estuvo viviendo en la calle.

Las salidas de R4 del ámbito educativo siempre se han producido por circunstancias ajenas a su desempeño y a su conducta. Y, en ningún caso, han sido capaces de fragilizar su valoración de la escuela. El alejamiento actual se debe a una expulsión por el sistema debido al número de faltas correspondientes al período inmediatamente posterior al asesinato de su madre, hecho que le ha quitado las ganas de salir de casa. Considerando que la madre fue el quinto miembro de su familia víctima de asesinato, no sería de extrañar la necesidad de un tiempo de duelo y elaboración. Pero la escuela no fue capaz de entenderlo y le cerró las puertas cuando finalmente había recuperado fuerzas para retomar su vida cotidiana...

R4:.. todo ese tiempo yo seguía estudiando... iba de la calle a la escuela... No, no me planteaba dejarlo ... porque me gustaba estudiar, ¿no? Ahora, de vez en cuando, echo de menos la escuela también.... Pero si yo regresara a la escuela nada sería como antes, entonces dije: "No".... Porque el sistema de la escuela ha cambiado,¿ no? Ahora si tienes un 25% de faltas, ya has repetido el curso, y esa era la cantidad de faltas que yo tenía. Porque después de la muerte de mi madre, no fui a la escuela durante un mes ... pero ellos no lo han aceptado. A lo largo de ese mes que no fui a la escuela no lo aceptaron y me han puesto faltas...Porque ese mes ... yo estaba un poco indignada con todo lo que había pasado, pero ellos no lo han comprendido ... Luego, después de más o menos un mes, me fui a la escuela otra vez. Pero cuando llegué allá, el profesor me miró y me dijo: "¿Qué estás haciendo por aquí? Tú no tienes nada que hacer aquí, ya estás suspensa, automáticamente suspensa... puedes sacar un 10 en todos los exámenes que ya has repetido el año" ... Porque ahora repites por falta,¿no? Entonces me marché y salí de la escuela...(p.19)

La trayectoria educativa de **A4** se ha basado en un **vínculo continuo y estable** lo suficientemente fuerte para que mantuviera una evaluación positiva de la escuela y llegara a la enseñanza secundaria a pesar de haber repetido tres veces un mismo curso académico. Su desvinculación actual del ámbito escolar se debió a procesos de fragilización del vínculo con otros ámbitos, específicamente a conflictos familiares que dieron lugar al abandono provisional de la casa y del ámbito comunitario en el que vivía (y a los que ya ha regresado). Pero también se ve como temporal. Así que, pese a estar fuera del sistema educativo, tanto R4 como A4 manifiestan el deseo de regresar a la escuela. R4 no se plantea una meta concreta, mientras que A4 pretende concluir sus estudios secundarios.

Entre los sujetos que estaban estudiando encontramos perfiles de vinculación bastante diversos. Por una parte, están los **jóvenes del grupo de la semi-libertad**, cuya **relación con el contexto escolar se define por la fragilidad y por la inestabilidad**. Ello se traduce en entradas y salidas recurrentes que, finalmente, han conducido al abandono voluntario o a la expulsión del sistema - situación mantenida por la mayoría

hasta el momento del cumplimiento de la medida socioeducativa. Aquí, **la excepción es el caso de S3**, que siempre ha valorado mucho la escuela y nunca ha interrumpido sus estudios. El mantenimiento de un **vínculo fuerte y continuo** con el ámbito escolar le permitió afrontar una serie de adversidades y llegar motivado a la enseñanza secundaria, que pretende concluir.

Entre los demás jóvenes, hay tres posiciones. Los discursos de S4 y S5 sobre la escuela se construyen sobre un antes y un después, cuyo punto de inflexión es el proceso de institucionalización. Ambos ponen de relieve una historia de rechazo a la escuela relacionada con la escasa significación de ésta en sus vidas cotidianas. Pero luego se dedican a hacer una especie de *mea culpa*. Enfatizan su arrepentimiento por no haber sabido valorar la importancia de la escolarización y concluyen situando los estudios como una dimensión importante en su presente y, sobre todo, central para su futuro. En los dos casos parece haber una mezcla de la reproducción del discurso institucional con un genuino deseo de cambio. Sus expectativas consisten en concluir los estudios secundarios “*lo antes posible*” para “*recuperar el tiempo perdido*”. Otra posición es la de S1, que no hace ningún esfuerzo para disimular su percepción negativa de la escuela y su falta de motivación para establecer y fortalecer una vinculación con este ámbito.

En una posición intermedia entre las dos anteriores está S6. A pesar de tener una trayectoria educativa inestable, con dos períodos de abandono, este joven considera tanto su experiencia pedagógica como la propia institución escolar positivamente. Por otra parte, esta evaluación positiva no es suficiente para que establezca una vinculación más fuerte con el ámbito educativo en el presente, ni una motivación para los estudios proyectada en el futuro. Las expectativas de este joven frente a esta esfera son nulas y sus proyectos de inclusión están desplazados hacia el campo laboral.

Finalmente, **las dos chicas del grupo de la comunidad (A2 y A3) son los sujetos que presentan la vinculación más fuerte y estable con el ámbito escolar**. Aunque A3 relate una trayectoria educativa algo más errática, debido a su inicio tardío y a la repetición de un curso académico, ambas chicas sitúan la escolarización como una de las dimensiones prioritarias de sus vidas. Además, son quienes plantean las expectativas más altas en este ámbito. El sostenimiento de un vínculo sólido y continuo con la escuela se asocia a una valoración muy fuerte de los estudios y, sobre todo, a un intenso deseo de ingresar en la universidad.

Una vez que hemos contextualizado brevemente la posición de cada uno de los jóvenes frente al ámbito escolar, analizaremos a continuación los elementos más destacables de sus trayectorias educativas. Este análisis tendrá como objetivo identificar, por un lado, los factores que han favorecido el establecimiento, la preservación y el fortalecimiento del vínculo con la escuela (o que potencialmente pueden hacerlo) y, por otro lado, los principales factores que contribuyen a la desvinculación de este contexto. A su vez, el análisis de los procesos de significación subyacentes a estos movimientos pretende comprender el lugar atribuido a la escolarización como mecanismo capaz de propiciar y fortalecer el vínculo social, así como la percepción subjetiva de los procesos de exclusión del ámbito escolar.

5. Agentes asociados a la vinculación con el ámbito escolar

5.1. La familia

El ingreso en la escuela suele atribuirse a una iniciativa de la madre. Pero en el discurso de los jóvenes que han estado bajo la tutela de diferentes familiares (padre, abuelas, tíos), o cuyas trayectorias han supuesto la movilidad en la red familiar, también aparecen otros actores. En cualquier caso, **la familia se identifica invariablemente como el responsable de la primera vinculación con la esfera educativa.** Encontramos una única referencia al desinterés de la madre frente a la escolarización de sus hijos, que retrasó el ingreso de A3 en la escuela. No obstante, aun en este caso, el vínculo con el sistema educativo fue favorecido por la familia a través de la mediación de las hermanas. Tal mediación convirtió la falta de interés inicial de la madre en una participación constante e interesada en el proceso pedagógico de sus hijos.

Por tanto, a pesar del bajo nivel educativo de los padres¹³⁶ y, en algunos casos, de su absoluto alejamiento del sistema educativo - traducido de modo paradigmático por el analfabetismo - la escuela parece ser una institución valorada por las familias. Este aspecto se relaciona fundamentalmente con dos ideas centrales: por un lado, la insistencia en que los hijos deben aprovechar una oportunidad que ellos no han tenido en su momento, o de la cual no pudieron disfrutar como les hubiera gustado; y, por el otro, e íntimamente conectado con lo anterior, la creencia en la escuela como vía de inclusión y movilidad social, que alimenta la esperanza de una mejora generacional de las condiciones materiales de existencia de la familia.

¹³⁶ Véase fichas de datos socio-demográficos en los anexos.

La familia es un agente importante no sólo para el primer establecimiento de vínculo con la escuela, sino también para su mantenimiento. Sin embargo, en este segundo momento su intervención pierde algo de fuerza y, principalmente, asume nuevos e importantes matices. Aunque la madre siga ejerciendo un papel activo dirigido a sostener el vínculo de los jóvenes con la escuela - sea de forma indirecta manifestando el deseo de que correspondan a sus expectativas, sea de modo más directo mediante exigencias relativas a la asistencia a las clases - tal acción suele ser poco eficaz. Al lado de las constantes referencias a los “consejos” maternos sobre la importancia de permanecer en la escuela, surgen “confesiones” de que no les hacían caso, así como indicios de la frecuente connivencia familiar ante la decisión de abandonar los estudios:

S5: Lo he dejado... Ah, porque no tenía ganas de ir a la escuela.. Sí, porque yo quise. ¡(A mi madre) le pareció fatal! Es que mi madre, mi madre no tuvo la oportunidad de estudiar. ¡Y ahora ella está estudiando! ¡Sí! Porque en su tiempo no ha tenido la oportunidad, (y su escuela) sólo ofrecía hasta el 3er curso.... Entonces mi madre ha sufrido mucho. Y siempre me aconsejaba y yo no le hacía caso (silba) entraba por aquí y salía por aquí (hace un gesto indicando que lo que la madre le decía entraba por un oído y salía por el otro), no le escuchaba. Ahora yo le hago caso, (porque) me di cuenta de que las cosas que decía eran ciertas y eran para mí, no para ella. Eran para mí, pero yo no lo he sabido valorar y ahora estoy aquí ... (p.19)

Otro aspecto que merece destacarse es la importancia atribuida a la **presencia de los hermanos** (y a veces de primos y sobrinos) para el ingreso y la permanencia en la escuela, cuya intervención quita protagonismo a la figura de la madre. Compartir la experiencia educativa con familiares de la misma generación es fuente de motivación y apoyo para afrontar las dificultades encontradas en el ámbito educativo, pues los jóvenes establecen entre sí relaciones de compañerismo y solidaridad. Por otra parte, este mismo compañerismo parece asociarse a una tendencia al abandono escolar conjunto, en particular, entre los jóvenes del colectivo de la calle:

R5: A mí no me gustaba mucho quedarme con amigos... Me encantaba dar chuletas a los demás... Mi hermano, por ejemplo. ¡Como era malo en matemáticas!, entonces me pagaba para que hiciera sus exámenes y yo lo hacía... hacía su examen, le dejaba el mío y cogía el suyo y lo hacía, luego él borraba mi letra así y escribía por encima ... pero él sólo era malo para las matemáticas; En lo demás era bueno para todo! Él es mejor que yo en el resto... (p.15)

E: ¿Y por qué has dejado de estudiar?

R5:.. Yo mismo que quise ...Yo y mi hermano, nosotros dijimos:“ah, ya no vamos a volver a esa mierda!”(p.16)

5.2. La intervención institucional y comunitaria

Si la familia es el agente que propicia la primera vinculación con el ámbito escolar, la intervención de otros actores cobra relevancia para restablecer dicho vínculo tras procesos de fragilización y/o rupturas. Ante el alejamiento de los jóvenes de la esfera educativa, **la intervención institucional** - sea por la vía jurídica asociada a la

ejecución de medidas socioeducativas, sea por la vía de diferentes programas de intervención social llevados a cabo por ONGs y/o por organismos gubernamentales - suele ser el mecanismo más frecuente para impulsar el regreso a la escuela o, al menos, para suscitar la emergencia de un deseo en este sentido. También encontramos alusiones a acciones de otros personajes significativos, entre los que sobresalen los **“consejos” de amigos y vecinos**.

Igualmente recurrentes son las referencias a la resignificación del proceso educativo en un sentido más positivo debido a la maduración. Ésta aparece, a veces, sencillamente como un resultado naturalizado del paso del tiempo. En otros casos, se percibe como resultado de un proceso más amplio y activo que implica un proyecto orientado al cambio, en especial, en los contextos de la calle y de la semi-libertad. Los jóvenes suelen atribuir dichos proyectos fundamentalmente a su voluntad personal. Sin embargo, tanto la intervención institucional como la intervención de las redes de sociabilidad primarias (familiares y comunitarias) parecen influir de modo significativo en su formulación.

6. Aspectos asociados a la valoración positiva de la escuela

6.1. La atribución de un sentido protector al vínculo educativo

Uno de los significados de la escuela compartidos por todos los sujetos es el que establece una clara **oposición entre ámbito educativo y calle** y, más específicamente, entre la escolarización y la implicación en prácticas ilícitas. Desde esta óptica, el vínculo con la escuela asume el sentido de protección frente a los riesgos y *“tentaciones”* de la calle y, principalmente, frente al ejercicio de prácticas ilícitas. Tal significado suele relacionarse con la función de la escuela como forma de **ocupación del tiempo libre**. Observamos, por tanto, una fuerte asimilación de la concepción de que el tiempo libre de los jóvenes pobres es *“potencialmente amenazador” por desarrollarse en el “espacio peligroso” e “inmoral” de la calle y del “pernicioso hogar proletario”*, idea históricamente propagada por los sectores sociales dominantes (Graciani, 1999, p.164).

Entre los jóvenes que están involucrados en actividades ilícitas, la escuela se ve como un elemento central para favorecer el cambio. Pero el énfasis en la escolarización como factor protector y alternativa lícita para el logro de sus objetivos también se manifiesta en el discurso de aquéllos cuyas prácticas privilegiadas se definen en oposición a la transgresión:

A2: ...Yo siempre he sido una persona a la cual le gustaba mucho estudiar.... ellos piensan que para lograr una cosa es fácil, rápido y práctico, basta coger un arma y atracar a alguien, que ganas lo que quieres. En mi caso, he empezado a pensar: "Tengo miedo de robar. Imagínate si voy a robar y alguien me mata, me pega.¿ Y si me arrestan? Entonces, yo quiero una cosa que parezca buena a los ojos de todos y que yo no deba nada a nadie ... Entonces me puse a pensar: "¿Qué es lo que debo hacer para conseguir lo que quiero sin que vaya en contra de la ley del gobierno y además que pueda dar orgullo para mi madre?"... De ahí empecé a aprovechar todas las oportunidades que tengo: estudio, cursos. Si tu dices: "Hay curso de pastelero", yo participo ¡He hecho incluso un curso de mecánica! No me gusta quedarme sin actividades ¿sabes? Siempre quise ocupar mi tiempo.....Y, así, como te dije, si yo quisiera haber seguido los mismos caminos que ellos, podría, porque incluso lo he empezado ... si lo observas bien he ingresado junto con ellos... Pero lo que me ha pasado de bueno fue lo siguiente, cuando yo estaba en esa historia: "Ah, vamos al mercado a mirar el precio y robar, ¿no?", una chica me dijo: "¡A2, han abierto un curso gratuito aquí!" Entonces empecé a retomar mi objetivo principal, además de reconocer que estaba equivocada, empecé a volver a mi objetivo principal: " Bueno, si hago ese curso puedo mejorar mi inteligencia, yo qué sé, ser más culta". De ahí empecé a hacerlo y a partir de ese momento,(mi camino) ha empezado a abrirse ... (p.19)

Por otra parte, si en el plano discursivo encontramos la primacía de una perspectiva dicotómica que establece una rígida oposición entre actividades ilícitas y escolarización, las entrevistas también revelan la frecuente coexistencia de ambas prácticas en la vida cotidiana de los jóvenes. Los casos de S6 y S3 son particularmente sugerentes en este sentido, pues indican que la evaluación positiva de la escuela y la consideración positiva de la transgresión no tienen por qué ser mutuamente excluyentes, relativizando este supuesto potencial protector del ámbito escolar:

S6: Mira, yo creo que la escuela es un paso enorme que das en la vida, porque es un lugar donde vas a tener conocimientos, vas a relacionarte con personas, vas a aprender cosas buenas y cosas malas también ¿no?... ... la escuela era buena. después que fui entrando en la adolescencia, la escuela ya se hizo mejor... pero yo nunca salí del medio de la "malandragem"* , de ninguna manera... (p.10)

S3: En términos de clase yo era nota diez. Nunca he dejado de estudiar. Sólo "aprontava"* en el intervalo (p.15)

Otro matiz importante se refiere al planteamiento de la escuela como forma de ocupación del tiempo libre. La relación entre escolarización y tiempo libre también abarca otros significados y funciones además del sentido protector, particularmente, para los jóvenes que tienen trayectorias jurídico- institucionales. En estos casos, puede tener un valor instrumental como estrategia para lograr beneficios jurídicos,

S5: En ese tiempo que yo estaba (fugado), me fui al CDS (centro de desarrollo social), me había fugado de la semi- libertad... Entonces para no quedarme en la calle desocupado fui a la escuela e hice mi matrícula, empecé a estudiar y fui al CDS y conseguí un curso para hacer. Yo hacía el curso por la tarde, hacía el curso por la tarde y estudiaba por la noche...y así fui llevando... Porque si yo no estuviera haciendo eso, (ahora) estaría con una regresión (de medida)¹³⁷ ... (p.18)

¹³⁷ Es decir, en lugar de estar cumpliendo la medida socio educativa de semi-libertad estaría sentenciado a la privación de libertad.

así como servir para atenuar la escasez de actividades cotidianas durante el período de internamiento y la carencia de sentido de la institucionalización frente al futuro, como veremos con detenimiento en el capítulo sobre el ámbito jurídico-institucional.

6.2. La dimensión relacional

Los elementos asociados a la valoración de la escuela son bastante diversos. Las menciones van desde la simple **posibilidad de acceder a recursos materiales** de los cuales están privados en el ámbito doméstico – que pueden ser tan básicos como la merienda - hasta la percepción del ámbito escolar como un **espacio que amplía sus posibilidades de participación y reconocimiento social**.

Llama la atención una **tendencia a la naturalización del “interés” y/ o “gusto” por los estudios** entre los jóvenes - inmersos o no en la enseñanza formal– que expresan una fuerte motivación para el aprendizaje (R1, R3, R4, S3, A2, A3):

R4: No sé, siempre he tenido interés en todo lo que pasaba en la escuela, siempre he tenido mucho interés por lo que estaba ocurriendo allá...Así, podía haber un cachondeo dentro del aula y yo podía estar sentada en el medio pero no les hacía ningún caso, la única cosa que yo quería pensar era en el profesor y en el contenido que estaba enseñando ... a la gente incluso le extrañaba lo que pasaba conmigo, porque yo era diferente de ellos, siempre he sido una alumna muy buena, tanto es así que me han considerado la CDF¹³⁸ del aula (sonríe) (p.19)

Sin embargo, hay una indiscutible primacía de la esfera de la sociabilidad.

Para la mayoría de los sujetos, las experiencias placenteras en el ámbito educativo se reducen a la dimensión de la socialización entre los pares. De hecho, para muchos, la escuela es fundamentalmente un **espacio de ocio con los compañeros**:

*S2: .. en la escuela el chaval ya aprende de pequeño ¿no? aprende a salir, a hacer su pandilla ¿no? Cuando eres más pequeño sólo piensas en ir de fiesta, bailar .. otros quieren quedarse con el grupo, ligar, salir con las chicas, hacer cachondeo, beber **cachaça**¹³⁹ (risas) (p.4)*

Para los jóvenes de la calle y de la semi-libertad, el ocio en la escuela se asocia predominantemente a la transgresión, que puede conectarse a lo ilícito o simplemente referirse al incumplimiento de las reglas institucionales:

*R2: Yo “**aprontava**”* mucho, entonces fui expulsado del colegio...(se ríe) Yo robaba aquellos giz y los tiraba dentro de la merienda de los demás (riéndose) Aquellas cosas de escribir en la pizarra así....y tiraba (el giz) dentro de la merienda de los demás... (Se ríe) (pp. 21, 22)*

Además de las actividades lúdicas, también se valoran las charlas y la posibilidad de ampliación de las relaciones sociales. Este aspecto es especialmente

¹³⁸ Sigla utilizada entre los jóvenes para hacer referencia a los mejores alumnos de la clase

¹³⁹ Bebida alcohólica brasileña

relevante para los jóvenes institucionalizados, ya que les permite el contacto con personas provenientes de otros escenarios y, en particular, con chicas:

S1: .. nuevas amistades ¿no? Otras personas... Porque tener que ver a una sola persona todos los días, todos los días ¡ Dios mío! Yo me quedaba loco en aquél CAJE¹⁴⁰! (Allí) es despertar, mirar hacia el lado y sólo ves machos! Te vas a duchar, miras hacia el lado ¡y sólo ves machos! ¡ Dios mío! Vas al patio, miras hacia todos los lados ¡ y sólo ves machos! (silencio) (p.12)

Aquí hay una diferencia relacionada con el género, probablemente asociada al proceso de construcción social del *ethos viril* que hemos analizado anteriormente.

Mientras las chicas valoran las charlas,

A3:...es bueno ir a la escuela, tienes amigos... nosotros tomamos apuntes, nos divertimos y charlamos.... Últimamente es así, me reúno con el Dani y nos quedamos jugando en el fondo en las clases de matemáticas, jugamos a las cartas, conversamos... ese tipo de cosas (p.6)

los varones de los tres grupos hacen especial hincapié en el sentido de la escuela como **un espacio que favorece el surgimiento de relaciones amorosas:**

S4: .. Verás, cuando era para estudiar pero yo no tenía interés por los estudios yo sólo iba a la escuela para ver a las mujeres... besar, esas cosas ... (p.19)

Pese al énfasis en la dimensión de la sociabilidad, las relaciones con los pares en la escuela también se basan predominantemente en vínculos instrumentales y efímeros. Solamente dos jóvenes, S6 y A2, hacen referencia a vínculos afectivos, solidarios y duraderos en el ámbito escolar. En ambos casos, la esfera relacional aparece como parte y, a la vez, elemento facilitador del proceso de aprendizaje en este contexto.

En este sentido, la existencia de una **buena relación con los profesores** es un elemento muy significativo para los sujetos que han establecido una fuerte vinculación con el ámbito educativo y/o que lo evalúan positivamente. La posibilidad de encontrar una referencia positiva entre los maestros y, sobre todo, de establecer una relación afectiva con ellos es un factor muy potente para fortalecer el vínculo con la escuela y generar motivación para el aprendizaje.

S6: Ah, en la escuela yo estudiaba, incluso estudiaba bien (de bueno) había las amistades que tenía ... Había algunos profesores que se han convertido en mis camaradas .. ¡era bueno!.... en la escuela uno aprende a relacionarse mejor con las personas y todo... Además de lo que el profesor enseña... Hay profesores que te enseñan incluso a ser una nueva persona, entiendes, te enseñan a cambiar tu forma de ser ¿no? Porque tú, si tomas a un profesor como espejo, porque hay profesor que da su clase pero es una clase más hablada, así, hay más diálogo con los alumnos. Entonces el profesor dice cosas, y él es un tío que ya entiende, que ya entiende las cosas, que ya ha pasado por cosas buenas y malas en la vida, es una persona que ya tiene experiencia ¿no? Y, te va transmitiendo eso y tú lo vas guardando...(p.11)

¹⁴⁰ Sigla del centro de privación de libertad de Brasilia destinado a adolescentes.

Además, la repercusión educativa de esta relación y de los procesos de identificación subyacentes, va más allá del ámbito de la enseñanza formal, llenando lagunas de otros contextos que se dejan entrever en algunos discursos:

R4: Así, yo he tenido una profesora de ciencias, creo que fue en el quinto año, que ella era casi una madre para mí. Y era joven, así, muy jovencita. Entonces ella me ha explicado todo, me lo ha contado todo... a raíz de ahí yo empecé a tener una preparación de todo lo que iba a ser mi vida más adelante ... así, no fue mi madre quien me ha preparado para aquello, ¿no?.. Y mi padre, cuando mi padre estaba vivo, tenía vergüenza de conversar algunas cosas conmigo, así que quién me lo explicó fue esa profesora (pp.28,29)

Las características admiradas en estos educadores son: el sentido del humor, la capacidad de comprensión, la apertura al diálogo y a interacciones más cercanas y personalizadas, la experiencia y sabiduría (así como la capacidad para transmitir las de una forma agradable) y, especialmente, la capacidad de intercambiar afecto (se habla de cariño y de ¡amor!). Estos atributos propician una relación definida por el apoyo, la solidaridad, la amistad y, a veces, incluso la confianza (ver, por ejemplo, A2 pp.20,21).

A4: Yo tenía una profesora llamada Z. que me gustaba mucho también, del tercer año, cuando yo estaba en el tercer curso, ¡ me encantaba! Ella, ella incluso parecía una amiga, era más que una profesora ¿no? Era muy guay, divertida... (p.4)

6.3. El sentido instrumental de la escuela

Hasta ahora hemos visto que la escuela asume diferentes significados para los jóvenes, algunos de los cuales cambian según el tipo de vínculo que se mantiene con esta institución, el grupo del que provienen, el territorio que privilegian, el género, etc. Por otra parte, también identificamos significaciones comunes a todos los sujetos.

Entre todos los sentidos atribuidos a la escuela, tal vez ninguno sea tan contundente y, a la vez, tan unánime como su valor instrumental para la inclusión y ascensión social. Desde esta óptica, **los quince jóvenes establecen una triangulación entre escuela, trabajo y perspectivas de futuro:**

R5: ..¡Si no tienes estudios, no tienes futuro!...¿Sí o no? ¡Futuro, tía! Si no estudias, no tienes tu futuro... Si quieres ser un abogado, ¿qué es lo que tienes que hacer? Estudiar bastante para lograrlo ... (p.16)

La escuela se percibe como una vía para la inserción en el mundo laboral, cuyo acceso es progresivamente dificultado por el aumento de las exigencias de cualificación:

R4: ¡Hoy en día lo es todo! Hoy si no tienes estudios de un nivel más alto no consigues un empleo ¿no? Así, porque ... hoy incluso para ser basurero te exigen la enseñanza secundaria. Entonces es eso lo que significa, hoy la escuela está significando sobre todo eso para las personas... (p.34)

En un escenario de precarización del ámbito laboral que conjuga la escasez de empleo con un nivel de exigencias formativas crecientes, la escolarización se percibe como imprescindible para evitar la situación de superfluidad ante el sistema productivo. Pero su importancia no se restringe a este aspecto. Además, los jóvenes entienden que la posesión de capital cultural, y sus particularidades tanto en términos cuantitativos como cualitativos, es el elemento **determinante de las posibilidades de movilidad social** de una persona:

A3: es bueno de cara al futuro.....Así, porque lo que estudiamos (ahora) vamos a necesitarlo (luego) en la facultad ¿no?... Y es gracias a la facultad que nosotros vamos a tener una vida mejor, un empleo mejor, es a partir de ahí (p.6)

A4:... Yo creo que si quieres ser alguien, creo que la escuela ayuda mucho. Como tú, tú te has licenciado, ¿no? Si estás aquí ahora es porque debes haber estudiado y debes haber alcanzado tu objetivo. Entonces la escuela es necesaria, seguro que lo es. Para que tú, para que alcances tu objetivo. Si quieres ser algo, entonces dices: "Pues voy a estudiar para hacer lo que me gusta". (p.20)

La concepción de la escuela como un canal de movilidad social capaz de impulsar la ascensión económica y social ha sido una pauta recurrente en las investigaciones recientes sobre la juventud brasileña y la cuestión de la ciudadanía (Waiselfiz, 1998a; Sallas et al., 1999; Barreira et al., 1999; Minayo et. al., 1999; Abramovay et al., 1999).¹⁴¹ También se ha constatado que este núcleo de significación es más frecuente e incisivo entre los jóvenes pobres.

Por otro lado, uno de los pocos estudios sobre la movilidad social que nos permite visualizar la evolución de la estructura social brasileña a lo largo del siglo XX, pone de manifiesto el carácter más bien ilusorio de este planteamiento (Pastore y Valle Silva, 2000). Según este análisis, el nivel educativo es efectivamente un condicionante decisivo de la posición de los sujetos en la jerarquía social. Sin embargo, desde el punto de vista generacional, lo que se ha producido en las últimas décadas es, sobre todo, un proceso de reproducción educacional. Aunque se observe una ligera movilidad ascendente en términos absolutos cuando se comparan padres e hijos, la conclusión poco alentadora es que en términos relativos lo que hay en el campo de la educación es, fundamentalmente, inmovilidad.

Ajenos a estos datos, los jóvenes afirman una creencia vehemente en la movilidad vinculada al sentido instrumental de la escolarización mediante la reiterada afirmación de que la escuela es el principal pilar de la perspectiva de "*ser alguien en la vida*". Así, a pesar de los intensos procesos de fragmentación social y debilitamiento de

¹⁴¹ Conjunto de estudios coordinados por la UNESCO en diversos estados brasileños.

los mecanismos capaces de favorecer y sostener el vínculo social, los discursos analizados apuntan a la permanencia de valores colectivos que aún atribuyen centralidad a las instancias que Durkheim definía como los “marcos sociales integradores” básicos.

S5:.. para lograr un trabajo, para hacer un curso, para muchas cosas los estudios tienen que estar a tu lado ...muchas cosas ; Porque sin los estudios no eres nada!...

E: ¿Qué es ser alguien?

S5: ¿Ser alguien?...Es el tío teniendo estudios, cursos, trabajando es crecer y no quedarse siempre por debajo, ir aumentando cada vez más, creciendo y de ahí en adelante. Así eres alguien en la vida, estás allá en medio de los ricos ¿no? Quedándote allá en medio de la sociedad, entonces sí que eres alguien en la vida. ;Porque sin estudio y esas cosas no eres nada en la vida!...(p.20)

Estos fragmentos de entrevistas ponen al descubierto la percepción de la escuela como un mecanismo fundamental para el establecimiento del vínculo social, así como su potencial excluyente. Si estudiar es imprescindible para “*ser alguien en la vida*”, de ahí se deriva que el que no estudia *no es nada*. La perspectiva de “*ser alguien en la vida*” suele remitir directamente a la esfera económica y al consumo como vía de participación social, lo que se apoya en la concepción de que ser equivale a tener:

S2: En la escuela también hay unos que van para estudiar ¿no? Para ser alguien... Ah! Tener su futuro ya garantizado ¿no? No necesitar robar ni nada de eso... ya tener una casa; tener una casa, tu coche, tu mujer, tus hijos, tu dinero y tu coche. Ya está, nada más. Es sólo felicidad, ¿no?(risas) (p.4)

Pero la articulación con la cuestión del capital cultural también lleva los sujetos de los tres grupos a reflexionar sobre sus posibilidades de obtener algún estatus y reconocimiento social. En este sentido, la exclusión del sistema educativo equivale a la certeza de que sus posibilidades de tránsito y de ocupación de espacios en la sociedad van a estar limitadas a los lugares reservados a los “*Don Nadie*”:

R3: Lo que puede ayudarme, igual te he dicho antes, es la escuela, el colegio...Porque el día en el que yo sepa leer, voy a buscar un trabajo, voy a trabajar y no voy a quedarme en la calle... ;Porque, porque el tío que no sabe leer no es nada! Va a buscar un empleo y le dicen : “Ah, haz eso, escribe eso”, (y él): “No, no lo sé”, es por ello que no puede ser ... (p.32)

S1: ..Ah, ahora nosotros no estamos echando en falta los estudios, pero cuando nos casemos y tengamos hijos, entonces vamos a echarlos en falta. Porque vamos a ver a nuestros hijos pasar hambre.... porque quien no estudia no tiene empleo... (p.3)

Curiosamente, esta certeza señalada de forma tan unánime y tajante no es suficiente para motivar una mayor inversión en el sostenimiento del vínculo con la escuela por parte de la mayoría de los jóvenes. La aparente contradicción empieza a despejarse mediante el argumento de que la escuela es fundamental, pero no para ellos. Esta distancia que asumen frente al contexto escolar se refleja en la escasez de referencias a él en las entrevistas y sugiere un vaciamiento de sentido de este ámbito a lo largo de las biografías analizadas:

A1: La escuela sirve para educar, para enseñar, ¿no? Para que tengas un futuro mejor... Pero para mí la escuela puede ser privada, o lo que sea ... para mí la escuela no existe, no existe.... Me gusta ver a la gente estudiando. Si veo a una persona que no quiere estudiar le doy consejos para que estudie, para que tenga un futuro mejor. Pero para mí no me vale que nadie me aconseje volver a estudiar... (p.16).

La clave que parece permitir esta ruptura sin demasiado sufrimiento ni pesimismo es la esperanza de que, con suerte, el trabajo pueda revertir el gris escenario de futuro dibujado por la desvinculación del ámbito educativo. Así que frecuentemente observamos un desplazamiento de inversiones y expectativas hacia el ámbito laboral. Para algunos jóvenes, tal posición es tan fuerte que la escolarización sólo cobra sentido y se sostiene como instrumento para posibilitar el acceso al trabajo. En estas circunstancias, una vez que se produce la inserción laboral o que esta perspectiva se abandona en favor de modalidades de *inclusión marginal*- como, por ejemplo, el ejercicio de prácticas ilícitas- la ruptura del vínculo con el ámbito educativo suele ser inmediata. El siguiente fragmento explicita la lógica que relaciona simultáneamente el valor instrumental de la escolarización con la esfera laboral y las actividades ilícitas:

S4:...porque esas personas que viven en ese mundo de la “malandragem” no tienen estudios, es gente que ya ha dejado de estudiar desde hace mucho tiempo porque piensa así: “¿Si estoy robando, para que voy a estudiar? ¡Yo no necesito trabajar!” (p.10)*

6.4. El significado de la escuela como un espacio de aprendizaje

Otra fuente de unanimidad y de motivación para la inserción y permanencia en el contexto escolar es el significado de **la escuela como espacio de aprendizaje**. Desde un primer acercamiento a los discursos de los jóvenes, parece haber un consenso acerca de este sentido. Cuando indagamos qué tipo de aprendizaje se produce en la escuela, la primera respuesta suele ser muy genérica y, con pocas variaciones, pretende condensarlo todo en frases que tienen que ver con la *“preparación para la vida.”*

Pero si seguimos preguntando qué es eso del *“aprendizaje para la vida”*, surgen significados netamente diferenciados y muy reveladores de la heterogeneidad de los procesos de exclusión e inclusión social de los sujetos de nuestro estudio. Las particularidades encontradas indican una relación entre tipo de vinculación con el ámbito educativo, territorio privilegiado (calle, comunidad, institución jurídica), sentido atribuido al aprendizaje escolar y percepción de la escuela como mecanismo capaz de potenciar sus posibilidades de participación y movilidad social.

Para los jóvenes cuya vinculación con la escuela es ausente o muy frágil (R2, R3,R5,A1), el aprendizaje escolar se asocia a contenidos y tareas muy básicas como leer, escribir y hacer cálculos sencillos:

R5: (en la escuela) Escribes, lees, aprendes. Aprendes algunas cosas. Aprendes a leer, ¿cierto? Aprendes a escribir, a decir “a”, “e”, “i”, “o”, “u” ¿no? Empieza así: “a”, “e”, “i”, “o”, “u”; “b” con “a” “ba”, de ahí sigue. Aprendes a escribir, aprendes a leer, aprendes a hacer una pequeña tabla de cálculos (p.15)

A pesar de reconocer el potencial de la escuela como instancia fundamental para hacer viable la inclusión social o, en sus términos, permitir que una persona se convierta en “alguien en la vida”, suelen dar por supuesto que ésta es una perspectiva real para otros, los “incluidos” - o, como suelen clasificarlos, “los de la sociedad” - pero no para ellos. Por consiguiente, **sus expectativas frente a este contexto a menudo no sobrepasan la alfabetización.**

R2: (en la escuela aprendes a) ¡Leer y escribir !...: ¿Servir para algo? Sí, tú puedes ser alguien en la vida, ¿sabes?... mejorar de vida... Como tú, ¿tú no has estudiado? Hoy eres así, ¡ pues eso, igual que tú ! Quizás, si yo hubiera estudiado hubiese sido como tú... (p.23)

R3: (la escuela sirve) ¡Para aprender a leer! ¿No?

E: Para aprender a leer? ¿Y algo más?

R3: A ver...ah, yo creo que eso es todo ...y saber cómo son las cosas... Igual, hay gente que estudia, estudia, va a la facultad ...hay gente que estudia y va a la facultad, ¿no? Hay algunos que se convierten en abogado.....cuando estudias mucho ¿no? Encuentras un buen trabajo, en el que ganas bien... esas cosas....Empiezas a estudiar para pagar y hacer no sé qué, cursos... aprendes a usar un ordenador...(p.26)

Aun cuando van un poco mas allá destacando el valor instrumental de la educación para la inserción laboral, nos encontramos una vez más con la reproducción de expectativas muy bajas y de una perspectiva dualizadora que les distingue de los “incluidos” (basada en una percepción que es, a la vez, conformista y realista).

R1: ¿Por qué decidí regresar ahora (a la escuela)? Te lo diré. Porque un tío que no tiene estudios no tiene posibilidad de conseguir cosas para él, no hay trabajo sin estudio, ¿entiendes? Como yo, un “brother”* quería darme un puesto de trabajo en seguridad, pero como no tengo estudios perdí el trabajo ... el estudio es bueno, porque con los estudios el tío aprende muchas cosas y muchos trabajos aparecen para él. Pero yo, yo soy diferente, entiendes, cualquier trabajo para mí me vale.... (pp.8,9)

Estas concepciones caracterizan particularmente el discurso de los jóvenes del grupo de la calle, imponiendo una reflexión sobre las peculiaridades del carácter excluyente de este territorio en relación con los demás. La vida en la calle parece potenciar no sólo las experiencias fácticas sino el sentimiento subjetivo de exclusión social de los jóvenes, provocando una reducción más acentuada de sus perspectivas de participación social, tanto en lo que se refiere al ámbito educativo como a otros espacios.

En el caso de los sujetos vinculados a la medida de semi-libertad, el significado de la escuela como espacio de aprendizaje aparece fuertemente

atravesado por su experiencia jurídico-institucional. De ahí deriva un **énfasis en la “misión civilizadora” y “disciplinadora” de la escuela.** El sistema educativo aparece como un mecanismo capaz de crear densidad moral en la sociedad, en términos muy cercanos a los planteamientos durkheimianos.

Desde esta perspectiva, la escuela es el espacio que posibilita el aprendizaje de habilidades sociales compatibles con los valores dominantes en la sociedad, cuya posesión permite afirmar que una persona “tiene educación” o no la tiene. Como se habrá podido intuir, esta lógica reifica la idea de adquisición de capital cultural, que queda restringida, muchas veces, al aprendizaje de “buenos modales”. Los jóvenes se ven como sujetos carentes de educación o portadores de un tipo de aprendizaje que no les capacita para la integración en la sociedad, y a veces ni siquiera para la interacción social con “*los de la sociedad*”, puesto que se consideran incapacitados para prácticas tan básicas como conversar.

Como cuestión de fondo está el supuesto de que la principal función de la escuela es no sólo educar, sino más bien **reeducar y corregir** una educación recibida en otros contextos considerada inadecuada o, como mínimo, insuficiente frente a los valores sociales dominantes. Tal concepción refleja la potencia del carácter domesticador de esta institución en el sentido planteado por Foucault (1975). En los discursos de este grupo es muy significativa la relación entre saber y poder y, en particular, la forma en que atraviesa los cuerpos mediante diferentes dispositivos de control en sociedades disciplinarias. A la vez, destaca la eficacia del sistema educativo como mecanismo de reproducción de la estructura social, tal como señalan Bourdieu (1994) y Bourdieu y Passeron en “*La Reproducción*” .

“El sistema escolar actúa como el dominio de Maxwell: a costa del gasto de la energía necesaria para llevar a cabo la operación de selección, mantiene el orden preexistente, es decir, la separación entre los alumnos dotados de cantidades desiguales de capital cultural. Con mayor precisión, mediante toda una serie de operaciones de selección, separa a los poseedores de capital cultural heredado de los que carecen de él. Como las diferencias de aptitud son inseparables de diferencias sociales según el capital heredado, tiende a mantener las diferencias sociales preexistentes.” (Bourdieu, 1994, p.35)

Los jóvenes coinciden con estos autores en que la posesión de capital cultural es un elemento fundamental para marcar distinciones, es decir, posiciones diferenciadas en el espacio social:

S3: (la escuela) Sirve para reeducar, para varias cosas, Raquel. Sirve para todo. Para que sepas charlar correctamente con una persona. Por ejemplo, un tío que solo ha estudiado el primer curso va a hablar con una persona importante y no sabe ni siquiera lo que conversar... (p.17)

S1:(en la escuela)Aprendes la educación, ¡aprendes a vivir!...por ejemplo, a hablar con las personas (p.3)

Este sentimiento de no adecuación y el papel que se atribuye al sistema educativo coinciden con los resultados encontrados por Barreira et al. (1999) en su análisis sobre el universo simbólico priorizado por la escuela y su impacto sobre diferentes grupos sociales de jóvenes de la ciudad de Fortaleza y sus familias. En este estudio, una de las imágenes más frecuentes de la escuela es la que la identifica como un “segundo hogar”. Pero la aparente homogeneidad de esta imagen es subvertida por una diferencia radical en el papel atribuido a la institución escolar en el proceso educativo de los jóvenes, directamente asociada a la situación socio-económica de los sujetos y a la pertenencia a la red pública o privada de enseñanza.

Los usuarios de la red privada (alumnos, padres y educadores) y de alto nivel socio-económico plantean que la función de la escuela es dar continuidad al trabajo educativo iniciado en la familia (basado en la idea de “educación de cuna”), mientras que desde la red pública esperan que la escuela asuma una función paliativa, correctora y disciplinadora. En este caso, la falta de adecuación vendría dada por la condición de pobreza de los jóvenes. En cambio, entre nuestros sujetos tal sentimiento parece resultar más bien de su carrera transgresora y, en particular, de la asimilación del discurso inculcado a lo largo de su trayectoria jurídico-institucional, pues todos los jóvenes institucionalizados reproducen el mismo discurso independientemente del tipo de vinculación que tengan con la escuela y de cómo la valoren.

Nos interesa señalar especialmente que ambos análisis ponen de manifiesto la lejanía entre los códigos, valores y prácticas cotidianas privilegiadas por los jóvenes y aquéllos promovidos por la escuela (Dubet y Matucelli, 1996)¹⁴². El resultado de este juego de fuerzas es la **violencia simbólica** ejercida por la institución a través de la imposición de valores y pautas de conducta arbitrarios como si fueran naturales o bien parte de su “misión civilizadora”, pero, en todo caso, los correctos y mejores (Bourdieu, 1994).

Aunque de un modo un tanto perverso, el deseo de asimilar estas pautas socialmente valoradas también actúa en algunas circunstancias como fuente de

¹⁴² Para una discusión sobre este tema centrada en la cuestión lingüística, véase Bernstein (1971). Sobre las teorías de la socialización y las definiciones sociológicas de la escuela, véase Dubet y Matucelli (1996).

motivación para el (re)establecimiento o la preservación del vínculo con el ámbito educativo. Eso ocurre cuando el aprendizaje escolar se percibe como condición *sine qua non* para propiciar la integración social en el sentido más funcionalista del término.

S5: ... (me gustaría tener) la oportunidad de aprender algunas cosas que todavía no sé hacer. Por ejemplo dejar de decir jergas, que no logro parar (se ríe)... Ah, porque hay que parar ¿no?, para un tío entrar en la sociedad, tiene que entrar sin decir jergas, ¿verdad? Charlando... aprendiendo... aprender más el portugués también, yo tengo que aprender más el portugués, porque soy muy malo en portugués... Ah, hay muchas cosas que aún tengo que aprender, que todavía tengo que pasar en la vida, pero hay que superarlas... Es así, porque para que puedas entrar en la sociedad tienes que, ¡ellos sienten que tú tienes que ser como ellos! Cada persona tiene su forma de ser ¿no? Pero como vas a tener que estar allá en la sociedad tienes que seguir las pautas de ellos, porque si no lo haces te dirán: "Éste no sirve para ser de la sociedad porque no es como nosotros", ¿entiendes? Porque... los hombres de categorías superiores a la nuestra piensan que tenemos que modificar muchas cosas en nuestra vida, ¿entiendes? Así... Para entrar en la sociedad, si yo entro de esta manera ellos van a discriminarme dentro de la sociedad, porque lo sé, estoy seguro que si yo fuera a entrar así y hablando de esta forma ellos iban a discriminarme dentro de la sociedad. Y expresando el portugués de ese modo, porque eso no es el portugués correcto, ¿verdad? Entonces yo tengo que modificar muchas cosas en mi vida para que pueda entrar en la sociedad, porque si no me modifico, no habrá manera de que entre en la sociedad... (p.30)

Con menor incidencia, el discurso de algunos jóvenes (A2, A4, A1, R4 S5, S6 y S3) incluye un desarrollo de las posiciones anteriores en el que el significado del aprendizaje escolar sobrepasa el campo de los contenidos formales básicos y de la asimilación “adaptativa” de normas y pautas de conducta para penetrar en la esfera de la vida en colectividad. Desde esta óptica, la escuela contribuye a fomentar la reciprocidad en las relaciones sociales, puesto que se percibe como un espacio de aprendizaje del respeto, de la convivencia e, incluso, de la ciudadanía:

A4: Yo creo que (lo que se aprende) no es sólo estudiar ¿sabes? No es sólo escribir , multiplicar, creo que es saber lo que es la amistad... creo que es saber lo que es respeto... (p.20)

A1: Ah, lo que aprendes en la escuela es leer, escribir... ser una buena persona, (aprendes) cómo convivir con las personas y cómo tratarlas también..... (p.16)

S5: Ah, muchas cosas buenas. Ah, cómo ser un ciudadano, por ejemplo, aprender a respetar a los demás. Aprender el respeto mutuo como Dios nos ha enseñado, sabes... realmente muchas cosas, cómo estudiar, cómo trabajar, cómo nunca faltar al respeto a los mayores ... (p.19)

Sin embargo, este planteamiento implica un salto de la escuela real a la escuela idealizada. Es ante todo en el campo de lo ideal que se proyectan las expectativas de reciprocidad e intercambio de conocimientos, así como el sentido de la escuela como unidad de pertenencia.

S5: .. allí es mi lugar, dentro de la escuela, aprendiendo más y más y transmitiendo lo que sé para la profesora y ella transmitiendo lo que sabe para mí. Porque de este modo nosotros adquirimos un conocimiento mejor, ¿no? ... (p.29)

La escuela ideal sería un espacio de diálogo abierto, intercambio de información y apoyo mutuo, basada en un relación que va mas allá de la dimensión técnica incluyendo una preocupación por la formación de los alumnos como personas:

A4: La escuela podría enseñar no sólo 4 +4, 5+5, sino tener tiempo de acercarse a nosotros, charlar, conversar sobre drogas.... Yo sé que es así en algunos lugares pero no lo es en todas las escuelas (p.22)

A2: Mira, hasta mi octavo año (del ciclo primario) he convivido con profesores que eran puramente profesionales. Ese no es el tipo de profesores que el Brasil está necesitando... No sé si eso se debe a que están en la enseñanza primaria o si es que no les gusta (enseñar)... También tengo claro que el salario colabora para que asuman esa actitud pero... Mira, ellos llegan, dan su clase, si el alumno saca malas notas, llaman a la madre y ya está Si te ven diferente, no te conocen...No saben cuándo estás cambiado, cuándo tienes un problema..... Solamente ahora en la secundaria que las personas han empezado a hablar sobre ese tipo de charla que estoy teniendo contigo.....Yo creo que hay que tener ese tipo de diálogo abierto con el niño desde la alfabetización ... Porque hay niños que no tienen ningún concepto de lo que es correcto y de lo que no lo es... Así, creo que hay que ir por ese camino (p.20)

6.5. La escuela como un espacio que propicia la adquisición de capital cultural y la ampliación de la participación social

En el extremo más positivo de las trayectorias educativas analizadas se sitúan los tres casos cuya vinculación con la escuela es muy fuerte: A2, A3 y R4. Estas chicas perciben la escuela como un **espacio capaz de fomentar el desarrollo personal, la adquisición de capital cultural y la ampliación de su participación social.** Los aspectos que han contribuido a su inclusión escolar son el fruto de diferentes combinaciones de los factores mencionados anteriormente. Para evitar reiteraciones, nos ocuparemos de los elementos novedosos que estos casos aportan a la comprensión de los factores que favorecen el fortalecimiento y la consolidación del vínculo con el ámbito educativo.

La primera dimensión que salta a la vista es la cuestión del género. No obstante, este dato no es sorprendente. En Brasil, desde la década de los 80 las mujeres presentan índices más favorables que los varones en el nivel nacional con relación a tres indicadores: tasas de escolarización, de alfabetización y de ingreso en cursos superiores (Sabóia, 1998). Respecto a la juventud del Distrito Federal, la situación es bastante equilibrada en los diferentes niveles educativos. Sin embargo, las chicas son más numerosas que los varones en la enseñanza primaria y suelen concluir el curso secundario con más frecuencia (Abramovay et al., 1999).

Por otra parte, hasta el año 1997 había un mayor peso de la participación masculina en el nivel superior (CODEPLAN, 1998). Estos datos se explican por la inserción más precoz de los varones en la esfera laboral y por la mayor vinculación social e históricamente construida de las mujeres con el ámbito doméstico. En

contrapartida, la situación se invierte en el campo laboral, de modo que el mayor nivel de escolarización de las chicas no les facilita en absoluto el acceso al mercado de trabajo (Ibíd.).

Entrando en el campo de la producción de sentido, encontramos diferencias significativas entre el discurso de A2, A3 y R4 sobre la escuela en comparación con los demás jóvenes. La concepción de capital cultural de estas chicas es más amplia y se asocia no sólo al sentido instrumental sino, principalmente, al valor expresivo del proceso pedagógico y su contribución al desarrollo personal más allá del ámbito educativo: R4: *Ah, (en la escuela) aprendes cosas para la vida ¿no? La educación no se vende ni se presta, queda para toda la vida ... ¡Es la única cosa que una persona no pierde!* (p.34)

R4: *Para mí no había muchas cosas malas porque yo no prestaba atención a las cosas malas, sólo a las cosas buenas para mí...* (p.33)

El sentido más amplio de la noción de capital cultural y el valor expresivo de la escuela se relacionan con perspectivas de realización profesional – que en los casos de A2 y A3 están mediadas por un intenso deseo de ingresar en la universidad – que remiten a planteamientos sobre el valor expresivo del trabajo. A su vez, estos planteamientos se vinculan a actividades de orientación social y humanitaria o artística:

A2: *Yo siempre he tenido fascinación por la cultura y tú conoces las dificultades....Después, en el 96 he empezado a estudiar teatro y ballet clásico....Y allá había un profesor que también empezó a incentivar me, me dio clases de música, hice incluso unas clases de canto. De ahí he empezado a tener más cultura. Y siempre le decía a mi madre: “yo voy a ser médica”, lo decía .porque siempre ha sido un sueño muy grande.....Pero cuando he empezado a conocer el arte, empecé a pensar: “Ah, Dios mío, como me gustaría trabajar en ello ”* (p.10)

La relevancia del ingreso en la universidad para A3 es tan grande que genera una inversión en la relación establecida entre escuela y trabajo por los demás jóvenes. Así que, en este caso, es el trabajo el que asume un valor instrumental para posibilitar el vínculo con la esfera educativa:

A3: *... yo haré de mí misma alguien en la vida, ¿entiendes? Voy a estudiar, quiero ir a la facultad, quiero trabajar, ¿entiendes? Primero,(voy a) estudiar, estudiar y estudiar para poder aprobar en la escuela e ir a la facultad.....Y trabajar también porque si no, ¿cómo voy a pagar mi facultad?* (p.23)

A ello se añade, en los tres casos, la conjunción de una fuerte motivación para el aprendizaje con un movimiento constante de búsqueda de oportunidades e inversión en su cualificación: A2: *.... si tú me dices así: “mira, allí hay un curso de ballet”, yo participo, “mira, allí hay un curso de informática”, yo participo. Soy una persona que me empeño...* (p.15)

Pero, probablemente, los aspectos más llamativos de las trayectorias de estas chicas sean la motivación de logro y la creencia en su capacidad de acción en los procesos de cambio, pese a la conciencia de los límites estructurales. De ahí se desprende una participación activa en la creación de alternativas para superar las dificultades con las que se encuentran (particularmente en R4 y A2):

A2: ... me quedé muy triste porque estaba mirando el contenido de la selectividad y yo nunca he visto ni la mitad....Pero estoy segura de que si yo, ¡yo qué sé!, ¡Dios también va a ayudarme! También tengo mucha confianza en Dios... Además...¿Sabes por qué quiero vencer? Porque siento unas ganas tan grandes de probar a mí misma.... Igual, yo estaba estudiando las tendencias, que ahora estoy estudiando mucho sobre el realismo, ¿no? Entonces, decía que si una persona naciera pobre tenía que morir pobre y que el medio influenciaba la persona... Y yo quiero probarme a mí misma que soy capaz. ¡Que tú eres capaz de cualquier cosa! ¡Que tienes condiciones! Y para lograrlo,, como te he dicho antes, tengo claro que si yo tuviera un poder adquisitivo un poquito mejor, seguramente tendría más cosas, sabría más cosas que las que sé hoy... Pero no voy a echar la culpa a ello, ¡porque estoy segura de que la fuerza de voluntad, las ganas de vivir y de vencer lo sobrepasan todo!....Sabes lo que son las ganas de vivir, de aprender, de querer tener algo... (p.14)

En este escenario, la escuela se percibe como un lugar de apoyo capaz de favorecer la consecución de objetivos, la obtención de reconocimiento social y la ampliación de las perspectivas de participación en la sociedad.

A2: ... podría decir que el objetivo (de la escuela) es educar, pero en este momento no creo que sea eso ... (sirve) Para apoyar, para apoyar... Para que tengas un apoyo, mucho, mucho, mucho, mucho, mucho apoyo, un apoyo bueno, ¡realmente bueno! No es un apoyo, es un inmenso apoyo para la persona seguir alguna meta. Ella puede ayudar en mis futuras elecciones... ¡En todos los sentidos! En cuanto al trabajo, a cómo construir una familia, a todo, a todo (Ayudarme a saber) como ser yo en una sociedad y como alejarme de todos los caminos malos, ¿sabes? (p.21)

En el caso de R4, dicha percepción propició incluso una entrada en la esfera de lo político. Mientras estaba estudiando esta chica ejercía la función de representante del colectivo de alumnos de su escuela. Sus actividades en el gremio estudiantil se ven como fruto y, a la vez, fuente de reconocimiento social, que contribuyen al fortalecimiento de su participación en procesos de cambio:

R4: .. me han elegido representante de los alumnos... (como representante) yo hacía muchas cosas. Por ejemplo iba a negociar con la directora cuando había algo que no estaba bien....y yo le gustaba a la gente porque tenía fuerza de voluntad, ¿no? Yo tenía ganas de luchar, tenía valor para luchar por mis objetivos... Siempre había las reuniones del gremio estudiantil, del cual yo también era parte, entonces yo iba allá y dialogaba para cambiar más la escuela, ¿no? Eso era lo que yo hacía..Así, era lo que el gremio quería, lo que yo quería y lo que la gente del colegio quería, eso era lo que intentábamos cambiar...hasta que hemos logrado los cambios....Cuando faltaba algo en el colegio siempre lo planteábamos. Luego cuando había una reunión del gremio de Samambaia¹⁴³ también íbamos y después el alcalde siempre enviaba las cosas porque nosotros siempre teníamos una forma de lograrlo, ¿no?... (p.33)

Es interesante observar la coincidencia de nuestros datos con los resultados del análisis realizado por Mariz et al. (1999) sobre las estrategias integradoras relacionadas

¹⁴³ Nombre de la ciudad satélite en la que vive

con el aumento de la presencia de estudiantes provenientes de las favelas en las universidades de Río de Janeiro. Las principales características comunes identificadas entre estos jóvenes universitarios fueron: la primacía del valor expresivo de los estudios y del trabajo (ligado a la adquisición de conocimientos) en detrimento de la motivación económica; el interés por trabajos comunitarios y políticos de orientación colectiva y humanitaria vinculados a un sentido de responsabilidad social y a la pertenencia religiosa de los jóvenes; y, finalmente, la determinación personal y la perseverancia asociadas al apoyo familiar y de amigos.

Todos estos elementos pueden ser identificados en las trayectorias de las chicas que han participado de la presente investigación. Las diferencias entre nuestros datos y los resultados del estudio mencionado parecen ser fundamentalmente una cuestión de énfasis y de matices. Mariz et al.(1999) hacen especial hincapié en las prácticas religiosas de los jóvenes como el núcleo alrededor del cual se articulan los demás aspectos. En nuestro análisis la pertenencia religiosa es un factor relevante en los casos de A3 y A2, pero no tiene ninguna significación para R4. Por otra parte, el interés por el arte es unánime y el apoyo social, más frágil.

Otro aspecto sobre el que habría que reflexionar es la posible influencia de la experiencia educativa de los progenitores sobre la motivación para el ingreso en la universidad, ya que los padres de A2 y A3 son los únicos que tienen una formación de nivel superior. Como contrapartida, está el analfabetismo funcional de la madre de A3 y las historias de abandono paterno de ambas chicas.

En todo caso, la coincidencia de ambos análisis sugiere la relevancia de los elementos indicados como factores que favorecen la consolidación del vínculo con el ámbito educativo. Desafortunadamente, las trayectorias de inclusión escolar satisfactorias constituyen la excepción entre nuestros sujetos. En consecuencia, a continuación nos dedicaremos a analizar los factores que intervienen en los procesos de fragilización del vínculo de los jóvenes con el ámbito educativo.

7. Procesos de desvinculación del ámbito escolar

Las trayectorias educativas analizadas son mayoritariamente historias de fracaso escolar. El paso de los jóvenes por la enseñanza formal suele estar marcado por suspensiones, repeticiones, conflictos y decepciones frecuentes, cuya sucesión configura procesos de desvinculación que, como veíamos al principio, abarcan desde la inestabilidad y precariedad del vínculo hasta su ruptura. Esta última se produce bajo la

forma de abandono “voluntario” – tal como lo caracterizan R3, R5, S2, S4, S5 y S6 - o expulsión por parte del propio sistema escolar (R1, R2, R4, A1, S1). La frontera entre estas dos modalidades de ruptura en general es muy tenue y, a veces, inexistente.

A grandes rasgos, podemos afirmar que la fragilización del vínculo con la escuela es impulsada fundamentalmente por dos motores: por un lado, el establecimiento de una relación negativa sea con la estructura, la dinámica de funcionamiento y/o los diferentes actores de esta institución; por el otro, la primacía de otras actividades, grupos y contextos más atractivos. A veces es posible identificar una nítida predominancia de una de estas dimensiones, pero lo más frecuente es la articulación de ambos ejes.

7.1. El sentido penoso de la escuela

La atribución de un **sentido penoso** a la escuela es una de las principales claves para comprender los procesos de desvinculación con el ámbito educativo. Este aspecto es central en el discurso de siete de los quince jóvenes (R2, R3, R5, S1, S2, S4 A1), precisamente entre aquellos cuyo vínculo con el ámbito escolar está ausente o es muy frágil. La excepción en este sentido sería S4, pero recordamos que la vinculación de este chico con la escuela es muy reciente, y la evaluación positiva que hace de ésta es fruto de un proceso de (re)significación que se inserta en un movimiento de cambio posterior a la experiencia de privación de libertad.

La argumentación que revela el sentido penoso del proceso pedagógico se estructura principalmente en torno a quejas sobre la **monotonía de las clases, la carencia de sentido de las actividades escolares debido al alejamiento entre la práctica de la enseñanza** (tanto en términos de forma como de contenido) **y las actividades cotidianas, intereses y expectativas de los jóvenes**, así como al **carácter esencialmente domesticador de la institución educativa**. La respuesta de los sujetos a estas características se traduce en “*aburrimiento*” y “*falta de interés*” en la escuela, presente incluso entre aquellos que manifiestan una fuerte motivación para el aprendizaje.

Los jóvenes que están en la calle son especialmente afectados por esta dinámica. Son frecuentes los relatos de un choque frontal entre su curiosidad y motivación para aprender con las prácticas pedagógicas tradicionales de la enseñanza formal, que actúan de manera poderosa, rápida y eficaz en un sentido excluyente frente a este colectivo (Freire,1985; Graciani,1999; Escorel,1998a). El alejamiento entre las

prácticas cotidianas de estos jóvenes y las pautas de conducta que se les imponen (o las que se espera que asuman) en el ámbito escolar hace que la experiencia pedagógica de este grupo también esté marcada por la **violencia simbólica**.

No obstante, la incidencia de la violencia simbólica en este caso tiene como foco principal un conflicto entre la tendencia disciplinadora de la escuela y la importancia de la movilidad y del juego – que rigen el ritmo de la vida social en el espacio de la calle – para los jóvenes. En esta confrontación, la escuela suele revelarse un universo incapaz de trabajar con la corporeidad plena, con las dimensiones de lo lúdico y del placer, convirtiéndose en

“un lugar carente de interés, banalizador, autoritario y discriminador para el niño de la calle. Sus juegos son rotulados de inadecuados y dificultadores del aprendizaje escolar e, invariablemente, percibidos como señal de impertinencia, indisciplina o falta de atención” (Graciani, 1999, p. 165, traducción de la autora).

El siguiente fragmento del discurso de R3 nos permite apreciar cada uno de estos aspectos:

R3: ... yo casi no he ido al colegio ... Me quedaba en la calle y decía que iba. No iba a las clases (porque) la profesora sólo quería darme papel y lápiz para que dibujara: “Coge el lápiz y pinta eso, pinta aquello, pinta no sé qué”, entonces dije : “No, voy a dejarlo”... todos los días pintando. Pensé: “¡Así voy a convertirme en un pintor!” (risas) Entonces yo le dije : “Profesora, así cualquier día voy a convertirme en pintor”; y ella me dijo: “Es una profesión muy buena”; y yo le dije: “Pero yo he venido aquí para aprender a leer, no vine para estar pintando”...pero ella sólo quería darme cosas para pintar y pintar... Yo estudiaba en el colegio que está ahí arriba , luego, me han transferido a otro... Entonces yo vine para ese de aquí... En el otro la profesora nos daba papel para escribir; y nosotros estábamos todo el día sentados! Había que esperar su buena voluntad para hacer algo. Luego, hemos venido para éste de aquí, porque no estábamos aprendiendo nada allá. Aquí la mujer nos daba muchas tareas en los primeros días, hablaba y nos daba un montón de cosas para escribir, entonces fuimos aprendiendo un poco, fuimos aprendiendo. Pero con el paso del tiempo la mujer sólo quería darnos dibujo para pintar ... (p.26) El otro colegio no era malo .. era mejor porque allá nosotros podíamos jugar al fútbol, podía hacer de todo, pero en este de aquí no. En el otro había fútbol para jugar. En este de aquí, a la hora del descanso nos dieron una pelota pero ella (la profesora) decía: “El que juegue a la pelota aquí va a ir para la dirección y no sé qué”, todo para ella era la directora, la directora, entonces yo dije: “¡No!” ... (p.27)

La relación entre el sentido penoso de la escuela y el énfasis en los dispositivos de disciplina también está presente en la producción discursiva de los otros dos grupos. A veces, asume un carácter tan radical que remite a una analogía entre el ámbito escolar y la cárcel, como manifiesta uno de los jóvenes del grupo de la comunidad:

A1: La escuela para mí era una prisión, nunca me ha gustado, no me encontraba bien....Así que yo dije: “Mamá, allá no voy a estudiar.” Es que realmente no me gustaba, me sentía como un prisionero allí, no había manera de que me gustara, ni de sentirme mejor dentro de la escuela... (p. 16)

Otro elemento que participa en la configuración del sentido penoso es la tensión entre el inmediatismo de algunos sujetos – asociado a la primacía del “vivir al día” como característica de la vida cotidiana de muchos de los jóvenes y de sus respectivas familias - y la percepción del proceso pedagógico como una experiencia que exige esfuerzos e inversión a largo plazo para la obtención de beneficios: *S1: ¡Ah, estudiar es fatal! ¡Yo qué sé!... ¡Es demasiado aburrido! Estar, ¿sabes cuántos años? A ver, trece años estudiando, ¿no? ¿Para concluirlo? ¡Estás loco! Quedarme trece años estudiando. ¡Dios me libre! (risas) (p.2)*

Desde esta perspectiva, la escolarización se convierte en un sacrificio, cuya resolución no se plantea a través de alternativas de acción concretas, sino mediante una fórmula basada en una especie de pensamiento mágico: *S1: Ah, yo preferiría que fuera así: que ingresase en la escuela hoy, y cuando aprobase el primer año, ya saltara directamente al nivel superior. De ahí, ¡ listo, ya tendría un empleo! (p.5)*

7.2. El absentismo escolar

Una de las principales repercusiones del sentido penoso de la escuela es una fuerte incidencia del **absentismo escolar**. Las referencias al absentismo son frecuentes en los tres colectivos e indican no sólo la fragilidad del vínculo con la escuela, sino el escaso atractivo de esta institución, para la mayoría de los jóvenes, frente a otros espacios y actividades. El énfasis recae ante todo sobre la falta de interés que la escuela suscita en oposición a los **atractivos de la calle y de las prácticas realizadas con el grupo de pares fuera del contexto escolar**, entre los que destacan las actividades de ocio, las prácticas ilícitas y las relaciones amorosas.

S4: ... He abandonado los estudios sobre todo durante ese tiempo que yo estaba “aprontando”. Lo dejé a los 14 años, en este momento deje de estudiar. Porque no me interesaba por los estudios. De los 7 a los 14 yo estudiaba, pero no tenía interés, sólo iba para hacer cachondeo en la escuela. No hacía los exámenes, faltaba a las clases para jugar con vídeo- juegos....Porque realmente no tenía interés(p.19)*

A4: Yo ya debería haber terminado, ¡ ya debería haber terminado! (he suspendido) a causa de las novias, a causa de los amigos... faltaba a las clases y decía: “ Mamá, chao, me voy a la escuela”, pero no iba a la escuela, iba para la cascada, hacia los ríos, iba a jugar, a ligar...(p.18)

La fuerza con la que esta dinámica se instala se refleja en la frecuente definición del absentismo como un “vicio”:

S2: Empecé a estudiar de muy pequeño ... Pero entraba, estorbaba, no quería prestar atención a la clase...sólo pasar el tiempo. A los 12 años empecé a faltar a las clases... empecé a engancharme a eso de faltar a las clases... no iba a la escuela y, ya sabes como son estas cosas, con la mente desocupada.. había unos compañeros chiflados, empezábamos a andar todos colocados, con marihuana ¿no? Iba hacia el río, faltando a clase, iba a andar... y en los fines de semana fiesta, fiesta.... Me quedé (fuera de la escuela)seis años..... empezaba, lo dejaba, lo abandonaba a la mitad ¿Por qué lo dejaba? Ah, a veces me quedaba harto, había unas profesoras que no sabían dar clase, era demasiado monótono ¿no? A veces estaba demasiado colocado también.(risas)...entonces no valía de nada ir a clase .. (p.3)

El **consumo de drogas** es un factor relevante para la fragilización del vínculo con la escuela específicamente entre los jóvenes de la semi-libertad. La tematización de la droga como un problema remite a las siguientes cuestiones: el absentismo derivado de la prioridad atribuida al consumo de drogas con los pares en la calle y la imposibilidad de asistir a las clases bajo sus efectos (tal como destaca S2 en la cita anterior); la cercanía y la facilidad de acceso a las drogas, así como su consumo dentro de la escuela, relacionados, a su vez, con la fuerte presencia de la droga en el ámbito comunitario:

S6: *¿(qué había de malo)? Las drogas (se ríe) Era demasiado cerca, todo muy cerca, ¡todo muy cercano! Para encontrarlas es más fácil que buscar pan, basta con que des una vuelta, si uno aquí no las tiene, el otro allí sí.... En el lugar donde yo vivo es así (p.11)*

S3: *¡Yo consumía droga dentro de la escuela! He llevado conmigo....un montón de chicas.... estaban en la escuela conmigo...y las puse en el mal camino.. El camino de la cocaína, de la marihuana. Todo los días, a la hora de la entrada, antes de la señal...ellas me llamaban o yo les llamaba ... desde que tenía nueve años... sí, ya me metía cocaína. Mi barrio era el único que tenía ese tipo de droga. Después fue como una feria, ¡todo el mundo tenía! (p.2)*

Pero es importante recalcar que la centralidad de la droga - muy frecuente en al menos algún período de las biografías de los jóvenes implicados en actividades ilícitas - no se asocia necesariamente a los procesos de desvinculación del ámbito educativo. El caso de S3 es bastante ilustrativo en este sentido, pues combina una fuerte relación con la droga y la preservación de un fuerte vínculo con la escuela. Por otro lado, si bien es cierto que la droga no tiene por qué impulsar la ruptura del vínculo educativo, también es cierto que genera por lo menos algunos conflictos:

S3: *“Malandrágem”* dificulta...lograr un trabajo...estudiar...Estás yendo a la escuela.....vas con aquél pensamiento: “Voy a la escuela, voy a estudiar” Pero vas a la esquina...y hay tres tíos.:¡“Vamos a fumar un porro !”... Entonces te quedas indeciso: ¿“Voy a la escuela o voy a fumar? ¿“Voy a la escuela o voy a fumar? (Al final) vas a la escuela. Porque aquello ... será hoy, mañana, pasado, y después y después y después....¡sólo en la droga! ¿Y qué? ¿Qué es lo que el tío va a ganar? Al final del año le dicen: “...alumno tal: suspenso”¿Por qué? ¡Ha pasado todo el año fumando porros! Y la marihuana dificulta mucho,¡dificulta mucho! En el período que yo estaba en la escuela me ha perjudicado mucho. Porque no tenía interés en nada, no quería estudiar...iba para la escuela drogado, burlarme de la cara de los demás....Antes no vivía sin marihuana, Raquel.¡La marihuana para mí lo era todo! Cambiaba incluso mis novias por marihuana...Lo era todo, ahora...no es nada para mí (p.27)*

Otros motivos presentados en la justificación del absentismo escolar, aunque de modo más puntual, son las enfermedades y la dedicación paralela a actividades laborales. En cuanto a la asociación entre trabajo y escuela, el argumento central reside en el cansancio derivado de compaginar ambas actividades. El desarrollo de tal argumentación revela la absoluta prioridad del trabajo. Si hay que sacrificar algo, la elección siempre recae sobre las clases. La atribución de una mayor importancia a la

esfera laboral parece ser un valor compartido por las familias (sobre todo, cuando los jóvenes son varones) y, en alguna medida, por las instituciones de (re)inserción social. Ello se infiere de la complacencia de ambas instancias ante el absentismo escolar de los jóvenes justificado por el trabajo, sugerida por R5 (en cuanto a la familia) y S2 (en lo que atañe a la institución) :

R5: ... no iba (a clase) porque (yo y mi hermano) llegábamos tarde del trabajo, sobre la media noche, a esas horas y estudiábamos por la mañana, así que nos despertábamos tarde. A veces mi madre nos despertaba pero no queríamos ir porque estábamos muy cansados. Y ya sabes como son las madres, le daba pena, ¿no? Así era, pero siempre nos llamaba la atención: “Estáis faltando al colegio y no sé qué” Y nosotros: “¡Ah ¡” Siempre así. Luego nosotros desistimos(sonríe) (pp.15,16)

E: ¿Has regresado (a la escuela) porque estabas en la semi-libertad?

S2: Ajá, porque yo estaba allá, porque te obligaban, pero aun así, de vez en cuando era posible faltar a unas clases. Llegaba cansado por la mañana y me quedaba, ¿no? Iba para el trabajo y venía cansado, con la cabeza llena de cosas, no podía concentrarme para estudiar ni para nada, sólo quería quedarme durmiendo ,llegaba temprano a la Casa(de semi-libertad) e iba a dormir, a descansar... (p.5)

Esta primacía del trabajo podría explicarse en parte por la dimensión económica, ya que la actividad laboral produce beneficios más inmediatos que la escolarización y muchos de los jóvenes provienen de familias que no tienen medios para satisfacer sus necesidades básicas. Pero consideramos importante añadir la hipótesis de que las familias y las instituciones vinculadas a la ejecución de las medidas socioeducativas, al igual que los jóvenes, también consideren el trabajo como una vía más realista para promover la inclusión social de éstos que la escolarización.

En todo caso, la incidencia y la importancia del absentismo entre los jóvenes son síntomas de una dinámica excluyente más amplia. Este proceso genera una especie de círculo vicioso en el que las ausencias a clase se relacionan con suspensiones, repeticiones de cursos, transferencias de centros y otros componentes tradicionales del fracaso y el abandono escolar.

A lo largo de este capítulo hemos destacado que dicha dinámica parece afectar particularmente a los jóvenes que están en la calle y a los que tienen trayectorias delictivas. Sin embargo, los sujetos del grupo de la comunidad no escapan a la regla. Así lo confirman los casos de A3 (una repetición por faltas), A4 (tres repeticiones de un mismo curso académico) y A1 (repeticiones, transferencias y expulsiones).

Como también decíamos al principio, este proceso suele conducir a la expulsión de los alumnos por parte del propio sistema, que, a veces, aparece revestida de “abandono voluntario”. Aquí identificamos una de las facetas más perversas de los procesos de exclusión del ámbito educativo, que se expresa en la asunción individual de la responsabilidad por el fracaso escolar. Este aspecto también fue observado como

pauta común en una investigación reciente realizada con adolescentes infractores y sus hermanos y primos (Assis, 1999). La autoresponsabilización por la exclusión educativa evidencia que la asimilación de los discursos asociados al “paradigma de la especialización” (Silver, 1994) se produce en todos los ámbitos.

E: *¿Qué es lo que te hizo dejarlo ?*

R5:.. *Yo era perezoso; no me gustaba el colegio. Fui yo mismo el que quiso. Yo y mi hermano....¿Sabes por qué lo dejé? Porque me cabré mucho. Estaba en 6º, fue en el 6º curso. Entonces, el día de recoger el resultado si habíamos aprobado o no, yo tenía puntos para aprobar directo, pero no he aprobado por las faltas, porque tenía demasiadas faltas. Me quedé muy cabreado porque repetí a causa de faltas. Entonces dije: “¿Ahora voy a quedarme un año más machacándome para aprobar aquí?; No vuelvo!”(p.16)*

A4: *En la QNL empecé a cursar el 1º año, el 2º, el 3º, entonces repetí el tercero tres veces ... faltaba y suspendí el 3º curso tres veces ¿Tú crees? Tres veces...por falta y por falta de atención. No quería aprender.... (p.18)*

7.3. Las relaciones conflictivas en el ámbito educativo

Los conflictos y la violencia atraviesan la relación de los jóvenes con la escuela de modo explícito y velado, manifestándose de formas bastante plurales¹⁴⁴. Así, participan de los procesos de desvinculación del ámbito educativo analizados en múltiples niveles.

Hemos visto la fuerte presencia de la violencia simbólica en la relación de los sujetos con el ámbito escolar. Por otro lado, la expulsión del sistema educativo revestida de “abandono voluntario” no es más que otra forma disimulada de ejercicio de la violencia estructural e institucional.

Las manifestaciones de violencia que se producen de modo explícito en el contexto escolar son igualmente recurrentes y contundentes en los discursos de los tres grupos. Estas acciones a menudo provocan el alejamiento de los jóvenes del ámbito educativo. Las **expulsiones oficiales** de los centros de enseñanza se explican predominantemente **como el resultado de conflictos que culminan en episodios de agresiones físicas y verbales** (R1, R2, S1, A1). Estas agresiones se producen **tanto entre los propios pares** (R1, R2 y S1),

R1: *¿Por qué lo dejé? Ni siquiera puedo mentir ¿no? Dejé (de estudiar) porque me han expulsado ¿no?... fui expulsado del colegio porque me peleé con los chicos;¿entiendes?.. Entonces me expulsaron (p.7)*

como entre los jóvenes y los profesores (R2, S1, A1).

E: *¿Por qué fuistes expulsado?*

R2: *Pinché el brazo de la profesora... ¡Ella me pegó y entonces yo le pegué!.....(me pegó porque yo estaba haciendo) cachondeo a la hora de la merienda (p.22)*

¹⁴⁴ Para un análisis en profundidad de las manifestaciones del fenómeno de la violencia en las escuelas brasileñas en la actualidad, véase Abromavay y Rua (2002).

A1: fui expulsado porque insultaba a la profesora, salía del aula corriendo y no quería quedarme (p.16)

E: Huhum... Y cuando saliste de la escuela, ¿por qué saliste ?

S1: ¡Porque fui expulsado!...Ah, los tíos tiraron la sopa allá en el colegio y la profesora dijo: “si no decís quién lo hizo todos serán castigados!”, como yo era el más incordiador de la clase, todos me miraron así. Entonces la profesora vino y me dio un tirón en la oreja, y me dio con la regla así en la cabeza, ¡y yo me quedé con rabia y le tiré un plato de sopa!... ¡Y estaba caliente! Entonces ella me expulsó de la escuela (p.2)

Como se puede observar, las agresiones perpetradas por los jóvenes son descritas en su mayoría como respuestas a agresiones sufridas. Así que, supuestamente, estamos ante situaciones de **violencia reactiva**. En este sentido, llama la atención la frecuencia de alusiones al uso de agresiones físicas de baja intensidad como el dispositivo de disciplina más utilizado por algunos profesores. En ocasiones, esta práctica aparece como una acción normalizada, tanto por los maestros como por los alumnos, ante conductas transgresoras de estos últimos.

Sin embargo, la violencia física se asocia preponderantemente a la noción de castigo, que no suele banalizarse. Al contrario, **la repetición de los castigos suscita un incremento de las conductas de enfrentamiento por parte de los jóvenes ante los representantes institucionales e intensifica la crispación de las relaciones en el ámbito escolar**. En general, esta dinámica provoca la ruptura de la vinculación con la escuela.

En casos extremos, encontramos relatos de castigos perpetrados por profesores que se aproximan al concepto de “*suplicio*” desarrollado por Foucault en “*Vigilar y Castigar*”. Dichas prácticas implican la sumisión del cuerpo de los jóvenes al dolor y la exposición pública de su sufrimiento como dispositivo disciplinario y “recurso didáctico” para enseñar a los alumnos que toda transgresión será castigada.

A1: ... ¡ cogí rabia de profesora!... la profesora ordenó que yo hiciera una cosa y yo no la hice... entonces ella dijo: “...arrodíllate allí”, y yo “no voy a arrodillarme”.... “entonces vete a la secretaria (de la escuela)”. Y se quedaba sólo en eso, de la secretaria a casa.... y la profesora: “ Haz ese dictado”, y yo: “no voy hacerlo”, insulté la profesora y ella me dijo así: “te vas a la secretaria!”, “ ¡a la secretaria no voy a ir!”.... entonces ella fue allá y cogió unos granos de arroz allá en la cocina, volvió al aula y dijo “mira, tú vas a quedarte arrodillado aquí en esos granos hasta la hora de marcharte”, y yo dije “ no voy a arrodillarme” entonces ella me cogió por la oreja, me clavó con aquellas uñas... y hizo que yo me arrodillara. Y yo dije así: “no voy arrodillarme”, y ella : “Ah, ¡sí, lo vas a hacer!”, y todos los alumnos mirándome. Entonces me indigné, y dije así “ la señora quiere que yo me arrodille, ¿verdad? Entonces espérate que vas a verme arrodillarme, suéltame”, cuando me soltó, cogí la silla y se la tiré (encima)... ella fue al hospital y yo también desistí de la escuela.... jamás volví a la escuela (p.16)

Los procesos de justificación del intercambio de agresiones físicas y verbales con docentes u otros representantes de la institución también suelen contener referencias al autoritarismo, característica atribuida principalmente a los directores de los centros de

enseñanza. La cuestión del **autoritarismo** se relaciona con la **ausencia de negociación de las diferencias y de los conflictos**.

Por tanto, los problemas en la relación con los representantes institucionales que provocan la fragilización del vínculo con la escuela no derivan solamente de los conflictos abiertos y de las situaciones de agresión. También entran en juego matizaciones sobre las características y conductas de los docentes, cuya consideración negativa contribuye a una evaluación desfavorable del propio contexto escolar.

Además de la cuestión del autoritarismo, algunos jóvenes ponen el acento en la carencia de apoyo a los estudiantes. Las quejas se refieren a las dinámicas en el aula, a **actitudes de indiferencia** y, en casos más graves, a **conductas de descalificación explícita de los alumnos**, que tienen consecuencias sobre su autoestima y creencia en la capacidad de agencia :

A2: ... falta de apoyo, de la escuela, principalmente de la escuela, que antes era mi mayor punto de apoyo... una profesora tuvo la capacidad de decirme así: "Ah, no creo que de esta clase de 45 alumnos salga alguien que vaya a conseguir algo bueno en la vida"... yo la miré a la cara y le dije: "Mira, no digas eso porque un día vas a escuchar algo sobre mí"... Nos duele en el corazón porque ni las propias personas que conviven con nosotros creen en nuestro potencial, así resulta difícil que yo crea en mí misma, porque estoy segura que para que las personas creen en nosotros, primero tenemos que creer en nuestro potencial, pero es difícil... Sabes que vivimos muy sustentados por los demás, así emocionalmente ¿sabes? También actúas según lo que creen las personas, ¿sabes? Ah, es difícil, muy difícil pero estoy intentando vivir (segunda entrevista p.4)

Es interesante observar que los episodios ligados a conflictos que conducen a agresiones abiertas y resultados excluyentes afectan a los varones del grupo de la calle y de la semi-libertad, así como sobre el joven de la comunidad que no tiene ningún vínculo con el ámbito escolar (A1). En cambio, la cuestión del apoyo es particularmente desarrollada por las chicas que tienen una fuerte vinculación con la escuela. Por otra parte, las consideraciones sobre los contenidos y las formas de impartir las clases - que generan motivación o aburrimiento - son subrayadas por los sujetos de todos los grupos, independientemente del género o tipo de vínculo con la escuela.

La **dimensión lúdica** es la otra gran propulsora de los enfrentamientos que tienen lugar tanto entre los compañeros, como en relación con los actores institucionales. De ahí la necesidad de incorporar en el análisis la dimensión del placer implicado en la confrontación con la autoridad, que, en el caso de los jóvenes que tienen trayectorias delictivas, se reproducen luego en el ámbito jurídico-institucional.

Tampoco podemos olvidar su relación con la función identitaria. Dentro de esta lógica, las transgresiones y los enfrentamientos con las normas y representantes

institucionales se relatan con orgullo, como si fueran verdaderas victorias que “cuentan puntos” para construir y reforzar una imagen valorada entre los pares:

S3: .. nos burlábamos del profesor... hemos comprado aquellas pólvoras que se venden en estos lugares de santería, y la hemos prendido en su mesa...el tío salió todo quemado(se ríe)

E: ¡Y éste era el profesor que te gustaba!

S3: Me colgaba en la pizarra y en las ventanas, era el mayor cachondeo.... Era muy bueno, me parecía genial.... Lo he echado mucho de menos después que fui preso...

E: ¿Verdad? ¿A la escuela?... ¿Y había algo que no te gustaba?

S3: ¿De malo? Sólo la directora. Porque nosotros, ni ella bajaba la cabeza frente a mí, ni yo ante ella. Ella me decía una cosa y yo le decía dos. Siempre he sido confrontador, siempre....no me gusta quedarme por debajo, sólo por encima.....había unas chicas pesadas en mi clase, presumidas.... yo ponía el pie delante de ellas (para que se cayeran) y ¡Pou, iban contra el suelo! (risas). Y yo burlándome del profesor. Entonces él me dijo: “¡Vete a la dirección!”, y yo le dije: “No hace falta que me lo digas, ¡me voy con orgullo!” (risas) Me burlaba de la profesora, ella decía : “Voy a salir y enseguida vuelvo”, luego volvía con el libro de advertencias; y yo le preguntaba: “ ¿Quieres que lo firme?”, y ella: “Sí” , y yo: “¿Prefieres el bolígrafo rojo o azul? (se ríe), yo me reía de ella, luego lo firmaba y decía:: “¿Sólo esta hoja? ¿No quieres que también firme las demás?”...(p.16)

Estas consideraciones también nos obligan a reflexionar sobre las **formas de participación activas y conscientes de los jóvenes en los procesos de desvinculación de la esfera escolar, motivadas sea por el sentido penoso de este contexto, sea por el placer que deriva del enfrentamiento con las normas institucionales:**

S1: ¿En la “Barragem¹⁴⁵”... sólo estudiaba pero no me gustaba ir a la escuela.(risas) Hacia de todo para ser expulsado! (p.6)

S5: Aprobé 1º, dónde aprendí a leer y hacer cuentas pequeñas. Luego 2º, después fui para el 3º, y ya no he salido del tercer curso ... porque después que aprendí a leer, escribir y hacer cuentas de restar y esas cosas, ya no quería ir a la escuela, iba sólo para “**aprontar**”*. No iba para estudiar, iba sólo para incordiar....(risas) Así, no entraba en clase, era muy difícil que entrara en el aula, me quedaba vagando por la escuela...con novias, fumando cigarros....Ah, haciendo un montón de cosas malas... Ah no tenía ganas de entrar en el aula por falta de vergüenza(risas);En serio! Era falta de vergüenza, te lo digo... porque no había nada de malo. La profesora me llamaba..... y yo: “No profesora, voy allí un ratito, voy al baño”, ¡sólo mentiras! Fingía que iba al baño, daba la vuelta y me quedaba al otro lado...(pp.18,19)

Sobre la relación entre la violencia y la fragilización del vínculo educativo, todavía hay que mencionar dos situaciones relatadas por S2 y A4. La peculiaridad de éstas es que remiten a episodios de victimización protagonizados por pares que no generan violencia reactiva, sino un alejamiento provisional de la escuela motivado por el miedo. En el caso de S2 este procedimiento de carácter protector se debió a un disparo que le dieron dentro de la institución de enseñanza, y en el de A4 fue provocado por graves agresiones físicas y verbales sufridas en la salida del centro.

¹⁴⁵ Nombre de la ciudad en que vivía en este momento

7.4. Las repercusiones de procesos de desvinculación con otros ámbitos

La precarización y/o ruptura del vínculo con el contexto escolar también aparece asociada a conflictos y procesos de desvinculación con otros ámbitos, y, a veces, como su resultado directo. Aquí destacan el movimiento de salida hacia la calle, que puede ser acompañado o no de una desvinculación de la familia (por ejemplo, R1) y el alejamiento de la escuela debido a una ruptura (que puede ser provisional) con los ámbitos familiar y comunitario (por ejemplo, A4). No obstante, como contrapunto es interesante recordar la trayectoria de R4, en la que ni la salida a la calle ni la ruptura temporal con los espacios de la casa y de la comunidad han fragilizado su relación con el contexto escolar.

En contrapartida, la presencia recurrente de fuertes episodios de violencia en el ámbito familiar no parece dar lugar a atenuantes. De este modo, cuando se imponen están directa o indirectamente relacionados con la falta de interés en la escuela, el fracaso y el abandono escolar. Así lo confirman las repercusiones de la violencia doméstica señaladas por A4, S4, R2 y A1, bien como el hecho de que sólo el asesinato del padre y luego el de la madre fueron capaces de alejar a R4 de la escuela.

A4: Era complicado..... entonces él (mi padre) era muy agresivo, siempre quería pegarle a mi madre. Yo creo que soy más traumatizado a causa de eso..... como te dije fui muy traumatizado... no sé, porque me ha afectado mucho ¿no? Con los compañeros en la escuela apenas hablaba, estaba siempre a lo mío, hacía mis tareas, no tenía muchos colegas. Entonces, me afectó mucho... (p.3)

Por fin, en los casos en que se produce una ruptura del vínculo educativo por un largo período de tiempo, otro aspecto que surge como una barrera para el regreso a la escuela son las dificultades de adaptación atribuidas precisamente a los años de alejamiento:

S2: ... Si yo tuviera una máquina del tiempo podría volver atrás ¿no? ... podría cambiar muchas cosas, también cambiaría lo de la escuela, no iba a hacer lo que hice, dejarla y intentar recuperarla después cuando ya estás mal acostumbrado porque la escuela, creo que hay que estar ahí desde el principio, tienes que intentar cogerla temprano porque después cuando intentas incorporarte tarde ya se hace un poco complicado.. (pp.4,5)

En estos casos, incluso cuando hay una fuerte motivación para el aprendizaje, lo más frecuente es que esta motivación, así como las expectativas de inserción, se desplacen hacia otros ámbitos y actividades que se perciben como vías más accesibles - y a veces menos penosas - para posibilitar la inclusión y/o la movilidad social. En general este movimiento conduce directamente a la esfera laboral, o bien al campo de las actividades ilícitas.

Pero hay otras posibilidades y caminos. Un buen ejemplo es R1. Al encontrar dificultades de adaptación en su intento de regresar a la escuela, este joven decidió sustituir los estudios por la inversión en el deporte y en la construcción de nuevas redes de relación social. El éxito deportivo y el establecimiento de amistades con jóvenes incluidos en la categoría de “*los de la casa*” se veían como medios más interesantes, posibles y eficaces que la escuela para promover su inclusión laboral y social.

Por otra parte, el camino utilizado para constituir y fortalecer sus relaciones sociales con “*los de la casa*” fue la vuelta a actividades vinculadas al tráfico de drogas que había abandonado. Esta estrategia pone de manifiesto que **las modalidades de inclusión marginal ligadas al ejercicio de prácticas ilícitas no se oponen necesariamente a las vías tradicionales de integración social. También pueden verse como puentes para llegar a dichas vías**, en términos muy similares a la relación establecida entre informalidad y transición al mercado de trabajo formal en la década de los 80.

Las trayectorias analizadas apuntan, por tanto, a la complejidad de la red de relaciones entre prácticas, territorios y actores sociales, cuya articulación puede actuar como propulsora de procesos de (des)ciudadanización, así como contribuir a la construcción de nuevos espacios de producción ciudadana para la juventud, aunque a menudo precarios.

8. La escuela y los “ciudadanos frágiles”

Diversos autores han puesto de relieve el carácter excluyente del sistema de enseñanza brasileño, destacando que contribuye a la reproducción de las desigualdades sociales en el país a través de la negación/ exclusión del acceso al capital cultural a determinados colectivos (Paulo Freire 1975; 2000; Gadotti, 1981; Craidy, 1996; Sabóia, 1998; Madeira y Rodríguez, 1998; Volpi, 2001; Graciani, 1999). Para concluir este capítulo, analizaremos los principales mecanismos vinculados al ámbito educativo que participan en este proceso de (des)ciudadanización, subrayando sus repercusiones desde el punto de vista de los jóvenes.

Volpi (2001) argumenta que la combinación de las estrategias de selección, de las exigencias de recursos materiales (como uniforme, material escolar, etc.) y de la flexibilización de horarios han servido para consolidar dos grandes modelos pedagógicos en Brasil: uno destinado a los jóvenes “incluidos”, portadores de capital social, económico y político, y el otro dirigido a aquéllos cuyo acceso a los diferentes

tipos de capital se ve dificultado sea por su situación socioeconómica o por su implicación en prácticas delictivas que les remiten a un circuito institucional específico.

A los “incluidos”, la escuela les facilita programas de estudio reforzados en contenido y carga horaria, cursos especiales de preparación específica para los exámenes de ingreso en la universidad, profesores disponibles para aclarar dudas y ofrecer clases de refuerzo en horario extraescolar, así como la oportunidad de acceso a diferentes recursos tecnológicos. De este modo, la escuela incrementa el capital cultural de estos jóvenes contribuyendo efectivamente a que sus vidas sean estructuradas para lograr con éxito la ocupación de diferentes espacios sociales (Ibíd.).

Por otra parte, a los jóvenes de los grupos desfavorecidos les queda reservado un modelo educativo más rudimentario, centrado en lo “básico” o “fundamental”, tanto en términos de contenidos, como de recursos materiales, sociales y simbólicos. Tal política de recortes, en algunas circunstancias, conlleva una restricción de la carga horaria a tres horas de clases diarias que, muchas veces, son reducidas debido al problema de la falta de profesores. La carencia de docentes deriva del déficit de profesionales, de las frecuentes huelgas y de la falta de motivación para trabajar en condiciones tan precarias. En este contexto, se somete a los jóvenes a procesos educativos que, al fin y al cabo, funcionan como desaceleradores, pues al limitar el acceso al capital cultural, también limitan sus posibilidades de acceder a otros tipos de capital (Bourdieu,1994; Volpi, 2001; Dubet y Martuccelli, 1998).

Por tanto, el potencial de la escuela como vía capaz de ampliar la participación social de sus miembros se convierte en un ideal, en una promesa que difícilmente se cumple. En consecuencia, pierde relevancia y significación en las vidas de parte de la juventud brasileña. Los discursos de los tres colectivos que hemos analizado indican la vivencia de cada uno de estos mecanismos de producción y reproducción de las desigualdades sociales a través de la estructura y de la dinámica del sistema de enseñanza, cuyo reparto de recursos reserva para ellos, como mucho, una perspectiva de mínimos.

Los jóvenes sugieren, además, una preocupante identificación entre los dos modelos educativos discutidos por Volpi (2001) y las distinciones que establecen entre la enseñanza pública y la privada en Brasil. El cuadro es todavía más grave porque los problemas asociados a la red pública - tanto en lo que se refiere al contenido y a la didáctica, como en lo que concierne a la esfera relacional – parecen incidir desde los

primeros años del curso primario hasta el final de la enseñanza secundaria, como podemos apreciar, respectivamente, en las observaciones de R3 y A2:

R3: ... (la escuela) Tenía que ser diferente... Ah, para que fuera buena... pero hay algunas escuelas por ahí que son buenas ¿no? Porque en esas escuelas que pagas, en éstas el tío aprende a leer muy rápido. Como mucha gente rica que estudia por ahí; con un año ya saben leer, ya aprueban y pasan al 2º año. Ahora, en esas de aquí, no, ¿cómo vamos a aprobar e ir para el 2º? El tío no sabe leer, aún no sabe escribir, mal sabe algo... por ello, no hay forma de aprobar...

E: ¿Crees que la escuela que se paga es mejor?

R3: (asiente con la cabeza) Porque allá les tratan bien ¿no? Hay que hacer las tareas, no hay tanto esa cosa de papel para pintar....

E: ¿Es que no te han tratado bien en la escuela?

R3: Sí.. pero no funcionaba en aquel colegio .. Y en el otro era muy enojado... (pp.32, 33)

A2... tengo mucho miedo de no lograr lo que quiero, tengo mucho miedo, ¿sabes?... ahora, por ejemplo, voy a acabar la secundaria y hacer la selectividad, voy a hacerla varias veces, y no sé cuando voy a aprobar, pero me exige mucho ... no quiero perder..... no creo mucho en que yo pueda llegar muy lejos, en serio, creo que llego hasta determinado puntosi lograra algo muy grande, pienso que no voy a creer en ello, sólo cuando lo vea, porque tal como está la situación.... Las ganas son muchas pero.. Mira, para que te hagas una idea de la dimensión de lo que te estoy contando, para que veas la diferencia, yo siempre supe que la escuela pública no tiene una enseñanza de nivel muy elevado, pero ahora yo estaba estudiando el contenido del PAS y del Vestibular¹⁴⁶... entonces he visto que lo que los profesores nos han enseñado es una tercera parte del contenido, ¡1/3! Así que es muy difícil, porque la gente de las escuelas privadas, ellos estudian más que nosotros. Tengo claro que ello no va a ponerme triste, que hasta puedo intentarlo, porque es casi imposible estudiar sola; pero, me desanima saber que hay personas que están delante de mí y que además tampoco tengo apoyo financiero para ayudarme... a veces es muy difícil... (segunda entrevista pp. 2,3)

Los jóvenes manifiestan así su insatisfacción frente a la baja calidad de la escuela pública y una clara conciencia de las implicaciones de una enseñanza precaria sobre sus posibilidades de acceso a otros espacios. Además, establecen una relación directa entre la carencia de recursos económicos y las restricciones del acceso al capital cultural resaltando la falta de apoyo gubernamental y “el precio” de los derechos sociales en Brasil. Por fin, revelan cómo estos límites poco a poco van minando los sueños y la creencia en la posibilidad de concretarlos, incluso entre aquellos sujetos que gozan de autoconfianza y se muestran fuertemente motivados para el aprendizaje:

A2: Mira, incluso tengo un amigo que es un ejemplo vivo de ello. Este amigo es como yo, nunca se ha dejado influenciar, tiene autoestima, es hacia arriba, pero desistió, desistió la semana pasada... está haciendo el 2º año de la secundaria conmigo, y me dijo una cosa que yo incluso lloré de tristeza. Porque nosotros solíamos charlar y cada uno empujaba al otro hacia arriba. Entonces fui a hablar con él porque sabes que la escuela está en huelga y hoy es casi imposible tener algo en Brasil si no tienes un poquito de estudio, pero él me dijo: “Ah, deja de hartar mi paciencia!”... “No me vengas con esas historias de estudio...Verás, el gobierno, el gobierno que es el gobierno no apoya, ya estamos en huelga desde hace casi dos meses... ¿Y el PAS? ¿He logrado un descuento de casi 70 reales para nada?..... Ya no quiero pensar en eso de estudiar artes plásticas, eso es cosa para gente rica, que tiene dinero para mantener su trabajo”. Y empezó a decirme un montón de tonterías de ese tipo: “ Ahora es así yo hago cualquier trabajo por ahí de “orelha seca”* para ganar dinero”; y yo le dije: “¿Y vas a ser feliz así? ... entonces se quedó callado por un largo tiempo en el teléfono....

E: ¿Por qué crees que desistió?

A2: Por falta de incentivo.....Últimamente,(faltan) oportunidades. Iba a hacer un curso de informática y no tenía dinero para pagar, entonces, empezó a desanimarse.... Falta de cursos, de incentivos.... .. su

¹⁴⁶ Nombre de los dos tipos de exámenes que posibilitan el ingreso a la universidad en Brasil.

sueño también es aprender francés y el mío, inglés ¿no? entonces solíamos ver películas y todo, pero me ha dicho: “¿Crees que voy a perder mi tiempo con películas? ¡Nunca voy a aprender otra lengua extranjera, nunca!”, y yo: “¿Por qué?”, y él: “¿Crees que tengo condiciones financieras?”, y yo le dije: “No, no tienes condiciones financieras, pero tienes el querer y quien quiere llega lejos!”. Entonces se quedó callado de nuevo, y colgó el teléfono... y se quedó con rabia..(pp. 15,16)

Hemos visto que, a pesar de las diferentes expectativas de proyección hacia el futuro relacionadas con la esfera educativa, hay una hegemonía de la lógica según la cual el aumento del capital educativo equivale al incremento de las oportunidades de empleo entre los jóvenes. A ello se suma la prevalencia de una mezcla de motivación de logro y creencia en la capacidad de agencia con el escepticismo o el temor de no lograr las metas que se plantean debido a una gran conciencia de los límites estructurales. El resultado más frecuente de esta ecuación vislumbrado por los jóvenes es el deseo de compaginar la escuela, con cursos de formación profesional y un trabajo.

En este escenario, aquéllos cuya experiencia pedagógica no ha sido tan negativa y excluyente como para acabar con sus expectativas en este campo, reivindican la oportunidad de tener acceso a una enseñanza de mayor calidad. También reclaman la posibilidad de acceder a cursos gratuitos de cualificación profesional, demandando el apoyo del Estado y de la sociedad civil.

Pero mientras los cambios implicados en sus reivindicaciones no se producen, los jóvenes siguen sufriendo las consecuencias de su condición de ciudadanos frágiles. En este contexto, los procesos de exclusión del sistema educativo contribuyen a imprimir y consolidar la marca de su distinción, caracterizada, desde su punto de vista, por una equivalencia entre diferencia e inferioridad que, a menudo, les hace sentirse extraños y “*desencajados*” en el mundo :

S4: ... yo veo a todos mis amigos, con los que empecé a estudiar en la alfabetización, ahora ya están todos terminando sus estudios, sólo yo me quedé atrás. [...] cuando voy (a casa) el fin de semana.. veo a mis amigos diciendo: “¡Estoy en el 8º año!”, “ Yo en el 1º de la secundaria y no sé qué “ y yo en el 5º año. Y los chicos que están más avanzados han crecido todos junto conmigo, son todos de mi edad. Empezamos a estudiar juntos en la alfabetización, hicimos el 1º año y el 2º . Entonces en el 2º año ya empecé a repetir y ellos me adelantaron, de ahí ya perdí el interés en el estudio. Entonces ellos aprobaron 3º y yo en 2º, cuando aprobé 3º, ellos el 4º, luego repetí el 3º y ellos en 5º, así sólo yo me fui quedando cada vez más atrás (p.20)

*S2: ... hay momentos que estás, así, en la mayoría de las veces estás sin escuela, ¿no? Hay mucha gente por ahí que está sin escuela. Entonces vas a conversar con alguien, vas a un lugar y no sabes leer: ¡Dios mío!, ¿y eso qué es? Así, **la persona se queda toda desencajada en el mundo, se siente rara entre los demás** (p.4).*

Por tanto, y a modo de conclusión, la percepción subjetiva de los jóvenes sobre los procesos de exclusión del ámbito escolar nos obliga a coincidir con Bourdieu (1994) en que en el contexto que estamos analizando,


*“...el acto de clasificación escolar es siempre, pero muy particularmente en este caso, un acto de **ordenación**, en el doble sentido de la palabra. Instituye una diferencia social de rango, una **relación de orden definitiva**: los elegidos quedan marcados, de por vida, por su pertenencia (antiguo alumno de...); son miembros de un orden nobiliario, conjunto claramente delimitado (se pertenece a él o no) de personas que están separadas del común de los mortales por una diferencia de esencia y legitimadas, por ello, para dominar. Por eso la separación realizada por la escuela es asimismo una ordenación en el sentido de **consagración**, de entronización... de una nobleza” (pp.35,36).*

Mediante este análisis hemos intentado poner de manifiesto algunos de los complejos mecanismos a través de los cuales el sistema escolar incide sobre la distribución del capital cultural favoreciendo la reproducción de la estructura del espacio social y de sus fronteras. No obstante, también esperamos haber contribuido a la reflexión sobre los elementos susceptibles de subvertir el frecuente “*efecto de destino*” (Ibíd: p. 44) generado por estos procesos.

CAPÍTULO 10. ÁMBITO LABORAL

E a pessoa que acorda 6:00 horas
para trabalhar

Cidadão



“Ciudadano es la persona que se despierta a las 6 de la mañana para trabajar”



1. Consideraciones previas

El aumento del desempleo estructural, la precarización de las actividades laborales y los diversos condicionantes coyunturales derivados de los cambios recientes en la esfera de la producción han situado a los jóvenes, junto a los parados de larga duración, en el centro del debate sobre la relación entre las posibilidades de ocupar un lugar en el mercado del trabajo y la exclusión social. En este contexto, la juventud aparece como una población especialmente susceptible al desempleo y a las modalidades precarias de inserción en el ámbito laboral.

En el límite más extremo de las vulnerabilidades asociadas al trabajo están los jóvenes que ni siquiera han logrado establecer un vínculo laboral precario y que corren el riesgo de convertirse en uno de los tantos sujetos considerados *superfluos e innecesarios* (Castel, 1995) para el sistema productivo actual. A ellos se les presentan perspectivas de futuro poco atractivas y alentadoras. Por ejemplo, la asunción de la precariedad como la toma de posición posible en el campo del trabajo, propiciando un movimiento de *instalación en lo precario*. O, en el peor de los casos, la conversión del desempleo inicialmente percibido como provisional en una situación crónica y permanente que puede culminar en la posición/ condición de *supernumerarios* (Ibíd.), es decir, de excedentes desechables.

Los relatos de experiencias laborales realizados por los jóvenes de nuestro estudio, tanto desde el punto de vista de las trayectorias individuales como desde una perspectiva generacional, están marcados ante todo por la precariedad. Las diversas facetas de este carácter precario se materializan en la confluencia de diferentes indicadores de vulnerabilidad que implican una íntima asociación entre la esfera ocupacional y la dimensión económica.

Como señala Agulló (2001), el acotamiento del concepto de precariedad resulta muy complejo, puesto que su uso abarca numerosas formas de trabajo (incluyendo modos, contextos y culturas de trabajo) que, hasta hace escaso tiempo, se apartaban de lo normativo, de lo regulado y de lo institucional. Así que, en lugar de ofrecer una definición propiamente dicha, optamos por situar las principales dimensiones implicadas en el uso que haremos de este concepto tomando como referencia algunos criterios destacados por este autor: la discontinuidad del trabajo (corta duración, alto riesgo de pérdida del vínculo, incertidumbre y temporalidad como norma); elevado índice de rotación; bajos niveles de remuneración; incapacidad de control sobre el

trabajo (altos niveles de dependencia y sumisión, disponibilidad permanente y abusiva, deficiencia o ausencia de capacidad negociadora individual o colectiva ante el mercado laboral); malas condiciones laborales asociadas a la desprotección del trabajador; y, finalmente, carencia o ausencia de posibilidades de formación, promoción o cualquier mecanismo destinado a potenciar e impulsar el desarrollo del trabajador.

2. Densidad del vínculo con el trabajo

Para realizar un primer acercamiento analítico a los tipos de vínculos que los jóvenes han establecido con el mundo del trabajo hemos adoptado el esquema de clasificación propuesto por Escorel (1998a), que se basa en una distinción entre la realización de una actividad o función; el ejercicio de un oficio o profesión y la ocupación de un empleo o puesto de trabajo. El ejercicio de actividades o funciones conlleva vínculos de corta duración, bajas exigencias de calificación y experiencia, y relaciones no asalariadas entre el prestador del servicio y el consumidor. La práctica de un oficio o profesión supone la exigencia de conocimientos y habilidades derivados de una formación específica, mientras que la ocupación de un empleo implica una relación de salariado, basada o no en un contrato formal.

Desde esta perspectiva, podemos afirmar que de los quince sujetos de nuestro estudio solamente A3 no ha ejercido nunca ninguna actividad laboral. Por otra parte, las experiencias laborales relatadas se sitúan mayoritariamente – de hecho casi en su totalidad - en la categoría del ejercicio de actividades.

Las trayectorias de vinculación de los jóvenes en relación con el trabajo, al igual que en el ámbito educativo, **se caracterizan predominantemente por la fragilidad y la inestabilidad**. Destacan la escasa durabilidad, la ausencia de protección de los vínculos, la precariedad de los rendimientos y, en especial, una especie de “nomadismo” reflejado por una gran diversidad y alternancia de actividades que impiden cualquier tipo de fijación en el ámbito del trabajo. En este sentido, en la mayoría de los casos resulta incluso inapropiado hablar de vínculo en el sentido más estricto del término, ya que todavía no se han producido las condiciones capaces de propiciar su establecimiento.

Otro aspecto que merece ser destacado es la similitud de las experiencias ocupacionales relatadas por los jóvenes de los tres colectivos. **Sus incursiones en el universo del trabajo se definen por experiencias bastante puntuales realizadas**

preponderantemente en el mercado informal y en la economía sumergida con el predominio del sector de servicios¹⁴⁷. En este contexto han desarrollado actividades

variadas entendidas, fundamentalmente, como estrategias de supervivencia:

A1: Ya vendí helados, fertilizantes, yo salía recogiendo excrementos de ganado, de caballo y vendía los sacos. Ya vendí perfumes, he trabajado de dependiente, con serigrafía.... he trabajado en muchas cosas, de todo un poco.... (p.18)

En cuanto a los territorios en los que han llevado a cabo dichas experiencias de trabajo, predominan el espacio de la calle (R1, R2, R3, R4, R5, S5, S4, A1) y el ámbito comunitario (A1, A2, A4, S1, S2, S4, S5, S6). Entre las actividades realizadas en la calle destacan precisamente aquéllas apuntadas por numerosos estudios como las ocupaciones típicas de niños y jóvenes en este espacio: vigilar coches (R3, R5, S5, R2, R4, R1), abrillantar zapatos (R2, R3), empaquetar y cargar compras en las salidas de los mercados (R3, S5), la venta ambulante (R4, S4, R1, A1) y el reparto de publicidad. Solamente dos jóvenes (R1 y A1) realizan actividades que se acercan a la definición de oficio, respectivamente, la artesanía y la pintura, aunque lo hacen de modo muy irregular.

Las actividades desarrolladas en el ámbito comunitario son caracterizadas o bien como estrategias de supervivencia puntuales dirigidas a la satisfacción de necesidades inmediatas, o bien como trabajos temporales que suponen condiciones de realización más estructuradas y un compromiso algo más duradero. En la primera categoría se mencionan diversos tipos de pequeños servicios que consisten, por ejemplo, en: auxiliar en tareas en el área de la construcción, cargar escombros, limpiar terrenos, cuidar jardines, realizar servicios domésticos esporádicos, etc. Entre los trabajos temporales predominan las actividades relacionadas con la venta, sea en establecimientos familiares, en comercios de vecinos o, incluso, la venta a domicilio. No obstante, también aquí sobresale la venta ambulante, realizada tanto en la calle como en ferias informales¹⁴⁸ y mercados al aire libre.

¹⁴⁷ Es importante resaltar que en el Distrito Federal el mercado de trabajo está restringido debido a la escasez de actividades industriales y al alto peso del sector público. A ello se añaden elevadas exigencias de cualificación en el sector de servicios, lo que, según algunos autores, contribuye tanto a la dificultad de inserción laboral de los jóvenes como a la primacía de trabajos temporales y vínculos de corta duración en este sector (Abromovay et.al, 1999).

¹⁴⁸ El término “feria” en portugués puede utilizarse tanto en el sentido dominante en España, como para hacer referencia a mercados no regulados (ambulantes o no) que se montan en espacios abiertos destinados a la venta de productos variados. Aunque frecuentemente las ferias se regulen en Brasil, los sujetos de nuestro estudio utilizan el término mayoritariamente para referirse a ferias informales no reguladas. Por otro lado, el término “mercado” remite a establecimientos cerrados y regulados, y se utiliza para hacer referencia a pequeñas tiendas dedicadas a la venta de alimentos y, especialmente, a lo que en

Solamente cuatro jóvenes (A1,A4, S6, S2) han relatado experiencias laborales referentes a la ocupación de un empleo en el mercado formal. Invariablemente se trataban de puestos de trabajo muy vulnerables, con alto potencial de sustitución debido a las bajas exigencias de cualificación y/ o experiencia: dependientes, ascensoristas, mecánicos de coches y pequeños servicios administrativos (“*Office boy*”).

Es interesante mencionar un hecho llamativo que se produjo en la recogida de los datos. Algunos de los jóvenes que realizaban diferentes actividades en el ámbito del trabajo en el momento del trabajo de campo clasificaron su situación laboral de modo distinto en las entrevistas y en las fichas de datos socio-demográficos, poniendo al descubierto las fuertes ambigüedades de su concepción del trabajo.

Entre los quince sujetos, solamente cuatro (S2, R5, R3, R1) definieron su situación actual como una situación de vinculación con el trabajo. De estos cuatro, solamente dos (R5 y S2) afirmaron estar trabajando tanto en las entrevistas como en la ficha de datos socio-demográficos. Ambos jóvenes caracterizaron este vínculo laboral como “estable”, en el sentido de que implicaba continuidad y un compromiso diario con la actividad que realizaban. En el caso de S2 se trataba de un puesto de trabajo de auxiliar administrativo (“*Office boy*”) en el mercado formal basado en un contrato, mientras que el trabajo de R5 consistía en vigilar y lavar coches en la calle.

Pese a la mayor precariedad de la actividad laboral de R5, su compromiso subjetivo con el trabajo era más fuerte que el de cualquier otro joven. En cambio, la formalización del vínculo de trabajo de S2 y las garantías jurídicas asociadas no parecen haber tenido ninguna repercusión en el sentido de fortalecer la vinculación subjetiva con el trabajo que desarrollaba.

En la situación de vinculación con el trabajo, también hemos incluido a dos jóvenes del grupo de la calle (R1 y R3) que afirmaban trabajar eventualmente, aunque más que definir sus actividades como “trabajo”, ellos las percibían como estrategias de supervivencia con las cuales no tenían un compromiso más allá de sus deseos o necesidades inmediatas.

R1: ...¡ yo sé hacer (cometas)! Hace unos días he hecho unas cuatro y las vendí a un chiquillo allí. Se acercó a mí y me dijo ...: “¡Hazlo, hazlo, hazlo! Yo hablo con mi madre y ella te los compra”; y le dije: “¡Vale! Entonces voy a hacerlas”. Entonces las hice. Cogí unas ramas de bambú allí en la universidad, compré el cordel de línea y las hice en un rato (p.11)

España se conoce por hipermercados o grandes superficies. Como ambos espacios son muy recurrentes en el relato de las experiencias laborales de nuestros sujetos, para evitar confusión, utilizaremos el término “mercado” en el sentido que acabamos de definir y mantendremos el término feria siempre que los sujetos lo utilicen, entendiéndolo por ello que en la mayoría de los casos cuando hablamos de feria nos estamos moviendo en el campo de la economía sumergida.

Entre los once sujetos que se ubicaban en la situación de “no trabajo”, encontramos un panorama de posiciones variadas. Cinco jóvenes (A1, A4, S3, S4, S5) se definían como desempleados que estaban buscando trabajo activamente. Pero, aunque caracterizaran su situación como “en paro”, todos solían realizar actividades laborales eventuales, según sus necesidades y las oportunidades que se presentasen. Por otra parte, había tres jóvenes (A2, A3, S1) que, a pesar de manifestar un intenso deseo de inserción laboral, afirmaban no estar buscando trabajo. Luego, dos sujetos del grupo de la calle (R2 y R4) no trabajaban ni manifestaban ningún deseo en este sentido.

Por último, está el caso de S6. Este joven tenía un vínculo protegido por un contrato en el mercado de trabajo formal, donde trabajaba como ascensorista hasta el momento de su detención. Así, a pesar de que se definiera como desempleado, mantenía una vinculación con este empleo que le aseguraba un ingreso mensual (seguro asociado a su situación jurídica) hasta el día en el que se fugó de la unidad de semi-libertad.

Desde el punto de vista subjetivo, en cuatro casos (A3, S3, R2 y R4) el **vínculo** con el ámbito del trabajo está **ausente**. En el otro extremo, situamos a R5, cuya vinculación subjetiva con el trabajo es **muy fuerte y estable**. El vínculo de este chico con el ámbito laboral parece estar bastante consolidado, pues, como hemos visto anteriormente, aparece como un eje central en el relato de su trayectoria vital desde la infancia. Los demás casos se caracterizan sobre todo por la **inestabilidad**, aunque cuatro jóvenes (A1, A4, R1, S5) expresen tener una vinculación más fuerte con el trabajo (reflejada en una evaluación esencialmente positiva del mismo y en incursiones laborales más frecuentes), mientras que los demás (S6, S2, S1, R3) ponen de relieve principalmente la fragilidad de los vínculos.

3. Consideraciones generales sobre los elementos definitorios del trabajo

Si nos desplazamos hacia el campo semántico empleado en los discursos de los jóvenes sobre los elementos definitorios del trabajo, observamos que muchas de las actividades que han ejercido no son identificadas como trabajo. El uso del concepto de trabajo en sus producciones discursivas está marcado por la polisemia y la ambigüedad.

Esta pluralidad de significaciones parece resultar, ante todo, de esfuerzos de síntesis entre la diversidad de actividades y estrategias de supervivencia que han desarrollado y los diferentes sentidos que se les atribuyen socialmente. Constituyen, a la vez, un reflejo de la fragmentación de la estructura laboral y de la propia concepción del

trabajo características de la modernidad. De ahí deriva una gran plasticidad no sólo de las fronteras establecidas entre el “trabajo” y el “empleo”, sino de los límites entre las actividades que les permiten caracterizar su relación con el mundo laboral como una situación de “trabajo” o “no trabajo”.

En consecuencia, la primera aclaración necesaria se refiere a los elementos definitorios del trabajo desde el punto de vista de los jóvenes. Entre los elementos definicionales directos, la contraprestación económica aparece como un factor central. Sin embargo, esta dimensión no es suficiente para definirlo; hay una definición por contraposición de actividades en la cual los elementos definitorios básicos del trabajo son: la legalidad de los ingresos, el reconocimiento social de la actividad como actividad productiva y fuente de construcción de una identidad social positiva y, finalmente, la idea de continuidad y “estabilidad” (en un sentido muy amplio).

Así, las prácticas ilícitas generadoras de renta no suelen significarse como trabajo, aunque a veces estén estructuradas como tales (por ejemplo, el tráfico de drogas). Tampoco lo son actividades características del espacio de la calle como la mendicidad. Tanto las actividades delictivas como muchas de las estrategias de supervivencia que se desarrollan en el contexto de la calle se definen como prácticas que se oponen a la identidad social del trabajador. Y precisamente por ello aparecen asociadas a una “mala imagen” y a la discriminación en la comunidad/ sociedad. Por tanto, es sobre todo el significado social de estas actividades - íntimamente relacionado con la función identitaria - lo que las excluye del campo semántico del trabajo:

E: Por ejemplo, cuando vendías droga, ¿lo tomabas como un trabajo o no? ¿Qué significaba para ti?

S3: Un pasatiempo

E: ¿Qué es el trabajo? ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué es lo que hace que una actividad sea un trabajo?

S3: ¿Trabajo? Porque estás en la calle y caminas con la cabeza erguida, porque tienes tu dignidad. Vas a trabajar... vas a sudar, estás trabajando honestamente, al final de mes tienes tu dinero. Todo el mundo te mira con una sonrisa (porque) la gente sabe que eres una persona correcta; ahora (cuando estás) en el tráfico, no (la gente dice): “ Ya va a vender droga, aquel cabrón ..” Entonces ya te discriminan . Ahora a una persona correcta no (porque) es bien vista por las personas... (p.26)

Sin embargo, eventualmente, los pequeños hurtos y la mendicidad se plantean por algunos jóvenes de la calle como una actividad que a primera vista no parece diferenciarse de las otras funciones (estrategias de supervivencia) que ejercen:

E: Y el trabajo, ¿qué has hecho? Me dijiste que ya has ayudado a tu hermano con los caballos

R3: Primero.... nosotros trabajábamos cerca de aquí, en una tienda que había justo allí, pintando y colgando placas , ¿sabes? ...j fue mi último (trabajo)!(muchas risas) Desde entonces no he hecho nada más, sólo estoy en la calle... (antes) he trabajado en el mercado, empaquetando las compras y llevándolas a casas, coches... Ya he vigilado coches... Ya pedí dinero, un montón de cosas... (p.28)

La conjunción de una valoración sobre la contraprestación económica con el criterio de la continuidad/“estabilidad” conduce a la distinción entre “estrategias de supervivencia”, “trabajo” y “empleo”. La distinción entre trabajo y estrategia de supervivencia a veces es muy sutil y, en muchos casos, inexistente. Pero cuando la hay, el “trabajo” parece exigir una mayor vinculación mediante un compromiso – no necesariamente formal y, a veces, muy frágil – que supone más inversión y una perspectiva de mayor durabilidad /continuidad frente a las estrategias de supervivencia.

Las experiencias laborales de los jóvenes están frecuentemente condicionadas por la satisfacción de necesidades inmediatas. A menudo se produce la inserción en un trabajo cuando se generan necesidades y una vez que éstas han sido satisfechas ocurre una desvinculación de la actividad. Esta perspectiva favorece experiencias laborales marcadas por una extrema provisionalidad, cuya duración muchas veces no sobrepasa el tiempo necesario para reunir el dinero para una acción específica:

A2:...El día que el Guarani estuvo aquí...;si supieras los esfuerzos que hice para ir a aquella ópera! ... fui preguntando a los vecinos:“¿Necesitas lavar a tu perro ? Yo lo lavo”...” ¿Necesitas que limpien tu terraza? Yo la limpio”; “¿Qué necesitas que haga para ti? ¿Que vaya al mercado? Yo voy ”... Entonces salí por la calle haciendo servicios para todos hasta que conseguí reunir el dinero...(p.10)

Este tipo de estrategia a veces ni siquiera se considera como trabajo. Ocurre lo mismo con actividades cuya remuneración es tan escasa que pierden su sentido económico. No obstante, la cuestión de los ingresos suele ser muy relativa, de modo que el valor de la retribución no sirve por sí sólo como criterio para establecer cualquier distinción entre trabajo y estrategia de supervivencia.

En lo que concierne a la distinción entre “trabajo” y “empleo”, la noción de empleo en general supone la existencia de una relación de asalariado (basada o no en un contrato formal), una mejor remuneración y, sobre todo, la idea de una mayor estabilidad. De este último criterio resulta otra categoría muy manejada por los jóvenes: el “trabajo fijo”, que suelen utilizar como sinónimo de empleo.

Una vez situados los casos y las principales características generales de la relación de los jóvenes con el trabajo, a continuación nos dedicaremos al análisis de los factores asociados a sus movimientos de vinculación con el ámbito laboral, así como a sus expectativas en este sentido.

4. Agentes y factores asociados a la vinculación con el ámbito laboral

4.1. La familia

El primer agente relevante en los procesos de establecimiento del vínculo de los jóvenes con el trabajo es la familia. En nueve casos (R1, R3, R4, R5, A1, A2, S1, S2, S5) el ingreso en el mundo del trabajo se produjo con objeto de aportar alguna contribución a la economía familiar debido a dificultades económicas en el ámbito doméstico. La actividad laboral surge, pues, como **estrategia de supervivencia** íntimamente asociada a la idea de **necesidad**. En este contexto, **el trabajo** ejercido por los jóvenes **asume predominantemente el significado** - relevante para todos los sujetos - **de “ayuda” insertado en un sistema de solidaridad en el grupo familiar:**

S5:... (empecé) por mi madre y por mí mismo, porque yo no tenía padre, sólo tenía a mi madre y ... para sustentar a nosotros tres, pagar las facturas, los gastos de la casa, ah, muchas cosas, es muy pesado para una madre sola ... Entonces metí en mi cabeza lo siguiente: es mejor trabajar, estudiar y ayudar a mi madre, porque ella no va a durar para toda la vida.... (p.21)

A pesar del énfasis en las vulnerabilidades económicas en el ambiente doméstico, la idea de aportación a la economía familiar muchas veces tiene una orientación individual. Es decir, los jóvenes entienden que aportan a la familia asumiendo los costes de algunos de sus gastos.

S5: Ah, (empecé a trabajar) porque mi madre trabajaba y (el dinero) casi no alcanzaba para pagar las facturas de la casa y comprar la comida... entonces me di cuenta de que si yo quisiera jugar al video-juego, tomar un helado.. salir o algo así, mi madre no tenía condiciones para darme dinero. Así que pensé y dije “ voy a trabajar” y empecé a hacerlo (p.21)

La noción de “ayuda” también va más allá de la contribución económica. El trabajo cumple una función moderadora en el ámbito familiar no sólo en términos económicos, sino también en el campo relacional. La implicación en una actividad laboral insertada en una dinámica de solidaridad familiar contribuye al fortalecimiento de los vínculos en este ámbito. El trabajo puede llegar a cumplir una **función social y afectiva** en el contexto doméstico. Esta función es particularmente relevante en los discursos de S1 y R4, quienes relatan con cariño y nostalgia su incursión en el mundo laboral con la familia. Al recordarla, ponen de manifiesto que acompañar a los familiares en el trabajo, además de ser una “ayuda”, les permitía evitar la soledad y, sobre todo, les propiciaba la cercanía física y afectiva de personas queridas.

R4: (empecé a trabajar) ¡ porque yo quise! A mi padre ni siquiera le gustaba que fuera con él, pero yo insistía y entonces iba....Me quedaba a su lado, recibía el dinero (de los clientes) y lo guardaba para él... después llegaban las facturas a casa y yo le decía así: “papá, hay que pagar tal factura”, entonces él me daba el dinero y yo iba y la pagaba...Me gustaba quedarme junto a mi padre...para mí lo bueno era quedarme junto a él allí... porque si no me quedaba todo el día sola en casa. (pp. 34,35)

Si bien la relación entre el trabajo y una dinámica solidaria en la familia actúa mayoritariamente como una vía para el fortalecimiento del vínculo familiar, no siempre eso es así. A2, por ejemplo, plantea que tal dinámica puede implicar la coexistencia de “ayuda” y “parasitismo” en un reparto de roles percibido como injusto. La injusticia se atribuye a la excesiva personalización de las relaciones laborales, entendida como producto de los lazos de parentesco y, en este caso, evaluada negativamente. En estas circunstancias, encontramos la asociación entre solidaridad familiar y acumulación de vulnerabilidades en el ámbito doméstico, analizada en el capítulo relativo a la familia.

A2:....Mi tío, en esa época, empezó a trabajar y dar una pequeña ayuda.....(pero) el resto de la familia se arrimaba (a mi madre).... (p.7)

A2: hoy día, mi madre, mi hermano, mi tío J. y mis tías J. y A. están trabajando en el chiringuito de mi tío..... Y en cambio no cobran un sueldo, lo que ganan es la subsistencia de la familia. Eso que no es bueno, porque sabes que trabajar para ganar eso no está bien... Porque nunca hay dinero para nada, sólo hay comida, comida y comida. Y ya sabes que necesitamos dinero para otras necesidades¿ no? La única que gana dinero es mi tía A. que es la dueña del chiringuito.... pero ella no ayuda en casa..... (p.7)

Respecto a la intervención directa de la familia sobre la decisión de los jóvenes de empezar a trabajar sobresalen menciones al apoyo familiar frente a la iniciativa personal de algunos sujetos y referencias a los “consejos de la madre” percibidos como estímulo y valorados (aunque con frecuencia no tengan ninguna repercusión inmediata). Por otro lado, encontramos alusiones a un supuesto “incentivo” cuyo desarrollo se convierte en exigencia y presión. Tal presión siempre aparece ligada a problemas económicos. Sin embargo, solamente en el caso de A1 podemos hablar propiamente de una imposición.

A pesar de este panorama, la mayoría de los jóvenes afirman haber ingresado en el mundo laboral por una decisión personal y no por sumisión a cualquier imposición externa. En este punto nos parece imprescindible llamar la atención sobre uno de los grandes mitos relacionados con la asociación entre pobreza y trabajo infanto-juvenil. Como señala Madeira (1993), no podemos cuestionar que la pobreza engendra el desarrollo de estrategias para ampliar la renta familiar que incluyen el trabajo de niños y adolescentes. No obstante, el sentido económico de esta actividad no parece ser lo más relevante en la decisión sobre la entrada de éstos en el mundo del trabajo, incluso porque los rendimientos que aportan suelen ser muy bajos.

Según Madeira y Rodríguez (1998), los estudios basados en testimonios de familiares evidencian que el incentivo para la inserción laboral de niños y adolescentes actualmente está bastante más asociado a la idea de formación ética, fomento de la solidaridad familiar y protección frente a la violencia, que a la aportación monetaria

propriadamente dicha. Además, revelan que, al contrario de la posición dominante en el discurso de sentido común (que también identificamos como la posición predominante entre expertos e instituciones), los niños y adolescentes trabajadores suelen participar de forma activa en la decisión relativa a su ingreso en el ámbito laboral. Indican, finalmente, que a la mayoría de los niños y jóvenes les gusta trabajar. Nuestros resultados apoyan ambos argumentos¹⁴⁹.

El único matiz que consideramos fundamental introducir se refiere a la idea del placer asociada al trabajo. Es cierto que la mayoría de los jóvenes de nuestro estudio manifiestan reiteradamente una gran motivación para el trabajo y asumen el protagonismo de la decisión de ingresar en el ámbito laboral. Algunos incluso afirman ocasionalmente que disfrutan trabajando. La pregunta que se impone entonces es: ¿Si eso es así, por qué la vinculación con el trabajo no se sostiene? A lo largo de este capítulo intentaremos aportar algunos datos e hipótesis susceptibles de alimentar esta reflexión. Pero, antes, es necesario profundizar en el análisis sobre la relación entre familia y dimensión económica como motor del establecimiento de vínculos con el trabajo.

La articulación entre las esferas económica, laboral y familiar conduce, en siete casos (A1,A2,S3,S4,S5,S6,R5), al significado del **trabajo como deber y obligación interiorizada**. La relevancia de este núcleo de sentido está íntimamente asociada a dos factores: el rango de edad y el **sentido de responsabilidad frente al grupo familiar**, en especial, cuando implica la **función de proveedor**. En lo que se refiere al rango de edad, es necesario matizar que más que el criterio cronológico es la asunción subjetiva del proceso de transición a la vida adulta lo que aparece como el elemento crucial.

La importancia de la edad se desprende de la conexión que los jóvenes establecen entre el **ingreso en la vida adulta** y la existencia de una **presión social y familiar** dirigida a su inserción laboral, cuya asimilación se traduce en una **autoexigencia moral**.

A2: *A veces pienso en parar en la edad en la que estoy; por otro lado, me gustaría crecer. El lado que me da ganas de quedarme en esta edad son las responsabilidades, ¿sabes? que empiezan a llegar... y*

¹⁴⁹ Sobre opiniones divergentes en este sentido véanse, por ejemplo, “*O trabalho e a rua. Crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80*”. A.Fausto y R. Cervini (orgs.) São Paulo: Cortez, 1991; Faleiros (1987); Araújo (1998b) y Graciani (1999), que abordan específicamente la asociación entre trabajo infanto-juvenil y vida en la calle. Para un debate más amplio relativo al trabajo infanto-juvenil en Brasil véase *A erradicação do trabalho infantil e a proteção do trabalho adolescente. Fórum Estadual de Santa Catarina*. Brasília: Ministério da Justiça/SNDH, 1997.; *Trabalho infantil no Brasil: Questões e Políticas*. Brasília: Presidência da República, 1998.

ese tipo de responsabilidad supone mucha presión ¿sabes?. Así: “Ah, tienes que trabajar”... Porque yo incluso soy una persona responsable, pero ya sabes llega una cierta edad en la que tienes que tener un empleo.. Entonces empiezo a pensar en estas cosas..... porque sabes que en la sociedad también seguimos las pautas ¿no?. Entonces llego más o menos a la edad y si no tengo un empleo van a llamarme parada, vagabunda, ¿entiendes? desocupada... ese tipo de cosas, ¿sabes? Y voy a sentirme dolida, ofendida. Y lo malo es que hasta tú misma te exigés, tú también exigés de ti misma (segunda entrevista p.3)

El sentido de la responsabilidad ante el grupo familiar aparece en dos direcciones, cuya distinción resulta de la referencia a la familia de origen o a la formación de un nuevo grupo familiar que se desea autónomo. En el campo de la familia de origen, el significado del trabajo como obligación interiorizada se construye en torno a la sobrevalorización de la figura de la madre, y específicamente al sufrimiento que le atribuyen debido a las precarias condiciones materiales de existencia que han marcado su trayectoria vital y a los disgustos provocados por los propios hijos. Desde esta óptica, el trabajo es una exigencia moral que, como hemos visto anteriormente, muchas veces se asocia a sentimientos de deuda y culpabilidad.

A2..... hay momentos en que me quedo así pensando si yo necesitaba comprar un libro para la escuela ella decía así...: “ ¿Hay que comprar leche? Nos quedamos un mes sin leche”, ese tipo de cosas.... Y yo no me encuentro a gusto con eso. Porque es como si yo fuera una carga ¿sabes? Yo quería mucho poder ayudarle pronto ¿sabes?... Porque ella dice: “ es bueno que consigas un empleo”, pero... Ella no presiona pero, al mismo tiempo, lo hace por sus actitudes... Y, así, es muy difícil.. (p.2)

En contraste con el carácter minoritario de la obligación interiorizada ligada a la familia de origen, el sentido del trabajo como deber se impone de forma ineludible cuando entra en juego la formación de un nuevo grupo familiar. Ello se refleja en el fuerte énfasis en este aspecto por parte de los varones que tienen hijos (S4, S3, S6, R5).

S4: (empecé a trabajar) cuando tenía como 12 años. Sí, porque yo quise.... En la “lotação”¹⁵⁰ ya no fue porque yo quise, sino porque nació la niña, entonces ya tenía que trabajar, en este caso era obligado trabajar, ¿era obligado! (p.21)

La centralidad del significado del trabajo como deber entre los jóvenes padres parece ser fruto de la necesidad de responder a la exigencia social y familiar (en particular por parte de la familia de las madres de sus hijos), así como al propio deseo (o autoexigencia) de cumplir con el papel de proveedor en la familia. En ambos casos, está marcada por el peso de una fuerte asimilación de los valores dominantes asociados a la figura del varón proveedor en Brasil.

¹⁵⁰ “Lotação” es como se designan las furgonetas que en los últimos años han empezado a circular de modo irregular como si fueran transportes públicos, especialmente, en las zonas periféricas. Hubo varios intentos de prohibición y, luego, de regularización, sin embargo, ninguno ha tenido mucho éxito. Así que en la mayoría de los casos en que los jóvenes utilizan este término hay que tener en cuenta que se están refiriendo a una actividad irregular.

Sobre este tema Escorel (1998a, 1998b) nos brinda un sugerente análisis. Esta autora señala que debido a la prevalencia del “código de la casa” en Brasil¹⁵¹, la identidad y las representaciones sociales de los trabajadores en este contexto se configuran mediante el trabajo pero se legitiman, sobre todo, en la función de proveedor en la familia. En un estudio realizado con adultos que vivían en la calles de Río de Janeiro constató que tal dinámica posibilita una resignificación positiva de actividades laborales calificadas en principio como humillantes y degradantes. Escorel vincula este proceso a un desplazamiento de la ética del trabajo hacia lo que denomina “una ética del trabajador”, construida en torno a la figura del proveedor de la unidad familiar.

La confrontación entre esta exigencia social y moral y la situación de desempleo provoca, muchas veces, que los jóvenes se sientan deudores. Entre los sujetos del grupo de la semi-libertad, estos sentimientos se acentúan por la sensación de impotencia generada por la tutela institucional. Sin embargo, tal impotencia se plantea como un estado de carácter pasajero, atribuido a los límites impuestos de modo temporal por el vínculo con la institución jurídica.

S4: ... ahora aquí también, ¡lo que estoy necesitando es un empleo! Porque voy a mi casa el fin de semana... y el padre de mi ex-novia empieza a echarme en la cara : “Después de que S4 fue preso, ¡soy yo el que tiene que estar manteniendo la hija de los demás!”.... “Cuando él estaba en la calle, le daba de todo a la niña , ahora que fue preso y está cumpliendo esa medida, yo tengo que estar sustentando la hija de los demás... No estoy logrando ni siquiera sustentarme a mí, ¡imagínate a la hija de otros!” (p.14)

La asunción de una relación de pareja estable también parece impulsar un movimiento de vinculación con el trabajo independientemente del hecho o del deseo de tener hijos. Así lo sugieren las proyecciones de futuro de diversos jóvenes, bien como el relato de la experiencia laboral de A4 durante el período en el que salió de la casa de sus padres para intentar construir un nuevo núcleo familiar bajo la forma de una “pareja de hecho”. Aquí, el sentido del trabajo como deber aparece ligado a la noción de maduración y al incremento de responsabilidades. Ambos aspectos suelen estar conectados a la idea de transición a la vida adulta:

S6: (el trabajo) Es responsabilidad ¿no?, cumplir tus deberes... (p.21)

S2: (el trabajo sirve) Para madurar al tío, crear responsabilidad.. ¿No? Es responsabilidad....(p.24)

4.2. El vínculo institucional

En el grupo de la semi-libertad el vínculo institucional parece jugar un triple papel. Por un lado, como hemos visto, acentúa el malestar producido por el desempleo,

¹⁵¹ Véase capítulo sobre el ámbito familiar.

vivido como falta y fuente de descalificación social. A la vez, permite que no se genere un movimiento de responsabilización individual por la improductividad, puesto que el proceso de institucionalización se utiliza para justificar la imposibilidad de desarrollar estrategias más activas de búsqueda de trabajo. Por último, se percibe como un elemento capaz de propiciar la inserción laboral convirtiéndose en un gran depositario de las esperanzas y expectativas de los jóvenes frente al ámbito ocupacional.

S4: Ah, cuando salga de aquí, pienso salir de aquí con un empleo, porque luego será muy difícil ... cuando sales liberado de aquí es muy difícil conseguir un empleo... con esa falta (de trabajo), ese desempleo ... ¿no encuentras nada! Hay personas que ya han concluido sus estudios, y con estudios no están encontrando... Aquí nosotros tenemos alguna oportunidad... (segunda entrevista, p.21)

Estas expectativas se alimentan por la constatación de que algunos compañeros efectivamente logran un trabajo a través de la mediación institucional. Éste fue el caso S2. La inclusión laboral de este joven en el puesto de trabajo que ocupa actualmente fue mediada por la institución responsable por la ejecución de la medida socioeducativa de semi-libertad.

4.3. La dimensión relacional

Llama la atención la escasez de alusiones a la esfera de la sociabilidad en la tematización del campo laboral en comparación con la centralidad de dicha dimensión en los demás ámbitos que hemos analizado. La esfera de la sociabilidad sólo emerge de modo más expresivo y positivo en algunos relatos de experiencias laborales realizadas en el ámbito de la calle, sea por los jóvenes del grupo de la calle o de los otros dos colectivos. En estos relatos se establece una **relación entre el trabajo en la calle, prácticas solidarias y actividades de ocio con los pares:**

S5: Ah, vigilábamos coches, nos quedábamos en el (Restaurante) C., nos llamaban para descargar alguna cosa, o para entregar otra en una mesa... nos llevábamos bien con la gente de allí...el tío (del restaurante) nos apreciaba mucho... cuando nos quedábamos a dormir allá... dormíamos dentro de su coche... nos daba la llave y decía: “Podéis ir a mi coche”, nos quedábamos uno en un banco, el otro en el otro banco y el otro en el banco de atrás.... jugábamos al fútbol por la noche... o íbamos al B. Bar... nos quedábamos allí por aquella zona. .. ¡Allá todavía es genial! (segunda entrevista p.2)

Pero precisamente esta relación opera una resignificación de la actividad ocupacional que a veces la expulsa de las fronteras que delimitan el campo semántico del trabajo, sobre todo cuando carece de sentido económico. Entonces **el trabajo se convierte en “diversión” y se diferencia del “verdadero trabajo”**, dato que sugiere que el sentido hedonista suele percibirse como incompatible con el trabajo concreto.

E: Me estabas contando...que has trabajado 6 meses ¿ Ha sido tu único empleo, ese en la “lotação”?

S4: Sí. Pero antes he tenido unos empleos así de vender zumo de naranja con aquellos carritos en la calle, ya vendí aquello en los semáforos... Ya repartí propaganda en la calle durante un mes... Pero el empleo así más fijo y en el que yo ganaba dinero realmente fue en la “lotação”... yo trabajaba con ese chico que fue preso conmigo, nosotros dividíamos así: en una semana yo trabajaba 3 veces a la semana y él 4, en la siguiente yo trabajaba 4 veces y él 3. Dividíamos todo.... pero en estos otros trabajos era muy poco lo que se ganaba.... .. era sólo el dinero para una merienda ... sólo lo hacía por.. .. así, para nosotros era una diversión hacer aquello. ... yo lo tomaba como una diversión empecé pensando que iba a ganar dinero. Pero, después mi di cuenta de que no ganaba dinero y seguí vendiendo por diversión (p.21)

Solamente tres jóvenes de la comunidad (A4, A3 y A2) conciben el trabajo concreto asociado a empleo como un espacio capaz de ampliar las relaciones sociales, incluyendo interacciones sociales positivas e, incluso, relaciones amistosas:

A4: Cuando yo trabajaba de vendedor, siempre les gustaba a las personas. Trabajábamos sólo en una zona y todo el mundo me conocía porque entraba dentro de las casas de las personas, conversaba con las personas, incluso hacía algunos colegas... Hasta colegas.. (p.16)

Por otra parte, **las redes de relaciones sociales establecidas en diferentes territorios son percibidas como un factor fundamental para favorecer la inserción laboral por los sujetos de los tres colectivos.** En este sentido, nuestros resultados coinciden con los de Serrano, Moreno y Crespo (2001) en su estudio sobre el sentido del trabajo y la ciudadanía entre la juventud española. Ambos análisis apuntan hacia una fuerte **tendencia al particularismo en la concepción de los jóvenes sobre sus posibilidades de acceso al mercado de trabajo, en detrimento de cualquier perspectiva universalista relacionada con el derecho al trabajo.** Desde esta óptica, en nuestra investigación, los vecinos, los amigos y los “conocidos”, son vistos por los jóvenes como agentes cuya solidaridad o “*influencia*” (noción que remite a una nueva red de relaciones personales) puede posibilitar su acceso al trabajo:

S5:...¡Yo conocía a todo el mundo.... en la Plaza del DI donde vigilaba coches!.. Allí conozco a todo el mundo. Mi primo, por haberse quedado tanto tiempo allá, ahora está trabajando dentro de un restaurante de camarero... Si yo no estuviera aquí en la Semi, también estaría allá... ¡eso seguro! (p.32)

En la interpretación de estos datos hacemos nuestro el planteamiento de los autores mencionados de que este fuerte particularismo puede explicarse como consecuencia de una conciencia realista de la situación en que se vive – evidencia fáctica (lo que es) – que a menudo se constituye como evidencia moral (lo que debe ser). Hay que enfatizar en esta dirección que **muchas de las experiencias laborales de los jóvenes han sido fruto precisamente de la solidaridad o de la intervención de vecinos, amigos y “conocidos”, tanto en el ámbito comunitario como en el espacio de la calle.**

A4:.. *...fui a un supermercado, porque cerca de mi casa había un supermercado, fui a un montón de lugares, hasta que encontré a un amigo que me dijo: “Sí, nosotros estamos necesitando a una persona, puedes empezar hoy mismo”. Entonces empecé, empecé a trabajar (p.16)*

A2: *Es así... cuando quiero alguna ropa, voy a la feria y trabajo. Tengo unos conocidos allá con quienes puedo trabajar una semana. Porque no puedo estar trabajando mucho, por los estudios...(p.7)*

Este particularismo atraviesa incluso las expectativas asociadas a la mediación institucional de la inserción laboral de los jóvenes. La **personalización de las relaciones institucionales** también se ha reflejado bajo la formulación de demandas (implícitas y explícitas) dirigidas a mí por parte de algunos de los jóvenes institucionalizados, en el sentido que yo interviniera para propiciarles la consecución de un trabajo a través de los convenios existentes entre organismos públicos, programas de intervención social y los centros responsables por la ejecución de la medida de semi-libertad:

E: ...Y ahora estás sin trabajo, ¿no?

S5: Sí...Por cierto, iba a hacerte una pregunta. ¿No puedes conseguir un trabajo para mí en la “Frente de Trabalho”¹⁵²? (p.21)

4.4. El sentido instrumental del trabajo

Al igual que en el ámbito educativo, la **primacía del valor instrumental** del trabajo como el principal propulsor de los movimientos (o expectativas) de vinculación con este campo es unánime. El carácter instrumental del trabajo se expresa tanto en términos directos (ganarse la vida) como en términos abstractos (dinero). **La instrumentalidad del trabajo aparece íntimamente relacionada con la satisfacción de necesidades básicas en el ámbito doméstico y de los deseos de consumo de los jóvenes que la familia no les puede proporcionar.**

S5: ... yo no tengo a alguien que me dé las cosas, sólo de vez en cuando, cuando mi madre realmente tiene dinero, pero cuando no lo tiene hay que convivir con lo que tengo, o entonces hago un trabajillo allí, otro aquí y compro una cosa para mí, compro una blusa, compro una sandalia y voy tirando...(p.9)

En general, el dinero que se gana trabajando se divide con la familia y, en algunas ocasiones, con pares que son compañeros de trabajo. Pero los jóvenes siempre se quedan con una parte para sí (y a veces con todo) y tienen libertad para gastarlo como les apetezca¹⁵³. La cuestión de la supervivencia es una referencia constante, de modo

¹⁵² Nombre de un programa de inserción laboral llevado a cabo por organismos públicos.

¹⁵³ Madeira y Rodríguez (1998) destacan que los ingresos obtenidos en el trabajo por adolescentes pobres suelen cumplir la función de una paga para ellos, ya que frecuentemente constituyen un espacio en el que pueden definir su propio consumo y ejercer la deseada autonomía financiera. Las autoras establecen una íntima relación entre este hecho y la idea de gusto por el trabajo.

que la importancia del trabajo para hacer viable el acceso a la alimentación, a la vivienda, al vestuario, etc. está presente en el discurso de los tres colectivos.

Sin embargo, pese a la relevancia de la economía familiar, la percepción del trabajo como vía para el acceso a bienes de consumo tiene una **orientación predominantemente individual**. Así, con frecuencia, la motivación vinculada al sentido instrumental del trabajo **se aleja de la idea de la pura subsistencia**:

A4: (Empecé a trabajar) por envidia (risas) Porque yo siempre veía a mis amigos de mi edad trabajando y ganando su propio dinero y comprando sus cosas ...Y yo no, yo decía: “Padre, ¿me das dinero para comprar un caramelo?, ¿ Me das dinero para comprar un chupa chup?, ¿Me das dinero para comprar cromos?”....Entonces dije: “¿Sabes qué? Tengo envidia, también voy a trabajar ” (p.15)

En esta dirección, hay un énfasis en los objetos de consumo promocionados por la cultura de masas, que amplía la noción de “necesidad” presente en los discursos de los jóvenes. Ello nos aparta de la concepción de necesidad ligada al mantenimiento de la vida (la deshumanizadora “esclavitud de las necesidades” planteada por Arendt (1993) y por la tradición marxista). Y en términos más amplios nos aleja del concepto clásico de necesidad basado en un marco naturalista, objetivo y general. Como plantea Alonso (2000), tal concepción ha quedado definitivamente rota ante la intensa profusión de objetos, símbolos e imágenes que la sociedad industrial moderna ha asociado de modo indisoluble al acto de consumir. Por consiguiente, en el proceso histórico

“ el concepto clásico de necesidad, que aparecía como un vínculo estable entre consumo y bienestar, deja de tener un carácter individual, fisiológico y autónomo, para desdibujarse en un espacio informe que amplía la problemática desde el campo “objetivo” de la necesidad hasta el subjetivo mundo del deseo” (Ibíd., p.36).

Por otra parte, la precariedad de los rendimientos derivados de las actividades laborales a las que los jóvenes tienen acceso limita las posibilidades de satisfacción de sus deseos de consumo. Dicha precariedad a menudo desplaza el interés de los jóvenes a otras actividades que prometen tener un mayor sentido económico, dejando al trabajo una significación más social, en especial entre los sujetos de la semi-libertad y de la calle. En estas circunstancias, el foco de la instrumentalidad del trabajo se aparta de la dimensión material para cobrar relevancia como medio de asegurar una subsistencia socio-simbólica más confortable, asociada a la cuestión de las identidades sociales.

Por otro lado, casi no hay menciones a la utilidad social del trabajo. **En este sentido, el trabajo no parece cumplir una función relevante en el fortalecimiento de las solidaridades colectivas para la mayoría de los jóvenes**. Las escasas

excepciones respecto a esta cuestión aparecen en el discurso de algunos sujetos del grupo de la comunidad (A2, A3, A4) y en las entrevistas de S4. El elemento común en el discurso de estos jóvenes es el fundamento de sus experiencias y/o expectativas laborales (relacionadas con los campos del trabajo social, la psicología y la filantropía) en una argumentación de orientación colectiva, altruista y humanitaria.

S4: ¿En mi futuro?.....yo estaba pensando en ese trabajo de vosotros, de ayudar, ayudar a los adolescentes que viven en esa vida para mí sería estupendo estar ayudando a las personas que están entrando en esa vida.....transmitir lo que hemos pasado en esa vida ... intentar explicar que no es fácil, para que ellos ya crezcan con eso en la cabeza... que será malo para su futuro (segunda entrevista p.14)

Desde este enfoque, el trabajo también se ve eventualmente como un espacio de aprendizaje del respeto a la diferencia y de la solidaridad:

A4: ..!(en el trabajo) aprendí tantas cosas!... por ejemplo, cuando trabajaba de vendedor, yendo de calle en calle, yo veía a tanta gente pasando por dificultades... pasando hambre, personas que no tenían cama, sin eso, sin aquello.....porque antes cuando yo era más pequeño no respetaba mucho a las personas, ¿no? Yo era así, muy arrogante ¿Sabes aquellas personas que cuando tienen algo se ponen presumidas? Pues, yo era así (risas) Si una niña de mi clase era más pobre que yo, me burlaba de ella ... Entonces aprendí que no debemos ser así, que debemos respetar a la persona tal como es ...(p.16)

- El trabajo como una vía para la inclusión y la movilidad social

Otro polo de significación fundamental asociado al valor instrumental del **trabajo** - y, tal vez, el principal - es su percepción **como vía capaz de propiciar la inclusión y/o la movilidad social**, que se traduce en la expectativa de construcción de “una vida mejor”. **Aquí encontramos matices relacionados con las perspectivas de participación social y proyectos de futuro característicos de cada uno de los tres grupos** - además de las particularidades de cada caso - que introducen heterogeneidad en las trayectorias vislumbradas y relatadas como experiencia vivida. **Heterogeneidad que contrasta**, y también hay que enfatizarlo, **con la hegemonía de una perspectiva individualista** en la tematización de la inclusión y de la movilidad social.

a) El grupo de la calle y el sentido del trabajo como vía para la inserción social

En el contexto de la calle, como hemos señalado en el capítulo relativo a este ámbito, **el trabajo se percibe como el principal “camino posible” para la inserción social** – movimiento que, según los jóvenes, empezaría por el abandono de la calle.

*E:...tú me dijiste: “bueno, el día que me marche de aquí” ...¿Qué es lo que necesitarías para ello?
R5: De un buen empleo. Si consigo un buen empleo, ¡yo desaparezco de ese lugar! (se ríe) (p.24)*

R1: ¡Ah! Ya estoy a punto de salir... estoy casi saliendo de la calle..... Me estoy marchando ¿no? ...Voy a ver si consigo un trabajo para mí, un “brother” me está echando una mano para lograr un trabajo (p.1)

Este planteamiento es consensual. No obstante, es posible identificar una especie de gradación en lo que concierne a la relevancia y a la cercanía de tal perspectiva para cada uno de los jóvenes que están en la calle. R2 no manifiesta ninguna expectativa frente a la idea de salir de la calle, ni en relación con la esfera laboral, que evalúa muy negativamente.

R3 tiene claro que la actividad laboral que realiza en la calle (vigilar coches) no le posibilitará la salida de este espacio, algo que no plantea propiamente como una meta, sino como una esperanza muy desplazada hacia el futuro. Aunque de modo lejano, considera el trabajo imprescindible para hacer viable su salida de la calle. Sin embargo, piensa que su inserción laboral estará condicionada fundamentalmente por el capital cultural que adquiera. Por ello, el objetivo primordial de este joven no es ni el trabajo ni el abandono de la calle, sino la alfabetización. R3 entiende que todo lo demás vendrá como consecuencia de su inclusión e inversión en el ámbito educativo:

R3: ...Ya pensé... en salir de la calle ... cuando crezca, voy a estudiar, cuando sepa leer voy a trabajar y voy a salir de esa historia de la calle... (p.32)

El caso de R4 tiene la peculiaridad de que su salida de la calle ya se ha producido (y cabe señalar que no tuvo nada que ver con el trabajo). Probablemente éste sea uno de los motivos por el cual su discurso sobre el trabajo se aproxime más al de los jóvenes de la comunidad que al de los sujetos que están en la calle, de manera que lo abordaremos junto a este otro colectivo. De todas formas, las metas y expectativas de esta chica, al igual que las de R3, están muy centradas en el ámbito educativo. R4 tampoco plantea la inserción laboral como una cuestión que le preocupe a corto plazo.

Pensamos que además de la prioridad atribuida al campo la educación, la escasez y la lejanía de las expectativas de R3 y R4 acerca de su inserción laboral están fuertemente influidas por la edad, variable que también incide en el caso de R2. A ello se suma la importancia atribuida a lo inmediato que se desprende de sus discursos. R2, R3 y R4 no sólo son los sujetos más jóvenes de este estudio, sino que plantean el desarrollo y la maduración como una cuestión relevante, situando la transición a la vida adulta como una perspectiva todavía lejana.

Es interesante apuntar en este sentido que el desarrollo de la vida cotidiana en el espacio de la calle y las dificultades económicas afrontadas suelen “obligar” a niños y jóvenes a desarrollar estrategias de supervivencia que a menudo ponen en cuestión

muchos aspectos de las concepciones tradicionales de la infancia y la adolescencia¹⁵⁴. Sin embargo, los casos de R2, R3 y R4 sugieren que ello no implica necesariamente una precocidad ni una sobrevaloración de la inserción laboral en detrimento de otras actividades (al menos en el campo simbólico), aun cuando las condiciones materiales de existencia son muy precarias, aspectos frecuentemente mitificados tanto por el discurso del sentido común como por la bibliografía sobre este tema.

Por otra parte, los casos de R1 y R5 apoyan la importancia de la asociación entre la cercanía del ingreso en la vida adulta y la relevancia atribuida a la inserción laboral y a la perspectiva de salida de la calle. Lucchini (1993) realiza un interesante análisis sobre este tema que tiene como eje el concepto de “carrera”. En su estudio sobre la carrera de niños brasileños, uruguayos y mexicanos que desarrollan su vida cotidiana en el territorio de la calle define la última etapa de esta trayectoria como “la calle rechazada” (*la rue refusée*). Tal etapa suele producirse entre los 16 y los 18 años. Este autor constató que la transición a la vida adulta no supone una negación por parte de los jóvenes de los aspectos positivos asociados a la calle, sino la conciencia de que este espacio tiene poco que aportarles en el presente, y casi nada en términos de futuro. De ahí deriva la emergencia del deseo de abandonar este territorio acompañado por un conflicto de roles que implica identidades múltiples.

R1 y R5 establecen una incompatibilidad entre la vida adulta y la vida en la calle y sitúan el trabajo como el mecanismo a través del cual pueden lograr una apertura para el establecimiento de un vínculo social más amplio. Esta incompatibilidad señalada por los jóvenes no se debe a que no haya adultos en la calle en Brasil, porque los hay y muchos; sino porque rechazan la perspectiva de convertirse en uno de ellos. Por tanto, es una incompatibilidad más bien de carácter moral que tiene que ver con las expectativas de futuro que se plantean y el tipo de reconocimiento social que les gustaría obtener.

La percepción del vínculo con la calle como una fuente de descualificación social se traduce en un sentimiento de vergüenza relativo a las estrategias de supervivencia que desarrollan en este espacio y al hecho de haber alcanzado la mayoría de edad y seguir en dicho territorio. En el caso de R5, esta cuestión es tan fuerte que sus

¹⁵⁴ Véanse, por ejemplo, Glauser (1996), Casas (1998) y los diversos escritos de Giangi Schibotto y Alejandro Cussiánovich sobre el tema. Para una articulación entre este debate teórico y el trabajo empírico “de base”: *NATs, Revista Internacional desde los niños y adolescentes trabajadores*, Verona, 1. Febrero, 1995; *NATs, Revista Internacional desde los niños y adolescentes trabajadores*, Verona, 2, (1-2). Abril, 1996.

reflejos se dejan notar en múltiples espacios: en el ocultamiento en su comunidad del trabajo que realiza en la calle; en la ambivalencia en la atribución del estatus de “trabajo” a la actividad de vigilar coches; y, finalmente, en la fuerte resistencia a abordar el tema del “trabajo” en la entrevista.

E: .. Tú me has hablado de un deseo de salir de la calle ¿no?....

*R5: Deseo no ... en el día en que yo salga de aquí ya no vuelvo más ¿no? ¡Porque ya estoy muy mayor también!... Tengo que encontrar un empleo. Ah, ¡eso es demasiada vergüenza! Llegas a tu casa, en tu lugar, conoces a una chica nueva y ella (te pregunta)“ ¿Qué es lo que haces?”, Y te quedas incluso desconcertado para decirlo; ¡ yo ni lo digo! Yo contesto: “Ah, no hago nada” Pocas personas saben cuál es mi trabajo... pocas de las de mi ciudad (“**quebrada**”*), aquí todo el mundo lo sabe...*

E: ¿Tienes vergüenza?

R5: Sí.... No sé, yo creo que ya soy demasiado mayor para ello, ¿no?... ¿Verdad que sí? (p.12)

Además, estos jóvenes tienen absoluta conciencia de que una cosa es ser identificado por “*la sociedad*” como un “niño de la calle”, lo que puede generar incluso alguna ternura o, al menos, sentimientos que suelen cumplir la función de amenizar la culpabilidad social de parte de la población. Pero, otra cosa muy distinta es ser identificado como un adulto en la calle. Esta última posición casi siempre se convierte en sinónimo de “*vagabundo*” desde el punto de vista de la mirada social, suscitando reacciones de hostilidad, rechazo, indiferencia y victimizaciones diversas.

En consecuencia, ambos jóvenes expresan un deseo tajante de abandonar la calle a corto plazo y de modo definitivo, señalando que el trabajo es una de las vías que puede posibilitar este movimiento. Pero argumentan que no todo tipo de trabajo es capaz de hacerlo y que, desde luego, el que realizan en este momento no lo es. R1 y R5 ponen de manifiesto una conciencia de la extrema precariedad de su situación laboral y la certeza de que las actividades que desarrollan en la calle les mantienen sometidos y atados a los límites del campo de la supervivencia. La conclusión es que para lograr sobrepasar las fronteras de la esfera de la subsistencia y empezar una trayectoria de inclusión y movilidad social es necesario conseguir “*un buen trabajo*”. Hasta este punto los dos jóvenes están totalmente de acuerdo.

Ahora bien, cuando se trata de definir en qué consiste “*un buen trabajo*” surgen las diferencias. R1 no hace referencia a ninguna actividad en concreto y afirma estar dispuesto a realizar cualquier trabajo. La situación de vulnerabilidad y desarraigo en la que se encuentra elimina cualquier tipo de exigencia e incluso de fantasía. Un “buen trabajo” para este joven es sencillamente un trabajo que le permita salir de la calle, el cual, al fin y al cabo, asume que puede ser cualquiera:

E: ¿Crees que el trabajo puede ayudarte?

R1: No lo sé, depende de cómo sea el trabajo... si va a rendir bien o no ... pero si rinde o no, con un poco de dinero (para) pagar el alquiler ya está bien para mí... como estoy parado; no? (p.1)

El único indicio de criterio selectivo que se deja entrever en la producción discursiva de este joven es la preferencia por un trabajo urbano, ligada a una ambivalencia frente a su origen rural. Tal ambivalencia - que podemos captar en las entrelíneas de su discurso y que se hace evidente en su atuendo y en sus prácticas cotidianas - sugiere una profunda asimilación de los valores dictados por la sociedad de consumo. Como señalan Martins (1997) y Zaluar (1996a), la hegemonía de estos valores han contribuido a un proceso de “homogeneización” cultural progresiva de la juventud en los centros urbanos de Brasil¹⁵⁵. Desde nuestro punto de vista, dicho proceso incide de manera paradójica igualando deseos y, precisamente por ello, profundizando el foso simbólico y material de las diferencias y las desigualdades sociales.

En el discurso de R5 tampoco hay referencias a expectativas de inserción en actividades laborales concretas. No obstante, este joven afirma no estar dispuesto en absoluto a realizar cualquier trabajo. Plantea que para ello no merece la pena salir de la calle. Sus expectativas de inserción remiten al establecimiento de un vínculo laboral que le asegure alguna estabilidad y protección, si es posible en el mercado de trabajo formal. Para R5 “un buen trabajo” equivale a “empleo”.

Por otro lado, estas exigencias contrastan con las bajas expectativas reveladas por su definición de “un buen empleo”. Más que cualquier tipo de garantía laboral, lo que define un empleo como “bueno” es la retribución económica que se pueda obtener. La sorpresa se produce cuando manifiesta que lo que considera una buena remuneración son aproximadamente dos salarios mínimos, importe que en Brasil no permite exactamente que una persona pueda hacer algo más que sobrevivir.

E: El otro día me dijiste que no saldrías de la calle por un trabajo en el que cobraras un salario mínimo..

R5: Hum hum... Pero, así, el salario mínimo que yo digo es aquél ... un salario que cobras por mes ¡¿eso qué es?! ¡ Qué humillación, tía! Trabajar un mes para ganar ciento y, ¿ ciento y cuanto? 160, ¡ yo qué sé!, algo así...¡Qué va! Eso es una humillación...

E: ¿Qué tipo de trabajo te gustaría tener? Por ejemplo, cuando dices “un trabajo legal”...

R5: Ah, un trabajo en el que ganas bien. Así, un trabajo en el que cobras como 350, ¡ eso está bien! (p.24)

¹⁵⁵ Ambos autores articulan esta discusión con el tema de la globalización. Sobre el consumo como un nuevo referente de una posible ciudadanía global y sus implicaciones en las relaciones entre diferentes territorios, véase García Canclini (1995).

Por tanto, las expectativas relativas a la inclusión laboral son muy bajas en todos los casos del colectivo de la calle. La existencia de una perspectiva algo más exigente por parte de R5, probablemente se deba a que este joven ya tiene una vinculación subjetiva con la esfera laboral muy consolidada. De todos modos, aun en este caso, **el trabajo cuyo acceso se percibe como posible por los jóvenes provenientes del grupo de la calle se define más como un mecanismo de inserción que como una vía para la movilidad social.**

Esta tendencia parece reproducirse en las últimas décadas, pues una de las primeras investigaciones sistemáticas sobre los niños de la calle realizadas en Brasil (Ferreira, 1979) ya advertía que la perspectiva de lograr alguna ascensión social mediante el trabajo (y la escolarización) era percibida como un proyecto bastante nebuloso por los niños. La carencia de perspectivas de movilidad mediante el vínculo laboral por parte de este colectivo puede ser claramente apreciada en el siguiente planteamiento de R4:

R4: Ah, (en el trabajo) aprendes a vivir...Así, trabajando duro, verás que aquello es lo que tendrás que hacer un día ¿no?, Entonces aprendes aquello...te darás cuenta de que vas a tener hijos para cuidar un día y tendrás que hacer lo mismo que tu padre y tu madre hacen por ti ..(pp. 35,36)

b) Los jóvenes institucionalizados y el sentido del trabajo como una vía para la movilidad social

En cambio, en el grupo de la semi-libertad, el trabajo se considera, sobre todo, como un mecanismo capaz de propiciar reconocimiento y movilidad social. Las expectativas iniciales de inserción laboral de los jóvenes de este grupo también son muy bajas. Vislumbran la inclusión en el ámbito del trabajo mediante actividades que exigen baja cualificación y que suelen ser mal remuneradas, entre las cuales destacan: mecánica de coches, pintura, albañilería, limpieza, conducción de transportes, pequeños servicios administrativos y actividades en el campo de la hostelería. Priorizan, por tanto, actividades definidas en la actualidad como “subempleos” o “empleos precarios”, donde las garantías jurídicas son sustituidas por las prácticas flexibles.

En las entrevistas, los jóvenes suelen afirmar que lo que más quieren y, principalmente, lo que más necesitan es un trabajo. En esta línea argumental son frecuentes las manifestaciones de una disposición para trabajar “*en lo que sea*” :

S5:... si yo lograra un curro en la “Frente de Trabalho”, para barrer la calle, pintar la acera, cualquier cosa... Ah, puede ser cualquier cosa, con que esté ganando mi dinero tranquilo, sudando, sin coger nada de los demás, ¡cualquier trabajo que venga allí estaré !... (pp.21,22)

Sin embargo, esta disposición a la precariedad queda matizada cuando siguen desarrollando sus expectativas frente al campo laboral. Los jóvenes **establecen una distinción entre dos tipos de trabajo: el que sirve para ocupar el tiempo e impulsar un movimiento de cambio (el cual puede ser precario) y el que les permitiría “convertirse en alguien en la vida” (y que ya no puede ser cualquier trabajo).**

E: *¿Qué tipo de oportunidad te gustaría tener en la vida?*

S2: *Un empleo mejor. Un empleo, un sueldo digno, (risas) porque este salario mínimo de 151 reales, es muy chungo...*

Amigo de S2: *Sí, pero para ti que no tienes nada, no tienes familia (para mantener)*

S2: *Aun así, tío.....*

Amigo: *Ojalá yo tuviera un empleo de éstos, sólo para llenar la tarde, para no quedarme en la calle...*

S2: *Vale, para no quedarte desocupado, para quién no tiene nada que hacer es una buena actividad ¿no? Pero para quien quiere ser alguien en la vida no está bien... (p. 26)*

Por tanto, como observan Serrano, Moreno y Crespo (2001),

“...La dualización del mercado laboral se reproduce en el terreno del significado, manifestándose como una dualidad entre un trabajo con sentido y valor y otro, más habitual, desvalorizado” (p.57).

Las definiciones del trabajo ideal (valioso) y del trabajo percibido como posible (más desvalorizado) - y los diferentes sentidos que ambas actividades asumen para los sujetos del grupo en cuestión - implican matices que nos ayudan a comprender no sólo las particularidades de la relación de estos jóvenes con el trabajo, sino del escenario actual del ámbito laboral en el contexto brasileño.

Hemos visto que el trabajo cuyo acceso es percibido como posible consiste en actividades basadas en vínculos laborales precarios. Sin embargo, la conciencia de esta precariedad no implica necesariamente una evaluación negativa. Aquéllos que se dicen dispuestos a realizar este tipo de trabajo, lo plantean como algo provisional que funcionaría como un “apoyo” y un “impulso” para su inserción e integración social. Es decir, en el trasfondo de la aceptación de la precariedad reside la esperanza de lograr algo mejor más adelante que les posibilite la deseada ascensión económica y social.

S6: *Ah, yo pienso buscarme un trabajo. Porque es la fuente, el punto de partida está ahí; el inicio es empezar a trabajar, empezar a trabajar para obtener lucros y siempre lucrar, ¿no? Tengo claro que será difícil, porque nada es fácil, todo lo que viene demasiado fácil, se va demasiado fácil. Entonces quiero que sea sudado, muy sudado, para que tarde en irse también... Yo quisiera que alguien me comprendiera, sabes, que viera mi necesidad y me diera al menos un pequeño empujón. Así: “vete a por ello”...Al menos para que yo pudiera entrar e intentar; si sale bien, estupendo, si no, vuelvo a intentarlo (p.22)*

En el polo más idealizado encontramos el trabajo relacionado con la perspectiva de “ser alguien en la vida”. Pero ni siquiera en este caso el planteamiento se desplaza a

la dimensión expresiva. La cuestión primordial es la eficacia del trabajo como vía para la movilidad social, de manera que el énfasis permanece en la esfera de la instrumentalidad.

S6: ..(el trabajo) Sirve para que te estructures bien en la vida, ¿no? Te sirve para luchar. Así, si tienes un empleo, te sirve para que tengas un instinto de lograr alcanzar tus metas, llegar a más. Porque allá ves a personas superiores, hay personas superiores a ti y personas inferiores a ti ¿no?, (entonces estás) siempre luchando para subir un peldaño más. Cuando yo estaba trabajando ¡yo luchaba para ello!(p.21)

Desde esta perspectiva, la actividad y las características del vínculo laboral no son relevantes; el trabajo ideal es definido esencialmente por una buena remuneración. Pero los discursos de S1 y S2 aportan algunos elementos más a esta definición. S1 plantea que el trabajo ideal, además de una buena remuneración, debería implicar poco esfuerzo: *S1: Así, yo pienso en trabajar en un curro que no sea muy fácil pero que tampoco sea muy difícil... (p.13)*. S2 afirma que le gustaría cambiar de empleo para una actividad que además de propiciarle un “sueldo digno” le posibilitara una mayor independencia, que identifica con tener un taxi por su cuenta:

S2:..... (quiero) encontrar un trabajo en el que yo gane más, que en ese trabajillo chungo no voy a quedarme... sólo voy a sacar mi carne de conducir y voy a lograr otro.... Creo que me gustaría ser taxista. Sí, es una cosa sólo tuya ¿no?.. No debes satisfacción a nadie. Sí, ¡taxista es estupendo!!! (p.26)

Recordamos que S2 es el único joven que tiene un vínculo laboral “protegido” por un contrato formal. Así, es llamativo que las garantías jurídicas aseguradas por un vínculo laboral formalizado pierden relevancia ante la perspectiva de autonomía ligada a la informalidad. A pesar de apuntar hacia direcciones aparentemente distintas, ambos planteamientos parecen obedecer a la misma cuestión de fondo: el sentido penoso del trabajo asociado a su carácter subordinado y opresor. El trabajo autónomo aparece en este escenario como una alternativa que permite escapar a la apropiación de la plusvalía por terceros y, principalmente, posibilita la definición de las propias condiciones laborales atenuando todo aquello que supone el sentido de sacrificio.

Estudios realizados con poblaciones en situación de pobreza en Brasil indican que la formalización del vínculo laboral no suele implicar una mejora en las condiciones de trabajo y protección social de estos trabajadores. Tampoco propician el establecimiento de una vinculación más sólida con el ámbito laboral. Por ello, el criterio de la protección teóricamente asegurada por el registro formal del contrato de trabajo no suele ser relevante en la búsqueda y elección de actividades laborales (Scorel, 1998a).

Un ejemplo muy ilustrativo en este sentido puede ser apreciado en la comparación entre la valoración de vínculos laborales precarios asociados a la vida

“bajo un techo” y estrategias de supervivencia relacionadas con la subsistencia en el territorio de la calle realizada por sujetos que han pasado de una posición a la otra. La ausencia de control sobre las condiciones de trabajo asociada a bajos niveles de rendimiento y a relaciones laborales percibidas como autoritarias y explotadoras, configuran vínculos ocupacionales desvalorizados y ligados a la idea de esclavitud por la población en situación de pobreza que tiene una vivienda. Estas condiciones sitúan dichos vínculos en parámetros muy similares a aquellos observados cuando la calle se convierte en el espacio de residencia y trabajo de estas personas. (Ibíd).

Por otro lado, las estrategias de supervivencia desarrolladas en la calle permiten obtener una renta mínima similar a la anterior, pero con altos niveles de libertad y autonomía. En consecuencia, el trabajo realizado en la calle tiende a recibir una valoración más positiva que las ocupaciones anteriores correspondientes a la condición de pobreza asociada a la posesión de una vivienda y a un trabajo formalizado (Idem ibídem), que a primera vista se acercaría más al concepto de *pobreza integrada* (Paugan, 1991;1996b).

Pese a los matices encontrados, todos los jóvenes institucionalizados coinciden en que la inclusión y la ascensión social serían facilitadas por el trabajo indirectamente, pues entienden que lo que realmente determina que uno esté “dentro” o “fuera” de la sociedad, así como “arriba” o “abajo” (imágenes hegemónicas de las tomas de posición posibles en el espacio social) es el dinero. De este modo, otra vez nos encontramos con la primacía de la lógica del consumo que se traduce en la concepción de que sus posibilidades de “**ser**” alguien en la sociedad aumentan de acuerdo con sus posibilidades de “**tener**” algo o, más precisamente, con *la imperiosa obligación de consumir* (Bauman, 1998)¹⁵⁶.

S2..... (quiero) encontrar un trabajo en el que gane másUn empleo mejor... un sueldo digno ... para quien desea ser alguien en la vida... tener alguna cosa, tener tu futuro asegurado.... hay muchas personas por ahí que ya lo tienen.. otros en cambio no tienen nada...entonces ya quieres comprar un coche, luego ya tienes un coche...con el coche, ya puedes pasar por algo diferente, ya puedes encontrar alguna cosa. Compras un terreno, si tienes una parcela, ya sabes que en la calle no te quedas (p.26)

Otra curiosidad que merece alusión es que tanto en el discurso de los jóvenes de la semi-libertad como en el de los chicos de la calle son muy frecuentes las referencias a algunas profesiones vinculadas al ámbito jurídico- institucional (abogados y jueces) como el paradigma del resultado de un proceso de movilidad social llevado a cabo con

¹⁵⁶ En esta obra, Bauman desarrolla un análisis sobre el paso de la ética del trabajo a la estética del consumo que contempla una interesante discusión sobre las implicaciones de ser pobre en una sociedad de consumo.

éxito. Éstos son los personajes que ocupan las mejores posiciones en las metáforas topográficas del espacio social dibujadas por los jóvenes.

La identificación de dichos actores sociales con las posiciones de poder (junto a los políticos y la policía) no resulta nada extraña, pues, en la mayoría de los casos, ellos son precisamente los agentes de las decisiones que han tenido (y pueden tener) repercusiones cruciales en las trayectorias vitales de los sujetos de este estudio. Por consiguiente, no es raro que el ejercicio de estas profesiones figure en la lista de los pocos sueños que los varones afirman tener. Sin embargo, cuando esto ocurre en general tal proyección profesional suele definirse como nada más que eso: un sueño.

Pensamos que la ausencia de la dimensión expresiva en el planteamiento del trabajo idealizado y la definición de los sueños como algo inalcanzable por parte de los jóvenes podrían ser interpretadas como una forma de reconciliación psicológica entre el campo de lo ideal y las posibilidades de participación social percibidas como reales. Así, en lugar de producirse un conflicto capaz de conducir al pesimismo, al escepticismo, a la apatía y, en última instancia, a la *indefensión aprendida* (Seligman, 1975), esta estrategia les permite mantener algún nivel de motivación de logro y de creencia en su capacidad de agencia.

c) El trabajo como vía para obtener reconocimiento social y los procesos de construcción identitaria de los jóvenes institucionalizados

Aunque el “trabajo posible” no tenga ningún valor expresivo, se supone que puede ser una fuente de reconocimiento social, ya que la identidad de trabajador, en sí, se percibe como positiva desde el punto de vista de “*la sociedad*”. Desde esta perspectiva, el **trabajo es una fuente de reconocimiento legítima y dignificante y se ve como una alternativa a las actividades ilícitas**¹⁵⁷:

S6: Cuando yo quería ganar un dinero honestamente, ayudaba a las personas (en mi ciudad), había mucha construcción y esas cosas, entonces yo iba allá trabajaba un poco y ganaba 20 reales.. Pero cuando no me apetecía, también atracaba, robaba (se ríe), no me importaba en absoluto (p.12)

Este núcleo de significación pone de manifiesto la importancia del trabajo en los procesos de construcción identitaria de los jóvenes cuyas modalidades de “inclusión marginal” se fundamentan en prácticas ilícitas. Y, principalmente, las numerosas ambigüedades implicadas en dichos procesos. Por ejemplo, hay un extensa cadena de

¹⁵⁷ En cuanto a la construcción de esta oposición entre trabajo y prácticas ilícitas es interesante mencionar que la legislación penal brasileña de finales del siglo XIX tipificaba la situación de no trabajo como crimen (Pedroso, 2000).

significantes asociados a la figura del “malandro” (“marginal”), que se construyen precisamente en oposición a significantes y significados asociados a la figura del “trabajador”, y que emergen en el discurso de estos jóvenes en constantes contrapuntos como, por ejemplo, listos (los “malandros”) y tontos (los trabajadores): S5: *(Antes) Yo pensaba que trabajar no era vida, ¿sabes? Ah, pensaba que trabajar era sólo para tontos (se ríe) (p.22)*

Por otro lado, puesto que el trabajo está asociado a la dignidad y a la honestidad, la inserción laboral se convierte en una vía para lograr una buena imagen y obtener reconocimiento y respeto en la comunidad y en “la sociedad”. En consecuencia, muchas veces los jóvenes expresan el deseo de ser reconocidos como miembros de la categoría “trabajadores” y diferenciados de otras como “malandro” o “marginal” :

S1: *Aquellos chavales que trabajaban, ¿sabes? Que no iban con nosotros... que la madre les pedía que saliesen de la calle y ellos salían... para nosotros eran tontos, decíamos: “¡mira aquél “prego”*, cómo va,!” ¡qué tío gilipollas!” Pero hoy en día ... pienso que es mucho mejor que el tío sea así como un “prego”* que ser o querer ser un “malandro”*... (para mí) hoy en día el verdadero “malandro”* es aquél que está en su casa, con su familia, trabajando y creciendo en la vida... el “prego” es así, aquél que no “apronta”*, ¿sabes?... Pero hoy prefiero vivir así que vivir en esa vida de “malandragem” (p.20)*

Como destaca Zaluar (1994), tales ambivalencias sugieren un conflicto que parece situarse entre “...una ética del trabajo aún valorizada, y que permite al trabajador sentirse y aparecer públicamente como moralmente superior a los bandidos, y la negación de los que la asocian a la esclavitud” (p.23, traducción de la autora). En este escenario, las principales diferencias establecidas entre los beneficios del trabajo y aquéllos obtenidos a través de las prácticas ilícitas consisten en: la calidad, la durabilidad, la facilidad de obtención y el valor de los ingresos en función de su origen (donde el trabajo equivale a dinero “limpio”, “sudado” y, por tanto, valorado y duradero, y el delito equivale a dinero “sucio”, “fácil” y, por ello, desvalorizado y efímero);

S1: *Ah, la única cosa que tengo muchas ganas es de conseguir un empleo y ganar un dinero limpio, ¡un dinero sudado! Porque (de otra manera) no sirve de nada; mira, yo ya he tenido mucho dinero, he robado tantas cosas por ahí y ahora no tengo ningún real aquí ... ¡porque el dinero que viene rápido se va rápido! Ah, tú dices: “Ah, ese dinero no ha costado nada para mí, voy a comprar eso, voy a comprar aquello, voy a comprar eso, voy a comprar aquello”... (p.6)*

la intensidad de esfuerzo y de riesgo invertidos (la tensión entre el placer, la “adrenalina” y los riesgos implicados en las prácticas delictivas frente a la rutina, el esfuerzo y el aburrimiento que el trabajo supone);

S5: *Ah, eso ocurre porque la gente fuma droga o tiene ganas de beber, salir y no tiene dinero. Pero en lugar de trabajar, no, coge una pistola y va a robar... si el tío quiere dinero, tiene que trabajar; no? esforzarse y hacer algo para ganar su dinero. Como yo, mi espalda está toda lesionada porque no tenía dinero, mi madre tampoco lo tenía y yo no iba a robar...entonces fui a trabajar, cogí un montón de peso allá y me desperté hecho polvo ...Pero no me quejo, al menos no fue robado, fue sudado, fruto de mi sudor, curré, curré, curré y lo conseguí.. luego supe gastar, no salí haciendo como cuando la gente*

roba y le da igual, sale y lo gasta todo sin ninguna medida ... porque no ha sudado por aquel dinero... entonces lo que viene fácil se va fácil... (p.8)

la cantidad de lucro en oposición a la estabilidad de los ingresos y, por fin, las posibilidades de obtención de respeto y reconocimiento entre los pares y en la comunidad derivadas del ejercicio de ambas actividades.

S3: .. En esa vida del crimen , sólo tienes cosas que perder, el tío no gana nada; gana, pero gana más de lo que pierde....Quiero decir, ¡ pierde más de lo que gana! (se ríe) ¿No? Gana, gana, gana, pero , cuando menos espera, el tío se cae , ¡ pá! Si en una semana él se levanta, en un día se derrumba. Pero trabajando no .. el tío pasa meses y meses comprando varias cosas y nadie se entera... nadie va a llegar ... metiendo la mano en sus cosas, porque son suyas, son compradas. Pero estás en tu casa con un montón de robo, llega la policía y te pide la factura de todo, ¿cuál es la factura que tienes? (p.30)

El desarrollo de estas oposiciones entre los jóvenes institucionalizados está marcado, invariablemente, por la ambivalencia. Sin embargo, resulta en dos líneas argumentales distintas: una que justifica la opción por las prácticas delictivas y otra que se define por una exaltación del trabajo. En esta última se pone el énfasis en el carácter protector del trabajo frente a lo ilícito y, en particular, en su potencial redentor (casi purificador):*S4: ... un empleo para ayudarte ... para que mejores de vida.... Para que no salgas más para **aprontar*** ... porque si estás trabajando no vas a querer **aprontar***...(p.22)*

La perspectiva de redención mediante el trabajo aparece ligada a las nociones de inclusión y reconocimiento social y, en particular, a los proyectos de cambio planteados en términos de responsabilidad personal. Desde esta óptica, la inclusión laboral adquiere frecuentemente calificativos como “*el mejor camino*“ o “*el camino correcto*”. Dichos calificativos evidencian el carácter profundamente normativo del discurso sobre el trabajo y, a menudo, suenan como pura reproducción del discurso institucional.

S3 : Ah, (el trabajo sirve) para que construyas una vida mejor, para todo. Hoy en día un tío sin trabajo no es nada. Sin estudio y sin trabajo...Eso es lo ideal para la vida de una persona: trabajar y estudiar, el mejor camino que hay.. (p.26)

Pero las ambigüedades de este discurso normativo sobre el trabajo se manifiestan a todo momento, tanto en el imaginario como en las prácticas de los jóvenes. En este sentido, nuestros resultados coinciden con los de Diógenes (1998) en su estudio con miembros de bandas juveniles. La autora observa que para estos jóvenes “...*ser trabajador es como adquirir un salvoconducto moral, un supuesto pasaporte que articula dos mundos separados por un profundo abismo: el mundo de los “proscritos” y el de aquéllos que se incluyen en los intersticios de la ciudad oficial*” (p.35, traducción de la autora). Plantea que en función de este significado los jóvenes siguen movilizándose

para buscar ofertas de trabajo y, con frecuencia, se insertan momentáneamente en el mercado laboral.

Experimentan y participan del universo laboral hasta que la carencia de sentido del trabajo concreto o la nostalgia de la fascinación asociada a las experiencias vivenciadas entre las pandillas en la calle se manifiesten. Entonces se produce el abandono. En nuestro caso, ocurre exactamente lo mismo. Pero, además, la confrontación entre la idealización del trabajo como vía para lograr una integración moral mediante la construcción de una identidad social reconocida como positiva, y la percepción fáctica (es decir, en la práctica) del trabajo concreto “posible” como una *entidad carente de sustancia* (Forrester, 1997), no sólo produce la desvinculación del trabajo, sino que muchas veces impide o dificulta la propia inserción laboral.

Aun con relación a las imágenes del trabajador identificadas en el análisis, es importante mencionar que el rico no está incluido en la categoría trabajador en ningún caso. Este último dato también fue observado por Bergere Dezaphi (1989a) en su estudio realizado con jóvenes españoles en situación de desempleo, entre los cuales **la división social del trabajo se traducía en una división semántica del trabajo.**

A pesar de las particularidades en la tematización de la oposición entre el campo de lo ilícito y el ámbito laboral entre los jóvenes de la semi-libertad, **el significado del trabajo como actividad legítima y dignificante, así como su carácter protector, despierta igualmente unanimidad entre los sujetos de los grupos de la calle y de la comunidad:** R5: *En todo caso (trabajar en la calle) es mejor que estar por ahí “aprontando”*, ¿no? robando y esas cosas; es mejor, ¿no? (p.12).*

A1: *..si estás trabajando e invitas una persona a salir tienes (medios) para invitarla si no estás trabajando, ¿ cómo vas a invitarla? ¿qué vas a decirle? “ Ah, no tengo dinero porque no estoy trabajando...” Así la persona ya se queda cómo que con reparos contigo: “ el tío no trabaja, y no sé qué, entonces debe ser un vagabundo”..... (p17)*

En los tres colectivos la valoración del establecimiento de un vínculo con el campo del trabajo, al igual que con el ámbito educativo, aparece vinculada a la idea de ocupación del tiempo libre, asociada o bien al sentido de protección frente a las “tentaciones de la calle”, S1: *El trabajo sirve porque cuando estás desocupado ¡sólo piensas en tonterías! Y ocupado no tienes tiempo para pensar en droga, en robar, matar; ganas tu dinero sin tener que robar.(Silencio) (p.10), o bien a la idea de productividad: R3: *(el trabajo sirve) Para que el tío no sea perezoso y no se quede “ vagabundeando” por la calle (p.29).**

A4: *Por ejemplo, empecé a trabajar cuando tenía 14 años, porque siempre me gusta trabajar, ¿ no?... una cosa que no me gusta es quedarme inactivo en casa comiendo, mirando la tele, me gusta trabajar. Me gusta conseguir mis cosas, me gusta comprar cosas a través de mi propio esfuerzo (p.15)*

d) Los jóvenes de la comunidad y los sentidos emancipatorio y expresivo del trabajo

En el grupo de la comunidad encontramos el mismo perfil de bajas expectativas en cuanto a las perspectivas de inserción laboral que predomina entre los jóvenes institucionalizados, así como la **prevalencia del sentido del trabajo como una vía para la movilidad social**. Sin embargo, se pone el acento en la instrumentalidad del trabajo para la **mejoría de las condiciones materiales de existencia que han caracterizado la historia familiar** y la vida cotidiana en el ámbito doméstico. A ello se suma un énfasis en la **inclusión laboral como un medio para obtener independencia y autonomía**, mayoritariamente vinculado al deseo de liberarse de la tutela familiar:

A1: ... Cuando encuentre un trabajo, voy volver a comprar todas mis cosas y voy a alquilar una habitación para irme a vivir sólo (p.13)

E: Actualmente tienes ganas de trabajar ¿no?

A3: (sonríe) Sí, no depender de la madre ¿no?, de los hermanos...me parece guay...(p.7)

Estos son los dos ejes centrales de la definición del trabajo que les permitiría “*ser alguien*” en la vida. Pero el principal **elemento distintivo** del discurso de estos jóvenes sobre el ámbito laboral en relación con los sujetos de la semi-libertad y de la calle es la presencia de referencias al **valor expresivo del trabajo**. Esta dimensión se asocia al gusto, al placer y a la auto-realización. Desde esta perspectiva, además de ser una actividad instrumental, el trabajo puede convertirse en un **espacio de crecimiento personal y desarrollo de potencialidades**. Tal concepción favorece el deseo de vinculación con el campo laboral e implica la idea de un proceso de aprendizaje:

A2: ... Además de aprender cosas nuevas, quiero conseguir otras cosas a través del trabajo ... Porque creo que voy a sentirme más realizada cuando hable muchos idiomas y conozca bastante el mundo... El trabajo va a permitirme mantener a mi familia, aprender cosas nuevas, tener condiciones para pagar cursos que ahora y cuando era una niña no he podido hacer por falta de dineroy conocer más el mundo, el arte... ese tipo de cosas, ¿entiendes? (p.22)

Con todo, los planteamientos relativos al valor expresivo del trabajo se refieren predominantemente a la producción discursiva sobre el trabajo ideal y deseado. En ningún caso la dimensión expresiva sobresale en los relatos de las experiencias laborales llevadas a cabo por estos jóvenes en el pasado. Por otra parte, **en el grupo de la comunidad**, así como en el discurso de R4, **la distancia que se establece entre lo ideal y lo posible** no es tan grande como la que hemos visto en otros casos. A diferencia de los demás, estos jóvenes se atreven a manifestar que pretenden trabajar en “lo que les gusta” y formulan expectativas más altas en el campo del trabajo.

Por ello, consideramos fructífero ahondar en las estrategias que desarrollan ante la tensión establecida por la dimensión expresiva entre la esfera de los deseos y el delineamiento de su espacio de posibilidades en el ámbito laboral. Además, este análisis nos permite retomar el tema del valor instrumental del trabajo como medio de propiciarles independencia. La pertinencia de la discusión conjunta se debe a que, en ambos casos, las principales cuestiones subyacentes son la dimensión económica y la concepción del sujeto moderno que aspira a la autonomía y al desarrollo de sus potencialidades. Es precisamente este deseo de emancipación lo que suele conducir los jóvenes a una reflexión sobre los límites estructurales y coyunturales de sus proyectos de desarrollo.

Inicialmente, hay que señalar un punto de partida común a todos los sujetos del grupo de la comunidad y a R4: la identificación del trabajo idealizado asociado a un sentido hedonista con actividades en el campo del arte¹⁵⁸. Convertirse en actores profesionales, cantantes y profesores de teatro son algunas de las imágenes que pueblan el universo que identifican como sus sueños. Expectativas que en algunos casos remiten a la idea de vocación y a una noción naturalizada de “don”. Pero ni siquiera la introducción del valor expresivo apoyado en un sentido de vocación es suficiente para reducir el peso de la percepción de las constricciones estructurales y coyunturales:

A1: El trabajo para mí es un modo de desarrollo... un modo de aprender las cosas también.....el trabajo te educa y te mejora en tu desarrollo..... te enseña cómo las cosas ahí afuera son difíciles... que estás allí porque necesitas, que si no trabajas no eres nadie (p.17)

Sin embargo, la tensión que se establece entre el “mundo onírico” y el mundo percibido como “real”, que pone en movimiento la dialéctica entre lo ideal y lo posible, genera diferentes estrategias que dan lugar a verdaderas “soluciones de compromiso”. En este proceso, la vinculación con el ámbito escolar y el nivel educativo de los jóvenes parece jugar un papel decisivo. El tipo de expectativas laborales que manifiestan y, principalmente, la creencia en la posibilidad de concretarlas parece aumentar en la medida en que aumenta la implicación en procesos pedagógicos.

Así, A1, consciente de su bajo nivel de calificación - agravado por su determinación de no volver a estudiar - elimina los sueños de sus proyectos. Este joven no apuesta ni por la perspectiva de lograr un empleo mediante la inversión en cursos técnicos de formación profesional, ni por cualquier conexión entre la actividad artística

¹⁵⁸ Es importante recordar que todos tienen una fuerte vinculación con este campo ya establecida y se dedican a un taller de teatro desde hace más de un año.

a que se dedica (el teatro) y su inclusión en el mercado de trabajo. No obstante, establece una identificación entre la actividad laboral que le gusta (la pintura) y el “trabajo posible” (que plantea como actividad autónoma). Tal estrategia le permite considerar muy positivamente una profesión que en Brasil suele estar entre las llamadas ocupaciones pauperizadas y atribuirle una dimensión expresiva mediante una articulación con dos campos extremadamente relevantes para él: el arte y la religión.

A1: Como te dije...ahora estoy haciendo un curso (de servicios generales) también... pero lo estoy haciendo por hacer.... porque voy a coger un certificado, sólo que es algo que ... no me interesa ... también estoy haciendo ése de teatro, pero como te dije, el teatro para mí es cultura, porque ese teatro no va a darme un trabajo ¿no? Ese de servicios generales tiene un certificado... pero que creo que tampoco me interesa ese certificado. Lo que realmente me gustaría estar haciendo es practicar mi profesión, que es la pintura; porque me gusta trabajar con el color ¿no?.. Me gusta pintar el color blanco que trae la paz; el color rojo que es el de mi gitana, ¿no? Azul también que es el de “Xangô”¹⁵⁹ ... me gusta pintar... “Iancã” es amarillo! “Oxalá” es blanco que es Dios... La de “Oxum” es plata... me gusta trabajar con la pintura... Sí, de momento lo que me gustaría hacer es la pintura, con eso sería demasiado bueno. (p.21)

A4 sueña con los escenarios y manifiesta la esperanza de que un día pueda ejercer la profesión de actor o cantante para las cuales cree estar destinado, pues se percibe como portador de un don natural. Pero, a pesar de manifestar una fuerte motivación de logro y estar seguro de que va a “vencer en la vida” , lo plantea ante todo como una cuestión de suerte, casi como quien espera que le toque la lotería.

A4: Ah, ¡tengo (sueños)! En mi casa me quedo en la hamaca mirando a la tele ...Entonces veo a aquellas personas que tienen un sueño para realizar y lo alcanzan... Y yo deseo ser cantor o actor. Entonces digo: “ Algún día voy a lograrlo, voy a lograrlo... algún día voy a estar en la televisión” (se ríe)

E: ¿Y qué crees que puedes hacer para lograrlo, para convertir tus sueños en realidad?

A4: Ah, creo que seguir aquí en el teatro...seguir siempre con eso que me gusta, que es interpretar... que oportunidad (¿me gustaría tener?) me gustaría ir un día a Río de Janeiro. Conocer a la “Globo”¹⁶⁰. Quizá así ellos me contratan para hacer algo o la próxima telenovela de las 8 hs. (se ríe) (p. 24)

Mientras no se concretan sus sueños, sus expectativas consisten en sacar el carné de conducir para empezar a trabajar con el padre en el transporte público, lo que también le motiva pues lo relaciona con las ideas de logro, emancipación y construcción de una imagen positiva tanto desde el punto de vista social como individual:

A4: El trabajo significa lograr las cosas con tu propio esfuerzo, conseguir el dinero con tu propio sudor, enseñar a las personas que logras, que puedes.... yo creo que si piensas así “yo puedo, voy a lograrlo”, entonces lo logras ¡ seguro! (p.16)

A primera vista, las expectativas de A1 y A4 revelan posiciones muy distintas frente al ámbito laboral. Pero ambos jóvenes desarrollan una estrategia de conciliación

¹⁵⁹ Todos los términos en negrita son nombres de entidades de la religión “Espírita” a la cual A1 pertenece.

¹⁶⁰ Nombre de la mayor cadena de televisión de Brasil.

en la que se plantea que si bien el “trabajo posible” no implica necesariamente realización personal, debe permitir al menos alguna satisfacción indirecta, dónde se destaca la meta común de la independencia. Éste parece ser el principal factor explicativo de la disposición de A1 y A4 no sólo a aceptar empleos precarios, sino a desearlos y evaluarlos positivamente.

En el caso de A2 y A3, las perspectivas de inserción laboral están íntimamente ligadas a sus expectativas en el ámbito educativo y, en particular, a la relevancia atribuida al proyecto de ingresar en la universidad. Se asocian, pues, a una preocupación por la elección de la carrera profesional que pretenden estudiar. La centralidad de este deseo es tal que quita protagonismo a los proyectos artísticos. A largo plazo, el objetivo de estas chicas es concluir los estudios superiores y lograr un empleo compatible con su formación en el que perciban un sueldo compatible con la actividad que realicen.

Pero, mientras tanto, asumen la posibilidad (o mejor dicho la necesidad) de someterse a un trabajo precario, cuyo valor consistiría en la instrumentalidad para responder a necesidades inmediatas (pues como, advierte A2, “*es el dinero lo que rige el mundo*”) y, a la vez, para mediar la consecución de objetivos a medio y largo plazo (en especial, llevar a cabo sus estudios superiores). Lo llamativo es que, aún en estas circunstancias, privilegian la perspectiva de realizar un trabajo en el que puedan compaginar el valor instrumental (ligado al beneficio económico) y el expresivo:

E: ¿Y crees que se aprende algo con el trabajo?

*A2: No. Porque el trabajo en el que estoy trabajando, ha sido sólo para ocupar el tiempo y conseguir dinero, porque no es algo que me guste hacer, ¿entiendes?... Existe el trabajo por necesidad y (el trabajo) por el placer... Yo quería uno que fuera porque me gusta y por la necesidad.... La feria hasta me gusta porque siempre me ha gustado trabajar con personas, no me gusta eso de lugares cerrados ... me gusta estar en comunicación... Yo he sido incluso “**gritadeira**”... he trabajado rápidamente como vendedora, y sabes que hay aquellas personas del banquito ... que a veces visten la ropa del punto de venta y dicen: “¡El pantalón está a 10, la blusa a 5!”... Incluso por el hecho de que yo había hecho teatro antes, ¿no?... Pero quería algo que realmente me gustara.. Por ello estoy preocupada por mi futura elección en la selectividad. Porque no quiero empezar el día diciendo así: “ faltan diez horas para que salga del empleo”... Es mucho... mucho desgaste... (pp. 21, 22)*

4.5. La inversión en la cualificación profesional

Un último factor que promueve el establecimiento de vínculo con el ámbito del trabajo es la tendencia de los jóvenes de los tres colectivos a invertir en su cualificación profesional debido a la creencia – no siempre compartida como veremos a continuación - de que tal inversión puede facilitar su inserción laboral:

R1: ... con el estudio el tío aprende muchas cosas... y muchos trabajos aparecen para él...Yo tengo un curso de mecánica, tengo un curso de ebanisteria...Tengo muchos cursos(p.9)

Este proceso de cualificación abarca desde la realización de estudios técnicos de corta duración - tendencia predominante - hasta cursos de idioma (A3) e informática (R5). **Los jóvenes suponen que la diversidad de habilidades derivada de la inversión en la formación profesional sumada a una motivación de logro amplían sus posibilidades de conseguir un empleo, aunque sean conscientes de que no las garantiza en absoluto.**

En este proceso vuelve a entrar en juego una consideración positiva de ocupaciones precarias debido a la asociación entre vinculación con el mundo del trabajo y perspectivas de movilidad social. Los sujetos entienden que aunque el acceso a un “buen empleo” sea, como mucho, y a pesar de sus inversiones, una proyección a largo plazo, en todo caso el trabajo es un **espacio de aprendizaje.**

R1: ¿Para qué sirve el trabajo? El trabajo sirve para que la gente aprenda, para aprender; no? Por ejemplo, tú encuentras un empleo, llegas allá y el tío te va a contratar ... si no tienes experiencia, ya te pondrá cerca de uno que tenga experiencia para que aprendas con aquél que tiene experiencia... tú vas aprendiendo a currar con él y te vas levantando, ¿entiendes cómo es? .. (p.10).

El trabajo precario se ve, por tanto, como una fuente de experiencia capaz de potenciar las oportunidades de acceder a un trabajo mejor en el futuro:

S4: porque estos empleos públicos que están saliendo ahora ahí en la calle para limpiar muro, coger cosas, estas cosas así. Hay muchas personas que están mejorando, van poco a poco, van yendo a poquito pero en algún momento la persona va a poder salir de aquel empleo y levantarse, irse a otro mejor (tercera entrevista p.9)

Para concluir este apartado, vamos a presentar algunos datos sobre la relación entre el trabajo y la movilidad social en Brasil, con objeto de contrastar las percepciones y expectativas de los jóvenes con algunas de las tendencias observadas en las últimas décadas en el país. En un análisis sobre las tendencias de movilidad asociadas al trabajo en el período de 1973 a 1996, realizado con una muestra compuesta por 42.137 sujetos con edades entre 20 y 67 años, Pastore y Valle Silva (2000) han constatado que desde el punto de vista intergeneracional se produjo una reducción significativa de la herencia ocupacional. A ello se añade un aumento de las posibilidades de cruce de las fronteras entre los campos del trabajo rural y urbano, y manual y no manual, contribuyendo a la movilidad social de los brasileños tanto en el sentido ascendente como descendente.

En cuanto a la trayectoria del individuo tras su entrada en el mercado de trabajo, la movilidad ocupacional y social observada tiende a ser más baja cuando se compara con la evolución intergeneracional. En el campo de los itinerarios individuales se ha constatado la permanencia de una tendencia típica del país desde hace muchos años, que

refleja el mantenimiento de los mecanismos de reproducción de las desigualdades sociales: muchas personas ascienden poco y pocas personas ascienden mucho. En todo caso, la conclusión de los investigadores, en principio, parece apoyar las expectativas de los sujetos de nuestro estudio: *“En suma, los datos indican que el patrón básico de la movilidad en Brasil es dado por los flujos intergeneracionales, y que la movilidad de carrera relativamente modesta, cuando es relevante, es de dirección ascendente”* (Ibíd. p.83, traducción de la autora).

Sin embargo, los datos presentados en la investigación en cuestión también indican que las personas con origen familiar en el tramo económico-ocupacional inferior tienen su movilidad básicamente limitada al sector manual de la estructura ocupacional, ya que uno de cada tres individuos con este origen permanecen en dicho campo a lo largo de toda su vida. Estos datos contrastan con las expectativas de movilidad ocupacional y ascensión social de los jóvenes y auguran, para éstos, un futuro marcado por la conjunción de diferentes indicadores de vulnerabilidad.

5. Vulnerabilidades asociadas al ámbito laboral

El análisis que hemos realizado sobre las vulnerabilidades asociadas al ámbito del trabajo se ha centrado en dos objetivos principales. Por un lado, pretendíamos identificar los factores que han dificultado o imposibilitado el establecimiento de vínculos ocupacionales (o que supuestamente pueden hacerlo). Por otro lado, nos propusimos analizar los indicadores de vulnerabilidad implicados en las modalidades de inserción laboral de los jóvenes que han favorecido la desvinculación de las actividades ejercidas.

Empezaremos presentando los elementos que materializan el concepto de precariedad, así como los indicadores de vulnerabilidad en las incursiones laborales relatadas por los jóvenes. A continuación, y a veces paralelamente, discutiremos las principales barreras estructurales y simbólicas que dificultan el acceso y la inclusión de los sujetos en el ámbito laboral.

5.1. El “nomadismo” ocupacional

Hemos señalado al principio de este capítulo que una de las principales características de la relación con el trabajo compartidas por los sujetos de los tres colectivos es la **irregularidad y discontinuidad de sus experiencias laborales**. A ello se suma la **diversidad de actividades** que llevan a cabo ocasionalmente. La conjunción

de estos factores configura una forma de *nomadismo ocupacional*. Este nomadismo, que se acerca a la idea de una intensa **rotación**, suele identificarse como una fuente de inseguridad en el ámbito laboral, derivada del constante sentimiento de inestabilidad entre los trabajadores (Telles, 1992; Escorel, 1998a, Agulló, 2001).

En el caso de los jóvenes, tal sentimiento no parece llegar a producirse o, más precisamente, adquiere otra tonalidad. Sus trayectorias de vinculación y desvinculación con el ámbito laboral implican un movimiento de desplazamiento de una actividad puntual a otra que **impide la consolidación de un vínculo que propicie no sólo la asunción de la identidad social de trabajador sino, en la mayoría de los casos, cualquier sentido de pertenencia a este universo:**

A2: Ah, así, yo siempre he ayudado a mi madre indirectamente, preparando la bollería, las verduras de la feria....Luego llegó una época en la que fui a un punto de venta de otro dueño, (hacer) otras cosas, gané experiencia.....(pero) nunca fui mucho a la lucha realmente Por ello que te estoy diciendo que no trabajo mucho de verdad, porque voy así de acuerdo con mis necesidades... (p. 21)

Predominan relatos de **experiencias laborales fragmentadas** que, muchas veces, los jóvenes ni siquiera creen merecer el calificativo de “trabajo”, o, al menos, de lo que consideran como “el verdadero trabajo”. Por consiguiente, **más que como sujetos laborales vulnerables, los jóvenes se presentan como sujetos laborales incipientes**. En este sentido, el análisis de las vulnerabilidades asociadas al ámbito laboral pasa por los elementos ligados a la fragilización del vínculo con las actividades que han desarrollado. No obstante, nos conduce, sobre todo, a los factores que han dificultado una inserción que nos permitiera (y les permitiera) hablar propiamente de inclusión en el mundo del trabajo.

5.2. La aleatoriedad de ingresos

Para el análisis de los indicadores de vulnerabilidad que articulan la dimensión económica y la esfera ocupacional en los procesos de exclusión social seguimos a Tezanos (1999)¹⁶¹. A partir del esquema analítico propuesto por Castel (1991;1995), Tezanos plantea que la relación entre situación laboral y económica asume la siguiente configuración en los procesos de desafiliación social: la zona de integración se define por el vínculo laboral referente a un empleo estable que asegura ingresos igualmente estables; en la zona de vulnerabilidad se sitúan los sujetos con empleos precarios o inestables, actividades en crisis y trabajos ligados a la economía desregulada o

¹⁶¹ Véase cuadro resumen del modelo analítico propuesto por este autor en la última página del capítulo 1.

sumergida, mediante los cuales se perciben ingresos inestables; la zona de asistencia se caracteriza por la situación de desempleo y por ingresos derivados de aportaciones públicas reglamentadas o de la beneficencia; por fin, la zona de exclusión implica la situación de “inempleabilidad” y la aleatoriedad de ingresos.

La aleatoriedad de ingresos y la economía familiar predominan en los tres grupos estudiados. Solamente en dos casos (S2 y R4) los ingresos obtenidos (respectivamente individual y familiar) fueron definidos como estables. En cuatro casos, (A1, A2, S3, S6) la renta familiar ha sido complementada en algún momento por prestaciones asistenciales. Sin embargo, en el momento de la entrevista sólo las familias de S3 y S6 aún contaban con esta fuente de ingreso, correspondiente, respectivamente, a la pensión derivada de la muerte del padre de S3 y a la cobertura ligada a la situación jurídica de S6.

Por otra parte, en la mayoría de los casos se reconocía un complemento de la renta (individual y/o familiar) mediante diferentes estrategias de *inclusión marginal* en el sistema productivo (prácticas ilícitas, mendicidad, actividades diversas en la economía sumergida), lo que intensifica la característica de aleatoriedad de los ingresos.

5.3. El bajo nivel de rendimientos

Otro importante indicador de la precariedad de las experiencias de trabajo descritas es el **bajo nivel de rendimientos obtenidos**¹⁶² tanto por los familiares como por los propios jóvenes. Nos centraremos solamente en estos últimos.

Los rendimientos de las actividades definidas por los jóvenes como trabajo, en general, no llegan a sobrepasar los niveles mínimos que permiten la subsistencia. Y cuando lo hacen, en particular en el contexto de la calle y entre los jóvenes institucionalizados, suelen tratarse de las estrategias de supervivencia que se mantienen en el campo semántico del trabajo de modo muy ambiguo. También es frecuente una complementariedad entre éstas y el trabajo:

E: ¿ Y cómo te las arreglaba para conseguir dinero por ejemplo?

R2: (sonríe) Yo pedía, cuando nadie me lo daba, robaba, vigilaba coches... (p.10)

¹⁶² Los rendimientos medios de la población juvenil activa en Brasil suelen ser muy bajos de una manera general. Según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, en el año de 1995, momento particularmente favorable del Plan de Estabilización de la economía, el rendimiento medio de los jóvenes ocupados en el mercado formal era de 1,73 salario mínimo, índice que bajaba hasta 0,77 en las ocupaciones relativas al mercado informal y al trabajo rural. Estos indicadores suelen ser particularmente desfavorables para jóvenes con edades entre los 15 y los 19 años y para las mujeres (Arias, 1998).

S5: ... primero empecé yendo al Carrefour, trabajando, ¿correcto? Empaquetando, vigilando coches y llevando (las compras) hasta los coches... Después empecé a **descuidar*** en el Carrefour... a robar ropa, a robar un montón de cosas... Trabajaba un poco y robaba... ¡Allá mismo! Dentro de la tienda (p.9)

5.4. La carencia de mecanismos de protección

La cuestión de los mecanismos de protección remite en primer lugar a la **escasez o ausencia de garantías de protección social**¹⁶³. Entre las actividades que los jóvenes han desarrollado no suele haber una relación salarial. Y cuando la hay, dicha relación suele tener un carácter informal carente de cualquier tipo de protección, carencia que también es hegemónica en la realización de trabajos autónomos. Pero **en algunos casos el problema de la desprotección va bastante más allá de las garantías jurídicas vinculadas a los derechos asociados a la noción de “bienestar social”**.

En el espacio de la calle, por ejemplo, **el ejercicio de diferentes estrategias de supervivencia en la economía sumergida supone el riesgo de pérdida total** tanto de los ingresos como del propio material de trabajo **debido a la ilegalidad de las actividades**. Ello supone una tensión constante producida por la espera de la fiscalización que puede llegar en cualquier momento:

R4: ... porque de vendedor ambulante mi padre ya no podía trabajar, porque había la cosa de la fiscalización... Entonces mi padre logró un empleo registrado de vigilar coches en el Teatro Nacional, ahí él iba y yo iba con él también, pero sólo él vigilaba los coches y yo me quedaba sentada (p.35)

Cuando, además de trabajar, los jóvenes viven en la calle, estos riesgos se multiplican por las vulnerabilidades de las condiciones de vida en este territorio, acentuadas por la superposición entre las esferas de lo público y de lo privado.

R1: ... no estoy haciendo mi trabajo de artesanía, estoy parado ¿no?... (porque) TERRACAP¹⁶⁴ se llevó todas mis cosas, allá en mi “**barraco**”¹⁶⁵ ¿sabes? ... TERRACAP llegó y se llevó todas mis cosas.... Fue en estos días... sólo fueron allá, demolieron (el **barraco**) y se llevaron mis cosas.... (p.2)

5.5. El carácter conflictivo y opresor de las relaciones de trabajo

Hemos señalado antes el **gran vacío de la dimensión relacional** en el discurso sobre el trabajo. Las escasas menciones a esta esfera ponen de manifiesto el **carácter predominantemente negativo y conflictivo atribuido a las relaciones laborales asociadas a la noción de empleo**. El ambiente del trabajo se percibe mayoritariamente

¹⁶³ Sobre los problemas relativos a la relación entre trabajo, juventud y protección social en Brasil, véase Beltrão (1998). Sobre mecanismos jurídicos e institucionales existentes, así como medidas y proyectos en tramitación relacionados con la protección del trabajo infante-juvenil, véase Goiás (1999); “A erradicação do trabalho infantil e a proteção do trabalho adolescente” (op. cit) y “Trabalho infantil no Brasil: Questões e Políticas” (op.cit).

¹⁶⁴ Organismo que lleva a cabo la fiscalización de ocupaciones irregulares en terrenos públicos.

¹⁶⁵ Uno de los nombres utilizados para hacer referencia a viviendas muy precarias que, a veces, como en este caso, no son más que tiendas improvisadas, o incluso pequeñas casitas de cartón.

como un contexto disociado del “calor” relacional identificado con otros territorios. En general, no se vislumbran posibilidades de establecer relaciones afectivas ni de obtener cualquier tipo de apoyo social en este contexto.

El ámbito laboral suele ser caracterizado por relaciones de poder marcadas por la jerarquía, el autoritarismo, la opresión, la disciplina y la formalidad. Tal percepción parece incidir tanto en la fragilización de los vínculos con el trabajo como en su propia constitución.

En dos casos (A1 y A4), la ruptura de vínculos laborales que han llegado a establecerse se produjo debido a **altercados en las relaciones en el trabajo** que dieron lugar, respectivamente, al despido de A1 y al abandono del empleo por A4. El alejamiento del ámbito laboral también se produce debido a **experiencias entendidas como ejemplos de “explotación”**: A2: *Yo he intentado, estaba trabajando, pero la mujer me estaba explotando mucho....Yo estaba ayudando en una casa de familia cerca de mi casa..(p.7)*

La evaluación negativa de las relaciones laborales también es la tónica dominante en el discurso sobre las relaciones de trabajo proyectadas en el futuro. En dichas proyecciones, los jóvenes se sitúan como víctimas potenciales de conductas autoritarias, opresoras y descalificadoras, frecuentemente asociadas a la figura del jefe:

E: ¿ Y qué crees que puede haber de malo en el trabajo?

A3: El jefe (se ríe) Ah, no sé, porque nosotros incluso hicimos una dinámica en el curso, así, cuando el jefe empieza a chillar contigo, o entonces cuando te conviertes en el imbécil de la empresa (p.10)

Desde esta óptica, las posibilidades de tener éxito y lograr movilidad en el trabajo dependerían de la capacidad de sumisión de cada persona, tanto en términos de aguante, como el sentido weberiano de atribución de legitimidad a la dominación:

S6: (El trabajo) sirve para luchar (para que estés) siempre luchando para subir un peldaño más....

E: ¿ Entonces crees que el trabajo puede ayudar a la persona a moverse, a llegar a un lugar mejor?

S6: (puede ayudar) Al tío que se relaciona bien con las personas, que sabe conversar, sabe pedir, sabe bajar la cabeza, ¿no? (p.21)

5.6. El sentido penoso del trabajo

Las consideraciones anteriores nos conducen al núcleo de significación que probablemente constituye la principal clave en el campo simbólico para la comprensión del alejamiento de los jóvenes del ámbito laboral: **el sentido penoso del trabajo.** En este punto observamos una vez más la gran coincidencia entre la relación establecida con los ámbitos del trabajo y de la escuela. Algunos de los elementos que configuran

este núcleo de sentido son destacados por los sujetos de los tres colectivos, mientras que otros cobran mayor o menor relevancia según la inscripción territorial de los jóvenes.

El sentido penoso vinculado al significado del trabajo como deber es particularmente relevante entre los jóvenes de la comunidad. Aquí es la obligación interiorizada o impuesta de contribuir a la subsistencia familiar lo que se asocia a una percepción negativa del trabajo.

A1: ... Trabajar es bueno, pero sólo si vives tú solo, si no tienes a nadie para fastidiarte en casa...El trabajo tiene que ver con la casa... (porque) si tienes en tu casa a muchas personas dependientes de ti, no vas a tener un trabajo tranquilo... vas a esforzarte en aquel trabajo, vas a aguantar mucha humillación porque tienes a muchos dependientes.... cuando hay muchas personas, no se puede pasar de ello y aquel trabajo se hace muy forzado para ti... te quedas preocupado por quienes están en casa ... (p.18)

La cuestión del carácter subordinado y opresor de las relaciones de trabajo es especialmente destacada por los jóvenes de la semi-libertad y de la comunidad.

El consenso acerca del sentido penoso del trabajo en los tres colectivos se produce ante la articulación de los siguientes factores: **baja remuneración, malas condiciones de trabajo y gran desgaste físico. En estas circunstancias, el trabajo cobra tres significados básicos para todos los jóvenes: explotación, humillación y sacrificio.**

A2:Una vez fui al trabajo de mi madre y, así, me quedé triste con lo que ella pasa. Es un trabajo humillante ¿sabes?...las personas explotan su sangre... ¡ella trabaja agotada! Está cansada, yo lo veo; la he visto allá muriéndose de dolor de cabeza, con malestar pero (diciendo): “no, yo tengo que ayudarles (a la familia), no voy a desistir ahora, no voy a hacerlo”... (antes) ella trabajaba en un centro médico, hasta dos meses atrás, antes de volver a trabajar en la cocina... Cogía 2 autobuses y ganaba 2 salarios mínimos, y la familia con casi 13 personas ¿no? estoy segura de que por el trabajo que realiza ella podría cobrar mejor. El sueldo está muy desvalorizado ¿sabes? La persona sólo trabaja para no quedarse ahí. Porque (mi madre) no tiene pensión, no tiene nada y si no trabajar... Yo creo que nosotros nunca hemos pasado por dificultades porque ella nunca ha parado, ¿sabes? ... (p.2).

La elección de esta cita referente a la experiencia laboral de una madre se debe a que nos permite apuntar otra de las muchas interesantes ambigüedades relativas al sentido del trabajo como vía para la inclusión social. Al mismo tiempo que el trabajo es una categoría central en las referencias a la mejora en las condiciones de vida en el ámbito doméstico, la precariedad en este contexto suele atribuirse precisamente a la precariedad laboral de los familiares en los tres colectivos. La estabilización doméstica en lo precario es asociada, a su vez, a la ausencia de perspectiva de movilidad social de los progenitores. Es decir, los jóvenes manifiestan un escepticismo en relación con cualquier posibilidad de movilidad social de sus padres por la vía del vínculo con la esfera laboral; no obstante, creen que ellos sí la tienen en alguna medida.

Esta disyuntiva da lugar a un esfuerzo de diferenciación de los miembros de la familia que son obreros. El hecho de que éstos hayan tenido “una historia de vida

dolorosa”, les genera un intenso deseo de no reproducir sus caminos. Ello se traduce en un claro rechazo a la vida obrera, similar al que fue detectado por Dubet (1987) entre jóvenes de suburbios franceses como resultado del desvanecimiento de las solidaridades de clase. El trabajo de los familiares de nuestros sujetos es identificado por los jóvenes con esfuerzo y sufrimiento, cobrando el sentido de *labor* desarrollado por Arendt (1993). El acento recae sobre el carácter penoso de la actividad y su orientación instrumental atada a la supervivencia, al puro mantenimiento de la vida.

En este enfoque, el obrero es percibido como *animal laborans* “sujeto y constantemente ocupado con los devoradores procesos de la vida”(Ibíd., p.164). **La expresión máxima del trabajo deshumanizador remite a actividades que implican la confluencia entre relaciones laborales fuertemente verticalizadas y opresoras, malas condiciones de trabajo y rendimientos.** Frente a estas condiciones, los jóvenes prefieren la exclusión del mundo de trabajo.

5.7. La escasa atracción del trabajo frente a modos de inclusión marginal

Diferentes combinaciones de los elementos mencionados componen los argumentos sobre el **escaso atractivo del trabajo frente a otras actividades**, que justifican el alejamiento o rechazo del ámbito laboral. Es precisamente en el desarrollo de estos procesos de justificación que **la precariedad de las modalidades de inserción en el mundo del trabajo percibidas como posibles asumen una connotación netamente negativa entre los jóvenes de los tres colectivos.**

S2: .. (*Mi madre*) me da consejos y consejos:.... “vete a trabajar, a encontrar un trabajo”; (imitándose a sí mismo contestando a la madre) : “¿Encontrar el qué?;! ¡No hay trabajo!”; (imitando a la madre): “vete a limpiar un terreno” (risas), y yo (contestando irónico):“ ¡Qué cosa de limpiar terreno que nada!”.. entonces salgo a la calle.... hay unos (consejos) que escucho, entonces me quedo pensando ... pero es salir a la calle y no hay manera, (entonces pienso) : ¿ Trabajar?; qué va! ... (p.5)

Entre los sujetos de la calle y de la semi-libertad los aspectos negativos relacionados con el trabajo rivalizan con los beneficios materiales y simbólicos asociados al territorio de la calle y a las actividades ilícitas. Tal confrontación también acciona el complejo juego de valorización y rechazo de distintas identidades sociales ligadas a la imagen del trabajador que señalábamos en el apartado anterior.

Asimismo, remite a una inevitable asociación entre la precariedad y las dimensiones económica y ocupacional. Cuando el trabajo concreto se percibe como una actividad de por sí poco atractiva y a ello se suman perspectivas de inserción precarias

cuya remuneración mal alcanza para la supervivencia, el resultado suele ser un repudio tajante basado en el argumento de que trabajar no compensa:

S2: Ah ... tienes que ganar bien ¿no?... (porque) si curras mucho ... pero estás cobrando mal, ni siquiera te animas a trabajar, tía, no te animas. ¿Qué haces con un salario mínimo? No haces nada, prácticamente te mueres, si dependes de un salario mínimo, te mueres de hambre (p.24)

Hemos visto en diversas ocasiones que los jóvenes destacan constantemente la centralidad de la participación económica para hacer viable su inclusión social a través de argumentos impregnados por la lógica del consumo. Sobre esta lógica se erige una compleja red argumental en la cual coexisten posiciones aparentemente contradictorias frente al trabajo que, sin embargo, surgen en las entrevistas como un camino continuo sobre el cual se construyen sus procesos de exclusión e inclusión social.

La producción discursiva sobre las vías capaces de posibilitar la construcción de “una vida mejor” implica siempre alguna idealización de las instituciones socializadoras que tradicionalmente se han concebido como núcleos fundamentales para la inserción e integración social: la familia, la escuela, la religión y el trabajo. En consecuencia, la mayoría de los jóvenes plantea que para “*ser alguien en la vida*” es necesario invertir en la participación en estos ámbitos. Pero, a la vez, suponen que si no se encuentran aperturas para la inserción en los referidos espacios es necesario recurrir a modalidades de *inclusión marginal* (Martins,1997), entendiendo que este movimiento no es incompatible con el anterior en absoluto:

A1: Entrar en la “malandragem”es buscar un trabajo y no encontrar.... es querer hacer el bien a una persona y esa persona ser incapaz de ver este bien, es tener demasiada ambición. Entonces la persona se indigna, sale para buscar trabajo y no encuentra; y la persona necesita comer y vestirse, y si encima le exigen mucho, las cosas se ponen todavía peor¿ no?... (mi hermano) dijo que como no había encontrado trabajo y tenía que conseguir dinero porque mi madre lo quería de cualquier manera, iba a entrar en la “bandidagem”*...Un día salió temprano, se quedó todo el día en la calle y no encontró trabajo, entonces cuando regresó él dijo (al vecino) ... “Sr. M. he buscado trabajo durante todo el día y la gente ha cerrado la puerta en mi cara, ha dicho que yo era un vagabundo y no iba a encontrar un trabajo, entonces voy a entrar en la “malandragem” ” (p.7)*

Así, la ausencia de vías de inserción formales aunada (o no) a una tendencia a evitar el trabajo relacionada con su sentido penoso y la concepción frecuentemente compartida entre los pares de que “*no es vida*”, “*es cosa de tontos*” y/o “*no compensa*”, a menudo impulsa a los jóvenes a optar por modos alternativos de participación social.

En las entrevistas de los jóvenes de la semi-libertad esta línea argumental conduce directamente a prácticas ilícitas que les permiten acceder a diferentes bienes de consumo materiales y beneficios simbólicos (“dinero fácil”, mujeres, “fama”, etc.). Argumentan que esta dinámica les permite “*sentirse el rey del mundo*” y les mantiene en modalidades de inclusión marginal porque éstas son “*como un vicio*”. Añaden, sin

embargo, que **si inicialmente las prácticas ilícitas se plantean como un medio para no tener que trabajar, luego, la estigmatización derivada de su criminalización (sobre todo después de la institucionalización) impide o dificulta que logren un trabajo aunque lo quieran, engendrando así un círculo vicioso.**

También establecen una fuerte relación entre prácticas ilícitas y/ o violentas, ausencia de perspectivas de inserción laboral y responsabilidad de cubrir necesidades básicas en el contexto doméstico. Pero la intensidad de la asociación entre actividades delictivas y sistemas de solidaridad familiar varía bastante según los casos.

Sujetos de los tres colectivos a menudo afirman que *“violencia y miseria son hermanas”* porque no hay recursos y trabajo para todos. **La negación del acceso al trabajo es entendida en los tres grupos como una violencia (estructural) que genera más violencia, porque favorece modalidades de inclusión marginal asociadas a la criminalidad.** Desde este punto de vista, los jóvenes proponen la creación de empleo como estrategia fundamental para reducir la violencia urbana, reiterando su creencia en el trabajo como mecanismo de inserción e integración social. Pero, a la par, muchos sujetos plantean que el problema de la inclusión marginal ligada a la criminalidad no tiene solución, porque para ellos (jóvenes pobres) el empleo constituye una promesa que probablemente no se cumpla. Además, es una actividad que no puede generar los mismos beneficios económicos que determinadas prácticas ilícitas:

S4: ... hay personas que dicen así ...: "no, paso de eso de trabajar, yo robo mi dinero allí y gano mucho más de lo que los otros ganan ahí" ... Ah, (una persona que vive del tráfico de drogas) te dirá : " Tío, yo no dejo eso, no lo dejo, ¡ni hablar! Porque aquí estoy ganando mi dinero, lo gano ¡y estoy ganando mucho!" ... Tú puedes ofrecer un empleo para él. La persona que es traficante saca unos 70, hasta 1000 (reales) cada día, hasta 1000. Entonces él piensa: "¿Trabajar para qué? ¡Para ganar 150! ¿En estos empleos ahí? ¡ Si mi empleo aquí estaba mucho mejor!" ... (tercera entrevista pp. 9,10)

En la calle, la precariedad del “trabajo posible” también rivaliza con los beneficios potenciales de diferentes actividades ilícitas, tales como los pequeños hurtos o distintos niveles de participación en la venta de drogas¹⁶⁶. Adicionalmente, asumen relevancia las prácticas que apelan a la caridad de *“los de la sociedad”* como la llamada silenciosa a donaciones voluntarias o la mendicidad explícita:

¹⁶⁶ Cabe poner de relieve que a pesar de la centralidad de las drogas en la trayectoria vital de diversos sujetos de nuestro estudio, el papel atribuido a su consumo en los procesos de exclusión del ámbito laboral es muy reducido. La relación de los jóvenes con la droga interviene en (y problematiza) sus procesos de exclusión e inclusión en el mundo del trabajo antes por la vía de la implicación en la comercialización de diferentes sustancias que en función de cualquier tipo de uso o abuso.

R2: Yo llegaba y decía: “ Tía ¿me das cambio para que pueda comprar una cosa para mí?” Le provocaba pena ... entonces la gente me lo daba.. (p.2).

A veces, los beneficios obtenidos a través de estas prácticas, contrapuestos al sentido penoso y al bajo nivel de ingresos de las actividades laborales a las que tienen acceso, favorecen su asunción como un “*modo de vida*”. Un ejemplo es el caso de R2, que expresa un rotundo rechazo del trabajo justificado por una evaluación positiva de la mendicidad asociada a (pero no sólo condicionada por) los ingresos obtenidos: R2: *Yo no soy muy dado a vigilar coches. Prefiero pedir...Ganas más que vigilar coches.... Pero hay días que tienes mala suerte y no ganas nada..... (se ríe)(p.25)*

Tal opción, sin embargo, es objeto de polémica entre la propia población que desarrolla su vida cotidiana en la calle. En contraste con el planteamiento de R2, hay posiciones como las de R1 y R5, cuyas valoraciones sobre los procesos de alejamiento y/o exclusión del ámbito laboral implican un discurso marcado por una tendencia a la responsabilización individual. Aquí, la ausencia de una vinculación con el trabajo se atribuye a características como la “*pereza*” o a la definición de aquéllos que no trabajan como “*vagabundos*” o “*parásitos*”: R1: *La gente que vive en la calle, si el tío no es parásito, si sabe buscarse la vida, no hay motivo para que se quede en eso de vivir en la calle.(p.19)*

En esta línea, las críticas a la mendicidad también aparecen en el discurso de jóvenes de los otros dos colectivos, reflejando siempre una fuerte asimilación de la ecuación que establece una equivalencia entre trabajo, productividad y utilidad social:

S5: *Así, ayudando a las personas (empecé a trabajar) de pequeño: cortando el césped, cargando tierra para dentro de terrenos, repartiendo publicidad, vendiendo helado.....Ya abrí zapatitos, vigilé coches...ah, ya he hecho un montón de cosas en la vida, pero nunca pedí... nunca pedí ... tengo piernas, tengo brazos, ¿voy a estar pidiendo limosna dentro de autobús? Yo no, ¡ qué va! Tengo salud, Dios me dio salud y me ha hecho así porque sabía que yo iba a tener algo en la vida; porque tengo piernas, tengo brazos, no soy minusválido, Gracias a Dios, tengo salud, no soy ciego, tengo fuerza para trabajar ¿voy a quedarme pidiendo para qué? ¡Yo no! Voy a trabajar que gano más.... (p.21)*

6. Juventud, trabajo, exclusión social y sentido de la ciudadanía? en Brasil

En este apartado presentaremos la lectura que los jóvenes realizan sobre el escenario actual del ámbito del trabajo en el contexto brasileño, entrando - aunque de modo muy elemental - en cuestiones de carácter más estructural, en el campo de lo político y, especialmente, de la ciudadanía. Nos dedicaremos en particular al análisis de la relación entre los siguientes temas: juventud, acceso al trabajo, políticas pública, programas de intervención asociados al ámbito laboral y sentido de la ciudadanía.

En ocasiones los jóvenes realizan una lectura crítica del panorama actual del ámbito laboral en Brasil que se traduce en rechazo o en resignación. Pero, más que

indignación, pasividad o pesimismo, lo que marca el análisis que realizan sobre este campo es un profundo realismo. A pesar del predominio de un nivel de elaboración muy superficial, expresan una fuerte conciencia de la escasez de empleo y de la precariedad de los vínculos laborales.

A3: Las empresas también sólo quieren a personas con experiencia. Y si no dan oportunidades a los jóvenes ¿cómo es que ellos van a tener experiencia? ¿Entiendes? oportunidad de empleo ¿no? Así, de un buen empleo y no...como mi hermana, mi hermana tiene una buena formación, ella hizo muchos cursos pero ¿qué está haciendo? Está trabajando como secretaria, ganando un salario mínimo, ¿entiendes? .. pero ella también sólo está allá porque, por la dificultad de conseguir empleo... (p.12)

En este contexto, los jóvenes hacen especial hincapié en las crecientes exigencias de calificación para conseguir acceder a un trabajo.

S4: ... Hoy en día para que la persona tenga un empleo, ella tiene que cursar la secundaria, hoy en día hay un montón de tonterías. Porque, no sé, en Brasil podría... podría ser igual en los Estados Unidos, porque allí no falta empleo por ello que Brasil es un país del tercer mundo, hay demasiada miseria el sueldo es poco, falta empleo... a causa de los estudios la persona no puede trabajar, porque no los tiene, porque está sin estudios, entonces la persona se pone loca .. (Tercera entrevista p.3)

6.1. Capital cultural y acceso al trabajo

La **relación entre escuela y trabajo** en los procesos de desvinculación o no vinculación con el ámbito laboral conduce básicamente a tres temas. Por un lado, está el cansancio derivado de compaginar ambas actividades que acaba por remitir a la elección de una de ellas, donde ya hemos visto que el trabajo suele ser la opción privilegiada. Por otro lado, en el caso de todas las chicas, así como en el de algunos varones (R3, S3), la primacía de la escuela frente al trabajo parece contribuir al no establecimiento de un vínculo más estable con el trabajo y/o a retrasar las preocupaciones en este sentido.

En esta dirección, cabe señalar que en los últimos años empieza a observarse la tendencia hacia una creciente “opción” por la escuela que estaría produciéndose de modo simultáneo a la reducción/desaparición de puestos de trabajo tradicionalmente ocupados por los jóvenes en Brasil. Sin embargo, ésta no es la tendencia dominante, de manera que no llega a ejercer una función propiamente compensatoria. En su lugar, prevalece la asociación entre la no escolarización y la inactividad, que afecta especialmente a los jóvenes pertenecientes a los sectores más pobres de la sociedad. En el año 1998, se estimaba que aproximadamente dos millones de jóvenes con edades entre los 15 y los 19 años no trabajaban ni estudiaban (Madeira y Rodríguez , 1998).

Estos datos se vinculan a la tercera temática, que remite a la faceta más perversa de la relación entre la escuela y el trabajo en los procesos de exclusión social de los jóvenes de los tres grupos estudiados. Se trata de la expulsión del sistema productivo, o

de la imposibilidad de acceso al trabajo debido al bajo nivel de escolaridad y de cualificación obtenido. Los jóvenes son conscientes de que la competitividad y las actuales exigencias de cualificación del mercado de trabajo son incompatibles con su bajo nivel educativo :S4: ... *porque para un empleo, la persona va a preguntarte: “¿Sabes hablar inglés?” Y tú :“yo no”, “Ah, entonces no me sirves ”... (p.20)*. También manifiestan que de poco vale la formación práctica que algunos poseen si ésta carece de una legitimación formal (certificación oficial): S1: ... *yo tengo más o menos la técnica de hacer portales, ventanas, puertas... porque ya hice un curso de cerrajería, sólo no tengo el certificado ¿sabes? (p.13)*

Como veíamos en el ámbito de la educación, la escasez de capital cultural genera sentimientos de inferioridad y malestar frente a los demás. Estos sentimientos se reproducen y son reforzados en el ámbito laboral:

A3: ... *tengo curso de inglés ...(creo que es importante) porque hay empresas que sólo contratan personas bilingües¿ no? Y, no sé, cuando vayas a hacer un viaje no te quedarás sin entender lo que pasa...cuando llega alguien a la empresa, supongamos que soy la recepcionista o la secretaria, algo así, entonces no voy a entender nada de lo que la persona está diciendo, no voy a entender lo que ella quiere (p. 11)*

La perversidad de la relación entre la cuestión del capital cultural y el mundo del trabajo se traduce en una dinámica en la que el bajo nivel educativo de los jóvenes limita su acceso al trabajo a actividades ocupacionales de baja calificación, baja productividad y baja remuneración, como hemos visto anteriormente. Los datos disponibles en esta dirección tampoco son alentadores.

Hemos señalado en la primera parte de esta tesis que, además de ser uno de los países con mayor nivel de desigualdad en el ámbito educativo, Brasil también posee uno de los más elevados índices de sensibilidad de los sueldos al nivel de escolaridad de los trabajadores (Barros y Mendonça, 1996). A ello se suma la asociación entre la eliminación de puestos de trabajo que tradicionalmente solían absorber la mano de obra no cualificada en función de los avances tecnológicos y las crecientes dificultades de los jóvenes pobres en obtener la cualificación exigida a fin de lograr algún tipo de inserción en el mercado de trabajo, y, en particular, el acceso a vínculos laborales más estables.

La inestabilidad y la extrema provisionalidad de los “trabajos posibles” articuladas con la tendencia a una gran alternancia y diversificación de actividades ocupacionales impiden cualquier tipo de especialización que les posibilite la capacitación para el ejercicio de un oficio (Escorel, 1998a). Por tanto, no es de extrañar que el nivel educativo sea la característica más fuertemente asociada a la pobreza en el país, seguida por el trabajo informal desprotegido y por el desempleo del cabeza de la familia (Rocha, 1995).

6.2. Requisitos de experiencia y los riesgos de instalación en el paro

Otro aspecto muy presente en las entrevistas es la **percepción de los criterios que condicionan las posibilidades de acceso al trabajo como injustos**. En este escenario, la juventud es una población particularmente vulnerable, ya que suele carecer de experiencia y, sobre todo, de experiencia laboral formalmente registrada.

A1: El gobierno.... no da oportunidades para un joven trabajar...Así, las oportunidades que ofrece son oportunidades sin conclusión... Porque hay mucha gente que quiere trabajar y no trabaja porque no tiene experiencia de trabajo registrada ... y porque no ha trabajado nunca creo que si la persona nunca ha trabajado... ¿cómo va a conseguir un contrato de trabajo formal? No hay condiciones... y el padre y la madre le dicen: es que no quieres trabajar.. eres eso o aquello”, siendo que sales para todos los lados, buscas, buscas, buscas trabajo y no lo encuentras.¿Cómo es que se puede salir adelante así? (p.22)

La inserción laboral no formalizada suele ser la forma típica de entrada de los jóvenes en el mercado de trabajo en Brasil (Sabóia, 1994 en Escorel, 1998a). Datos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística indican que menos de 30 % de los jóvenes ocupados en 1997 con edad inferior a los 18 años tenían un registro formal de este vínculo laboral (cifra que probablemente sería bastante más alarmante si incluyera los numerosos jóvenes trabajadores invisibles de la economía sumergida). Esta modalidad de inserción laboral viene acompañada por vulnerabilidades tanto en términos de rendimientos como de protección social (Arias, 1998; Beltrão, 1998).

La confluencia de los aspectos mencionados se ve como una gran barrera que impide a los jóvenes de los tres colectivos su acceso al mercado de trabajo. Estos mismos aspectos se han destacado como elementos dificultadores del acceso al trabajo por jóvenes pobres residentes en la periferia de Brasilia (Abramovay et al., 1999) y en zonas suburbanas de ciudades de otros diez estados brasileños (Castro et al., 2001).

Los jóvenes también se quejan de que cuando hay plazas en el mercado de trabajo las ocupan los que ya tenían empleo, porque son los que poseen la experiencia y la formación demandadas. En consecuencia, los que están en paro siguen en esta situación. Dicho de otro modo, plantean que a la falta de espacio en el mercado de trabajo fomentada por el desempleo estructural, se suman una serie de desventajas coyunturales que reducen sus oportunidades para acceder a un trabajo. La conjunción de estos factores aumenta las posibilidades de convertir su posición de sujetos laborales incipientes en una situación de desempleo y superfluidad crónicos que puede conducir a la inempleabilidad:

S4. Por ejemplo, está surgiendo mucho empleo en estos lugares donde hay construcción, pero eso de construcción de puente... eso de viaducto que están inventando no nos da empleo... eso trae empleo para quienes ya tienen estudios sobre aquello, los que ya saben hacerlo... ¿Qué empleo? Salieron 12 mil plazas de empleo, ellos lo escriben en la placa, pero no hay ningún empleo, porque los están dando para quienes ya tenían empleo, ya trabajaban y ya eran técnicos en hacer aquello (tercera entrevista p.9)

De ahí derivan las bajas expectativas relacionadas con sus perspectivas de inserción laboral, así como la valoración de proyectos dirigidos a la formación e inserción profesional de la juventud - aunque precaria - puesto que se entienden como “*un impulso*”.

6.3. Evaluación de las políticas en el ámbito laboral y sentido de la ciudadanía

A pesar del énfasis en la importancia de políticas dirigidas a la cualificación profesional de la juventud, esta cuestión es fuente de inquietudes y objeto de divergencias entre los jóvenes. En el centro de este debate se sitúan los actores sociales, instituciones y criterios que supuestamente podrían facilitarles el acceso al trabajo.

El primer aspecto llamativo es la **escasa presencia de una concepción de trabajo como derecho y la falta de confianza en los mecanismos percibidos como potencialmente capaces de posibilitar el ejercicio de este derecho**. En ocasiones encontramos el planteamiento de que teóricamente sería obligación del Estado propiciar las condiciones para que el acceso al trabajo fuera un derecho universal basado en la noción de igualdad. Sin embargo, tal afirmación viene acompañada por el argumento de que en la práctica los mecanismos vinculados al ejercicio de este supuesto derecho están regulados por criterios injustos, y orientados a la reproducción de las desigualdades sociales. Esta situación paradójica se refleja de modo tajante en la absoluta desaparición de las nociones de igualdad y universalidad cuando el discurso de los jóvenes se desplaza hacia el campo de lo que identifican como sus experiencias vitales concretas.

Hay una relativa coincidencia en estos planteamientos más genéricos. En cambio, la valoración de las políticas y programas de formación profesional, así como la percepción de los agentes y mecanismos considerados como los principales responsables de favorecer el acceso al trabajo son bastante heterogéneas. Tal heterogeneidad está íntimamente relacionada con el tipo de experiencia de capacitación que han tenido, la importancia que le atribuyen y, en especial, la inscripción territorial de los sujetos.

Entre los **jóvenes de la calle**, solamente los dos sujetos que están preocupados por lograr un vínculo laboral más estable y alejado de este territorio (R1 y R5) han optado por invertir en su calificación profesional. Ambos manifiestan una evaluación positiva de los cursos realizados y consideran que pueden contribuir a la consecución de

sus metas. El discurso de estos jóvenes indica la **inexistencia de una concepción del trabajo como derecho, apoyada en la asimilación de la lógica neoliberal según la cual el acceso a un trabajo depende ante todo del esfuerzo, dedicación y cualificación de cada cual:**

R5: ... (me gustaría tener la) Oportunidad de tener un buen empleo, ¡ eso sí! Sería estupendo, ¿ no? Pero para ello voy a tener que luchar un poco también...(¿Qué creo que yo podría hacer?)¿ Para conseguir un(buen empleo)? ¡Estudiar! Estudiar y aprender un poco más... ¿de acuerdo?(p.26)

Entre los **jóvenes de la semi-libertad** todos han tenido alguna experiencia de formación profesional, en general condicionada por el cumplimiento de medidas socioeducativas. Las entrevistas de este colectivo recogen tanto evaluaciones positivas como negativas de los cursos realizados. En todo caso, predomina una cierta confianza en que la inversión en la capacitación profesional pueda contribuir a favorecer la inclusión laboral. No obstante, **entre los agentes percibidos como capaces de propiciar su inserción laboral e intervenir en el sentido de hacer viable un reparto del trabajo más justo, destaca el papel atribuido a la institución jurídica responsable de la ejecución de la medida socioeducativa que están cumpliendo.**

Por consiguiente, en la valoración que realizan de sus posibilidades de inclusión en el ámbito laboral la mediación institucional cobra mayor relevancia que los discursos de responsabilización individual y estatal, aunque ambos también estén presentes en alguna medida. Pero la tónica de este discurso suele ser o bien de insatisfacción,

S3: ... mi caso es específico, Raquel, porque estoy con mi mujer, estoy con mi hijo que está a punto de nacer... y no tengo nada para comprar para ellos...Entonces estoy luchando para encontrar (trabajo) pero la gente (de la institución) en lugar de ayudarme lo que hace es retrasarme.. (p.5)

o bien de escepticismo frente a las perspectivas de que tal mediación sea operativa:

S5: ... Porque aquí si vas a esperar trabajo de la semi- libertad no vas a tenerlo nunca; cuando estás en la calle, vas allí, saca tus documentos y lo buscas tú mismo ...(segunda entrevista, p.11)

Las principales quejas recaen sobre la **falta de apoyo institucional** asociada a la **ausencia de criterios claros y justos** que orienten la elección de los jóvenes que serán beneficiados con el acceso a un puesto de trabajo en los organismos que tienen convenios con la medida de semi-libertad. Así, los escasos movimientos de reivindicación activa ligados a la idea del trabajo como derecho están restringidos al territorio jurídico institucional al cual están directamente vinculados.

Sin embargo, la falta de transparencia atribuida a la institución, en cuanto a los criterios que rigen el proceso de reparto del trabajo, introduce una serie de matices en **la**

concepción del trabajo como derecho que, al final, **asume más bien el sentido de un favor vinculado a la personalización de las relaciones institucionales.**

S4: ... cuando estás aquí no tienes cómo buscarte un empleo, tienes que depender de los demás para conseguir tu empleo....Y tienes una hija en casa para mantener y yo estoy pensando aquí, ¡el tío, con sólo un mes (cumpliendo la medida de semi-libertad) ya va a empezar a trabajar! El coordinador (de la semi-libertad) tenía que pensar así:” No, voy a ayudar a quienes tienen hijos en casa, daré el empleo a quien tiene un hijo en casa, después, las otras plazas que vayan surgiendo yo puedo dar para esa o aquella persona” ... ¡Pero no piensa así !....allá, ¡con un mes, el tío ya está trabajando! y el otro que lleva un año en la semi-libertad, que tiene un hijo en casa, no está trabajando... (p.23)

En el grupo **de la comunidad**, exceptuando a A4, encontramos una **posición más crítica sobre las políticas relacionadas con el ámbito laboral.** También identificamos un **mayor énfasis en la concepción del trabajo como derecho y en el papel del Estado como el principal responsable de propiciar su concreción.**

En lo que se refiere a las políticas y programas de formación profesional, hay una insatisfacción generalizada centrada en las características de los cursos ofertados y en la falta de apoyo gubernamental. La crítica a la (no) intervención del gobierno con objeto de fomentar la inclusión laboral de la juventud - y en particular de los jóvenes desfavorecidos - está relacionada con la prioridad atribuida a otros sectores, la carencia de recursos económicos y, especialmente, con la mala gestión de los recursos existentes y la presencia de mecanismos de reproducción de las desigualdades sociales:

A1: ... el gobierno no libera dinero... no da nada... manda un curso de 15 días... porque un curso de 15 días no enseña nada... yo creo que no te permite adquirir una experiencia ¿ no?... No hay manera de que en 15 días ganes una experiencia suficiente para poder empezar a trabajar. Como la informática, si vas a hacer un curso de informática en 15 días... sólo vas a aprender a encender el ordenador y a apagarlo. Llegas al trabajo y alguien te dice: ” oye, quiero que hagas eso, eso y eso en el ordenador”. Estarás perdido porque no habrás aprendido a operar con aquello, has aprendido a encender el ordenador y el Windows... Entonces no tienes condiciones para trabajar ... ¿Eso es la oportunidad que ofrece el gobierno? ¿¡Un curso de 15 días!/? Eso es sólo para poder decir que está haciendo algo por la juventud, pero que efectivamente haga algo, no hace nada. (p.22)

Los problemas vinculados a la gestión de recursos conducen a quejas sobre la extensión de la deshonestidad, de la corrupción y del individualismo en el campo político, así como sobre la práctica de “poner precio” a los derechos sociales en Brasil. El principal resultado de esta evaluación es la falta de confianza en las instituciones justificada por la falta de credibilidad del gobierno. Sin embargo, el pesimismo y, a veces, el escepticismo frente a la esfera de lo político no reducen el peso de la responsabilidad atribuida al Estado para propiciar las condiciones necesarias que aseguren el acceso de la población al mercado de trabajo.

A1: Bueno, hoy en día está difícil acceder a un empleo. (Por la) Falta de recursos, de dinero, porque el juez, el juez no, el gobierno¹⁶⁷ no libera ¿no?... retiene el dinero, roba un montón... ¿no? Entonces sin dinero no hay trabajo.... y sin trabajo no hay dinero... así que las cosas se ponen difíciles.... (p.21)

Respecto a la importancia atribuida a la capacitación profesional, A4 es el único joven de la comunidad que no expresa ninguna preocupación por su calificación más allá de la que piensa obtener mediante la conclusión de la enseñanza secundaria. En cambio, A1, A2 y A3 han hecho una inversión creciente en su formación profesional, que intentan enriquecer de la manera más diversificada posible. La cuestión de la cualificación es una preocupación central para estos jóvenes. Las divergencias entre sus planteamientos residen en las valoraciones sobre el potencial de la capacitación profesional como un mecanismo efectivamente capaz de ampliar sus posibilidades de inclusión laboral.

A2 y A3 confían en que la inversión en la cualificación profesional amplíe sus oportunidades de acceso al mercado de trabajo y sus espacios de participación social. Pero esta confianza no está exenta de ambivalencias, que se manifiestan mediante una tensión entre la creencia en su capacidad de acción y el temor al fracaso.

A2: Yo tampoco pienso muy alto, porque sé que cada día que pasa el mercado se está cerrando todavía más. Entonces, si no estás intentando alcanzar, porque también estoy segura que es un poco difícil que yo lo alcance.... (segunda entrevista, p.1)

Tal ambigüedad implica una mezcla entre un sentido de responsabilidad individual y la percepción de límites estructurales y coyunturales. Las limitaciones destacadas tienen que ver con el condicionamiento de sus posibilidades de inserción laboral por su situación socio - económica. Aquí la cuestión del “precio de los derechos sociales” aparece ligada a la imposibilidad de invertir más en la propia cualificación debido a la carencia de cursos públicos y al alto precio de los cursos privados, que hemos analizado en el ámbito educativo. Las privaciones atribuidas a su situación de pobreza se conectan finalmente con la primacía del sentido instrumental sobre el valor expresivo en el ámbito laboral como una imposición estructural.

En el caso de A1 hay una interesante coexistencia entre una gran inversión en diferentes cursos de formación profesional, una fuerte crítica a las políticas relacionadas con el trabajo y una actitud de escepticismo sobre sus posibilidades concretas de

¹⁶⁷ Este lapsus es muy interesante, ya que la confusión entre el poder ejecutivo y el judicial sugiere tanto una generalización de la falta de confianza en las instituciones asociada a la extensión de prácticas ilícitas en diferentes instancias de poder, como la arbitrariedad atribuida al ejercicio de funciones que supuestamente representan los intereses del pueblo tales como la justicia y la gestión de los recursos públicos.

inclusión laboral. La cuestión de fondo que conecta las diversas vertientes de sus discurso sobre estos temas es invariablemente la falta de confianza en las instituciones:

A1: ... para que veas, ese negocio también, incluso la gente de dentro hace trampas... De todos modos hay suciedad por el medio....Nuestro Brasil no sale adelante a causa de eso, de la deshonestidad. Por ello que nada sale bien, ¡sólo se hunde! (p.23)

Otra curiosidad es que este joven es el único entrevistado que menciona la temporalidad como un aspecto vinculado a la precariedad en el ámbito laboral. En la reflexión que realiza sobre esta temática también podemos apreciar la ausencia de un sentido de ciudadanía mínimamente consistente. Al mismo tiempo que asume una posición crítica frente a las políticas ligadas al trabajo, plantea una estratificación social rígidamente jerarquizada según la cual el gobierno aparece asociado al autoritarismo (no cuestionado en absoluto) y la posición (casi natural) asignada a la población es la de sumisión. Este es un ejemplo muy ilustrativo de la eficacia de los mecanismos de dominación ligados al establecimiento del vínculo social vertical analizados por Weber.

A1:... eso de la “Frente de trabalho”, yo no estoy de acuerdo con ello. ¿De qué sirve que ellos digan: “75000 personas empleadas en la “Frente de trabalho!”¿Para trabajar 4 horas al día? Vale, él (el gobierno) hace lo que le da la gana, ¿quién somos nosotros para mandar en él?,¿no?... ¿pero que le costaría poner a la persona para trabajar lo correcto? Trabajar... de 8 a 14hs y de 14 a 22hs. Tenía que ser así, una cosa correcta, porque (ahora) la persona sólo trabaja por la tarde...y también hay personas que tienen dos trabajos....Yo no estoy de acuerdo con eso, que una persona tenga dos empleos ¿sabes? (p.22)

Aunque la referencia a la cuestión del autoritarismo sea muy puntual, nos parece extremadamente relevante, puesto que pone de manifiesto las secuelas de la historia social y política que todavía dificultan la construcción de una ciudadanía más plena en Brasil. Como destaca Pietricovsky (2001), el concepto de Estado estuvo disociado del concepto de sociedad desde el principio de la historia del país, de modo que

“...en cierta medida, el Estado surge en oposición a y no como representación o expresión de la sociedad.... Esta relación disociada entre la sociedad y el Estado en formación y la apropiación de lo público por las clases dominantes de la época generaron características que permiten definir nuestro perfil como: patriarcal, personalista (entendido como una forma particular de individualismo basado en las relaciones personales), clientelista (la traducción política del personalismo) y patrimonialista (que expresa la característica de gestionar lo público como si fuera privado) ”(p.34, traducción de la autora).

Así, las consideraciones de A1 evidencian las profundas huellas dejadas por un modelo social históricamente basado en el autoritarismo - fundado en el latifundio y la esclavitud – cuyas marcas aún persisten no sólo en la cultura política del país, sino que

atraviesan los más diversos campos implicados en el discurso cotidiano de la población.

Para A1, la mala gestión de los recursos públicos y las políticas de flexibilización del trabajo no sólo engendran paro y precariedad laboral en masa, sino que además generan parásitos del sistema de asistencia. Su crítica hacia las políticas de creación de empleo y protección social implica una desvalorización de los derechos sociales. Los argumentos presentados indican una confusa asimilación del discurso típico del *paradigma de la especialización* que identifica los mecanismos destinados a la promoción de bienestar social con fuentes de clientelismo, pasividad e injusticia. Tal confusión se refleja en una identificación entre trabajo a tiempo parcial, reducción de puestos de trabajo y beneficios de protección social asociados a la idea de renta mínima, así como en la coexistencia entre estos planteamientos y la defensa de prácticas marcadamente asistencialistas:

A1: ...El gobierno también tenía que ver... que a veces la persona que recibe una cesta¹⁶⁸ no la necesita. No me refiero a los jubilados porque, vale, ellos cobran una pensión con la que seguramente no llegan para sobrevivir (me refiero) a eso que el gobierno hace de dar un salario a la persona para trabajar 4 horas al día ¿eso que es incorrecto! Él podría poner aquella persona para trabajar todo el día... (así), habría (trabajo) para muchas personas más y sería posible hacer una cosa correcta... Sería así, si la persona trabajase 4 horas al día y cobrase un salario mínimo mensual, ella no necesitaría la cesta, esta cesta podría ser para una persona que ni siquiera tuviera trabajo.... ellos podrían dar (la cesta) para niños que tienen necesidades, para madres que necesitan comprar las cosas para sus hijos, pero no, ellos lo hacen todo al contrario, lo hacen a su manera, ¿no? ¡Yo conozco a personas que cobran de la “Frente de trabalho” y no trabajan! Hay uno que está preso y está cobrando por la “Frente de trabalho” y ellos ni siquiera se han enterado allá (p.23)

Pese a la diversidad de posiciones que acabamos de analizar, **las críticas a las políticas y programas orientados hacia la calificación profesional de la juventud son bastante homogéneas** en los tres colectivos y suelen centrarse en las características de los cursos a los que los jóvenes tienen acceso. Las quejas destacan: **la baja calidad de la formación profesional dispensada a los jóvenes desfavorecidos; la incompatibilidad entre los cursos ofertados y sus aspiraciones y habilidades; el desequilibrio entre teoría y práctica en la dinámica de las clases** (en general con mayor énfasis en lo teórico cuando su motivación siempre está centrada en las cuestiones prácticas); **y, por fin, la desconexión entre los centros de formación profesional y el mercado laboral¹⁶⁹:**

¹⁶⁸ Se refiere a la llamada “cesta básica”, que contiene un conjunto de alimentos de primera necesidad (arroz, frijoles, harina, aceite, etc.) y se distribuye en Brasil a personas que carecen de fuentes de renta o cuya renta es muy precaria.

¹⁶⁹ Esta desconexión entre el campo de la formación profesional y el mercado de trabajo es un aspecto muy señalado por los jóvenes brasileños en los diversos estudios que hemos citado a lo largo de este

S1: Los cursos son flojos...Ah, los cursos de aquí... ¡Allá, no nos enseñan nada !... es serigrafía, ¿sabes? Pero lo que pasa es que yo pido al profesor: “ Oye profesor,¿ me dejas hacer una cosa ahí?”, (imitando al profesor) “ ¡El que tiene que hacerlo es el profesor!”, y yo le dije: “ *Hombre, a mí no me apetece hacer un curso para mirar, ya sé mirar, para ello no necesito hacer ningún curso”... Ah, sería legal hacer (el curso) que me apeteciera...A ver...¡impresión gráfica!O auxiliar administrativo.....”Reparador predial” ...porque ya tengo más o menos la técnica sólo no tengo el certificado ¿sabes? (pp.12,13)*

A3: Así,... antes de que yo cumpliera los 14 años ya me apetecía empezar a hacer el curso de “Girl”¹⁷⁰ ... Pero hubo unos problemas porque cambió la ley y sólo podía empezar a los 16 años , entonces he estado esperando hasta ahora. ¡Pero resulta que el curso está fatal! (se ríe) No es que sea malo, no sé, te quedas a lo tuyo, escuchas, hablas...pero eso es todo siempre; tienes que hacerlo todo sentada...hay unos profesores majos..... pero por lo que me habían dicho, por lo que me contaron del curso yo imaginaba otra cosa .. pensé que sería más práctico, entiendes, organización de archivos, entrega de papeles en el banco, en Correos, pero no es así, es más teórico; entiendes?... Es teórico... (p.10)

En consecuencia, los jóvenes reivindican la ampliación de la oferta de cursos públicos teniendo en cuenta sus expectativas y habilidades. Demandan especialmente cursos más prácticos, de mayor duración y calidad, que sean capaces de propiciar su inserción laboral.

A2: Ah, yo creo que habría que ofrecer una cosa menos aburrida, ¿sabes?cursos que profesionalizan, como el SENAI; pero en el SENAI ya sabes que hay que pagar ¿no?, Entonces ya no tenemos condiciones de hacer... así, cursos que ofrezcan oportunidad de empleo después porque haces un cursillo cualquiera y los chicos preguntan: “ Vale, pero ¿y el empleo?”,¿ lo entiendes? ... Así, una institución que, no sé, que ayudara a los jóvenes a conseguir un empleo ¿sabes? Que diera cursos y cosas de ese tipo que te preparasen para el trabajo. Eso sí que llama la atención, basta decir que hay un curso así y enseguida se llena de gente (segunda entrevista p.6)

Estas críticas y reivindicaciones cuestionan algunos de los principales ejes de las políticas públicas destinadas a la juventud en el campo de la educación y del trabajo, que han pretendido hacer frente a la creciente complejidad de los avances tecnológicos y de los cambios en la esfera de la producción, entre los cuales destacamos: el paso de programas de capacitación más extendidos dirigidos a la especialización, a una formación polivalente que privilegia cursos múltiples de corta duración (lo que, al parecer, supone el riesgo de pérdida de calidad y sentido, sobre todo cuando se tienen en cuenta las demandas del mercado pero no las de los jóvenes); la tendencia a la descentralización de la formación profesional (que parece implicar el riesgo de fortalecer la relación entre calidad y precio, contribuyendo a la privatización de los derechos sociales y a la ampliación de las desigualdades en el país); y, finalmente, la combinación de políticas más globales y de carácter universalista, con políticas locales focalizadas orientadas a grupos y sectores específicos (en especial a aquéllos

capítulo. La cuestión central reside en el vacío producido tras la conclusión de los cursos, una vez que se rompen bruscamente tanto sus perspectivas de continuidad como, y especialmente, sus expectativas de lograr la inserción laboral.

¹⁷⁰ Equivalente, para las chicas, del puesto de trabajo de auxiliar administrativo (“ boy”) para los varones.

considerados “desprotegidos” o “de riesgo”), mediante las cuales suelen destinar a los jóvenes pobres proyectos que privilegian una oferta de mínimos (Rua, 1998; Madeira y Rodríguez, 1998; Arias, 1998).

Entendemos que este escenario impone una reflexión profunda sobre la relación entre educación, trabajo y procesos de construcción de la ciudadanía articulados con el campo de las políticas públicas y programas de intervención social destinados a la juventud. De lo contrario corremos el riesgo de que las supuestas vías de adquisición de capital cultural se conviertan en (o sigan actuando como) mecanismos que sirven a la reproducción de las desigualdades sociales y a la limitación del horizonte de posibilidades de los jóvenes desfavorecidos.

7. El lugar del trabajo como vía para la inclusión social de los jóvenes: un horizonte complejo y paradójico

A lo largo de este capítulo, hemos visto que, en los discursos analizados, el lugar del trabajo como vía para la inclusión social se construye sobre núcleos de significado dilemáticos que circulan entre distintos polos. En general, no es posible establecer una relación de dominio entre las diferentes polaridades debido a la complejidad de su articulación en una trama de significados caracterizada por una profunda ambivalencia y polisemia. La pluralidad de sentidos atribuidos al vínculo con el trabajo, sus significaciones positivas y negativas coexisten en un mismo espacio discursivo y no son mutuamente excluyentes. Los jóvenes constantemente buscan otorgar sentido a las aparentes contradicciones que surgen en sus discursos. En todo momento realizan intentos de conciliación entre los aspectos positivos y negativos, entre sus creencias, esperanzas, temores y escepticismos relacionados con el significado del trabajo como núcleo (real, ideal o potencial) de integración social.

En este proceso, nos parece particularmente intrigante el hecho de que la educación y el trabajo sean percibidos por los jóvenes como garantías de movilidad social y mecanismos capaces de transformar su situación de pobreza y desvinculación social.¹⁷¹ La paradoja se debe a que en Brasil éstas son instituciones tradicionalmente excluyentes que han contribuido a ratificar y perpetuar la estructura social y las desigualdades establecidas y ampliadas a lo largo del proceso histórico, aspectos que

¹⁷¹ Aunque la centralidad de ambas instituciones en el sistema de valores de la juventud brasileña de diferentes posiciones socio-económicas y regiones del país sea una tendencia identificada en diversas investigaciones recientes como, por ejemplo, Barreira et al. (1999) ; Castro et al. (2001)

ellos mismos apuntan e ilustran con el relato de sus propias experiencias negativas en estos espacios.

Conviene recordar que el trabajo asociado a la idea de bienestar social no constituyó, para parte de la población brasileña (precisamente la parte en la que se sitúan los jóvenes de este estudio y sus familias), más que una promesa de naturaleza imaginaria, pues las garantías sociales asociadas a él no fueron generalizadas, sino caracterizadas por vínculos precarios relacionados con prácticas marginales de participación en la estructura productiva. En Brasil, la economía sumergida y el trabajo informal no emergen como estrategias para hacer frente a una situación de crisis reciente, sino que son elementos constituyentes (y muy arraigados) de la organización y dinámica de la estructura económica y laboral del país desde hace muchos años.

La informalización del trabajo y de la economía en el país, como en otros contextos, ha sido una herramienta fundamental en la constitución de un mercado de trabajo dual (Prieto,1994). Dualización sin duda excluyente, pero que, a la vez, ha creado una vía de inclusión marginal dónde los ciudadanos frágiles han logrado algún tipo de inserción e integración (Kowarick, 1975; Schneider, 1987, Oliveira, 1981 en Escorel, 1998a, Martins, 1997). El núcleo de la cuestión que queremos plantear radica en que esta integración precaria muchas veces venía (y como hemos visto todavía viene) acompañada de la creencia de que en algún momento se abriría una brecha para la inserción en el campo del trabajo visible, regulado, estable y seguro que, en fin, les garantizaría bienestar social. En este sentido, más que frente a la vivencia de la *crisis de la sociedad del trabajo* asociada a una crisis del Estado del bienestar (Offe,1992), pensamos que en el contexto brasileño sería más conveniente decir que nos encontramos ante una *crisis de la utopía* asociada a ambos (Gorz, 1995).

Por tanto, uno de los aspectos más complejos de la relación de los jóvenes de nuestro estudio con el trabajo es la idealización de un modelo de inserción laboral que no fue ni siquiera concretado en el país (o, para ser más exactos, lo fue de un modo muy parcial), pero que ya está reconocidamente en proceso de desmantelamiento en la nueva lógica productiva: volcada en medidas descentralizadoras orientadas a la flexibilización y desregularización de la estructura laboral y dedicada a potenciar el protagonismo de las nuevas tecnologías en detrimento del “bienestar” de los trabajadores. Además, hay que poner de relieve la existencia de una meritocracia que en la actualidad hace todavía más difícil una inclusión social mediada por la vía laboral en Brasil.

El “trabajador” sigue siendo una figura respetada por los jóvenes, pero el trabajo ya no es suficiente para posibilitar el acceso a sus demandas básicas en la esfera económica. De hecho, la inserción y participación en el ámbito laboral parece alejarse cada vez más del horizonte de posibilidades de los sujetos frágiles (y a veces no tan frágiles) que no pueden adecuarse a las reglas del juego de un mercado cada vez más competitivo y exigente, condicionado por un Estado remercantilizado y aliado a la nueva economía liberalizadora.

Prueba de ello, son los numerosos licenciados brasileños que han guardado sus diplomas para competir por puestos de trabajo que exigen un nivel de estudios primario o secundario; o que han optado por desarrollar diferentes tipos de actividades autónomas (a menudo varias a la vez) extremadamente vulnerables por los grandes centros urbanos del país. Y los jóvenes conocen muy bien este escenario. Así, la idealización del potencial integrador del trabajo coexiste con la conciencia de una promesa de futuro poco atractiva, que les ofrece fundamentalmente precariedad, la *instalación en trayectorias inestables y erráticas* que suponen desplazamientos de una actividad a otra con una movilidad de vértigo y el riesgo constante de la exclusión del campo laboral (Agulló, 2001).

Tal conciencia repercute sobre la relación de los jóvenes con el trabajo, contribuyendo a que, a pesar de las numerosas idealizaciones y declaraciones de intención, predomine en la práctica un alejamiento del ámbito laboral. El análisis de las trayectorias de nuestros sujetos indica que en la mayoría de los casos el trabajo no actúa como eje organizador de sus actividades cotidianas, de sus tiempos y modalidades de participación en diferentes espacios sociales. Ello se debe ampliamente a la falta de oportunidades y de condiciones que propicien el acceso a un trabajo mínimamente atractivo. La fragilidad o ausencia de vinculación con el ámbito laboral también aparece fuertemente relacionada con un rechazo a priori provocado por el sentido penoso atribuido al trabajo, que, a su vez, tiene como trasfondo la precarización laboral. En este sentido, podríamos decir que nuestros datos apoyan la hipótesis de que se está produciendo una pérdida de la importancia subjetiva del trabajo como correlato experiencial de los cambios en la esfera de la producción asociados a la “*crisis de la sociedad del trabajo*”.

Pero, simultáneamente, seguimos constatando la relevancia y, en algunos casos, la centralidad del trabajo como valor, percibido como uno de los principales mecanismos articuladores de la sociedad contemporánea. El trabajo recupera su

potencial como núcleo posibilitador del establecimiento y fortalecimiento del vínculo social en el campo de las expectativas y proyecciones de futuro de los jóvenes. Al entrar en este campo, los discursos analizados sugieren que el trabajo sigue siendo central en el sistema de valores de la sociedad brasileña. Es decir, los valores dominantes todavía son los de la “sociedad del trabajo”. Si añadimos que el trabajo es imprescindible para hacer viable la supervivencia de la mayoría de la población, la conclusión es que estamos muy lejos del *fin del trabajo* anunciado en ocasiones de forma bastante vehemente (Rifkin, 1996; Méda, 1995). En este contexto, el discurso de la pérdida de la centralidad del trabajo o de su desaparición se convierte en una herramienta de peligroso manejo, ya que puede servir fácilmente a la legitimación de mecanismos que propician procesos de exclusión social.

Por otra parte, el análisis realizado indica que la valoración positiva del trabajo entre los jóvenes parece estar asociada antes a una perspectiva de integración moral y reconocimiento social en el ámbito comunitario que a una integración económica - pues sus expectativas de inclusión laboral tienden a estar vinculadas a actividades poco valoradas dentro de la estructura del mercado de trabajo. Aquí hay que volver a matizar las consideraciones anteriores. Mantenemos la afirmación de que desde el punto de vista subjetivo el trabajo sigue siendo central en el sistema de valores de los jóvenes. Pero en función de la precariedad del “trabajo posible”, esta actividad a menudo acaba por carecer de cualquier sentido personal más allá de las idealizaciones vinculadas a la ilusión de los beneficios asociados a la construcción de una identidad social positiva.

El estatuto ambiguo del trabajo se manifiesta en la escisión entre un trabajo concreto relacionado con una sociedad injusta y desigual fundamentada en la opresión, y un trabajo abstracto vinculado a un sistema social idealizado en el que supuestamente hay espacio para la reciprocidad y para el movimiento entre diferentes posiciones en la estratificación social. Como en la práctica el sentido penoso y opresor es bastante más potente que el sentido económico o el reconocimiento social obtenido por los “trabajos posibles”, la vinculación con el ámbito laboral no se sostiene.

En el hiato entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades permitidas por las constricciones de la estructura social, la dialéctica entre lo ideal y lo posible dinamiza la acción hacia la búsqueda de estrategias alternativas. Frente a esta disyuntiva el trabajo se ve como la vía más digna y legítima de participación social, pero no se plantea como la vía inevitable o exclusiva. Los jóvenes entienden que las oportunidades de participación social y económica están íntimamente ligadas al trabajo, pero no se

restringen a él. Están de acuerdo con numerosos teóricos en que tener un trabajo (empleo) equivale a tener un lugar en la sociedad. Pero no asumen como suya la idea – central en la sociedad del trabajo - de que la participación activa en la producción sea imprescindible para participar en la sociedad (o al menos en algunos territorios que la componen).

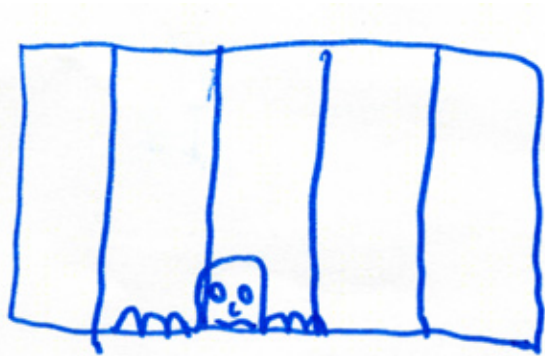
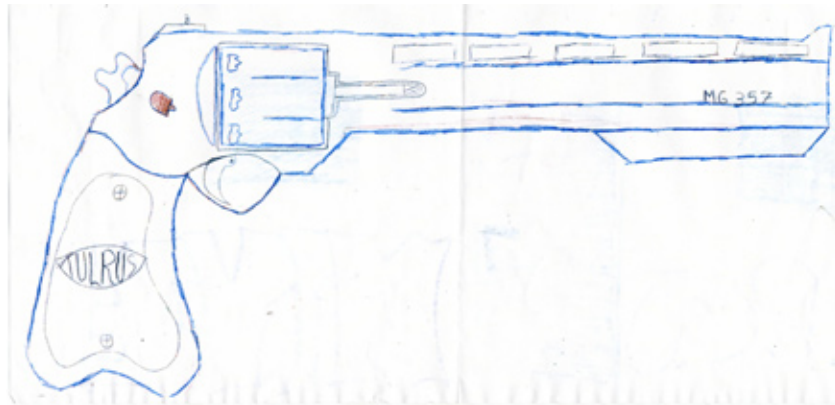
La clave que posibilita este giro es la sustitución del trabajo por la soberanía simbólica del consumo como el gran determinante de las posibilidades de participación social de una persona. En esta lógica, el trabajo pierde cualquier sentido antropológico, como elemento constituyente de la propia condición humana que sitúa la participación activa en la producción como necesaria para el desarrollo personal y social, en última instancia, la humanidad misma (Arendt, 1993). La cuestión fundamental consiste en tener dinero, algo que saben que se puede obtener por diferentes caminos.

Pensamos que es precisamente este desplazamiento de los valores de la sociedad del trabajo hacia los imperativos de la sociedad de consumo - asociado a una ampliación de los límites que definen el campo semántico del trabajo - lo que posibilita que la desvinculación del mundo del trabajo y/o la exclusión del trabajo/empleo no sean vivenciadas por nuestros sujetos como una posición de *superfluos e inútiles para el mundo* (Castel, 1995).

Los jóvenes tienen claro que la alternativa de optar por modos de inclusión marginal, asociados o no a la esfera de la ilegalidad, les posibilita un acceso al consumo de bienes materiales y simbólicos que les permite una mayor pertenencia económica a la sociedad que la que podrían alcanzar a través del “trabajo posible”. Pero también entienden que esta opción reduce sus espacios de participación y reconocimiento social.

Tenemos entonces un panorama en el que la confrontación entre las funciones psicológicas, afectivas y sociales de reconocimiento e integración social que los jóvenes creen poder lograr mediante el trabajo, rivalizan con las ventajas económicas y simbólicas obtenidas a través de otras prácticas. Este es el horizonte complejo y paradójico a partir del cual tenemos que reflexionar sobre el lugar que puede tener el trabajo en los programas de intervención social dirigidos a los colectivos en cuestión.

CAPÍTULO 11. ÂMBITO JURÍDICO-INSTITUCIONAL



1. Consideraciones previas

A pesar de los procesos de reforma de las políticas dirigidas a la infancia y adolescencia “en situación de riesgo social” que tuvieron lugar en las últimas décadas en Brasil, la institucionalización de niños y adolescentes sigue siendo una de las principales estrategias de “*gestión de los riesgos*” (Castel,1983) asociados a los procesos de exclusión social.

Los discursos sobre la “inserción” e “integración social” sirven constantemente para legitimar el poder de determinados grupos en la sociedad y excluir a otros. Las palabras que utilizamos para nombrar y pensar los problemas sociales - y luego intervenir sobre ellos - tienen una matriz institucional. Como plantea Foucault (1973), la producción de “hechos” y “verdades” se apoya en un soporte institucional, cuyos mecanismos tienden a ejercer sobre otros discursos un poder de coacción: “*procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad*” (p.11).

De Leonardis (1992) señala que las estructuras institucionales vinculadas al Estado de Bienestar construyen su intervención sobre un paradigma en el que la lectura de los problemas sociales no sólo obedece a los códigos de la competencia especializada, sino que invierte la relación entre problema y solución. Desde esta óptica, no es la solución – identificada como la respuesta técnica “experta” - la que corresponde al problema social tal como se presenta, sino el problema el que corresponde a la solución institucional.

Por tanto, discutir la gestión de lo social y el “*desbordamiento de sus cauces*” (Bailleau, 1992) exige considerar las relaciones que se fraguan entre saber y poder. Ello suscita una reflexión sobre cómo las relaciones de poder atraviesan los cuerpos en sociedades que aún se configuran como disciplinarias para elaborar un diagnóstico de las acciones desarrolladas en el presente (Varela y Alvarez- Úria, 1989, p.31)

Las diferentes causas y significados atribuidos a los procesos de exclusión social y los usos que se hacen del término en el campo de la intervención pueden resultar en la toma de decisiones de consecuencias duraderas para la vida de los *sujetos frágiles* (Ibíd.). Por ejemplo, “*psiquiatrizando el problema convertiremos al sujeto en un enfermo mental, judicializándolo mediante respuestas penales lo convertiremos en un delincuente*” (Valverde, 1991, p.60). En cualquier caso, hablando en términos wittgensteinianos, nuestros “juegos de lenguaje” dejan marcas. Así, los discursos y prácticas de intervención vinculados a la inclusión social pueden hacer las veces de una ventana a

través de la cual se observan diferentes ideologías políticas y sus consecuencias prácticas.

Las categorías usualmente adoptadas en el campo de la intervención social dirigida a jóvenes “en situación de riesgo” suelen venir anteceditas por el prefijo “re”: reeducación, resocialización, rehabilitación, reinserción, etc.. En estos planteamientos subyace una concepción funcional (y en general funcionalista) de la vida social. Los discursos oficiales en que se fundamentan las prácticas que tienen como objetivo la (re)inserción social de éstos jóvenes suelen establecer una relación muy estrecha entre exclusión social y conducta desviada (Volpi, 2001).

Además, tienden a plantear que las conductas definidas como desviadas se deben a un fallo en los procesos de socialización de los sujetos. De ahí se desprende la necesidad de “re”socializarles ajustando sus prácticas a los valores y expectativas establecidos por el orden social vigente. Una vez adaptados a las normas dominantes, se supone que los sujetos están preparados para “re”insertarse y “re”integrarse a la sociedad. La inclusión social será propiciada por un proceso de aprendizaje que, al fin y al cabo, no es más que un proceso de desarrollo adaptativo (Ibíd).

Sin embargo, como señala Castel (1992), la noción de inserción es especialmente problemática en la actualidad, ya que pone de manifiesto las dificultades de los sistemas clásicos de protección social ligados a la construcción del Estado de Bienestar ante el reciente fenómeno masivo del incremento de la vulnerabilidad. El problema central es que hoy en día ya no es posible integrar a determinados sujetos mediante el trabajo (integración activa), pero tampoco se acepta convertirlos en meros asistidos (integración pasiva). A la vez, el tema mantiene su interés precisamente porque la reflexión sobre las alternativas destinadas a superar estas dificultades evidencia las ambigüedades relacionadas con la cuestión de la inserción. En este escenario, el autor argumenta que el debate sobre la inserción tiene el mérito de plantear como un derecho la participación en la actividad social más allá del ejercicio de una actividad laboral.

No obstante, Castel advierte que sería muy ingenuo pensar que los discursos y prácticas vinculados a la inserción social se limitan a promover nuevas actividades sociales desinteresadas. El caso de las personas gravemente desafiliadas, aquellas consideradas como “*inútiles para el mundo*”, pone de manifiesto que dichos discursos y prácticas pueden actuar como una estrategia perversa que ahonda dinámicas excluyentes: “*Para los más pobres la inserción social sería simplemente un rótulo nuevo para*

designar la vieja asistencia, una manera más o menos elegante de gestionar su exclusión definitiva” (Ibíd, p.31)

Por tanto, según la perspectiva que se adopte, las intervenciones teóricamente orientadas a la “inserción social” pueden servir sencillamente para disimular la resignación ante la posibilidad de que una parte de la población se vea arrojada a la periferia de la existencia social. Otra vertiente muy común que ha vuelto a conquistar un gran espacio en el campo de la intervención social en contextos de pobreza son las prácticas de gestión de los riesgos que desplazan el foco de la noción de “exclusión” o “marginalidad” a la idea de “peligrosidad social” (Castel, 1983).

En un trabajo reciente titulado “*Las cárceles de la miseria*”, Wacquant (1999) presenta datos alarmantes que sostienen la tesis de una correspondencia directa entre la atrofia del Estado Social y un movimiento de expansión de un Estado Penal o, en los términos del autor, el paso del “Estado Providencia” a un “Estado Penitencia”. Este trabajo demuestra cómo la intervención social ha sido fuertemente sustituida por la intervención penal en Estados Unidos y discute el crecimiento de esta tendencia en el contexto europeo a raíz del incremento de la exclusión social vinculado a la prosperidad de las políticas neoliberales. Salvando las diferencias contextuales, pensamos que este proceso también está repercutiendo en el continente latinoamericano.

Históricamente los servicios de atención al niño y al adolescente en situación de pobreza en los distintos contextos mencionados se han sostenido sobre la justificación de que era necesario integrarles socialmente para evitar la proliferación de una carrera criminal estableciendo un vínculo casi necesario entre pobreza y criminalidad (Alvarez-Úria, 1995; Bailleau, 1992; Yoldi, 1992; Volpi, 2001). Pero si antes la inseguridad era percibida desde el ángulo de la simple gestión de los actos ilegales que afectaban a la seguridad de bienes y personas, en los últimos años se ha ido desarrollando un código en términos de seguridad-inseguridad para un conjunto más amplio de problemas sociales (Bailleau, 1992).

En este escenario, las instituciones dirigidas a los jóvenes involucrados en procesos de exclusión social suelen argumentar que tienen la “noble función” de protegerlos y compensar sus carencias. Con frecuencia, se proponen acogerlos vendiendo una imagen de refugio garantizado y de un espacio de preparación para la (re)inserción social. Sin embargo, muchas veces podemos constatar que el objetivo central de dichas instituciones es proteger a la sociedad de la violencia y de los supuestos “impulsos destructivos” de estos jóvenes (Marin, 1998). Es decir, la premisa

subyacente a la intervención institucional, y en particular la jurídica, no es que los jóvenes se encuentran en una situación de riesgo sobre la que hace falta intervenir, sino que ellos mismos son un riesgo para la sociedad. Desde esta perspectiva, a menudo observamos la creación de una cadena institucional mediante la cual el joven experimenta inicialmente los centros de acogida y reformatorios y, luego, la cárcel, proceso que implica un progresivo endurecimiento del internamiento (Valverde,1991).

Esta política de defensa social genera efectos muy excluyentes que inciden no sólo social y políticamente, sino también en la dimensión psíquica y en la singularidad de las experiencias de los sujetos. El proceso de institucionalización siempre conlleva una violencia a la autonomía del sujeto y algún grado de despersonalización, mortificación y reestructuración del yo (Goffman,1961). El joven institucionalizado sufre presiones múltiples en su proceso de subjetivación, que tienen repercusiones en su proceso de socialización, en el desarrollo de sus referencias simbólicas y en la construcción de su identidad. Estar bajo la tutela de una institución de control social suele implicar un etiquetamiento, en general mediante la atribución de una identidad asociada a la noción de desviación que, sin duda, tiene repercusiones en el desarrollo de su trayectoria vital posterior.

Desde esta óptica, nos interesa analizar los procesos de institucionalización de los jóvenes privilegiando los efectos de la reacción social asociada a la respuesta institucional en dos niveles. Por un lado, pretendemos evaluar algunas de las principales repercusiones de las experiencias institucionales desde el punto de vista de los sujetos. Por otro lado, consideramos necesario analizar la participación de estas instituciones en la consolidación de la dimensión estructural del proceso de exclusión social. Como señala Silver (1994), la institucionalización de la exclusión puede crear un límite social, una división permanente entre “los de dentro” y “los de fuera”.

En ambos niveles pondremos el acento en los procesos ligados a la criminalización y estigmatización de los jóvenes vinculados a sus trayectorias jurídico institucionales, así como en las experiencias de violencia en el ámbito en cuestión. También nos centraremos en el análisis de la percepción de los sujetos sobre el papel que las instituciones han jugado y/o pueden jugar en sus procesos de inclusión y exclusión social. Desde este enfoque, intentaremos analizar las formas en que las respuestas institucionales ofrecidas por el sistema de atención al niño y al adolescente

vigente en Brasil están influyendo en la construcción, consolidación y desconstrucción de prácticas y trayectorias socialmente definidas como desviadas.

Sin embargo, consideramos que no se puede entender la producción de la “desviación”, de la exclusión y de la inclusión social solamente como productos del sistema social, puesto que se trata de un proceso complejo en el cual el sujeto “desviado”, “excluido” o “incluido” participa en alguna medida como actor social. Cualquiera que sea el nivel de cristalización de la dimensión estructural de la exclusión social, no podemos olvidar que las estructuras están vivificadas por sujetos activos. Es decir, actores sociales que, al menos potencialmente, pueden contribuir tanto al mantenimiento como al cambio de determinadas condiciones de existencia.

En este sentido, planteamos que las trayectorias de vida de los jóvenes deben entenderse no sólo como resultado de discursos y prácticas sociales e institucionales normatizadoras, sino también como fruto de los intentos de adaptación y del desarrollo de estrategias por sujetos que reaccionan activamente ante los dispositivos de control social. Además, es preciso tener en cuenta que existen diferentes propuestas de intervención social dirigidas a la problemática de la exclusión social. Por consiguiente, el proceso de institucionalización de los sujetos “en situación de riesgo” puede ocurrir de formas bastante distintas y, probablemente, generar efectos diversos.

En consecuencia, analizaremos la intervención social en el campo de las vulnerabilidades asociadas a procesos de exclusión social dando voz no sólo a los discursos “expertos” en el tema, sino principalmente a los jóvenes que sufren cotidianamente los **efectos empíricos** de las acciones y decisiones tomadas en este campo. Intentaremos poner de relieve, por un lado, las pautas comunes vinculadas a las trayectorias institucionales de los sujetos y, por otro lado, las particularidades relacionadas con modalidades de intervención específicas. Entendemos que ésta es la manera más productiva de provocar diálogos críticos respecto a los problemas prácticos creados por determinadas convenciones discursivas y sus implicaciones pragmáticas. El objetivo es aportar elementos para una discusión sobre modos de inteligibilidad alternativos que inciten un proceso reflexivo en el campo ético (¿Qué debemos hacer?) y sean operativos para conducir a algún cambio efectivo.

Evolución del marco jurídico y de la política de atención a la infancia y adolescencia en Brasil

La infancia y la adolescencia empiezan a convertirse en problema social en Brasil en el siglo XIX, cuando los cambios asociados a la proclamación de la República, la abolición de la esclavitud y la importación de mano de obra europea dieron lugar al surgimiento de un contingente significativo de niños abandonados en las calles. A principios del siglo XX, se crean diversas entidades asistenciales - en general vinculadas a la iglesia católica - dedicadas al cuidado de estos niños en situación de desamparo, así como de aquellos definidos como “delincuentes”.

En los años 20, se elaboran las primeras políticas públicas e instrumentos jurídicos dirigidos a los niños y adolescentes en el país, que estuvieron vigentes hasta la década de los 60 (Almeida, 1998). La política nacional de atención a la infancia y adolescencia se basaba en una ideología de control y defensa social ligada a prácticas represoras y discriminatorias.

Tal política se convirtió en objeto de debate en los años 60. Las décadas de los 70 y 80 estuvieron marcadas por la aparición de movimientos sociales que se dedicaron a luchar por los derechos de la infancia y de la adolescencia. En este escenario, también se intensifican las denuncias sobre el alejamiento del Estado frente a la cuestión de la protección de los niños y adolescentes en situación de riesgo (Ibíd.).

Con la promulgación de la Constitución de 1988, la infancia y la adolescencia asumieron prioridad, al menos teóricamente, en las políticas públicas nacionales. Sin embargo, el gran giro jurídico y conceptual en el campo de los derechos de los niños y adolescentes en Brasil ocurre en 1990 con la aprobación del “Estatuto del niño y del Adolescente” (“*Estatuto da Criança e do Adolescente*” (ECA) - ley 8.069/90). Este cambio de los instrumentos legales supuso una profunda evolución conceptual calcada en la definición de una política de **protección integral** de la infancia y la adolescencia¹⁷², compatible con los documentos internacionales más relevantes en el área de los derechos humanos y, en particular, de los derechos de la infancia.

En este proceso, desaparecen los conceptos de “menor” y “delincuente” para dar lugar a la concepción del niño y del adolescente como **sujetos de derechos**. La aplicación del Estatuto también impuso como exigencia una nueva organización institucional y un cambio de los procedimientos de atención directa.

¹⁷² Entendiendo por infancia el período de 0 a 12 años y por adolescencia el período de 12 a 18 años de edad.

Entre las líneas de acción privilegiadas por el “Estatuto” destacan: políticas sociales básicas, programas de asistencia social, servicios de prevención, atención y protección jurídico-social a las víctimas de violencia sexual, negligencia, malos tratos, explotación, etc.; servicios de identificación de desaparecidos e intervención socioeducativa con adolescentes “en conflicto con la ley penal”.

En cuanto a las directrices de la gestión de la política de atención a la infancia y adolescencia, el Estatuto establece como prioridades: municipalizar la intervención; crear consejos estatales y municipales de los derechos del niño y del adolescente (organismos deliberativos y controladores de las acciones en todos los niveles); crear consejos tutelares en todos los municipios y en el DF (organismos permanentes y autónomos compuestos por miembros de la sociedad civil encargados de exigir el cumplimiento de la ley); crear programas según las necesidades locales teniendo en cuenta la descentralización político-administrativa; mantener fondos nacionales, estatales y municipales vinculados a los respectivos consejos de derechos; integrar funcionalmente organismos del Poder Judicial, Ministerio Público, Defensoría Pública, Seguridad Pública y Asistencia Social; y, finalmente, movilizar la opinión pública para que la sociedad civil participe en la aplicación de la nueva ley.

En este contexto, la década de los 90 estuvo marcada por un nuevo tipo de lucha ligada a los derechos de la infancia y de la adolescencia en Brasil. Desde entonces estamos ante un movimiento de crítica al sistema jurídico institucional vigente que pretende lograr en la esfera práctica la aplicación plena de los preceptos del “*Estatuto da Criança e do Adolescente*”.

La red de atención a niños y adolescentes en el Distrito Federal es bastante amplia, y cuenta con centros especializados en distintas problemáticas. Nos limitaremos a una breve descripción de las instituciones y acciones que afectan más directamente a los sujetos de nuestro estudio, que son las medidas de protección (relacionadas con situaciones de victimización y desamparo) y las medidas socioeducativas (ligadas a la autoría de delitos).

Cuando iniciamos esta investigación, la atención a niños y adolescentes en situación de victimización era dispensada fundamentalmente por tres organismos en el Distrito Federal: el “SOS Niño” (“*SOS Criança*”), que atendía a todo tipo de denuncias, el Centro de Recepción y Selección (“Centro de Recepção e Triagem- CRT), que se dedicaba a la acogida de sujetos en situación de abandono y malos tratos, y el CRAMI, dedicado a la atención de niños y adolescentes víctimas de malos tratos).

Respecto a las acciones dirigidas específicamente a los sujetos que se encontraban en la calle, es importante mencionar la existencia de intervenciones socioeducativas realizadas por educadores de calle; casas de apoyo destinadas a la acogida o a la iniciación profesional, y la “Escuela de los niños y niñas del parque”, que ofrece actividades educativas a niños y jóvenes de la calle que no están vinculados al sistema educativo formal.

En lo que atañe a los adolescentes “en conflicto con la ley”, la persona con edad entre los 12 y los 18 años que comete un delito en Brasil puede ser sometida, tras el juicio, a cumplir los siguientes tipos de medidas socioeducativas: reparación del daño, prestación de servicios a la comunidad, “*libertad asistida*” (similar a la libertad condicional, aunque no sea exactamente lo mismo), semi-libertad e internamiento.

La reparación del daño es una medida aplicada en caso de delito patrimonial cuando existe la posibilidad de restitución del objeto o de algún tipo de indemnización a la víctima. **La prestación de servicios a la comunidad** consiste en la realización de tareas no remuneradas, de interés comunitario, en entidades asistenciales, hospitales y escuelas, así como en el ámbito de programas gubernamentales. Esta medida suele aplicarse en caso de delitos menores no violentos, y su aplicación no suele sobrepasar los seis meses.

La “libertad asistida” (LA) es una medida ejecutada en medio abierto. La suelen llevar a cabo los Centros de Desarrollo Social de cada ciudad. Su cumplimiento tiene un plazo mínimo de seis meses y máximo de tres años, plazos que también se aplican a las demás medidas socioeducativas de restricción de libertad.

La medida de libertad asistida debe incluir un programa de actividades socioeducativas y asistenciales, la orientación de los adolescentes y de sus familias, la promoción de su matrícula en una escuela y la supervisión de la asistencia y del desempeño escolar, el auxilio a la profesionalización e inserción en el mercado de trabajo, el control de los horarios para salir y volver a casa, y la elaboración periódica de informes sobre cada caso que deben enviarse a la instancia judicial correspondiente (art. 118, “*Estatuto da Criança e do Adolescente*”). Basándose en estos informes, el juez determina la suspensión, el aligeramiento o el endurecimiento de la medida (esta última en los casos de reincidencias, incumplimiento de las normas o nuevos delitos).

La libertad asistida es la medida socioeducativa de mayor aplicación en el Distrito Federal, y se ejecuta en todas las regiones administrativas. La idea es que el joven la cumpla en su propia comunidad, aunque eso no siempre es posible. Entre

junio de 1997 y junio de 1999, la LA presentó un crecimiento del 20,56%¹⁷³. El énfasis en ampliar la ejecución de las medidas socioeducativas en medio abierto es creciente. Sin embargo, los Centros de Desarrollo Social han tenido dificultades para ejecutarlas debido a la escasez de técnicos (a veces sin la calificación necesaria), al exceso de demandas y a las exigencias burocráticas de los procesos. Es frecuente que los técnicos dediquen más tiempo a la elaboración de informes que a la realización del seguimiento de los jóvenes.

Los jóvenes que cumplen esta medida son predominantemente varones, provenientes de familias de bajo nivel económico y educativo. Sin embargo, hay algunas chicas, así como adolescentes con otros perfiles. El tipo de delitos cometidos por estos jóvenes es bastante variado, pues la libertad asistida abarca desde sujetos que han sido detenidos en su primer delito menor (por ejemplo, un hurto), hasta jóvenes que han cometido varios delitos más graves (por ejemplo, asesinatos) y que llegaron a la LA tras un proceso de progresión de medida.

La medida de semi-libertad se puede aplicar inmediatamente en el juicio o como una forma de transición de la situación de internamiento para el régimen abierto, siendo la segunda situación la más común. La semi-libertad es una medida de carácter semi abierto. Durante la semana los jóvenes permanecen en la institución, pero pueden salir para estudiar, trabajar y realizar actividades supervisadas en la comunidad o en otras instituciones. Los fines de semana, si lo desean, pueden irse a casa de familiares.

La ejecución de esta medida todavía tiene un alcance muy reducido en el Distrito Federal. En el momento del trabajo de campo sólo existían tres núcleos de semi-libertad en Brasilia, que se ubican en las ciudades de Sobradinho, Gama y Taguatinga. Por consiguiente, en estos núcleos podemos encontrar jóvenes provenientes de todas las regiones administrativas del Distrito Federal, aunque haya un intento de mantenerlos lo más cerca posible de su comunidad de origen y de sus familias. Por otra parte, es importante recordar que durante la investigación empírica aún no existían unidades de semi-libertad para chicas en el DF, problema que fue solucionado posteriormente.

Los centros de semi-libertad son casas alquiladas en la comunidad y están coordinados por los Centros de Desarrollo Social de las regiones administrativas en las que están ubicados. A los jóvenes que están cumpliendo esta medida se les impone la obligatoriedad de la escolarización y de la profesionalización. Por tanto, en teoría, se

¹⁷³ *Projeto Construindo a Liberdade*, Gobierno del Distrito Federal/ Secretaría del Niño y de la asistencia social/ Fundación del Servicio Social del Distrito Federal, 1999.

les debe garantizar la participación en actividades socioeducativas, la inserción en programas del sistema de enseñanza formal y de formación profesional, así como la convivencia social en la comunidad. Además, siempre que se considere necesario, los jóvenes deben ser atendidos por servicios de atención pedagógica y psicológica. Sin embargo, la realidad de estos núcleos adolece todavía de una relativa carencia de recursos materiales y técnicos, lo que repercute sobre la oferta de actividades.

La medida de privación de libertad se ejecuta en el Centro de Atención Juvenil Especializado (CAJE), única unidad de internamiento para adolescentes en el DF, con la colaboración de organismos públicos y de entidades no gubernamentales. El régimen de internamiento tiene como plazo máximo de aplicación por delito tres años, y el tiempo de cumplimiento de la medida varía en función de la gravedad y el número de delitos.

El internamiento puede ser provisional o estricto. Por ello, la institución está dividida en dos sectores: el área “de los provisionales” - donde están los jóvenes que aguardan su juicio o que son detenidos por pocos días y, luego, son liberados - y el área “de los sentenciados”, donde están los que efectivamente van a cumplir la medida de internamiento. Ambas áreas poseen una división por sexo, de modo que hay mujeres en los dos sectores. Sin embargo, el número de chicas es muy inferior al de chicos.

La medida de internamiento suele aplicarse en los casos de delitos más graves: como los asesinatos, robos seguidos de muerte, etc.. Los casos se evalúan cada seis meses y es frecuente la aplicación de la progresión de medida. Es decir, tras un período de internamiento, en lugar de obtener la libertad los jóvenes tienden a cumplir otro tipo de medida; en general, la semilibertad o la libertad asistida.

Los problemas enfrentados en la ejecución de esta medida suelen ser los característicos de las instituciones de internamiento: primacía de la vigilancia sobre el desarrollo de actividades, presencia de drogas dentro de la institución, frecuentes episodios conflictivos y violentos (por ejemplo, motines), escasez de técnicos, de material y equipamientos con relación a las demandas, problemas de hacinamiento, etc.

2. Síntesis de las trayectorias jurídico-institucionales de los jóvenes

La trayectoria jurídico-institucional de **los jóvenes del grupo de la semilibertad** implica el paso por diferentes tipos de institución, asociado al cumplimiento de distintas medidas socioeducativas y, eventualmente, de protección. Todos los sujetos de este grupo tuvieron al menos una experiencia de internamiento. En ocasiones la

privación de libertad fue provisional y, otras veces, vinculada al cumplimiento de una sentencia. En todos los casos el actual cumplimiento de la medida socioeducativa de semi-libertad fue posterior a una estancia en un centro de internamiento.

S1 estuvo cinco veces en el centro de **privación de libertad**, dos en unidades de **semi-libertad** y recibió dos sentencias de **libertad asistida**. Las sentencias de sus primeros juicios determinaron el cumplimiento de la medida socioeducativa de libertad asistida. Tras dos intentos fracasados en dicha medida acompañados de reincidencias, fue encaminado a una unidad de semi-libertad. Estuvo algunos meses en tal unidad, pero se fugó durante la realización de la parte empírica de este estudio. Algunos días después de la fuga se presentó ante el juez. A consecuencia de este episodio estuvo nuevamente una semana en el centro de privación de libertad. Enseguida regresó a la unidad de semi-libertad de la que se había fugado.

S2 estuvo un corto período en un centro de **privación de libertad** e, inmediatamente después, cumplió la medida socioeducativa de **semi-libertad** durante un año. Actualmente está cumpliendo la **libertad asistida** como consecuencia de una progresión de la medida de semi-libertad¹⁷⁴.

S3 y **S4** han estado solamente una vez en un centro de **privación de libertad**, respectivamente, por dos años y tres meses y dos meses y veinte días. En ambos casos, el actual cumplimiento de la medida socioeducativa de **semi-libertad** fue resultado de una progresión de la medida de internamiento. Ambos llevaban aproximadamente seis meses en la unidad de semi-libertad en el momento de realización de las entrevistas.

S5 tiene dos pasajes por centros de **privación de libertad**, dos pasajes por unidades de **semi-libertad** y cumplió la medida socioeducativa de **libertad asistida** una vez. En su primer proceso estuvo en un centro de internamiento por cuatro meses. Luego, fue encaminado a la libertad asistida debido a una progresión de medida. Mientras cumplía dicha medida en medio abierto reincidió y fue detenido. Entonces el juez determinó una regresión de medida que supuso su encaminamiento a un centro de semi-libertad. A los pocos días de su primer ingreso en una unidad de semi-libertad, S5 se fugó. Poco tiempo después volvió a ser detenido e ingresó por segunda vez en un centro de privación de libertad. Tras un período de internamiento provisional recibió

¹⁷⁴ Hemos podido acompañar la transición de la situación jurídico-institucional de este joven pues establecimos contacto con él en la unidad de semi-libertad; luego, la realización de la primera entrevista se produjo casualmente el día en que tuvo el primer encuentro con los técnicos responsables de la ejecución de la medida de Libertad Asistida y la segunda entrevista se realizó cuando su experiencia socioeducativa en medio abierto ya estaba en marcha.

una segunda sentencia y fue encaminado a una unidad de semi-libertad distinta a la que se había fugado anteriormente. Al igual que S3 y S4, llevaba aproximadamente seis meses en la semi-libertad en el momento de realización de las entrevistas.

S6 estuvo en dos centros de **privación de libertad** por procesos distintos. En el juicio por el segundo proceso fue encaminado a la medida socioeducativa de **semi-libertad**. Este joven estuvo en la unidad de semi-libertad por aproximadamente seis meses y se fugó junto a S1 durante la realización del trabajo de campo correspondiente a este estudio. Sin embargo, a diferencia de su compañero, S6 no regresó tras la fuga. Permaneció en “libertad” hasta que le asesinaron brutalmente en el año 2002. Este joven es el único sujeto del grupo de la semi-libertad que también ha pasado por un **centro de acogida**. Esta última experiencia institucional (que cronológicamente fue la primera) tuvo una duración de poco más de un año.

Entre los jóvenes del grupo de la calle predominan las detenciones puntuales y el paso por diferentes centros de acogida (definido por **estancias cortas pero recurrentes**). Las experiencias de detención fueron relatadas por todos los sujetos de este colectivo. En cambio, solamente **R1, R2 y R3** han estado en **centros de acogida**. En las trayectorias de R1 y R4 se dan experiencias institucionales particulares. **R1** es el único joven de nuestro estudio que estuvo ingresado en un **centro de atención a drogodependientes**. **R4** es el único sujeto del grupo de la calle y la única chica de la investigación que tiene un **proceso en curso por implicación en prácticas ilícitas**.

En el grupo de la comunidad, solamente A1 tiene una trayectoria en el ámbito jurídico-institucional. Como hemos visto anteriormente, este joven estuvo por dos años en un **centro de acogida** mientras se solucionaba su proceso de adopción. A1 y A4 también relatan una experiencia de detención. Sin embargo, en ambos casos esta **detención** no tuvo ninguna repercusión jurídico-institucional más allá de un registro de incidencia en comisaría.

Es necesario subrayar que el hecho de que los jóvenes tengan trayectorias jurídico-institucionales muy diferenciadas no supone que las distintas medidas mencionadas sean algo lejano para ellos. Salvo A3, todos los sujetos tienen personas cercanas que han pasado por las experiencias institucionales que vamos a analizar a continuación. En consecuencia, el análisis relativo a los diferentes tipos de institución y medidas abarca tanto el discurso de los jóvenes que las han vivido directamente como las opiniones de los que las conocen de modo indirecto.

3. Factores asociados al ingreso en los centros de acogida

El paso por **centros de acogida** es parte de la trayectoria institucional de jóvenes de los tres grupos estudiados (S6, A1, R2, R3), así como de sus familiares (A1, R3, R4). Los motivos asociados al ingreso en dichos centros apuntan a diferentes agentes y mecanismos implicados en la *gestión de los riesgos* ligados a la exclusión social. Por un lado, como hemos visto en el capítulo 6, la entrega voluntaria de los jóvenes a instituciones de acogida aparece como una **estrategia de afrontamiento de vulnerabilidades económicas y relacionales en el contexto doméstico. Este tipo de estrategia familiar parece afectar indistintamente a los tres colectivos investigados.**

Por otro lado, el ingreso en las instituciones de acogida aparece como producto de la intervención estatal. Al contrario de la anterior, tal intervención es muy selectiva, pues **se ocupa sobre todo de la población que está en la calle.** En este grupo hay una **estrecha conexión entre experiencias de detención y de acogida institucional**, puesto que la acogida a menudo es precedida por el arresto. Los motivos atribuidos por los jóvenes a ambas experiencias van desde el ejercicio de actividades ilícitas, hasta el simple hecho de estar durmiendo o andando por la calle con los pares.

Aunque los agentes de dicha intervención pueden variar (policía, educadores sociales, etc.), el procedimiento es básicamente el mismo. Consiste en recoger a los menores (solos o en grupos) en la calle y conducirles a los organismos gubernamentales (incluidas las comisarías) responsables de la atención a niños y adolescentes en situación de riesgo social y personal.

Este tipo de acción evidencia una doble faceta de la intervención estatal en la “gestión de los riesgos” ligados a la exclusión social de este colectivo. La recogida de niños y adolescentes que están en la calle puede ser un mecanismo destinado predominantemente a protegerlos, como también una estrategia de “limpieza de la ciudad”, procedimiento que en el Distrito Federal afecta igualmente a adultos y familias que viven en la calle (Bursztyn y Araújo, 1997). En el segundo caso, **el foco de la intervención se desplaza de la noción de acogida y protección al procedimiento de “recogida” y la esfera del control social.**

Ello se refleja en las alusiones de los jóvenes a la práctica conocida como “*arrastão*”, término utilizado para referirse a las intervenciones estatales de “recogida” masiva de los sujetos cuya presencia en el espacio público introduce una apariencia de “desorden” en el paisaje urbano. Este tipo de intervención puede estar motivado por factores muy diversos como, por ejemplo: el aumento de flujos

migratórios, la realización de un evento importante en la ciudad, la búsqueda de jóvenes infractores que se han fugado del centro de privación de libertad, la identificación de niños y adolescentes carentes de partidas de nacimiento, la cercanía de elecciones, etc.

*R3: la primera vez que fui al CRT no estuve en el SOS, fui directamente al CRT ... (la segunda) me fui al SOS pero fue sólo ir y venir hacia acá, yo iba y venía hacia acá.... Al SOS creo que ya fui como 5 veces.....Al CRT 2 veces... A la DCA creo que fui 3 o 4.... Pero nunca fui por **aprontar***.....la primera vez fue por un “**arrastão**”... La segunda también... y la otra vez fue sólo porque hubo una cosa ahí en la calle... que unos chavales huyeron del CAJE, ¿sabes? ¡Un montón de gente se fugó del CAJE! Había helicóptero y policía en la calle y estaban cogiendo a todos los chicos ... entonces yo fui allá, hice la ficha y como no era yo me soltaron.. allá en la DCA. yo fui un montón de veces, pero nunca fui por aprontar ... la policía nunca me ha pillado **aprontando*** ... (p.16)*

4. Factores asociados a la determinación de las medidas socioeducativas

El ingreso en las instituciones que realizan la ejecución de las medidas socioeducativas se debe invariablemente al ejercicio de prácticas ilícitas. Luego, hay una movilidad entre las diferentes medidas socioeducativas en función de la evolución de los casos, que puede resultar en una progresión o en una regresión de medida.

Entre los sujetos de este estudio, cuando la medida socioeducativa de libertad asistida no fue fruto de una progresión de las medidas de privación y/o restricción de libertad (S2), su determinación se asocia a hurtos, robos (S5) y a la posesión y tráfico de drogas (S1). Por otra parte, las infracciones que han motivado el ingreso en centros de privación de libertad y el posterior traslado a las unidades de semi-libertad son atracos a mano armada (S2, S5, S6), robos con violencia, tráfico de drogas (S1), intento de asesinato (S4) y asesinato (S3,S6).

5. Implicación en prácticas ilícitas, intervención institucional y construcción de carreras “desviadas”

En este apartado nos ocuparemos de los procesos asociados a la participación de los jóvenes en prácticas ilícitas y, en particular, de los efectos de las respuestas institucionales a dichas prácticas en la configuración de sus trayectorias vitales. La cuestión que centra nuestro interés consiste en los mecanismos implicados en la construcción social de la “desviación” y, en este caso, específicamente del fenómeno de la “delincuencia juvenil”.

El significado de la palabra delincuencia es siempre fruto de convenciones negociadas por una determinada colectividad y definidas por un tipo específico de normas sociales, las leyes penales (Valverde, 1988; Yoldi, 1992). Asumimos que no existen delincuentes en sí, sino solamente definiciones sociales de lo que es un acto (o

una persona) conforme o desviado (a). Desde esta óptica, son de especial interés para nuestro análisis los planteamientos teóricos de la sociología de la desviación vinculados a la llamada “nueva escuela de Chicago” y al “labeling approach” que ponen el acento en la cuestión de la reacción social.

Las principales preguntas que han orientado el análisis relativo a este apartado fueron: Tras una participación eventual en actividades ilícitas, ¿qué aspectos consolidan dichas prácticas o, al contrario, promueven el alejamiento de éstas?; y, más específicamente, ¿qué papel juega en estos procesos la intervención de las instituciones de control social ligadas al campo jurídico?

Para contestar a estas preguntas dos nociones nos han sido de gran utilidad: el concepto de “carreras de desviación” elaborado por Becker (1963) y la distinción planteada por Lemert (1951) entre desviación primaria y secundaria¹⁷⁵. Hechas estas aclaraciones pasamos a discutir los diferentes tipos de implicación de nuestros sujetos en prácticas ilícitas y sus correspondientes respuestas institucionales.

Puesto que el análisis del proceso de institucionalización de los jóvenes será desarrollado a continuación, de momento vamos a centrarnos en sus primeros encuentros con representantes de las instituciones de control social, que consisten sobre todo en experiencias de detención puntuales. Aunque estas experiencias no conduzcan necesariamente a la institucionalización de los jóvenes, el interés de su análisis consiste precisamente en poner de manifiesto los motivos e implicaciones de los resultados diferenciados de los arrestos. La relevancia de estos aspectos reside en el papel crucial que juegan en la configuración de la trayectoria posterior de los sujetos, tanto en el campo de las actividades ilícitas como en la esfera de las relaciones que establecen con las instituciones de control social.

Incluiremos en este análisis los casos en que la implicación en prácticas ilícitas tiene un carácter muy efímero y no se asocia a ningún tipo de intervención institucional. Coincidimos con Becker (1963) en que no debemos restringir nuestro interés a las personas que acaban por asumir una identidad y una forma de vida “desviados”. En el estudio de la construcción social de la desviación también es relevante contemplar las personas que tienen un contacto más fugaz con prácticas ilícitas, cuyas trayectorias remiten a formas de vida más convencionales. Consideramos que comprender los aspectos que posibilitan este cambio de rumbo es tan importante como conocer los

¹⁷⁵ Véase capítulo 4.

factores asociados a la permanencia en el campo de lo ilícito, ya que resalta elementos que contribuyen a la resiliencia frente a la “delincuencia”.

Los discursos sobre la implicación en prácticas ilícitas y los relatos de las experiencias de detención indican una distinción muy marcada entre los tres colectivos estudiados. Como hemos señalado, **las detenciones de los jóvenes de la calle** responden a dos tipos de motivos: el ejercicio de prácticas ilícitas y los mecanismos de intervención estatal de “gestión de los riesgos” asociados a este colectivo. Las prácticas ilícitas que motivan los arrestos en este grupo consisten predominantemente en robos (y, sobre todo, pequeños hurtos), posesión de sustancias ilícitas y participación en el tráfico de drogas - dato que coincide con los resultados de una amplia investigación realizada con el conjunto de niños y adolescentes que se encontraban en las calles de Brasilia en los años 1996 y 1997 (Araújo, 1998b).

En el discurso de los jóvenes del grupo de la calle estas actividades ilícitas se asocian al ocio y a la socialización con los pares, o bien se plantean como estrategias de supervivencias justificadas por la noción de necesidad. Ambas asociaciones positivizan las versiones que elaboran sobre estos eventos. El argumento de la necesidad introduce una disociación entre lo legítimo y lo legal, que actúa como una importante “*técnica de neutralización*” en el sentido planteado por Sykes y Matza¹⁷⁶ (1957, en Sykes y Merton, 1978). Estos procesos de producción de sentido expulsan dichas prácticas del campo de significación asociado a la noción jurídica de delito: *RI: Robar no, entrar en el mercado, ponerme una zapatilla de deporte, una chancla y salir (p.6)*. Ello da lugar a una fuerte oposición entre la definición social dominante de determinados actos como “delincuentes” y la percepción de los jóvenes al respecto.

*R3: (lo que hice) Fue **aprontação*** así sólo de **malandragem*** de robar en la calle (se ríe), hacer esas cosas, ¿sabes?... pero la policía nunca me ha pillado ... para mí no es **malandragem*** no, los otros que lo dicen, ¿no?... Dicen: “Ah, ¿quieres ser **malandro***? Te quedas robando en la calle, **aprontando***...” Ah, eso no es **malandragem*** no, eso es cuando el tío quiere algo va allá y lo consigue, pero eso no es **malandragem*** no...(p.17)*

Según Becker (1963), esta oposición de puntos de vista es característica del juego de imposición de reglas sociales. Es interesante observar que la frecuente

¹⁷⁶ Estos autores plantean la existencia de una tensión entre las motivaciones vinculadas al ejercicio de prácticas ilícitas y a la observancia de la ley. Para solucionar dicho dilema, los jóvenes desarrollarían una serie de técnicas para neutralizar la fuerza de los valores ligados a la obediencia a la ley y al control social. Estas técnicas de neutralización son definidas como justificaciones de la desviación consideradas válidas por aquellos que cometen el acto delictivo, pero no por el sistema legal o los valores sociales dominantes. Algunos ejemplos son la negación de responsabilidad y la condenación de los que condenan.

criminalización social de los colectivos que viven en la calle - ligada a su etiquetamiento como “violentos”, “peligrosos” o “delincuentes en potencial” - no es suficiente para suscitar la asunción de dichas identidades. De hecho, la autopercepción que sobresale en las entrevistas de este grupo, salvo en el caso de R2, se vincula más bien a un esfuerzo de diferenciación de las identidades colectivas asociadas a la noción de delito y cualificadas como violentas, aspecto constatado por diferentes estudios realizados con sujetos que viven en la calle (Tosta, 2000; Escorel, 1998a).

R5: Pero de llevarme preso.... ¡nunca! Ni siquiera tengo expediente.... ¡Gracias a Dios!.. (p.6)

Esta situación es lo que Valverde (1991) define como “*inadaptación objetiva*”. A partir de una perspectiva coincidente con los planteamientos de base funcionalista respecto a la desviación, el autor argumenta que en este momento la “*inadaptación*” no se refiere a las metas sociales dominantes, sino a los medios considerados legítimos por la sociedad para lograr dichas metas. Por tanto, el ejercicio de prácticas ilícitas sería esencialmente utilitario para alcanzar los recursos y objetivos considerados socialmente imprescindibles para la integración social.

Pero el aspecto más relevante para nuestra discusión es que, al contrario de la posterior “*inadaptación subjetiva*” producida tras la intervención institucional, la “*inadaptación objetiva*” “*se trata de una situación que el individuo no vivencia como anormal pero que las instituciones de control social van a interpretar como desviada, anormal, desadaptada o delincuente*” (Ibíd.,p.60). Según Valverde, este momento implica una primera respuesta institucional que va a condicionar la forma como se presente el problema en el futuro y la dirección que adoptará el proceso de “*inadaptación social*”.

Las repercusiones de este encuentro entre los jóvenes del grupo de la calle y las instituciones de control nos conduce a un espacio intermedio entre los núcleos de sentido dominantes entre los jóvenes y aquéllos asociados a su definición social como fuente de peligros y amenazas. Nuestros datos sugieren que los representantes institucionales tienden a actuar de modo diferenciado ante un acto tipificado como delictivo si éste lo comete un joven identificado como “de la calle” en comparación con otros grupos, por ejemplo, de jóvenes etiquetados como “infractores” o categorizados como “trabajadores”.

Por tanto, hay matices en los procesos de criminalización de la pobreza que hemos señalado a lo largo de esta tesis. Estos matices se reflejan tanto en el campo de las interacciones entre los miembros de diferentes grupos sociales, como en el diseño de

políticas y programas de intervención dirigidos a colectivos específicos vinculados a la gran categoría “exclusión social”.

Tomamos como punto de partida para la discusión la idea de que “ *el poder de asignar un nombre a un problema social tiene vastas consecuencias respecto de las políticas que se consideran oportunas para afrontarlo*” (Silver, 1994, p.609). En este caso, la identificación de los jóvenes como “población de la calle” desplaza la cuestión del delito a un lugar secundario y parece suscitar una actitud más tolerante por parte de las instituciones de control social ante las infracciones cometidas. Esta actitud menos rígida se relaciona con dos factores: la prevalencia de prácticas ilícitas no violentas entre este colectivo (o de una violencia de baja intensidad) y la vinculación de estas prácticas con la idea de necesidad. También entre los representantes institucionales circula el supuesto de que estar en la calle conlleva una situación carencial.

En Brasil aún no se ha producido una ruptura con los tradicionales enfoques asistencialistas y filantrópicos de la población que está en la calle (Graciani, 1999). Por ello, si bien las prácticas ilícitas llevadas a cabo por los jóvenes son objeto de represión, tal represión tiene un carácter más puntual y es seguida de procedimientos que anteponen la protección y la asistencia al control. Evidentemente es una cuestión de énfasis, ya que en ningún caso salimos de la esfera del control social. Sin embargo, la percepción de los niños y adolescentes que están en la calle como sujetos “carentes” pone en marcha mecanismos de “gestión de los riesgos” que remiten a un circuito institucional específico ligado a los centros de acogida y a las medidas de protección:

R2: Un día querían llevarme al CAJE, pero yo dije: “¡Al CAJE no me voy!” ... Los policías... querían llevarme a mí y al R ... pero me quejé, me quejé, me quejé y entonces me llevaron a la Casa Abierta (p.19)

Cuando se detienen a los jóvenes realizando actividades ilícitas, a veces se les entrega directamente a sus familias. Pero lo más frecuente es que los lleven a uno de los siguientes organismos: la comisaría del niño y del adolescente (DCA) o el SOS niño (*SOS Criança*). En general, tras el registro de la incidencia en la comisaría, los jóvenes son encaminados al SOS, donde se evalúan los casos y se toman decisiones sobre las medidas que adoptar. Una vez notificados y evaluados los casos predominan dos tipos de acción: o bien el encaminamiento a centros de acogida, o bien la liberación inmediata de los jóvenes. Los relatos analizados indican una prevalencia de la segunda opción.

Difícilmente estos jóvenes son encaminados a instituciones vinculadas a la ejecución de medidas socioeducativas (Graciani, 1999), lo que suele justificarse entre los técnicos por la mayor situación de desarraigo de este colectivo. El argumento es que

la falta de bases familiares, educativas, comunitarias, etc. dificultan la puesta en marcha y el sostenimiento de un proceso de “reinserción social” en los moldes planteados por dichas medidas, exigiendo otro tipo de intervención.

Un último aspecto que llama la atención es la escasez de referencias a la violencia institucional ligada al paso por los organismos mencionados.

*R5: yo fui una vez.(a comisaría)... Pero ya no tengo fichaEstábamos yo, mi hermano y otro colega nuestro. Entonces otro colega propuso robar una **graxa**¹⁷⁷ y nos fuimos todos a robar... cada uno cogió una **graxa** y cuando estábamos saliendo del mercado el vigilante nos pilló. Entonces él llamó a la policía.... Luego llegó la policía y no nos pegó.. nos cogió por la oreja así, nos llevó al coche y nos llevó allá al SOS Niño. Llegamos allá el comisario habló con nosotros y... si dio cuenta de que no solíamos **aprontar***... lo que sé es que lo pasamos bien allá, abrimos los zapatos de todos los policías ¡y encima ganamos dinero!(Risas)...¡Fue divertido!...Ellos dijeron: “Queréis ir a algún lugar?”.. “A la 315 está bien” Entonces nos metieron dentro del coche, nos llevaron allá y ya está (p.19,20)*

La confluencia de los diversos aspectos señalados posibilita que las experiencias institucionales de los jóvenes del colectivo de la calle asociadas al ejercicio de prácticas ilícitas no resulten en la asunción de la identidad de “delincuente” que se les atribuye socialmente. O, en otros términos, que la desviación secundaria no implique la consolidación de una “carrera delictiva”. Sin embargo, su clasificación en la categoría “de la calle” a menudo se asocia a la idea de desviación y suscita reacciones sociales e intervenciones institucionales excluyentes.

En el grupo de la comunidad, la ausencia de trayectorias jurídico institucionales no supone la no implicación de los jóvenes en el campo de lo ilícito. Salvo A3, todos los sujetos de este grupo afirman haber tenido algún tipo de participación en prácticas ilícitas en el pasado. Destacan el consumo de drogas (A1, A4, A2), los pequeños hurtos (A2, A1) y pequeñas “chapuzas” (A1). Al igual que los sujetos de la calle, estos jóvenes asocian su implicación en actividades ilícitas al ocio y a la socialización con los pares. No obstante, ponen el acento sobre la cuestión de la curiosidad y la búsqueda de nuevas experiencias.

El consumo de drogas también es explicado como una forma de olvidar los problemas, anestesiar el dolor y la angustia provocada por dificultades encontradas en sus vidas cotidianas. Este argumento es frecuente entre los consumidores de droga de todos los grupos. A su vez, los pequeños hurtos y “chapuzas” aparecen o bien como una estrategia de supervivencia asociada a la noción de necesidad, o bien como una forma de acceder a objetos de consumo que de otra manera no tendrían acceso debido a sus condiciones económicas. En este último caso, el foco recae sobre la tensión entre deseos

¹⁷⁷ Material utilizado para abrillantar zapatos.

y posibilidades asociada al placer del consumo. En esta dialéctica, la noción de necesidad (en el sentido restringido de necesidades básicas) pierde relevancia.

A2:.....Incluso ya participé de un robo cuando yo era pequeña, para que veas que todos podemos seguir el mismo camino, yo estaba con mis colegas y ellas (dijeron): "... ¡mete la caja de (chocolate) Bis ahí dentro!", cosas pequeñas ¿sabes? ... yo cogí la caja de Bis y metí en los pantalones así, yo no tenía dinero.... Ay, ¡fue estupendo! ¡Qué buena sensación la de adquirir una cosa que no tenías dinero para comprarla! después..... empecé a observar que con el paso del tiempo la necesidad era mayor y el valor era mayor....todo empieza así por las ganas de tener y no poder, ¿entiendes?... ..(p.18)

En todos estos casos, la implicación en actividades ilícitas tiene un carácter fugaz, se sitúa en el pasado y no se relaciona con ningún tipo de intervención institucional. Por tanto, dichas prácticas se limitan a la noción de comportamiento transgresor, pues no fueron descubiertas públicamente, ni catalogadas como desviadas en ningún momento.

Por otra parte, están las vivencias ligadas a la participación en prácticas ilícitas violentas. Tal participación es más limitada, pues en los colectivos de la calle y de la comunidad sólo aparece de modo significativo en un caso de cada grupo (R4 y A1). A1 relata haber disparado a un amigo de su hermano (al cual no acertó) y haber participado en un allanamiento de morada. R4 perpetró varios disparos en dirección a unos vecinos que estaban en el bar donde murió su madre. El disparo perpetrado por A1 se explica como una estrategia de "imposición de respeto" ante una serie de provocaciones realizadas por el amigo de su hermano. Pese a su gravedad, este episodio no tuvo ninguna repercusión más allá del ámbito doméstico, espacio en que se produjo.

En cambio, los otros dos sucesos relatados dieron lugar a detenciones y a la apertura de procesos judiciales. A1 fue acusado de allanamiento de morada y daños a la propiedad privada (incendio provocado) y R4 de intento de asesinato. Pese a las particularidades de cada caso, los relatos correspondientes a estos sucesos presentan interesantes pautas comunes.

En cuanto a las motivaciones, los jóvenes justifican ambos actos como reacciones de venganza por acciones violentas perpetradas contra sus familiares. En lo que concierne a la intervención jurídico-institucional, sobresalen estrategias de manejo muy conscientes para burlar la ley o minimizar las sanciones: eliminación de pruebas, negación de la autoría de las infracciones al declarar en comisaría y negociaciones basadas en los derechos asegurados por la minoría de edad penal.

Pero lo más llamativo es la ligereza con la que los jóvenes toman los procedimientos legales y los procesos en curso. Esta reacción se sostiene en parte sobre la certeza de que no habrá consecuencias graves en términos de sanciones. De hecho, la

expectativa de ambos es que al final los procesos serán archivados, lo que efectivamente ocurrió en el caso de A1. R4 asume una posición de negación ante los procedimientos jurídicos. A pesar de ser consciente de la gravedad de su delito y de conocer muy bien las implicaciones de la privación de libertad - ya que diversos familiares suyos han estado presos- esta chica banaliza la intervención jurídica de modo contundente.

Estas reacciones parecen apoyarse ante todo en la neutralización del carácter negativo e ilegal de los actos cometidos en función de la justificación que les atribuyen. Tal neutralización posibilita que los jóvenes no se sientan responsables del daño provocado y, a la vez, no se perciban como “desviados”. Los discursos de A1 y R4 sugieren que estos jóvenes no sólo no se reconocen como sujetos desviados, sino que suponen que las instituciones tampoco los miran como tales.

R4: Entonces empezaron a llegar las citaciones. Y yo iba en la puerta de ella (la vecina) tiraba la citación allá y decía: “Toma, eso es tuyo, no es mío....llegaron 3 citaciones y yo no comparecí a ninguna... Era siempre así, yo tenía algo que hacer en el día ...; hubo una citación que llegó el día de mi cumpleaños! Yo dije: “No voy.... ¡ni pensarlo!”... ¿Yo iba a cumplir 15 años dentro de una comisaría? ... después fue una gente allá (a por mí)... entonces la gente de la DCA pasó cerquita de mí y no me reconoció, fueron a mi casa, después pasó otro coche cerca de mí y no me reconocieron de nuevo... mi hermana dijo que ellos estaban locos buscándome, que iban a cogermme y llevarme al CAJE ese día, y yo dije: “¿Verdad? ¡A mí ellos no me pillan!”. Después de ese día ...jamás han vuelto (pp. 26,27)

Las repercusiones de la respuesta institucional a la implicación en actividades ilícitas de estos sujetos no se asocian a un cambio de autoimagen, pero sí a transformaciones de la reacción social de su entorno. Por tanto, hay una redefinición de identidades, pero sólo en el nivel de la identidad pública de los jóvenes. Así, los efectos de la intervención institucional se dejan notar sobre su vinculación social.

R4... cuando llegué a mi calle, cuando puse el pie en la calle, todo el mundo se metió dentro de casa... cuando me vieron girar en la esquina todos entraron en casa, todo el mundo corrió... (por) ¡Miedo! Miedo de mí, miedo, yo no sé qué mal yo voy a hacer a toda aquella gente, ¿no? (pp.25, 26)

No obstante, tal como en el grupo de la calle, el desfase entre autopercepción y heteropercepción asociado a una auto-imagen desvinculada de la idea de desviación y a justificaciones que neutralizan el sentido delictivo de las prácticas ilícitas realizadas, posibilitan que las “profecías” relativas al desarrollo de una “carrera desviada” basada en la delincuencia no tengan efecto.

Respecto a las razones que los jóvenes de la calle y de la comunidad apuntan para justificar su alejamiento de las prácticas ilícitas destacan: la prevalencia de amistades y espacios de circulación desvinculados del campo de lo ilícito (R5, A3, A4); el arrepentimiento asociado a un sentimiento de culpabilidad (A1, A2, A4); la maduración y, en particular, la aproximación del ingreso en la vida adulta relacionada

con un mayor sentido de la responsabilidad (R1, R5, A4); el temor a las consecuencias (enganche, victimización, prisión, muerte) ligado a la observación de las implicaciones negativas sufridas por terceros (R3, A2, A4); la centralidad de la vinculación con el trabajo (R5) y/o la escuela (R4, A2, A3) o de proyectos asociados a estos ámbitos (A4, R1); la primacía del vínculo con el ámbito doméstico en detrimento de la calle (R4, R5); la protección familiar y, en especial, de la madre (A2, A3, A4); la protección divina (A1, A2); los consejos de amigos y parejas (A4) e, incluso, la protección de los propios pares implicados en actividades ilícitas (A2).

Sin embargo, hay dos argumentos que sobresalen sobre todos los demás. El primero consiste en un argumento esencialmente moral. Los jóvenes plantean que su alejamiento de las prácticas ilícitas se debe a que saben que “no es correcto”. Pero el hilo conductor de esta línea argumentativa nos conduce a otras cuestiones de fondo. En el trasfondo aparecen sus proyectos asociados a la inclusión social, donde destaca una asociación entre motivación de logro y la búsqueda de reconocimiento social a través de la consecución de sus objetivos por las vías socialmente definidas como legítimas (y, en particular, mediante la escolarización y el trabajo).

Lo que está en juego es la confrontación entre la percepción de la permanencia en el campo de lo ilícito como el “camino más fácil”, pero efímero y carente de reconocimiento social, y la opción por las vías lícitas que, si bien se percibe como un trayecto repleto de adversidades que exige esfuerzo e inversión a largo plazo, a la vez, equivale a la durabilidad de los logros, a la obtención de un mayor reconocimiento social y al desarrollo de un autoconcepto positivo basado en la noción de “dignidad” (véase, por ejemplo, cita de A2 en la p.398).

Encontramos aquí lo que Becker (1963) define como un “*proceso de compromiso*” a través del cual la persona se va haciendo cada vez más dependiente de las instituciones y conductas convencionales, puesto que varios de sus intereses se vuelven prácticamente inseparables del mantenimiento de ciertas líneas de conducta. Así el sujeto “*se encuentra con que debe adscribirse a ciertas líneas de conducta, porque muchas otras actividades, aparte de las que está realizando en el momento, serán adversamente afectadas si no lo hace así*” (p.35).

El segundo argumento es la única fuente de unanimidad absoluta entre los jóvenes de los dos grupos. Consiste en que, al fin y al cabo, todo se trata de una decisión personal, una cuestión de voluntad y de “tener cabeza”: A1: *....nadie pone a nadie en mal*

camino, la persona va porque quiere (p.17). Por tanto, pese a la relevancia de la dimensión social que se desprende de los factores indicados anteriormente, ello no es suficiente para quitar protagonismo al discurso de responsabilización individual, que refleja la fuerza de la ideología neoliberal (Wacquant, 1999) y las bases del “*paradigma de la especialización*” (Silver,1994) en las explicaciones sobre las conductas delictivas.

Como se puede apreciar, la intervención de las instituciones ligadas al ámbito jurídico en el proceso de desvinculación de las prácticas ilícitas apenas se deja entrever en el discurso de los jóvenes. Su actuación se da sobre todo de modo indirecto, pues sus efectos repercuten principalmente en la esfera de los valores contribuyendo a la reproducción de ideologías vinculadas al mantenimiento del orden social vigente.

Veamos ahora lo que ocurre con los jóvenes cuya trayectoria supuso tanto una definición social como delincuentes como la asunción de dicha identidad. **El tipo de implicación de los jóvenes del grupo de la semi-libertad en prácticas ilícitas no sólo es más consistente con relación a los demás sujetos de nuestro estudio, sino que es muy distinto desde el punto de vista cualitativo.**

Aquí hay un claro predominio de prácticas que implican el uso de armas de fuego, tipificadas como criminalidad violenta – donde destacan los atracos a mano armada, los intercambios de disparos (con pares y con la policía) y los asesinatos – y del tráfico de drogas. Los factores relacionados con la implicación en actividades ilícitas en este grupo son excesivamente numerosos para discutirlos con detenimiento. Además, muchos de ellos ya han sido abordados en los capítulos antecedentes. Por ello, y por el hecho de que nuestro principal objetivo en este capítulo es analizar el papel de la intervención institucional en las biografías de los jóvenes, nos limitaremos a enumerar los principales motivos apuntados por los sujetos.

Los jóvenes institucionalizados justifican su vinculación con actividades ilícitas subrayando especialmente: motivaciones económicas ligadas a la satisfacción de necesidades básicas y, principalmente, al acceso a bienes de consumo valorados socialmente; la socialización con pares implicados en actividades ilícitas (destacando la “influencia de los amigos”, la curiosidad, los valores subculturales y el ocio); la centralidad de su vinculación con la calle y con la droga asociada, en general, a una actitud de poco caso ante los “consejos” familiares; la intensa presencia de factores y personas asociados a la criminalidad en su entorno cercano (familiar y comunitario); la “institucionalización” de la transgresión en el país (y, en especial, la corrupción

existente entre los representantes del “orden” y de la “justicia”); la facilidad de acceso a armas de fuego; la implicación en las “guerras” y la lógica del “matar o morir”; deseos de venganza; el placer derivado de la actividad en sí; los beneficios simbólicos y sociales obtenidos; la ociosidad, la dificultad de acceso al ámbito laboral y la precariedad de sus posibilidades de trabajo; la indignación derivada de conflictos en el ámbito familiar, la minoría de edad (percibida como garantía de impunidad); una maldad naturalizada o atribuida a fuerzas superiores; la ausencia de reflexión sobre las posibles consecuencias de sus actos, la pérdida de respeto a los demás y el sentimiento de que no se tiene nada que perder.

Un primer aspecto que distingue el discurso de este grupo de los anteriores es una definición de sus actividades ilícitas claramente centrada en la idea de transgresión de la ley. Aunque muchas veces dichas prácticas se perciban como legítimas, en ningún caso son disociadas de la noción de ilegalidad.

*S1: **Aprontar*** es ... no andar por el camino correcto, ser un fuera de la ley... Ah, un tío procurado por la policía que roba, que mata... que usa droga, que está metido en el tráfico... (p.7)*

En cuanto a la intervención institucional ante las prácticas ilícitas llevadas a cabo por los jóvenes de la semi-libertad, encontramos un progresivo endurecimiento de las respuestas punitivas asociado a un incremento tanto de las reincidencias, como de la tensión y hostilidad entre los jóvenes y los agentes del control.

S1: La primera fue en el 97... Pero yo ni me quedé allá, el juez me mandó al CRT... Llegué allá... y mi padre me sacó... Fue muy rápido, dos días... La segunda vez ya fue un tiempo en el (internamiento) provisional del CAJE...la primera vez ... me quedé un mes...Después fue sólo aumentando (p.7)

Las primeras detenciones suelen tener un carácter de represión puntual y, más bien, de advertencia. En este momento, no hay una tendencia unilateral de “gestión de los riesgos”. Coexisten relatos de liberación inmediata de comisarías, encaminamientos a servicios de atención a adolescentes relacionados con medidas de protección, así como experiencias de internamiento provisional en centros de privación de libertad.

En todo caso, aun cuando los jóvenes son encaminados a otras instituciones tras el registro de la incidencia en comisaría, su liberación suele producirse en un período de tiempo muy corto. Esta liberación suele ser producto de decisiones institucionales e intervenciones familiares. La constatación de que la respuesta institucional no desemboca necesariamente en sanciones duras y a largo plazo alimenta la creencia en la impunidad fruto de la menoría de edad penal. Tal creencia, junto a los beneficios

materiales, sociales y simbólicos derivados del ejercicio de las prácticas ilícitas es una de las principales justificaciones de las reincidencias:

S5:Robar es como un vicio, tu robas la primera vez y ves que ha salido bien entonces sigues, mientras estás viendo que siempre está saliendo bien lo vas haciendo, hasta que un día te detienen.... me liberaron de la (DCA) y yo pensé así: “¡Que va, no voy a quedarme preso, voy a hacerlo de nuevo!” y fui haciéndolo, haciéndolo, haciéndolo, entonces fui de nuevo a la DCA... Puedes ir allá en la DCA que todos me conocen allá... (risas) Todos los policías me conocen.... llegaba allá, ellos me daban unos tirones de oreja, me pegaban ...pero ni así yo lo dejaba.... ¡Yo fui allá unas 15 veces!....Tras las 15 veces yo dejé de hacer “descuido”, y me quedé sólo en el 157¹⁷⁸, sólo con revólver... pistola....hasta que fui preso la primera vez en el CAJE ...(antes) yo iba y volvía.... creí que iba a quedarse sólo en eso (pp.9,10)

A ello se suma el placer propiciado por una especie de juego de confrontación con la justicia, del cual sienten que salen vencedores.

S1: Yo sólo iba al juez y volvía a casa... me llevaban a casa, cuando completaba un mes yo estaba allá de nuevo... Entonces el juez me liberaba y yo volvía de nuevo. Era sólo marchándome y volviendo, marchándome y volviendo... Ah,pero, así... ¿eso no era porque me gustaba! (risas) (p.9)

Y, finalmente, la dimensión de los valores subculturales compartidos con los pares. Para los jóvenes cuyos grupos de pares están implicados de modo más consistente en el ejercicio de actividades ilícitas, la experiencia de privación de libertad se ve como una parte imprescindible del “currículum”. Poder presumir de haber pasado por unidades de internamiento, así como de haber cometido determinados tipos de delitos es una forma de obtener reconocimiento social entre los pares.

S3:... (en el CAJE) He visto muchas veces a los tíos marchándose el viernes y volviendo el lunes.... porque allá dependiendo del delito, la gente te “considera”. Entonces, para demostrar que es muy loco, el tío va allá, comete un atraco y acaba siendo detenido (pp.21, 22)

En este sentido, algunos sujetos llegan a expresar que han deseado ser detenidos, mientras que otros enumeran sus detenciones y pasajes por centros de privación de libertad en un tono de ostentación (por ejemplo, la cita anterior de S5). La intervención de la dimensión subcultural también se manifiesta en los recurrentes refranes que establecen comparaciones entre las unidades de internamiento destinadas a adolescentes y las cárceles de adultos. Todos los sujetos del grupo de la semi-libertad afirman en algún momento de la entrevista que los centros de privación de libertad son como un “hotel” o una “guardería” frente a las cárceles destinadas a adultos.

Estas afirmaciones se insertan en un discurso que tiene como base la noción de **carrera**, que revela la íntima conexión entre el paso por instituciones de control social, la asunción de identidades ligadas a las definiciones sociales impuestas a lo largo de la trayectoria jurídico-institucional y las “*profecías autoconfirmatorias*” (Becker, 1963).

¹⁷⁸ Número del artículo referente a atraco a mano armada en el código penal brasileño.

Para los jóvenes, los destinos de dichas trayectorias están previamente determinados. El proceso formativo relacionado con la “carrera” en la “*malandragem*” conduce a dos alternativas: la cárcel o la muerte. Las posibilidades de ruptura (cambio) son igualmente limitadas y suelen restringirse a asumir las identidades de “trabajador” y/ o “padre de familia” o a la conversión religiosa, dato que también ha sido encontrado en otros estudios (Zaluar,1994, Zaluar y Alvito (orgs.), 1999).

S2: El CAJE es la guardería.... cuando llegas a la mayoría de edad, la comisaría es como un cursillo que vas allá una vez a la semana, de mes en mes ¿no? después ... vas al núcleo (de custodia) ¿no? entonces ya estás haciendo el instituto, luego ya vas a la (cárcel) Papuda que es la facultad... cuando sales, ya sales graduado.... o eres suspenso, cuando te quedas tranquilo... la mayoría de las veces te conviertes en creyente, te conviertes en padre de familia....otros no... salen jóvenes todavía con la mente.... salen con ganas de hacer otras cosas peores....matando, robando, traficando, y entonces si son detenidos ya se quedan otro tiempo más allá ¿no? cuando no salen y mueren..... (p.16)

En la medida en que se intensifican las reincidencias y el movimiento entre la calle y las instituciones, las respuestas institucionales asumen una dirección específica (represión policial en la calle, comisarías e instituciones que ejecutan las medidas socioeducativas) y tienden a ser más duras, puesto que los jóvenes pasan a ser identificados (y estigmatizados) como “delincuentes”. A la vez, la reacción social de su entorno y los valores dominantes en el grupo de pares contribuyen a que la sucesión de “desviaciones secundarias” y respuestas institucionales punitivas acaben por conducir a la asunción de dichas identidades. Una vez consolidada la imagen “desviante”, es muy frecuente que el estigma engendre intervenciones institucionales injustificadas. A su vez, la sensación de persecución e injusticia acentúa la posición de enfrentamiento frente a los representantes institucionales y suscita conductas de violencia reactiva.

S1: ... el juez me liberaba y yo volvía de nuevo. Era sólo marchándome y volviendo... (porque) ¡la policía allá del Recanto tenía demasiada rabia de mí!...Porque yo robé el coche del que era casi el comisario..... robé la radio, metí el cuchillo en los bancos, ¡ dañé todo el coche! E Iba a prenderle fuego (lo hice) Porque una vez ellos me pillaron y me pegaron....estaba habiendo una fiesta allá en mi casa, unos tíos hicieron un atraco allá arriba, y ellos fueron directamente a mi casa, me cogieron y me pegaron, me pegaron tanto que llegué a ponerme enfermo a causa de aquel cabrón..... Los policías me pegaron, me dieron descargas eléctricas, entonces yo dije: “Vale, un día yo te pillo...” (pp.9,10)

Entonces, la intervención de los “agentes del orden” pasa a definirse como violenta, arbitraria y autoritaria. El estigma atribuido a los jóvenes hace que sean juzgados, silenciados, desproveídos de sus derechos y deshumanizados. Todo ello genera indignación y, a la vez, impotencia. Las posibilidades de cambiar el rumbo de sus trayectorias son mermadas por la sensación de que ahora son las instituciones las que tienen el poder de decidir sobre su futuro.

S2: ... para ellos nosotros tenemos que quedarnos callados, no puedes decir nada, son ellos los que deciden nuestro destino Porque llegas allá, el policía habla, habla, habla, y tú no dices nada, lo que el

*policía dijo, queda dicho, puedes decir la verdad y el policía hasta puede estar mintiendo pero eres tú el que estás equivocado. Porque no te dan derechos, hay unos que te los dan, pero hay unos con los cuales no hay conversación (ellos dicen) “ tú eres vagabundo, eres **malandro***, vas a ser juzgado y preso, vas a la cárcel animal”, es así que ellos te hablan y aún dándote castañas, ¿no? Te tiran dentro del coche como si fueras un paquete de arroz, así (gestualiza y hace el sonido), de ese modo (p. 26)*

A partir de este momento, la reincidencia también pasa a justificarse por la indignación derivada de la estigmatización sufrida (y sus consecuencias sociales, institucionales y subjetivas) y el consecuente fracaso de los intentos de inserción social mediante las vías socialmente consideradas como legítimas. Entonces la violencia puede llegar a ser significada simultáneamente como un modo de sobrevivir y como una forma de vida: S6: *La violencia(silencio) ...la violencia.....para mí ya fue una forma de poder vivir (p. 26)*

Tal como señala Becker (1963), estos procesos ponen en marcha una serie de mecanismos excluyentes que conspiran para conformar la persona definida como desviada a la imagen que se tiene de ella. Estos mecanismos son precisamente los que propician la consolidación de una “carrera desviada”. Cerradas las puertas que conducen a la inclusión social mediante alternativas al ejercicio de prácticas ilícitas la profecía autorealizadora se cumple:

S3.....Yo no quería saber de nada más, sólo quería vender droga. Sólo quería hacerme famoso... así, yo ...siempre tuve un pensamiento en mi cabeza . “...voy a tener que vender drogas, matar a alguien, ser detenido, salir y empezar a aterrorizar en la calle.”....¡Ya está, ocurrió! Ocurrió todo eso (p.24)

Desde nuestro punto de vista, las líneas de acción alternativas y las posibilidades de cambio están siempre abiertas, cualquiera que sea el nivel de implicación en actividades ilícitas. También encontramos tal posición entre algunos de los jóvenes cuyas trayectorias podrían ser definidas como “carreras delictivas”. Sin embargo, nos ocuparemos de este tema más adelante cuando abordemos los proyectos de cambio de los sujetos. A continuación, nos analizaremos los procesos que entran en juego cuando se produce la institucionalización de los jóvenes.

6. El primer impacto de la institucionalización

a) Los centros de acogida: Cuando la institucionalización de los jóvenes en centros de acogida es fruto de una decisión de sus progenitores, el primer impacto de este proceso se traduce en sentimientos de abandono y desprecio. En cambio, cuando el ingreso en dichas instituciones es fruto de la intervención estatal, no hay alusiones a repercusiones relevantes desde el punto de vista subjetivo de los jóvenes. Ello se debe en parte a la ausencia del factor sorpresa.

La experiencia de acogida vinculada a procedimientos de “recogida” es algo esperado por los diversos grupos que viven en la calle. A ello se añade que desde el primer momento los jóvenes tienen claro que van a abandonar la institución muy pronto. Aunque no todos los centros de acogida sean centros de puertas abiertas, la fuga está absolutamente normalizada como alternativa de salida del ámbito institucional entre los niños y adolescentes que viven en la calle. Estos aspectos reducen mucho los impactos negativos asociados al proceso de institucionalización y, con frecuencia, conducen a su banalización:

E: ¿ Ya has tenido problemas con la policía?

R3: ¿Quién, yo? ... Un montón de veces! ...ah, una vez me cogieron y me llevaron allá al CRT.... me quedé un tiempo... entonces me fugué. Cuando yo estaba llegando cerca de la estación de autobuses, ¡ la policía me pilló de nuevo y me llevó al mismo sitio! (se ríe) Llegué allá, y el tío: “¿Cómo te llamas? Ah, ya tienes ficha aquí, ¿no?”... Entonces sólo nos llevó hacia dentro...(p.13)

b) La libertad asistida (LA): Entre los sujetos que han recibido sentencias determinando el cumplimiento de la medida socioeducativa de libertad asistida predomina una actitud de **poco caso** desde el primer momento. Esta actitud se explica por el significado que estos jóvenes atribuyen a esta medida. Para ellos, **la libertad asistida no llega a ser ni un dispositivo de control, ni un espacio educativo. Se trata fundamentalmente de un trámite burocrático.**

S5: Ah, la LA yo ya sabía lo que era ¿no?, era sólo: cuando la mujer marcase el día para que yo fuera a firmar mi nombre allá, yo iba. Porque era así, tú ibas el día 10, el día 30, el día 28 yo iba allá y firmaba de nuevo y de ahí en adelante, sólo yendo, yendo, yendo (se ríe) ¡ ya estaba cansado de ir allá!... (p.11)

Además, el carácter abierto de esta medida la disocia fuertemente de los efectos del proceso de institucionalización que analizaremos a continuación.

c) La semi-libertad: Como todos los sujetos llegaron a la semi-libertad tras una estancia en un centro de privación de libertad, el primer significado atribuido al ingreso en la unidad de semi-libertad es el de **alivio**. Así, en un primer momento, prevalece una evaluación positiva de la medida basada en la contraposición con la situación anterior.

S6: Ah, aquí ya fue más un alivio, ¿entiendes? Salir de aquel lugar allá fue un alivio, ya es un paso ¿no? Ya fue un paso de victoria venir para ese lugar.(p.20)

Algunos de los jóvenes también aluden a una sensación de **extrañeza** cuando ingresan en la casa de semi-libertad. Cabe destacar que esta medida empezó a ejecutarse en el DF hace pocos años, de modo que todavía es poco conocida incluso por los propios jóvenes que están en el circuito institucional dedicado a los adolescentes

infractores. Las unidades de semi-libertad no encajan en los modelos institucionales que conocen, ni se corresponden al imaginario que circula entre los pares.

S1: Ah, el primer día que vine hacia acá todo me pareció raro... ¡yo sólo quería marcharme!... me pareció extraño porque los tíos allá en el CAJE decían: “La Semi (libertad) es eso, es aquello, un montón de tíos tienen “guerras”, los tíos invaden la semi...” y cuando llegamos aquí vemos otra cosa....Yo imaginaba así que aquí era una casa... donde te quedabas encerrado dentro de un cuarto con los tíos y sólo salías en la hora.... Ah, aquí te quedas por ahí andando....hago limpieza, estudio, hago curso..(p.10)

Además, presentan elementos que desde el punto de vista de los jóvenes son paradójicos. Por ejemplo, el hecho de que sean casas alquiladas en la comunidad que aparentemente no se diferencian de las demás viviendas del vecindario. Es como si el espacio físico fuera excesivamente desinstitucionalizado para ellos. Por otro lado, las normas impuestas restituyen el carácter institucional vinculado a la noción de control, y les parecen igualmente excesivas. En todo caso, el proceso de adaptación a esta medida suele ser muy rápido.

S5: Ah, me pareció extraño la casa... un montón de cosas me parecieron extrañas!... Ah, los técnicos, la forma de la casa.....Llegué ahí dentro ... yo llevaba un dinero, ya cogieron el dinero y lo guardaron allá arriba, dijeron que (aquí) no podía llevar dinero, no podía entrar con mechero....Yo no me estaba adaptando, pero después de 3 días me quedé y me adapté... estoy ahí hasta hoy...todo bien...(p. 13)

d) La privación de libertad: La primera experiencia de internamiento es un corte que implica la remisión brusca de una serie de fantasías. Supone la muerte de la creencia en la impunidad y de la sensación de omnipotencia que hasta entonces alimentaba la ilusión de que todo siempre iba a “salir bien”. Supone, en síntesis, la “percepción de la propia vulnerabilidad”, circunstancia que ,según Valverde (1991), es crucial para el tránsito de la situación de “*inadaptación objetiva*” a una situación de “*inadaptación subjetiva*”, íntimamente ligada a la formalización institucional del sujeto como “delincuente”.

S6: Yo dije, “hombre... la gente dice que un menor no se queda preso, ¡qué va!” Cuando fui detenido pensé que iba a marcharme.... pero después que me di cuenta de que no me iba entonces me entró la desesperación....Yo dije:“joder, ahora estoy liado” ...(hasta entonces yo estaba) tranquilo, ni me preocupé (por haber cometido un asesinato).....(p.15)

El primer impacto del encarcelamiento suele definirse como “un choque”. Todos los jóvenes describen la privación de libertad como un punto de inflexión que les obliga a “caer en la cuenta” y suscita un proceso de reflexión y resignificación. En general, este proceso viene acompañado por un sentimiento de arrepentimiento y la elaboración de proyectos de cambio, aunque ambos pueden ser muy efímeros.

S5: .. cuando él es detenido, cuando está allá dentro (de la prisión) entonces se da cuenta... de que era mejor estar en la calle, no haber hecho aquello, estar allá junto a su mujer, en ese momento piensa en

*su madre.... Como yo mismo... cuando yo estaba ahí en la calle no pensaba en mi madre.... cuando iba allí y metía la pistola en la cara de alguien...pero cuando estaba allá dentro (preso) pensé: “ mi madre me dio tantos consejos para que yo saliera de esa vida... y no la escuché ”... Ahora me concienció... ahora sólo (quiero) ayudar a mi madre... ya (no quiero) nada más de **aprontação*** (p.17)*

Es interesante observar que el arrepentimiento por el delito cometido no se relaciona tanto con el daño que puede haber supuesto a otras personas, sino principalmente con las consecuencias dolorosas del proceso de institucionalización, tendencia que también fue observada por Volpi (2001).

7. El proceso de institucionalización como una experiencia de sufrimiento

Los relatos sobre las experiencias de los jóvenes en el ámbito institucional - con excepción de los discursos relativos a la libertad asistida - conducen invariablemente a vivencias de sufrimiento. En los discursos sobre los centros de acogida y las unidades de semi-libertad encontramos referencias a elementos positivos que atenúan y compensan las vivencias dolorosas. En contrapartida, los relatos sobre los centros de privación de libertad son, sobre todo, descripciones de experiencias sufridas. La magnitud del malestar asociado a dicha experiencia se deja entrever en los dos términos utilizados por los jóvenes para definir la vida cotidiana en las unidades de internamiento: “infierno” y “pesadilla”. *S5..El que quiera conocer el infierno basta ir allí...Todo allí es un infierno...todo allí dentro... (pp.11,12).*

Aunque haya diferencias significativas en la relevancia atribuida a los aspectos evaluados negativamente en cada tipo de institución analizado, las fuentes de sufrimiento de los jóvenes son básicamente las mismas.

7.1.La pérdida de soportes materiales, simbólicos y sociales

“El ingreso en una institución total interrumpe todo un sistema de referencias y relaciones habituales que se tienen establecidas, crea una ruptura entre el sujeto que lo experimenta y su propio ambiente, aumentando el aislamiento físico, social y psicológico en el que se va a encontrar, contribuyendo a producirle sensaciones de incertidumbre, inseguridad e infravaloración” (Pellegrini,1981, citado por Yoldi, 1992, p.358)

El principio de la experiencia institucional coincide con el proceso definido por Goffman (1961) como *la mortificación del yo*. Esta etapa implica una serie de **pérdidas asociadas a los soportes materiales, simbólicos y sociales que conferirían una identidad al sujeto hasta el momento de su ingreso en la institución**. Se trata de un

proceso de despersonalización provocado por la retirada brusca de los soportes mencionados y los diversos ritos de iniciación a la vida institucional. **Este proceso es particularmente significativo en los relatos sobre el primer ingreso en centros de privación de libertad.**

7.2. La fragilización de los vínculos sociales y el aislamiento

El sufrimiento relacionado con la institucionalización en los diferentes tipos de centros analizados remite principalmente a la relación de los jóvenes con otros ámbitos. Concretamente, la familia, la calle y la comunidad.

En todos los grupos, se hace especial hincapié en la añoranza de la familia (en particular de la madre e hijos) y de la calle. Entre los sujetos del grupo de la calle, el énfasis recae sobre la lejanía de los amigos y del espacio de la calle, mientras que los jóvenes de la semi-libertad hacen especial hincapié en la lejanía de la familia.

S4:.... Entonces me vine a la Semi (libertad), me parece estupendo ir a casa en el fin de semana... (aquí) sólo es malo porque te quedas lejos de tu madre así durante la semana, de tu hija, de tus familiares....;sólo es malo porque no estás en casa!... (p. 18)

En los centros de privación de libertad, la sensación de debilitamiento y pérdida de vínculos se intensifica por el **aislamiento**. Las visitas de los familiares y “amigos” son fundamentales para atenuar el dolor provocado por todas las rupturas que el encarcelamiento supone. Pero, al mismo tiempo, también son una fuente de angustia para los jóvenes, pues se sienten culpables por someter a sus seres queridos a una situación que perciben como dolorosa y humillante. Además, implican expectación respecto a quiénes van a venir, y la ausencia de las personas esperadas genera frustración y sentimientos de abandono. Estos aspectos fueron observados exactamente en los mismos términos en un estudio llevado a cabo por Assis (1999).

Cuando los lazos sociales externos no son sólidos, la institucionalización pone al descubierto la fragilidad de estas vinculaciones. Los jóvenes enfatizan que la reclusión implica una **fragilización de los vínculos sociales anteriores, a la que sólo resisten aquellos vínculos basados en el afecto y en relaciones de amistad “verdaderas”**, es decir, la familia y, en ocasiones, algún compañero.

Si estas vinculaciones ya son precarias, la privación de libertad se convierte en una experiencia todavía más dura, pues confronta el sujeto con el carácter esencialmente instrumental de sus supuestas amistades. En los casos de jóvenes que ya estaban

implicados en procesos de desarraigo, el internamiento supone la confrontación con la experiencia de **soledad** como su condición en el mundo:

S1: Ah, hay amigos que dicen que son tus amigos y cuando ves cuando yo tenía dinero, tenía droga, jo, ¡ tenía un montón de amigos! Pero cuando fui preso, ¿dónde están? Ya pasé noche buena y noche vieja allá sin recibir visita, ¡sin ganar nada! ¿Dónde están los amigos?¡Ya pasé más de doce visitas allá sin recibir a nadie!

E: ¿Verdad? ¿Y echabas de menos a alguien?

S1: (asiente con la cabeza)... A mi padre y a mi hermana.... (p.6)

7.3. Las experiencias de violencia

Otro factor asociado a impactos emocionales negativos son las **relaciones conflictivas y las experiencias de violencia** dentro de las instituciones. **En el discurso sobre los centros de acogida y las unidades de semi-libertad estos factores tienen un carácter secundario, mientras que en los centros de privación de libertad asumen un lugar central.** Teniendo en cuenta que analizaremos este tema con detenimiento a continuación, nos limitamos a señalarlo en este espacio.

7.4. La incertidumbre

El proceso de institucionalización, y particularmente el ingreso en instituciones totales¹⁷⁹, crea una gran **incertidumbre** provocada por el desmantelamiento de creencias y la pérdida brusca de referencias. A ello se suman la inseguridad atribuida al riesgo de victimización en el ámbito institucional y el desconocimiento del tiempo que van a permanecer en este contexto, lo que implica la sensación de pérdida de control sobre el propio futuro. La ausencia de control sobre la propia vida y la imposibilidad de planificar su futuro son señaladas como unas de las principales consecuencias psicosociales de la privación de libertad (Goffman, 1961; Valverde, 1991).

*S2: tu duermes, te despiertas pensando en la calle, pensando en ti en tu casa... en los **frevo**s*, en tu madre, que podrías estar haciendo algo, pero estás allá preso, no sabes tu destino, si te van a sentenciar, si vas a salir a la calle dentro de dos meses, tres años....tu enemigo está allá (en el centro)... (p.9)*

La incertidumbre sobre el tiempo de permanencia en el ámbito institucional se relaciona especialmente con el cumplimiento de las medidas socioeducativas asociadas al ejercicio de prácticas ilícitas. Las sentencias que determinan el cumplimiento de las distintas medidas socioeducativas vienen acompañadas por el calificativo “tiempo indeterminado”, puesto que el desligamiento depende de evaluaciones sucesivas e informes semestrales realizados por los técnicos que hacen el

¹⁷⁹ La institución total es definida por Goffman (1961) como “un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de personas en igual situación, aisladas de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria administrada formalmente” (p.11).

seguimiento de cada caso. En principio tal indeterminación tiene la ventaja de que la liberación o la progresión de medida son contingentes con la evolución de los jóvenes, lo que supuestamente evita una permanencia innecesaria en el ámbito institucional y atribuye a los sujetos algún nivel de participación y responsabilidad en la fijación de su tiempo de condena.

Sin embargo, **todos los sujetos señalan el desconocimiento del período que van a permanecer institucionalizados como una gran fuente de angustia.** Dos factores son fundamentales para la comprensión de este aspecto. Por un lado, la **inmediatez** que caracteriza el modo de funcionamiento de estos sujetos en todos los ámbitos de su vida cotidiana. Suelen plantearse sus objetivos muy a corto plazo y sus prácticas se orientan a posibilitar la obtención de sus objetos de deseo de la forma más rápida posible para luego consumirlos tan rápido como los obtienen. Todo se estructura en torno al “aquí y ahora”. Por tanto, son personas que no están acostumbradas a la espera y suelen tener un bajo nivel de tolerancia a la frustración.

Por otro lado, está la **falta de confianza en la justicia** debido a la imposibilidad de identificar los criterios que orientan las decisiones institucionales. En consecuencia, **tener una sentencia por tiempo indeterminado significa, para los jóvenes, tener el propio futuro sometido a una decisión arbitraria sobre la cual entienden que no tienen ningún control.**

Desde esta óptica, conocer el tiempo de la sentencia se ve no sólo como una fuente de seguridad (pues reduce los niveles de incertidumbre), sino como una posibilidad de elaborar proyectos de futuro y otorgar sentido a todo lo que implica el cumplimiento de la medida. Si esta producción de sentido y proyectos ya es una tarea difícil cuando se plantea a largo plazo, ante la inexistencia de una base concreta sobre la que construirlos se convierte en algo casi irrealizable. Como señala Goffman (1961), para el sujeto que se encuentra institucionalizado, “*el sentido completo de estar “dentro” no existe independientemente del sentido específico que tiene para él “salir”* (p.23, traducción de la autora).

S4: ... yo creo que el juez podría decir a la persona cuánto tiempo ella va a cumplir de Semi..... Pero te dan tiempo indeterminado.... vete a saber cuándo vas a salir ¡por eso muchas personas se fugan! entra aquí, se queda un tiempo, entonces abre el portal y se marcha¡Porque, el tío no sabe cuánto tiempo va a cumplir!.... Eso es lo que me parece equivocado. Porque ellos podrían decir...vas a cumplir 6 meses, 9 meses...1 año..... el tío iba a cumplir eso ... ya con la cabeza así: “voy a cumplir este tiempo, pero después... me voy a marchar a mi casa”. Porque la persona aquí... pasa unos días.....pasan meses y nada... ¡vete a saber cuándo el tío va a salir! (p.17)

7.5. La monotonía de la rutina institucional

Otro factor que se evalúa negativamente de forma unánime en las diferentes instituciones es **la monotonía de la vida institucional**. En los relatos sobre los centros de acogida y de privación de libertad este aspecto se asocia a la carencia de actividades y los consecuentes largos períodos de ociosidad.

Esta cuestión asume un matiz especial en los centros de privación de libertad debido a su carácter de “ambiente total”. En las unidades de internamiento encontramos **la asociación entre una gran rigidez de la estructuración de la vida diaria de los jóvenes y un considerable vacío de contenido** ligado al **predominio del régimen sobre la intervención**, característica típica de las prisiones (Valverde, 1991). Este vacío de contenido es particularmente acentuado en el período de internamiento provisional porque los jóvenes que están en esta situación no tienen acceso a las actividades llevadas a cabo por aquéllos que ya están cumpliendo su sentencia. En este período prevalece la reclusión. El único espacio de tránsito de los jóvenes es el patio, cuyo acceso tiene que ser conquistado diariamente por muestras de “buena conducta”.

*S4: Hombre, la vida allí dentro, ese tiempo que nos quedamos allá es poco pero es triste ...Porque es del cuarto al patio, del cuarto al patio, del cuarto al patio. ¡En (la zona del) Sentenciado... es un hotel! Porque hay piscina, fútbol... hay escuela... unos cursos.... Allí en el Provisional es triste, porque allí es sólo encierro, encierro, encierro y más encierro.... la única forma de salir del cuarto allí es ir al patio y si **aprontas*** dentro del cuarto, ya no sales..... (no hay) ninguna actividad. (pp.14,15)*

Sin embargo, la ampliación de las actividades y de los espacios de movimiento tras la determinación de la sentencia no introduce muchos cambios en la percepción sobre la vida cotidiana en la institución. El internamiento sigue viviéndose como una repetición incesante de una rutina rígida, monótona y aburrida. Ello se debe a que el ritmo de la vida cotidiana lo marcan ante todo los dispositivos disciplinarios (Foucault,1975): la estructuración del tiempo en horarios rigurosos, la determinación de tareas al margen de los intereses de los sujetos, la disposición de los cuerpos en filas, su separación por zonas, “y todo un conjunto de normas preestablecidas (que) determinan un orden inmutable de las cosas y de las personas” (Volpi, 2001, p.51).

S3 : ¡¿La vida?! A primera hora de la mañana desayunas, vas al taller, vuelves a la once y media, te quedas hasta las doce en el patio, a las doce haces la fila para entrar en los cuartos, sales a las dos ... vas a la escuela, vuelves a las cinco, cinco y media se cierran los cuartos ... ¡la rutina es así todos los días!...todos los días, todos los días. Hay dos días que es para ir a la piscina y jugar el fútbol....el sábado los creyentes... van para allá... domingo es la visita....entonces el lunes...tienes que encarar la misma rutina de siempre. Lunes, martes, miércoles.....jueves, viernes, ¡sábado! (pp.3,4)

Ni siquiera la posibilidad de circular por espacios extra muros y realizar diferentes actividades en las unidades de **semi-libertad** es suficiente para eludir la sensación de **rutina y aburrimiento** asociada a la **vida institucional**.

S2: (la vida allá) es chungu... dormía, comía, por la mañana iba al curso, después a trabajar, por la noche iba al colegio, después dormía, al día siguiente era lo mismo, sólo una rutinaTodos los días hacías lo mismo, cansa ...(p.12)

7. 6. El espacio físico

Numerosos estudios han demostrado que la estructura física y arquitectónica de las instituciones es un factor primordial en la configuración de la vida institucional y de sus efectos. El ejemplo paradigmático es el modelo panóptico analizado por Foucault en *Vigilar y Castigar*. No obstante, las alusiones a este tema son muy escasas en las entrevistas. Además, su vinculación con evaluaciones negativas del ámbito institucional aparece fundamentalmente en las referencias a las cárceles destinadas a adultos, motivo por el que no vamos a profundizar en ello.

8. Estrategias de adaptación a la vida institucional

El ambiente precario, rígido, violento y anormalizador de las instituciones totales convierte la vida cotidiana de los “internos” en una incesante “lucha por la supervivencia”. Esta “lucha” implica “*un constante intento de adaptación, buscando un máximo de gratificaciones con la menor cantidad posible de dolor*” (Valverde, 1991, p.77). El proceso adaptativo a las diferentes instituciones analizadas implica una **primera fase** que Yoldi (1992) define como **etapa de orientación**, en la cual el sujeto tantea los límites del control que puede llegar a tener sobre el ambiente institucional y observa la imagen de sí que la institución le ofrece.

S1: En el primer día... llegué de madrugada... y dormí... estaba soñando que estaba en casa... cuando me levanté por la mañana, abrí los ojos así, y me vi encerrado... Entonces los tíos dijeron: “ahora estás preso, ahora es sólo quedarte ahí en tu sitio y cumplir tu condena” (p.8)

A la par, se inicia un proceso de aprendizaje de estrategias de supervivencia que se extiende y se perfecciona durante todo el período de institucionalización. Ello supone **entender la dinámica de las relaciones de poder y las normas oficiales y paralelas** que rigen la vida institucional. Cuanto mayor es el dominio sobre los dos niveles de leyes existentes en la institución – así como el acceso a diferentes tipos de recursos- más amplias son las posibilidades de minimizar los riesgos y el sufrimiento asociados a la dinámica institucional (Varela, 1999; Caballero 1986; Valverde, 1991).

S6: ...Ah... tú aprendes a vivir allí dentro ¿no?... tienes que entrar en el ritmo de los demás porque no puedes ser el único diferente Los tíos son todos nerviosos... no se preocupan por nada. Hay unos que ya son más tranquilos... hay que saber afrontar todo tipo de situación. (p.19)

El proceso de adaptación a la vida institucional puede conducir a diferentes tipos de relación con la institución (Goffman, 1961; Caballero, 1986; Valverde, 1991; Yoldi, 1992). Encontramos dos modalidades básicas: reacciones de **conformismo** y de **enfrentamiento**. Lo más frecuente es una oscilación entre ambas posiciones. El caso más particular es el de S4, cuya relación con la semi-libertad se acerca a una mezcla de dos modelos de adaptación definidos por Goffman (1961) como “colonización” y “conversión”. La colonización implica que el sujeto convierte la institución en “su mundo” y se dispone a vivir en él de la mejor manera posible, buscando obtener todos los beneficios que la vida institucional le pueda brindar. La conversión supone la aceptación de la imagen de sí que la institución le ofrece, unida a un esfuerzo de convertirse en un interno modelo.

Pero según los jóvenes de los tres grupos, **el principal resultado de este proceso adaptativo es “la costumbre”**. “Acostumbrarse” no supone necesariamente la aceptación pasiva de los elementos que caracterizan la dinámica institucional. La noción de costumbre en este contexto remite a la idea de conocimiento y dominio de las condiciones asociadas al proceso de institucionalización. Es precisamente este conocimiento lo que permite que las experiencias institucionales subsiguientes (en los casos en que hay más de una) no supongan un impacto tan fuerte como la primera:

S1: . En la última vez yo ya estaba más acostumbrado ¿no? .. ya sabía como era... (p.8)

“Acostumbrarse” a la dinámica institucional puede conducir a una relativa banalización, como hemos visto que ocurre en el grupo de la calle. Pero “la costumbre” aparece mayoritariamente como una importante estrategia adaptativa capaz de favorecer comportamientos ligados a la resiliencia en el ámbito institucional. En el grupo de la semi-libertad se plantea que “comprender el funcionamiento del sistema” es fundamental para poner en marcha estrategias preventivas de la reincidencia. La idea es que la vivencia negativa de la parte más ligera del “sistema” posibilita la proyección de lo que puede llegar a ser su parte más dura. El temor a ingresar en una cárcel de adultos lleva a formular proyectos de cambio.

S6: el CAJE para mí también fue malo... pero también fue bueno para ver cómo es, ¿entiendes? Si cuando yo era menor fue así en la cárcel, ¡imagínate una cárcel de adultos!.....Hay males que vienen para bien también ¿no?.... Porque el tío puede reflexionar bien y ver cómo es el sistema (p.20)

9. Aspectos privilegiados en la valoración de los centros

9.1. El acceso a recursos

Salvo las unidades de privación de libertad, las demás instituciones mencionadas en las entrevistas aparecen como un espacio de abundancia de recursos, en oposición a la precariedad de las condiciones materiales de existencia de los jóvenes en el contexto de la calle y en el ámbito doméstico: *S4.....Nosotros tenemos de lo bueno y de lo mejor, comida, comes 5 veces al día .. aquí comes mejor que en tu casa... Porque lo que tienes aquí, hay momentos que falta en tu casa.....(p.17).*

Esto es particularmente relevante en el discurso de los jóvenes del grupo de la calle. Para estos sujetos, **la posibilidad de acceso a diferentes tipos de recursos – y en especial a recursos materiales - se asocia a una evaluación positiva del ámbito institucional** y, principalmente, de los centros de acogida.

R3: ... ¡En el CRT es guay!.... allá hay de todo: hay comida, escuela... desayuno, ducha, allá hay de todo ... hay campo para jugar al fútbol.... (p.13)

9.2. La dimensión relacional

a) Los pares

La interacción con los pares en el ámbito institucional es muy importante a lo largo de todo el proceso. **Cualquiera que sea la institución de referencia, los pares juegan un papel crucial en el desarrollo de estrategias dirigidas a hacer la vivencia institucional (o la condena) más ligera y amenizar el tedio.**

En general, tanto los centros de acogida como las unidades de privación y restricción de semi-libertad son espacios de encuentro con antiguos compañeros de la calle y/o de otras experiencias institucionales. Este es uno de los factores que facilitan el proceso de adaptación inicial de los jóvenes a las instituciones: *S5: Yo ya conocía a todo el mundo, entonces me acostumbré a la casa... (les conocía) De antes, allá del CAJE... Entonces conocí una pandilla ahí y me quedé tranquilo.. ...(p12)*

Estar en grupo casi siempre suscita el desarrollo de actividades que propician momentos de diversión. Las charlas también son una práctica frecuente entre los pares que tiene una gran relevancia para la positivización de la vida cotidiana en el ámbito institucional: *S2: ... De vez en cuando hasta era guay, te quedabas con la galera* así, se quedaba todo el mundo conversando, de vez en cuando era guay (p.12)*

En los centros de privación de libertad, el entretenimiento con los compañeros y las visitas parecen ser los únicos aspectos positivos que mueven un tiempo que, desde el punto de vista subjetivo, se resiste a avanzar.

S4: ¡Allí dentro no existe nada de bueno! Allí es sólo charlar para pasar el tiempo, esa es la única solución ...el día no pasaba, las horas no pasaban... miras al reloj... ¡Ave María!...nosotros jugábamos... nos quedábamos uno vacilando al otro... divirtiéndonos para pasar el tiempo... si ya estás allí dentro, tienes que conformarte que estás allá... porque si te quedas pensando en la calle... tu condena ... ya pesa.... Y la hora no pasa, el día no pasa, te vas poniendo loco, loco, loco de la cabeza tienes que divertirte....Hacer una cosa que es mala pasar... del malo para el mejor, para que te acostumbres (p.15)

En este sentido, nuestros resultados coinciden con los encontrados por Volpi (2001) en un estudio desarrollado con 228 jóvenes que estuvieron en centros de privación de libertad de diferentes regiones de Brasil. En ambas investigaciones, la mayoría de los sujetos señala la dimensión relacional como el aspecto más importante del período de internamiento. Dentro del ámbito institucional, la figura de los pares es la más relevante. Por otra parte, la madre es la mayor fuente de apoyo externo para afrontar las adversidades ligadas a la institucionalización. Como subraya Volpi, este último dato rompe con el mito de que las familias tienden a abandonar a sus miembros caracterizados como “conflictivos” cuando las instituciones se hacen cargo de ellos.

Sin embargo, las relaciones con los pares suelen basarse en **vínculos instrumentales y efímeros**. Las referencias a vínculos afectivos y/o duraderos sólo aparecen cuando los jóvenes comparten la estancia en la institución con compañeros que ya conocían. **La relación con los pares es sobre todo muy ambivalente**. Dinámicas de cooperación, complicidad y protección coexisten con conflictos, traiciones, robos, sospechas y muestras de un individualismo exacerbado. En este sentido, **en el campo de las medidas socioeducativas vinculadas a prácticas delictivas, la intervención de los pares puede ser crucial para favorecer tanto la preservación como la ruptura del vínculo de los jóvenes con la institución**.

S1: (amigos aquí) ¡Tengo!..... sólo el L y el M... tienes que elegir las amistades..... Porque cuando yo llegué aquí, había unos chicos diciendo: “ Vete, fúgate y no sé qué”... entonces el L y el M fueron los primeros que dijeron: “ no, no hagas eso, ¡vas a estropear tu vida!” (p.7)

La ruptura del vínculo institucional se ve favorecida por la incitación a la fuga o a la reincidencia. Esta faceta de la relación con los pares se asocia a la noción de riesgo porque remite a las “tentaciones de la calle”. Según los jóvenes, el contacto con los pares también supone ampliar el repertorio de habilidades relacionadas con el ejercicio de prácticas ilícitas a través del intercambio de vivencias distintas.

La cuestión del riesgo aparece principalmente en el discurso sobre la semi-libertad. Los centros semi-abiertos se perciben como espacios que propician una actualización permanente de los acontecimientos relacionados con la “maladragem”,

pues constantemente llegan a estas unidades jóvenes provenientes de la institución de privación de libertad.

Este contacto constante implica un esfuerzo añadido para resistir a las “recaídas”. Lo mismo ocurre con la relación con los antiguos compañeros de la calle o del ámbito comunitario. Los jóvenes frecuentemente plantean que para no abandonar sus proyectos de cambio es necesario romper el vínculo con todo lo que se asocia a su pasado de implicación en prácticas ilícitas.

S2: Allí en la Semi te quedas en contacto con el CAJE, siempre estás en contacto ... a todas horas llega... hay gente que regresa....así vas a estar en contacto con lo que está pasando allá, con la marginalidady para mí... si quieres dejarlo tienes que olvidarte... olvidarte realmente (segunda entrevista pp.2,3)

El temor a la reincidencia muchas veces convierte los momentos de libertad (fundamentalmente los fines de semana) en objeto de deseo y, a la vez, de miedo. La solución predominante para este dilema es un proceso de aislamiento y de reclusión en el ámbito doméstico, única alternativa percibida como efectivamente protectora.

S3: ...desde el día que vine a esa Semi (libertad) aquí, ya no sé lo que es la calle ...(P.17)

S3: (ha cambiado) Todo! Ya no me quedo allá en mi zona... voy de la casa de mi madre, a la casa...de mi mujer, de la casa de mi mujer a la casa de mi madre...(p.10)

En cambio, los movimientos de aislamiento y reclusión en el ámbito institucional son raros. Esta afirmación se aplica a todas las instituciones analizadas. Incluso en los casos en que la relación con los pares es predominantemente conflictiva, difícilmente los jóvenes renuncian a ella. Por tanto, a pesar de las ambivalencias existentes, los aspectos positivos de tal relación parecen tener más peso para los sujetos que los aspectos negativos.

Pese a las particularidades de las diferentes instituciones, en todos los casos predomina entre los pares una **sociabilidad caracterizada por la prevalencia del individualismo y de “la ley del más fuerte”**. En esta atmósfera relacional **los conflictos entre los compañeros son una constante**. Las prácticas violentas relatadas se asocian siempre a la idea de **delimitación de poder**. En este escenario, sobresalen **las rivalidades y enfrentamientos grupales**.

S6:Había mucho conflicto.... Ah, a causa de tonterías... hasta por un lugar en que estabas sentado, los tíos querían ser más que tú... entonces empezaba.. Había peleas siempre, siempre, siempre.... enseguida la gente iba conociéndose y ya formaba un grupo aquí y otro allí, los de allí ya se hacían rivales ... a unos ya no les gustaban los otros..... (p.5)

La vivencia de esta sociabilidad en el marco institucional suscita el aprendizaje y el desarrollo de estrategias de defensa, entre las cuales destacan las demostraciones de

fuerza y la desconfianza generalizada. Además, contribuye a que estas estrategias se perciban como imprescindibles para la supervivencia en otros contextos. Así, propicia su reproducción en las relaciones sociales que los jóvenes establecen luego en diferentes ámbitos.

*S6: Ah, era difícil ...porque... estaba en un lugar donde no podías confiar en nadie...los chavales todos de la calle también, todos acostumbrados al medio de la **bandidagem***... Desde pequeño, ya vine con ese pensamiento en la cabeza: no puedo dar margen, porque si no los tíos van a aprovecharse de mí..... ¿entiendes?.... había mucho conflicto (p.5)*

Además de los conflictos generados en el interior de los centros, las instituciones también son un espacio de encuentro de jóvenes que tenían rivalidades anteriores. Y, en consecuencia, de actualización y puesta en escena de la dinámica de las “guerras”. Los enfrentamientos iniciados en la calle se trasladan al ámbito institucional y lo mismo ocurre en sentido inverso. Cualquier lugar puede ser el escenario de los “ajustes de cuentas” con los “enemigos”. Como dichas dinámicas conflictivas se basan en la premisa de que se trata de “matar o morir”, los jóvenes experimentan un sentimiento de inseguridad en el ámbito institucional.

E: ¿Qué es un infierno allí dentro?

S2: Está tu enemigo allá ... (por una) pelea, una rivalidad, que te maten o tengas que matar(p.9)

Los centros de internamiento no son vistos como espacios capaces de asegurarles protección. El sentimiento de riesgo es acentuado por la imposibilidad de huir en un espacio cerrado. A ello añaden una supuesta permisividad (negligencia) de los técnicos ante determinados episodios de violencia ocurridos entre pares. Dicha permisividad se atribuye a las amenazas sufridas por el personal de la institución y, por otro lado, a la percepción de los jóvenes como sujetos “desechables”.

A2:Y existe también la cuestión de que vas para allá y la seguridad aún no es buena. Hay personas con las que ya tenías conflictos y que en la ciudad tienes como huir, pero allá... a la hora de tomar el sol no tienes (como evitar)... ellos te pegan... y los agentes no hacen mucha cosa... porque si lo hacen ellos mueren también, ya sabes cómo es ¿no?.... y también... mi colega me contó que el agente social le dijo así: “hijo, vosotros que habéis cometido cosas erradas que se las arreglen, yo estoy aquí tranquilo y no voy a meterme en pelea de vagabundo”, ¡ de ese modo! Y les dejó peleando y matando. ...(p.8)

Pese a los numerosos relatos de manifestaciones de violencia entre los pares, llama la atención que se refieren casi siempre a terceros. Los jóvenes suelen definir como amistosa la relación con los compañeros y destacar una postura de evitación de conflictos.

S4: confusión dentro del cuarto no había.. en nuestro cuarto ... nadie se aprovecha de nadie no, nosotros hacemos de la cárcel .. como si fuera un “cachondeo,” sabes, para que pase el tiempo..... con una alegría, una cierta alegría... tienes que sentirte como si estuvieras en casa jugando con otra persona porque si no.los otros cuartos eran una confusión... (pp.15,16)

b) Los técnicos

Las alusiones a los técnicos de los centros de acogida son casi inexistentes. Las escasas menciones encontradas suelen estar desprovistas de calificativos y de carga emocional. Sobre este tema los jóvenes no suelen proferir más que un par de palabras:

E: ¿Y el personal que trabajaba allá....?

R3: Ellos no eran malos, no... (p.17)

Esta tónica marcada por la indiferencia sugiere que los técnicos no llegan a convertirse en referencias, ni positivas ni negativas, para los sujetos de nuestro estudio. La única excepción en este sentido es S6. Este joven sitúa la relación de los técnicos con los niños y adolescentes institucionalizados como uno de los elementos clave de la dinámica que pautaba la vida cotidiana en el centro de acogida en el que estuvo ingresado. El acento recae sobre los conflictos y el frecuente intercambio de agresiones físicas y verbales recíprocas. Los técnicos son definidos como figuras autoritarias, agresivas y “brutas”. Por otro lado, la transgresión de las normas y la no sumisión a la autoridad institucional son las reglas de conducta preferidas por el grupo de pares. Como es obvio, la convergencia de estos factores es el caldo de cultivo de numerosas situaciones conflictivas. El ritmo y la tonalidad de la rutina institucional son marcados por interacciones que tienen como trasfondo un clima de violencia ligado a una predisposición a la confrontación.

S6: Ah, ¡el personal que trabajaba allá era todo ignorante! ... aquellas personas brutas..... como también ya éramos bocazas, ya les insultábamos también...había hasta agresión de los chicos con los educadores, los educadores pegando a los chicos.. Ya hubo mucha cosa fea... porque era así, había reglas ¿no? y la peña no quería cumplir...entonces había un momento que el personal también explotaba ¿no? y como los tíos tampoco querían bajar la cabeza, quedaba ese clima... (p.5)

En los centros de privación de libertad y semi-libertad la relación con los técnicos es todavía más ambivalente que la relación con los pares. Eventualmente, encontramos referencias a acciones percibidas como conductas de apoyo, donde destacan las menciones a los “consejos”. En casos más puntuales hay alusiones al establecimiento de relaciones amistosas y afectivas con algunos profesionales de la institución que llegan a convertirse en referencias positivas para los sujetos. Cuando esto ocurre, dichas relaciones suelen ser uno de los aspectos de la vida institucional mejor valorados.

S6: Con el personal hasta que yo me llevaba bien..... los profesores, los monitores hasta confiaban en mí así.....yo hasta tenía unos privilegios también... Ah, cuando ves que la persona está confiando en ti es bueno, ¿no?... El lado bueno de la cosa para mí era ese, al menos allá había personas que confiaban en mí me daban un voto de confianza... ¡eso para mí era bueno! (p.19)

El principal motivo de queja de los jóvenes respecto a los representantes institucionales se refiere a la arbitrariedad en la concesión de beneficios e imposición de sanciones. Los criterios que rigen las decisiones institucionales a menudo se perciben como injustos. La punición, de por sí, no es necesariamente vista de modo negativo. En diversas ocasiones es incluso percibida como necesaria, pues la idea de que el castigo redime es fuertemente asimilada por los jóvenes. Lo que convierte la punición en una acción percibida como injusta es la falta de una acción que justifique la aplicación de los castigos:

S5: ...Y esa cosa también de que todo lo que los otros hacen (los técnicos) quieren dejar a los demás castigados ahí en la casa, eso ahí no es correcto... Ah, ellos dicen que aquí uno hace y todos pagan, eso no es correcto... ¿Verdad?... quien hizo es quien tiene que pagar, no quien no lo hizo....(p.14)

Las quejas sobre la injusticia en la concesión de beneficios se basan en la misma lógica. Los jóvenes no encuentran una correspondencia entre sus conductas y las respuestas institucionales, aspecto que apuntan como una de las principales fuentes de indignación y conflictos en el ámbito institucional.

*S3 ...La semi...no...soluciona nada....el tío sale peor...Sale indignado... yo estoy indignado hasta hoy...Porque cumplí un tiempo largo en el CAJE y en lugar de salir de LA me mandaron hacia acá. Estoy indignado hasta hoy por eso.Nunca **aprontei*** ahí. No hice nada y estoy ahí hasta hoy (p.19)*

En las unidades de semi-libertad el problema central de la relación de los jóvenes con los técnicos consiste en la ambigüedad de las acciones de estos últimos. Los discursos analizados revelan que una misma conducta transgresora puede tener como respuesta la tolerancia o la represión.

*S2: había veces que ellos se relajaban y la gente fumaba un porro allá dentro, había veces que lo liaban y ya te quedabas **empenhado**¹⁸⁰; hubo veces que yo me quedé un mes, pasaba dos, tres fines de semana.(p.13)*

Ello se explica en parte por la personalización de las relaciones institucionales. Es decir, el tipo de respuesta depende de quién haya cometido la infracción y de quién la juzgue. Pero aún así los sujetos señalan que las reacciones de los técnicos no son previsibles, pues dependen ante todo de una decisión momentánea basada en su estado de ánimo inmediato: *S3: A F. está de buen humor. ¡No me **empenho***!.... Porque yo debería haber regresado ayer....(p.13).* La coexistencia entre normas y respuestas rígidas con conductas flexibles asociadas a la tolerancia y a la protección provoca “confusión” en los jóvenes

¹⁸⁰ Término utilizado para hacer referencia a la sanción que implica tener que permanecer en la unidad durante el fin de semana. Este es el castigo más frecuente en la semi-libertad.

y acentúa el permanente sentimiento de incertidumbre que vivencian a lo largo de su proceso de institucionalización.

S2: Allá si pruebas una cerveza, estás equivocado, si hablas, te quejas de algo que no está bien estás equivocado y ellos dicen que es para opinar.... Entonces acabas confuso.... haciendo tonterías (p.15)

La situación se agrava por los serios problemas existentes en el campo de la comunicación. En los centros de privación de libertad, en general no hay ni siquiera mención a espacios de comunicación. En la semi-libertad, los sujetos manifiestan que frecuentemente son invitados a expresar sus opiniones. Sin embargo, argumentan que cuando lo hacen no encuentran espacios de escucha, o bien la respuesta que obtienen es la imposición de sanciones. Ello suscita un movimiento de retracción e imposibilita el establecimiento de un vínculo de confianza con los profesionales.

*S4: El X no sabe conversar con las personas! No sabe conversar.... Él llega aquí en la Casa: “vamos a hacer una reunión, vamos a desahogarnos, sinceraos conmigo ¿Cómo es usar droga?.....”, entonces la persona va sincerándose con él, sincerándose, cuando menos espera: “un fin de semana **empenhado!**” Jo, el tío no sabe conversar Por eso que él dice así: “ Jo, yo vengo aquí y todos se quedan callados, ¡nadie quiere decir nada!”. Hombre, ¿quién quiere hablar con un tío así? (p. 23)*

Incluso el establecimiento de relaciones amistosas con representantes institucionales, sea en los centros de privación de libertad o de semi-libertad, no impide que ante cualquier conflicto prevalezca el autoritarismo de la monología. La negación de canales de negociación y el silenciamiento de los jóvenes sirven para delimitar posiciones desiguales y afirmar relaciones de poder. Ello introduce una sospecha de falsedad frente a los intentos de acercamiento de los técnicos. Además, según los sujetos de nuestro estudio, la ausencia de diálogo les sitúa en una posición de relativo desamparo, deshumaniza las relaciones establecidas con los profesionales y contribuye a que estos últimos sean percibidos como personas que dificultan la inserción social de los jóvenes en lugar de facilitarla.

S6: si tuviéramos más estructura, más atención aquí, yo creo que las cosas serían mejores.. porque es así, ese personal no quiere saber lo que tienes que decir... sólo quieren hablar, ¡saben hablar pero no saben escuchar! no hay dialogo, no hay dialogo... es sólo tú hablando y yo callado, ¿entiendes?... No poder hablar. Si voy a decir algo, no puede (imita la reacción de los técnicos): “Ah... cállate...”, ah, eso no puede ser creo que tenían que ser unas personas más, más humanas, ¿entiendes? Hay muchos que sólo vienen porque están ganando un sueldo y pasan de todo hay otros que ya vienen para complicarte la vida y hay otros que ya son más amigos también...hay buenas personas ahí también... creo que las hay, pero la falsedad anda lado a lado....falsedad y amistad (silencio) (p.20)

En el otro polo, encontramos una significación positiva de los procedimientos institucionales basada en la reproducción del discurso que sitúa los dispositivos de control como elementos indispensables para impulsar procesos de cambio. Esto se

asocia a una expectativa de (re)integración social desde una perspectiva funcional de adaptación a las normas dominantes.

S4: Aquí los funcionarios de la casa intentan darte de lo bueno y de lo mejor para que cambies de vida... porque eso que ellos hacen contigo aquí es porque quieren cambiar a la persona. Como ellos dicen: para entrar en la sociedad de nuevo(p.17)

No obstante, en la mayoría de los casos, las referencias a la relación con los técnicos implican una mezcla de ambas líneas argumentativas, cuyo resultado más patente es una profunda ambigüedad.

10. Violencia institucional

El uso de la **violencia física** por parte de los técnicos parece ser muy distinto en los diferentes tipos de institución analizados. **En las unidades de semi-libertad esta práctica es inexistente. En los centros de acogida tampoco es expresiva. En contrapartida, en los centros de privación de libertad el uso de la violencia física aparece, junto al castigo, como la modalidad de represalia privilegiada** por los técnicos. Esta constatación se repite en estudios brasileños anteriores y posteriores al “*Estatuto da Criança e do adolescente*” (Violante, 1985; Queiroz, 1987; Assis, 1999), indicando que el cambio paradigmático en el texto jurídico aún no ha supuesto un abandono de las antiguas prácticas institucionales. Las agresiones físicas aparecen mayoritariamente como respuesta a la transgresión de las normas institucionales y a los episodios conflictivos de los jóvenes con sus pares o con miembros del personal.

S5: ... todo lo que hacías allí el monitor quería pegarte..... Ellos nos pegan allí dentro ... te tiran, te dan unos tirones en la oreja, unas patadas, unos puñetazos, allá te golpean así.... cuando nosotros pegamos a alguien o cuando estamos haciendo algo allá, o estamos en el muro.... mirando la calle, ellos ya te dejan de castigo una semana en el cuarto (p.11)

Los jóvenes de los tres colectivos coinciden en que algunos sujetos son más vulnerables a la victimización por parte de los técnicos que otros. Las víctimas más frecuentes son los jóvenes con historiales jurídicos más extensos o que incluyen delitos considerados “bárbaros”; aquellos cuya relación con los profesionales de la institución es especialmente conflictiva y los sujetos cuya vinculación familiar es inexistente o muy frágil (lo que para los jóvenes equivale a desprotección). No obstante, llama la atención la frecuencia de alusiones a agresiones injustificadas. En estos casos, el uso de la violencia se percibe como una práctica gratuita, una especie de automatismo arraigado en la dinámica de la intervención institucional.

S2: ...monitor humillándote.... golpeándote a causa de poca cosa ¿no? (p.9)

*E: Y el personal que trabaja allá...
S1: ¡Malo! ¡Sólo quieren pegarte!....(pp.8,9)*

La percepción de la violencia como un aspecto indisociable de la experiencia institucional en los centros de privación de libertad también es unánime entre los jóvenes de la comunidad y de la calle. En el discurso de estos jóvenes la violencia institucional asociada a la privación de libertad se relaciona a menudo con la idea de tortura y graves violaciones de los derechos humanos.

A1: explotar a la persona, tirarle agua caliente...darle electrochoque...tortura ...eso no es correcto (p.23)

Este aspecto aparece confirmado por los relatos de los jóvenes que han estado en unidades de internamiento, así como por informes sobre los derechos humanos en Brasil (CEDI/COODEP, 2001; Pinheiro y Mesquita Neto,1999). En estos relatos, la violencia institucional más dolorosa conjuga la agresión física y la violencia simbólica.

S4: ... Pegan, allá ellos pegan... Por la noche te sacan del cuarto, te llevan al patio, te obligan a dar unas 20 vueltas al patio, te tiran cubos de agua helada en el cuerpo, te mandan hacer fondos y dicen: "20 fondos", cuando el tío está en el 10 él: "jo, perdí la cuenta!", se queda vacilando el tío: "... (p.16)

Aquí no hay un discurso de justificación de la violencia perpetrada por los representantes del "orden". Se trata sencillamente de una práctica de demostración de fuerza y ostentación de poder. El "*derecho a castigar*" se vincula a un poder que no necesita demostrar por qué aplica sus leyes, sino quiénes son sus enemigos; y que se revitaliza ejerciendo ritualmente sobre los cuerpos de los transgresores la asimetría de las fuerzas en juego (Foucault,1975). Mediante un juego de rituales marcado por vejaciones que articulan lo físico y lo simbólico, el verdugo utiliza el cuerpo del transgresor como un espacio de producción y reproducción de la verdad del crimen: "*el cuerpo varias veces supliciado garantiza la síntesis de la realidad de los hechos y de la verdad de la instrucción, de los actos de procedimiento y del discurso del crimen, del criminal y del castigo*" (Ibíd., p.52).

La violencia en el campo simbólico asume manifestaciones diversas y también incide de modo diferenciado según el tipo de institución analizado. **En los centros de acogida se limita a agresiones verbales de los técnicos hacia los jóvenes.** Ni siquiera la imposición de reglas y normas de conducta es un aspecto relevante en los relatos sobre la dinámica de las instituciones de protección.

En las unidades de semi-libertad y privación de libertad las experiencias relacionadas con la violencia simbólica remiten a dos nociones clave: humillación y sumisión. Una vez más, todo se articula en torno a la cuestión del poder. Y, más precisamente, del autoritarismo y del abuso de poder de los representantes

institucionales. La ausencia de canales de negociación resulta en la imposición de reglas percibidas como rígidas y arbitrarias. El abuso de poder se asocia al uso perverso de la vulnerabilidad de los jóvenes, ya que cualquier reacción de éstos supone la promesa de sanciones y el incremento de sus problemas jurídicos.

S2: ...había veces así que querían humillarte, aprovecharse de ti y tú no querías... entonces ocurre una discusión y quien acaba perjudicado eres sólo tú, ¿no?, discutir con el personal allá, aunque ellos estén equivocados, eres tú el que acaba saliendo mal.... Ellos sabían que si no quisiéramos quedarnos teníamos que fugarnos, si hiciéramos algo nos daban una regresión (de medida), podríamos incluso ser sentenciados en el CAJE, entonces ellas se aprovechaban, las (técnicas) nuevas (pp.13, 14)

En los discursos sobre la semi-libertad hay un predominio de la cuestión de la sumisión. Las referencias a experiencias vividas como humillación son muy escasas. En cambio, la privación de libertad se percibe como una experiencia no sólo humillante, sino deshumanizadora. Uno de los principales aspectos subrayados por los sujetos de los tres grupos sobre los centros de internamiento es la prevalencia de un tratamiento institucional basado en la **animalización de los jóvenes**.

La deshumanización se explica como parte de los juegos de fuerza institucionales, es decir, como un **mecanismo de ejercicio de poder**: *S6: ... era tratado como animal.... ¡Los tíos son muy cobardes! (p.16)*, y por el **estigma** conferido a los jóvenes. Las estrategias clasificatorias de identificación de determinados colectivos como “violentos”, sumadas a una cultura policial que aún se alimenta de la ideología militar remanente del período de la dictadura, fomentan la producción de “grupos malditos”, víctimas potenciales de “sacrificios” - en el sentido planteado por Girard (1983)- que sirven al mantenimiento del equilibrio del orden social vigente (Diógenes,1998).

S4: llegan así a la hora de traer la merienda ... tiran todos los panes al suelo... Eso es lo que va haciendo que las personas se indignen con el personal allí!... Es porque quien está en la calle ... y aprontó, para ellos ¡todos son ladrones!....ya no es una persona... para ellos nosotros somos unos animales irracionales..... (p.16)

Esta concepción que asocia estigma y deshumanización también se entiende como falta de creencia en las posibilidades de cambio de los jóvenes infractores o, lo que es lo mismo, como asignación de un destino social inmutable y “desviado”.

A4: Mira, ese amigo mío, el V está preso ¿no?... yo y mi hermano ya fuimos allá y charlamos con él para ver (como era)... para ellos (los técnicos), ellos (los jóvenes) son un animal, un perro... ellos no los tratan como un ser humano.... yo creo que ellos deberían pensar mejor en eso... Mira, allí no hay sólo un bandido, allí hay una persona que tal vez hasta pueda salir de aquello (pp.22,23).

Tal intuición de los jóvenes fue confirmada por conversaciones informales y entrevistas realizadas con técnicos tanto en el marco de nuestra investigación, como en

otros estudios (Assis,1999). Pero en nuestro caso, por fortuna, encontramos paralelamente muchas voces “expertas” disonantes con relación a este discurso.

10.1. El “precio” de los derechos y la percepción de la justicia como un dispositivo de formalización de un régimen de exclusión de la pobreza

Íntimamente relacionada con lo anterior, está la otra gran fuente de vulnerabilidad de los jóvenes ante la violencia institucional: el “precio de los derechos” en el campo de la justicia. La idea de una ciudadanía jerarquizada se traduce en el planteamiento consensual en los tres grupos de que la justicia es profundamente desigual para el rico y para el pobre en Brasil. La desigualdad del acceso a determinados derechos y la distinción del tratamiento que diferentes sectores sociales reciben por parte de los representantes de la “justicia” en función de su condición social, económica y étnica han sido señaladas por varios estudios (Rinaldi, 1999; Da Matta, 1984; Kant de Lima, 1996; Pinheiro,1997; Adorno, 1998a; Zaluar, 1994) y se reflejan en el discurso de los jóvenes en múltiples niveles.

Es necesario enfatizar que ésta no es ni una particularidad del contexto brasileño, ni un fenómeno reciente. Por poner un ejemplo, basta recordar los clásicos estudios de Sutherland (1937) sobre los delitos de cuello blanco. Lo que particulariza el caso brasileño frente a algunos contextos - y, a la vez, lo acerca a otros - es la magnitud de dichas desigualdades y su nivel de institucionalización. En Brasil, la concepción de que los derechos tienen un precio es prácticamente consensual. Tal unanimidad se ha ido consolidando por los frecuentes escándalos ligados a la corrupción y a la implicación de miembros de las élites económica y política en diferentes tipos de delito que acaban impunes. Aún así, el tema suscita muchos discursos ambiguos.

Para algunos jóvenes, los dispositivos de control social asociados al ámbito jurídico son teóricamente justos. El problema reside en las distorsiones en la aplicación de las penas relacionadas con procedimientos selectivos que se basan en criterios socio-económicos. A los portadores de capital social, económico y político se les confiere impunidad o penas benevolentes, mientras que a los pobres les esperan sanciones rígidas acompañadas por la victimización:

A1:...yo estoy de acuerdo con la DCA... la LA... el CAJE, la Papuda ... porque es una cosa justa. Lo que no es justo es el tratamiento que las personas reciben allá....no es porque una persona robó, cometió un crimen, que aquella persona debe llevarse una paliza.....un pobre que estaba robando por necesidad..... es así, el pobre es detenido, condenado a 15 años de cárcel, sin derecho a nada ... va a ser explotado violentado allí dentro ¿no? Y un alcalde, un presidente, un diputado cometen un crimen a veces peor ... (pero) por tener dinero, no tiene la misma pena que un pobre... ¡por eso no es correcto! (p.23)

La ausencia de criterios claros en la aplicación de la *economía de las penas* (Foucault,1975) se refleja en el énfasis puesto en las incoherencias que hay entre los delitos cometidos y las sentencias recibidas tanto por los propios jóvenes como por terceros, así como en el campo de la concesión de beneficios. Ello da lugar a sentimientos de injusticia,

S4:Ah, podría ser diferente porque (hay) gente que va al CAJE sentenciado por injusticia. Porque hay muchas personas son detenidas allá con 2 asesinatos y son liberadas, otras son detenidas por 157¹⁸¹, primarias, y son sentenciadas. ¡Eso me parece equivocado!...¡Dar una oportunidad a una persona y a la otra no! (p.18)

e introduce una gran ambigüedad en la propia concepción de ley:

S3: Ah, la ley ...¡yo qué sé! Ayuda y no ayuda....Yo qué sé, la ley es una cosa muy rara, Raquel. A veces es buena, a veces es muy rígida, a veces incrimina una persona que no hizo nada y está pagando por lo que no hizo.. No sé, cada caso es un caso, ¿no? (p.19)

Para una perspectiva situada de análisis de la violencia que contempla el punto de vista de los actores importan de forma especial “*las condiciones de interpretación de la conducta agresiva, los contextos de poder en que se produce, y la atribución de las causas y la evaluación de las consecuencias, dependiendo de las normas sociales y de los conceptos de justicia que mantienen sus evaluadores*” (Fernández Villanueva, 1998, p.37). En el discurso de los jóvenes predomina una concepción de la ley como un dispositivo destinado a legitimar las relaciones de poder vigentes y las desigualdades que implican. **Desde este enfoque, la ley es disociada de la noción de derecho y aparece como un mecanismo excluyente y cruel basado en una lógica autoritaria.** La determinan los que tienen poder y a los demás no les queda otra alternativa que no sea la sumisión ante las normas impuestas, puesto que la transgresión tiene como respuesta la reclusión y la punición de los rebeldes.

S5: ...nadie nació para estar preso... Pero como la ley de los hombres es cruel, ¿ qué se puede hacer? ¡Son ellos los que mandan!... tú no puedes decir nada porque lo que digas tendrás que pagar ¿no? (p.13)

Todo ello conduce a un vaciamiento del concepto de justicia y a un absoluto escepticismo por parte de los jóvenes con relación a los mecanismos de defensa institucionalizados que supuestamente podrían accionar para asegurar el cumplimiento de derechos que poseen al menos teóricamente (y que, cabe destacar, frecuentemente desconocen). Es importante señalar que ésta parece ser una tendencia que se está expandiendo en el país entre distintos sectores sociales, aunque de un modo un tanto

¹⁸¹ Número del artículo del código penal referente al atraco a mano armada.

ambiguo. En el año 1999, un estudio realizado en diez capitales brasileñas con 1600 sujetos con edades superiores a los 15 años y diferentes niveles de escolaridad y condiciones económicas constató que tanto los policías encargados de la seguridad pública local, como las prisiones y la justicia fueron evaluados negativamente en términos genéricos por la mayoría de los entrevistados (Cardia,1999). No obstante, tal evaluación negativa no estuvo asociada a un cinismo legal. Por otra parte, los sujetos más jóvenes manifestaron una sensación de desprotección ante la ley (Ibíd.).

Algunos autores relacionan la falta de confianza de los brasileños en las instituciones vinculadas a la seguridad y la justicia con una crisis en el sistema de justicia criminal (Adorno,1998a; Pinheiro, 1997; Zaluar, 1999). Esta crisis se traduce en el fracaso de las respuestas institucionales ante los problemas ligados a la criminalidad y al crecimiento de la violencia y en el inmenso hiato entre el texto de la ley y sus mecanismos de aplicación (Ibíd.).

Según Adorno (1998a), la asociación entre el incremento de la criminalidad y la imposibilidad del sistema de responder adecuadamente a este movimiento instala un proceso de selectividad que determina el tipo de incidencias que serán consideradas relevantes, así como el tipo de delincuentes que van a ser encaminados a procesos y pasar por juicios y condenas. Este proceso de selección ha escogido a los ciudadanos más pobres y, entre los más pobres, a los negros. El autor recalca que la punición termina recayendo sobre los ciudadanos que suelen tener pocas garantías desde el punto de vista de los derechos constitucionales previstos en la legislación penal. A medida que la criminalidad aumenta y el sistema responde selectivamente, se acentúa la desigualdad de derechos y se compromete la vigencia de una justicia criminal democrática

Pinheiro (1997) plantea que el regreso al constitucionalismo democrático tuvo pocos efectos en la erradicación de prácticas autoritarias en la sociedad y, en particular, en la protección de los derechos fundamentales de los ciudadanos en su conjunto. El “autoritarismo socialmente implantado” sostiene la permanencia de prácticas abusivas y discriminatorias entre los representantes del orden y de la justicia. En este escenario, subraya que los pobres siguen siendo las principales víctimas de la violencia y de la violación de los derechos humanos. De ahí que en muchas naciones latinoamericanas marcadas por el legado de un pasado dictatorial el sistema jurídico sea percibido por los pobres como un instrumento de opresión al servicio de los ricos y poderosos.

Todos estos aspectos se reflejan en el discurso de nuestros sujetos. El sistema de justicia criminal está compuesto por diferentes segmentos: las agencias policiales, el

ministerio público, los tribunales de justicia y el sistema de penas. Pero para los jóvenes no hay distinciones en su percepción como agentes de la violencia institucional. Lo más frecuente es generalizar la atribución de un carácter arbitrario a la conducta de las diferentes instancias institucionales involucradas en el proceso que conduce al encarcelamiento de una persona (policía, fiscales, jueces, etc.).

S2: Porque, hay mucha gente que ni debería ser encarcelado y lo es, hay gente que es detenida con un cachito de un porro... Y hay gente a la que le pillan con un montón de cosa encima y no es detenida... Quien tiene dinero no lo es, la mayoría de las veces no es detenido... (pero) si no tienes un duro y la policía te pillan con el resto de un porro te detiene... si el tío quiere hacerte una putada ¿no? Si él quiere que bajas (a la cárcel)... tú bajas, si él no quiere, no te encarcela (p.25)

En este sentido, se percibe la actuación de la policía, el funcionamiento de la justicia y las instituciones de privación de libertad no sólo como dispositivos de control social, sino como mecanismos que sirven fundamentalmente a la formalización de la exclusión social o, más bien, de un *régimen de exclusión* (Nascimento, 1998). Las prácticas de criminalización y deshumanización de la pobreza dan lugar a una percepción de la cárcel como un trastero en el que se depositan aquellos individuos que las instancias de poder entienden que no sirven para estar en la sociedad.

E: ¿ La justicia es diferente para el pobre?

S2: Sí, lo es. Para ellos pobre es animal...en la mayoría de los casos... animal, para ellos no tiene que quedarse en la sociedad. Entonces, ellos mandan a todos a la cárcel, y la cárcel va llenándose, llenándose, llenándose, cada vez más..... (p.25)

Desde esta óptica, la cárcel pierde cualquier sentido asociado a la inserción social o incluso a la idea de “rehabilitación” de los infractores. La privación de libertad aparece como un mecanismo destinado al confinamiento, a la pena, a la humillación y a la consolidación de la exclusión. La prisión es un dispositivo que sirve a la producción y reproducción de la marginalidad y de la “desviación” y, a la vez, a la disimulación de un trasfondo caracterizado por la violencia estructural e institucional.

R4: Los principales agresores en realidad son los políticos ¿no? y las víctimas son las personas que son llamadas de agresores ...Porque mira, tu robas la primera vez y vas a la cárcel... Allí permaneces en aquél error porque no llega nadie para cambiar tu cabeza. De cada 10 presos que salen de la cárcel, 1 se salva y los otros 9 van a hacer lo mismo y volver hacia allá... así, lo que los políticos piensan es en poner a los marginales en la cárcel, pero pensar en cambiarles la cabeza ellos no lo piensan.... Eso es lo que indigna a las personas, ¿no? Pensar que allí no hay un apoyo, no hay nadie que pueda cambiarles, reeducarles, ¡ entonces ellos van a hacerlo más y más y más y más! Hasta que llegue un momento en que también van a hacerlo con ellos y ellos van a morir (p.45).

Así, como señala Pinheiro (1997),

“La combinación de una falta de control democrático sobre las clases dominantes y la negación de los derechos a los más pobres refuerza las diferencias sociales jerárquicas haciendo que los derechos y el imperio de la ley sean poco más que una

cortina de humo para una terrible dominación” (p.47, traducción de la autora)

Finalmente, el encasillamiento de los jóvenes en la categoría “bandido” se asocia a una banalización del valor de su vida por parte de los representantes institucionales. A ello corresponde un sentimiento de desprotección que apunta a la negligencia y a la falta de responsabilidad del Estado frente a los sujetos victimizados que están bajo su tutela,

A1: lo que falta es responsabilidad por los adolescentes y por los niños que entran allá.... No sólo de los técnicos sino del propio alcalde ¿no? Porque él sabe que eso ocurre allí dentro.. él ya debe haber recibido.... muchas quejas contra el CAJE.... ¡pero no hace nada por mejorar nada! (p.24)

y, una vez más, la idea del excluido como “desechable”, un sujeto relegado al olvido cuya muerte, desde el punto de vista de los jóvenes, no afecta mínimamente a los “hombres de la ley”.

E: me dijiste que mataron a tu amigo...tu compañero... ahora hace poco tiempo asesinaron al B ...¿Qué sientes cuando ves pasar eso?

S5: ...Ah, es raro, ¿porque todo eso ocurre a causa de qué? De los hombres, de la ley de los hombres...como dice la música de los Racionais: “Si yo fuera un mágico no existiría ni arma, ni droga ni policía en el mundo”..... El arma fue hecha sólo para matar al ser humano, y esos hombres de la ley, que dicen que son de la ley, no lo ven...¿Cuántos cuerpos? Mira, ¡los cementerios ahí están todos llenos!.... ¿Qué hacen ellos con eso? Después de 4 años que está allá, sólo llegan, sacan los huesos, limpian el ataúd y ya está listo para el próximo cadáver que va a morir...tiran los huesos ...¿y qué pasa? ¡Sólo muertos y muertes!....¡No sirve para nada!...(p.7)

Por todo lo que hemos visto hasta ahora, hay un consenso en los tres colectivos estudiados respecto a la concepción de la privación de libertad como una fuente de indignación y revueltas. La insatisfacción con la medida y sus condiciones de aplicación se asocia a conductas de violencia reactiva entendidas por todos los sujetos como una consecuencia lógica del internamiento. Estas conductas pueden ir desde enfrentamientos puntuales con representantes institucionales hasta la explosión de rebeliones y motines. En cualquier caso, las reacciones individuales y colectivas a la violencia sufrida tienen como efectos la intensificación de los conflictos, la reproducción de cadenas de manifestaciones de violencia y el endurecimiento de los castigos.

S2: Me golpearon.... allá en una rebelión.... Ah, un tío dio un golpe al monitor y (el monitor)... le dio un puñetazo en el ojo, entonces se desmayó y le dejó escapar y todos fuimos hacia el pasillo rompiéndolo todo ... entonces ellos ya llegaron invadiendo, con... unos palos de madera muy grandes... (risas) dando en la espalda... de los rebeldes....Luego llegó la policía... y la humillación ¿no?, que ocurre, invadiendo los cuartos, tirando los cigarrillos, la comida... las cosas que las madres nos traen, allá era humillación total. Al día siguiente dormí en la piedra, sin colchón y sin manta... y quién golpeó pasa una semana, dos semanas en la piedra, chillando de dolor, todo roto, encima nos quedamos sin tomar el sol... a veces ni sales para la visita.... para mí la violencia genera violencia...(pp.9,10)

11. La tensión entre libertad, control y dimensión pedagógica en el ámbito institucional

a) **Los centros de acogida:** Los centros de acogida **no permiten una definición centrada en objetivos pedagógicos, pero tampoco se definen como instituciones destinadas específicamente al control.** Uno de los principales aspectos que diferencia la acogida de las demás experiencias institucionales analizadas es un mayor grado de libertad y flexibilidad de las normas. Aunque los sujetos señalen que la rutina institucional en estos centros es estructurada por muchas reglas, el énfasis en el sentido de libertad es mayor que el acento en la vivencia de experiencias ligadas al control.

R3: ... es como una reja grande así y te quedas suelto, suelto... Lo único que no puedes es fugarte (p.13).

La libertad de movimiento es muy valorada por los jóvenes, en particular, por los sujetos que viven en la calle. Hemos visto antes que la movilidad constante es un elemento central de la estructuración de su vida cotidiana. Ello repercute claramente sobre la evaluación que hacen de las diferentes instituciones de acogida. **Para los sujetos que viven en la calle la valoración de los centros de acogida es directamente proporcional al nivel de libertad - traducido en la posibilidad de ir y venir – que tengan en las instituciones.**

R2:.....(en la casa abierta) Era legal, allá era más legal que en el CRT...Porque podíamos salir para fumar, podíamos salir a la calle... pero allá había horario definido para salir y llegar, ¿no?....(p.19)

Cabe señalar que la mayoría de las instituciones y programas de acción destinados a la población que vive en la calle en el Distrito Federal tienen un carácter flexible y abierto. Experiencias de intervención en distintos países latinoamericanos indican que mantener las puertas abiertas favorece la participación de los jóvenes de este colectivo en los programas¹⁸². Sin embargo, también supone una serie de problemas relacionados con la continuidad de las acciones. La dificultad consiste en que la inserción de los jóvenes no garantiza su permanencia en los proyectos. Lo más frecuente es que la propia dinámica de movilidad que predomina en el territorio de la calle acabe por limitar la participación de los jóvenes a una presencia intermitente, que, muchas veces, impulsa el abandono de los programas.

¹⁸² Véanse, por ejemplo, “Como organizar una casa abierta. Programa niños de la calle”. Lima: Cedro. 1992; “Diagnóstico de la situación actual de los niños, niñas y jóvenes que viven en la calle de la ciudad de Guatemala”. Guatemala: Childhope. 1997; “Nats. Revista Internacional desde los niños y adolescentes trabajadores”. Verona: Il segno. Febrero, 1995; “Alternativas de prestación de servicios para niños de y en la calle”. Guatemala: Childhope. 1994.

Pero nuestros datos relativos a la cuestión de la libertad asociada a los centros de acogida apuntan a un problema anterior a éste y todavía más grave: el sentido de libertad parece tener una connotación más bien de deriva. **Ante la ausencia de un proyecto de intervención consistente orientado a favorecer la adquisición de capital cultural, el tiempo libre es fundamentalmente tiempo de ociosidad o, como mucho, de ocio.:** R2.... *Yo me quedaba allá en el cuarto ¿no? ... Sólo salía a las 3 de la tarde para jugar(p.12)*

El papel de los centros de acogida como espacio de adquisición de capital cultural parece ser casi nulo. En los discursos analizados hay dos posiciones contrapuestas respecto a la dimensión pedagógica de las medidas de protección. Por una parte, la ausencia o escasez de alusiones a este tema en las entrevistas de algunos de los jóvenes que estuvieron en unidades de acogida (A1, R2, R3) sugiere la debilidad del proyecto pedagógico institucional. En ocasiones, llega incluso a suscitar dudas sobre la existencia de tal proyecto en determinados centros. Haya propuesta pedagógica o no, lo cierto es que algunos de los sujetos afirman que la experiencia institucional en centros de acogida no les ha propiciado ningún tipo de aprendizaje:

E: Anham...¿ Y cres que aprendiste algo allá?

R3: ¡No aprendi nada! (p.14)

Por otra parte, hay jóvenes que hacen referencias a actividades relacionadas con la enseñanza formal y la formación profesional propiciadas por la medida de protección. Desde esta perspectiva, los centros de acogida se perciben como un espacio de aprendizaje, aunque este sentido se limita al campo del aprendizaje formal:

S6: ... Yo trabajaba más con animales... zootecnia. Y había las clases agrícolas allá también, prácticas y teóricas....Había el colegio mismo, clase de portugués, matemáticas y todo... eran 8 clases diarias (p.6)

Teniendo en cuenta que los relatos de los jóvenes se refieren a distintas instituciones de acogida, es inevitable indagar hasta qué punto las divergencias encontradas se deben a las particularidades de los proyectos pedagógicos de cada centro. Llama la atención el hecho de que los sujetos que no aluden a la cuestión del aprendizaje o lo hacen en términos negativos han estado predominantemente en un mismo centro. Sin embargo, los límites de nuestro material y la carencia de datos sobre los programas y metodologías de acción de las instituciones mencionadas por los jóvenes no nos permiten avanzar ninguna hipótesis en este sentido.

Aunque algunos de los jóvenes que han pasado por centros de acogida los sitúen como espacios de aprendizaje, en ningún caso relacionan este aprendizaje con sus

posibilidades de inclusión social. En cambio, aquéllos que no han vivido esta experiencia directamente consideran que el proceso formativo ofrecido por la institución es capaz de favorecer la inserción e integración social.

A1 es el único sujeto que señala la participación de dichas instituciones en los procesos de exclusión social de los jóvenes.¹⁸³ Pese a la escasez de nexos entre los centros de acogida y la exclusión social desde el punto de vista de los sujetos, el análisis realizado apunta a otra dirección. Nuestro material sugiere que las instituciones vinculadas a las medidas de protección se insertan en las prácticas de “inserción ” que, como señala Castel (1992), han servido para disimular la resignación ante el riesgo de que una parte de la población se vea arrojada a la periferia de la existencia social.

De momento, parece ser que estos centros han intentado solucionar la tensión entre libertad y control social mediante la restricción de su función a la acción de “acoger”, entendida en términos aún muy asistencialistas. **La noción de acogida parece estar centrada en la perspectiva de ofrecer antes unos recursos materiales y un espacio físico de protección (que como veremos a continuación es muy relativa), que el acceso a un capital social y cultural capaces de favorecer acciones o proyectos emancipatorios.**

Coincidimos con De Leonardis (1992) en la necesidad de construir una perspectiva reformadora que no esté limitada a una reivindicación de libertad “frente a”, como ocurrió en algunos movimientos de desinstitucionalización, ya que esto supone el riesgo de abandono y de la desresponsabilización del Estado ante determinados colectivos vulnerables. Asumimos como nuestro el argumento de esta autora de que *“los derechos de libertad requieren un significado promocional, como “libertad de” (posibilidad de hacer cosas) y derecho a los recursos necesarios“ (p.61).*

b) La libertad asistida: Como hemos visto al principio de este capítulo, **la medida socioeducativa de libertad asistida no llega a ser definida por los jóvenes que la han cumplido ni como un dispositivo de control, ni como un espacio educativo.** Sin embargo, ambos componentes están presentes en el discurso de todos los sujetos de nuestro estudio. Entre todas las medidas analizadas, la libertad asistida es la que suscita la mayor diversidad de posiciones. La percepción de esta medida

¹⁸³ Véase el apartado sobre procesos de estigmatización en el capítulo sobre ámbito comunitario.

socioeducativa como vía para la inclusión social es bastante plural, así como los principales sentidos que la definen en cada grupo.

Las definiciones de la libertad asistida realizadas por los jóvenes que la han cumplido se reducen a un conjunto de normas - ligadas a la asistencia a la escuela a cursos de formación profesional, a la inserción laboral, a los horarios de regreso a casa, etc. - y, sobre todo, a la obligación de comparecer en el Centro de Desarrollo Social (CDS) de la ciudad que les corresponda a cada quince días para firmar un papel que asegura la formalización del seguimiento de los casos. Aquí prevalece el sentido burocrático que hemos señalado anteriormente.

E: ¿Pero cómo es la LA?. Son seis meses y¿ es sólo venir a firmar la lista de frecuencia?

S2:Y quedarte charlando con ellas, ellos van a comprobar si estás estudiando, cómo es tu comportamiento en casa, en la calle, el horario, hablando unas cosas allá, las reglas, las normas (p.14)

Los jóvenes de la semi-libertad que han tenido alguna experiencia directa con esta medida afirman que las funciones pedagógicas, disciplinarias y “rehabilitadoras” que supuestamente se les atribuyen suelen presentar muchas fallas. En ocasiones, encontramos una noción que establece un puente entre estas tres funciones, otorgando un sentido positivo y alguna utilidad a la experiencia socioeducativa en medio abierto. Se trata de la **función de orientación**: *S5: La LA sirve para orientarte...(p.14)*. Desde esta óptica, se supone que las normas vinculadas a la medida indican el camino que seguir si el sujeto está realmente dispuesto a “(re)insertarse”. Subyace a este planteamiento la **responsabilización individual por la propia inclusión social**.

Como contrapunto están los jóvenes del grupo de la semi-libertad que consideran la libertad asistida en términos esencialmente positivos. Esta posición predomina precisamente entre aquéllos que no han tenido la posibilidad de cumplir su sentencia en medio abierto. En el discurso de estos jóvenes, la evaluación positiva de la libertad asistida se construye siempre **como contraposición a una evaluación negativa de las medidas que se apoyan en la privación y la restricción de libertad**.

Desde este enfoque, la medida socioeducativa de libertad asistida se percibe como una oportunidad ofrecida por el juez, percepción que siempre se vincula a un lamento por no haber tenido la suerte de recibir dicha sentencia. Sin embargo, en este caso la noción de oportunidad no se relaciona con la posibilidad de acceder a ningún tipo de recurso capaz de propiciar la inclusión social. Se trata sencillamente de la

oportunidad de permanecer en libertad y, en consecuencia, evitar las experiencias dolorosas asociadas a la restricción y a la privación de libertad.

S4: Y hay muchas personas a las que ayudan dando la oportunidad de (cumplir la) L.A..... Si yo hubiera tenido una oportunidad así de L.A, la cogía y no la dejaba. ¡Yo no dejaba una oportunidad de L.A !....¿ voy a volver a un infierno como aquél de nuevo? (p.19)

En cambio, **según los sujetos de la comunidad y de la calle la ejecución de medidas socioeducativas en medio abierto es la mejor alternativa para la (re)inserción social de jóvenes implicados en actividades ilícitas.** Hay un consenso en ambos colectivos de que la asociación entre libertad, seguimiento, protección institucional y actividades socioeducativas puede promover procesos de cambio efectivos. No obstante, encontramos un interesante matiz en los discursos predominantes en cada grupo.

Los jóvenes del grupo de la calle ponen el acento en la cuestión de la libertad. A la vez, entienden que la libertad debe venir acompañada por dispositivos destinados a la (re)inserción social y a la protección de los destinatarios de las acciones. Los mecanismos relacionados con la inserción social consisten en la mediación institucional de la inclusión educativa y laboral de los infractores. Las vías mediante las cuales entienden que estos jóvenes pueden establecer un vínculo social se restringen a la escuela y al trabajo, puesto que el eje relacional se ve como una esfera de riesgo que supone susceptibilidad frente a todo lo que incita a lo ilícito y a la recaída. De ahí viene que **la demanda de mecanismos de protección para los jóvenes infractores se confunde con una demanda de dispositivos de control.**

R5: Hombre, si yo decidiera, mandaba que todos regresaran a la calle (se ríe) (pero) no para que hiciesen lo mismo (que antes)....Ah, lo mejor que ellos tenían que hacer era máximo estudiar y trabajar... No salir por la noche también porque eso... Yo creo que esos chicos aprenden demasiadas cosas y se dejan llevar mucho por la cabeza de los demás. ¡Mi hermano cayó en eso a causa de amigos! (p.23)

Los **jóvenes del grupo de la comunidad** también consideran la escolarización y las acciones destinadas a la formación profesional y a la inclusión laboral de los infractores como elementos fundamentales de la ejecución de medidas socioeducativas en medio abierto. Sin embargo, **la noción de control pierde relevancia ante la idea de seguimiento.** El elemento más novedoso del discurso de este colectivo es el **acento en la asociación entre la libertad y la prestación de servicios a la comunidad.**

A2: Yo creo que la mejor cosa sería la Libertad Asistida con trabajos extra..... como yo vi allá en Recife... los jóvenes que cometieron delito además de la Libertad Asistida... estaban reformando los puntos turísticos de la ciudad... profesionales así acompañando es estupendo. Creo que para los jóvenes... la cosa es profesionalizarles...porque ya es difícil conseguir una facultad y si no la tenemos.. lo mínimo que podemos y tenemos que tener es un curso de formación profesional...ellos están trabajando

así, hay psicólogo, un chico hasta dijo... que la mejor cosa que pasó en su vida, por un lado fue haber cometido un crimen..... porque fue la primera vez en su vida que él vio en su propia vida y en la de otras personas... (que algo) cambió las condiciones de vida..... (segunda entrevista, p.8)

Las diferencias observadas en la percepción de cada uno de los grupos estudiados respecto a lo que es y/o a lo que debería ser la ejecución de medidas socioeducativas en medio abierto refleja muy claramente las dinámicas relacionales prevalentes en los territorios a los que se encuentran particularmente vinculados (institución, calle, comunidad). Lo llamativo es que ello no ocurre en la valoración de las demás medidas e instituciones de (re)inserción social.

Una hipótesis que podría explicar esta distinción consiste en que la libertad asistida es la única medida analizada que se aleja de cualquier característica asociada a la institución total. Al contrario, su núcleo radica en la noción de libertad. Y lo que reflejan las particularidades de los discursos sobre la LA son precisamente las especificidades de la relación de cada uno de los tres colectivos con la idea de libertad y su conexión con el lazo social.

c) La semi-libertad: La tensión entre libertad y control en las unidades de semi-libertad es constantemente relativizada por comparaciones con la experiencia de internamiento. Los jóvenes valoran especialmente la **posibilidad de circular por diferentes espacios**. La mayor libertad de movimiento permite una **ampliación de las relaciones sociales** en comparación con su situación institucional anterior y el **reestablecimiento de vínculos debilitados por las contingencias del internamiento**. Por otro lado, la restricción de la libertad asociada a los dispositivos de disciplina y castigo suscita un ambiguo sentimiento de aprisionamiento.

S5: Sólo por estar en ese lugar aquí ya es malo... Porque no es lo mismo que tener tu libertad...pero es mejor que estar allí dentroes bueno por una parte y malo por la otra. Es bueno estar aquí porque no estás allá... y es mejor salir de aquí y quedarte en la calle tranquilo, porque aquí tampoco es lugar... Porque tu lugar realmente, el lugar del ser humano es estar suelto, en la calle..... (me) Siento (preso) ... por algunas partes, ¿no?... Me siento preso pero no me siento....(pp.13,14).

Cuando el proceso adaptativo al ámbito institucional llega a conducir a un **sentido de pertenencia** (por ejemplo, S4), la sensación de libertad es acentuada. La confluencia entre el carácter semi-abierto de la medida y el sentimiento de pertenencia posibilita que esta experiencia de institucionalización se desvincule del sentido excluyente asociado a los centros basados en el modelo de la institución total. En este caso, **el ingreso en la unidad de semi-libertad cobra el sentido de un mecanismo capaz de contribuir a la inclusión social y subjetiva de los jóvenes**.

S4:... Desde que vine hacia acá, me siento una persona normal en la sociedad..... No me siento fuera en absoluto... Me siento una persona normal porque aquí no estoy preso! Es como si estuviera viviendo aquí ... me hubiese mudado hacia acá, como cuando sales de tu casa, te separas de tu familia, vas a vivir a otro lugar y todo fin de semana les haces una visita.....es de ese modo para mí... Aquí no es una prisión, mira , aquí es una casa normal...tú andas por la calle, haces cursos, estudias...aquí es una casaquien está en un lugar como ese tiene que valorarlo (tercera entrevista p.12).

A diferencia de las medidas analizadas anteriormente la semi-libertad se percibe como un **espacio de aprendizaje**. La noción de aprendizaje remite a diversas esferas. En primer lugar se asocia al proceso de **reflexión** iniciado en los centros de internamiento que, según los jóvenes, impulsa la **resignificación de antiguas prácticas**.

No obstante, el núcleo de los discursos sobre la dimensión pedagógica de la semi-libertad es el **acceso a diferentes actividades socioeducativas**. Dichas actividades incluyen la (re)inserción en la enseñanza formal, la participación en cursos de formación profesional, talleres, actividades deportivas, debates¹⁸⁴, etc. Curiosamente, encontramos incluso algunas quejas sobre el exceso de actividades llevadas a cabo en la semi-libertad, algo a que muchos sujetos no están acostumbrados en otros espacios (sean institucionales o no).

S3: *¿La vida aquí? ...¡no me gusta!...a primera hora de la mañana te despiertas, los monitores vienen hablando al oído de los demás... Ni esperan el desayuno, ¡ ya van mandando hacer la limpieza!... a las once y media comemos ahí, después te duchas, vas al curso, vuelves a la seis, a la seis llegas, te das otra ducha, te arreglas, vas a la escuela, vuelves a las once, ¡es corrido!... ¡es chungo! (p.5)*

Los jóvenes también señalan que algunas **actividades les parecen carentes de sentido**. Se trata de prácticas relacionadas con las ideas de **obligación y sacrificio**. En la mayoría de los casos son actividades identificadas como dispositivos ligados estrictamente al control, a la disciplina y, en ocasiones, al castigo. Un buen ejemplo es la realización obligatoria de la limpieza general de la casa, motivo de quejas recurrentes.

S2: *Ah,(lo malo) es sentirte preso, ¿no? No podías salir a la calle, había hora, vale, hay que tener hora para todo, (pero) eran unos gritos, la cosa de la limpieza, había unas cosas que ni hacía falta hacer y tenías que hacer.. Ah, la limpieza general, ¿para qué?...Hacíamos la limpieza todos los días, la casa estaba muy limpia... hasta en la lluvia... sólo faltaba que laváramos el árbol de mandarina que había allá... “Limpia esas hojas, esas mandarinas ahí” (p.13)*

La otra fuente de quejas se refiere a los cursos de formación profesional. Además de los aspectos analizados en el capítulo sobre el trabajo, los jóvenes hacen

¹⁸⁴ Durante la realización del trabajo de campo he desarrollado junto a otros miembros del equipo del NATEX dos talleres con jóvenes que estaban cumpliendo la semi-libertad en la ciudad de Gama. Cuando estábamos a punto de concluir el último taller, ya había proyectos de nuevas actividades socioeducativas para los jóvenes que han iniciado pocos días después. En este sentido, es importante señalar que no sólo había un proyecto pedagógico relacionado con la ejecución de la medida, sino un constante esfuerzo del equipo técnico para propiciar la realización y la continuidad de actividades socio-educativas. A ello se sumaba una gran apertura a propuestas educativas provenientes de organismos externos (por ejemplo, ONGs y universidades) y una gran disposición para la cooperación y participación en dichas propuestas.

hincapié en la imposibilidad de elegir los cursos que van a realizar. Paralelamente, señalan la obligatoriedad de participar en actividades que a veces no les interesan en absoluto. Al analizar la dinámica de unidades de internamiento de distintos estados brasileños, Volpi (2001) observa que muchas veces los criterios para la selección de los jóvenes que van a frecuentar un determinado tipo de actividad están más ligados a la concesión de beneficios para los que presentan un comportamiento disciplinado que al interés o la comprobación de habilidades personales y tendencias vocacionales. Tal dinámica parece estar reproduciéndose en el ámbito de la semi-libertad.

Si bien estas quejas son relevantes, su carácter es minoritario. **Predomina una evaluación positiva de las actividades socioeducativas vinculadas a la medida de semi-libertad.** En ocasiones, tal valoración se relaciona con la atribución de un valor expresivo a estas prácticas y/ o a su asociación con el ocio y la relación con los pares.

S6: Ah, hay unos momentos de distensión.. Yo me divierto más cuando voy al curso... estás con las personas así, cuando voy allá al CDS¹⁸⁵ también...es una diversión....(p.26)

Sin embargo, en consonancia con los discursos sobre el ámbito educativo y la esfera laboral, los sujetos destacan el **sentido instrumental** de las actividades socioeducativas para su **inclusión social**. **El discurso de todos los jóvenes de la semi-libertad pone de manifiesto algún nivel de expectativa respecto al papel que la medida en cuestión puede jugar en su proceso de inserción e integración social.** Las expectativas se centran principalmente en la cuestión de la inclusión laboral.

S4: Pero aquí es bueno porque aquí tú estudias, haces cursos, después de un tiempo puede surgir hasta un trabajo para ti... ¿eso que es lo bueno! Nosotros tenemos que tomar la Semi así....como un ejemplo para seguir así y dedicarse. ... para una persona que quiere cambiar eso aquí es bueno (p.16)

Por otra parte, como hemos visto anteriormente, estas expectativas están repletas de ambigüedades. Además, los jóvenes enfatizan que sus posibilidades de inserción tras el desligamiento de la medida se verán fuertemente reducidas por el estigma inevitablemente conferido por su trayectoria jurídico-institucional. En este sentido, el cumplimiento de la medida de semi-libertad asume el sentido de una **oportunidad relacionada con las nociones de inserción e integración social.**

Pese a la centralidad del tema del trabajo, este significado va más allá de la esfera laboral. La semi-libertad es percibida como una **oportunidad para acceder a recursos materiales, sociales y culturales; para reflexionar; para demostrar que saben hacer un buen uso de la libertad** y, en última instancia, para poner en

¹⁸⁵ Se refiere al Centro de Desarrollo Social, lugar en el que estábamos llevando a cabo el taller de teatro.

marcha procesos de cambio. Así, aunque la inserción laboral no llegue a producirse, **para la mayoría de los jóvenes esta experiencia institucional puede servir como un apoyo capaz de favorecer su inclusión social, bajo la forma de un “empuje”.**

S4: ... aquí te está ayudando mucho... hay de lo bueno y de lo mejor para la persona....la persona puede salir de aquí con un trabajo...otras no...pero....es como un empuje para que te olvides y seas alguien en la vida.... Y te dan los mejores consejos aquí, quieren integrarte en la sociedad de nuevo. Para quien quiere es estupendo....Aquí yo creo que hacemos como una prueba..... porque la persona delante del juez dice: “ si me das otra oportunidad voy a cambiar, le juro que jamás voy a volver aquí...”, y la juez: “voy a dar una oportunidad a esa persona para ver si me está diciendo la verdad” (tercera entrevista p.12)

d) La privación de libertad: En los centros de privación de libertad **los dispositivos asociados a la dimensión pedagógica** implican una mezcla entre actividades socioeducativas que pretenden propiciar la adquisición de capital cultural y romper la monotonía de la vida institucional y acciones que se fundamentan en la **lógica de la conexión entre educación, disciplina y castigo** (Foucault, 1975).

En la etapa de internamiento provisional los dispositivos pedagógicos se restringen y se confunden con los dispositivos de control. Pero incluso entre los jóvenes que han cumplido sentencias de privación de libertad más largas, las referencias a las actividades socioeducativas llevadas a cabo en el ámbito institucional – enseñanza formal, talleres, actividades artísticas, deportivas y cursos de formación profesional- son escasas. Como hemos señalado, el discurso de los sujetos dibuja un escenario que se caracteriza por la primacía del régimen sobre la intervención.

Mientras que los dispositivos de disciplina dejan marcas a largo plazo, las actividades teóricamente destinadas a la adquisición de capital cultural prácticamente no dejan huellas en las trayectorias relatadas. Entre los sujetos que han estado en unidades de internamiento, solamente S3 plantea que el acceso a la escuela del centro y a los cursos de formación profesional han supuesto un incremento de su capital educativo.

S3: ¿Cosas buenas?.....Es difícil, pero las hay.... A ver...¡la escuela! Si el tío quiere tomarlo en serio, ¡aprueba!...Porque yo entré allá en el sexto curso y ya estoy en el segundo de la secundaria... Si el tío quiere esforzarse realmente, dedicarse allí, porque el estudio es el único pasatiempo que el tío...está viendo que realmente va a aportarle en el futuro; allí dentro, para mí, yo creo que sólo hay eso... ¡(en la escuela); Aprendes! Los cursos, también, ¡yo tengo...dos cursos concluidos!...(P.5)

Para los demás jóvenes que estuvieron institucionalizados **las actividades socioeducativas llevadas a cabo en los centros de internamiento no tienen ni siquiera el sentido instrumental asociado a la idea de inclusión que prevalece en otros contextos. Para la mayoría de los sujetos son poco más que una forma de pasar el tiempo.**

La carencia de producciones discursivas respecto a este tema se explica en parte por la **escasez de la oferta de actividades**, ya que **los recursos existentes no son suficientes para todos**. La carencia de recursos supone un **acceso selectivo** donde la “buena conducta” y el tiempo de condena parecen ser los principales criterios para la inserción de los jóvenes en las actividades existentes. Como la mayor parte de nuestros sujetos no han tenido estancias largas en instituciones de privación de libertad, muchos no han llegado a tener acceso a dichas actividades.

Pero al margen de la desigualdad de acceso a las actividades socioeducativas, su escasez implica **largos períodos de ociosidad** para todos los jóvenes. A ello se suma la parca relevancia atribuida a las actividades desarrolladas. Este vacío de contenido y sentido se vincula a la **percepción del cumplimiento de la medida de privación de libertad como una pérdida de tiempo**. Dicho significado – señalado por Goffman (1961) como característico de la vivencia de la institución total - emerge en el discurso de los jóvenes de los tres colectivos estudiados, incluso entre aquellos que valoran los recursos pedagógicos ofrecidos por la institución.

S3: Yo pienso así, ¡Ave Maria!, ¡cuánto tiempo perdí preso! Si yo estuviera en la calle, mi vida estaría tan bien....(p.33)

Los discursos relativos a los dispositivos de disciplina y castigo también son muy similares en los tres grupos. Todos subrayan **el uso de la violencia como “recurso didáctico” privilegiado en los centros de privación de libertad**. Encontramos relatos recurrentes de experiencias similares a lo que Foucault (1975) define como “*suplicio*”.

S5: ... había veces que yo me quedaba sólo en el cuarto, sin salir al patio.... ellos me dejaron en el cuarto 14 días sin salir... porque yo estaba encima del muro.... salí (blanco) pareciendo la leche...(cuando) salí al patio llega me dolieron los ojos cuando vi el sol... (p.11)

Los relatos asociados a los mecanismos de control y al uso de la violencia como “dispositivo pedagógico” se relacionan invariablemente con experiencias de sufrimiento. Sin embargo, ésta es solamente una de las dimensiones señaladas por los sujetos. Al igual que algunos de los técnicos, **los jóvenes también establecen una vinculación estrecha entre educación y castigo**. Tal vinculación no consiste en una reproducción precisa de la perspectiva institucional. A veces, implica oponerse a ella y, otras veces, supone una radicalización del discurso institucional. No obstante, **la relación entre violencia y aprendizaje ligada a la experiencia de privación de libertad genera, ante todo, discursos marcados por la ambigüedad**.

Hemos visto que todos los sujetos que han pasado por el internamiento sitúan el encarcelamiento como un punto de inflexión que posibilita la resignificación de sus prácticas. Esta resignificación se entiende como producto de un proceso de aprendizaje. En esta dirección, los jóvenes ponen el acento sobre una **revalorización de la familia** ligada al **aprendizaje del sentido de responsabilidad** y a dinámicas de cambio que debilitan el vínculo con la calle (y con el grupo de pares).

S6: .. (allá) aprendí a entender.. las cosas... Que todo lo que tú, lo que aquí se hace aquí se paga... Que todo lo que hagas va a tener consecuencias... y tú eres el responsable de las consecuencias (p.20)

En ocasiones esta resignificación implica la propia medida de privación de libertad, que pierde la connotación exclusiva de condena para convertirse simultáneamente en una “oportunidad” para reflexionar. La prisión aparece como lugar de meditación y arrepentimiento, tal como fue concebida por los reformadores del sistema penal en el siglo XIX con base en los moldes de los conventos (Zaluar, 1999).

S4: ...Yo empecé a pensar más cuando estaba allí dentro, fue entonces que paré para pensar mejor. Allá ... allá es un lugar para que tú reflexiones, no es un lugar para que te indignes aún más. Porque el CAJE no es cárcel, como ya te dije, es un lugar para que reflexiones (sobre) lo que hiciste... (p.13)

La noción de **aprendizaje** en este contexto abarca una **asociación entre punición y reparación**. El discurso de todos los jóvenes institucionalizados revela una fuerte asimilación de la idea de que la punición es necesaria para comprender que “el crimen no compensa”, así como para la redención ante la ley, ante sí mismo y ante Dios. En esta lógica, no sólo hay una justificación del castigo, sino que esta práctica aparece como una condición imprescindible para impulsar movimientos de cambio.

La paradoja llega hasta tal punto que los mismos jóvenes que definen los centros de privación de libertad como “un infierno” y argumentan que la experiencia de internamiento no les ha aportado nada de positivo *S1: ... Porque así, j el CAJE no me enseñó nada!...jNo me enseñó nada! (p.8)*, plantean que si pudiesen proponer alternativas a las medidas existentes optarían por un endurecimiento de las penas:

*S1: En mi caso yo no determinaba medida así no, jlo que hiciese tenía que pagar! ... si yo decidiera, si uno fuera detenido no había eso no... podía estar robando caramelos jpero está robando!..... Porque yo pienso así, jyo **apronte**i* yo tengo que pagar! ... ¿Yo apronto y va a permanecer todo igual?... Si tú no pagas, j no vas a tomar ninguna lección! .. “Ah, jEso ahí no sirve de nada! jEs muy poco tiempo! jVoy a robar de nuevo!”.....antes no pensaba no, ¿sabes? Pero ahora ya paré un poco para pensar y pienso que no compensa. (p.21)*

La defensa del endurecimiento de las penas no es una posición dominante. Pero refleja una tendencia cuyo crecimiento en la sociedad brasileña ha sido señalado por algunos de los autores más expresivos en el campo del estudio de la violencia en

Brasil (Zaluar, 1994, Pinheiro, 1997; Adorno, 1998a; Cardia, 1999). Por otra parte, pone en evidencia una asimilación y radicalización del discurso institucional que históricamente ha justificado la existencia de las instituciones totales (Foucault, 1975).

Además, dicha posición también manifiesta el individualismo y la fragilidad del vínculo social de los jóvenes. Si en sus casos particulares la aplicación de la medida de privación de libertad se considera demasiado dura e, incluso, injusta, cuando el objeto de la pena es el “otro” no hay ningún tipo de reparo en plantear una asociación entre pena y muerte.

S3: (para casos de) Violencia podría ser... pena de muerte.... ¿Esa (violencia) más leve?... metía al elemento en la cárcel....le ponía tres meses allá en la Papuda.....Quería ver si él no iba a salir cambiado. Si no saliese muerto, porque la gente allá... por poquita cosa mata bandido de poca monta (p.31)

Paralelamente al discurso que establece una conexión entre castigo, educación y reparación, **los sujetos de los tres grupos sitúan la privación de libertad como un espacio de oposición al desarrollo personal .**

R1:allá no vas a aprender nada... nunca aprendes nada,¿cómo vas a aprender una cosa preso?... experimenta quedarte dos días en tu habitación... sólo dos días sin salir...¿Qué vas a aprender allá presa?¿ Vas a aprender algo? No vas a aprender. Lo mismo pasaba con nosotros allá ¿entiendes? (p.21)

Si para muchos jóvenes el encarcelamiento es un procedimiento necesario para formular proyectos de cambio, **la privación de libertad se concibe mayoritariamente como una medida absolutamente ineficaz en cuanto a la promoción de inclusión social.** Los sujetos justifican esta ineficacia enumerando reincidencias, muertes y las dificultades de inserción enfrentadas por los jóvenes egresados de los centros de internamiento. En este sentido, la posición dominante en los tres colectivos es que los centros de privación de libertad son más bien un **espacio de intensificación de las problemáticas que motivan el ingreso en estas instituciones.**

Las principales razones atribuidas a este proceso son: **la restricción de las relaciones sociales y la desvinculación con el mundo externo,**

R1: ... El tío se queda allí dentro, entonces sólo va a conocer la gente que está allí dentro, cuando sale de allá, sale, sale como un tonto ... no conoce nada más del lado de fuera (p.12)

el incremento del repertorio de prácticas ilícitas,

*S6: yo creo que el CAJE es un momento que tienes para reflexionar sobre tu vida, pensar en que te equivocaste, lo que hiciste, por qué estás allá.. Pero allá parece escuela de **malandro***, ¡el tío sale todavía más bandido! Porque allá tú conoces a gente de todas partes... con eso vas conociendo unas **malandragem** diferentes, charlando... el tío ya te dice eso... aquello, cuenta como fue... ¿entiendes? El tío va ganando más experiencia en el medio de la **bandidagem** * (pp.18,19)*

la indignación provocada por la propia situación de privación de libertad, las violencias sufridas, la desigualdad de acceso a los recursos y la ociosidad,

A2: tú no puedes tener nada.... te quedas bajo ordenes..... la persona está muy presa.... Los cursos que hay allá.... no son todos los que tienen derecho... es una cosa así muy mal hecha..... hay psicólogo, pero no conversa con todos.....Y la persona se queda demasiado tiempo sin hacer nada ... no tiene sentido ni lógica porque, imagínate, yo voy para allá... Voy a quedarme indignada, con rabia, cualquier persona que venga a pelear conmigo voy a causar más pelea.... luego voy a recibir una pena por pelear allí dentro y voy a quedarme indignada. Mira, sabes que cuando una persona no está satisfecha, todo empeora, todo, todo, en lugar de ayudar todo empeora...Entonces, ¿para qué? (pp.8,9)

el estigma conferido por el proceso de institucionalización vinculado a la restricción de las perspectivas de futuro de los jóvenes,

R4: ...Hay muchas personas que cuando salen de la cárcel no pueden, no tienen la oportunidad de trabajar....vas a hacer una ficha de empleo y cuando dices que eres ex-presidiario ya cambia todo, no puedes trabajar, no puedes hacer nada, entonces la persona va volver a robar. Eso porque en la sociedad un ex-presidiario es tratado como un perro... (como) el peor bicho que haya... que no puede ni acercarse a las personas que va a hacerle mal... por eso que las personas se indignan aún más (p.45)

A1: porque después que la persona sale allí de dentro, la persona se acabó ¿no? (p. 2)

y, por fin, la psicologización de los problemas sociales asociada a la carencia de actividades socioeducativas orientadas a una (re) inserción efectiva de los jóvenes:

R4: El CAJE. Es una cosa que no está funcionando. Mira, 99,9% dos adolescentes que fueron al CAJE hoy están en la Papuda.....Va una psicóloga y conversa, conversa, conversa con el adolescente y no cambia nada. Yo lo veo por mi hermano, ¿no?.... ¿¡Cuántas psicólogas ya pasaron y ya conversaron con mi hermano y no sirvió de nada!?'... No tiene sentido..... porque la persona quedarse allí presa todo aquél tiempo, aquello sólo hace que él piense en tonterías...en lugar de cárcel para las personas ellas tienen que ser reeducadas no, tienen que reaprender a vivir junto a la sociedad ... ocupar un espacio, para quién no estudió, estudia, va a hacer curso, hacer algo que sirva en lugar de estar allí siempre siempre encerrado.... porque entonces sí vas reaprendiendo, vas reaprendiendo lo que es vivir de verdad, aprendiendo lo que es la libertad, lo que es ser alguien, ¿no?.... Pero la única cosa que están haciendo hoy en día es crear más cárceles para encarcelar más gente...¿ Entonces no sirve de nada!... (pp. 42,43)

Por tanto, a pesar de las ambigüedades relacionadas con el internamiento, **la privación de libertad se percibe como una medida fundamentalmente excluyente.**

12. Procesos de desvinculación del ámbito jurídico institucional

a) La desvinculación de los centros de acogida - La salida de los jóvenes de los centros de acogida **suele producirse de modo brusco y se da fundamentalmente por dos vías: la intervención familiar y la fuga.** La **intervención familiar** puede ser provocada por algún acontecimiento crítico como, por ejemplo, una enfermedad grave (S6). Sin embargo, también aparece como una afirmación de la responsabilidad familiar sobre la tutela de los jóvenes (R3, R4).

R3: Al final un día mi hermana fue a buscarnos allá, y la madre del W... y la otra F. allá de Brasilinha.... Entonces ellas fueran allá nos recogieron y nosotros nos marchamos (p.14)

No obstante, la fuga es indudablemente la vía de salida más utilizada por los jóvenes. Los discursos analizados sugieren que esta práctica es muy frecuente no sólo entre los sujetos de nuestro estudio, sino también entre sus familiares, amigos y conocidos. En todos los casos la decisión de fugarse de los centros de acogida se justifica básicamente por la **añoranza de personas y espacios afectivamente significativos asociada al aburrimiento por la rutina institucional,**

E: ¿Hum?... ¿Entonces has decidido fugarte?

R2: (asiente con la cabeza) ... Yo ya estaba empezando a enojarme de allá y a echar de menos aquí (a la calle) ... Ah, ¡(echaba de menos) a mis amigos!....(p.13)

y las **experiencias de victimización:**

R2: ¡Me fugué de allá!

E: ¿Te fugastes? ... ¿Qué había de malo allá para que hayas decidido fugarte?

R2: Allá, yo era pequeñito cuando me fui allá, entonces los chicos mayores me pegaban... (p.18)

b) La medida socioeducativa de libertad asistida (LA)- La desvinculación de la libertad asistida se da mediante dos caminos: la liberación o la regresión de medida¹⁸⁶, ambas determinadas por el juez. Otra posibilidad es que el cumplimiento de la medida ni siquiera se inicie en la práctica. Entre los sujetos de nuestro estudio, las regresiones y el no cumplimiento de las sentencias son las formas más frecuentes de desvinculación de la libertad asistida. En ambos casos, el principal motor de este movimiento es la actitud de menosprecio hacia la medida relacionada con el sentido burocrático que se le atribuyen. La cuestión de fondo es **la creencia de que las normas establecidas por la LA no son más que una determinación formal que es posible transgredir sin que ello suponga consecuencias graves.**

Tal creencia tiene una serie de implicaciones asociadas al no cumplimiento parcial o integral de la medida socioeducativa. En el primer caso, detectamos, por ejemplo, la coexistencia entre la comparecencia a los Centro de Desarrollo Social, la asistencia a la escuela y cursos con reincidencias en actividades ilícitas. En el segundo, los jóvenes ni siquiera disimulan un cumplimiento formal de la sentencia. Sencillamente no comparecen ante los técnicos responsables de la ejecución y el seguimiento de la medida y actúan como si ésta no existiera. Encontramos relatos de este tipo de conducta tanto en primera persona como respecto a terceros.

E: ¿Dónde has hecho la LA?

S1: ¡Qué va!, ¡yo no cumplí la LA, no!... ¡Ni estudiaba ni nada!

E: ¿Por qué? ¿Qué pensaste, así, la primera vez que fuiste a parar allá en el juzgado?

¹⁸⁶ La regresión de medida se produce en casos de reincidencias u otras infracciones graves de las normas establecidas.

*S1: Yo pensé, ¡joder, ahora voy a la cárcel! Luego mi padre fue a recogerme y me marché. Entonces yo dije: “Ah, ¡eso de aquí no da nada!” Y seguí sólo **aprontando, aprontando, aprontando*** (p.7)*

Cuando la libertad asistida aparece vinculada a una trayectoria jurídico-institucional anterior (por ejemplo, S2), su cumplimiento se considera instrumental para evitar el regreso a la situación de privación o restricción de libertad vividas anteriormente. En estas circunstancias, los jóvenes entienden que el incumplimiento de la medida socioeducativa en medio abierto tiene consecuencias negativas.

Pero incluso en esta situación encontramos una especie de predisposición a la transgresión ligada a una actitud de poco caso ante la LA. Es importante señalar que lo que sostiene esta “predisposición” no es tanto el mantenimiento de una vinculación con prácticas ilícitas, sino principalmente la cristalización de una posición de enfrentamiento frente a todo lo que se relaciona con la esfera jurídico- institucional. Es como si la sucesión de experiencias negativas en el campo de las instituciones de (re)inserción social condujesen a una tendencia a negativizar *a priori* cualquier tipo de representante institucional (sea persona, objeto, espacio físico, etc.).

E: ¿Y qué tal la LA?

S2: Un coñazo, hoy fue mi primer día. Ahhh(bosteza), ya no me gustó...Ya llegué, llegué tarde, entonces la mujer (dijo)“¿eres el S2? “ “ Sí soy yo” “Has llegado tarde tienes que firmar”, entonces ella empezó a decir unas cosas allá y yo le di las espaldas y salí... y ella, “estoy hablando contigo” y yo, “ah, vale “ y ella poniendo mala cara así, mi madre quiso darme el papel para que yo leyera, y yo dije “no quiero leerlo no”, ya sabía.....Pero no lo firmé, me olvidé... (salí andando porque) la mujer habla demasiado.... yo mismo ya sabía que había llegado tarde.... las personas tiene que ser más comprensivas (p.14)

La principal consecuencia - a corto, medio o largo plazo- de la suma de estos ingredientes suele ser la reincidencia. Cuando la reincidencia conlleva una nueva detención, lo más frecuente es la entrada en escena de una cadena de institucionalizaciones y transgresiones. Por tanto, la desvinculación de la medida de libertad asistida no implica necesariamente la desvinculación del ámbito jurídico institucional.

S5: ...fui al CAJE la primera vez y salí, fue aquella vez de la LA. Entonces fui a hacer otro atraco, fue incluso cuando sufrí los disparos.....yo estaba en la LA y ya estaba casi terminando de cumplir... entonces se me ocurrió robar y fui detenido, fue esa vez que vine a la Semi y pasé 3 (meses) allá (en el CAJE) .. me fui a la Semi de la M-Norte y me fugué... me quedé 6 meses en la calle y entonces mandaron recogerme... pasé 4 días en el CAJE y vine a esa Semi de aquí (p.10)

c) La medida de semi-libertad- El desligamiento formal de la medida socioeducativa de semi-libertad se da por determinaciones judiciales de liberación, progresión (S2) o regresión de medida (S5). Sin embargo, en la semi-libertad también

hay una fuerte incidencia de fugas¹⁸⁷ (S1, S2, S5, S6) y, sobre todo, de manifestaciones del deseo de fugarse. Los relatos asociados a este tema son recurrentes tanto en lo que concierne a las experiencias personales de los sujetos como a las de terceros.

Una de las particularidades de las fugas de las unidades de semi-libertad es que a menudo los jóvenes suelen regresar tras un corto período de tiempo. Este regreso puede darse por un proceso de mediación institucional, por una nueva detención o por la presentación voluntaria de los jóvenes en la unidad de semi-libertad o ante el juez. Esta última alternativa es muy frecuente, así como diferentes combinaciones de las posibilidades mencionadas. Cuando el restablecimiento del vínculo institucional no es motivado por una reincidencia, tiende a ser movido por una mezcla de arrepentimiento y temor a las consecuencias. En estas circunstancias la rápida presentación voluntaria ante el juez es una estrategia para evitar una regresión de medida, aspecto que explica su fuerte recurrencia.

Los motivos atribuidos a las fugas y/o al deseo de fugarse son más variados. Al igual que en los centros de acogida, destaca la **asociación entre aburrimiento** (atribuido a la monotonía de la rutina institucional), **añoranza de la calle** (asociada al sentido de libertad) y **nostalgia del ámbito familiar** (tanto de las personas como del espacio de la casa). A ello se suman los **conflictos con los pares y, sobre todo, con los técnicos**. Las experiencias vividas como humillación o sometimiento y las acciones de los representantes institucionales percibidas como injustas ocupan un lugar central en los movimientos de ruptura con el ámbito jurídico institucional.

En este sentido, S2 presenta una interesante metáfora de las etapas del proceso de institucionalización basada en la idea de tiempo de maduración. La primera etapa implica un movimiento que conduce a la quietud y a la elaboración de proyectos de cambio. Luego, la incidencia de los factores mencionados impulsa el paso de la quietud a un estado de ansiedad y tensión. Esta tensión provoca acciones reactivas de resistencia, enfrentamiento y negación de las normas institucionales que, finalmente, pueden llegar a conducir a la ruptura del vínculo institucional.

*S2: ... ya me quedé **empenhado*** por otras cosas, no iba al trabajo, al colegio, me indignaba y no quería hacer nada más... sólo quería marcharme. aquello allá es como una fruta, madura, después de un tiempo madura demasiado y se pudre... hay un punto en que te quedas quieto, ni piensas en **aprontar***, pero después de un tiempo, dices no, qué va, ya no quiero más eso de aquí...Ah, te aburres de la rutina..... sabiendo que tienes un lugar para quedarte, tu casa...los demás que nunca has visto en tu vida quieren mandar en ti, humillarte.... en esas discusiones ya vi mucha gente volver al CAJE, fugarse,*

¹⁸⁷ En función del carácter semi-abierto de la medida en cuestión “las fugas” no reciben esta denominación. Entre los técnicos son llamadas “evasión” y entre los jóvenes se maneja la jerga “pinar”.

acabar con su vida. Yo mismo, cuando me fugué me quedé tan indignado.... perdí la cabeza, pensé "paso, ¡que se joda!".... después yo dije " no, no voy a hacer tonterías ".... (pp. 13, 14)

Otro aspecto central en los procesos de ruptura del vínculo institucional es la **incertidumbre relativa al tiempo de cumplimiento de la medida socioeducativa**. La metáfora del tiempo de maduración se aplica perfectamente a este caso. Los jóvenes ingresan en la institución y se disponen a cumplir la medida. No obstante, cada día implica espera, aprensión y expectación respecto a su futuro. Llega un momento en que la incertidumbre se hace insoportable y entonces se produce la fuga.

El último gran motor de las fugas es el sentimiento de inseguridad permanente. La fuga suele producirse solamente cuando las amenazas a que están sometidos efectivamente se concretan (por ejemplo, S6). Sin embargo, la simple existencia de una amenaza (directa o indirecta / externa o interna) es suficiente para formular planes de abandono de la institución. El fantasma de la victimización se liga al planteamiento de la fuga como una estrategia preventiva de supervivencia.

S5: ... Porque yo me enteré que los tíos invaden allá, como en la M-Norte, que yo era de la (semi) de la M-Norte, ¿no? La gente invade allá, se queda disparando a los demás allí dentro.....Si alguien entrar para invadir ahí, yo no me quedo ahí no, no me quedo ¡no! ¡Me fugo y no vuelvo!...(p.15)

En cuanto a los **factores que frenan el deseo de fugarse** contribuyendo a que no se produzca el paso al acto, destacan el **apoyo familiar** (y, en particular, las figuras de las madres, esposas e hijos)

S3: ...Yo mismo, ya era para haberme fugado de esa casa ahí, no me fugué a causa de ella....De mi mujer. Porque todas las veces que digo: "... sólo voy allá el lunes a recoger mis cosas y me voy a marchar!" Ella dice: "¡No, no hagas eso!; tu victoria ya está muy cerca! ... Dios quiere hacer una obra en tu vida. Piensa en tu hijo y en tu mujer, en tu familia que vas a quedarte allá con paciencia, vas a tener paciencia para todo." Hasta hoy... Hasta hoy estoy ahí.... (p.25)

y la reflexión sobre las posibles consecuencias de la fuga (pérdida de beneficios, regresión de medida, mantenimiento de una "deuda" con la justicia, etc.).

*S3: el día que llegué aquí no me fugué porque miré hacia atrás y pensé ¿no? La cantidad de tiempo que yo cumplí (en el CAJE), ¿para llegar aquí y fugarme?, yo ya estaba con beneficio de **saidão*** allá... todos los fines de semana yo estaba saliendo....entonces pensé: "no, no voy a fugarme voy....a quedarme un tiempo aquí, si ellos no me liberaren yo me marchó" (p.5)*

d) La privación de libertad - La desvinculación de los centros de privación de libertad en todos los casos estudiados fue fruto de una progresión de medida. No hay ningún relato de fuga realizado en primera persona. No obstante, los aspectos asociados al deseo de fugarse de dichos centros son exactamente los mismos relacionados con la semi-libertad.

13. Apuntes finales sobre las ambigüedades de la intervención social

El análisis realizado indica que las respuestas institucionales a las vulnerabilidades afrontadas por los jóvenes contemplan mecanismos de gestión de los riesgos diversos. Los diferentes tipos de intervención institucional analizados se basan en supuestos y proyectos relativamente heterogéneos y, en alguna medida, generan efectos distintos. No obstante, también comparten elementos comunes que remiten a algunas de las principales dificultades y ambigüedades afrontadas en el campo de la intervención social. Para concluir este capítulo, nos centraremos precisamente sobre este último aspecto.

Nuestra primera constatación, que ha sido repetidamente confirmada por numerosos estudios, es que en Brasil el cambio paradigmático en el campo jurídico institucional que supuso el paso de la doctrina de la situación irregular - ligada a prácticas institucionales centradas en la criminalización de la pobreza – a la doctrina de la protección integral (definida por el “*Estatuto da Criança e do Adolescente*”) no ha sido suficiente para promover cambios profundos en términos de contenido, método y gestión de los programas de acción dirigidos a la infancia y adolescencia en situación de riesgo social.

Además, como señala Volpi (2001), dicho movimiento no ha dado lugar a un replanteamiento de presupuestos funcionalistas conservadores. Tanto los programas de protección aplicados a niños y adolescentes en situación de desamparo y/o victimizados, como las medidas socioeducativas aplicadas a aquellos que infringen la ley se basan en las alternativas de socialización tradicionales. Los objetivos propuestos se limitan a la integración familiar, a la inserción escolar y laboral y al desarrollo de actividades deportivas y culturales. Lo que se espera, como mucho, es la adaptación de los jóvenes a los roles y expectativas dominantes en el orden social vigente. Y eso cuando tenemos la suerte de encontrar un proyecto pedagógico que pretende favorecer la inclusión social de los sujetos institucionalizados.

El primer análisis del sistema de atención a la infancia y adolescencia realizado en el ámbito nacional tras la puesta en marcha del reordenamiento institucional previsto por el “*Estatuto*” dibujaba un panorama desolador (DCA/SNDH,1997). Este estudio indicaba que en el año 1997, entre todas las instituciones vinculadas a la ejecución medidas socioeducativas analizadas en los 27 estados del país, solamente el 39,9% poseían un proyecto pedagógico. El 28,5% afirmaban no poseer ningún tipo de proyecto

y el 31,5% se han negado a tratar el tema. Además, el 47% de las instituciones fueron consideradas inadecuadas - desde el punto de vista de la dinámica organizacional, de la dimensión pedagógica, así como de los aspectos físicos, de salubridad y de los mecanismos de seguridad - por sus propios dirigentes (Ibíd.).

Estos datos reflejan solamente una parte de la realidad del sistema de atención a la infancia y adolescencia en situación de riesgo en Brasil. Sin embargo, nos parecen suficientes para evidenciar la magnitud del incumplimiento de los preceptos legales relativos a los derechos de los niños y adolescentes. **Pese al énfasis en la dimensión pedagógica presente en el texto de la ley, las prácticas de intervención siguen privilegiando dispositivos asistencialistas y/ o represivos-correccionales.**

Esta disyuntiva pone de manifiesto una serie de ambigüedades relacionadas con la propia génesis del trabajo social. Por ejemplo, el ambiguo estatuto de un modelo de intervención que tiene como fin fiscalizar y, a la vez, ayudar a las poblaciones “necesitadas”, vinculado a un programa político que pretende compaginar la neutralización y la integración de los *sujetos frágiles* (Alvarez- Úria, 1995).

Pese a la diversidad de las instituciones analizadas en el ámbito jurídico, todas ellas se insertan de algún modo en la lógica de las *estrategias de moralización y control de la peligrosidad social* (Ibíd.). En teoría, los objetivos de los dispositivos institucionales son la prevención de riesgos y la promoción de la inserción e integración social de sujetos desafiados. Pero, en la práctica, parecen tratar sobre todo de acondicionar espacios para neutralizar la marginación sin suprimirla.

Coincidimos con Alvarez-Úria (1995) en que la tendencia a tutelar e individualizar a la población asistida ligada a la psicologización de los problemas de desarraigo y de la violencia - es decir, la dilución de político, lo económico y lo social en lo psicológico - delimita un territorio que define con trazos firmes el campo de la pobreza como el espacio de la “patología social”. Como señala este autor, tal definición es de gran utilidad para el orden establecido, pues posibilita la demarcación de la normalidad y sirve de coartada a las instituciones “normalizadoras”.

Al erigir el personaje marginal, por un lado, se explica, justifica y legitima la existencia de entidades jurídicas con fines asistencialistas o represivos-correccionales (Violante,1985). Y, por otro lado, se crea el estigma como mecanismo discriminatorio y de control social situando al sujeto en una posición de individuo “*desacreditable*” (Goffman,1963) que le impide tener una aceptación social plena y le excluye del campo de la ciudadanía. Además de escamotear el grave problema político de la propia

existencia de la pobreza, una de las principales implicaciones prácticas de este tipo de discurso sobre la inclusión es la consolidación de estereotipos y racionalizaciones que legitiman violencias y perpetúan sufrimientos (Alvarez -Úria, 1995).

Así, las instituciones de control destinadas a la (re)integración social son llamadas a hacer la mediación entre un ser definido como antisocial y el mundo “normalmente socializado”. Pero a través de estas definiciones a menudo acaban por producir al individuo adecuado para vivir bajo condiciones de vida “antisociales” impulsando el cumplimiento de “carreras desviadas” socialmente asignadas (Violante, 1985). Entonces la intervención institucional no sólo genera efectos ambiguos y paradójicos, sino que actúa como un mecanismo de descuidadización:

E: Y cuando te refieres al ciudadano ¿de quién estás hablando?

*S5: Ah, ¡el ciudadano brasileño!... Algunos, quién es ciudadano, porque hay unos que no son ciudadanos... Tú eres una ciudadana brasileña, yo soy un ciudadano brasileño, ellos piensan que yo no soy un ciudadano brasileño porque estoy en la Semi-libertad, pero... yo no debería serlo antiguamente, porque me quedaba **aprontando***, pero hoy en día mi cabeza volvió a su sitio y estoy queriendo convertirme en un ciudadano brasileño realmente...*

E: ¿Quién apronta no es ciudadano?

S5: Sí, es ciudadano brasileño, pero ellos piensan que no es un ciudadano brasileño, ellos discriminan....Ellos discriminan....Pero todos nosotros somos ciudadanos brasileños, pero los de la alta sociedad piensan que nosotros no somos ciudadanos brasileños, que somos solamente unos mierdas que se quedan generando problemas para ellos.....(segunda entrevista, pp.19, 20).

CONCLUSIONES

La reflexión sobre los procesos de exclusión e inclusión social en esta tesis se llevó a cabo a través de dos grandes hilos conductores: un recorrido teórico por la producción europea y latinoamericana acerca de la exclusión social – destacando, respectivamente, las publicaciones francesas y brasileñas debido al origen del concepto y a la ubicación del trabajo de campo- y un estudio empírico realizado con tres grupos de jóvenes que viven en situación de pobreza en el contexto urbano del Distrito Federal: jóvenes “de” o “en” la calle; jóvenes que residen en la periferia y jóvenes institucionalizados por haber cometido delitos violentos.

En la parte empírica del trabajo, hemos planteado como objetivo general de la investigación conocer los elementos que configuran la materialización de trayectorias de exclusión e inclusión social de estos jóvenes. Empezamos indagando sobre los factores que entran en juego para que, ante condiciones materiales de existencia tan similares, se desarrollen estrategias tan diversas, como por ejemplo: la adopción de prácticas ilícitas y/o violentas como modalidad privilegiada para solucionar conflictos; la salida hacia la calle y la conversión de este territorio en espacio de residencia o la búsqueda de un empleo formal y el esfuerzo por construir lazos sociales en la comunidad.

Nos propusimos analizar los factores que condicionaron la transición de una zona a otra del *continuum* que va desde la integración hasta la exclusión social (Castel, 1991, 1995) privilegiando dos centros de interés: los vectores de vulnerabilidad a los que se enfrentan y la dimensión potencialmente creativa de la “situación de riesgo”, entendiendo el riesgo como un concepto de orientación práctica.

Durante la construcción de nuestro modelo analítico hemos señalado la necesidad de considerar las modalidades de “inclusión marginal” desarrolladas por los sujetos y la permeabilidad de las categorías estudiadas, es decir, las posibilidades de tránsito de los jóvenes entre las mismas. Ello nos condujo a indagar hasta qué punto las vulnerabilidades de cada grupo son específicas y en qué dimensiones las trayectorias analizadas se cruzan y divergen.

Si bien hemos encontrado vulnerabilidades específicas en cada grupo, nuestros resultados indican que tanto las condiciones materiales de existencia como los vectores de riesgo son muy similares en los tres colectivos estudiados. Como hemos indicado antes, las diferencias observadas radican sobre todo - aunque no

exclusivamente - en una cuestión de grado. Encontramos **trayectorias muy coincidentes entre miembros de los tres colectivos y, a la vez, heterogeneidad de perfiles dentro de cada grupo**. Este hallazgo conduce a la conclusión de que **hay efectivamente una gran permeabilidad entre las poblaciones investigadas**.

Las singularidades encontradas revelan una íntima articulación entre los recursos materiales, simbólicos y sociales a los que los jóvenes tienen acceso (o no) en cada contexto, las prácticas que desarrollan en cada territorio y los procesos de producción de sentido. La polisemia de los ámbitos analizados ofrece importantes pistas sobre su percepción como espacios de acceso a recursos de diferente índole para afrontar situaciones de riesgo y vulnerabilidad.

Dicha polisemia se vincula a los múltiples usos que los jóvenes hacen de estos espacios y, en particular, a las principales prácticas que han desarrollado ahí en distintos momentos de sus trayectorias vitales. **Esta relación indica la centralidad del concepto de estrategia para posibilitar una articulación entre las dimensiones sociosimbólica y estructural en el campo de la psicología social. También pone de manifiesto la importancia del sentido práctico como base de los procesos semióticos y, por tanto, de los procesos mediacionales que se producen entre las dimensiones individual y colectiva**.

A lo largo de nuestra investigación empírica hemos podido confirmar la hipótesis de que ante la exclusión de diversas esferas de la vida social y pese la exposición a múltiples vectores de vulnerabilidad los jóvenes siguen buscando salidas y desarrollando estrategias que posibilitan la construcción de modos alternativos de participación social. **Los elementos relacionados con la construcción de modos de participación social alternativos nos conducen directamente a la dimensión creativa de la situación de riesgo**. Si hay algún campo en el cual podemos hablar de especificidades de cada “grupo”, es precisamente en este punto. Dichas particularidades están íntimamente relacionadas con los procesos de socialización de los sujetos.

Al principio de la tesis hemos planteado la suposición de que las posibilidades de éxito o fracaso de las estrategias desarrolladas para hacer frente al riesgo estarían determinadas en gran medida por los modos en que se produjera la interacción de los jóvenes con diversos “otros sociales” (redes de sociabilidad primaria, secundaria etc.). Nuestros resultados apoyan la idea de que tal interacción es realmente crucial. Sin embargo, el problema central no consiste en una cuestión de éxito o fracaso de las

estrategias, sino en modalidades de acción diferenciadas, que implican resultados igualmente diferenciados.

Teniendo en cuenta la cuestión de la permeabilidad de las categorías, presentamos a continuación los principales aspectos que condensan las particularidades identificadas en cada grupo. Estas singularidades radican específicamente en las estrategias desarrolladas para afrontar las vulnerabilidades a las que están expuestos los jóvenes, estrategias que en dos casos – grupos de la calle y de la semi- libertad – se basan principalmente en *modalidades de inclusión marginal*.

En el grupo de la semi –libertad, la asunción de prácticas ilícitas y violentas, y los signos identitarios que las acompañan, no son sólo la modalidad de inclusión marginal privilegiada por los jóvenes, sino la marca de su *distinción*. Encontramos la **construcción de redes de sociabilidad paralelas a los campos de experiencia normativa e institucional, en las que las prácticas violentas surgen como un modo de enunciación.**

Las prácticas realizadas con los pares posibilitan la constitución de *micropoderes* (Foucault,1984) que vuelven positivos los referentes socialmente negativizados y permiten la reversión de los estigmas. La espectacularización de la violencia - ligada a su dimensión expresiva - permite afirmar identidades colectivas. A través de estos mecanismos, los jóvenes convierten el lugar social que les ha sido negado en una posición de visibilidad desde la que ritualizan su existencia y reivindican su diferencia en el espacio social.

El registro en el cuerpo social y la atenuación de los procesos de exclusión se producen mediante formas de afirmación de la diferencia y la creación de “*campos de comunidades posibles*”, que, tal y como en el estudio realizado por Diógenes (1998), tienen la violencia como pasaporte y el territorio como marca cultural. Ello supone una estrecha relación entre identidades colectivas, territorialización de la violencia y vinculación con el ámbito comunitario.

En esta lógica, los espacios de la ciudad se perciben como proyecciones de campos de guerra, refugio y delimitación de posesiones (Ibíd.). La sociabilidad de estos jóvenes se define por vínculos instrumentales, por un *ethos* viril y una “ética de la autopreservación” (Zaluar, 1994) en un escenario hobbesiano, donde impera la consigna de “matar o morir”. Las principales consecuencias observadas son la limitación a grupos de solidaridad local muy restringidos y una serie de ambivalencias frente a los tipos de reconocimiento público obtenidos: por un lado, la estigmatización en la comunidad y,

por otro, la “fama” en el grupo de pares. Al mismo tiempo que estos jóvenes argumentan que “*el peor nombre que puedes llevar es el de ladrón y marginal*” (S1), afirman que no hay nada mejor que ser reconocido como “*un bandido malo y sanguinario*” (S3).

En el grupo de la calle, la atracción que ejerce este territorio se asocia principalmente a la dimensión lúdica, a la noción de libertad y a la socialización con los pares. La importancia de la grupalidad deriva del valor utilitario para el desarrollo de estrategias de supervivencia variadas, el carácter placentero de las actividades realizadas con los pares y la posibilidad de establecer relaciones de solidaridad, amistad y lealtad que les confieren afecto, seguridad física y psíquica.

En este colectivo, estar en la calle se vincula a la posibilidad de tener la ciudad a su disposición, lo que impulsa la ***renuncia a la ética del trabajo en favor de una “ética de la aventura”***. Según esta “ética”, los jóvenes entienden que es posible tener la libertad de construir cada día de una forma distinta a partir de las condiciones proporcionadas por la calle (Fenelon et al.,1986). Ello origina un modo particular de apropiación del tiempo y del espacio que minimiza las restricciones ligadas a los vínculos con ámbitos que suponen relaciones disciplinarias.

El movimiento constante (“nomadismo”) aparece como la marca de la vida en la calle, asociándose a la búsqueda de recursos, a la ampliación de conocimientos y de relaciones sociales. Los ejes centrales que estructuran el tiempo y las eventuales fijaciones en un espacio en sí mismo en movimiento son: la diversión, la supervivencia y la protección.

La otra característica fundamental de la vida en la calle es la inmediatez. La lógica de “vivir al día” impulsa modalidades de inclusión marginal múltiples - tales como la mendicidad, el trabajo sumergido y las actividades ilícitas – que subvierten los medios de acceso al consumo y a la inclusión social que caracterizan la vida urbana “integrada”. En el colectivo de la calle, la participación social resulta a menudo de una negación de los marcos familiar, escolar, laboral y legal.

En el grupo de la comunidad encontramos mayores niveles de inclusión en diferentes espacios, asociados a una primacía de las vías formales de inclusión social. **El concepto clave en este grupo es el “capital social”** (Bourdieu, 1980). Como señala Bourdieu (1980), el volumen de capital social que los jóvenes poseen parece depender de la amplitud de la red de vínculos que pueden movilizar, así como del volumen del capital global que dispone cada uno de aquéllos a los que están vinculados.

La posesión de capital social amplía los canales de comunicación, los espacios de participación activa de los jóvenes, la percepción de distintas instituciones como recursos comunitarios, los sentimientos de pertenencia y la cohesión en el ámbito comunitario. Además, aunque no les involucre necesariamente en procesos de participación política, favorece la conexión entre la noción de comunidad y la idea de “ciudadanía”.

En este grupo, la comunidad implica: orientación hacia la colectividad, solidaridad y cohesión local, lo que se relaciona con la construcción y el fortalecimiento de redes sociales que actúan como fuentes de apoyo y elementos amortiguadores frente a las adversidades de la exclusión social. Esto se asocia a un énfasis en la capacidad colectiva para (auto) gestionar los riesgos: la propia comunidad es, a la vez, sujeto de las acciones y recurso para las mismas.

Finalmente, cabe destacar una mayor presencia de los siguientes aspectos en contraste con los otros dos grupos: un discurso altruista, una motivación de logro y la creencia en la capacidad de acción pese a la conciencia de los límites estructurales, una concepción más amplia del capital cultural y la atribución de un sentido expresivo y emancipatorio al trabajo (aunque éste se restrinja al campo de las expectativas). Pensamos que la incidencia de dichos elementos está fuertemente influida por el capital social, a pesar de que hemos visto que las personas definidas como “amigos” también son muy escasas en este grupo.

A diferencia de la dimensión creativa de la situación de riesgo, **en el eje de las vulnerabilidades sobresalen las pautas comunes a los tres grupos.** Presentaremos una síntesis de dichas pautas organizando nuestros principales resultados en torno a otros dos ejes: el institucional (escuela, trabajo, ámbito jurídico) y el de la sociabilidad (vínculos familiares, sociocomunitarios y en la calle).

Antes de entrar en la discusión de dichos ejes, es necesario subrayar algunos resultados más genéricos que se aplican a todos los ámbitos estudiados. Por un lado, **cualquiera que sea el ámbito de referencia, los procesos de desvinculación de un ámbito suelen repercutir sobre los demás en un efecto de acumulación de vulnerabilidades. Por otro lado, hay una coexistencia entre rupturas e inscripciones sólidas en diferentes esferas de la vida social.** Otra conclusión relevante es que **el alejamiento de ámbitos concretos no supone necesariamente una desvinculación de éstos.**

En el eje institucional, el primer resultado que merece destacarse es la articulación entre privación material, inestabilidad económica y precariedad laboral de la unidad familiar. Ello se asocia a la dificultad de acceso a los derechos sociales y a la carencia de mecanismos de protección secundaria en un escenario marcado por una ciudadanía claramente jerarquizada.

Hay una rígida jerarquización del “derecho a tener derechos” fundada en la situación socioeconómica, la condición étnica y la ubicación territorial de los sujetos. Ello produce sentimientos de injusticia y desprotección en los jóvenes. La falta de confianza en los mecanismos percibidos como potencialmente capaces de posibilitar el ejercicio de los derechos se relaciona con una disociación entre la noción de ley y la de derecho. La ley se percibe como un dispositivo basado en una lógica autoritaria que sirve a la legitimación de las relaciones de poder y desigualdades vigentes.

Los vínculos establecidos por los jóvenes con el ámbito institucional suelen ser frágiles, precarios e inestables, y predominan las dinámicas excluyentes. A la vez, destaca una fuerte responsabilización individual en la comprensión de los procesos de exclusión e inclusión social – exceptuando los discursos ligados a la justicia – que refleja una gran asimilación de la lógica neoliberal por parte de los jóvenes. Este aspecto evidencia la eficacia de la función ideológico-política del campo simbólico. La convergencia de los planteamientos de los jóvenes con el “paradigma de la especialización” (Silver, 1994) indica que existen procesos de reproducción ideológica impuestos implícitamente por los aparatos de conservación cultural, destinados a legitimar un orden arbitrario que favorece la autoculpabilización por estar implicado en procesos excluyentes.

Como contrapartida al predominio de lazos precarios, encontramos la atribución de un sentido protector idealizado al vínculo con el eje institucional. La triangulación entre trabajo, escuela y perspectivas de futuro, apoyada en un sentido esencialmente instrumental, es el gran pilar de la perspectiva de “ser alguien en la vida”, es decir, de las expectativas de inserción, integración y movilidad social de los jóvenes.

No obstante, la experiencia institucional de los sujetos se define principalmente por un sentido penoso y opresor, una oferta de mínimos y la vivencia de situaciones de violencia simbólica y física. Esta experiencia suele venir marcada por dispositivos de carácter disciplinario (Foucault, 1975) y mecanismos que propician la reproducción de la estructura social (Bourdieu, 1994). En todas las esferas del eje institucional prevalece una concepción de inclusión social de base funcionalista, que pretende lograr la

integración social mediante un proceso de aprendizaje (o de “re”educación) que se limita al desarrollo adaptativo a los valores y pautas de conducta dominantes. A través de la adaptación de los jóvenes a dichas pautas se intenta alcanzar la densidad moral y cohesión social a partir de un orden que se pretende consensual.

Como dicha “adaptación” a menudo es forzosa y violenta - ya que no tiene en cuenta los valores y expectativas de los jóvenes - estos mecanismos favorecen la reproducción de las desigualdades al impulsar dinámicas excluyentes que propician la cristalización de fronteras en el espacio social. El primer lazo que se debilita, y con frecuencia se rompe, es el vínculo con el ámbito educativo. Debido a los aspectos mencionados anteriormente, es muy frecuente un vaciamiento de sentido del proceso educativo, que acaba por conducir al abandono de la escuela.

Otra dinámica muy recurrente es la expulsión de los jóvenes del sistema de enseñanza formal, debido al “choque” entre las pautas de conducta que la escuela pretende inculcarles y las pautas que ellos privilegian, muchas veces como estrategia de enfrentamiento contra los representantes institucionales. En ambos casos, la solución más común es el desplazamiento de las inversiones de los jóvenes hacia otras actividades percibidas como vías menos penosas para propiciar la inclusión. Aquí, las alternativas privilegiadas son el trabajo y las actividades ilícitas, aunque haya otras posibilidades, tales como el deporte, el arte y la construcción de redes sociales.

La idealización del potencial integrador del trabajo coexiste con la conciencia de una promesa de futuro que les ofrece fundamentalmente precariedad, la instalación en trayectorias erráticas y el riesgo de estancarse en la posición de superfluidad. Es especialmente relevante la escisión entre un trabajo concreto “posible” opresor y un trabajo abstracto “idealizado”.

En un primer momento, encontramos la aceptación del trabajo precario como vía de inclusión, fuente de experiencia y construcción de una identidad social positiva. La perspectiva de integración moral y reconocimiento social sostiene expectativas de inclusión en actividades mal remuneradas, pese a ser conscientes del trasfondo de precarización laboral y paro estructural. Sin embargo, en la práctica el sentido penoso y opresor del trabajo es bastante más potente, así que la vinculación con el trabajo no se mantiene.

La dialéctica entre “lo ideal” y “lo posible” dinamiza la acción de los jóvenes hacia la búsqueda de estrategias alternativas. **El trabajo se percibe como la vía más digna de participación social, pero no es el único camino vislumbrado por los**

sujetos para lograr una inclusión “legítima” en la sociedad. La sustitución del trabajo por la soberanía del consumo como el gran eje de inscripción en la estructura social posibilita este giro. Toda vez que los jóvenes entienden que “ser” equivale a “tener”, la cuestión fundamental consiste en tener dinero, algo que saben que pueden lograr por diferentes vías. Entonces, entran en juego modalidades de inclusión marginal diversas, como las que hemos analizado a lo largo de la investigación.

La confluencia de la primacía de la lógica del consumo, las modalidades de inclusión marginal en el sistema económico y la ampliación de los límites que definen el campo semántico del trabajo permite que la exclusión del ámbito laboral no sea vivenciada como una posición de *superfluidad o inutilidad social* (Castel, 1995). Este aspecto introduce una distinción muy significativa en relación con los procesos de exclusión social que predominan en el contexto europeo, cuya raíz es la desvinculación del mundo del trabajo.

Mientras que en Europa la exclusión laboral suele implicar una descualificación en múltiples esferas (política, social, cultural etc.), en el contexto brasileño encontramos una compatibilidad entre las modalidades de inclusión marginal ligadas a lo ilícito y las vías tradicionales de integración social (marcos de referencia integradores en el sentido durkheimiano). **En Brasil, diversos modos de inclusión marginal se perciben como estrategias capaces de establecer un puente para acceder a las vías formales de inclusión**, en una dinámica que recuerda a la establecida entre informalidad y transición al mercado de trabajo formal en los años 80 por las teorías de la “marginalidad”.

Por otro lado, la estigmatización derivada de la criminalización de dichas prácticas marginales dificulta que los jóvenes logren un trabajo cuando se lo plantean, engendrando una cadena excluyente difícil de romper. Tal ruptura se hace especialmente complicada tras la institucionalización de los *sujetos frágiles*. Hemos visto que la institucionalización de niños y adolescentes sigue siendo una de las principales estrategias de gestión de los riesgos derivados de los procesos de exclusión en Brasil. Este procedimiento da lugar al establecimiento de una relación estrecha entre exclusión y desviación, que crea el estigma como mecanismo discriminatorio y de control social.

Pese a la diversidad de acciones existentes, la intervención en el ámbito jurídico-institucional es marcada por modelos ambiguos, en los que prevalecen dispositivos asistencialistas y/ o represivos, que se traducen en estrategias de *moralización y control de la “peligrosidad social”*. Como señala Alvarez-Úria (1995), las ambigüedades de la

intervención social impiden que las acciones propuestas aporten soluciones efectivas al problema de la marginación. En su lugar, los dispositivos que mezclan la fiscalización y la “ayuda” a los *sujetos frágiles* tratan sobre todo de acondicionar espacios que neutralicen la marginación y los marginados.

La unión entre el vacío pedagógico, una perspectiva tutelar y la psicologización de los problemas ligados a la exclusión social y a la violencia contribuyen a consolidar el campo de la pobreza como el espacio de la “patología social” (Ibíd.). Así se alimenta un imaginario social que todavía sostiene concepciones similares a la idea de “zonas incubadoras de marginalidad” en el espacio urbano, presentes en los estudios clásicos de la Escuela de Chicago. Ello fomenta las “*profecías autocumplidoras*” y la consolidación de “*carreras desviadas*” (Becker, 1963), actuando como un mecanismo de “desciudadanización” de los jóvenes implicados en prácticas ilícitas. **Por tanto, podemos concluir que en el campo de la intervención social el paso de la tutela a la movilización de recursos como núcleo de la lucha contra la exclusión social (Donzelot, 1996) aún parece lejos de concretarse en Brasil .**

Ante la escasez de mecanismos de protección secundaria, las redes de sociabilidad primaria son los actores que protagonizan la “gestión de los riesgos” a que están sometidos los colectivos que hemos investigado.

En el eje de la sociabilidad, las relaciones cercanas en el ámbito comunitario son relevantes para activar estrategias amortiguadoras ante los procesos de exclusión social. Sin embargo, la centralidad de la familia es inigualable (Escorel, 1998a; Da Matta, 1984; 1985; Carvalho, 1998).

El desarrollo de estrategias de solidaridad familiar es un factor de mantenimiento y fortalecimiento de los vínculos familiares en los tres grupos estudiados. Sin embargo, cuando la unidad familiar carece de recursos, los efectos compensatorios de las estrategias protectoras son desbordados por la acumulación de vulnerabilidades. En cualquier caso, **el ámbito familiar es la principal unidad de pertenencia, núcleo de integración y vínculo social de los jóvenes.**

Los sujetos de los tres grupos tienen una red de apoyo social muy restringida, donde a menudo la familia es el único marco de referencia que tiene un sentido estable. El ámbito familiar y la religión son los espacios inclusivos que ofrecen importantes posibilidades de “compensación” ante la infraciudadanía experimentada en la esfera pública.

La **naturalización del amor familiar** aparece como una garantía de preservación de la unidad familiar, al menos como posibilidad permanente. Dicha naturalización da soporte a la “labor de reproducción” de la institución familiar (Bourdieu,1994) y de supresión de los conflictos y contradicciones que existen en ella. Los discursos sobre la familia tienen una alta intensidad emocional y moral, basada en sentimientos totalizadores. Ello posibilita la construcción de un imaginario que sustenta idealizaciones sobre los afectos en el contexto doméstico, incluso ante situaciones/relaciones conflictivas, favoreciendo la banalización de la violencia que ocurre en el ámbito familiar.

La familia es el único punto simbólico fijo que permite a los jóvenes conferir sentido a sus existencias y a su futuro de modo más consistente. La ausencia de referencias familiares conlleva **procesos de aislamiento, sentimientos de soledad, un movimiento entre campos de sociabilidades flotantes** (Castel, 1995), **la instalación en la incertidumbre y expectativas de restablecimiento de los vínculos perdidos**. Las trayectorias analizadas revelan que las exclusiones y pérdidas en ámbitos diversos se afrontan con relativa tranquilidad por los jóvenes, y, eventualmente, incluso con sentido del humor. Sin embargo, **la pérdida de los vínculos familiares supone la vivencia existencial de no tener un lugar en el mundo. Esa es la única ruptura que, desde el punto de vista subjetivo, produce una sensación de desamparo absoluta**.

La importancia de la sociabilidad para entender las fuentes del debilitamiento de los vínculos sociales en Brasil no se limita a los procesos de desvinculación familiar. A parte de dichos procesos, **la exclusión social se manifiesta de modo drástico en dos campos: en el intercambio de valores simbólicos** (procesos de categorización social, construcción de identidades y subjetivación) **y en las prácticas de violencia que tienen lugar en la relación con el “otro”**.

Esta afirmación puede entenderse si se analizan los principales efectos del reparto diferenciado de distintos tipos de capital; reparto que confiere signos de distinción a los agentes sociales y condiciona sus espacios de posibilidad en la estructura social. Hemos visto que **el acceso a los derechos en Brasil está directamente relacionado con el monopolio de diferentes tipos de capital**.

A lo largo de la investigación hemos formulado las siguientes preguntas: ¿Qué tipos de capital intervienen de modo más significativo en las trayectorias de exclusión e inclusión social de los jóvenes? ¿Cómo contribuye eso a la consolidación de una ciudadanía fragmentada y jerarquizada en Brasil? ¿Qué tipos de capital funcionan como

elementos de distinción primordiales entre la juventud brasileña urbana? ¿Cómo se traduce eso en las relaciones con la alteridad?

El análisis de los discursos de los jóvenes nos condujo a un escenario marcado por la fractura social. Las topologías simbólicas del espacio social y urbano son, invariablemente, dualizadas: dentro/fuera, centro/ periferia, arriba/ abajo, “los de la sociedad” / “los de la comunidad” , “los de la calle” / “los de la casa”. El sentido de ubicación de los jóvenes en el tejido social suele estar vinculado a las dualidades identificadas como excluyentes. **Predominan los procesos de segregación, exclusión espacial y desterritorialización** (Guattari y Rolni, 1986), que, en casos extremos, remiten a los sentimientos de “*no lugar*” (Augé, 1993) y de destierro. **En este escenario, destaca no sólo la ausencia de reconocimiento, sino incluso de conocimiento mutuo.**

La inscripción territorial aparece como la principal marca de la filiación social. Por tanto, los planteamientos sobre el desvanecimiento de la solidaridad de base territorial, frecuentes en el contexto europeo (Dubet, 1987; Wacquant, 2001), deben ser matizados en el contexto brasileño. Por otro lado, **hay una fuerte articulación entre las dimensiones sociosimbólica, socioeconómica, identitaria y territorial, que actúa como base de procesos de radicalización de las diferencias.** Dichos procesos tienen facetas múltiples - económica, espacial, simbólica, etc.- e indican un **vaciamiento de los contenidos éticos en las relaciones sociales.** En la dinámica de fragmentación social analizada, la condición económica es el elemento central en la definición de las dualidades y jerarquías (Escorel, 1998a).

La exclusión se naturaliza en las interacciones sociales a través de representaciones colectivas, procesos de categorización social y construcción de identidades que fomentan la entrada en escena de estereotipos, prácticas de discriminación, segregación y estigmatización. En la intersección de las dimensiones simbólica, cultural y relacional en los procesos de exclusión -es decir, en el campo más específicamente psicosocial- sobresalen los procesos de criminalización de la pobreza, en los cuales la violencia y la periferia son un binomio indisociable.

Cuando el problema de la desigualdad pierde protagonismo para la cuestión de la diferencia, se produce la expulsión del “otro” de la idea de humanidad. Surge la concepción de excluido como un sujeto “desechable”. A raíz de estos procesos, la exclusión entra en el “mundo de la vida” (Escorel, 1998a), engendrando prácticas de van desde la exclusión simbólica (indiferencia,

invisibilización, desensibilización ante la miseria y la violencia, rupturas de sentido) hasta el exterminio (eliminación física).

En este contexto, **la relación con la alteridad pasa a definirse por la distancia, la extrañeza y la violencia.** Esto da lugar a cadenas de violencia reactiva en un contexto en el que las relaciones son o bien ausentes, o bien hostiles, recordando las relaciones con la figura del extranjero analizadas por Simmel. Hemos podido constatar que **la violencia es efectivamente una dimensión central de los procesos de exclusión social de la juventud brasileña, ya que atraviesa de modo contundente todos los ámbitos analizados en nuestro estudio.**

La intensificación de la tensión social se convierte muchas veces en un odio apriorístico hacia aquellos percibidos como “diferentes”. En el **juego de fuerzas trabado dentro de un campo de poder (y micropoderes) prevalecen las prácticas de desmoralización del “otro” mediante la demostración de la fragilidad de su vida.**

Las principales consecuencias de dichos procesos son: una actitud de desconfianza generalizada, la restricción de los espacios de movimiento de los jóvenes, el aislamiento y la privatización de la vida social, la asunción de prácticas violentas como estrategia de supervivencia, la fragilización de los lazos sociocomunitarios y la creación de ciudades defensivas.

Como contrapunto, identificamos una lógica de reciprocidad basada en el reconocimiento de similitudes como un elemento ordenador que aún impone límites a la presencia e intensidad de la violencia. Es más, activa prácticas de solidaridad en diferentes ámbitos como, por ejemplo, la protección del bandido local en las comunidades. Por tanto, nuestros resultados apoyan el planteamiento de Bourdieu (1994), según el cual la distribución de diferentes tipos de capital condiciona y ordena las representaciones del espacio social y las tomas de posición destinadas a su mantenimiento o cambio. Además, como sugiere este autor, la proximidad de posiciones y disposiciones favorece el conocimiento y el reconocimiento mutuo, así como dinámicas de solidaridad y cohesión grupal. En este sentido, nuestros datos matizan el planteamiento dominante sobre la violencia como un fenómeno exclusivamente disgregador de la vida social.

En lo que atañe específicamente a la violencia, nos preguntamos en qué medida la heterogeneidad de las trayectorias de exclusión implicaría diferentes experiencias de violencia (en cada territorio y grupo) y la atribución de sentidos diversos a dichas

experiencias. También aquí, si bien hemos encontrado heterogeneidades importantes, no llegan a ser tan significativas como las pautas comunes.

Ello se debe a que la lucha por la consolidación de la democracia en Brasil tuvo pocos efectos sobre la erradicación de prácticas autoritarias en la sociedad y en la protección de los derechos fundamentales de los ciudadanos en su conjunto. En este escenario, los pobres – implicados en prácticas ilícitas o no - siguen siendo las principales víctimas de la exclusión social, de la violencia (estructural, física y simbólica) y de la violación de los derechos humanos (Pinheiro, 1997).

Como señalan diversos autores brasileños, **los “excluidos modernos” en Brasil son grupos percibidos como económicamente innecesarios, políticamente incómodos y socialmente amenazadores y, por ello, pueden sufrir incluso la eliminación física** (Nascimento, 1998; 2000a; Araújo, 1998a; Bursztyn, 2000). Desafortunadamente, **tal concepción homogeneiza la multiplicidad de itinerarios que hemos podido apreciar dentro de la gran categoría “exclusión social”, afectando desde la “pobreza integrada” (Paugam, 1996) hasta los sujetos gravemente desvinculados.** Para la mirada social, a menudo la simple condición de pobreza es suficiente para convertir al “otro” en “superfluo” e “inútil para el mundo”, y, por tanto, “desechable”.

Tal y como hemos hipotetizado al principio de la investigación, **el nexo fundamental entre la violencia y la exclusión social es la noción de diferencia** (Velho, 1996) **y la pobreza es la marca de la diferencia negativizada** (Escorel, 1998a). **Los resultados de este estudio nos permiten afirmar que el problema realmente ya no consiste sólo en la desigualdad social, sino también en la construcción de una nueva representación social de los pobres que impide el reconocimiento de cualquier semejanza con éstos.** La radicalización de las diferencias y de la fractura social en Brasil se apoya en las secuelas de una cultura autoritaria y en la existencia de una ciudadanía fragmentada y jerarquizada; de aquí viene el riesgo de formalizar el no reconocimiento de algunos colectivos, es decir, de constituir un régimen de exclusión (Nascimento, 1998).

Aunque los contornos de la “nueva cuestión social” en el contexto brasileño no son tan precisos como en el contexto europeo, **defendemos que la contextualización social de la categoría “exclusión social” lejos de minimizar su valor heurístico, aporta una definición más precisa de sus límites.** En este sentido, coincidimos con Escorel (1998a) y Martins (1997) en que el uso de la categoría “exclusión” en la

sociedad brasileña puede ser muy productivo siempre y cuando se aborde como un proceso y no solamente en oposición a la integración social, pues la multiplicidad de formas en que se expresa revela que sus componentes dinamizadores no están polarizados, sino contradictoriamente combinados:

“La combinación paradójica de formación y ruptura de vínculos sociales posibilita comprender una realidad que se presenta fragmentada (y no dualizada) involucrando diversas modalidades de procesos de integración/exclusión social” (Escorel, 1998a, p.61, traducción de la autora).

En el campo teórico, una de las principales cuestiones que hemos planteado en esta tesis ha sido la necesidad de indagar sobre el valor analítico de dicha categoría para el estudio de la “cuestión social” en contextos en los que no se ha producido la generalización del Estado de Bienestar. Hemos subrayado la relevancia de una reflexión más profunda y matizada sobre la supuesta centralidad del trabajo en los procesos de inserción e integración social en Brasil. Ello supuso una mayor atención al eje relacional y al lugar de los lazos sociocomunitarios como mecanismos de inserción y constitución del vínculo social.

Hemos verificado que la unidad familiar permaneció como el soporte básico de las relaciones e identidades sociales en el contexto brasileño. **La familia no es sólo “la gran retaguardia afectiva y material” para afrontar las más variadas vulnerabilidades derivadas de la exclusión social (Escorel, 1998a), sino el espacio exclusivo de las relaciones de confianza y “el núcleo de supervivencia ética en las relaciones humanas” (Diógenes, 1994) .**

Constatamos que, como ya había observado Da Matta (1985), la unidad básica de la comunidad en Brasil no son los individuos (noción ligada a garantías jurídico-normativas universales/ igualdad entre los ciudadanos), sino las personas y sus relaciones. La personalización de las relaciones institucionales dificulta la construcción de la ciudadanía, ya que los derechos cobran el sentido de favor. Por otra parte, la permanencia de códigos éticos dentro de la unidad familiar puede ser una importante semilla para configurar nuevos espacios de producción ciudadana para la juventud.

Los valores dominantes en la sociedad brasileña todavía son los de la sociedad del trabajo. Sin embargo, consideramos que restringir el núcleo de los procesos de exclusión a los cambios en la esfera de la producción y a la crisis del Estado de Bienestar - y más concretamente a la desvinculación del mundo laboral - limita la comprensión del fenómeno en el contexto brasileño.

Nuestros datos imponen la conclusión de que el problema de los procesos de desvinculación en la dimensión relacional - es decir, la ruptura de la cohesión en el ámbito de la solidaridad social - es tan grave como los determinantes económicos y las razones estructurales de la problemática. Y, en términos subjetivos, tiene consecuencias más drásticas que la desvinculación laboral, ya que puede llegar a suponer la vivencia existencial de la ausencia de un lugar en el mundo. En cambio, los efectos de la exclusión del ámbito del trabajo pueden atenuarse mediante procesos de inclusión marginal en el sistema productivo y en la circulación de bienes.

Evidentemente, no pretendemos minimizar la importancia del trabajo para la inclusión social, ya que en la sociedad contemporánea el trabajo sigue siendo imprescindible para la asunción de una ciudadanía más plena. A ello se suma nuestra creencia en la importancia del trabajo para el propio proceso de humanización. Lo que nuestro ejercicio de relativización de la centralidad del trabajo en la sociedad brasileña pretende es subrayar la relevancia de otras dinámicas en dicho contexto.

Afirmamos al principio de la tesis que el desarrollo capitalista impulsa el desarraigo, pero excluye para luego (re) incluir según la lógica de la mercantilización de la vida social (Martins, 1997). Pese al carácter más borroso de la delimitación del fenómeno de la exclusión social en la sociedad brasileña, hacemos nuestra la afirmación de Escorel (1998a) de que la categoría “exclusión social” tiene pertinencia en Brasil cuando se concibe como un proceso que realiza una interacción excluyente sobre una estructura jerarquizante que, no obstante, implica una lógica inclusiva, aunque a menudo perversa. En este sentido, consideramos que *“la exclusión latinoamericana muestra de modo más claro su lado funcional para el sistema, integrando a los pobres por la vía de la exclusión, o sea, como forma de pertenencia”* (Demo, 1998, p.37, traducción de la autora).

Desde este enfoque, planteamos que el problema más grave consiste en los procesos de (re) inclusión asociados a las dinámicas excluyentes. Si nos detenemos en la discusión sobre la exclusión vamos a caer en la trampa de pasar por alto el núcleo duro de la cuestión: las formas precarias, insuficientes y, a veces, incluso indecentes de inclusión social (Martins, 1997). Por tanto, **defendemos que la discusión sobre la exclusión social debe enriquecerse con una reflexión sobre los “modos de inclusión marginal”**. Postulamos que tal discusión posibilita identificar no sólo mecanismos de integración perversa, sino también estrategias creativas desarrolladas en situaciones de riesgo.

IMPLICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN

En la introducción de este trabajo, nos propusimos reflexionar sobre los procesos de exclusión e inclusión social de jóvenes inmersos en contextos marcados por la pobreza urbana y la violencia, buscando elementos que enriqueciesen la intervención social destinada a los colectivos estudiados. Concretamente, queríamos conocer factores que favoreciesen la construcción de la ciudadanía y promoviesen estrategias preventivas ante la violencia y las dinámicas excluyentes en Brasil.

La intervención fue el punto de partida para formular las preguntas que me condujeron al doctorado. Luego, fue un instrumento imprescindible para la investigación correspondiente a esta tesis. Sin embargo, mi gran preocupación siempre consistió en que este proceso de reflexión pudiera aportar elementos nuevos al trabajo de intervención posterior a la tesis doctoral.

Como la meta final de la investigación es ofrecer elementos teóricos, conceptuales y empíricos que favorezcan el cambio social, mi regreso a Brasil conllevará la “devolución” de los resultados a los grupos de jóvenes e instituciones involucradas en el estudio. Esta “devolución” será solamente el comienzo de un proceso de reelaboración conjunta de los resultados obtenidos, destinado a formular acciones de prevención y promoción de resiliencia frente a situaciones de vulnerabilidad social.

Dicha reelaboración pretende propiciar una reflexión constructiva de la praxis interventiva e investigadora a partir de una mirada interdisciplinar conectada dialógicamente con el punto de vista de los destinatarios de las acciones referidas. Así es como queremos fundamentar los ajustes necesarios para el perfeccionamiento de los métodos, técnicas e instrumentos de recogida, análisis de datos e intervención directa. El objetivo a medio y largo plazo consiste en proponer programas de intervención más potentes y contribuir a la formulación y aplicación de políticas públicas.

Por tanto, cerramos la tesis con algunas de las implicaciones de los resultados que consideramos más importantes para promover la resiliencia (resistencia) de los grupos que hemos estudiado. Aunque el énfasis en la noción de vulnerabilidad social nos conduzca a un enfoque predominantemente preventivo, subrayamos que, en función de las características de las poblaciones con las que trabajamos, entendemos la prevención en un sentido amplio, combinando los niveles primario, secundario y terciario.

La primera observación crucial se refiere a los criterios utilizados para definir tipologías en el campo de la intervención social. Hemos señalado anteriormente que la heterogeneidad de itinerarios posibles dentro de la gran categoría “exclusión social” exige un esfuerzo en el sentido de establecer distinciones más finas entre los diversos grupos clasificados como “excluidos” o “en situación de riesgo social”. **Los resultados sobre la permeabilidad de las poblaciones estudiadas indican que es más pertinente establecer tipologías basadas en las estrategias desarrolladas por los jóvenes que en sus perfiles, ya que lo que introduce heterogeneidad entre los sujetos son las prácticas que priorizan.**

Otra cuestión clave es el papel de la protección primaria y secundaria en el combate contra la exclusión social. Hemos visto que ante el vacío institucional – fruto de la dificultad de acceso a los derechos sociales en una ciudadanía jerarquizada - y la escasez de mecanismos de protección social secundaria que atenúen los efectos de la exclusión social, las redes de sociabilidad primaria protagonizan la “gestión de los riesgos” analizados.

En Brasil, la familia y la comunidad empiezan a ocupar un lugar destacado a la hora de formular políticas públicas ligadas al reparto de responsabilidades entre el Estado, la sociedad civil y la iniciativa privada frente al problema de la desafiliación social. Aunque en la práctica las redes de sociabilidad primarias jamás han pasado a un segundo plano como agentes protectores, en la actualidad esta tendencia cobra relevancia en el movimiento de descentralización y fortalecimiento de la gestión local de las políticas sociales.

En el contexto brasileño sería incluso ingenuo negar la centralidad del papel de la solidaridad familiar y comunitaria en la protección y construcción del lazo social de los *sujetos frágiles*. Sin embargo, coincidimos con Carvalho (1998) en que la solidaridad de las redes de sociabilidad primarias sólo puede reivindicarse si entendemos que para propiciar protección, sus agentes necesitan estar protegidos. De otro modo, la protección ofrecida por las redes primarias puede servir a la reproducción de las desigualdades sociales mediante el efecto de la acumulación de vulnerabilidades.

En consecuencia, planteamos que la apuesta por el potencial de las micro-solidaridades (redes de parentesco y comunitarias) para favorecer la inclusión social de los individuos que se encuentran en la zona de vulnerabilidad social sólo tiene sentido si no viene a reforzar la disminución de las respuestas institucionales, ya bastante escasas y desacreditadas. Por tanto, no se trata de desresponsabilizar al Estado del compromiso

de garantizar mecanismos que aseguren la protección e inclusión social de todos los ciudadanos, sino de crear recursos que den soporte a la familia y a los agentes comunitarios propiciando la optimización de las funciones relacionadas con la solidaridad y la gestión del desarrollo local.

Desde esta perspectiva, se impone la sustitución del enfoque tutelar y asistencialista, todavía muy arraigado en la política social brasileña, por acciones destinadas a promover el desarrollo de la autonomía y el fortalecimiento emancipatorio (Carvalho, 1998). Todo ello teniendo como horizonte construir condiciones que favorezcan un reconocimiento efectivo de los derechos sociales de la población en su conjunto y llenen de sentido los conceptos de ciudadanía, justicia y equidad.

En los ámbitos de la enseñanza formal y jurídico-institucional la necesidad prioritaria es intervenir sobre los proyectos pedagógicos. Entendemos que, en un primer momento, la intervención debe centrarse en un trabajo sobre las concepciones de educación e inclusión social. Por consiguiente, los sujetos de las primeras acciones deberían ser los educadores, y los objetos de reflexión primordiales la propia estructura y dinámica institucionales.

En lo que concierne al ámbito laboral, entendemos que en el contexto estudiado no tiene ningún sentido renunciar al trabajo como una categoría imprescindible para pensar e intervenir sobre los procesos de exclusión e inclusión social. Afirmamos, pues, nuestra absoluta convicción sobre la relevancia del sentido antropológico del trabajo. Pensamos que quitar a las personas la posibilidad de participación activa en el proceso productivo supone una imposición arbitraria de límites a la propia condición humana, que no estamos dispuestas a apoyar en ningún caso. Pero tampoco creemos que sea pertinente dedicar nuestros esfuerzos a “salvar el trabajo”, en el sentido de dedicarnos a recuperar/ rescatar el trabajo característico de la modernidad, puesto que su fragmentación y la proliferación de nuevos significados y prácticas ya se han producido de un modo innegable y tajante.

El camino que vislumbramos como más productivo en el escenario actual radica en plantearse las posibilidades de construcción o reconstrucción de significados del trabajo que potencien la asunción de la ciudadanía por los jóvenes, teniendo en cuenta los cambios derivados de la *metamorfosis de la cuestión social* (Castel, 1995) y sus repercusiones en diferentes niveles (global, local, sectorial, estructural, simbólico etc.). Este ejercicio exige contemplar en toda su extensión las consecuencias de las

transformaciones que se han producido y se están produciendo en la lógica productiva: en la naturaleza y la dinámica de la estructura de producción, en la organización de un ámbito laboral y de relaciones de trabajo ahora plagados de nuevos actores y prácticas, temas que ya están en el centro del debate sobre el pasado, el presente y el futuro del trabajo.

Para este fin, consideramos imprescindible comprender el trabajo como actividad humana que es, a la vez, una construcción social y cultural. Eso nos permite romper con las fronteras del trabajo mercantil que limitan lo humano a la condición de *homo economicus*, cuando no de *animal laborans* (Arendt, 1993), hacia la búsqueda de estrategias que posibiliten reconstruir el binomio trabajo-ciudadanía (Alonso, 1999; 2000). Desde esta óptica, el trabajo será “*producto de la decisión de los actores sociales que tratan de ser soberanos de su propios destinos*”, pues, “*de lo contrario las reformas sociales se convertirán bajo su apariencia racional en simples repartos de la miseria*” (Alonso, 1999, p.178).

En nuestro caso particular, la reflexión sobre el lugar, el sentido y el futuro del trabajo como vía de inclusión social de jóvenes brasileños en situación de pobreza impone analizar los nuevos escenarios, actores sociales, estrategias e itinerarios emergentes en Brasil, así como la diversificación de prácticas que están provocando una ruptura de los límites del campo semántico del trabajo al que estábamos acostumbrados. En definitiva, se trata de sacar a la luz la gran diversidad de trabajos y trabajadores que hasta ahora han sido invisibilizados, sea por su carácter novedoso, sea por la propia dinámica de diferentes modalidades de inclusión marginal ya consolidadas en el contexto brasileño y de los territorios en los que éstas se desarrollan.

El último aspecto que exige una intervención urgente atañe a la prevención de la violencia y al fomento de la solidaridad social. Pensamos que dicho trabajo debe empezar por estrategias que posibiliten un mínimo de reconocimiento mutuo y relaciones de reciprocidad. Planteamos que al principio las intervenciones deben enfocar la relación con la alteridad en los múltiples ámbitos de la vida social.

Proponemos desarrollar acciones de prevención de la violencia y promoción de la resiliencia basándonos en una perspectiva de desarrollo local de índole comunitaria dirigida a la construcción de mecanismos de defensa, ampliación del capital social y fomento del ejercicio de la ciudadanía. Este enfoque pretende, a largo plazo, fundamentar la elaboración de una propuesta de política social integral que incorpore

actividades ligadas a la inserción educativa, la inclusión laboral, la participación política y cultural de los jóvenes y la construcción de “centros de defensa” comunitarios.

En la primera etapa del trabajo, consideramos prioritario alcanzar los siguientes objetivos específicos:

- construir y negociar nuevos significados relacionados con tres grandes ejes temáticos: violencia, derechos (ciudadanía) y diferencia (alteridad).
- favorecer el surgimiento de relaciones de reconocimiento, reciprocidad y tolerancia de la diferencia a partir de la creación / reflexión sobre nuevos modos de sociabilidad.
- fomentar el desarrollo de nuevos mecanismos de defensa y promocionar el conocimiento y la consolidación de los dispositivos existentes.
- crear recursos capaces de promover nuevas prácticas de solidaridad social, fortalecer las redes de sociabilidad primarias y la articulación entre mecanismos de protección primaria y secundaria, ampliar los espacios de participación social y desarrollar la autonomía de la comunidad para la gestión de los riesgos sociales.

Entendemos que dicho trabajo debe incluir representantes de diversos sectores sociales. Sin embargo, basándonos en los resultados de esta investigación consideramos imprescindible la participación de los siguientes grupos: jóvenes, familias, escuelas, organizaciones locales (asociaciones de vecinos y líderes comunitarios), educadores y técnicos que trabajan directamente con jóvenes en situación de riesgo social y miembros de diferentes categorías del cuerpo de la policía.

Finalmente, destacamos la importancia de profundizar en el análisis de las formas de organización de la vida comunitaria de las clases populares que permiten la presencia del crimen organizado dentro de las comunidades; por ejemplo, los procesos de negociación mediante los cuales la policía o la banda rival tienden a ser percibidas como violentas, mientras que el bandido local (miembro del vecindario) tiende a ser disociado de dicha caracterización (Montes,1996; Shirley,1997). Como señala Montes (1996), la relevancia del estudio de estos procesos se debe a que los valores de reciprocidad y de solidaridad que los rigen parecen ser precisamente los mismos que permiten la emergencia de organizaciones comunitarias que hoy son capaces de ofrecer alternativas al crimen en comunidades pobres de diversos estados del país.

CONSIDERACIONES FINALES

Siempre he visto esta tesis como parte de un proceso más amplio, que empezó años antes de mi llegada a España y que seguirá en marcha tras mi regreso definitivo a Brasil. Ello significa que cuando hablo de datos, pienso en personas con rostros, nombres y apellidos. A finales de 2002 me fui a Brasil creyendo que había cerrado las conclusiones de este trabajo. Sin embargo, la realidad que encontré me condujo a cuestionar muchas de las ideas que yo creía tener más o menos claras.

Cuando llegué a Brasilia lo primero que hice fue buscar el rastro de cada uno de los jóvenes que participaron en las diferentes etapas de la investigación. Muchos han permanecido en contacto (directo o indirecto) conmigo a lo largo de los cuatro años que me quedé en Madrid. Otros se han dispersado en la cortina de humo impuesta por la distancia o por la dinámica de guerra en la que varios están inmersos...

Precisamente dos años después de la realización de las entrevistas, los jóvenes que han construido conmigo sus “estudios de caso” se encontraban en las siguientes situaciones:

A1 volvió a la escuela y concluyó el primer año del curso primario. Acaba de conseguir un empleo en una gasolinera. Se fue a vivir con su madre biológica, pero todavía tiene graves problemas en sus relaciones familiares. Sigue deseando vivir solo, sin embargo, no ha logrado aún su independencia económica para hacerlo.

A2 logró ingresar en la universidad, donde estudia artes escénicas desde el año 2001. Acaba de incorporarse al equipo del Núcleo de Estudios y Atención a la Exclusión Social (NATEX) como profesora de teatro. Pretende casarse el próximo año.

A3 sigue en la escuela y en el curso de inglés. Dejó el teatro para realizar prácticas en una empresa como auxiliar administrativo.

A4 fue contratado, junto a A2, para actuar como profesor de teatro en el NATEX. Motivado por su compañera, afirma que también pretende ingresar en la universidad.

R1, R2, R3 y R5 siguen en la calle.

R1 ha fortalecido sus lazos con “*los de la casa*”. Frecuenta fiestas, conciertos, bares etc. en compañía de “*bodinhos*”. Sin embargo, no ha encontrado medios para concretar sus

planes de alquilar una casa. Sigue viviendo en el “*biongo*” que construyó sobre un árbol en el campus de la universidad.

R2 permanece en la misma situación de desarraigo.

R3 sigue moviéndose con su familia por diferentes puntos de las calles de Brasilia.

R4 tuvo un hijo y, por voluntad propia, se fue a vivir con él en una institución de acogida.

R5 todavía trabaja en el mismo sitio vigilando y limpiando coches con su hermano. No obstante, regresó a la escuela y está a punto de concluir la enseñanza secundaria. Mantiene sus planes de lograr “*un buen empleo*” y salir de la calle.

S1 estuvo fugado varios meses y luego volvió a la unidad de semi-libertad. La última vez que tuvo noticias suyas estaba en casa de su padre y seguía frecuentando los “*bailes funk*” de su “*quebrada*”.

S2 rompió los vínculos con sus compañeros tras el cumplimiento de la medida de semi-libertad. No se sabe nada de él desde el año 2000.

S3 terminó de cumplir la medida y, al salir a la calle, logró un “*buen empleo*”. Nueve meses después le echaron del trabajo. Volvió a consumir derivados de la cocaína, se separó de su mujer, sufrió un disparo en la cabeza y se fue a vivir en la calle. Tres meses después regresó a la casa de su madre. Cuando estuve en Brasil me pidió ayuda para matricularse en la escuela, buscar un empleo e intentar solucionar sus problemas con la droga y la justicia. En la actualidad, estudia, se ha reconciliado con su mujer, pero sigue en paro. Cuenta con el apoyo familiar y sueña con ofrecer “*un futuro mejor*” a su hijo.

S4 terminó de cumplir la medida de semi-libertad sin lograr su deseada inserción laboral. Al encontrar dificultades burocráticas para trasladar su expediente educativo a la escuela de su comunidad, abandonó los estudios. A finales de 2002 sufrió un disparo debido a una “*guerra*” ajena. Afortunadamente sigue vivo, pero todavía tiene miedo de que sus “*enemigos*” vengan a matarle. En la actualidad, no estudia ni trabaja.

S5 sigue viviendo con la familia en su “*quebrada*”. La última vez que supe de él acababa de salir de la cárcel.

S6 fue asesinado con varios disparos y puñaladas en el año 2002. Según cuentan los jóvenes, fue traicionado (como temía) por antiguos compañeros de “*guerra*”.

A pesar de los logros obtenidos por algunos sujetos - como, por ejemplo, los proyectos concretados por los jóvenes del grupo de la comunidad – en mi primer reencuentro con los jóvenes que participaron en el trabajo de campo he tenido que constatar que, dos años después, la mayoría sigue más o menos en la misma situación de exclusión; algunos se encuentran incluso en peores condiciones; y, lo que es aún más grave, muchos sencillamente ya no están; fueron exterminados por la cruel lógica bélica que impera entre la juventud de la periferia y deja como huellas sólo sangre, cenizas y lágrimas. En la primera conversación que tuve con dos sujetos de este estudio me enteré de más de quince asesinatos ocurridos entre los años 2000 y 2002.

Mi trabajo implica una confrontación constante con la muerte, y, concretamente, con la muerte de personas con quienes he luchado, soñado y apostado por un futuro mejor. Cada pérdida por la violencia supone mucho dolor, frustración e impotencia. Tener que convivir con prácticas de exterminio abiertas invisibilizadas por la indiferencia social provoca una indignación que no soy capaz de describir. Afortunadamente es un dolor que siempre viene acompañado de mucha fuerza; fuerza que canalizo hacia la acción y el deseo de cambio.

La intervención que articula juventud, violencia y exclusión en Brasil está plagada de adversidades duras. No obstante, creo vehementemente que luchar por la justicia social (y, a veces, sencillamente por la justicia) merece la pena en cualquier circunstancia. La inquietud - y, eventualmente, la angustia – sirven para ponerme en movimiento.

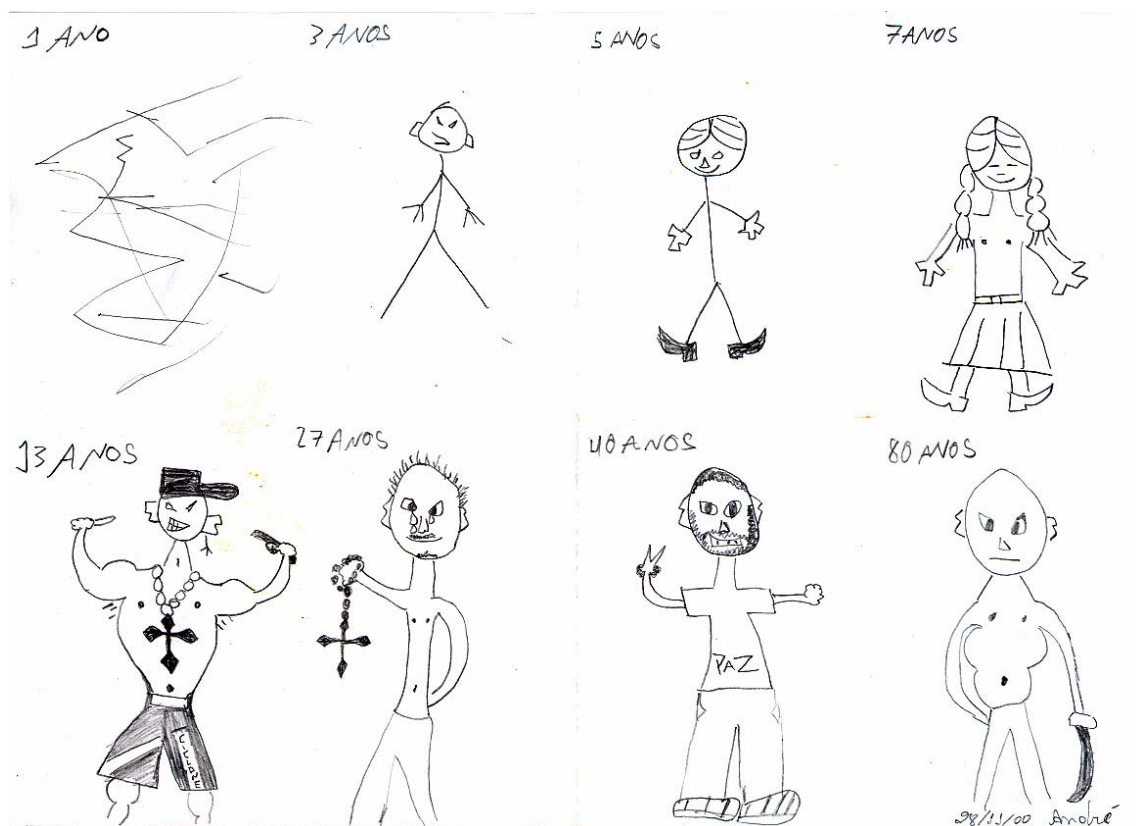
Si bien algunos vectores de vulnerabilidad han sido suficientemente potentes para arrollar (de modo avasallador) a personas e ideas por las cuales yo tenía mucho aprecio, no han podido quitarme la posibilidad de acción. Además, el contacto directo con los jóvenes y sus creativas estrategias de resistencia me llenan de energía, entusiasmo y esperanza, compensando los vacíos que, en ocasiones, la relación con el texto produce.... Así que pongo el punto final a esta tesis para sumergirme en las acciones que considero posibles para combatir la violencia y la exclusión social que afectan a la juventud brasileña.





¿Quién es el individuo? Es una persona que hace su propia historia...

(Fragmento de texto realizado durante la intervención socioeducativa con el grupo de la semi-libertad)



**“Para que tengamos libertad es necesario tener
responsabilidad y respeto por el otro ser humano.
A pesar de que no somos igual al otro, somos de la
misma especie de persona”**

(Texto de un joven de la semi-libertad, realizado durante
trabajo de intervención)



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABRAMOVAY, M.; ANDRADE, C. y WAISELFIZ, J. (coord.) (1998) Bolsa Escola. Melhoria educacional e redução da pobreza. Brasília: UNESCO.

ABRAMOVAY, M. et. al (1999) Gangues, galeras, chegados e rappers. Juventude violência e cidadania nas cidades da periferia de Brasília. Rio de Janeiro: Garamond/UNESCO.

ABRAMOVAY, M. et. al. (2002) Juventud, Violencia y vulnerabilidad social en América Latina: desafíos para políticas públicas. Brasília: UNESCO, BID.

ABRAMOVAY, M., RUA, M. G. (coords.) et. al (2002) Violência nas escolas. Brasília: UNESCO, Coordenação DST/AIDS do Ministério da Justiça, Secretaria de Estado dos Direitos Humanos do Ministério da Justiça, CNPq, Instituto Ayrton Senna, UNAIDS, Banco Mundial, USAID, Fundação Ford, CONSED, UNDIME.

ACIOLI, M. (1995) Da casa invisível à escola inevitável. Um estudo sobre os movimentos simbólicos dos meninos e meninas de rua da Rodoviária de Brasília. Tesis de *mestrado* en Educación. Brasília: Universidade de Brasília.

ADORNO, S. (1998a) Violência criminal no Brasil. En: Anais do Seminário Nacional sobre Emprego e Violência. Brasília: CNPD. Pp. 83-88.

ADORNO, S. (1998b) Conflitualidade e violência: reflexões sobre a anomia na sociedade contemporânea. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo, 10 (1): 19-47, mayo 1998.

ADORNO, S; LIMA, R.S. y BORDINI, E.B.T. (1999) O adolescente na criminalidade urbana em São Paulo. Brasília: Ministério da Justiça, Secretaria de Estado dos Direitos Humanos.

AGIER, M. (1990) O sexo da pobreza. Homens, mulheres e famílias numa avenida em Salvador da Bahia. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo, 2 (2): 36-60, segundo semestre 1990.

AGULLÓ, E. (2001) Entre la precariedad laboral y la exclusión social. En: E. AGULLÓ y A. OVEJERO. (coords.) Trabajo, individuo y sociedad. Perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo. Madrid: Pirámide. Pp. 95-144.

ALBERDI, I. (1993) La familia, propiedad y aspectos jurídicos. En: L.GARRIDO y E. GIL CALVO (ed.). Estrategias Familiares. Madrid: Alianza. Pp.271-298.

ALGUACIL, J. (2001) La ciudadanía como mediación para la sostenibilidad y gobernabilidad de la ciudad. (Comunicación presentada en el VII Congreso Español de Sociología- "Convergencias y Divergencias en la sociedad global"). Publicación electrónica - Web:<http://fes.pagina-web.org>.

ALONSO, L.E. (1995) Necesidades, desigualdad y democracia: la polémica sobre la gobernabilidad del Estado del bienestar keynesiano. En: F. ÁLVAREZ -URÍA y otros Desigualdad y pobreza hoy. Madrid: Talasa. Pp.41-72.

ALONSO, L. E. (1998) La mirada cualitativa en sociología. Madrid: Fundamentos

ALONSO, L. E. (1999) Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial. Madrid: Editorial Trotta.

ALONSO, L.E. (2000) Trabajo y postmodernidad: el empleo débil. Madrid: Fundamentos.

ALMEIDA, A .M.O et al. (1998) O universo psicossocial da criança em situação de rua. Projeto Integrado de Pesquisa. Informe de investigación presentado al *Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico* (CNPq). (Documento no publicado).

ÁLVAREZ -URÍA, F. (1995) En torno a la crisis de los modelos de intervención social. En: F. ÁLVAREZ -URÍA y otros Desigualdad y pobreza hoy. Madrid: Talasa. Pp. 5-39.

ALVITO, M y ZALUAR, A. (1999) Introdução. En: A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas. Pp.7-24.

ARAÚJO, C.H. (1998a) Os deserdados do progresso. En: CODEPLAN. Políticas Públicas: Exclusão Social. Brasília: Codeplan. (Serie Temas Codeplan 2). Pp. 59-82.

ARAÚJO, C.H. (1998b) Perfil das crianças e adolescentes em situação de rua em Brasília.. En: CODEPLAN. A Face Jovem da Exclusão Social Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas Codeplan 4).

ARAÚJO, C.H. (2000) Migrações e vida nas ruas. En: M. BURSZTYN (org.) No meio da Rua. Nômades, Excluídos e Viradores. Rio de Janeiro: Garamond. Pp. 88-120.

ARENDT, H. (1989) Origens do totalitarismo. São Paulo: Companhia das Letras.

ARENDT, H.(1993) La condición humana. Barcelona: Paidós. (Ed. consultada: 1998).

ARIAS, A.R. (1998) Avaliando a situação ocupacional e dos rendimentos do trabalho dos jovens entre 15 e 24 anos de idade na presente década. En:CNPQ. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 2. Brasília: CNPD/IPEA Pp.519-544.

ARIÉS, P. (1973) Historia social da criança e da família. Rio de Janeiro: Guanabara. (Edición consultada: 1981)

ASSIS, S. G. (1999) Traçando caminhos em uma sociedade violenta. A vida de jovens infratores e de seus irmãos não infratores. Rio de Janeiro: FIOCRUZ.

AUGÉ, M. (1993) Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa.

AZEVEDO, M.A., GUERRA, V.N.A. (coords.) et.al. (2001) Mania de bater. A punição corporal doméstica de crianças e adolescentes no Brasil. São Paulo: Iglu.

BAILLEAU, F. (1992) Las políticas francesas de prevención de la pequeña y mediana delincuencia. En: F. ALVAREZ-ÚRIA (ed.) Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales. Madrid: Edymión. Pp.285-298.

BAKHTIN, M. (1994) The problem of speech genres. En: C. EMERSON y M. HOLQUIST. Speech genres and other late essays. Austin: University of Texas Press. Pp. 60-102.

BALÁN, J. y JELÍN, E. (1980) La structure sociale dans la biographie personnelle. Cahiers Internationaux de Sociologie, LXIX, 269-289.

BANDEIRA, L.(1999) Um recorrido pelas estatísticas da violência sexual no Distrito Federal. En: M. SUÁREZ y L. BANDEIRA (orgs.) et. alli. Violência, Gênero e Crime no Distrito Federal. Brasília: Paralelo 15, Editora Universidade de Brasília. Pp.431-498.

BARDIN, L. (1977) L`analyse de contenu. París: P.U.F.

BARREIRA, C. (coord.) et. al (1999) Ligado na galera. Juventude, violência e cidadania na cidade de Fortaleza. Brasília: UNESCO, FUNAP, UNICEF, Instituto Ayrton Senna.

BARROS, R. P. y MENDONÇA, R.(1996) Os determinantes da desigualdade no Brasil. A economia brasileira em perspectiva 1996. Rio de Janeiro, IPEA, 2, 421-473, 1996.

BARTLETT, F.C (1932) Recordar. Madrid: Debate. (Edición consultada, 1988).

BASAGLIA, F. y BASAGLIA, Franca (1977) La mayoría marginada. Barcelona: Laia.

BAUMAN, Z.(1998) Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Barcelona: Gedisa. (Edición consultada: 1999).

BECKER, H. (1963) Los extraños. Sociología de la desviación. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo. (Edición consultada: 1971).

BELTRÃO, K. I.(1998) O Perfil Sócio Demográfico da População Jovem e a Previdência Social. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 2. Brasília: CNPD/IPEA. Pp 545-570.

BERCOVICH, A M.; DELLASOPA.E.E y ARRIAGA, E. (1998) “J’adjunte mais je ne corrige pas”: Jovens, Violência e Demografia no Brasil. Algumas reflexões a partir dos indicadores de violência. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 1. Brasília: CNPD/IPEA. Pp. 293-362.

BERGER, P.L. y LUCKMANN, T. (1968) La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu. (Edición consultada: 1999).

BERGERE DEZAPHI, J. (1989a) Las actitudes ideológico-políticas de los jóvenes madrileños en situación de desempleo: un análisis cualitativo. En: J.R. TORREGROSA; J. BERGERE DEZAPHI y J.L. ÁLVARO (eds.) Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico. Ávila: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Pp. 25-55.

BERGERE DEZAPHI, J. (1989b) Las actitudes ideológico-políticas de los trabajadores en situación de desempleo. Un estudio de casos. Tesis doctoral en Psicología social. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

BERNSTEIN (1971) Clase social, lenguaje y socialización. En: J.R. TORREGROSA y E. CRESPO (orgs.) Estudios básicos de Psicología Social. Barcelona: Hora. 1984.

BERTAUX, D. (1974) Mobilité sociale biographique. Une critique de l'approche transversale. Revue française de sociologie, XV, 329-362.

BERTAUX, D. (1980) La perspectiva biográfica: validez teórica y potencialidades. En: J. M MARINAS y C. SANTAMARINA (eds.). La historia oral: métodos y experiencias. Madrid: Debate, 1993. Pp. 149-171.

BERTAUX, D (1983) From the life-history Approach to the transformation of sociological practice. En: Biography and Society. California: Sage Publications.

BERTAUX y BERTAUX WIAME (1983) Historias de vida del oficio de panadero. En: J. M MARINAS y C. SANTAMARINA (eds.) La historia oral: métodos y experiencias. Madrid: Debate, 1993. Pp.231-250.

BILLIG, M. (1987) Arguing and thinking. A rhetorical approach to social psychology. Cambridge: Cambridge University Press.

BOURDIEU, P (1980a) El sentido práctico. Madrid: Taurus. (Ed. consultada: 1991).

BOURDIEU, P. (1980b) El capital social. Apuntes provisionales. Zona Abierta, 94/95, 83-87, 2001.

BOURDIEU, P. (1993) La misère du monde. Paris : Seuil.

BOURDIEU, P. (1994) Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: Anagrama. (Edición consultada: 1997)

BOURDIEU, P. (1991) La distinción. Madrid : Taurus.

BOURDIEU, P. (1998) La dominación masculina. Barcelona: Anagrama. (Edición consultada: 2000).

BOURDIEU, P y PASSERON, J. (1970) La reproducción. Barcelona: Laia. (Edición consultada:1977).

BOURDON, R. y BOURRICAUD, F. (1982) Violência. En: R. BOURDON y F. BOURRICAUD. Dicionário crítico de sociologia. São Paulo: Ática. Pp. 505-614. (Edición consultada: 1993)

- BRECHT, B. (1965) Os Atores. En: A exceção e a regra. Peça didática. Lisboa: Portugalha. P.71.
- BRUNER, J. (1990) Actos de Significado. Más allá de la Revolución Cognitiva. Madrid: Alianza.
- BRUTO DA COSTA, A.(1998) Exclusões Sociais. Lisboa: Gradiva. (Col.Cadernos Democráticos, 2).
- BUARQUE, C.(1993) O que é Apartação. O apartheid social no Brasil. São Paulo: Brasiliense.
- BUCHER, R. (1996) Drogas e Sociedade nos Tempos da AIDS. Brasília: Editora UnB.
- BURSZTYN, M.(2000) Da pobreza à miséria, da miséria à exclusão: o caso das populações de rua. En: M. BURSZTYN (org.) No meio da Rua. Nômades, Excluídos e Viradores. Rio de Janeiro: Garamond. Pp. 27-55.
- BURSZTYN, M.y ARAÚJO, C, H. (1997) Da utopia à exclusão: vivendo nas ruas em Brasília. Rio de Janeiro: Garamond.
- CABALLERO, J.J. (1986) El “mundo” de los presos. En: F. JIMÉNEZ BURILLO y M. CLEMENTE (comps.) Psicología social y sistema penal. Madrid: Alianza. Pp.269-301.
- CALDEIRA, T. P. R. (1984) A política dos outros: o cotidiano dos moradores da periferia e o que pensam do poder e dos poderosos. São Paulo: Brasiliense.
- CAMPANATTI, P.C.A. y CARVALHO, D.B.B. (1998) Exploração sexual contra crianças e adolescentes: o cotidiano e as representações sociais das meninas do Distrito Federal. Ser Social 2. Revista do Programa de Pós Graduação em Política Social do Departamento de Serviço Social da Universidade de Brasília, 2, 95-130, enero a junio, 1998.
- CAMPOLINA, C. (1998) Reestruturação produtiva e a dinâmica regional da economia brasileira. En: Anais do Seminário Nacional sobre Emprego e Violência. Brasília: CNPD. Pp.25-31.
- CANON, L. R.C. y BOTINI, B.A (1998) Saúde e Juventude: O Cenário das Políticas Públicas no Brasil. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 1. Brasília: CNPD/IPEA. Pp. 397- 419.
- CARDIA, N. (1999) Primeira Pesquisa sobre atitudes, normas culturais e valores em relação à violência em 10 capitais brasileiras. Brasília: Ministério da Justiça, Secretaria de Estado dos Direitos Humanos.
- CARVALHO, M.C.B. (1998) O lugar da família na política social. En: A. C. SILVA (ed.) Famílias. Aspectos conceituais e questões metodológicas em projetos. Brasília: MPAS/ Secretaria de Assistência Social. Pp.31-38.

- CASAS, F. (1998) Infancia: perspectivas psicossociales. Barcelona: Paidós.
- CASTEL, R. (1983) De la peligrosidad al riesgo. En: J. VARELLA y F. ÁLVAREZ-ÚRIA (dirs.) Colección Genealogía del poder, 13 (Materiales de Sociología crítica). Madrid: La Piqueta. Pp. 219-243.
- CASTEL, R. (1991) De l'indigence a l'exclusion, la désaffiliation: precariedad du travail et vulnérabilité relationnelle. En: J. DONZELOT (org.) Face à l'exclusion - le modèle français. Paris: Esprit. Pp. 137-168.
- CASTEL, R. (1992) La inserción y los nuevos retos de las intervenciones sociales. En: F. ALVAREZ-ÚRIA (ed.) Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales. Madrid: Edymión. Pp. 25-36.
- CASTEL, R. (1995) Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires: Paidós.
- CASTEL, R. (1996) Les marginaux dans l'histoire. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. l'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.32-41.
- CASTELLS, M. (1997). La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol.III. Fin de milenio. Madrid: Alianza.
- CASTILLO, Y.(1994) El estudio comparativo de la exclusión social: consideraciones a partir del caso de Francia y Bélgica. Revista Internacional del Trabajo,113, (5-6): 699-721, 1994.
- CASTORIADIS, C. (1996) La montée de l'insignifiance. Paris: Seuil.
- CASTRO, M.G. (coord.) et al. (2001) Cultivando vida, desarmando violências. Experiências em educação, cultura, lazer, esporte e cidadania com jovens em situação de pobreza. Brasília: UNESCO, Brasil Telecom, Fundação Kellog, Banco Interamericano de Desenvolvimento.
- CECCHETTO, F. (1997) As galeras *funk* cariocas: entre o lúdico e o violento. En: H. VIANNA (org.) Galeras cariocas: territórios de conflitos e encontros culturais. Rio de Janeiro: Editora UFRJ. Pp.95-118.
- CECCHETTO, F. (1999) Galeras *funk* cariocas: os bailes e a constituição do ethos guerreiro. En: A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas. Pp.145-165.
- CEDI/CODEP (2001) IV Caravana Nacional de direitos humanos. Uma mostra da situação dos adolescentes privados de liberdade nas FEBEMs e congêneres.O sistema Febem e a produção do mal. Série ação parlamentar,155. Brasília: Centro de Documentação e Informação Coordenação de Publicações.
- CEPAL (1998) Panorama social de América Latina.

- CERVINI, R. y BURGER, F. (1991) O menino trabalhador no Brasil urbano dos anos 80. En: A. FAUSTO y R. CERVINI (orgs.) O trabalho e a rua. Crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80. São Paulo: Cortez. Pp. 17-46.
- CHESNAIS, J. C. (1981) Histoire de la violence. Paris: Éditions Robert Laffont.
- CHIAVENATO, J.J. (1996) Violência no campo. Latifúndio e reforma agrária. São Paulo: Moderna. (Coleção Polêmica).
- CODEPLAN (1997) Perfil sócio-econômico das famílias do Distrito Federal. Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas Codeplan, 1).
- CODEPLAN (1998) A situação da mulher no contexto sócio-econômico do Distrito Federal. Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas Codeplan, 3).
- COHEN, A. (1955) The delinquent boys. The culture of the gang. Glencoe: Free Press.
- CORTINA, A (1998) El poder comunicativo. Una propuesta intersexual frente a la violencia. En: VICENÇ FISAS (ed.) El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia. Barcelona: Icaria. Pp.27-41.
- CRAIDY, C.M. (1996) O analfabetismo do menino de rua como produção simbólica da exclusão social. Tesis doctoral en Educación. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- CRESPO, E. (1991) “Lenguaje y acción: El análisis del discurso”. Interacción Social, 1, 89-101.
- CRESPO, E. (2001) La mente como retórica. Consideraciones sobre la constitución social del conocimiento común. En: Crespo, E. y Soldevilla, C. (eds.) La constitución social de la subjetividad. Madrid: Catarata. Pp. 173-185.
- DA MATTA, R. (1984) O que faz o brasil, Brasil? Rio de Janeiro: Rocco. (Edición consultada: 1991).
- DA MATTA, R. (1985) A casa e a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil. Rio de Janeiro: Rocco. (Edición consultada: 2000).
- DCA/ SNDH (1997) Atendimento ao adolescente em conflito com a lei. Serie Ideias & Resultados. Caderno 1. Brasília: Departamento da Criança e do Adolescente / Secretaria Nacional dos Direitos Humanos/ Ministério da Justiça, 1998.
- DÉCHAUX, J.H. (1996) L'État et les solidarités familiales. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp 530-540.
- DE LEONARDIS, O. (1992) Políticas sociales: reinventar nuevos parámetros. En: F. ALVAREZ-ÚRIA (ed.) Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales. Madrid: Edymión. Pp.55-66.
- DEMO, P. (1998) O charme da exclusão social.Campinas: Autores Associados.

- DENZIN, N.K. (1970) The research act. Chicago: Aldine.
- DEVILLARD, M.J. et al. (1995) Biografías, subjetividad y ciencia social. Crítica del enfoque biográfico desde una investigación empírica. Política y Sociedad, 20, pp.143-156.
- DÍAZ, J.A y SALVADOR, M^a J. (1999) Las variables socioculturales de la exclusión social. En: J.F. TEZANOS (ed.) Tendencias en desigualdad y exclusión social. Tercer foro sobre tendencias sociales. Madrid: Sistema. Pp. 153-186.
- DIÓGENES, G.(1994) A cidade e a casa: exclusão e violência na infância. En: Núcleo Cearense de Estudos e Pesquisas sobre a Criança. Infância e adolescência em discussão. Fortaleza: UFC, CBIA.
- DIÓGENES, G. (1996a) Por uma abordagem hermenêutica da violência. En: C. BARREIRA y D. LINS (orgs.) Poder e Violência. Fortaleza: EUFC. Pp. 135-159.
- DIÓGENES, G. (1998) Cartografias da cultura e da violência. Gangues, galeras e movimento hip hop. São Paulo: Annablume.
- DONZELOT, J. (1996) Les transformations de l'intervention sociale face a l'exclusion. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. l'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.88-100.
- DUBAR, C. (1996) Socialization et processus. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. l'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp. 111-119.
- DUBET, F. (1987) La galère : Jeunes en survie. Paris : Fayard.
- DUBET, F. y LAPEYRONNIE, D. (1992) Les quartiers d'exil. Paris: Seuil.
- DUBET, F. y MARTUCCELLI, D. (1996) Théories de la socialization et définitions sociologiques de l'école. Revue Française de Sociologie, XXXVII, 511-535.
- DUBET, F. y MARTUCCELLI, D. (1998) ¿En qué sociedad vivimos? Buenos Aires: Losada. (Edición consultada: 2000).
- DURKHEIM, E. (1893) La división del trabajo social. Madrid.Akal. (Ed. consultada: 1982).
- DURKHEIM, E. (1897) El suicidio. Madrid: Akal. (Edición consultada: 1998).
- SCOREL, S.(1998a) Vidas ao léu: uma etnografia da exclusão social. Tesis doctoral en sociología. Brasília: Universidade de Brasília.
- SCOREL, S. (1998b) Conceitualizando e contextualizando a exclusão social. En: CODEPLAN. Políticas Públicas: Exclusão Social. Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas Codeplan, 2). Pp. 59-82.

ESTATUTO DA CRIANÇA E DO ADOLESCENTE/ ECA - Lei 8069/90. Brasília: Conselho dos Direitos da Criança e do Adolescente, 1995.

FAGES, J.B. (1990) Communiquer entre personnes en groupes. Toulouse: Privat.

FALEIROS, V. P. (1987) A fabricação do menor. Revista Humanidades UnB, Brasília, ano IV,12, 5-15, febrero/abril, 1987.

FALEIROS, V.P. (1998) A violência sexual contra crianças e adolescentes e a construção de indicadores: a crítica do poder, da desigualdade e do imaginário. Ser Social 2. Revista do Programa de Pós Graduação em Política Social do Departamento de Serviço Social da Universidade de Brasília, 2, 37-56, enero a junio 1998.

FASSIN, D. (1996a) *Marginalidad et marginados*. La construction de la pauvreté urbaine en Amérique Latine. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.263-271.

FASSIN, D. (1996b) Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux États –Units et en Amérique Latine. Revue Française de Sociologie, XXXVII, 37-75.

FEIXA, C.(1998) De jóvenes, bandas y tribus. Barcelona: Ariel. (Ed. consultada: 1999).

FERNÁNDEZ VILLANUEVA, C. (ed.); DOMÍNGUEZ, R.; REVILLA, J.C. y GIMENO, L. (1998) Jóvenes violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo. Barcelona: Icaria.

FERRAROTTI, F. (1981) La Historia y lo cotidiano. Barcelona: Península.

FERRAROTTI, F. (1983a). “ Sobre la autonomía del método biográfico”. En: J. M. MARINAS y C. SANTAMARINA (eds.) La historia oral: métodos y experiencias. Madrid: Debate, 1993. Pp.121-128.

FERRAROTTI, F. (1983b) Histoire et histoires de vie. Paris: Librairie de Méridiens.

FERREIRA,R.M. (1979) Meninos da rua: valores e expectativas de menores marginalizados em São Paulo. São Paulo: Ibex.

FERREIRA, I. B. (1998) O complexo previdenciário- assistencial brasileiro: fatores de inclusão e de exclusão social. En: CODEPLAN. Políticas Públicas: Exclusão Social (Serie Temas Codeplan, 2). Pp 59-82.

FIGUEIREDO, L. C. (1998) Adolescência e violência: considerações sobre o caso brasileiro. En: D. L. LEVISKY (org.) Adolescência pelos caminhos da violência. A psicanálise na prática social. São Paulo: Casa do Psicólogo. Pp 65-75.

FISAS, V. (ed.) (1998) El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia. Barcelona: Icaria.

FORRESTER,V.(1997) El horror económico. Buenos Aires: FCE.

FOUCAULT, M. (1972) História da Loucura. São Paulo: Perspectiva. (Edición consultada: 1993).

FOUCAULT, M. (1973) El orden del discurso. Barcelona: Tusquets

FOUCAULT, M. (1975) Vigilar y Castigar. Madrid: Siglo XXI. (Ed. consultada: 1998).

FOUCAULT, M. (1984) A Microfísica do poder. Rio de Janeiro: Graal.

FREIRE, P. (1975) Pedagogia del Oprimido. Madrid: Siglo XXI.

FREIRE, P. (1985). Paulo Freire e educadores de rua: uma abordagem crítica. En: UNICEF/SAS/ FUNABEM. Projeto alternativas de atendimento a meninos de rua. Rio de Janeiro: UNICEF/ SAS/ FUNABEM.

FREIRE, P. (2000) Cuidado, Escola !? Desigualdade, domesticação e algumas saídas. São Paulo: Brasiliense. (36ª edición).

FREUND, J. (1993) Préface. En: M. XIBERRAS. Les théories de l'exclusion. Pour une construction de l'imaginaire de la déviance. Paris: Meridiens Klincksieck. (Edición consultada: 1994).

FUKUI, L.(1998) Família: conceitos, transformações nas últimas décadas e paradigmas. En: A. C. SILVA (ed.) Famílias. Aspectos conceituais e questões metodológicas em projetos. Brasília: MPAS/ Secretaria de Assitência Social. Pp.15-22.

GADOTTI, M.(1981) Educação e poder: Introdução e pedagogia do conflito. São Paulo: Cortez.

GAGNIER, R. Las normas literarias, la escritura autobiográfica de la clase trabajadora y el género sexual. En: A. LOUREIRO (coord.). El gran desafío: feminismos, autobiografía y postmodernidad Megazul: Endymon, 1994. Pp.225-258.

GALLAND, O. (1996) Les jeunes et l'exclusion. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.183-192.

GARBARINO, J; GUTTMAN, E. y SEELEY, J. (1986) The psychologically battered child: Strategies for identification, assessment, and intervention. San Francisco: Jossey-Bas.

GARCÍA CANCLINI, N.(1995) Consumidores y Ciudadanos.Conflictos multiculturales de la globalización. México: Grijalbo.

GARCÍA ROCA, J. (1998) Exclusión social y contracultura de la solidaridad. Prácticas, discursos y narraciones. Madrid: Ediciones Hoac.

GARCÍA SELGAS, F.J. (1995) Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad. En: J. M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ. Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis. Pp.493-527.

- GAGNON, N. (1983) Sobre el análisis de los relatos de vida. En: J.M. MARINAS y C. SANTAMARINA, C. (eds.) La historia oral: métodos y experiencias. Madrid: Debate, 1993. Pp.35-46.
- GAVIRIA, M., LAPARRA, M. y AGUILAR, M. (1995) Aproximación teórica al concepto de exclusión. En: F. ÁLVAREZ -URÍA y otros Desigualdad y pobreza hoy. Madrid: Talasa. Pp.133-200.
- GIL CALVO, E. (1993) El concepto de estrategias familiares. En: L.GARRIDO y E. GIL CALVO (eds.). Estrategias Familiares. Madrid: Alianza. Pp.13-34.
- GIRARD, R. (1983) La violencia y lo sagrado. Barcelona: Anagrama.
- GLAUSER, B.(1996) Street children : Deconstructing a construct. En: A. JAMES y A. PROUT (eds.) Constructing and reconstructing childhood: contemporary issues in the sociological study of childhood. London: The Falmer Press.
- GODINOT, X (1999) Exclusion: de l'aveuglement à la clairvoyance. Futuribles, Paris, 242, 5-18, mayo 1999.
- GOIÁS, J. (1999) A situação da criança e do adolescente no Congresso Nacional. Argumento INESC, Brasília, 2, 7-34, diciembre 1999.
- GOFFMAN, E. (1961) Manicômios, conventos e prisões. São Paulo: Perspectiva. (Edición consultada, 1996)
- GOFFMAN, E. (1963) Estigma. Notas sobre a manipulação da identidade deteriorada. Rio de Janeiro: Guanabara. (Edición consultada, 1988).
- GONÇALVES, Z.A.(1979) Meninos de rua e a marginalidade urbana em Belém. Belém: Salesianos do Pará.
- GORZ, A. (1995) La metamorfosis del trabajo. Madrid: Sistema.
- GORZ, A. (1997) Miserias del presente, riqueza de lo posible. Paidós: Buenos Aires. (Edición consultada: 1998).
- GRACIANI, M.S.S. (1999) Pedagogia Social de rua. Análise e sistematização de uma experiência vivida. São Paulo: Cortez/ Instituto Paulo Freire.
- GRAFMEYER, Y. (1996) La ségrégation spatiale. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.209-217.
- GUATTARI, F. y ROLNI, S. (1986) Micropolítica. Cartografias do desejo. Petrópolis: Vozes.
- HALBAWACHS, M. (1995) Memoria colectiva y memoria histórica, REIS, 69, pp.209, 219.

HELLER, A. (1970) Sociologia de la vida cotidiana. Barcelona: Península. (Ed. Consultada, 1987).

IBAÑEZ, J. (1986) Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural. En: M. GARCÍA FERNANDO, J. IBAÑEZ y F. ALVIRA (comps.): El análisis de realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Madrid: Alianza. Pp. 31-65.

IBAÑEZ, T. & IÑIGUEZ, L. (1996) Aspectos metodológicos de la psicología social aplicada. En: J. L. ALVARO, A. GARRIDO y J.R. TORREGROSA (coords.) Psicología Social Aplicada. Madrid: Mc Graw Hill. Pp. 57-82.

IBGE (1999a) Crianças e adolescentes. Indicadores sociais de 1997. Vol 6. Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística.

IBGE (1999b) População jovem no Brasil. Estudos & Pesquisas. Informação Demográfica e socioeconômica, 3. Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística/ Departamento de População e Indicadores Sociais.

JATOBÁ, J. (1998) Desenvolvimento, Globalização e Emprego. En: Anais do Seminário Nacional sobre Emprego e Violência. Brasília: CNPD. Pp. 21-24.

JESÚS IZQUIERDO, M. (1998) Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género. En: VICENÇ FISAS (ed.). El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia Barcelona: Icaria. Pp.61-91.

JIMÉNEZ BURILLO, F. (1981) Psicología social. Madrid: UNED.

JODELET, D. (1996) Les processus psycho-sociaux de l'exclusion. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.66-77.

JORDAN, B.(1996) A theory of poverty and social exclusion. Cambridge: Polity Press.

KANT DE LIMA, R. (1996) A administração dos conflitos no Brasil: a lógica da punição. En: G. VELHO y M. ALVITO (orgs.) Cidadania e Violência. Rio de Janeiro: UFRJ/ FGV. Pp 165-177.

KLIKSBERG, B. (2000) América Latina: uma região de risco, pobreza, desigualdade e institucionalidade social. Brasília: UNESCO. (Cadernos UNESCO Brasil. Série Desenvolvimento Social, 1).

KOWARICK, L. (1975) Capitalismo e marginalidade na América Latina. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

KUYUMJIAN, M.M.M. (1998) Violência, poder e ordem social. Ser Social 2. Revista do Programa de Pós Graduação em Política Social do Departamento de Serviço Social da Universidade de Brasília, 2, 95-130, enero a junio 1998.

LASCH, C. (1983) A cultura do narcisismo. A vida americana numa era de esperanças em declínio. Rio de Janeiro: Imago.

- LAPARRA, M. (2001) Una perspectiva de conjunto sobre el espacio social de la exclusión. En: L. MORENO (ed.) Pobreza y Exclusión: La “malla de seguridad” en España. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pp.53-78.
- LEJEUNE, P. (1975) El pacto autobiografico y otros estudios. Megazul: Endymion, 1994.
- LEMERT, E. (1951) Social pathology. A sistematic approach to the theory of sociopathic bevhior. New York : Mac Graw Hill.
- LENOIR, R. (1974) Les exclus, un français sur dix. Paris: Le seuil.
- LEONTIEV, A. (1972) The problem of activity in psychology. En: J. V. WERTSCH. (ed.) The concept of activity in soviet psychology. New York: Sharpe Publisher. 1981.
- LÉVY-STRAUSS, C. (1976) As estruturas elementares do parentesco. Petrópolis: Vozes.
- LEVY, G. y SCHIMIT, J.C. (1996) Introdução. En: G. LEVY y J.C. SCHIMIT (orgs.) História dos jovens. São Paulo: Companhia das Letras.Pp.7-17.
- LINHARES, L. (1998) Gênero e violência. En: Anais do Seminário Nacional sobre Emprego e Violência. Brasília: CNPD. Pp. 103-108.
- LOBO, E.S. (1992) O trabalho como linguagem: o gênero do trabalho. En: A.O. COSTA y C. BRUSCHINI. (orgs.) Uma questão de gênero. Rio de janeiro: Rosa dos Tempos. Pp. 252-265.
- LUCCHINI, R. (1993) Enfant de la rue. Identité, sociabilité, drogue. Genève: Librairie Droz.
- LURIA, A. (1979) El cerebro humano y los procesos psíquicos. Barcelona: Fontanela.
- LUSK, M.W. y MASON, D. (1993) Meninos e meninas “ de rua” no Rio de Janeiro: um estudo sobre sua tipologia. En: I. RIZZINI (org.) A criança no Brasil de hoje.. Rio de Janeiro: Universidade de Santa Úrsula. (versión original en inglés).
- MACÉ, E. (1999) As formas da violência urbana. Uma comparação entre França e Brasil. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo,11 (1): 177-188, mayo 1999.
- MADEIRA, F.R. (1993) Pobreza, escola e trabalho: convicções virtuosas, conexões viciosas. São Paulo em Perspectiva, São Paulo, Fundação Seade, 7 (1):70-83, enero/marzo 1993.
- MADEIRA, F.R.y RODRIGUES, E.M.(1998) Recado dos Jovens: Mais Qualificação. En: CNPD: Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 2. Brasília: CNPD/IPEA. Pp. 427-498.

- MAGAGNIN, A.T. (1999) A construção do significado da violência pelos adolescentes de Brasília. Tesis de *mestrado* en Psicología. Brasília: Universidade de Brasília.
- MAFFESOLI, M. (1987) A dinâmica da violência. São Paulo: Vértice.
- MAFFESOLI, M. (1988) El tiempo de las tribus. Barcelona: Icaria. (Edición consultada: 1990).
- MARCÍLIO, M. L. (1998) História Social da Criança abandonada. São Paulo: Hucitec.
- MARDONES, J. M^a. (1994) Violencia y democracia. Sobre el concepto político de violencia en Hannah Arendt. En: J. A. BINABURO y X. ETXEBERRIA. (eds.) Pensando en la violencia. Desde W. Benjamin, H. Arendt, R. Girard y P. Ricoeur. Bilbao: Bakeaz. Centro de documentación y estudios para la paz. Pp.39-55.
- MARIN, I. S. K. (1998) Instituições e violência – violência nas instituições. En: D.L. LEVISKY (org.) Adolescência pelos caminhos da violência. São Paulo: Casa do Psicólogo. Pp. 101-112.
- MARIZ, C.L.; FERNANDEZ, S.R.A. ; BATISTA, R. (1999) Os universitários da favela. En: A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: FGV. Pp.323-337.
- MARSHALL, T. H. (1950) Ciudadanía y Clase Social. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 79, 279-334. 1997.
- MARTÍN BARÓ, I. (1990) Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica. El Salvador: UCA.
- MARTINS, J. S. (1997) Exclusão social e a nova desigualdade. São Paulo: Paulus.
- MARX, K. (1867) El capital. Madrid. Siglo XXI. (Edición consultada, 1981).
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975) Manifiesto del partido comunista. En: Obras Escogidas, vol. 1. Madrid: Akal.
- MATZA, D. (1969) El proceso de desviación. Madrid: Taurus. (Ed. consultada: 1981).
- MÉDA, D. (1995) El trabajo: un valor en peligro de extinción. Barcelona: Gedisa. (Edición consultada: 1998).
- MICHAUD, Y. (1989) A Violência. São Paulo: Editora Ática.
- MINAYO, M.C.S. (org.) (1993) O limite da exclusão social: meninos e meninas de rua no Brasil. São Paulo/ Rio de Janeiro: Hucitec/ Abrasco.
- MINAYO, M.C.S. et. al. (1999) Fala galera. Juventude, violência e cidadania na cidade do Rio de Janeiro. Rio de Janeiro: Garamond /UNESCO.

MELLO JORGE, M.H.P. (1998) Morbi-mortalidade por violência. En: Anais do Seminário Nacional sobre Emprego e Violência. Brasília: CNPD. Pp. 89-102.

MERTON, R. K. (1964) Teoría y estructura sociales. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición consultada, 1980; original en inglés, 1949).

MNMMR/IBASE/ NEV-USP (1991) Vidas em risco: assassinatos de crianças e adolescentes no Brasil. Rio de Janeiro: Movimento Nacional de Meninos e Meninas de Rua (MNMMR), Instituto Brasileiro de Análises Sociais e Econômicas (IBASE), Núcleo de Estudos da Violência da Universidade de São Paulo.

MONTES, M^a. L. A. (1996) Violência, cultura popular e organizações comunitárias. En: G. VELHO y M. ALVITO (orgs.) Cidadania e Violência. Rio de Janeiro: UFRJ/ FGV. Pp 218-231.

MORÁN, M^a. L. y BENEDICTO, J. (2000) Jóvenes y ciudadanos. Madrid: INJUVE.

MOREL, S. (1996) *Le workfare* aux États-Unis. En: S.PAUGAM (Ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.472-486.

MORENO, L. (2001) Estados del Bienestar y “mallas de seguridad”. En: L. MORENO (ed.) Pobreza y Exclusión: La “malla de seguridad” en España. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pp.17-50.

MORIN, F (1980) Prácticas antropológicas e historias de vida. En: J. M. MARINAS y C. SANTAMARINA (eds.) La historia oral: métodos y experiencias. Madrid: Debate, 1993. Pp. 81-107.

NASCIMENTO, E. P (1994) A exclusão social na França e no Brasil: situações (aparentemente) invertidas, resultados (quase) similares? En: E. DINIZ.; J.S.L.LOPES; R. PRANDI (orgs.) O Brasil no rastro da crise: partidos, sindicatos, movimentos sociais, Estado e cidadania no curso dos anos 90. São Paulo: Hucitec. Pp.289-303.

NASCIMENTO, E. P. (1998) A difícil constituição da Exclusão Social no Brasil. En: CODEPLAN. Políticas Públicas: Exclusão Social. Brasília: CODEPLAN (Serie Temas CODEPLAN, 2). Pp 59-82.

NASCIMENTO, E. P. (2000a) Dos excluídos necessários aos excluídos desnecessários. En: M. BURSZTYN (org.). No meio da Rua. Nômades, Excluídos e Viradores. Rio de Janeiro: Garamond. Pp 56-87.

NASCIMENTO, E. P. (2000b) Juventude: Novo alvo da Exclusão Social. En: M. BURSZTYN (org.). No meio da Rua. Nômades, Excluídos e Viradores. Rio de Janeiro: Garamond. Pp.121-138.

NASSE, P (1992) Exclus et exclusions. Connaître les populations. Comprendre les processus. Rapport du groupe de travail. Commissariat général du plan. Paris: La documentation française.

NAVARRO, P. y DÍAZ, C. (1995) Análisis de contenido. En: J. M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ. Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis. Pp. 177-225.

NOVAES, R. R. (1997) Juventudes cariocas: mediações, conflitos e encontros culturais. En: H. VIANNA (org.) Galerias cariocas: territórios de conflitos e encontros culturais. Rio de Janeiro: Editora UFRJ. Pp.119-160.

OFFE, C. (1992) La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro. Madrid: Alianza.

OLIVEIRA, J. S. y MARCIER, M.O. (1999) A palavra é: favela. En: A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: Fund. Getúlio Vargas. Pp.61-114.

ORTÍ, A. (1995) La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En: J. M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ. Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis. Pp. 85-95.

PARSONS, T. (1959) El sistema social. Madrid: Ed. Biblioteca Rev. Occidente. (Ed. consultada: 1982)

PASSETTI, E. et. al (1999) Violentados. Crianças, adolescentes e Justiça. São Paulo: Imaginário.

PASTORE, J. y VALLE SILVA, N. (2000) Mobilidade social no Brasil. São Paulo: Makron.

PAUGAM, S. (1991) La disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté. Paris: Presse Universitaire de France. (Edición consultada: 1997).

PAUGAM, S. (1996a) La constitution d'un paradigme. En: S.PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.7-19.

PAUGAM, S. (1996b) Pauvreté et exclusion. La force des contrastes nationaux. En: S. PAUGAM (Ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.389-404.

PAVIANNI, A (1997) Brasília: Cidade e Capital. En: B. F. NUNES (org.) Brasília: a construção do cotidiano. Brasília: Paralelo 15.

PEDROSO, R.C. (2000) Violência e cidadania no Brasil. 500 anos de exclusão. São Paulo: Ática.

PERLMAN, J.E. (1977) O mito da marginalidade : favelas e política no Rio de Janeiro. Rio de Janeiro: paz e Terra.

PIETRICOVSKY, I. (2001) Globalização na América latina- Que globalização? Argumento INESC, Brasília, 3, junio 2001.

PINHEIRO, P.S. (1997) Violência, crime e sistemas policiais em países de novas democracias. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo, 9 (1): 43-52, mayo 1997.

PINHEIRO, P.S. y MESQUITA NETO, P. (1999) Primeiro relatório nacional sobre os Direitos Humanos no Brasil. Direitos Humanos: realizações e desafios. São Paulo: Universidade de São Paulo, Núcleo de Estudo da Violência.

PINHEIRO, O. G. (1999) Entrevista: uma prática discursiva. En: M. J. SPINK (org.) Práticas discursivas e produção de sentidos no cotidiano. Aproximações teóricas e metodológicas. São Paulo: Cortez. Pp. 183- 214.

PISEF/DF (1997). En: CODEPLAN. Perfil Sócio Econômico das Famílias do Distrito Federal. Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas Codeplan, vol 1).

PLATT, A. M. (1982) Los “salvadores del niño” o la invención de la delincuencia. Madrid: Siglo XXI.

POTTER, J. y WETHERLL, M. (1988) El análisis del discurso y la identificación de los repertorios interpretativos. En: A. J. G. LÓPEZ y J. L. LINAZA (eds.) Psicologías, discursos y poder (PDP). Madrid: Visor (Col. Aprendizaje). Pp. 63-77.

PRIETO, C. (1994) El trabajo oculto en la economía subterránea. En: C. Prieto (dir. y coord..) Trabajadores y condiciones de trabajo. Madrid. HOAC.

PROCÓPIO, A. (1999) O Brasil no mundo das drogas. Petrópoles: Vozes.

PUJADAS, J.J. (1992) El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales. Cuadernos Metodológicos, 5, CIS.

QUEIROZ, J.J. (org.) (1987) O mundo do menor infrator. São Paulo: Cortez, Autores Associados 3ª ed. (Coleção Teoria e Prática Sociais).

RAMOS TORRE, .R.(1998) Prometeo y las flores del mal: el problema del riesgo en la sociología contemporánea. Ponencia presentada en el Grupo de Teoría Sociológica. Universidad Complutense de Madrid, 1998.

REVILLA, J.C. (1996) La identidad personal en la pluralidad de sus relatos. Estudio sobre jóvenes. Tesis Doctoral en Psicología Social. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

REQUENA, M. y REVENGA, D. (1993) Formas de familia en la España contemporánea. En: L.GARRIDO y E. GIL CALVO (ed.). Estrategias Familiares. Madrid: Alianza. Pp. 249-270.

RIFKIN, J. (1996) El fin del trabajo. Barcelona: Paidós.

RINALDI, A.A. (1999) Marginais, delinquentes e vítimas: Um estudo sobre a representação da categoria favelado no tribunal do júri da cidade do Rio de Janeiro. En:

A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas. Pp.299-322.

RIZZINI, I. y RIZZINI, I. (1991). “Menores” institucionalizados e meninos de rua : os grandes temas de pesquisa na década de oitenta. En: A. FAUSTO y R. CERVINI (orgs.) O trabalho e a rua. Crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80. São Paulo: Cortez. Pp.69-90.

RIZZINI, I. (1994) Children in the city of violence. The case of Brazil. En: K. RUPEESINGHE y M. RUBIO (eds.) The culture of violence. Tokio, New York, Paris: United Nations University Press. Pp.257-275.

ROCHA, S. (1995) Governabilidade e pobreza: o desafio dos números. En: L. VALLADARES y M. P. COELHO (orgs.) Governabilidade e pobreza no Brasil. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira. Pp.221-265.

RODRÍGUEZ, A.A. y CARVALHO, D.B.B. (1998) A violência doméstica contra crianças e adolescentes: análise do fenômeno no Distrito Federal. Ser Social 2. Revista do Programa de Pós Graduação em Política Social do Departamento de Serviço Social da Universidade de Brasília, 2, 57-84, 1998.

ROOM, G. (1990) New Poverty in the European Community. Londres: St. Martins.

ROSANVALLON, P. (1995) La nouvelle question sociale. Repenser l'état providence. Paris: Seuil.

RUA, M.G.(1998) As políticas públicas e a juventude dos anos 90. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 2. Brasília: CNPD/IPEA. Pp.731-752.

RUIZ OLABUENAGA, J. I. y ISPIZUA, M^a A. (1989) La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de Investigación cualitativa. Bilbao: Universidad de Deusto.

RUTTER, M. (1990) Psychological resilience and protective mechanisms. En: J. ROLF et al. (comps.) Risk and protective factors in the development of psychopathology. New York: Cambridge University Press.

SABÓIA, A.L.(1998) Situação educacional dos jovens. En:CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol. 2. Brasília: CNPD/IPEA. Pp. 499-518.

SABÓIA, A.L. y SIMÕES,C.C. (1998) Condições de saneamento. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol.1.Brasília: CNPD/IPEA. Pp.135-149.

SALLAS, A.L.F. et. al (1999) Os jovens de Curitiba: esperanças e desencantos. Juventude, violência e cidadania. Brasília: UNESCO.

SCHIBOTTO, G. (1990) Niños trabajadores. Construyendo una identidad.. Lima: Ed. IPEC (Instituto de publicaciones, educación y comunicación).

SCHNEIDER, L. (1987) Marginalidade e delinquência juvenil. São Paulo: Cortez.

- SELIGMAN, M. E. P. (1975) Indefensión. Madrid: Debate. (Edición consultada: 1981).
- SERRANO, A. (1995) Inserción laboral como transición psicosocial Tesis Doctoral en Psicología Social. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- SERRANO, A.; MORENO, F. y CRESPO, E. (2001) La experiencia subjetiva del trabajo en una sociedad en transformación. En: E. AGULLÓ y A. OVEJERO. (coords.) Trabajo, individuo y sociedad. Perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo. Madrid: Pirámide. Pp.49-63.
- SERRANO, C.G. y MALO, M.A. (1996) El comportamiento económico de los excluidos: un modelo para la política social. En: VVAA. Pobreza, necesidad y discriminación. Madrid: Fundación Argentaria, Visor. Pp. 138-141.
- SHIRLEY, R. W. (1997) Atitudes com relação à polícia em uma favela do sul do Brasil. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, 9 (1): 215-231. São Paulo, mayo 1997.
- SHOTTER, J.(1997) El lenguaje y la construcción del sí mismo. En: M. PAKMAN (comp.) Construcciones de la Experiencia Humana. Vol.I. Barcelona: Gedisa. Pp.213-225.
- SILVER, H.(1994) Exclusión social y solidaridad social: tres paradigmas. Revista Internacional del Trabajo, 113, (5-6): 607-662 ,1994.
- SIMMEL, G. (1903) Métropoles et mentalités. En: Y. Grafmeyer y I. Joseph. L'Ecole de Chicago. Paris: Aubier Montaigne, 1984. Pp.61-77. (Ed. consultada : 1990).
- SIMMEL, G. (1908) Digressions sur l'étranger. En: Y. Grafmeyer y I. Joseph. L'Ecole de Chicago. Paris: Aubier Montaigne, 1984. Pp. 53-59. (Ed. consultada: 1990).
- SOARES, G.A D.(1998) Determinantes do homicídio no Distrito Federal. En: CODEPLAN. Políticas Públicas: Exclusão Social. Brasília: CODEPLAN. (Serie Temas CODEPLAN vol 2.) Pp.99-121.
- SOREL, G. (1990) Reflexões sobre a violência. São Paulo: Martins Fontes. (Edición consultada, 1992).
- SPINK, M. J. (org.) (1999) Práticas discursivas e produção de sentidos no cotidiano. Aproximações teóricas e metodológicas. São Paulo: Cortez.
- SUÁREZ, M. y BANDEIRA, L. (1999) Introdução. En: M. SUÁREZ y L. BANDEIRA (orgs.) et. alli. Violência, Gênero e Crime no Distrito Federal. Brasília: Paralelo 15; Editora Universidade de Brasília. Pp.13-26.
- SUTHERLAND,E.H. y CRESSEY, D. R. (1924) Principles of Criminology. Philadelphia: J.B. Lippincott. (Edición consultada, 1966).
- SUTHERLAND, E. H.(1937) Delincuencia de cuello blanco. En: E. SUTHERLAND. Ladrones Profesionales. Madrid: La Piqueta. Anexo. (Ed. consultada: 1993).

SYKES, G.M. y MERTON, R.K. (ed.) (1978) Criminology. New York: Harcourt Brace Janovich.

SZWARCWALD, C. L. y LEAL, M. C. (1998) Sobrevivência ameaçada dos jovens brasileiros: a dimensão da mortalidade por armas de fogo. En: CNPD. Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Públicas. Vol.1. Brasília: CNPD/IPEA. Pp. 363- 396.

TELLES, V. (1992) A experiencia da insegurança: trabalho e família nas classes trabalhadoras em São Paulo. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo, 4 (1-2):53-93, mayo 1994.

TEZANOS, J.F.(1999) Tendencias de dualización y exclusión social en las sociedades tecnológicas avanzadas. Un marco para el análisis. En: J.F. TEZANOS (ed.) Tendencias en desigualdad y exclusión social. Tercer foro sobre tendencias sociales. Madrid: Sistema. Pp 11-54.

TEZANOS, J.F. (2001) La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas. Madrid: Biblioteca Nueva.

THOMPSON, P. (1981) Life Histories and the Analysis of Social Change. En: D. Bertaux (ed.) Biography and Society. The life history approach in the social sciences. California: Sage Publications. (Ed. consultada, 1983).

THRASCHER, F. (1927) The gang. A study of 1313 gangs in Chicago. Chicago: University of Chicago Press. (Edición consultada: 1963).

TOSTA, T.L.D. (2000) Memória das ruas, memórias da exclusão. En: M. BURSZTYN (org.) No meio da Rua. Nômades, Excluídos e Viradores. Rio de Janeiro: Garamond. Pp.201-229.

VALLES, M. S. (1999) Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional. Madrid: Síntesis Sociología.

VALVERDE, J. (1988) Proceso de inadaptación social. Madrid: Editorial popular. (Edición consultada, 1996)

VALVERDE, J. (1991) La cárcel y sus consecuencias. La intervención sobre la conducta desadaptada. Madrid: Editorial Popular. (Edición consultada, 1997).

VARELA, J. y ALVAREZ -ÚRIA, F. (1989) Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

VARELLA, D. (1999) Estação Carandiru. São Paulo: Companhia das Letras.

VELHO, G.(1996) Violência, reciprocidade e desigualdade: uma perspectiva antropológica. En: G. VELHO y M. ALVITO (orgs.) Cidadania e Violência. Rio de Janeiro: UFRJ/ FGV. Pp. 10-24.

- VIANNA, H. (1996) O funk como símbolo da violência carioca. En: G. VELHO y M. ALVITO (orgs.) Cidadania e Violência. Rio de Janeiro: UFRJ/ FGV. Pp.178-187.
- VICENTE, C. V. (1998) Promoção de resiliência. En: Ministério da Justiça. Departamento da criança e do adolescente. Políticas Públicas e estratégias de atendimento sócio-educativo ao adolescente em conflito com a lei. Brasília: Ministério da Justiça/ SNDH/ DCA. (Col. Garantia de Direitos.Série Subsídios; vol. 2). Pp.67-72.
- VIOLANTE, M.L. (1985) O dilema do decente malandro. São Paulo: Cortez, Autores Associados 4ª ed. (Coleção Teoria e Práticas Sociais).
- VOGEL, A. y MELLO, M.A.S. (1991) Da casa à rua: a cidade como fascínio e descaminho. En: A. FAUSTO y R. CERVINI (orgs.) O trabalho e a rua. Crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80. São Paulo: Cortez. Pp. 133-150.
- VOLPI, M. (2001) Sem liberdade, sem direitos. A privação de liberdade na percepção do adolescente. São Paulo: Cortez.
- VYGOTSKI, L.S. (1984) A formação social da mente. São Paulo: Martins Fontes. (Edición consultada: 1998).
- VYGOTSKI, L.S. (1987) Pensamento e Linguagem. São Paulo: Martins Fontes. (Edición consultada: 1998).
- WACQUANT, L. (1996) L' *underclass* urbaine dans l'imaginaire social et scientifique américain. En: S. PAUGAM (ed.) L'exclusion. L'état des savoirs. Paris: La Découverte. Pp.248-262.
- WACQUANT, L. (1999) Las cárceles de la miseria. Madrid: Alianza. (Edición consultada: 2000).
- WACQUANT, L. (2001) Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Buenos Aires: Manantial.
- WASELFIZ, J. (1998a) Juventude, Violência e cidadania: os jovens de Brasília. Brasília: UNESCO.
- WASELFISZ, J. (1998b) Mapa da Violência: os jovens do Brasil. Rio de Janeiro: Garamond/ UNESCO/ Instituto Ayrton Senna.
- WASELFISZ, J. (2000) Mapa da Violência II: os jovens do Brasil. Brasília: UNESCO/ Instituto Ayrton Senna/ Ministério da Justiça.
- WEBER, M. (1956) Economía y sociedad. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición consultada: 1964- traducción de la 4ª edición en alemán).
- WERTSCH, J. V. (1981) The concept of activity in soviet psychology An Introduction. En: J. V. WERTSCH. (ed.) The concept of activity in soviet psychology. New York: Sharpe Publisher. Pp. 3-36.

WERSCHT, J. V. (1993) Voces de la mente. Un enfoque sociocultural para el estudio de la acción mediada. Madrid: Visor.

WIEVIORKA, M. (1997) O novo paradigma da violência. Tempo Social. Revista de Sociologia da USP, São Paulo, 9 (1): 5-41, mayo 1997.

WILLADINO, R. y AQUINO, C. (2001) Procesos de exclusión e inclusión social en el contexto urbano brasileño: un análisis del caso de jóvenes de la periferia de Brasília. (Comunicación presentada en el VII Congreso Español de Sociología- “Convergencias y Divergencias en la sociedad global”). Publicación electrónica - Web:<http://fes.pagina-web.org>.

WILSON, W.J. (1987) The truly disadvantaged : the inner city, the underclass and the public policy. Chicago: University Press of Chicago.

XIBERRAS, M. (1993) Les théories de l'exclusion. Pour une construction de l'imaginaire de la déviance. Paris: Meridiens Klincksieck. (Edición consultada,1994).

YOLDI, I. S. (1992) La construcción social de la marginación del menor: un análisis cualitativo. Tesis Doctoral en Sociología. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

ZALUAR, A (1994) Condomínio do diabo. Rio de Janeiro: UFRJ/ Revan.

ZALUAR, A (1996a) A globalização do crime e os limites da explicação local. En: G. VELHO y M. ALVITO (orgs.) Cidadania e Violência. Rio de Janeiro: UFRJ/ FGV.Pp. 48-68.

ZALUAR, A (1996b) Da revolta ao crime S.A. São Paulo: Editora Moderna.

ZALUAR, A. (1997) Gangues, galeras e quadrilhas: globalização, juventude e violência. En: H. VIANNA (org.) Galeras cariocas: territórios de conflitos e encontros culturais. Rio de Janeiro: Editora UFRJ. Pp.17-57.

ZALUAR, A. (1999) Crime, medo e política. En: A. ZALUAR y M. ALVITO (orgs.) Um século de favela. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas. Pp.209-232.

ZÁRRAGA, J.L.(1985) Informe juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad. Madrid: INJUVE.

ANEXOS

ANEXO 1

GLOSARIO

Adianto (fazer um) - robar

Adiantar o lado - ayudar

Agito – juerga

Aí o bicho pega - entonces la situación se complica

Altas ondas/ altas paradas – muchas cosas

Apagar - matar

Aprontar – término utilizado para cualquier tipo de transgresión; sin embargo, en la mayoría de los casos suele estar vinculado a actividades ilícitas

Atentar - provocar

Babaca - gilipollas

Baculejo (Bacu)- “cacheo” realizado por la policía

Bagunça – cachondeo

Bandagem – término utilizado para hacer referencia a personas, grupos y contextos asociados a prácticas ilícitas (puede tener una connotación positiva o negativa según el tipo de prácticas privilegiadas por la persona que lo emplea.

Baseado – “porro”, “canuto”

Batalhar- luchar para lograr algo

Bater –golpear, pegar

Baú- autobús

Bicando - mirando

Bicho (aquele bicho) – jerga utilizada para referirse a una persona

Beleza - bien, OK

Boca aberta - delator

Boca cheia de formiga (ficar com a) – morir (en general, aparece ligado a la idea de asesinato)

Bodinho- término utilizado por los jóvenes de la calle para referirse a los jóvenes de alto poder adquisitivo y, a veces, a lo que en España se caracteriza como “pijo”

Botar fé - creer

Botar pra foder - aterrorizar

Briga - pelea

Brother - hermano, amigo

Bundão - cobarde

Buzinar - hablar

Buzu - autobús

Cabecinha - inexperto, ingenuo, inmaduro, principiante (suele aparecer vinculado al tema de la droga, en este contexto el “cabecinha”es la persona que no está acostumbrada a sus efectos)

Cabeçada – “peña”, muchas personas

Cabruto - persona traidora, delatora, de la que uno no se puede fiar

Cabuloso - siniestro

Cacete - golpe, pelea

Cagoete - delator

Cair - ser detenido

Cair fora - marcharse

Cair na real - darse cuenta de la realidad

CAJE - institución de internamiento para menores del Distrito Federal

Camarada – “tío”

Camelo - bicicleta

Cana – policía

Caô - mentira

Cara - “tío”

Carandirú - la cárcel para adultos más grande de la ciudad de São Paulo

Carreta - arma

Casinha - emboscada

Chapá (chapar) – “colocarse”

Chapado – drogado

Chato – pesado, aburrido

Cheirar cola - inhalar pegamento

Chegado – término utilizado para referirse a un amigo o compañero cercano

Chute - patada
Comédia - tonto; término despreciativo utilizado para hacer referencia a personas asociadas a la norma o a las que les sale mal todo lo que se plantean hacer
Considerado – respetado
Correr atrás – actuar, luchar para lograr lo que se quiere
Correr o trecho - viajar
CRT – centro de acogida para menores del Distrito Federal
Curtir – pasarlo bien, disfrutar, divertirse
Curtição – juerga, marcha, diversión
Cuzão- cobarde
Direto - a menudo, constantemente
Dançar - ser detenido; morir; bailar
Dar o banho- robar
Dar o bote (policia/ ladrón) – pillar de sorpresa, cuando se refiere a la policía significa ser detenido, cuando es el joven el que “dá o bote” suele significar robo
Dar mole – permitir o dar margen para que algo ocurra por ingenuidad
Dar uma carpada – robar parte de algo
Dar uma força – ayudar, echar una mano
Dar uma grave – “meter la pata”, hacer algo que no es considerado correcto
Dar um rolé - salir por ahí, dar una vuelta,
DCA (Delegacia da Criança e do Adolescente) – comisaría del niño y del adolescente
De boa (ficar de boa) - bien, quedarse tranquilo
De cima (em cima) - llevar arma o droga encima
De cara - no estar bajo el efecto de ninguna droga / **ficar de cara** - sorprenderse
De maior/ de menor - expresiones que se refieren respectivamente a la mayoría y a la minoría de la edad penal
Derrubar- matar
Descuidar - robar sin que la víctima se dé cuenta
Descolar - conseguir
De rocha - que va en serio, verdadero
Doido (o doido) - modo de referirse a una persona
Doidão (estar doidão) - estar bajo los efectos de la droga
Dona (“as dona”) - mujer
Doze - arma
É mole - es fácil
Embaçar – provocar, crear problema
Encarar – enfrentar; mirar a la cara
Encher o saco - fastidiar
Enturmar- hacerse amigo de
Esperto - listo
Esparrar- ser identificado/ pillado
Estar afim- tener ganas
Esticar - salir corriendo, huir
Evadir - huir o no volver a la institución tras alguna salida
Falar o nome da pelada - decir la palabra desgracia
Favela- área de viviendas y/ o chabolas construidas de modo irregular, que carecen de infraestructura y planeamiento urbano
Faxina - limpieza
Fazer uma correria - robar
Fazer uma fita - cometer un acto ilícito
Fazer uma parada - hacer algo
Fazer o cara - matar a una persona
Ferro - arma de fuego
Ficar empenhado - jerga específica del contexto de la Semi-libertad que significa no poder salir de la institución en el fin de semana, en general, debido a la transgresión de alguna norma
Ficar esperto - estar “al loro” ,“al tanto”
Ficar ligado - idem
Ficar puto – “cabrearse”, enfadarse
Filinho de papai – “hijito de papá”
Finado - fallecido

Flagrante - en general se refiere a drogas o armas

Foda – difícil, jodido

Folgado – persona que no tiene respeto a nada

Frevo – juerga, marcha (muy a menudo aparece ligado a prácticas violentas)

Fuleiro / Fuleragem - algo malo, que no les gusta

Fumar bagulho - fumar marijuana

Galera- “pandilla” de amigos; “peña”

Gandaia - juerga

Gangue – banda juvenil en general vinculada a prácticas violentas

Garrucha - tipo de arma de fuego

Geral – cacheo realizado por la policía

Gogó - un tipo de golpe

Goró - alcohol

Grana - dinero

Grilado - preocupado

Guerra - enfrentamientos entre bandas juveniles o personas que se consideran “enemigas”

Jack - término utilizado para referirse a los violadores

Jogar na minha - dejarme algo

Home (“os home”) - la policía

LA - abreviación de la medida socio educativa de Libertad Asistida, que se cumple en medio abierto y se asemeja a la medida de libertad vigilada que hay en España

Legal - guay

Levar um coro – llevarse una paliza

Liberação – determinación judicial que pone fin al cumplimiento de la condena

Limpeza - persona de confianza o situación tranquila

Lombra - término que en general se refiere a los efectos de la droga

Lombrado (estar) - estar bajo los efectos de la droga, drogado

Maconha - marihuana

Mão pra bolo - abrir la mano para que otro la golpee

Mala- término utilizado para hacer referencia a jóvenes implicados o asociados a prácticas ilícitas

Malandro – ídem; « listo »

Malandragem - término utilizado para referirse a personas, grupos y contextos asociados a prácticas ilícitas

Maluco – jerga utilizada para referirse a una persona

Mané (Zé Mané) – tonto; término despreciativo utilizado para hacer referencia a personas asociadas a la norma, que suelen hacer todo lo que socialmente tiende a suponerse que es lo “correcto”

Maquinado - armado

Massa - guay

Merla - tipo de droga derivada de la cocaína

Meter bala - disparar

Meter uma fita - robar

Metido (a) - presumido (a)

Meu irmão – hermano

Moço - “ tío”

Moçada - peña, compañeros

Moleque - niño, chico, chaval

Murro - puñetazo

Na manha – con perspicacia y, a la vez, sutileza

Neguinho - jerga utilizada para referirse a una o más personas

Nos panos - ir bien vestido, arreglado, con buena ropa

Núcleo - institución penitenciaria para adultos del Distrito Federal

Oitão - arma calibre 38

Onda – historia, cosa, situación

Otário - persona tonta; “cabrón”, mala persona

Paia - “chungo”

Pancada - pelea, golpes

Papuda - cárcel para adultos del Distrito Federal

Parada - cosa, droga, arma

Pegar uma regressão - sufrir una regresión de medida por determinación judicial debido a alguna transgresión o mala conducta

Peso - rap
Pilantra – “cabrón”; mala persona
Pilha (botar pilha) - incentivo
Pinar - huir
Pinchar – caer en las manos de alguien (en general se refiere a la policía o a bandidos)
Pipoco - disparos, tiros
Pisante – zapato
PM – policía militar
Porrada - pelea
Pra caramba - mucho
Prego – tonto, término utilizado de modo despreciativo
Pt - abreviación de pistola
Puxar (puxar cadeia) - cumplir la condena
Quebra/ Quebrada - término utilizado por los jóvenes para hacer referencia al lugar donde viven, o al que se sienten particularmente identificados, en general se refiere a sus barrios o calles
Quebrado (estar quebrado) - no tener dinero
Quebrar o pau – pelear
Querer ser o tal – creerse superior a los demás
Ralar - hacer esfuerzo para lograr algo
Rangar- comer
Rango - comida
Raiban - puñetazo en los ojos
Rapaziada - peña
Rixa - conflicto / enemistad
Redu – tipo de inhalante
Rodar - ser detenido
Rolar - acontecer/ ocurrir
Sacanagem - puede tener el sentido de maldad (similar a “una putada”) o una connotación sexual
Sacou? - ¿Me has entendido?
Safadeza- mala leche, picardía
Safado – “cabrón”, mala persona. En algunos contextos también puede tener una connotación sexual (cachondo)
Safo – listo
Sair fora - marcharse
Sair voado - salir corriendo, huir
Se amarrar - gustar
Se dar de mal - tener problemas
SEMI - medida socioeducativa de Semi-libertad
Serviço - trabajo
Sujeira - persona o situación mala o de la que uno no se puede fiar
Taca - golpes
¿Tá ligado? - ¿Entiendes?
Tá pela ordem - está correcto
Tá por fora - está mal
Tirar (tirar os outros) – tomar el pelo
Tirar onda - presumir
Trampar- trabajar
Trampo - trabajo
Trecheiro - persona que vive viajando
Trocar uma idéia - charlar
Um dia a casa cai - un día la detención ocurre
Vacilar - dejar margen para que algo ocurra por ingenuidad o hacer a propósito algo que no está bien
Veado - homosexual
Véi - “tío”
Ver o lado - matar o hacer un ajuste de cuentas
Viatura – coche de la policía
Xaropar - hacer algo que no está bien
Zoar - vacilar; irse de marcha

ANEXO 2

DATOS SOCIO-DEMOGRÁFICOS DE LOS SUJETOS DE LAS ENTREVISTAS (relativos al momento de la realización del trabajo de campo)

1- GRUPO: CALLE

CÓDIGO DEL SUJETO: R1

Edad: 18

Sexo: Masculino

Etnia: Negro

Estado civil: Soltero

Nivel educativo: 4º año de la enseñanza primaria

Situación educativa: No estudia

Situación laboral: Trabaja haciendo artesanía

Historia jurídica: Ha estado 3 veces en comisaría y 1 vez en un centro dirigido a drogodependientes

Religión: Católica

Ciudad de origen: Campinas- São Paulo

Ciudad de residencia: Brasilia – DF (Plano Piloto)

Tiempo de residencia en el DF: Aproximadamente 4 años

Lugares de residencia anteriores: Campinas (SP), São José do Rio Preto (SP), Campo Grande (MT), Louveiros (SP), Vinhedo (SP), São José do Rio Preto, Frutal, Tubiara, Rio Verde, Patos de Minas (MG), Paracatu (MG), Goiânia (GO), Anápolis (GO), Brasilia (DF), São Luís (MA), Tocantins (TO)

Posición en la estructura familiar: Es el tercero de 4 hijos, todos del mismo padre.

Con quién vive actualmente: Solo

Situación conyugal de los padres: Ambos han muerto, pero estuvieron casados hasta morir

Situación laboral del padre: Fallecido

Profesión del padre: Campesino

Nivel educativo del padre: Desconocido

Situación laboral de la madre: Fallecida

Profesión de la madre: Labores domésticas

Nivel educativo de la madre: Desconocido

Renta personal mensual: Entre 15 y 40 Reais al día¹⁸⁸

Renta familiar mensual: Desconocida

Fuente de renta personal: Artesanía y tráfico de drogas (a veces trabaja como “camello”)

Fuente de renta familiar: Desconocida

CÓDIGO DEL SUJETO: R2

Edad: 15

Sexo: Masculino

Etnia: Blanco

Estado civil: Soltero

Nivel educativo: Analfabeto (primer año de la enseñanza primaria incompleto)

Situación educativa: No estudia

Situación laboral: No trabaja (ocasionalmente abrillanta zapatos o vigila coches)

Historia jurídica: Ha estado aproximadamente 10 veces en la Comisaría del Niño y del Adolescente, 1 vez en comisaría de adultos, 6 veces en centros de acogida y varias veces en el SOS Niño

Religión: Cree en Dios pero no tiene ninguna religión en particular

Ciudad de origen: Pedregau (Gama- DF)

Ciudad de residencia: Calle del Plano Piloto

¹⁸⁸ Debido a las características de las estrategias de supervivencia desarrolladas en el ámbito de la calle hay una gran irregularidad de los ingresos. Este aspecto, sumado a la prevalencia de la lógica de lo inmediato, dificulta el cálculo de la renta mensual. Todos los sujetos del grupo de la calle informaron su renta familiar y personal tomando como referencia los ingresos diarios. Para evitar posibles distorsiones hemos optado por mantener las informaciones sobre la renta tal como han sido facilitadas por cada sujeto. Para ofrecer una base de cálculo indicamos que durante el período de la investigación empírica el salario mínimo en Brasil correspondía a 151 Reais, lo que, al cambio actual, equivale aproximadamente a 55 euros.

Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Pedregau (DF), Valparaízo, Brasilinha, Luziânia, Brasilinha (GO), Calle del Plano Piloto (múltiples puntos de la ciudad)
Posición en la estructura familiar: Es el más pequeño de 4 hijos. Tiene dos hermanas por parte de madre y 1 hermana consanguínea.
Con quién vive actualmente: Solo
Situación conyugal de los padres: Separados
Situación laboral del padre: En paro
Profesión del padre: Ninguna, vive en la calle y pide limosna
Nivel educativo del padre: Analfabeto
Situación laboral de la madre: Desconocida
Profesión de la madre: Desconocida
Nivel educativo de la madre: Desconocida
Renta personal mensual: Entre 50 centavos y 5 Reais al día
Renta familiar mensual: Desconocida
Fuente de renta personal: Limosnas
Fuente de renta familiar: Desconocida

CÓDIGO DEL SUJETO: R3

Edad: 15
Sexo: Masculino
Etnia: Negro
Estado civil: Soltero
Nivel educativo: Analfabeto (primer año de la enseñanza primaria incompleto)
Situación educativa: No estudia
Situación laboral: Trabaja (vigilando coches)
Historia jurídica: Ha estado 3 veces en centros de acogida, 5 veces en el SOS Niño y 4 veces en la Comisaría del Niño y del Adolescente
Religión: Cree en Dios pero no tiene ninguna religión en particular
Ciudad de origen: Brasilia
Ciudad de residencia: Calle (Plano Piloto) y Brasilinha (Goiás)
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Samambaia, Brasilinha, Plano Piloto: Planaltão y Asa Norte
Posición en la estructura familiar: Es el octavo de 9 hijos, de los cuales 4 han muerto.
Con quién vive actualmente: 1-En las calles del Plano Piloto: La madre, 3 sobrinos y compañeros de la calle; 2 En Brasilinha: Con la hermana mayor, el hermano pequeño y otros 3 sobrinos
Situación conyugal de los padres: estaban separados pero desde hace 3 años la madre es viuda
Situación laboral del padre: Fallecido
Profesión del padre: Vigilaba coches
Nivel educativo del padre: Desconocido
Situación laboral de la madre: Trabaja vigilando coches
Profesión de la madre: Vigila coches
Nivel educativo de la madre: Analfabeta
Renta personal mensual: Aproximadamente 8 Reais al día (entre 1 y 3 Reais los días “malos” y entre 10 y 20 Reais los días “buenos”)
Renta familiar mensual: Desconocida
Fuente de renta personal: Su trabajo vigilando coches
Fuente de renta familiar: Trabajo de los que viven en la calle con la familia y desean compartir la renta

CÓDIGO DEL SUJETO: R4

Edad: 15
Sexo: Femenino
Etnia: Mulata
Estado civil: Soltera (un año después del trabajo de campo tuvo un hijo)
Nivel educativo: 6° año de la enseñanza primaria
Situación educativa: No está estudiando
Situación laboral: No trabaja
Historia Jurídica: Ha estado 2 veces en el SOS Niño y algunas veces en la Comisaría del Niño y del adolescente. Actualmente tiene un proceso por haber disparado a una vecina
Religión: Ninguna

Ciudad de origen: Brasilia -DF
Ciudad de residencia: Samambaia
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Chabola en el Sector de Industrias, Samambaia, calles del Plano Piloto y "Sector Sudoeste"
Posición en la estructura familiar: Es la más pequeña de 8 hermanos (4 son hijos del primer matrimonio de su madre, 1 es fruto de una violación, 1 es hijo del segundo compañero de su madre y solamente 1 es su hermano consanguíneo (hijo del tercero compañero de su madre)
Con quién vive actualmente: Con la hermana mayor y dos sobrinos
Situación conyugal de los padres: Mientras vivían estaban separados, ambos han muerto asesinados en fechas y por razones distintas
Situación laboral del padre: Fallecido
Profesión del padre: Venta ambulante
Nivel educativo del padre: Desconocido
Situación laboral de la madre: Fallecida
Profesión de la madre: Vivía de hacer "trampas", de la venta ilegal de productos y del tráfico de drogas
Nivel educativo de la madre: Desconocido
Renta personal mensual: No la tiene
Renta familiar mensual: Trabajo de la hermana
Fuente de renta personal: No la tiene
Fuente de renta familiar: Trabajo de la hermana

CÓDIGO DEL SUJETO: R5

Edad: 20
Sexo: Masculino
Etnia: Blanco
Estado civil: Soltero (tiene un hijo)
Nivel educativo: 6° año de la enseñanza primaria
Situación educativa: No está en la escuela, pero estudia informática en una entidad privada
Situación laboral: Trabaja en la calle vigilando coches
Historia jurídica: Estuvo 1 vez en el SOS Niño
Religión: Católica
Ciudad de origen: Luziânia (GO)
Ciudad de residencia: Jardim Ingá (GO)
Tiempo de residencia en el DF: Siempre ha vivido en el "Entorno" del DF
Lugares de residencia anteriores: Luziânia
Posición en la estructura familiar: Es el tercero de 6 hijos. Todos los hermanos son consanguíneos.
Con quién vive actualmente: Con su hermana mayor
Situación conyugal de los padres: Separados
Situación laboral del padre: En paro
Profesión del padre: Albañil y electricista
Nivel educativo del padre: Desconocido
Situación laboral de la madre: En paro
Profesión de la madre: Panadera y dependienta
Nivel educativo de la madre: Desconocido
Renta personal mensual: Aproximadamente 140 Reais por semana
Renta familiar mensual: Desconocida
Fuente de renta personal: Su trabajo en la calle vigilando y limpiando coches
Fuente de renta familiar: Trabajo de 4 de los 5 hijos

2- GRUPO:SEMI-LIBERTAD

CÓDIGO DEL SUJETO: S1

Edad: 16
Sexo: Masculino
Etnia: Negro
Estado civil: Soltero
Nivel educativo: 4° año de la enseñanza primaria
Situación educativa actual: Está estudiando
Situación laboral: No trabaja

Historia jurídica: Ha estado 7 veces en la Comisaría del Niño y del Adolescente, 5 veces en la institución de internamiento, tuvo 2 sentencias determinando el cumplimiento de la medida socioeducativa de libertad asistida y, actualmente, cumple la medida de Semi-libertad por posesión de droga.

Religión: Evangélico

Ciudad de origen: Taguatinga

Ciudad de residencia: Gama

Tiempo de residencia en el DF: Siempre

Lugares de residencia anteriores: Taguatinga Norte, Taguatinga Sul, Taguatinga Centro, Paranoá, Gama, Parque da Barragem, Recanto das Emas

Posición en la estructura familiar: Es el hijo mayor. Tiene una hermana de 9 años por parte de padre

Con quién vive actualmente: Eventualmente con el padre, la madrastra y la hermana

Situación conyugal de los padres: Jamás han vivido juntos

Situación laboral del padre: Trabaja

Profesión del padre: Predicador de la Iglesia Universal del Reino de Dios y comerciante

Nivel educativo del padre: 5° año de la enseñanza primaria

Datos sobre la madre: Desconocidos (en su lugar se refiere a la abuela)

Situación laboral de la abuela: Fallecida

Profesión de la abuela: Comerciante

Nivel educativo de la abuela: Desconocido

Renta personal mensual: Aproximadamente 50 Reais

Renta familiar mensual: Aproximadamente 1000 Reais

Fuente de renta personal: Delitos (robos y tráfico de drogas)

Fuente de renta familiar: Desconocida

CÓDIGO DEL SUJETO: S2

Edad: 19

Sexo: Masculino

Etnia: Blanco

Estado civil: Soltero

Nivel educativo: 6° año de la enseñanza primaria

Situación educativa: No está estudiando

Situación laboral: Trabaja como “office boy” (“chico de los recados”) en la procuraduría

Historia jurídica: Ha estado 3 veces en la Comisaría del Niño y del Adolescente, 1 vez en la institución de internamiento y 1 vez en semi-libertad. Actualmente, cumple medida de libertad asistida, pues obtuvo el beneficio de progresión de medida tras cumplir 1 año de semi-libertad por atraco a mano armada.

Religión: Católica

Ciudad de origen: Poxoréu – Mato Grosso

Ciudad de residencia: Sobradinho 2 - DF

Tiempo de residencia en el DF: Aproximadamente 5 años

Lugares de residencia anteriores: Mato Grosso y Minas Gerais (Araguari)

Posición en la estructura familiar: Es el mayor de 2 hijos, hermano consanguíneo.

Con quién vive actualmente: Padre, madre y hermano

Situación conyugal de los padres: Han estado separados por un período, pero se han reconciliado

Situación laboral del padre: Trabaja en el bar de propiedad familiar

Profesión del padre: Mecánico de coches

Nivel educativo del padre: Desconocido

Situación laboral de la madre: Trabaja en una institución filantrópica salesiana

Profesión de la madre: Recoge donaciones

Nivel educativo de la madre: Enseñanza primaria completa

Renta personal mensual: 200 Reais

Renta familiar mensual: Desconocida

Fuente de renta personal: Trabajo en organismo público vinculado a la justicia del DF

Fuente de renta familiar: Trabajo de ambos progenitores

CÓDIGO DEL SUJETO: S3

Edad: 18

Sexo: Masculino

Etnia: Blanco

Estado civil: Soltero, pero su pareja está embarazada y se refiere a ella como su esposa

Nivel educativo: 2° año de la enseñanza secundaria

Situación educativa actual: Está estudiando
Situación laboral: No trabaja
Historia jurídica: 1 pasaje por la Comisaría del Niño y del Adolescente (DCA), 1 pasaje por la institución de internamiento. Actualmente se encuentra en semi-libertad por haber cometido un asesinato.
Religión: Católico
Ciudad de origen: Taguatinga - DF
Ciudad de residencia: Ceilândia
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Taguatinga
Posición en la estructura familiar: Es el 9° de 11 hijos, todos consanguíneos, 5 varones y 6 mujeres. Tiene un hermano gemelo que también está en semi-libertad.
Con quién vive actualmente: Con la madre, 1 hermano, 1 hermana y 3 sobrinos
Situación conyugal de los padres: Madre viuda
Situación laboral del padre: Fallecido
Profesión del padre: Pintor
Nivel educativo del padre: Analfabeto
Situación laboral de la madre: En paro
Profesión de la madre: Costurera
Nivel educativo de la madre: Analfabeta (no ha estudiado nunca)
Renta personal mensual: Ninguna
Renta familiar mensual: Aproximadamente 500 Reais
Fuente de renta personal: A veces trabaja como camarero
Fuente de renta familiar: Trabajo de los hermanos que viven con él y pensión de la madre

CÓDIGO DEL SUJETO: S4

Edad: 16
Sexo: Masculino
Etnia: Blanco
Estado Civil: Soltero (tiene una hija)
Nivel educativo: 6° año de la enseñanza primaria
Situación educativa actual: Está estudiando
Situación laboral: No trabaja
Historia jurídica: Ha estado 1 vez en la Comisaría del Niño y del Adolescente y 1 vez en la institución de internamiento. En la actualidad, cumple medida de Semi-libertad por intento de asesinato
Religión: Católica
Ciudad de Origen: Taguatinga
Ciudad de residencia: Ceilândia (Expansão do Setor "O")
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Ceilândia Sul
Posición en la estructura familiar: Es el más pequeño de 4 hijos. Tiene 2 hermanas consanguíneas y tenía un hermano mayor por parte de padre que ha muerto asesinado.
Con quién vive actualmente: Con la madre, las 2 hermanas, 1 sobrina y 1 prima
Situación conyugal de los padres: Separados
Situación laboral del padre: Trabaja
Profesión del padre: Camarero
Nivel educativo del padre: 5° año de la enseñanza primaria
Situación laboral de la madre: En paro
Profesión de la madre: Costurera
Nivel educativo de la madre: 5° año de la enseñanza primaria
Renta personal mensual: ninguna
Renta familiar mensual: Solía ser de 900 Reais hasta que sus hermanas (que eran las proveedoras de la unidad familiar) perdieron sus respectivos trabajos
Fuente de renta personal: Ninguna
Fuente de renta familiar: Trabajo de las hermanas. Ambas trabajaban en la misma empresa, la cual ha cerrado durante la investigación. Hasta el término de ésta la familia seguía sin ninguna fuente de renta

CÓDIGO DEL SUJETO: S5

Edad: 16
Sexo: Masculino

Etnia:Mulato
Estado civil: Soltero
Nivel educativo: 4° año de la enseñanza primaria
Situación educativa: Está en la escuela
Situación laboral: No trabaja
Historia jurídica: Ha estado 6 veces en la Comisaría del Niño y del Adolescente, 2 veces en el SOS Niño, 3 veces en la institución de privación de libertad y 2 veces en unidades de Semi-libertad, una en que se ha fugado y la otra correspondiente a la medida que está cumpliendo actualmente por atraco a mano armada. También tuvo 1 sentencia de libertad asistida.
Religión: Legión de la Buena Voluntad (LBV)
Ciudad de origen: Taguatinga
Ciudad de residencia: Samambaia
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Taguatinga
Posición en la estructura familiar: Es el más pequeño de 3 hijos
Con quién vive actualmente: Con la madre y el hermano
Situación conyugal de los padres: Separados
Situación laboral del padre: Desconocida
Profesión del padre: Era encargado de un banco
Nivel educativo del padre: Desconocido
Situación laboral de la madre: Trabaja en la LBV
Profesión de la madre: Señora de limpieza y cocinera
Nivel educativo de la madre: 3° año de la enseñanza primaria (actualmente está estudiando)
Renta personal mensual: En la actualidad ninguna, pero cuando está en libertad suele tener aproximadamente 25 Reais al día
Renta familiar mensual: Desconocida
Fuente de renta personal: Trabajo de la madre , trabajo ocasional, robos y atracos a mano armada
Fuente de renta familiar: Trabajo de la madre

CÓDIGO DEL SUJETO: S6

Edad: 18 (fue asesinado a los 19 años)
Sexo: Masculino
Etnia:Blanco
Estado Civil: Casado (tenía 1 hijo)
Nivel Educativo: 5° año de la enseñanza primaria
Situación educativa: Estaba estudiando hasta el día en que se ha fugado de la semi-libertad
Situación laboral: Trabajaba hasta su encarcelamiento
Historia jurídica: Ha estado 1 vez en centro de acogida, 3 veces en comisaría, 3 veces en institución de internamiento (2 por asesinato y 1 por atraco a mano armada) y 1 vez en la semi-libertad por asesinato.
Religión: No fue posible obtener este dato, pero era creyente
Ciudad de origen: Planaltina
Ciudad de residencia: Cidade Ocidental
Tiempo de residencia en el DF: Siempre
Lugares de residencia anteriores: Ceilândia, Expansão do Setor “O” y Santa Maria
Posición en la estructura familiar: Era el segundo de 5 hijos
Con quién vive actualmente: Antes de que le asesinaran vivía con su mujer y su hijo. Compartían el terreno en que viven su madre, su padrastro y sus hermanos, donde tenían una casa en la parte de atrás.
Situación conyugal de los padres: Separados (la madre tiene un compañero)
Situación laboral del padre: Desconocida
Profesión del padre: Desconocida
Nivel educativo del padre: Desconocido
Situación laboral del padrastro: Trabaja en una empresa
Profesión del padrastro: Jefe de recursos humanos
Situación laboral de la madre: Trabaja
Profesión de la madre: Cocinera en el senado federal
Nivel educativo de la madre: No fue posible obtener este dato
Renta personal mensual: Un salario mínimo
Renta familiar mensual: No fue posible obtener este dato
Fuente de renta personal: Hasta el momento de su fuga cobraba un seguro de su antiguo empleo
Fuente de renta familiar: Trabajo de la madre y del padrastro

3- GRUPO: COMUNIDAD

CÓDIGO DEL SUJETO: A1

Edad: 19

Sexo: Masculino

Etnia: Mulato

Estado civil: Soltero

Nivel educativo: 4° año de la enseñanza primaria

Situación educativa actual: No estudia

Situación laboral: No trabaja

Historia jurídica: Ha estado 2 veces en centros de acogida y 1 vez en la Comisaría del Niño y del Adolescente

Religión: “Espírita” (“Umbanda y Candomblé”)

Ciudad de origen: Planaltina

Ciudad de residencia: Ceilândia Norte

Tiempo de residencia en el DF: Siempre

Lugares de residencia anteriores: Planaltina, Taguatinga (CRT), Ceilândia, Brazlândia, Jardim Ingá, Santa Maria, Brasília, Recanto das Emas, Samambaia, Ceilândia, Planaltina y Padre Bernardo

Posición en la estructura familiar: En la familia biológica, el más pequeño de 5 hijos.

Con quién vive actualmente: Madre adoptiva, 4 hijos de la misma (2 biológicos y 2 adoptados), 1 nuera y 6 nietos de su madre adoptiva.

Situación conyugal de los padres: La madre adoptiva es viuda y la madre biológica está separada

Situación laboral del padre: Fallecido

Profesión del padre: Desconocida

Nivel educativo del padre: Desconocido

Situación laboral de la madre (facilita los datos de la madre biológica): En paro

Profesión de la madre: Labores domésticas

Nivel educativo de la madre: 4 ° año de la enseñanza primaria

Renta personal mensual: Ninguna

Renta familiar mensual: Desconocida

Fuente de renta personal: Actualmente ninguna (en general, trabajos eventuales)

Fuente de renta familiar: Desconocida

CÓDIGO DEL SUJETO: A2

Edad: 16

Sexo: Femenino

Etnia: Mulata

Estado civil: Soltera

Nivel educativo: 2° año de la enseñanza secundaria (en el año 2001 ingresó en la universidad)

Situación educativa: Está estudiando

Situación Laboral: No trabaja

Historia Jurídica: Inexistente

Religión: Protestante (Evangélica)

Ciudad de Origen: Ceilândia

Ciudad de residencia: Ceilândia (Expansão do Setor “O”)

Tiempo de residencia en el DF: Siempre

Lugares de residencia anteriores: Setor P Sul (Ceilândia) y Expansão do Setor “O”

Posición en la estructura familiar: Es la más pequeña de 2 hijos.

Con quién vive actualmente: Con la madre, la abuela, el hermano, 2 tías, 4 tíos y una amiga de su madre

Situación conyugal de los padres: Separados

Situación laboral del padre: Trabaja

Profesión del padre: Funcionario Público

Nivel educativo del padre: Curso superior incompleto (derecho)

Situación laboral de la madre: Trabaja

Profesión de la madre: Cocinera

Nivel educativo de la madre: Enseñanza primaria completa .

Renta personal mensual: Aproximadamente 10 Reais

Renta familiar mensual: Aproximadamente 450 Reais

Fuente de renta personal: Renta familiar

Fuente de renta familiar: Trabajo de la madre

CÓDIGO DEL SUJETO: A3

Edad: 15

Sexo: Femenino

Etnia: Mulata

Estado civil: Soltera

Nivel educativo: 7 ° año de la enseñanza primaria

Situación educativa actual: Está estudiando

Situación laboral: No trabaja

Historia jurídica: Inexistente

Religión: Católica

Ciudad de Origen: São Paulo

Ciudad de residencia: Ceilândia

Tiempo de residencia en el DF: 12 años

Lugares de residencia anteriores: São Paulo

Posición en la estructura familiar: Es la cuarta de 5 hijos.

Con quién vive actualmente: Con la madre y las 3 hermanas

Situación conyugal de los padres: Jamás han estado casados

Situación laboral del padre: Trabaja en EEUU

Profesión del padre: Profesor Universitario

Nivel educativo del padre: Superior

Situación laboral de la madre: En paro

Profesión de la madre: Labores domésticas

Nivel educativo de la madre: 4° año de la enseñanza primaria

Renta personal mensual: No la ha especificado

Renta familiar mensual: Aproximadamente 350 Reais

Fuente de renta personal: El dinero que le regalan sus hermanas

Fuente de renta familiar: Trabajo de sus 2 hermanas mayores

CÓDIGO DEL SUJETO: A4

Edad: 18

Sexo: Masculino

Etnia: Blanco

Estado civil: Soltero

Nivel educativo: Segundo año de la enseñanza secundaria

Situación educativa actual: No está en la escuela

Situación laboral: No trabaja

Historia jurídica: Estuvo 1 vez en la Comisaría del Niño y del Adolescente

Religión: Católico

Ciudad de origen: São Luís (Maranhão)

Ciudad de residencia: Recanto das Emas - DF

Tiempo de residencia en el DF: 18 años

Lugares de residencia anteriores: Taguatinga Norte, Recanto das Emas, Uberlândia

Posición en la estructura familiar: Es el más pequeño de 4 hijos (1 hermano es adoptado y los otros 2 son sus hermanos sólo por parte de padre)

Con quién vive actualmente: Con su padre y su madre

Situación conyugal de los padres: casados

Situación laboral del padre: Trabaja

Profesión del padre: Conductor particular

Nivel educativo del padre: 6° año de la enseñanza primaria

Situación laboral de la madre: Vende comida en una pequeña tienda que tiene en su casa

Profesión de la madre: Labores domésticas

Nivel educativo de la madre: 4° año de la enseñanza primaria

Renta personal mensual: Aproximadamente 200 Reais

Renta familiar mensual: Aproximadamente 800 Reais

Fuente de renta personal: Trabajo eventual en la tienda que la familia tiene en su casa

Fuente de renta familiar: Trabajo de ambos progenitores

ANEXO 3

EJES TEMÁTICOS PARA LAS ENTREVISTAS DE CORTE BIOGRÁFICO

(Guía orientativa de carácter abierto y flexible, reformulada en el campo)

- Historia Familiar

- Procedencia (y motivos por los cuales han venido al DF)
- Tiempo de residencia en el DF, local y tipo de vivienda (casa propia, alquilada, chabola etc.)
- Diferencias entre el DF y el local de origen
- Estructura familiar, número de miembros (prestar atención a quién se considera de la familia), posición en la estructura familiar y rol asumido en el grupo familiar
- Desestructuraciones y reestructuraciones de la familia a lo largo del tiempo (como son explicadas)
- Existencia de vínculos o no (qué es lo que les mantiene y/o lo que ha propiciado su ruptura)
- Dónde y con quién vive en el momento de la entrevista
- Nivel educativo y situación laboral de los miembros de la familia
- Situación socio-económica del grupo familiar (quiénes contribuyen a la subsistencia familiar y por qué)
- Relaciones en el contexto familiar (dinámicas de cooperación/ conflictos, etc.)
- Actividades realizadas en la casa (si es posible investigar cómo están repartidas las funciones entre los distintos miembros del grupo, si hay hermanos y si estos trabajan, estudian, están en la calle, etc.)
- Qué valores aprendidos en la familia consideran importantes y cuáles rechazan
- ¿Piensan constituir su propia familia en el futuro? ¿Cómo la imaginan?
- ¿Cómo evalúan la institución familiar?

- Historia Educativa

- ¿Está o ha estado en la escuela alguna vez?
- Tiempo de permanencia, frecuencia, entradas y salidas (justificativas para los cambios y agentes que han influido en las entradas, salidas y regresos)
- Aspectos positivos y negativos de la escuela
- Definición, sentido y funciones de la educación
- Actividades realizadas en el contexto escolar
- ¿Qué es lo que ha aprendido en la escuela? (valores asimilados y rechazados)
- Lo que considera que ha ganado y lo que ha perdido estudiando
- Relaciones en el contexto escolar (profesores, grupos de pares, grupos rivales, etc.)

- Historia Laboral

- ¿Trabaja o ha trabajado alguna vez?
- A qué edad ha empezado a trabajar y por qué
- Qué actividades ejerce y/o ha ejercido y qué tipo de vínculos laborales tiene y/o ha tenido
- Qué uso hace del dinero que gana trabajando
- Relaciones en el contexto laboral
- Agentes que facilitan (o han facilitado) y dificultan (o han dificultado) el trabajo
- Significados y funciones
- Aspectos positivos y negativos del trabajo
- Lo que ha aprendido en el trabajo
- Lo que se pierde por trabajar
- Expectativas de futuro con relación a la esfera laboral (deseos / posibilidades)

- Historia institucional

- Instituciones por las cuales ha pasado, número de veces, motivos y tiempo de permanencia (investigar movimiento de alternancia entre casa, calle e instituciones de reintegración social)
- Cómo es (era) la vida en la institución
- Actividades realizadas en el contexto institucional
- Percepción de los centros (espacio físico, recursos materiales, sociales, simbólicos y afectivos)

- Relaciones en el contexto de las instituciones de (re)integración social (con los técnicos, con los pares, con la familia, con la pareja, etc.)
- Percepción sobre la intervención realizada en estos centros
- Repercusiones del paso por estas instituciones sobre otras esferas de la vida (familia, trabajo, comunidad, construcción identitaria)
- Expectativas relacionadas con la salida de la institución
- Existencia o no de vínculos con las instituciones tras su salida de éstas

- Calle

- Motivos para ir a la calle y modalidades de salida (cómo ocurrió el movimiento hacia la calle: progresivo, brusco, etc.)
- Alternancia entre calle, casa e instituciones (dialéctica entre la socialización en la familia, la socialización en la calle, la socialización en el grupo de pares y la socialización en las instituciones)
- Frecuencia y tiempo de permanencia en la calle (número de días a la semana, períodos en los cuales permanece en la calle, si duerme o no, ritmo y naturaleza de los regresos a casa, etc.)
- Actividades que ejerce en la calle (si trabaja, juega, consume drogas, etc.)
- Estrategias de supervivencia
- Cómo obtiene ingresos y qué hace con el dinero que obtiene
- Aspectos positivos y negativos de la calle
- Lo que ha aprendido en la calle (evolución de su inserción social en la calle y de sus competencias instrumentales y simbólicas)
- ¿Existen reglas para vivir (o estar) en la calle? (subculturas)
- ¿Con quién se queda en la calle? (grupos de pertenencia, referencia, oposición... identidad individual e identidad colectiva y cómo han cambiado a lo largo del tiempo)
- Formas de sociabilidad (relaciones de conflicto/ reciprocidad con distintos grupos o personas (existencia de padres, madres o hermanos "de la calle"; estructura de las relaciones: verticales, horizontales, etc.)
- Utilización del tiempo (noción de temporalidad) y del espacio (público y privado)
- Imágenes de la calle
- Alternativas a la calle

- Comunidad

- ¿Qué entiende por comunidad? (¿Cuáles son los límites del concepto de comunidad?)
- Características del espacio urbano (asimetrías, percepción de la ciudad en que vive en comparación con las demás y, en particular, con el Plano Piloto)
- Espacios significados como "su territorio"
- Tipos de vínculos existentes / sentido de pertenencia (espacios de exclusión versus núcleos de integración/ espacios de participación social)
- Aspectos positivos y negativos de la ciudad donde vive
- Recursos disponibles, ausentes (privaciones sufridas) y deseados
- Usos de los recursos comunitarios
- Espacios, prácticas y posibilidades de ocio

Redes de apoyo social

- ¿Quiénes son tus amigos?
- ¿De quién te puedes fiar? (y de quién no)
- ¿A quién recurres cuando necesitas ayuda? ¿Por qué?
- ¿Crees que hay alguien más que te ayudaría en una situación difícil?
- ¿Hay alguna institución (gubernamental, no gubernamental, comunitaria, etc.) a la cual recurrirías para pedir ayuda si lo necesitaras? ¿Ya lo has hecho?

Grupos de referencia/pertenencia

- Estructuras y sentimientos de pertenencia (de qué grupos participa efectivamente y de qué grupos le gustaría participar)
- Cómo se conforman y estructuran los grupos en los que participa (criterios de participación, rituales de iniciación, etc.)

- Organización interna y mecanismos de funcionamiento (número de miembros, género, rango de edad, existencia o no de liderazgos, reparto de recursos y funciones (roles), dinámicas de cooperación y explotación, procesos de victimización, roles de género, etc.)
- Prácticas y contextos privilegiados de actuación de cada uno de los grupos en los que participa
- Percepción sobre los valores y normas de los grupos de pares (de pertinencia y de oposición)
- Características de los lazos sociales establecidos (estabilidad/ inestabilidad, vínculos instrumentales, afectivos, económicos, etc.)

Dimensión identitaria (autopercepción y heteropercepción)

- Significantes y significados relevantes en la presentación de sí mismo (cómo construyen el "yo" y lo que se presenta como "ideal de yo"; cómo se percibe y se siente percibido por diferentes grupos/ actores sociales)
- Dinámica entre identidades individual, colectiva y social (estructuras discursivas: cómo y cuándo hablan de "yo", "nosotros", "ellos", etc.)
- Cómo se produce la construcción de la diferencia y cómo tematizan las relaciones intra e intergrupales (retomar esferas de clase, género, etnia, etc.)

ERRATA

- p. 20 (4º párrafo¹) – sustituir “aprejada” por “aparejada”
- p. 22 (2º párrafo) - sustituir “mimos” por “mismos”
- p. 43 (4º párrafo) – sustituir “pasra” por “para”
- p. 71 (2º párrafo) – sustituir “na” por “una”
- p. 79 (nota) – sustituir “al” por “el”
- p. 90 (3º párrafo) - incluir la referencia (Escorel,1998 a) al final de la frase
- p. 127 (1º párrafo)- sustituir “que comer” por “cometer”
- p. 128 (3º párrafo) – sustituir “el” por “la”
- p. 129 (3º párrafo)- introducir “es” entre “crucial” y “por quién”
- p. 131 (3º párrafo)- introducir “en” entre sea y el
- p. 135 (2º párrafo) – quitar la palabra “mismos”.
- p. 139 (4º párrafo)- quitar “de”entre “diferentes” y “tipos”
- p. 146 (3º párrafo) – quitar “el”
- p. 159 (1º párrafo) – quitar la palabra “mismos”
- p. 164 (3º párrafo) – sustituir “enofque” por “enfoque”
- p. 170 (4º párrafo) – quitar “en”
- p. 180 (4º párrafo) - sustituir “nuetre” por “nutre”
- p. 182 (2º párrafo) - sustituir “elegie” por “elegir”
- p. 191 (2º párrafo) - introducir “a” después de “afectan”
- p. 200 (1º párrafo)- quitar “de”
- p. 207 (1º párrafo) – sustituir “del” por “de”
- p. 221 (nota) - sustituir “diferente” por “diferentes”
- p. 227 (cita de A2) – sustituir “estba” por “estaba”
- p. 238 (3º párrafo)- sustituir “este” por “éste”
- p. 239 (nota)- introducir “puede” antes de “traducirse”
- p. 242 (2º párrafo) – sustituir “vícitmización” por “victimización”
- p. 245 (3º párrafo)– sustituir “vícitmización” por “victimización”
- p. 327 (3º párrafo) – introducir “basada” entre “solidaridad” y “en”
- p. 327 (5º párrafo)– sustituir “vícitmización” por “victimización”
- p. 339 (2º párrafo)– sustituir “vícitmización” por “victimización”
- p. 382 (3º párrafo) – sustituir “principalmente” por “principalmente”
- p. 384 (4º párrafo) - sustituir “vícitmización” por “victimización”
- p. 386 (1º párrafo) – sustituir “residencia” por “residencias”
- p. 394 (5º párrafo) -introducir “conflictos” entre “los” y “relacionados”
- p. 441 (5º párrafo) – sustituir “atribuyen” por “atribuyen”
- p. 445 (1º párrafo) – sustituir “vinculo” por “vínculo”
- p. 458 (1º párrafo) – sustituir “epectativas” por “expectativas”
- p. 480 (4º párrafo) – sustituir “pública” por “públicas”
- p. 502 (1º párrafo)- introducir espacio entre “aquellos” y “definidos”
- p. 506 (4º párrafo) - sustituir “semilibertad” por “semi-libertad”
- p. 518 (3º párrafo) – sustituir “p.398” por “ p. 406”
- p. 522 (2º párrafo)- sustituir “desviante” por “desviada”
- p. 523 (3º párrafo) – quitar “nos”
- p. 566 (5º párrafo) - introducir “lo” antes de “político”
- p. 571 (3º párrafo) – introducir (en Vogel y Mello,1991) después de (Fenelon et al., 1986)
- p. 572 (5º párrafo) - introducir “subjetiva” entre “desvinculación” y “de”

¹ La enumeración de los párrafos no tiene en cuenta las citas de las entrevistas realizadas con los jóvenes.